Apuntes

1

Servando Blanco Déniz

SERVANDO BLANCO DÉNIZ

APUNTES
1

1ª. edición virtual
e-libro.net
www.e-libro.net
2001

e-libro.net

I

El diecisiete de enero de 1963, nací en una clínica privada a las seis de la tarde. Los recuerdos que tengo de mi primera infancia son “flashes” sueltos, así por ejemplo, recuerdo una fiesta en la que se encontraban dos seres inteligentes viendo a los niños bailar, el cura del barrio y mi padre, de éstos, recuerdo perfectamente sus miradas, éstas estaban dirigidas al suelo, mientras cuchicheaban ambos en voz baja.

La fiesta era en el salón de nuestra casa, lo que hoy llamaríamos el salón o cuarto de la tele; allí estábamos reunidos infinidad de chicos y chicas. No tenía ni idea de cómo bailar, por lo que no recuerdo lo que hacía en ese momento.

La casa tenía bastantes habitaciones, pero mi cuarto daba directamente al de la tele, por lo que cuando la película era de dos rombos, no permitida para menores de 18 años, nos mandaban mis padres al cuarto, y desde allí, en las literas, veíamos la película, no obstante, muchas veces, la mayoría de las veces, caíamos rendidos, pues nos habíamos pasado en la playa hasta altas horas de la noche; ésta distaba escasos metros de nuestra casa.

En la playa solíamos jugar a las casitas, mis hermanas, las amigas y yo, en donde las algas marinas eran la comida, que se colocaban en distintos departamentos hechos en la arena.

Mi niñez pasó entre mujeres y un gran amigo, Falino, el cual vivía a pocos metros de mi casa, en la misma calle.

De él, prácticamente no recuerdo sino el nombre y a su madre, quien casi no ha cambiado nada; pero de mis juegos con Falino, pocos recuerdos me quedan.

Una curiosidad, es que a mí de pequeño mis padres me regalaban siempre el mismo coche de pedales, de estilo igual a los de carreras de la época; este coche era de metal, así duraba tanto tiempo; cada año me lo quitaban un par de meses antes de Reyes, y lo pintaban, transformándolo en un juguete nuevo, eso es al menos, según dice mi madre, lo que a mí me parecía.

Otra cosa que recuerdo, pero esta vez por una foto que se conserva en la actual casa de mi madre, aunque hace años que no la veo, era mi cuarto cumpleaños. En la foto, me veo como un niño bueno, rubito, asombrado por la tarta y lo que tenía que hacer: apagar las velas.

No sé a partir de qué edad empecé a ir al colegio, lo cierto es que cuando eso hice, no me fui al “Jardín de infancia”, a preescolar, sino que me pusieron en una clase de primero, en la mesa de los niños burros, en la cual no estuve mucho, ya que haciendo un “dictado”, el día en que estrenaba una libreta, me esforcé en hacer bien este trabajo, y resultado del cual, la “señorita Marisol”, hizo que la clase entera me aplaudiera, pasando automáticamente a una mesa de niños normales.

De esa mesa, la de los niños burros, recuerdo perfectamente a Cuyás, Romano y Rafa, que eran mis compañeros; lo más destacado de éstos era, cómo Cuyás se sacaba los mocos y luego se los comía, cosa que me repugnaba profundamente.

De ese colegio, el “Santiago Apóstol”, otra anécdota, es que una vez nos hicieron una foto, para la que me vistieron de chaqueta y corbata, y me sentaron a una mesa, llena de papeles y con un globo terráqueo a un lado.

Sobre esa época recuerdo que otra vez, jugando con mis hermanas, en casa de unos amigos de mis padres, tropecé contra un bidón enorme, y fue tal el tortazo, que estuve un tiempo sin saber dónde me hallaba, mientras todas las chicas (y algunas, algo mayores), se reían de mí, y yo sin saber por qué.

Otras veces, por nuestras calles (hoy excesivamente transitadas por el tráfico rodado), jugábamos al corito, pero de todas estas cosas, lo que tengo son muy leves y tenues recuerdos.

e-libro.net

En esta, mi infancia, jugué muy poco a policías y ladrones, aunque sí se decía eso de: "¿Tú qué quieres, melón o sandia?, etc."

Una vez me perdí en la avenida de Las Canteras, y me eché a caminar sin saber qué hacer, al final me encontraron mis padres.

Otro juego del que algo recuerdo es el del clavo, el cuál consistía en tirar dicho clavo de distintas maneras en la arena, e intentar que se quedara de pie, o semitumbado, nunca aplastado del todo contra la arena.

Cierto día, en la casa de Las Canteras, mi madre estaba cambiando el pañal a mi hermana Piluca, en el otro extremo de la casa, y me pidió que le llevara otro, yo fui y lo cogí; se lo llevaba mientras iba patinando con mis zapatos por el resbaladizo suelo, hasta que llegué a la habitación de mis padres en la que no me pude detener, yendo a dar con la frente en un saliente de la cama de matrimonio, el choque fue brutal, y el resultado una herida sangrante en la frente; mi madre se alarmó muchísimo, pero hoy día de eso sólo queda el recuerdo de una cicatriz.

En esa casa estuve hasta los cuatro o cinco años, y los recuerdos son agradables; por lo que parece, era muy patoso.

Maquita, la señora que ayudaba en las tareas domésticas a mi madre, me ha dejado un grato recuerdo, la veo en mi mente, en el salón, planchando y hablando animadamente con mi madre.

Por esas fechas, éramos cinco hermanos, cuatro hembras y yo, ya se explicarán el por qué de sus continuas burlas hacía el único personaje del sexo opuesto, salvo mi padre, quien siempre estaba trabajando, cómo buen ejecutivo que era.

Cuando nací, mi padre dijo:

-!Vaya hombre!, menos mal que nace un varón.

Las tres primeras habían sido hembras, así estas por orden en relación a la edad, eran Saso, Maru, Pine, luego yo, y por último Piluca.

De la casa de Las Canteras pocas cosas recuerdo de esa época; así que cuando me vengan éstos, los insertaré aquí.

Ibamos a ver de vez en cuando con mi padre, la casa que se estaba construyendo, era enorme. Íbamos en el nuevo coche de mi padre.

Cuando cumplí los seis años nos vinimos a la casa en que resido actualmente, pero por entonces, ya había nacido otro más en mi casa, José Juan, al que llamaré más comúnmente: Jose.

El primer día de estancia en nuestro nuevo hogar, fuimos robados por unos ladrones, quienes entraron en el cuarto de mis padres y cogiendo la chaqueta del cabeza de familia, se la desvalijaron, creo que era cosa de 20.000 pesetas lo que le cogieron.

Mi madre, sobre las cinco, se levantó a preparar el biberón de mi hermano Jose; oyó un cuchicheo, pero lo achacó a que mis hermanas estaban hablando en sueños. Cuando terminó de hacer el biberón del benjamín, subió, y ya entonces, vio que habíamos sido robados, pues todas los papeles y la ropa de mi padre, estaban en el suelo.

¿Qué ocurrió a partir de ahí?, no tengo ni idea, pues no recuerdo nada, lo que sí es de destacar, es que mi padre a partir de ese momento, trajo una pistola a la casa, que con el tiempo sustituyó por un martillo, mucho más práctico y menos peligroso.Este martillo lo conservó durante toda su estancia en la casa.

En lo referente a clases, he de decir, que era muy buen estudiante. Cuando llegué a cuarto de E.G.B., me encontré con un profesor genial, era un gran amante de la literatura, y encima no descuidaba las otras materias. El cuarto curso lo hice también en el "Santiago Apóstol"; me pasé toda la primera etapa en él.

Unas Navidades en ese centro, me pusieron a vigilar la comida entregada por los alumnos para las familias más necesitadas; estaba pues, junto con otro niño, pendiente de que allí no pasara nada, pero en eso estaba, cuando llegaron más retoños, no sé para qué, pero mi función era vigilar y eso hice, los fui a coger por la espalda, y no me di cuenta que entre ellos y yo, mediaba una puerta de cristal, así que atravesé el cristal con la mano y me corté toda la muñeca por la parte interior; me llevaron a casa de un vecino otros niños; allí una mujer, me hizo las primeras curas. Luego volvimos otra vez al colegio, donde se armó una grande entre el director y la "Señorita Marisol", profesora de primero; fue tal su nerviosismo, que al encontrarme me dio un soberano bofetón, que me dejó aturdido y asombrado, pues encima de estar lesionado me llevé el rapapolvo. Más tarde, esta profesora se disculpó, cosa que hacían conmigo, por primera vez en mi vida.

Era día de entrega de notas, las cuales llevé a mi padre, tembloroso, por si él también me fuera a pegar, pues el "boletín" estaba manchado de sangre.

e-libro.net

Mi padre, al ver las excelentes notas, se limitó a darme la enhorabuena, y en cuanto a la herida, no le dio importancia, y eso que él era farmacéutico, entre otras muchas cosas.

Al llegar la noche, me fui a la cama, y esa noche sé que me dolía la mano, pero ello no me impidió dormir.

A la mañana siguiente, mi madre olfateó el cuarto, y le dio la sensación de oler a podredumbre, por lo que instantáneamente, llamó a mis tíos y me llevaron a la "Casa de Socorro", en la calle Tomás Morales, donde un familiar de mi madre nos atendió tras previamente auxiliar a un accidentado que tenía el cuerpo lleno de sangre.

Cuando iban a atenderme, mi tío Joaquín, entró con nosotros y al ver que me cortaban el cuero y me sacaban los cristales de la muñeca sin anestesiarme, se quedó pálido de la impresión de la sangre y verme sufrir, hasta tal punto que tuvo que salir de allí.

Creo que fue ese mismo año, cuando pusieron unos amigos míos, unos petardos en las cerraduras de las clases de los niños más pequeños; el escándalo fue supremo, y el resultado fue una mala nota en la conducta y un rapapolvo por parte del director y dueño del colegio: D. Santiago (Chago para los adultos, q.e.p.d.),a pesar de ello se notaba que para sus adentros, este buen hombre, se reía de nuestro comportamiento, aunque quiso dar grandilocuencia y seriedad, al llamarnos a su despacho.

Durante la primera etapa, fui un gran portero de fútbol del colegio, nos hacíamos llamar Los Terribles, pues vencíamos a todos contra los que nos enfrentábamos.

Tenía por entonces un negocio con el hijo del chofer del autocar que nos llevaba a nuestras casas: D. Celedonio, que hacía la vista gorda a nuestro negocio, así Quique: su hijo, y yo, ganábamos gran cantidad de boliches, los cuales los metíamos en una malla de entramado muy pequeño, y los hacíamos girar; cada niño, para ver los boliches dar vueltas, nos tenía que dar uno; recuerdo que con ello hice un gran acopio de ellos.

Cuando jugábamos al fútbol, muchas veces, los profesores nos veían jugar desde una especie de palco, entre ellos se encontraba siempre D. Juan Lorenzo.

Una vez, saltamos el muro del colegio, y nos fuimos de expedición por unas cloacas; los que llevábamos las antorchas éramos Domingo Navarro Bosch y el que esto cuenta, aunque él iba en la vanguardia, y yo en la retaguardia, con el grupo de atrás, casi nos asfixiamos con el humo de las teas.

Cierto día, jugando a la piola con mi mejor amigo: "dun Jose", me hice para abajo, resultado de ello fue que perdió el equilibrio, y se dio de bruces contra el suelo, partiéndose una paleta.

Los recreos los pasábamos jugando a las estampitas, los boliches, y a las "guirreas" de escupitajos, así yo era de los que empezaba en la parte baja del "Castillo" (entrada a una de las partes del patio), y terminaba en la parte alta, ganando de esta forma, la fortaleza y proclamándonos vencedores.

El lugar del recreo, era un patio grande, con el piso pintado de rojo, altos muros rodeando todo el perímetro, y con un par de árboles en un estrechamiento que separaba una parte de otra del patio.

En el colegio, cuando estaba en cuarto curso, mi hermano empezó primero; recuerdo que una vez fue a pedirme ayuda, ya que era maltratado por otros, y aunque lo ayudé, le dije:

-Que sea la última vez que me pides ayuda, te tienes que resolver la vida tu solito.

Y eso ha hecho el resto de su vida; creo que fui cruel, muy cruel, y ahora me arrepiento de lo dicho; él sigue intentando resolverse la vida, aunque ahora, sin contar conmigo para nada, lo lamento muy sinceramente.

D. Juan Lorenzo tenía una forma de dar clases que eran magistrales; una de las cosas que hacía, era que nos ponía en fila india, en semicírculo y hacía preguntas sobre la teoría de los días anteriores, si alguno no la sabía, pasaba al siguiente y así sucesivamente hasta que hubiese alguien que la supiera; el que la acertase, pasaba a ocupar el lugar del primero que no la hubiese contestado.

Una vez tuve que guardar cama unos tres meses, pues según decían, estaba muy flaco, así que cuando regresé al colegio, me puse en el último sitio de la fila, enseguida empecé a adelantar puestos, hasta ocupar el primero de todos, era al día siguiente de mi convalecencia en cama.

Durante ese tiempo que estuve encamado, mi abuelo materno estaba continuamente conmigo, salvo cuando mi padre llegaba por la noche, quien muchas veces me traía cuentos, tebeos, para que pasara mejor el encamamiento.

Aunque pasé al primero me llevé una mala mirada de mi profesor, pues de contento, me puse a reír, quien me llamó la atención con una expresión seria.

Don Casimiro también me llamó la atención en una ocasión, por reírme en su clase de matemáticas, de este profesor, por el tamaño tan desorbitante de sus orejas, decíamos:

-¿Qué es el viento?

e-libro.net

Y contestábamos:

-Las orejas de D. Casimiro en movimiento.

Esto ya fue en quinto de E.G.B., en el Colegio Nacional Castilla, donde el director también era D. Santiago, y el profesor de lengua: D. Juan Lorenzo.

En esta segunda etapa, tenía que hacer más deporte, pero el asma no me lo permitía.

Cuando pasé a cuarto curso, ese verano me hice nadador en cinco días, cuando lo normal para ello era tres meses, lo cierto es que cada día pasaba de un grupo a otro hasta llegar al quinto, grupo este de futuros nadadores del Club Natación Metropole.

El entrenamiento era duro, muy duro, y durante la convalecencia en cama, deje de ir a entrenar, para luego empezar otra vez; el primer día de regreso, tenía que hacer 1.500 metros en todos los estilos y modalidades con y sin la tabla, terminé reventado, por lo que me entró tal ataque de asma que no pude seguir yendo a entrenar.

Cuando iba de normal a entrenar, comía allí mismo con unos vales que costaban treinta pesetas, con los que se podía comer el “menú” y luego volvía a las clases de la tarde, o sea, salía de mañana temprano de mi casa y no volvía hasta la noche.

Por ese entonces ya usaba inhaladores, pues desde jovenzuelo me daban ataques que no me dejaban respirar. Al principio, me los diagnosticaron cómo “falso cruz”, aunque ya luego como alergias asmáticas.

Mi devoción al trabajo era tal, que un día al bajarme del micro que conducía D. Celedonio, fui a cruzar el paso de peatones para ir a la piscina a entrenar, y saliendo por delante del microbús, crucé sin mirar, el paso de cebra, atropellándome un coche; fue más el susto que el golpe, aunque el coche me desplazó mucho y se me salieron las botas “Bonanza”, que eran las que usaba por aquellos años.

Los que me atropellaron me llevaron a la “Casa de Socorro”, donde preguntaron por un fulano, y como no estaba me volvieron a llevar al paso de peatones, y algo dolorido me fui a nadar; cuando esto hacía, oí por los altavoces que me llamaban, por lo que me dirigí al teléfono totalmente mojado, allí hablé con mi madre, a quien D. Celedonio le había dicho que me había atropellado un coche; ella se alarmó mucho y me dijo que fuese en seguida para casa, cosa que hice.

Lo que pasó después no lo recuerdo exactamente, lo cierto es que me sentía la pierna igual que si me hubiese dado un ligero golpe; una vez en mi casa, mi madre y mi padre se preocuparon, así me preguntaban que si no me habían llevado al médico y cómo fue el accidente. Se los conté todo tal cual pasó; del accidente, por fortuna, no me quedaron secuelas.

No me acuerdo si fui o no por la tarde a clase, creo que no, o sea que de algo me sirvió el accidente, ya se sabe que de pequeño no gusta en absoluto ir a la escuela; de todas maneras, no era de los más rebeldes, sino casi todo lo contrario, sí, era un buen chico.

Entre los compañeros de clase estaba Matías, el cual siempre estaba también entre los primeros, pero al mismo tiempo, parecía que nunca se preparara las clases, pues siempre estaba hasta último momento repasando.

Los recreos los hacíamos los niños del curso más alto, en una azotea, no muy grande, era por ello por lo que no jugábamos a grandes juegos de expansión.

D. Juan Lorenzo nos solía poner dictados, en los que recalcaba muy bien la “v” y la “b”, exagerando el cierre de la cavidad bucal y la modulación de la lengua.

Era fácil sacar buenas notas en los dictados, siempre que se pusiera atención a la pronunciación, lo mismo ocurría con la “c” y la “z”, la “q” y la “k”.

Como despedida del curso y por tanto de etapa, D. Juan, nos dio unos libros de regalo, con dedicatorias para los más destacados; mi dedicatoria decía: “A Antonio, por sus magníficas calificaciones”; el libro era “Veinte mil leguas de viaje submarino” de Julio Verne, en versión infantil. Recuerdo que la de Domingo Navarro Bosch decía más o menos así: “Por saber separar bien entre las clases y el recreo”; yo admiraba esa dedicatoria, y me decepcionó que no fuera la mía, pero a decir verdad, no era posible, pues yo casi no jugaba a nada en el recreo, aunque tampoco recuerdo lo que hacía; una compañera nuestra, Mari Carmen León, solía quedarse retrasada en la cola, era muy extrovertida.

Lo más característico de esta chica era que siempre estaba tomando vitamina C (Cebión®, creo recordar que es la que tomaba), se me iban los ojos ante esto, pues o bien las ponía en agua, con lo que parecía un apetecible refresco, o bien se tomaba los gránulos directamente del sobresito, lo que me producía gran envidia, pues se le notaba que gozaba con esto.

e-libro.net

Esta chica vivía por la antiguamente llamada calle del General Franco, hoy llamada Avda. Primero de Mayo.

Domingo, con el paso del tiempo llegaría a ser un líder indiscutido en su carrera; sí es verdad, que a partir de la primera etapa, le perdí el rastro.

Otro compañero, aunque este más despistado era Antonio, del cual no recuerdo sus apellidos, y aunque le costó, terminó también su licenciatura.

De la mesa de los niños burros el último que seguía estudiando conmigo era Romano Graciani (creo que su nombre se escribe así), al que le temblaban las piernas una enormidad mientras estudiaba; la última noticia que tuve de él, creo que fue que estaba estudiando Derecho en Madrid.

Pasemos ya definitivamente al C.N. Castilla, aquí nos seguía dando clases D. Juan Lorenzo y seguía con el mismo estilo de clases, inculcándonos mucho la literatura, de tal forma, que siempre que tenía tiempo, y esto era frecuente, pues nos habíamos mudado de casa, y aquí, en mi nueva residencia, no tenía ningún amigo, leía muchos tebeos y cuentos para niños y para adultos, éstos últimos quienes más lo leían éramos los jóvenes de la casa.

Mi nueva casa era un chalet, con dos pisos en la parte baja. Mi madre se disgustó con los pisos, pues de lo que huíamos era de los inquilinos de otras casas, aunque mi padre siempre tenía la vista puesta en el mayor rendimiento que pudieran dar las cosas.

Estuvieron estos pisos, durante los primeros años, ocupados, aunque luego los fuimos usando como cuartos trasteros y para otras futilidades.

En el colegio, solía jugar más con mis compañeros, a veces lo hacíamos a “churro, media manga y manga entera”, este juego consistía en subirnos unos encima de los otros, y si los que estaban debajo resistían nuestros pesos, les hacíamos la pregunta de: ¿churro, media manga o manga entera?, o sea la colocación de la mano sobre una parte del brazo; si acertaban la colocación, nos poníamos debajo el equipo perdedor, si no acertaban, se quedaban otra vez abajo; yo solía ser el capitán de mi equipo, no sé por qué.

En este colegio ya se tomaba el deporte como asignatura, por mi estatura, era bueno en salto de altura, pero en cuanto a correr, me quedaba rezagado y no sé por qué, pues ya dije que fui nadador, aunque sé que ya no lo era, pero no obstante caminaba mucho desde donde me dejaba la guagua, en el antiguo cine Cairasco, por lo que tenía que atravesar toda Vegueta y llegar a San Cristóbal que era donde estaba el colegio, eso ida y vuelta cada día.

En algunas ocasiones me iba hasta la Avenida Rafael Cabrera, donde estaba el alergólogo D. Rafael Ruano Travieso, el cual me trataba mis alergias asmáticas; ir, volver, y reconocerme el médico, todo en media hora, ya ven, que lo hacía en un tiempo récord; esto era por las tardes.

También iba por las mañanas una vez en semana al dentista, de éste no recuerdo el nombre, aunque sí diré que estaba por el Puerto, cerca del parque Sta. Catalina; lo más destacado de él, era su alcoholismo, es más, creo que si no llega a ser por su “mecánico dentista”, él se moriría de hambre.

Lo que más me impresionaba de la consulta, era ver los moldes de las calaveras con los dientes perfectamente alineados, todo blanco salvo las encías de color rosado-rojizo.

Con todo esto, se verá que estaba continuamente en manos de médicos, y si a ello sumamos que dos veces en semana iba un practicante por la noche a pincharme a mi casa vacunas para las alergias asmáticas, pues se observará que era una vida siempre rodeada de sanitarios; a eso hay que comentar que muchos familiares también pertenecían a ese ramo, en especial mi padre, que no sólo era farmacéutico, sino también perito agrónomo, maestro y óptico, aunque a pocas de estas cosas se dedicó.

Hablando de mi padre, es anecdótico decir la manera en que me enseñó el trayecto de mi casa al colegio:

-Coges la guagua aquí -nosotros íbamos en coche-, llegas al final de la parada, por el Cairasco –donde llegamos por otro trayecto que no hacía la guagua-, luego coges por aquí abajo y vas por ese camino -que él no siguió, sino que apareció por San Cristóbal-, y después desde ese árbol frondoso, que hay en la esquina, ya de ahí hacía abajo vas directo al colegio.

Esto ocurría cuando iba a pasar a la segunda etapa; se observa que era un recorrido muy largo para un niño solo y que debía realizarlo ida y vuelta todos los días.

Según los cursos, unas veces iba por la mañana y otras por la tarde, haciendo el mismo recorrido durante todos los cuatro años siguientes.

e-libro.net

Lo del árbol frondoso se me quedaría muy grabado en la memoria, de tal forma que siempre que paso por ese árbol, me acuerdo de las palabras de mi padre (q.d.e.p.).

Una profesora, la "señorita de inglés", de la cual no recuerdo su nombre, un día que nos dio clases iba muy provocativa, tal que pensaba que cuando menos lo esperase iba a saltar el botón de la camisa y vérsele el sostén; esto ocurrió, aunque no lo vi, pues del apuro que pasé al pensar que iba a verlo, hizo que bajara rápidamente al gimnasio, donde tenía la siguiente clase.

El director del "Castilla", cada vez que hablaba por los altavoces de las clases se hacía un silencio sepulcral, y luego él se tomaba eso a choteo, así por ejemplo, expresiones suyas eran:

-Sexto D, de-de dedo.

Era tartamudo. También decía con mucha frecuencia:

-El que tiene boca se equivoca.

Muchas veces me aburría en lo que esperaba a que fuera la hora de las clases; lo mismo ocurría cuando salíamos de clase, pues solíamos ir unos amigos juntos hasta La Catedral; entre ellos estaba Marcelino Villalobos, quien comía gran cantidad de "suspiros"; siempre se compraba una bolsa a la salida de clases y se los tragaba en el trayecto. Yo no tenía mucho dinero, mas que para coger la guagua, así que no podía comprarme golosinas, aunque pensaba si no se cansaba Marcelino de tantos dulces. Su padre era abogado, y entre sus hijos y él formaron un bufete de abogados en la casa donde vivía, y a la que fui muchas veces.

Allí jugábamos a "marabulla sin bulla", este juego consistía en estar en un cuarto a oscuras y conseguir atrapar al otro sin que éste te atrapara; lo más destacado del cuarto trastero, que era donde jugábamos, era que había un colchón y un ropero con un traje de militar, de uno de sus hermanos. Un día jugando a este juego, no se le ocurre otra cosa que tirar una bombilla al suelo; se podrá comprender que me alarmé muchísimo, y terminé encendiendo la luz y saliendo del cuarto.

En la parte de los despachos, en la gran sala de espera, que era una especie de patio interior con plantas, había una maqueta de un barco, la cual me gustaba mucho, tal que siempre que debía esperar a mi amigo de aspecto nórdico, me dedicaba a ver el barco y su tripulación. Esto era lo más destacable de la casa, y, de todas las veces que fui, que fueron bastantes, nunca pasé del piso inferior.

Un cierto día, estaba en clase atendiendo tranquilamente a la explicación del gran D. Juan Lorenzo, cuando oigo que de mi rebeca negra, se cae al suelo un juego de cartas de póker con chicas desnudas, D. Juan las cogió y se las guardo; esto no influyó ni en las notas de clase, ni en las del comportamiento, aunque me quedé lívido de espanto.

También era costumbre mía, llevar recortes de Hostias, cuya bolsita de plástico costaba entre las cinco y veinticinco pesetas; se compraban a la entrada de un convento cercano a la calle Reyes Católicos, la cual atravesaba todos los días para ir a clase. Estos recortes los ponía debajo del pupitre, en la madera que hay para dejar los libros, y allí me los iba comiendo poco a poco, sí es verdad, que cuando hacía esto, atendía muy poco a clase. Como lógicamente se comprenderá, estos recortes de pan ázimo estaban sin consagrar. La bolsa de los recortes no era muy grande, pero sí daba para toda la tarde, dejándolos desleír en la boca.

Mi casa era una casa grande, y como mis amigos, a los que iba a su casa, todos tenían una casa grande, suponía que esto era lo normal, cosa que poco a poco fui comprendiendo que no era tan general como pensaba.

No obstante con el tiempo, llegué a pensar, que los niños que vivían en casa grandes, estaban dejados de la mano de Dios, mientras que los que vivían en pisos y demás, estaban mejor educados; esto tampoco es real, aunque sólo me di cuenta con el tiempo.

A mi padre lo veía generalmente tan sólo a la hora de comer y por la noche; al haber casi siempre pleitos y follones a la hora del almuerzo, me llevaba los cuentos a la mesa, y allí, a la derecha de mi padre, y junto a él, me ponía a leer mientras comía, haciéndole más caso al libro que leía, que a la comida que comía.

Sin embargo, esto no ocurría siempre, pues mi padre pretextando que lo iban a envenenar, se pasaba épocas por las que no iba a la casa a comer, e incluso otras veces, se pasaba meses en que no iba ni siquiera a dormir, lo que mortificaba mucho a mi madre, la cual no sabía qué hacer para tenerlo contento.

Yo siempre sacaba buenas notas en clase, y lo único que él me decía era:

-Enhorabuena.

Me las firmaba y me las daba, pero incluso esa felicitación era árida, seca, seria; le tenía un gran respeto a la autoridad paterna, que a veces rayaba en el miedo, al igual que todos mis hermanos.

e-libro.net

Mi padre presidía en el almuerzo, la mesa grande que teníamos en el comedor principal, y cuando él no estaba, lo hacíamos en la cocina.

Mi padre solía jugar a la lotería, y era frecuente que se ganara algún que otro premio; según decía mi madre por que el dinero llama al dinero.

De lo que sacaba en premios nos repartía una pequeña cantidad haciendo él de juez, jugando a "Un, dos, tres, responda otra vez"; o sea, nos hacía preguntas y si nosotros contestábamos bien, nos daba mil pesetas, si no contestábamos, no nos daba nada. Las preguntas eran de lo más variadas, por ejemplo, algunas de las preguntas que me hacía eran:

-¿Tres al cubo?

-Veintisiete- le contestaba y tras hacer los cálculos mentales.

Otras:

-Segundo apellido de Santiago Carrillo.

-Como el agua sin gas- me apuntaban mi cuñado y mi abuela.

- Pues no sé - decía yo.

Él volvía a repetir la pregunta, hasta que alguien dijo: "Solares".

Otra pregunta que me hizo uno de esos días fue:

-A ver, la lista de los Reyes de la Reconquista.

-No sé - respondí.

-¿Cómo que no sabes?, Ataulfo, Chindesvinto, naaaaannaa... y don Rodrigo.

—A bueno, -le respondí-: Ataulfo, Chindesvinto, naaaaanna... y Don Rodrigo

-Bien, toma. - y me dio mil pesetas.

Este juego duró varios años, pero no era a diario, sino de vez en cuando.

Veía a mi padre por las noches tomando cervezas, de tres a cinco diarias, en mi casa, y a saber lo que tomaba por ahí; yo mientras, jugaba a "las chapas" en el suelo del pasillo; me hacía equipos de fútbol con las tapas de las botellas, las cuales las rellenaba de cera y les ponía las caras de los jugadores, esto hacía ante la atenta mirada de mi padre.

El cómo podía mi padre dedicarse a los negocios con todo lo que bebía, será siempre un misterio para mí, sí es cierto que sé que Hemingway era alcohólico y sin embargo fue Premio Nobel de Literatura.

Era un chico solitario, muy sentimental, que me veía muchas veces llorando a la subida de la escalera de mi casa, mientras esperaba a que me abrieran la puerta, y mientras, pensaba que nadie me quería.

He de decir que después de D. Juan Lorenzo, no volví a tener un buen profesor hasta octavo de E.G.B.

A resultas de no salir de la casa, mi madre me buscó un amigo mucho mayor que yo, Eugenio, pero poco duré con él, pues al segundo o tercer día de estar con él, y cuando estábamos jugando con una escopeta de balines, en realidad jugaban tres, mientras yo los miraba, cuando de repente me dijo:

-Oye, yo contigo me aburro.

No sé si lo dijo porque no me podía utilizar tan fácilmente como a los otros amigos, o bien por que realmente tal cual decía mi madre, yo era una especie de "mueble", que de donde me pusieran no me quitaba, y no hacía más que observar y mirar.

Hoy, si pensamos en lo que hacía D. Benito Pérez Galdós, dirían de mí que era un gran observador; por ese entonces se me consideraba simplemente eso, un mueble.

D. Juan Bonino fue el buen profesor que tuve en octavo de E.G.B. nos daba física y química más química que física, de ahí la buena base que tenia de ellas; los viernes los solía dedicar, una media hora, a leernos revistas de ciencia ficción a las que era muy aficionado, y por las cuales, yo no he sentido ningún interés, aunque supongo que muchos de sus alumnos siguieran sus pasos.

Sus clases eran excesivamente complicadas y densas, opino que su sitio sería para dar clases en la Universidad. Tenía un gran carisma, recuerdo que solía ir vestido con pantalones de pinzas, camisa a cuadros rosados claritos y rebeca rojiza, casi siempre iba igual vestido.

En cursos anteriores, una compañera, una tal Viqui, me decía: "Gule gugu se a ve mua", que yo entendía como si me quería enrollar con ella; a mí esto me asustaba un "güevo", así me iba corriendo y alejándome de su lado, pues eso me daba pánico, no el hacerlo, sino el hacerlo con ella. Aparte de esto, me quería quedar virgen hasta que realmente estuviera enamorado.

e-libro.net

Cuando tenía diez años y faltaba un mes para cumplir los once, empecé con todos los vicios, así empecé a practicar el onanismo, a beber cerveza, y a fumar cigarrillos, por lo que diariamente llegaba antes de la hora del comienzo de las clases, para fumar en la puerta del colegio, junto con otros golfos que allí se encontraban, con uno de ellos hice muchas migas, el cual creo que empezó a fumar "costo" también por esa fecha, más que nada por seguir la moda. Yo no llegué a tanto.

El cómo empece con estos vicios fue: el primer cigarrillo que me fumé, sería al regreso de una excursión al campo que hicimos en un curso de E.G.B., al regreso estaba tan contento, que uno me ofreció un cigarro, un "Coronas" y lo acepté gustoso; no era el único, todos los niños que estabamos en la guagua, al final de ella, nos encontrábamos fumando, recuerdo que tuve una especie de mareo y sopor agradable.

Creo que me había tomado un poco de vino en esa excursión pues hacía mal tiempo, pero no fue ese mi comienzo con la bebida, sino que estando en mi casa, a mi madre le dio por que bebiera cerveza en el almuerzo de vez en cuando, para que así, cuando fuera a alguna fiesta y me ofrecieran cerveza u otra cosa, no me pasara nada; así fue cómo empecé con las drogas lícitas de esta sociedad.

Con el que me iba a fumar los cigarros, decidimos hacer una fiesta en uno de los pisos que había bajo mi casa, tras pedirle permiso a mi madre, la que aceptó, no sin cierto recelo.

Cuando este amigo, cuyo nombre nunca he conseguido recordar, empezó a arreglar el piso, no se le ocurrió otra cosa que gritar por una ventana:

-¡Oye "tío", ven aquí que me estoy sobando con una "tía"!

Esto no lo oí, pero sí lo oyó mi madre, lo que me supuso un disgusto y la consiguiente reprimenda.

La fiesta estuvo bien, aunque no salió como deseaba, con los focos de colores y demás, pues los bombillos coloreados que compré no alumbraban casi nada.

Por entonces solía ir a clase de uniforme, llevaba un pantalón gris y una camisa a cuadros, este era el uniforme especial del colegio, aunque luego llevaba unas botas vaqueras negras a las que solía poner herraduras para que no se desgastasen y sobre todo porque era la moda.

Poco antes de estas fechas, me dio un día un ataque de asma tan fuerte, que no me dejaba dormir, esto se debió a que mi madre fue a limpiar nuestra antigua casa en Las Canteras, o lo que quedaba de ella, pues, la parte que daba a la calle: la habitación de mis padres y el cuarto desde el que veía en la tele las películas no recomendadas, fue vendido a una agencia de alquiler de coches. Como iba diciendo, por el excesivo polvo levantado en esta limpieza general, y yo allí en medio sin hacer nada, el resultado fue que me dio un ataque de asma de los nunca vistos. Pero en este último ataque, sí estuvo mi padre en mi casa, y aunque tardó horas en levantarse, a pesar de que mi madre lo llamaba continuamente, a eso de las seis de la madrugada se levantó, y pensando que iba a buscar un buen médico, me tranquilicé, lo que puede tranquilizarse uno durante un ataque de asma, en el que uno se da cuenta que le falta el oxigeno e incluso puede morir por asfixia o colapso respiratorio. A la hora, más o menos, llegó, y trajo una bolsa de medicinas, entre ellas traía un Aldo-Asma®, el cual lo inhalé, después de mi padre explicarme su funcionamiento, y poco a poco los estertores fueron desapareciendo, hasta que al par de horas pude dormir, aunque me despertaba a veces, pero siempre veía a mi madre velándome y triste.

El prospecto de este medicamento, me lo leería una y cien veces a lo largo de muchos años, al cual me enganché.

El día más feliz de mi vida fue mi Primera Comunión, ese día lo pasé realmente en grande; fui vestido con chaqueta y pajarita, muy guapo.

Mi padre, en esa época estaba enfadado conmigo, por lo que mi madre me hizo una fiesta por todo lo alto, recuerdo que el salón y el comedor estaban a rebosar de gente, tanto de familiares, como de amigos de la familia y míos.

Recuerdo que entre mis amigos destacaba José Ramón (dun Jose), y Alejandro Navarro, dos niños que estaban mucho conmigo por ese entonces.

La primera comunión en sí, la recuerdo por las fotos, estaba con el pelo recién cortado; recuerdo que cuando el cura me dio la Hostia yo pensaba: "Bueno ahora he de disolverla lentamente en la boca y pedir a Dios o rezar un Padrenuestro".

Después de la misa, amenizada por una orquesta, me fui con mi madre y mi padre a un estudio a sacarme fotos, se hicieron muchas copias, las cuales desaparecieron sin saber cómo.

Cuando llegamos a mi casa, el gentío era impresionante y lo mejor de todo, era la gran cantidad de regalos que recibí, estaba mi cama llena de ellos; ese día fue un día de amanecida, donde la gente que quedaba comieron

e-libro.net

chocolate con churros, preparados por mi madre. El regalo que más ha perdurado fue una pluma y bolígrafo Parker, regalo de unos amigos íntimos de la familia: Rosa María y José Manuel.

No puedo describir con palabras la alegría que sentí en ese día, fueron todo agasajos hacía mi persona, menos por parte de mi padre, quien conmigo estaba muy serio, cosa, por otro lado, frecuente en él.

De José Ramón y Alejandro hay mucho que contar, pero lo más característico del segundo, fue lo bien que lo pasé un día en su casa, con sus once hermanos y el padre, Ingeniero de caminos, canales y puertos, de cuyo trabajo no se ocupaba mucho, sino de atender a sus hijos; jugamos a ponerle un rabo al asno en una pizarra, a la que nos acercaba con los ojos cerrados con un trapo. También hicimos una carrera de sacos, donde llegué de los últimos y me caí más de una vez.

El mayor de los hermanos, estudiaba también Ingeniería y se podía ver por sus ojos y su vestimenta, que era un buen estudiante, ahora bien, si después de esto se dedicó a otra cosa, no tengo ni idea.

Se podrá comprender, que para alimentar y mantener una casa con once hijos, hace falta mucho dinero, y allí no lo había; sin embargo, añoraba esa casa, y a pesar de que veía que la camisa del padre estaba bastante desteñida, no me dejaba de atraer algo, aunque no era eso lo que más me sorprendió, no, lo que más me gustaba eran los gritos de los hermanos, aquel barullo increíble.

Alejandro tenía una particularidad, y era el grito que solía expeler por su boca, era algo grandioso y a la vez resultaba muy raro para su edad.

De “dun Jose”: José Ramón González González, he de decir bastante, pues fue mi mejor amigo durante mucho tiempo; me llamaba todos los días a la hora del almuerzo y muchas veces me enfadaba con él, pues no me dejaba respirar ni de día ni de noche. Solíamos ir juntos al cine; una de las mejores películas que vimos fue “Tiburón” con la que me quedé “alucinado” y que él iría a ver unas cuantas veces más.

Solíamos ir los domingos a la finca de sus padres; ésta estaba en Tafira, donde hoy está totalmente poblado de chalets; allí jugábamos, era una finca enorme con una casa, muchas veces íbamos a robar fruta a la finca colindante, lo cual hacíamos más por la aventura, que porque quisiéramos comer esa fruta.

Un día de San Juan, quemamos toda la leña que había recogido el pastor de la finca, y menos mal que nos fuimos antes de que éste se percatara, ya que la bronca hubiera sido bestial.

Un día en una gran casa de la finca, perteneciente a otra familia de “dun Jose”, nos encontrábamos los niños jugando en el jardín, en eso, veo a un niño muy mimado que apuntando contra mí con un tirachinas, me lo disparó yendo a mi barriga (el proyectil era una tacha doblada), dejándome una gran señal y un gran dolor; entonces fui y le pegué, este niño se puso a gritar desaforadamente, de tal forma que sus padres salieron a ver qué le pasaba; les expliqué lo ocurrido y casi me dan una paliza por haber tocado a su mimoso hijo; al cual cierto día se le antojó un piano de cola y ellos se lo compraron; no hizo uso alguno de él.

Cuando iba a la casa de “dun Jose” en Las Palmas, allí, en el comedor, había siempre, una gran solemnidad, rota por su hermano mayor, médico de estudios y profesión, el cual moriría al poco, tras unos golpes de tos que despertaron a José Ramón, que fue a ver qué le pasaba a su hermano, y vio a este con los estertores de la muerte. Fui al día siguiente y no sabía que hacer; a los niños nos encerraron en la habitación de “dun Jose” y allí éste nos contó lo ocurrido. Jugamos ese día, al igual que muchos otros, a las cartas, y el que perdía se iba desasiendo de prendas hasta que alguno quedara totalmente desnudo; esto le solía ocurrir a él, a mí nunca me ocurrió. Era muy mal jugador mi amigo.

Otras veces jugábamos con los “Madelman” a las guirreas y así nos pasábamos las tardes, pues él tenía una gran cantidad de juguetes; era el niño mimado de la familia, quien nació cuando sus padres ya tenían una avanzada edad, y no pensaban en traer más hijos al mundo.

Las manos de dun Jose eran muy rugosas, y a mí se me parecían a las de mi abuelo, o a las de una persona mayor.

Un día, estando con otro amigo en casa de dun Jose, los padres nos preguntaron sobre lo que sabíamos acerca del sexo, el amigo común dijo que sus padres le habían instruido sobre el tema, yo no dije nada, pues mis instructores habían sido las revistas eróticas y pornográficas.

Antes de conocer a dun Jose, en el Castilla tenía un amigo, cuya madre daba clases también allí, y su padre era un alto mando militar, vivían frente al parque San Telmo. Vivía con los soldados, quienes le hacían el saludo militar a ese pibito que debía tener más dinero que estiércol. De su nombre no me acuerdo ahora.

e-libro.net

Una vez estando en casa de dun Jose, se me rompió el pantalón, y la madre se ofreció a arreglármelo; me quede en calzoncillos y un tanto azorado, pues éstos estaban algo desteñidos, se comprenderá lo que eso supone al ego de cualquiera.

Por esas fechas, iba a misa los domingos, sobre las diez de la mañana. Generalmente no ocurría nada, y siempre veía frente a mí a un profesor con dos hijas gemelas, rubias ambas.

Me solía quedar junto al cuenco que contenía el agua bendita, cerca de la entrada, y nada más terminar la misa me iba a mi casa, donde mis tías me iban a buscar, para ir a la finca de mi abuela.

Un día, cuando acabó la misa, se acercó a mí un joven que me dijo que era profesor de Karate, deporte éste que me interesaba mucho por ese tiempo; me dijo que le siguiera y así hice, atravesamos un largo trecho hasta que llegamos al gimnasio, allí me esperaba una horrenda sorpresa, cuando veo que se quita la camisa y empieza a decirme que posiciones había de tomar para hacer una kata.

Encontraba eso muy raro, y sentía su respiración en mi cara cuando veo que empieza a rozarse conmigo, visto esto, salí de allí corriendo.

Nada más llegar a la finca de mi abuela por Tenoya, me cambiaba de ropa y me ponía unas botas endurecidas por el agua, el barro y el estiércol.

Solía acompañar a “Brunito”, un señor ya mayor, que era el pastor, y el que vigilaba la finca y la casa.

Recuerdo como todos los domingos mi abuela paterna hacía un queso tierno, artesanalmente y muchas veces me daba a beber el suero, aunque este no me gustaba en exceso, salvo los restos de cuajada que se colaban; lo que me encantaban eran las natillas que hacía mi tía Dulcina, las cuales estaban para chuparse los dedos.

Solía acompañar a Brunito en todas las tareas de la finca, si bien yo no realizaba casi ningún trabajo, pues todas las tareas eran muy duras para un niño de mi edad, aunque a veces sí regaba por el método de las acequias.

Algunas veces iba mi tío Joaquín a la finca y éste, llamándome joven imberbe, me decía cosas curiosa sobre lo que hacía; me enseñó a podar y me instruyó, sobre ciertas plantas silvestres comestibles.

Un día me mandaron a que cogiera los huevos del gallinero y allí fui muerto de miedo; sentía miedo porque las gallinas me picaran al irles a coger los huevos, pero más miedo me dio una gran rata negra que estaba en el gallinero y que al verme desapareció por un agujero del suelo; visto esto, me fui de allí inmediatamente con muy pocos huevos en la cesta.

Mi abuela solía alimentar a las gallinas desde arriba; se ponía a hacer ruidos con la lata donde tenía el millo, a la vez que hacía ruidos con la boca llamándolas a todas. Siempre me indicaba el gallo, aunque no se para qué.

También habían cochinos en la finca, esos cerdos eran enormes y peligrosos, los cuales tienen ese nombre muy bien puesto, si se ve en qué condiciones viven.

Las vacas eran las que más tiempo ocupaban, Brunito nunca me dejó ordeñarlas, quizás porque era un trabajo delicado y peligroso, lo que sí me dejaba hacer, era poner serrín y hojas secas de platanera en el establo, con lo que luego se haría el estiércol, del cual había dos grandes montones.

Recuerdo cómo una vez sopeteando el calostro de una cabra con el dedo, estaba éste tan espumoso y sabroso, que me lo tomé todo, y eso que mi abuela tenía gran interés en él; de todas formas, no recuerdo que me reprendieran por esto.

Solíamos coger pichones con un cedazo, un palo y millo, luego Brunito los estrangulaba, los desplumaba y les quitaba las tripas; muchas veces no se morían al retorcerles el pescuezo, así que él les golpeaba la cabeza fuertemente contra una roca o un muro; ésta operación me causaba disgusto, aunque mi abuela lo tenía por norma para comérselos en el almuerzo del domingo.

Cuando contaba con aproximadamente nueve años, estando en mi casa de Altavista, veía cómo niños de aproximadamente mi edad, jugaban con cometas enormes; sentí gran desconsuelo por no poder jugar con ellos, pero no perdía las esperanzas de poder hacerlo. Hacer la cometa no era difícil, lo complicado sería encontrar el hilo; no sé cómo lo hice, lo cierto es que uno de los niños, Javier Nuñez Ruiz, me dejó un carrete de soga para la cometa; nervioso, lo metí en mi casa, en el salón, donde casi nadie iba; no obstante, mi madre, no sé si al notar mi nerviosismo o por qué, se dio cuenta de lo ocurrido, así que me mando devolver el carrete. Al principio me negaba, pero al final cedí; Javier, no sabiendo por qué, aunque creyendo que él le caía mal a mi madre, cogió el carrete y se fue; me quede solo, y lloroso volví a mi casa.

Por esa edad también, me preguntaban que qué quería ser yo de mayor, a lo que respondía:

-“Farfacéutico”.

e-libro.net

Ni siquiera sabía pronunciar bien el nombre de la principal carrera de mi padre, pero sí sabía ya lo que quería ser de mayor; si lo fui o no será cuestión de leer este libro. Pensaba que aparte de eso debía ser algo más, pero lo tenía todo muy confuso.

Por esas fechas, iba a la peluquería del barrio, que estaba bastante lejos, donde dos hermanos pelaban a toda la vecindad, la barbería olía a añejo y siempre ha conservado ese olor.

Otros domingos, cuando no iba con mi abuela y mis tíos al campo, me iba con mi padre al sur de la isla; salíamos muy trempranito y en el trayecto por una incómoda carretera, hacíamos escala y desayunábamos, generalmente según quiero recordar en un restaurante llamado La Estrella; a estas excursiones a los apartamentos de mi padre, solía ir solo, y una vez allí me iba con los hijos de un gran amigo suyo, al que mi madre llamaba: “la Miguela”.

Solían abusar del güisqui, y después, cuando se cansaban, nos traían a mi casa de vuelta, para almorzar todos juntos, la familia se entiende.

Por esa época solían ir mucho mis abuelos maternos a mi casa, donde pasaban unos días, allí me educaban en la bondad y lealtad.

Según dice la gente, yo de niño era un buen chico.

Uno de esos días de piscina en el sur, al regreso, mi padre venía muerto de sueño, y ya casi llegando a mi casa, en la intersección de la Avenida Marítima con Juan XXIII, mi padre se durmió por un instante y se iba a subir al bordillo de la mediana, por lo en eso, cuando lo vi, le dije asombrado:

-!¿Papá?!

Él, rápidamente se despertó y llegamos afortunadamente sin consecuencias a mi casa; sería la única vez en que vi a mi padre quedarse dormido o no soportar la bebida, salvo otra vez que ya contaré más adelante.

Un verano, como premio a mis buenas calificaciones, y cuando tendría unos trece años, me inscribieron en un cursillo de optimist; el cursillo era en “Puerto Rico”, había allí muchos niños, y los instructores, aunque eran buenos navegantes, eran malos profesores, por lo que nunca llegué a entender lo de los vientos y cómo había que poner la vela.

Comíamos en el interior de un edificio que lindaba con la playa. Una vez, cuando fuimos a almorzar vimos una cucaracha que revoloteaba de botella en botella, lo que me dio un asco terrible, pues las botellas estaban destapadas.

Los instructores casi siempre estaban en las casetas de las chicas, así, por mucho que nosotros nos esforzábamos en mantener coquetas las nuestras, con los colchones colocados a modo de sillones y forrados con las mantas, no conseguimos ganarnos nunca el premio de la presentación de casetas. Aparte de esto nuestra caseta azul marino, tenía dos rotos enormes, uno a cada lado de las lonas de la entrada.

Fue mi primera gran experiencia solo.

El primer día, nos hicieron nadar desde cerca de la salida del muelle hasta la orilla de la playa; esto no tendría inconveniente, si no hubiera sido porque había que hacerlo con el chaleco salvavidas puesto. Aún así, no tuve gran problema, pues había sido nadador y me resultó fácil. Lo que ya no me resultaba tan fácil, eran las carreras y la tabla de gimnasia que nos asignaban cada mañana. Sentí allí mucho, lo que era la soledad; algunas noches me iba a dar una vuelta por la playa, solo, y me entristecía, y recordaba las lágrimas derramadas en la piscina cuando nadaba los entrenamientos de mi época de nadador.

Una de esas noches, vi por primera vez un coche anfibio, que desde la arena se metió en el mar, lo vimos unas cuantas veces, y me resultaba sumamente extraño.

En cuanto a las dos competiciones serias que hicimos, he de decir que en ambas se me rompió el timón, en una fue el macho y en otra la hembra.

Cuando se me rompió la hembra aun no había casi empezado la regata final, con diplomas incluidos, no sé cómo se me pudo romper, lo cierto es que fue casi afortunadamente, pues no quería competir, ya que, tal ya he indicado, nunca aprendí la relación entre los vientos y la vela. Una vez se hubo roto la pieza del optimist que llevaba, me puse como loco a tocar el pito, mientras iba a la deriva hacía las rocas, casi a punto de chocar, vino una Zodiac a buscarme; me dijeron que soltara el pulpo y sacara la orza, lo cual hice; me llevaron a una velocidad desenfrenada hasta la playa, eso se debía a que el patrón de la balsa, tenía a uno de sus favoritos entre los primeros, y yo mientras, me mojaba todo al entrar ingentes cantidades de agua por la caja de la orza.

e-libro.net

Un día que no salí a navegar con el optimist, pues no había ninguno disponible para mí, me fui con otros compañeros en un barco grande, parecido a los de vela latina, y uno de los más avanzados alumnos, lo dirigía, mientras el instructor dormía a pierna suelta.

El último día, estuve de guardia en la caseta durante la noche, pues habíamos puesto turnos, para que no entraran en la caseta y nos llenaran la cara y el pelo con pasta de dientes. Cumplí con mi turno, mientras que dudo que el resto de mis compañeros de caseta lo cumpliera.

El día de entrega de premios, a mi me entregaron los mínimos, o sea un diploma y una medalla de participación, esto disgustó mucho a mi padre, pues quería que fuera en todo el mejor, y yo no lo conseguía; no porque no pusiera empeño en ello, sino que tal vez, no tenía talento para ello.

Le quise enseñar o mejor señalar a mi padre mi caseta, pero este no hizo ademán de mirar; yo casi me reí, pero él no se inmutó; me miro de soslayo y muy seriamente, dándome a entender que era un fracasado y que no servía para nada.

Muchas veces me cansaba de tanto competir, aunque hoy día reconozco que si no intento mejorarme en lo que creo conveniente, me hundiría en un gran abismo.

Después de la entrega de premios, nos fuimos a Mogán, por una carretera de muchas curvas; por el trayecto vimos un maravilloso barco de grandes velas rojas, el “Pegasus” creo que se llamaba; era un buque escuela extranjero que llevaba un tiempo por las islas.

Llegamos a Mogán tras muchas curvas, y allí comimos mis padres y yo, pues mis hermanas y hermano, se habían quedado en los apartamentos que tenía mi padre en la playa, Las Burras.

Me habían llevado de regalo un “Madelman”, muñeco que me encantó; estaba vestido de militar, y, entre los complementos, traía unos sacos de arena con los que estuve jugando muchos días.

De vuelta de Mogán nos fuimos a Las Burras, donde pasé bastante tiempo; como anécdota que contar, es que mis hermanas un día, todas, con los pantalones vaqueros puestos, no sé si para que no encogieran o para que no destiñeran, se metieron en el mar con ellos.

Mi padre cada vez que nos bañábamos, luego, nos hacía enseñarle las manos, y si estas estaban arrugadas del agua nos largaba un sermón, aunque hoy día pienso que era medio en broma.

El edificio con once apartamentos era de mi padre; estaban allí varios familiares, e incluso amigos de mis padres, era como una gran familia.

A veces me iba con mis hermanas, por el paseo que bordeaba la costa, hasta la playa del “Inglés”, aunque muchas de las veces me quedaba en Las Burras y allí me aburría grandemente, pues no había amigos con quien compartir la soledad y las vacaciones.

Estando un día cerca del piso, unos extranjeros me confundieron como si fuese de su país por lo rubio de mi pelo; les contesté que no era extranjero, sino español, en inglés y esto les gustó mucho.

A veces, mi tío Antonio, el hermano de mi madre, se iba a pescar al muelle de la playa, y allí lo acompañaba y me pasaba las horas muertas junto a él.

Otras veces, mi otro tío Antonio, el casado con mi tía paterna Mila, iba conmigo a jugar al tenis, en la playa, donde en la arena mojada dibujábamos el campo; podría parecer que la playa era casi para nosotros solos, y esto en parte era cierto; por ese entonces, el turismo no era muy abundante. Fue ese un gran verano, en cuanto a las distintas actividades que realicé.

Algunos sábados en la capital, iba con mi madre al mercado, aunque allí el calor y la falta de ventilación, y por supuesto la carencia de aire acondicionado, hacían que empezaran a surgir los problemas respiratorios, en parte, también por estar tanto tiempo parado sin saber qué hacer.

Lo cierto es que siempre que volvía del mercado, tenía que hacer uso de los inhaladores broncodilatadores.

Solía en Navidades, ir con mi hermana Pine a hacer el inventario de todas las medicinas a la farmacia de mi padre, y él en ciertas partes, no nos quitaba ojo de encima, sobre todo cuando estábamos con los psicótropos, seguramente porque sospechaba, para mi gusto, que mis amistades no eran muy aconsejables.

Una cosa que siempre pensé, fue en suicidarme, si bien, cada vez, pienso más que es un auténtico disparate; pero sí pensaba a veces en colgarme con una soga del techo, pero en dónde la sujetaba, pues del plafón no podía ser, ya que éste no aguantaría mi peso; tirarme a la calle desde un balcón, me parecía que debía resultar muy doloroso, esto quizás lo pensase, pues cerca de mi casa en las casas terreras, se había suicidado el panadero, Juan, colgándose del techo.

e-libro.net

A éste lo había visto yo la misma tarde que se suicidó, cuando regaba el jardín; según parece, aunque no lo sé con exactitud fue por amores frustrados.

Leía por ese época algo de literatura para adultos, y mucha para adolescentes; entre las de adultos, cabe destacar “Doce del patíbulo” de E.M. Mathanson, libro que leí casi tres veces de tanto que me impactó; según decían mis amigos, la película era de guerra, pero el libro, aunque la acción se desarrollaba en una cárcel en la que adiestraban a unos forajidos para ir a la guerra a una misión especial, no era éste el “quit” de la cuestión, sino que era cómo el jefe jugaba con la psicología de los sicarios, para que dieran todo por su patria, cosa que hicieron; el libro termina con la muerte de casi todos; esto me impresionó muchísimo y es por ello, por lo que decidí hacerme rebelde, pues pensé, “de qué me sirve ser un buen chico, si a nada bueno me va a llevar, como les pasó a los arrepentidos delincuentes”. También pensé “ya encontraré a buenos profesores que se lo propongan, y me enderecen”; nada de esto ocurrió.

En Junio de ese año, mi padre al terminar con buenas notas la E.G.B. me dijo que en qué instituto me quería matricular, y le contesté:

-En el “Tomás Morales”.

Él entonces me dijo que fuera arreglando los papeles de la matrícula y eso hice.

Los motivos por los que me apunté en ese instituto fueron varios, así por ejemplo, éste no era tan pijo como el “Pérez Galdós”, ni habían tantos golfos como en el “Alonso Quesada”, y si habían otras instituciones mixtas, yo no tenía ni idea; tampoco sé si el “Pérez Galdós” era mixto o tan sólo masculino.

Creía que el “Tomás Morales” era el más relajado, y por así decirlo el más izquierdoso, hoy día no se por qué escogí realmente ese, lo cierto es que tenía unas ganas locas de estar en él.

En verano no recuerdo lo que hice, salvo trabajar con mi padre en la farmacia; el resto del tiempo no sé en qué lo invertí, supongo que en estar con los amigos, pero éstos escaseaban.

Un buen día, me dijo mi padre:

-Ponte mañana abrigo que vamos al campo.

No fuimos al campo, sino a Tenerife, a comprar un piso para mi hermana Maru como dote de su matrimonio, que se realizaría poco tiempo después, y con el que creo que mi padre no estaba del todo de acuerdo.

Nos fuimos a Tenerife en avión, como siempre, mi padre tuvo que ingerir un par de güisquis antes de embarcarse, para envalentonarse y pasar ese mal trago.

Allí alquilamos un coche, éste no era automático sino con marchas, y fue por ello por lo que le costaba una enormidad el aparcar, cosa que hacía en punto muerto y con la pierna empujando fuera del coche, ya que se había acostumbrado a los automáticos.

En Tenerife estaban mis hermanas, las dos mayores, estudiando la carrera, y las fuimos a verlas al Colegio Mayor donde vivían; mi padre las invitó a comer por ahí, y fuimos a un restaurante que se asemejaba a una plaza de toros; la entrada era como un burladero, y por dentro todo era muy típico andaluz. Comimos paella, cosa que por esas fechas, detestaba.

Mi padre compró el piso en un abrir y cerrar de ojos, no regateó el precio ni se inmutó al pagar, era la primera vez que veía una transacción económica de esas magnitudes.

e-libro.net

II

El B.U.P. y la adolescencia

Empecé el B.U.P. con trece años, aunque en enero cumpliría los catorce. El primer día de clase, no me senté en los primeros puestos, como al niño aplicado que era le correspondería, sino que me puse en el último sitio, el más alejado del profesor, por donde se sentaban los golfos; allí, en ese día, me hice amigo de Segismundo, al cual le gustaba que le llamaran “Mundo”, que entre otras cosas decía:

- Yo, lo que quiero, es que me dejen en Tejeda, y allí cuidar mis rebaños de cabras.

Verán que las ambiciones de Mundo y las perspectivas de futuro no eran muy halagüeñas; mientras que yo tenía determinado el ser farmacéutico, y luego, ya veríamos. Sabía que para llegar a la altura de mi padre hacía falta luchar mucho.

También se sentaba con nosotros otra chica, la que yo creía que era prostituta, por lo fácilmente que estableció contacto con nosotros, y el tinte barato para el pelo, que usaba; de ella, no he tenido más noticias, y eso que me atraía algo para “echarle un polvo”, aunque ha de recordarse que me quería estrenar con una que me gustara, o mejor, a la que quisiera; no obstante, no tenía intención alguna de ir virgen al matrimonio.

Nuestra tutora era una chica de unos treinta y pico largos; esta, nos trataba como a sus hijos, yo era muy golfo, pero siempre sacaba buenas notas ya que solía estudiar a diario en mi casa, junto con mi hermana Pine, en uno de los pisos bajos, que tenía la casa, ahora sin alquilar; éste, en el que estudiábamos, se estaba convirtiendo en el cuarto trastero, pues allí estaban todos nuestros cuentos y novelas ya leídos, al menos, los de los niños.

No recuerdo el nombre de la profesora, lo cierto es que siempre decía, casi todos los días, que me pondría un cero, a lo que le respondía:

- ¿Cuántos me quedan para el coche?

Pues la bicicleta, dos ceros, ya sabía que los tenía, mientras que el coche, los cuatro ceros, (esto se debe a la semejanza de los ceros con las ruedas de los vehículos citados) no sabía nunca cuando los tenía. Lo cierto es que nunca me suspendió, ni en conducta, a pesar de que todos los días me decía:

-!Antonio, ya tienes otro cero!

A mi hermana Pine, le solía explicar matemáticas y le ayudaba con los trabajos que tenía que hacer, esto fue mas frecuente cuando cursaba octavo de E.G.B., aunque seguíamos el mismo sistema en primero de B.U.P.

Mis amistades por ese tiempo, fuera del instituto, no eran nada recomendables; la mayoría de ellos se drogaban o bien bebían demasiado, ron puro, generalmente; normalmente comprábamos una botella de litro entre dos, y luego nos íbamos a los bunkers que habían por los arenales que estaban encima del Estadio Insular, y allí, ocultos de miradas indiscretas, nos emborrachábamos a mansalva, sobre todo los fines de semana; imagínense a unos niños bebiendo ese caldo abrasivo y agresivo.

Empezaba a salir con alguna que otra chica, aunque las que realmente me gustaban no se acercaban a mí, supongo que por mi pinta, pues por entonces empecé a usar pantalones vaqueros todos raídos y camisas que me daba mi tío Joaquín, a las que le quitaba los cuellos y así íbamos a la moda “Mao”.

La primera chica con la que empecé a salir en la adolescencia, se apodaba Lali, su verdadero nombre era Candelaria. Esta chica estaba muy bien; no es que tuviera un cuerpo escultural, pero sus pechos eran muy atrayentes y grandes. Con ella, me iba a casa de un amigo un tanto raro, Salvador, el cual me llamaba “burgués”, y el que parecía ser mi guardaespaldas, pues a cualquier sitio que fuera, él me seguía.

e-libro.net

Yo llevaba a esta chica a casa de Salvador y allí nos magreábamos, tras tomarnos una copa, a tajo y destajo; me ponía esta jovenzuela a mil, y casi siempre solía terminar con un intenso dolor en los testículos, y los calzoncillos humedecidos por mi lubricante y el de ella; nunca llegué a penetrarla, aunque ganas no nos faltaran; aún éramos unos niños.

En clases, destacaba una profesora de Historia, a la cual temía, pues sus enfados eran a base de gritos y respuestas secas, áridas, en realidad también se comportaba cómo una madre ya entrada en años. Muchos lustros después fue mi compañera y he de decir en honor a la verdad que no había cambiado, al menos su aspecto físico, en nada, como si hubiera hecho un pacto con el diablo, cosa que dudo mucho, pues más me la imagino yendo a misa los domingos, que a ritos satánicos.

Al principio, las primeras veces en que me embriagaba, al día siguiente no solía tener resacas, pero esto duró poco (tiene su explicación científica pero no la sé, tiene algo que ver con el acostumbramiento de ciertos enzimas, a esos tóxicos).

Me llevaba mal con mi padre, lo que no quitaba, que admirara su forma de conseguir dinero y lujos para él. Nunca me explicaré, según les dije, cómo pudo ser un alto ejecutivo con la cantidad de alcohol que ingería .En mi casa desayunaba un café, y luego en el bar empezaba con un bocadillo y una cerveza, luego seguía con güisqui y ginebra; y a pesar de todo el alcohol ingerido, seguía cuerdo y realizaba sus negocios. Quizás, si no hubiera sido tan borracho, su nombre traspasaría las fronteras; no sé, lo cierto es que sí que era muy conocido en esta isla. Cosa por lo que no paraban de recordarme, quién era mi padre, de lo cual quería huir.

Aunque mi padre estaba poco en casa, se le tenía un gran respeto, de tal forma que a la hora de la noche que llegara, y gracias al ruido que hacían sus coches al llegar y aparcar en el garaje, nos poníamos en guardia todos los hermanos para ir a saludarlo, y luego volvíamos cada uno a hacer lo que estábamos haciendo.

Mi padre llegaba por la noche, e ingería unas cuatro o cinco cervezas junto con el “queso de Guía” y pan bizcochado, éstos los devoraba, más que saborearlos, quizás de ahí venga mi mala costumbre de no masticar casi las cosas, justo hasta el momento en que escribo estas líneas, que empiezo a comer más despacio y masticar más la comida.

En ese tiempo, íbamos todas las noches a fumar mi hermana Pine y un servidor, unos tres cigarros cada uno al cuarto de baño (“el baño blanco”, llamado así por sus azulejos y piezas blancas), donde solíamos hablar mucho, tanto se hablaba, sobre todo Pine, que ya no recuerdo de qué versaban nuestros temas; lo que sí recuerdo, cómo si fuera antes de ayer fue lo que un día me dijo Pine:

-Prefiero verte salir de casa de una puta, que saber que estas masturbándote.

Esto me dejó helado, pues realmente me masturbaba, así, muchas veces, cuando ella se iba, yo también me iba, pero volvía al cuarto de hora o a la media hora, con una revista erótica y lógicamente me masturbaba, lo cual, pensaba que era más sano que ir con mujeres de mala vida, pero ahí quedó grabado en mi mente la opinión de mi hermana, y eso que estaba educada en colegios de monjas, mientras que yo siempre, salvo la primera etapa, ya se sabe, había estudiado en colegios del estado.

La forma de entrar las revistas en mi casa eran variadas; unas veces las traía dentro de las botas vaqueras, otras veces dentro del pantalón, e incluso, muchas veces las subía con un cordel, al que en su extremo amarraba una bolsa blanca de plástico y se la tiraba por el balcón de mi cuarto, compartido con mi hermano Jose, hasta la casa del vecino, Claudio, quien me las ponía allí .Yo era el que las compraba ,y luego las dejaba en su casa, pues con su madre no había tanto problema, mientras que en mi casa, el sexo era el gran tabú.

En casa de Claudio, quien mandaba era su hermano Javier, gemelo éste del anterior; en su casa se hacía lo que él decía; estaba hasta tal punto mimado, que su madre, que trabajaba en mi casa, ayudando a mi madre en las tareas del hogar, o sea era sirvienta, tenía que bajar por las tardes para hacerle la merienda y prepararle el baño.

Me caía bien Rosario, entre otras cosas, porque me dejaba fumar en su casa, cosa que en mi casa, afortunadamente, no me dejaban; allí incluso, fumaba puros, los cuales también ofrecía a sus hijos, aunque ellos no querían; los puros me los proporcionaba Salvador, el cual trabajaba en una fábrica en la que los hacían, donde la mayoría eran familiares de él, aunque no eran los jefes, pero sí los más veteranos, y por tanto los encargados.

Claudio y Javier Gil se llevaban una hora de diferencia, aunque no se parecían en nada. Claudio era mucho más flaco y muy nervioso.

Con Claudio me pasó una cosa curiosa, y es que cuando él subía a mi casa, siendo niños, y siempre que no hubiera nadie en mi casa, nos enseñábamos nuestros penes, y el de él, en posición de descanso, era enorme, creo que en esa posición debía medir más de quince centímetros.

e-libro.net

A decir verdad, nunca le enseñé el mío, quizás era por esto, por lo que se enfurecía y trataba de estrujarme los testículos con las manos, o bien de una patada; hablando de patadas, por esas fechas seguíamos siendo muy aficionados a las artes marciales, siempre estábamos haciendo katas, y pegando patadas al aire; de todas maneras, el mejor de todos era Fernando, amigo de Javier Gil, el cual daba unos saltos mientras daba una patada, dignos de verse. Decidimos fotografiar sus patadas, cosa que hicimos en un par de ocasiones.

Hablando de fotos, por ese tiempo me empecé a aficionar a ellas; ya anteriormente, me había comprado una cámara Kodac de plástico, y poco después mi tía Dulcina, una de las hermanas de mi padre, me regaló una que ella ya no usaba, de ésas que hay que mirar por la parte superior para ver qué es lo que está enfocando el objetivo, no era réflex.

No recuerdo exactamente la fecha en que se casó mi hermana, aunque debió ser por ahí más o menos; mi padre, para variar, se cabreó, y no quiso sacar las fotos, fue por lo que a mí, me dieron su cámara, pero sin instrucciones de uso, y aunque traté de sacar las fotos de la boda, como se supondrá no saqué ni una foto; por mi parte estaba avergonzado, ya que llevaba un jersey de "cuello de cisne" (nunca me han gustado ese tipo de jersey), no obstante, mi madre se empeñó en que me lo pusiera y eso hice; mi hermana contaba tan sólo con 18 años cuando se casó con Pepe Armas, y mi padre no les auguró un buen futuro. Se equivocó.

La boda, la celebraron los jóvenes en un bar de mala muerte, el bar Texas, del que ignoro si se sigue llamando igual.

En mi casa, me pusieron de guardia en la puerta principal, para abrir a las personas mayores amigas, pues irían muchas; sin embargo, no se podía calificar aquello de una auténtica celebración, y menos con las caras largas de mis dos padres debido al empute supremo que se cogió mi padre.

Los domingos, solía ir con Claudio y Javier a Moya, pero no al pueblo en sí, sino que nos bajábamos de la guagua a la entrada de éste, y de allí íbamos a casa de la abuela de ellos: "Mamá Lola", allí charlaban un rato y luego nos dirigíamos a la montañeta de Moya, montaña ésta, que tenía en lo alto una cruz, pero tampoco acostumbrábamos ir a la cima, sino que íbamos a su falda, a unas cuevas de las que extraíamos, según creíamos, material aborigen; incluso, alguna vez nos trajimos piedras de molino, creyendo que eran de nuestros antepasados, y hoy aseguraría que eran de uno o dos lustros anteriores a lo sumo. El más enterado, o mejor, el más enteradillo de todos era Javier Gil, quien se encargaba, según decía, de llevar el material al Museo Canario, y allí lo clasificaban, me imagino que en orden de importancia. No siempre nos llevábamos grandes "descubrimientos", pues en ocasiones volvíamos tan sólo con unas cuantos trozos de cerámica, pertenecientes a jarras o ánforas de "nuestros antepasados".

El sol que hacía era infernal, tal, que cuando nos encaminábamos a coger la guagua de vuelta para Las Palmas, se derretía el asfalto, que al contacto con nuestras botas, parecía un chicle pastoso.

De la casa de "Mamá Lola", tan sólo recuerdo que era muy blanca, pequeña y acogedora; en cuanto a su propietaria, lo más destacado, y que tan sólo vi una vez, era lo largo y rubio-canoso de su cabellera, le llegaba por la cintura, y a su edad resultaba muy extraño verlo, no obstante ella iba siempre con un pañuelo negro, a juego con el resto de su vestimenta, negra y típica entre los pueblerinos de edad avanzada, de la isla. Fuimos muchos fines de semana a Moya, aunque esto a grandes rasgos, es lo más significativo, junto al miedo que me daba regresar a Las Palmas por una vía indirecta, en la cual, la guagua atravesaba barranco tras barranco, mientras pensaba que un simple despiste del chófer, nos podría resultar muy caro; eso no lo pensaban Claudio y Javier, a la vista de sus caras risueñas.

Javier iba capeando el temporal en las clases, mientras que Claudio se retrasaba cada vez más y más; era por esto por lo que a Javier lo tenían en su casa, por una eminencia. Si a esto sumamos su "participación" en el Museo Canario, se entenderá por qué era tan bien mirado y mimado ese joven en la casa. Su hermana, cuyo nombre no recuerdo, trabajaba en una farmacia, y se había casado con un camarero que bebía en exceso, su pinta lo delataba; no tardó mucho en separarse de él y ponerse a vivir con otro señor más serio y responsable. Lo que ha sido de ellos, lo desconozco en absoluto.

Seguía regando el jardín, orden ésta dada por mi madre, aunque no sé si era orden de ella o de mi padre, lo cierto es que debía limpiar y regar el jardín todos los sábados.

Esta tarea me aburría grandemente, y el único aliciente, era la descarga de adrenalina soportada por mí, cuando abría una pequeña puerta de una pared del jardín a modo de registro del agua actual, y de allí solían salir algún "perinqué" e infinidad de cucas; los perinqués, especie de lagartijas pequeñas, estaban desteñidos, y los mataba o intentaba matar con la anilla metálica de la manguera que debía conectarse al grifo; unas veces lo

e-libro.net

conseguía, y otras no. Una característica de estos bichos, es que si se les cortaba el rabo, cerca de su cuerpo, éste seguía moviéndose durante un rato, lo que también me causaba pavor; no me agradaban tampoco las grandes cucas marrones, a las cuales las mataba pisándolas con las botas, siempre que no se metieran por las grietas de la caja del grifo.

Me aburría mucho al regar, estaba claro que no quería dedicarme a la jardinería ni como hobby.

Empecé, siempre que tenía libre, a frecuentar también la casa de Javier Nuñez, y es allí donde conocí a Santi, alias el Flaco, y a Alexis; ellos eran bastante golfos, ya se verá, y es con ellos con quienes empecé a beber; primero, los "finde" y luego dos o tres veces en semana, esto lo encontraba normal, pues veía a mi padre ingerir cerveza tras cerveza sin inmutarse, salvo por ejemplo cuando vino de un viaje en su yate, y parecía que aun tenía el balanceo del barco, pues su cabeza apoyada sobre su brazo se caía una y otra vez, estando a punto de tirar la lámpara del cuarto de estudio. Testigo de esto no fui yo solo, sino también su madre, mi abuela, y mi madre, su mujer.

Ellas me decían que era de estar tanto tiempo en el mar, y me lo creí, hasta no hace mucho, en que deduje que lo que tenía era una borrachera sublime.

Cuando venía de las juergas me aplicaba al café, el cual lo guardaba mi madre en un recipiente de color verdoso oscuro, y de éste me tomaba casi un cuarto litro, para que mi madre y mi padre no se dieran cuenta de que estaba borracho.

No obstante, y paralelamente a esta vida, llevaba una vida intelectual, no sólo en clase, sino también fuera de ella, así por ejemplo, iba a una compraventa de libros y allí compraba cuentos, libros y revistas eróticas, sobre todo el "Lib", que costaba un duro o diez pesetas, dependiendo del estado de conservación en que se encontrase; era muy pequeño el negocio, aunque estaba abarrotado de libros; también había novelas de "Estefanía" y toda la saga, de las cuales nunca compré ninguna, pues las consideraba una subcultura, típica de los ociosos jubilados. Esta tienda estaba en una de las transversales de Triana, y su dueño, quien no era nada risueño, me consideraba un cliente fijo.

También, junto a los libros de literatura que compraba, alguno caía sobre el sexo, esto es, formas de hacer el amor, y cómo hacer el sexo de una forma higiénica, lo que no sé es si llegué a leérmelos.

Al mismo tiempo, me hice socio de la Biblioteca Pública, sita en la calle Tomás Morales; allí intenté ir a estudiar, pero no podía, pues siempre estaba lleno de gente, así que tan sólo iba a buscar algún que otro libro, muy pocos, pues con los que había en mi casa y en casa de mis familiares, sobre todo de Joaquín, era más que suficiente. Donde sí fui alguna que otra vez, es a la hemeroteca que estaba en la misma biblioteca, separada de ésta por una estantería, allí leía revistas y ojeaba los periódicos.

No les conté mi experiencia en el "Palacio del Hielo", donde iba a patinar y ver patinar; el primer día, me caí unas veinte veces, otro día, que fui con Loli, la que no digo que era un tanto extraña hacía mí, y supongo que yo hacía ella, pues aunque estábamos en el mismo colegio, y a veces salíamos juntos, nunca hicimos muchas "migas"; el día que patiné con ella cogidos de la mano, sentí una rara sensación a través de nuestros guantes, y desde luego, no quedé tan empapado en agua como el primer día.

Observarán, que ya por esas fechas no iba a misa, creo que fue una gran estupidez y un gran error, de todas maneras el cura de la iglesia no me convencía mucho, pues creo que no era éste muy inteligente, ni que estuviera impregnado de una gran sabiduría. Un día lo vi en una moto grande cerca de mi casa, saliendo de un chalecito a los que nosotros los llamábamos, a las personas que allí vivían: "los del castillo", pues tenía apariencia de eso, digo que lo vi saliendo de allí y saludando cariñosamente a una jovencita; me dio la impresión de que eran novios.

También por esas fechas, dejé de ir al dentista borrachuso y al alergólogo, Don Rafael Ruano Travieso, que en esos momentos, era uno de los mejores alergólogos de Las Palmas, si no, el mejor.

Un día, cuando iba a regar, cogí una de las botas de agua, negras, que usaba para tal fin. Me las ponía sin calcetines, y cuál no fue mi sorpresa al sentir un ligero cosquilleo al ponérmela, hasta el punto en que pensé: "Qué raro, ¿qué será esto?" Al sacar el pie y ver cómo salía una gran cuca marrón de allí, me asustó tanto, que casi no la mato; al final, la maté, pero me he quedado obsesionado para toda la vida, con que pueda haber una cuca en mis zapatos, y es por ello por lo que antes de calzarme alguno, los sacudo bien y le doy golpes en el tacón contra el suelo, para cerciorarme de que no tienen ningún ser o cuerpo extraño.

e-libro.net

Cierto día, vi un anuncio en televisión, en el que una chica se clavaba en el pie una botella de vidrio vacía en la arena de la playa, ésta sería siempre una de mis grandes obsesiones cuando iba a la playa; el anuncio era en blanco y negro, pero tan impactante, que lo he recordado y lo he tenido presente durante el resto de mi vida.

Un día, en diciembre, el día de la Inmaculada Concepción, era festivo, y todos los "amigos" nos reunimos para irnos de juerga, compramos entre el "Lu" (Javier Nuñez) y yo, una botella de ron de litro, y nos fuimos junto con los demás a los bunkers, allí estuvimos andando por todos los recovecos, incluso, llegamos a una zona del interior, por un pasadizo, donde después de arrastrarnos a gatas, nos encontramos sentados sobre la arena dentro de dicho bunker; las cabezas daban justo con el techo, estábamos muy encogidos allí, y a la luz de una vela, bebíamos cómo "cosacos".

Más tarde salimos, y en lo alto de una cima, me ofrecieron una pipa de "ropavieja" (chocolate y hierba) la cual acepté, la mezcla fue explosiva, así, mientras decía:

-Qué chachi estoy.

Acto seguido caí redondo, y casi me parto la nariz al caer desde lo alto de un muro, mientras los demás y sobre todo "el Flaco" (Santi), decía:

-No nos cortes el rollo.

Y no se los corté, pues se fueron y me dejaron con Javier Nuñez, también borracho, aunque al menos él no había perdido el conocimiento como yo.

Me habían dejado en el Paseo de Chil, frente al Estadio Insular, botado boca abajo en la acera de arena. El Lu me metió en un taxi, y nos fuimos a los parques que habían por nuestra casa, allí él fue a comprar Alka–Seltzer® para quitarme la borrachera, pues antes pensábamos que con eso se quitaba, cuando para lo que realmente sirve es para la resaca.

Me perdí de su vista, por cuyo motivo, se fue a buscar al vecino y amigo: Claudio Gil Rodríguez; entre los dos me fueron a buscar y me encontraron apoyado en una farola, con el jersey al revés y las botas cambiadas, o sea en los pies que no correspondían.

Me llevaron a mi casa, pues habían visto una pareja de guardias, y pensando en las consecuencias que me podría acarrear el verme éstos borracho, decidieron eso. Mi madre, asustada, me metió en la cama , sin quitarme las botas ni los pantalones, pues en ese momento llegaba mi padre, y sabía que si mi padre me veía en tal estado, me metería en un reformatorio; hicieron pues, como que estaba dormido.

Al día siguiente me levanté con resaca y bajo de moral, le dije a mi madre:

-Te prometo que no volveré a beber más.

La promesa no duró sino un mes; ese día salí por la tarde, y fui al parque que había por el cine "Plaza", allí me comí una milhojas junto con Alexis, mientras me contaba la marcha del día anterior, por mi parte, le hice participe de la promesa hecha a mi madre.

Un lapsus imperdonable que ahora cuento, es el de mis idas al cine, creo que desde los nueve años iba a estos de forma regular; anteriormente, iba de forma esporádica.

Al primero que empecé a ir fue al cine Parroquial, cercano a la iglesia "Santa Isabel de Hungría", allí el cine era muy barato; pronto empecé a ir al cine Sol y al Plaza con Claudio y luego con Santi; cuando íbamos al Plaza, a la salida nos íbamos a jugar a las "máquinas", y si iba con Santi, entonces a lo que jugaba era al ping-pong, quien me hacía sudar mucho y estar atento a la jugada, pues su juego consistía en dar mate tras mate, lo que me obligaba a jugar retirado de la mesa, y como éstos solía darlos con "efecto", me hacía sacar muchas pelotas de debajo de la mesa; era sin duda Santi un gran jugador.

Otro buen jugador, era un militar novio de mi hermana Pine, la que me llevaba de escopeta; un día fuimos al Palacio del Hielo a las gradas y al bar, allí había una mesa de pimpón, él me dijo que si quería jugar, que aunque no sabía mucho algo se defendía. Cuál no seria mi sorpresa al ver que era casi un "maestro", de lo bien que jugaba. Lógicamente no gané ninguna partida.

Lo que dije del cine, era cierto, no sólo por lo barato que éste costaba, de cinco a veinte pesetas, según el año, por lo que me podía inflar a comer "quicos" y luego ir a jugar tal cual dije a las "boleras," y todo tan sólo con cien pesetas, que por ese entonces, aunque no era una fortuna, para mí era dinero.

Las notas seguían estando aprobadas aunque, ya no eran todos sobresalientes. Por mi parte me conformaba, diciendo que el B.U.P. era mucho más fuerte, y aparte de eso, no quería ser un número uno (cosas de malas compañías, y por tanto de mala concentración y peor mentalización).

e-libro.net

Mi padre seguía dándome la enhorabuena por las notas, aunque no sé si estaba frustrado por mi comportamiento, o simplemente se conformaba con que aprobara. No lo creo así, pues un día, hace poco tiempo, y ahora cuando esto escribo tengo treinta y tres primaveras, cayeron en mi poder toda una serie de diplomas acreditando sus magnificas calificaciones durante toda su época de estudiante.

Recuerdo, que mi padre llevaba siempre bajo el brazo una mariconera negra, en la que ponía las carteras con dinero, y tarjetas de crédito y de sociedades; en los bolsillos solía llevar la mayor cantidad de llaves que había visto llevar a una persona; creo que tenía llaves para todo.

Mi padre, por norma general vestía cómo cualquier trabajador o comerciante o ejecutivo, pero a veces se ponía muy elegante, cuando tenía reuniones y demás. Era frecuente y agradable su continuo olor a la colonia “Old Spice”, a la que a toda hora olía, ya fuera de día o de noche, tal es así que intuyo que por las tardes se duchaba en nuestra anterior casa del puerto y allí se volvía a perfumar, si no, no me explico cómo es que siempre estaba tan perfumado, al mismo tiempo que parecía que sudaba bastante, pues su piel siempre estaba a una temperatura muy alta.

Mi padre era muy alto, y eso se constata con mi gran altura, y cómo, incluso usando zuecos, tenía que ponerme de puntillas para poder darle un beso, y creo que aún así, él se agachaba algo. Todos odiábamos a mi padre, y nos desvivíamos por mi madre. Hoy día, atribuyo su mal carácter al exceso de alcohol y pienso que mis hermanas pensarán igual que yo, que muchas cosas hubieran sido distintas, si nosotros le hubiésemos parado los pies.

Cuando salía con Lali, muchas veces nos íbamos a algún pub, donde ella consumía un refresco, y yo una cerveza, y siempre o casi siempre ponían algo para picar, roscas, manises, etc, aunque generalmente estaban demasiado salados; no recuerdo si a los pubs iba Salvador con nosotros, pero lo cierto es que cuando paseábamos por Las Canteras, “Salva” nos seguía a modo de guardaespaldas, y eso sacaba de quicio a Lali; poco más duró mi primer noviazgo más o menos serio; luego vendría el de Tere Ortega, esta chica me desagradaba por todo, empezando por su bigote, y luego por su mal aliento.

Por esa época íbamos por el “Acapulco” y allí nos tomábamos las litronas de cerveza, en un bar cercano a esta discoteca, aunque aún no íbamos a ella, pues era muy cara, sino al “Racing”, pseudodiscoteca de un equipo de fútbol local, en el que abundaban las peleas y el alcohol.

En el Racing fue donde empecé a salir con Tere, tras bailar un par de piezas juntos. Cuando nos separamos, observé en mi camisa más nueva, una gran mancha de nicotina, al lado de mi tetilla, justo donde ella descansaba su boca; se comprenderá que la diferencia de estatura era grande, aunque no tanto como la existente entre Lali y yo.

Con Tere acostumbraba a ir igualmente a pubs, sobre todo al Picasso, también por La Isleta, no sé qué tiene ese barrio en el que me he pasado gran parte de mi adolescencia.

Lo cierto es que con Tere no pasaba de magreos y “besos de tornillo”, los cuales nunca me han gustado en exceso, pues tengo un frenillo en la lengua que me impide besar bien y con soltura. No obstante, con esta chica, empecé a salir casi al final del curso, y continué hasta el año siguiente tras estar algunos intervalos sin salir con ella. El curso lo terminé con aprobados, no rasos, aunque casi.

Cierto día de verano, un sábado, nos fuimos al “Merendero López Socas”, donde acostumbrábamos ir a tomarnos las cañas de cerveza; era por la mañana y estábamos toda la panda; nos entonamos y le largué al dueño:

-¿Oye?, ¿ésto de la barra son monedas?

-¿!Usted y yo hemos ido a cenar alguna vez juntos, como para que me tutee!?

La respuesta me dejó helado, y si pensamos que momentos antes le había robado un cenicero, que al metérmelo en el pantalón sonó ruidosamente el vidrio al contacto con el metal de la enorme hebilla del cinturón.

Esto no sé si me quitó o no la borrachera, pero lo cierto es que a partir de ese momento, siempre he tratado a las personas mayores a mí, de usted; se ve que me vino bien esa reprimenda, y el dejarme en evidencia delante de todos los amigos, a los cuales les dije al salir ,y lleno de un sudor frío al que también había contribuido el hurto:

-¡Jo, qué corte!

Otro día, a eso de las nueve y cuarto, estaba con Javier Nuñez (“Luñez” por ese entonces), junto con otros amigos. Estábamos muy aburridos, en eso que llegó la panda de Alexis y Santi, y me dijeron que se iban a fumar un porro, les dije que yo también fumaría; dicho y hecho. Nada más terminar de fumar, caí en la cuenta de la hora que era, o sea, me quedaba un máximo de diez minutos para ir a mi casa, donde mi padre tenía el horario de entrada para todos a las nueve y media, y si él llegaba y no estábamos todos, !la que se armaba!.

e-libro.net

Me entró un sudor caliente, y empecé a vomitar, en eso, “el Bola” (llamado así por su gran cabeza), me dijo:

-Ahora procura estar tranquilo, y cuando llegues a tu casa, te tumbas, apagas la luz y te pones a escuchar a Pink Floid.

Yo pensaba: “Sí, con mi padre en mi casa voy a poner a Pink Floid”. Al poco me entró un sudor frío que me recorrió todo el cuerpo y poco a poco parecía que fui mejorando.

Por esa temporada, mi música era muy variada, así oía: cantautores protesta, tales cómo Víctor Jara , Juan Carlos Senante (cuando aún no había emigrado a Madrid, donde se pasó a la música salsa), etc, y todo tipo de rock; el que más me gustaba era el rock sinfónico.No era extraño verme hacer algo en la cocina y tener a “toda mecha” el cassette, oyendo a Víctor Jara.

Ese verano, mi padre no iba por mi casa a comer, aunque yo iba a trabajar en la farmacia suya.

Creo recordar que iba generalmente por las tardes, y antes de entrar, me iba junto con el empleado más joven: Rodri, a una instaladora de luces, donde allí, Rodri, tenía otro amigo que abría antes; allí me fumaba un par de cigarros antes de entrar, pues lógicamente mi padre no me dejaba fumar, aunque pienso que él más que sospechar sabía con certeza que yo fumaba.

Aprendí una cosa importante, y es a no fiarme de los hippies en cuanto a créditos se refiere; por qué digo esto, bien sencillo: un día estaba despachando a una chica de éstas, y me pidió muchísimas cosas, cuando terminé y le saqué la cuenta me dijo:

-No me alcanza, pero si me dejas la bolsa, ahora te lo traigo.

Mi padre me ordenó que le dijera que no, eso hice, no sin sentir una gran vergüenza. Al final, mi padre tuvo razón, pues la chica no apareció más.

Con quien mejores “migas” hacía allí era con Braulio, el encargado de confianza, pues siempre estaba de buen humor, aunque hoy día sé que lo que realmente ocurría era que se burlaba de los clientes.

Cierto día de ese verano, y cómo mi relación con Braulio era tan buena, le dije a mi padre:

-¿Por qué Braulio no cobra igual que tú?

Mi padre se indignó y me dijo:

-Pero si ni siquiera sabe hacer la “O” con un canuto.

Y luego me replicó:

-Esas son las ideas comunistas baratas de tu cuñado.

Tan sólo tenía uno: Pepe Armas.

La farmacia estaba totalmente nueva, pues mi padre se había trasladado del antiguo local (con un olor característico a farmacia añeja), de alquiler, a uno de su propiedad; el por qué no se trasladó antes no tengo ni idea, quizás porque los locales de su alrededor fueran demasiado caros, no sé.

La nueva farmacia tenía dos plantas, la de abajo era el almacén, y donde estaban las pulidoras de cristales; no se ha de olvidar que mi padre también era óptico; él fue quien me hizo mis primeras gafas, entre un total de diez o doce que me dio a elegir. No iba mucha gente a comprar gafas, lo más seguro, porque se fiaran más de las grandes ópticas, como la “Optica Jaén”, de la capital.

Por esas fechas estaba muy trabado y siempre enfadado; los cabreos podían ser por el trabajo, y los trabes por el desconocimiento y por las drogas, supongo que sería por eso. Aunque “trabes”, tiene uno siempre, si no es por una cosa, lo es por otra.

Mi padre me trataba mal. Cuando él llegaba de la calle, y aunque yo ya llevaba un tiempo en mi casa, le ponía a todo volumen: “El derecho de vivir en paz” de Víctor Jara, no me decía nada, sino que se iba para su dormitorio, en el piso alto, con la cabeza gacha.

A Rodri le compré una escopeta de balines, no muy barata que digamos, creo que me costó de tres mil quinientas a cinco mil, junto con los balines y unas dianas de cartón a las que tirar; estas dianas no las usé mucho, pensando en dejarlas para ocasiones especiales.

La escopeta la usé poco, pues una vez, me aventuré a disparar a una farola, frente a mi casa, y me la cargué. Mi “acojono” fue increíble, escondí inmediatamente la escopeta y me agaché, protegiéndome con el muro de la azotea; al poco vino un guardia municipal y observó la farola; ya por ese entonces habían unas cuantas chabolas ahí, y los chavolistas se habían escandalizados por la forma en que explotó la farola.

Entre las cosas que Rodri me contó, destacaban dos, la primera: que un día se acostó con una chica en su casa, estando sus padres en la habitación de al lado, viendo la tele, y la segunda: que un día un tío suyo iba a

e-libro.net

matar una rata con un cepillo de barrer, y se agarró la rata al cepillo tal que cuando éste lo levanto, la rata se le echó al cuello y le mordió la yugular, con lo que murió en el acto. Estas dos cosas no sé si fueron verdad o no, lo cierto es que él me lo contó en plan de bravuconearía y como anécdota, en repetidas ocasiones; la segunda en presencia de mi padre, al cual le causaban pánico las ratas, al igual que a mí.

Un día, como hice migas con Rodri, éste me dijo de ir a una fiesta en una barriada, el local era un tanto decepcionante, aunque por lo que me contó, allí se hacían grandes bailes; nada más llegar empezamos a tomarnos copas, como siempre, me pasé con éstas. Me dio a oler amoniaco, y casi lo vomito todo, lo cierto es que recuerdo haber recuperado el conocimiento momentáneamente aunque luego lo volví a perder.

Un buen día me dijo mi padre que se tenía que ausentar al día siguiente, y que yo era el responsable de cerrar por la tarde, y dejar todo en orden. Me escribió, a máquina, todo lo que debía hacer, y eso hice; ese día estuve nervioso e intranquilo todo el tiempo, sin saber qué hacer, así leía el papel constantemente, éste lo conservé durante un tiempo, aunque un buen día, sin saber por qué me deshice de él; fue una lástima.

No recuerdo si fue esa vez u otra, cuando al terminar el trabajo, no, tuvo que ser otra, ya que mis hermanos iban conmigo, lo cierto es que cuando terminamos de trabajar nos fuimos al Palacio del Hielo, y allí nos hicimos socios, mal empleado dinero, pues no iría sino un par de veces más de las ya contadas.

Lo mismo ocurrió con el “Club Náutico” del que todos éramos socios, pero ninguno iba a disfrutar de estas ventajas, quizás lo mío era porque estaba cansado de nadar en piscinas, y no le encontraba aliciente.

Tan sólo iría una temporada con mi madre, y allí intenté jugar al tenis, pero también me percaté que eso no era lo mío, y eso que intuyo que tenía una buena raqueta, ya que me la quisieron comprar a un alto precio; no quise pues era un regalo de mi cuñado.

En la farmacia de mi padre, recuerdo que por la tensión con la que vivía, empecé a sudar de forma alarmante por las axilas, a veces tenía la camisa totalmente empapada de sudor, lo que me disgustaba sobremanera, pues a mí, desde pequeño, siempre me ha gustado la higiene, y no hay cosa que más deteste que el sudor y sus señas.

La vuelta a casa la hacía con Rodri, en la guagua, la del numero 3 o la 30, esta última iba por las Rehoyas, aunque nosotros nos bajábamos antes. No recuerdo si después iba al parque con mis amigos, creo que no.

Un día, mi padre me exasperó al máximo, al ponerse a gritarnos porque no veía ningún vale específico para una cosa que él estaba haciendo, abrí un cajón, y a la primera, vi los vales que él buscaba, así que dije:

-!Uno!, !dos!, !tres!, !¿Quieres más?!

Él bajó la cabeza y me dijo:

-Si sabías donde estaban, por qué no me lo dijiste.

-¡No sabía donde estaban, sino que primero los he buscado, y no he empezado a gritar sin buscar! - le repliqué.

Mi padre, había tirado un montón de cosas al suelo sobre todo papeles, y yo con el cabreo, las pisaba, dejando las huellas de mis zapatones en ellas, aparte de todo lo que se arrugaron. Lo cierto es que él las tiró, y yo, por el empute que me hizo coger, no las recogí. Allí, en el suelo, se quedaron.

Cuando contestaba al teléfono debía decir:

-Farmacia D. José Fijoleis, ¿dígame?

Eso lo decíamos todos, salvo mi padre, que nunca cogía el teléfono el primero.

Mi padre empezó a esputar sangre, lo cual le alarmó mucho, y trajo a un médico a casa, éste le dijo que dejara de fumar cigarros, es por esto, por lo que se pasó al puro, los “Condal”; creo que gastaba más en puros que en la comida de mi casa, pero ese era un rasgo característico en él, ahorrar al máximo en los demás para tener más para él.

Debido a su mal carácter, los empleados no le duraban mucho; algunos se despedían el mismo día, al segundo o tercer día de trabajo. Esto de todas maneras parecía frecuente entre los empleados de farmacia, o al menos eso creo.

Durante aquellos meses, quien llevaba los ingresos al banco por la tarde era el menda; solía ingresar unas veinticinco mil cada media jornada; mucho, si se piensa que era verano, y los años que hace de esto.

Las guardias, me quedaba hasta tarde, aunque no sé exactamente hasta que hora. Lo mejor de éstas era cuando mi padre decía:

-Rodri, vete a buscar unas tapas al bar de enfrente.

e-libro.net

Y con esas tapas cenábamos todos. Eran muy sabrosas, o eso parecía, por la hambruna que uno tenía a esas horas; solía ser casi siempre sobre las nueve de la noche, por lo que no me pasaba comiendo, pues sabía que en breve iría a mi casa.

Fue la primera vez que trabajé y que por mi trabajo recibía un sueldo, muy bajo era éste; cobraba unas doce mil pesetas, igual que cualquier empleado de mi edad; lo cierto era que me parecía poquísimo y pensaba que me estaban explotando.

A finales de agosto, mi padre me dijo:

-¿Quiéres seguir trabajando el mes que viene?

-!NO! -le repliqué, mientras pensaba para mis

adentros: “sí, para que me explotes”.

Dejé pues de trabajar y creo recordar que me fui a Tenerife, aunque no sé si realmente fue esa vez, ya que me lo pagó mi padre, y yo no tenía dinero ahorrado como para irme; encima, después de los cabreos que nos cogimos mutuamente, son parte de las causas por las que no creo que me lo pagara ese verano, o al menos al final de éste. Tal vez me lo pagara al principio, o en otro verano, lo cierto es que vez, fue la primera que me iba de vacaciones sin mis padres.

Allí estaba mi cuñado Pepe, Maru y Pine, no sé si ésta última fue conmigo o no, lo cierto es que las fotos que saqué reflejaban su presencia; es más, ella me corregía mi vocabulario, que por esa fecha usaba mucho los “!coño!” y “!joder!”, no creo que los usara tan sólo por mi asombro, sino también por las influencias de mis malas amistades.

Otros a los que vi en esa estancia en Tenerife fue a Irene y Alberto “la Cabe”, éste último llamado así, por su descomunal cabeza; él, este nombrete lo usaba a chanza, y lo disfrutaba con muy buen humor. Irene, su novia, era muy guapa y estaba como un tren, al menos eso me parecía.

Con esta pareja fuimos una vez a comer a una pizzería en la calle La Carrera; era una pizzería de las caras, la mejor de La Laguna; allí se bebió cerveza en abundancia, tal que aquello parecía más una celebración que un almuerzo.

Mi cuñado Pepe, aparte de estudiar (Filosofía y Letras), que lo hacía muy bien, según las notas encabezaba su promoción, también trabajaba de taquillero en un cine de La Cuesta, al que casi nunca iba nadie. Yo iba al cine a charlar con él, y con los que en éste trabajaban; allí conocí a un borracho ingenioso el cual me instruyó sobre posturas sexuales que sospecho que deben ser complicadísimas de realizar, y nunca me ha dado por llevarlas a ejecución; de entre todas recuerdo la que dijo consistente en estar él debajo, ella arriba, y mover a la mujer de un lado a otro cómo las aspas de un molino. Difícil, ¿no creen?

En el cine vi varias películas, pero la que más me atrajo fue una sobre la vida de Tschaikowsky, en la que su mujer, ninfómana o frustrada, se liaba en la cama con todos los hombres que por allí pasaban; incluso estando embarazada con una prominente barriga. También se ve una escena fuerte, en la que ella, poseída de deseo, quiere hacer el amor con su marido en el tren y éste la rechaza...

Esa película se proyectó para dos o tres personas, entre ellas estaba yo. No me explico, cómo pudo pasar la censura , ya que, aunque estábamos en la democracia, era al principio, es más, aún no se había legalizado el P.C.E., el cual se legalizaría sobre esas fechas; lo recuerdo por la alegría de mi cuñado, quien se enteró, por una radio portátil que llevaba para tal efecto. Cuando se hizo oficial, ya de noche, saco la cabeza por la ventanilla de la taquilla del cine y gritó:

-!Soy comunista!, !Soy comunista!...

Después fuimos a un bar donde lo estaban celebrando, aunque ni él, ni por tanto yo tampoco, nos unimos al festejo, según decía mi cuñado:

-No me fío del dueño de este bar.

El bar creo recordar que se llamaba “Fragata”.

Aunque no venga al caso, recuerdo como un detalle curioso, cuando estaban barrenando la calle de adoquines de Maru; oíamos con cierta frecuencia desde la calle a los obreros que decían:

-¡Baaarreeenooo! -alargando desmesuradamente las vocales.

Al poco tiempo se oía un gran estruendo, mezcla de explosivos, adoquines y el golpear de éstos contra las planchas de hierro que cubrían la zona de la calle que iban dinamitando.

Esto duró casi todas mis vacaciones, si no todas.

e-libro.net

Creo que fue esta vez, cuando Pepe, había mandado a arreglar la tele, y cuando la trajeron los técnicos, la subieron por la escalera, ya que el ascensor no funcionaba, y Pepe al ver el esfuerzo que éstos hicieron, les dio cien pesetas.Esto no sería un gran problema, si no fueran las últimas cien pesetas de las que disponían la joven pareja para terminar el mes.

No era raro verlos comiendo una simple lata por no tener qué comer. No obstante, esto no me resultaría extraño años después; ya lo contaré a su debido tiempo.

Por esas fechas tenía mi muñeca medio lesionada; un día nos fuimos a una playa que no he vuelto a ver más, donde en medio de la arena había un alto roque, allí estábamos Maru, sus amigas y un servidor, tumbados en la arena, cuando una ola más grande que las otras llegó hasta nosotros, y para que no se nos mojaran las toallas, dimos un gran salto hacía atrás con ellas en las manos; me apoyé sobre la mano lesionada y sufrí tal dolor que casi me desmayo, quedándome lívido y casi sin conocimiento. Esto fue lo más destacable de esta jornada de playa, que por el resto fue muy apacible.

Durante esos años, usaba el argot de los drogadictos, así mucha de las palabras por mi empleadas eran: changa, enrróllate, joder, coño, bajona, embajonado, etc, etc. Y de ahí no salía, por mas que mis amigos, Alexis sobre todo, me dijeran que yo hablaba con refranes, sólo le faltó decirme que era un refranero andante.

Esto se me quedó muy grabado, y no sé si se debía a que solía ver en la tele un programa sobre estos, o bien por mi afición a la lectura.

Siguiendo con Tenerife y en especial La Laguna, fue allí, donde aprendí a hacer una imprenta clandestina, utilizada por los comunistas del lugar para repartir propaganda subversiva, entre ellos, mi cuñado y su amigo la Cabe. La imprenta era tan sencilla, que sospechaba que no funcionaría, por lo que nunca la llegué a fabricar, sin embargo el dibujo esquematizado lo conservé durante muchos años.

Di muchos paseos con mis hermanas, cuñado y sus amigos por todo Tenerife. Vi animales enjaulados, de entre ellos el que más me gustó por su belleza y donaire fue el pavo real, el cual, al abrir su enorme cola, me fascinó.

También fuimos a las piscinas naturales, donde nos bañamos, creo recordar que se llama algo así cómo el “Lago Martianes”; como podrá observar el lector me preocupo poco por retener los nombres de los lugares donde vivo y a los que voy.

También nos fuimos a la playa: Las Teresitas, donde comimos un buen pescado, aunque no nos bañamos aquí, ya que tengo una imagen mental de Irene, la mujer de Alberto la Cabe, en la que ella estaba de espaldas a mí, medio tiritando de frío por el escaso ropaje que llevaba: una camisa muy fina y vaporosa de la que se le trasparentaba el sujetador, blanco también y que me volvía loco, me excitaba, quizás por estos detalles, se deba el que actualmente sea tan fetichista.

Ahora que escribo esto, recuerdo un par de cosas que ocurrieron el curso anterior: una de ellas, fue en una excursión que hicimos la clase, allí íbamos por el campo, cuando la tutora nuestra, “la madre” que nos ponía ceros a mansalva, se subió a la piola, sobre mi espalda, y yo, agachándome como si fuera a coger una moneda, hice que ella se diera de bruces contra el asfalto, poco le faltó, pues tuvo reflejos y se apoyó con las dos manos, no obstante, eso no le quitó un dolor de muñecas enorme, casi se las parte.

Otra cosa fue, cuando mi hermana Saso, tras suspender en la Universidad a causa de un profesor que se enamoró de ella, el que le hizo que repitiera curso, para así poderla ver más, cosa que mi padre no consintió y se la trajo de vuelta de La Laguna, amenazándola con que ya no le iba a pagar más los estudios; ella saltó un buen día con que se iba de la casa, a trabajar de azafata de Iberia; a mi madre le entró un “síncope”, cayendo desmayada en la cama. Poco más tarde se la vería reuniéndose con sus amistades, a ver si encontraba alguna cuña, para meter a su hija en la compañía. Al final consiguió entrar, y hasta la fecha trabaja cómo azafata del aire.

Aunque he hablado de otras cosas, queda poco por decir del viaje a Tenerife, salvo que con creces fue un viaje “alucinante”, por mas que yo estuviera estresado y “comiéndome el tarro”, ya que no entendía el tipo de vida que llevaban mis hermanas.

Ya de vuelta en Las Palmas, resta por decir que efectivamente, andaba con los más golfos, así por ejemplo cuando íbamos en la guagua, nos dirigíamos todos a la parte de atrás, “al gallinero”, y allí nos poníamos a cantar, esto era sobre todo los fines de semana; tal era esto, que aun hoy tengo una imagen muy fresca, viéndome cantando y espoleando a los demás a que lo hicieran, mientras estabamos subiendo por la Avenida de Ecaleritas, camino del edificio “América”, donde nos esperaban las niñas de nuestra pandilla.

De entre ellas, una se enamoró de mí, aunque su excesiva gordura hacía que esa chica no fuera nada atrayente para mis ojos. Ella insistía e insistía, aunque yo me hacía el loco; al final saldría con un chico más grande

e-libro.net

que nosotros, al que le gustaban las gordas, y que dejó los estudios para entrar de botones en un banco; él estaba muy orgulloso y engreído por ese puesto, el tiempo no le ha dado la razón, aunque para ser sinceros, le he perdido por completo el rastro.

En mi casa, mis abuelos maternos, “El chico” y “La chica”, solían ir con cierta frecuencia a mi casa; mi abuela nos traía o bien queques caseros o bien Donuts, muy ricos ambos, y yo daba muchas visitas a la despensa cuando ellos venían, para comer estos sabrosos dulces.

Mi abuelo, siempre solía decir cómo tuvo que irse a Cuba, al hacerse el sordo para no tener que ingresar al cuartel, o quizás para no ir la Guerra Civil, no recuerdo bien, lo cierto es que siempre empezaba:

-Cuando me fui a Cuba...

Y así seguía contándonos la historia; fue allí donde aprendió a leer y a firmar con su nombre; mis abuelos maternos eran incultos, aunque tenían una serie de entradas por un pozo de agua, un molino, y por unas pequeñas tierras que explotaban y que les permitían ir tirando. Por parte de mi madre, también nos visitaban sus tías, que actualmente, siendo octogenarias, aún viven.

Las tías se llevaban muy mal entre ellas, así ambas hermanas estaban continuamente discutiendo y con cuentos una de la otra, aunque no viven juntas.

Una de ellas, la “Tía Felisa”, vivía con su marido por Tafira, en una casa en que lo peor de todo era el baño; éste estaba sin encalar y sin azulejos, teniendo el aspecto de una cueva. Íbamos con mi padre de vez en cuando a su casa.

Aunque me de un salto de unos tres meses, me voy a colocar en La Navidad de ese año; como se sabe, bebía mucho, así que esa noche cuando empecé a beber vino con mi tía Dulcina, no fue de extrañar el aguante de ambos; estábamos en la mesa de los niños, mientras los mayores estaban en otra; a mi tía Dulcina, le gustaba sentarse con nosotros, cosa que así hizo; el por qué se emborrachó y lo pasó tan bien conmigo, no lo sé, aunque sospecho que fuese porque mi padre le dio un préstamo para que pudiera comprar el local de la farmacia, creo que costó unos diez millones, aunque más tarde tendría que pagarlo con trabajos extras, cómo el lijar y pintar todas las maderas de mi casa que daban al exterior, cuando venían a mi casa, cosa que sucedía todos o casi todos los días, salvo el fin de semana, mi tía y su amiga intima, Aída (llamada por nosotros Miss Aída, por sus largas estancias en Inglaterra) la cual ayudaba en lo de la pintura. Aída trabajaba en un banco de encargada del correo extranjero.

El “Día de Reyes” venían mis tías junto con mi abuela y decían:

-!Ya vienen los Reyes!, !Ya vienen los Reyes! -en tono festivo.

Por esas fechas, mi tía Mila, farmacéutica, y mi tío Antonio Lotario, abogado, aunque no ejerciese, y bebedor, más que social, empedernido, nos invitaron a los tres más pequeños de la casa, a Pili, a Jose y a mí, a una velada en los galgos. Allí fuimos y mi tío nos aconsejó a qué perro apostar, eso hicimos, aunque me parecía que tenía mejor estampa otros; no obstante apostamos quince pesetas a ese galgo. Ganamos, y las ganancias ascendían a ciento y pico de pesetas. No volvimos a apostar más, aunque él si lo hizo, y no ganó nada.

Bien, volvamos nuevamente al comienzo del curso; ya estaba en segundo de B.U.P. y pensé que éste sería igual de sencillo que el primero, aunque mi rebeldía por todo lo que me rodeaba hiciera que pensase una y otra vez, siempre lo mismo: “Yo no quiero ser el primero, con aprobar me conformo”.

Di latín por primera vez, al igual que historia de la economía, el resto de las asignaturas eran las típicas de ciencias, con algunas de letras, como tengo entendido que es típico en “el viejo continente”.

El de latín era mi tutor, y de él bien se podría decir que no “sabía hacer la O con la hoja de un canuto”, así, lo estudiado en su día, no lo volvió a ver más en su vida; aparte de esto era un cabrón redomado, al que temí desde el primer día que lo vi; este profesor siempre llevaba la misma ropa a clase, consistente en unos pantalones de pinzas oscuro, una camisa de cuadros pasada de moda, y como complemento una prenda que siempre odié hasta hace poco tiempo: un jersey de cuello en pico.

El de historia era un intelectual que siendo joven, parecía un “Madelman”, con su barba y bigote; según recuerdo, era de La Palma, y este tenía en el pensamiento que era el mejor; un día observó mis ojos y mi pinta, fue el primer o segundo día de clase, cuando me disponía a marcharme mientras él se vanagloriaba de sus éxitos con mis compañeros de clase, los cuales supongo que lo ensalzaban; a mi no me enganchó su encanto.

Mi madre siempre se enfadaba conmigo, y más aún cuando me cogía las revistas eróticas con las que me masturbaba. Recuerdo un día en que las metí en una bolsa, y al verla tras de mí, gritando y haciendo gestos como de ir a pegarme, las tiré al jardín, luego bajé, las cogí y las llevé a casa de Claudio. Esto ocurrió un par de veces.

e-libro.net

Otro profesor destacable, fue el de matemáticas, un profesor joven que aunque no inteligente si se preparaba las clases; éstas consistían en llegar y nada más entrar, empezaba a llenar la pizarra de números y fórmulas matemáticas , aunque ésto era un poco árido, siempre se podía sacar algo en claro, y cómo no, aprobar la asignatura.

Durante muchos años, mi madre nos hizo tortillas francesas o huevos fritos con salchichas para cenar, y aún seguía haciéndonoslas.

Otras veces, nos hacía huevos pasados por agua; estos una vez cocidos los abríamos y los poníamos en un vaso junto con pan troceado y un poquito de sal; era un manjar de dioses.

"El chico", era una belllísima persona, el cual iba siempre en nuestra defensa, aunque para ello tuviera que enemistarse con su querida y adorada mujer; recuerdo, cuando "Mamá Pepa" (La chica), me decía que por qué no usaba calcetines oscuros; no se lo decía, pero pensaba que el usarlos blancos, era ir a la moda, de tal forma que de este color los usé hasta cerca de los veinte y ocho años de mi vida, fecha en la que gracias a mi hermana Maru, la que me decía que sus alumnas criticaban a los profesores que llevaban calcetines blancos, por no estar a la última, y ser más horteras. A partir de entonces usé calcetines oscuros. No hice en su día caso a mi abuela materna, aunque tal vez ella tuviera razón, pero como "Papá Pepe" me defendía, así me quedé.

La primera evaluación la pasé más o menos bien, cosa que no se puede decir de la segunda, por cuyas fechas empecé a salir nuevamente con Tere, tras escribirme una carta con mucha falta de expresividad, y con faltas de ortografía garrafales. No sé cómo, pero salí con ella, y aunque me aburría sobremanera, me pegaba la "fugona" con ella. Me aburría de solemnidad, pero no fue un día, sino varios los que me escapaba, motivo por el que la segunda evaluación, vinieran, de las siete notas que estaban en acta, cinco suspendidas, las otras dos no costaban, aunque también estaban suspendidas; tan sólo había aprobado religión y gimnasia, y eso porque los profesores de esas asignaturas eran buenas personas, al menos el de religión, este joven era un santo, entre otras cosas por soportar a los golfos de clase, los cuales se ponían a leer el periódico en sus clases, se entiende que era por fastidiar, no porque les interesase especialmente las noticias de esos días.

En algunos exámenes dejaban fumar y es así cómo me hice inseparable de los endemoniados cigarros.

Cuando llevé las notas a mi casa, ya se pueden imaginar el susto de mi madre, más que nada porque era mi padre quien las firmaba.

Cuando éste vio las notas, me dijo:

-¿Y, tus amigos, quiénes son?; ¿dónde van ustedes a divertirse?

Lloroso, no por nada, sino por que era la primera vez que hablaba conmigo; le contesté:

-Voy al Barrabás.

-Y, ¿eso qué es?

Le dije lo que era y por dónde quedaba. Mientras él golpeaba el mármol furioso, diciendo que los hombres no lloraban.

Lloraba porque era la primera vez que se dirigía a mí, y encima no con cariño, sino con segundas intenciones, para saber dónde y con quién iba.

Al día siguiente, cuando al anochecer llegó a mi casa me dijo:

-Te prohibo que sigas yendo a esa discoteca y con esos amigos; a partir de ahora te levantarás todas las mañanas conmigo y te pondrás a estudiar.

No me dolía tanto lo del estudio, sino el tono en que lo dijo, esto me dolió tanto que le dije a mi abuelo consternado:

-Mi padre no me quiere...

El Chico se emocionó tanto, que casi se le salen las lágrimas, y quería ir a hablar con mi padre para que no fuera tan estricto con nosotros, aunque su mujer, y su hija, se lo evitaron, y menos mal, pues si no a saber la que se formaría en la casa.

Ese trimestre estudié bastante, aunque no todo lo que pude y debía, no obstante fue suficiente para sacar todo entre notable y sobresaliente.

Me tuve que cortar el pelo, pues según mi tutor le dijo a mi padre, las notas en parte se debían a mi mala imagen.

-Te vas a cortar el pelo a Pepín-dijo mi padre.

-¿Cuándo? -respondí.

-Hoy mismo -me increpó mi padre.

e-libro.net

-Pues dame el dinero -le dije.

Me dio el dinero y fui a pelarme tal y como me dijo, a la que era la mejor peluquería para caballeros de Las Palmas. El pelo lo solucioné fácilmente, lo que no era tan fácil de solucionar era la ropa.

Ese profesor, mi tutor era absolutamente odioso, como sabía que mi padre me tenía controlado, él se paseaba a mi alrededor mientras se tocaba su prominente, que no eminente, barriga, desagradable a todas luces; tal vez fuera un sádico, pervertidor de menores, o tal vez, simplemente, un cabronazo y un cerdo.

Su asignatura se me hizo cuesta arriba, de tal forma, que recuerdo cómo, cuando almorzaba, repetía el rosa, rosae, y todas las declinaciones; era repulsivo dicho profesor, y pensaba: "¿Y si me muero antes de disfrutar de la vida, estudiando esta asignatura?" Pues no, no me he muerto, al menos mientras esto escribo; y en cuanto al vivir, júzguenlo ustedes mismos.

El libro más gordo y que parecía tener términos más parecidos a los de los periódicos y de los telediarios era el de historia económica.

El de matemáticas parecía demasiado serio para lo joven que era; creo que ni siquiera daba las horas al entrar o al salir, y sus clases parecían desbordarnos, pues era pura teoría matemática a base de fórmulas y más fórmulas.

No recuerdo si por esa época dormía solo o con mi hermano Jose, mas bien creo que fuera lo primero, y al lado de la habitación de mis padres, en el piso superior.

Cuando suspendí, me había estado dando el lote, la mayor parte del tiempo, con Tere, el sitio más frecuentado como les cité, era el Picasso, aunque para ello fuera indistinto cualquier pub que para tales "usos", había en toda la capital; frecuenté por esa época muchos de ellos, aunque no sería la única vez en mi vida que fui a ellos, en épocas posteriores también los visitaría.

Estaba en la edad de la rebeldía, y a mí no me dejó indemne, me rebelé, y más de lo habitual; no soportaba a los profesores, ni la autoridad de mis padres, esto seguramente estaba acentuado por el exceso de drogas que por esa época consumía: el hachís, el alcohol y el tabaco

A los profesores, sobre todo los que representaban la ley y el orden, por su forma de vestir y por el modo autoritario de actuar, a esos los aborrecía, como supongo que les ocurría a ellos conmigo, pues yo representaba lo opuesto de lo que ellos promulgaban.

Así no podía seguir, de tal forma que cuando suspendí casi todas las asignaturas, y mi padre me ordenó que dejara a mis antiguas amistades, me presenté ante ellos y les dije:

-Mi padre no quiere que esté más con ustedes...

Ellos se echaron a reír, y me dije para mis adentros: "¿pero no saben lo que significa una orden dada por mi padre?" También pensé "vaya, lo que me dolió y costó el decírselos, y ellos se lo toman a la risa, mientras yo me preocupo, ¿será que no son muy buenos amigos?" Esto era evidente, aunque hasta ese momento no me había dado cuenta.

No eran buenos amigos, y encima en mi casa había siempre problemas, de tal forma, que muchas veces quise vivir en una casa más pequeña, pero más humana.

Cierto día, aunque no sé, ni en qué día ni en qué fecha, ni siquiera en qué año fue, se inauguraron partes del López Socas, un complejo deportivo, junto con un parque en el cual pusieron una escultura de bronce de dos luchadores dándose una "levantada"; no entiendo este deporte canario, aunque eso no quitó, para que fuera a veces a ver dicho espectáculo.

Destaco un día en que hubo levantamiento del arado, y luego luchó Santiago Ojeda; también hubo otros tipos de luchas, fue todo muy bonito, el ver a los deportistas en sus distintas disciplinas.

Es una suerte que no recuerde el nombre de mi tutor, pues si no, lo hubiera humillado en este libro hasta la saciedad, porque ¿no sabía él que me estaba haciendo daño al pasearse con su barrigota por mi banco?, ¿acaso pensaba que yo nunca llegaría a su categoría? No sé en qué pensaba, si es que algo pensaba ese vil sujeto.

Le di una buena lección al sacar la siguiente evaluación todo con notables y sobresalientes.

Es curioso, pero de ese curso casi no recuerdo nada, sino que nos teníamos que esforzar mucho con matemáticas, en la que el profesor nos llevaba siempre a marchas forzadas, contrarreloj.

Tampoco recuerdo lo de las otras asignaturas; creo que ese año, pasó sin pena ni gloria, pues no recuerdo más que verme estudiar a ratos, y otros ratos, los fines de semana, salía con mi padre al barco, a darle una vueltecita; los sábados los dos solos, y los domingos con los amigos y la familia.

e-libro.net

Algunas veces, mi padre varaba el barco en el varadero del Club Motonáutico, y allí nos poníamos a lijar todo el casco por debajo de la línea de flotación, junto con la quilla; recuerdo que ésta tenía cómo unas bolas de plomo, que nunca supe para qué servían. Ibamos casi todos a ayudar en la reparación del barco, pero muchas veces, nos vimos mi padre y yo solos, quitando las lapas adheridas al casco con placas de acero.

Quiero recordar, que mi padre no venía a comer a casa tampoco ese año, y es por lo que todos los hermanos, al igual que mis abuelos maternos, comíamos en la cocina. A mi abuelo Papa Pepe, muchas veces le servía mi madre un plato con papas, y él, bajo prescripción médica, se tomaba un dedo de güisqui, y acto seguido, decía que eso era vida, y que ahí se acababa el mundo; realmente saboreaba esos minutos de armonía que respirábamos todos, cuando no estaba nuestro padre.

En clase, Salvador Navarro, sujeto curioso éste, aunque era muy amigo mío; él mismo se automarginaba, y solía jugar en los recreos al frontón, no era extraño verlo jugar solo; era un buen deportista, y a veces, muy pocas veces, jugaba con él, pues me daba grandes palizas en éste, y seguro que en cualquier deporte.

Salvador iba a entrenar todos los días en plan profesional, con un monitor, no sé dónde; esto se dejaba traslucir en sus notas de gimnasia, donde era el mejor con creces, no es porque lo viera, ya que nunca estuvimos en la misma clase, sino por lo que él me contaba, y por lo que llegaba a mis oídos por terceras personas.

En cuanto a las películas en los cines, recuerdo que yo iba a las eróticas, pero Salvador iba a las de sadismo; él se reía de mí por lo débil que yo era, sobre todo ante el sexo opuesto, cosa que él, aunque nunca tuvo mucha suerte pues perseguía a una rubia del barrio que le daba calabazas continuas, mientras que yo siempre estaba con una o con otra, y a lo sumo, me pasaba de dos a cuatro meses sin ninguna.

Parecía como si “Salvatore”, que era así como lo llamaba, mientras él me llamaba a mí: burgués, fuera feliz haciendo el mal.

Estábamos acostumbrados, quizás mal acostumbrados, a que mi tío Joaquín nos gratificara onerosamente por cualquier favor que le hiciéramos, y éste, casi siempre, consistía en cambiar libros de sitio, o bien discos; estábamos los hermanos tan acostumbrados a esto que, personalmente consideraba a mi tío, ya no el mejor tío que tenía, sino el más rico, mas rico aun que Domingo.

Esto fue de tal forma, que cierto día les hicimos un favor a mi tío Antonio, el tío que más bebía de todos, incluso más que mi padre, estaba alcoholizado, lo cierto es que le hicimos el favor, y el al final nos dijo:

-Bueno, que Dios os lo pague -era peninsular

-Sí, por que tú no tienes suelto -le replicó mi

hermano Jose.

Esto me causó tanta gracia, que aún lo recuerdo. Ciertamente, Antonio nunca tuvo mucho dinero del que disponer, aunque venía de una familia acaudalada y de rancio abolengo, en él se quebró la continuidad de la fortuna, así como del clan, pues o bien él, o bien mi tía Mila eran estériles, o bien ambos.

Otra anécdota curiosa de esa época era que acostumbraba a jugar al ajedrez con Claudio y Javier Nuñez; con Claudio jugué más veces, ninguno de los dos eran lo que mi padre me dijo cuando suspendí:

-Búscate amigos que te den sombra.

Pero lo cierto era, que eran los únicos amigos casi con los que contaba. Con Claudio como decía, jugaba al ajedrez, aunque él solía ganar, mas bien creo que por aburrimiento por mi parte, pues cada jugada que yo hacía, y que pensaba en menos de un minuto, o en un minuto a lo sumo, él, se tomaba mas de diez minutos para pensarse la suya, y no sabía ya ni cómo, ni dónde ponerme de lo aburrido que estaba; no quiero quitarle mérito, pero ni sus jugadas, ni las mías, eran para estárselo pensando durante tanto tiempo, es por lo que rehuía el jugar con él. A veces, me llegué a plantear si realmente yo era un subnormal, pues no tenía intelectualmente hablando en gran estima a Claudio, y sin embargo ganaba casi siempre.

Javier Nuñez, era un chico al que siempre le gustó, y al que aún le gustan, los animales; por aquel entonces con los que comerciaba era con hámster, a los que criaba y luego los vendía a los amigos; a mí me vendió uno, era una hembra, la puse en una pecera donde la apareé con un macho; al poco tiempo tuvo crías, las cuales, junto con la madre fueron depositadas en la bañera de uno de los pisos desocupados de mi casa; traté tan poco a esos hámster, que se volvieron agresivos, dándome pánico el tener que cogerlos, pues ellos, rosaditos y con poco pelo, iban a morderme con la peor de sus intenciones. Al final me tuve que deshacer de ellos, sin mucha pena por mi parte; es más, creo que más bien suspiré cuando me deshice del último de ellos; el padre.

e-libro.net

También tenía “Nuñez”, por esa época, peces de colores transparentes, muy pequeñitos, que cabían en una pecera pequeña. Mi pecera, bastante grande, solo había sido utilizada por los hámster, y después de la mala experiencia con ellos, no quise volver a tener más animales de esos.

Javier hacía experimentos con ellos, cruzarlos los de un color, o los que tenían una determinada característica, usaba y jugaba con las “Leyes de Mendel” sin él saberlo.

El tipo de lectura a la que me dedicaba por esa época, era la típica de adolescentes, tanto de mi edad, como de otras épocas, las de mis hermanas; leía: “Nacida Inocente”, y cosas por el estilo, o sea, de jóvenes alcohólicas, que bebían incluso las colonias de sus casas, tras acabar con las existencias de bebidas alcohólicas. También leía literatura, como la de José Luis Martín Vigil. Era enriquecedora ese tipo de literatura, regocijante, aunque no tan interesante como la dedicada a los adultos.

Aunque la literatura ésta era mayormente escrita por curas, por esas fechas, ya no iba a misa, desafortunadamente; ya saben, los fines de semana iba con mi padre al yate, el cual parecía mas un barco de pesca, que de recreo.

El sábado, él se ponía a mi lado como patrón, hasta la salida del muelle, luego se iba a dormir o a pensar.

Los domingos como indiqué, íbamos toda la familia en el yate, y algunos amigos como Rosa María y su marido José Manuel.

Cuando íbamos a repostar gasolina, llenaba los tanques y si algo salía mal, por supuesto era yo el responsable; tenía el yate dos motores “Volvo”, posiblemente lo mejor de aquel barco.

Cuando él cogía el mando del barco, yo y algún que otro hermano nos sentábamos en la proa, en la barandilla, sacando los pies por la borda, fuera de la cubierta.

Íbamos a una ensenada formada por dos muelles, y allí fondeábamos, nos bañábamos y comíamos, los desperdicios los ponía mi padre en una caja que tiraba, según él, en alta mar, según yo, fuera de los muelles, a menos de cincuenta mt.

Algunas veces, mi padre me dejaba coger la Zodiac auxiliar y con ella nos íbamos a lo que llamábamos una playa, la cual no era más que una pequeña explanada. Un día fuimos cerca de una gabarra y los obreros nos hicieron alejarnos, indicando que era peligroso estar por allí cerca, pues los cabos no eran de soga, sino de metal, y si estos se rompían eran capaz de destrozar y desperdigar a un ser vivo, debido a la tensión a la que estaban sometidos. No quisimos ninguno comprobarlo.

Nos pasábamos el domingo en el yate, y aunque a mis hermanas mayores no les gustaba, no les quedaba más remedio que ir; en realidad, durante el curso, la única mayor que iba era Pine, recuerden si no, que las otras estaban en La Laguna estudiando.

No recuerdo con exactitud, pero creo que sí, que Saso, ya se encontraba en Madrid trabajando en Iberia, cómo azafata de vuelo, nombre en español muy bonito, aunque no tanto en anglosajón, cuya traducción es “camareras del aire”.

Volvamos otra vez al yate antiguo, el sistema de lavado de la vasija del retrete era un sifón a presión, por la que se introducía agua del mar y por su elevada presión desaparecía la mierda por el bajante; dónde iba a parar acto seguido, no lo sé, pues cuando estuvo varado nunca vi las compuertas de éste.

El barco era estrechísimo, y aunque había varias camas, cuatro, todas eran muy, pero que muy estrechas; todavía recuerdo que los colchones estaban tapizados de un plástico verde, y cómo debajo de esos colchones y en un a modo de cajones se encontraban los cabos y el lastre; aunque éste último, era más incómodo en el camarote de proa, cuyas dos camas se unían en la intersección de la misma proa, y allí había grandes sacos de arena, y el ancla para arena con dos puntas y el de piedras y mariscos con las cuatro puntas.

En clase, un mal profesor nos dijo (así que no sé lo que tenga de cierto o falso, pues su especialidad era ingeniería y no precisamente genética), que hay veces en que uno cree que ya ha vivido lo que está viviendo en ese momento. La explicación que él daba era que el cerebro se detiene durante milésimas de segundo, y que luego vuelve a la realidad. Hoy día, o mejor ahora mismo pienso que eso es un disparate.

Aunque estas líneas parezcan salteadas y un enjambre de abejas, en realidad todos estos casos ocurrieron sobre esas fechas, aunque me es difícil encuadrar exactamente cuándo; lo mismo ocurre con los siguientes.

Una vez trabajando con mi padre en su farmacia, le dije:

-¿Este “Calmante B6”, dónde va?

Me respondió:

e-libro.net

-¿Qué has dicho?

Le repetí la pregunta, y él volvió a preguntarme lo mismo; así varias veces, hasta que los dos estábamos acalorándonos, aunque él insistía:

-Lee bien.

Pensaba que eso hacía, hasta que, no recuerdo si lo leyó él o yo, leí "Gamalate® B6", y cuál no seria mi sorpresa al ver lo equivocado que estaba; aún sigue existiendo ese medicamento, y nunca más, me he vuelto a equivocar con él.

El 31 de diciembre era una fiesta en la que mis padres solían salir; una de las veces, la que más recuerdo, tal vez por las fotos que de ese día se sacaron, iba mi padre de smoking y mi madre de lentejuelas, parecían dos artistas de moda, cuando salían de mi casa.

Una de las veces, fueron frente a mi casa, a la sala de fiestas Altavista, hoy convertido dicho lugar en una iglesia coreana, tras muchos años de estar abandonada.

Las fotos que de ese día se conservan, nos muestran a mis padres con sombreros y matasuegras. Al día siguiente mi casa estaba llena de confeti, pitos y sombreros, al igual que los niños por las calles de los alrededores, todos ellos con matasuegras y demás "instrumentos musicales".

Los niños de los alrededores a los que me refiero, eran los de las casas terreras de construcción individual y personal que habían tras nuestras casas.

Por esas fechas, empezó a instalarse la primera chabola.

Ese año conocí a dos amigos "Feluco" y "Cuenca-Cuencae", llamado así por el latín, del cual quizás se consideraba ya un experto, y del que siempre me consideré un inexperto y siempre lo he arrastrado como una lacra; lo mismo me ocurre con la historia.

Con Cuenca iba en la guagua hasta mi casa, él vivía mas lejos; gracias a éste, aprendí a sentarme en la guagua y a no dejar el asiento a las señoras mayores o embarazadas. Este sujeto, ya entonces me había hecho una confesión, y era que se había ido al barrio chino con una puta, y allí se había desvirgado; según me contó, la prostituta se había lubricado echándose saliva en la mano y ésta pasándosela por la vagina; lo que haya de cierto o no en esta historia lo desconozco, y tampoco me interesa indagar la verdad; cierto es que Cuenca parecía un chico no muy centrado; suponía que ingería drogas y que eso le tenía desajustado; no sé si pensé esto porque "el ladrón piensa que todos son de su condición", o porque era lo lógico al ver un chico que se quería hacer tan simpático y sí, era algo, pero no tanto como él pensaba.

Un sueño que tuve por esa época y que aun recuerdo, o mejor, que me ha seguido toda mi vida sin lograr comprenderlo, y que ahora sigo sin entenderlo, era cómo nos perseguían no sé si la policía o bien unos ladrones, más bien pienso que sean los primeros, íbamos cómo decía mis hermanas corriendo delante mía, iban en bañador, Pine iba con un bañador a rayas, de colorines, y mi hermana Maru con un bañador negro, yo iba siguiéndolas, aunque no recuerdo si iba o no en bañador; nunca he sabido el significado de esto, y como digo, ahora ni siquiera intento averiguarlo, es más, simplemente me causa una agradable y graciosa sensación, pero no tengo interés por saber qué significa eso; durante muchos años intenté averiguarlo, e incluso me compré un libro sobre la interpretación de los sueños que nunca he llegado a leer, y que ya a estas alturas supongo que no leeré.

Mi abuela Fidela, la madre de mi padre, nos solía contar muchos chistes, y entre ellos, recuerdo uno que le gustaba mucho:

-Estaba cierto día el hijo de un molinero estudiando en su cuarto, y le dijo su padre:

-!Hijo, "abaja"!.

-Oh, padre, aquí me aguardan las musas.

-Pues "abaja" - dijo su padre -, que aquí te aguardan las masas.

Este chiste fue muy sonado y mi abuela nos lo contó durante mucho tiempo.

Tenía mi abuela un pariente que se había ido a Inglaterra, y allí para hacerse el entendido, y el finolis, fue a un bar donde le dijo al camarero.

- Por favor, ¿me da un poquititito de café?

Estos y muchos otros chistes nos contaba mi abuela.

Estos son datos anecdóticos respecto a mi abuela paterna; en cuanto a mis abuelos maternos: eran unos "cacho de pan", eran muy buenos, y aunque tenían muchísimo menos dinero que la familia de mi padre, tenían para ir tirando. A mi abuelo, era típico verlo en mi casa con el desatascador típico de plástico y el mango de madera; con él desatascaba todos los bajantes de la casa, empezando por el "baño blanco", y terminando en el

e-libro.net

piso de arriba. Se le notaba que le gustaba ser útil. Este matrimonio era muy popular en Las Meleguinas, pueblo en el que ellos vivían. Mi abuela obligaba a mi abuelo a levantarse temprano, ya que a éste, como a mí, se le pegaban las sábanas.

Los domingos iban a misa, y para esto debían coger una guagua, pues ésta estaba bastante lejos de su casa, como para ir caminando un matrimonio de esa edad.

Por esa fechas, como dije, leía libros sobre la problemática de la droga en la juventud, y es por ello por lo que cuando me drogaba estaba haciendo justo lo opuesto con mi cuerpo de lo que enriquecía a mi espíritu. Ya digo que hacía lo opuesto a lo que pensaba, era esto, por lo que me costaba conciliar el sueño por las noches, y si éste lo tomaba embriagado por el etanol, al día siguiente, me mortificaban los remordimientos, quizás por eso cuando mi padre me penó y ordenó que cambiase de amistades, me sentí mejor, aunque me metí con una gente en la que el más golfo del grupo era yo.

Por esas fechas mi lenguaje, aunque algo mas amplio que el de mis compañeros, oscilaba entre:

-Qué chachi -o-: qué enrollado. -Y-: Qué chungo.

Los primeros eran para expresar satisfacción y todo tipo de cosas agradables; mientras que lo último expresa fatalidad, repugnancia, etc.

Mi abuela Fidela había hecho la carrera media de Magisterio, aunque nunca ejerció de tal, era muy dominante; era lo que se dice una viejecita de carácter; su marido se murió pronto, y ella enseguida tomó el mando de los negocios y la educación de sus hijos: Dulcina, Mila, Joaquín, Manolo y José, mi padre.

A todos los hijos, salvo Dulcina, que no quiso estudiar, sino que se puso a trabajar en la farmacia de su padre, les dio carreras, así Joaquín, estudió una de letras, aunque luego se hizo un intelectual, Manolo, estudio medicina y después se hizo dentista, no llegó muy lejos con esta especialidad y por último, mi padre, que estudió tres carreras y luego triunfaba en lo que se metiera, que por ese entonces no sospechaba en qué consistían, ya que no era muy dado a hablar de sus negocios.

Años después, descubriría que desde sus primeros años de estudio, ya era el mejor entre los mejores estudiantes. Mi abuelo paterno era farmacéutico y alcalde de Arucas.

Lo que perdió a mi padre fue el güisqui y más particularmente: “Juanito el Caminante”; al principio lo compraba etiqueta negra, aunque al final optó por comprar el más malo, el etiqueta roja; no se daba cuenta cuánto se degradaba con esta bebida, tanto él, como echaba a perder a su familia, a la que tenía amargada. Sus negocios seguían funcionando, aunque no sé si irían mejor, si no hubiera sido bebedor. Llegaba a tal grado la cantidad ingerida, que lo compraba por cajas; una siempre estaba en la farmacia y otra en nuestra casa. Imagínense ustedes, qué ejemplo para un hijo, ese hijo era yo. Sin darme cuenta, yo también me estaba enviciando con el alcohol, y era por eso por lo que las noches las pasaba fatal, pues me educaba en contra del vicio y la corrupción, pero mis actos eran todo lo contrario, por lo que las noches eran desesperantes. El par de horas que me quedaba en la cama, todo me parecía chungo y desagradable, mientras mi cerebro caminaba a todo gas autodestruyéndose o quién sabe si intentando superarme. Pero no salía del bache.

En lo que respecta a clases, cogí la rama de ciencias y no la de letras, por creer que estas últimas eran más fáciles, al menos a mí me resultaba mucho más difícil las ciencias; también creía que los de letras tienen menos dinero; aunque por esas fechas, conocía a uno de letras, a mi tío Joaquín, al que sí, consideraba un bohemio, y por eso no lo imaginaba con una buena cuenta bancaria, aunque lo veía viajar como ocio, dos veces al año, y a veces hasta tres, cuando sus trabajos le dejaban, de los cuales, en algunos era él el jefe. También veía que era generoso con nosotros, aunque siempre pensé que mi padre tenía más dinero que él; no sé si me equivoqué o no.

Durante muchos años conservé y llevé puesta una cadena que me regaló mi hermana Pine; no sé si por algún santo o cumpleaños o simplemente porque le dio a ella por regalármela. No estaba muy contento con esta cadena que usaba a modo de gargantilla, pues me quedaba un tanto pequeña. Recuerdo que en todas las fotos que me sacaba, y por entonces eran bastantes, en las maquinas donde se echan unas monedas y sacan cuatro o cinco fotos, la llevaba siempre puesta al cuello. Quiero recordar, que fue cuando contaba con diecisiete años, o sea cuando ya cursaba C.O.U., que le pedí a mi madre una de oro; me la dio, no es que me la regalara, sino que según parece era mía, de mi Primera Comunión, o quién sabe si de mi bautizo. Lo cierto es que mi madre tenía cadenas de todos nosotros; esa cadena también me quedaba algo justilla; hoy día aún la conservo y la sigo llevando conmigo, al cuello a modo de cadena identificatoria.

e-libro.net

A Maru le gustaba mucho pintar, y mi padre observando ese posible talento, la metió en una academia de pintura; allí realizó unos cuantos bodegones a plumilla y pinturas; también a plumilla hizo un pescado bastante grande, y muy bonito, aunque ese estilo no terminaba de gustarme.

Destaca entre todos sus óleos, una marina bastante mona, que hizo junto con la ayuda de su profesor; fue su obra cumbre, y hoy está expuesta en el salón de la casa de mi madre. Ese cuadro sí me gusta bastante y quizás sea fruto de una artista con talento; no soy especialista ni crítico de arte, así que dejo a éstos la crítica de la obra.

No sé con exactitud cuándo fue esta época pictórica de mi hermana, pero debía ser por esas fechas, pues lo que sí es cierto es que fue anterior a cuando ella se fue a estudiar a la universidad y por supuesto anterior a su matrimonio.

Pues creo que no queda más por contar de ese año lectivo, sino decir que pasó sin pena ni gloria en cuanto a las notas; aprobé al igual que hasta entonces, en Junio, y en las vacaciones trabajé para mis tías; esto me disgustaba un güevo, supongo que era por el exceso de cannabis lo que me hacía tan rebelde a la autoridad impuesta; encima mis tías son excesivamente estrictas en el trabajo; lo pasé bastante mal, y aunque estaba de recadero, para colocar la mercancía, ir al banco a buscar el cambio, y demás cosillas sin importancia, se me hacía muy cuesta arriba todo.

Solía ir a llevar paquetes a una de las casas de más rancio abolengo de la isla, con patio interior y demás cosas típicas canarias. La dueña de la casa tenía parkinson, y uno creía que estaba así porque su marido de tan estricto, la había hundido por completo, que ni siquiera podía firmar a sus anchas; esto lo creí hasta hace poco en que me percaté que dicha señora lo que estaba era enferma, de la misma enfermedad que sufría mi abuela materna, y sin embargo a ésta no se me ocurrió achacarlo a que era porque mi abuelo la maltratase, sino simplemente porque padecía esa enfermedad.

Siempre aprovechaba estas salidas a llevar medicamentos, para sentarme y fumarme un cigarrito, aunque no lo hacía con frecuencia, no fuera a ocurrir que alguien me reconociese y llevara el cuento a mis tías.

El empleado de confianza de mis tías, Carlos, quería llevarme al huerto, así me hablaba del “chocolate” y demás, para hacerse el “suave” y tener un aliado a su lado; no me fiaba de él, lo único suyo que me gustaba y que aparte de eso me asombraba, era su BMW deportivo, que según él, se lo había comprado con los ahorros y con la herencia repartida en vida de sus padres.

También tenía muchos vídeos, era la época en que éstos empezaban; usaba camisas y niquis de marca, y todos los fines de semana se iba a un apartamento que tenía en el sur; su mujer era secretaria. ¿Cómo podían llevar ese tren de vida? Respuesta: con el hurto. A mis tías les costó reconocerlo pues era su empleado de confianza, pero al final no les quedó más remedio que dar su brazo a torcer.

Un humilde servidor, era el que iba al banco a buscar el cambio, y por lo que me han dicho a hacer los ingresos, aunque de esto último no me acuerdo, pero me lo dirían años después. Para buscar cambio, iba al Banco de España, majestuoso banco, con una preciosa y antigua entrada toda de piedra.

El banco era grande, y en su interior había una gran mesa central donde hacer las diligencias; se veían grandes montañas de billetes en unos carritos; un empleado, que ignoro si era el empleado de confianza o no, se dedicaba a contar el dinero y a desechar los viejos; otro más chulapo, me atendía, era bastante mayor que el primero, y vestía más informal, aunque también era algo pijito.

Me alucinaba mucho tantas cámaras para el circuito cerrado de televisión, mirara donde mirara había una.

Los del banco debían pensar que era un matadillo, pues iba en camiseta, vaqueros y el pelo rizado, nada más lejos y a la vez más cerca de la realidad; querían hacer de mí, un buen chico y una persona maleable, ante lo que me revelaba. No digo que las drogas tuvieran una gran parte de importancia, pero también jugó a mi favor, la aversión que sentía hacía mi padre, y todo lo que éste significaba; odiaba sus mundos, por el mero hecho de ser suyos.

Vamos a no meternos otra vez tanto contra mi padre, pero decir que nos hacía sufrir a toda hora, es poco; también era grave su paranoia hacia nuestras notas, todos teníamos que ser el primero en cualquier cosa que hiciéramos. Hoy quiero serlo, pero por mi mismo, por un afán perfeccionista que Dios me ha dado.

Una de las pocas cosas que me gustaba de trabajar con mis tías, era una muy sencilla, y es que ellas no hacían a principios de mes el pedido de reposición, también llamado “la oferta”; este pedido consistía en comprar lo que más se vende en el mes, en las que Cofarca da una especie de bonificaciones y ventajas, sobre todo económicas. Cofarca es la Cooperativa Farmacéutica Canaria.

e-libro.net

Gracias a ello, me veía libre de colocar grandes cantidades de medicamentos de una sola vez, cosa que me sería muy trabajosa, aunque el resto del mes trabajase menos.

Ese verano empezó a trabajar de mancebo David, éste era bastante analfabeto e inexperto; había que enseñarle todo; yo era el encargado de hacerlo, y según me diría años después, fui muy "explicativo" y según le pregunté que qué significaba esa palabra, pues me dejó "patinando" con ese vocablo suyo, esto significaba que le explicaba muy bien las cosas. El tal, existe.

Según me dijo más tarde, también aprovecharon mis tías nuestra presencia para pintar unas estanterías que les había cedido mi tío Joaquín de sus innumerables libros, de color blanco, pues el suyo original era el color negro. También nos regaló a nuestra familia mi tío otras estanterías de la misma clase. Las conservaría hasta varios lustros después.

Según mi abuelo, él era un fumador empedernido, pero un día de golpe y porrazo decidió dejar el cigarro, pues no veía con buenos ojos el estar continuamente escupiendo por causa del tabaco, así que decidió dejarlo, y eso hizo. Él no se tragaba el humo.

Mi abuelo no tenía rótula, a la que llamaba "choquesilla", esto se debía a que cuando era joven, sufrió un accidente en el que murieron una o dos personas; él era el conductor, y debido al accidente, estuvo varios días sin conocimiento, aunque me supongo que cuando lo recobró, el remordimiento lo mataría, máxime siendo la buena persona y los buenos sentimientos que tenía, y como decía mi padrino:

-Esa filosofía natural que él tenía...

Mientras, yo seguía pensando continuamente: "!Marcha, marcha!" aunque por esas fechas, empezaba a estar algo más tranquilo, y así disfrutaba con las charlas que nos dábamos Claudio Gil, Javier Nuñez y un servidor; éstas eran muy variadas. Un día, de golpe y porrazo nos dijo Claudio:

Porque yo, a la edad de ustedes - era dos o tres años

mayor que nosotros-, me divertía, iba al cine y qué sé yo que otras cosas variadas hacía.

Cuál no sería nuestra risa al decirnos tal barbaridad, por lo que le respondimos:

-Claudio, tú a nuestra edad estabas con nosotros, y salías lo que salías con nosotros.

Otra cosa que me sorprendía mucho, era la cantidad de negros que se veían por el Puerto, y más concretamente por Las Canteras, aunque lo que más me extrañaba era lo bien vestidos que iban, lo elegantes que resultaban y lo atlético que parecían; esto fue en una primera época; hoy día se ve de todo tipo, unos con dinero y otros sin el vil metal, altos y bajos, flacos y gordos, etc. el por qué se dio este cambio, no puedo decirlo, pero se dio.

La madre de Claudio, era no sólo analfabeta, sino muy mal hablada, no en cuanto a que dijese tacos u otras palabras soeces, sino en cuanto al lenguaje vulgar que usaba, entre otras palabras, eran frecuente en ella y su familia palabras tales cómo: "ansina", "asiéntate", "alevántate"... Llegaba a tal punto, que hasta la canción de Marcos la malcantaban:

- Se "alevanta" muy temprano, para ...

Consentía Rosario, la madre de los Gil, el que uno fumase en su casa, y el trasiego de revistas porno y eróticas que nos teníamos entre los hijos, más especialmente entre Claudio y el menda.

Era curioso ver cómo mis hermanas se unían a favor de mi madre y en contra de mi padre, sobre todo cuando había bronca entre mis progenitores; no era infrecuente ver a mis hermanas en las puertas de los pasillos gritando hacía el piso de arriba, piso donde se encontraba la habitación de mis padres.

Uno era tan imberbe, que era un cero a la izquierda y parecía como si no tuviera opinión, ni voz ni voto; no era raro pues lo que mi madre decía de mí y que les he nombrado: "Pareces un ropero, que donde te dejan te quedas".

Mi lenguaje usual era muy parco aunque leía más de lo habitual en los jóvenes de aquella época. Otras palabras frecuentemente manejadas por mi eran: "tío, guita, pelas, pasta, libras y talegos". Podrán deducir que estas palabras eran muy usuales entre los compradores y consumidores del hachís y del cannabis (la hierba).

Era un lenguaje barriobajero, y sin embargo luego usaba diminutivos y expresiones absurdas, aunque estas últimas eran resultado de lo que oía en mi casa; un ejemplo muy característico en toda mi familia era llamar "patatis fritatis" a las papas fritas de bolsa; este error se debía a mi madre, quien incluso durante una época, cuando iba a comprar la mantequilla que consumíamos, la pedía por:

-Una mantequilla butter -y se quedaba tan fresca y satisfecha de sus amplios conocimientos.

e-libro.net

Mi uniforme para ir a clase, seguía siendo unos vaqueros, unas botas o botines, según el dinero que me dieran para comprármelos, aunque muchas veces salía de mi asignación mensual, con lo que el resto del mes debía estar pidiendo dinero todo el tiempo a mi madre, una rebeca negra y una camisa de las que mi tío Joaquín desechaba; los sábados y domingos no sé cómo vestía, aunque no era mucho mejor, en todo caso llevaba un jersey de cuello en pico (los que no me gustaban), aunque también iba de vaqueros; no desentonaba mucho, pues la gente con la que estaba tampoco disponían de mucho dinero.

Una persona que físicamente siempre me obnubiló fue Alexis, lo raro de él, aparte de lo moderno y marchosillo que siempre vestía, era su pelo y su tez morena, y luego rematando todo eso (también usaba corbata negra), sus ojos azules, magníficos. Su físico no le dio buen entendimiento, tan sólo fachada, pues ya desde los dieciséis o diecisiete años era padre, aunque nunca se preocupó mucho de su hijo, y mucho menos de la madre de su hijo.

Yo en cambio, tengo ojos entre azules y verdosos, cejas que descansan sobre un puente en la frente algo prominente, una estatura inusual, pues mido aproximadamente un metro y noventa centímetros. Soy, aunque de constitución delgada, portador de una barriga, que muchas veces, por no decir siempre, me pesa, y que ahora mientras escribo esto, se me puede llamar tripudo, por la asiduidad con la que como. Por esos años era bastante rubio, aunque ahora tengo el pelo color ceniza por el exceso de canas.

En mi mente, aparte de ir tirando con los estudios y responsabilidades, pensaba cómo dije en: “Marcha, marcha”; y el estar de marcha significaba decir tonterías, fardar de alcohólico y matraquero, y hacer muchas regañizas delante de las niñas, pues me consideraba bastante feo y de esta manera, haciendo regañizas, parecía que aunque mi fealdad aumentaba, no era tan feo como me hacía.

Fui durante mi adolescencia una persona a la que le gustaban las comidas con aditamentos (aditivos), picantes, como el Tabasco, el cual no usaba, sino que abusaba: le echaba a todo, al potaje, a la carne, al pescado, a las verduras, etc. Lo dejé siendo un adulto joven, por miedo a las gastritis y úlceras.

He contado, las ganas de suicidarme que tenía y quitarme de en medio, hoy valoro tanto la vida, que doy gracias a Dios de que no dejara al diablo hacer de las suyas.

Mi padre acostumbraba a traer pescado fresco, de sus idas a pescar en el yate con sus amigotes; ¿Quiénes eran esos amigotes?, me preguntarán. “Ni la más remota idea”, les responderé.

Mi padre, aparte del pescado que pescaba, o el que decía que pescaba, y como le encantaba el pescado, más éste que la carne, las pocas veces que comía en la casa, mi madre le ponía el mejor para él, y para los otros miembros de la familia, otros; a unos una comida, a otros otra y a los otros otras, con ello, se puede pensar y acertar, que mi madre se pasaba toda la mañana en la cocina.

El bachillerato, lo pasé en plena transición política, y aunque intentaba que la política me gustase, me entraba muy poco por los ojos, será por eso, por lo que no pienso ser un político de profesión, y si alguna vez lo soy, seguramente haré y diré lo que hizo y dijo D. Camilo José Cela:

-Pero qué mal escrito está todo esto -no sé si es literal o no la frase, pero por ahí iban los tiros.

Otra cosa es que me ocupe de ciertas parcelas de mi actual profesión, aunque cada vez lo veo más lejano.

Mi padre se fue “empastillando” y alcoholizando poco a poco; recuerdo verlo en casa de mis tías, cómo se bebía un güisqui mientras deglutía las pastillas. ¿Qué pastillas eran, y para qué servían?, no tengo ni la más zorra idea, aunque pienso que debían ser vitaminas o similares, si no la mezcla podía ser explosiva, quizás tal como fue.

En mi vocabulario se usaba mucho la palabra “changa”, como sinónimo de hortera; se definía así a todo el que no vistiera, fuera y “sintiera” como un pasota; pongo lo de sintiera entre comillas porque si la tristeza , melancolía, congoja y demás calificativos depresivos, o que induzcan a ella, es lo que debe sentir un pasota, pues perdonen ustedes: “maldita la gracia que me hace”.

Viendo mi estilo de vida, mi *modus vivendi*, es fácil deducir que no veía los telediarios, y mucho menos leía los periódicos, pues es muy frecuente en esos mundos vivir ensimismado, de forma introvertida, aunque se aparente en el lenguaje y en las juergas lo contrario. Mis intereses e inquietudes políticas llegarían más tarde; espero poder llegar a contárselo a ustedes.

Las comidas eran todas aderezadas ya no sólo con el mencionado Tabasco, sino también con salsa de tomate y mayonesa mezcladas, dando lugar a la salsa rosa, tan apreciada por mi por en aquella época; hoy ya no me resulta apetitosa esta mezcla, y evito las comidas picantes.

e-libro.net

Siempre que iba con alguien a salir o a comer por ahí, me entraban unas ganas locas de beber y fumar; lo primero lo reprimía muchas veces, más que nada por el qué dirán, o bien porque el o la que me acompañaba, no lo pedía primero, pero el cigarro, ese no podía faltar, y encima en ingentes cantidades. Fumaba por esa época tabaco negro de fabricación canaria: "Coronas", los fumaba o bien Super o los King size, pero siempre de los fuertes, entre otras cosas, porque no existían los Reserva ni los Lights, como ahora.

Según la época, siempre he tenido una especie de complicidad con alguno de mis hermanos, por esa época era Pine con la que mejor me comunicaba, aunque cada par de años cambiaba de uno a otro; pero siempre me llevé mal con mi hermana Piluca, pues era la niña mimada de la casa, y con quien mi padre mejor se llevaba, así le deba a ella besos, mientras me miraba y se reía de mí. "¿Por qué hacías eso, padre?" Nunca lo sabré, o al menos no por ahora.

He dicho que me drogaba en exceso, aunque lo cierto es que comparándome con los drogadictos "profesionales", aquellos que se drogaban siempre y a toda hora, era un chico más o menos sano, no creo que llegaran a llamarme pijo, pero no me incluían ya casi, cuando iba a tercero de B.U.P., entre sus "amigotes" y sus planes.

Javier Nuñez era hijo adoptivo de Pino, su madre y huérfano del padre adoptivo; vivía junto a su tío, D. Antonio, y su tía, Dña. Antonia.

En mi adolescencia estuve a punto de irme a Madrid dos veces, una, la primera, con unos amigos de mis padres, que vivían en la sierra, y le decían a mis padres si querían que me llevasen allí por motivos de mis alergias asmáticas, donde se me quitarían todos mis males; quién sabe si con esas personas me hubiera comportado como una persona "más decente", menos revoltoso y reaccionario, o sea en un chico normal, a los que por ese entonces llamaba:

-Los pijos de mierda.

Lo que realmente me pasaba, pienso, es que los envidiaba, aunque mi primera reacción hacía ellos era de odio.

Otra ocasión de irme a Madrid, fue a causa de mi estatura, ya he dicho lo que medía. Me querían para ponerme en el Madrid amateur, en el equipo de baloncesto y con el tiempo al equipo superior.

A mí no me gustaba el baloncesto, aparte de esto, mi padre, en lo referente a los deportes no creía en mí; tenía puestas sus esperanzas en los estudios. Espero no defraudarle, aunque no le gustaba que leyera otros libros fuera de los de clase, en mi caso las novelas; pensaba que era una pérdida de tiempo, ya que había que consagrarse al estudio en cuerpo y alma. Puede que tuviera razón, pero nunca pensé por aquella época, ser el primero; hoy en cambio lucho por llegar a unas metas que me he impuesto; según muchos, lo hago mal, lucho demasiado, no creo yo lo mismo.

Lo que más me gustaba ver en el cine, eran películas porno, aunque lo más porno que ponían, no eran más que eróticas, que dejaban a uno muy mal, pues "calentaban", pero sólo eso, y no veía uno cosas fuertes.

Una de las películas en la que más esperanzas había puesto era: "Alicia en el país de las pornomaravillas", aunque el título parecía ser muy prometedor, tan sólo era erótica, y pesada.

Acabado el verano, comienzo de un nuevo curso: tercero de B.U.P., para recordar a los profesores y demás, debería ver las notas, pues así de pronto, tan sólo recuerdo a un profesor que nos daba matemáticas, catedrático de B.U.P. y el cual era alto y delgado, de constitución flexible y parecía ser una buena persona; el típico ejecutivo retirado, pero no era ni ejecutivo, ni estaba retirado.

Haciendo memoria, me viene el recuerdo de una profesora de lengua, esta señora, nos hacía cada quince días un examen de literatura; los primeros los estudié, y luego viví de las rentas: miraba los títulos de las obras y esos los ponía con bolígrafo rojo, el resto me lo inventaba, le contaba cualquier cosa, como se ve, cogí recortes de mi compañero de E.G.B.: Marcelino, quien cuando lo sacaban a decir las lecciones, se ponía a explicar la película vista el día anterior en la tele.

Juan Salvador León, un compañero que siempre me pareció muy preparado, iba con el pelo largo y barba, era rubio, en definitiva me hacía recordar a Jesucristo, según las referencias que de Este se tenían al uso por aquella época.

León, un día llevó un montón de folios escritos para dar el cambiazo, pero la profesora lo cogió, y ya no tuvo escapatoria, le amargó la vida.

Manolito Morales era más sofisticado, aunque su mente no lo fuera, pero sí la de su padre, de ahí que el usara un artilugio que los hermanos le habían comprado a su padre para que grabara sus obligaciones y asuntos

e-libro.net

que resolver de sus múltiples negocios, consistente en un cassette diminuto con una minicinta que era ideal para grabar las respuestas de los exámenes, e irlas copiando poco a poco, según iba escribiéndolas; el cable del auricular, lo pasaba por la manga izquierda (como siempre, llevaba chamarra de ante), y llegaba hasta la palma de la mano, con la que se apoyaba y tapaba la oreja. No me enteré de éste truco hasta bien avanzado el curso.

Tenía el convencimiento de que la profesora conocía a mi tío Joaquín y que me ponía los sobresalientes por esto, pues yo no hacía ningún mérito para ganarlo, salvo que posiblemente, fuese el único que leía y que por tanto hiciera los exámenes, mis batallitas, los mejor redactados de todos. Hoy no sé si lo conocía o no, pero poner sobresalientes por eso me parecía un auténtico disparate, a no ser que pensase en probables represalias, cosa que también me parece inverosímil. Así mismo, se puede deducir de esto, que no se miraba los exámenes, sino que veía la longitud del mismo, el número de folios escritos, y según eso, y como le ponía el título de los libros y sus autores, españoles eran los que estudiábamos, en rojo, eso unido a lo que me explayaba, supongo, era el por qué de esos sobresalientes.

De León sentía admiración y en algunas ocasiones un poco de envidia, por su forma de ser y por cómo manejaba éste dinero, suyo, que a esas edades ya es decir; no era porque su padre fuera rico, pues era "picapedrero" del M.O.P.U., sino porque León, por su propia iniciativa, ponía un quiosco de bebidas alcohólicas en las fiestas, y con lo que sacaba, se costeaba los estudios; lo malo era que si bien él no bebía mientras servía copas, si ingería anfetaminas, según decía, para aguantar el terrible ritmo de las noches festivas. Lo curioso es que nunca le vi con el quiosco, aunque sí lo vi en las fiestas de juerga.

Cambiando un poquito de tema, he de confesar que durante muchos años, sentía un miedo terrible y atroz cuando llegaba a mi casa, si ésta estaba vacía, pues suponía que los ladrones se esconderían debajo de las camas, siendo ese el motivo, por el que cuando llegaba a mi casa, miraba debajo de ellas, de todas y de cada una de las camas.

Hoy día ese pensamiento ya no me ronda tanto la cabeza, lo que no quita para que tenga otras fobias y otros temores.

Por esa época podría parecer que vivía más dedicado a la vida que al estudio; no puedo decir ni que sí ni que no, así que lo dejamos "fifty-fifty"; pues estudiar, estudiaba algo, leer, leía algo, y vivir, lo que se dice irse de juerga, me iba algo, esto es tal que empezaba a considerarme un noctámbulo, aunque no era tal, pues como saben mi padre me tenía obligado a llegar a las 9,30 p.m., y aunque yo lo amplié, poco más lo hice, como se verá en el transcurso del libro. Pensé cumplir esta norma hasta que fuera mayor de edad, hasta que cumpliera los dieciocho años, y eso hice, para mi desgracia.

Cierto día que estábamos por uno de los institutos de Cruz de Piedra, el "Alonso Quesada", propuse hacer gimnasia, flexiones en las barandas de la calle; eso hacíamos, cuando unos policías nacionales detuvieron su coche cerca de nosotros, se bajó una pareja de policías y mientras uno nos pedía la documentación, otro se paseaba por los alrededores buscando algún indicio de drogas o algo por el estilo.

-Edad y nombre -decían a cada uno.

-Saca la lengua -esto lo hacían para ver si teníamos la lengua blanca, o con saliva espumosa, síntoma de haber deglutido anfetaminas.

No sé, ni nunca he sabido, qué pensaban de nosotros, si que éramos traficantes, que bien podríamos ser por nuestras indumentarias, o consumidores, que por el mismo motivo, también podríamos ser. No fueron muchas las veces que nos pararon para identificarnos, o bien fue porque dejé de salir con tantos drogadictos.

Pero luego se produjo el efecto contrario, este es: yo era un drogadicto en medio de abstemios, que intentaba y a veces lo lograba, hacer que los demás se drogaran tal como yo hacía.

Esta cosa, se comprenderá, más me remordía la conciencia; ¿qué quedaba de aquel jovencito bueno e ingenuo, que iba a misa los domingos?, antes de salir con sus familiares.

No sé qué sentía en cuanto a amores por esa época, pero creo que lo más saludable que hice, fue no salir con ninguna chica, pues según saben tenía un "cacao mental" increíble e indecible, todo por las malditas drogas, y llamo drogas a todo lo que se mete uno en el organismo que no alimenta, bueno, ya me entienden.

Cuando iba a clase, no sabía exactamente el por qué de ello, si por los profesores, o si por los amigos, o por ambos a la vez, lo cierto es que cuando me compraba una camiseta, cuyo cuello debía ser de mi gusto, o bien camisetas de tres botones, que también debían ser a mi gusto, le decía a mi madre que me las lavara antes de ponérmelas, pues como digo me parecía que los demás no las usaban completamente nuevas, sino más bien algo desteñidas, y no me gustaba destacar entre los demás, probablemente por lo acomplejado que me sentía, ya fuera

e-libro.net

en mi casa, por los problemas que en ella había, seguro que por falta de amor entre mis progenitores, o bien por el consumo de sustancias tóxicas, tanto lícitas cómo ilícitas.

Mi magín no paraba de dar vueltas, sobre todo durante las noches, en las que intentaba reflexionar y leer, pero mi cabeza estaba excesivamente atolondrada y "arrebatada".

Una característica, o mejor decir una constante en mi indumentaria, es que ésta nunca me la desabrocho, siempre que esté destinadas a cubrir la parte superior del cuerpo se sobreentiende, pues: !cómo no voy a desabrochar los pantalones y los zapatos! Las camisas, jerseys y todos los etcéteras que quieran poner, son siempre metidos por la cabeza sin desabotonar, eso ha sido y es, una constante a la hora de vestirme y desvestirme.

Al odiar la guagua, por sus malos olores y estrecheces, iba a todos lados caminando, a no ser que fuera al campo o al sur. La vuelta, si era de clase, y al estar mi casa en lo alto de una montaña, la realizaba en guagua, pues si no, habría que "sudar la gota gorda". La bajada era por lo que llamaban el "camino verde", camino cuyo nombre no sé si se lo han puesto por el sexo que allí se practica, o porque es un paseo con árboles, arbustos, hierbas, etc, como si fuera un parque.

De estos paseos se podría conjeturar que era delgado, más o menos, pues así era, pero tenía una incipiente barriga debido al exceso de cervezas que bebía, pues lo habitual en mí, era pedir cerveza fuera el bar que fuera, que aunque no siempre iba a ellos, cómo mínimo era un alcohólico de fin de semana; a veces, bebía con más frecuencia. Si caminaba, no sólo era porque odiaba la guagua, aunque sí era esta la principal razón, otras eran el dinero, el caminar sólo a priori es barato, pues a posteriori se gastan más zapatos.

Siempre había algo que me desgarraba el alma, y no encontraba lo que era, bueno me imagino que sí: las drogas y entre ellas incluyo siempre el tabaco y el alcohol.

Todas las noches me enfrentaba con este gran dilema, por ello escribía en folios, los efectos que las drogas producían en mí, y eso me lo repetía hasta quedarme dormido.

A clase solía ir caminando, primero bajaba por el citado "camino verde", que está frente a mi casa, iba un pequeño trayecto por el Paseo de Chil, hasta llegar al "Parque de las cucas" al que llegaba casi en su terminación. Sólo me restaba bajar un tramo de escaleras dividida en dos, y que era la que pasaba por debajo de dicho paseo; luego iba a dar a la Calle Curva, donde había gran profusión de talleres de coches, sobre todo de chapa y pintura; en especial destacaba un local en el que se confeccionaban grandes letreros de madera pintada, no sé si el autor era un artesano o un artista reconocido, que era lo que parecía con su pelo largo y su frondoso mostacho. Solía usar éste ropa de oficinista: pantalón de pinzas y camisa a uso, la rebeca que frecuentemente llevaba era roja.

De esta calle, se pasaba a la zona de los institutos, que era donde estaba el mío: el Tomás Morales.

Mi padre se compró un nuevo yate, bueno no tan nuevo, era de segunda mano, aunque estaba impecable, según parece falleció el dueño del barco, y sus hijos se quisieron desembarazar de éste cuanto antes; mi padre no desperdició la ocasión. Se fue a Málaga pues allí estaba el yate y lo trajo junto con unos amigos, costeando Africa hasta Canarias.

El yate se llamaba "Marta" y mi padre no le cambió el nombre, a saber si porque su amiguita se llamaba así; no creo que se lo dejara en honor al difunto.

Mi padre estaba como "un niño pequeño con zapatos nuevos", y no era para menos, el yate era impresionante, y fue donde por primera vez vi un vino embotellado especialmente para el yate.

Todo era magistral, el tablero de mandos enorme, y dudo que supieran, ni él ni sus amigos, cómo funcionaba exactamente; también tenía radar, sonar (con el que detectar los bancos de peces), televisión, teléfono interior, hilo musical, etc, etc.

La cocina tenía un balancín, gracias al cual no se caían los calderos, que iba al ritmo del barco; nunca vi cómo funcionaba exactamente.

Los dos camarotes, y el del marinero, tenían cada uno dos camas. No había en este yate cama de matrimonio, como tenían otros de este mismo estilo. Tenía una especie de salón-comedor a la entrada .Medía unos doce metros de largo y no recuerdo cuántos de ancho. Arriba estaba el puente con un gran sillón o sofá y el utillaje necesario para llevarlo desde ahí. En la proa estaba el camarote del marinero con un retrete convertible en lavamanos.

Existía también una caja fuerte para las joyas y el dinero, estaba en el camarote principal, escondida en el ropero; los baños eran completos, dos, uno a cada lado de los cuartos.

e-libro.net

Este yate lo disfruté mucho menos, aunque sí hice trayectos más largos, pero no me dejaba llevarlo, aunque rondaba por el timón a ver si me dejaban; no pasó eso. Ya mi padre no salía solo conmigo, se iba con los amigos a disfrutar de él.

Mi padre era tan estricto, que siempre que había algún problema que se considerara más o menos grave, nos ponía a todos en fila, desde el mayor hasta el menor, y allí "nos leía la cartilla", amenazándonos y reprochándonos lo que él pensaba que era reprochable. En esos momentos todos le tenían pánico; a mí esas situaciones me parecían un poco raras, y a veces absurdas. El pasaba revista hablando, amenazando y yendo de un lado para otro de la fila. Esa era la forma más dura que él tenía de impartir su castigo. Otras veces era sin hablarnos ni darnos un beso; esto son cosas que hoy las pienso y me parecen totalmente absurdas.

Se habrán dado cuenta mis queridos lectores, cómo mis amistades son de extracción social baja, y las que más intimaban conmigo y según parece, hoy es lo mismo, son de clase social baja. Yo era lo que en las islas se diría de clase media baja, o pequeña burguesía, aunque a mí nunca me lo pareció, pues nunca tuve mucho dinero en mis manos, y siempre que algo tenía, mis amigos (quizás menos pudientes sus padres que los míos), tenían más que yo.

También pasaba eso con mi madre a la que mi padre le daba unas diez o quince mil pesetas para la compra, ropa y demás gastos de la casa; si pensamos la cantidad de gente que éramos y lo variado de los menús de nuestras comidas resulta extraño saber cómo se las apañaba mi madre.

Gastaba mucho dinero en zapatos, en eso y en pantalones era casi lo único que gastaba en ropa y como ya he dicho, alguna que otra camiseta de las que me gustaban, azul marinas y de cuello con patente estrecha.

Cómo lo hacía, no sé, pero siempre había comida en mi casa; mi madre, que siempre ha sido una hormiguita.

El Lu me regaló un Nuevo Testamento, no fue el único que me regalaría, él ya por esa época iba a la iglesia evangelista. De vez en cuando lo ojeaba, aunque siempre pensaba: "lo mejor es disfrutar de la vida, y cuando llegue la hora de la muerte, uno se convierte y le reza a Dios, y Este le salva". Este fue siempre mi razonamiento, y no sé por qué decía yo eso de disfrutar, si era en cuanto a drogarse y demás, lo llevaba claro en cuanto a lo que pensaba que era saludable y "disfrutable".

En el instituto, hice migas con Modesto, este personaje me interesó cuando me di cuenta de la facilidad que tenía para vomitar; tenía dominado el reflejo del vómito: echaba la "mascada" cada vez que quería, siempre y cuando le pagases el matahambre que tras comerse lo vomitaba.

Intimamos algo, no mucho, y enseguida me dijo que fuera a su casa. Vivía cerca del cine Plaza en las casa del estado que hay por encima de éste. En la casa me llevó a la azotea donde tenía una mesa de ping-pong y donde jugamos algo a éste; ya no tenía afición a este deporte, aunque a veces, para matar el tiempo, lo practicaba.

También, Modesto, tenía un equipo completo de radioaficionado, esta faceta suya me dejó alucinado, quizás por tenerlo callado, o porque no me lo imaginaba que fuera tan sociable.

Recordará el lector, que como antiasmático seguía usando el Aldo-Asma® aerosol, el que me tenía un poco preocupado, pues tenía efectos secundarios que afectaban al corazón.

Lo que dedicaba diariamente al estudio en esa época no era más que dos horas, dos horas y pico al día, salvo cuando tenía exámenes, que entonces le dedicaba un par de días; lo que no recuerdo, es si era un par de días para todas las asignaturas, o bien para cada una de ellas. Estoy por inclinarme más por lo primero. Seguía leyendo, no puedo asegurar con cuanta fruición, pero sí que leía, gracias a lo cual me mantenía algo alerta.

Al principio el tío del Lu nos quería llevar de putas para desvirgarnos, a todos, salvo a Alexis, que ya saben que tenía un hijo, sin que nadie lo iniciara.

También, el tío: Don Antonio, nos invitaba a todos a cubalibres, con el tiempo, me daría cuenta que lo que hacía era un gran error, aunque para él, que era alcohólico, fuese simplemente la única forma en que los seres vivos nos podemos divertir y pasar un rato agradable; un servidor vistos todos los ejemplos que me rodeaban, pensaba lo mismo, o sea que para divertirse hay que fumar y beber.

Mi tío Joaquín ocupaba el piso bajo de la casa de su madre, más que piso era cómo una gran habitación en cuyo extremo, al fondo a la izquierda, había un baño, el resto, bastante grande, estaba lleno de libros y más libros.

e-libro.net

Las paredes estaban a tope de estanterías con libros hasta el techo, y se había fabricado un tabique a base de libros que ocupaban la mitad del salón, y separaba éste: la cama, del despacho y cuarto de relax. No sé calcular cuántos libros tenía mi tío, pero sí que tenía miles.

Joaquín había escrito una "Breve noticia histórica de las islas Canarias", y unos cuantos libros de poesía canaria, eran unas antologías.

Fue mi tío el primero en obligarme a usar el diccionario cada vez que no entendía una palabra, de tal forma que hoy lo hago así con bastante frecuencia.

Le gustaba a mi tío que leyera, cosa que sabía que mi padre no hacía, así años más tarde me diría:

-Tu padre no leía nunca.

Cosa errónea pues su hobby era leerse el periódico.

Veía desde mi cuarto gran parte de la ciudad, aunque ya, la vista se empezaba a entorpecer por la presencia de algunas chabolas.

Cuando iba a misa, recuerdo que a la salida había un puesto, más concretamente era un carricoche con golosinas para los niños; me compraba quicos; son mi debilidad.

El puesto lo llevaba un señor mayor, a cuya muerte, pasó a encargarse del mismo su mujer.

También era típico ver a la salida de la iglesia un furgón en el que había otro señor acostado, inválido y paralítico por completo, salvo los brazos. Se ayudaba de un espejo para poder ver a los niños y mayores a la salida de la Iglesia. Pertenecía a "La Cruz Blanca".

De vez en cuando iba por casa de Salvatore, y por esa época por el exceso de cerveza, o algún licor de los que Salvador me invitaba, las ganas de miccionar hacían que tuviera que ir al baño. Este era asombroso, no sólo por el mal estado en el que se encontraba, sino por lo atascado que estaba siempre el retrete, en el que había un gran tarugo de mierda, del grosor de una pierna y de bastantes decímetros de longitud, resultado éste, común por otro lado, del estreñimiento crónico del hermano de Salva.

Con éste, el hermano, compré una vez a medias un afrodisiaco, con la intención de ponérselo a mi novia, y él a una amiga; la verdad es que lo acabé todo con mi novia, y lo que hizo fue dejarme más salido a mí, pero ella no se quedó más salida. "Spanish fly" se llamaba el afrodisiaco, que era carísimo y un puro camelo.

A partir de los catorce años se me empezó a desarrollar y crecer la nariz de tal modo que destacaba muchísimo; mi hermana Saso era la que más se reía de este detalle; no me cabreaba pues la veía muy poco, pues ya ella estaba viviendo en Madrid; allí vivía con Alfredo, un cazador furtivo de profesión, que según parece le prometió el oro y el moro, y al final quedó todo en aguas de borrajas.

Una cosa curiosa en mí, era que al mirar siempre a la boca cuando hablo con alguien, me quedaba asombrado con lo limpio y parejo que tenían las personas mayores los dientes, sin faltarles ninguna pieza, así quería yo terminar mis años. Con el tiempo me he desengañado y he visto como éstas son todas postizas y que es muy difícil llegar a mayor con una dentadura más o menos en "plena forma", pues el que más y el que menos tiene algún defectillo en los dientes. Yo no es que tuviera un defectillo, realmente tenía y tengo un gran defecto, tal es que tengo los dientes total y absolutamente descolocados, sobre todo los de la parte superior.

El padre de Salvador, nos había enseñado al manejo del "Control mental" más perfecto: alfa; pero mi postura hacia este, era de cierta desconfianza, no creía mucho en eso, pero "bajaba" casi todos los días. Mi laboratorio era una pirámide en cuyo interior había una especie de pizarras, dos; frente a una de ellas, un sillón con una serie de botones en uno de sus posabrazos. Tenía dos consejeros y los dos llevaban el pelo largo, algo lacio, y vestían una especie de túnicas oscuras.

Un buen día les dije:

- Bien, si aquí se puede hacer todo, que venga Dios.

Se me apareció al instante la cabeza típica de Jesucristo. Cuál no sería mi asombro, al ver que esa cara empezaba a reírse y desfigurarse como si fuera una careta que se quema. Al final, lo que apareció fue el demonio. Salí inmediatamente de allí, abriendo los ojos y con un gran susto en el cuerpo. No volví a bajar a alfa en mucho tiempo.

Mi "laboratorio" se encontraba cerca de una playa a la que se llegaba a través de un bosque, en el que había unos árboles huecos, en los que uno se podía meter en ellos y sentir diferentes sensaciones.

Para desplazarme por el lugar, disponía de un coche sin ruedas, con turbinas de aire con el que me desplazaba. A la playa solía llevar mentalmente a las chicas, mis novias del momento. Los colores, aunque no recuerdo cuáles eran, sé que estaban alterados, así el mar y el horizonte no eran azules. Por esa época, aún mi

e-libro.net

padre me llevaba a varios buenos médicos de Las Palmas, para ver mi estado de salud. Recuerdo que un médico nos dijo:

-...Porque Pepe, si fuma, no hay nada que hacer...

A lo que se refería en cuanto a lo que fumaba, no he llegado a saber, si era simplemente cigarros o bien mariguana. Eso me ronda aún hoy día muchísimo en la mente, y no sé a cual de los dos se refería, pues ambas fumaba.

De pequeño, y después de mayor siempre he sido muy vergonzoso, hasta tal punto que delante de personas mayores nunca hablaba; hoy eso me sucede menos, pero sí a veces.

Los cumpleaños de mis tías paternas eran apoteósicos; dependía que fuera por la mañana o por la noche, según fuera la invitación a mi tío Manolo, el cual estaba enfadado con mi padre, y esto se extrapolaba por extensión hacía nosotros.

Los mejores eran los nocturnos; mi tío Antonio, el alcohólico, hacía queimada, bebida típica gallega, de donde él era, mariscos, buenos vinos, etc, etc.

-Y, !Viva la fiesta!

No puedo recordar la ropa que usaba antes para estar dentro de la casa, seguramente serían vaqueros viejos. Hoy día visto chandals y a veces niquis.

Fuimos de los primeros en vivir en esta zona de la ciudad, pero pronto empezaron a prodigar las nuevas casas, entre ellas la de Pepe, director regional de la casa Volvo en Canarias, mis padres se llevaban bien con él; si mi padre estaba celoso de él, o él celoso de mi padre, lo ignoro.

Pepe en sus comienzos era perito; una de las primeras veces que nos vimos, nos quedamos mirándonos desde nuestras respectivas azoteas, él fue el primero en girar la vista, ahora que lo pienso porque seguro que no viera nada interesante, pues qué le podría reportar un mocoso adolescente como yo.

Mis abuelos maternos, tanto él cómo ella, usaban bastones, “El chico” porque tuvo el accidente de joven, en el cual le quitaron la rótula dejándole dependiente del bastón para toda su vida. “La chica”, era porque siendo ya mayor, se partió el fémur al caerse en la cocina de su casa; tuvo que usar bastón el resto de sus días.

No obstante la forma de ella usarlo era muy característica, pues no lo usaba para apoyarse en él, sino que lo llevaba despegado del suelo mientras cojeaba tras él.

Mi padre se iba de vez en cuando a pescar, y una de las veces llamó para que bajara al coche a coger un pescado, un congrio de unos dos metros, más grande que yo con zuecos, pues aún con éstos puestos levantaba el congrio con mis dos brazos y todavía seguía arrastrándolo por el suelo. Creo que lo pescó él, en “el banquete” de Fuerteventura.

Mi madre descamaba el pescado que traía y se hacía polvo las manos, pues no eran uno o dos pescados, sino quince o veinte y todos de 2 a 5 kilos.

No recuerdo, si esas veces que traía pescado entraba por la puerta de servicio, puerta por donde subíamos todos, lo que sí me acuerdo perfectamente es que él, mi padre, era casi el único que subía normalmente por la principal.

Mi padre tenía dos coches, un Wolskwagen y un Daimler, el primero era el del tipo “cucaracha” o “escarabajo” y el segundo coche era de lujo, prácticamente sólo lo usaba el fin de semana, no sólo por lo grande sino por los dos grandes tanques de gasolina de que estaba equipado, y que lógicamente tenía que llenar.

Cuando íbamos al sur o a cualquier sitio, si iba mi madre, ésta era la que se sentaba en el sillón del copiloto, y yo detrás de mi padre; si mi madre no iba, el que iba en el sillón del copiloto era yo.

El coche pequeño era azul y el otro verdoso, con maderas, cuero y todo lo último en lujos y confort.

Cuando íbamos con el Daimler, no había quien nos adelantara, unas veces por la velocidad a la que circulábamos y otras porque cuando nos adelantaban, mi padre se picaba y pisaba el acelerador hasta dar caza al “insignificante ser” que había osado adelantarlo; se podrá ir viendo el egocentrismo de mi padre, típico de la clase ejecutiva, a la que pertenecía.

Con nosotros, mi padre no tenía muchas sorpresas al menos en cuanto se refería al regalo de su cumpleaños, santo y reyes, pues éste era invariablemente un pañuelo de los que solía usar para la garganta y cuello, de esos que se llevan en lugar de corbata, cuando se va bien vestido, pero algo más de sport.

Hace un par de días, buscando inspiración para éste libro, repasé mis notas de tercero de B.U.P., y vi como no eran tan malas, aunque no todo lo buenas que podían haber sido. Lo que más me llamó la atención era el nombre de mi tutora: Rosaura García. Se caracterizaba esta “señorita” por lo hippy que era, creo, casi lo afirmo, que

e-libro.net

seguramente iba a veces “fumada” a clase. Por mi parte, también iba “fumado” a sus clases de los viernes: las prácticas de laboratorio. Por ellas nos teníamos que quedar a almorzar en el instituto, en el que comíamos bocadillos de carne; al final, pedía un pan y una bolsa de papas y me hacía un bocata con ellas, esto sorprendió mucho, tanto a los trabajadores del bar del instituto como a mis compañeros, la verdad que en parte lo hacía un poco por snobismo, pues lo cierto era que esos “bocatas” raspaban la encía superior, y luego me pasaba la tarde con la boca dolorida, sin contar que no me podía lavar los dientes.

Los viernes, cuando teníamos prácticas de biología, antes de ellas, nos íbamos: Manolito, Miguelo, ambos compañeros de clase, y yo, a casa del primo del primero, allí, en su cuarto, nos dedicábamos a fumar hachís; recuerdo que una de las veces, tiramos la cachimba de papel (hecha con la platina de los cigarros) a la calle; la esquina daba justo a la comisaría, donde se encontraba un guardia nacional, un “pasma”, de servicio y con una metralleta en posición de alerta.

Solíamos ir todos los viernes a esa casa, y luego nos íbamos a eso de las cinco o algo así a clase.

Una de las prácticas, iba “colgado”, fumadísimo, y recuerdo que ésta consistía en mirar por el microscopio hígados de no sé que animal, teníamos que cortarlo en trozos minúsculos al igual que lo que se haría con el microtomo. Era tan suave el corte del bisturí que me decía mientras lo hacía: “!Qué suave!, pero !qué suave!” No paraba de decir y decirme esto. Señal inequívoca que nunca había preparado anteriormente hígado para comer. Realmente ni hígado ni nada.

Por esa época solía usar carteras de plástico para meter la documentación y llevarla en el bolsillo derecho trasero del pantalón; no era extraño que se me partieran por la mitad, aunque aún así, las seguía usando; no me gustaba mucho, pero no me quedaba más remedio que hacerlo. No solía poner el cambio dentro, sino algún que otro billete, los cuales no era frecuente que los tuviera, aunque sí es cierto, que una vez camino de mi casa, por la calle por donde iba sobre el bordillo de la acera sin enladrillar, por ahí perdí una cartera con dinero y unas fotos del fotomatón; cuando llegué a mi casa y me percaté de lo ocurrido, volví a desandar lo andado, todo fue inútil, no encontré ni rastro de la cartera.

Como usaba los pantalones rotos y los bolsillos descosidos, lo anterior contado, no ha de extrañar mucho, al igual que una vez que perdí por dos veces seguidas un mechero y un paquete de “Coronas”; los perdí una vez, y los volví a comprar. Los volví a perder nuevamente.

Esto no sé si era resultado del despiste producido por la inhalación del hachís o por el despiste que es típico en mí. Esto último, es por lo que dice la gente sobre mí, cosa en lo que no estoy muy de acuerdo.

Mientras estas pérdidas me ocurrían, por otro lado, Claudio Gil Rodríguez, se encontró un billete de quinientas pesetas al venir de su casa a la mía; se podrán imaginar el cabreo mío, por no ser yo quien lo encontrara. Este se acentúa sabiendo que acostumbraba ir pensando y mirando para el suelo. Más que pensando, lo que realmente hacía era replantearme todo, y no le veía explicación alguna al callejón sin salida en el que me había metido, el mundo de las drogas.

Me resulta extraño ver el boletín de notas de ese año, pues hay unos cuantos suspensos, pero lo realmente raro, es que ninguna evaluación estaba firmada por mi padre, ni por mi madre.

La primera evaluación suspendí matemáticas y filosofía, la segunda filosofía, en la tercera no suspendí ninguna, pero en la cuarta volví a fallar en matemáticas y en inglés.

Era por orden alfabético el 4º de la clase.

Sé que aunque las notas no eran buenas, era de los que más empuje tenían, aunque éste lo dirigía a otras cosas; lástima que no hubiera un profesor que cogiera mi energía y me la hiciera encauzar por buenos derroteros, con lo que seguramente me habría sentido más feliz y realizado. Con menor carga agresiva de la que iba acumulando, así cómo el bajo rendimiento por desidia.

Solía muchas veces, casi a toda hora, pero sobre todo por la noche preguntarme:

-¿Cómo seré feliz?

Era bobo, pues qué mejor que hacer lo que se hace con amor, y no sentirse obligado a ello por estar bajo ciertas presiones, que por muchas que éstas sean, no es para tomarlo todo por el lado negativo.

Característico de toda la vida en mí, han sido mis ojeras, supongo que de pequeño, por lo enfermizo que era, y ya después, por el uso y abuso de las drogas. No hay que creer que me drogaba a toda hora, pero sí lo era de fin de semana y a veces también el jueves o miércoles, no recuerdo bien.

Mi ciudad se caracteriza por tener una constante “panza de burro”, compuesta por oscuras y cerradas nubes, muy características del verano, aunque a veces se ve también en otras estaciones del año.

e-libro.net

En un par de ocasiones fui con Claudio al Terrero de lucha del López Socas, no para ver precisamente la lucha canaria, sino para ver lucha olímpica. Otro día fui al Estadio Insular a ver a "Las Palmas" jugar un gran partido de fútbol, fuimos a la grada curva; mi cuñado iba con su hermano y unos amigotes, los típicos parados que aprovechan cualquier ocasión para hacer una fiesta. Fuimos provistos de alcohol para hacer el pescado jareado asado al fuego del alcohol. También había vino, del que no quise abusar pero sí bebí algo. El espectáculo era impresionante y totalmente nuevo para mí.

A la puerta estaba Carnevali, es el único jugador que recuerdo, menos aún recuerdo si perdió o ganó el equipo amarillo, pero fue una experiencia emocionante estar en medio de toda la "afición".

No es que eso sea del todo nuevo para mí, pues desde mi casa se oyen los goles, las faltas y todo lo que es típico de esos espectáculos.

Una cosa de la que siempre he estado orgulloso es de los dedos de mis pies, largos, separados unos de otros y con gran movilidad (últimamente estoy teniendo calambres en ellos).

¿Quieren saber la causa por la que leía?, muy fácil: leía porque me absorbía, distraía y divertía, nunca, de joven, lo tomé como obligación, hoy día tampoco, aunque sé que lo es. Paralelamente pensaba que efectivamente iba a ser farmacéutico, aunque eso era poco, que con eso no llegaría nunca como mínimo al nivel económico de mi padre, que era alto, el más alto que conocía, aunque empezaban a hacerle sombra los nuevos vecinos. El no sería mi prototipo a seguir, siempre pensé eso, pues podría estar bien considerado en su trabajo, pero en la familia estaba muy mal visto; era demasiado autoritario, aparte de ser un cabrón con sus hijos y su mujer. Sin embargo, inconscientemente seguía sus pasos, pues me drogaba y con mi madre estaba siempre de mal humor; mis hermanas se enfadaban conmigo. Según digo esto, digo también que cuando nos teníamos que unir contra mi padre, formábamos una peña, de tal forma que a mí, en más de una ocasión, se me saltaron las lagrimas al ver a la familia tan unida.

Recuérdese que he dicho que iba a mi casa por los bordes de las aceras, y esto era porque el muro de estas era de cemento, mientras que la acera y el resto era de tierra. Mi casa era la segunda del barrio, es por tanto hoy una de las que más solera tiene, entiéndase por solera como vetusta y vieja.

Ese año mi padre cambió de yate tal cual dije, ¿saben ustedes cuanto le costó?, pues bien poco, de ocho a doce millones, lo cual, aunque parezca mucho, no lo es en absoluto para la calidad de éste.

Con él fui unas cuantas veces a Tenerife y una vez a las costas de Fuerteventura, "al banquete".

De él podía uno sentirse orgulloso, aunque no demasiado porque mi padre no nos dejaba disfrutarlo.

Vivir bajo el techo de mi padre significaba vivir bajo su yugo, y no siempre todo el mundo está dispuesto a ello.

El parque que formaba la gran e imperfecta rotonda que existía, y aún existe, frente a mi casa, era un parque desigual en cuanto al césped (al igual que nuestro jardín) y plantas, había unas pitas antiquísimas junto a unas enormes piedras de color blanco. Allí jugábamos mucho a lo que nosotros decíamos "practicar las artes marciales". Las pitas ya no existen, las piedras sí.

Cuando veníamos del Puerto por lo que llamábamos "la subida por el cementerio", era peligroso pues no se veía nada, y estaba uno exponiéndose a salirse de la carretera e invadir las grandes extensiones de plataneras que constituían todo el barranco, creo que ése era el final del Barranco de la Ballena. Mi padre echaba, siempre que había fútbol en el Estadio Insular, por esta carretera, que aunque mal iluminada y peligrosa, e incluso más larga, se hacía todo lo contrario, ya que eran pocos los coches, o mejor dicho, los conductores que optaban por echar por ahí. No puedo hoy decir lo mismo, donde éstas carreteras son de primera elección para ir a muchos sitios; bueno hoy día con el tráfico tan intenso que hay cualquier carretera estará siempre muy transitada.

Era muy frecuente, el que fuera a ver al Lu a su casa; lo que ya no era tanto, era que éste estuviera en su casa, más bien era lo extraño.

Solía esperarlo horas y horas frente a su rústica casa, sentado en una piedra. La madre me veía ahí y no me decía nada, salvo a veces que decía:

-¿Quieres esperarlo aquí dentro?

-No, gracias- le respondía.

No era de extrañar pues, que esperara dos o tres horas sentado en la piedra. No sé que pensaría de mí, pero que tenía paciencia y una buena amistad con este joven, desde luego que sí.

Siempre pensé que el Lu en esas horas, estaba con sus amigos a la salida de clase. La verdad, según me enteré muchos años después, en realidad hace un par de meses, es que él estaba trabajando, ya fuera de fregan-

e-libro.net

chín, o de lo que fuese, vendedor, etc, etc. pero trabajos explotadores y muy mal pagados, pero él prefería eso a seguir estudiando.

No recuerdo si un servidor, tenía el contoneo de chuloputas al caminar, o simplemente daba brinquitos, pero creo que algo pasotilla sí que caminaba.

Mi padre era en mi casa la autoridad suprema; cuando él decía o hacía algo, eso era Palabra de dios, no podíamos rectificar, en todo caso ratificábamos lo que él decía, no había ni siquiera lugar a disquisiciones. Había que cumplir lo dicho, pasase lo que pasase.

Mi padre, ya crecidos nosotros, con 17 años que yo tenía, seguía obligándonos a ir primero a preguntar los precios de libros antes de darnos el dinero para poder comprarlos. Esto me producía mucha vergüenza y me acuerdo estar en las librerías frente a los institutos, abarrotados de gente y yo allí, sólo para preguntar el precio de todos los libros. Me daba la sensación como si todo el mundo me estuviese mirando. No me podía tampoco fiar de lo que me decían mis amigos, pues las cuentas tenían que cuadrar, cuando por la noche nos diera el dinero al céntimo. Sí es cierto, que seguía uno aprovechándose de ciertos lujos que se compraban. Mis hermanas lo solían estafar en cada libro, y le robaban un dinerillo que sería para ellas. Por mi parte, fui incapaz de robarle, por éste método, ni una peseta.

No es que estas cosas ocurrieran sólo con la familia, sino que mi padre era también tacaño con los de la calle, con sus amigos; recuerdo que mi tío Domingo me dijo en cierta ocasión:

-... y si puede pagar otro antes que él, mejor que mejor. Siempre se echaba atrás a la hora de pagar.

Esto lo dijo Domingo, sin embargo otras personas, más tarde, me dirían todo lo contrario, aunque estoy por pensar que lo cierto es lo que me dijo mi padrino.

De mi padre he oído muchas cosas y distintas versiones de cómo y cuánto dinero hizo. En cuanto al cuánto yo difiero mucho de los que dicen que por esas fechas, contaba en efectivo doscientos millones; realmente creo saber que tenía 54 millones, pues mi madre me enseñó la declaración de la renta que mi padre le había pasado para que ella la firmara, y vi en donde ponía “dinero a declarar” eso: 54 millones, en propiedades no vi cuánto tenía, pero esa es la realidad que nunca he contado a nadie.

La casa de Javier, estaba hecha por su padre, levantaron bloque a bloque, y en la base de cada uno en el suelo, habían puesto una serie de monedas muy valiosas en su época, y que no sé qué valor alcanzarán. Javier es de familia humilde. El padre se dedicaba a vender lotería. Su casa es de las denominadas terreras; aunque según Pericles, un amigo del instituto, su casa era terrera y no tenían nada que ver una con la otra.

Los amigos del Lu nos reuníamos en el cuarto de estar, que era el sitio que menos alteraciones de temperatura sufría. Su casa tiene un pasillo central descubierto, aunque las paredes de toda la casa, carecen de ventanas, con lo que se podrán imaginar la falta de higiene de esa casa. Tampoco tenía piso la casa sino que era de cemento el suelo. Ya se imaginarán la mierda que se acumula en los recodos y recovecos. Tenía un buen aparato de música, y allí todos los amigos nos reuníamos y oíamos música.

Javier nunca decía que estaba trabajando, ni lo dijo hasta escasos meses antes de empezar este relatillo. Daba por hecho que él era un estudiante normal y corriente, que se había pasado a F.P., y no había optado por los estudios superiores.

La madre del Lu fumaba, cosa atípica entre personas de tanta edad. Doña Pino era asmática, y eso junto con el cigarro, la tenían continuamente enferma. Su habitación era muy oscura y de color azul intenso.

En su casa vivía mucha gente, y encima tenían alquilada una habitación a una señora llamada Doña Lucrecia. Yo no sabía nada de esto, no obstante, en su casa se respiraba vida, eso ocurría cuando Javier Nuñez era un adolescente, y la casa no estaba rodeada aún de chabolas por todos lados.

No era costumbre en mí dormir la siesta, aunque me daba la sensación de tener siempre una opresión en los ojos, lo cual acrecentaban mis grandes y nada vistosas ojeras.

Conocí por esa época a F. Javier F. Control, al cual nombro o bien por su segundo nombre o bien por su segundo apellido.

Iba Control siempre vestido muy señorito, como un buen estudiante, cosa que no era, aunque sí mejor que el Lu. Usaba una enorme barba que lo hacía mayor que nosotros. Se fue a estudiar la carrera a un colegio de huérfanos de militares en Madrid. No duró mucho, aparte de que estaba muy metido en la Iglesia de los evangelistas, por problemas con su psique, cosa de la que no me enteré hasta muchísimos años después, casi once años más tarde.

e-libro.net

Había un señor bajito y gordito, sin llegar a ser gordinflón, que solía ir con un jersey celeste de cuello en pico. Vivía detrás de mi casa, y yo le debía caer bien, pues siempre me saludaba. Recuerdo verlo durante esa década con unos hierros alargados y achatados en los extremos, no sé si trabajaba en algo relacionado con las alcantarillas, pues siempre lo veía rondando por ellas. Años después se me ofrecería voluntario para cortar los árboles de casa de mi madre, cosa que creo que ni siquiera le comenté a ella.

La única forma de saber qué año cursaba es mirar el boletín de notas, pues me es imposible averiguar la fecha según los acontecimientos, es posible, porque hasta que me puse a trabajar no me fijaba en el año. Mala suerte, no sale la fecha en el boletín de notas. Otro día les contaré sacando la fecha de la que nací y poniéndole diecisiete años, cumplidos en enero. Efectivamente era el año 85-86, sacado por la suma de años vividos a partir del 63.

Aunque en esa época era casi imposible imaginárselo, sabía que cuando cumpliera los dieciocho años, sería y tendría libertad de horario; podría llegar tarde y salir donde quisiera, no como hasta ese momento. No era justo, todos mis amigos, o mejor dicho, mis “amigotes”, llegaban a la hora que les daba la gana.

No recuerdo si era exactamente a esa edad, o antes, cuando compraba pollitos, me gustaba verlos tan pequeñitos y juntitos, aunque luego, en mi casa los soltaba y me daba miedo cogerlos, igual que me ocurrió con los hámster como los conté. Era mi madre quien se tenía que encargar de ellos.

Algunas veces, pensé en ponerles una bombilla encendida para darles calor y no sé si llegué a idear un sistema para tal fin o no. Mi madre calentaba agua y después llenaba una botella con ella y con ésta les daba calor a los pollitos, y así algunos llegaron a crecer bastante.

No me llegué a comer ninguno, a no ser que mi abuela los matara y luego se los diera desplumados a mi madre, creo que no era el olor a pienso, sino al típico olor a pollito el que tengo metido en la mente y que creo que lo reconocería entre cientos; es cierto que lo he olido después muy pocas veces.

De algunos años antes datan mis idas a las iglesias en Semana Santa, y rezar no sé si un Padrenuestro o qué, pero lo cierto es que entrábamos y salíamos de siete iglesias, y en cada una hacíamos lo mismo. Fui, creo, un par de veces, pero éstas se remontan a muchos años atrás.

Había temporadas en que salíamos a cenar los domingos; lo hicimos durante mucho tiempo, aunque casi siempre variábamos el lugar. Unas veces íbamos al campo, junto con otro matrimonio amigo: Rosa María y José Manuel, con su hija “Nenina”. Una de las veces, los hombres se pasaron con la bebida, y José Manuel se salió de la carretera, con la gran fortuna de quedar parados por unos árboles, si no llega a ser por ellos se podían haber caído por el risco, muy frecuentes en nuestra geografía. Mi padre frenó y los auxiliamos porque mi madre se dio cuenta, si no, habríamos llegado a Las Palmas y nadie se habría dado cuenta -Dios es grande-. Mientras caían risco abajo, su hija dijo:

-¡Papá, que nos matamos!

Recuerdo cómo en las comidas del campo, la sobremesa, “hartos los machos de alcohol”, oían la radio, más concretamente los deportes.

Mi padre generalmente solía tomar licores después de comer y era frecuente ingerir el que él llamaba por Cointreau; los camareros le respondían que ese no lo tenían, entonces él decía:

-Ese de ahí, ¿qué dice?

-!Cuantró! –decían invariablemente los camareros.

-¿Seguro? -preguntaba mi padre.

-Sí –respondían ellos.

Y así seguía y seguía hasta que mi padre se cansaba, o ellos, se daban cuenta de que en realidad “su” Cuantró se escribía cómo mi padre decía: Cointreau.

Se comía bien, aunque la siesta de “los hombres”, acompañada de la radio, me aburría, no sabía qué hacer, si pasear o qué.

Otros sitios donde íbamos a cenar eran el “Típico canario” y “El semáforo”, en el primero tenían la especialidad del flan de gofio, el cual solía mi madre pedir para toda la familia, así se los llevaba a todos los hijos, aunque no hubieran ido a almorzar por la razón que fuese; el resto de la comida era la típica de estas islas. En el semáforo lo que primaba eran los solomillos; estaba cerca de la farmacia, no tenía muy buen aspecto, pero no sé por qué, mi padre nos llevaba allí. El motivo porque le gustaba estar cerca del trabajo incluso los fines de semana lo desconozco.

e-libro.net

Por norma general, pedía carne en los restaurantes que íbamos, y según he dicho, algunas veces me aventuraba a pedir solomillo, a sabiendas de que era lo más caro; a veces dejaba que otros pidieran primero, y si pedían solomillo, yo acto seguido, también lo pedía. Incluso en esos días, se estaba tenso, por la presencia de mis padres, aunque recuerdo de una o dos veces, en el "Típico canario", en el que el ambiente se relajó algo.

Una cosa muy curiosa en mi casa, es que si uno, en este caso yo, hacía una cosa dos o tres veces seguidas, esto ya se tomaba por costumbre; recuerdo que este detalle me tenía tan consternado y enojado, que llegué a comentárselo a mis amigos, ellos no me solucionaron ni respondieron nada, seguí con el problema, no sólo en esa época, sino el resto de mi vida.

Puede ser que fuese ese año, o cualquier otro, qué más da, cuando me asaltó la duda y creí que a la vez di con la resolución, entre los significados y usos del asequible y accesible, y sus contrarios inasequible e inaccesible; creí haberlo entendido perfectamente hasta hoy, en que leyendo "El dardo en la palabra" de D. Fernando Lázaro Carreter, me ha dejado patinando y me ha tirado todos los esquemas al suelo; esto también se apreciará en que es la primera vez a lo largo de esta historia en la que hago alusión al presente, ya ven como he cambiado.

Ni en tercero de B.U.P. y ni aún siquiera en C.O.U. hice uso de la calculadora, lo cual me dio una agilidad mental numérica, de la que me he vuelto un gandul, pues cuando me dicen de hacer una operación, no la hago. Imagínense las operaciones de cantidades infinitesimales de química y matemáticas, algunas de física, donde se usaban tal vez números mayores, que hacía mentalmente.

Acostumbraba a comprar la droga en el "Buque de guerra" una zona de bajo nivel cultural y económico donde la drogadicción y la venta eran muy grandes, tal y como ocurre ahora frente a mi ventana.

No era lo frecuente el que fuera a comprar la droga; pues generalmente por esa época me invitaban a fumar (véase que aparte del alcohol, mis drogas eran todas las fumables, salvo la coca).

Control, el barbudo, fue el que introdujo al Lu en la "movida evangelista", aunque este último siguió profundizando más y más en esta tendencia cristiana.

Con el tiempo sería el Lu el que me presentase a todos sus amigos evangelistas.

Creo recordar que fue durante esa década cuando vi actuar por primera vez a Fernando Fernán-Gómez, en la película en blanco y negro titulada "El pícaro". Me encantó su actuación, y a partir de ese momento se convirtió en lo que sería mi mejor actor español. El tiempo me daría la razón.

Mi padre hacía tiempo que no iba a comer por casa, pretextando que lo iban a envenenar. Todo esto preocupaba a mi madre, quien trataba que todo fuera normal. A partir de esa fecha, mi padre no fue más a comer por allí. Mi madre se desesperó, ya no aguantaba más las impertinencias de su marido, mi padre.

Si mal no recuerdo, fue por esas fechas, cuando mi tío Joaquín me hablo del "dequeísmo", desconozco si en la actualidad existe o no; los políticos lo dicen y usan a cada momento, y es por ello por lo que lo he incorporado a mi lenguaje tanto oral cómo escrito, así que si estoy en un error ruego disculpas por ello, máxime cuando fui alertado sobre el mal uso de dicha expresión.

Peor que uno, no obstante es Núñez, con su manía de terminar las palabras en "n" o "l", y si acaba realmente la palabra en una de esas dos consonantes, él le pone la otra letra, así como ejemplo tenemos: "porl" en lugar de por, etc, etc.

Del otro amigo de la adolescencia, Claudio Gil, sé que dejó muy pronto los estudios, y se puso a trabajar cómo mancebo de farmacia, aunque realmente lo que hacía era hacer recados, limpiar y colocar estanterías. Claudio era muy agresivo; recuerdo, cómo ese "manojo de nervios", descargaba su nerviosismo de forma agresiva, y cuando me tenía a mí delante descargaba pegándome y chillando su "grito de guerra":

-...!AYYYYYYYY...!

Con esa edad, diecisiete años, mi padre me daba mil pesetas a modo de mensualidad; me tenía que alcanzar para todo; era imposible, por lo que recurría a Control y al Lu para poder comer "perritos" los fines de semana que salía con ellos, que aunque no eran todos, sí fueron bastantes. Los mejores eran los de "los daneses"; ellos manejaban más dinero que yo, sobre todo Control, quien invertía casi todo su capital en golosinas; se conocían sitios que quizás fueran mejores que a los que mi humilde persona acostumbraba ir. Lo dicho, el mejor y el indiscutible era el quiosco de "los daneses", cuyo auténtico nombre nunca he sabido. Curioso es recapacitar, que en el local, hoy día, no trabaja ningún danés; no alcanzo a recordar exactamente si al principio trabajaba alguno o no, por lo visto debían ser los dueños; no sé.

e-libro.net

En mi isla casi todos bebíamos agua con gas, “Firgas”, según dicen, de las fuentes de Firgas, las cuales hace tiempo que creo que se han secado, quizás estemos bebiendo aguas de pozo carbonatadas, en la etiqueta de identificación ni se niega, ni se afirma nada. Hace años este agua era la única que se usaba, nadie le hacía la competencia hasta hace muy pocos años; actualmente la gente también bebe más sin gas, pues la aerofagia es frecuente entre los humanos. De esas aguas sin gas también hay más competencia, existen más variedad. El agua con gas, prácticamente, salvo la de venta en farmacias (ej: agua Vichy), es casi toda la perteneciente a la empresa ya citada la que se vende en la isla; tiene muy poca competencia.

Sabía que éste era el último año del bachillerato, aunque eso no suponía nada para mí, pues estaba decidido a terminar el C.O.U. y cómo no, estudiar farmacia, aunque no tuviera ni idea de lo que eso significaba. Es por ello por lo que éste año fue un año de puro tramite, siendo ésta, la causa por la que no le di gran importancia a ese curso.

El verano fue enormemente aburrido, recuerdo verme en el estadio del complejo “López Socas” con partidos jugándose o bien sin nadie, me preguntaba que si lo solo y aburridísimo que me encontraba sería siempre igual, me desesperaba con esa idea. Pensé en Lali, y como no trabajaba, me dediqué a cortejarla, a pesar de que ella se “hacía valer”, lo que parecía que estaba dispuesto a permitirle y encima, mientras ella se supravaloraba, yo, como acto reflejo, me infravaloraba. Me hacía esperar horas y horas, y luego aparecía saliendo de la guagua muy risueña. Se lo soporté, y al fin volvimos a salir juntos.

Eran frecuentes los dolores de lumbago de mi padre, el cual se ponía fatal cuando le entraban. Lo de escupir sangre también era frecuente en él, se le reventaban los bronquiolos a cada momento. Le prohibieron el alcohol y el tabaco; de lo primera pasó olímpicamente de lo que le dijo el médico, sobre lo segundo ya les dije que los sustituyó por puros, aunque casi no recuerdo verlo fumando cigarros.

e-libro.net

III

C.O.U.

Curso de Orientación Universitaria, el nombre sonaba bien, éramos los veteranos y los vencedores del instituto, la gloria se paladeaba en todas las bocas de los que habíamos realizado tal proeza. Nos quedaba tan sólo un año para ser mayores de edad, otros, como yo, cumpliríamos la mayoría durante el curso; podríamos votar, y ¿seríamos oídos por los demás? En el poder estaba Adolfo Suárez y su U.C.D. (Unión de Centro Democrático), uno de los políticos más queridos, por su buen porte (o sea que a la gente le parecía guapo) y su corto pero digno quehacer. No se me pregunte en qué consistía éste, pues no lo sé; aún no me interesaba suficientemente la política.

Mis abuelos maternos, apolíticos cien por cien, se pasaron casi todo el curso con nosotros. Muy típico era verlos atiborrarse a pastillas. Mi abuelo materno tomaba hasta diecinueve pastillas por la noche, y lo curioso es que a sus ochenta y tantos no tenía ningún achaque muy grave, o al menos eso aparentaba.

Las medicinas de “los chicos” estaban en sus tarritos de vidrio y plástico en una fiambrera naranja, recuérdese que por esa época no se usaba tanto el blister como envase para medicamentos como hoy.

Mis amigos oficiales de clase eran Manolito Morales y Miguel Falcón alias Miguelo. Tenía también otros amigos más matados, de los que no recuerdo su nombre. Fueron muchos los amigos de esos años, con algunos profundicé, y de otros incluso he olvidado sus nombres y apellidos.

Unas amigas, gemelas y las dos muy buenas estudiantes, eran Ana María y Mercedes (Merche), se apellidaban Pelarda, aunque las llamaba las “Pelagras”, igual que la enfermedad.

A estas chicas las solía encontrar en la guagua, aunque ellas no eran como yo, que me quedaba colgando fuera de la guagua a la entrada de ésta, y no cerraban la puerta hasta que todos estuvieran bien “arrejuntados”. Solíamos ir mucho juntos estas gemelas y el menda, desde la salida de la guagua hasta cerca de sus casas, la mía quedaba un poco más abajo. Durante el trayecto hablaba y hablaba contando chistes y anécdotas, más de éstas ultimas, pues muy chistoso nunca he sido; ellas se reían aunque nunca supe si se reían de mí o de mis cosas, así ellas siempre terminaban diciendo:

-Ay Antonio, qué cosas tienes.

Las “Pelagras” solían sacar muy buenas notas, aunque mejor estudiante era Ana María. Se sentaban en primera fila, frente a la pizarra. Yo me sentaba en varios sitios, dependiendo de la asignatura, pues de algunos profesores me reía, de otros pasaba, y con alguno supongo que me reiría con él.

Ese fatídico curso para algunos cómo por ejemplo Víctor, el que estudiaba en la “Universidad Laboral”, donde sacaba buenas notas, Santi, Alexis y demás maraña de grandes y descarados drogadictos, quisieron dar un gran golpe a las farmacias. Habían robado recetas y cuños del ambulatorio de Altavista; Víctor, al ser “más inteligente”, fue el que organizó y falsificó las recetas con psicótropos; los otros eran los encargados de ir por las farmacias a comprarlos con las citadas recetas. Al primero que cogieron fue a Santi, en la farmacia que está justo al lado de donde robaron las recetas. O estaban muy seguros de ser infalibles, tanto ellos como su robo, o bien, y es lo más probable, eran toletes, total y absolutamente. Lo cierto es que el primero en caer fue Santi; con él fueron cayendo todos los demás hasta llegar a Víctor, que por ser el único mayor de edad, fue el que cargó con todas las culpas. Estuvo mucho tiempo en la cárcel, el cual aprovechó para empezar y sacar con éxito la carrera de ingeniería. Cumplió su condena, y expurgó su culpa y la de los demás “pringaos”, y encima logró en tiempo récord acabar la difícil carrera, hizo curso por curso, cosa harto difícil según parece.

e-libro.net

Manolito, cuyo padre era dueño de bastantes dulcerías, o sea era un “ejecutivo del dulce”, tenía un Honda Civic, en el que íbamos todos de “marcha loca”; fue tal el mal uso que se le dio al coche, que el sillón del copiloto, se rompió por la mitad, resultando imposible ir sentado en él.

Cuando íbamos de marcha mucha gente, lo que hacíamos era abrir la puerta de atrás y bajar los sillones traseros, de tal forma que quedaba plano todo, y allí íbamos acostados muchos, entre ellos yo. Se pasaba mal si te tocaba alguien encima. Era un peligro para todos, y encima Manolito aún no se había sacado el carnet de conducir. En su casa rebosaba el dinero y a Manolito no era difícil verlo con un billete de cinco mil pesetas para una noche, cosa que yo no veía ni por el forro; mi asignación mensual como saben era de mil pesetas, !y gracias!

Manolito no era inteligente, pero se crió en un buen hogar, le incitaban a estudiar, y tenía un profesor particular que le ayudaba muchísimo. Fui a estudiar unas cuantas veces con él; siempre llegaba sobre las doce y les decía a él y a Miguelo:

-A ver, qué te explicó tu profesor.

Él me hacía el resumen y todos tan contentos.

Algunas veces llegaba a su casa drogado, después de fumarme un par de “petas” y mi empuje, hacía que aquellos dos amigos del alma, me siguieran en mis bailes roqueros; después nos poníamos a estudiar con la intención de darnos la amanecida; pocas fueron las veces que aguantamos toda la noche, nos recogíamos mucho antes, entre las tres y las cinco.

La casa de Manolito era grande y antigua, aunque habían reformado muchas habitaciones; a las que yo iba eran la cocina, con una enorme “barra americana” y otra no menos grande despensa, todo ello a base de madera y mármol, de calidad excelente, y la otra era el baño, separados a la manera de los bares, las mujeres a un lado y los varones al otro.

El padre de Manolito, el señor Morales, acababa de abrir una pastelería de lujo en la calle del desaparecido cine Cuyas. Los dulces que sobraban, así cómo los sandwich y los croissants, los llevaba él, o bien sus hijos gemelos (Fernando y Pepe), a su casa, con lo que la zampada de comida que nos dábamos era descomunal. Allí fue donde probé por primera vez los sandwich de berros con mayonesa. Tendría mucho que hablar sobre esta familia, aunque lo iré dejando para cuando se me vaya ocurriendo, no sin antes anotar que el gran pasatiempo del patriarca de la familia era la fotografía, así, recuerdo una noche a altas horas de la madrugada cuando llegó el padre trayendo algunas fotos y algunas tiras de contacto; de entre éstas últimas se me quedó grabado una, que hoy precisamente, no sabría decir cuál era, pues ya es la una de la madrugada y tras un día intenso, me siento realmente cansado. No le dije nada sobre la foto que me gustaba, ahora bien, creo que dicho caballero comprendió que uno también tenía esa distracción.

Mientras cursaba el C.O.U., mis hermanos amanecieron un buen día amarillos, icterícicos; mi madre, sospechando la enfermedad, les hizo orinar en unas escupideras. Efectivamente la orina era del color del coñac, se trataba pues casi sin ninguna duda de hepatitis.

Mi madre llamó a mi padre y le contó lo sucedido, éste le dijo que llamara por teléfono a urgencias del ambulatorio de especialidades. Eso hizo mi madre y acompañé a mis hermanos más pequeños junto con mi padre; allí esperamos un buen rato; durante esa espera a mi hermano Jose le dieron fatigas y hubo que buscar una camilla para ponerlo en ella. Cuando nos llegó la hora de entrar, éramos los últimos, el médico, un ejecutivo de la medicina, un genio del aparato digestivo, reconoció a mi padre como el farmacéutico de Guanarteme, mi padre asintió, y el médico se puso contento. Nos atendió muy bien, y nos dio cita para otro día. Ese otro día, fui solo con mis hermanos, la mala cara que nos puso me sentó fatal, me llegó a lo más profundo; no lo he olvidado nunca. Mis hermanos, los pobres, llevaban la ropa pequeña pues éstas se habían encogido al lavarlas mi madre en abundante agua caliente.

Nos teníamos que desinfectar las manos cada vez que entrábamos o pasábamos por la habitación donde estaban los enfermos, que era justamente la que estaba al lado de la de mis padres, en el piso alto, la que era la mía.

Aparte de esto, el menda, era el encargado de ir muchas veces al mercado a comprarles a los enfermos el jamón y la verdura fresca. Mi madre se tenía que ocupar también de mis abuelos.

En medio de todo esto se revolvía el demonio de la separación de mis padres; mi madre iba a escondidas de mi padre al que fuera un buen abogado local de la época: Serafín García Zumbado. Yo iba a veces a hablar con él, pero quien más iba era mi madre, la que luego debía disimular con sus padres, los cuales se dieron cuenta y se preocupaban constantemente. No es que esto último lo averiguara por mí, sino que me lo contó mi madre hace poco.

e-libro.net

Tenía por primera vez en mi vida una profesora particular; ahora que lo pienso, quizás porque mi madre al pensar en la separación, quería que sacara mejores notas al estar de su mano. La profesora esta sólo había estudiado magisterio, por lo cual el C.O.U. se le hacía muy cuesta arriba.

Tenía muchos alumnos, demasiados y los tenía por grupos, eran casi todos de E.G.B. y los entretenía poniéndoles ejercicios muy sencillos; a mi madre le cobraba tres o tres mil quinientas al mes, barato como se puede observar, pero cuando llegué y le miré con mis ojos, ella se sorprendió y las pocas veces que fui, me mandaba a la cocina a hacer el café. Su casa era de los militares, pues su marido lo era, y se encontraba en una zona exclusiva para ellos, justo debajo de la loma de mi casa.

Recuerdo que antes de ir a las clases particulares, quedaba con Lali, a la que creo que nunca le pregunté por sus clases, aunque supongo, al verla hace poco, que le iban fatal. Decía Lali que había tenido un novio de unos cuarenta y tantos; si eso era verdad, se trataba claramente de un corruptor de menores, aunque no sé que pensar. Tenía Lali un olor especial, a sexo, sudor, y saliva que si bien no me atraía excesivamente, cuando nos sobábamos, tampoco me desagradaba.

Recordaran al padre de Salvador, el de los cursos de “control mental”. Cuando adquirió cierta práctica, se fue a la península a probar suerte, las ultimas noticias eran que estaba dando cursillos en Marbella y que se había puesto a convivir con una señora de raigambre y dinero. Su padre se había convertido en un presumido, y las pocas veces que venía a Las Palmas, no visitaba a su mujer ni a sus hijos.

En cuanto a la manutención, de vez en cuando les mandaba un cheque de cincuenta mil pesetas, que la madre no dudaba en ir a gastárselo al bingo. Ante esta enojosa y frustante situación, Salvador, quien nunca ha sido muy estable, o al menos eso me parecía a mí, dejó de improviso los estudios y preparó sus cosas para irse a Palma de Mallorca, donde tenía una amiga, su única amiga que yo supiera.

Antes de esto, se pasó un día por una de esas fiestas que anuncian los periódicos, para personas a las que les cuesta relacionarse; entre ellas estaba mi buen Salvador, fue, vio y se enamoró de una sirvienta, una doméstica, con la que se casaría bien pronto. Se fue primero a conseguir un trabajo en unos grandes almacenes y mandó luego a buscar a su esposa. Esto no sucedió tan de prisa como lo he contado; tardó un par de años en ocurrir todo. Veía a Salvador en vacaciones, y realmente tenía la virtud de deprimirme. A Salvador nunca le cayó bien Javier Nuñez.

Tal vez el causante de los males de esa familia fuera el padre quien abandonó todo para buscar fortuna y posición social. A principios de C.O.U., él me trató mis alergias asmáticas y me dijo:

-Tómate unos zumos de cebolla aunque muy lentamente, pues si es abundante y brusca la toma, te puede provocar un colapso respiratorio.

No es que me lo dijera con tantos técnicismos, sino que yo le he puesto algo de floritura. Lo hice sólo un par de veces, pues exprimirle el zumo a una cebolla es bastante difícil. Dio ligeros, muy leves resultados.

Siempre he pensado en que debería tener una vida intensa, pero nunca he sabido en qué consiste eso, si en hacer muchas cosas, o leer mucho, no sé. Esta idea me ha rondado siempre en la cabeza, y es aún hoy, e ignoro en qué consiste. Leo y oigo mucho eso de: “Fulanito, esa su intensa vida” o bien “que ha tenido una vida intensa”. Pero no sé en qué consiste.

Creo que fue ese año, cuando una vez, sintiéndome distinto a los demás y encima raro, decidí ir al psiquiatra del seguro y contarle el caso, éste empezó lentamente y muy suavemente, me fue haciendo preguntas, hasta que me preguntó si me drogaba, le dije que fumaba droga de vez en cuando; se puso hecho una fiera, y me gritaba:

-!Porque usted se droga!

Esto lo repitió muchísimas veces y me dio la sensación de estar tratando con un loco, más que con un doctor.

Me dio algo para que me lo tomara o inyectara, no recuerdo qué; sé que tuve intención de mirar para qué servía pero nunca lo hice.

Tengo presente en mi memoria la guagua con su cobrador y demás, aunque ya por esa época empezaba a faltar ese personaje, se le echaba de menos, con sus montoncitos de monedas o bien sus elásticos separadores.

Cuando cursaba C.O.U. las guaguas eran para el ganado, nosotros, los jóvenes; íbamos colgados de la puerta, así hasta que el chofer arrancaba y unos cuantos metros mas adelante intentaba y no sé cómo conseguía cerrar la puerta. Él mismo nos cobraba, aunque ya y también por esa época empezó a usarse el bono guagua, el

e-libro.net

cual se marcaba en una maquina que dejaba constancia de cada nuevo viaje, por muy corto, o muy largo que fuese el trayecto; el mío casi siempre intermedio, o largo, pues de no ser así, iba caminando.

Mi padre tenía unos cuantos títulos expuestos en marcos en la habitación donde estudiábamos, eran para mí una especie de acicate para estudiar, por muy mal que me llevara con mi padre; no sólo yo, sino toda la familia.

Volviendo a clases, no es que yo fuera más serio, creo que incluso era mas juerguista.

Organicé una marcha a Tejeda, y como no teníamos dinero, lo pedimos a la Asociación de padres de alumnos, (A.P.A.), fui el que se movió para conseguirlo, no recuerdo si cinco mil o algo más, con la disculpa de hacer una excursión de carácter cultural; daba por sentado que iba a ir mucha gente, realmente sabía que sólo íbamos a ir cinco o seis.

Cuando llegó el momento de firmar el recibo por el dinero del A.P.A. que recibiríamos, le dije a uno de los drogadictos que con nosotros iba a ir: Plata, apellido de éste, que fuera a firmar a la habitación de al lado, mientras yo terminaba de hablar con el presidente del A.P.A. Le di las gracias al "presi" y me despedí. No me había implicado en el fraude cometido, al menos ni mi firma, y creo que ni mi nombre estaban implicados. Lo más triste del caso es que con ese dinero compré "chocolate" y alcohol. Antes de invertirlo en esto, dije el mismo día en que nos íbamos en la clase:

-Nos vamos a ir a Tejeda, el que quiera venir que lo diga.

Quizás fuese por nuestras pintas, o por lo apurado de la situación, pero solamente se apuntó uno. Su nombre no lo recuerdo, aunque sí recuerdo su aspecto físico, delgado y calvo. Se emborrachó prontísimo y casi echa la mascada en el coche.

El nombre del dueño del coche, no lo recuerdo, aunque siempre iba, cuando salía de juerga, con un sombrero negro; le sentaba muy bien.

El último y más indeciso en ir era "Miguelo" al final fue y así consolidamos más nuestra amistad; a Manolito no le gustaba ese tipo de juergas, él gustaba más de ir a sitios de moda y dinero; él podía, nosotros no.

Íbamos bebiendo y fumando droga todo el trayecto. Tardamos horas y más horas; yo, que era el que había comprado la droga, la llevaba en rectángulos de a talego cada uno, pues me habían dado una gran "plancha" por el dinero; no recordaba que tenía un agujero en el bolsillo del pantalón por el que se me cayeron las barras de hachís, por lo que tuvimos que dar marcha atrás y volver al sitio en que habíamos hecho escala, recuperamos algunas de las barras del "costo".

Había niebla, y menos mal que el conductor, el del sombrero, dijo:

- Lo siento, pero no veo nada. Yo paro aquí.

Miguelo fue el primero en bajarse, y dijo que nos habíamos escapado de caer por un barranco. Eso me preocupó, pues la calaverada podría terminar fatal.

No recuerdo cómo, pero llegamos a Tejeda; en la plaza del pueblo ya había terminado la fiesta, por lo que nos fuimos a unas cuevas a dormir. Eramos pocos los que llevábamos sacos de dormir, el mío era de mi tío Joaquín.

Al igual que siempre, seguía masturbándome fijándome en revistas eróticas y alguna que otra pornográfica; seguía con mi idea de desvirgarme por amor.

Javier Nuñez se operó de fimosis, a los pocos meses también iría a operarme, aunque mi madre me preguntaba si había estado con mujeres, a lo que le respondía que no, que simplemente me tenía que operar de fimosis. Javier decía a los amigos, nuestra pandilla, que le dolía la pierna.

Cuando me operé me asombré al ver entrar en el quirófano al médico fumando. Me anestesiaron localmente con la menor cantidad posible de anestésico; le pedía al médico sin cesar:

-!Por favor, póngame otra anestesia!

Una y otra vez le repetía esto, a lo que él hizo caso omiso, aunque me decía que sí, que ya ponía otra.

La enfermera que estaba para entretenerme no sabía dónde ponerse, al verme morder con desesperación un trozo de madera y sudando a más no poder. Cuando acabó la operación salí totalmente empapado en sudor, y me fui a mi casa.

Las curas me las hacía mi tía Mila con agua de manzanilla. No les decía que al empalmarme por las noches, me bajaba el pantalón de pijama y ponía el culo en el suelo, para que el contacto frío bajara la "calentura". Fueron muchas las veces que me desperté por el dolor, a medida que pasaban los días, menos me despertaba. Hasta que por fin se cayeron los puntos. Ya era circunciso, estaba circuncidado...

e-libro.net

Mi padre estaba casi todo el día cabreado, y cuando se cabreaba con alguien de la calle, le decía que lo tratara de usted; él de normal hacía que sus amigos, de fortuna similar o mayor, le trataran de Pepe.

A los desconocidos les decía:

-!Pues, para usted, soy don José!

La última vez que recuerdo eso fue con el gerente del hotel donde se iba a hospedar mi hermano Jose y mi madre en Barcelona, donde iban para que Barraquer, el famoso oculista, tratara a mi hermano. Se enfureció con dicho señor, y le largó la frase dicha arriba, muy usual en él.

Una cosa que mi madre solía decir, de tan cansada que estaba de mi padre era:

-Se muere un buen padre, y no se muere un verdugo como este.

Desde hacía unos años mi madre nos decía tanto a Maru como a mí:

-Siempre están con el zagalejo por fuera.

Se refería a los faldones de las camisas, que las llevábamos o bien fuera del pantalón sin jersey, o bien saliendo por debajo de éste. Los dos éramos los más pasotas vistiendo.

No recuerdo exactamente cuándo fue cuando leí por primera vez El Quijote; sé que la primera vez lo hice en versión infantil, y no recuerdo si en esa versión lo leí dos veces, creo que sí; posteriormente lo he vuelto a leer un par de veces, aunque cada vez en versión más parecida al original.

Recuerdo por lo estudiado en E.G.B., que la finalidad del Quijote primera, fue ridiculizar los manuales de caballerías; aunque el resultado a venido a ser: la mejor novela de caballería de todos los tiempos. Algo he leído sobre su autor y sobre la novela, cada vez más; ahora parece que he parado un poco. No sé si todo lo que he dicho es cierto o no, puede ser que la memoria me juegue malas pasadas. Aparte de esto, creo que vi un par de veces la película en el cine, cuando era un joven imberbe.

Como bebía mucha cerveza, tenía muchos gases, por lo que usaba Pankreoflat Sedante®, sin saber que el sedante era porque contenía un psicotropo, que junto al alcohol era explosivo. Resultado: estaba todo el día colocado sin saberlo. Las pastillas para la aerofagia me las diagnostiqué yo mismo, tal vez por vérselas a mi hermana Saso; no recuerdo exactamente, salvo que las usé hasta que se obligó su dispensación con receta, y poco después se retiró del mercado, quedándose tan sólo la especialidad publicitaria.

Había en clase un profesor que nos daba química, y aseguraría por las reacciones de clase, que tenía demencia senil, pero si no recuerdo mal, años después, cuando nos veíamos en la calle él siempre me saludaba por mi primer apellido, lo que me da que debe ser incompatible con lo que creía que padecía.

Ya sabíamos que los viernes a ultima hora, nos tocaba reírnos de ese profesor, lo cual nos incitaba a fumarnos un par de porros, justo antes de esa hora. Íbamos a clase colgados, y el profesor se quedaba como si estuviera en otro mundo nada más empezar la clase, no sabría decir qué era, pero le daban con frecuencia esos flashes, y nosotros venga a reírnos del pobre profesor. Eramos muy golfos. Su asignatura era una de las difíciles y más si pensamos que él casi no explicaba nada, y después en los exámenes exigía todo lo del libro. Nuestro pasotismo hacia su persona, llegó a tal punto, que en un examen, dos amigos, León y Miguelo, se fueron al bar de la esquina, y yo sentado al lado de una de las ventanas del aula, copié el examen en una hoja, se las tiré, y ellos lo resolvieron con el libro delante en el bar. Llegaron a clase tardísimo como supondrán.

Le contaron al profe una disculpa por la hora, algo así cómo que venían del campo y la guagua tardó mucho en llegar, o yo qué sé.

Entraron y se fueron al final, uno por cada lado, con fotocopias del examen, resuelto por ellos, repartiéndonoslas.Estaba nerviosísimo por el montaje formado.

En este examen llevaba todo el temario del libro fotocopiado con fotocopias reducidas, y cuando me empecé a poner nervioso porque no encontraba las preguntas en las fotocopias y éstas, todas, las tenía desperdigadas encima de la mesa. El profesor pasó por mi mesa en uno de sus paseos, y se quedó obnubilado delante mío; me quedé atónito y sin saber qué hacer, tapé las fotocopias con un folio en blanco. Cuando pareció que el profesor volvía a éste mundo siguió caminando; me encontraba desilusionado. Me hice allí mismo, un par de porros y nos los empezamos a fumar. Mi primo Luis, que desde la puerta y por el cristal central vio lo que estaba ocurriendo, no se “cortó” nada, entró y fue directamente a mí, por lo que le dije:

-¡Pero Luis, que estamos en un examen!

También era típico de esos días los modelitos de Pilarillo, la Gamba (llamada así porque su cuerpo estaba muy bien, cosa que no ocurría con su cara, o sea, se come uno el cuerpo y tira la cabeza). Estos modelos eran de lo más provocativos, enseñando sus piernas. También la llamaban la Lechuga por un traje verde que llevó una vez

e-libro.net

a clase. Con ese profesor nos portamos en general mal todos, y me gustaría pedirle disculpas ante todos, aunque es posible que sea demasiado tarde.

Casi al principio de curso, fue como cada año “La fuga de San Diego”; nos fuimos los de C.O.U. al primer bar que había subiendo desde Las Palmas hasta Tafira: “Los frailes”; es un bar y a la vez una residencia de ancianos, los pobres no sé cuando descansarán, ya que siempre hay fiestas o bien grupos de gente tomándose las copas; ha pasado por varios estilos, e incluso ha cerrado el bar; también lo han puesto debajo, para que no tenga nada que ver con la residencia; ahora no sé cómo estará.

Según les contaba, fuimos el viernes a “la fuga”, y allí más bebidos que serenos empezamos a recorrer los alrededores, gritando yo y muchos como yo: “C.O.U. E, C.O.U. E, C.O.U. E”; las chicas que estaban a mi lado gritaban otro tipo de C.O.U., estábamos totalmente enfervorizados, todos locos y desbandados, seguramente por efectos del alcohol y la euforia de ser los mayores y los veteranos del instituto; íbamos todos los “viejales” saltando y brincando; la chica que iba a mi lado no me gustaba nada, pero parecía que ella se sentía a gusto a mi lado. Bajamos y subimos una serie de montañas, y cuando nos cansamos, tal vez por quedarnos secos, decidimos volver al edificio.

Allí bebimos y nos saciamos. “Según parece la marcha está ahora fuera, a la entrada”, pensé. Hacia allí fui y cuál no sería mi sorpresa al ver a un roquero con el que algo me relacionaba, tocando una guitarra española desaforadamente, hasta el punto de sangrar por todos los dedos; seguramente estaría colocado de algo fuerte, las consecuencias las tendría al día siguiente. Fue la primera gran juerga para mí ese año, habrían unas cuantas más.

Por esa época era amante, o mejor sería decir, que oía algo de rok sinfónico, lo escuche durante unos años, quizás hasta los dieciocho o diecinueve años, después deje de oír música durante mucho tiempo.

Las chabolas empezaban a proliferar, ya se veía alguna aquí y allá; aunque parecían movimientos ínfimos no lo eran, pues se iban poblando las zonas no urbanizables del sector.

Éramos los veteranos y por ello, teníamos la responsabilidad de hacer fiestas y demás jolgorios en el instituto, para sacar dinero con el que poder irnos de viaje de fin de curso.

El profesor que teóricamente llevaba “el cotarro” era Pablo Frade, licenciado en filosofía hacía poco, según parece había hecho algo más en Italia, por lo que estaba muy bien considerado en el instituto. Iba de “suave por la vida”, y rápidamente quiso hacerse amigo de los que parecían ser los líderes de esas reuniones para sacar dinero; se equivocó desde un principio, pues los otros chicos eran unos ineptos absolutos.

Otra cosa que hacía mal, era que nos reuníamos en bares, donde él bebía vino, al menos eso es lo que recuerdo, mientras nosotros le dábamos a la cerveza.

La primera fiesta que organizamos, un servidor fue el encargado de contratar al cantante, o mejor, al grupo; lo hice todo a base de “golpe de teléfono”, no conocí al cantante, por supuesto de música rok, hasta el día de la fiesta; la mañana, era libre, o nosotros la teníamos libre y quedé con él a la entrada del instituto, allí nos presentamos. Era mayor que yo, adolescente aún, mientras que él ya era un adulto de veintitantos años.

Quiso demostrarme sus facultades artísticas con una guitarra que consiguió de un estudiante que estaba en el instituto; al verlo tocar tan afanosamente, le dije que no se molestara, que ya veía que era buen cantante. Seriamente le insinué algo así cómo: “No te esfuerces demasiado pues puedes quedarte sin voz, y esta noche tienes que actuar”.

Creo que cobraba cinco mil pesetas por la actuación nocturna, comentó que estaba de acuerdo en el precio.

Me fui de excursión con Miguelo y más amigos; ellos me esperaban en el campo; llegué después de dejar al choricillo que había contratado, tocando en el instituto.

En el campo estaba intranquilo, no sabía cómo saldría todo y eso me tenía inquieto.

No recuerdo dónde comí, lo único cierto es que pasé por la tarde por el instituto y allí estaba mi chorizo dándole todavía a la guitarra y afónico perdido. Se lo hice saber y le mostré mi preocupación para por la noche.

El me dijo:

-No te preocupes que está todo controlado.

Lo dudaba. Hoy, casi juraría que se pensaba atiborrar a coca.

No sé lo que pasó de la tarde a la noche; lo único que recuerdo es estar haciendo los preparativos dentro, para la entrada del público al centro.

La barra estaba bien provista, incluso con bebidas alcohólicas, de las que me había agenciado ya unas cuantas copas, aunque estaba en el punto de que nada me colocaba, por la tensión que arrastraba.

e-libro.net

El instituto se desbordó del gentío que había, desde adolescentes hasta treintañeros.

Ya no sabía si estar en la puerta o dónde, así que me fui con Miguelo a ver a Manolito al guardarropa; allí nos hicimos un porro, y empezamos a fumárnoslo, según parece nos vio el director, quien descargó su ira sobre Pablito Frade, y éste se vengaría en mí ese mismo año, ya verán cómo.

Al rato, me fui al patio descubierto, interior, no recuerdo quién me acompañaba, pero sí que dije a un grupo de jovenzuelos que por allí estaban drogándose:

- Aquí no se puede fumar.

Les di la espalda y acto seguido me fume un porro con uno que estaba conmigo. No sólo ocurría, que estaba dando un ejemplo fatal, sino que me estaba asfixiando de una forma estrepitosa; me estaba empezando un gran ataque de asma, y no tenía el inhalador que usaba, a mi alcance (Aldo –Asma®).

Me fui de la fiesta y no recuerdo si cogí o no la guagua, por dos motivos, a saber:

a) Económicos: no creo que me quedara demasiado dinero.

b) Salubres: en la guagua me asfixiaría más que caminando, aunque tardara menos que con éste último.

Otra fiesta, fue la de carnavales, aquí también me tocó vigilar en la puerta, pero me desentendí de lo del grupo, fue uno de música de salsa y pachanga. De esta fiesta lo único que recuerdo son dos cosas. Una: verme disfrazándome con una capa, una camisa blanca y unos pantalones negros, me maquillaron en el baño de las chicas, y allí todas tuvieron algo que ver y decir, me explico, no vayan a pensar que tuve contactos sexuales con todas, no, en absoluto, no lo tuve con ninguna, pues no pasé de los espejos donde me maquillaron toda la cara de blanco y me pusieron una señal de sangre que salía de un colmillo, y luego me engominaron el pelo. Dos: salí disfrazado a la calle, con una ligera sensación de estar haciendo el ridículo; cuando estuve fuera vi a un amigo perfectamente maquillado y con un magnifico traje de viuda, que aunque no era el final, sino el principio de los carnavales, le sentaba a las mil maravillas; "Mi madre, él rico, y yo, un pobre muerto de hambre", pensé, aunque no sería esto la última vez que lo pensara, y casi siempre era cierto. Del resto no recuerdo nada, creo que me fui más bien pronto, cuando terminó de entrar la gente. No recuerdo nada más llamativo, salvo que también estaba el señor que siempre ponía la mano en el suelo para que se la pisaran; ¿para qué coño quería que se la pisaran?, no tengo ni idea; nunca se la pisé, hasta que un día en que salía desmoralizado y con botas vaqueras, me puse inmediatamente de un salto, con las dos botas en su mano; así y todo, no me desahogue casi.

En clase, éramos tremendos, tal es el caso de lo que me ocurrió una vez en la asignatura de lengua, donde la profesora bajita y algo hortera, intentando explicar a unos pasotas de la lengua, no se qué cosas relacionadas con ella; creo recordar que en sus clases se podía fumar, echo por el cual, no puedo afirmar categóricamente si fue un día solo, o varios, me fume un puro en su clase, teníamos a la pobre profesora amargada. No se atrevía a volver la cara de la pizarra. Quiero recordar que algunos fumaban porros en ella, o si no, ya venían fumados.

No sólo habían muchos fumados, sino también habían muchos carotas; éstos, no compraban cigarros y luego me los pedían a mí, mi hartazgo llegó a tanto, que compré un paquete de "Mecánicos", cigarros fuertes, malos y malignos.

Cuando me pedían un cigarro, inmediatamente me ponía la mano en el bolsillo de la rebeca negra que llevaba todos los días, y sacaba un Mecánico, el cual se lo tiraba a quien me lo hubiese pedido; así estuve unos cuantos días, al final ya no volvieron a pedirme más cigarros, salvo en raras ocasiones.

Piensen que recibía unas cien pesetas al día, con eso debía comprar dos paquetes de cigarros negros: "Coronas", desayunar un matahambre, llamado por mi "quitajilorio", pagar la guagua, e imprevistos. Las matemáticas, por esta vez, fallaban, y por lo tanto no era infrecuente verme pedir dinero para el dulce dicho y para la guagua; mientras mis amigos desayunaban y se hartaban a chucherías. Yo, un hijo de una gran familia en el pasado, no tuve, ni he tenido nunca, grandes cantidades de dinero; será por eso por lo que no lo echo de menos, aunque sí me preocupa algo, como es lógico. Tenía que tener una cierta maestría y donaire en el arte del pedir, pues al final, casi siempre conseguía suficiente para lo que me proponía; aunque no pedía más que lo necesario, también pienso por no explotar el sistema pedigüeño, no tanto por la afición al pedir, sino por la necesidad de desayunar a diario.

El profesor de Física parecía un pobre hombre que no tenía voluntad alguna, en realidad parecía un calzonazos, que lo fuera o no, es otro cantar. Con éste no nos podíamos copiar tan fácilmente y aunque Miguelo y Manolito llevaban fotocopias reducidas, puede que no se atrevieran alguna vez a sacarlas; puede que tal vez, el profesor estuviera al tanto de nuestra especial forma de hacer los exámenes, o bien por hábito, lo cierto es que

e-libro.net

se daba paseos durante los exámenes por entre todas las mesas. !Allí no había quien se copiase!, al menos me lo parecía.

Otra costumbre en él, era llevar siempre jerseys, costumbre que el que esto escribe cogería con el paso del tiempo; aunque no me gustan todos los jerseys, sí algunos de ellos.

En las guardias nocturnas de mi padre, el encargado de llamar ahora a la farmacia era yo, pues las hembras mayores estaban todas fuera, aunque no recuerdo si mi padre hacía toda la guardia, o bien Braulio, su empleado más veterano, aunque ya no de confianza.

El de física tenía un pelo muy moreno, con muy pocas canas, y aunque peinado a un lado, lo solía llevar bastante largo, era un poco dejado.

Un viernes, cercano a las Navidades, y estando algo aburrido y pensando en no sé que cosas, pasó la profesora de primero de B.U.P., la que me ponía ceros en conducta hasta completar las cuatro ruedas del coche; pasó por la escalera del Tomás Morales, y cogiéndome de la mano me dijo:

-Ven conmigo, sígueme.

Y yo inquirí:

-¿A dónde vamos?

-Tú sígueme.

-Pero ¿para qué?

No tuve contestación hasta llegar al instituto de las chicas, el “Santa Isabel de España”. Allí me dijo que tenía que hacer de Papá Noel. Me acojoné algo, aunque si he de ser sincero, aunque lo hice mal, ha sido una de las cosas más honrosas que he hecho en mi vida.

Me vistieron como se ha de vestir, aunque no me pusieron relleno en la barriga, así que fui a pasear un poco por el patio, y unas chicas me dijeron:

-Fuerte Papá Noel más flaco y largo.

Ellas tenían razón, pero quién se lo explicaba a la magnífica profesora; no magnifica en cuanto a conocimientos, sino en cuanto a sentimientos.

Mi público eran recién nacidos, tenía que hacer de “Santa Claus” en una guardería, probablemente de hijos de profesores. Lo hice, cómo, no sé, pero, lo cierto es que lo hice.

Cuánto tiempo estuve con los niños, no lo recuerdo, pues tengo eso como una nebulosa. Y menos mal que no estaba drogado, sino que mantenía medianamente decente mis sentidos, hoy día, doy gracias a Dios por ello.

Creo que salí airoso de dicho trance.

Me hicieron muchas fotos y, cada vez que veía a la profesora, le preguntaba por la foto, se la pedí durante muchos años hasta que lo di por imposible.

De los primeros niños que pusieron en mi regazo, uno era el de ella; recuerdo el fogonazo del flash de su cámara.

De siempre e tenido la convicción de que es imposible el que existan dos personas exactamente iguales, pues aunque esto ocurriese, alguna vez una de ellas respiraría a destiempo una de otra, y a partir de ahí todo variaría; hay que ver lo que son las cosas, por un simple hálito, cambiaría todo, de ahí mi opinión sobre los gemelos. De estos conocí a unos en el instituto, tenían fama de organizar orgías, la verdad es que lo dudo, pues no eran guapos ni apuestos.

Don Remigio era nuestro ¿profesor? de filosofía, en todo el curso ¿explicó?, no, no leyó mas que algo sobre la filosofía griega, quizás porque para él eran los únicos clásicos, o los únicos a tener en cuenta, y los otros grandes de la filosofía que los parta un rayo. Mas creo que ni siquiera supiese leer.

Los folios estaban amarillos de viejos que los tenía; supongo que serían de su primer año de dar clases.

Era gallego, y como tal le gustaba degustar buenos “caldos”, aunque me da que lo de buenos, era para él, secundario.

Aunque de saltos de gigantes, son imprescindibles: el 23 F de ese año, fue eso, el intento fallido de golpe de estado. No me enteré de mucho, salvo que veía a los periodistas por la tele, nerviosos y mirando a todos lados; hoy comprendo que es porque estaba en juego sus vidas.

El día 24 de febrero fuimos normalmente a clase, aunque eso no fue todo, sino que D. Remigio nos dijo con su estampa del típico profesor: pantalones de pinzas, camisa a cuadros y rebeca roja, conjunto este por el que habían pasado bastantes lavadas, cosa que no significa que fuera muy higiénico:

e-libro.net

-Si quieren hacer el examen yo lo hago, depende de la mayoría.

El examen se hizo, pues no dijimos nada; no fue el mejor examen de filosofía que he hecho, es posible porque el nerviosismo reinante no me dejara estudiar con tranquilidad.

Deducirán el por qué recuerdo tan bien la fecha siguiente, pues sí, por ser una de las más importantes de la historia reciente de España.

A veces cuando he estado unos dos o tres días sin salir de mi casa, siento una presión en la cabeza y en el resto del cuerpo, que dudo si es ansiedad, agobios, flatos o qué, o si una cosa conlleva a la otra. Lo paso bastante mal, y hasta el día siguiente cuando salgo y hablo con algún amigo, no se me quita.

No sé si mi padre tenía sospechas sobre lo que he ido pensando a lo largo de la vida, y es: irlo superando en todo; mi vida ha ido por otros caminos distintos a los de él, pero aún así, deseo superarlo en las cosas que hago, esto se iría acentuando poco a poco, pues de adolescente sólo pensaba en que no me quería parecer a mi padre; hoy pienso lo mismo, aunque estoy ligeramente orgulloso de mi padre. Sigo sin superarlo.

Mi padre, mi tía, mi abuelo, al que nunca conocí, y mis tatarabuelos, que no sé si son los descendientes que vinieron de Cádiz, los cuales ya también junto a toda esta caterva (sin usarlo en sentido peyorativo), eran farmacéuticos, así, que de aprobar el curso en el que me encontraba, se imaginarán qué carrera habría de elegir; lo veremos más adelante. Esto lo sé según lo que me dijo Joaquín al ir a comer un día a casa de mi abuela paterna.

De adolescente me preguntaba muchas veces si estaba loco o no; ahora, aunque me lo planteo más, dudo menos.

Mis hermanos estaban malos de hepatitis y recuerdo cómo iba a comprarles el jamón cocido a la plaza, la mayor parte de los días, al salir de clase. No recuerdo si José Juan aprobó, Pilar sí, y paso a C.O.U., le llevaba un año de ventaja a esa hermana.

Todo, incluidas las manos, había que desinfectarlo con “Domestos”. Ellos tenían sus platos y demás utensilios para la comida y cocina aparte.

Muchos años después me hice un análisis de sangre, pero no por esos motivos y vi que mi sangre estaba como si hubiese pasado la hepatitis; desconozco si la pasé junto con ellos, o en etapas posteriores, donde a veces me sentía sumamente débil y por consiguiente estaría durmiendo todo el día.

Ya dije que en esas etapas dormía poco, bastante poco.

Siempre añore un curso de defensa personal, sobre todo de Karate, nunca lo hice, aunque no descarto que si algún día tengo tiempo (“Tiempo, lo único de lo que dispones”, según Hemingway), lo realizaré.

Manolito, Miguelo y yo, junto con otros amigos, a veces íbamos a discotecas, pero un día en especial, recuerdo que éramos los únicos en ella; le dijimos al “pincha plásticos” que si nos ponía a Bob Marley, eso hizo, y salimos todos a bailarlo.

Como sentía mucha vergüenza ya que pensaba que hacía el ridículo al bailar, porque no sabía si lo hacía bien o no, era por esa causa por la que cerraba los ojos al hacerlo, y así daba pisotones y empujones a todos mis amigos. Algunos me llegaron a decir alguna vez:

-!Pero abre los ojos!

No creo que fuese con la intención de indicar que los iba a lesionar en el mejor de los casos.

Eran mis amigos de estudios, y por tanto con los que más estaba a lo largo de la semana.

Tengo una idea muy difusa de con quienes estaba el fin de semana, creo recordar que era con Claudio Gil y Javier Nuñez, de todas formas Claudio como saben se puso a trabajar como mancebo en una farmacia, al igual que su hermana la mayor. Esto me parecía a mi un autentico dislate, tanto lo de las dos bodas en segundas nupcias como lo de ponerse a trabajar tan pronto y no seguir estudiando, pero en esa casa, incluso Javier Gil, que se las daba de intelectual, tan sólo llegó al C.O.U., donde se trabó con las matemáticas y puede que con alguna otra, aunque él sólo decía que el profesor lo había cogido con su persona, pero no tubo la garra de estudiar mucho, o cambiar de instituto, y en última instancia ser autodidacta. Se la echaba de buen cuerpo, que lo tenía, y de ser el más inteligente de todos, que no lo era.

Para estudiar en su casa, había un mueble bar, donde se ponía él en una esquina, siempre allí con pantalones, casi siempre de pana y con el torso desnudo, mostrándolo a todo el que quisiera verlo. Yo me avergonzaba del mío, el cual tenía una incipiente curva de la felicidad, o de la infelicidad como quieran llamarlo.

Nunca fui un gran deportista, ni como ajedrecista, aunque pude ganar en un torneo, ni como nadador, aunque algo ganaba, ni en vela, donde no aprendí casi nada, ni como futbolista, aunque ganábamos. Casi siempre el deporte, aunque algo me exijo, lo he tenido como desintoxicante.

e-libro.net

De vez en cuando veía a Lali, y ella me servía para quitarme el estrés, y después ir a estudiar con mis amigos. No recuerdo en que curso estaba ella, ni si seguía estudiando, creo que sí, pero no se me ocurría preguntarle sobre esas cosas. Ella solía beber un refresco, y por mi parte cerveza, la cual intentaba que me durara, pero me era imposible por lo resecas que tenía las quijadas y/o por comer los manises salados, ambas cosas en demasía. El pub que más frecuentaba en ese año era el Tampico, aunque también iba a otros; era típico ir con un grupo de gente a sitios determinados, y, con cada uno, a un sitio distinto. Un ejemplo era que a las niñas del "Edificio América" las llevábamos al "Aguas Verdes"; este pub era de los más lujosos que conocía y eso que con Lali fui a muchísimos pubs. Ella era monilla, algo baja y rellenita, sin pasarse; solía vestir ropa de colores pálidos y tenues como el rosadito.

Seguía padeciendo de ataques de asma, aunque los controlaba bien con el Aldo-Asma®, no obstante, cada vez tenía que usarlo más seguido, creo que lo usaba todas las noches, inhalaba un par de dosis y gracias a eso parecía que podía vivir, aunque me molestaba mucho el tener que llevarlo a todos los sitios.

Mi padre abusaba de su autoridad con represión, gritos y coacción; lo que más me aterraba era ver su enorme figura gritándome; esto no era con nosotros solos, sino también con sus subordinados. Pensaba que cuando cumpliera los dieciocho años, la cosa iba a cambiar, y efectivamente cambió; llegaría todos los fines de semana tarde, y he aquí un gran incordio, el inhalador lo tenía que llevar a todos lados.

Cumplía años en enero. Esas Navidades fueron las últimas en las que estaríamos todos juntos; había regalos para todos, tal como a mi madre le gustaba, eran días de menos amargura y tristeza, aunque mi madre estaba a disgusto por mi jipienta pinta. Ya los había avisado, nada más cumplir los dieciocho años, me quedaría los fines de semana fuera de mi casa, lo que hice, así pasaría unos días en casa de Salvador, desde donde llamaba por la mañana, y otras en el garaje de mi casa en donde pasaba mucho frío y aburrimiento; para entrar en él saltaba desde casa de Rosario, pues el muro que unía las dos casas era bajo y no tenía verjas.Pasaba mucho frío en el garaje, y era fácil verme con la solapa de mi chaqueta marchosa, que en principio había sido de mi abuelo, y la cual aún conservo, subida.

Ese año era el mayor de la casa; en cuanto a hermanos se refiere; en realidad soy el cuarto, pero mi hermana Saso, la mayor, estaba de azafata de vuelo de Iberia, vivía en Madrid; Maru estaba en Tenerife, casada ya con Pepe Armas, y en el piso que mi padre le regaló por su boda; luego estaba también Pine, en La Laguna, en casa de Maru, pues según parece mi padre hizo lo del piso con vistas. Mi padre y Pine se llevaban fatal, y no recuerdo si fue al final de ese año o el anterior cuando suspendió, por lo que mi padre le dijo:

-Ya sólo te quedan dos cartuchos

-Pues yo sola los gasto -dijo mi hermana.

Ese fue pues el ultimo año que mi padre le pagó a Pine la carrera, el resto de los años se los costearían entre todos las hermanas; su novio, Quillo, pronto se iría a vivir con ella, con muy poco dinero pues los padres de él tenían un hostal al que iban generalmente pescadores y gentes de paso, que les alcanzaba sólo para ir tirando, aunque según dicen ellos, habían épocas muy buenas. Quillo llevaba poco dinero, y mi hermana menos aún.

Al año siguiente Quillo, que tenía la F.P. hecha, se puso a trabajar dando clases prácticas de F.P. con un buen sueldo.

Nunca me explicaré cómo mi padre llegaba oliendo tan bien por la noche a su after shave; siempre me he preguntado dónde se duchaba y se lo ponía, pues no creo que le durara desde por la mañana que era cuando se afeitaba y se lo ponía, bueno, estimo que lo más razonable era que tuviese una colonia en el coche o bien en la farmacia, o tal vez en la casa del Puerto, donde iba a dormir la mona. Esto último me causo una gran pena y tristeza cuando me lo dijeron, y no sé si será del todo cierto.

Me acuerdo que un día comiendo el típico matahambre, dulce basto y que servía para saciar el apetito debido a lo apelmazado que estaba, me encontré entre los dientes una cosa dura y de sabor desagradable, me lo saqué de la boca y cuál no sería mi sorpresa, al ver que estaba masticando una colilla de Krüger, probablemente del pastelero; eso me revolvió las tripas he hizo que en adelante me pensara mucho el comer el matahambre; también me dio pie a preguntarme qué serían esas partes duras de la masa que se notaban a veces, y que anteriormente, consideraba un aditivo más del dulce.

Tal vez mi persona daba la sensación de ser un ser sociable, o al menos eso creía que lo parecía; bien, era todo menos eso; bueno, no exactamente que no fuera sociable, sino que era bastante desconfiado, al margen de que dijeran algunos de mí que "era un Juan Lanas" y un "bobalicón".

e-libro.net

Sólo me fiaba de mi familia, llegando a desconfiar hasta de los amigos más cercanos. Y puede que me acerque últimamente más a mis amigos, aunque sigo siendo un poco desconfiado, al creer que muchos de ellos son unos necios.

Los sábados, iba después de almorzar, como un reloj, a casa de Claudio, donde nos poníamos a ver la tele; había un "tufo a patas" increíble, tanto que no se cómo no me regañaba. Bajaba a su casa, que realmente era un apartamento en lo bajo de un chalet pegado al nuestro, sobre todo, por no decir exclusivamente, pues también me gustaba charlar con ellos, ya saben, para fumar cigarros y de vez en cuando un puro de Salvador, el cual seguía siendo mi guardaespaldas cuando salía con Lali.

Los puros me cansaban a veces, y siempre preferí los cigarros, aunque de vez en cuando echara de menos uno.

Desde mi casa es fácil ver el mar y el puerto, donde hay un gran movimiento de todo tipo de barcos, pudiéndose uno evadir viéndolos desde mi ventana.

El baño del Instituto lo usaba generalmente para miccionar, salvo los viernes en los que, en el recreo, me introducía en los retretes y allí nos hacíamos los porros para ir "a gusto" a clase. Defecar, defecaba poco, por no decir nunca; no recuerdo si cuando me quedaba a almorzar en el instituto, iba a cagar después al baño.

Cuando iba con Claudio, usábamos mucho las bicicletas; yo una Chopper, Claudio no recuerdo cuál. Debido a su gran uso, unas veces se empenaba otras se pinchaba, etc., lo teníamos que reparar todo nosotros. Para los pinchazos sacábamos la cámara de la cubierta, sacándola del redondel metálico por medio de cucharas o tenedores por sus mangos anchos y delgados. Una vez fuera la cámara, tras desenroscar la válvula que se ajustaba al armazón, por medio de una arandela,se inflaba por medio de una bomba de aire y se introducía en un balde con agua; por donde se veían burbujas, por ahí estaba la picada; luego se secaba la cámara y con un raspador similar al de las cajas de fósforos, se limaba la zona picada y sus alrededores, luego se cogía el parche y se ponía ahí.

No sé qué día, ni de dónde veníamos, quizás del abogado de mi madre, lo cierto es que íbamos en la guagua, sentados en los bancos que lindaban con la parte trasera del conductor; me venía cagando todo y se lo comenté a mi madre, quien me dijo:

-Respira profundo varias veces seguidas.

Eso hice y pareció que momentáneamente se me fueron las ganas, sin embargo no veía la hora en que llegáramos a la parada en que nos teníamos que bajar, o mejor ya en mi casa, en el baño y sentir cómo defecaba tranquilo y a gusto. Las guaguas de la ciudad siempre han estado pintadas de amarillo, tanto antes cómo ahora, lo que sí cambió de color fueron los taxis; éstos en principio estaban, parte pintados de celeste y partes de blanco; hoy día están pintados de blanco con unas rayas por los laterales.

Una camisa que usé mucho fue un regalo, entre otros de mi tío Joaquín; era una camisa de buena calidad, de manga corta, cuello ancho y azul, con rayas blancas, y que casi siempre llevaba con la rebeca negra encima; los pantalones solían ser azules o negros, vaqueros, aunque siempre los usaba un poco holgados, fundamental por las largas caminatas; se sobreentiende que con esas caminatas estaba algo en forma.

Me es muy recordada esa imagen mía, pues de ella conservo varias fotos, sobre todo de esas maquinas que se encuentran por la calle, y que por unas monedas le sacaban a uno cinco o seis fotos baratas; me las solía sacar para las fichas y las matrículas del instituto. No era infrecuente que las usara para verme y reírme de mí, aunque en el fondo de mi ser lloraba por ser tan feo.

Un buen día llegó a mi casa la citación, para el juicio de separación de los cónyuges.

No recuerdo cuántas, pero sé que fueron algunas las veces que acompañé a mi madre a ver a Serafín, su abogado, un sujeto algo inteligente, pero no lo suficiente como los abogados que contrataba mi padre, pues éstos lo tuvieron que pintar, aunque según parece el juez no se dejó engañar del todo, como un pobre diablo, y no del todo se lo tragó, pues en teoría nosotros debíamos terminar bastante acomodados según dictaminaría el juez después del juicio, que se celebraría en ese verano; el cómo terminamos, lo irán viendo más adelante.

Lo que sí dijo Serafín es que mi hermano José Juan no fuera al juicio, que era muy pequeño y le podría afectar.

Poco a poco, iba viendo menos al Lu y la gente que con él se adhirió a la Iglesia evangelista; el Lu se metió en ella bastante, y aunque había dejado los estudios de B.U.P., hizo unos cursos promovidos por y para dicha Iglesia; en ella escaló hasta hacerse profesor, para ello tardó unos cuantos años en los que le perdí el rastro casi por completo.

e-libro.net

No sabía a ciencia cierta dónde andaba, entre otras cosas porque él nunca ha sido muy hablador si no está con un par de copas encima. Se supone que cuando estudiaba en el centro evangelista bebía poco o casi no bebía, no lo sé por referencias suyas, pero me lo imagino.

Un día vino mi padre bebido, vio que una silla estaba coja, pues se le había desenroscado una de las ruedas giratorias, Le dio por ahí y gritó:

-Esa silla está contra el gobierno -se observará que los diálogos son cortos y escasos, esto se debe a que ni yo, ni a mi alrededor se hablaba mucho, a excepción de mi madre, la cual no hablaba, sino chillaba.

Y ni corto ni perezoso abrió el gran ventanal del que era el cuarto de estudio, situado éste al lado de la cocina, y la tiró a la calle.

Cuando mi padre se fue a dormir la mona, como todos los días, aunque sin dejar por ello de ser el carismático ejecutivo que era, mi madre que vio tal nefasto acto, y cuando mi padre ya estaba en la cama, cogió la silla de la calle, le puso la rueda y la escondió, para después dársela a su "tía María", la cual creo que la aceptó de buen gusto, digo creo, ya que esas sillas eran y son, al menos la que queda en casa de mi madre, muy buenas.

Ni de niño, ni de adolescente, fui nunca excesivamente goloso; sí comía dulces, pero no me perdía por ellos, motivo éste, por el que supongo que no se me han podrido aún los dientes, aunque tengo gingivitis y otras enfermedades.

Preferí siempre lo salado a lo dulce, aunque siempre hubo dulces en mi casa, y cosas de repostería, las cuales las hacían mis hermanas; empezaron en primer lugar a hacerlo mi madre, cómo no sé, pues el dinero escaseaba en mi casa, aunque a mi padre le sobrase; luego fue mi hermana Saso, quien se dedicó a la repostería, y por último José Juan, mi hermano.

Por mi parte les hacía a mi madre y en sus amigas unas tostadas muy jugosas; las tuvieron que dejar de tomar pues las repetían por tener demasiada mantequilla. Otra temporada les hacía churros que ellas se comían con chocolate o con café con leche; yo también comía de estos churros; para hacerlos me ayudaba de un aparato especial para ello, y la pasta la hacía basándome en una receta que traía el mismo aparato, aunque le ponía algo de mi parte.

Fueron bastantes las tardes-noches que les preparé la merienda a mi madre y a sus amigas. Lo hacía con mucho gusto y con un cierto orgullo. Ellas me decían cómo querían las tostadas, si con menos mantequilla o menos hechas, o mas pasaditas, etc. Lo cierto es que me gustaba prepararles la merienda a las señoras.

Tuvo mi madre una nueva amistad por esa fecha: Margarita, hermana de José Manuel, marido éste de Rosa María, amiga desde la niñez de mi madre.

Leyendo a don Fernando Lázaro Carreter, entre las muchas cosas que hay que aprender de tal maestro, es que no se llama esfinge a las imágenes, sino que se llama efigie, y yo siempre había tomado la primera por buena y la segunda por errónea. Era al revés.

Marqué de forma especial el dequeísmo en su libro, para cuando me sienta más concentrado estudiármelo, pues se complica algo en algunas de las partes y por eso me quedé sin llegar a comprenderlo del todo. Recuérdese que con esto tengo una espinita clavada desde mi tío Joaquín.

Me gustaba la fotografía y me compré una máquina rusa de contrabando, no recuerdo si por 1500 ó 3500 pesetas, de todas formas era una ganga. Siempre que me preguntaban por mi cámara decía: "Entre las buenas es la peor, pero de entre las malas es la mejor". Realmente a lo que me refería era que era réflex no de visor aislado, o sea que la foto coincidía con lo que se veía por el objetivo. Estuve muchas años con esas cámaras, y digo "esas" porque se solían romper fácilmente y salía más barato comprar una que arreglarla.

Quiero recordar, que la Semana Santa del último año del instituto me fui con Miguelo, Manolito, y los hermanos de éste último y sus amigos, a la playa desierta del "Barranco los Secos", aunque nosotros la llamábamos "Los Secos".

Fue toda una experiencia; llegamos a Mogán el primer día tardísimo, pues todos íbamos en un jeep del tío de los Morales, que para conseguirlo hubo problemas, al igual que para el motor fuera borda de quince caballos de los hermanos Morales.

No recuerdo con quien fuimos hasta el Inglés, al "Mesón La Viuda de Franco", de allí nos llevaron a Mogán después de hacer varios viajes de ida y vuelta en el jeep.

Conducía creo que Pepe, gemelo de Fernando; el primero era el más loco, aunque tardaría en diferenciarlos.

e-libro.net

Pasamos la noche unos en el coche y otros, entre ellos yo, envueltos en el saco, en el muelle del Puerto de Mogán, el viejo, cuando aún el complejo: "Puertito de Mogán", no estaba construido.

Todo lo que concernía a los hermanos Morales era locura, locura pagada a base de dinero, y de la salud, supongo, de los hermanos, pues se hacía abuso de drogas, tanto los gemelos, cómo sus amigos, pertenecientes también a la "jet" de la isla.

Los Secos, donde fuimos a la mañana siguiente, era una playa desierta entre Veneguera y Tasarte. Llegábamos a ella en los dos botes de fibra de Miguelo, bueno, realmente uno parecía una cáscara de nuez de lo pequeño e inestable que era, tendría un metro o metro y muy poco, en él iban los bártulos; el otro, algo más grande, el "Morgan", nos fue fiel durante muchos años, aunque su pequeña quilla estuviera deshecha por los golpes recibidos.

Nada más empezar las maniobras, Miguelo se subía al bote grande y empezaba a distribuir y acondicionar la carga para no zozobrar en el trayecto. El bote pequeño iba siempre hasta los topes, y salvo una o dos excepciones, nadie iba en él, pues trabucaba a la primera de cambio. Me molestaba un poquillo que Miguelo se hiciera el patrón tan rápidamente, aunque sabía que él era el único que tenía el título; me solía cabrear, y me subía enseguida yo también al Morgan y allí también dirigía o simplemente me quedaba al mando de la operación; recuerden que dirigí las Zodiac durante mucho tiempo; esto hizo que me confiara con el bote y un día que iba con los gemelos, di un brusco giro a la caña del timón provocando un brusco viraje, tal que casi las mariposas que sujetaban el motor al bote en la popa, cedieron, hasta tal punto que por poco no se cayó al agua el motor, intenté infundir tranquilidad, pero no sé si lo conseguí.

Eran los primeros días que me veía en una playa desierta y por tanto no sabía cómo comportarme, era un pardillo que salía por primera vez de su casa. Los gemelos se pusieron a jugar a las raquetas de playa, nosotros despistados no nos sabíamos defender tan bien como se defendía Miguelo, quien era el jefe en cuestión de acción y planificación de los trabajos y diversiones a realizar.

No acierto a recordar qué comimos, quizás fuera arroz, aunque no puedo asegurar que lo fuera, ni quién lo hizo.

El atraque a la playa era por el hueco que dejaban dos bajas que había en la costa a la entrada y luego un peñasco un poquito más adelante de esa entrada; había que tener cuidado, rapidez de acción y templanza, pues si alguna de estas fallaban, se podían ir al garete los botes y quedarnos aislados en la playa.

No había entre nosotros ningún gran deportista, pudiera ser que el mejor fuera Miguelo, pero poco le duró, pues los siguientes años se caracterizarían por su barriguilla.

Una de las cosas que más me fastidiaba, a pesar de ser varias las grandes incomodidades que representa vivir en plena naturaleza, eran los arañazos que uno se daba al andar entre los mariscos. Lo mismo ocurría al pasar entre las piedras, las que abundaban en esa playa.

Creo que lo mejor sería describir esta playa: la entrada podía ser de arena o de piedra, dependiendo de la época del año, cuando había arena la playa podía ser grande uniendo todas las partes de las que constaba; la entrada tenía una pendiente llena de cantos rodados, y luego una pequeña meseta, en la que había una parrilla para asar lo que fuera, una parte que podía hacer de despensa, otra que podría ser el comedor, con su toldo, formado por las lonas de las casetas, y al lado un terreno donde montábamos las casetas.

Según se subía y girando a la izquierda, había una montañeta por la que se iba al "cagadero", todo el terraplén estaba protegido por un risco, por el que se subía al citado "baño", donde había gran cantidad de excrementos humanos.

En cuanto al estudio se refiere, no recuerdo cuánto estudié, pero lo realmente cierto es que lo hice, y a pesar de las juergas fue un año de los más sanos, tal vez porque no bebía tanto, o bebía muy poco.

Durante toda mi vida, casi desde que empecé a usar el Aldo Asma®, he tenido que tomar un par de fuellazos de éste todos los días, creo que sin dejar ninguno atrás, y fue el "culpable" de que lo pasara fatal si alguna vez me veía asfixiado, y sin éste.

Se iba acercando el fin de curso, y para el viaje de dicho final, había dos opciones, una, ir a Lanzarote con Pablo Frade de profesor, y otra al Hierro, en la que sólo irían alumnos, sin ningún profesor; me atraía Lanzarote, por las niñas bonitas que allí se verían, hoy más que en aquella época, y El Hierro por la libertad de ir solos, aunque pensaba que a ésta última irían los más golfos.

e-libro.net

Teníamos que poner para este último menos dinero, pero nos quedaríamos en casetas de campaña; en el otro, a Lanzarote, había que poner en principio más dinero, pues se quedarían en apartamentos. Al final opté por la opción económica y quizás más aventurera.

No recuerdo exactamente cómo se escribía, Bazoka, creo que era. Efectivamente, era prácticamente el único chicle que existía en esa época, ése y los de bola, que de empezar costando media peseta, llegaron incluso a costar a duro en poco tiempo. No obstante, éste es un tema que no me interesa sobremanera, pues como se recordará por mis alergias asmáticas, casi no mascaba chicle, aunque eso sí, fumaba un huevo. Fumaba cigarros Coronas de los más fuertes, de los más altos en nicotina y alquitrán; por esa época y durante un corto espacio de tiempo, se preguntaba al comprarlos que qué clase prefería si “super” o “King size”; no supe nunca exactamente a qué se referían estas denominaciones, o sea en qué afectaban a la clase de tabaco, si es que de esa droga pueden existir clases, como si una fuera mejor que otra, o realmente todas son iguales de dañinas y en muchas ocasiones mortíferas.

Entre mis antiguos amigos, el más vicioso era Santi, el Flaco, de echo es el que peor terminó de todos, aunque cada uno de nosotros hemos seguido por caminos muy distintos.

Aprobé el curso, aunque no con muy buenas notas; la mayoría de mis compañeros de estudios drogadictos, no lograron pasar el C.O.U., sin contar los que fui dejando por el trayecto, aunque la mayoría eran simplemente conocidos, o amigos de vista, o mejor dicho, de vicios. Miguelo no sé con qué notas aprobó, pero supongo que serían mejores que las mías, aunque ese año fue de los que más me esforcé y estudié.

Sotero era un amigo de la adolescencia, de los que me pedían cigarros y a los que terminé dándoles “Mecánicos” sin filtro (todavía no los había con filtro), con el tiempo se pondría a trabajar de taxista, y unas cuantas veces coincidiríamos en el taxi, él cómo chofer, yo cómo pasajero; casi siempre le suelo pagar con un billete de mil, una carrera de unas trescientas pesetas, y el resto le digo que se lo quede para su hijo, no para él, pues se lo puede beber.

Seguía percatándome cómo los profesores no eran esos dioses (nunca los tomé así) que aparentaban, es más, pienso que son unos batatas y parásitos de esta sociedad, que no estudian lo suficiente sobre lo que dan, y mucho menos de otras cosas. Eran pocas la excepciones vistas, y éstas ya están reseñadas anteriormente. Las que me encontraría después, es otra cuestión.

Al cumplir los dieciocho años, empecé a pedir prórrogas para no ir al cuartel, las cuales se prorrogaron, gracias a que me las concedieron, por muchos años. No recuerdo si las empecé a pedir a los 18 o 19 años; tampoco recuerdo el año en que me pesaron y midieron; del peso no me acuerdo, pero la talla se me quedó grabada: un metro y ochenta y seis centímetros, pero en realidad mido un metro y noventa o noventa y un centímetros.

Como se podrá deducir de lo leído, admiro a mi tío Joaquín, era el más intelectual de la familia, más intelectual si cabe que mi padre, pues éste ultimo cuando se juntó con Tuñón y José Miguel, se dedicó a los negocios y las copas, o las copas y los negocios, no sé con cual intensidad era mayor de entre las dos.

A José Miguel fue a quien primero se lo dijo mi padre lo de la separación de mis progenitores, seguramente hicieron algunos chanchullos, como sacar el dinero de los bancos, y la casualidad es que al día siguiente desaparecería también el director del banco en el que tenía la mayor cantidad de dinero; seguro que muchas de sus propiedades, bajo documento secreto (eso supongo) pasaron a nombre de José Miguel, eso al menos es lo que creemos toda la familia, incluido el más entendido sobre propiedades de la familia, mi tío Domingo.

Cuando me hartaba de petas, me quedaba cómo “soplado”, sin saber qué hacer y sin ganas de hacer nada, esto solía ocurrir, y eso sabiendo lo que se dice, que es una droga blanda.

Cuando se mezclaba con alcohol el “cocktail” era explosivo, y la bajada empezaba con mareos y demás; la recuperación empezaba con un sudor frío, y una comprensión de la realidad pasmosa; esto me solía ocurrir a pequeñas dosis de alcohol, pues cuando éstas eran grandes lo que me ocurría, era una perdida de conocimiento, lo que me sucedió muchas veces, la primera recuérdese que fue el 8 de diciembre, cuando todavía era un joven imberbe.

Cuando la mezcla no era tan derrotista, cuando tenía el sudor frío, observaba con toda claridad cómo el mundo en el que vivía era una mierda, aunque esa sensación ya la tenía de antes y no me hacía ninguna gracia, siempre pensaba: “Ji, Ji, !si no es mierda ésta!”; esta expresión me viene aun a veces a la mente, aunque hoy día intento evitar esas sensaciones, o mejor dicho esas situaciones que me provocan esas sensaciones.

e-libro.net

Cuando se producía uno de los citados hartazgos, y uno veía realmente lo que era ese mundo, me entraban ganas de irme a mi casa, cosa que hacía y donde me sentía a gusto, a pesar de los innumerables problemas que había.

Mis hermanos a eso de mitad de curso se repusieron de la hepatitis y empezaron a ir a clases. Mis relaciones con Lali se habían aletargado, eran más aburridas, aunque no por eso dejábamos de salir juntos de vez en cuando; es de suponer que seguíamos yendo a los pubs, aunque no lo recuerdo. Me es difícil precisar con qué frecuencia salíamos juntos y adónde íbamos. Sé que estaba con ella por lo que más tarde ocurrió.

A esas alturas, aún seguía usando las gafas pasadas de moda, incluso eran así, antes de que mi padre me las diera; llevaba creo que cuatro años con ellas, pero no las usaba para clase, tan sólo me las ponía en mi casa, y no siempre; es posible que eso contribuyera a que me aumentara la falta de vista. Las gafas recuerdo que eran de montura metálica y plateadas.

Nunca me gustaron las gafas que tenía, pero de entre las que mi padre me enseño, muestrario algo hortera ciertamente, esas, las elegidas, fueron las que menos me disgustaron.

Mi médico de cabecera era el Dr. Gasco Campaña; fue un médico atípico, muy carismático y parecía inteligente, culto, no pude saber a qué se dedicaba fuera del consultorio, pero realmente tenía que ser a algo, pues no era un gran médico y sin embargo, su aura era de persona inteligente y trabajadora.

Por mi parte, las veces que iba era para pedir el Aldo Asma®, y otros medicamentos que con el tiempo muchos pasaron a ser especialidades farmacéuticas publicitarias (E.F.P.). En cuanto a que me diagnosticara algo, por más que horado y rebusco en mi cerebro, creo que no me diagnosticó nada.

A Rodri, el empleado más joven de mi padre, según él, para una gripe, ese médico, (hoy llamados médicos de familia), aunque ni siquiera puedo saber si él tenía o no sacada la oposición, el M.I.R. (Médico Interno Residente), o simplemente era un simple y según parecía nada vulgar licenciado, le puso como tratamiento de la gripe el se fuera a la playa; él, Rodri, me dijo:

-¿Tú crees que eso es posible en un médico? !Puaff!

Nunca sabré si para mi padre en esas fechas yo era un caro hijo, o tal vez era despreciable; digo que nunca lo sabré, pues en pocas ocasiones, por no decir ninguna, mi padre me demostró cariño, tan sólo disciplina y más disciplina, tal y como mi padrino me diría:

-Es que sólo le preocupaban las notas.

“Y de qué manera”, pensé yo.

Antes, muchas veces, cuando venía de la calle y me ponía a leer, me despistaba de la lectura, y me ponía, con el libro delante, a pensar en otras cosas, no sé si era por que me resultaba muy pesado o difícil, o bien que el porro me tenía tan obnubilada y anulada la mente que no daba “pie con bola”.

Hoy día también me suele ocurrir aunque lo achaco a que esté algo despistado, quizás por el mismo trabajo, o simplemente que es difícil, lo que estoy leyendo.

Como en esa época no bebía tanto alcohol, o al menos no comprábamos tantas botellas de ron, por consiguiente no bebía el café como acostumbraba, directamente del bote, sin azúcar, y como si fuera un zumo o refresco; aunque si algún día me pasaba, y era pronto cuando llegaba a mi casa, me aplicaba al café, pero ya digo, eso no era ya tan frecuente.

Mi tío Antonio, el alcohólico y marido de Mila, era el que más cuidaba a mi abuela Fidela, cuando tras una caída por la escalera, se quedó minusválida y dependiente de una silla de ruedas, no se podía mover sin ella. Mila le gritaba muchísimo, y mi madre siempre decía:

-Qué de remordimientos tendrá cuando su madre muera.

También la amenazaba con tirarla por la escalera si no se estaba callada.

Antonio, siempre le cantaba:

-!Doñan Fide!, !doñan Fide!...

Se portaba bien con ella, al menos eso parecía cuando estabamos nosotros de visita.

No es de extrañar que los gritos de mi tía fueran por la amargura de tener el marido que tenía. En la misma habitación de mi abuela Fidela, dormía también Dulcina.

Allí mismo, en esa habitación, tenían una tele enorme, y mi abuela Fidela me decía:

-Porque los del telediario no vocalizan bien.

Manolo, el dentista, tuvo seis hijos, y tenía y manejaba mucho menos dinero que mi padre, se dedicó a vivir una existencia tranquila, lo cual no le quitó que educara a sus hijos rudamente y bajo una gran disciplina,

e-libro.net

aunque les salieron ranas algunos, otros fueron buenos estudiantes, pero, cuando tuvieron que compaginar el trabajo con el saber, lo hicieron de forma bastante mediocre.

Yo, cuando estudiaba aquí solía escuchar bastante música, sobre todo del estilo de Mike Olfield; así estuve bastante tiempo, hasta que preferí estudiar sin música, pues ésta a veces estaba muy alta, o muy baja, etc, o sea que me despistaba mucho la música, a la que prestaba atención distrayéndome de lo que estudiaba o leía.

Mis relaciones con Cristo y la iglesia se habían desvirtuado muchísimo, no había llegado al extremo de la “gran pandilla” que se drogaban en la puerta lateral de la Iglesia Santa Isabel de Hungría, pues eso aún me daba mucho respeto, pero no podía o no quería seguir los pasos del Señor. Me sentía muy a disgusto conmigo mismo, pero no quise dar el paso hacía Dios, lo negaba.

Así, pasito a pasito, terminé el curso con calificación de bien alto, al igual que el resto de los cursos. Si el C.O.U. era mi preparación para la carrera este lo había superado con una nota de 6,5, nota que a la vez era la media mía de todo el bachillerato superior.

De esta forma encaré la selectividad; confiado en que sería sencilla, y que por tanto, la pasaría sin gran esfuerzo, me dediqué a hacer resúmenes y a hacer fotocopias reducidas de éstos.

La mañana de los exámenes estaba algo nerviosillo, pero como de costumbre confiado en mi buena estrella; nos metimos en un aula al final de un pasillo, y allí, tras sentarnos y darnos los papeles para el examen nos dijeron:

-No escriban por encima de la línea punteada de las hojas; tienen que empezar a escribir desde ahí hacía abajo, -explicó un profesor.

Como sabía que solía ser despistado cogí los dos folios doblados, con lo que tenía cuatro hojas sobre las que escribir, pues como digo, cogí cada hoja y la doblé hacía atrás por la línea de puntos, con lo cual ya podía escribir desde donde empezaba la hoja.

Precisamente y como pájaro de mal agüero que fue, me había dicho un profesor:

-!Si eso que tienes ahí son chuletas, más vale que las guardes! -me dijo señalando a mi bolsillo de la camisa.

Tenía razón, eran chuletas, pero no pensaba desaprovechar una ocasión en la que todos se copian y cuchicheaban las preguntas.

La mala fortuna quiso que una de las profesoras de guardia, novata al parecer, en uno de sus paseos a lo largo de las mesas, vio mi examen, y como estaba escribiendo en el borde superior, ella muy diligente me dijo:

-Eso está mal.

Y me desdobló el examen; dejando al descubierto las chuletas; en su primera impresión no se percató, pero luego, después de poner el examen tal y como estaba, al ver que realmente no me había equivocado, sino que quizás fui de los que más inteligentemente había actuado, de repente, su cerebro se percató de que algo andaba mal, efectivamente, desdobló otra vez los folios y vio claramente las chuletas; las cogió y se las llevó para adelante; no me dijo nada, pero yo me preguntaba: “¿Que hago?, ¿sigo el examen? ¿me paro?...”No sabía qué hacer, y por eso no hacía más que mirar el examen y a la profesora de reojo.

Ella según parecía, tampoco sabía qué hacer.

Recuerdo que llevaba falda y una chaquetilla a rayas. Pasaron pocos minutos y yo seguía sin saber qué hacer, en ese momento llegó Pablo Frade, y entre ambos se entabló una conversación. Según me dijo Pilarillo, la Gamba, fue:

-Mira he encontrado esto a un chico.

-A no importa, no pasa nada. !Bueno! y ¿de quién era?

Ella me señalo y enseguida él dijo:

-¡Ah, de ése, espera un momento!

No puedo precisar el tiempo que tardó en llegar, pero quizás fueran diez minutos, según dijeron las malas lenguas el retraso se debió a que los del tribunal estaban tomando cervezas; yo juraría que a lo sumo estarían tomando café.

Vinieron los dos, Pablito y el presidente del tribunal: el Sr. Rubio Royo, que más tarde sería rector de La Universidad de Las Palmas, en pañales aún en esos tiempos. Me llamó a una mesa frente a las nuestras y me abordó de la siguiente manera:

-¿Esto es suyo?

-Sí.

e-libro.net

-Bien, no le voy a abrir expediente -y no recuerdo si aumentó -: Está usted suspendido.

-Bien, ¿me puedo presentar en Septiembre?

-Sí, sí- me contestó.

-Bien, gracias, adiós.

Me di la vuelta, cogí mis herramientas de trabajo y me marché cabizbajo. No sabía qué decir en mi casa, así que no dije nada, hasta pasados un par de días, creo, en que dije que estaba suspendido; mi madre no me dijo nada, pero supongo que le sentaría fatal, y pensaría que ahora que no estaba el padre, nos dedicaríamos a la bartola.

Cambiando de tema, quiero recordar, y esto me asustaba, o quizás me causara una mala sensación, pensando que igual venderían otras pastillas más peligrosas, y era que en un quiosco de madera de Escaleritas (la calle no sé cómo se llama) se vendían los Optalidón® en cajas y sueltas. Más tarde se vería cómo este fármaco no era tan inofensivo como querían hacer ver, tenía un componente por el que querían meterlo dentro de los psicotropos, ante esto el laboratorio decidió quitar ese componente de la fórmula y con el tiempo pasaría a ser una especialidad publicitaria.

Otra cosa que se me ha quedado muy grabada, es el puesto del mercado donde se vendían los huevos, apilados éstos en grandes tongas, junto con los quesos (recuerden que a mi padre le gustaba el queso de Guía, el que mi madre compraba en este puesto: cien o ciento cincuenta pesetas, era un trozo más o menos suficiente para uno o dos días) y los yogures de distintas marcas y tipos. La dueña de este puesto estaba rolliza, y el marido parecía que le habían dado una paliza, pues parecía asustadizo.

Años después los volvería a ver y no habían cambiado nada, salvo que su coche ahora era un Mercedes.

Cuando me fui con mi padre al "banquete" de Fuerteventura. La distancia del barco al fondo era de 200 metros, y no sabía a que equivalía eso; así que solía decir que era cómo desde mi casa, que se encuentra frente justo a la sala de fiestas Altavista, desde ahí hasta aproximadamente una perfumería y papelería situada frente al Mercado de Altavista; me equivocaba con mucho.

A las chabolas en ese periodo de tiempo, venían grandes coches, Mercedes Benz sobre todo, a quiénes pertenecían, no tengo ni idea; con el tiempo los coches empezaron a ser de todas las marcas, pero ahora ya sí sabíamos a quienes pertenecían, a chabolistas y gente que venían a comprar droga.

Estos incisos parecen innecesarios pero no lo son tanto, para la total comprensión de esta obra.

La noche de la selectividad habíamos quedado todos los que nos íbamos al Hierro en ir a tomarnos unas cervezas al tugurio que había en el Parque San Telmo; llegué pronto, a mi lado estaba Conchi, que empezaba a ser inseparable, aunque seguía saliendo con Lali.

Vinieron pocos, y de los pocos que éramos entre ellos estaba Miguelo, los demás no sé si es que se consideraban de alta alcurnia para estar en aquel bar o qué. Me sentía con una gran tristeza y desasosiego; aún no le había dicho a mi madre la gran desgracia; creo que no llegué a decirle nunca la verdad.

Aún solía comer papillas de niños chicos, antes las traía mi padre y mis tías; últimamente solo comía las que traían mis tías. Estas papillas parecían hechas de galletas, eran realmente buenas.

Ya no tenía que llamar por teléfono a mi padre en las guardias, no había ya necesidad. Tampoco teníamos que estar atentos al coche de mi padre para irlo a saludar, pero esa obsesión nos duró muchos años, piensen que fue durante todos los años que vivimos en esa casa. Había que irlo a saludar cuando llegaba y cuando salía.

Esa noche, la de selectividad, pasó entre porros y cervezas, razón por la cual no lo puedo enfocar bien.

No recuerdo quién se ocupó del viaje y de administrar el dinero, aunque creo que era un tal Enrique, al menos así creo que se llamaba.

Hicimos, de eso me encargué yo, una compra de hierba y de chocolate, las cantidades eran respetables para los que fumábamos, que eran casi todos, el futuro en teoría de España, eso siempre me "alucinó", verme degradado y pensar que éramos los jóvenes del futuro, o ¿quizás no?

Esperé a que mis compañeros terminaran los exámenes de selectividad, y al concluir estos, nos fuimos al Hierro en barco, fuimos de juerga y más juerga en el barco; cuando llegamos a Tenerife, a Santa Cruz nos quedamos prácticamente todo el tiempo en la cruz que está en lo que creo que se llamaba "La plaza de España".

Allí ya veíamos más cerca el ansiado viaje de "los marchosos", mientras que a Lanzarote iban "los pijos", entre ellos fue Manolito Morales, uno de los más conocidos nuestros que fueron para allá.

Allí me di cuenta cómo Conchi se aseguraba de estar siempre a mi lado; su cercanía no me desagradaba, aunque no me gustaba físicamente; su olor corporal no terminaba de gustarme del todo.

e-libro.net

Se preguntarán de dónde salió el dinero para el viaje; no, no todo fue de mi madre, también fue bastante de la familia de mi padre, los cuales se estaban quedando en ese momento en Las Canteras, en un apartamento, ya que mi abuela Fidela le gustaba estar al lado de la playa y que la llevaran a pasear por la avenida.

Allí se encontraban, cuando fui, cuatro de sus hijos y ella misma; Joaquín estaba a punto de salir de viaje, y cómo única maleta llevaba una pequeña bolsa de viaje; viajaba ahora a Marruecos, lugar al que iba en verano; otras veces solía ir a Sudamérica y en Navidades a Francia, más concretamente a París; lo que hacía en esos viajes nunca lo supimos. Llegaba cargado de joyas, de oro y piedras preciosas para la familia.

No puedo asegurar con certeza si Joaquín me dio dinero para mi viaje, del cual me ocupé personalmente que se enteraran que me iba, y que por eso les iba a visitar.

Sí me dieron dinero mi abuela y mis dos tías. El otro que estaba, no era lógicamente mi padre, que por cierto tenía la farmacia en esa misma calle, sino mi otro tío, al que levanté el hacha de guerra al decirme él:

-Esos granos que tienes en la cara, seguro que son de la masturbación.

Era dentista y decía estas cosas, imagínense que bueno sería, pues que yo sepa, eso que dijo, no tiene base científica alguna, y tampoco creo que sea campo de ellos. Es así cómo conseguí bastante dinero para irme de viaje.

Era típico en los dos hermanos, tanto mi padre como Manolo, lo desorbitado de sus barrigas, resultado del poco aprecio que sentían por su cuerpo, y por gula. Mi padre se ponía a veces a régimen, pero seguramente lo que lo engordaba era el alcohol. Sus dietas de adelgazamiento según él, tenían base científica, así según le oí contar una vez, tenía en cuenta las proteínas y los hidratos de carbono, la combinación de ellas o algo que no recuerdo. Lo cierto es que decía que se podía comer toda la carne que fuese, siempre que esta estuviese pasada a la plancha, sin aceite y sin papas.

El chocolate que llevamos al viaje, no recuerdo cuanto fue, pero la hierba creo que eran tres churros, a cuarenta gramos cada churro; su peso no era constante, solía oscilar entre eso y sesenta gramos, y su precio era de cinco mil, aunque a mí, por la asiduidad con que lo compraba al camello, me lo dejaba en cuatro mil pesetas cada churro.

Este me decía siempre, que fuese directamente a él, y que no usara a ninguno de sus intermediarios, los cuales lo único que querían era estafar y buscar camorra, cosa como se ve, de la que siempre intentaba rehuir.

A él iba con cierta frecuencia, luego recuerdo que los dividía en “quimas” de las que salían de cada una de cuatro a seis porros grandes. Recuerdo que el día en que las estaba separando en mi casa, con la báscula de la cocina, apareció mi primo Luis, al que creo que le falte un aire o algo por el estilo, por el exceso de drogas; vino a pedirme hierba, y le dije si estaba loco, viniendo a mi casa con ese único motivo; debía ser que se corrió la voz de que hice una compra grande.

Me imagino que mi madre debía estar sufriendo mucho con mi comportamiento; no era para menos. Ella siempre me ha dicho:

-Nadie sabe lo que yo sufría en tu época hippi.

La noche la pasamos en el barco, dormí algo; al amanecer llegamos al Hierro y allí nada mas llegar, Carlos Martel y un servidor, nos fuimos a desayunar a un bar relativamente cercano.

Allí no sé de que hablamos, ni qué comimos; lo mío fue ligerito pues no podía gastar, recuérdese lo malo de mi situación económica. El hizo un gasto mayor, que supongo no le supondría mucho; su padre era el director de la Pepsi-Cola en Canarias, o al menos en Las Palmas, vamos que era un alto ejecutivo y manejaba bastante dinero.

Todos nuestros compañeros subieron a la capital en un camión, nosotros “hicimos dedo” a un Wolskwagen cucaracha y nos paró. Era una intelectual la dueña del coche, quizás una maestra del lugar.

Allí destacó Carlos con su cultura, hablando del Sabinal y demás. Por lo que me enteré más tarde, se había estudiado en un libro canario las características de esta isla; nota que yo tomaría para más adelante, al viajar a algún sitio. No lo hice con la frecuencia que debiera.

Cuando llegamos a la capital, nos reunimos todos otra vez, o al menos Conchi con nosotros. Dejamos las mochilas en una discoteca, o algo parecido; su dueño era amigo de uno de nuestro grupo. El dueño nos dijo:

-Antes de que se haga de noche se las llevan, pues esta noche abrimos.

En eso estuvimos todos de acuerdo. Esperamos poco rato antes de subirnos a la destartalada y atiborrada guagua que nos llevaría hasta donde empezaban a bajar la Virgen, que por cierto no sé cómo se llama.

e-libro.net

Todas las sensaciones eran nuevas, mucha información junta, y eso me dejó pensativo, callado y observador.

El traqueteo de la guagua era impresionante, parecía que se iba a desarmar por tan malas carreteras y tan llena cómo iba. A trancas y barrancas llegamos a lo alto de la isla, donde unos aldeanos traían la Virgen y se la pasaban a otros y éstos continuaban el descenso.

La bajada se bailaba al son de unas flautas típicas (tampoco sé como se llaman). Bajamos hasta el Sabinal, donde las familias ponían unos manteles en la hierba y encima, variadas viandas; ni las quesadillas, ni el vino de la tierra podían faltar. Estaba el Sabinal al completo de gente.

Mientras esperaba que alguien me invitase a comer y sin saber dónde ponerme, oí a una gente decir:

-Mira, mira, ahí va Díaz Cutilla.

No llegué a ver a ese famoso periodista canario, estudioso del folklore de sus islas. También estaba alcoholizado. Tan sólo vi a un jeep blanco. Las habladurías decían que seguro que vendría con su novio; era homosexual. En los programas televisivos éste, el novio, siempre aparecía en una mesa cercana a la suya; y a él, el famoso periodista en la región, no le faltaba nunca el vaso de güisqui.

Me paseaba por el Sabinal a ver si alguien me invitaba a comer, pero esto no ocurrió; puede ser y creo que sea muy probable, que fuera por mi pinta, mis vaqueros desgastados y raídos y mis camisetas típicas azules y medio desteñidas, y por si fuera poco mi pelo semirizado y otra vez largo.

Estuve dando vueltas hasta que me cansé. Tampoco tenía ganas de esperar a seguir bajando a la Virgen, si es que Ésta tenía que seguir bajando, así que me dediqué a ir cuesta abajo por caminos de cabras, llenos de piedras y tierra. No recuerdo cuánto caminé, pero sé que fue mucho tiempo. No era el único que había tomado esa decisión, pues bajaban por esos caminos más personas; unos iban paseando; otros iban mirando el paisaje. Yo iba bajando, bajando, para llegar lo antes posible a mi meta: un sitio donde descansar y comer algo.Cuando llegué abajo, no recuerdo si vi a algunos de los nuestros, ni tampoco qué comí, aunque me imagino que serían un par de quesadillas con un poco de vino.

Esto me recuerda a una revista erótica que tenía, y en la que decía una chica:

- Me vendí por un sorbo de champán y por un poco de coca.

Me preguntaba si seria la coca el dulce catalán, pues el relato era de una barcelonesa. Hoy he llegado a la conclusión que era por el preciado polvo blanco, estimulante y anestésico deseado por una gran mayoría de drogadictos.

Lo mío no fue ni champán ni coca, fue vino del Hierro y muy, pero que muy bueno.

Poco a poco fueron llegando todos los amigos, y entonces decidimos sacar las cosas de la discoteca y montar las casetas; el número de casetas montadas eran tres, aunque una muy grande, en la que nos metimos los más allegados.

Las casetas estaban montadas en la trasera del estadio de la capital, éste lo habían habilitado para, en los vestuarios, albergar a gran cantidad de turistas que iban con poco equipaje o ninguno, y claro está que no tenían dinero para pagar otros alojamientos.

Por la noche, unos cuantos, entre los que estaban la que serían las parejas de Martel y la mía, al igual que nosotros dos, nos fuimos a la discoteca, y allí, a un sitio ideal, en una parte alta desde la que se divisaba todo. También fue con nosotros un médico, no puedo asegurar si era simplemente un licenciado, o aún no lo era, o si era un especialista. Lo cierto es que estaba sumamente borracho y se caía encima de nuestras compañeras de viaje, insinuándose a ellas; dándoles a entender si querían acostarse con él.

Lógicamente nuestras amigas estaban alteradas, y o bien se hacían las asustadas, o bien, realmente lo estaban.

Al final, no me quedó más remedio, después de reírme un gran rato con la situación, de llevarlo a cuestas a los vestuarios, pues según creo iba solo y sin demasiado equipaje, pienso que a lo sumo llevaba un saco de dormir.

Puede ser que fuera ese día, aunque más bien lo recuerdo cómo al siguiente cuando me puse a hablar con unos gomeros que llevaban un montón de hierba casera, yo era la primera vez que la fumaría, y no era mala, aunque el sabor era muy distinto a la marroquí. Según me decían ellos, la habían traído en los cañones de unas escopetas de caza, para evitar posibles problemas con los “picoletos” (guardias civiles). Cuántas escopetas traían no tengo ni idea, pero cada uno debía llevar una, pues tenían muchísima hierba.

Les invité de la mía y les gustó mucho.

e-libro.net

Acostumbraba mezclar mi yerba con tabaco rubio, para que prendiera mejor, tuviera mejor sabor y me diera para más tiempo.

Aunque estaba de viaje, no me pude quitar de la mente lo de la selectividad; era la primera vez que suspendía algo tan gordo y trascendental como eso.

Mi hermana Pine la suspendió y estuvo un año recibiendo clases particulares de inglés, y le gustó tanto, que eligió, cuando aprobó la selectividad, el inglés, cómo carrera. O sea haría Filología inglesa.

Ese día pasó de una manera muy larga.

Al día siguiente cuando ya era de día, me desperté después de un buen sueñecito entre todos los compañeros y amigas. Lo primero que vi nada más levantarme fue al médico, tomando "chupitos" de vodka, si así empezaba, por la noche imagínense cómo llegaba; seguro que ese día no llegaba a la noche.

Lo más destacable de ese día fue que por un módico precio, podíamos usar el baño de una casa o pensión, no puedo especificar qué era, aunque sí que era rústica. Nos bañamos todos y nos pudimos quitar el mal olor corporal que debíamos tener, pues habíamos estado dos noches con sus respectivos días sin podernos duchar.

Creo que ese día nos fuimos a un bosque que había en el centro de la isla; allí, nada más llegar y montar las casetas, nos dedicamos a jugar con los aparatos que habían. Uno de ellos era para desplazarse desde una alameda hasta otra. El juego era como máximo para niños de catorce años; nosotros teníamos una media de dieciocho; lo pasamos en grande; estuvimos de esta forma toda la tarde, mientras otros, entre ellos Loli (recuérdese que era mi amiga desde E.G.B.) que no tenía carnet de conducir (yo tampoco), un gomero, amigo de uno de nosotros, que tenía un pelucón increíble, y un amigo que haría Filología inglesa (Enrique), su padre era piloto de Iberia, y él se lo tenía un poco creído. Fueron los tres a buscar vino para todos; tardaron tantas horas, que ya nosotros, nos habíamos cansado de los juegos del parque.

Llegaron cuando estaba oscureciendo; estaban estresadísimos pues acababan de tener un choque en el que Loli se fue de frente contra un muro y casi se matan, pues en lugar de pisar el freno, piso el acelerador.

A pesar de todo ello, trajeron vino en unas cantimploras que se habían llevado para el efecto. Las garrafas de vino las dejaron en el coche, y éste en un mecánico o chatarrero, no recuerdo en cuál, aunque creo que el coche, un Seat de los básicos, se quedó para el arrastre.

Por la tarde nos dimos un paseo por un "mapa" de las islas y sus lugares más representativos, que estaban grabados con plantas en el suelo.

Yo iba diciendo tonterías, y la pareja de tortolitos: Herse y Tomi, se iban riendo, no sé si de mí o de la emoción que les embargaba estar de vacaciones, los dos, fuera de casa y muy enamorados. Nos alejamos algo, aunque intentaba mantener el sentido de la orientación, y así saber hacia donde estaba nuestro campamento.

Al final, tras bajar un par de montañas y dirigir a Tomi con la voz, pues él pensaba que se iba por otro lado, justo el opuesto a la ladera por la que yo bajé. Llegué enseguida a un sitio de referencia y allí esperé. Al final, fue un paseito sin consecuencias.

Aunque hoy, al día siguiente de haber escrito lo que antecede, pienso si él en realidad no quería estar a solas con Herse, y disfrutar del paisaje y de otras cosas. Es posible.

La hierba que llevábamos era muy buena, y encima estaba llena de "cogollos" los cuales al desmenuzarlos, hacían que creciera muchísimo, pudiéndose sacar un peta con sólo dos o tres cogollos, y un peta de los grandes, con los papeles Rizla largos, que eran los que normalmente usaba. Para los pequeños tenía una maquinilla de hacer cigarros; lo que solía hacer en ella, eran petas, aunque alguna vez hice cigarros de tabaco de pipa y quedaban muy bien; los filtros los hacía de algodón los menos, y los más de cartón; lógicamente para los petas nunca usé el algodón, pues "cataba" menos y de cada calada la mitad del aceite, el delta-9THC, se quedaría retenido en el filtro, y si lo que uno buscaba era colocarse, eso no interesaba; tampoco interesaba, cuando por él se ampliaba el circulo de amistades, quedar como un snob, y mucho menos como uno que no entendía de drogas.

Verdaderamente entendía algo, no mucho, pues no creo que los consumidores entiendan más que si coloca o no, y cómo coloca, lo cual se puede deber al momento, idiosincrasia, predisposición, etc.

Como dije, los recién llegados venían asustados, y su egocentrismo estaba algo reducido.

Ese día lo pasamos bebiendo parte del vino que trajeron. Si los demás eran como yo, estarían deseando emborracharse, sin saber la causa, pero sí estar fuera de ese mundo. Creo que fue ese día por la tarde, cuando me entraron unas ganas locas de defecar; me fui algo lejos y allí cogí dos piedras y poniéndome en cuclillas y

e-libro.net

apoyando las nalgas contra las piedras cagué. No me costó ni poco el expulsar un par de pequeños tarugos de mierda, o quizás debiera decir bolas fecales; bueno espero que lo entiendan de cualquiera de las dos maneras.

Llegó la noche y nos acostamos pronto, pues al no haber mucho vino, quisimos dejar unas cuantas raciones para días posteriores. Al día siguiente, unos cuantos nos fuimos a la costa, a una playa de pescadores.

Había allí una especie de casas, realmente eran unos cuartos en los que se quedaba la gente, me imagino que pagando un módico tanto.

Los que se quedaron allí de nuestro grupo, no puedo visualizarlos con claridad, ni tampoco, si se quedaron en casetas o simplemente con los sacos de dormir. Supongo que se quedó más gente, seguro que sí, pero al hacer memoria, tan solo recuerdo que se quedasen Carlos Martel y la que ya empezaba a ser su novia: Mari Carmen, no sé su apellido, es más, ni siquiera garantizo si ese era su verdadero nombre, no porque ella mintiese, sino porque no me acuerdo exactamente cómo se llamaba.

Se quedaron más personas, aunque no sé cuantas.

De tanta cerveza que ingería, tenía grandes dolores de estómago, por los gases, los cuales, en presencia de alguien que no fuera mi familia directa, me costaban y cuestan mucho expulsar. Los dolores a veces se apoderaban de todo mi ser, y me retorcía por él; esto ha ido desapareciendo, y cada vez es menor el dolor y el tiempo de duración, salvo raras excepciones como la de hoy, en que los dolores son tremendos.

Continuamente iba cabizbajo y meditabundo, pensando sobre lo aburrido que era todo, y que este mundo no me gustaba nada, ni mi casa, ni la sociedad. Como ven a mi madre la nombro poco y eso que madre sólo hay una. El padre, aunque uno se asombre con el tiempo de lo que él hizo, es según dice mi madre: “un piojo pegado”. Sin embargo, siempre se toma a nuestro padre y a Dios Padre como referencias a seguir; lo último no lo seguía mucho.

Volviendo momentáneamente a Mari Carmen, sinceramente sigo preguntándome qué pudo ver Carlos, un chico apuesto y de buena familia en ella. Su nueva novia tenía un lunar en la cara horrible, que seguro que con el tiempo se llenaría de pelos; su pelo era moreno y rizado, tenía una “julaga” por peinado, redonda y achatada; su piel era muy blanca en contraste con las nuestras, que estaban bronceadas por el sol; también tenía el defecto de ser muy flaca, más bien parecía un poco anoréxica, al menos en lo referente a los hombros y el pecho. En definitiva era fea, y algo soez.

Ese día no recuerdo mas, que una playa extraña, y algo más lejos, donde iban a montar el campamento, en la desembocadura de un barranco, una fuente que lo cruzaba.

Unos cuantos nos fuimos nuevamente a “El Morcillo”, el bosque donde habíamos acampado, esta vez, éramos nosotros los que llegábamos de un viaje, y los que habían sufrido el contratiempo anterior, el choque, se habían quedado allí.

Otra pareja que también empezó a consolidarse fue la de Miguelo (Miguel Falcón Marrero), y una de “Las Pelagras” (Ana María Díaz Pelarda); el rasgo más distintivo de los dos es que ambos eran algo obesos; raro esto, pues Miguelo acostumbraba a hacer deporte.

Ellos serían prácticamente, una de las primeras parejas en formarse, puede ser que ya vinieran medio liados con anterioridad, aunque fue allí donde se consolidó la parejita.

Volvamos ahora a mi casa, a mi isla de origen.

¿Saben cuánto empezó ganando mi padre, siendo ya farmacéutico? pues de tres a cinco mil pesetas mensuales; no recuerdo exactamente cuánto ponía en una libreta, donde sacaba las cuentas del mes; mi madre dice que él empezó dándole mil pesetas al mes para cubrir todos los gastos domésticos digo domésticos y no caseros, pues la casa, el agua y la luz, corrían de parte de mi padre.

Mi padre había dicho en un par de ocasiones, que él, de querer echar a Braulio, el que ocupaba el puesto de encargado, de querer despedirlo, pues debería pagar muchos millones, creo que había dicho unos diez.

No obstante, un día decidió “jubilarlo”, y todo se solucionó con un millón, que Braulio, aceptó inmediatamente, pues se veía perdido.

Realmente lo que ocurrió es que mi padre, persona influyente, compró o algo de eso barrunto, pues se les vio en un restaurante a mi padre, al abogado de Braulio, y al juez comiendo opíparamente.

Volvamos, tras este pequeño inciso, el que ayudará a comprender la mentalidad de mi padre, nuevamente a El Hierro.

e-libro.net

Dejamos a algunos en el barranco que daba a la playa, los otros nos fuimos nuevamente al campo, donde pasamos esa noche. Al día siguiente nos fuimos a Frontera, casi toda la gente, menos los que habían tenido el accidente y ,claro está, los que se quedaron en la playa.

Allí había una verbena de pueblo, pero de pueblo pueblo, fíjense si no, que Miguelo estaba acaramelado, con La Pelagra, sobándola y metiéndole mano, aunque no muy indecorosamente, pero fue lo suficiente como para que un guardia que había por allí, les llamara la atención, de que esas indecencias no las toleraría él allí; con esto se pueden hacer una idea de lo pueblerino que era el lugar.

Entramos, y no sé si lo que había era una verbena o un espectáculo. Estuvimos hasta el final, y recuerdo cómo Conchi, la que sería mi novia, estaba charlando muy a lo "suave-pibe", con un chico, para ser sinceros creo que lo hacía más que nada por darme celos, porque aunque ella se hacía muchas veces la suave, eso excedía de su "suavidad".

Al día siguiente, encontramos un tablao sobre unos andamios de hierro, allí se subieron Miguelo y Tomi y empezaron a tocar canciones canarias, muchas improvisadas, hicieron gala de una gran profesionalidad; yo desde abajo hacía coro. Ese viaje fue todo un éxito.

Creo que fue esa noche, cuando nos fuimos a dormir al faro-restaurante de Frontera; lógicamente nos quedamos fuera del que parecía ser un pequeño castillo. Cuando nos levantamos nos bañamos en el mar; no puedo decir quién fue el que convenció a los dueños del restaurante de que nos dejaran usar los retretes y las duchas. Nos vino, como se comprenderá, fenómeno.

Mientras nosotros subíamos a las duchas, les veíamos a ellos haciendo unas grandes cacerolas de comida, la que, lógicamente imaginé, pues al menos yo no lo pregunté, de precios prohibitivos.

Lo que no me explico es el para qué tan grandes perolas, sería que esperaban a gran cantidad de gente, o bien ya habían concertado alguna gran comilona, pues de lo contrario no creo que fuera por allí tanta gente como para comer todo lo que estaban preparando.

El agua del mar estaba algo revuelta, aunque limpia y cristalina, daba gusto ver bañar y bañarse uno mismo, a pesar de que hacía algo de fresquillo.

Cuando ya nos habíamos refrescado y acicalado, nos dividimos en dos grupos, unos irían directamente a la capital. Los otros, nosotros, iríamos al otro extremo, donde como veríamos más tarde, ni siquiera había carretera, y todo, porque un maestro, o aprendiz de maestro, haciéndose el suave, nos quería llevar, pues allí era el único, y si no el único, sí el mejor sitio donde hacían las chácaras. Creo que llegamos a ese sitio y total para no comprarla pues eran carísimas.

De vuelta por la estrecha carretera sin asfaltar y tras mucho sudar y hacer dedo, sin que nadie nos llevara, conseguimos llegar nuevamente a Frontera. Habíamos dejado al "suave profesor" en el otro pueblo.

Seguimos Conchi, yo y un tercero que no recuerdo quien era. Llegamos, y personalmente me sentí más calmado, pues sabía que caso de que nadie nos llevara a la capital, allí había una pensión donde nos podríamos quedar; esperaba que no fuera muy cara.

Cuando ya casi no tenía esperanza de ser llevados, un jeep nos paró y nos dijo que aunque no iba al mismo sitio que nosotros, nos dejaría a mitad de camino.

Una vez en el jeep y camino a nuestro destino, por las rendijas de las uniones del metal del coche empezaba a entrar un ligero fresquito.

Repentinamente entramos en un bosque, el cual y antes de entrar, ya se veía que estaba rodeado de una espesa y asombrosa neblina; nada mas empezar la vegetación, empezaba también la neblina y el intenso frío.

Nos dejaron en mitad del bosque, y nada más salir del coche empezamos a trotar por el frío, para entrar en calor, y a vestirnos con ropa de abrigo, y no de verano como íbamos.

Estuvimos poco tiempo así, ni siquiera nos dio tiempo de cambiarnos del todo, cuando milagrosamente y en una carretera muy poco transitada, casi desierta, pasó un utilitario, al que hicimos dedo, y cuál no fue nuestra suerte que nos paró. Nos llevó, aunque por error, pues creía que éramos amigos de un familiar suyo que estaban de vacaciones; que estábamos allí haciendo turismo era evidente, pero que conociéramos a esa persona era falso.

Ella, la que nos paró nos dijo que nos llevaba, aunque un poco con temor y disgusto, y que en circunstancias normales no nos llevaría. O sea que por muy poco nos libramos de dormir a la intemperie en medio del bosque.

Al día siguiente, nos fuimos en el barco de regreso a Tenerife, donde, en La Laguna, en el aeropuerto vi muchos guardias civiles, lo que me preocupó en gran manera, y pensando que podían tener perros que me olieran

e-libro.net

a “yerba” y “chocolate”, le dije a Conchi, que mejor sería que tirase la droga lejos del aeropuerto. Eso hice; me quité un gran peso de encima.

Algunos se fueron hasta La Laguna, en guagua y otros caminando. Yo fui al bar que estaba por allí y algo me tomé.

Al poco rato, ya estábamos de vuelta en casa, y con un perro: Tiga, de Tigaday, pueblo al que acompañó a unos cuantos de los que se acercaron hasta allí, y como éstos le habían dado de comer, el perro los siguió todo el trayecto, hasta que los “escapados” le cogieron y decidieron llevarlo a Las Palmas; al final fui yo el que se quedó con el perro. Como siempre; sabía que a mi madre no le haría mucha gracia, pero el pobre perro era tan callejero que poco paraba en mi casa, así acompañaba a cada uno de mi familia, hasta la parada de la guagua, dándole vergüenza tanto a mi madre cómo a mis hermanas, pues era de lo más feo y mezclado que se podía echar uno encima.

Cuando regresé de El Hierro, ya era novio oficial de Conchi. Mi madre estaba de viaje por Europa, y por ello no había nadie en mi casa, pues mis hermanos se habían ido al sur.

Hice un par de fiestas, en las que consumíamos el alcohol que mi padre había dejado en mi casa; nos emborrachábamos a base de beber un poco de cada botella. Luego se quedaba Conchi conmigo y hacíamos el acto sexual, mientras oíamos a Neil Diamond; a nuestra cabecera de la cama se encontraba Tiga.

Le dije a Lali que tenía una novia, aunque ella pensaba que como otras veces, me tenía en “el bote”; Lali estaba mucho más buena que Conchi, pero Conchi era más madura, más mujer que Lali, y encima más culta, aunque esto era lo de menos.

Las noches con Neil Diamond las pasábamos en vela, haciendo el sexo, yo por primera vez en mi vida, por eso era todo novedoso, ella no sé, supongo que también era la primera, o de las primeras veces, nunca se lo pregunté, aunque ahora que recuerdo, para su pesado cuerpo, sí tenía una cierta destreza y agilidad.

Cambiando ahora a temas más domésticos he de decir, que de siempre me han encantado los embutidos del cerdo; por esa época comía las “salchichas caseras”, que así creo que se llamaban; cada temporada optaba por un tipo distinto de estos embutidos.

En mi casa, al principio había un jardín que lo rodeaba toda; con el tiempo el jardín desaparecería por cemento y unos pequeños parterres que rodean el muro colindante con la calle, y otros pegados a la casa; la zona de en medio es de cemento; el jardín perdió mucho, pero ahora es más fácil de regar y arreglar, cosa que aunque actualmente, se paga a un jardinero, éste no lo tiene muy bien cuidado. Pero cómo lo que se le paga, según parece no es suficiente, (doce mil pesetas al mes, por una hora cada sábado), pues no pone mucho interés.

Volviendo a lo de Conchi, por esa época, yo dormía bien poco. Cuando llegué a ver a mi madre nos dijimos:

-¿Cuánto tiempo sin vernos?

Algo me costó contactar con mi madre, quizás porque me estaba separando de ella al estar con mis novias.

Mi trayecto de todos los días ese verano, era levantarme, tomar un vaso de leche con Cola-Cao, pedirle cien o doscientas pesetas a mi madre, con lo que había conseguido con ella y con mis familiares, iba a comprar chocolate, luego a la playa, donde se encontraban mis amigos los intelectuales; posteriormente, al cabo de algunas horas, regresaba a mi casa donde me duchaba, comía, y salía a ver a Salvador, después nos reuníamos con Lali.

Luego me iba otra vez, por la tarde noche, con mis amigos los intelectuales entre los que se encontraba Conchi, con quien me quedaba tranquilamente hasta las tres o las cuatro de la madrugada.

Recuerdo de esa época, cómo Conchi se espantaba y me paraba cuando me disponía a cruzar la calle, pues no miraba para los coches, sino que cabizbajo cruzaba sin mirar a ninguno de los lados, abstraído en mis pensamientos, que eran de lo más negativo posibles.

Conchi no me gustaba, pero hablaba con ella de más cosas que con Lali; de todas maneras le quería dar una oportunidad a Lali.

Un día estaba con Lali en la playa tomando el sol, habían unos niños pequeños jugando a la pelota, y en una de esas, dan un pelotazo cerca de la pared de la que nosotros dos estábamos, ella dio un grito que me “alucinó” y me convenció de que una mujer de tan poco temple y paciencia no me convenía; pronto y reciente a esto, le dije una tarde de dejarla, ella se puso a llorar.

e-libro.net

Estaba imponente con su vestido rosado, y llorando, en el Parque blanco, estática, mientras me iba alejando y le iba dando la espalda, poco a poco, azorado de tan bello espectáculo, pues Lali, era guapa, y encima tenía un lunar en el labio superior muy sensual.

Tardé muchos años en volverla a ver.

A veces, muchas veces, cuando paseábamos por la noche Conchi y yo, veíamos pasar por la acera del paseo de Las Canteras a un coche de policía, alternando, unas veces era el 091 y otras el 092.

Conchi no era una superchorba, pero en cambio era una excelente persona.

Con Lali, prácticamente no hablaba, sino que nos magreábamos y los fines de semana, antes de esto, nos íbamos de pubs.

Mi casa tiene una vista impresionante, creo que de las mejores de esta capital, desde allí veíamos cómo los helicópteros iban a buscar enfermos a los barcos atracados o no en el muelle, y luego los llevaban al Hospital Inglés, situado en la loma frente a la de mi casa.

Allí, en esa loma, la carretera se ensancha, por lo que antiguamente aterrizaba el helicóptero en la misma carretera, y en el hospital, metían a los enfermos.

No puedo decir por qué fracasó ese hospital, pero fracasó.

Olvidemos ya a Lali, a la que le he dedicado tanto tiempo pues fue mi primera novia oficial, de adolescente.

Tenía que estudiar, aunque no se me apetecía en absoluto; pensaba que no sabría si en quince días a un buen ritmo me daría tiempo; ahora sólo pensaba en disfrutar, cosa que hacía con creces; me imagino que si mi madre me viese, pensaría: “Qué golfo se ha puesto mi hijo, al no estar bajo el yugo de su padre”.

Si tuviera que describir a Conchi, sería algo difícil: rubia, con el pelo muy lacio, no muy alta, regordita; a veces llevaba el pelo suelto y creo recordar que a veces lo llevaba con una cola.

Un fin de semana, cuando Tomi se sacó el carnet de conducir, fuimos las dos parejas, con los padres de Tomi en el coche del padre, un Seat 132, matrícula: GC - 8688 J.

Tomi iba trincado y su padre de copiloto explicando y dirigiéndolo. Tardamos una eternidad, pero al fin llegamos al sur; allí nos dejaron el coche los padres y nos fuimos a buscar un apartamento, y a hoteles en busca de habitaciones para alquilar; fue imposible, era un “boom” veraniego, y no pudimos encontrar nada libre. Nos dirigimos apesadumbrados al bungalow de sus padres, donde los vimos muy cabreados, por cómo estaba, después de haberlo alquilado todo el año, lo cierto es que se fueron a Las Palmas y nos dejaron a nosotros. “!Aleluya!”, pensé, y creo que conmigo, alguno más.

Por la noche nos dimos un baño en la piscina, allí nos dimos el lote todos, las dos parejas; cómo dormimos, no recuerdo, aunque seguramente que hicimos el sexo, pues al margen de que ya era mayor, tenía dieciocho años, pensaba que estaba enamorado, aunque tenía una sensación rara; no obstante fue la primera chica con la que empecé a sincerarme, a pesar de que la encontraba un poco distante.

Comimos mal, de restos, arroz, papas, etc, etc. y escribo estos etcéteras, porque no recuerdo que más comimos, aunque de seguro que no fue ni un buen filete, ni un buen pescado; lo que había era piscina, playa y sol, de las tres se aprovechó algo.

De vuelta a casa, que lo hicimos a “dedo”, no sé si Tomi y Herse se fueron en guagua, nosotros no pues no teníamos dinero, nos llevó un señor que nos dijo:

-Porque los matrimonios jóvenes ...

No creo que lo dijera pensando seriamente que nosotros éramos una pareja casada, sino invitándonos a que lo hiciéramos.

En Las Palmas, cuando iba a comprar chocolate, o sea todos los días, le compraba a un mismo traficante, pero un día lo encontré junto a un matón chulapo, registrando unas carteras; de pronto, el chulapo se dirigió a mí, tirando las carteras al suelo, mi vendedor agachó la cabeza y se fue; esto me extrañó grandemente.

El matón llegó hasta mí y me atacó:

-¿Cuanto quieres?

-Cinco libras -le respondí.

-Sígueme.

e-libro.net

Eso hice, y cuando llegamos a un determinado portal me hizo entrar; por el camino le había preguntado si sabía de alguien que vendiese “churros” de cinco talegos, pues era en otra zona distinta de donde se vendía la yerba.

Me preguntó si llevaba el dinero conmigo, le dije que no, cosa falsa, pues si lo llevaba, pero no me fiaba de él.

Hice bien, pues en el portal, al entrar y él cerrar la puerta (“Uf esto me huele a chamusquina” pensé yo), me casi gritó:

-¡Sube!

-No, yo te espero aquí.

Me agarro por el cuello y me amenazó con la mano; aparte de eso, llevaba una correa de perro al cuello.

-!Dame todo lo que tengas!

Saqué una moneda de quinientas y se la di, diciéndole:

-No tengo más.

Me aflojó un poco el cuello con la intención de arrancarme la cadenita de oro que yo llevaba al cuello; en ese momento, abrí la puerta de la calle y le di un portazo con ella, saliendo, inmediatamente a la calle; él salió corriendo detrás mío e intento derribarme con un traspiés, di un salto y lo esquivé.

Luego fui a buscar a León; que había ido conmigo y fuimos los dos a buscar a aquel cabronazo. No lo encontramos. Después fuimos a ver a nuestros amigos sin el chocolate.

Mi abuelo materno, entre sus pertenencias, escasas, pero que les daba para vivir los dos, tenía un pozo del que se extraía agua; yo había ido a él de paseo unas cuantas veces, pocas, y siempre me extrañó y me dio miedo la abertura y el trasto con el que descendían al interior. Su abertura era negra completamente; “le robaban el agua a las entrañas de la tierra”, diría un mal poeta, pero es que eso es cierto. Siempre me dio miedo bajar, aunque había algo que me llamaba a hacerlo.

Eso estaba en el interior de una pequeña casa, que sólo tenía esa habitación, en la cual, el resto, era maquinaria para extraer el agua.

Por donde salía el agua al exterior, había una especie de pequeña piscina plantada con berros, no sé si es que éstos purificaban el agua o no; luego iba pasando a otra piscina mayor aunque también pequeña (ambas); no me cabía en la cabeza que aquel pizco, después se convirtiera en varias horas de agua.

Quien comerciaba con el agua era el marido de la prima de mi madre; según decían robó muchísimo. Hoy padece la enfermedad de Alzheimer.

Cuando había una fiesta en un pueblo, allí íbamos nosotros, casi siempre varios de los que habíamos estado en el viaje al Hierro. Yo siempre iba a dedo, y una de las veces, estaba sentado en una piedra cuando apareció una chica que no estaba nada mal, portaba muchas bolsas de plástico, blancas, llenas a reventar; llevaba una malla blanca, con motitas canelas, y nada más; ella dijo a las dos chicas que estaban haciendo dedo: Conchi y Mari Carmen:

-Si quieren, que él se venga conmigo, que a mí me paran enseguida.

Estuve tentado a irme con ella más que nada para ver en que paraba aquello, pero inmediatamente Conchi dijo:

- No, no, gracias. Él se viene con nosotras.

A ella, nada más ponerse en el borde de la acera le paró un coche enorme americano, creo que era un Cadillac, aunque con certeza no lo puedo asegurar.

Si mi padre viese todo lo que dudo, se cabrearía conmigo, pues él decía que había que asegurar las cosas. No sé hasta que punto tenía razón.

También !cómo no!, fuimos a la fiesta de “La Rama” en Agaete, pero a esta fiesta fuimos en guagua; cuando íbamos saliendo de Las Palmas, me entraron unas ganas increíbles de miccionar, así que, ni corto ni perezoso, le dije al chófer de la guagua, que si podía parar para ir a mear, él, compasivamente paro, y dijo:

-!A ver, quien quiera ir a orinar que lo haga ahora!

En La Rama, que en esa época era casi como ir al fin del mundo, todo era a lo grande, en un pequeño pueblecito, allí vi a los mafiosos en la calle mas grande, y a los hippies que aún quedaban; pululaban de lo más variados y variopintos personajes, desde intelectuales, hasta lo más matado de la sociedad. La noche se pasó entre bailes, copas, peregrinaciones a los bares, excursiones al Puerto de Las Nieves, y en fin, descubriendo la gran fiesta isleña.

e-libro.net

Cuando ya no podíamos más de bailotear y demás, me fui con Conchi al pequeño puerto. Una vez allí, fuimos a la iglesia, una pequeña ermita, y nos quedamos por atrás, al zoco de ésta y bajo unos bancos.

A la mañana siguiente amanecimos los dos allí acurrucados; no había nadie mas dentro del recinto clerical, el pueblo estaba lleno de gente por todos lados, pero allí tan solo estabamos los dos; no creo que eso sea pecado, pues nada malo ocurrió, todo lo contrario, descansar es lo que hicimos.

Al levantarnos vimos que ya habían bajado la rama desde el valle hasta el puerto, venían sudorosos, la mayoría me imagino que de amanecida y borrachos o resecados.

Nos comimos un par de bocadillos; seguramente de chorizo de Teror, que son los más baratos; es chorizo de untar, embutidos antiguamente dentro de las tripas del cerdo, y ahora en plásticos.

Allí nos pasamos el día o el medio día viendo a los sudorosos con las ramas de palmera.

Esto creo, fue lo más destacado de esa fiesta, ese día; he de destacar indudablemente las luces de la noche, que le daban un cariz amarillento a todo, con sus claro-oscuros; por esas fechas me interesaba algo por la fotografía. Aunque mis primeros pinitos habían sido en blanco y negro, que, según decían los expertos, es donde se ve al gran profesional.

Fuimos a más fiestas, y en otra de ellas pasé nuevamente la noche bajo otro banco, pero esta vez no de cemento, sino de madera, y solo.

Mi madre, ya había cedido en cuanto a la hora de llegada a la casa.

De todas maneras, entre el Sur y los viajes de los componentes de la familia, no nos veíamos mucho. Un día, aunque no tarde, casi más bien al mediodía, llegaron mis hermanas las dos mayores, hablando a voces y dando a entender que mi madre estaba con ellas, ante el susto, le dije a Conchi, quien se encontraba conmigo en la cama, que se escondiera en el ropero, eso hizo; inmediatamente me vestí y bajé corriendo a abrirles la puerta, cuando me las veo a ellas sonrientes y descojonadas por mi susto. Fue ese día cuando les presenté a Conchi por primera vez, ellas se lo tomaron a risa, pero a mí me dieron un gran susto.

Despacito y con “mala letra” llegó septiembre, y con él los exámenes. Tenía quince días para prepararme la selectividad; ahora no podía fallar, pues si no, qué sería de mí; mi hermana Pine me decía:

-No te preocupes, fíjate en mí, que suspendí un año y como lo aproveché estudiando inglés, después hice esa carrera y no me va tan mal.

Pero quería a toda costa hacer farmacia, y mis amigos eran de esa promoción y aprobaron todos (todos los que pretendían seguir estudiando, pasara lo que pasara), salvo yo; “!no podía fallar!”

No puedo decir si era por mi hermana, por el mal profesor que tuve: don Remigio, o porque me gustaba más, lo cierto es que de filosofía estudie más que de cualquier otra asignatura; usé un libro que al final de cada tema tenía un resumen; fundamental para mis intenciones. No vayan a creer que estudiaba doce horas diarias; todo lo contrario, creo que estudiaba tres horas por la mañana, donde estaba antes el comedor, hoy día salón de la casa.

Después de estos “atracones” con los libros me iba a la playa con mis amigos.

De todas formas estuve quince días estudiando para la selectividad; no me pegaba las amanecidas como hice todo el verano, sino que me recogía pronto; mi madre me imagino que estaría contenta viéndome estudiar, para hacerme un hombre “de pro”.

Estudié como nunca lo había hecho en mi vida.

Llegó la Selectividad y me salió bordado; daba por descontado que lo había aprobado, aunque un poco de ansiedad no me la quitó nadie.

El que me entregó los resultados de los exámenes fue el mismísimo Pablito Frade, corriendo y dándome la enhorabuena, el muy falso e hipócrita; pero, ¿qué le íbamos a hacer?

Superado el gran escalón y “no tan difícil como parece”, pues ya se vio que con muy poco estudio salió; si mis intenciones hubiesen sido hacer medicina, no habría salido bien, pero mis intenciones eran, !cómo no!, hacer: !!FARMACIA!!, y aunque pareciera extraño, ya estaba cercano a conseguirlo.

Una vez en mi poder la papeleta con las medias de cada año de B.U.P. y C.O.U. y selectividad, junto con el libro escolar, me ocurrió que un día, estaba con Conchi en el instituto, y no sé cómo, pero de golpe y porrazo me vi gritando al director y a un par de profesores que iban cabizbajos y caminando muy deprisa; el motivo de mi empute era que no querían enseñar a Conchi un examen o dárselo por aprobado; una de las dos cosas era.

Sinceramente no sé cómo me pude salir de mis casillas, aunque ellos, ya nada podían contra mi. Se creerá con esto que estaba muy unido a Conchi, no era así, pero sí que solía estar a mi lado casi siempre.

e-libro.net

Un día Carlos Martel se embriscó conmigo con mucha razón, por que no era puntual para nadie, tal vez por estar con tanta gente a la vez, o porque las drogas iban deteriorando lo que de dignidad quedaba en mi persona.

Al poco, en septiembre, fue el juicio de la separación de mis padres, tras el cual, el juez dictaminó que mi padre debía abandonar la casa. El resto de las cosas fueron ocurriendo poco a poco.

La culminación de ese verano sería máxima al irnos al sur, a Los Secos, allí fuimos no recuerdo cuántos, pero sí me acuerdo que una tarde caminando entre las piedras y por ir sin zapatillas de plástico, aplasté un erizo seco y me clavé todas las púas, eso fue suficiente para "enchungarme" toda la noche.

En la noche, que la pasamos en la arena, cerca del agua, Conchi me dio la primera gran mamada, fue una gran experiencia, aunque el gusto que sentí no tuvo comparación alguna con las que sentiría posteriormente.

La noche fue larga y a la vez corta. La pasamos realizando Conchi y un servidor, el acto sexual durante toda ella.

A la mañana siguiente no quería estar con Conchi, me resultaba de lo más desagradable; sólo quería estar con Miguelo y sus sobrios y buenos consejos sobre esa playa, el mar, los botes...

Al poco, se irían todos y nos quedamos allí, Conchi, Miguelo, y yo.

De vez en cuando íbamos a por agua potable a la playa de al lado, en la que había unas cuantas chabolas con gente viviendo dentro y un turismo de lo más barato.

El agua la cogíamos del pozo, que tenía un gran estanque, la que se llevaba luego a las fincas para regar y supongo que también para uso doméstico.

Tenía un ligero sabor salobre, como si en el pozo hubiera algunas filtraciones y entrara en contacto con la del mar; allí estábamos nosotros tres soportando el inmenso calor con el gran sol que hace siempre en esa zona de la costa canaria. Llevábamos siempre sombreros de paja, eso al menos era lo normal, al que, nosotros, para hacerlo más típico, le quitábamos el vivo de tela y luego lo mojábamos y así se nos quedaba más "rústico".

Del pozo a la casa que tenía teléfono público, había un gran trecho, al que se tardaba de media hora a tres cuartos, caminando a paso ligero, todo eso bajo un sol abrasador.

Cuando llegamos allí, me dio por llamar por teléfono y mi madre me dijo que tenía que regresar inmediatamente a casa, para arreglar lo de La Laguna, que el plazo terminaba pronto.

Cuando estaba en Los Secos, otra cosa que me sacaba de mis casillas era Tiga, al que nos habíamos llevado a esa playa; me indignaba sus ladridos desesperados cuando veníamos del bote; se me tiraba encima arañándome todo el cuerpo; el pobre perro, aunque en esos momentos no pensaba así, se protegía del sol del día escondiéndose entre las rocas, y por la tarde y la noche ya hacía vida más normal, saliendo de su escondrijo. Una diversión del perro que lo hacía concentrarse muchísimo, era cuando pasaba por el marisco e intentaba pescar los pescados pequeñísimos que se quedaban entre las hendiduras del mismo.

Mi madre dio la orden y me tuve que ir a Las Palmas; no obstante les dije a Miguelo y a Conchi:

- No se preocupen, que ésto lo arreglo enseguida.

No fue así, cuando llegué a mi casa me dio mi madre la orden de que me fuera inmediatamente a La Laguna, a matricularme, y que me quedara ya allí para empezar los estudios.

Al día siguiente me llamó desde Tasarte Miguelo, y le expliqué que era imposible ir para allí otra vez, que lo sentía muchísimo.

Según me dijo tiempo después, le había dejado en un compromiso, dejándolo a él con Conchi solo, entre otras cosas para subir y bajar el bote; y aparte de eso, que él no conocía nada a ella, y estar en su presencia le daba algo así como vergüenza, nunca me he enterado el por qué, pues aunque no era guapa, tampoco era un adefesio.

No tuvieron más remedio que volver solos; la vi la noche antes de marcharme a La Laguna. Nos fuimos todos los que habíamos pasado ese verano juntos, a la cervecería "El Munich", que se encuentra en un sótano de una zona del Puerto: el Parque Santa Catalina; la tasca no tiene vistas al exterior, aunque sus paredes representan ventanas a través de las cuales se ven paisajes de montañas y casa menudas.

Los litros de cerveza en jarras grandes que nos tomamos, eran incalculables, pues todos bebíamos por las despedidas; salí de allí algo ebrio, y luego me fui a pasear con Conchi; ella me dijo que al día siguiente iría su padre a buscarme por la parada de guaguas del aeropuerto, o sea en el Hotel Iberia, donde se sacaban los pasajes de avión para cualquier parte.

Conchi ya me había contado con anterioridad que su padre estaba separado, creo recordar que según decía ella estaba divorciado, y ella se quedó con el padre.

e-libro.net

Él tenía una novia que trabajaba en los alrededores, recuerdo este detalle porque decía que era en un sótano, donde hacía tanto calor que el aire acondicionado siempre estaba puesto, motivo por el que ella, la amante del padre, iba siempre con rebeca. No puedo decir por qué motivo era, pero siempre me imaginé que ella sería una señora de unos treinta y tantos.

El día en que me iba, no recuerdo que me diera ningún gran consejo mi madre, tal vez porque ella confiaba en mí, o quizás mejor, porque confiaba en Dios.

Me fui temprano, y cuando llegué al hotel donde estaba la mencionada parada, fui a sacar el pasaje para el billete de la guagua. Cuando lo tuve me subí en ella y al poco veo a un señor no muy alto y gordito que tocaba la bocina del coche, nos extrañó a todos; cómo me reconoció no tengo ni la más remota idea, quizás, ahora que lo pienso porque Conchi le enseñara alguna foto mía, aunque para ser sincero no recuerdo haberle dado ninguna, pero no podría por ésto poner la mano en el fuego, pues entre novios, o al menos eso me ha pasado con casi todas las chicas con las que he estado, es normal el intercambio de fotos, sobre todo las de tamaño carnet, y más concretamente las del fotomatón, al menos esas eran las más baratas y como saben las más usuales en mí.

Lo cierto es que me reconoció, y como no sabía qué decirle, él me dijo:

-Baja, que te llevo en el coche.

Obedecí y me bajé; creo que fue una gran imprudencia, pero en esa época no tenía picardía alguna.

Por el trayecto me habló de las cualidades de su hija, y me dijo también:

-Yo sé que ustedes no piensan en ello, pero cuando salen de noche a esas verbenas si alguien los amenaza, y ustedes no saben qué hacer, tú seguramente irías a defenderla, e imagínate lo que podría pasar.

Nunca me había planteado eso.

Un contraste que me asombró era ver su coche, y los que estaba acostumbrado a ver, el de su padre era verde pardo desteñido y viejo; yo siempre acostumbraba verlos como recién salidos de la fabrica.

Lo más destacado del trayecto fue eso y un libro que me regaló, sobre una monografía de un medicamento, pues su oficio era el de representante médico; según creo, era más extensa de lo normal. Nunca llegué a leérmelo, y eso que lo tenía y tengo en mi biblioteca personal.

Me llevó al aeropuerto y allí me despedí de él, mi equipaje para todo un año cabía en una vieja mochila roja.

e-libro.net

IV

LA CARRERA

Me alojaba en un piso compartido por otros estudiantes, también compartía habitación aunque al compañero de cuarto no lo conocía pues no había llegado; los otros eran Pepe Blanco, que también compartía cuarto, y Marcos, que tenía una para él solo.

Enseguida me hice amigo de Marcos al que se le veía el plumero: era el hijo de una familia riquísima, tenía un Porsche, así que imagínense cómo podía ser por esa época. Una revista que me enseñó y donde según parece él era uno de los mayores escritores y dibujante, era la revista del instituto Pérez Galdós.

Marcos usaba el pelo largo, rizado y vestía marchoso, pero con ropas de mucha calidad, compradas en boutiques marchosas y caras.

Salimos un día por la noche, a robar un vidrio de los de las cabinas telefónicas. Hicimos una expedición al Cristo (plazoleta que llevaba dicho nombre, en un extremo del casco urbano de La Laguna), allí con un destornillador intenté quitar uno del mostrador de la cabina y se hizo añicos, intentamos ir a otra, pero la policía andaba por los alrededores en coche, era “la municipal”, pero así y todo, nos infundieron un gran respeto.

Creo que al final nos metimos en un pub que quería hacerse pasar por un club privado con un aspecto tétrico y fúnebre, donde se fumaba mucho hachís.

Al final regresamos al piso.

A la mañana siguiente intentaba estudiar la formulación de Química Inorgánica de la I.U.P.A.C., por el libro que usaba las dos nomenclaturas para formular, la moderna (la de la I.U.P.A.C.) y la clásica. No me concentraba casi nada, y ya empezaba a ponerme nervioso, me temblaban las piernas mientras intentaba amoldarme a la vida de universitario.

Marcos, cojeaba de una pierna, según me dijo, se debía a un accidente de tráfico; él ganó el pleito y le dieron un millón por las secuelas dejadas; seguramente en aquella época fuera bastante, pero hoy día es una auténtica porquería, pues se quedará cojo de por vida.

Mi hermana me llamó a mi casa y me dijo:

-Toni, yo creo que lo mejor es que vivamos juntos, pues tenemos muy poco dinero cada uno -(diez mil pesetas)- Entre los dos es más fácil hacer todo.

Esto no me agradó mucho, no porque tuviera algo contra Quillo, mi cuñado, que por esa época era novio de Pine, con el que vivía (por ese entonces él no recibía nada de dinero, y si recibía algo era menos de lo que a nosotros nos mandaban), sino porque iba buscando “libertad”; cómo se verá rondábamos los limites de la pobreza, pero éramos jóvenes y teníamos ilusiones. Pine me dijo que por supuesto yo tendría una llave de la casa.

Esto me causó risa, pensé “vamos hombre lo raro sería que encima no tuviera yo llave de la casa, cuando tenía una de mi casa en Las Palmas”.

Creo que al segundo o tercer día de estar en La Laguna, ya estaba cansado de ella, y por la mañana, tan sólo tuve que matricularme, cosa fácil ya que iba con mi hermana Pine, quien, en el rectorado, se saltó toda una cola enorme de gente y se puso la primera, sacando al momento los papeles que hacían falta y por los que había que guardar la cola dicha.

Pepe Blanco usaba barba y bigote, y ésta era tan espesa que parecía una persona de treinta y pico años; cuando se le trataba se podía ver que tan solo tenía dieciocho.

e-libro.net

El día de la Hispanidad en Estados Unidos, me encontraba viendo un programa sobre el mismo en la tele, junto a la que me había pasado el día; al empezar éste, había ido por el piso una chica, a la que abrí, preguntó por Pepe y le dije que subiera; ya arriba le dije a Pepe Blanco:

-Hay una chorba buenísima que pregunta por ti.

Según me dijo más tarde, era Águeda.

Al finalizar la tarde, seguía viendo el citado programa, cuando entró un grupo de gente a buscarme para irnos de juerga con un grupo de amigas.

Al poco de estar con ellos en el minicampus universitario, donde en cuya hierba nos habíamos sentado. Estaba sentado al lado de Águeda, y tan a gusto que le dije:

-Oye, espérame que voy a coger dinero para comprar una "botella".

Según me enteré más tarde, hubo una chica que pensó sentarse donde yo había estado, a la que Águeda, no sé si medio bebida o serena le dijo:

-!Cómo te sientes ahí, te mato!

Fui a coger dinero al piso, éste estaba muy cerquita del lugar de reunión, creo que cogí trescientas o quinientas pesetas. Fui con ese dinero a comprar una botella de ron miel, de lo más barato, al bar que estaba frente al piso y por tanto al lado del campus; lo curioso es que a ese bar, como mucho iría una vez más tan sólo, cómo máximo, y unas cuantos años más tarde; no por nada, sino porque no era un bar al que acostumbrasen a ir los estudiantes, y menos de juerga.

Compré la botella de ron miel de "padre desconocido", no era la típica de "Ron de Indias".

Cuando llegué, encontré de lo más normal ver el sitio donde estaba antes, desocupado. Llegué y me senté; estaba obnubilado con todo, todo era novedoso y fantástico; en la población abundaban la gente joven y esto era magnífico y nunca visto.

Mi isla, Gran Canaria, de donde era oriundo, no tenía universidad, por lo que aglomeraciones de gente joven en determinadas zonas no habían; tan solo existían unas pocas Facultades, y entre las últimas instituidas, lógicamente no estaba farmacia, pues si no habría escogido otra carrera, tal era la aberración que me estaba produciendo mi querida y originaria isla.

Sobra decir, que a partir de esa noche, empecé a ver más a Águeda; era un tipazo, de pelo rubio por el sol y muy rizado; su figura esbelta tenía un fallo, y era que cojeaba de una pierna, no recuerdo exactamente cual, lo cierto es que había sido como resultado de haber sido atacada de poliomielitis ("la polio"); serían muchas las veces en que pensé que me especializaría en ese tema, pero ese día nunca llegó; la pierna era un poco más gruesa que el hueso, y los músculos estaban como muertos; no fue eso un handicap para que me olvidara de ella, en absoluto, no me molestaba ese pequeño defecto lo más mínimo.

Nos veíamos con frecuencia en los bares de La Laguna; nos tomábamos un par de cervezas, yo, y creo que ella, una, o tal vez dos.

Eso de que ella también bebiera, no que fuera borracha, pero sí que me acompañara a las copas, por ese entonces me gustaba mucho, es más, casi era requisito indispensable, para que una chica saliera conmigo.

Usaba Águeda una rebeca de punto, que me alucinaba, los dos vestíamos marchosillos, y ¿quién sabe si lo éramos?

Decididamente esa chica me gustaba; no olviden que en Las Palmas estaba Conchi, pero no cabe duda que Águeda estaba desbancándola.

Como era lógico, bebía cerveza Tropical, era muy exigente, la pedía en todos los bares a los que íbamos, aunque solamente la había en dos o tres; uno lo recuerdo perfectamente, era un bar con cosas típicas canarias con los bancos de madera y demás; duró muy poco abierto.

Eso fue una auténtica bobería, pues al poco tiempo me gustaba tanto la Dorada, que incluso cuando iba a mi isla la consumía, esto dicho así, parece que no tiene importancia, pero si pensamos la eterna rivalidad entre Tenerife y Las Palmas, y entre ellas cada una con sus cosas típicas, como por ejemplo cada isla con su cerveza específica, con un modelo de botella muy especial cada tipo.

Andando el tiempo bebería cerveza tipo pilsen, pues la especial era muy cara, y a los bares que íbamos, si no se pedía la especial ponían la más barata.

Esto, después de todo fue una bobería, pues hoy día ambas empresas están fusionadas, y me imagino que las dos se dediquen a producir ambos tipos de cerveza.

e-libro.net

Lo que sí es cierto y no se puede negar, es que el agua de Tenerife no es de potabilizadora (la de Las Palmas sí), sino de pozos acuíferos, con lo que el sabor y el tacto al paladar era mucho más agradable.

Parece que me he desviado algo del tema. A cada momento nos mirábamos, reíamos y todo parecía maravilloso; yo ante ella era y me sentía el mejor, y ella, ante mí, era y me imagino que se sentiría la mejor.

Sonreíamos, nos mirábamos y cuando podíamos nos besábamos.

Vivíamos en la misma calle, una vez me hube mudado a casa de mi hermana, en la Avenida Trinidad; siempre había una gran corriente en ella, y por eso decíamos:

- Ya se dejaron la puerta abierta.

Cuando iba a casa de Águeda (un primer piso, en el que siempre debían tener la luz encendida; era de chicas sólo, por lo que no me hacía mucha gracia ir a su casa), miraba a los de la recogida de basura, que por esa zona, una de las principales de La Laguna, la de entrada a la ciudad universitaria, pensaba y me decía: “realmente esto es un pueblo, pues entre otras cosas el camión de la basura sólo pasa tres veces en semana, mientras que en Las Palmas, pasa todos los días”.

Los primeros días no entraba a casa de Águeda, sino que la dejaba en la puerta del edificio; esto duró poco, pues golpe a golpe, y no golpito a golpito, fuimos intimando más y más.

A esa altura del año iba en camiseta de manga corta, de color azul marino desteñido, para acostumbrarme al frío, pues entre otras cosas, no sólo que las islas orientales fueran más frías, que lo eran y lo son, sino porque casi no tenía ropa de abrigo, y es por ello, por lo que a la fuerza me debía acostumbrar a él.

Al principio me decía: “Y éste es el frío que decían que hacía siempre aquí, pues no lo encuentro tan irresistible”. Poco a poco me fui dando cuenta cómo una vez se metía el frío húmedo en los huesos, era muy difícil quitárselo de encima.

De todas formas, donde vivía, en la casa de mi hermana Pine, allí hacía frío, pero menos que en otros sitios, pues aquello era una fosforera, todo lleno de gente, que entre humos, olores, vapores y demás, hacían que el piso fuera más caliente; indudablemente menos que el que tenían antes, en el primer piso, justo encima de una discoteca, por lo que durante la noche, a Quillo y a Pine les resultaba muy difícil conciliar el sueño, pues esa discoteca no estaba insonorizada.Cuando llegué yo, ya se habían trasladado a un piso más alto. Eran los Apartamentos Padre Anchieta.

Después de todo, me gustó quedarme con Quillo y Pine, así todo quedaba en familia. La penuria económica, compartida, parece que es menor (mal de muchos, ¿consuelo de tontos?).

A esas alturas, las clases ya habían comenzado. Éramos unos quinientos en primero; ocupábamos dos aulas, y en esas dos nos debíamos meter todos, cosa casi imposible, como se supondrá.

Según se oían rumores, a partir de febrero, habría mucha menos gente; deducía que era porque muchos suspenderían los exámenes y se desmoralizarían, cosa que, lógicamente a mí no me ocurriría.Hoy sé que también es, porque muchos aprobarían las que tenían pendientes de primero en la convocatoria extraordinaria de ese mes, pasando así de curso y siendo menos en las clases de primero.

Según empezamos a ver, nuestro grupo: León, un par de ellos más, y yo, había una costumbre, y era que uno cada vez y de cada grupo uno, iban y cogían asientos para todos los de su grupo; ponían portafolios o simplemente folios y ocupaban los primeros sitios de la clase.

Me ofrecí para ser el primero de nuestro grupo, en ir a ocupar los asientos de las primeras filas. Eso hice un par de veces, incluso recuerdo que uno de los días fui en pijama, el cual podría pasar por otra cosa, al menos eso supuse, no sé lo que pensarían los que me vieron ese mediodía por la calle con él; menos mal que el piso estaba a dos pasos de la facultad.

Fueron un par de veces las que dejé folios en más o menos unos cinco asientos; realmente eran tablones que formaban una mesa para cuatro y tablas a modo de sillas.

Nosotros, los estudiantes de farmacia, y los profesores, no teníamos Facultad, sino que estábamos de prestado en la de química; las aulas estaban desperdigadas por todos lados, unas estaban en los sótanos, otras, como las nuestras, las de primero, se habían hecho cogiendo unas columnas y poniendo tabiques a su alrededor, lógicamente no teníamos comodidades, y no debíamos quejarnos pues estábamos de prestado. Había profesores que tenían el departamento en la facultad de Filosofía y Letras, con las consiguientes carencias que puede tener un departamento de investigación científica ubicado en unos departamentos no edificado especialmente para estos y encima bastante viejos.

e-libro.net

Los primeros días de clase, al poco, empezamos a hacer prácticas; las primeras fueron las de Química General; el profesor que impartía estas, y a la vez daba clases de problemas, era un hueleculos calvo y algo odioso.

Nada más empezar, y justo al día siguiente de su primera clase, ya se sabía los nombres de los alumnos, no les es de extrañar que se pasara días de amanecida para ello.

Las fichas, nuestras cédulas de identificación, de cada profesor, consistían en un trozo de cartón impreso en los que se ponían los datos y una foto. Las fotos nos las sacábamos en la parte vieja de la Universidad, frente al departamento de Farmacología. Costaban cien pesetas las ocho fotos; eran en blanco y negro, y por el precio no estaban nada mal.

Nos las sacábamos allí muchísima gente, y ahora que caigo ya sé cómo no se equivocaba en darlas, pues quienes salíamos en la foto éramos nosotros mismos; esto, que parece un perogrullo no lo es, pues he estado pensando, los años que me las hice allí, cómo podía retener quienes éramos con sólo darles el nombre; si encima contamos que muchos no teníamos dinero para ir cambiando de modelitos cada día, pues ya se imaginarán lo fácil que les resultaba, al ver nuestra cara y la misma ropa.

Uno de los primeros viernes de clase me fui con un trabajador de Unelco, entrado en años, y con un sudamericano, creo que colombiano, traficante, y de familia con dinero, pues la estancia en aquella isla apartada, él, su familia y su gran coche les tendría que salir cara. Él no trabajaba. Pues bien esas fueron mis primeras amistades de clase. Nos fuimos a las afueras de La Laguna, en coche, allí empezamos a beber y beber vino; el colombiano, cuando ya estaba cargado, llamó a su mujer, quien le echó un rapapolvo.

El de Unelco no la llamó. Yo, tampoco llamé a Águeda, con la que había quedado en salir con ella a la calle; de “marcha”.

El resultado fue que todos nos pasamos de rosca bebiendo; no recuerdo qué fue de ellos después, pues casi no sé lo que a mí me pasó.

Haciendo memoria me veo caminando por la calle Heraclio Sánchez camino a ver a Águeda; el siguiente flash es verla a ella en la cocina de su piso compartido, donde le dije:

-Águeda, tengo un poco de hambre, ¿por qué no me haces una tortilla de papas para comer?

Ella accedió, me dijo que fuera a su habitación y que esperara allí a que me la hiciera. Cuando me senté en la cama, de pronto, todo empezó a dar vueltas y más vueltas. Casi vomito, gracias a que se me ocurrió la idea de fijar la vista en un póster, me parece que era uno de “Charlot”. Al poco caí bajo los efectos somníferos del alcohol y no me enteré de nada. Águeda me llamó y me dijo que fuera a comer, lógicamente no contesté; me fue a buscar al cuarto y allí me encontró bajo los brazos de Morfeo. Me echó un gran rapapolvo, al decirle que no se me apetecía cenar. Lógicamente me obligó a comérmela, y la verdad es que no me sentó mal del todo.

Después no puedo garantizar lo que hice, pues si digo que nos fuimos directamente a mi casa, quizás no mentiría, pero entonces me dejo atrás el prenoviazgo, del que tan sólo recuerdo que fuera de una o dos semanas. Sí, ya habíamos empezado a tener relaciones sexuales.

Pensaba que era lo mejor de mi vida, iba cómo adormecido y seguro de mí, aunque por otro lado, estaba pasando un medio “mono”, por la retirada de las drogas, el cannabis y el alcohol duro, todo lo que no fuera cerveza; ésta la seguía consumiendo, aunque en menor medida.

Una de las cosas que más vergüenza le daban a Águeda, era el verse por la mañana delante de mi hermana y de Quillo. Recuerdo que me levantaba a cualquier hora de la noche (no que me despertara, pues despierto estaba), y me iba a mear al fregadero; allí meaba dentro de un vaso, y luego lo enjuagaba con agua.

Uno de los días que íbamos a comer los dos en mi casa, vimos una pota enorme, a la que le saqué una foto, y para la comparación le puse al lado un cuchillo de esos de mango coloreado. El cuchillo era la mitad de este gigantesco calamar.

La música preferida para “hacer el amor” Águeda y yo, era la cinta de Pink Floid: “Wish you were here”.

Se sorprenderán por haber escrito hacer el amor, pero las caricias y besos que nos dábamos eran típicas de dos cachorros locamente enamorados.

Marcos me había pasado a máquina, tanto en español cómo en inglés, la canción que daba título al disco citado, cada versión por una cara de un folio que tenía colgado de una repisa sobre la cama, a la altura del cuello; la que había puesto, barnizado y pintado yo mismo.

La canción es sublime; mientras sonaba el resto de la cinta nos “magreábamos” y hacíamos mil y una cosas; cuando sonaba la canción, nos sentíamos más unidos, nos queríamos más.

e-libro.net

Una espinita que siempre tuve clavada, aunque intenté olvidarla, ocurrió una noche que habíamos salido de juerga. Al acabar la noche, volvimos a casa de León, allí, Águeda se fue con él a su habitación, y yo me quedé en el salón con una que había conocido esa misma noche. Nos pusimos a hablar, y ella de repente se quitó la camisa y se quedó con el torso desnudo, enseñándome sus pechos; me excuse y le dije:

- Lo siento pero no puedo, tengo novia.

En eso me levanté y me encaminé a la habitación de León, su puerta estaba cerrada, así que me fui directamente a la calle. Cuando salía, otro entraba con una sonrisa en la boca, como si ya supiese lo que le esperaba en el salón. No puedo asegurar si le dije que en el salón tenía una sorpresa.

Me fui a mi casa e intenté dormir; todos los intentos fracasaron, no me podía quitar de la mente lo que estarían haciendo ellos dos. Recuérdese, que de por sí, tenía celos de León, pues lo consideraba más inteligente que yo.

No puedo decir cuándo, pero me eché a la calle, y allí vi a Águeda, la cual cómo extrañada me dijo:

-Pero, ¿qué te pasa?

Me callé y no le dije nada de mis celos; en ese momento no sabía si eran fundados o infundados. Hoy día creo que estaba más claro que el agua. Sí, a mis dieciocho años, ya era un cornudo.

Disimuló tan bien, o vio el acto tan natural, que me tranquilicé bastante, al no observar nada raro.

En cuanto a las clases, diré que del de Química Gral., el profesor de teoría: el doctor Duchemín, se decía de él que había sido el secretario del Rector.

Tan sólo fui a un par horas de sus clases en toda mi vida, y fue justo en una de ellas, cuando nos mostró la orientación de las moléculas en el espacio, con unas pelotas blancas que parecían huevos, que se partían por la mitad y se unían unas a otras por medio de unos palitroques; quiero recordar que esto era la esteroisomería. Sus clases eran bastantes aburridas. Sus exámenes tenían la ventaja de que se parecían todos, y con tal que se supiera formular tanto por la nomenclatura clásica, cómo por la I.U.P.A.C., todo tipo de compuestos: sales dobles, triples, ácidos, anhídridos, peróxidos, etc, había gran posibilidad, si no la certeza, de aprobar. Otra cosa era el de prácticas y problemas, cuyos exámenes tenían mucha más mala leche, por ejemplo, cada dato estaba en un sistema de medidas distinto, c.g.s., M.K.S., etc.

Ese profesor iba vestido de ejecutivo sin corbata, o según me diría mi tío más tarde, de trabajador.

El equipo formado por ambos, era de lo más variopinto; no es de extrañar que el viejo Doctor, en su día exigiese bastante, pero ahora, convertido en una institución, aunque decrépita, no exigía más que lo mínimo.

El de Geología, no recuerdo su nombre, a los pocos años de darnos clases consiguió la cátedra y colgó los libros. Ciertamente, cuando me dio a mí, se le notaba más que quemado, al menos esa era la impresión que me causó.

Recuerdo que las prácticas de laboratorio eran raras, y las daba un muchacho joven, seguramente un recién licenciado. Eran bastante sencillas, y entre otras cosas, recuerdo que lo que había que hallar eran los planos y ejes de simetría, la dureza y demás características de los minerales.

Los exámenes de teoría eran dificilillos, aunque, si se estudiaba a conciencia, se podía sacar. Recuerdo sólo el primer parcial de este ,y de él, tan sólo verme en el examen realizándolo, aunque lógicamente, como muchos exámenes, tenía que leerlo un par de veces para saber de qué trataba.

Una de las cosas que siempre me impresionó fue el ver cómo nos daban los exámenes escritos a máquina. Hasta entonces siempre los había copiado de la pizarra.

El ilustrado profesor acostumbraba ir, al menos las pocas veces que fui a sus clases, vestido de chaqueta y corbata. Más concretamente solía llevar un traje azul marino; imaginé que tendría uno cuantos para trabajar, como mínimo.

Una cosa que me disgustó de mis compañeros y sobre todo de Bartolomé (del que hablaré más adelante), es que dijera cuando le concedieron la cátedra:

-Pero si hasta ayer era un simple “pinche” de laboratorio.

Esto era falso; no digo que en su época lo fuera, pero cuando lo conocí era bastante culto, inteligente y carismático, aunque cuando le concedieran la cátedra se dedicó a la bartola, intelectualmente hablando.

La de Biología era una profesora cuarentona que nos hacía la asignatura la mar de sencilla, aunque ella pensara que nos lo ponía difícil. Al poco de empezar a darnos clase vino un ginecólogo con algo de prestigio en Tenerife, que nos dijo que no nos preocupáramos por no tener en ese momento dinero; él, según contó, fue un estudiante pobre, y por lo que dejaba entrever, ahora se consideraba rico (no sé yo hasta que punto lo era). Nos

e-libro.net

dio unas cuantas charlas, y nos dijo que de ellas nos haría un examen; allí vi por primera vez en un vídeo, el camino que sigue un medicamento desde que surge la idea, hasta su comercialización en el "mundo civilizado", pasando por su experimentación en los hospitales de los pueblos del tercer mundo; también se experimentaba en y con sus propios inventores; en honor a la verdad, en estos últimos eran las primeras pruebas.

Más destacable de él, fue las películas que pasó sobre ginecología. Vi en qué consistía el ligamiento de las trompas, lo cual se hacía con unas simples pinzas que pinzaban las Trompas de Falopio. También observé cómo en muchas mujeres les salía vello en la cara y en el cuerpo, por el uso de ciertos anticonceptivos orales. Estas dos cosas fueron las que más me impactaron.

También pasó gráficos sobre las hormonas: LH y FSH, relacionadas con el ciclo menstrual. El ginecólogo nos hizo al final el examen; yo y me imagino que muchos como yo, no habíamos estudiado nada. Le pregunté a la profesora:

- Pero, ¿vale ese examen para la nota?

- No, no, por mucho que él diga, no vale.

Uno de los primeros días de clase de ella, habían pasado el Rector y un par de jefecillos más, medio ebrios, celebrando que esa profesora era la titular. Si no me equivoco ese fue su último año que la bióloga dio clases en farmacia, pues al siguiente sería el profesor, el ginecólogo que nos dio las charlas.

El día del examen del susodicho, estábamos casi todos esperando fuera de las aulas para hacerlo. Casi aseguraba que el examen no se realizaría, pues ya habían pasado unos diez minutos de la hora. En eso, un chico, que se pagaba los estudios trabajando en una fotocopiadora, me preguntó:

- ¿Quieres fumar?

Era chocolate, lógicamente.

- Bueno - le respondí.

Estaba el peta super cargado, cogiéndome un "ciego" enorme al poco rato. Nada más venir de fumárnoslo vino el ginecólogo y nos dijo de hacer el examen.

Venía vestido como siempre, de chaqueta y corbata; el traje era a cuadritos y la camisa de rayas.

El examen era complicado, y si a eso unimos el "ciroque" que llevaba, pues ya me contarán. Intentaba leer las preguntas, pero las letras se me saltaban, leía un renglón en la pizarra y se me pasaba la vista al siguiente, sin haber terminado el anterior. No me enteré de nada y contesté al boleo y muy mal las respuestas.

Al final suspendí, mal empezaba la carrera. De todas formas y gracias a Dios, no contó como nota de Biología.

Pasaba unas grandes vergüenzas por mi bata en las prácticas, pues llevaba una tipo cuello mao, que estaba amarilla por el uso, hasta decir basta; al principio no le hacía caso, por lo atípica que era, era distinta a todas las vistas; las niñas y niños bien, las llevaban nuevecitas y blanquísimas. A medida que pasaban los años, me iba amargando y marginando por lo distinto y amarillento de la mía, pero las imaginaba muy caras como para comprarme una.

En las prácticas de Química Gral., nos enseñaron a hayar los grupos sanguíneos y si eran Rh+ o Rh-. Lo recuerdo, porque a ellas iba muchas veces sin dormir nada, o a lo sumo durmiendo dos o tres horas; recuérdese que eran los primeros contactos entre Águeda y yo, nos empezábamos a conocer y todo era maravilloso, incluso el ir sin dormir a clases de prácticas mañaneras. El profesor de prácticas, también era el de problemas y me miraba fatal, cómo diciendo: "¿A ver qué va a hacer este "matao"?"

La de Biología nos daba bastantes apuntes, pero muy sencillos.

El de matemáticas, era un simple licenciado que entre otras cosas estaba sordo, y según decían, se desconectaba el audífono nada más entrar a clase para no oírnos; tenía su cuerpo que parecía que le rodeaba una gran masa de polvo; iba vestido de trabajador aunque muy desgastada.

Por lo que parece, vivía con unos señores en un piso; puede ser que fuera viudo o separado como mis padres. No me caía nada bien.

La "María" sin lugar a dudas era la Biología.

Cambiando un poco de temas, les contaré un par de hechos ocurridos en esos días.

El primero fue un día que veníamos Águeda y yo de dar un paseo por la calle; subimos a mi piso (y de mi hermana y Quillo). A la salida del ascensor, no sé cómo, lo cierto es que di un manotazo involuntaria e inconscientemente a Águeda y se le cayeron las gafas al suelo; eran de metal, negras y redondas. Se rompió uno de los

e-libro.net

cristales. “Yo te lo pago”, respondí hecho “polvo”, pues en mi pequeño presupuesto no entraba un gasto tan grande. Íbamos los dos vestidos con pantalón vaquero, camiseta azul y supongo que ella llevaría algún jersey.

Era curioso cómo Águeda, viniendo de lo que se diría: clases de baja extracción, manejaba mucho, pero mucho más dinero que yo; teóricamente mi familia venia de la Jet de la isla. Nunca tuve grandes cantidades de dinero y a partir de ese momento, menos aún, aunque había pedido una beca que concedía el Ministerio de Educación y Ciencia, la cual incluía no sólo la matrícula del curso, sino también una pequeña suma de dinero.

Digo esto, para que se comprenda que estábamos en la indigencia, aun cuando a mi padre le correspondía pagar por ley, dictaminado por el juez, la cantidad de ciento setenta y cinco mil pesetas por cada hijo que estuviera al amparo materno; se lo pasó por los cojones y nunca más nos dio ni el valor de un alfiler, al menos a sus hijos.

Otra vez, salí con Águeda de marcha nocturna, como acostumbrábamos y tomábamos como cosa normal; fuimos a un bar, en el que me puse a hablar con un amigo al que todo el mundo consideraba como un bicho raro: Camejo; nunca lo he visto con nadie, ni chico ni chica, aunque siempre me ha gustado cruzar un par de palabras con él. Águeda se encontraba detrás mío, y no sé si bebía cómo nosotros absenta (bebida con sabor a menta, que la tomábamos con refresco), o qué. Pasado un poco de tiempo, siento cómo Águeda, desvaneciéndose me dice:

-!Antonio!, !qué me caigo! -esto último casi cómo un susurro.

Me di la vuelta y vi como se desplomó al suelo. La sacamos a la calle, no estaba asfaltada. Alrededor se situaron unos cuantos curiosos. Águeda volvió en sí tras pasarle hielo por la cara y por todo el cuerpo.

Se levanto y enseguida dijo:

-!Vamos, pero qué vergüenza más grande!

No quiso volver a ese bar, durante mucho tiempo, incluso aseguraría que nunca más volvió; así son las mujeres.

Hablemos ahora un poco de Tomi; él era templado, estudioso, frío, calculador, y demás virtudes que han de tener los jóvenes lobeznos. Vivía a las afueras de la ciudad, mas allá del Cristo, en una casa lejana a la que se llegaba a través de muchas carreteras sin asfaltar, fangosas la mayor parte del camino; La Laguna tenía la virtud o desgracia de que llovía durante tres estaciones al año, al menos eso me parecía; los veranos eran abrasadores y desgarradores. El invierno: húmedo y lluvioso.

Los compañeros de piso de Tomi eran: Javier, el “Birula”, y un estudiante de derecho estúpido a más no poder; el Birula era muy agradable, estudiaba Biología y por eso tenía muchísimo tiempo libre. Se quedó enseguida huérfano, tanto de madre como de padre; me imagino que sus hermanos harían un buen equipo. Uno de ellos, llegaría a ser el número uno de la promoción de una Facultad de derecho andaluza; con el tiempo se hizo asesor del PSOE; fue el que mayor carrerón tuvo.

Cuando escribo esto, no sé que ha sido de él. Un dato anecdótico es que le arreglaron los papeles para que no perdiera el tiempo haciendo el cuartel. Yo sabía que tampoco lo haría, estaba convencido, alegaría alergias asmáticas, o cualquier otra cosa, “ya se me ocurriría algo”.

El Birula, estuvo poco tiempo en La Laguna, un año, al curso siguiente se iría a la península, también a una Universidad andaluza. Recuerdo que al final del año, al marcharse, me regaló unas cuantas perchas muy buenas, aparte de unas repisas; dejó varias cosas, sobre todo a sus compañeros de piso.

Y cómo no, no podía faltar, la asignatura de Física: “el puro” de primero. El titular era el catedrático: Hardisson.

Estuve estudiando esa asignatura un mes entero, o casi: Febrero; el profesor era un cabronazo de un genio insoportable, estaba todo el día enfadado, y sé con certeza que me tenía en su punto de mira.

La asignatura la llevaba más que masticada, por los libros del recuérdese genial Rubio Royo. Hardisson no le llegaba ni a la suela del zapato.

Ponía los exámenes desde un punto de vista práctico, esto es, a base de problemas; sobre todo del “Tubo de Venturi”, y sobre el “Sistema de Bernoulli”, esas preguntas eran casi fijas; yo sabía bastante teoría, tal que León había dicho, según me enteré más tarde que yo era inteligente (o subnormal, según desde el punto de vista con que se mire), todo porque un día fui con él a confrontar preguntas; como siempre, no había conseguido ningún examen y creo que León sí, pues le resolví un par de dudas de teoría, mientras él me dejó atontado y ofuscado con los problemas; me estaba empezando a estresar.

e-libro.net

Esto precisamente fue uno de mis grandes problemas, el nunca disponer de exámenes de otros años, pues los que los conseguían eran la Jet lagunera, mientras que la bazofia canariona, no conseguíamos ninguno, al menos el que esto les cuenta.

Otro gran problema eran las fechas de los exámenes; como no iba mucho por clase, los demás ponían las fechas a su gusto, que poco o nunca cuadraba con lo que a mí me interesaba.

Los laguneros eran muy elitistas, yo, por mucho que quisiera no lo podía ser, recuérdese cuanto cobraba; y los aires de grandeza sin un respaldo económico es un absurdo absoluto; siéndolo *per sé* incluso con dinero.

Ya me había percatado que, para hacer esta carrera harían falta muchos codos. “De todas formas en primero siempre se paga la novatada en todos los sentidos”. Yo la pagué.

Me caía mal mucha gente, pero sobre todo los que tenían todo resuelto y dinero; así la vida es más fácil y llevadera. Aunque luego con algunos hice algunas “migas”, como por ejemplo con “Toñín” (o “Coñin” cómo le llamaban muchos).

Tenía que lavarme la ropa, en una lavadora de plástico, las típicas llamadas Jata, cuyo nombre fue muy usado durante una época grande; no sé si hoy día se siguen usando; como digo, al tener que limpiarme la ropa, la limpiaba poco, aparte de esto, intentaba no tener el intenso olor a humedad que me daba la ropa de mis otros “convividores” de piso, Quillo y Pine, de los cuales, la primera vez que fui a su casa, lo que me destrozó la pituitaria, fue su mal olor, el de su ropa, tanto la que estaban usando, como la lavada y tendida en la penumbra de su piso bajo. Por qué, pues por el exceso de humedad.

Como no me gustaba lavar, las sábanas las dejaba un par de semanas, y estaban tan sobadas y sucias, que parecían marrones, y encima, por mi moda hippy no hacía la cama. Mis amigos se tumbaban sobre ella y donde podían, pues mi cuarto también era el cuarto de estudio y de los trastos.Mi hermana se cabreaba una barbaridad por esto, por lo que le replicaba:

-Pero si así se sienten mas cómodos, cómo en sus propias casas.

Ahora lo pienso, y más creo que dirían:

-Pues, no es guarro este tío ni nada.

Al menos esto es lo que opino hoy día que sería lo lógico decir.

De entre los libros que leí por esa época, estaba “Confieso que he vivido” de Pablo Neruda; “Narraciones Extraordinarias” de Edgar Allan Poe; y “Lecturas para minutos”, de Hermann Hesse, creo que éste era el autor.

De todos ellos, el más importante en esa época y en ese ambiente, era el primero; era raro que faltase en alguna casa, de mis amigos al menos. Lo leí, aunque tan estresado que no me enteré de nada. Tubo que ser hace poco y tras consejo de un escritor célebre, que lo volví a releer, aunque si he de ser sincero, fue como leerlo por primera vez, pues no me acordaba ni me sonaba de nada el libro.

Los sábados eran geniales, si llegaba de algún examen, (un sábado sí y otro no, los tenía), comía, y después, mientras esperaba a Águeda, veía la tele, oía música y leía; según mi propia definición para aprovechar el tiempo, aunque hoy más bien diría que lo desperdiciaba. Otras veces dormía profundamente en la cama del salón; ésta tenía una colcha azul y cojines por varios lados; era genial, aunque los muelles estaban bastantes flojos, no sólo los de esa cama sino los de todos los pisos. Mi cama la tenía en el suelo, pues al dormir con somieres tan pasados me dolía la columna vertebral.Me encantaba dormir en esa cama, pues me relajaba muchísimo, y la asociaba al sábado, descanso, ya digo, siempre que fuera la salida de algún examen.

La colcha de mi cuarto era del mismo estilo, aunque beige de color. Tenía unas ondulaciones lanudas toda ella, que las hacían más abrigadas.

Recuerdo, sobre todo por una foto, a Águeda enfundada en un camisón hecho por ella, o por su madre, sentada en el sillón, al lado de la cama del estar-cocina-comedor, todo en uno. En la foto, aparecía con la boca torcida, la sombra del bigote, y más manía que un bufo. Sin embargo, alucinaba con ella, lo guapa y suave que era.

A las pocas semanas de empezar el curso, fueron en avión, a La Laguna: Herse y Conchi; nos querían dar una sorpresa, y !vaya si nos la dieron!

Tomi estaba privadísimo, no se le vería el pelo en todo el tiempo que estuvieron allí.

Conchi, que pensaba quedarse en mi casa, al final no se dónde se quedaría. Nos fuimos todos a una fiesta en el cutre Colegio Mayor San Fernando, allí estaban mis dos novias; iba de una a otra preocupadísimo y bebiendo; al final me quedé con Águeda.

e-libro.net

Así se lo hice saber a Conchi, la cual al día siguiente en el piso, se me puso a llorar a moco tendido. Me toco la "vena sensiblera" y me dejó hecho polvo, aunque no por ello varié mi decisión.

La fiesta estaba a tope de gente, y más se olía a sudor, "chocolate" y alcohol que otra cosa. No puedo asegurar qué tipo de música había, pero sí aseguro, que no sólo estaba destartalado el Colegio Mayor, sino también las gentes que lo ocupaban, así, cómo los asistentes a la fiesta, incluidos nosotros.

Estaba también León.

No eran santo de mi devoción esas fiestas, pero no había otro sitio donde ir, o quizás estaba en ella por las chicas, o quizás ellas estaban allí porque pensaban que a mí me gustaba.

Iba de una a otra; me encontraba tenso y nervioso, sin saber, bueno sí, sí sabía con quien quedarme, pero no cómo decírselo a la otra, al final como ya dije, me lancé.

Al margen de esto, y no tan al margen, pues han de saber que lo que sigue, siempre lo he tenido en mi memoria, y son las imágenes de mis abuelos maternos, en este caso de su casa en Santa Brígida, cerca de la de Eufemiano Fuentes, las que por supuesto, no eran del mismo tipo, pues mientras éste último era un poderoso, mis abuelos eran humildes, aunque tenían para ellos y para sacar, como sacaron, a una familia adelante. Recuerdo con gran cariño, a mi abuelo oyendo la radio, una radio enorme, creo de las que llamaban "de válvulas" o bien "de lamparas", era una gramola. Esa habitación estaba llena de sillas y en frente pegada a la pared que lindaba con el pasillo interior, la maquina de coser "Singer", magnífica; esa la conserva aún hoy mi familia, también nos poníamos a jugar en el patio con juguetes o a la pelota, esto era siendo niño; lo he tenido siempre muy presente aunque nunca se lo conté a Águeda. Mi abuelo usaba sombrero negro de tela dura. Siempre se le veía sonriente, menos cuando estaba en mi casa en la época de la separación de mis padres. Época dura para todos.

No lo percibía aún, pero llegaría a convertirme en un lagunero sin quererlo y sin saberlo, cosa lógica por otro lado, si se pensaba lo poco que estaría en Las Palmas.

Contaré a partir de ahora, las cosas que más anecdóticamente vayan teniendo importancia, y, aunque quiera seguir un orden cronológico quizás no lo consiga, por dos causas, una, y quizás la más importante, porque a veces me quedo "en blanco" y me cuesta seguir, o simplemente coger el hilo de la narración, y otro, opuesto, porque las ideas me fluyen a borbotones y tengo que expresarlas de alguna manera, aunque con frecuencia puedan parecer, sin orden ni concierto.

Vamos allá: los primeros carnavales chicharreros, fui con Águeda por nuestra cuenta, solos; ella fue vestida de japonesa con un traje, que hoy pienso que era bonito, pero que en ese tiempo me parecía absurdo, ridículo, y tomé a Águeda como una prepotente al querer imitar a las japonesas o chinas; sé que sentí asco y vergüenza de ella, y la tomé por vulgar y chabacana, queriéndose hacer la fina; sí estaba enamorado, pero ese día, los petas me jugaron una mala pasada, y si a eso aumentamos las copas, pues ya me dirán.

No recuerdo bien, pero creo que iba vestido, para variar, de mujer. Sentía una especie de vergüenza ajena muy grande. No me lo puedo explicar, ya que estaba seguro de que estaba enamorado de esa persona, pero ese día, al igual que muchos del carnaval tinerfeño o canarión me sentiría asqueado de la vida, absurdo, consumista (pobre ante otros consumistas mayores que yo). Pasábamos por las zonas donde no estaban los estudiantes, sino la gente ya mayor, casados, familias, borrachos de feria, y en general por varios sitios.

Mi abuelo, sentado en el cuarto de estudio de Las Palmas, y mirando por el gran ventanal a la calle, frente a mi abuela, decía con mucha frecuencia:

-Fuerte "jembra" esa, quien tuviera sus años con lo
que sé ahora.

Los carnavales debían servirme de relax, pero nunca me sirvieron de tal, pues era tal la tensión nerviosa, bien porque tenía después de ellos el examen de Física Gral., y otros años por otros motivos, que puedo decir sin equivocarme que nunca me divertí en ellos, todo lo contrario, me sentía absurdo, subnormal y que no estaba en mi ambiente.

Ya ven que desde mis primeros carnavales, empezaron mal las cosas con la chica que sería mi novia durante algunos años, con la que empezaría a sentirme como si estuviera casado, aunque siendo tan joven, me traería ésto grandes problemas, y cómo no, he de decirlo también, momentos de grandes satisfacciones y alegrías.

Durante ese primer año, no vivíamos juntos, pero Águeda estaba en la casa todo el tiempo conmigo, en "mi piso"; se solía quedar por las noches, ya fuera entre semana, como el fin de semana.

e-libro.net

En esa época, no recuerdo cuánto me afeitaba, si una vez en semana, dos, o si un día sí y otro no, no puedo precisarlo, aunque Águeda sí me decía que le raspaba la cara con mi barba, y eso que en ese entonces era mucho menos dura, más suave que la de hoy.

He contado las causas por las que mi cuarto estaba siempre desordenado. Aparte de la cama en el suelo, habían dos mesas de estudio llenas de papeles y esquemas de aviones; era uno de los infinitos hobbies de Quillo; también había una fotocopia con las funciones de los distintos órganos del cuerpo humano, me serviría en el futuro, sobre todo para resumir y entender la función del hígado, pues dibujado en el margen de éste, había una gran refinería, lo cual se me ha quedado grabado para siempre. Las otras funciones de los distintos órganos no estaban tan claras.

Se decía que Hardisson había conseguido la cátedra por descarte de otras personas, o sea, el tribunal, para no concedérsela a otros aspirantes, eligió a ese individuo, aunque al final, cuando se la concedieron, dijeron:

-Dios ¿qué hemos hecho?

Sinceramente no creo que esto sea cierto, pues aunque nunca vi al mencionado dar clases (encima sabiendo que tenía muy mala leche siempre, y en especial contra los melenudos entre los que seguro que me incluía a mí, no iba a sus clases), supongo que se la concederían porque algo sabía.

Esa asignatura se me atragantó, aunque ya he dicho algunos de los motivos por los cuales suspendí. Tenía tan mala leche, que siempre sus exámenes eran el primer sábado siguiente a los carnavales, con lo que una de dos, o se preparaba uno a tope la Física, o se iba uno de juerga, con lo que seguro que no la aprobaría, mientras que si lo intentaba cabría cierta posibilidad de aprobar.

Probé las dos cosas, y ninguna hasta cierto año que ya contaré, me sirvió para nada.

Me saliera bien o mal cualquier examen, invariablemente me iba, finalizado éste, al bar Fragata; era un bar al que no sé por qué íbamos, bueno sí, por ser el más cercano a las facultades. Tenía una barra enorme, pero la distancia entre la barra y la pared era pequeña, salvo al final que se ensanchaba algo, y donde estaban: la cocina (al fondo), mesas y sillas, donde muy pocas veces me senté, y los baños , que creo que eran cómo la mayoría de los baños laguneros y de los pueblos, con un orinal pegado al suelo con un gran agujero en el centro, donde se podía “mear y cagar” conjuntamente, aunque para lo ultimo tenía que estar uno en suspensión.

Las charlas típicas de esas borracheras a base de muchas cervezas, eran casi siempre sobre el mismo tema. Nos contábamos León y yo, asistentes fijos a esas charlas, sobre la diferencia entre letras y ciencias; letras era una mierda *per se*, porque no estudiaban nada, no porque quisieran, sino porque no habían amplios temarios que exponer y explicar. Lo que les daban en las clases era ínfimo, así no había que ver más que la diferencia en el número de folios entre unos y otros. Aparte de esto, nuestros folios eran estresantes, pues en cada uno, no habían vanalidades ni florituras, no, eran a base de conceptos y más conceptos, por lo que el tiempo invertido por folio era mayor; eso descontando el que hubiera que ampliar, con lo cual entonces la cosa se hacía casi imposible.

Me solía pasar todo el tiempo delante de los folios, aunque no todo el tiempo estaba estudiando, pues muchas veces se me iba el baifo, aparte de eso, la casa estaba siempre con gente, pues al estar al lado de la universidad, la gente iba allí para tomar café; todos eran amigos de Pine y Quillo, míos, raras veces venían, entre otras cosas, porque no los invitaba.

Estaba siempre metido en el cuarto, y con folios delante, pero me despistaba una barbaridad, por los ruidos y las voces, o porque había hecho planes para el fin de semana, o bien porque iba a salir o vendría Águeda más tarde. Siempre tenía una excusa para estar despistado. Esto me inquietaba en gran medida, pensando que no me estaba enterando y que no me iba a dar tiempo a prepararme el examen; las condiciones de estudio no eran muy buenas, pero siempre se ha oído decir que hace más el que quiere que el que puede, y por lo visto yo no quería.

Quillo y Pine creo que eran el primer año, a lo sumo el segundo, que vivían juntos, y empezaban los problemas, imagino que sobre todo por la falta de dinero. Pine descargaba conmigo diciendo:

-Pues hoy no he podido dormir, del escándalo que hicieron ustedes anoche.

Se refería a Águeda y a mí en la cama.

Es cierto que las paredes parecían de papel, pues el edificio estaba hecho para sacar el máximo beneficio invirtiendo el menor dinero posible.

Frente a mi cuarto había un eterno estudiante de medicina, daba pena, tenía ya sus años y no era nada carismático, ni tenía brillo inteligente alguno en sus ojos; estaba siempre delante de los folios, pero pienso que era peor estudiante de lo que yo era. Seguro que nos vio desnudos a nosotros dos un montón de veces, pues en la mayor parte de las ocasiones no cerrábamos la ventanas, ni las cortinas.

e-libro.net

El ropero, estaba empotrado, y la mitad correspondía a mi hermana y a Quillo; yo no tenía casi ropa, y por tanto me sobraba ropero, incluso, de la minúscula parte que me correspondía.

En la puerta de la habitación tenía pegada una fotocopia sobre un folio blanco. La fotocopié de la revista Selecciones del Reader Digest, consistía en una puerta a base de madera y hierro, que representaba una puerta de una celda carcelaria, y en cuya única y estrecha abertura, en la parte superior, se veían unos ojos; escrito sobre la puerta estaba la leyenda: "Preso sin nombre, celda sin numero".

Me gustó tanto, que la puse en la puerta de mi cuarto, mirando hacía afuera, dando idea de lo que me consideraba, al estar siempre encerrado, y viendo a los demás de charla continua, y de jarana, mientras uno, estudiando y estudiando sin parar..

Mientras esto hacía, pensaba: "se me esta yendo la vida (mi juventud), y no estoy haciendo más que estudiar y estudiar. ¿Qué les contare a mis nietos?"; hoy pienso que incluso tuve demasiadas juergas y vida bullanguera, comparándome con la número uno de mi promoción, aun no declarada cómo tal. Es primero uno de los más selectivos, aunque selectivos son todos, y en donde se hace la gran masacre, por un lado, y unos pocos sacan muy buenas notas, algunos han ido a este curso para luego hacer Medicina, u otra carrera con "números clausus", al menos eso me pareció ver en un par de ocasiones.

Les conté que había pedido una beca del Ministerio para ese año, y en parte me daba vergüenza que me la concedieran por el tipo de vida que llevaba, que pensaba que era un poco disipada.

De todas formas de la matricula sólo pagaba la mitad, por ser "familia numerosa", y menos mal, porque si llego a tener que pagarla toda, no sé lo que habría sido de mí.

Recuerdo de las prácticas de química general lo que se llama el menisco de una solución en un tubo de ensayo; palabra ésta que se ha hecho famosa por los futbolistas, aunque no tienen nada que ver con el otro significado, el de prácticas. A los futbolistas les operan del menisco, nosotros enrasamos las diluciones teniendo en cuenta el menisco.

Una cosa que me hervía la sangre, que me sacaba de quicio, y por lo cual lloré abundantemente, tanto en soledad, como hablando con Águeda, era la competencia desleal de mis compañeros, sobre todo en cuanto a la fecha de los exámenes se refiere; todo el mundo los ponía a su gusto, que nunca era igual al mío. Tenía que hacer auténticas virguerías para poder presentarme a todos los exámenes, aunque si he de ser sincero, esto lo empecé a notar en segundo de carrera. Ese año el que más me fastidio fue el de física; el examen era el primer sábado después de carnavales, empezaba mal.

Me gustaba hacer problemas, pero siempre después de haberme aprendido la teoría, hasta que ésta no estuviera del todo estudiada no me los miraba. A veces la teoría era tan extensa, que para hacer los problemas tenía tan sólo un par de horas, en el último momento. Pero esto sería en otros años.

El primero es el año del cambio, cambio de isla, cambio de ambientes, cambio de casa, cambio de sistemas de estudio (la Universidad, o "la casa de putas", como me gustaba llamarla), cambio de todo (tal y como se vio, incluso cambio de novia). Todos éstos provocaban situaciones de estrés, que iban minando y madurando el cuerpo.

Les tengo que preguntar algo a mis queridos lectores:

-¿Sirve esto para algo?; ¿es simplemente un capricho mío?, y si lo es, ¿le interesa a alguien?

Esto lo digo pues he recibido una novela de Eduardo Mendoza, que versa sobre un individuo de la clase media burguesa, que vive de novelas facilonas; he pensado si soy así, pues aunque el escribir me supone un ligero esfuerzo, y a veces no esta uno "inspirado", por lo que se pone a escribir disparates como hoy. Ni siquiera sé si a esto se le puede considerar novela, o simplemente un folletín. La novela de la que hablo, se intitula: "Una comedia ligera". Por supuesto, aún no me la he leído; lo último de este autor que he leído fue: "La ciudad de los prodigios", novela que me ha encantado muchísimo y que he aconsejado a más gente. Es más, incluso he prestado mi libro, del que sinceramente, no me hago muchas ilusiones en cuanto a si me lo devolverán o no y menos a cuándo.

Con eso de estar con Águeda y acostarnos prácticamente todos los días, y, precisamente no era rezar lo que hacíamos en la cama, fue motivo para que dejara de masturbarme, y en todo caso para que redujera su frecuencia.

No obstante, creo que algo me masturbaba, sobre todo en vacaciones, puesto que no practicábamos el sexo con tanta asiduidad, aunque siempre, después, me entraba complejo de culpabilidad, esto me ha ocurrido, y me ocurre con mucha frecuencia, aunque siempre sea una causa distinta por la que me entra el complejo.

e-libro.net

Un dato a reseñar es que aquel barbudo y greñoso, con aspecto de sucio, que me invitó a un porro antes del examen del ginecólogo que se había hecho a sí mismo, según él decía, a ese pervertidor en cuestión, mis relaciones se limitarían a un simple movimiento de cabeza; volví a hablar con él tres años después, y fue para ofrecerme un libro, que según decía era en el que se basaba el profesor: Manolo Norte, profesor que fue a veces, muchas veces, un referenre. Más tarde comprobé que me engañó cómo a un enano.

Seguía fumando, más si cabe, cigarros “Coronas”; más, pues pasaba por una gran tensión nerviosa, ya que se me estaba haciendo todo cuesta arriba. Al fumar más, más me asfixiaba, y la tensión hacía que fumara más todavía, con lo que los problemas respiratorios eran más pronunciados. Llegó esto a tal punto, que en años sucesivos, llegué a gastar un Aldo-Asma® aerosol, en una semana, calcúlese el numero de inhalaciones que debía inhalar, cuando cada inhalador, viene preparado para doscientas inhalaciones, o sea algo menos de treinta fuellazos diarios; es algo ciertamente grave, pues entre sus efectos secundarios creo recordar que estaba la taquicardia.

Águeda y yo, solíamos ir algún que otro domingo al cine a la última hora, allí nos solazábamos con alguna película. El cine, al menos al que más íbamos nosotros, estaba en un pasadizo que unía dos calles, una de ellas Herradores o La Carrera, me han de disculpar, pues mi fuerte nunca han sido los nombres de las calles. El cine estaba en alto y por abajo había una serie de locales comerciales, entre los que me llamaba la atención, por lo novedoso que era para mí, una güisquería.

Estaba por dentro iluminada con luces rojas, aunque no sé exactamente cómo era, pues nunca entré, pero estaba claro que era un bar de putas.

El otro extremo, daba a una calle sin asfaltar, que era por donde íbamos, más que nada, por mis prisas y por el poco gusto a relacionarme, o mejor decir a estar en medio de mogollones.En muchas ocasione, salí de ése o el otro cine, con los ojos lagrimosos que intentaba enjugar.

Poco a poco, y a lo largo de mi vida, fui separándome de otras personas, sobre todo en clase, donde no me relacionaba más que con unos pocos amigos, así, muchas veces, sólo me relacionaba con los de ciencias, mientras que poco con los de letras, aunque añoraba su bohemia, que era siempre confundida por mí con gandulismo, que realmente era lo que veía en ellos; sin embargo, si miramos en el diccionario de la Real Academia, como tanto y tan bien hacía, y supongo que hace: D. Fernando Lázaro Carreter, veremos que esta palabra se define y tomando la definición o uso que más nos interesa: “Dícese de la vida que se aparta de las normas y convenciones sociales, principalmente de artistas y literatos”. Aunque me imagino que se refiere a buenos profesionales, por llamarlos de alguna manera.

La vida en La Laguna, a pesar de ser de pueblo, llegaba a estresar, no por nada sino por la tensión de los exámenes, uno cada dos semanas (iba a escribir cada quince días, pero con esto siempre he encontrado problemas, por qué quince si en realidad son catorce). Cuando uno se estresaba se iba por la parte del “Camino Largo”, que atravesaba de una forma muy extraña la ciudad, o miniciudad, sobre todo si era de noche, por eso de que había menos gente y no se tienen tantos observadores de la persona de uno. De pequeños, nos decían que el hombre era un ser social por naturaleza, hoy no lo creo así, y ahora en que cada vez se habla más del equipo, del conjunto, en definitiva que la unión hace la fuerza (incluso Europa se está uniendo, o al menos eso se pretendía), siento cada vez más soledad, pero en ella , me encuentro mejor.

Mi casa, por la influencia de mi familia, siempre ha estado rodeada de medicamentos, y muchos se caducan sin darles uso; personalmente en La Laguna, usaba pocos, y esos pocos no dejaban que se caducaran, aunque la caducidad en cuanto a las especialidades farmacéuticas se refiere, lo que suele ocurrir es que a partir de ese momento no es que hagan daño, sino que van perdiendo su eficacia, o sea como si se fueran inactivando poco a poco. Esto no quita para que últimamente se ponga en los prospectos y cajas: “No lo use después de la fecha de caducidad”, algo así creo que dice la leyenda.

En las cajas de los cigarros en cambio, fue al año siguiente cuando aparecería el siguiente mensaje: “Fumar puede perjudicar su salud”, poco a poco fue recrudeciéndose ese mensaje.

A pesar de lo que me gustaba la playa, ese año, mientras estuvimos en La Laguna, no fuimos a ninguna.

El sexo siempre me atrajo, aunque ha habido veces en que lo he tenido que refrenar por diversas causas, una de ellas y de las primeras era por los exámenes: no podía perder tiempo, aparte de que eso me relajara y despistara; esto último, llegué a controlarlo, de tal forma que me relajaba y me producía buenas disposiciones para el trabajo.

e-libro.net

Recuerdo que el reloj que usé durante mucho tiempo fue un “Casio” de los digitales, de plástico, sumamente barato, aunque era muy completo, al menos para las sofisticaciones, dentro de lo barato, que había en esa época; tenía, como intentaba decir antes de irme por otros derroteros, las funciones de alarma y cronómetro; dichas posibilidades las use muchísimo, incluso la alarma la use como aviso horario para dejar claro que la hora de clase había acabado, aunque luego el profesor, muchas veces adrede, se extendiera un buen rato más.

Estaba tan enamorado de Águeda que fui al carnaval, no por este en sí, ni por el examen de Física Gral., sino por ella, a pesar de sentir vergüenza ajena tal ya dije, pero estaba locamente enamorado de esa moza.

Ese año aun no escribía con pluma, sino con rotuladores de punta fina, usados también en otras ocasiones por necesidades económicas; siempre he pensado que las plumas son carísimas.

No puedo asegurar si tuve, buenos o malos educadores, pienso que de todo hubo, aunque puede que predominaran los segundos, pues no abrieron en mí el espíritu de amor al trabajo, en este caso al estudio; quizás fuera también ésta la razón por lo que no iba mucho por clase, no me gustaba lo que me encontraba por las tardes en ellas. Las prácticas tal ya he dicho, eran por la mañana.

Ese primer año de carrera no fui a ningún cursillo, ni curso fuera de la carrera, ni me interesé por otra cosa que no fuera la fotografía, sobre la que Águeda me compró, unos cuantos libros (dos) de trucos de fotografía y técnicas de laboratorio. Se lo agradecí un güevo; ese fue su primer regalo que me haría, era por mi cumpleaños; en Reyes, habíamos quedado en no regalarnos, pero yo le di uno o dos detalles, eran tan insignificantes que no puedo recordar lo que eran. Poco me interesé por la literatura.

El mes de febrero era matador, pues veníamos del de Reyes renqueando, (la cuesta de enero) y en febrero estaba el día de los enamorados, en el que lógicamente algún detalle tendría que comprarle, y después, ese mismo mes, era su santo.

Para hacerle los regalos, solía ir a una tienda en Heraclio Sánchez en donde estaba el piso que mi padre dejó a mis hermanas, pero en el otro extremo de la calle; era una tienda de detallitos para enamorados; el empleado, o quizás dueño era un cuarentón de pelo largo, probablemente de los tiempos de “El graduado”, y se quedó estancado en esa época; tenía una más o menos considerable barriga, e iba siempre igual vestido. Allí me dejaba muchas veces mi escaso dinero, al comprarle algunas chucherías a Águeda. A ese cuarentón solitario lo vi una vez, años después en un bar, junto con otros cuarentones, dueños de otros locales comerciales de La Laguna. Estaban todos sentados alrededor de una mesa redonda. No reían, no discutían, no hablaban, simplemente hacían acto de presencia. Cada uno llevaba la misma ropa que la que tenían en sus trabajos; debían ser los dueños, pues no sé entonces a cuento de qué venía esa reunión de empleados de unas muy pequeñas empresas, quién sabe, a lo mejor estaban en huelga.

En mi cuarto, preparado para tener dos camas, no había más que encender una luz de la cabecera, preferiblemente la de la otra cama, en cuyo lugar había un par de mesas, para lograr un ambiente íntimo y acogedor, imagínense de qué potencia eran esos minifluorescentes de luz amarilla.

No me disgustaban mas que a la hora de estudiar, pues no alumbraban nada, por lo que tenía que usar un flexo que no tenía el engarce a la mesa, por lo que Quillo me hizo un par de maderas rectangulares y pequeñas con un saliente en su lado más largo, con un agujero en medio para introducir el “macho” en ese saliente. Luego lo sujetaba a la mesa con un aparato que nunca he sabido cómo se llama, pero es el que usan todos los trabajadores para fijar algo a la mesa, ya sean maderas, piezas de coches, etc.

Sigo conservando ese invento. El flexo tenía mal el sistema de resortes por lo que se caía, y tenía que hacer virguerías para que me iluminara la mesa; era el flexo que usaba mi hermana Maru cuando estudiaba, de eso hacía unos diez años. No puedo asegurar si ella lo usó así o lo dio por objeto inservible, aunque lo aproveché durante mucho tiempo. Con el paso de los años, empezaría a ser más exigente, e incluso maniático con la luz y por tanto con los flexos, usando hasta un número de tres de ellos, aunque ya digo, el de mi hermana malamente funcionaba. De todos ellos tan sólo conservo uno, el de la forma más antigua, de esos que tienen una base de metal con cemento y luego un extensor flexible, coronándolo con una caperuza.

Con los flexos lógicamente usaba las bombillas de luz solar, esas que son azules claro; el vidrio es de un material diferente. En primero me interesaba más tener un buen aporte de música (un radio cassette), que un flexo; ninguno de los dos los tenía.

Muchas veces usaba el aparato de Quillo, pero el tono no estaba muy bien. Empezaba a ponerme nervioso la música que oía, generalmente ese año, era la radio lo que escuchaba, “Los cuarenta principales”. Aunque en realidad de lo que sí me acuerdo perfectamente cómo si fuera ayer, es verme poner en el cassette una

e-libro.net

cinta verde, grabada por Salvador, con Mike Olfield grabado, no era Omnadawm, sino otra cinta, cuyo título nunca lo he retenido, aunque puede que si hurgo entre las cintas viejas seguro que la encuentre. Todo esto venía a cuento para decir, que ya ni siquiera la música instrumental me relajaba, y prefería no oír ningún tipo, pues todo me estresaba. Aún no había probado con la música clásica.

Es curioso, en febrero, cuando fue el parcial de Física, al margen del bajón de moral que me supuso el saber que ya tenía esa suspendida, pues después de haber estudiado tanto, no pensaba presentarme al segundo parcial, o mejor dicho, no pensaba estudiarlo, aunque sí tenía una pequeña satisfacción personal, al saber que me lo había preparado a conciencia, aunque muy mal enfocado, pues no iba con la mente práctica, o sea para resolver sólo problemas, como fue. Podrá parecer absurdo pero sentí ese cierto orgullo, después de haber hecho ese sobreesfuerzo.

Me afeitaba poco, y cómo “after shave” usaba alcohol; lo usé durante mucho tiempo.

A veces, cada vez menos, me entraban unos dolores de estómago muy grandes, creo que eran por gases, pues se me hinchaba de una manera espantosa, y los dolores no me dejaban ni mover; curioso también, era cómo a veces, y adoptando diversas posturas para expulsarlos, incluso después de tomarme un Pankreoflat®, los dolores no desaparecían generalmente hasta el siguiente día.

Estos dolores no eran frecuentes pero cuando me daban, o mejor, cuando todavía ahora me dan, no puedo soportarlos, es más ayer y antes de ayer mismo, me entraron y fueron tan intensos que no me permitieron escribir mas que sobre este particular. Esto me ocurrió, a pesar de tener Almax® en todas sus presentaciones, la pastilla para los gases, manzanilla e incluso Mabogastrol®, pero fue todo inútil, pues aunque me fui a la cama a las ocho de la tarde-noche, no pude conciliar el sueño hasta pasado un cierto tiempo, llegué a despertarme sobre las dos de la madrugada del dolor que sentía y que no se me iba. También, a veces, me entraban ganas de vomitar, fue por lo que puse un balde al lado de la cabecera de la cama.

No me entraban tan fuertes, aunque sí más frecuentemente en La Laguna, seguramente se debían a la cerveza ingerida.

Me humillaba verme sin apenas ropa que ponerme; tan sólo tenía unas pocas camisetas, y casi todas las que tenía eran iguales, por lo que parecía, o mejor, decir: estaba siempre vestido igual, me imagino que apestando a humedad, sudor y cigarros; el sudor, no porque no me duchara todos los días, sino porque no me podía cambiar de camiseta, no tenía más. El baño era una delicia, con el agua caliente corriendo abundantemente, incluida en el precio del piso.

Muchas veces, Águeda se ponía a cagar mientras yo me duchaba, o al revés, esto que parecía tan natural no lo era, pues nunca llegué a tirarme un peo cómo sería de mi gusto delante de ella; ella tampoco delante mío.

Quillo y Pine no entraban nunca al baño juntos; les consideraba mas “retros”.

Nunca me he imaginado a mi hermana, a ninguna de ellas, bueno, esto no es del todo cierto, haciendo el amor, o casi mejor haciendo pornografía.

Era muy difícil cagar sin tirarse peos, aunque así estuve mucho tiempo, intentando un imposible.

Delante de ella, en mí o nuestro cuarto, tampoco se me escapó nunca un gas, no me explico cómo ni por qué.

Echaba de menos el mar, era la primera vez en mi vida que estaba tanto tiempo sin verlo, las ventanas daban todas a patios interiores; era pues la primera vez, desde hacía muchos años, que no veía el mar desde las habitaciones de la casa donde residía.

Águeda era de la Isleta, no sabía por qué, pero muchos de mis novias, y recuerden que incluso mujeres que me parecían inalcanzables, eran también de ese enigmático istmo.

Mi madre siempre me decía:

-¿Por qué no sales con gente de tu clase?

Y me pregunto: “¿Pero, que gente es la de mi clase?, si siempre ando con lo justo, por no decir con nada en los bolsillos”. Me imagino que las niñas ricas tendrán diversiones mas caras de las que yo pueda ofrecerles; aunque miren por donde, Águeda salió con que tenía mucho dinero, así, dadas sus buenas calificaciones (creo que eran una media de notable), tuvo dos becas todos los años, aseguraría que de forma un tanto ilegal, pero las tuvo: del Ministerio de Educación y Ciencia, y otra del Cabildo; aparte de eso la madre le mandaba todos los meses algo de dinero; como podrán comprobar manejaba mucho, pero que mucho más dinero que este humilde servidor. Una de las becas, la del Cabildo, tenía que devolverla cuando acabara la carrera.

e-libro.net

A pesar del dinero que manejaba, no se notaba apenas, salvo en que siempre tenía dinero para los maquillajes y para los chandals de dentro de casa, por lo demás, en cuanto a salir a la calle, nunca iba excesivamente bien vestida, al menos durante los primeros tres años; los dos últimos cambio de forma de vestir y de peinado, para con el tiempo retomar el antiguo peinado, que era el que había tenido toda la vida, al menos eso se dejaba notar en una foto de la que ella estaba muy orgullosa, y que guardo con un agradable nostalgia, pues muchas veces me la imagino como en esa foto.

Me empezó a dar la manía de que quería hacerme reportero gráfico, sobre todo por lo de aventurero y el riesgo que conllevaba; hoy día, con mi barriga, prefiero profesiones más tranquilas, y espero que pronto, ésas sean mis principales actividades.

El piso donde vivía tenía dos habitaciones en las que muchas veces vivíamos cuatro adultos y un único baño, separado estos últimos por un pasillo en forma L. las paredes eran delgadísimas y se oía todo dentro de la casa, al igual que de un piso a otro, máxime los que estaban en la misma planta. No había mucho espacio para tender la ropa, aunque la mía ocupaba poco espacio, y Águeda lavaba la suya en su piso. Ya por esa época yo era un fetichista, pero no tenía dinero para comprar ropa erótica, ni nada que se le pareciera, pues ésta estaba a unos precios desorbitados, si la comparamos con el poco dinero que manejaba.

La metodología de la educación era la típica, aunque no por ello ya arcaica y obsoleta (quizás he empleado un termino algo fuerte, pues las nuevas técnicas de estudio, aún no sé si son mejores o peores, pero al menos son más entretenidas). Esto es: el profesor llegaba, daba su clase magistral, o lo que él pensaba que era magistral, y después se iba; desembuchaba tal cantidad de conceptos en tan poco tiempo, que a la hora de estudiar, parecía casi imposible hacerlo; aparte de esto, recuérdese querido lector que estaban las prácticas de laboratorio, las cuales ocupaban un tiempo precioso que se lo debía quitar al estudio. No obstante, estas prácticas no ocupaban mas que dos semanas por asignatura, pero también recuerden que teníamos cada dos semanas exámenes que eran decisivos para pasar de curso. Teníamos por norma general tres exámenes por asignatura, salvo alguna que otra, pero siempre un mínimo de dos por asignatura. Se verá que nunca hubo más de tres parciales, y menos mal, porque si no tendríamos que hacer más exámenes, y era imposible mirando la cantidad de tiempo del que disponíamos.

En el tiempo dedicado al estudio, mucho habría que desdeñar por el estrés a que estábamos sometidos, y quien se dejara vencer por éste, en el que me incluyo muchas veces, le sería imposible la buena comprensión de la materia, en el tiempo necesario.

Por esa época contaba, tanto yo como creo que muchos compañeros de carrera, con grandes dosis de agobios. No nos habían enseñado cómo combatirlo, cosa que según hoy creo, por no asegurar rotundamente, que es una de las cosas que se intenta explicar en “Secundaria”.

Muchas veces pensé, hasta que por fin se lo dije un año a Toño, -compañero de promoción y amigo durante muchos años-, que nos metieran el cerebro en alguna máquina que midiera los conocimientos; me la imaginaba un poco más pequeño que los típicos televisores que tenía en mente por esos años, los de grandes dimensiones, lo visualizaba como algo más pequeño, tal vez como la pantalla de ordenador, aunque por esa época aún no hacían entre los jóvenes tanto furor estas maquinitas. Me imaginaba el cerebro con todas sus callosidades unidas al entramado complejo de todo el SNC, de color rojo incandescente, con destellos debidos a la sangre y líquido cefalorraquídeo. Ese aparato emitía una especie de descarga eléctrica, gracias a la cual se transmitía la información contenida en el cerebro, el cual estaba metido dentro de ese aparato, para lo que lógicamente debía carecer de pantalla el aparato. El interior del ordenador era verde fosforescente.

De vez en cuando iba por clase, ya no sé ni a qué asignaturas, pues a todas no iba, entre ellas se encontraba la Física General. A una que de vez en cuando asistía era a Matemáticas, y todo me resultaba complicadísimo, pues no llevaba una continuidad, con lo que aumentaba mi tensión nerviosa; ya se sabe que una de las formas que tenía de librarme de ella, era realizar el acto sexual, quizás por aquello de cambiar de actividad y fijar mi mente en otra cosa. Digo que iba de vez en cuando a clase, porque a partir del primer parcial, asistía menos, pues el curso se me había echado encima y no podía abarcar lo que de por sí ya era prácticamente inabarcable.

Hago mucho hincapié en lo que relataré, pero era la pura verdad, los profesores no hacían más que soltar conceptos y más conceptos a una velocidad, en la que incluso conversar con prisas, es difícil; sus explicaciones, las de la mayoría, no eran tal, sino que se basaban en largar el rollo más o menos aprendido, más bien menos y: “riégate agüita”. Les daba igual el que fuera casi inhumano lo que hacían, no había lo que se dice hoy día:

e-libro.net

“Atención a la diversidad”, los problemas de cada uno no importaban, y por otro lado, daba la sensación de que si eras pobre, encima eras un apestado.

Yo, hacía mal las cosas, pues fotocopiaba tan sólo las clases de en medio que me faltaban, no tenía pues todo completo; aquellos apuntes como se podrá comprender, eran un auténtico caos. También primaban las necesidades económicas, así, de donde podía ahorrar un duro, lo hacía, aunque después me lo gastara en vino o cervezas. Tenía que hacer una gran cantidad de fotocopias aunque sería en años posteriores cuando gastaría unas mil pesetas semanales en ellas, pues no iba a clase y tampoco tenía dinero para libros, los que tenía por tanto que fotocopiar; pero, de ésto escribiré más adelante.

Era curioso, pero estudiando ya para farmacéutico, abusaba de los antigripales y antibióticos, así, cuando me sentía resfriado o griposo, me iba al botiquín, sobre todo al de casa de mi madre, mi hogar, y allí cogía de cada pastilla una o dos, según me pareciera, igual hacía con los sobres, y, haciéndome un cóctel (tan en desuso actualmente en la farmacopea), de tan desproporcionadas dosis, que me quitaba la enfermedad de golpe y porrazo, arriesgándome a padecer un choque de interacciones y efectos secundarios, o vaya uno a saber.

Me sentía muy orgullosos de ser un noctambulo, así me acuerdo verme vestido con ropas oscuras caminando por mi ciudad, y ahora la que era mi gran pequeña ciudad. Con el tiempo llegué a la conclusión que a esas horas sólo había por la calle: putas, borrachos y maricones, de los cuales uno no estaba excluido. El ataque más claro de un desconocido hacía mi persona me ocurrió en la parada de guaguas del Mercado del Puerto, serían las tres o las cuatro de la madrugada, cuando de pronto pasó un coche furgoneta por delante mía y se me ofreció un maricón; creí que me estaba preguntando algo, así que le dije:

-¿Dígame? -agachándome y mirándole por el cristal de delante. Él me puso una cara melosa y me insinuó con señas si quería entrar al coche. Le respondí tanto con un gesto de la mano cómo con la boca -: !No!, !no!, gracias - le dije con asco y recochineo.

Pero esto ocurría en vacaciones, en Las Palmas, y no me quiero ir aún de La Laguna. Allí pasé grandes angustias pensando cómo se me iba la vida encerrado entre las cuatro paredes de mi cuarto, estudiando y vuelta a estudiar, y mientras, los demás se divertían sobremanera. Me consolaba pensando en cómo pasaría las vacaciones, y ya (aunque no lo sabía con certeza, si iría o no) pensaba en las escapadas a Los Secos, allí no hacía gran cosa, pero me podía emborrachar cuando me daba la gana, embotando así mis sentidos, y no darme cuenta de lo triste en que estaba convirtiéndose mi vida por culpa del alcohol; mi vida y hoy pienso incluso en la de los que me rodeaban. Pero estas reflexiones, cuando estudiaba y me veía envejecer sin sacar provecho de la vida, serían más propias de los dos o tres años siguientes.

Consideraba a los de letras, no sólo analfabetos, sino unos muertos de hambre, no sólo a los estudiantes, sino a los que se dedicaban por completo a alguna de las ramas de ellas. *Craso error*.

Error del cual no saldría hasta mucho más tarde, aunque tenía un claro ejemplo de lo contrario en mi tío Joaquín, a pesar de que no conocía totalmente su nivel económico.

En Semana Santa, nos fuimos casi todos los conocidos a Las Palmas, allí, en la capital estuvimos poco tiempo; quiero recordar que nos fuimos todos a “Montaña de Arena”, playa que está tras una gran montaña de arena, como bien su nombre indica. Nos fuimos en el “Charade” de la hermana de Tomi; íbamos tres parejas: la mía, la de Tomi y la de Miguelo.

Tomi decía:

-Este coche tiene un motor de lavadora.

Nos quería decir con eso que no tenía fuerza alguna.

Si he de ser sincero, a esa playa íbamos todos a follar, pues era nudista y llevábamos tres casetas para las tres parejas.

Recuerdo que una de las veces que fui, pedí una “tabla para coger olas”, y con ella pasé horas y horas cogiéndolas, hasta eliminar todas las tensiones acumuladas.

La playa era nudista, por lo que los varones estábamos completamente en pelotas, mientras que las mujeres en top-less. Eso me excitaba muchísimo, y era por lo que estaba muchas veces dentro de la gigantesca tienda, regalo de Salvador.

Para llegar a la playa había que bordear toda la montaña arenosa y bajar por uno de sus costados.

Tomi, al llegar, nos hacía bajar del coche, pues ya tenía malas experiencias de llevarlo por sitios empedrados, como era ahora el caso.

e-libro.net

Menos mal que Águeda llevaba siempre comida de más, pues yo siempre la llevaba de menos, todo por no pedírselo a mi madre, no sé si era porque olía que había poco dinero o por dejadez. Lo que mi madre me hacía era una tortilla de papas, una o dos latas y poca cosa más, a no ser unas pocas monedas. No podía hacer muchos extras pues no teníamos dónde caernos muertos. Así, los más ricos eran: Tomi, luego Miguelo y a la cola yo, cuando por cuna y por padre, debía ser todo lo contrario, pero esto, supongo, me serviría para luchar contra los inconvenientes de la vida.

Cuando era de día y daba el sol de lleno, se hacía larguísimo el tiempo, y no sabíamos donde ponernos; solía desear ir a Arguineguín a tomarnos un par de cervezas a los bares que por allí había; pocas, pues ya se sabe que casi no tenía dinero, aunque ahora que lo pienso Águeda siempre decía:

-Yo tengo algo -en un susurro de voz.

De dónde lo sacaba, no tengo ni la más zorra idea, pero siempre tenía dinero, tal vez de sus becas.

Águeda tenía sus caprichos de chocolatinas, y yo jamás, sabiendo ese, su gran "vicio", nunca le compraba ni una, y lo cierto es que lo pensé muchas veces, el comprárselas, pero me decía a mí mismo: "No, que se acostumbra".

¿Y si se acostumbra qué, por qué no satisfacer ese pequeño deseo?, aunque me costara setenta y cinco o cien pesetas. Esto es lo que pienso ahora, pero antes pensaba lo primero.

Muy rápido me desvié de la playa, donde los atardeceres eran magníficos, sensacionales, si cabe este calificativo.

A cagar íbamos por el extremo opuesto al que se llegaba a la playa, metido hacía el interior, y donde las subidas y bajadas de marea no llegaban, estaba el estercolero, esto es, una montaña llena de mierda generada por humanos, en las que destacaban, latas, plásticos y vidrios.

Era, puedo afirmar, algo denigrante y asqueroso.

Recuerdo que una vez que fui a esa playa, se nos acercó una treintañera, en la que empezaba a denotarse en su desnuda piel un ligero toque de flacidez y decaimiento, debido seguramente, a una vida no muy sana. No sé exactamente qué dijo, pero parecía que nos daba la bienvenida, cosa que me extrañó enormemente, pues yo, bien creía y consideraba, que aquella playa era pública, cosa que según parecía esa chica no tenía muy clara. Pensaría que los primeros en llegar tendrían algunos privilegios, al margen de elegir el sitio donde acampar.

Solíamos jugar al "disco" en la playa, tanto jugábamos, y un servidor en especial, que al cabo de los años, llegaría a tener un gran dominio y control de éste. Al principio usaba uno grande y blanco; cuando se me rompía o perdía, volvía a comprar otro igual. Al final los usaba de propaganda, aunque eran tan malos y pesados, que costaba un huevo hacerles rebotar sobre la arena y dirigirlos luego a su destino. Era otra época.

Águeda solía usar un biquini azul, me gustaba mucho, lo que pasa es que lo usó durante casi cuatro o cinco años, y aunque yo tampoco cambiaba mucho el mío un "Turbo" azul marino y que poco a poco se me fue quedando pequeño y que por último tenía un siete, pero como ya se sabe: "la Rusia estaba estrecha".

Sólo usaba la parte de abajo, con lo que su pecho estaba al descubierto, lo que me atraía bastante, al menos hasta realizar el acto sexual por una o dos veces, con lo que ya me quedaba saciado, y ella tenía que hacer maravillas para volver a atraerme, aunque al final siempre lo conseguía a pesar de que fuera a regañadientes por mi parte.

Estaba claro para qué iban las otras dos parejas a la playa, por mi parte, iba para olvidarme de La Laguna, y por supuesto de mi casa, donde siempre, por mi manía de no querer actuar inteligentemente delante de mi madre, esto es, estudiar, cosa con la que indudablemente ella debía sufrir muchísimo; la única que parecía disfrutar con esa dejadez era Águeda. Por mi parte, me amargaba más y más, al margen de que cada vez se me hacía más cuesta arriba todo, incluso la vida.

El once de diciembre del 82 se abrió una peluquería para caballeros en mi barrio, la que a pesar de ser barata, pelaban bien. Ya tenía peluquería a la que ir que no fuera Pepín; a éste una de las últimas veces que fui, fue con Pepe Armas, y he de decir que empezó a hacer de las suyas: de comunista o intelectual de base (o borde, mas bien); se metía contra los peluqueros y lo que ellos decían y hacían. Creo que fue esa la última vez que fui, pues reconozco que en las peluquerías de caballeros no deberían haber tanta diferencia entre lo que cobran unas y otras, por el mero hecho de tener una peluquería más bonita que la otra.

A partir de ese momento y hasta la fecha, generalmente he ido a la misma peluquería, aunque no puedo decir que siempre, pues en algunas ocasiones e ido a otros sitios, mejores y peores.

e-libro.net

Durante muchos años, me consideraba un inadaptado, ya que me pasaba el día estudiando y cuando me presentaban a alguien no sabía qué hacer, mas que beber y, “otra copa, venga otra copa”. Otras veces también bebía por aburrimiento, cuando veía a la gente sin nada que hacer, pensaba si no se aburrían, y me entraba tal descorazonamiento y aburrimiento, que me dedicaba a beber. Eso me ocurrió durante muchos años de mi vida.

Tenía unos “cánones” equivocados acerca del estudio, así pensaba que éste embrutecía y que volvía cabrones a las personas; era fácil tener ese razonamiento, si se ve cuál fue la influencia tan negativa que tuvo mi padre durante mi infancia y adolescencia. Hoy reconozco que era así por el alcoholismo de mi progenitor; desgraciadamente cogí lo negativo de él, el alcohol, y encima un porro de vez en cuando, el cual ya me aturdía y “trababa” una barbaridad, pues no sabía qué hacer, y me volvía más introvertido de lo que era. Me costó mucho deshacerme de él, sobre todo por que estaba en un circulo vicioso. Aunque durante el curso, muchas veces no fumaba, las vacaciones volvía a caer, y es que asociaba vacaciones con juerga, esto es, alcohol y petas.

Bien, vayamos nuevamente a la carrera: aprobé Biología General y Geología, aunque de ésta última, ya saben que casi no me acuerdo de nada, supongo que en la memoria a largo plazo conservo aún una serie de datos, por más que ahora se empeñen los de las nuevas técnicas de estudio, la LOGSE(en la universidad la L.R.U.), en decir, que no servía de nada nuestra forma de aprender.

Esas dos las aprobé en Junio; el de Matemáticas creía que no me había salido tan mal; conseguí el teléfono particular del profesor de esa asignatura, le llamé a su casa y le rogué que me dejara ver el examen, el arguyó que se iba de vacaciones, que salía ya, y que no tenía tiempo de enseñarme el examen.

No sé si creerme tal dislate, máxime viendo cómo son las personas mayores que trabajan en la universidad, sobre todo con los mocosos que van de hippies rebeldes, que según parece, ese era mi caso.

Aunque me parecía un poco estricto, de todas formas no consiguió que me cortara el pelo, ni él ni ningún profesor.

Creo que mi formación a lo largo de mi vida ha partido de haber tenido dos profesores geniales en EGB, debe ser cierto eso de que la niñez marca para toda la vida; así que si algo soy ahora, y lo que seré en el futuro, se lo debo íntegramente a ellos, ya saben cuáles son, y por tanto es vano volverlos a recordar ahora.

Aunque fueran buenos profesores, en mi casa, desde niño, mamé el alcoholismo de mi padre, lo cual me llevaría a comportarme como un necio durante casi toda mi corta vida, pero y ¿de quién es la culpa?, me gustaría que alguien entendido en ello me lo explicara; quizás un psicólogo, o alguien especialista en esto. Pero no nos desviemos del final del curso.

El año fue desastroso, según decían la mayor parte de los repetidores y gentes de mucha valía intelectual: “en primero se paga la novatada”. Estoy casi seguro que hubo gente que aprobó todo, y además en Junio, me estoy refiriendo como mínimo, a los dos números uno (uno por cada provincia) de mi promoción, a saber: Diego Suárez Artiles, por parte de Las Palmas, y Mavi Díaz (nunca llegué a saberme su segundo apellido) por Tenerife.

Sé que al menos uno de ellos, Diego, se malogró como genio, no puedo decir nada en relación a que si se hizo un buen padre o no. Sé esto con certeza pues años después lo vería opositando los dos por una plaza no muy buena.

Cité a esos dos genios, pues tendrían en el futuro mucho que ver conmigo, al margen de ser los mejores estudiantes de la promoción, entre ellos se repartían los sobresalientes y las matrículas de honor, lujo por mi nunca alcanzado. La mejor, era encima, muy buena compañera, aunque para ser sinceros, ese año, no conocería a ninguno de los dos.

No acostumbraba a ver la tele, ni para ver las noticias, tampoco acostumbraba a leer el periódico, lo cual indica hasta qué grado de aislamiento del mundo, y no pongo de la realidad social, pues yo estaba viviendo mi propia realidad social, y aunque tampoco llame a “el mundo” cómo a todo el globo terráqueo, pues nosotros también vivimos en submundos, y por tanto, cada uno de ellos es nuestro mundo particular, uno para cada uno, y tantos como seres haya.

Suspendí demasiadas asignaturas, tres, y no tanto porque no estudiara, aunque diera imagen de lo contrario, realmente me pasaba muchas horas al día sentado, pero muchas veces estaba falto de concentración, unas veces por las charlas que tenía, otras por pensar en otras cosas, lo cierto es que mi vida no me parecía nada interesante, cuando realmente sí lo era. Era como en “El juego de Ender” (no recuerdo su autor) la lucha contra los insectores, aunque he de decir que en mi bando crearon estos invasores muchas, muchísimas bajas.

e-libro.net

Aparte de esto, ya no practicaba tanto el sexo cómo antes de Navidades de ese año, aunque la relación sexual seguía siendo saludable. Después de febrero, tras descansar un par de días, me esforzaba preparando el fin de curso.

Se podrá ver como prácticamente no cuento ninguna anécdota del curso, o protagonizadas con los profesores y los educadores, ésto se debía a que generalmente no iba por clase. Fotocopiaba los apuntes, siempre buscando el sitio que los fotocopiara más barato, y allí iba con mi buen "tocho" de apuntes. Fotocopiaba una media de unas cuatro mil pesetas al mes, o sea mil a la semana, aunque hoy me parece mucho, pero ésto es lo que siempre he dicho, cuando se me preguntaba por las clases, en su defecto: mis fotocopias.

Al final de curso, lógicamente, estaba poco, muy poco, mejor casi nada, con mis amigos, y lo poco que tenía libre lo dedicaba a Águeda. Nos queríamos, o al menos eso me parecía; tal era el caso, que decidimos ponernos a vivir juntos los dos, al año siguiente. Como no teníamos dinero para pagar un piso los dos solos, decidimos ir a vivir con mas gente, amigos de ella, y con su prima y el novio (Candelaria y Ramón, al que familiarmente le llamaban "Monsi", y yo le llamaba Ramonsi, para complicar más la cosa). Ellos, incluida Águeda, se encargaron de buscar un piso; no fue un piso lo que concertaron, sino una casa terrera de tres pisos, pero sobre esta contaré con más detenimiento más adelante.

Según acabo de leer en un libro de Fernando Savater titulado "El valor de educar", algo de insolencia en los neófitos es bueno; ésto era justo lo que me ocurría, y si he de ser sincero, me trajo ésta demasiados problemas de cabeza, o sea, que si es cierto o no lo que "el maestro" dice, no puedo afirmarlo; casi me gusta más, o ahora me dejo llevar más por la frase, que sin saber a que autor o político se refiere, que dice: "con paciencia con humildad, y con sumisión".

Posterior al loco spring, llegamos al final de curso; el balance ya lo saben, bastante desastroso.

Vuelta al hogar, Águeda y yo, y con Quillo y Pine; nos fuimos en barco, en el Ferry que hacía el recorrido entre tres horas y media, y cuatro y media.

Quillo llevaba un ajedrez electrónico. En el salón de la tele, nos sentamos y nos pusimos a jugar. Las maletas se dejaban en un compartimento semihabilitado para ello. Cuando jugábamos al ajedrez, yo sin ganas alguna, mas que para pasar el tiempo y poder llegar a mi casa, aunque con cierto temor a lo que me iba a encontrar, ese temor a lo desconocido. Vean que gran paradoja, pues llegaba a mi hogar y ya en tan poco tiempo, me consideraba un ser algo extraño. Durante el trayecto vi a un ejecutivo de las letras, seguramente, por su pelo largo y lo deportivamente que iba vestido y su acompañante (nos quedaremos en la duda de si era su esposa, novia, amante, o simplemente eso, su acompañante). Me puse nada más verlo, en tensión, casi firme, pero instantáneamente pensé: "¡Ehp!, vacaciones"

Mientras, Quillo seguía devanándose los sesos para ver el modo de ganarme. Hay que ver que lo que él tomaba cómo un juego serio y quizás cómo un deporte mental, a mi me aburría tremendamente. Sabía que tenía que estar ese tiempo en el barco, pero como no quería comportarme inteligentemente, esto es, leyendo o estudiando, sino que me decía: "Ya no controlo más", esto quería decir que ya no haría algo determinado con todas mis fuerzas, que por aquella época era estudiar.

Tanto los drogadictos, los traficantes a los que iba a comprar, como en muchos sitios me decían:

-Oye rubio, ¿cuánto quieres? -refiriéndose al chocolate.

En las tiendas y en muchos sitios también me llamaban por el "oye rubio".

Ese verano cuando fui a ver a mis tías, cosa que se convertiría casi en ritual, le pedí que me dejaran algún libro, a la farmacéutica, sobre la carrera; ella me dejó uno, que tomé por antiquísimo, al igual que unos apuntes que con el paso de los años, unos cuantos, llegaría a tirar. Recuerdo que los apuntes eran de parasitología, pero alucinen: estaban escritos en papel cuadriculado y de tamaño pequeño, cuando me di cuenta de ese detalle, me dejó alucinado, pues yo siempre, desde el BUP, escribía en folios grandes, y en blanco.

A parte de esto, los apuntes de parasitología tenían portadas duras, y todo ello sujeto con unas argollas, pues las hojas tenían agujeros (ya venían hechos de fábrica, no es que ella los taladrara). Esto me dejó alucinado, pensando en que usaba el mismo sistema, aunque algo mas sofisticado del que yo usaba en la EGB, pero que con la gran cantidad de apuntes que ahora debía tomar ese sistema no era ni rentable, ni adecuado.

Iba a ver a Águeda, tras telefonearle, todos los días; le pedía a mi madre de 100 a 300 pesetas, para la guagua y un par de cervezas; no era mucho, pero para lo que disponía mi madre, era toda una fortuna. Iba caminando, bajaba por el Camino Verde, luego iba por el Paseo de Chil, y luego me metía por Ciudad Jardín; el resto del trayecto variaba según mi humor y las ganas de ver mucha gente (característica esta poco frecuente en mí).

e-libro.net

Siempre llegaba entre unos quince o cinco minutos antes de la hora, pero Águeda solía llegar un cuarto de hora después.

Es cierto, que en Las Palmas, cuando me duchaba, siempre pensaba casi con lágrimas en los ojos: "que aburrimiento, siempre lo mismo; ni aquí ni allá, pero ¿y ésto es la vida, será siempre así mi vida?"

No es menos cierto que cuando veía a Águeda, siempre me interesaba en ver qué ropa traía nueva; yo siempre usaba la misma, y casi siempre me gustaba el estilo de ella. Todos los males y malos pensamientos se me quitaban al verla; no digo nada cuando me tomaba las dos cervecitas de rigor, a veces una sola, y otras veces hasta tres, nunca más. Con éstas, el mundo me parecía maravilloso y me enganchaba a Águeda mientras me subía la libido al tope, algunas veces le manoseaba el culo, cosa que a ella, muy decente y formal, le desagradaba.

Una costumbre muy mala que traía de La Laguna, era cerrar la puerta de mi cuarto, parecía que me quería aislar de todo. Me supongo que eso le dolería a mi madre. Aparte de esto, no se cómo no me asfixié, pues no creo que abriera la ventana, por ser esta muy grande, y pudieran entrar cualquier ser extraño, hombre o animal.

Cuando dejaba a Águeda, de noche ya, volvía a mi casa en guagua, a la cual tenía muchas veces que esperar durante bastante tiempo.

Un par de veces, vi a Tere, y nos saludamos afablemente; daba gracias por no haber seguido con ella más que una relación de amigo al que no se ve sino cada ciertos años; hasta el momento ha sido así y no tengo nada que objetar. Me imagino que ya se habrá casado y por lo tanto será más difícil verla cerca de la casa de sus padres.

Las vacaciones me "enchufaba" de tal forma a la tele, que incluso ésta me creaba un poco de ansiedad. Por qué, pues porque todo lo que veía lo quería hacer, sobre todo los deportes; me decía "Eso lo quiero hacer yo", fuera el deporte que fuera. Con las otras cosas me pasaba pero menos; lo que sí ocurría es que me parecía, al ver las películas, que las otras vidas eran más interesantes e intensas que la mía, y así era, en efecto. Espero que eso no ocurra siempre.

Cuando mis amigos me decían que iban a ir a un sitio (bar) determinado, yo no iba por allí, pues me daba vergüenza ir sin la ropa adecuada, ni el dinero suficiente, al margen que me parecía todo muy artificial; pero la causa principal era mi pobreza y junto a la mía, la de Águeda, aunque posiblemente ella sí se lo podría costear. Nunca se lo pregunté.

Cada vez que venía de Tenerife me iba a visitar a mis tías (Dulcina y Mila) las de la farmacia y a mi tío Joaquín, quien siempre me daba buenos consejos. A veces me invitaba a un par de cervezas y a alguna tapa. Con quien primero probé los caracoles y su forma de extraerlos fue con él. Qué grandes recuerdos me trae este magnifico y genial personaje.

Lo que a continuación escribo, podría ir tanto aquí, como al principio, como en cualquier parte, pues es una cosa que me ha extrañado siempre, y lo he visto unas cuantas veces, generalmente, aunque no exclusivamente en hombres de y del campo, es lo siguiente: un palillo mondadientes atravesado en los labios, mordiéndolo y dándole vueltas en la boca. Quizás sea síntoma de haber comido bien y abundantemente, pero no lo sé a "ciencia cierta". Me ha extrañado muchísimo, pues ya sea aldeano, o capitalino (término este último, que oí por primera vez a Jose "el de Garachico", en alusión a nosotros, los de Las Palmas, con una cierta sonrisa en los labios y con una no menos autosuficiencia hacia el interpelado, esto es: yo), lo he visto en algunas ocasiones.

Otra idea, es que puede ser que piensen ellos, los que así usan los mondadientes, que les de cierto aspecto de duros, haciéndose parecer a los pistoleros de Marcial Lafuente Estefanía.

Siempre que venía por vacaciones, iba invariablemente a ver al Lu, amigo desde mi niñez. Como les he contado, su casa era una casa terrera, sin lujos, más bien o quitándole el más bien y dejándola simplemente a secas: humilde. Pero allí estaba él, siempre recibiéndome bien. Nuestras charlas versaban sobre todo de la corrupción en farmacia, la facultad, y la religión, él, ya saben, se había hecho evangelista, y se había convertido en profesor de ellos, aunque yo de esto último no sabía nada, pues él, bien porque supusiera que ya lo sabía (o bien, porque vaya usted a saber qué), lo cierto es que no me informaron hasta muchos años después.

El hablar con él me relajaba, aunque siempre salía con la impresión de yo ser un diablo, o mejor el Diablo, que intenta pervertir al buen cristiano.

Acostumbraba a regalarme pequeños y bonitos "Nuevo Testamento", según creo llamados de los Gedeones; el por qué lo hacía, no tengo ni la más remota idea; no entiendo la terminología ni forma de ser evangelista, supongo que para que lo hojeara.

e-libro.net

Me gustaba mucho hablar con él, aunque la ida a su casa no me gustara, ya que debía pasar por una calle de tierra, cuyos lados estaban llenos de chavolas. A saber quién me saldría de en medio de ellas. Hoy sigo haciendo ese trayecto, pero ya no tengo miedo, ahora tengo pánico.

Hoy, adulto ya, aunque sin haber perdido la inocencia que me mueve a aprender, y a desviarme casi siempre de lo que estudio, con otro tipo de lecturas , aunque estas a veces lleguen también a cansarme, y quien diga lo contrario, creo (y digo creo, no lo aseguro, por aquello de que siempre existe algún bicho raro) que miente; contaré, que cuando era casi un adolescente, e incluso de diecisiete y dieciocho años, era tan sensible que parecía afeminado, esto lo digo ahora, viendo fotos de aquella época; puedo aseverar que no lo era, ni mucho menos, siempre se me han ido los ojos a las chicas guapas, aunque he sentido, y cada vez más, un cierto distanciamiento de ellas, como si temiera algo de ellas, aunque después, pretendo que las mujeres que me rodean, se hagan como ellas, las guapas y sexys, sin dejar de ser lo que son, esto es una cosa que me ha traído no pocos problemas.

Siempre fui un rebelde, y un impertinente, creo que hasta tal punto, que si viviera, habría cansado y sacado de sus casillas al mismísimo Job.

No les narré una participación mía en un programa de radio, un concurso en el que fui portavoz y representante del C.N. Castilla, pues ese flash no se me ha olvidado nunca, y lo llevo muy grabado dentro de mí, unas veces para fustigarme por nuestra ignorancia (la de mi equipo y sobre todo mía) al no saber responder a casi ninguna pregunta, y otras orgulloso por tener tan alto "cargo" hacía mi persona, la confianza que depositaron en mí los profesores, por no hablar de la responsabilidad, si bien esta incumplida, al menos en lo que respecta al mal lugar en que dejamos al colegio. También he pensado en que hubo tongo por parte del otro equipo, he pensado cómo sabían responder tan bien a las preguntas "¿es que ellos se las sabían ya, se las habían dicho alguien?"; no sé qué pensar, pero algunas veces lo he creído así.

Volvamos al año en que estábamos, cuando ya tenía diecinueve años, "ya era muy maduro". "Ay, que 'verde' es mi valle".

Y digo "verde" pensando en que tiene muchas acepciones esa simple palabreja.

Me sentía libre e independiente, aunque también "trabado", y me pregunto ¿cómo se puede ser libre, estando trabado?, o sea sujeto a trabas personales hacía la sociedad y el prójimo. Estos trabes han ido desapareciendo, a medida que he ido empezando a liberarme con la educación, tanto en escuelas como en plan autodidacta.

Era realmente increíble cómo desperdiciaba el tiempo en verano sin estudiar, y muchas veces sin trabajar; y lo que me desesperaba luego en invierno (lo que dura el año escolar) por aprovecharlo.

Los veranos me aburría soberanamente, y no sólo eso, sino que me amargaba y no valoraba lo que tenía.

Mis amigos, los que estudiaban la carrera, aunque se relajaban algo, siempre estudiaban mucho más que yo; es más, desde que estudiasen algo, lo mínimo, ya era más de lo que yo hacía. Tampoco leía. Odiaba y amaba a Águeda, era casi "un zombi, un muerto viviente", tal cómo cantaba o cantaría "Alaska".

Ese año no fui de viaje, pues no tenía dinero.

Cuando fui a ver a mis tías, Dulcina me dijo:

- A ver, !déjame ver tus manos! -era para ver si las tenía manchadas de chocolate, pues según le habían dicho se tiznaban las palmas.

No las palmas, pero sí los dedos con los que se "soba" el "chocolate", éstos sí los tenía algo tiznados; no sé si no se dio cuenta o si se hizo la loca, o si simplemente me lo hizo como una mera llamada de atención.

Mis tías continuamente me decían:

-La farmacia sólo da perdidas, no nos da ni para pagar a COFARCA (Cooperativa Farmacéutica Canaria); etc, etc.

Y mis tías sin darse cuenta que le estaban robando en sus propias narices; pero: "¿cómo desconfiar de Carlitos, su gran empleado de confianza?", pues sí, desconfíen, desconfíen, por que se las estaba dando con queso.

Robaba, y robaba grandes cantidades como se podrá deducir del nivel de vida que llevaba. Por lo visto, robaba más de cinco mil al día.

Ya algunos clientes se lo decían, que veían cómo en lugar de meter los billetes en la caja, se los guardaba en el bolsillo.

!Ay Carlos!, que me quisisteis comprar con mil y una argucias, no sé aún hoy día para qué.

Cuando decidí hacer farmacia, no sabía dónde me metía, siempre con prisas y examen tras examen; éramos lo que se dice auténticos lobeznos a los que mantenían en continua alerta; no obstante, y creo que con

e-libro.net

razón, siempre se ha dicho, que lo más duro, es la carrera, y dentro de ella los primeros tres años, que estos son selectivos. Éramos los lobatos del futuro, o al menos eso espero, aunque por lo que tengo oído, de mi promoción, poca gente sigue al pie del cañón, intelectualmente hablando.

Esto me preocupa sobremanera, veo una indiferencia tan grande hacía el futuro, que pienso que lo deben estar pasando tan mal como yo lo pasaba en ocasiones, cuando no luchaba lo más que podía, o tienen tan atrofiada la mente, que lo están pasando muy bien.

La cara de mi abuelo padecía de una dermatitis muy grande, que hacía que su tez se exfoliara en varias capas, a modo de costras o caspas de grandes dimensiones; siempre observaba ese fenómeno extrañadísimo, hasta que me ocurrió a mí también. Me sigue ocurriendo, aunque ahora se me ha complicado con otras cosas.

En verano, aunque estaba más tranquilo, excesivamente tranquilo y asqueado, fumaba muchísimo, de puro aburrimiento y amargura por pensar que la vida siempre sería igual de dura y frustrante. Durante el curso fumaba por el estrés y la ansiedad.

Solía fumar chocolate de vez en cuando, aunque éste, ya digo, me bloqueaba y me trababa, pero era la moda y había que hacerlo; aunque parezca mentira, yo inducía de manera indirecta y/o directamente a ello, a los que me rodeaban.

Me arrepiento de corazón.

Todo por el rechazo que tenía a la sociedad, esto ya no era a la sociedad en general, sino al mundo de los estudiantes de farmacia.

Cuando llegaba a Las Palmas, lo primero que le decía a mi madre es que comía muy poca carne, ya que ésta es cara; tampoco comía más pescado que la merluza congelada, salvo los regalos que le hacía a Quillo su madre. El pescado me gustaba menos, y por ello no le decía nada a mi madre; mi buena madre lo tomaba tan al pie de la letra que me daba todos los días carne y embutidos.

Ya no recuerdo sí en la cena me comía la carne que sobraba, puede ser que sí o puede ser que no, ya que regresaba tarde y es posible que no llegara a tiempo para cenar. Comía con gula exagerada, cómo si tuviera bulimia. Resultado: me salía una cierta barriga que me molestaba mucho, así los pantalones vaqueros (únicos que usaba en esa época, entre otras cosas por la escasez de medios) me quedaban estrechos; los usaba de por sí estrechos, debe ser porque esa era la moda.

Solía ir al médico de cabecera que en esa época era el de mi madre, y aunque mi padre era autónomo, nuestra cartilla ponía bien claro la palabra “PENSIONISTA”, tal y como indico, en letras de molde y en rojo; a mi la advertencia en cuestión, me avergonzaba dándome la sensación de pobreza extrema, cosa por otro lado cierta.

Mi madre había puesto la casa en venta, muy barata, catorce millones, una auténtica basura para el tamaño y localización que tiene y tenía.

Vinieron unas “aves de carroña”, como los definió Serafín, a mi madre.

Observé cómo primero vino el “basura” solo, a hablar con mi madre, y casi lo eché de mi casa. Luego vino con su mujer, para que convenciera a mi madre; le suplicaba para que no se vendiera. Recuerdo que por camisa de dentro de casa, tenía una que estaba toda pintada y en la que cabíamos dos “Antonios”, era blanca y con dos bolsillos a la altura de las tetillas; el ejecutivo carroñero, también vestía clarito, aunque no traía corbata. Afortunadamente mi madre no malvendió la casa a pesar de las necesidades que estábamos pasando, no teníamos con qué mantenernos.

Mi tío Joaquín en el 76 escribió su “Breve Noticia Histórica de Las Islas Canarias”, aún, en el 97, no lo he leído, no por falta de ganas, sino porque no he encontrado un hueco para hacerlo, aunque de antemano sospecho que no es muy bueno.

La segunda tirada constó de 5.000 ejemplares, editados por una editorial en Madrid, son bastantes ejemplares, si pensamos que fue su primer libro, aunque como les he dicho, su biblioteca es realmente asombrosa. Dudo entre él y mi padre, su hermano, quién era mas culto de los dos.

Ya Joaquín me había dejado claro que mi padre no leía y yo intento dejar claro, que salvo en algunas ocasiones, siempre he leído, ahora bien, nunca lo suficiente o necesario para llegar a ser buen escritor, finalidad que esperaba se cumpliera en este, vaya usted a saber, si confesionario, apuntes, manual, novela, cuento, o qué.

¿Cómo no?, al fin pude convencer a Miguelo de que fuéramos a Los Secos; salíamos desde Mogán, donde a Miguelo le solía agradar pasear por todo el Mogán costero; no teníamos coche, pero tampoco se nos ocurrió nunca ir al Mogán del interior.

e-libro.net

Un poco obligatorio era ir por la gasolinera, a llenar el tanque del depósito del motor Yamaha, de 12 ó 15 caballos; aparte de este tanque, llenábamos una garrafa de plástico de unos 10 litros con la que teníamos que tener cuidado, ya que en Los Secos le iba a dar mucho sol, con lo que se podría convertir en una bomba hacía nosotros; aún recuerdo la garrafa, traslúcida, enorme, con una tapa chata de color rojo.

Le solía regalar a Miguelo, su primo, pimientos y alguna que otra hortaliza, nos las llevábamos y en la playa, entre los dos, más él que yo, terminábamos comiéndolos, sobre todo el pimiento verde que nos lo comíamos crudo.

En llegar a la playa desierta tardábamos unas tres cuartos de hora, siempre que no se estropeara el motor de Manolito, al que a Miguelo le daba vergüenza pedírselo, quizás yo supervaloraba su amistad, pensando que Miguelo se llevaba con todo el mundo bien; algunas veces llevaba su motor auxiliar, el cual solía desmontarlo y montarlo, con cierta frecuencia. Ese motor era muy lento, de color gris, todo él, con un gran eje que llegaba hasta la hélice. El otro motor era azul, rojo y plateado, mucho más aerodinámico; sus bujías eran fácilmente extraibles, y tenía un par de pasadores de repuesto, por si la hélice partía alguno, cosa que solía ocurrirnos con frecuencia; el "bricolage" nos llegó a tanto, que mandamos a hacer unas varas de acero que luego cortábamos del tamaño del pasador; las llevábamos en mi caja de pesca gris, donde tampoco faltaban anzuelos, papelillos para hacer petas, chocolate, plomos, lapas de otras islas, etc.

Cuando llegaba a Los Secos, me entraba un gran regocijo pensando: "Mi tierra, ya estoy en mi tierra"; esto es extraño, pues de mi tierra casi nunca me había movido, y encima, a Los Secos, sólo hacía dos años que iba, por tanto no comprendo ese cariño por ella. Encima había horas de sol en las que nos teníamos que esconder del gran astro, si no, nos achicharraríamos a pesar de nuestros sombreros de paja. Ese amor, puede ser porque allí no veíamos a nadie, tan sólo Miguelo y yo, raras veces Manolito y/o sus hermanos, y siempre, nuestras novias, que solían llegar cuando ya teníamos todo montado, y con suficiente tiempo como para echarlas de menos (algunas veces fuimos los 4 juntos), y cómo no, el sexo, tan importante en nuestras vidas. No me explico el por qué tanto gusto, si lo que nos ocurría es que pasábamos más desconsuelos e incomodidades que en ningún otro sitio. Me tengo que declarar capitalino, más que "dominguero". Y como decía Miguelo, refiriéndose a nosotros y nuestros bártulos: "¡Viva el domingo!"

De Los Secos volveré a hablar en otras ocasiones. Ya no iba a otras playas más que a Montaña de Arena y a Los Secos.

Lo malo de todo eso, eran los regresos a Las Palmas, pues muchas veces no nos quedaba dinero para coger el Salcai de vuelta; costaba quiero recordar, cuatrocientas o algo por el estilo, pero eso para nosotros, mejor dicho, para mí, era excesivo, y muchas veces tenía que volver haciendo dedo; en ocasiones, Águeda llegó a pagármelo, cosa que le agradecía sobremanera, aunque algunas veces me avergonzaba algo. Y me decía: "Dios mío, ¿cómo es que soy tan pobre, cuando realmente procedo de una familia que algo de dinero tiene, al menos para vivir?" Este dilema dicotómico me acompañaría gran parte de mi vida, hasta el momento en que ésto escribo, que me ocurre lo mismo.

No solía ir ya a Las Canteras, a no ser algún día con Águeda al principio del verano, cuando aun no habíamos ido a una de las dos playas mencionadas anteriormente.

Un verano de algunos años después, hubo una tormenta de esas extrañas, que descargó una gran tromba de agua; en mi casa (la de mi madre) tan sólo estábamos Jose y yo; lo primero que hicimos fue ir a soltar al perro y destupir los bajantes del garaje; cuando llegamos abajo, vimos a "Lord" con una rata en la boca (a Tiga ya se lo había llevado la perrera), se me revolvieron las tripas; ése era justo el bicho que más fobias crea en mí. Destapamos los bajantes y soltamos al perro; nuestra casa se quedó más o menos bien, a no ser por el "géiser" que se había formado en una de los sumideros, el cual sacaba todo el contenido de la alcantarilla por allí. Lo conseguimos arreglar aunque no sé cómo.

Luego estaba la casa de D. Antonio, al que ayudamos cómo buenos vecinos.

Por último ayudamos a Rosario la cual se encontraba sola, pues sus dos hijos más pequeños, los varones, se habían ido ya de la casa, Claudio porque se casó con una chica de la cual ignoro si trabajaba o no; él, me imagino que fuera ya auxiliar. El gemelo Javier, se "arrejuntó" con una chica, de la que se separaría con el paso de unos años. Ayudamos como dije a la madre, a quien se le había inundado toda la casa, pues vivía en el bajo, como portera que era del edificio. La pobre se estaba quedando ciega poco a poco, aunque tenía unos ojos que daban idea de gran sagacidad y endurecidos por el gran trabajo que hizo siempre. No fue muy fácil limpiar todo y

e-libro.net

achicar el agua, pero al final lo hicimos. Tenía algo de miedo, pues por donde achicábamos estaban la instalaciones de la luz de todo el edificio de apartamentos.

Esa fue una de las últimas veces que me pondría mis botas de agua negras; ya me iban quedando pequeñas.

Finalmente doña Rosario, que tantas cosas nos permitió a sus hijos y a mí, terminó marchándose de aquella portería, que fue su casa durante bastantes años. Se fue con su hija, pues por último estaba casi ciega y muy arisca, tal vez amargada por lo dura que se había portado la vida con ella.

Les parecerá una niñería, pero recuerdo como una de las cosas más gratas de esos años, cuando iba a cagar o mear al baño, me llevaba cuentos de Asterix y Obelix, y Tintín, estos dos eran mis preferidos; como último remedio me llevaba los Mortadelo y Filemón, aunque éstos ya me gustaban y me entretenía mucho menos, que cuando era un niño.

Siempre he sabido, y por experimentarlo en carne propia, que el pensar en exceso es contraproducente; si acaso una hora diaria, sería muy saludable, lo malo es que cuando venía de vacaciones, no pensaba una hora, sino todo el día. Estaba realmente "frito" porque mi madre me diera alguna obligación que cumplir, pues me moría de aburrimiento y me sentía un inútil absoluto, ahora bien, hubo un verano en que me encargó, quizás fuera ese, el lijar y barnizar todas las maderas de la casa, tarea arduo difícil, pesada y sobre todo aburrida; creo que lo terminé, como pago me dio unas tres o cinco mil pesetas. Imagínense cómo estaba el nivel económico de mi familia; Mi padre seguía sin mandarnos ni una manutención. Nunca lo hizo, a pesar de lo que debía por cada hijo, lo que va en relación a las ganancias y al patrimonio. Se había declarado en quiebra, mentira ante la cual, según vimos, los abogados no pueden hacer nada. De todas formas, y aunque nuestro abogado eran medianamente bueno, y digo era, porque ahora es un incumplidor, el de él era de lo mejor del archipiélago, todos los que tuvo eran los mejores: "Poderoso caballero es don dinero".

Aún, tal y como se ve, no le había cogido el gustillo al estudio, o tal como se dice ahora, no lo hacía con amor, pero también se observará al ver mi situación en Las Palmas, que tampoco podía estar sin él.

A veces leía los Sal y Pimienta, que los compraba Pepe Armas. Compraba todos los que salían y luego se los dejaba a mi hermano; esa era la mayor fuente de cultura escrita (en ese momento) de la que disponíamos.

Salvador Navarro, era una persona tremendamente depresiva y deprimente . Me seguía visitando cada vez que venía a Las Palmas; no recuerdo quién llamaba a quién, lo cierto es que su sola presencia, ya era suficiente para ponerme malo y deprimirme más de lo que estaba; no lo mezclaba con otros amigos, pues estaba seguro que me lo echarían en cara.

La mujer de Salva, trabajaba de sirvienta, y cuando ya la tuvo segura, se fue nuevamente a Mallorca con el coche y el perro a establecerse allí, llamando a su esposa una vez establecido, como les conté. Años después volvería a su casa en Las Palmas, pues su madre no tenía dinero ninguno, ya que el padre no le mandaba nada, según alegaba, porque se lo gastaba todo en el bingo; volvió él con su esposa, con la que pudiera ser que ya estaba enfadado, pues fue un día sobre esa época cuando, estando yo en su casa, la vi llegar, aunque se escondió y no la volví a ver más. Sí, era una pareja de lo más extraña.

Al poco me dijo que el matrimonio se había disuelto y que ahora estaban solos: él, su madre y su perro, al que enseñaba para atacar y no se extrañen si incluso para matar.

Pero dejemos de lado a Salva, pues cada uno tiene sus problemas, y Dios los de todos. Nuestro problema era cómo alimentarnos, pues me mandaban poco dinero, pero mi madre no se quedaba corta, pues para todo tenía cincuenta mil pesetas, que mensualmente le daba mi hermana Saso de su sueldo, quedándose ella con lo justo para vivir; aunque no sé cómo vivía, pues la vida en Madrid me da la impresión que ha de ser cara, y si encima a una azafata de vuelo le quitas cincuenta mil pesetas no les digo nada; ella iba a comprar un filete y "finito por favor"; la separación de mis padres nos empobreció más de lo que estábamos.

Las carreras nos ayudaban todas a pagárnoslas, o sea mi madre y Maru; no tengo ni idea de cómo hacía mi madre para aparte de eso, pagar las matrículas de las carreras, carísimas las de ciencias; menos mal que éramos familia numerosa y así nos salía un poco más barato, pero seguían siendo muy caras. Mi madre me ha contado, cómo llegó a pagar hasta ochenta mil pesetas por mi matrícula en un solo año.

Están las opciones de las becas; la pedí, la del ministerio.

Comparaba la carrera a una carrera de obstáculos que hay que solventar; los obstáculos eran cada parcial de cada asignatura; aunque me quejaba que desde el principio de curso, al mes, más o menos, empezaran

e-libro.net

los exámenes, uno cada dos semanas, cuando lo pensaba fríamente pensaba “y menos mal, pues si nos llegan a poner todos los exámenes juntos, aquí no aprueba nadie, esto es seguro como que me llamo Antonio”.

Cuando veía a Águeda, ella siempre me hablaba del sobrino y del libro que estaba leyendo; yo no hablaba casi nada, aunque siempre estaba ligeramente mosqueado por su hora de llegada, pero ya digo, desde que la veía venir por la calle, su contoneo de coja, que no lo identificaba como tal, sino como un contoneo provocativo, y el de sus pechos danzarines, me volvía loco; ella puede ser , ahora que lo pienso, se percatara de ello y lo usara como instrumento básico en nuestra relación, aunque no de forma única ni excluyente.

Águeda solía vestir con colores celestes, azules y pasteles; no los combinaba nada mal, es más los combinaba muy bien.

Como comprenderá, el espero avezado lector, con todos estos trajines, no estudie ni mucho, ni poco, mejor: nada, durante los meses que estuve en Las Palmas. Decidí irme para Tenerife un par de semanas antes, allí intenté estudiar pero la falta de continuidad me impidió que me concentrara lo suficiente como para hacer en una o dos semanas lo que no había hecho en todo el año.

El fracaso en los exámenes fue total y absoluto, estrepitoso, no aprobé ni una, y me corrieron las convocatorias, ya llevaba dos en Química General, Física General y Matemáticas. No recordaba caos más grande a lo largo de mi vida de estudiante. Pero acabemos con esto y vayamos con lo bueno: me concedieron la beca del Ministerio de Educación y Ciencias (MEC), me parece que no llegaba a cien mil pesetas para el año, creo que eran ochenta mil, de todas maneras ya las tenía todas distribuidas. Lo primero un cassette y no recuerdo si la calculadora también, se me hacía ya imposible estar sin ella; cuando me los compré, no cabía en mis casillas, de lo privado que estaba con esos dos aparatos frutos del tecnicismo y la evolución.

El cassette era estéreo, gris, y con lucecitas de colorines para buscar la frecuencia y a medida que se subía el volumen, más luces se encendían; también tenía radio. Creo que me costo unas doce mil; me lo compré en Las Palmas, al regreso de los exámenes de septiembre (cosa que ya casi no volvería a hacer más), en un indio con el que intenté regatear pero no pude, se me puso chulo y al final lo compre coaccionado por él (esto parece una película de Woody Allen). Le di leña a base de bien, me duró bastantes años. La calculadora la compré en Tenerife, en santa Cruz; iba con Águeda, y ese mismo día invertí una cantidad que no recuerdo, en infinidad de bragas y sujetadores eróticos; la mayoría eran blancos, uno negro, el conjunto me extasiaba. Ninguno rojo o fucsia, por esa época esos colores no se usaban tanto.

Quería entrar a la tienda con ella, pero sólo me dejó a una o dos, en las que casi no compró nada, pero donde hizo la compra grande, no entré. Los conjuntos duraron muchísimo, pues sólo se los ponía cuando había guerra. Como se comprenderá, a la calculadora, prácticamente no le hice caso. No fue tanta la ropa interior que compró, pero se le sacó el jugo.

Estaba deseando llegar al piso para que se la probara. El primer día fue decepcionante, quizás porque ella se sintiera cohibida con el conjunto, o quizás fuera yo el cohibido.

El dinero no recuerdo si me duró una o dos semanas. Pocas cosas más me compre.

La matrícula me salió gratis. Menos mal, pues en mi casa no había dinero y yo acababa de tirar por la borda lo que me tenía que haber durado todo un año. Por el numero de asignaturas suspendidas me retiraron la beca. Ya no la pude conseguir más nunca.

Pensando que nadie me ayudaba, me sentía solo, a pesar de estar con Águeda y mi familia, me sentía un incomprendido, y me daba continuamente ganas de ponerme a llorar. Era muy grande la frustración que llevaba conmigo; sólo me escapaba de ella (mentira, pues después se me retrasaba el trabajo) con el alcohol, bebiendo cervecitas y vino con los colegas.

Un acto que cambiaría mi vida, aunque en ese momento no me di cuenta, tan solo me “embajonó” algo, bastante, pues ya me consideraba pobre total y absolutamente, fue el hecho, por parte de mi padre, de vender la farmacia; yo ya no tenía futuro en la profesión, al menos eso me dio la impresión; no obstante, me planteé que algún día, pasara el tiempo que pasara, tendría mi propia farmacia, y con eso me consolaba. Me inventé una frase que decía cuando veía que los demás desconfiaban o me iban a compadecer:

-El puro, cuando me lo fume, será mío.

He fumado algunos puros, y muchos me los han regalado, otros los he comprado con el dinero de mi madre, y por último otros me los he pagado yo. No es tan caro un puro; no obstante el sentido de la frase, creo que es bastante significativo.

e-libro.net

La farmacia se vendió en doce millones, al menos eso era lo que se decía; luego, con el tiempo, la madre de Tomi me diría que se vendió en unos treinta; y más tarde aún me diría el director del Banco Santander, la sucursal que hay por casa (la casa de mi madre), cuando le dije en cuanto se había vendido, y que por tanto mi madre de ella cobró tan solo la mitad; él me dijo:

-No seas bobo, esa farmacia se vendió en mucho más.

Hoy día no sé a qué atenerme, ni qué pensar. Aunque ese dinero nos vino bastante bien. Mi madre ya no tendría que vender la casa, podíamos estar algo más relajados, y le podría devolver el dinero a Saso, la cual nunca lo quiso recoger. Después, Saso, se plantearía el comprarse el piso de Madrid, era una burrada lo que tenía que pagar, pero al fin fue suyo, al cabo de más de diez años. Saso vivía en Madrid con un cazador furtivo, Alfredo.

No compraron el piso juntos. En esa empresa se aventuró mi hermana sola.

Saso tenía problemas con la regla, la tenía desrregulada, a pesar de que tomaba anticonceptivos, los cuales como se es sabido, regulan el ciclo hormonal, creo que al hacer que las secuencias de LH y FSH sean constantes, o algo así. Tendría que sabérmelo pues lo he leído y estudiado, al menos tres veces en mi vida, pero según parece tengo la cabeza hueca. La primera vez, como ya saben con el ginecólogo que nos dio las charlas, la segunda en Fisiología animal y la última en un coche mientras esperaba, pero entraré en este tema con mas detalle cuando llegue a él, si es que me acuerdo, o si no lo confundo creyendo que ya lo conté, cosa que me pasa más a menudo de lo que desearía, aunque según dicen del gran Umbral, él también se repite mucho.

La mentalización de mi vida desde pequeño, el hacer farmacia, me marcó mucho, pero esa fue la decisión que adopté; a esas altura de carrera, estaba ya cansado y arrepentido del mundo en el que me había metido, aunque intentaba consolarme con que esos pequeños inconvenientes no me iban a hacer para atrás; tenía como pueden ver una cierta “madurez y orientación vocacional”.

Nunca me han dicho cómo comportarme, así que no sé que forma es la correcta, ni siquiera sé si aceptaría comportarme según pautas establecidas, pero tengo la duda de si me porto, aún ahora, bien o mal; a pesar de saber que algo haré en este mundo, espero que sea bueno, aunque sea poco.

Puede que fuera con el dinero de la beca, lo cierto es que me compré unas gafas de pasta, de las que le llaman: de gota; pues bien, esas gafas me acompañarían años y años; tan sólo les tuve que cambiar una vez los cristales, porque se me rompieron. Me compré las más baratas, unas de unas ochocientas pesetas más o menos; aun así me parecieron carísimas. Eran marrones, y su funda verde, hoy vienen fundas mucho mejores y mas seguras; la funda era de una inseguridad absoluta, con lo que tenían tendencia a salirse por delante; no me explico cómo no se me llegaron a romper muchas más veces.

Empecemos a hablar del siguiente curso, no es que me fuera mal con Quillo y Pine en el piso, sino que estaba deseando ponerme a vivir con Águeda: conseguir la independencia, emanciparme, estas cosas eran más sentimentales que económicas, pues aunque quisiera tener más dinero, cómo lo conseguiría, pues trabajando, en qué, pues de camarero o algo así; no dudo que sí conseguiría trabajar de camarero, lo que no conseguiría sería terminar esa carrera; tan sólo cómo dije, conocía a uno que trabajaba en las fotocopiadoras; años más tarde encontraría a uno que trabajaba de profesor de EGB.

Quería a toda costa vivir con Águeda, pero primaba el motivo económico, así que la casa que eligieron los que allí íbamos a vivir, estaba a veinte minutos, calculo que a unos dos kilómetros de la Laguna, y por ende, de mi facultad.

La casa desde fuera tenía muy buena pinta, tres pisos, un buen porche, pequeño pero curioso; pero cuando uno entraba en ella, se le caía el mundo encima: los papeles pintados de las paredes, tétricos al máximo, cutres, y medio levantados; a quien le tocara ese cuarto, no cabía duda que debería reformarlo al máximo. Estaba a la entrada, y más que cuarto era un salón, vacío por completo; bueno, mentira le había puesto el dueño de “la chabola”, unas mesas consistentes en un tablero de novopan forrado con una chapa de formica, las patas eran de hierro hueco, muy débiles. Había dos mesas y una estantería diminuta en la pared. Antes de seguir y según habrán deducido, ese sería nuestro cuarto, el de Águeda y mío, no porque lo eligiésemos nosotros, sino que lo echamos a suertes; a los otros cuatro de la casa, les tocaron las habitaciones de los pisos superiores, las cuales estaban acabadas de encalar. Daba gusto estar arriba, y entraban grandes depresiones al estar abajo.

Abajo estaba ese enorme cuarto al que se podía entrar desde la calle (desde el porche) y luego la otra entrada, más estrecha, con la escalera a la izquierda y un minipasillo a la derecha y pegado a ésta, que daba a nuestro cuarto, el baño, el comedor y la cocina . Detrás de la cocina había una serie de cuartos sin encalar, no sé qué pretendía el dueño con esa ampliación de la casa, pues provocaban no sólo una gran sombra, sino que daba

e-libro.net

una nefasta impresión ver esos cuartos techados con planchas de plástico y de las que se veían las paredes de cemento, y el ladrillo desnudo.

Aunque me sienta inspirado contando los mil y un inconvenientes de la casa, tengo un dato anecdótico que contar: me mandaban siempre mis amigos a hacer las pipas para fumar hachís, y a prepararlo yo; la forma de preparación consistía en coger un pequeño trozo de chocolate, más grande cuanta más gente estuviera, cogía un tabaco rubio (se cogía la cantidad de este que se quisiera, siempre empezando por el final, y desechando la parte del filtro, más lo que no se quisiera de él), se mojaba con la lengua la unión del papel del tabaco y así se tiraba por ahí, y se sacaba una tira de papel que dejaba abierto el cigarro a lo largo; se echaba el contenido de éste en la palma de la mano la cual se ponía en forma de cuenco; se ponía encima el chocolate y se le daba calor con un mechero, luego se empezaba a desmenuzar éste; si era aceitoso y de calidad, crecía y se hacían bolitas que se mezclaban con el tabaco, hasta más o menos hacer una mezcla homogénea. Previamente se pedía que alguien hiciese un filtro de cartón con las solapas de la caja de cigarrillos, luego se cogía un papelillo de fumar, se ponía el filtro en un extremo y se liaba el peta. Habían muchas variantes de cada parte del rito; también se podían hacer diversos tipos de pipas, para lo cual se usaban las platinas de las cajas de cigarros, la mejor de todas, era la de los cigarrillos Coronas, por su grosor y calidad. Otros incluso sobaban el chocolate sobre una llave o encima de la mesa; cualquier forma era buena para el estúpido ritual. He que confesar que algunas veces, si lo hacía otro, se me hacía la boca agua. Con el tiempo llegué a saber de personas que querían hacerlo porque así ponían todo el chocolate en una parte y luego ellas se fumaban toda esa parte de manera “insolidaria”. El caso de una persona que lo hacía, era Eduardo, el sempiterno estudiante de farmacia.

Tras este breve paréntesis, volvamos al tema por el que íbamos. No obstante no está fuera de lugar esto, pues como saben, era inherente en mí.

La parte baja (de la casa en la que íbamos a vivir) ni siquiera tenía puertas, especialmente nuestro cuarto. En sustitución de ella, pusimos una maleta negra de gran tamaño, supongo que de Águeda, pues yo viajaba siempre con mi vieja mochila, que más que mochila era un saco roto, desteñido y sucio de tanto que había sido usado; no recuerdo quién me lo regaló, puede que fuera mi cuñado Pepe. No tapaba lo suficiente la entrada del cuarto, como se supondrá de poco pues servía, de lo que se intentaba, era de huir de los graciosos y jodelones ratones de campo, los que abundaban en la casa.

Nuestro cuarto mostraba claramente cómo había sido construido la casa: con amigos y copa va, copa viene. ¿Por qué deduzco esto?, pues sencillamente porque el techo estaba inclinado de una manera asombrosa.

El baño, uno solo para los tres pisos, tenía pozo negro, es por ello por lo que al poco de estar en la casa nos infestamos todos el aparato genitourinario, al menos Águeda y yo lo sufrimos, ella fue al médico y le mandaron un tratamiento; como seguro que no le dijo que estaba viviendo con un chico (casi un niño a pesar de lo maduro que me sentía, y que quizá algo lo fuese tras los problemas a los que me presentaba), pues no me mandaron un tratamiento para mí; ignoro cómo se me quitó, pudiera ser porque al penetrarla, y si ella usaba comprimidos vaginales, estos tal vez tuvieran antibióticos y gracias a ellos se me quitó mi infección, si no, no me explico cómo me desapareció la infección del pene.

Ese mismo baño, no tenía cortinas en la ducha y se las hicimos pegando bolsas de plástico duro, semitransparentes (traslúcido); la barra sobre la que colgaba la cortina, no recuerdo cómo era, es posible que fuera una simple soga, o cualquier palo buscado por ahí.

Una de las veces en que estaba cagando mientras Águeda se duchaba en el mismo y estrecho baño, le escribí una enorme carta a León, que se había marchado a estudiar sociología a Madrid, creo que no recibí respuesta, ni a esa ni a una o dos más que le escribí. Le contaba lo que estaba pasando en ese momento: que Águeda se estaba duchando a mi lado, mientras se trasparentaba su figura esbelta y bonita. Comprenderán que aparte de cornudo, excitaba a mi opositor, y lo peor de todo es que no me daba cuenta.

Las reformas de la casa las hacíamos entre todos, cada uno en su cuarto, menos los sitios comunes en los que todos participábamos; solíamos comprar una botella de ron o vino para hacernos el trabajo más ameno, con esta dinámica estuvimos unas dos semanas.

Por mi parte y en mi cuarto, de Águeda y mío, pues por el pagábamos cada uno unas cuatro o cinco mil pesetas, no recuerdo exactamente la cantidad. Quité el papel pintado que se estaba cayendo, el cual ocupaba de mitad de la pared hacía arriba, la otra mitad (la de abajo) estaba pintada de un marrón brillante horrible, pero no era esto lo peor, lo peor era que siempre estaba helada, y cuando a veces me apoyaba por equivocación en ella me quedaba tieso del frío que me entraba.

e-libro.net

Después de quitar el papel, me compré un rodillo para estucar y pintura plástica blanca. Medio borracho pinté el enorme cuarto.

También le quitamos unos lamparones de lágrimas, que a mí no me repugnaban, ya que me recordaban a mi casa, pero a Águeda no le gustaban nada, y "donde manda patrón, no manda marinero".

No teníamos ropero, por lo que compré unos listones de madera, una barra de hierro y una tela gorda azul marino y con ellas me hice un ropero, cómo, muy fácil: hice dos rectángulos iguales, uno seria la base y el otro el techo, en el del techo, amarré con soga el hierro redondo a modo de perchero al rectángulo superior, los dos rectángulos estaban unidos por sus ángulos con unos listones de madera más largos, aunque todos iguales, así formé el esqueleto del ropero; la tela servía para rodear toda la estructura de madera.

Era tan grande el frío que hacía que nos tuvimos que comprar un par de estufas, una cada uno. Las poníamos a tope y aun así no calentaban el cuarto; éste seguía sin puerta.

El detalle más amargante, y sin embargo, el que teóricamente debía de mostrar nuestra intención de fidelidad y camaradería fue que los dos pusimos el dinero juntos, incluso el que teníamos para gastos. Digo que fue frustrante, no por el dinero para la comida y para la casa, cosa que era de cajón pagar, sino el de nuestros pequeños gastos, creo que fue un gran disparate, pues como les he dicho, a Águeda le encantaban las chocolatinas, las cuales solía comprarse a veces, y cuando la veía comiéndoselas algunas veces me desconsolaba muchísimo. Cuando quería salir solo con algún amigo, le tenía que pedir el dinero, cosa que me daba un gran apuro, no sólo por gastar dinero común, sino porque me daba la sensación de estar desperdiciando el tiempo (esto cada vez me ocurre más, la sensación de pérdida de tiempo, aunque desee muchas veces ver a mis amigos, pero un poco sólo, así muchas veces pienso que no comprenden que con verlos un ratito, cenar y charlar algo, ya sea más que suficiente hasta la próxima vez).

Un día, después de trabajar en el cuarto, y cuando éste ya casi estaba terminado, al menos según nuestra opinión, salvo la puerta, que seguía siendo la maleta, Águeda y yo decidimos salir juntos a cenar al bar más cercano a la casa, estaba a aproximadamente diez minutos a su paso, un paso lento, aunque nunca me percaté de éste hasta ahora que lo escribo y medito.

Cenamos muy bien, carne de cerdo frito en pequeños taquitos con papas fritas, estaba servido para cada uno en una bandeja, aparte de esto no era muy caro, cosa que nos gustó mucho más, aunque ya nos habíamos informado antes de los precios por los otros compañeros de la casa. Cuando regresamos, contentos y relajados, debido al par de cervezas deglutidas junto con la comida, yo casi pensaba hacerle el amor, aunque no teníamos puerta, pero todo se nos fue al garete al llegar a la casa, cuando ante el marco de la puerta y antes de quitar la negra maleta, vimos cómo un ratón cruzaba de largo a largo nuestro cuarto.

Otro día sería en el ropero del pasillo que lindaba con el cuarto, donde se metió uno, lo sacamos de debajo a base de asfixiarlo con sándalo de varios olores, que nos habíamos comprado Águeda y yo, para perfumar la habitación. El ratón salió dando tumbos, y terminamos matándolo.

Un día, una hermana de Ramón vino con un perro que le habían regalado, era un cachorrillo, lo pusieron al lado del ropero antes nombrado, esto es frente a nuestro nidito de amor, el cual ahora sí tenía puerta; la puso el dueño, según parecía era la más barata del mercado, dos planchas finísimas y en medio cartón; lo único que era de madera algo más dura eran los bordes, de todas maneras hubo que cortar un extremo de la misma, pues no entraba en el marco; también le puso el dueño las bisagras. Era un manitas, pero algo chapucerillo. A pesar de la puerta, por lo visto, el perro no paró de ladrar lastimeramente toda la noche; antes de irnos a dormir vimos cómo había vomitado garbanzos con carne; los antiguos dueños parece como si se quisieran desembarazar de él, o eran unos brutos, lo cierto es que el pobre bicho, bien por estar hecho polvo de la indigestión, bien por sentirse solo, o bien porque extrañaba otro hogar, no dejó dormir en toda la noche a Águeda y según parece tampoco a Candelaria.

Las dos primas se confabularon contra el pobre e indefenso cachorro, de tal forma que lo tuvimos que regalar. Era negro y precioso, una mezcla de pastor alemán y otra raza que no la conozco como para identificarla.

A Lucía, la que estudiaba biología en su último año, y que no estudiaba nada, según decía porque ya se lo había estudiado todo junto ("!Ay! !si eso me ocurriera a mi! soberbio maravilloso", pero no adelantemos acontecimientos), le mandaron estudiar el esqueleto de una lagartija, de las que allí en el campo tanto abundaban. La cazó con un cacharro, un palo, una cuerda y comida; el método: el de toda la vida, y a saber, igual que el que usábamos para coger pichones.

Lo cierto y desagradable de esto, era que a Lucía, no se le ocurrió otra cosa que congelarla en un caldero con lo cual inutilizaba un cacharro de la casa, ocupando un gran espacio en el pequeño congelador de la nevera,

e-libro.net

situada en el comedor, en el que ésta, junto con la mesa y las sillas, ocupaban casi todo el espacio, y, por último, y más importante: ¡lo desagradable que resultaba ver al jodido lagarto congelado, junto a nuestra comida!

La asociación de ideas, y el cómo aprendemos datos equivocados, erróneos, es un ejemplo claro de lo que me pasó con Karl Marx; este falso conocimiento, se debía a que Pine, cedido por Maru, tenía en su casa un póster de Marx, hecho a plumilla, en el que se veía la cara de éste, con su gran barba, y de un extremo de ella, se veía en la esquina del dibujo a una señora en una mecedora, cosiendo algo con el hilo que iba extrayendo de la barba de Marx. Esta reproducción me llevó a la conclusión de que Marx vivía con su madre a una edad ya madura. Error que hube de corregir al leer años después una simplísima y escueta biografía del padre del marxismo, la que decía que Marx se había casado.

Como se recordará, ya no oía música estudiando, o sea que pocas veces la oía; tampoco, esas pocas veces, la oía con auriculares, salvo rara vez, pues sin ellos me despistaba mucho, y con ellos me aislaba mucho de la realidad, no obstante, el dinero de la beca me dio para comprar dos de material no muy bueno, tal es así que los dos me costaron mil y algo, exactamente, no lo recuerdo; creo que sólo lo utilizamos una o dos veces, y una de ellas, quiero recordar que estábamos colgados; como variedad no estaba mal, pero para introducirlo en la monotonía de nuestra relaciones (que no creo que fueran monótonas aún, en absoluto) sexuales, no me gustaba, pues sentía que algo fallaba, y qué era, que no oía los jadeos de Águeda, y por tanto no me podía guiar por ellos.

Águeda muchas veces, me decía que tenía una amiga, la cual, hacía el amor siempre con camiseta, no sé por qué me lo decía, si realmente ella quería introducir esa variante, yo a ella le respondía con el silencio, pues nunca pensé, que ella lo deseara, yo desde luego lo descartaba por completo, siempre me ha gustado ver claro, ya he dicho que soy un poquito fetichista.

Era realmente increíble, y opino que digno de verse, cómo hacía frente y con qué resignación, hacia mi pobreza; una resignación contenida, pensando que no siempre me iba a durar esa pobreza, cosa que acerté, aunque por lo pronto sólo a medias, pues actualmente sigo siendo mas bien pobre, distando mucho de ser rico, ni por asomo, aunque pudiera aparentar más de lo que en realidad tengo, si se me ve el vestuario, y más, comparándolo con el de aquella época, en que no creo que tuviera más de tres camisetas, uno o dos vaqueros, que por cierto, estos estaban tan sumamente húmedos cuando me levantaba de la cama y me los iba a poner, que debía meterlos debajo del culo, y sentarme encima de ellos, para que con el calor que desprendía mi cuerpo los pudiera calentar algo, pues ponérselo de golpe era peligroso, a punto de coger una pulmonía. Al margen de esto, o quizás por esto, y porque estaban hediondísimos, lo cierto es que se mantenían erguidos, si le doblaba un poco las “patas”, pero esto serían cosas que me iría dando cuenta a medida que avanzaba el curso.

Cuando tuvimos la casa casi terminada, si como decidimos dejarla se puede llamar así, lo cierto es que los del piso hicimos una fiesta, con ron, cosa ya habitual en la casa, y aunque me gustaba, me estaba empezando a asquear, pensando si no me iba a poner a estudiar de una vez; pero volvamos a la fiesta, a lo sumo había una o dos personas que no fueran del “chabolo”, a saber, un chico que estaba loquito por Luci (estaba muy bien considerado en la facultad de biología, pues había hecho un trabajo sobre los muflones por lo que parece muy completo), no le dejaba ni a sol ni a sombra, siendo él, el visitante mas frecuente en nuestra casa; mis amigos, esto es Tomi, y algún que otro chicharrero, no aparecían por mi casa, pretextando que se encontraba muy lejos. La fiesta era a base de cubatas, y con mi radiocassette, oíamos a los Rolling Stone. Apagábamos y encendíamos la luz del comedor y la cocina a ritmo de rock and roll. Al día siguiente, algo resacados, vimos como casi habíamos quemado los interruptores. Estaba toda la tapa y la palanca, al igual que los alrededores negros, quemados.

Durante los tres primeros meses, estudiaba de normal en mi cuarto, perdón, ahora que lo pienso, creo que sólo estudié un mes allí, donde todo lo que fumábamos Águeda y yo, y estando todo cerrado, y la contaminación de nuestra propia respiración, se me hacía muy difícil la concentración, padeciendo de dolores de cabeza, que me tenía que quitar gracias a la Aspirina® de Bayer.

Digo que fue tan poco lo que estuve estudiando en mi cuarto, pues en la mesa común para estudiar, en el piso de arriba, el que ya dije que tenía un aspecto fenomenal, de casi nuevo, allí estudiaría el resto del año. Estando un día Meli (no sé si su nombre venía de Meliton, o de dónde coño sería, nunca lo dijo) y yo estudiando, uno enfrente de otro, me dijo:

-!Uf, qué frío hace!; ¿Tu no tienes?

-Sí -le respondí.

-Voy abajo a tomarme algo.

e-libro.net

Al rato subió, y pensé que se había tomado un vaso de leche, tal como se lo hice saber, a lo que él respondió:

-No, que va, me tomé un copita de alcohol, pues no hay nada para beber.

Eso me dejó totalmente alucinado, y no estoy seguro si pensé en las novelas de adolescente, pero una cosa estaba clara: estaba viviendo con un alcohólico, el cual no sé cómo ni por qué había llegado a serlo, pero sí que lo era.También era muy derrotista, y lo poco que estudiaba, pensaba siempre que lo iba a suspender, lo cual se contraponía a mi garra, aunque algunas veces los problemas me desbordaran. Dejé a uno, y me fui a vivir con otro alcohólico, aunque a este último no estaba dispuesto a aguantarle. Su derrotismo le llevaba a criticar su soledad en el último piso, del cual, lo único malo que le veía, era tal vez la puerta algo endeble, y que encajaba mal, por lo que podría entrar algo de viento por las ranuras; el material no era muy bueno, pero, y qué pensaría o cómo se hubiera puesto si de entrada le hubiese tocado nuestro cuarto, el de Águeda y mío, seguro que no se hubiera conformado; hablando de nuestro cuarto, he de decir que la puerta estaba sin barnizar, esto es de color madera, mal cortada por lo que por los extremos entraba y salía luz, claridad, aire y sonidos. Cerraba a base de fechillo, pues el poner una cerradura era demasiado sofisticado para el dueño.

Un día fui a pagar la mensualidad con Ramón, y cuál no sería mi sorpresa al ver que vivían en una especie de chamizo, no cómo las que estaban frente a mi casa en Las Palmas, sino a base de cartón y ladrillos; tenía dos pisos, pero de los dos una pared estaba sin bloques y sin nada, todo cara al campo. Empezaba a acercarse el invierno y me preguntaba cómo iba a vivir esa gente en invierno, ahora eso sí, nos ofrecieron un par de vasos de vino, Ramón aceptó inmediatamente, yo no recuerdo si bebí o no, más que nada por no hacerles gastos. El patriarca de la familia era alto y delgado, aunque me da que lo de delgado se debía más a necesidades económicas, que a una alimentación pobre en grasas animales y rica en frutas y verduras. Tenía muchas hijas, de todas las edades. En definitiva, vivían miserablemente, aunque parecía que había unión en la casa (recuérdese el grave error que yo me había prefigurado en mi magín, esto es, que los pobres eran felices, y los ricos unos infelices: gran error, “hay de todo en la viña del Señor”, aunque, “es más difícil que un rico entre en el reino de los cielos, que un camello pase por el ojo de una aguja”). Deseaba hablar con el dueño, a las mujeres como ya saben les caía mal, quizás porque pensaban que era un pervertido con drogas, alcohol y mujeres de mala vida, puede que ese día hablara algo con él, pero no llegamos a “interactuar” como ahora se dice, no brotó esa chispa por la que se siente magnetizado el uno por el otro.

Me dejó pensativo esa casa, “así que la nuestra era para ellos un palacete, y yo creyendo que todos consideraban nuestra casa un auténtico despojo”, piensen de todas maneras que mi familia, salvo mi padre, aunque pobres, vivíamos en un chalé, pero a éste no se le hizo ninguna restauración por dos motivos bien sencillos, a saber: el primero que no teníamos dinero, y el segundo, igual o más importante, que no sabíamos si nos iba a tocar a nosotros o a nuestro padre, en la separación de bienes.

No tenía dinero, ese era el caso, así que los libros imprescindibles los fotocopiaba, a tres pesetas la página, precio descubierto en una librería frente a un instituto de La Laguna, en la parte vieja. Pedía el libro prestado a alguien, sobre todo a Tomi, que se solía comprar la mayoría de ellos, incluso el de Parasitología en segundo, siendo que él, posteriormente, haría la rama ecológica, y no la sanitaria.

Las fotocopias las solía pagar de mi bolsillo, aunque si eran muy caras, cosa que casi siempre ocurría, le pedía dinero a mi madre, por ejemplo si eran tres mil pesetas el libro, yo le decía que costaba cuatro o cinco, y que ella me mandara dos mil al mes siguiente, siento decirlo, pero estafaba a mi pobre madre, que casi no tenía de dónde comer. Una vez resuelto lo del dinero y que alguien me dejara el libro, se lo dejaba al dependiente, era casi siempre cuestión de un día. Luego compraba cola para papel, cartulinas y en una farmacia gasas de medio metro. Una vez tenía todos los materiales, cómo se comprenderá no iba a hacer un libro de mil hojas, no, lo cogía y lo dividía en temas, estos los encuadernaba por separados, algunas veces eran más de uno juntos, si estos no eran muy largos, caso que no solía ocurrir, cogía un taco de fotocopias y por la parte que daría al lomo los encolaba doblando a uno y otro lado las hojas, luego las ponía derechas y le pegaba la gasa en el borde encolado, con lo cual se quedaban unidas a una tela, cómo los libros de verdad; ahora que lo pienso ésta última operación descrita sobraba, pero así lo hacía; por último les pegaba una cartulina de colores, generalmente verde, fue al menos este color el que use para el libro de Fisiología animal, y con esto formaba las tapas semiduras, más bien blandas, si pensamos en el grosor de cada fotocopia y su conjunto. En cuanto a lectura de relax, quizás ojeara el de Eduardo Mendoza: “La cripta embrujada”, digo que quizás lo ojeé pues andaba siempre por los alrededores de la casa, y no creo que fuera con la intención de que yo lo leyera; creo que era de Ramonsi, quien era el que más libros y más

e-libro.net

variados tenía; también entre él y Candelaria compraban “El Pais” periódico archifamoso como “progresista” de aquella época. Ese libro, con el paso de los años, lo he comprado, aunque aún no lo he leído (aunque ahora ya sí, acabo de leerme el último de ese autor “Una comedia ligera”).

Otro autor que influyó muchísimo en mí, fueron las obras completas de Frank G. Slaughter; las obras de este autor suelen tratar de historias de médicos y pacientes, o médicos contra médicos, en la que siempre rondan alrededor las mujeres. De normal el protagonista se casa con la más buena y que por supuesto es muy hermosa. Esas novelas me hacían sentirme enormemente enamorado de Águeda, siendo este año, uno de los que más sentimos y dimos amor por parte de ambos, al menos por la mía, sí estoy seguro. Cada libro era de un grosor enorme, me encantaban; pertenecían a la biblioteca privada de su padre, que según parece los almacenaba en cajas en su casa materna. Águeda empezó a contarme ese año lo siguiente:

-Mi padre siempre me sentaba en sus piernas y me daba trocitos pequeños de pan con mantequilla, y esto lo hacía todos los días.

Su padre era alcohólico, por lo que casi lo despiden de su trabajo, si no es que lo despidieron. Según decía Águeda, los padres, su padre y su madre, se llevaban mal, de tal forma que me da que al final se separaron. Su padre, cuando la conocí ya había muerto, siendo huérfana quizás le dolía que el mío viviera, aunque ya sabía que estaban separados, y encima, mi padre haciéndonos la puñeta de todas las formas posibles. Cierta vez, mi padre llamó a mi madre para verse en la Plaza de la Victoria; mi madre fue asustada; él lo que quería era arreglar amistosamente, no sé qué llamaría él a eso, si pretendía dejarnos mejor de lo que nos quedaríamos por medio de los abogados, los cuales, los de él, según parece le habían levantado ya mucho dinero, lo que no estaba dispuesto a seguir tolerando. Al final, no le quedó más remedio que pagar. No llegaron a ningún acuerdo; mi madre estaba histérica.

Una aclaración que he de hacer, es que como verán mis lectores, que las conclusiones las hago y las tomo cómo dogmas de fe, sin saber muchas a ciencias cierta, si lo son o no, aunque para mí lo sean; esto no quita, para que si alguien consigue sacarme de mi error, pues, que lógicamente cambie mi postura.

Pero sigamos con mi madre, les dije que a ella siempre le ha gustado comer cosas de repostería, a falta de que alguien se ocupe de ésta, lo hacía ella, y como por esa época sólo estaban en mi casa José Juan y ella, pues le hacía de vez en cuando pudin de pan, exquisito, lo digo porque a mí también me lo hacía y se me quedaba la boca hecha agua; piénsese que postres no solíamos tenerlos donde estudiábamos, donde el único permitido eran las galletas para el desayuno, y éstas eran algo bastas; por el hambre que teníamos la leche la hacíamos más espesa (era en polvo a preparar con agua, cosa que no es usual en muchos sitios), cosa nada recomendable por lo que veremos más adelante.

Aunque me gustaba leer, tenía muy pocos libros míos, pero aún no me preocupaba mucho, algo sí; fue por esto último y por lo barato de la colección por lo que empecé a comprarla, era la: “Biblioteca Básica Salvat”, cada ejemplar costaba ciento veinticinco pesetas, y aún así no logré completarla del todo, me quedé en sesenta o por ahí de los cien libros de que constaba, porque no era constante la recepción de los libros en la librería donde los compraba, probablemente porque no le interesaban ya a casi nadie, debido a la poca constancia de la gente; pasado el tiempo tendría ocasión de comprarlo aún a ciento veinticinco pesetas el ejemplar pero no lo hice, por ahorrar, ahora no creo que vuelva a encontrar ese chollo. De todas formas mi biblioteca personal empezaba a agrandarse, y casi siempre, más con libros de literatura, que libros científicos. Los títulos de la colección eran muy buenos, de los mejores autores, lo que no puedo afirmar categóricamente es si las versiones eran o no buenas.

Hablando de literatura, no sabía que título poner a este libro; en principio pensé ponerle “¿Yo?, sí”, no me terminaba de convencer este título, así que empecé a darle vueltas al “tarro” y por ahora he pensado ponerle el título, que creo más literario: “Ayer y hoy”, este me gustó con diferencia, más que el otro, éste me convence y el anterior no; pero aún quedan muchos folios por llenar, o mejor, cosas que contar. También me he planteado, si no es esto más bien una serie de cosas inconexas, y que intento de alguna manera hilvanar, para una vez hecho intentar venderlo al mejor postor, y lógicamente que me lean; será esto vanidad (“vanidad de vanidades, todo vanidad” cita bíblica muy usada por Don Miguel de Unamuno), o será otra cosa. Si es otra cosa, desde luego no sé lo que es. Y, en qué terminará todo esto, Dios dice que “no os desveléis por el mañana, que vivamos al día, intentando hacer cada día lo mejor posible”.

Fíjense ustedes, que incluso este título “Ayer y hoy”, está mejor empleado que el anterior pues muchas veces paso del pasado al presente y viceversa.

e-libro.net

Se habrán dado cuenta que las primeras cartas de mi vida que empecé a escribir fueron las enviadas a Juan Salvador León. Lo cierto es que con ello disfrutaba, alucinaba, me relajaba y me divertía; ¿empezaría allí mi vocación, o quizá cuando vi las garrafales faltas de ortografía de Tere Ortega, o quizá mucho más tarde? ¿Quien sabe?; viendo el carisma de mi padre, sabía que no me podía quedar en simple farmacéutico, que eso no era bastante, aunque según experimenté en carne propia, en esos momentos, tampoco era poco. !Poco no!, era toda una burrada, todo un mundo, para el que se inmiscuía en él; me parecía imposible de afrontar, a pesar de dedicarle casi la totalidad del día a ella; de todas maneras como observan las primeras semanas de clase las dediqué a arreglar el piso; otros ya estaban estudiando desde esa época, los más de los quince primeros. Piénsese, que de quinientos que estaban en primero, pocos pasarían de curso año por año, y mucho menos, éstos eran contados, los que aprobaban todo entre Junio y Septiembre, y no sé si había alguno que aprobara todo en Junio, a lo mejor uno por cada promoción. Empecé a experimentar, aunque sospechaba que no se iba a dar por el exceso de frío y mal tiempo, con la yerba. Metía las semillas en turba impregnada en agua, y como las suponía amantes de la luz, las ponía en sitio oscuro; justo bajo del ropero donde un día vimos el ratón, allí germinaban las semillas, aunque me era muy difícil que luego crecieran y se hicieran plantas o arbustos, ya que árboles nunca los he visto.

Las mías, ese año se echaron todas a perder, de todas maneras, los experimentos estaban ahí, y me sirvieron para años posteriores.

¿Saben otro título que estuvo rondando mi cabeza, pues se parece al de mi primer libro, breve y poco exitoso (no tuvo ningún éxito, y mucha menor difusión), su título es: "Historia de un individuo cualquiera", verán que es algo desgarrador, pues me considero como un ser ínfimo, que es a veces como este egocentrista se siente ante el infinito mundo. Si he de ser sincero, no me considero tan egocentrista, pues "Al principio era el verbo", o sea, no yo, sino Dios, (me han de perdonar si las citas de la Biblia no son exactas, pues no hace mucho que la escudriño). Pensaba que era bueno mi primer libro, pero al dárselo al mayor entendido que tengo en estas materias, me dijo lo contrario.

Como comunista barato que era, tenía que hacer tareas en la casa, entre ellas limpiar el estar del piso de arriba, en el que por lo pronto no había estado demasiado; no obstante, este junto con la cocina y el comedor tocaba una vez, cada seis semanas, o sea una bobería; sin embargo, el cuarto donde dormíamos, y en el que a veces Águeda unía las dos camas, recuerden que estaba superenamorado por esas fechas y no me importaba contarle mis penas, es mas, pensaba que era lo ideal, en contraposición a mi padre, que según parece no le contaba casi nada a mi madre, y mucho menos cosas del trabajo. Sinceramente, la mayoría de las veces, me veía cómo un "Juan Lana", sin personalidad ninguna; aunque así ya me sentí en alguna ocasión en primero, justo cuando estábamos haciendo cierto día la cama, fue ese día el primero de los que empecé a sentirme como tal, y que a partir de ahí se repetiría demasiadas veces, por considerarme en la obligación de tener que explicarle todo lo que hacía y se me pasaba por la cabeza.

Ese año, me parecía, que hacía más el amor, y menos el sexo, de todas formas no lo puedo recordar, lo que sí es cierto es que la frecuencia, respecto al año anterior, había descendido algo espantoso.

Mi gran ropero, el fabricado por mí, me gustaba mucho, y estaba orgullosísimo de él; era la primera, o de las primeras cosas prácticas "fabricadas" por mí; lo hecho hasta entonces por mi persona, me resultaba desagradable, pues todo lo hacía por obligación.

A la recova, creo que fui tan sólo un par de veces, la causa exacta de por qué no fui más, no sé si se debió a Águeda o a quién pero me excluyeron de esa obligación, al ver que me pasaba el día estudiando; esto es literal, pues como mal estudiante que era, no hacía descanso cada tres horas, sino cada mucho mas tarde, con lo que los dolores de cabeza y los embotamientos no eran normales.

Hoy, dos días después de haber escrito la última palabra, ya que los sábados no escribo, me he dado cuenta al mirar para confirmar la cita bíblica, cómo no era correcta, aunque no la pienso rectificar, pues yo soy Antonio, con muchos fallos e imperfecciones, entre las que destacan el costarme algo el aprender las cosas de memoria, lo cual no quita para que aún la utilice, como por ejemplo, para acordarme de los títulos de los libros que leo.

Con el catedrático al frente y todo el departamento de Botánica siguiéndole, nos fuimos a una excursión a la playa de Las Teresitas, más que a la playa, al barranco y los lindes de la playa; allí estaba el catedrático y sus subalternos, que si esta es una de la familia de las Papaverácea, una Convolvulácea, etc, etc, digo estos dos porque son de los que mejor recuerdo; otro ejemplo sería el de las Umbelíferas, llamadas así, por parecer su

e-libro.net

aspecto cómo los radios de un paraguas (recuérdese el nombre de éste en inglés); en general el nombre de casi todas, al menos las más conocidas tienen una explicación, del por qué de su nombre.

La excursión consistía en ir de un sitio a otro identificando las plantas *in situ*; por mi parte, estaba esperando un despiste de los profesores, para ir a tomarme una cervecita bien fría, a alguno de los bares que había por la zona. Al final no pude, había muchos cuidadores; el total de la gente, ahora que lo pienso no era tanto, aunque estaban desperdigados; por mi parte no me decantaba a favor de los profesores, ni a favor de los golfos, sabía que debía acercarme más a los "teachers", pero mi antigua condición de drogadicto me tiraba hacía el lado donde se iban quedando los golfos, más rezagados, y quién sabe si todos, con ganas de tomarnos unas cervecitas; por cierto la cerveza que ahora tomaba ya era "Dorada" le había cogido el gusto, y se notaba mejor cerveza gracias al agua.

La asignatura de botánica era difícil e inmensa, aunque por lo que parece lo es en toda España, y según me dijo una conocida años después, la gente en Madrid iba a los exámenes bien arreglada, algunas hasta de peluquería, no sé si exageraba, aunque me parece que un poquito sí, pues aquí, según me enteré por Bartolomé Domínguez, la profesora ponía un listón, y quien lo pasara, sin tener en cuenta su imagen ni ningún tipo de condicionantes, pues aprobaba o tenía altas calificaciones. La asignatura constaba de dos exámenes criminales, según el número de hojas, más de quinientas para cada examen; el primero en febrero, en el cual también, aunque otro día, entraba "el fresco", esto es, identificar una serie de plantas, musgos, hongos, líquenes, etc, con unos libros que nos ponían a nuestra disposición; también había que entregar un herbario de unas cien especies distintas, clasificadas cada una, para ello íbamos a unas clases donde todos los profesores ayudaban a clasificar cada una. También estaban las clases prácticas. Al final, en Junio, el segundo parcial.

La profesora que nos daba clases, decían que tenía cara de ratón, aunque a mí me gustaba; le gustaba a ella ir siempre muy maquillada, y a mi empezaba a gustarme eso en las mujeres.

Otra asignatura era Parasitología dada casi toda por el catedrático, creo que conocido a nivel internacional: D. Ramón López Román (Mamón, según les gustaba decir a mis compañeros de clase, ya que su departamento era el que más dinero tenía, no sé por qué, si por su fama, eso le daba ingresos extras), magnífico profesor, que hacía de las clases batallitas, en las que el bueno era el hombre, mientras que los malos a exterminar eran los parásitos; él daba clases magistrales, lo que así, en el buen sentido de la palabra, opino se deben dar las clases. Quizás el dinero le viniera de cuando fue decano de la facultad. Lo bueno es que también había invertido dinero en material para el alumnado, cosa que me impresionó y congratuló en gran manera, cuando lo vi. Sí, había alguien que pensaba en nosotros.

Su mujer, farmacéutica, trabajaba en el departamento, y parecía una guarra, una gitana, también así era la imagen del catedrático, aunque ya podía ser menos guarra esa profesora, que por supuesto, disponía para ella de microscopio de electrofluorescencia y despacho propio.

También había un doctor en farmacia, más dedicado a su o sus hijos, pues desconozco cuántos tenía, que a la investigación y el estudio.

Estaba también un fulano que gastaba sus energías e inteligencia en las artes de pesca y las juergas, según parece pescaba frecuentemente en Garachico, lugar importante para mí por Quillo, que con el tiempo se pondría a trabajar allí de maestro de taller en F.P. y por "Jose, el de Garachico" (ya que era de allí); aunque fuera un lugar de cierta importancia para mí, no lo llegué a conocer sino muchos años más tarde, fue Quillo el que me lo enseño, donde él trabajaba; me lo hizo ver desde arriba, con una vista panorámica acojonante, ver cómo el pueblo costero iba creciendo hacía arriba, con sus casas típicas y algunas algo humildes.

La asignatura de parasitología era la que más me gustaba, con diferencia a las demás, no sólo porque parecía una "María", cosa que no era, pero sobre todo por el catedrático, que hacía de su asignatura, la más amena y entretenida, ya dije cuál era la estrategia por el usada. Los microscopios del departamento, uno para cada alumno, eran "Olimpus", carísimos para unos simples e ineptos estudiantes. Daba gusto manejarlos; tenía ya cierta experiencia en microscopios, pues en mi casa, la de mis padres, ahora por lo pronto de mi madre (aunque estaba embargada por mi padre, al igual que el Daimler que había dejado en la casa y el cual había pasado de ser un cochazo, a un coche viejo), había uno, aunque no tan bueno como los de ese departamento; daba gusto trabajar (estudiar) allí; había una lupa, de esta sí que no recuerdo la marca, para cada dos; ese año la usaríamos poco.

Fisicoquímica la daba un chaflameja, que nos dijo que nos compráramos un libro en el que se explicaba muy bien cosas de la asignatura; entre otras cosas, creo que el susodicho, nos decía lo de "las platos teóricos";

e-libro.net

si ésto alguna vez ha existido, pertenece a esa asignatura. El libro debido al bajo costo, en comparación con los otros (tres mil quinientas pesetas), me lo compré y lo usé, pero no demasiado, pues se extendía mucho más de lo que él daba en clases, a las que tampoco iría mucho. “El Castellan” llamábamos al libro, que no era más que el apellido del autor del mismo. Estaba privado con mi libro nuevo, motivo por el que lo estudie sobre todo al principio, algo, no demasiado. Hasta el final de curso, no vale la pena seguir hablando más de este profesor ni de su asignatura, en la que por cierto fue donde por primera vez conocí el concepto de entropía, el cual me sonaba, pero no su significado; pero bueno, este profesor no necesita más importancia ni propaganda gratis, salvo la que en realidad necesita.

Otro profesor era el de Química Orgánica, que explicaba por un libro que era mastodóntico y que tuve que fotocopiar, fue lo más interesante de esa asignatura; había sido número uno de su promoción, y dudo que hiciera algo más después, salvo el irse a Madrid a ganar la plaza de la Universidad; pero no era éste su único defecto, el otro que a nadie achaco por ser inherente a la persona, una deformación (no sé si psíquica o física), es que era tartamudo. No se me ocurre otra cosa, que un día, yendo con Tomi a hacerle preguntas para un examen, como se puso a tartamudear, me hizo tanta gracia el verle, que no pude contenerme y me eche a reír delante de su propia cara, esto me debió costar caro, pues sus exámenes aparte, según creo, de ser de los pocos alumnos que lo estudiaba directamente del libro, no pasé nunca del cinco, aunque por suerte no la suspendí, a pesar de ser un puro; solía el profesor, tanto este como la mayoría de ellos vestir en plan intelectual, o sea con pantalones de pinzas, camisa y chaqueta a cuadros, casi todos del mismo estilo; algunos usaban corbatas, otros no.

Por último el de Química Inorgánica, quien me tuvo hasta septiembre, y no recuerdo que estudiara mucho en verano, aunque sí lo hice durante el curso, supongo que fue así porque me dejaría algún parcial pendiente; este profesor era un chorizo, por más que él se las quisiera dar de caballero, lo que por su pinta podría parecer, aunque luego no estudiaba ni se preparaba las clases, para dar ejemplo, ya que tanto exigía en sus exámenes, pues que se exigiera él también, pero no, esto es más complicado. Sus exámenes eran maratonianos, duraban una media de cinco horas, cuando lo normal era que duraran tres; si seguimos el método de estudio que dicen que es el correcto, o sea tres horas estudiando y una hora descansando, pues se imaginan que “cacao mental” tenía uno en sus exámenes, donde no se podía descansar.

En honor a la verdad, he de decir que a la única asignatura la que iba algo, y era porque me atraía, era la de Parasitología; las otras eran de tal aburrimiento que las fotocopiaba gastando una gran cantidad de dinero en fotocopias, a pesar de lo necesitado de éste que estaba. No ocurría ésto, como dije, en la de Química Orgánica, donde siempre preguntaba los temas que estaba explicando el profesor, a una chica muy inteligente y modosita, cuyo aspecto físico me hacía recordar a mi hermana Pili, aunque ésta parecía más inteligente que mi hermana. Con el tiempo no sé si empezaría la decrepitud de las dos simultáneamente. Ella era un año mayor que mi hermana. Era una buena compañera, que no ponía reparos en decirme lo que entraba de cada vez, sin echármelo en cara, ni decirme que fuera por clase, que no fuese tan gandul, cosa que realmente no era; mi único síntoma de dejadez era que después de comer me dormía una siesta de una hora. Como el café me excitaba mucho, y eso que solo me tomaba media taza al levantarme de la siesta, pronto lo sustituiría por el té, no tan dulce al paladar como los cortados que se hacían en aquella casa.

Cerca de Navidades me empezó a dar una desgana al levantarme tal, que se me iban las fuerzas y no había manera de poder levantarme, me pesaba muchísimo la cabeza, y el brazo con el que me apoyaba en la cama, y que flexionaba para levantarme, no me respondía. Pensaba si tendría anemia, algo de eso debía ser; esto duro bastante tiempo y aunque me tenía preocupado, todo lo achaqué a una mala alimentación, la cual no era tan mala, pues cada uno de los seis la hacía distinta y diferente para cada día; cuando se hacía potaje, muy completo en cuestión de verduras, carne y chorizo (cuando era de lentejas igual), lo tomábamos hasta tres días seguidos.

Cierto día, al poco de empezar las clases, compraron merluza congelada, unos dos kilos, y la empezamos a enharinar, de tal forma que hubo que ir a buscar harina a una especie de tienda que había cerca, de camino hacía Los Llanos del Moro, lo menos tres o cuatro veces en la misma tarde, medio o un cuarto de kilo de cada vez. Salieron calculo, unas cien croquetas, y a los pocos visitantes que teníamos les dábamos croquetas para comer; nosotros las estuvimos comiendo casi una semana, eran enormes y algo quemadas, y sólo sabían a harina, puesto que le pusimos harina y más harina porque no espesaban; sinceramente ignoro cómo hay que hacerlas pero creo que la masa hay que dejarla reposar y que así se espesa, pero por lo visto allí nadie sabía hacerlas, ni habían visto hacerlo, a pesar de que supongo que cogerían la receta de alguna de las madres.

e-libro.net

Alguna vez también le pedí a mi madre recetas, y fue ese año cuando me suscribí a unas fichas con recetas de cocina de diversa dificultad y diferente categoría según el bolsillo de cada uno; ciertamente no recuerdo hacer ninguna de esas recetas, eran todas demasiado caras para nuestros bolsillos.

El señor López Ramón, era andaluz, y tenía imagen de chorizillo, aunque nada tan desvirtuado y alejado de la realidad, era un genio.

Era el profesor que más respeto me imponía, cosa que no significa que me cayera mal, todo lo contrario, los que me caían mal eran los otros; sin embargo, un profesor del que no me fiaba era el catedrático de botánica, había que estar delante de él con los cinco sentidos; de ese departamento se contaba que había un profesor al que le gustaba "mantener la barra" de los bares, puede que tomando cafés o bebidas alcohólicas, y que para colmo vestía con los jerseys de cuello en pico, que recordaran que los odiaba, solía tener uno rojo, y pantalones de pinzas; debajo del jersey una camisa a rayas, ese era su uniforme; lo malo de este profesor es que en los exámenes se ponía detrás de cualquiera que lo estuviera haciendo, y decía en murmullo: dime la tres (o cualquier otra), de tal forma que si se lo decía o hacía algo para dejarlo copiar quizás (según le cayera) le suspendía o no le dejaba seguir haciendo el examen. !Hay que tener mala leche para esto!, si por casualidad el alumno se daba la vuelta, vería frente a él (a su espalda), su cara de cerdo sonriente. Seguramente se creía graciosísimo.

Cuando Águeda y yo salíamos, e incluso algunas veces que salía solo, si iba a regresar tarde, cuando iba con mi joven amante, desde que oscurecía, pues ya habíamos tenido alguna mala experiencia, teníamos que llevar doscientas o trescientas pesetas de más para coger un taxi, pues el camino de vuelta, en un tramo de un par de kilómetros, no había luz, y teníamos miedo de ser atacados por gente rara.

Una vez íbamos Águeda y yo, ya casi a punto de ir camino a través y salirnos de la carretera principal, cuando vemos un coche con las luces encendidas dirigirse a nosotros, tocando alocadamente la bocina, instantánea e intuitivamente puse a Águeda detrás mío y me acerqué a la ventanilla, lo que quería, se me ha olvidado, pero no el shock del pánico que me dio el sentirme atacado en medio de la noche.

Otro día, cuando íbamos bajando hacía un tramo de tierra, vimos pasar a toda velocidad, delante de nosotros una rata del tamaño de un gato, me "desalé" todo e incluso, ya habiendo llegado a la casa no se me quitó el susto, y, hoy día aún sigo impresionado al menos por lo claro que tengo la imagen de la rata negra pasando delante de nosotros, a la velocidad característica de ellas.

Era muy personal mi manera de estudiar parasitología, pues todos los parásitos con un ciclo biológico parecido los encuadraba en el mismo sitio, diferenciando con colores distintos los matices de cada parásito en particular; me hacía unas "sábanas" increíbles en cuanto a precisión en las diferencias y el colorido; le llamaba sábanas a los folios de los esquemas, en recuerdo de cómo llamaban los profesores de los institutos, a las arpas de los alumnos, por su gran tamaño. Unía unas ocho o seis hojas cuadriculadas con el pegamento que usaba para encuadernar, hacía una serie de rayas, para diferenciar y delimitar cada parásito, descritos verticalmente. Así me hacía los esquemas, y me dieron muy buenos resultados, aunque cómo siempre, mantuve la duda hasta el final.

Estas sábanas, me las llevaba a la cama, siendo, característico de este año, lo centrado que estaba, pues me acostaba y levantaba estudiando la asignatura que me tocase. Aunque como les he dicho, también dejaba un poco de tiempo para la lectura de novelas.

Para empezar del herbario, las hojas sobre las que se debía presentar las plantas, estaban compradas a multicopista y me salieron un ojo de la cara, creo recordar que cien hojas costaban sobre las cinco mil, !todo un capitalazo! Las plantas las iba cogiendo por el trayecto de la facultad a la casa, así pensaba: "pues algo bueno tiene que tener vivir a las afueras"; durante cualquier salida al campo, con Águeda o con alguien, y cómo no, en excursiones organizadas *ex profeso* para ir a buscar plantas al monte o a la costa, de paso nos dábamos un descanso, o sea un "volteo por la rue", para esto dependíamos de la gente que tuviera coche, pues nosotros, aunque Quillo tenía, y Tomi tenía el carné de conducir, no se lo pedíamos, por si acaso no nos lo fuera a dejar, o simplemente, porque ya nos había dejado claro que no nos lo iba a prestar.

No llegué a las cien plantas, pero si entregué bastantes, no se extrañen que de los que más; también había un examen del herbolario; nos hacían identificar un par de ellas, tapándonos el nombre de la especie de la planta, el cual debía estar especificado en el borde inferior derecho de la plantilla.

Antes de pasarlas a esos papeles, había que prensar y secar cada plantas; recuerdo que Tomi y Pepe Blanco, que ya vivían juntos en El Cristo (por las inmediaciones), tenían una prensa muy curiosa, hecha por ellos mismos, esa era de más calidad que la mía (vean entre otras cosas para que sirve el dinero). Mi prensa consistía en unas cuantas puertas que sobraban, estas sí que eran pesadísimas, así, puse una abajo, luego encima de esa,

e-libro.net

ponía la planta a secar y prensar, en medio de papeles de periódico (estos periódicos eran de Ramonsi, quien por tiempo y dinero se podía permitir comprárselos), luego ponía encima un par de puertas más pesadas aún, teniendo en cuenta que el pomo para abrir no hiciera palanca con la otra puerta, pues si no, no prensarían nada.

Las puertas eran unas desechadas por el dueño, así que imagínense cómo estaban, pero para la finalidad que la quería estaban bien. Una cosa curiosa, es que para el invento barato mío, y que distaba mucho de tener las ventajas de una prensa en condiciones salió bien la cosa, muchas veces caminaba sobre la puerta que estaba más arriba, para aplanar dentro de lo posible la planta a prensar; lo que no recuerdo es con qué frecuencia sacaba y metía plantas para pasarlas a sus hojas definitivas, y éstas a su vez dentro de unas bolsas de plástico, y éstas a su vez dentro de unos archivadores, esos que son cajas de cartón. Recuerdo que había plantas gordas y difíciles de desecar y prensar, así como tengo la impresión que también habían algunas repetidas, pero tan distintas unas de otras, aunque fueran de la misma especie, que las di por distintas, con la lógica finalidad de rellenar y abultar lo más posible.

Cambiando de tema, venía de una subcultura, encima nefasta, me relacionaba en exceso con el mundo de la droga, y me quería meter en una cultura, la nuestra, y que encima es elitista, hago hincapié en esto, para que se hagan una idea de cómo me sentía, y encima pobre, me suponía totalmente desplazado; se me podía bien aplicar el casi chiste que termina: “En tanto en cuanto, en cuanto en tanto, no me encuentro en mi propio cuarto”, así de perdido me sentía; ya no me gustaba el mundo de la droga pues lo encontraba vacío, y me hacía sentir física y síquicamente mal; en cambio el mundo farmacéutico, no sólo por mi padre, sino por lo que veía en clase, el peloteo con los profesores, las niñas ricas y los niños también, los que tenían todo hecho en sus casas y no pasaban la vergüenza que uno pasaba con los harapos con que me vestía, mientras ellos vestían incluso de marca. Hoy un doctor en sociología, dijo en una clase, que a las mujeres se les exige menos en todos los aspectos, pero al hombre siempre le están exigiendo; terminó diciendo, más que diciendo, dejándolo caer e insinuando que el hombre es hoy por hoy el sexo débil; pero, no quiero descubrir tan fácilmente cómo es mi presente, pienso que para ello, primero han de saber mi pasado. ¿Mío?

He de hacer una observación, y es que durante toda la carrera, y cada vez menos, rezaba algo; lo que rezaba era un simple Padrenuestro, y este, muchas veces incompleto, o me saltaba a otra cosa, e incluso prefería ir a mi “laboratorio” en alfa con mis consejeros y allí intentar resolver la papeleta; es posible que por esto me fuera todo tan mal. En alfa, de todas maneras tampoco me gustaba estar mucho, ya saben por qué; allí, visualizaba al profesor y le envolvía la cabeza con un papel a modo de cinta, similar al del papel higiénico, en el que iba escrito: “Antonio está aprobado”. Con la experiencia que tenía en eso, en notas académicas, y creo que ponía aprobado con uve, es imperdonable, pero era cierto que no sabía cómo se escribía. Envolvía toda la cabeza del profesor con este papel y así, pensando en esto, me dormía; otras veces metía en la cabeza del profesor las palabras que venían volando y se introducían en su cabeza; la leyenda era la misma.

También empecé a percatarme cómo mi escritura, en cuanto a aspectos literarios iba decayendo; seguramente por estudiar la mayoría de las veces con apuntes de otras personas con gustos literarios ínfimos por no decir nulos.

Creo que lo mejor es dejar temporalmente La Laguna y contar el regreso a casa; fuimos en barco, aunque al embarcadero llegamos con Pine y Quillo en su coche, un Fura que por aquella época me empezaba a dar la impresión de que sí, era algo duro, pero poco potente y no tan seguro cómo pensaba antes; conducía Quillo, no recuerdo si mi hermana se había sacado el carnet; Águeda y yo éramos los pobres y ellos eran los ricos. Cada vez que se iban a Las Palmas, se llevaban una cantidad de cosas increíble, no sé qué, ni para qué, pero el coche iba lleno con sus cosas; por mi parte, con una bolsa de viaje pequeña me bastaba. Mentira, aún no usaba bolsa de viaje, seguía llevando mi mochila roja guarra a más no poder, pero sí regresaba siempre más llena, aunque no de regalos, sino de cosas que me iba llevando de mi casa de Las Palmas, hasta el blanco para tirar los dardos y tres dardos, que estuvieron conmigo muchísimos años; realmente era un arretranco más, pues no jugué nunca con ellos durante los años de lagunero, pero me hacía ilusión tenerlo conmigo, la diana estaba nuevecita y tenía dos posiciones para tirar, una con divisiones en cada arco de circunferencia y otra era con circunferencias concéntricas, unas blancas y otras azul marino, alternándose una de cada color.

Nos fuimos en barco, en unos ferrys que me resultaban una basura, donde íbamos como ganado; según decían eran magníficas esas embarcaciones, en comparación con los correíllos que había antes a éstos.

En el barco encontramos, al ir pronto, sitio en el bar, lindaba este con el restaurante, siempre vacío, pues en todos los años que usé esos barcos, siempre los vi con una soga acordonándolo alrededor, y con tarjeta de

e-libro.net

“Reservado” en la mesa, según se comprenderá, estábamos en el bar, pero no comprábamos ni una botella de agua, nos sentábamos allí, y si no era para ir al baño, no nos movíamos para nada.

En el barco siempre iba puesta la tele a la que se pegaban mucho los que allí iban, estudiantes en su gran mayoría, pero así y todo, el viaje se hacía larguísimo; era curioso ver que la gente armaba barullo solo al entrar y durante los primeras tres cuartos de hora a lo sumo, después no se volvía a notar ruidos hasta la llegada, entonces la gente se iba a cubierta o se sentaban en unos sillones que habían cerca de donde nosotros estábamos, para ver por los sucísimos cristales la llegada; realmente, por ese lado lo que se veía era la llegada a Tenerife, y en Las Palmas, la entrada al muelle y parte del atraque del barco.

Era muy desagradable ir al baño, donde en los urinarios y en los retretes, se veían vómitos de gente que no soportaba el balanceo del barco, y el olor a petróleo; lo estoy recordando como si fuera ahora.

Volviendo unas cuantas páginas del libro atrás, se recordará que hablaba de mi subcultura, pero, leyendo sociología, vi como realmente, la cultura que se opone a la cultura dominante se llama contracultura, mientras que subcultura son pequeñas culturas de pequeños grupos de gente, pero que no han de estar contra la gran y englobadora cultura.

Volvamos al barco: generalmente en el bar donde estabamos había una tele en lo alto, cuyo volumen se subía o bajaba, según la cantidad de gente que hubiera, y lo interesante que pudiera ser la emisión, esto es, si había fútbol o no.

Recuerdo que cuando había fútbol, aquello parecía una tahúa (esta palabra la usábamos mucho mi grupo de amigos de la adolescencia, recuérdese que teníamos un argot especial, así llamábamos de esta forma al lugar donde se reunían los tahúres de cartas, uso esta palabra porque aquello estaba lleno de humo de los cigarros de los espectadores, y sus gritos y demás sensaciones). Algunos entre los que me encontraba yo, solíamos atender a la tele, cuando ponían las noticias, el Telediario, piénsese que por esa época sólo habían dos canales de televisión, la primera y la segunda.

Seguía poniéndole a todas las comidas “Tabasco” y salsas picantes; cuando llegaba a mi casa, la de mi madre en Las Palmas, me hinchaba a todo tipo de salsas, las compraba para mí, aparte, cómo ya he dicho, de atiborrarme a carne y embutidos, de tal forma que a la semana de estar en mi casa, en la de mi madre, ya no me cerraban bien los pantalones, y me quedaban estrechos, está claro que era porque ya de por sí los usaba algo estrechos, aunque no los estrechaba yo (cosa que sí hacía Águeda, que a pesar de usar pantalones de bombillo los estrechaba), sino que se compraban así.

Llegué a mi casa, después de aburrirme sobremanera en el ferry, es posible que fuéramos a cubierta a ver el atraque del barco, pues aunque eran aún pocas las veces que había hecho ese trayecto, ya eran suficientes como para estar cansado de él.

Esperamos a que Quillo sacara el coche, y nos llevó a nuestra casa, a Pine y a mí, a Águeda la venían a buscar, al igual que a Candelaria y a Ramonsi, a mí nunca me fueron a buscar, y si les he de ser sincero, tanta independencia por mi parte me dolía, y no dejaba cicatrizar las heridas que tenía en el corazón.

El por qué escribo, y el por qué escribo lo que escribo, no lo sé, puede ser que sea por alcanzar la fama, por ser alguien, o para que el que me lea no cometa los mismos fallos que yo, para contarle al mundo mis peripecias y mis sentimientos; espero que el tiempo y el trabajo me digan para qué, por qué y por quién.

Generalmente escribo casi todo lo que recuerdo, aunque esto muchas veces me daría vergüenza contarlo, no así tanto el escribirlo, es más, creo que hasta ahora, conscientemente solo me he callado una cosa, que por lo fuerte que es, aun no me he decidido a contarla, lo que no quita para que algún día la cuente y así me libre de esa lacra que llevo cargando en mi vida, desde mi adolescencia, pero hoy por hoy, me da vergüenza contarlo y me arrepiento de haberlo hecho.

A la llegada del ferry, a Águeda la esperaba su madre, y según me dijo años después, yo le parecía a su madre un buen chico, que sinceramente no sé si lo era, no estoy tan seguro de que lo fuera; mi interior estaba lleno de odios y frustraciones.

Una vez en mi casa, y tras saludar a mi madre, saludaba a mi hermano Jose, al cual era siempre al que más cambiado veía, y un dato curioso, siempre con buenas y diversas camisas. Quizás, y sin yo saberlo, asociaba eso con que en mi casa había dinero, y por eso le pedía de cien a trescientas pesetas, todos los días de mi estancia en Las Palmas; hoy, sabiendo lo mal que vivía, y cómo se desvivía por sus hijos, me maldigo por haberla tratado tan mal, y tan injustamente, aunque he de decir a mi favor, que desconocía por completo cuanto dinero manejaba mi madre, pensaba que era más.

e-libro.net

Pero vayamos ahora al recuerdo, y para ello, qué mejor que ir al piso "interior" de mi casa en Altavista, y allí contemplar y rebuscar, no sin cierto miedo no del todo infundado, de encontrar en los pasillos cucas y ratoncillos, que por allí pudieran haber; Los roperos empotrados, estaban llenos de cuentos, libros de texto y de lectura, en montañas, mal colocados y abandonados, como cuando se hace una hoguera. En ese piso me pasaba casi todas las vacaciones, alguna que otra hora, leyendo y hojeando los libros. Sentía cierto regocijo en ello, a pesar del miedo a los "bichos" antes mencionados. El piso estaba empapelado, y lógicamente también los roperos empotrados; estos papeles se veían descascarillados por el roer de las ratas; también se veían cagadas de cucarachas. Realmente, no vi, a ninguno de ellos casi nunca, pero lo cierto es que sentía miedo de sus pistas.

Las Navidades las pasamos en familia, es más, mi hermana Saso, intentaba siempre, con sus compañeras, haciendo cambios y más cambios, pasar con nosotros el veinticuatro de diciembre; la primera vez, después de casi dos años sin verse, mis hermanas, las dos mayores, Saso y Maru, se dieron grandes besos y abrazos, cuando se vieron esa noche, siempre recordaré, el cariño que se tenían las dos hermanas.

El acto anecdótico que voy a contar ahora, sucedió tal cual lo cuento, pero no puedo enmarcarlo en una fecha determinada: Estábamos mi madre y yo tranquilamente en su casa, cuando ella, desde el balcón vio a un fulano que estaba en el garaje, me dijo rápidamente que llamara a la policía, al 091, era de noche, y aunque hacía frío, yo sólo llevaba vaqueros de pinzas negros desteñidos, y la camisa que conservaba de años atrás, la blanca llena de pintura también blanca y barniz. Me asomé al balcón y vi al ladrón, casi me salto desde éste al garaje, (hubiera sido un auténtico disparate, y probablemente me hubiera ocurrido algo, cómo mínimo un esguince o algo más grave, del tipo de fracturas y demás) en ese mismo momento llegó el coche del 091, con dos policías en el interior, llegaron rápidamente y bajándose uno de ellos del coche, miró hacía donde yo estaba y les indiqué:

-Está abajo.

Llevaba el ladrón, una bolsa que no tengo ni idea donde la tiró, aunque los policías, tras iluminar todo el garaje con un foco, que llevan en el capó del coche, lo encontraron; llevaba en su interior gran cantidad de medicinas, seguramente las había cogido del coche de mi cuñado Pepe, pues en el Daimler de mi padre, no había nada, aunque el ladrón en cuestión, llegó a separar el respaldo posterior de su sitio, dejando el coche con muy mal aspecto.

Saltó el ladrón a la casa de al lado, y de allí se fue a las chabolas; entre ellas se metieron los dos policías, y al cabo de unos veinte minutos o media hora, llegaron con el ladrón cogido del brazo; el que decía:

-Yo no he sido, yo no he hecho nada.

-No, y dónde te raspaste toda la mano - le dijo uno de los guardias.

Efectivamente tenía todo el brazo hecho una auténtica sangría, al caer seguramente de una de las paredes llenas de picón.

Nos dijeron si queríamos ir con ellos y tras cambiarnos, fuimos en el coche de policía, en el asiento trasero; el ladrón iba en el portabultos, separado del resto del coche por una reja metálica.

Llegamos a comisaría, y allí esperamos un poco; vi de cerca y a la luz de las bombillas la cara del ladrón, la cual ya no la recuerdo, mas que era bajo, delgado y con el pelo crespo.

Entramos a hablar con el inspector y a hacer la denuncia; "el mando" en cuestión, estaba muy bien arreglado, por lo que deduje que sería un ejecutivo, y nos dijo:

-Mire señora -refiriéndose lógicamente a mi madre- con esta gente, lo mejor que hay que hacer, es darle una gran tunda de palos y luego tirarlos por un barranco. Aquí, están en la calle enseguida.

Vimos al ladrón dando vueltas por la comisaría, al igual que otros con pintas también sospechosa; no puedo decir si mi pinta era o no sospechosa, pues en Navidades y en verano, me cortaba el pelo, me hacía un recorte bestial; en La Laguna no me acostumbraba a pelar, que creciera como quisiera; si he de ser sincero, algo más corto sí lo usaba, aunque fuera "una chispita" de nada. Seguramente lo tendría corto, aunque recuerdo que mi primera impresión, cuando me dijeron de ir a declarar, fue de una ligera angustia, pues sabía la pinta que tenía, y el mal efecto que ella provocaba, sobre todo en los policías; seguía pensando en mi época de adolescente, en la que tuvimos algún roce con la "madán", como ya escribí.

Continuaba consumiendo chocolate y cervezas. No recuerdo cómo ni con qué lo conseguía, lo cierto es que estaba enganchado, tenía, cómo mínimo, dependencia psicológica o hábito, pero era un hábito de vacaciones; me daba vergüenza de mí. Estaba amargado, y escribía y escribía las razones por las que debía apartarme del mundo de las drogas, pero no lo conseguía. Salía con Miguelo y su novia Ana, aunque no todos los días, pero aún así, Miguelo nunca me cogió como debiera y me diera una clase de solidaridad, ayudándome a convivir con mi

e-libro.net

familia, cosa que me hacía muchísima falta. No tenía en él a un amigo, sino a un líder del que ambicionaba su estilo de vida. Su padre era médico, pero también estaba separado; él vivía con la madre en un piso en la calle Montevideo en el número once. Ahora recuerdo, que cuando hablaba con él de mi padre, siempre me decía:

-Tu padre va a misa -refiriéndose a lo que éste había conseguido.

Por qué, por la casona en la que vivíamos; piensen que su padre era médico y no vivía en una casa grande, sino en un piso en la Playa del Hombre con su amante y su hijo, el hermano mayor de Miguelo.

Según Miguelo comentaba, su padre estaba enganchado al Nolotil® inyectable, y en su casa, el baño, cuando vivían todos juntos, estaba lleno de jeringuillas y agujas.

Hoy lo pienso, y por un lado no me extraña, pero por otra parte dudo que por esa dependencia se separasen; nunca fue a ese respecto muy claro Miguelo.

Su novia, era guapa de cara, en su forma de vestir, se veía que era una señora, pero para mi gusto, era un poco gordita; usaba siempre bañador de una pieza, y en Los Secos, cómo mucho, solo se destapaba algo la parte de arriba, pero nunca dejando ver ni siquiera el ombligo; no sé si eso excitaba a Miguelo, lo cierto es que parecía muy enamorado; ella pertenecía a la clase alta, o media-alta, vivía en unos chalets adosados cerca de mi casa, cuando éstos, aún no eran muy comunes.

Volvían las vacaciones y aumentaba el consumo de cerveza y cigarros, con lo que aumentaba el meteorismo, aunque no debería ser así, pues en mi casa, ya fuera en mi cuarto, o en la tele donde desperdiciaba gran cantidad de horas, los podía expulsar; lo único que me daba el dichoso trasto, a parte de dejarme y sentirme con un gran vacío, eran frustraciones, pues todo lo que veía quería hacer, y cómo no hacía nada, pues imagínense cómo me sentía. Todo parecía más importante que lo que yo hacía, o mejor debería hacer, esto es, estudiar la carrera, o en su defecto, aprovechar para leer algún que otro libro, como bien hacía Águeda; el meteorismo me traía por la calle de la amargura, pues en esos dos sitios los podía expulsar, pero no solía, quizás porque me iba haciendo adulto en otro sitio, y ya con mi madre me daba vergüenza, cosa absurda y me imagino que dolorosa para una madre; esto me producía grandes gastralgias.

Yo tendría problemas con el alcohol y el hachís, pero lo cierto es que seguía sin atraerme las drogas más fuertes, cómo las anfetaminas y derivados, ni el ácido (LSD), afortunadamente no era partidario de ellas, aunque sigan atentos y verán por qué vericuetos ha ido esta inútil y absurda vida.

Ni por Navidad me gustaba ir a mi casa, a no ser porque salía momentáneamente del ritmo de exámenes, para aumentarlo cuando regresara, pero bueno, ahora estaba en la otra isla, mi isla, en la que tan desgarradamente vivía. Me sentía un extraño, y al igual que siempre, cuando, todas las tardes, durante todos los días, iba a buscar a Águeda cerca de su casa, intentaba ir por sitios desiertos, no sólo porque mi imagen y mi pinta me desagradaban, tal vez no exclusivas en mí, sino en mucha gente, eso creo, y eso (aunque iba a poner “espero”, intentaré no ponerlo, pues así demostrar con lo que digo, a esos trabados de la vida, que no son los únicos, y que de esos trabes hemos de pasar, son un atraso, una vuelta a la adolescencia, tan proclive a estas cosas) no desearía que ocurriera más ...

No recuerdo cómo conseguí dinero para regalarle a Águeda del Corte unas cajas de madera cilíndricas con cosas dentro, chucherías que también había comprado en esos grandes almacenes; no me gustaban, pero sin embargo solía ir allí a comprar, pues tal y cómo decía la propaganda de unos grandes almacenes, aunque no tan grandes como los de las Koplowitz, se podía comprar desde un alfiler hasta un elefante.

Siempre que venía a Las Palmas encontraba cómo ésta iba cambiando su fisonomía a pasos agigantados: las zonas donde ya existen locales, casas, etc, que no se pueden derribar se dejan igual, pero aumentando y cambiando el número y tipos de letreros luminosos, pero en las zonas en las que se podía, se construía a una velocidad de vértigo; al mismo tiempo que crecía el consumo, y los líderes de esto, con el consiguiente aumento del dinero en ellos, estaba la desgarradora contraposición, las chabolas de “cartón-piedra”, que gracias a que aquí no llueve mucho, pues si hubieran habido continuas lluvias sería imposible que los traficantes, ya que a esto es a lo que se dedican la inmensa mayoría de ellos, al tráfico ilegal de drogas, vivieran aquí, les seria imposible.

Con el poco tiempo, y el poco interés en conocerlos que tenía, no se me acercaba, ni conocía a ninguno de los traficantes; mi madre, me contó una vez, que había hablado con una familia de parados respetables, que según decían, se habían tenido que ir a vivir allí, a malvivir en las chabolas, porque no tenían casa, y encima, tenían un niño de meses.

Si mi padre hubiese seguido viviendo en mi casa, y tuviera buen carácter, al igual que buena disposición hacía su familia, no hubiera permitido eso y usaría influencias y trabajo para que se fueran de donde se estaban

e-libro.net

afincando; o vaya uno a saber si diría de irnos a otra casa en otra zona, o bien, pasaría completamente de ello; con mi padre, nunca se sabía.

Era triste ver que no recibíamos casi ninguna postal de Navidad, salvo la excepción de mi hermana Piluca, quien siempre recibía postales y cartas de varias y distintas localidades. Ni mi madre ni nosotros las solíamos recibir, era por ello, por lo que a veces mi madre sacaba de otros años, para alegrar el salón y el comedor. En el salón era donde yo acostumbraba ver la tele. Antiguamente, mi padre recibía tantas que se colgaban por todo el techo, el que también se llenaba de guirnaldas. Una de las honrosas excepciones, las constituía Serafín García, el abogado, la cual estaba algo dolida con él, pues siempre consideró que no fue lo suficientemente rápido ni estricto, más que estricto, agudo y mordaz, para controlarle las cuentas a mi padre y no dejarle que se llevase el dinero fuera.

Hablando de mi padre, y al ver una fotografía de él y su hermana Dulcina, de esmoquin y ella con un traje largo, blanco, como si fuera de novia, pero no era esto precisamente, sino que celebraba su puesta de largo, esto es, la primera vez que salía de noche a un sitio de etiqueta; concretamente fueron al Teatro Pérez Galdós, al que yo también fui de joven y me grabó en una película mi madre, muy bien vestido, pero muy mal peinado, tanto es así, que creo que mejor hubiera sido que mi madre no hubiera dicho que me peinara, aunque la película, no está sacada el mismo día, sino uno o dos más tarde, y aprovechando que aún tenía el esmoquin negro, pues no se lo había devuelto a mi tío Antonio Lotario.

Volvamos a la realidad de esos días. Cuando llevaba a Águeda a su casa, me sentía, tanto por la abstinencia, como por los efluvios del alcohol ingerido que me relajaba los nervios y el cerebro, salidísimo y a gustísimo; todo esto como colofón del “gran amor” que vivíamos, o que al menos a mí me parecía vivir; estaba después de todo, y sobre todo después de un par de cervezas, prendadísimo de Águeda; lo cierto es que la llevaba hasta su barrio, nunca me dejó que la acompañara a su casa, sin embargo ella entró muy pronto a la mía, estuviera o no estuviera mi madre; si no estaba, no faltaba el polvito entre los dos; pero sigamos con el Puerto, muchas veces me quedaba sin dinero, y por no pedirle a Águeda, me iba caminando a mi casa, iba por las zonas de menos tráfico rodado y humano, y con la cabeza gacha, pensando que todo el mundo me conocía, y sabía que no tenía dinero ni para pagarme la odiada guagua, recuérdese que vivía en Altavista, que cómo su nombre indica es una vista desde lo alto, y esas cuestas se hacían duras a uno cuando volvía caminando; no se cuántos kilómetros recorría, pero eran unos cuantos; alguna vez cogía la guagua, pero me decía: “Cuando tenga dinero, no volveré a coger más la guagua”, en qué iba a ir no lo puedo decir, pero no quería volver a cogerla, la odiaba, y eso que por la noche iban medio vacías, aunque se llenaban en el Parque Santa Catalina, sobre todo los fines de semana, donde jóvenes y adolescentes se reunían en bares, pubs y discotecas. Esos días iba sentado cabizbajo, y mirando de reojo a quienes entraban; era tan tímido que incluso me daba vergüenza dar el sitio a las ancianas y a las mujeres embarazadas, ya no era por ser un cerdo igual que antes, no ahora nuevamente los volvía a cedérselos, y hoy día, si cogiera alguna, lo haría otra vez; no me gusta nada ese transporte, lo detesto, el olor a sudor, el olor de los sobacos, y lo peor que algunos dejan escapar ciertos gases, por no controlar bien sus esfínteres, bueno, más correcto sería decir, el esfínter anal externo, que es el voluntario, el interno es involuntario y se abre cuando hay gases, o ganas de cagar (léase defecar). El olor a chorizo, como la vez en que Claudio, siendo adolescentes, en unas Navidades, se pegó tal eructo apestoso y con olor a éste que nos quedamos, los que con él íbamos, patitiesos, también era relativamente frecuente.

Por esto y por muchas cosas, es por lo que odiaba la guagua, también la consideraba un medio de transporte de pobres, cosa que era, aunque de vez en cuando se veía salir a algunos que parecían tener dinero, y si no lo tenían, al menos lo aparentaban, no sólo en la ropa, sino también en el porte de señoritingos, señoritingas, señoras y caballeros. Yo estaba dentro de los pobres, cosa que cada vez me preocupaba más, quizás por las exigencias que me autocreaba, debido a Águeda; es más, si no estuviera con ninguna chica, estaría como nunca, solo, pero con necesidades económicas mucho menores. Si estaba solo echaba de menos a Águeda, pero cuando estaba con ella, empezaba a echar de menos el estar solo, y la vida de “Rodríguez” que eso conllevaba, razón por la que empezaba a admirar a Tomi, él fue, durante casi toda la carrera, mi mejor amigo en La Laguna, a él lo consideraba un líder; en Las Palmas frecuentaba más a Miguelo.

Cuando mi madre, malamente, empezó a salir del bache, la atosigaría diciéndole:

-¡Invierte ese dinero, madre, inviértelo!

Era consciente que la cantidad de que disponía, era ridícula, pero para ver si con una buena gestión salíamos de miserias. No sabía cómo, ni dónde, ni cuándo, ni en qué invertir, y ella me decía:

e-libro.net

-¿Dónde?, ¿en qué?, yo no entiendo de esas cosas.

Mi preocupación tenía fundamento, y era que ya había empezado a percatarme, lo rápido que se devaluaba el dinero, que lo que hoy es algo, dentro de diez años es mucho menos, imagínense al correr de los años.

Mi madre me mandaba a hacer pequeños recados, como los de ir al abogado, o a hacer cualquier gestión baladí, cualquier cosa con tal de salir del inactivismo físico y psíquico, al que me sometía, con tal de no estudiar la carrera, de lo que me arrepentiré toda la vida.

Las Navidades son cortas, dos o dos semanas y pico, y así que no puedo alargar más, y querer decir cosas sobre ellas, casi todas se repetirían, así, siempre me resultaba penoso caer en la abulia, y no salía de la depravación, sin cierto reparo, aunque cuando me volvía a meter en la dinámica del estudio me sintiese amargamente más realizado.

Mi madre, al igual que los hermanos entre nosotros, no nos regalábamos, ni el día de Navidad, ni el de Reyes, pero ese último día, mi madre nos daba cinco mil pesetas a cada uno; ésto unido a lo que nos daban Dulcina y Mila, se podría poner en unas diez o quince mil pesetas, razón por la cual, al día siguiente justo de Reyes, el día siete de enero iba de los primeros a las rebajas de El Corte Inglés, y allí me compraba un par de camisas de manga larga, las más baratas que encontraba, las que solían poner como gangas en la entrada trasera del edificio, allí iba contentísimo, con el dinero bien guardado, y me compraba única y exclusivamente lo dicho.

Ya conté lo que regalaba a Águeda, nos regalábamos chucherías inservibles, mas que para adornar el piso, para lo cual se habían comprado.

Algunas veces me acompañaba Águeda a hacer las compras de las rebajas, y después la invitaba al burguer que había al lado, allí nos comíamos una hamburguesa junto con un refresco a la salida de las compras, regocijados y contentos, como si fuéramos grandes despilfarradores a los que les sobraba el dinero. De ese dinero también pagaba el barco de regreso a Santa Cruz de Tenerife.

Pero no me voy a ir aún, sin contar una o dos cosas, sobre bares y demás: alguna que otra vez íbamos al Bar Polo, donde a uno conocía, que no sé si era el dueño, o simplemente un camarero; éste era el hijo de la dueña de la tienda (en una de las casas terreras) que había por la loma de atrás de mi barrio, hoy calle con duplexs adosados. A ése bar, solíamos ir las tres parejas que más he nombrado. Era este un bar que se frecuentaba por las noches, no recuerdo exactamente cómo era por dentro, pues cada vez que iba estaba distinto, aunque casi siempre respetaba la estructura de un patio canario, de casa rica por supuesto, ya que las casas humildes de seguro que no soportarían tan bien y con tanto donaire el paso del tiempo. El que yo conocía, siempre iba con camisetas, de toda la vida, y aparte de eso usaba un mostacho; el pelo, las últimas veces que lo vi, empezaba a clareársele con cierta profusión de canas, antes, era oscuro y fuerte, con abundante pelo; si recuerdo tantas cosas de él es porque era de esas personas que da la sensación de que se encuentran muy bien en su pellejo, y que no ambicionan el del otro; detrás de cada saludo que me dirigía, aparecía una ligera pero espontanea, simpática y alegre sonrisa, cómo si fuéramos viejos camaradas, cosa que realmente era, pues yo iba de vez en cuando a hacer la compra a esa tienda siendo niño; ahora donde más iba a comprar los cigarros, aunque duró poco el negocio, pues le denunciaron, era “al kalise”, así llamábamos al oscuro personajillo que llevaba ese bochinche; todo empezó porque tenía en la puerta de su casa terrera (todas estas casas estaban hechas por ellos mismos; y mal encaladas con piso de cemento y techos de planchas), un cartel con la enseña de esa gigantesca marca comercial. Tuvo que cerrarla a los pocos años de tenerla abierta, pero entre los de mi familia, el poco próspero comerciante, se llamaría definitivamente “el kalise” y su parentela era “el hijo del kalise”, “la mujer del kalise”, etc, etc.

Otro bar donde íbamos los seis antes mencionados, en el coche de la hermana de Tomi, el Charade, era uno que estaba un poco antes de llegar a Las Meleguinas, era el bar “Casa Reinaldo”, era estrechísimo, pero con una larga barra dividida en dos por medio de un pequeño tabique; había siempre gran animación, aunque nosotros por lo que íbamos era porque Ana María Ríos, nos aconsejaba sus magníficos, grandes y con abundante relleno: bocadillos de atún enlatado; allí fuimos unas cuantas veces, una vez cada verano o festividad en que nos veíamos los seis, y que por supuesto hubiera medio de transporte.

No sabía que, entre Miguelo y Tomi no reinaba la concordia, siempre había entre ellos una cierta separación, algo tirante, y por su puesto, intentaban no quedarse nunca a solas; también preferían encontrarse conmigo a solas, pues los tres, o mejor dicho, los seis, no congeniábamos muy bien; de eso, no me daba perfecta cuenta, pues me dedicaba a drogarme con alcohol y chocolate, y sus tiranteces eran bastante sutiles; eran dos líderes, y al oírlos a los dos, pensaba: “los dos mejores amigos que tengo, y no se llevan bien entre ellos”.

e-libro.net

Pero bueno, volvamos de nuevo al siete de enero, empezaba la cuesta de ese mes, que para mí no era sólo económica, sino también intelectual, me esperaban los parciales del año en curso, y los del año anterior, recuérdese que me quedaban tres asignaturas. Estaba listo para despacharme ocho asignaturas, !iluso de mí!

Cuando llegaba a Tenerife, ya no sabía si ese era mi hogar, pues realmente lo anhelaba, o si por el contrario, mi hogar era la casa de mi madre, de la cual me había separado, no solo por la distancia, sino también por el roce, a pesar de que añoraba su presencia; esta dicotomía la mantuve durante muchos años, al final opté por un estilo y forma de vida distinta, como se verá más adelante.

Siempre que iba a La Laguna, iba cargadísimo, no ocurría lo contrario cuando me iba para Las Palmas, donde sólo me llevaba ropa, en cambio el regreso "al chicharro" lo hacía cargado con trastos y libros que iba cogiendo de mi casa; en definitiva estaba formando mi propio nido en La Laguna, aunque según mi madre, "las mujeres son las que organizan mejor el nido".

Éramos los de farmacia los últimos en marcharnos y los primeros en llegar, esto se debía al descabellado ritmo de estudio que llevábamos, aunque según como se mire, era muy racional, pero muy inhumano, si llamamos humano al ritmo que llevaban los laguneros de otras carreras, sobre todo las humanísticas, que ya no sólo cómo su nombre indica, hacen al hombre un ser humano social y "relacionable" unos con otros, sino por que eran sencillísimas, de tal forma, que cualquiera que estudiase una carrera de esas, perfectamente podía estar de bares, no digo siempre de copas, aunque sí, siempre de cafés, y no era extraño que aprobasen todo y encima en Junio; eso en nosotros, era simplemente una utopía.

La vuelta, la alargaba lo más posible, no por mí, sino por Águeda, que siempre quería aprovechar al máximo, en su casa con su familia; a mí me entraba la "cagalera", pues se acercaban peligrosamente los exámenes y estaba sin "clavar un clavo", como siempre. No saben cuanto me arrepiento de esas inconsciencias, de las que aunque en ese momento me desagradaban, me autonegaba diciendo y pensando:

-Es que en mi casa no puedo estudiar.

Gran error, y gran mentira con la que intentaba engañarme.

Por esto es por lo que me iba pronto a Tenerife, bueno, mas pronto que la mayoría de la gente, aunque el barco siempre iba lleno, pero llegando más o menos pronto, se podía dejar la mochila en el cuarto de los bártulos, y con algo de suerte encontraba un sitio en una de las bandas del barco, donde había una serie de sillones para el descanso y solaz de los pasajeros; las condiciones en las que se viajaba no eran excesivamente cómodas, así muchas veces, aunque quisiera dormir no lo conseguía; digo dormir, porque sobre todo los primeros años, me iba de juerga el día antes de embarcarnos, con lo cual, ya se pueden imaginar que viajaba resacado; Águeda a veces se iba conmigo y otras veces más tarde, nunca antes.

Es curioso, que notaba la falta de motivación para fumarme un porro cuando estaba solo en el barco, y sin embargo era una cosa que siempre deseaba, fumar porros yo solo, tal y como hacían algunos amigos míos. Pero quizás por la resolución mía de dejarlo, porque me daba miedo el fumármelo solo(falso, pues cuando estaba en COU me los fumaba en mi cuarto, sin ninguna compañía), bien miedo a mis reacciones estando "fumado" en un sitio público tan grande y dónde no controlaba mis actos, debido a que me sentase mal, o tuviera una bajona o cualquier cosa imprevista. Gracias a estas y otras razones era por lo que no fumaba.

Llegué a La Laguna y no recuerdo si Águeda fue al día siguiente o si los demás del piso estaban, no puedo recordar cuándo, cómo, ni con quién llegué a la casa, es más, quizás me fuera a casa de Pine para no estar solo en una casa tan grande. Nada más llegar quería coger el ritmo de empolle que tenía antes de irme, cosa que me costaba una enormidad; me iba a presentar a uno o dos parciales antes de febrero, seguramente a uno solo, que creo que era el de Parasitología; tenía un febrero cargadito, aunque en lo más hincapié que hice, lógicamente después del parcial, fue en Química General; tenía los dos libros de formulación de la I.U.P.A.C., tanto el de Química Orgánica, cómo el de Inorgánica. Al discernir que lo más importante de todo era saber formular, y que sin esto no se seguía corrigiendo el examen, sería pues en lo que mas ahondaría y mejor lo prepararía; no obstante primero tenía el parcial de "Para", y antes de eso ¿hacer el amor? con Águeda, más bien era sexo, pues la abstinencia nos había vuelto unos animales "salidos" sexualmente. El resultado posterior: gratificante; después de cumplido este requisito, que no todo van a ser inconvenientes en las relaciones de pareja, me dispondría a estudiar...

Una cosa que observaba en Águeda que puede ser porque no confiara en mí, era que no me contaba sus penas, sino someramente, lo que no quitaba, para que después de hacer el amor, (vamos a dejarlo momentáneamente con este nombre) me abrazaba, y me estrujaba contra su cuerpo, cosa que si no tenía gases, encontraba de

e-libro.net

lo más reconfortante, y me entraban unas ganas increíbles de reposar y dormir junto a ella, pero las obligaciones temporalmente postergadas se imponían. Si algo me decía y me repetía a mi mismo era: “Estoy aquí para estudiar, y todo lo demás es secundario”, es más después de habernos pegado un buen polvo, me iba luego, por muchas ganas que tuviese de dormir, derecho a estudiar; ya había empezado a ir arriba a estudiar, al pasillo-salón, donde había una mesa grande, cuya finalidad fue en principio para que estudiáramos los seis en ella; éramos muchos, pero la casa tenía tres pisos, y casi siempre estaban todos en sus cuartos, o en la cocina tomando café.

Cuando los demás llegaban de Las Palmas, traían gran cantidad de cosas para comer, entre ellas e invariablemente, uno o dos kilos de café por persona, algo increíble; solían traer una bolsita llena de comida cada uno; recuerdo que Ramonsi hasta trajo turrón de “La Bruja”, era la primera vez que veía esa marca. Yo nunca llevaba nada de nada, y me daba vergüenza y gracias a que era el primero en llegar, no tenía que pasar el mal trago de venir de vacío, frente a las alforjas llenas de los demás.

Pese a los cambios de comidas, y que en casa de mi madre, me atiborraba a comida, y que en La Laguna, en esa casa terrera, comiera muchos potajes, en los que se incluían papas, al igual que la abundancia de tortillas de papas que comíamos, a pesar de esto, me conservaba flaco, pesaba unos setenta kilos, que era bastante poco si lo referimos a mi estatura.

Para escribir lo mejor que puedo estas páginas, he tenido que remodelar todo mi lenguaje, el cual llegó a ser sumamente tecnócrata a pesar de leer de tiempo en tiempo, un poquito de literatura; lo cierto es que como ya ven, el mayor número de horas al día, los dedicaba a la carrera de farmacia; tenía un lenguaje científico barato, y digo barato, pues no usaba frecuentemente libros para estudiar, sino apuntes, que empezaba a fotocopiar de Mavi, la número uno de la promoción, y puedo asegurar que mi promoción era estudiosa, muy estudiosa, cosa que me abrumaba y desbordaba; me decía continuamente: “si no subimos el nivel, ellos, los profesores, lo han de bajar forzosamente”, esta idea nunca la expresé a mis compañeros, ni a Águeda, era una cosa que pensaba para mí mismo. Mavi siempre había sido la número uno, allí donde estuviese, pero, desafortunadamente no leía literatura, por lo que el lenguaje que usaba era el que oía a los profesores, el cual, algunas veces, lo plasmaba mal al papel. Yo, lo aprendía así, y por no tener diccionario para buscar las palabras dudosas, tanto de su forma de escribirlas, como de sus significados, tal como me había enseñado mi tío Joaquín, no es de extrañar que tenga conceptos erróneos, al igual que muchas faltas de ortografía.

Por la separación de mis padres, percibía que mis tíos y mis tías, algo me boicoteaban; era el pobre y el intruso de la familia, por lo que llegué a sentir más aprecio por mis familiares por parte de mi madre; no obstante, con Joaquín seguía habiendo una gran compenetración, era con el que mejor me llevaba, le seguía en cariño mi padrino Domingo, o quizás fuera al revés, no recuerdo, “sorry”, y eso que es una cosa que tiene su importancia, al menos sentimental; esto se debía a que había casi perdido el rastro a Domingo, Conchita y su familia, por el cabreo de mi padre con ellos.

Empezaba a comprender, que si bebía no podía estudiar, y nunca sabré cómo lo hacía mi padre, pero lo cierto es que lo hacía.

Me preparé bien, o eso creía, el examen de Parasitología, a base de esquemas, pues dentro de cada parcial entraban de tres a cuatro tipos, a grandes rasgos, de parásitos, que variaban algunas características unos con otros dentro de cada grupo, por lo que según en qué se diferenciaban, así se ponía en la vertical las características distintivas; en horizontal se ponía el nombre de la especie, y los del mismo Género y Familia de parásitos juntos unos a otros, para ver bien las diferencias; les parecerá una bobería, pero era como les conté, la forma más adecuada de estudiarlos.

El catedrático y por tanto jefe del departamento, era dentro de la clase de catedráticos, el más asertivo que me había encontrado, a pesar de ser algo agitanado, cosa por otro lado lógica, ya que era andaluz, aunque no llegué a saber nunca de qué parte de Andalucía. Era un poco chabacano, y dejaba entrever, que venia de familia humilde, y llegó hasta la cresta por su propio esfuerzo, estudiando y luchando, e intentando sortear los abarates de la vida. Era un ganador, y él lo dejaba entrever así, como hoy diríamos por el “currículum oculto”, si hacemos caso de la LOGSE.

Era el primer examen de Para que hacía, y aún no sabía si el método de enfocarlo era el adecuado, aunque eso de ser el primero, no importaba, pues cada parcial que hacía, me parecía que no sabría cómo estudiar dicha asignatura; salvando el que la asignatura podía ser impartida por el catedrático, un doctor, una doctora (la mujer del catedrático) y un “pinche” (licenciado), no se sabía en base a qué explicaba cada uno, si porque así había más

e-libro.net

variedad y se justificaban todos los sueldos, o bien si se pasaban unos a otros la pelota de quién daría la clase, según el número mínimo de horas que debían dar cada uno.

El pinche gastaba sus fuerzas e inteligencia en las “artes de pesca”, y bien claro me lo dejó en las primeras prácticas que hice de esa asignatura. Iba de guaperas simpático, y rico, cosa que algo era de todo eso.

Después del examen de Para, que al igual que la mayoría de nuestros exámenes se hacían los sábados por la mañana, salvo alguna rara excepción, y vamos a suponer que fuera a las nueve o a las diez de la mañana, y puesto que por el tipo de exámenes que era, no se necesitaba mas de dos horas para realizarlo, o sea que sobre las once, o las doce a más tardar ya habíamos acabado, nos íbamos al bar Fragata, donde empezábamos a ingerir cerveza hasta quedar totalmente embriagados, piénsese que a esa hora, lo más que se tenía en el estómago, y desde primera hora de la mañana eran unas dos o tres galletas y un vaso de leche. Por esto, la borrachera nos la cogíamos con dos o tres cervezas.

Los primeros años fueron los que más a gusto me tomaría las cervezas después de los exámenes, y también era cuando más gente conocida iba al Fragata. La vuelta a mi casa en Los Baldíos (creo que se escribe así, discúlpenme los chicharreros si está mal, pues nunca lo he visto escrito), la iniciaba alegremente, aunque poco a poco, y a medida que me alejaba de La Laguna, y me acercaba a mi casa por Los Llanos del Moro, me entraba angustia y ansiedad, pensando que Águeda se me enfadaría, y que sería con razón.

Los días en que teníamos algo que celebrar, que era cosa de una o dos veces cada mes, o cada quince días, nos íbamos al casco urbano, y allí en la zona de más transito, en uno de los pasadizos de los pisos más cotizados de La Laguna (no tengo ni idea de por qué, pues tanto la situación, cómo la calidad de la vivienda en relación a su precio, era un auténtico disparate; cada portal tenía y se llamaba al bloque, con un nombre del zodiaco); íbamos pues a ese edificio, siempre de noche, y en uno de sus pasadizos, el menos transitado de todos, que cosa extraña, de unos a otros, no parecían que se estuvieran en la misma zona, y menos ser el mismo edificio, pues unos estaban abarrotados de gente, y éste, el que nosotros más frecuentábamos, estaba casi siempre vacío. Ahí íbamos a la pizzería Capri, que generalmente también estaba vacía, por lo prematuro de la hora (las ocho o las nueve de la noche), bueno lo cierto es que allí nos comíamos cada uno una pizza, estas no eran muy grandes, y tampoco muy gordas aunque esto era variable, pues casi siempre que íbamos había un cocinero distinto, quien hacía la pizza de espaldas al público, pero en la misma barra, en un sitio donde habían colocado el horno. Mi pizza era siempre la “Cuatro estaciones”; las pizzas costaban unas trescientas cincuenta pesetas y para beber pedíamos una caña que costaba diez duros cada una; tengo idea de que a veces repetía la cervecita, !Águeda no!; después, casi siempre caía un polvito a gusto, aunque he de decir, que quizás fuera en enero a la pizzería, pero en febrero “ni loco”, pues tenía mucho que estudiar. Ya ven que nos salía menos de mil pesetas la cena en un restaurante mediocre, que luchaba por salir adelante, aunque no lo conseguía. Una cosa de este bar, rarísima fue en unas oposiciones para profesores de BUP y COU, se llenó la pizzería como nunca había visto en mis años de estudiante; todos eran opositores y no sólo me agobiaba ver tanta gente, sino que parecía que invadían nuestro terreno tan romántico.

Otra cosa a comentar del bar en cuestión, era el camarero, al cual conocíamos de otro bar, era un musculitos, no culturista, sino fibroso; cada vez que lo veía le decía a Águeda:

-“El colega” va de guapito -algo así le decía.

Ella no aceptaba mis observaciones y se le veía negar mi rabia con movimientos a un lado y al otro de la cabeza.

El camarero era rubio, y algo de guaperas iba, aunque sinceramente, no lo encontraba tal, es más, lo hacía más bien feito, con una dentadura muy deformada (como yo que lo escribo).

Cuando realizaba un cunnilingus o hacíamos el sesenta y nueve, éste último menos frecuente, me concentraba peor en el último, pues bien, cuando realizábamos alguno de los dos, nunca sentí aversión por el olor ajeno, y eso que en esas cuestiones soy muy escrupuloso; nunca ni en el acto sexual, ni en la vida diaria, me dio Águeda ningún tipo de mal olor, ni olor desagradable; desconozco si ocurría lo contrario, pues ella nunca me lo mencionó; por ese tiempo, en muy pocas ocasiones me ducharía dos veces en el mismo día, el frío era excesivamente grande, una, siempre.

Ese año, por primera vez, al menos de forma clara, me percaté que si me iba a la cama con los apuntes que estaba estudiando, mas concretamente los de Para, al día siguiente me levantaba pensando en eso, y estaba por tanto totalmente centrado; o sea para los exámenes daba mejor resultado eso que el ponerse a leer literatura, aunque no quería dejar absolutamente ese vicio, pues me hacía sentirme mas humano, llenaba mi cerebro de cosas

e-libro.net

positivas, y no tan áridas (como bien escribió Pío Baroja) como las ciencias; áridas, pues al menos la información que nos estaban dando era en plan telegráfica, y eso es árido pues conlleva al estrés tanta información compendiada en tan poco espacio y en tan breve tiempo.

Es increíble que pasando muchas veces un día de por medio, cómo se solapan ideas, cómo se olvida lo que se escribió el día anterior, y más aún el mes pasado, pero... !Falso!, hay que mentalizarse positivamente, y no meter información negativa dentro del cerebro, y por tanto decir: “amo a las ciencias, amo a las letras, amo mi coherencia y continuidad ascendente progresiva y logarítmicamente” (por no quedarme sólo en lo de geométricamente). Ese año, me encerré al menos para prepararme la de febrero, o mejor el Examen Extraordinario de Febrero, fue el caso de la Química General, único al que me presenté de entre las pendientes del año anterior, y no me presenté a las otras dos, pues consideraba que en su día y momento, las había estudiado y trabajado suficientemente, por lo que debía estar aprobado, consideraba pues desleal y una injusticia, el que por mi imagen, la de poco farmacéutico, más bien de “pasotilla”, cosa que se ve que lo era sólo en muy raras y contadas ocasiones, me suspendieran. Por ello, si es que en realidad los profesores me suspendían por la “pinta”, creo y deduzco que sí, por eso de “una imagen vale más que mil palabras”, lo que era falso en mi caso, al menos en cuanto a juergas, protesto enérgicamente; la cosa que no se puede alterar era en cuanto a la pobreza, era rematadamente pobre, incluso, llegaría a afirmar que era pobre entre los pobres, pues si consideramos a los pobres cómo los de baja extracción social, que viven en casas poco habitables y con unos ingresos muy bajos, pues eso les ocurría a todos los de la casa donde vivía, y un servidor era lo que se dice: los “nuevos pobres”. Siempre tuve el presentimiento o mejor la corazonada, de que mi padre me ayudaría en caso de necesitarlo (el tiempo lo diría), por aquello de ser el varón primogénito, y al que iban a parar todas las fortunas, al menos así ocurría en las épocas pretéritas, y estaba seguro que así iba a suceder. Por lo pronto empezaba a ser algo iluso, y algo payaso, pues vendió su farmacia y muchas propiedades, estando estudiando farmacia, aunque vayan a saber si lo hizo por pensar en que llevaba una vida disoluta y no la del número uno, tal y como el pretendería; puede ser que me hubiera puesto algún investigador privado para enterarse de las cosas que yo hacía, cómo, con quién, dónde vivía, qué hacía, cuándo y cuánto estudiaba, en fin todo lo que a él se le ocurriese.

De las raras veces que iba a clases, a veces hacía dedo, y, sin hacer dedo, a veces, por no decir siempre, un mecánico (dueño de un taller) que arreglaba camiones, que trabajaba justo en el solar de al lado de nuestra casa, no hacían mucho escándalo, a pesar de que también, o puede que sólo, arreglaba las carrocerías de los camiones, chapa y pintura, tenía herramientas para soldar, y no puedo decir, a pesar de vivir al lado, cómo se las arreglaba cuando llovía, ya que dicho taller estaba al aire libre, pues tal digo, el tal mecánico de unos cuarenta años, tenía un camión pequeño, sólo la parte delantera, mientras que donde debía ir la carga, iba una plancha, y siempre que nos veía, y sin necesidad de hacerle dedo, nos llevaba al casco urbano, o cerca de él. Se lo agradecía mucho, pues no se me apetecía nada ir caminando el par de kilómetros. La furgoneta era azul marino, mal pintada.

También nos llevó un par de veces al menos a mí, una chica que trabajaba en una de las mejores dulcerías de La Laguna, pensé que debía ser algo importante por trabajar en un sitio tan elegante, prohibitivo y seguro que soslayadamente, o lo que es similar pero no igual, solapadamente, no me dejarían entrar por mi pinta; el ver cómo elevé su rol a esa chica, de profesión dependienta, por encima de mis posibilidades, se podrán imaginar en que nivel se encontraba mi autoestima, de baja para abajo.

El monotema, de todos los que nos llevaban a dedo (esta última chica tenía un pequeño utilitario rojo, que me resultaba un cochazo, sin saber si algún día podría tener uno igual o similar), era la eterna rivalidad entre chicharreros y canariones, sobre todo ese mes de febrero, en que los carnavales y sus murgas enfatizaban muchísimo ese tema. Siempre terminaban diciendo, que ellos no eran segregacionistas, y pienso que era verdad, pues nos llevaban con ellos; pudiera ser que no se les ocurriera nada a ninguno de ellos más ameno que comentar.

Estudié el examen de la convocatoria extraordinaria de febrero, y lo que con mas énfasis estudié fue la formulación, tanto de Orgánica, cómo de Inorgánica, haciendo más hincapié en la última, y sobre todo en las inusuales sales dobles y triples, las cuales abundaban en los exámenes, debía ser que eran del gusto del Dr. Jorge Fuentes, o quizás de su hueleculo, cuyo nombre no tengo el gusto de recordar. Sigo conservando esos libros, aunque hubo una época en que no estuvieron en mi poder, a pesar de que las circunstancias me obligaban a disponer de ellos, no los tenía y se lo pedí a la persona que los tenía, quien me dijo que él no los tenía; me lo devolvería al cabo de unos años.

Estoy pensando, que tal y como va ahora, y por el cariz que está tomando ahora este manuscrito que se convertirá dentro de unos años en un libro, espero que algo ameno, debería llamarse: “Apuntes”, no apuntes

e-libro.net

cogidos en clase o donde coño sea, sino apuntes de mi vida, que bien puede ser la de cualquiera, un don nadie, un segundón que aspira a mucho, pero que de nada sabe, pues a mi misma edad, sin ir más lejos, mi padre ya había realizado muchísimas más cosas que yo, incluso se había casado con mi madre, que según me dijo, se conocieron cuando ella bajaba de Las Meleguinas a hacerse unas curas de la garganta, pues estuvo a punto de morir, por no sé que infección que padeció de jovencilla; según parece, mi padre desde la farmacia la veía pasar, y él todos los días se le quedaba mirando; le preguntó a un conocido que cómo se llamaba y demás, mi padre le dijo al conocido mutuo que le dijera a mi madre, su futura mujer, que la quería conocer, eso hizo, y así empezó todo.

En Los Baldíos cuando le tocaba a Luci (siempre que pensaba en este nombre, en mi cerebro me decía, aunque no comprendo a que se debía, lo siguiente: "Lucia, dame la mierda que es mía") hacer la comida, a veces, con frecuencia, a menudo, (no puedo discurrir sobre qué palabra usar mejor) como digo acostumbraba a hacer "moros y cristianos", riquísimos; nunca los había probado, y fue con ella cuando los saboreé, o casi mejor devoré, me encantaron, cosa por la que muchas veces, porque se lo pedía, los hacía, creo que esa fue de las únicas veces que los comí.

Tras el examen de febrero, me enteré, que el parcial de Botánica era también ese mes, a sólo dos semanas del mío de la convocatoria extraordinaria, esto me dejó sumido en la más profunda consternación y deprimido. Lloré cómo nunca antes había llorado, en la mesa, delante de los apuntes, y con Águeda, al contarle la gran putada que me habían hecho; claro, habían dejado los que pusieron las fechas, mis compañeros, todo el mes de febrero para prepararse el puro de segundo, eran aproximadamente quinientos folios con la letra de Mavi (por una cara), la cual condensaba en un folio una ingente cantidad de conocimientos; estaba a punto de reventar del estrés que me supuso el verme solo ante tal "mogollón" de folios; maldecía en silencio a las pijas de las primeras filas, sobre todo a una que no podía tragar, y que pertenecía a una de las familias de más "rancio abolengo" de La Laguna (perdonen el inciso, pero si pongo tantos no sé, es porque siempre he vivido en un mundo en el que no he investigado más que pocas cosas a mi alrededor, y éstas, así cómo muchas otras, no eran de las que verdaderamente más me interesaban, por no decir que me caían tan antipática la chica, que nunca la llegué a saludar, me imagino que debía ser mutuo, pues ella me saludó tan sólo una vez) y me llené de odio, pero ya no podía hacer nada más que lamentarme, mientras pensaba: "¡cabrones, asquerosos, sólo van a lo suyo y no piensan nada en los demás!" Espero no haber hecho esto yo también con mis compañeros, aunque quién sabe si la culpa fue mía, por no haber ido a clase el día en que se pusieron las fechas, pero el tener que estudiar, y la vergüenza que sentía al ir por clase siempre como un desgraciado y con la misma ropa, me hacía pasar grandes angustias, y puede ser que ello fuera causa de que mi desarrollo-aprendizaje no fuera el adecuado, aunque quién sabe si tuviera dinero al menos para vestir y no digamos para gastar, si me esforzaría tanto, o a lo mejor más, al pensar que esos ingresos no serían para toda la vida; de la otra forma, de la real, de lo que fue, me influyó de tal forma que durante el curso luchaba a capa y espada, al máximo de mis posibilidades, al menos eso me parecía en comparación con el resto de los de la casa, todo ello, en gran parte, para salir de la pobreza en que me encontraba.

Al cabo de los años pensaría, "tal y como voy, parece que aunque el 'mundo se caiga', yo estaré aquí, al pie del cañón", y así era.

A partir de "Para", ya nunca más dejé, ni siquiera a mi perro de Las Palmas, que se acercara a mi cara, y menos aún, lo que antes hacía tan inconscientemente, y era el acariciar a casi todos los perros callejeros, todo, porque, ahora con conocimiento de causa, sabía la cantidad de parásitos que podían transmitir los perros; siempre me acordaba de Manolito Morales, quien besaba a su perro en el hocico y la boca, mientras dejaba que éste le lamiera toda la cara; sé que su perro estaba dentro de la casa, aunque lo sacaban a menudo; este comportamiento de Manolito me parecía excesivo, por mucho que quisiera al perro, al igual, que también me resultaba excesivo que cada vez que salíamos le cogiera a la madre del monedero, sin estar ella presente, de mil a cinco mil pesetas, dependiendo de lo que fuera a hacer, piensen que cuando le cogía para una noche cinco mil pesetas, eso equivalía a casi media mensualidad mía durante los primeros años de carrera. Seguro que le daban tanta libertad con el dinero, porque él era el más trabajador de los hermanos, y aunque tenía el profesor de apoyo para las asignaturas de ciencias, también era el que mejor nota sacaba de los hermanos, no tengo ni idea de cómo lo hacía, pues no se denotaba en él ningún carisma, ni rasgo de inteligencia, a no ser la gran cantidad de dinero que manejaba; trabajaba en las pastelerías del padre, es más, tenía una a su nombre, según decía por trucos para su padre, para pagar menos, que no digo que no tuviera parte de razón, pero supongo que también era para responsabilizar y cubrir la espalda a sus hijos.

e-libro.net

Todo esto vino a cuento de lo de Para, y ésta no venía a cuento, pues en realidad estaba con Botánica, por la cual lloré por primera vez delante de una persona del sexo contrario; recuérdese que la primera vez que lloré ante alguien, ya con uso de razón, fue delante de mi padre, por el daño que me hacían sus palabras, o mejor dicho las intenciones de esas palabras.

No puedo decir cómo se quedaría Águeda con mi gesto, pues jugábamos a adultos, y hacía poco que habíamos salido del cascarón, aunque a los ojos de la ley, teníamos más de dieciocho años, éramos adultos que pueden votar; no tengo ni idea de si la edad biológica se relaciona íntimamente con la mayor o menor madurez, pero si esta se relaciona con la capacidad (o incapacidad) para resolver los problemas que se plantean, casi todos ellos generados por tres factores importantes: Águeda, la carrera y la falta de dinero, si estos factores influyen, opino que maduré tempranamente y si se suma a esto, uno de los primeros logros de los socialistas, tal como el divorcio, y primero la separación matrimonial, pues también por eso era maduro; había pasado de la opulencia o mejor la falsa opulencia a la pobreza o auténtica miseria, y de tener una familia completa, a no tener padre, pues ninguno quisimos que nos fuera a ver o visitar, como hacían el resto de los pocos padres que en esas fechas estaban separados.

Mi padre se fue a vivir con la que le limpiaba la farmacia, aunque por lo que parece antes que eso se dedicó a fornicar con jovenzuelas, así se vanagloriaba de la cantidad de “rubias” con las que estaba, cosa que de ser cierta era única y exclusivamente por su dinero, hablando en plata, se trataría de putas.

Su amante no debía creérselo, de la más absoluta pobreza, a ser la amante amadísima (según parece) de uno de los líderes algo fuerte de Las Palmas, y lo que en cuanto a dinero se refiere y lo que eso conlleva.

Pero no nos vayamos por los Cerros de Úbeda, volvamos a la realidad de nuestra casa de tres pisos aún a medio terminar y en la que sus habitantes vivían alegremente a excepción de claro está: yo.

Por mi pinta y mi estatus económico, más parecía un plebeyo, o un vasallo que otra cosa, era casi como el cuento del príncipe y el mendigo; el Señor me castigó, por tanto ir contra mi familia, y querer o preferir la clase humilde; eso era porque había sido rico, aunque también, vamos a no echarme encima toda la culpa, se debía por lo que digo a una reacción al mal comportamiento de mi padre, ocasionado este, posiblemente, por la inmensa cantidad de bebidas alcohólicas que ingería a lo largo del día. Según me dijo recientemente mi madre, mi padre era un enfermo, sus reacciones no eran de persona normal, sino provocadas como acabo de explicar por el abuso del alcohol, y seguro que también por todas las pastillas que tomaba con el güisqui.

Ya no estudiaba ninguna asignatura con música, porque pensaba que ésta me distraería; no se me ocurrió oír música clásica.

Estabamos en que estudiaba botánica, y en los problemas que la desleal competencia me provocó, tenía dos semanas, los otros un mes, pero, en mi agobio, vi una luz encendida, Jose, el que pretendía a Luci, que parece ser, era una eminencia en ciertas cosas de biología, y por fortuna él, por esos días se quedaba en nuestra casa; tengo entendido que era reconocido en su facultad, por un trabajo que versaba sobre la existencia de los muflones en el Parque Nacional del Teide: llegó a esta conclusión por las cagadas que encontró allí tras un, por lo visto, arduo trabajo de investigación; decían, que lo malo es que para algunas asignaturas cómo Física, que según él no le gustaba (y según yo, porque era difícil y hacía falta “codos” y concentración, más un mínimo de inteligencia) y por eso no las estudiaba, en fin, eso es cosa de él. Yo, para lo que lo quería era para que me dijera de entre todas las familias de plantas que había en la ingente cantidad de folios de que constaba el parcial, que me dijera cuáles eran las mas frecuentes y que según creyera él, podrían caer en el examen; esto se lo dije cuando ya le había dado una mirada a todos los apuntes y me parecía imposible estudiármelos todos; aparte de si eran pocas o no, después cada familia tenía su propio polinomio floral, otro rollo de los de aquí te espero, así por ejemplo había que saberse el numero de pétalos, sépalos, estambres, pistilos, etc, etc. Cada familia podía ser de seis folios a diez o doce, según alcanzo a recordar.

Jose se quedó anonadado por la pregunta, y por la responsabilidad en la que le estaba metiendo, él estaba en cuarto, aunque según los papeles estaba en primero o segundo, por la cantidad de asignaturas que había dejado de cursar. Al final, pasando familia por familia me dio una lista de unas quince, descansé y le di las gracias; aún así eran bastantes para el poco tiempo que me quedaba, a lo sumo diez días para el examen, pero si él tenía razón, lo podría sacar, y ya me había puesto a hacer “esquemas”, lo pongo entre comillas, pues realmente eran las sábanas de las que ya he hablado. De muchas partes de las familias, comunes a todas, hice esos esquemas, las otras partes me las estudiaba por los apuntes, directamente.

e-libro.net

A pesar de haber disminuido considerablemente el número total de folios a estudiar, fueron dos semanas intensas de estudio, que gracias a la dinámica que llevaba, estaba bastante concentrado; ni que decir tiene, que me llevaba los esquemas a la cama, a pesar de lo harto que estaba de ellos; recuerdo que fue en esas fechas, cuando me leí "La Peste" de Albert Camus, y si no, pienso que fue cerca de esa época, me impactó, a pesar del nerviosismo a que estaba sometido; por fin llegó el ansiado y odiado día del examen; por la tarde había quedado en salir con Ramonsi, y por último ir a buscar a Águeda a la Universidad para luego bajar a Santa Cruz al carnaval; a pesar de que el festejo no me gustaba, consideraba que lo tenía más que ganado, aunque mi estado de ánimo dependería mucho de cómo me saliera el examen; llegó el día que me debía presentar, fuera del aula éramos muchísimos, sobre los cien, si no más; lo que sabía me lo traía bien aprendido, al menos eso pensaba, pero seguro que era mucho menos de lo que la inmensa mayoría se habían preparado. Todos comentaban entre sí, yo me sentía aislado, pues hacía tiempo que no veía a la gente de mi clase. Entramos, después de estar esperando bastante tiempo, y cómo casi siempre decía, dije:

-Esto es una tortura psicológica.

Refiriéndome al tiempo que nos hacían esperar.

Una vez dentro, y mientras nos colocaban, "el negro" (si a alguien suena despectivo este apelativo, lo siento por él, pues no es en modo alguno peyorativo, aunque con ese individuo en cuestión debía serlo, pues hacía alarde de ser rico, poco comunicativo, déspota y en absoluto nada deferente hacía un país extraño que tan bien le acogía), se sentó porque le dio la gana, en la mesa del profesor, profesora en este caso, y una vez allí puso los pies encima de la mesa del profesor, mientras apoyaba el culo en la silla de la profesora. Me pusieron al lado del negro, con la disculpa de que no había más asientos libres, aunque quizás fuera porque mi pinta les indicaba como si me fuera a copiar. El examen me salió bordado, a pesar que al comienzo de este estaba intranquilo e incómodo; a medida que me fui adentrando en él, me fui tranquilizando, lo sabía hacer todo, y según las notas que salieron a la semana, lo debí hacer muy bien, pues tan sólo aprobamos unos ocho o nueve, y yo ocupaba el tercer lugar, por encima de Mavi; comprobé que sí, que esa profesora cumplía lo que de ella se decía, lo del listón. Lo del negro tenía yo razón, no aprobaba ninguna asignatura, y estaba enchufado en un departamento, el de Para, donde le habían cedido un puesto, y él no aprovechaba ninguna de las oportunidades que se le presentaban en exclusiva; los demás, qué más quisiéramos tener la mitad de su suerte.

En ese examen fue tal cual diría más tarde a amigos y compañeros del piso, cómo funcionó claramente la memoria fotográfica, así visualizaba las imágenes y los nombres de sus partes, tal como estaba en los apuntes, aunque esto fue más evidente, preciso, y necesario en el segundo examen teórico de dicha asignatura.

El examen, por tanto, me salió bordado; era la primera vez que jugaba a una carta tan alta, pues creo que me estudié menos de la mitad de lo que comprendía ese parcial; estaba ebrio de alegría, y le daba las gracias al novio de Luci, contraje con él una deuda muy grande.

Mi alegría hizo que fuera a mi casa a la salida del dichoso examen, loco de placer, había terminado el fatídico febrero, con sus exámenes de repesca y los ordinarios, e intuía que todo me había salido bien, a pedir de boca, a pesar de los sinsabores que me hicieron pasar.

Me examiné también del fresco, o sea identificar una serie de plantas con guías y libros sobre las distintas especies en las islas; las plantas estaban al natural; no pude ir a casi ninguna excursión, y había gente que se iba todos los fines de semana al campo a coger plantas, y a identificarlas, yo no tuve tiempo.

Pero vayamos otra vez a la salida del examen, llegué a la casa, a pesar de que el trayecto, la distancia, era para desilusionar a cualquiera, más contento que unas maracas; Águeda me recibió algo fría, porque creo recordar que ella se examinaba de una por la tarde. Llegué y me puse a hablar por los codos con todo el mundo, comí satisfecho de todo y sobre todo de mí, más que de los demás; los demás debían estar satisfechos, pues yo lo estaba, y si no, eran bobos, o raros, o por ahí te pudras.

Quedé con Ramonsi en ir a sacar fotos por la tarde; estaba deseando que Águeda se fuera al examen pues estaba arisca e insoportable; quedamos en que la iría a buscar a la facultad (en la parte vieja de la Universidad), a parte de que deseaba estar solo, con Ramonsi y Meli para fumarnos un narguile con "chocolate"; éste era un regalo de Águeda y no recuerdo si ya lo habíamos usado los dos, sospecho que no; cuando se fue Águeda a su examen, le pusimos en el recipiente para el agua perfumada, un licor de menta, para darle un sabor agradable a las catadas, a parte de eso, según se decía era afrodisiaco (a mi no me hacía falta eso, pues ahora, y tras haber pasado los exámenes estaba ávido de sexo).

e-libro.net

Nos tomamos unos cuantos cubatas y unas cuantas fumadas. Propuse a Ramonsi una cosa que tenía en la cabeza desde hacía tiempo, tal era ir a la muralla de la pista de aterrizaje y allí sacar unas fotos a los aviones que aterrizaban en Los Rodeos, eso hicimos, pero cuando se acercaba el avión, Ramonsi se echó a correr muerto de miedo, me quedé solo, gritando, mientras veía a aquel mastodonte que parecía que iba a aterrizar sobre mi cuerpo; grité cuanto pude, aunque también saqué la foto, vi luego que el avión había pasado a menos de diez metros encima mío (yo estaba tendido en el suelo), me temblaban las piernas. Supe lo de la distancia al mirar en el objetivo la distancia a la que había hecho el enfoque de aquel mastodonte; era algo !absolutamente impresionante!

Llamé luego a Ramonsi y le dije que era un "rajao" por dejarme solo; no sé que excusa balbuceó muerto de miedo.

De allí nos fuimos a casa de mi hermana Pine, donde había un montón de gente disfrazándose, con ropas de otros años, y con unos pocos disfraces que había; algo así le dije:

-Luego paso por aquí y me dejas un traje de mujer, que voy así vestido para abajo.

Allí nos tomamos otra copa Ramonsi y el menda, o quizás fueran dos, pero estaba incómodo, por la gran cantidad de gente que había en aquel diminuto, pero céntrico piso.

Nos fuimos al Fragata, en lo que se hacía la hora de ir a buscar a Águeda. Cuando llegó el momento me encaminé con Ramonsi a buscarla, cuando llegamos allí, me puse a gritar:

-!Águeda, Águeda!, ¿dónde estás?

Esto a grito pelao. Ella bajaba por unas escaleras con una amiga a la que me iba a presentar. Le di un beso y seguramente me retiró la cara del cabreo que tenía al vernos tan borrachos; ella, que posiblemente había estado fardando con su amiga sobre mí.

Nos fuimos, tras despedirnos de la amiga, a casa de Tomi, quien a Águeda no le caía muy bien; tal vez fuera mutuo, a saber.

Allí estaban los tres pisos de estudiantes en el mismo edificio a tope de gente, preparándose para los carnavales; la casa de Tomi era un entrar y salir continuo de jóvenes, pero sus dueños estaban casi siempre en sus habitaciones respectivas; había gente en el salón y la cocina, tomándose unas copas y hablando; en la puerta de enfrente, estaban las niñas, bastante bobitas por cierto, se creían las divas (a saber de qué coño); eran guapísimas, eso no hay que negarlo, pero a base de mucho maquillaje del caro, pues según parecía a ellas les sobraba el "money". Sería cierto algo, pero no tanto como se la echaban. Veía tales linduras, y las consideraba inalcanzables, ya saben que tenía un nuevo estatus, el de ser rematadamente pobre. De todas formas esas niñas tenían bastante bobería encima, y después estudiaban carreras sencillitas, para no fatigarse.

Por último en el piso de abajo, el de Jose y compañeros de Garachico, también vivía en él un licenciado en medicina, pero no estaba, seguramente el pasaba de ir a esas fiestas, pues, según decía, quería hacer carrera en el mundo en el que estudió y se movía. La gente del piso de Jose, iba más de pasota, de todo muy suave, por sus pintas parecían eso precisamente, todos sentados alrededor de una mesa enana, sentados en cuclillas, en el suelo.

Yo iba de un piso a otro, privado y bastante bebido, al de las chicas sólo entré una o dos veces y vi que allí había nivel económico alto, al menos los "conocidos" de Las Palmas, que habían ido a pasarse los carnavales a Tenerife, pertenecían a las grandes familias de la isla.

Me repelía ese ambiente, siempre lo repudié, era el típico ambiente de drogas caras y niños y niñas bien, que no daban "gongo", sino viviendo a costa de sus padres.

Entre el subir y el bajar escaleras, a casa de los compañeros de estudio y de fatigas (éramos tres los que estudiábamos farmacia, Jose, Tomi y yo). Nadie me avisó ni me dijo:

-Cuidado chico, te estas pasando.

Y claro que me pasé, llegó un momento en el salón de Tomi en que perdí el conocimiento; me dejaron en una habitación sobre un colchón a ras del suelo, allí por lo visto, le dije a Águeda que me dejara, que se fueran al carnaval. Según me contó Águeda algún tiempo más tarde, estaban Ramonsi y ella en la parada de guaguas, esperando a que llegara la que los llevase a Santa Cruz, pero Águeda sentía remordimientos, por ello me fueron a buscar al piso de Tomi, de allí me cogieron y me llevaron en taxi hasta nuestra apartada residencia. Si estaban cabreados por no haber bajado a Santa Cruz, no me lo dijeron al día siguiente, pues ese día seguía con un shock producido por los efluvios del etílico.

Y pregunto: ¿me levanté al día siguiente, o me lo pasé durmiendo? pues sinceramente no tengo ni puñetera idea.

e-libro.net

Voy a hacer un inciso y a hablar sobre el médico del piso de Jose, tenía veintitrés años pero parecía muchísimo mayor; el primer día que lo vi iba con traje azul marino y corbata oscura, venía de una conferencia; no dijo si él era el ponente o parte del público; como iba vestido, parecía la primera opción. Me dijo que el Aldo-Asma®, tenía propanolol, que era un alfa-bloqueante, lo que me sonaba a chino, y no sabía si era un disparate o cierto; pues bien, ese día dijo de dar una vuelta por La Laguna, por el casco antiguo, eso hicimos mientras comentaba:

-Hoy tengo la líbido al cien.

Era la primera vez que lo oía a una persona mayor que yo, y aunque lo pronunció mal, ya que le puso la tilde en la primera sílaba, me causo una rara impresión.

Tenía un mostacho muy negro, al igual que su pelo, también dijo:

-Si estuviera ahora con mi novia...

Ahora que lo pienso, se la estaba dando (presumiendo) con nosotros, no me fiaba lo más mínimo de él.

El lector me va a perdonar por el excesivo uso (y muchas veces abuso) de las palabras máximo y mínimo, pero son muy usuales en la carrera de farmacia, no sólo en las asignaturas de matemáticas, por ejemplo refiriéndose a los tipos de error, las cotas de los límites, etc, etc, sino también en otras asignaturas.

De este mediano inciso pasemos otra vez a mi piso; no me fui a Las Palmas en vacaciones, las aproveché para descansar, cosa de la que sobremanera me arrepiento, pues para mi descansar era no hacer nada, más que a lo sumo beber cerveza y vino, sobre todo esto último; lo comprábamos en una bodega que había al lado de una fábrica de ladrillos de barro y tejas; en la bodega había siempre dos o tres personas, hablando, pero no garantizo que bebiendo, y tras la barra una señora mayor; esto me chocaba grandemente, que hubiera una mujer despachando alcohol; el vino era barato y malo, nos lo servían en botellas que a saber cuál sería su procedencia, y que limpiaba o mejor enjuagaba muy someramente con una pizca de agua y después la rellenaba de unas barricas, las cuales llenaban toda la bodega, a excepción de algunas garrafas de vidrio rodeadas de plástico; creo que el vino estaba algo avinagrado, al menos ese era el cierto olor que se percibía en la bodega, que no sé si es el auténtico olor, el que ha de tener toda bodega, o simplemente el característico de las bodegas malas, con vinos de mala calidad.

Descansaba por así decirlo de la “alta competición”, y no me percataba que no iba tan bien en los estudios, de aprobar la Química General (que la aprobé), aún me quedaban dos asignaturas de primero; luchaba porque la competencia fuera menor, y que no todo fuese a base de estudiar y estudiar. También tenía ratos de esparcimiento, aunque muy mal aprovechados como se ve; podría haber aprovechado dichos ratos para una afición, y aunque me ponía a veces a sacar fotografías (diapositivas), no tenía dinero para este caro vicio (fotografiaba todo y cualquier cosa, sobre todo a Águeda, y todo aquello que me causara impresión); he de reconocer que para la mierda de material con que contaba, me salían muy buenas “diapo” y fotos. De todas maneras estudiaba tan intensamente que cuando lo dejaba, parecía como que algo me faltaba, y llenar una o dos semanas tan sólo a base de sacar fotos dentro de mi casa, era algo complicado para mis escasos conocimientos sobre este tema. El día de los enamorados, le compré un par de chucherías a Águeda; su regalo fue precisamente: libros de fotografías, que ojeé y ojeé; alguno casi hasta lo estudié; de todas maneras, no fue la única vez que recurrió a este tipo de presentes, aunque para ser sinceros, variaba y me agradaban sus regalos.

Se comentaba que por el aeropuerto, a los lados de la pista de aterrizaje, no por la que nosotros fotografiamos, sino a saber cuál, se alquilaban muy baratos los chalet, sobre las veinte o veinte y pico mil pesetas; pensaba que no teníamos medios de transporte para ello, que eso era para los ricos; hoy día pensando en esto, vayan a saber, si a nuestra casa la llamaban un chalet, pues por fuera tenía una pinta bastante agradable, pero ya he dicho cómo era por dentro, salvo los pisos superiores, donde estaba contentísimo, pues me dejaban una mesa enorme para mi solo, aunque pasara más frío que un machango.

Después de la vida disipada, volví a retomar los apuntes, y a empezar otra vez la dinámica interrumpida, durante demasiado tiempo, si se pensaba en lo mal que había empezado la carrera; para desembotarme, empecé a correr por la carretera, pues campo a través no me atrevía, ya que podía sufrir lesiones; era cuesta arriba y lo más que corría era unos setecientos metros, y con la misma me cansaba, era demasiado lo que fumaba, y más aún lo que había estado inactivo, a pesar del par de kilómetros que nos separaban de la facultad.

El chandal que usaba, era uno que me dio Miguelo; era celeste, superdesgastado, y lleno de motas blancas, seguramente porque se le había caído lejía encima. No obstante con él corría, y en esos días no pasaba

e-libro.net

vergüenza pues no había nadie en la carretera; aparte de esto, las playeras me quedaban estrechas, eran unas Adidas o unas Yuma o algo por el estilo; corría y me dolían muchísimo los pies, sobre todo los dedos.

La forma en que me asfixiaba, me hizo plantear el que debía fumar con menos nicotina, es por lo que con mucho esfuerzo, me compré una boquilla negra, y plateada la parte donde iba el filtro del cigarro; después de una serie de cigarros (Coronas) debía cambiar los filtros, intenté limpiarlos de nicotina, pero era muy engorroso, difícil y pesado, por lo que tuve que hacer nuevas economías para comprarme los nuevos filtros, lo cual se convertía en grandes gastos; por otro lado, más gastos al reducir la toxicidad, al menos momentáneamente, pues parecía que fumaba más (lo cual implica un mayor gasto). Como ven era un "feed-back" positivo, aunque sus efectos fueran tan negativos; ya está bien de hablar de tanto cigarro, al cual era un auténtico adicto, fumaba mucho más que la media.

Seguía escuchando, a pesar de estar en el piso de arriba, las conversaciones y las risas de todos mientras tomaban café (ya Meli no estaba en el piso, no soportó aquello, estaba alcoholizado y no tuvo voluntad para estudiar su peliaguda carrera de derecho, así que después de carnavales se quedó en Las Palmas y al menos por delante mía no volví a verlo pasar por La Laguna, se lamentaba pues tenía un amigo, bastante calvo, que aprobaba sin esfuerzo, copiándose y estudiando tan sólo una pequeña parte para cada examen, yo hice lo mismo, pero sólo ante el gran abuso de un examen para el que era literalmente imposible estudiárselo todo), y eso me daba rabia y pena de mí: "Que desgraciado soy, todos hablando y yo aquí estudiando, y encima ellos aprueban hasta con matrículas, y yo muchas veces ni siquiera llego al cinco"; me automarginaba y sentía un muy bajo concepto y autoestima, error característico del alumno ante el fracaso escolar, el cual puede ser tan fuerte, que conlleve incluso al abandono de los estudios; seguramente algo de esto fue lo que le pasó a Meli, aunque él no acostumbraba a estudiar nunca.

Sólo me tomaba medio café al día, encima no un café solo, sino cortado, con leche en polvo "Lita", buenísimo. Creía que padecía teísmo, cuyos síntomas más destacados eran: insomnio, irritabilidad, nerviosismo e hipertensión, todo esto lo sufría, tomándome tan sólo un té al día, justo después de la media hora de siesta; el nombre de la enfermedad lo aprendí en Botánica, estudiando las diferentes plantas, así una cosa anecdótica que decían esos apuntes, era que el té tiene más cafeína que el café, lo que ocurre es que se usa mucho mas café para preparar las mismas tazas de los dos psicoestimulantes, puede ser que fuera en esa asignatura o en otra, donde decía que el café, el chocolate y el té, tenían los tres cafeína, teobromina y teofilina en cantidades variables según de qué planta se tratase, posiblemente esto lo estudié en Farmacognosia, no puedo concretar exactamente cuando aprendí estos conceptos tan prácticos y casi anecdóticos.

Mi desayuno consistía en un par de galletas y una escudilla de leche, preparada ésta a base de leche en polvo y agua caliente, me encantaba porque la hacía espesita, y con eso me mantenía hasta la hora del almuerzo, cómo se comprenderá, es poco para tan alto desgaste mental, a pesar de que la leche era concentrada; no tomaba vitaminas ni nada por el estilo, por esa época aún no se había popularizado y generalizado el uso de estas sustancias.

Comenzaba, en clase, las pocas veces que iba, a gestarse un pequeño grupo, Tomi, yo, May, y tres o cuatro chicas más. Digamos algo de cada una, May, su madre era profesora, su padre no sé si había muerto o se había separado, pues nunca lo nombraba, tenía un Seat Panda, al igual que la mayoría de las demás chicas que conocía y que estudiaban farmacia, era de Santa Cruz. Al principio me jactaba de tener un montón de amigos de otras carreras, aunque ya empezaba a tener más de la mía que de otras, quizás porque la dificultad de ésta no nos permitía demasiado tiempo de esparcimiento y así relacionarnos con gente de otras carreras. Una de ellas era gordita y muy alegre, llevaba el pelo rizado, y lo tenía en cantidad abundante, e diferencia del de May, que era escaso, se le caía muchísimo, y era un pelo sumamente lacio, tenía por tanto una frente enorme. Otra chica, padecía de diabetes, era depresiva, embajonante, su padre tenía farmacia y ella pensaba que ya tenía la vida resuelta, no era muy inteligente; de todas ellas las más inteligentes eran May y la más guapa de todas, la cual al par de años saldría con un estudiante de farmacia cuyos padres tenían una de las mayores fortunas de La Laguna; no sabe realmente esa chica en qué berenjenal se metía, eso sí, tenía un cuerpo de escándalo, de cine; estudiaba, pero no sé cuándo acabo; ella vivía casi en Santa Cruz, por una zona de pisos del estado, y no creo que fuera que ella se había independizado precisamente. De vez en cuando se acercaba y se relacionaba con nosotros.

Mabel, iba de super y su novio era "motero", los dos eran unos presumidos exhibicionistas, y no creo que fuera precisamente porque tuvieran mucho dinero, sino porque el que tenía se lo gastaban en ropa, para impresionar.

e-libro.net

A pesar de todo lo que fumaba, no era consciente de que mi aliento debía apestar a mierda, a basura; tampoco, y eso que Águeda fumaba igual que yo, esto es dos paquetes de cigarros por barba y día, se lo olía a ella, quizás porque ella era más limpia que uno y usara desodorantes bucales de algún tipo, pero ciertamente nunca me planteé lo de la halitosis, ni en ella, ni en mí, y eso, que esta debía ser fuerte tras estar sentado todo el día en el mismo sitio y fumando como un carretero, puede ser y esto es una conjetura sin fundamento cognitivo, ni estudiado, ni leído, que no tuviéramos el olfato bien desarrollado, o lo que es igual, que lo tuviéramos totalmente atrofiado, a pesar de que a mí, había gente que realmente sí me olía mal, y no les digo nada de cuando en Las Palmas cogía la guagua, a sudor, peos, halitosis y qué sé yo qué de mierda mezclada.

Para el segundo parcial de Química Orgánica, que lo daba el tartamudo que fue número uno de su promoción, quien para evitar su tartamudeo, se colocaba una pastilla debajo de la lengua; nunca me enteré si le dio o no resultado, pues ya les conté lo que me pasó el día que fuimos Tomi y yo juntos a hablar con él, al terminar una clase.

Es increíble cómo después de los años pasados, tengo la imagen tan clara del día que Tomi y yo, juntos, aún no puedo averiguar por qué Tomi me dijo que fuera con él a hablar con ese profesor, quizás por sentirse acompañado, quizás porque yo, y aunque me cueste reconocerlo era su Sancho Panza, en su vertiente más despectiva, o sea la del palurdo, y no la del buen compañero de fatigas, o "!vaya usted a saber!" si fue por esa última faceta del mismo Panza; en definitiva, no tengo ni idea por qué me dijo ese muchachito para qué iba con él, pero fui, y metí la pata hasta el fondo, no sé si se dan ustedes cuenta de la magnitud del problema, éramos unos pardillos y me burlé de un defecto físico o psíquico del "profe"; esto ocurrió en un aula del edificio de Químicas, que más que aula, creo que fueran aprovechadas, o sea, bajos que eran patios y que se cerraron para dar allí clases.

La Facultad de Farmacia contaba, en ese sitio con dos aulas, y allí se tenían que dar casi todas las clases de los cinco cursos de los que constaba la carrera.

Todavía me acuerdo perfectamente, de verme en el pasillo-salón de nuestra casa con un mogollón de hojas fotocopiadas para esa asignatura, y cómo Ramonsi me decía:

-!Ja, Ja!, lo que te espera -mientras palmeaba el

gran tocho de fotocopias del libro.

Aunque ahora mismo, no es el caso, y a pesar de que no me ha sucedido una o dos veces, sino muchas, es el verme delante de los folios en blanco, y no se cómo llenarlos, pues de eso muchas veces opino se trata, llenarlos con ideas que espero que sean buenas, a pesar de a veces darme la sensación de que lo que escribo es basura. Me pregunto que si va a ser bueno y provechoso, o simplemente emborrego y emborrono algo estos folios, que en ciertas ocasiones cuesta tanto llenar con cierta coherencia e hilaridad; me imagino que eso con el tiempo se irá quitando, y que cada vez me costará menos el comunicarme. !Seguro!, pues cómo no, esto que yo hago ahora es simple y llanamente un acto de comunicación, y si mal no creo, el que hasta el momento mejor realizo, o sea que háganse una idea de cómo hago los demás.

Otra de las cinco asignaturas de este curso, era Química Inorgánica, también mastodóntica. De ella lo mejor que recuerdo es cómo había que explicar en los exámenes los lóbulos de las estructuras moleculares de los diversos enlaces (Iónicos, Covalentes, Fuerzas de Van der Walls, etc) en el espacio, eran un auténtico coñazo. Por si fuera poco, los exámenes duraban cinco horas, lo bueno es que se podía salir al baño, y aquí, al margen de distraerse uno y estirar las piernas, se podía darle un vistacillo a las chuletas, aunque de poco valía; también había que saberse en esta asignatura, la tabla periódica de memoria; la de botánica decía que usáramos reglas mnemo-técnicas para memorizar, y así lo hice en esta otra asignatura; una de las frases con las que memorizaba parte de la tabla periódica era: "Águeda, cada cosa sin saber que te ixe"; a partir de aquí podrán deducir de qué elementos se trata, no se los voy a decir yo; y así hasta les sirve de actividad.

Después de cinco maratonianas horas, y medio grogui debido al excesivo esfuerzo intelectual realizado; no recuerdo si aprobé por parciales o en Junio, pero lo cierto es que aprobé.

Fue Cándido, un compañero de estudios, quien consiguió una botella de Chivas, que nos tomaríamos a la salida del segundo parcial "de Inorgánica". Salí medio atontado del examen y casi me caigo escaleras abajo al bajar las de la Universidad, por su parte más antigua y más importante, donde había muerto un estudiante, por la bala de un policía, tal como indicaba una placa conmemorativa; era la entrada principal del viejo edificio de la Universidad.

e-libro.net

A la salida del examen nos fuimos a beber el gran güisqui a casa de Tomi; íbamos aparte del anfitrión, Jose el de Garachico, Cándido (estos dos se conocían desde hacía tiempo) y un servidor, según me dijo una vez Cándido, joven inteligente y trabajador, el cual no se fiaba mucho de mí, o al menos, siempre me miraba de forma atravesada, su padre se dedicaba al negocio del plátano, tal como me dijo, me dio a entender que era un ejecutivo, aunque no sé lo que tiene de cierto.

Ahora se me está ocurriendo, a fuerza de poner tantas veces la palabra sé, del verbo saber, lo que Shakespeare aplicó con otro verbo, aquí diríamos: "sé o no sé, he aquí la cuestión", que no por no ser su auténtico uso, no viene mal, y así me disculpo del uso y abuso de dicha forma verbal.

Nos tomamos el güisqui y luego nos fuimos de marcha; no fue tan grande lo que hicimos, al menos por mi parte estaba cansado.

Una de las veces que fui a casa de Tomi, al cual era a la única persona que por lo pronto visitaba, al margen de a mi hermana, con quien mantenía una estrecha relación, pues bien, allí conocí a un chico alto y flaco, que era de Las Palmas, y estudiaba derecho, o quizás debería decir que intentaba o hacía como que lo estudiaba, pues creo que poco aprobaba, no se le veía garra, pero lo más característico de este joven, era que cada vez que venía de Las Palmas, traía en la mano de tres a cinco cartones de huevos, esto era porque su padre tenía una granja de gallinas ponedoras, y él aprovechaba y se traía tal cantidad, que es raro que no se destruyera el hígado por el exceso de huevos. Un día lo vi estudiando en la mesa del salón, con otra chica marchosilla (el vestía más bien serio), y aseguraría que más hablaban que lo que estudiaban. Al par de años lo vimos un verano en Las Palmas, y según nos dijo, había hecho la mili en León, y una noche de guardia, del frío que hacía se cogió una pulmonía tal, que estuvo a punto de irse "pa'l" otro mundo.

Cándido vestía de forma seria, así, casi lo único que le faltaba era ir de corbata, tenía un Seat pequeño amarillo, con el que fuimos una vez de excursión a buscar plantas, tanto anduvimos, que bajando por Las Mercedes (no puedo asegurar cómo se llamaba el monte, si Las Mercedes o La Esperanza, lo que se debe al poco interés que pongo en los accidentes geográficos, en la topografía y toponimia), pues nos quedamos sin frenos, y él no dijo nada, hasta que los volvió a recuperar, quizás fuera por el excesivo recalentamiento de estos, por su abuso, piensen lo montañosas que son estas islas. Muchas plantas no vimos, así hubo que considerarla más una excursión de ocio que una actividad cognitiva. Hoy, cuando esto escribo, ojeé unas fotos de esa época, y vi cómo Cándido aún no usaba su candoroso bigote, sino barba y bigote completo, a pesar de vérsele que era la cara de un niño, la de casi un adolescente, que aunque seguramente tenía veinte años, ¿quién nos dice que aún no fuéramos adolescentes?, con responsabilidades de algunos adultos, pero aun muy jóvenes.

Al ver esa foto, también me di cuenta cómo Pepe Blanco, también la llevaba, siempre ha parecido una persona mayor; cierto día me enseñó una foto suya de cuando tenía unos quince años y parecía que tenía veinte y pico o treinta; ¿entra esto en contradicción con lo dicho antes?, no, pues Pepe siempre parecía mucho mayor de lo que era, sin embargo la poco poblada barba de Cándido le dejaba casi al descubierto la barbilla, y los mofletes, se le notaba poco maduro; la de Pepe era una barba de bastantes centímetros, que le ocupaba toda la parte del rostro, tal como se lo cubre a los adultos que la llevan; parecía un intelectual por la forma que tenía, como la de Tolstoi o la de Dostoyevski, por citar algunas.

En el segundo parcial de Química Orgánica, me extrañó sobremanera, cuando la mañana del examen nos vimos sólo unas cinco personas; enseguida pensé, "Uf, !qué poca gente se presenta!, seguro que es por lo difícil de la materia"; hoy día me pregunto otras cosas: "¿Había huelga, paro, o algún acontecimiento político importante?, o simplemente ¿era por la complejidad del examen por lo que de doscientos y tantos, nos presentábamos tan sólo cinco?" Sé que en el otro turno, los que iban al "segundo de tarde" incluso sacaban matrícula, gente del tipo de Jose, al que no consideraba excesivamente inteligente, pícaro sí, y que se sabía arrimar al árbol que más sombra daba, pero de ahí a sacar la Matrícula de Honor que sacó, distaba mucho; siempre me pregunté cómo lo hizo. Ese tipo de injusticias, o mejor de incongruencias, no me las he podido explicar nunca, pero sucedían, y me imagino que suceden.

Saben ya, donde me ponía a estudiar, y de las ventanas que tenía frente a mí, con los bastidores de madera recién pintados, al igual que el resto de la planta, pero la pintura no impedía que se filtrara por ellas un aire gélido, que me llegaba hasta el "tuétano", si a esto añadimos que mis zapatillas de dentro de casa, una especie de mocasines similares a los que usaban los indios americanos, al menos los de las películas del Oeste, pero estos estaban tan desgastados que entre el suelo y la planta de los pies, prácticamente no había separación, así que imagínense cómo tenía que estar con ese frío húmedo. Era húmedo por varias razones, por ser una isla, por tener

e-libro.net

La Laguna por debajo varios bolsas de agua, y encima los montes de los alrededores, los árboles paraban las nubes y hacían que descargaran en esa laguna; por allí no había más casas que la que lindaba con la nuestra, vacía casi todo el tiempo, menos cuando "J.R." (así se llamaba el dueño de esa casa), iba a matar cochinos, los que muchas veces se escapaban y se echaban a correr carretera abajo cuando sospechaban su suerte, de esas matanzas un día nos invitó a "chicharrones", que no recuerdo cómo él los llamaba; si me comí alguno, fue el único, pues tenía bien fresco lo de Parasitología, y sospechaba que esos puercos no había pasado por sanidad. Desde nuestra casa se oían los chillidos de los cerdos al sentir la muerte, y cómo intentaban escapar de ella.

Pero no todo desde la mesa era negativo, ni mucho menos, pues frente a la ventana se veía muchas veces un magnifico cielo celeste, cuando estaba despejado, y un cañaveral, formado por diez o quince cañas que daban aspecto rústico y vivo a los campos que por allí se extendían; campos estos inhóspitos y agrestes.

Al ver esas fotos, recordé cómo iba vestido cuando estaba de visita: con un jersey gris y viejo de Águeda, y una chamarra de tela gris azulada. Usaba unas gafas redondas de pasta, compradas como saben el año anterior, y no puedo saber por qué las tenía puestas el día de la foto, en casa de Tomi y Pepe pues sólo las usaba para estudiar, o sea, para casi todos los días y a toda hora, aunque bien pensado, puede ser que Tomi me enseñara algo, y al llevarlas siempre en el bolsillo derecho de la chamarra (la cual era igual que la que usaba Águeda, pero la de ella era azul marino), me las pusiera.

Puede ser que desde la azotea de nuestra casa, se viera Las Palmas, pero salía poco allí, y cuando iba era para ver la plantación que pretendía tener Meli de marihuana, antes de irse; me habían crecido a mí mucho más que a él, el año anterior, y eso que a lo sumo, hubo alguna que creció escasos centímetros, pero que siempre se me caía desde la ventana de mi cuarto, y claro, a parte del desastre que se hacía, me daba vergüenza ir al piso bajo y pedir mi plantita. Estaba con mucha gente en la casa donde vivía, pues a eso no se le podía lógicamente llamar piso, y tampoco chalet, ni dúplex, pues tenía tres pisos; me resultaba deprimente; Águeda y yo manteníamos muy buenas relaciones, al menos por mi parte, me sentía terriblemente atraído y enamorado de ella; tan sólo me disgustaba una cosa, y era empezar a oír su voz un tanto bastona, sobre todo su risa, que se oía de entre todas las demás cuando bebían café por un tubo, en la cocina, a pesar de estar la puerta del comedor cerrada, y uno estar en el piso de arriba; eso sí, nunca se olvidaba de llevarme arriba mi medio cortado con mucha leche, si yo no bajaba a buscarlo; aunque lo repito, era el único que me tomaba al día, y después de la siesta un té.

Los exámenes de "Orgánica" eran largos, pero no tanto cómo los de "Inorgánica", los primeros duraban creo que tres horas, tiempo que opino razonable para probar si se sabía o no se sabía la materia; ahora que lo pienso, se tenían mucho pasteleo los profesores, poniendo tan largos exámenes y pedir tanto, cuando la mayoría de ellos, salvo los catedráticos que seguían en "activo" eran poco más que unos..., y seguro que se creían muy superiores a los lobatillos que allí había; por mi parte siempre he rechazado el poder establecido sin más, quizás me viniera como acción más que reacción por ser mi padre el luchador que era, y ver a esos totorotas haciéndose los importantes, eso me repateaba las tripas y como claro, no les hacía la pelota, parecía como si descargaran sobre mí todas sus frustraciones y complejos: "Denme, que yo aguanto carretas y carretones" pensaba en mi interior, mientras sufría sobre mí los imaginarios latigazos de la descarga de los catetos, o como dicen algunos ahora, gente de "baja capacidad", intelectual; eso sí, vestían muy seriesitos, y a saber si eran más juerguistas que los demás; esto me recuerda que había de todo, pues un profesor de Física General de primero era un alcohólico, que estaba siempre rondando todos los bares baratos, tan abundantes en La Laguna, ciudad diseñada y pensada por sus habitantes para explotar al pobre estudiante, bueno, pobre, los había de todas las categorías, pero uno siempre piensa que hay muchos como uno, y no hay nada más lejos de la realidad.

Ya dije, que por cierto pertenecía a la misma calaña de los últimos que he criticado, que el gago de Orgánica ponía exámenes no maratonianos, aunque si complejos, por lo que me los preparaba a conciencia; no sé si de los cinco que nos presentamos, aprobamos todos o no, lo desconozco, sé que yo aprobé, pero no tengo ni idea si ocurrió igual con los demás compañeros.

El panorama se me planteaba mal, pero poco a poco, se me iba enderezando la carrera, y muchas veces otra cosa, para lo cual había remedio, gracias a Águeda.

Nuestra relación, o al menos así me lo parecía a mí, marchaba viento en popa, o tal cual diría mi padre, y que se me quedaría grabado:

-!De primera!

A mi estas palabras me gustaban, a pesar de que mis hermanas se burlaban de ellas diciendo:

-Porque no hay de segunda.

e-libro.net

Aunque nunca supe por qué decían eso. Me parecía plagiar e incluso blasfemar contra mi padre, el apoderarme de su expresión, pero siempre que decía:

-Bien -o-: muy bien gracias.

Pensaba si eran más acertadas estas, que las que decía mi "ausente" padre.

Sé que él las decía siempre, y esa era una actitud muy positiva, no se parece en nada a las de mi madre, que siempre contesta que mal, y se pone a decir lo mal que está, y las causas por las que está tan mal, así siempre; de tal forma que cada vez está peor, si no es por una cosa, lo es por otra, pero siempre respondía negativamente. De todas formas es mi madre, y por ello, y lo bien que me trata, es por lo que es el ser que más quiero, a pesar de que sólo la llamaba cada dos o tres meses, y era para pedirle dinero para algo; que Dios me perdone por esto y por las muchas cosas que aquí cuento, tales como las que siguen.

En esa casa, todos (uno el que más) éramos pobres, así sabíamos muchos trucos para ahorrar, entre ellos había uno que consistía en coger un cable del "dos con cinco" de cobre, al cual le quitábamos el aislante y protector plástico que lo cubría y envolvía. El cobre lo enrollábamos a un palo del cepillo de barrer el piso, y con unos alicates con los que estirábamos y formábamos alrededor del palo una espiral, luego ese "resorte" lo cortábamos formando circunferencias, tantas como vueltas tenía la espiral, ese círculo lo montábamos sobre un duro y formábamos así monedas de cinco duros; el truco lo habían logrado resolver Telefónica, así para la mayoría de las cabinas, ya no servían, pero aún en la que nos quedaba más cerca de La Laguna, la que estaba al lado del edificio de Biológicas, en esa servía nuestro "truco", y fue de esa vez, cuando más llamé a mi madre y amistades, y también fue así la forma en que estafé a Telefónica, o bien la forma por la que no me dejé estafar por dicha compañía.

Había que llevar muchas monedas, aunque al final, y casi siempre de noche para evitar posibles sustos, usábamos sólo aproximadamente cuatro o cinco monedas trucadas, con las que daba tiempo suficiente para hablar con la familia; digo que había que llevar varias pues muchas salían defectuosas, o bien se les caía la arandela, o porque por cualquier motivo no funcionaban; no obstante esto no importaba, pues era un método muy barato, y compensaba.

En el piso todos usábamos ese sistema de "llamada económica", aunque Ramonsi y Candelaria, eran algo reacios a usarlo, pensando seguramente en si la policía los cogía, tenían mucho que perder, ya que todos ellos tenían dos becas, la del Ministerio de Educación y Ciencias y la del Cabildo, igual que Águeda; al margen de ello, también sus familiares le mandaban algo de dinero, de tal forma que no se quién era más estafador.

Sé que el ladrón, es ladrón aunque robe para comer, y no es sólo ladrón el que roba de vicio y para lujos, pero ciertas cosas dan rabia.

Fumaba con boquilla, pero muchas veces, por despiste, o por economías, dejaba que el filtro, en formas de barriletes, con un orificio y un minúsculo tubito para la entrada del aire y el humo, con sus correspondientes dosis de nicotina y alquitrán, se llenaran hasta los topes, por lo que algunas veces me llegaba el desagradable y horrible reguero de residuos hasta la boca, con la consiguiente provocación, y posterior obligación de cambiar de filtro (eran carísimos, y me resultaban un sobresueldo muy gravoso). El hecho de abrir la boquilla, sacar el filtro, limpiarla lo más concienzudamente posible, ponerle un filtro nuevo o "reciclado", y volverla a cerrar, para inmediatamente fumarme con ella un cigarrito, era todo un ritual; Águeda también fumaba con boquilla, aunque ella le cambiaba el filtro con más frecuencia, gracias al Ministerio y al Cabildo.

Nadie me decía si yo era bueno en una asignatura o en otra, eso parece que a nadie le gustaba reconocerlo, aunque uno tampoco le decía nada a Mavi y sin embargo la consideraba la mejor (y encima estaba buenísima, era alta y pechugona) de la carrera, y tampoco sé si alguien se lo decía, o si ella lo sabía.

Estaba orgullosísimo de mi notable en botánica, aunque Mavi, salvo en esa, sacara Matrículas de Honor a la patada, es más se las repartían entre ella y Diego S.A. o cómo más comúnmente le llamábamos, aunque desconozco si él lo sabía: Dieguito.

Siempre supuse que ese nombre despectivo era, porque sin lugar a dudas él era el mejor de Las Palmas, y Mavi, a la que no se le apodaba de ninguna forma, la mejor de Tenerife; sin embargo, para mí, de entre los dos destacaba Mavi.

Los "mortales" como uno, nos conformábamos con aprobar; me preguntaba, cómo Mavi y Diego podían sacar buenas notas, pues a pesar de dedicarse en exclusiva, y cuando digo esto, es que no hacían absolutamente nada más, ni siquiera la comida, aún no me podía explicar cómo sacaban tanta diferencia de notas, con respecto a el que esto escribe y otros amigos.

e-libro.net

Sé, que muchas veces, después de los exámenes me iba de copas con mis “amigos”, los fracasados como uno, y cómo no, para recuperarme de esa salida, necesitaba un par de días para ponerme sereno, y otro par de días en concentrarme, si esto lo sumamos a que eso ocurría cada dos semanas, justo a la salida de los exámenes, pues ya se comprenderá cómo nos cogían la delantera los demás. A parte de ésto, tenía obligaciones con Águeda, que aunque muchas veces eran mas que obligaciones, gustos y por tanto disfrutaba con ellas, a veces me veía obligado. Si añadimos, que cada vez que salíamos juntos bebía, a no ser que fuéramos al cine, cosa que hacíamos poco ese año, ya que estabamos muy lejos de ellos, pues se pueden ustedes imaginar cómo y por qué me atrasaba en “la carrera”, que por eso mismo nunca me lo tomaba como una carrera, sino cómo un trámite a sortear. !Iluso de mí!, no me percataba, la mayor parte de las veces, la trascendencia de mis actos, y mucho menos, estimaba lo importante que era la carrera para mí; sí, era algo a superar, pero según me decía, también estaba mi vida sentimental. !Qué equivocado estaba!, era un perdedor, en todos los sentidos, y no me daba cuenta.

Cuando le pedía los apuntes de cada examen a Mavi, ella se asombraba de cómo podía aprobarlos; si a eso sumamos que yo no doraba la píldora a los profesores, tal cómo ellos hacían, pues se pueden imaginar en qué concepto me tenían, es más, muchas veces, parecían que los primeros de la carrera se ocultaban de mí, o me rechazaban, cual si yo no estuviera entre ellos, y eso que luchaba, como para tenerme ganado un puesto entre ellos; al menos éstas eran mis apreciaciones, con las cuales no creo equivocarme mucho.

Mavi, para mí, era mi amor secreto e imposible, aquella mujer que soñaba tener entre mis brazos, y que sin embargo sabía que nunca la tendría; esto, de todas maneras, empezó a agudizarse con el tiempo, no obstante, no era una espinita tan grave; era más bien un pensamiento que a veces, cuando la veía, me entraba, pero nada que me volviera tarumba.

Es más, cuando la veía en clase, no me atraía tanto, cómo cuando la veía en la calle o en cualquier sitio, no porque fuera mejor vestida, ya que siempre la vi con ropa suelta y cómoda, nunca con nada llamativo, y mucho menos provocativo, es más, sus jerseys parecían de los hechos a mano, y no por una buena costurera; nunca la vi en bikini, aunque según parece sí los usaba, y nunca la vi sin esa prenda pues tampoco nunca la vi en la playa ni en la piscina, es más, nunca la vi fuera de La Laguna, lugar por otro lado, poco apto para ese tipo de ropa, salvo en las azoteas de las casas, cómo vería a otras chicas desde casa de mi hermana.

Mavi era algo inalcanzable, la mujer diez, no sólo por su físico, sino, y sobre todo, por su inteligencia.

El padre era Doctor arquitecto, pues sus folios, tenían el nombre de éste y el añadido de Dr.; sus hermanas, que empezaron a estudiar después de ella acabar, o casi acabando, eran peores estudiantes, y ellas sí vestían muy bien, no se parecían a la superestrella, aunque vayan a saber si la ropa que usaba era un truco para despistar, a pesar de usar los folios viejos de su padre, folios por lo demás, que aseguraría que sus hermanas, más presumidas, no usaban, pues estos eran amarillentos y muy viejos, pero según parecía, ella no tenía pudor alguno en usarlos, cosa que a mí probablemente me daría. No sé si su padre llegó a más, o simplemente se quedó en Dr. arquitecto.

No vi a Mavi, y no sé si Dieguito se presentó al de Orgánica, pues por esa época, aún no conocía a Diego como un alumno aventajado, ni como nada, empezaría a oír de sus éxitos y a hablar con él en tercero.

“Dios los cría y ellos se juntan”, quizás podríamos decir eso de los de inteligencia destacada, aunque no de coeficiente intelectual 130, como se caracteriza a los alumnos de alta capacidad, los superdotados, quizás no llegaran a ese nivel los superdotados de mi promoción. Yo, seguro que no, entre otras cosas por el alcohol, y por mi novia, a la que debía dedicarle un tiempo precioso, aunque seguro que ella no se daba cuenta, o quizá si, sólo Dios lo sabe.

Ya poco más de si daría este año, a no ser, que veía, cómo la gente con la que estaba, aunque se les daban de intelectuales, eran medio soeces y pazguatos, cosa que lógicamente ellos no percibían, pues sacaban buenas notas, y ellas les permitían llevar un buen nivel de vida. Personalmente, siempre he estado en contra de que para las becas, se tome por igual la calificación de las distintas carreras; sé, que si uno se mete en una carrera fuerte, tiene que apechugar, y atenerse a las consecuencias, pero !Dios mío!, tanta diferencia entre lo que hay que estudiar de una carrera a otra y todo para obtener la misma nota, no lo encuentro, sinceramente, nada justo; que a mí, habiendo estudiado infinitamente más que la mayoría de los estudiantes de mi piso, me retiraran la beca, y los que estaban en carreras sencillas como Pedagogía, sacaran la matrícula de honor, como si tal cosa, no lo veo justo.

Águeda era guapa; una cosa de la que ella presumía era de tener un cutis muy suave, y realmente así parecía, a pesar de a mi parecerme a veces demasiado pálido; cuando íbamos a las playas, ella sólo se ponía

e-libro.net

colorada, nunca la vi ponerse morena, quizás porque siempre estaba menos tiempo que uno en ellas; eso si, el bigotillo, que a fuerza de ser sincero, casi no tenía, se le llenaba de gotitas de sudor.

Pero sigamos en La Laguna: los finales, no fueron menores a los parciales, así en botánica, ahora tocaba la parte de micología y afines; aquí sí que hube de poner en práctica la memoria fotográfica, más que en el primer parcial, al final también saqué otro notable; a pesar de ello, la asignatura la suspendí, pues me escacharon "el fresco", aunque afortunadamente la asignatura se dividía en varias partes, las otras (no recuerdo si el herbario lo había aprobado o no) me guardaron la nota, como se la guardaban a los pocos afortunados que habíamos aprobado, y a los que le quedara alguna parte; según parece, a Mavi también le quedó el fresco, pues según decían las malas lenguas, se pasó todo el verano en los campos mirando plantas, ella lo aprobó todo en Septiembre, yo no, es más, ni siquiera me presenté, pues era consciente que en verano no estudié nada.

Al final, aprobé Físico-química, aunque el profesor me dijo que fuera a hablar con él; me hizo ir a distintos sitios, entre ellos charlas de las que él no era partícipe, aunque luego se sacaba las fotos junto a todos los ponentes; me daba vergüenza ir a buscarlo, pues todos estaban de chaqueta y corbata, mientras que un servidor estaba con una chamarra barata, que me había dado no sé quién y camisas de muy mala calidad; no llevaba la chamarra nueva, pues esa la tenía más reservada. Al final, me aprobó, o mejor, aprobé, pues unas cuantas visitas, de las cuales la que más recuerdo fue la que cité, me costó.

Está claro que lo que él quería era que le dorase la píldora y cómo no, sentirse importante delante de sus amigos, al ver como los alumnos lo buscaban en todas partes, para hablar con él; si no es por esto, no me lo explico. Las otras dos químicas también las aprobé por parciales, tan sólo me quedaba saber la nota de parasitología, cuyo último parcial, de los tres de que constaba la asignatura, no me había salido muy bien; iba por el departamento, por fuera, a ver si las notas salían o no. Por esa época, Pine y Quillo ya se habían ido, y estaba con Águeda solo en casa de ellos; ya habíamos hecho la mudanza, para lo cual alquilamos un taxi con baca, para transportar la madera que el casero me había regalado, y que me serviría de mesa durante un cierto tiempo; era mucho más larga, un metro y medio o más, que ancha: medio metro, más o menos. Metimos todos los bártulos míos y de Águeda en la habitación de invitados y cuarto de estudio. Cuando ya Pine y Quillo se habían ido, vinieron Maru y Pepe, a las oposiciones para instituto de Maru, Pepe las había aprobado a la primera, y Maru llevaba detrás de ellas muchísimo tiempo. Nos invitaron a Águeda y a mí a la mejor pizzería que había en ese momento en La Laguna; iba cohibido, mas que nada por la falta de costumbre, y por la amargura que me suponía el no saber si estaba aprobado o no en Parasitología. Pepe estaba descojonado de risa, y estaba muy mal vestido, por esa época, creo que Pepe no estaba ya en una isla menor dando clase, sino con Maru en Las Palmas. No tengo ni idea de por qué vestía tan mal, pues a pesar de que siempre consideré que los profesores de instituto no eran ricos, no supuse que fuera para tanto. Maru, iba mejor vestida, aunque no mucho; estaba nerviosa, pero no por ello se ponía a estudiar más; yo cuando me trincaba, me sentaba, y de allí no me levantaba nadie, pensando: "Aunque el mundo se caiga, yo sigo aquí sentado"; años después le diría esto a mí hermana Saso, al hablar sobre mi inacabable carrera. Al final, aprobé "Para", seguramente D. Ramón López Roman ("Mamón"), abrió algo la mano a "ese chiquito que pone atención y parece disfrutar con las magistrales clases", donde tanta profusión de diapositivas había; sólo trataban de parásitos que afectaban al hombre, de la parte del planeta que fuera, desde nuestras islas hasta la selva amazónica, o en Japón, o en África; no importaba el continente ni país en que abundara el parásito, pues al ser las comunicaciones cada vez mejores, no era de extrañar que nos afectaran o nosotros, y por ende transmitirse a los demás provocando graves trastornos, incluso llevarnos a la muerte. De vez en cuando se veían ejemplos de elefantiasis de miembros, y de órganos (el reproductor masculino sobre todo, más concretamente los testículos, que llegaban en unos africanos hasta el suelo, por el que se desparramaban). Conclusión, al final aprobé o me aprobaron, que para los efectos prácticos era lo mismo. La inactividad me empezaba a matar, así que una vez salidas las notas, me dispuse a marcharme con Águeda; allí dejaba a Pepe y Maru, deseándole suerte. Por esas fechas se llenaba La Laguna con gente más madurita: opositores; mi hermana no perdía la ocasión para visitar los bares y darse paseos por todos los sitios que en su época estuvieron de moda. No recuerdo, si ya por esa época llevaba de regalo a mi madre gofio y/o frangollo, lo cual me lo agradecía, aunque no sé si realmente le gustaba o no. El gofio lo llevaba de los dos tipos, aunque nunca me enteré qué tipos eran; lo compraba en un molino, último de los resquicios del antiguo pueblo que fuera La Laguna; el otro lugar rústico que aún funcionaba era una panadería a leña cerca del Rectorado; edificio este último, nuevo y muy bonito.

Definitivamente cogimos el ferry y nos fuimos a Las Palmas; llegamos y antes de salir nos despedimos Águeda y yo, para que su madre no nos viera; me iba caminando hasta el Parque Santa Catalina, cargado con la

e-libro.net

mochila y lo poco que trajera, para coger un taxi, lujo que no sólo me permitía sino que casi era obligatorio, pues cómo iba a ir en guagua cargado hasta mi casa. No recuerdo cuánto costaba, pero sé que me dolía algo pagarlo, y me daba la sensación de no merecerlo, sobre todo cuando llegaba a mi hogar. Por el trayecto estaba bastante extrañado mirando para todos los lados, viendo cómo se iba transformando mi ciudad, sin tenerme en cuenta: "no somos nada". Al llegar besos y abrazos de mi madre y mi hermano; Jose me resultaba cada vez más alto y más guapo; trabajaba de freganchín y similares. El dinero se lo gastaba en ropa y copas, de tal forma que más de una vez, al verlo, le diría:

-Aquí copas nada más.

Pensando que quizá eso es lo que quería él oír, y que ya sabría que era lo único que yo hacía en Las Palmas. Mi cuarto siempre estuvo reservado para mí, aunque mi madre en mi ausencia lo usaba para poner la ropa recién lavada, antes de colocarla en su sitio.

Mi madre se ponía contenta de verme, al igual que yo a ella, aunque dudo que se lo demostrara mucho. A mi madre a veces, casi la llamaba Águeda, al igual que a Jose, a quién también a veces llamaba Ramonsi. En carnavales no había ido a mi casa, aunque sí en Semana Santa, a pesar de no haberlo contado, lo cual representó otro alto en el camino.

Era verano, y eso quería decir, que tenía que llenar dos meses de mi tiempo con algo, lo triste del caso, tal cómo me dijo una vez mi padrino Domingo, es que "no nos enseñan a divertirnos", y es cierto, así, después de darlo casi todo en las obligaciones de cada uno, cuando uno se impone o busca un descanso, no sabe qué hacer, por lo que me dedico a la bebida; lo malo era que mis amigos estudiantes, en verano continuaban estudiando, algunos algo más relajados, cómo era el caso de Tomi, otros igual de duro, tal era el caso de Miguelo; no querían apearse del tren en marcha, del que yo por respeto a Águeda, y a falsos prejuicios con respecto a estudiar en Las Palmas, me apeaba siempre. Resultado: pagaba las consecuencias, me aburría, me alcoholizaba, me deterioraba, y como consecuencia de todo ello, me retrasaba en mi carrera, a la cual odiaba por todo el mal que pensaba que hacía con ella a los que me rodeaban, al hacerme que me aislara, de todo y de todos.

Le daba a mi madre con mucho gusto los regalos que ya cité: gofio y sucedáneos; nos los comíamos, el frangollo de postre, y no sabía si nos lo comíamos por obligación, o bien porque realmente les gustaba tal amalgama harinosa amarillenta, que se preparaba y servía con leche caliente; las primeras veces nos lo comimos todo, con el tiempo, pasó la novedad y ya no nos gustaba. Hasta tal punto llegó, que se acumulaba de una vez a otra, hasta que dejé de traerlos.

Conocí un nuevo amigo, Antonio Santana que tenía un coche, un Citroen, lo conocí por Pepe Blanco, era viejísimo, aunque resultaba ideal, por lo bohemio, para irnos Pepe, él, Águeda y yo de fotos al campo; íbamos de noche; me hacía el simpático hablando hasta por los codos, y él, con el tiempo, me llegó a decir que nos consideraba la pareja ideal a Águeda y a mí; no tengo ni idea por qué, ni a qué nivel o con quién nos comparaba, pues sinceramente me consideraba un amargado, aunque en esos momentos gozaba sacando fotos con los amiguetes, y después, a beber cerveza y vino. Solíamos ir al campo, y casi siempre hacía el Norte, o sea a Arucas (cuya catedral siempre me ha impresionado, por lo enorme que es, bueno, realmente no es una catedral, sino una iglesia, pero lo parece), a Gáldar y Guía; creo que nunca llegamos a ir a Agaete, eso lo reservábamos para La Rama; allí íbamos principalmente a sacar fotos, yo con mi Zenhit y Antonio con su Canon sus filtros y trípode. Pepe no llevaba cámara, iba de "libre oyente"; uno, a lo sumo tenía dos filtros, uno U.V. para evitar los reflejos de cristales y del sol, con él salían más claras las fotos, también tenía un filtro de estrella; con el filtro U.V. estaba siempre haciendo experimentos, al no estar este fijo en la cámara; también tenía un parasol duro; con el filtro U.V. se podían hacer composiciones con cartulinas en las que se le dibujaba y recortaba una forma como el hueco de una cerradura, a través de la cual se divisaba un motivo, un tema. Otro truco era usar vaselina, en una parte más densa, y más difusa en otra, la diferencia ascendente o descendente, se lograba realizar con el dedo.

No tenía trípode y con el que conseguí tenía que hacer milagros para que se mantuviera firme y aguantara la cámara, esto último era imposible, y tenía que mantenerla con las manos. Antonioera una bella persona, nunca nos cobró la gasolina, y alguna vez nos quiso invitar a las copas, a lo que rotundamente nos opusimos: pobres pero honrados, al menos eso lo decía por mí. Disfrutaba con esos amigos, y me pasaba hablando, lo que no me gustaba tanto, aunque lo hacía para hacerme el gracioso, también fumaba más chocolate, pues había que ser suave; siempre que venía a buscarme Antonio, comprábamos de quinientas a mil pesetas, bien en el bar Texas, en el Buque de Guerra, o en el Polvorín, a éste último sitio, Antonio prefería no ir, pues allí conocía, o mejor tenía un familiar que traficaba, y no quería quitarse su imagen de buen chico y serio. Antonio era bajo, bastante bajo, tenía

e-libro.net

un cuerpo atlético y fibroso, al menos de eso daba la sensación, pelo corto y muy rizado, trabajaba de dependiente en una instaladora en el Cebadal. No ganaba mucho, y a parte de esto, estaba siempre ahorrando para comprarse una casa, tal como me diría años después. Su padre y hermanos eran mecánicos, y era por eso por lo que Antonio, tenía bajo su cama, un motor del coche que usaba, por si algún día tenía que cambiarlo, cosa que hacía con frecuencia, al menos eso decía él. Lo apreciaba mucho, y al pasar de los años, fuimos compenetrándonos más, y más, a pesar de las pocas veces que nos veíamos, de dos a tres días al año, pero suficientes para desear nuestras salidas con él, pues hacíamos precisamente lo que me gustaba, sacar fotos, aunque no demasiadas, ya fuera por dinero, o bien porque me hartaba; añoraba un laboratorio de fotografía, por lo que cuando a mi madre le tocó la casa del Puerto, en el juicio de separación contra mi padre, fui rápidamente a ver si mi padre había dejado la ampliadora, la guillotina, la esmaltadora, etc, etc, no dejó nada, ni en el piso bajo (donde nosotros habíamos pasado nuestra niñez), ni en los cuartos que tenía en la azotea. Sería capaz de asegurar que no lo dejó por hacerme la faena, como diciendo que “de tu padre, ni la camisa”. Deseé durante muchos años un laboratorio de fotografía, en blanco y negro, no pedía en color por lo caro y aparatoso de las máquinas, o al menos eso se rumoreaba; en mis ansias, le decía a Águeda:

-Cuando tenga dinero, lo primero que haré, será comprarme un laboratorio de fotografía.

Es más, pensaba que lo tendría que poner en un baño, o sea, que no iba a tener un cuarto especial para ello, ni siquiera en mi propia casa, que pensaba fuera un dúplex, motivo este, que me alentaba a seguir y seguir estudiando, y así tirar para adelante.

No divaguemos más y volvamos a Las Palmas; no tenía trabajo y tampoco dinero, así que a Miguelo, cuya madre era la encargada de un invernadero, el “Garden Center”, cadena perteneciente a un familiar, la que trabajaba allí porque se había separado de su marido, al igual que mi madre, y dudo que tampoco le pasara mucha pensión, le pedía que le rogase a su madre que me empleara en algo. Era una mujer con agallas. Muchas veces contrataba a su hijo, Miguelo, para trabajar, de lo que fuera, en el invernadero de plantas ornamentales de interior y exterior, ya fuera pintando la verja, mezclando tierra y turba para las plantas, en fin, cómo cualquier mozo. Yo le rogaba que se acordase de mí, para lo que fuese, descargar containers, trabajar la tierra, lo cierto es que no tenía ni idea de lo que había que hacer, y algunas veces la madre me llamó, aunque no creo que se quedase contenta con mi trabajo, pues cada vez me llamaba menos.

Había dos grandes invernaderos, uno perpendicular a otro; en su interior el vapor de agua y el riego por goteo desde el techo, en uno de ellos, no dejaba respirar, y entrar allí en días soleados era un crimen. Trabajaban dos operarios, uno de ellos, Juanito, de él decía Miguelo, que sus manos parecían manillas de plátanos, y tenía razón; la tierra, el sacho, y el pico, instrumentos habituales y básicos le habían endurecido los dedos, y se los había agrandado.

De ajuste, creo que sólo trabajé un día allí, y no sé si sabré explicarlo, pues nunca lo entendí muy bien, así parecía que decían, “hasta que no se haga un determinado trabajo no nos vamos”, pero después cobrábamos por las horas extras, algo así era, aunque según dije sólo lo hice un día, al irnos la madre me llamó a su oficina, pequeña y algo destartalada, allí me pagaba el día, creo que mil quinientas por jornada era lo que se cobraba. Lógicamente era un trabajo ilegal, a mí esas cantidades me parecían fabulosas. De entre todos los estudiantes conocidos, la mayoría nos contratábamos con alguien, Tomi trabajando en la tienda de su padre “Víveres Amador”, donde nunca se me ocurrió trabajar, Martel, trabajando de telefonista con su padre, era el que más ganaba, unas cuarenta mil pesetas mensuales, y así todos; todos buscábamos la peseta, aunque en mi caso no supe nunca buscármela muy bien.

No puedo asegurar qué año, pero también trabajé para mis tías barnizando todas las maderas que daban al exterior de su casa; he de reconocer que el trabajo que hacía, era una “reverenda” porquería, rebajaba muchísimo el barniz con aguarrás, para que fuera la brocha más rápido y así acabar antes. Se caían los churretes por las ventanas por lo mal acabado del trabajo...

A pesar de ello, terminaba con las manos llenas de llagas y callos. Lo hacía todo a la prisa, para terminar cuanto antes, por lo que en aproximadamente de tres a cuatro días, terminaba todo el trabajo, por el que quiero recordar me pagaban unas cinco mil pesetas, no me parecía bastante, a pesar de reconocer que era dinero, mucho dinero, casi la mitad de una mensualidad en La Laguna, !Cómo la echaba de menos!, y a la vez la odiaba, no estaba nunca a gusto conmigo mismo. No quería ese tipo de trabajo, sin embargo lo necesitaba, ya que nada ni nadie me alentaba a que estudiara; mi madre me imagino que rezaba para que cogiera los libros, pero no lo hacía, y eso está claro que le debía apenar y mortificar. Mi santa madre, quien nunca me dijo nada, sino que me veía y dejaba sumido

e-libro.net

en la amargura. Con el dinero que sacaba de mis trabajillos lo estiraba todo lo que podía, aunque nunca se me ocurrió, y por tanto no hice, el llevarlo a La Laguna, estaba aquí, y ésta era una ciudad cara, y había que gastar, cuando estaba en La Laguna, estaba allí, y allí había que ahorrar, cosa que nunca pude, a no ser que quiera con esto decir que había que economizar, cosa entonces, que sí hice siempre.

De todas formas, los trabajos que hacía, me ocupaban un total de una semana, si a esto sumamos un par de días en los que mi madre requería de mí por las mañanas para resolver el papeleo, el resto hasta un mes y medio o dos, me quedaba solo en mi casa y sin nada que hacer, ni ganas para hacerlo, pues si no quería estudiar, podría barnizar las maderas o pintar de blanco las paredes de la terraza y la azotea, esto lo haría pero en años posteriores.

Deducirán que los finales de curso eran mortales, durmiendo días seis otras cinco e incluso alguno ninguna hora, esto quebrantaba mi salud, y así deseaba y no veía el día en que podría dormir a pierna suelta todo lo que deseara y el cuerpo me pidiera; esto haría durante muchísimo tiempo nada más llegar a Las Palmas, cosa de la que lógicamente me aburría a la semana o algo así. Tras dormir lo que quería, ya esto no me satisfacía. También deseaba y muchas veces lo pensaba en La Laguna: “!ojalá pudiera aburrirme!”, esto también me pasaba en Las Palmas, y por supuesto, no me atraía en absoluto, todo lo contrario, el aburrimiento no me lo quitaba ni con la tele pues con ella me aburría enormemente, y por lo que dije, todo lo que veía quería hacer, cosa del todo imposible.

Esto no debía ir aquí, pero siempre me pasó, era un gran handicap en mi contra, y que otros tenían muy en cuenta, yo no, así, si un examen era corto, salía pronto, si era largo, más tarde, pero siempre de los primeros, y esto puede ser que me desmerezca, pues el profesor lo tomaba, como que podía estudiar más, y por ello me suspendían. Aparte de esto, tampoco tenía la costumbre de repasarme el examen, sino a lo hecho pecho, grave error, pues siempre le queda a uno algo mal explicado, o con alguna falta de ortografía por ahí, aunque esto último parece que en la mayoría de los profesores no tenía la menor importancia, o al menos eso parecía, siempre que no se tratara de una palabra científica.

Algunas veces volvía de amanecida, cosa que a mi madre le mortificaba grandemente, aunque durante la época que estaba con Águeda, salíamos en contadas ocasiones y en esas, solía salir también con ella, y no acostumbraba a llegar tarde, ocasiones en las cuales mi madre no quería acostarse hasta verme llegar, y según me dijo hace un par de días, llegaba tambaleándome y haciendo eses por la calle. “!Maldito y temible alcohol!”, que a tantas familias a destrozado.

Si dijera que leía más literatura que teorías sobre los diversas asignaturas de la carrera, mentiría, sobre todo en lo que respecta al curso académico; tal vez, en vacaciones, no digo que no leyera algo de literatura, “aunque con Águeda a mi lado, no hacía falta” (y esto lo digo con medio retintín), pues ella leía por los dos, cosa que dudo, pero ella me lo dejaba sobreentender y se consideraba, que era una gran lectora.

A veces íbamos a la playa Águeda y yo, si hacía buen tiempo, aunque esto no era lo normal, pues siempre estaba la “panza de burro” sobre la ciudad; llamamos así a un conjunto compacto de nubes grises que no se mueven, y no dejan ver el sol, el cual brilla insistentemente en otros puntos de la isla; la panza llega hasta casi el aeropuerto.

Íbamos pues pocas veces, aunque a veces lo hacíamos los dos solos; ella con su biquini azul estrechito para la época, y yo con mi “Turbo” que estaba clamando a gritos un cambio, por lo chico que me quedaba, y por lo pasado de moda que estaba. Allí a veces Águeda me quería contar algún libro, pero le decía que no, pues prefería leerlo yo; sólo recuerdo de uno que algo me contara: “El retrato de Dorian Gray”, de Oscar Wilde, del cual me diría que era uno que había hecho un pacto con el diablo, y así él no envejecía nunca, aunque sí un cuadro suyo que tenía en un desván. Años después, muchos años, quizás demasiados años después lo leería yo, y no sin cierto temor, pensando en el miedo que me daría el leerlo, por tratar de endemoniados y demás. No fue para tanto, peor me resultaban los cuentos de Edgar Allan Poe, sus “Narraciones extraordinarias”.

Me gustaba estar con ella en la playa, y me ejercía una gran atracción física, esto era mientras estabamos sentados en la arena, casi siempre cerca del “Muro”, por “La Sícer”, donde estaba más a gusto; no iba por otros sitios por no encontrarme con mis amigos los ricos, claro está, suponiendo que ellos veranearan en la ciudad, cosa que dudo, pues casi a ciencia cierta aseguraría que se iban al sur, a los apartamentos o bungalows de sus padres. Con el tiempo, al cabo de muchos años, me enteraría que teníamos un bungalows en una de los mejores complejos del sur, a nombre de mi madre y los hermanos; de la existencia de éste, nos enteramos tarde; mientras, era mi padre quien cobraba los beneficios mensuales. Ya digo que lo pasaba bien, mientras charlábamos y nos bronceábamos al sol de Las Canteras, cuando lógicamente lo permitía la panza de burro. Cuando íbamos al agua, ya no sólo me producía repeluz el frío, sino el tener que dar la mano a Águeda, como si fuéramos dos tortolitos, esto me

e-libro.net

avergonzaba, tanto por ella, como por mí, pues nunca he sido una persona que demuestre los sentimientos en público; delante de la gente, siempre me ha gustado parecer frío, seco; al margen de esto, gozaba con esas idas a la playa. Por las tardes, si iba a la playa, no recuerdo si volvía a salir con Águeda o con algún amigo; si no me equivoco, ya Salvador no estaba, para embajonarme más.

!Cómo no!, también nos fuimos a Los Secos, tras suplicar a Miguelo que fuéramos. Previamente, tenía que pedirle el motor potente otra vez a Manolito M.; no tengo ni idea de qué tipo de relaciones mantenían ellos, pero lo cierto es que siempre se lo dejaba, y eso que los hermanos, los gemelos, Fernando y Pepe, lo solían utilizar en el sur, se lo ponían a una Zodiac que ellos tenían; no me explico por qué el padre, con la cantidad de dinero que manejaba, no se compró ningún yate, tal vez por no hacer más caprichosos y mimados a sus hijos; eran tan caprichosos que les costaba sumo trabajo el estudiar, estando siempre rodeados de pelotas y gente que se quería aprovechar de su dinero, a pesar de que ellos sólo se codeaban con gente que también tuviera dinero. Por fin conseguimos el motor, ahora la cosa era cómo llevarlo. A veces lo llevaba la madre de Miguelo, la cual iba a veranear a Mogán, pues era de allí, y tenía familia que la acogía en su casa, casi en la misma playa; allí, en Mogán, su familia tenía cierto renombre, por lo que Miguelo decía que en el pueblo tenía que guardar las apariencias. De todos los años que llegue a ir, creo que sólo fui hasta Mogán una o dos veces con su madre, que conducía un coche largo, modelo deportivo, aunque muy viejo, pero era amplio por dentro, los sillones tampoco eran muy cómodos, era un coche japonés, cuando estos coches no estaban considerados como buenos, sino simplemente los más baratos. Fuésemos como fuésemos, lo cierto es que allí estábamos, y antes de embarcar para Los Secos, nos fuimos a una verbena del mismo pueblo de Miguelo, bebimos y bebimos sin parar; encabezábamos la marcha del grupo de pueblerinos, que en esa época, bien se podían llamar así, pues pocos y no muy bien vistos eran los turistas; a mí, ahora que lo pienso, me tomarían por un turista chorizo y hippi, amigo de un familiar de los mandamases del pueblo, a quien se le permitía beber pues eso era de hombres; sospecho que algo así pensaran. No puedo asegurar, casi diría que no, si después del “verbeneo” nos fuimos a nuestra cala particular, casi que no, pues debíamos transportar los botes, desde un local tapiado, sin techo, por lo que el barco era como si estuviera a la intemperie, pero bueno, ese local estaba cerca del muelle donde atracaban los barcos de pesca, pero nosotros, e ignoro la razón, salíamos desde el otro muelle, quizás para no enredarnos con las boyas, y todas sus sogas y cables. Debe ser que viendo el estado de embriaguez, y pensando que llegaríamos a Los Secos de noche, y por tanto tarde para atracar y montar las casetas, en fin “el quiosco”, Miguelo decidió que esa noche también nos quedáramos en Mogán a dormir, lógicamente, al fresco. Me di cuenta, que entre las plantaciones que llegaban a la playa, se veían alguna que otra caseta, de otros turistas hippies iguales a nosotros, pero no abundaban. Lógicamente nos fuimos a la cama sin cenar, después de estar dando tumbos por el pueblo, y sin decir Miguelo nada de donde íbamos a comer; claro que no dijo nada, pues seguramente, no pensaría comer. Si he de ser del todo sincero, quiero recordar que Miguelo al día siguiente, tras hacer algunas “gestiones”, apareció como la otra vez, con una caja de madera, con bastantes pimientos verdes y rojos, que lógicamente nos los ventilamos en unos cuantos días, y no inmediatamente, en esa cena-desayuno-almuerzo del día, no, nos contuvimos y nos lo “jincamos” en unos cuantos días; por mi parte, salvo en ensaladas, nunca los había comido crudos, y aunque se deshacían en la boca, no entraba en mi estructura cerebral que “eso” sirviera de almuerzo, por lo que seguramente recurrimos a los consabidos espaguetis o al arroz blanco, con este último, sí me “pegaba” más comérmelos. Pero eso es lo que solía él conseguir, y, “a camello regalado no le mires la joroba”.

No he contado lo que tardábamos en sacar los botes del local descubierto hasta la playa; veníamos flojos, al menos el menda, pues ya ven cual era el ejercicio que realizaba, y era por ello, por lo que cada dos o tres pasos tenía que decirle:

-!Miguelo!, !para!

Cuando lo que realmente pensaba era: “¡Ya no puedo más; tengo unas ganas locas de fumarme un cigarrito!”; el vicio podía más que uno, y a pesar de que me lo decían con subterfugios, y otros más descaradamente, pues me rodeaba de auténticos intelectuales (de mierda).

Empezaban nada más amanecer las magulladuras a doler, pues del dormir sobre suelo duro, no les digo nada los dolores que le entran a uno en el cuerpo.

A trancas y barrancas me movía, en medio de callaos, para los que si uno no se ponía sandalias no daba un paso, y más que por mí lo digo por el sexo débil (aunque no tan débil, pero ahora resulta que es el sexo fuerte, aunque ¿para todo?, o ¿solo para lo que les conviene?).

e-libro.net

Nos destrozábamos las manos por gusto, no digo que Miguelo no tuviera callos por sus trabajos con su madre, que no sé si los hacía todo el año, nunca se me ocurrió preguntarle, ni eso, ni nada de su vida mientras no lo veía, al igual que tampoco le mandé ninguna carta estando él en Las Palmas, tampoco le llamé nunca para ver cómo estaba, a su casa, ni a ningún sitio; yo, aunque él no lo creyese, tenía mi tiempo ocupado, prácticamente iba a tope durante el curso. Eso sí, echaba de menos Los Secos, Miguelo, su novia, Águeda en monoquini, en fin, todo lo que eso conllevaba; adoraba esas dos semanas, donde no veía ni oía civilización alguna, y a pesar de que allí, no fuera siempre del todo feliz, los buenos momentos, los disfrutaba total y absolutamente.

Tengo unas fotos, de las puestas de sol, yo en meiba y sombrero, y Águeda con su moñito, su camiseta azul y su braguita grande (pues ya se lo imaginaran, que allí, no llevaba nunca las bragas que a mi tanto me excitaban, creo que ni siquiera las llevaba a Las Palmas, pues cuando en mi isla, fornicábamos, no iba con ellas, al margen de que aunque lo hiciéramos en mi casa, siempre era con prisas y con miedo a que nos cogieran; no, no disfrutábamos mucho; para ser sinceros cuando más disfrutábamos, era después de no vernos un tiempo, luego, el reencuentro, en las playas o fuera donde fuera...), absolutamente conmovedoras.

Ahora que lo pienso, hoy he venido de una reunión y no sé si es por cansancio o por qué motivo, me da la sensación que escribo de sexo, cuando ya no me quedan otros argumentos que usar, aunque reconozco que quizás algo fuera de juego estoy en ese terreno, si es que así puede estar alguien en esta sociedad.

Me lo preguntaba, pero nunca lo dije en alto, y hoy no me lo podría explicar, el por qué nunca llevábamos huevos a las playas, a excepción de huevos duros, que si recuerdo comer alguna vez, y creo recordar que una vez los llevó Miguelo en un trayecto que hicimos hasta Mogán, pero eso fue en otra ocasión, hoy sé que por el exceso de calor se estropearían.

Ya no llevaba más perros a la playa, no sólo porque fuera un coñazo su traslado, sino porque Tiga había desaparecido, “se lo llevó la perrera”, y en su lugar mi madre puso a un perro pastor alemán mezclado, al que llamábamos “Lord”, y al que no me dejaba que me lo llevara, pues decía que tenía que cuidar la casa. De todas formas, llevarnos a un perro grande no era moco de pavo, y no podía decir que nos lo llevaríamos, cuando casi no llevaba comida para nosotros.

No tenía prácticamente dinero, a pesar de trabajar de duro, eso sí, muy poco tiempo.

Les dije que le contaba casi todo a Águeda, y se lo contaba con pelos y señales, de tal forma que ella a veces me decía:

-¿Por qué me tienes que explicar todo?

Lo que hacía, me parecía normal, a pesar de sentirme algunas veces dominado por ella, hasta el punto que me daba temor pensar cosas “malas”, por llamarlas de alguna manera, pues no se lo podría decir; a fuerza de ser sincero, no se lo decía todo, tal es el caso de los peos, que no me los tiraba delante de ella, y no era porque no tuviera ganas, era porque me daba vergüenza, como ven para unas cosas tanta confianza y para otras ninguna. Cuando veía a una mujer despampanante, se me iban los ojos, mejor diría que todo el cerebro, es decir, perdía la cabeza, aunque nunca hasta ese momento al menos, le había puesto los cuernos a Águeda.

Bien, vamos al por qué de todo esto, sospecho que Águeda no se fiaba de mí, que debía tener muchos trabes psicológicos, y no confiaba en mí para contarme sus interioridades, y no digo ya sólo en el sexo, en el que nunca pude saber cuáles eran sus fantasías sexuales, pues nunca me las decía; y cómo no, mucho menos sus pensamientos sobre el yo, el ego, sus sentimientos, nunca, nada de nada. Yo, mientras me abría y refugiaba en ella; parecía alegre con su prima y amigos, conmigo casi nunca reía, de hecho, las veces que se rió, dos o tres en unos años, me quedé la mar de complacido y satisfecho, aunque para ser sincero, para que eso ocurriera, debía estar en medio el chocolate, no las chocolatinas que tanto le gustaban, sino “el costo”, la droga blanda que a veces usábamos, incluso cómo complemento para nuestras relaciones sexuales; a veces no me gustaba fumarlos, pues me daba una especie de represión, y como si se me pusiera toda la carne de “piel de gallina”.

En Los Secos, me pasaba el tiempo sin hacer nada, a pesar de que Miguelo siempre encontraba algo que hacer, a veces tan sólo era el mero hecho de pasear por el marisco, donde me acercaba, a ver qué estaba haciendo.

Era raro, pues cuando estabamos las dos parejas, nunca se interpuso un diálogo fluido, quizás porque no me fiaba mucho de Ana María, a pesar de que la conocía casi desde el mismo año que a Miguelo.

Me armaba un follón con las gemelas, pero en el fondo las quiero, más a Ana María que a Merche, pues la primera era más extrovertida, aunque ambas se descojonaban conmigo, no tengo ni idea por qué, pues a pesar de que muchas veces soy y he sido un payaso, me considero, que exteriormente soy serio, aunque en el telencéfalo, en el fondo de él, me considero un pasota total y absoluto, y no les extrañe que sea por eso por lo que escribo

e-libro.net

estas hojas, sin por ello no quitar lo que me preocupó ciertas veces, y que me llevaba a la ansiedad sin motivo alguno, pasando momentos de puro pánico los que creo que en ocasiones eran justificados y otras no, aunque luego se me quitara.

Llevo una media de cuatro folios por las dos caras a mano, de escritura diaria, esto de poco para acá, y aunque me gustaría poder llegar a ser cómo D. Benito Pérez Galdós en sus Episodios Nacionales, no se si llegaré a escribir tanto como él, en cuyo bosque de palabras, tan solo he hecho unas pequeñas incursiones, pero estoy convencido que me los terminaré leyendo todos, eso espero, aunque según tengo entendido no los llegó a acabar, es una lástima; poco le faltó para llegar al Nobel; no sé por qué no se lo dieron pues tengo entendido de que había hecho méritos como para ello. Sí me he leído Fortunata y Jacinta, obra magistral y sublime.

Menos mal que cambié el título original de este libro, pues según se me van ocurriendo las ideas las voy plasmando en este borrador; la cosa será cuando lo pase a ordenador, el cual debo empezar por comprarlo, y espero entender la letra, pues he de confesar que mi letra es de genio, o sea no hay quien la entienda, aunque si he de ser asertivo, he de decir que, efectivamente, cada vez la haré mejor. A veces, pocas, me ha preocupado mi letra, en realidad, tan sólo cuando algún profesor me ha dicho que no lo entendía; eso me frustra.

Un pensamiento que me ha venido es que cursar la carrera de farmacia, era como estar en una secta, termina uno loco, pues no está más que pendiente de ella, y ocupa todo el tiempo, y todas las horas del día disponibles; si hemos de ser sinceros, ¿quién no está algo loco?, aunque algunos lo estamos más que otros; ya lo dice la canción: “Cada loco con su tema ...”

El sol de Los Secos, es un sol abrasador, que quema la piel y todo lo que hay bajo él; en Los Secos, solía haber un toldo naranja, y si no se cogía el sobretecho de mi caseta, y con él hacíamos uno, ayudándonos de unas estructuras metálicas, que a modo de paraguas estaban sujetas en lo alto de un palo de una altura aproximado de dos metros. Salvo la primera vez que fuimos, que fueron todos los hermanos varones y mayores de edad de los Morales, incluido Manolito, aunque éste no iría nunca más, quizás porque aprovechaba para estudiar y ayudar al padre en la nueva dulcería que había abierto cuando estábamos en COU y a la cual nos invitó Manolito una noche, cuando ya estaba cerrado, donde quedaban algunos pocos dulces y sandwiches, los que nos encargamos de terminar. La especialidad eran de berros con mayonesa, exquisitos, el pan de molde, donde primero lo vi sin corteza fue allí, en la que fuera magnífica y ultramoderna Dulcería Morales.

Esas dos semanas en Los Secos, estuvimos las dos parejas solos, igual ocurriría en otras ocasiones; como no había mucho que hacer, Miguelo y yo íbamos a pescar “viejas”, al marisco, con gafas, tubos y aletas. Una vez vi que Miguelo empezaba a sangrar por la nariz de tanto tiempo que había estado ahí abajo, manteniéndose casi bajo el marisco, con una mano y expectante para ver salir el apreciado pescado; en la otra mano tenía el fusil; creo que todo el equipo era de él, salvo las gafas y el tubo. De tanto tiempo que estuvo sometido a la presión del agua, se estaba empezando a reventar, y la cosa es que no se daba cuenta; le hacía señas y le señalaba al bigote, él no sabía lo que le decía, y tal vez empezara a entrarle cierta modorra; al fin lo pude convencer de que emergiera, cuando vio lo que había pasado se preocupó, aunque intuyo que no tanto como debiera, pues su obligación era ir al médico, y pasar de la playa. Subíamos cada vez que veníamos de navegar el bote por los callaos para arriba, de tal forma, que por mucho que subiese la marea, no se lo llevara el mar.

En ocasiones posteriores, lo dejaríamos fondeado a la salida del marisco, y de él íbamos y veníamos con el “cascanueces”, éste, ni siquiera estaba matriculado, el Morgan sí.

A veces, se veía a lo lejos a los guardacostas, y siempre que Miguelo veía una patrullera, inmediatamente se ponía el bañador, y a veces también una camiseta, y se ponía en lugar visible; él era el patrón del bote, pero creo que lo hacía más por respeto e identificación que por otra cosa, a mí me decía:

-Mira ahí está la patrullera.

Me los imaginaba mirándonos por los prismáticos, a pesar de ello pocas veces se me ocurrió ponerme el bañador. Seguramente Miguelo me lo diría para que me lo pusiera, pero si no me hablaba claro, no sé que me decía, o sea no sabía lo que significaba el “curriculum oculto” que me quería decir, tal como dirían destacados sociólogos. Nos mirarían y dirían:

-Dos homosexuales en una playa paradisiaca, para ellos solos; ¿los vamos a molestar, jefe?

-No, déjenlos que se diviertan.

e-libro.net

Más creo esto, que realmente que identificaran a Miguelo, como del pueblo y con carné para el bote; esto es un disparate sublime, pues de dónde salían las patrulleras, de cualquier sitio menos de Mogán, pueblo de pescadores de poca monta, por esos años.

Cuando llegaban nuestras novias, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, inmediatamente cada uno se iba con su pareja y hacíamos vida independiente; Águeda me dio un día a entender que ella estaba trabada por la pierna sin músculos (resultado del poliovirus ingerido por la boca), esto me dejó extrañadísimo, pues según les he contado, ella no me contaba sus penas nunca; por mi parte, lo he dicho, había decidido, cuando terminase la carrera, especializarme, o investigar algo sobre ese virus; el tiempo dirá lo que ocurrió o dejó de ocurrir; tuve un gran fallo, y fue el no decirle nunca mis intenciones, ni siquiera el dárselas a entender.

De Los Secos, poco más se puede hablar, y esto es porque era poco lo que se hacía, a no ser que les interese saber que Miguelo cagaba en el marisco, mientras yo lo hacía en la parte del barranco del que les hablé. Cuando dejábamos la playa, donde mismo cagaba este humilde servidor, tirábamos la basura, y al irnos le poníamos un poco de gasolina, con la que prendíamos todos los desechos y así no dejábamos desperdicios detrás nuestro, más que ceniza; no sé si habrán hecho fuego con gasolina, pero cuando se tira el fósforo a distancia, se produce una especie de deflagración (aunque salvo esa, no he visto más explosiones). Cuando íbamos a hacer la comida, el fuego era rústico, a base de maderas que el mar iba trayendo a la costa, también traía el mar goma espuma, que usábamos para ponérnoslas debajo de las posaderas, pues ya se imaginarán que allí no había sillas, sino que nos sentábamos sobre grandes piedras, o ladrillos, que dejaban allí los pescadores que iban a veranear a esa playa, las maderas envueltas las envolvíamos en papel de periódico, el amasijo lo poníamos en el brasero, añadíamos un poquito de gasolina, luego un fósforo y ya estaba.

Ahora que hago memoria, recuerdo que una de las veces que fuimos a Los Secos, habían unos amigos, pescadores según supuse, pues cuando se fueron lo hicieron en un barco de pesca; tenían cajas de ron y cerveza, y no sé qué demonios más de bebidas tenían; nos pusimos bastante alejados de ellos, y mandamos a Miguelo a investigar y parlamentar. Se irían en dos o tres días, pero esos días lo pasaron en un estado de embriaguez total, y al igual que siempre, el pobre que pagaba el pato, era el que, según ellos lo trataban, debía ser el tonto del pueblo.

Eso me hace recordar cuando un día en un verano, fuimos a Valleseco, invitados por León, allí fuimos Águeda y yo, y creo que también Miguelo y Ana; deducirán que se atraían León y Águeda, aunque no tengo ni zorra idea si alguna vez se acostaron o no; por mi parte me emborraché en la verbena, donde vi al tonto del pueblo babeándose todo y también borracho, me dejaron en la calle, Águeda me recogió después y me llevó a la casa de León. Lo que tampoco puedo saber es si ella se quedó y por tanto pasó la noche conmigo, o si se fue de juerga con los demás. A pesar de la admiración que sentía por la libertad de León y su forma de ser, es posible que en el fondo lo que sentía era odio; a parte de esto, y no es mariconeo, encontraba a León guapo, atractivo; ahora que lo pienso, no era tan guapo, y no es extraño que su cara, a parte de estar picada de viruelas, estuviera llena de granos, debajo de su rubianca y morena barba.

Me parecía más adulto y un hippy perfecto. Conté que se ganaba la vida con un chiringuito, una caseta de esas metálicas, vendiendo alcohol a mansalva en las verbenas, salvo en las de su pueblo, donde no montaba el quiosco, entre otras cosas, porque si no tendría perdidas por invitar a todos sus amigos, casi el pueblo completo. León trabajaba con otro, al que le pagaba una cantidad acordada de antemano, no bebía mientras trabajaba, pero se atiborraba a anfetaminas para poder trabajar, son palabras suyas. Deseaba que me dijera algún día, si quería ir a trabajar con él, lo deseaba muchísimo, es posible que considerara que yo no me pringaría las manos en un trabajo así, lo ignoro por completo.

Después de esta escapada de Los Secos a otros sitios, volvamos allí: no sé cómo Águeda se las componía, para cuando le sacaba una foto, salir con la pierna que tenía buena, mientras ocultaba con su cuerpo la otra, esto puede ser una suposición mía, pero viendo alguna que otra foto de esos años y sobre todo una en especial, o mejor dos, me percaté de este detalle. Debe ser que realmente eso le trababa y obsesionaba; seguramente.

En la ocasión que les conté que barnicé las maderas de mi casa, de lo que recuerdo con más énfasis en esos días, era que una vez en que me puse la radio y los auriculares, y oí por ella una voz quebrada en la que se llamaba a los líderes de las distintas tribus urbanas, lo que más o menos, al menos lo que recuerdo, era así:

-!Líderes!, !venid a mi!...

Lo de líderes se me quedó muy grabado, y algo le dije a Águeda, estando muy emocionado; ella me miro de reojo, en forma despectiva, lo que me dio un gran bajón, a pesar de que me quedaría con ese inicio de frase y

e-libro.net

con el tono tan característico con el que lo dijera el personaje por la radio. Aún así, iba contento a ver a Águeda, pues estaba siendo útil para algo. A pesar de que ella me despreciara con sus gestos. "'Visca' yo", pensaba , ya no sólo la actividad, sino que mi madre me lo pagó tal cual les conté, y yo, muy avariciosamente, las cogí, cuando sabía que mi madre no tenía casi ni con qué alimentarnos; pero egoísta de mí, pensaba que así tendría para invitar a Águeda, y a mis amigos. Podría salir alguna vez, pues ya tenía algo de dinero, y no me daría vergüenza el estar con ellos. Hoy día me arrepiento de esto, y aunque cada vez más me he vuelto un gandul para las manualidades, espero no cometer actos injustos, que aún los cometo, contra mi madre.

Por esas fechas, era tan poco común el verme con cinco mil pesetas en el bolsillo que cuando eso ocurría, me sentía superinflado. Barnizaba con la misma camisa que tenía para dentro de casa, y con la que también había pintado alguna que otra cosa, si a eso le añadimos las quemadas de cigarros que tenía, ya se pueden imaginar cómo estaba ésta.

Cuando Águeda solía venir a mi casa (lo hacía para que así me cuadrara), nos solíamos pegar un polvete, aunque les he comentado que era con prisas y nervios por si le daba a mi madre por venir, la cual solía salir algunos días por la tarde, con sus amigas, no siempre, pues mis abuelos maternos, algunas veces estaban con nosotros; la verdad es que se turnaban las hermanas, salvo Antonio, el hermano, quien no los acogió pues Loli, su mujer, decía que le dolía grandemente la cabeza; pero vamos a lo que íbamos, Águeda ponía un gesto mohíno, cuando después la llevaba al salón (la mejor habitación de la casa), cómo diciendo, vaya este era rico o se las da de rico, cuando realmente lo que es, es un pobretón (no puedo asegurar que el gesto de su cara significara eso, pero algo sospecho que por ahí iban los tiros). Comprenderán, que todo eso me lo tragaba, pero me afectaba bastante, pues lo que hacía, lo hacía para que ella se sintiera bien, salvo el polvito, el cual era para que los dos nos sintiéramos bien !cosas de la vida! Vayan a saber, si aborrecía Las Palmas, entre otras cosas, porque nunca veía satisfecha del todo a Águeda, aunque tampoco la encontraba así en La Laguna !No tengo ni la más remota idea!

Entre estas cosas pasé el verano; me falta decir que en esa temporada, "los chicos" estaban con Domingo y Conchita, su hija, por qué, se preguntaran ustedes, cuando la mayor parte del tiempo estaba con mi madre (seguía viviendo también mi abuela "Doñan Fide", aunque me relacionaba menos con ella), pues porque mi madre se iba a operar de la vejiga, la tenía muy baja, y por ello no aguantaba las ganas de orinar, eso es lo que pude enterarme del secretismo que rodeaba a mi madre. Nunca fui muy bien informado de lo que pasaba en mi casa, cosa de la que ya mis distinguidos lectores se habrán percatado. Las fiestas en casa de mis tíos paternos, Joaquín y Antonio, y mi abuela, siempre se animaban con una queimada, preparada por Antonio Lotario, quien le ponía cuento a la cosa, con la luz apagada y con unos cantos, a saber si eran reales o no, que él entonaba, mientras preparaba tan exquisito licor; en algunas ocasiones, si sobraba, le daban un poquito a mi madre, del que yo a veces bebía un poco, sabía a jarabe, llevaba mucha azúcar, café, orujo, aguardiente, y no sé que más cosas, magnífico, aunque no tanto como recién hecho.

Tenía Lotario una cazoleta donde la solía preparar, era de barro, y luego se servía en unos cuencos que en Santiago se llaman "tazas"; de todas formas, no iba a todos los cumpleaños, pues me tenían como el marginado de la familia, y sin embargo, era el que más visitaba a mi familia paterna salvo a mi padre y a mi tío Manolo, su mujer y sus seis hijos, mis primos. Este tío mío, tenía cosas de "cabo interino", tales cómo mandar a sus hijos a la calle a buscar amigos, después, a las ocho o nueve, los encerraba en casa, y así todos los fines de semana, esto lo hacía sobre todo con el primogénito, Antonio Fijoleis.

Mi madre se operó cerca de septiembre, por lo que la pude ver tan sólo un día o dos, a mi pesar.

No sabía cómo iba a terminar aquello a pesar de ver a mi madre en un hospital cercano al del Pino, en el que estaba era un hospital particular, pero la operación la pagó la seguridad social, que por no haber muchas camas en las del seguro, la tenían allí. Observarán que pocas veces mi madre estaba mala; no me parecía a ella, que por tanta droga, alcohol y tabaco, estaba continuamente malo de la garganta, con ataques de asma, y un sinfín de enfermedades respiratorias. Una vez me falto cigarrillos en Los Secos, y según me decía Miguelo, me puse inaguantable, de lo nervioso y cabreado que estaba con todos, incluso con Águeda, no lo recuerdo muy claramente. Lo que me pasó en Los Secos, me pasaba en cualquier lugar que me quedara sin cigarrillos, era por ello por lo que para alguna juerga nocturna, me llevaba dos paquetes de cigarro, y para una noche fuera hasta el día siguiente me llevaba en mi bolso de tres a cinco paquetes, pues hay que saber que si de por sí fumaba excesivamente, en juergas y jolgorios fumaba infinitamente más; pero bueno, volvamos al día a día: estaba en Septiembre y me tuve que ir sin ver a mi madre repuesta en mi casa, seguramente en esa y en muchas otras ocasiones, hubiera

e-libro.net

necesitado de lo que hoy se llama NEE o nee, esto es necesidades educativas especiales, o sea un apoyo sociológico para superar traumas, trabes y los distintos inconvenientes.

Sin saber cómo, me vienen a la mente, sensaciones, como si la casa se fuera a caer, y que no estoy apropiadamente vestido, o me muero en la caída; esto probablemente viene porque a mi tío Joaquín, mientras tocaba el piano, se le vino el techo encima, afortunadamente, no murió nadie, aunque eso se puede decir que fue un milagro, pues el techo se desplomó en la cola del piano; no sé si había más gente en el cuarto, aunque ésto, después de todo vino bien, pues hicieron un caserón increíble, que todavía ahora por fuera, parece como si estuviera casi nuevo. También pienso en movimientos sísmicos, como terremotos y maremotos; esta idea no es descabellada, si pensamos que estamos en una zona sísmica inestable, a la vez que vulcanológicamente también es importante; sin embargo esto nunca lo soñé, pero si viví grandes oleajes en las playas: la de Las Canteras, con sus "Mareas del Pino", las mismas en otras playas, y para variar, también en Los Secos.

Pero estaba a principios de Septiembre, con mi madre en la clínica, y me iba a Tenerife; me vi solo en mi casa, sin nadie de quien despedirme, pues los demás estaban en la clínica, o trabajando, o !yo qué coño sé!, tan sólo sabía que estaba solo. Mi madre me tuvo que dar el dinero de alguna forma, pues me lo llevé en la mano; era magnífico irse en Septiembre, aunque sólo por una cosa, pues mis tías y tío paterno, me daban dinero cada vez que me iba; mi tío siempre nos daba cinco mil pesetas, de dónde sacaba tanto dinero, pues fácil, tenía tres trabajos (hablo del que su habitación y despacho, estar, etc, estaba lleno de libros, de tal forma que nunca he visto a nadie con tantos; la mayoría de historia y de literatura). Mis tías también algo me daban, pero siempre mucho menos que Joaquín, aparte de esto, con mi tío era una gozada hablar, siempre tenía respuestas para mis preguntas. Sabía que iba de pobre, pero no porque me gustara ir así, como cuando era adolescente, sino porque no tenía donde caerme muerto, y hasta Navidades, después de reyes, en las rebajas, no había nada que hacer, y siempre suponiendo que hubieran grandes rebajas en las camisas. Seguía usando camisetas azules y blancas, de cuello redondo, o de tres botones; empezaban a gustarme algo más las camisas de rayas y de cuadritos; puede parecer un disparate, pero las rebajas a las que iba eran las de El Corte Inglés, los mejores establecimientos de Las Palmas, a excepción de alguna que otra boutique. Me acuerdo que Pepe Armas, mi cuñado, decía:

-Yo, ni loco, entro en esos establecimientos.

No lo decía porque le resultaran caros, agobiantes o cualquier otro motivo lógico, sino porque eran el símbolo del capitalismo; ya estaba el PSOE en el poder, aunque él, ante todo era comunista, lo que no quita que a medida que pasara el tiempo, se hiciese cada vez un comunista mas "light", y cómo no, vistiese su ropa prácticamente toda de "El Corte Inglés" y otras boutiques, y no se le ocurría ir a otras grandes superficies a comprar pues la calidad de los citados primeramente, era muy superior a la de estos últimos.

Llegué a La Laguna, sin contratiempos. Nunca pregunté a Águeda cuántas suspendía, o cuáles aprobaba, intuyo que las aprobaba todas y siempre en Junio, ya que jamás le quitaron ninguna de las dos becas, ni nunca fue a principios de septiembre como yo, a perder el tiempo, tal como hacía al menos en esos primeros años, todo por hacerle el gusto a Águeda, y yo descansar y aburrirme, cosas de las que terminaba, no sólo "aburrido", sino también asqueadísimo y maldiciéndome a mí y a lo que me rodeaba, más de lo que lo hacía cuando estaba estudiando; tenía continuamente una gota de lágrima presta al lloro en el ojo, que me llegaba al alma; "¿por qué no podía yo ser feliz?", me preguntaba una y otra vez, en mi casa, o donde estudiaba, que realmente era mi casa, pues era donde más tiempo pasaba, a pesar de que ésta cambiase tanto de emplazamientos; eso pensaba en aquella época: "Mi casa estaría junto a Águeda, y ¿dónde viviría con ella?, en La Laguna, o mejor decir, a las afueras"; no ya sólo porque fuera más tranquilo, sino primordialmente porque eso era más barato. De todas formas, ahora que lo pienso, los que iban a buscar piso de un año para otro, vivían en La Isleta, en el istmo que une Las Coloradas con Las Palmas, ¿no sería, pues, porque ellos también buscaran algo tranquilo y alejado similar a su lugar de origen?, acuérdense que quienes iban a buscar piso eran Águeda y Ramonsi, y también Candelaria alguna que otra vez.

Aunque ya estoy casi de lleno otra vez en La Laguna, me gustaría hacer un inciso para decir una cosa que había ocurrido un par de veces hacía unos dos años, es lo siguiente: unas dos o tres veces le robaron al padre de Manolito el Mercedes, y luego lo dejaban en la misma puerta de la casa con un ramo de flores y el tanque lleno; cómo lo hacían, no puedo entenderlo, a no ser que no cerrasen la puerta, por considerar su casa un sitio tranquilo, que lo era, donde los hubiese, y a la vez increíblemente cerca de los atascos y embotellamientos, lo que llamaríamos "la city".

e-libro.net

Manolito me dijo que esto lo habían hecho un par de veces, quién, no sabía, aunque creo que hoy sería facilísimo mandar a analizar las huellas dactilares del volante, los cambios o de cualquier parte frecuente de uso por un conductor; si he de ser sincero, también me parecía raro en la época en que ocurrió, y eso que uno se rodeaba de muchos chorizos por ese entonces, aunque me da que mucho menos educados.

Estando en La Laguna, me codeaba con estudiantes, los futuros intelectuales, o al menos esas pretensiones tenían ellos, me imagino que muchos, sin embargo lo más seguro es que todo se quedara después reducido a un nidito de amor primero, y luego una familia con sus miembros bien definidos, y cómo no, con los sentidos cada vez más abotargados.

Me han de perdonar si alguna vez pienso mal de la gente y generalizo, pero es que viendo el panorama que se ve desde donde escribo es tremendamente desolador: todos unos solares llenos de chabolas, apiñadas unas contra otras, donde siempre hay disgustos, enfados, por no decir cabreos sublimes, donde los niños y adolescentes están tirados en las calles, y por si fuera poco, es un centro de venta y (bobos que son) consumo de drogas en Las Palmas. Con tan desolador paisaje comprenderán el por qué a veces no confío en la gente, aunque sé de buena tinta que no todo el mundo es cómo lo que hay frente a mi casa.

Volvamos a lo que iba contando: Águeda, que aunque aún no había llegado a La Laguna, y a pesar de lo que en aquella época decía que me gustaba, a pesar de considerarlo hoy día un handicap, era que ella bebía alcohol (menos que yo) y fumaba muchísimo, casi tanto como yo. En esa época, buscaba mujeres así, y cómo no, la encontré: Águeda ("de mis amores").

En La Laguna, seguíamos sin piso, al ser yo el único que iba en Septiembre, pues los demás que vivíamos juntos eran buenos estudiantes, razón por la que no alquilábamos nuestro "refugio" sino a partir de Octubre, me iba por tanto a la Avenida Trinidad, donde vivía y viviría mi hermana Pine durante una purriada de años. Allí me pasaba casi todo septiembre, donde intentaba estudiar y cómo no, aprobar, no conseguía ni lo uno ni lo otro; era mucho el embotamiento que tenía, después de todo un verano sin estudiar, y sin casi leer nada y bebiendo alcohol con cierta regularidad. Era curioso ver que mi hermana cada vez vivía en un piso más alto, aunque siempre del mismo edificio, y lo que es más difícil aún, en el mismo bloque. Al final terminarían viviendo en el ático, que con el tiempo y sus trabajos, se convertiría seguro en el mejor piso de los por mi vistos en La Laguna (que quede claro que hablo de pisos, no de casas).

A Botánica no me presenté.

Muchas de las cosas aquí escritas son erróneas, y me he dado cuenta al ver un certificado de notas, en el que claramente se lee, que no había aprobado según pensaba, la Química Inorgánica en Junio, sino que la aprobé en septiembre. A las de primero y como bien dije no me presenté, y todo porque consideraba que me lo había estudiado suficientemente en su día, todos los parciales, aunque para ser del todo sincero, más me había estudiado Física que Matemáticas; ese año, las mates las daba una chiquita joven, y pensé, tolete de mí, que sería más sencillo aprobarlo con ella, que ahora sería mi oportunidad; de todas maneras, opté por dejarlo para épocas futuras, cuando realmente me viera agobiado; nunca había renunciado a ninguna convocatoria, entre otras cosas por dejadez, porque pensaba que era engorroso, aunque otra "vocecita" en mi interior me decía que no debía serlo tanto, que si existía el poder renunciar a una convocatoria, sería posible hacerlo. Temía, por otro lado, que no me la concedieran; y una de las principales causas: por si cogían represalias contra mí los profesores; esto que hoy parece un absurdo, en su época no me parecía tanto, posiblemente porque acabábamos de pasar la dictadura de Franco, y consideraba a todos los profesores que "controlaban", los ejecutivos, unos cabrones iguales que mi padre; algo de verdad creo que había en ello, y si no tan cabrones, sí exigentes; vayan a saber, si uno con el tiempo va guardando rencores, odios, asperezas en definitiva, que luego descarga con el prójimo; espero, y pido al Señor que esto no me ocurra.

Lo importante fue que aprobé, y cuando vino Águeda se lo dije; imagino que se alegraría, aunque no sabría por qué, y ahora que lo pienso (realmente lo he pensado ahora y siempre), me consideraba un ignorante, aunque como dice un alto funcionario de una embajada inglesa en Panamá, en el libro de John le Carré: "El sastre de Panamá": "Siempre tiene uno la sensación en un examen que el de al lado sabe más".

Más o menos dice esto, y aunque a mí no me ocurría en los exámenes, si me ocurría en el piso, con Águeda, con mis compañeros de piso, con mi familia, con mis compañeros de estudios, etc; ya les he dicho que estaba algo trabado por lo bajo de las notas y la abundancia de suspensos, a pesar de mi notable en la teoría de botánica.

e-libro.net

Era una de esas asignaturas que se le atragantaban a todo el mundo, y yo, Antonio, la había sacado, la parte más fuerte, y el grueso de la nota, a la primera y con buena calificación. Tengo que retomar el hilo del libro, pues estoy desbarrando en grado sumo.

Cómputo global: aprobada una asignatura, suspendidas dos, pero para el año siguiente empezaban los problemas, pues la Física General de primero me cerraba a la Fisicoquímica de segundo (recuerden que tuve que ir a olerle el culo un par de veces al choricillo del profesor). Resultado, cuando me fui a matricular de tercero, no pude, me tenía que matricular solo de las asignaturas sueltas de primero y las de segundo; esto no se lo dije a mi madre ni a nadie de la familia, para no disgustarlos, pero imagínense la angustia y tensión que llevaba, y encima, no sé si mi familia estaba pendiente de mí, para que les sacara las castañas del fuego, cosa que pensaba hacer, aunque no tenía ni idea de cómo, y para usar esos términos que parecen estar de moda, el cómo, el cuándo, el dónde y el por qué, bueno el por qué sí lo sabía, simple y llanamente, porque eran mi familia y me habían y seguían ayudándome, aunque sí es cierto, que pensaba algo egoístamente, pensaba muchas veces en Águeda y en mí, sin olvidar que en mi casa se pasaba necesidad, sobre todo mi pobre madre, que no tenía nada de dinero.

Mis abuelos encargaban a mi tío Antonio, su hijo, que nos comprara cajas y cajas de carne, que no tengo ni puñetera idea de dónde las metía mi madre, cómo no fuera en las neveras de los pisos, aún así, éstas eran muy pequeñas, y a lo sumo cabrían unas tres o cuatro kilos de comida; otra cosa que compraban, cuando iban a Las Meleguinas eran latas de frutas y fruta natural, las compraba en la tienda de debajo de la casa de mis abuelos; el motivo de ir tan lejos a comprarlo, no lo conozco, a lo mejor porque les hacían descuentos por ser conocidos, o quizás porque los de la tienda debieran favores a mis abuelos; en definitiva, no lo sé.

Me han de disculpar si continuamente uso el “no sé” y el “creo”, pero es que siempre he sido algo despistado, y por más que lo intento, no llego a abarcar toda la vida que me rodea; sí, siempre he sido un mediocre, un mediocre como novio, un mediocre como persona, un mediocre como estudiante, a pesar de que siempre he intentado cumplir las normas lo mejor que sé. Quizás entre ser mediocre de una cosa, de otra y de otra, al final salga un ser entero, eso espero, pues como dice el Eclesiastés al final de su libro: “no llegues a viejo, y no encuentres consuelo en ello, por haber desperdiciado tu juventud en cosas vanas y demás”. Acuérdense cómo mi tío paterno Joaquín nos había enseñado a que cada vez que no supiera una palabra, la buscara en el diccionario, pero tuvo un gran error, y es que siendo director de un archivo, cómo no nos enseñó a usar el material de las bibliotecas.

Estaba en La Laguna, en espera de que Águeda llegase. Vino. Hicimos ¿el amor? (o el sexo), lo pongo en interrogante a pesar de que la quería, pero nunca supe su opinión; yo por ejemplo le decía ciertas cosas que a me gustaba hacer en el sexo, y poco a poco las íbamos haciendo; ella por su parte, nunca me dijo, al menos siendo estudiantes laguneros lo que le gustaba y lo que no, era por lo que suponía que lo hacíamos bien, aunque llegué a comprender lo contrario de forma muy poco agradable, pero eso es adelantar acontecimientos.

Nos cambiamos de casa, y llevamos los bártulos a la nueva; estábamos pletóricos, pues teníamos la habitación más grande Águeda y yo, sí es cierto, que pagábamos no como uno solo, sino cada uno por separado, o sea, creo que los tres, Ramonsi, Águeda y yo, pagábamos seis mil pesetas cada uno, poco más o menos. Verán que Candelaria ya no estaba con nosotros, se había ido a vivir a un piso, alegando que si su madre venía, ella no quería pasarlo mal y que la viera viviendo junto con Ramonsi.

La habitación de Ramonsi era tan chica, que sólo cabía una cama, un pequeño ropero, y ya con eso, no podía cerrarla, ni siquiera creo que le cupiese una mesa de estudio, pero para ser sincero, lo que estudiaba no era mucho.

Mis posters viejos, y tan viejos que nunca me habían gustado y en esos momentos menos que nunca, los pusimos a la entrada de la casa, casa situada al final de un barranco, no en el mismo barranco, como había alguna que otra pertenecientes a personas muy pobres, al menos eso parecía por el estado en el que se encontraban. Nuestra casa, no estaba mal, era un segundo piso de una casa terrera, nos correspondía media azotea, separada por una alambrada una parte de la otra.

Las primeras semanas las usamos para organizar el nuevo hogar, comprar unos posters que a Águeda se le antojaron, a pesar de resultar excesivamente caros, pero que le dieron un toque de color al cuarto. Las mesas de noche, eran ceretos de frutas y verduras pintados de blanco, labor de la que me ocupé personalmente; Águeda compuso y distribuyó los posters, dos o tres en tonos pastel, de niños vestidos iguales que los adultos de épocas pasadas; las dos camas, estaban sin las maderas ni somieres, las teníamos en el suelo raso, aquí se podía poner, pues al margen de los abundantes mosquitos, no había otros bichos.

e-libro.net

Los posters los compramos en una fotocopiadora, no dentro de las máquinas, lógicamente, sino en un establecimiento enfocado a los estudiantes, y más concretamente a sacar fotocopias; también tenían una especie de expositores gigantescos, metálicos los bordes y transparente lo que sería cada hoja, donde iban los posters; habían muchos y variados; siempre me gustó uno donde sólo se veía unas plantas de los pies en distintos sentidos, y se deducía que habían dos o más amantes, y lógicamente se estaban echando un casquete. Siempre me gustó, los había de distinto tipo; los pies eran calabazas sobre fondo negro; algunos eran similares a viñetas y al final había un chiste, bueno era una moraleja "verde", casi siempre.

Otro adorno de nuestro cuarto, aparte de los posters,

que tenía que reconocer que eran preciosos, eran las fotos que había sacado de Los Secos. Nos hicimos unas mesas con la madera que nos había dejado el dueño de la casa anterior, recuerden que eran de novopán forrado de Formica, ideal para una mesa larga como la que me hice, apoyándola sobre una mesa chiquitita, que era la que venía en el piso; lo mismo hizo Ramonsi con la suya, aunque su mesa era algo

más cuadrada, y la tenía en la otra parte de la pared, bueno las mesas formaban los lados del vértice izquierdo del salón-estar-cuarto de estudio, también era la entrada.

Tenía mi mesa al lado de la ventana, aunque lo que se veía en frente eran casas, por lo que no acostumbraba mirar a través de ella.

Empecé a usar unos folios doblados y grapados en los bordes, a modo de sobre abierto en el que apuntaba: "Cosas varias", y allí ponía almanaques, papeles recordatorios y mil y una cosas que tenía que tener localizadas y no sabía donde ponerlas. Hay que ver lo práctico que es eso, no se lo imaginan ustedes.

Fundamental eran los almanaques pequeños, para saber la fecha de los exámenes. La casa estaba lejísimo de la universidad, y años después, me enteraría que Octavio, uno que se las daba de rico, más de lo que era, pues su padre trabajaba en un laboratorio militar y tenía una farmacia en Las Palmas, pero en ninguno de los trabajos era un genio, ni creo que pretendiera nunca serlo, vivió en la misma calle. Recuerdo que alguna vez vi a ese señor, caminando a su casa desde la farmacia.

Octavio vivió en el mismo barrio, aunque él residía solo en un piso y cerca del principio de la barriada, con lo que estaba a dos pasos de la universidad, aparte de esto, él tenía coche, era rojo y tenía buena pinta, no me pregunten por la marca pues no me acuerdo, aunque sí, era un utilitario. Pero volvamos a mi casa, que nada se me ha perdido en la casa del vecino.

Observen hasta qué punto era una barriada, que iba un camión vendiendo cuatro kilos de tomates a veinte duros, y naranjas creo que tres quilos también por veinte duros. No saben la de problemas que nos solucionó ese vendedor ambulante; llegaba y se ponía en la calle perpendicular a la nuestra (esta, la nuestra, estaba sin asfaltar) y allí pregonaba la mercancía por un altavoz. Cuando lo oíamos Águeda o yo íbamos a comprar lo más barato que tuviera. Ese año tomé zumos de tomates con Tabasco como nunca en mi vida he tomado; también comí tomates con orégano y sal, y otros con tomillo y sal, de las dos formas los solía preparar Águeda; verán que cada vez mis intervenciones e invenciones culinarias se estaban reduciendo más, así estas se estaban limitando a potajes (de lentejas, casi única y exclusivamente), arroz blanco con huevos y papas fritas, y espaguetis.

De la entrada hacia dentro, teníamos el baño a la derecha, antes de llegar a la cocina, aunque éste no era muy nuevo, no era tan viejo como el de la casa anterior; tenía cortinas en la tina, el retrete y el lavamanos eran algo viejos; más adentro estaba la cocina, no muy grande, entrando a esta a la derecha, estaban todos los muebles típicos de una cocina tampoco muy nueva, pero recién pintadas las paredes y los muebles de ella, a la izquierda, mirando desde la puerta de ésta, estaba la mesa donde comíamos, pequeñísima y donde malamente cabían dos platos y un trozo de pan; los platos muy frecuentemente estaban llenos de la comida anteriormente citada; la carne, era y seguía siendo escasa. Había encima de la mesa un ventanal doble, que daba al patio, también al lado de las ventanas había una puerta por donde se salía a dicho patio, y si subíamos por la escalera se iba a la azotea; verán que la casa no estaba mal para estudiantes que éramos.

De los churros de hierba que compraba cuando estaba en Las Palmas, había conseguido gran cantidad de semillas, por lo que ese año empecé a intentar germinar una serie de ellas en una lata con turba y puestas en la oscuridad; "arte" que según más tarde, muchos años después, casi quince, me enteré que no era necesario poner la semilla en la oscuridad, pues germinan en cualquier medio que esté siempre húmedo; también intenté hacerlas brotar en un vaso con agua y envuelta la semilla en algodón. Resultado final, tenía unas quince semillas germina-

e-libro.net

das que inmediatamente trasplanté a unas macetas y bolsas (tal como había visto en el invernadero) con tierra y turba. Esto era el principio de lo que sería un gran hobby durante ese año (el curso escolar).

Las primeras semanas, tal cual indiqué, nos dedicamos a ir de compras, y a alguna que otra salida a cenar fuera.

Iba a hacer deporte al campus, donde había unas pistas de tierra batida, y canchas para distintos deportes. También había un gimnasio con algunos aparatos y unas duchas, por donde siempre salía el agua fría, aunque aún salía a veces el solito con que calentarnos el cuerpo. Iba a correr sobre las siete o las ocho de la noche, y a esa hora sí que era difícil que hiciera sol, ni tampoco luz solar; prefería ir a correr a esa hora pues me servía de relax, para estar en forma, para tener un físico más atractivo, para desembotarme del estudio, cosa que ya había empezado a hacer, para distraerme, en fin para muchas cosas positivas; lo que no me gustaba, era que el agua de la ducha, cuando caía en invierno, era parecida a una piedra que le tiraban a uno en la cabeza, y eso que poco a poco iba aprendiendo a que no me hiciera tanto efecto, no dejando al agua que me tocase ni el pecho, ni la espalda, tan sólo la cabeza, y de allí al pene y el culo, y cómo no, las piernas. De todos los que íbamos al vestuario, era el único que tenía el "bronceado integral", parejo por todo el cuerpo, a los demás se les notaban las marcas del bañador o del bermuda, que ya había empezado a hacer furor entre el sexo masculino, a la vez que se reducían los biquinis de las chicas y empezaba a generalizarse el uso del "top-less".

Aún corría pocas vueltas, y por consiguiente poco tiempo, pero tenía intenciones de seguir incrementando la dureza y cantidad de entrenamiento, sin por ello aumentar demasiado el tiempo dedicado a él, verán que ya empezaba la vida a contrareloj, que cada vez me gustaba más.

Siempre me costaba algo levantarme, quizás porque no tenía la obligación de ir a clase, disparate que cometí casi todos los años; iba de vez en cuando y aun así no a todas pues eran soporíferas e inaguantables. Águeda y yo, nos acompañábamos, pero no hablábamos mucho, quizás la convivencia consiste en eso, quizás sí; no quiero decir con ello que el ambiente de la casa fuera malo, no, yo seguía enamorado de Águeda, y me imagino que ella de mí.

A veces íbamos a visitar a Pine y a Quillo, y aunque Quillo pasaba algo de nosotros, no así mi hermana, que nos invitaba a café y a alguna chuchería, esa era y sería la hermana que más se dedicara a ser "ama de casa", de toda la vida, incluso sin niños y sin estar casada ya lo era; parecía estar uno arropado en su casa, todavía no estaban en el magnifico ático, este estaba ocupado por un estudiante de familia rica, que decía estudiar farmacia, aunque más que estudiar, decía que lo hacía. Estaba saliendo con una chica de la alta sociedad de La Laguna. Quillo se había hecho amigo de él; seguían viviendo juntos en el piso de abajo, donde Águeda y yo nos pasáramos horas y horas enteras en la cama; ya eso había desaparecido, ahora nuestros momentos de amor eran más cortos, siempre tenía yo, y por qué no ella también, bastante prisa, aunque seguía considerando que nuestras relaciones seguían siendo satisfactorias. Pero para no faltar a la realidad, había de todo, momentos en los que estaba satisfecho de lo realizado, y otros que no; cuando pensaba en ella, deseaba ponerla como una reina, por lo que me entraba una prisa increíble por estudiar; así pues: ¿estudiaba por ella, o por mí mismo?, no lo sé, y aún ahora sigo sin saberlo; ella me era de gran ayuda, pues no me sentía tan solo delante de los libros, pero también debía dedicarle el tiempo, que otros que no tuvieran novia seguían dedicándole a los estudios, esta es la causa por lo que era un mediocre, y ésta una razón por la que bebía a la salida de cada examen, sí, para olvidar los problemas; cuando salía con Águeda bebía para poder olvidarme de los libros, ya que si no, en lugar de pasear con ella, le diría siempre:

-Bueno, voy a estudiar.

Pero no lo hacía porque la quería, que esto no quiere decir que la admirara; todo lo contrario, algunas veces me decepcionaba tanto, que hasta llegué a avergonzarme de ella, esto lo digo ahora no sin sonrojarme de vergüenza, pues mira que decir eso de la compañera de uno, de la amante y ¿amiga? de uno, ¿es esto amor total y leal?, no lo creo. Es posible que tuviera parte de culpa, por no hablar de estas cosas con ella.

Siempre estudiaba en la mesa de la entrada, pues frecuentemente debía realizar operaciones y problemas. Águeda siempre leía o estudiaba en nuestro cuarto, ella nunca debía hacer lo que yo, tampoco solía usar la mesa, sino que estaba siempre recostada en la cama. Para dentro de casa ella solía usar chandal, y yo no recuerdo como estaba, pues si no tenía dinero para ropa, menos lo tenía para comprarme un chandal para dentro de casa.

Cuando escribo estas letras, me pregunto: "¿Por qué lo hago?, ¿por conseguir dinero? No - me respondo -, aunque sí algo, bastante, cantidades desorbitadas pretendo conseguir, pero esto realmente es secundario". Esta preocupación es constante.

e-libro.net

Concretando: ¿por qué leo y escribo más de lo que mi ocupación actual debiera ser? No tengo ni idea aunque hay algo que me impulsa a ello.

Llevaba una bolsa de deportes al polideportivo universitario, la misma que usaba ahora cuando me trasladaba de una isla a otra, era marrón clarita, mejor canelosa, con partes más oscuras. Me duró varios años, a pesar de que la usaba con bastante frecuencia, sobre todo ese año de tercero, que debo decir, como saben, que estaba matriculado de primero, al menos así constaba en los papeles y en mi carné de estudiante (con foto, aun la recuerdo, en color, donde llevaba una camiseta azul marino desteñida y el pelo a modo de aulaga bastante grande, pero no tanto como alguna vez llegué a tener, o al menos soñé que lo tuve, y muy rubio debido al sol y al agua del mar).

Las asignaturas que se cursaban en tercero eran, y no me engaño pues tengo a mi lado, en la otra mano un certificado de notas, eran como decía: Bioquímica, Análisis Químico, Microbiología, Fisiología Animal y Técnicas Instrumentales.

Verán que los títulos son sugerentes, al igual, lo aseguro, que sus contenidos; lo que ya no era ni sugerente ni nada admirable, eran sus profesores, todos eran de mediocre para abajo, lo aseguro.

Sabía que algún día sería farmacéutico, y que ese día ya no estaba tan lejano (eso creía); aparte de que mi pinta dijese que más que farmacéutico lo que pretendía ser era un golfo. Nada más lejos de la realidad, a pesar de mi afición a fumar drogas y beber alcohol, principalmente cervezas, aunque cuando llevaba unas cuantas, no le hiciese ascos a otras bebidas más fuertes.

Ya no salíamos tanto de marcha, salíamos más, ahora ya como una joven pareja que se va afianzando, eso, en los momentos en que estábamos ella y yo solos, en los que me podía desahogar con ella. Me preguntaba en ocasiones, si estaba realmente enamorado, a la vez que sacó Miguel Bosé (no sé si ese año, o en cual), una canción cuyo estribillo era:

-Si esto es amor, no sé, ¿qué me da miedo? - y volvía a repetirlo.

En momentos de soledad con ella, me la cantaba a mi mismo , y estaba entonces desbordante de alegría, alegría compartida, aunque no tengo ni idea si ella pensaba lo mismo que uno. Creía que sí, y lo aseguraría en esos momentos, al menos no comprendía que hubiera alguien que no fuese tan feliz como yo.

Debía padecer de anorexia nerviosa, pues con mi metro noventa y uno, pesaba setenta kilos. En esos momentos, pensaba que estaba gordo, y sin embargo estaba en los huesos, no sólo por el ejercicio que había empezado a hacer, que en sus buenos tiempos corría un kilómetro doscientos metros, sino también, y más importante, que no comía nada, nada en absoluto, si era potaje, comía medio plato, arroz era lo que más ingería, con una media papa frita cortada en tiras, y un huevo, no dos, para hacer economías; así, con nuestras economías era por lo que nos manteníamos más que tiposos, a pesar de seguir pensando que aun estaba gordo; esto me viene desde adolescente, nunca he estado de acuerdo con mi cuerpo, nunca me he aceptado tal como soy, sino que aspiro a tener un cuerpo atlético sin hacer deporte, ni contenerme en lo que como; hoy día, que algo, muy poquito, me controlo, sigo estando sin gustarme físicamente; imagínense ustedes que desde adolescente ya estaba delgado, y tengo la imagen de una foto en la que tengo mi brazo por encima de la barriga, medio tapándomela, medio apoyando el brazo sobre ella, cuando ya ahí estaba excesivamente flaco, y encima estaba “pegando el estirón”.

Volvamos nuevamente a la laguna, los vecinos del piso bajo eran también estudiantes, pero ellos eran todos varones, dos estudiaban filosofía, o hacían que estudiaban, y otro hacía que estudiaba medicina, pues no se encerraba, a pesar de tener cara de serio, que lo era, pero no estudioso, que son cosas bien distintas.

Tenían una bicicleta hecha de retales, que prácticamente no usaban, y que me la dejaban con mucha frecuencia; la bicicleta era extenuante, pues ya no sólo el que todo fuera cuesta arriba, sino que no había quien le diera a los pedales; no sería extraño que uno al trote, fuera mucho más rápido que yo con la bici, incluso levantándome del sillín y haciendo toda la fuerza posible con los pies. Terminaba exhausto y extenuado, o sea, hablando en plata, derrengado, asfixiado, hecho polvo.

Los inquilinos eran unos juerguistas increíbles, más que juerguistas, bebedores, así una o dos veces les vi la mesa puesta, y en medio de ella, tenían una botella de ron, no porque celebrasen algo, sino que era una cosa habitual en ellos, tal como en la “dieta mediterránea” es típico una copita de vino en el almuerzo.

El que estudiaba medicina, que usaba barba y bigote, era hermano de uno de los aspirantes a filósofo, que también usaba barba y bigote, aunque éste, que también era mucho más flaco que su hermano, usaba el pelo largo; solía usar gorros. El otro, también aprendiz de filósofo, tenía el pelo bastante largo, y llevaba coleta; pocas veces lo vi con el pelo suelto. Recuerdo un día que estando en el polideportivo, lo vi que venía de jugar al fútbol,

e-libro.net

cuál no sería mi asombro, al ver que debajo del calcetín, tenía un montón de vendas que según él eran para mantener sujeta la pierna, la que tenía siempre dolorida; sospecho que sería un esguince mal curado, pero él no se daba reposo.

Eran medio estrafalarios esos vecinos, y vivían en esa casa con dos habitaciones, que estaban distribuidas según sus futuras ocupaciones, o sea que los dos hermanos no se quedaban juntos, sino que lo hacían los dos estudiantes de filosofía.

Ese año empecé más fuerte que el anterior, en lo que a estudiar se refiere, así hoy, soy capaz de recordar ciertas cosas que estudié ese año, tal es el caso de ciertas cosas del sistema nervioso, el cual, al igual que todo la fisiología, lo estudié a fondo, esto no quita para que no se extrañen si les digo que me quedó para septiembre; el examen de Junio fue tipo test, y este tipo de exámenes los odiaba, pues en todas las preguntas busco la trampa, que igual no la hay, pero siempre pongo sí, pero... y pongo al lado de la pregunta lo que creo que falta para que sea completa, así rellené los parciales, pero ni aún así, ni en Junio, donde me di una tunda buena por un libro específico de fisiología humana, que había fotocopiado y cuyas fotocopias todavía conservo, pero que estimo que ya se han quedado atrasadas, pues incluso una vez hace cosa de un año, me compré en un compraventa un libro de esa materia, que también es viejo, y que sólo sirve para hacer alguna pequeña consulta, a pesar de saber que ya estaba también obsoleto.

La Laguna es un lugar triste, y pensaba que debía ser triste, igual que todo lo que me rodeaba, a pesar de que algunas veces, sentía una alegría desbordante que me hacía dar saltos mientras pensaba: “yuuupiii”; no sé a qué se debían esos arrebatos, pero eran equivalentes a un elixir milagroso que hacía resurgir en mi cuerpo una alegría bien grande, y no digo inmensa, aunque el grito pensado llegaba a ponerme los pelos de punta. Pero la presencia de Águeda me reprimía, pensaba que ante ella no debía tener tales manifestaciones, ya que pensaría que era un niño, y sin embargo cuando íbamos a almorzar y nos tomábamos un par de vinos, nos quedábamos contentísimos, algo en parte debido a lo embriaguez, algo por alegría, otro poco por la comida, y otro bastante porque nuestros cuerpos transpiraban sexualidad por todos sus poros.

Ese año, cuando más estudié la “fisio” fue al final de curso, más concretamente para septiembre. La primera vez que hice el examen, fue una especie de mesa redonda, donde el profesor estaba en un extremo de la grande y ovalada mesa, y a su alrededor nos sentábamos los estudiantes; seguramente, yo era de los presentes el que mejor llevaba preparado el examen, pero quiso el destino, que uno de los alumnos (que era amante de la música clásica, aunque no tengo ni idea si era tan malo en eso como en farmacia, aparte de homosexual), estuviera en blanco, no se enteraba de las preguntas que le hacía; él, el alumno, se salía por peteneras, y yo, que Dios me ha dado la virtud de ver más allá de lo que a simple vista se ve, descubrí que el susodicho, no tenía ni la más zorra idea de lo que estaba hablando, fue por ello, por lo que empecé a descojonarme, sin poder controlarme; el profesor me veía, y me hizo un gesto mohíno, indicándome desagrado y disgusto, pero ahí no quedo todo, sino que cuando llegó a mí, empezó a bombardearme a preguntas, las primeras las contesté bien, pero cuando empezó a ahondar, empecé a titubear y a no saber las respuestas, hecho este por el cual me suspendió; como dije, también suspendería en Junio. Pero bueno, después de tanto estudiar, lo que más se me ha grabado de todo lo estudiado, era la forma de actuar la bomba de sodio-potasio en el interior de los neuronas; y esto era sacando tres moléculas de sodio, por una que entraba de potasio, por lo que se formaba un gradiente de concentración, que se traducía en una diferencia de cargas, que formaban el potencial de reposo. Estos términos se usaban para explicar la transmisión del impulso nervioso en las neuronas, la sinapsis, y en general del sistema nervioso. No es este el momento ni el lugar de hacer una disertación sobre ello, sino que les he de decir, que me serviría para salir del paso en el futuro, y ese futuro ha sido hoy, pero, no avancemos acontecimientos.

Ese año tuve muy mala suerte, al menos en lo que respecta a profesores, pues eran unos batatas; para algunos esto podría ser una ventaja, por pensar que eran más fácil aprobar así, gran error, amigo mío, pues según les he contado, mi pronto no era muy agradable, puede que todo se debiera a mi indumentaria y mis síntomas de anorexia debido a la falta de comida, no por enfermedad ni drogas, bueno algo de drogas sí había, pero de normal durante el tiempo que estaba en La Laguna, las únicas drogas utilizadas eran el alcohol y el tabaco, y ya saben de mis estimulantes: el café y el té. No recuerdo, si ese año fue el primero en que mi hermana Saso, me dio un tarro de Centramina® para el curso; o fue ese año, o fue al siguiente, cuando cogió la costumbre de mandarme un tarro cada año; recuerdo lo bonito de los pequeños botecitos, blancos, cilíndricos, con las letras en celeste. A pesar de lo que me gustaba el envase, le tenía bastante respeto al contenido, por lo que sólo usaba un cuarto de pastilla, tres días antes del examen, y en él, me tomaba media.

e-libro.net

Es extraño que con mi pinta con la que pudiera parecer que me gustaban las drogas, que no abusara de ellas, extraño pero verdad, no me gustaban nada, todo lo contrario, me producían un gran respeto, miedo, pánico, quizás por ver a mi padre ingerir gran cantidad de pastillas (desconozco su uso y siempre ha sido un gran enigma) con un gran vaso de güisqui detrás, o sea, "algo suave con que tragar la medicación"; ver eso, y saber cuál era su comportamiento de normal, me bastaba para alejarme de ello; pero sinceramente, no sé si yo, al margen de los inhaladores contra el asma, cuando usaba alguna medicación, para la gripe o lo que fuera, bebía o me resguardaba y no lo hacía, puede ser que alguna vez bebiera. Es cierto, que no bebía a toda hora, sino cuando había algo que celebrar, a pesar de que a veces consideraba que había demasiadas cosas que celebrar; cuando más me ocurría esto, era en febrero, que estaban: San Valentín, Carnavales, el santo de Águeda, y las salidas de los exámenes; se ve que es un mes cargado de festejos y por tanto celebraciones regadas con alcohol, si a esto sumamos que es un mes para sacar asignaturas pendientes, no se explica uno cómo lo hacía; hay que recordar igualmente, que estábamos saliendo de la cuesta de enero. Ahora había que hacer más regalos, invitaciones y salidas, con lo que me caía en una cuesta superior a la de enero. Pero, "¿que hago yo, ya en este mes?", volvamos al primer trimestre, y por tanto antes de Navidad.

No estaba al máximo de mis posibilidades. Ese primer trimestre, habían abundado las salidas con las chicas de la clase. Salíamos a chuletadas y demás con la gente de la clase, aunque, también empezamos a salir Tomi y yo, solos con las niñas que ya nombré. Gran disparate, pues me empezó a hacer tilín una chica del grupo: May; en realidad no nos conocíamos, pero había algo entre nosotros, que nos atraía; lo empecé a pasar mal, quería estar con Águeda en nuestra casa, pero a la vez quería ver a May; de todas formas este no fue muy intenso antes de Navidad.

Creo que fue durante esa temporada, cuando Águeda empezó a hablarme de un tío que tenía, que según ella me dejaba entrever, era un alto ejecutivo, que se estaba construyendo una casa por La Puntilla de la playa de Las Canteras, que era una preciosidad, según palabras de ella, con lámparas de lágrimas y grandes cristaleras que daban al mar; me preguntaba que si por las mismas no se filtraba el agua. Esto no era lo más importante, sino que ello era que siempre (según palabras textuales de ella), le decía que por qué no se casaba con él. Esto no he averiguado nunca hasta qué punto es cierto o no, pues nunca se lo he preguntado; hoy día pienso que es posible que fuera un ardid para tenerme controlado y que no saliera, en definitiva que la estimara a ella, pues ella también estaba solicitada por otras personas. No creo que Águeda dedujera esto porque ella fuera muy suspicaz, sino porque le había dicho que empezaba a gustarme algo una chica, esa chica hizo que quizás ella también me empezara a valorar, pues me sentía a pesar del disgusto..., !no!, ciertamente diría que es falso decir que me estaba consintiendo, todo lo contrario me estaba creando más problemas, al menos, así lo veía en ese momento.

Ante todo quería a Águeda y sentía más con ella viviendo que estando con May, esta era la verdad. Pero, hoy pensándolo fríamente, no sólo era la novedad, sino que es mejor partido May, pero, no adelantemos acontecimientos.

La Bioquímica, se podría haber convertido en un auténtico puro, pero la que nos lo daba era una bióloga que quería cambiar la carrera de farmacia, y luchaba para que ésta fuera más fácil, me imagino que era por hacerse, o por que realmente lo fuera (!vayan a saber!), la progre. Lo cierto que lo que tenía de fea, también lo tenía de simple, tanto ella como sus clases.

Por mi parte, casi no asistía a clases, ni a esa, ni a ninguna, por lo que todas me resultaban más difíciles de lo normal; no algo más difícil, sino muchísimo más difíciles. Por esa época fotocopiaba todo de Mavi, y a ésta, si le faltaba alguna clase, las sacaba de Dieguito S.A., nº uno de la promoción por parte de Las Palmas; esto me suponía una gran desazón, primero, porque me hacían mal las fotocopias, pues Diego, usaba folios grandes, y a mi las fotocopias me las hacían en papel más pequeño, y por supuesto, no se preocupaban en reducir el folio al fotocopiar, quizás porque no lo sabían hacer, no lo pongo en duda, quizás por pasotismo, tampoco lo pongo en duda, y segundo, porque la letra de Diego, no la entendía nadie, ni yo siquiera, que según me han dicho y decían la tengo fatal, aunque esto me lo tomaba con deportividad; hoy día, ya no me lo tomo con tanta deportividad. Cuando alguien me pedía apuntes, pensando en que era un puntal en la carrera, sobre todo si me comparaba con los super-repetidores, le decía:

-Sí, pero mira antes cómo es mi letra -y se las enseñaba, a lo que ellos solían responder:

-!Ah!, no gracias, gracias.

Esto ocurría si no invariablemente, sí muchas veces.

e-libro.net

En Bioquímica, la profesora era bióloga, y sus clases trataban de reactivos, aminoácidos, cinéticas de Michaelis, y vaya usted a saber, pero creo, que sólo con la asistencia, se aprobaba; yo me lo tuve que currar un poquito más, pero no excesivamente, aunque iba a los parciales con mucho miedo, pues no me fiaba ni de ella, ni de ningún profesor, como les he comentado.

Por esa época, seguía abusando del Tabasco, y se lo solía poner a los zumos de tomate, que se quedaban buenísimo. Debía caer mas veces malo de la garganta, pero no, no era frecuente, aunque les parezca y me parezca extraño.

Acostumbraba, cuando iba a hacer deporte, darle de tres a cinco vueltas al campo de fútbol, por una pista reglamentaria de tierra batida. Luego hacía una serie de abdominales en las gradas, continuaba subiendo y bajando gradas, y por último entraba al gimnasio cubierto y volvía a hacer más abdominales, y brazos en las barras. También usaba las espalderas para estirarme y castigarme con más abdominales. Observarán que estaba obsesionado con el estómago, aunque ese era el primer año que empecé a hacer gimnasia de duro y con constancia, pero no cogí la forma física hasta bien entrado el curso.

Tenía ese año tres profesores que me daban la Fisiología animal, la Microbiología y las Técnicas instrumentales, y dos profesoras, la que aún no he nombrado me daba Análisis químico. Todas las asignaturas las estudié muchísimo, al menos eso me parecía; siempre me fastidiaba algo de los profesores, si eran batatas y poco inteligentes porque me decía: “Y ¿por qué me tienen que dar clases y examinarme estos subnormales?” y si eran unos genios: “Qué cabrones son, mira todo lo que exigen”; estas opiniones fueron modificándose a medida que pasaban los años.

La casa donde vivíamos era mejor que la del año anterior, ¡qué digo mejor!, no tenía ni punto de comparación; desde la azotea se veía el nacimiento de Santa Cruz, y el fin de La Laguna, aunque yo no supiera ni sepa delimitarlo exactamente, todo iba cuesta abajo. Ver la ciudad de noche me recordaba a Las Palmas, con la excepción de unas torres metálicas que había en la ladera de una montaña, las torres eran de tal tamaño, que estaban iluminadas por la noche, según tenía entendido, para ser vistas por los aviones; tenían varias luces rojas y alguna que otra amarilla; supongo que la disposición de las luces, tendrá su propio significado en ese lenguaje y que sería interpretado por los que debían interpretarlas, ya sean pilotos de aviones, o quien sea. Me producían algo de temor, aunque no tanto como el que me producían las de la potabilizadora de Las Palmas, que parecía que se iban a caer sobre la carretera, sobre la cual pasaban unos cables de grosor indecible, que transportaban electricidad, de muy alto voltaje. Era bastante bonita la vista de noche, por el día, no lo era tanto, pues esa zona no se caracterizaba por ser una zona residencial, más bien era de industrias y fábricas.

Se pegaba muchísimo la cuesta hacía arriba desde nuestra casa, hasta llegar a la facultad, motivo por el cual, o mejor dicho, disculpa por la cual, no solía ir a clase; no se confunda esto con que me quedara ocioso en mi casa, no, me quedaba estudiando, y entre semana no era frecuente que saliera, ese año fue algo peculiar.

Águeda salía menos que yo, seguramente porque no le convenía por la pierna minusválida. He escrito esta palabra, y sin embargo nunca la consideré tal, todo lo contrario, muchas veces intentaba hacerle las cosas más difíciles, que superara obstáculos; hoy no estoy convencido que eso haya que hacérselo a la persona amada, todo lo contrario, creo que lo ideal sería ayudarle e intentar hacerle la vida más placentera; sin embargo, esa carrera maldita, me cargaba de odio, el cual, no discuto que no se incrementara por mi dependencia a ciertas drogas, y a saber, si no sería el origen de ellas, ahora que con la cabeza más reposada (más que reposada, responsable, asentada sobre los hombros, ¿qué sé yo?)... lo pienso.

Mientras oigo la canción de Pink Floid “Wish you where here” en un grandes éxitos de este grupo y en directo de uno de sus recitales por Europa, veo que realmente esa canción es genial, y me trae buenos recuerdos, aunque a veces me pregunto, si esos recuerdos eran tan buenos.

De los primeros meses en esa casa y en esa ciudad no tengo más que destacar, a pesar de lo rápido que ahora hago pasar los meses, cuando no pasaban tan rápido, al menos eso me parecía cuando los estaba viviendo. Me daba la sensación, que el tiempo pasaba rápido en cuanto al tiempo que disponía para prepararme los exámenes, el cual me parecía corto e insuficiente, pero lento en el día a día, cuando me veía todo el día y a toda hora (que esto tal cual ya he dicho, no es del todo cierto) estudiando, parecía que los días no pasaban, debido al gran aburrimiento que a veces me sobrecogía.

Dejemos La Laguna y volvamos en el Ferry a velocidad de tortuga; no pasó nada importante de reseñar, a no ser que esa fuera, según creo, la primera vez que la madre de Águeda me vería claramente, a la salida del barco, y según dijo de mí:

e-libro.net

-Parece un buen chico.

Tal cosa me la dijo Águeda días después. Por mi parte, había mirado hacía ella, su madre, pero ni la vi ni la relacioné. Los padres de Ramonsi, y las madres de Candelaria y Águeda, solían ir a recibirlos. A mí, nunca iba nadie a verme, quizás porque consideraban que era muy independiente, como me diría Saso tiempo después:

-Es que tú, eres más independiente.

Comparándome con mi hermana Pilar, no sé qué decir, pues ella vivió en casa de Saso el primer año, y luego, se fue a vivir a un piso con dos amigas de sitios que no eran Madrid, pero sí de los alrededores; una de ellas era muy buena estudiante e hizo farmacia en cinco años, toda una mujer trabajadora e independiente; la otra, Mari Paz, no terminaría sus estudios, pues su novio le dio un ultimátum cuando estaba en tercero o cuarto de carrera, y ella lo dejó todo por él, por lo que tengo entendido, años más tarde la dejaría plantada. La estudiante de farmacia, sería parte de mi vida durante un breve espacio de tiempo.

En mi casa esas Navidades no recuerdo lo que pasó, a no ser que comimos todos el día de Nochebuena, junto con el hermano de mi madre y su familia: Antonio, Loli, y Antoñito José, más comúnmente llamado Tonito, que empezaba a estudiar, creo que fue por esas fechas, Ingeniería; le costaría mucho tiempo sacarla. También venían el matrimonio amigo con su madre: era Amparo la madre de Rosa María, la gran amiga de mi madre y su hija Nenina. Esta ultima solía venir a cenar, y luego la venían a buscar uno de sus incontables novios; ella estaba estudiando Secretariado Internacional en Madrid, aunque por lo que decía Pilar, “se fue a Madrid a fardar”.

Me pregunto, y ¿a qué fue entonces mi hermana Pilar?, pues a aprender Filología Inglesa. Me imaginaba a mi hermana como la niña mimada de la casa de gente rica, que mandan a su hija a estudiar esa carrera para que haga algo. Eso ocurría bastante. Los primeros años se los pagaron mis tías paternas, hasta que mi madre consiguió la casa donde vive ahora, nada más conseguirla, les dejaron de mantener, alegando que ya mi madre podría alquilar los pisos, cosa que hizo, aunque no era ni es tan fácil, pues las chabolas hacen que la gente se acojone y no quieran alquilarlos; no obstante suelen a veces venir gente que no les importa tanto, o no se hacen tan finos, o qué se yo; no niego que algo molestan y a veces me dan miedo sus perros abandonados, y el ambiente de delincuencia que se vive en la calle. Las pintas de los traficantes no son nada agradables, ni recomendables, son maleantes, mala gente, traicioneros, en definitiva: chusma; según mi padrino Domingo, es el máximo de la incultura; yo diría más, es el máximo del bandidaje, de la mala gente, a pesar de que no me han hecho nada, pero cuando a veces paso por donde se trafica, siento miedo, terror camuflado por las prisas y el estrés de las nuevas situaciones a las que cada día me enfrento. Se pasaba bien la noche en que nos reuníamos todos a comer; soy el más grande de los tres hermanos pequeños, aunque a la hora de sentarnos a la mesa, siempre me tocara en la mesa de los pequeños, incluso con veintitantos largos años.

Una de las que se solía sentar con nosotros era Maru, y decía:

-Yo, aquí, con los pequeños.

Y así pasábamos otro año, en amor y buena compañía; sin embargo, continuamente, me sentía algo aislado y lleno de problemas, pero, qué problemas eran esos comparados con los actuales, y, cuáles los actuales comparados con los futuros.

Quiero recordar que fue esas Navidades, cuando nos fuimos cuatro parejitas (formadas por Carlos M., Tomi, Miguelo y yo, junto con nuestras respectivas) a casa de Tomi, allí todos sentados en una mesa redonda de una casa en la que ya quedaban pocos muebles, porque sus padres, los de Tomi, se habían mudado a dos pisos unidos en Las Canteras de cara a la misma avenida y por ende a la playa; pues bien, jugábamos los ocho al asesino, con los dados de póquer en su vasito, estábamos todos bebiendo sin mucha moderación, aunque no fui de los más borrachos, ni de los que más bebían, quizás porque en esos juegos nunca he sido malo, o tal vez porque la suerte me acompañaba, lo cierto es que casi no perdí ni una vez; no ocurrió así con Carlos M., quien perdía una tras otra, y aunque lo veía algo borracho, no creí que estuviera tanto como para hacer lo que hizo, esto fue que cuando salíamos con la intención de seguir la juerga, Carlos vomitó en el parterre que había a la bajada de la escalera del edificio de pisos del padre de Tomi. Eso fue un número y no recuerdo lo que hizo Tomi, creo que al final nos disgregamos cada pareja por su lado. Al no tener dinero para seguir la juerga, acompañé a Águeda hasta su casa, en La Isleta, yendo caminando desde la calle Montevideo, pero en fin, puestos a ser buenos, no era cuestión de que la dejara en la guagua de ida y yo me fuera en la otra dirección, no, la llevé a su casa, mejor, hasta cerca de ella, yo aun no había entrado en su piso, la casa de sus padres, de la que Águeda me decía, en relación a su cuarto, que estaba lleno de muñecas y dibujos hechos por ella; cuando la dejé a salvo en su zona, cogí la guagua y me fui a la mía; como era frecuente, llegué tarde, cuando ya todos dormían, y menos mal, porque si no mi madre se

e-libro.net

preocuparía, pues aunque tal cual dije, no estaba cayéndome por los suelos, pero no estaba normal. Al menos con esas salidas, me entretenía algo, y menos mal, pues si no el aburrimiento y la inactividad me matarían. El lector podrá observar que era el espíritu de la contradicción personificado; cuando estudiaba me hartaba, y cuando no estudiaba, me amargaba. Los intelectuales no sé si eran igual que yo o no, aunque cierta temporada leí de Fernando Pessoa, su "Libro del desasosiego", que lo que hizo fue amargarme más, seguro porque lo leí mal, pues no se va a esperar tal cosa del que creo era casi el mejor escritor portugués del que tengo noticia.

Las Navidades eran un descanso, no tan prolongado como el verano, y así y todo, se me hacía desagradable, por la manía que tenía en esa época de no "controlar" en Las Palmas, donde iba por vacaciones, y bobo de mí, cada vez se me hacía más desagradable la isla. Ya por esos años empecé a pensar en poner la farmacia en Santa Brigida, sitio que a Águeda y a mí nos encantaba. De ilusiones se vivía y se vive.

Siempre que íbamos a nuestra ciudad, pensábamos: "a ver si alguien nos lleva a Santa Brigida", y ese alguien era Tomi o Antonio (con el que iba a sacar fotos).

El fin de año, después de despedir el año en nuestras casas, cada uno en la suya, salimos varios, nos fuimos a Las Palmas, y allí se empezaron unos y otros a subir a los coches disponibles con el fin de irse de juerga, no recuerdo si al sur o a Marzagán, donde vivía el Birula; supuse que en los dos sitios debía costar mucho dinero, sobre todo el sur, las discotecas de moda, y más que nada una moda como aquella; eso mismo lo pensaba Miguelo y Ana, por lo que decidimos ellos dos y nosotros, ir a casa de Miguelo, a pasar el rato; él, nos había puesto en antecedentes de que ninguna hermana, ni hermano, ni su madre se encontraban allí. Fue esa una situación que pensamos ideal para ir; tardamos muchísimo en conseguir un taxi, el cual, al final nos llevó a la casa, paralela a la de los padres de Tomi, a la que habíamos ido a jugar al asesino.

Cuando llegamos a la casa de Miguelo, nos fuimos directamente a su cuarto, o al menos donde él estudiaba, donde estaba el buró que para tal uso tenían en su casa, desconozco si de él o de uno de sus hermanas, al lado de éste, había una garrafa de boca ancha y de vidrio, toda ella, llena de pesetas; nos pusimos a intentar meter las pesetas en la garrafa; verán que fue ideal el principio de año. Cuando me quise dar cuenta, Miguelo y Ana habían desaparecido; por nuestra parte, Águeda y yo, nos habíamos acostado no hacía mucho, por lo que no teníamos muchas ganas de hacerlo. Cuando nos dimos cuenta de la jugada nos sentamos en la cama y decidimos irnos a nuestras casas, solos y sin dinero, al menos por mi parte. Nuevamente volvimos a hacer el mismo trayecto que hacía un par de días, pero ahora, mucho más amargado y asqueado de los aburridos y embajonantes fines de año, y así, me decía: "cada vez lo paso peor los fines de año, ganas me dan de no salir", aún me quedaban muchos fines de años por delante. Comprenderán, que nuestras galas eran vaqueros, y malos zapatos y camisas y jerseys de baratillos.

Encima, no me había emborrachado, aunque eso lo agradecí al poco, al llegar a mi casa e irme tranquilo a dormir.

En reyes, mi madre nos daba algo de dinero, no mucho, sobre las cinco mil pesetas para cada uno como el año anterior, y con eso, me compraba dos camisas; previamente le había comprado algunas cosillas a Águeda, a la cual vería al día siguiente de reyes, aunque si he de ser sincero, juraría que muchas veces, el mismo día de reyes la iba a ver por la tarde, no por cariño, sino como un totorota, para cumplir con el regalo, y digo esto, porque les he contado, casi siempre, mientras me duchaba, para prepararme a ir a ver a Águeda, me decía asqueado, mientras caía el agua por mi cara lo que ya saben: "siempre lo mismo, Dios mío, siempre lo mismo", a partir de aquí variaba lo que pensaba, unas veces me decía: "¡qué amargado estoy!", otras "¿para esto quería las vacaciones?", o "y yo que quería aburrirme" observaran que odiaba mi existencia. Me han de perdonar que continuamente escriba eso, pero era verdad; siempre he deseado hablar con la gente, para saber si todos están de normal a disgusto o/y amargados; eso parece lo común.

Unos serán unos amargados, igual que yo me consideraba entre ellos, y los otros son unos egoístas, que no quieren perder su estado de gracia.

Verán que digo su estado de gracia, pero cuando se profundiza algo, se ve que igualmente también tienen problemas, aunque estos no sean tales problemas, sino más bien falacias. Pero ¿quién se ve libre de todo problema, y de todo mal? (pues que tire la primera piedra).

Dejemos a un lado estas Navidades, sólo que cómo estaba empezando a ser costumbre, me compraría dos camisas de las más baratas, y que más se acercasen a mis gustos serios, después nos íbamos al "Mac Donal" de al lado del "Corte", fíjense que iba al sitio más caro de Las Palmas, y eso que la ropa no era de exclusiva, sino que las camisa que me compraba eran de baratillo, aunque comprado en uno de los grandes almacenes españoles

e-libro.net

a los que se les preveía mayor futuro, y que con el tiempo adquiriría gran categoría donde había artículos de calidad normal (a pesar de que éste incluso fueran de mayor calidad que las de otras grandes superficies), hasta las de buenas marcas. Pues bien ahí iba, y no porque tuviera ínfulas, sino porque lo encontraba normal, a pesar de no tener donde caerme muerto. En esa época no había tanta competencia como la hay hoy en día en mi ciudad, cada día se exige más y más, e incluso ahora hay que tener "atención con la diversidad". Deberíamos saber, que tenemos que ayudar a los más necesitados, al margen de dar más trabajo o dejar más solos a los líderes y liderillos (no digo esto en sentido despectivo, sino por razón de responsabilidad, sobre todo, así consideramos un líder al que por ejemplo lleve el país, y liderillo a un joven de quince o más joven, que sea un líder, en alguna faceta de la vida); no me refiero aquí con esas palabras a que sea un líder negativo, que también los hay, y esperemos que estos no sean muy conflictivos, a los que hay que respetar siempre que estén dentro de la legalidad, por estar en una democracia.

Era bobo, pues cuando más debía estar perfumado, para que mi olor atrajese a Águeda, fue justo, cuando menos me perfumaba, ni bálsamos, ni colonias, ni sprays olorosos y desinfectantes. Como comenté, no me cabe duda, que muchas veces, debido al encierro que llevaba, junto con el olor a tabaco negro, debía estar apestando a rayos, pero claro, al no "autoolerme", me creía que todo estaba perfectamente. A veces era consciente de mi mal olor bucal (tal cómo hoy lo siento), e iba acto seguido a lavarme los dientes (como ahora voy). Y hoy que sigo escribiendo lo vuelvo a tener, no obstante, me he cuidado según el dentista muy mal la boca por lo que aparte de pastas de dientes especiales para la gingivitis, tengo que usar el hilo dental.

A los dos días después de reyes, nos fuimos a La Laguna, los dos tortolitos; ahora sí fue ella, quizás, para no alejarse mucho de mí, pues sabrán que me había puesto a pensar en May, aunque en Navidades, en la ciudad de la que somos oriundos los dos (Águeda y yo, lógicamente, pues May, saben que es chicharrera, de Santa Cruz, ciudad que siempre me pareció un pueblo), no sentí mucho el no estar con May, parecía una especie de tregua pasional, entre May y yo, para pasar a un amor más reposado entre Águeda y yo.

Llegamos a nuestro nidito, y nada más llegar hicimos el amor, pero no fue esto lo más destacable, sino que me puse a estudiar como un condenado Física General, algo menos, para ser del todo sincero; empecé a estudiar un libro que constaba de dos tomos, los tenía fotocopiados y encuadernado según les he indicado antes, hecho a base de fotocopias, pero en definitiva era un libro. Tras mucho estudiarlo, me surgieron unas cuantas dudas, que fui a consultarlas con el nuevo profesor que nos daba clase ese año (motivo por el cual pensaba que podía aprobar). Estaba en estas dos asignaturas en quinta convocatoria, así, ya no sólo tenía que exponer el examen ante el tribunal, sino que si suspendía, tan sólo me quedaba una convocatoria, la sexta, para poderme presentar en esa Universidad, si no la aprobaba, debía pedir a las distintas universidades si me admitían, con todo lo que el irme a estudiar a la península supondría: adiós a Águeda, a mis amigos y amigas, a mi *modus vivendi* en definitiva, y otra cosa, cómo pagaría los transportes (el avión) la estancia y las matrículas, si en La Laguna, que algo la conocía, vivía mal, imagínense las condiciones en las que viviría en otra parte del territorio español. No sólo esto, sino la deshonra que eso supondría.

Estudié y requeteestudié, hasta tal punto que cuando iba a preguntarle unas dudas a ese nuevo profesor, él no sabía responderme a muchas preguntas, de las que se evadía con el consabido truco de:

-Eso no entra, no te preocupes, que eso no entra.

Que traducido es: no tengo ni idea, y ¿cómo va a entrar si no lo he visto en mi vida?

De todas formas reconozco que en uno de los problemas fui un poco impertinente, pues aunque sospeché que él no tenía ni idea, no me fiaba pues estaba en "quinta" y no quería volver a fallar (saben que llegué a esta convocatoria no porque suspendiera todos los exámenes, sino porque no me presentaba y las convocatorias, por tanto, corrían).

De todas formas, antes que esto ocurriera he de decir que volví a ver a May, y mi pasión volvió a crecer, a pesar de que nada hicimos, es más, cuanto más tiempo estuvimos solos, fue un momento que nos fuimos en su propio coche, al club de tiro de La Laguna; las montañas estaban cubiertas de platos negros de porcelana rotos, más que de porcelana supuse que fueran de barro, con un punto de fractura muy débil, pues de nada se rompían, y así debía de ser, al estar hechos para que el menor perdigonazo los deshiciera. En esa montaña estabamos uno sentado al lado del otro sin hablarnos y sin mirarnos. La quería, pero también amaba a Águeda.

Otras veces nos veíamos en casa de Tomi donde nos tomábamos unos vinos y ensaladas de col, buenísimas, o pizzas, o qué sé yo que comidas nos largábamos, aunque allí estábamos todo el grupo, varias mujeres para Tomi y para mí; sólo tenía ojos para May; Águeda pagaba las consecuencias, pues de esas comilo-

e-libro.net

nas donde se reía, se hablaba y se cantaba, solía salir más que medio ebrio, bastante ebrio, entre otras cosas para evitar y olvidar a "la otra", cuando estuviera con cada una de las mujeres.

Estaría viendo a May hasta el día veinte de enero, aproximadamente, el resto del tiempo lo pasé encerrado estudiando; por tanto no estudié gran cosa, a pesar de que sintiera que era la eternidad lo que me estaba encerrando.

Me salieron almorranas, estoy convencido que se debió al vino tinto y al Tabasco; Águeda no le hizo mucho caso, es más, estoy seguro de que se alegró. Iba a decir que también se debían a estar sentado, pero si he de ser objetivo, más creo que fuera por el vino. No fui al médico, ni para eso, ni para una especie de vahído que me entró, perdiendo momentáneamente el conocimiento, y cayéndome hacía atrás, gracias a que estaba el sofá (la cama) en la entrada y a la que antes de caer le eché un vistazo, para asegurarme si podía caer bien o me iba a hacer daño; no recuerdo si le importó a Águeda; al despertar del levísimo desvanecimiento, me entraron ganas de vomitar, por lo que "creo" y digo creo, pues no recuerdo si fui por mi propio pie, o ella se compadeció de mí, y me trajo un balde donde arrojar, al final se quedaron en simples arcadas; para las almorranas de unos días antes, y que por tanto todavía las tenía, usaba el Hemorrane®, pomada que me hizo muy buen efecto, a pesar de que no tiene excesiva buena prensa; desconozco el por qué, pero es así.

Imagínense mi confianza en Águeda, y casi dependencia de ella, que cuando me estaba desmayando dije:

-¡AAAAgueda, que me vooooy!

Y mejor me hubiera ido, pero no desvanecerme, sino a "Neu Yol", cómo dice J.J.Armas Marcelo en su libro último de reciente publicación. Cómo bien decía el autor citado:

-Hay que saber leer entre líneas.

Volvamos a nuestro nido de rencor y odio, que según parece Águeda empezaba a fraguar, lo que yo desconocía por completo.

Ahora que la necesitaba, la quería. A partir del día dicho me comporté cómo un buen chico y no salí en esos meses (o al menos en enero y febrero), ni con May ni con sus amigas.

Águeda se puso a dar clases particulares de Latín, no de Griego, pues este último no lo dominaba mucho; recuerdo que ella me decía que el latín se parecía a las matemáticas; no sé lo que tendrá de cierto. Pero sí daba clases particulares, y no a niños de BUP o COU, sino a estudiantes de otras carreras, más concretamente de Filología Inglesa. Esto me alucinaba pues nunca se me ocurrió que podía yo dar clases, por ejemplo a los de Biología de algún tipo de química. La causa por la que daba clases la ignoro, nunca me lo dijo, pero no creo que sería porque se sintiese sin dinero.

Por esas fechas, para ser exactos, el quince de enero, fue mi hermana Pine por nuestro nido y me dijo:

-Antonio, Fidela murió.

Me lo dijo acompañado de Águeda, la cual se reía. Ante esto le dije:

-!Oye!, !Que es mi abuela!

Ella comprendiéndolo inmediatamente, se calló.

Hice la maleta rápidamente, y me fui a Las Palmas con Pine. Nos pagaban el "Jet Foil"; era la primera vez que me subía en él, siempre pensé que era cosa de ricos. Íbamos en la clase turista, y los billetes los compramos en una caseta que estaba en la dársena en la que fondea esa embarcación, la que tan rápido une las dos capitales de las islas, lo hacía en aproximadamente ochenta minutos, compárenlo a las tres horas y media o cuatro que tardaba el Ferry.

En el trayecto, Trasmediterránea obsequiaba con una naranjada, caramelos y el periódico, era muy parecido a ir en un avión, solo que menos peligroso, y de capital a capital, no como el avión que va de La Laguna a Gando que era donde estaba el aeropuerto en Las Palmas.

A pesar de tener que ir de La Laguna a Santa Cruz, esos diez kilómetros en coche se hacían en seguida, nos llevó Quillo, y no nos acompaño Águeda.

Mi madre cuando me vio, me dijo:

-¿Que hay Antonio?

-Hola "ma" - le respondí.

Y no nos dijimos más palabras.

e-libro.net

Al día siguiente sería el entierro, el primero de mi vida. La casa de mi abuela estaba llena de gente; yo y los que eran como yo, los pobres, estábamos en la cocina, mi padre, sus hermanos y demás gente bien, estaban en el comedor.

Cuando bajaba de la habitación de mi tío Antonio, vi a mi padre y nos encontramos las dos miradas, inteligente y muy astuta la de él.

Bajamos la cabeza y nos fuimos cada uno por su lado al cementerio. Por el trayecto, que hicimos la mayoría caminando, pues el cementerio estaba frente al C.N. Castilla, y mi abuela vivía en Vegueta, fui hablando con el empleado de confianza de mis tías. Por esa época a David casi ni lo conocía, pues había trabajado muy poco con él, era nuevo en la farmacia.

Mi madre también iba, aunque no sé si llegó a subir a casa de mi abuela, pues no recuerdo verla allí. A la entrada del cementerio, sacaron el féretro del coche fúnebre, como es típico en ese cementerio. Era mi primer entierro y no sabía qué hacer, no sólo estaba apenado sino también nervioso, y sin saber la manera de encarar la situación. Fue por ello cuando mi madre, al ver que el féretro era conducido por sus dos hijos y un nieto, y viendo que faltaba un vértice por rellenar de los cuatro que lo cargaban, mi madre me empujó y me dijo:

-!Vete!, ponte tú.

Eso hice al instante, lo que pasa que fui tan rápido y soy tan alto, que la caja fúnebre tembló y se desniveló algo; intuyo que mi primo el tocayo me lo agradeció, pues él soportaba todo el peso de atrás. Al entrar en contacto féretro, la difunta se movió e hizo retemblar la caja.

Era todo nuevo para mí, así cuando subieron a un alto andamio la caja, estaba alucinando. El cura rezó algo y luego, el enterrador metió la caja en el nicho, le puso una tapa, que encajó y cerró con cemento.

Algo extraordinario y que me sorprendió, agradó, e incluso casi se me sale una lágrima (si no se me salió, que creo que sí) fue el que mis hermanas compraran una enorme corona, típica de esas ocasiones (que por cierto, me pareció la más grande de todas) y cuya leyenda era algo así como: “Tus nietos”; después de allí, nos fuimos a nuestra casa. Lo más importante era que todos, absolutamente todos los hermanos estábamos allí, así estaban también Piluca y Saso, ambas, saben que vivían en Madrid. Una vez en nuestra casa nos reunimos todos en el “cuarto donde comemos”, que antiguamente era el cuarto de estudio.

Al día siguiente nos fuimos todos a nuestros respectivos lugares de estudio y trabajo; lógicamente me conmovió y emocionó el vernos toda la familia reunida, pues a pesar de que la había visto en Navidades, en ese momento, en el entierro, pensé: “La familia, unida, jamas será vencida”.

De regreso, ahora no en los en aquellos momentos era el ultramoderno Jet Foil, sino en el ferry, pues ya no había tanta prisa, aunque yo sí la tenía, pues estaba pensando que el “tren” se me iba a marchar.

Cuando regresé a La Laguna, a mi piso, tuve una gran sorpresa, Águeda, ignoro si por remordimientos, o por qué coño, me regaló, más cosas de las que nunca había recibido en un cumpleaños, como: una pluma Sheaffer, genial, que aún conservo, hoy mismo la vi y abrí para ver la forma de escribir su nombre. No sé si funciona todavía o no; es un regalo magnifico. No quedó ahí la cosa, sino que me regaló aparte de esto un chandal, agárrense: Adidas, precioso, ¡y de marca!; era la mitad del niqui rojo, la de arriba y azul la de abajo, separando las dos mitades había una banda estrechita de color grisáceo y donde ponía el nombre de tan prestigiosa casa; sin exagerar creo que en esos momentos era la mejor marca en cuestión de deportes. Aparte de esto, y para remachar el clavo me compró una bandeja de dulces que nos comimos entre todos. De dónde sacó dinero para tal disparate, no tengo ni puñetera idea, sería de sus becas o de las clases; hoy día lo pienso más fríamente y casi me atrevería a decir que intentó (y lo logró), ganarme. Me imagino que esa noche caería un “polvito”.

Al día siguiente, el dieciocho de enero estaba ya sentado e intentando aprovechar el tiempo al máximo (realmente se verá, que se exagera un poquito con respecto a lo que se dice que se estudia, cuando está uno en la carrera, y eso que la mía era en teoría de las fuertes), pero fíjense cuánto debí estudiar ese Febrero. Creo que en dicho año no fui a las Carnavales, sino que me los pasé estudiando, toda una semana más sentado, a pesar de lo que pensaba, no me suponía gran cosa.

Me presenté primero al de Física, me salió estupendamente, y no tuve que cumplir con muchos requisitos, más que meter el examen en un sobre blanco, que se cerró delante mío, pero no se abrió en mi presencia, no recuerdo si era porque renuncié a leerlo o porque a los profesores les salió de los cojones, creo que más bien fuera esto último.

Tenía menos de diez días para prepararme el de Matemáticas, ahora que lo pienso, mucho menos que esos días; a la profesora no la conocía, ella me dijo:

e-libro.net

-Yo no soy la que te va a corregir el examen.

Lo dijo cómo dando a entender que si pudiera me “echaría un capote”, pero que ella nada tenía que ver.

Como estaba en quinta convocatoria, en este departamento sí se formó un tribunal.

Me estudié dos libros de matemáticas, uno de teoría y otro de problemas, pero se comprenderá que, en una semana o poco más, por muchas horas que se le saquen al día, no se puede hacer milagros, fui con las cosas cogidas con pinzas. El examen me salió flojo, muy flojo. Cuando fui a leerlo, el tribunal era de profesores mayores y me dijeron:

- ¿Quiere renunciar al derecho de leer el examen?

-Sí -contesté, mirándoles con la cabeza casi totalmente gacha, y con nervios bastantes como para dar y vender. En el estado de nervios en que me encontraba, me era totalmente imposible leer. Pensaba para mí “no, no, ufff, leerlo no”. Era consciente de lo mal que había hecho el examen, pues la casi totalidad del poco tiempo estudiado, la había dedicado a la Física, y casi nada a éste.

Conmigo se presentó una chica y uno o dos chicos, no recuerdo mucho de la chica, ni su nombre, pero sí que estaba buenísima, con un inmejorable físico, sus pantaloncitos ajustados, su jersey muy mono, los labios pintados y la cara maquillada; en definitiva preciosa. Aprobamos los dos, de los otros no supe nada, no les hice mucho caso; la carne es débil, aunque por esa vez, no tan débil. Definitivamente no era un degenerado aunque había chicas rompedoras, a las que a uno se le iban los ojos, pero al final triunfa la cordura, bueno, no siempre; o ¿vaya usted a saber, si lo que uno piensa que es no triunfar la cordura, con el tiempo sí lo es?

Aprobé por tanto las matemáticas; no les voy a dejar con el interrogante, en breve salieron las notas y aprobé también la Física, o ¿debería decir, me aprobaron?, !y una mierda, la aprobé yo solito, con el sudor de mi frente!; si me dicen lo mismo de matemáticas, he de confesar que seguramente tendieron una mano al que se hundía.

Me quedaba “el fresco” de botánica; tenía escasamente tres o cuatro días, fue por lo que me uní a un grupo liderado por otro melenas, muy poco inteligente, según mi opinión, pero con ellos salí un día al campo, mientras iban identificando cada planta, musgo, hongo, liquen, etc, etc. yo iba calladito y con un nudo en el estómago, pues me sonaba todo a chino, aunque puede que realmente a ellos les sonaran poco más que a mí, y dijeran cosas por decirlas, sin estar suficientemente seguros.

Otro día, había quedado con la hermana de Toñín, con el que tendría en adelante una cierta relación; era su padre uno de los grandes de La Laguna. La hermana, se había independizado (y creo que casado, e incluso tenía un recién nacido), y vivía en un piso de una de las calles más céntricas de La Laguna; quizás fuera el padre quien les compró el piso, debe ser, lo vi al menos el salón, que fue donde estuve, por invitación de ella, al comentarme que si quería podía ir a su casa a ver unas plantas que ella tenía; me sorprendió tan gran disposición de ánimo hacía mi persona, por lo que muy contento, le dije:

-Sí, gracias, si no te importa.

Nos pusimos de acuerdo para ir a su casa, allí me asombré como tenía el salón, lleno de plantas por todos lados con sus nombres puestos.

Desarrollé al máximo mi sentido de la atención (que me da que son el conjunto de varios sentidos), e intenté retener el máximo de nombres de especies y familias, daba vueltas por el salón, a pesar de sentirme cohibido, por estar en casa de una chica, ajena por completo a mí, y ante tal despliegue de plantas. Tengo en la mente un tronco de una planta carnosa, y anaranjado muy clarito, casi amarillo, que me gustó sobremanera.

Al día siguiente era el examen. Allí estuvimos a primera hora de la mañana; supongo que el chorizo que nos vigilaría llegaría tarde, para jodernos más de lo que estábamos. Lo aprobé porque Dios lo quiso; con una de ellas tuve una suerte increíble, cogiendo un libro, vi como uno de los dibujos de un libro era idéntico a una que tenía delante de mí; otras no sé cómo las identifique, pues por la guía que usaba era prácticamente imposible averiguar de qué especie se trataba, de todas maneras no se nos pedía tanto, con que dijésemos la familia era suficiente. Recuerden que se trataba de ese mal profesor que les comenté, verdaderamente asqueroso y con pinta de no bañarse mucho, pues siempre usaba la misma ropa y cómo si no se afeitara bien, con una cara muy sombría, pantalones de pinzas oscuros, con un jersey de cuello en pico rojo o un color que se le quería parecer, de la mierda que tenía y camisa de cuadritos celestes. LLevaba el bigotillo entre rubio y pelirrojo, de la mierda de nicotina que tenía encima. Era un impresentable. Tuve que sacar muy buena nota, pues al final saqué un notable en la asignatura, todo una odisea.

e-libro.net

Pero mayor odisea aún, fue cuando de golpe y porrazo en secretaría se quedaron alucinados conmigo, pasé en un “plis plas”, de ser un repetidor, una persona sin éxito, a ser un ganador, estaba en el tercer año, en tercero de carrera.

Ahora, algo tarde, muy tarde respecto a mis compañeros, era cuando me incorporaba al nuevo año; estaba radiante, “y que me dijeran a mí que febrero era un mes fatídico para los intelectuales, no saben lo que decían” (esto lo dijo años más tarde Senillosa, quien murió de un accidente de tráfico en ese mes).

Fue un mes fantástico. Ya estaba en tercero, uno de mis sueños añorados por mucho tiempo.

Una cosa que solía hacer, en la intimidad que me ofrecían mis libros y mi mesa, era sacarme los mocos.

Sigamos con mis economías, así, cuando comíamos huevos fritos, estos se solían quemar por debajo, y fue hoy justo, cuando haciendo unos huevos fritos me quedé corto de aceite, y vi cómo se quemaban enseguida por abajo, ésto me pasaba en La Laguna, pero no porque quisiera, aunque me gustaban en esa época los huevos fritos bastante fritos, pero se quemaban porque les ponía poco, poquísimo aceite, era cara para nuestro bolsillo. Mi economía siempre ha sido muy deficitaria.

Una cosa que continuamente me ha ocurrido, es que cuando me cabreo, me lleno por dentro de un odio sordo, y me callo, aunque me esté reventando, tengo que buscarme válvulas de escape. Esto me ocurría entes con muchísima frecuencia, ahora parece que cada vez algo menos, pero ocurre.

Volvamos nuevamente a clase. Creo que Carmita, no sólo se alucinó, sino también se alegró; sí, la áspera, enfadosa y desagradable secretaria, persona ya mayor que llevaba el control del papeleo en la facultad de Farmacia, se regocijó con mis aprobados, puede que ella se alegraba por mí porque a pesar de mostrarme como un golfo, pues me tomaría por una buena persona, cosa que intentaba pero no siempre lograba. Imagínense lo feliz que estaba yo, sólo me faltaba tocar las castañuelas, tenía la sonrisa y la satisfacción del trabajo bien hecho, me subió el ánimo quedándome rebosante de alegría; es una sensación extraña, solo conseguida cuando se reconoce que un trabajo nuestro ha sido satisfactorio.

Pero la alegría no dura siempre, me quedaban los parciales que quedaban en febrero,e intentar enderezar el resto del nuevo curso.

El primero al que me presenté fue al de microbiología, quien hacía dos exámenes antes del válido; eran tipo test, e imagínense la complicación de los exámenes cuando los dos anteriores los hacía para que supiéramos cómo iban a ser los test definitivos.

Yo, *per se*, odio los exámenes tipo test, pues nunca sé dónde va a estar el truco. La asignatura constaba de dos parciales, los folios eran bastantes, sobre los doscientos, pero no me había presentado a ninguno de los anteriores exámenes, por lo que no sabía en qué consistían los trucos. En el examen recuerdo que estaba sentado en la parte de atrás de la clase, por donde se había sentado el profesor.

Vi salir enseguida a Mavi y Dieguito, bronceados los dos (la verdad es que no es que estuvieran bronceados, sino que era su carisma) esto me asombró, y me dije “!mi madre, ya salieron!” No me fiaba de ese profesor (al que a muy pocas, por no decir, ninguna clase, había ido). El examen me parecía dificilísimo, pues, no sólo no me sabía bien las largas y enormes cadenas polipeptidicas de las membranas de las bacterias, sino que intentaba ver si las cadenas diferían en un “alfa”, o en un número cualquiera, cosa de la cual estaba más que seguro, que era en lo que consistía el truco de las preguntas, pero esto no consiguió otra cosa mas que me estresara y obnubilara, y llegara a tal punto de saturación, que me era totalmente imposible concentrarme en el examen, todo me sonaba a chino, no creo que fuera porque me pegué la amanecida ese mismo día, lo cual era un auténtico disparate; ya todos los peptidoglicanos me parecían iguales y a la vez distintas, tenía un cacao mental atroz, de nada me enteraba y esto hacía que me pusiera cada vez más nervioso y despistado, de poco me sirvió la alegría que había recibido por un lado, me la quitaban del otro. “En fin”

Un fallo por mi parte, y que me excitaba, no sexualmente, sino mentalmente, es que me ponía a pensar lo que pasaría y haría el fin de semana mientras estaba delante de los libros, razón por lo que muchas veces, aunque sentado, estuviera pensando en las musarañas.

Esto me ocurría hasta que iba a correr, lo que hacía con asiduidad, tres veces en semana, y muchas veces me lo imponía, pues no era raro que me entrara la pereza, así hubiera hecho sol ese día, estuviese lloviendo, o el mundo se estuviera desmoronando, yo me iba a correr; esto no es tan cierto, pues alguna vez, sobre todo si estaba a gusto hablando con Águeda de cualquier tema y estaba distraído, hacía una salvedad; si por comodidad había hecho el amor al mediodía, en la mañana (hora en la que no era frecuente), o por la tarde, tampoco iba, pues me sentía totalmente relajado y descansado, en el momento en que me sentaba me concentraba.

e-libro.net

Piensen que muchas veces me descentraba si íbamos

a ir a un cine el domingo, y no digamos nada, si a casa de algún amigo (generalmente de Tomi y Pepe, quienes vivían en la misma casa por el Cristo, una de las zonas mejores para vivir en cuanto a tranquilidad), o bien ir a cenar una pizza los dos solos, en plan romántico; ahora no teníamos que guardar dinero para el taxi; incluso, alguna que otra vez, nos íbamos Águeda y yo de marcha.

No me concentraba no sólo por este motivo, sino por ejemplo el pensar que tenía que resolver bastante papeleo en la calle, y que no me deicidía a hacer, cosa que debía hacer *ipso facto*, o bien, esperar a que se juntaran varias cosas y luego hacerlas todas juntas. También el mero echo de que me hicieran o dijeran algo fuera de la rutina habitual, me desconcentraba. Les he dicho, que las tardes no las aprovechaba suficientemente, también me despistaban mis recuerdos, que creía muchos, y hoy pienso y sé que eran escasos, aún hoy, barrunto que muchas veces he cometido cosas imperdonables que me hacen perder sobremanera el tiempo; me siguen pasando esas cosas, todas: el pensar que pierdo el tiempo y el saber que estoy estresándome y por tanto más tiempo pierdo, sin poderme concentrar perfectamente. Sé de buena tinta, que el pensar todos los días un poco, o dejar una tarde a la semana para ello, es una técnica necesaria y aconsejable en el trabajo intelectual, en cuyo momento me hallo, no se confunda con la falta de concentración, con la que llevo con éste el tercer día, a pesar de estar hoy visiblemente mejor. Son incontables las horas que he perdido delante de los folios de esa carrera, y anteriormente también, lo que se debe seguramente a la mala concentración por falta de metas claras. En esa época lo que me importaba era ser farmacéutico, aunque también pensaba que tenía una novia con quien tenía una serie de obligaciones que cumplir, y unos amigos, que ahora lo pienso y me interrogo que para qué me sirvieron. Mis amigos en esa época, eran tal les he dicho, los del piso de Tomi, y fuera, en la facultad, empezaba a fraguarse una cierta amistad con Toño, aparte de mis amigas. A Toño lo admiraba, y no tengo ni idea de cómo acabó la carrera, pues no lo consideraba muy inteligente, sin carisma alguno, y encima trabajaba mucha parte de su tiempo con el padre, quien era dueño de un bar; imagínense la paradoja, un futuro farmacéutico despachando copas, al menos eso él en cuarto me daría a entender, aunque nunca me lo confirmó con sus propias palabras, el bar me da que era el típico bar de trabajadores, donde van a beber y sólo a beber, y de vez en cuando alguna tapa.

De todo corazón se lo pido a Toño que me perdone si no era así, pero al menos esas fueron las conclusiones que fui sacando a lo largo de los años. Él decía que el inteligente era su hermano, que estudiaba Historia, y estaba todo el día pegado a los libros. Si eso era así y no sacaba todo con matrícula y encima no hacía otras cosas, diría que era subnormal, pues la carrera de historia, siempre se ha considerado que era para los que estudiaban poco y que no llegaban al listón, aunque no dudo que existen auténticas eminencias en esa carrera, al igual que en todas. Tiene que haber, cómo no, de todo en todos lados, igual ocurre en la mía.

Toño se caracterizaba por tener un bigotito, que era similar a una hilera de hormigas, algo absurdo, pues no era un mostacho, sino que tenía una tendencia a ser cómo el de Groucho Marx, aunque no era tan ancho en sus extremos. Toño, ay, me caía bien, a pesar que en alguna época lo consideré cómo una rata, que se arrimaba al árbol que más abrigaba, y que le hacía la pelota a las mujeres que tenían coche. Toño era del Puerto de la Cruz, e iba y venía con nada más y nada menos que con Mavi, mi Norte, tanto intelectual cómo "tetonamente" (que buena estaba, a pesar de tener una cierta tendencia a estar rellenita). Toño solía ir siempre vestido de trabajador (lo que en un tiempo vestían los ejecutivos, con pantalón de pinzas y camisas de cuadros o listas), aunque a decir verdad, parecía que siempre llevaba la misma ropa, tal cual me ocurría a mí.

Lo que sí es cierto es que siempre estaba quejándose, era un poco llorón, una vez me dijo una cosa que se me quedó muy gravada, y era una cosa que dijo su hermano sobre unos chiquillajes que estaban en la calle armando escándalo. Ello fue:

-¡Cómo se nota que no tienen nada en la cabeza!

Y me pregunto, ¿por qué, tenía él mucho?, y me van a perdonar que me meta tanto con las carreras de letras, pero es que me tenían quemado con tanta nota y tanta matrícula, con una hora de empolle al día, a mucho tirar, (de todas maneras he de reconocer que mis incursiones en el mundo de las Humanidades han sido catastróficas, al menos hasta ahora), de muestra ya tenía muchos botones: mis hermanas, mis compañeros de piso, los del piso de Tomi, había un homosexual (se llamaba Rijar) que decía que estudiaba, aunque casi nunca lo vi sentado estudiando, y digo esto, porque muchas veces yo ocupé su cuarto y su mesa donde me pegué alguna que otra amanecida.

Pero volvamos nuevamente a la realidad (no a la virtual, como se diría hoy) del día a día, o sea mi vida en el piso con Águeda; saben que pertenecía a una familia humilde, y sin embargo comía los espaguetis con tenedor

e-libro.net

y cuchara, cosa que yo nunca pude hacer, ni puedo hoy día, sé, o me imagino, que todo sería cuestión de ponerse, pero yo me los como con el tenedor, motivo por el cual suelo dar resoplidos para que se introduzcan todos en la boca, incluidos los que se escapan por los lados (según he leído, o ha dejado entrever Mendoza, el expresidente del Real Madrid, a él le ocurría lo mismo). A saber donde aprendió a comerlos así. Creía en Águeda ver una pretensión, pero nunca me metí con ella al respecto, me lo parecía, pero me lo callaba. A otro que muchos, muchos años después vería hacer lo mismo, sería al Lu, en el que también me parecía pretensioso. Águeda no solía pedirlos cuando salíamos a comer por ahí, el Lu, los solía pedir con mucha frecuencia, no se extrañen que fuera para fardar de urbanismo y civismo, en definitiva y hablando en plata: “de finolis”.

Hoy, sin saber a qué se debe, la he descargado con todos los seres que pienso he querido, por los que he sufrido y los que me han hecho sufrir.

Del primer parcial de Análisis Químico, salí uno de los primeros; me lo estudié por un libro de química; al menos algunas partes como: hallar al pH, pka, etc. Cuando salí vi al novio de Mavi esperándola en un banco a la salida del examen, esto era en uno de los pisos de una de las torres de Químicas, que era así como se llamaba al edificio de la Facultad de Químicas. Cuando lo vi, creí reconocerlo, y lo confirmé al acercarme a su lado, por lo que le dije:

-¿Estás esperando a Mavi? -y sin esperar respuesta continué- está dentro, en el examen.

Le hice un ligero saludo con la mano y me despedí de él. Acto seguido me fui al Fragata donde tras esperar largo rato, empezaron a salir mis “compas” de juerga.

Era una cosa curiosa, Tomi nunca se iba al Fragata y creía que era porque se iba a estudiar, cosa que no era cierta, a lo sumo iba a poner en orden su cuarto y su ropa, si tenía que lavar algo o no.

Según me enteré unos doce o trece años después, el domingo se iba de juerga con Moncho, quien los iba a buscar para ir a la playa, o al campo, según el tiempo, y luego los llevaba a su casa a tomarse los güisquis.

Estaba más que convencido que esta última asignatura la había aprobado y por parciales, pero no fue así, suspendí los parciales y la aprobé en Septiembre, pero no ese año, sino del siguiente; imagínense lo “tronquito” que es uno.

La única que aprobé por parciales fue la de Bioquímica. No vayan a creer que todo esto lo sé por mi prodigiosa memoria; todo lo contrario, pues nunca he hecho caso de las fechas y demás; lo sé porque tengo una certificación académica, donde pone bien claro en qué año aprobé o suspendí las asignaturas. Ese año también cogería el inglés.

Debería estar eufórico por haber hecho un buen febrero, pero eso ya había pasado a la historia; la alegría fue efímera.

El primer parcial de Técnicas Instrumentales lo suspendí, en esa asignatura fue en la que empecé a ver por primera vez la Resonancia Magnética de Protones y otras técnicas, aunque las empecé a entender años después; fui a hablar con el profesor junto con Tomi, y recuerdo que tras hacernos esperar en su despacho, el cual estaba separado de los otros por mamparas, nos recibió dándose una importancia como pocas veces había visto en otro chorizo similar a él (a excepción del de botánica). Llevaba bata blanca puesta, y debajo, una camisa de cuadritos desteñida y unos pantalones grisáceos, igualmente desteñidos; pensaba: “Dios mío, esta gente debe ser pobre; que va, yo no me quedo en licenciado”; también pensaba: “¿Serán pobres porque son de químicas, o los farmacéuticos también lo son?”. Sabía que con una farmacia se vivía más o menos bien, y encima Águeda de profesora, que aunque no ganase mucho (eso pensaba), para algo daría. Inuía también de que la farmacia no era tan fácil conseguirla, y en cuanto a heredar la de mis tías, no estaba eso nada claro, a pesar de ser las únicas tías a las que iba a ver con cierta frecuencia; algunas veces lo vi a él primero, a mi tío, que a ellas, aunque hacía las visitas a los tíos y tías paternos, cada vez que iba a Las Palmas.

Voy ahora a pasar a un razonamiento que tuve ayer noche, después de escribir los cuatro folios correspondientes a ese día, esto es: creo que escribo por dinero, y a veces por algo de fama, a pesar de que muchas veces me engaño pensando en que lo hago para que les sirva a los demás y no caigan en los mismos errores que yo (algunos garrafales) he caído y espero no caer más.

Esto último puede parecer absurdo y una simple excusa baladí. No sé, juzguen ustedes mismos; siendo sincero con mis lectores, a veces no quiero dinero, más que el justo para vivir (que esto es muy variable, pues hay gente que para vivir a la semana, necesita millones, mientras que otros unos cuantos miles, esto último es tal y cómo me ocurre a mí ahora, aunque soy consciente de que esta vida medio bohemia, no la puedo llevar siempre).

e-libro.net

Una pregunta que me he hecho, aunque no en ese mismo momento, en el que me fiaba de su palabra, pero que hoy no veo tan claro, es la siguiente: ¿Me perdonó Águeda alguna vez el desliz cometido con May? (piensen que todo fue mental, no hubo ni habría nunca un contacto físico). Hoy dudo que alguna vez me perdonara.

Águeda usaba tranquilizantes para dormir, durante la breve temporada que estuve flirteando con May. De ésto me enteraría mucho tiempo después; por ello pienso que Águeda me quería, pues no creo que todo eso fuera simplemente porque herí su amor propio (vamos, al menos esto es lo último que quiero pensar de ella). Tenía que haber algo más, para que ella usara el Valium® para dormir. Cuando me lo contó, me quedé perplejo, sin saber cómo reaccionar; de por sí, le tenía y tengo pánico a las pastillas, ya fueran estimulantes o lo que fuera, seguramente se debía a que lo vi con mis propios ojos, lo que eso producía en las personas, y que aún sigo viendo. De esa época, recuerdo a un niño rico, drogado a toda hora; supongo que es un niño rico, pues siempre va vestido de distinta forma, y muchas veces, se le ve muy bien vestido; es un cabroncete, pues va presumiendo de rico, cuando él es incapaz de hacer la o con un canuto; ayer me lo encontré en la calle Tomás Morales, cuando me dirigía al Instituto Pérez Galdós, y de repente me giró la cara, aunque él iba muy sonriente, presumiendo de ropa; y me pregunto: ¿Por qué sus padres le siguen manteniendo y dándole mimos, cuando ya debe tener treinta y pico largos?

Recuerdo cuando era adolescente, que siempre se hacía el más drogado, y las cosas de la vida, el más drogado se quedó.

Me dolió mucho no sacar los parciales de muchas de las asignaturas, las causas ya las he dicho, aunque a fuer de ser sinceros, he de decir que encima de lo mal que me iban las cosas, pues siempre quería pertenecer a los del equipo de cabeza, no era muy humilde, pero no era tampoco un “echao pa´lante”, aunque sí tenía confianza en mí, a pesar de que ésto a veces me fallaba, de todas formas no era lo normal, aunque sí, sobre todo en el piso, me consideraba que estaba un poco trabado. Con Águeda no lograba superar esto, todo lo contrario, me automarginaba más, avergonzándome de tener que decirle encima todo lo que pensaba, cuando ella no me decía nada de ella; otra cosa hubiera sido que compartiéramos los dos nuestras penas, pero ella no quería, se mostraba hostil y hosca, y por más que deseaba que intimásemos y que nos compartiéramos los problemas, ella no se avenía. No creo que la única preocupación fuera por su sobrino, el hijo de su hermana mayor (Noemi), del que siempre me contaba lo mismo, y era ciertamente absurda esa preocupación.

Por lo visto, Águeda también tenía un hermano, que iba a comer a su casa (la casa de su madre) cada vez que se cabreaba con su mujer, cosa según parece, que ocurría con mucha frecuencia. Según me decía ella, bebía mucho, aunque quién era yo para juzgarlo, con todo lo que bebía, al igual que quién era ella, que también bebía bastante, al margen de que esto me agradaba, pues, según pensaba y decía: podíamos compartir las marchas, mentira absoluta e irreal, puesto que a veces, cuando salíamos juntos de marcha, que no era lo frecuente, cada uno estaba por un lado, aunque juntos, al menos así era en La Laguna, en Las Palmas no tanto. Muchos pensaban que Águeda y uno, éramos la pareja ideal, les he de decir que esto no era cierto, ya han podido ir deduciendo que habían problemas de convivencia y sobre todo de comunicación, fallo a partir del cual se generan todos los males.

Volvamos a lo de Técnicas Instrumentales, cuando fuimos a hablar con él sobre resonancia (recuerden que nos hizo esperar el tiempo que creyó necesario), ese día me percaté de que también ciertos profesores, con frecuencia no saben de lo que están hablando en clase, y meten unas pifias garrafales, eso lo he vivido y cada vez con mayor asombro, no dudo que tengo fallos de base, pero lo cierto que ciertos personajes que se la dan de ser los mejores, de eso no tienen nada, cometen pifias absurdas e incomprensibles. Y ese, el de Técnicas, se veía que no tenía ni idea de la resonancia, es mas, creo que ni siquiera se había leído el libro que nos aconsejó; era de una lectura difícil; no llegué con él a aprender nunca lo que era un espectro, ni los variados temas que debíamos conocer, para el año siguiente; el profe parecía que no se daba por enterado de las continuas quejas que recibía de la doctora del curso siguiente.

Muchas veces me planteo, el por qué escribo a mano: pues porque a veces pienso que estos manuscritos adquirirán un gran valor en el futuro; otras veces pienso que es porque escribo más rápido con pluma que a máquina; también a veces lo de la pluma me parece una vanidad, pero sinceramente me he acostumbrado desde hace años a ella, que ya me cuesta escribir con bolígrafo, aunque en otras etapas de mi vida lo he usado antes que la pluma, o simplemente todo sea “vanidad de vanidades, todo vanidad”. ¿Será realmente todo vanidad?, quizás, quién sabe.

e-libro.net

Cuando estudiaba la parte de química añoraba una tabla periódica de las grandes, sólo había conseguido una de las pequeñas, de las llamadas de “chuleta”; de todas formas me preguntaba: ¿cómo es posible, que con la cantidad de químicas distintas que estudio, no tenga una tabla periódica de las buenas? (de las que eran tamaño folio, y por las dos caras), fácil: eran muy caras. Al final conseguí una de esas y me puse más contento que unas pascuas. El primer día que la tuve en mi poder (no recuerdo si era un original o simplemente una fotocopia), la miré y remiré, mientras pensaba, “Por fin, ya la tengo, ahora todo será más fácil”; discurría que me iba a quitar mucho trabajo de encima; ésto no fue del todo cierto, aunque era más manejable y fácil de usar (cuando se entendía todo) y de más fácil lectura, pues hay que ver qué diferencia de tamaño más abismal. El color que más destacaba de las de tamaño folio, era el rojo y distintas tonalidades de negro. Mientras que la pequeña, la del tipo chuleta, era tan profusa en colores, letras y números que para personas con falta de vista, como era mi caso, dañaba los ojos (me imagino que eso también le ocurría a los que tuvieran una vista fenomenal, pero nunca lo comenté con nadie), aunque los coloridos estaban puestos a conciencia para diferenciar los distintos periodos y las distintas familias. El hidrogeno se ponía en la primera familia, pero podía pertenecer a cualquiera, así era el único elemento que podía estar en el encabezamiento de cualquier familia por sus especiales características, o al menos algo de esto me explicaron que ocurría. Me han de perdonar mi falta de precisión en ciertas anécdotas referidas a materias de estudio, pero me he metido en unos mundos tan desastrosos que he olvidado muchas cosas, incluso las básicas.

Una fobia que siempre he tenido, es el tragarme mientras duermo, moscas y cucas; les parecerá esto raro, pero una de mis hermanas se atragantó una noche con una mosca, y muchas veces me imagino que me las estoy tragando; la mosca por lo fea que es mirada con una lupa, toda peluda y desagradable, y la cuca por lo repugnante que parece a simple vista, marrones y con esas patas y antenas tan desagradables. También le tengo pánico a las ratas y piensen que si no eran grandes y peludas, como las de alcantarilla, sí eran pequeños y díscolos, los ratones de la casa del año anterior (en esta casa afortunadamente lo único que abundaban eran mosquitos, que no es que fueran menos insalubres, pero sí son menos odiosos, al menos a la vista que los ratones. No hay que olvidar que ciertos mosquitos pueden provocar la muerte, debido a los parásitos que estos transportan, ya sea en sus patas, como en su interior y lo inoculan al picarnos) y la rata que vi en el trayecto de nuestra casa.

Solía pasar un vendedor de lotería por el barrio, al que nunca le compré nada, que pregonaba:

-¡La suerte es loca! -esto lo decía alargando y deformando las palabras, dándoles una acentuación única y característica en él.

Era muy inusual su forma de anunciarse, y me hacía recordar de las pocas veces que fuimos al Estadio Insular, la forma de pregonar los periódicos el vendedor ambulante:

- ¡Diaaaariiiiooo!

Les he dicho que nunca jugaba, quizás porque no tenía ni siquiera algo de dinero con el que tentar a la suerte, la loca suerte, pero Águeda me dijo en un par de ocasiones que había jugado; en esos momentos pensaba: “Joder de dónde saca tanto dinero, que si lotería, que si chocolatinas, y que si algún que otro capricho”. A la vez me entraba un susto en el estómago, pues estaba seguro que si le tocaba, no lo iba a repartir conmigo, y sería probabale que me dejase por otro, cosa que no sería la primera vez que ocurre.

La casa por fuera era azul, y no daba mala impresión, las había peores, y está claro que mejores también.

De esa casa, ya empezaba a estar algo orgulloso, pues aunque seguíamos en las afueras, íbamos ganando en cómodidad e higiene (cualquier cosa era mejor que el bodrio de segundo).

Siempre me han gustado las citas, y en esa época intentaba leer alguna que otra, aunque no estuvieran tan a mi alcance como ahora lo podrían estar, pero no hablemos del presente, para ello ya habrá tiempo, mucho tiempo en el futuro.

El profesor que usaba las técnicas más avanzadas que había visto hasta ese momento era D. Ramón López Román, quien por el momento era el genio más grande de la facultad que había visto, a pesar o quizás precisamente por ello, de su edad; estaba ya en los sesenta. De su enorme cultura sobre parasitología, me extrañaba que se uniera con una profesora que nos daría alguna que otra clase, en las que por fortuna no estuve presente, serían sólo durante dos o tres sesiones, pero cuando la veía era de lo más desagradable, la cara sudada, el pelo parecía de continuo sucio, y sus axilas con sudoración excesiva, de tal forma que traspasaba la bata blanca y se le veían dos grandes manchones, uno en cada sobaco.

Para la vista, era desagradable, por lo que me imagino que más lo sería al tacto y al olor; él daba imagen de sujeto culto, pero ella parecía una auténtica abandonada, vestida de seda (...mona se queda).

e-libro.net

Un día, conseguimos dos bicicletas y nos fuimos el hermano flaco, el que estudiaba filosofía, y el menda, con unos porros a pasear por el Cristo, y por las afueras de La Laguna; el paseo estaba siendo un éxito; era de madrugada, cuando ya toda La Laguna dormía, salvo los estudiantes con ganas de estudio. Estando en una acera con las bicicletas aparcadas, apareció un "forsbagen" cucaracha como el que tenía mi padre, pero este era de color beige. Se paró donde estabamos nosotros fumándonos los porros; dentro había una pareja, ambos algo obesos. Nos dijeron que siguiéramos la marcha con ellos, nosotros dos nos miramos y no nos importó, pero le dijimos que primero teníamos que llevar las bicicletas a nuestra casa, y que vivíamos algo alejados, él, el chofer, dijo que no importaba, que nos seguiría. Así hicieron, y cuando nos subimos al coche, nos comunicó que era legionario y que estaba de permiso; ella era la novia que había dejado atrás al ir al ejercito. Hablaba altísimo, dando gritos, por lo que a mí, y me imagino que al otro estudiante, empezó a dejar de gustarme la idea de ir con él de marcha; iba corriendo con el coche y se puso a decir que íbamos a ir al bar llamado "El caballo blanco", yo había oído hablar de él, pero era casi un mito, se hablaba sobre éste en voz baja, y como con un aire de impotencia. Era el único bar, según tenía entendido, en toda la isla que abría durante toda la noche. La idea en principio me sedujo, pero luego, recapacitando, me dio pánico, "¿Cómo íbamos a ir por carreteras oscuras hasta él, con semejante chófer y encima estaba diciendo de ir a su casa a buscar un par de botellas?", cosa que hizo, momento en que le hice un gesto de complicidad a mi vecino, y decidimos poner los pies en polvorosa, y dejamos a la novia sola en el coche. De este gesto me he congratulado toda mi vida, pues en el estado de excitación que estaba el legionario y encima borracho no era aconsejable su compañia, y si suponemos que en la legión, no creo que estén con cerebros muy cuerdos del todo (que me perdonen los miembros de ese "cuerpo"), al menos éste no lo tenía, o al menos eso se traslucía.

Cuando íbamos a nuestro piso, iba bastante contento, pues no me repugnaba la compañía y pensaba: "De buena nos hemos librado, primero el largo trayecto (no sé donde queda ese bar), con los peligros que ello conlleva, y luego que el otro no parecía muy cuerdo". "Fiuf", con estos pensamientos iba ensimismado, cuando vimos pasar a nuestro lado el coche a toda velocidad, y dándonos un bocinazo, como si quisiera decirnos "!apártense capullos!" Me daba igual, yo dormiría tranquilamente en mi casa con Águeda, y de ellos ni siquiera sabía su nombre, y poco me importaban ya, se puede eso asemejar al cuento del lobo y los corderos, aunque en versión moderna y ligeramente modificada, aunque al final triunfó nuestra cordura. Cuando llegamos a nuestra casa, me despedí de mi vecino y me fui al piso, esperando que "el loco" no se le ocurriera ir por allí a darnos el coñazo, cosa de la que no estaba muy seguro, pero que por suerte no sucedió; seguro que pensó que éramos unos calzonazos, unos "rajaos".

Me da igual, que piense lo que quiera, ya se sabe: "Ande yo caliente, ríase la gente".

Las salidas con la pandilla de estudiantes de farmacia, eran cada vez más esporádicas, pero sí recuerdo que un día fuimos a un asadero en una casa, creo que era la de Ulises, allí conocí a bastante gente, bueno realmente a dos o tres, antes de perder el tino por tanto alcohol; era bruto para todo, a pesar de que pensaba que era delicado haciendo el amor, pues en él no me consideraba un salvaje, pero vayan ustedes a saber; Águeda nunca me lo decía. Esa fiesta, a pesar de estar bastante lejos de La Laguna, fue un éxito, al menos por la cantidad de gente que había ido a ella. Luciéndose como siempre, de modelitos y de chico con moto grande, estaba Mabel, quien no sé cómo se podía considerar tan guapa y tan modelo, pues para mi gusto la encontraba algo obesa; May era delgada, o lo estaba, al igual que Águeda; esta última, mi auténtico amor, tenía mayor corpulencia, su esqueleto era mayor y más desarrollado que el de May; Águeda no se estaba quedando calva cómo May, la que tenía una frente de escándalo, y, a pesar de todo, May me atraía; hoy no comprendo por qué, me imagino que ella usaría sus armas de mujer para que me sintiese atraído por ella. May también estaba en ese guateque, quizás por ello bebí tanto, para olvidarme y alejarme de mi situación tan comprometida; aparte de ello, desde antes de esa época y mucho después también, pensaba que una fiesta era para eso, para beber y beber; seguro que también por mi adicción de a ratos beber en exceso, me iba tan mal en la vida.

La casa estaba en el campo, aunque cerca de una de las carreteras principales de las que llevaban a La Laguna. Ulises iba siempre vestido de negro, y según las niñas, gastaba poquísimo en ropa, pues compraba de baratillo, y otras las hacía él, de forma que variaba bastante, y era por ello por lo que parecía que siempre iba vestido distinto. Personalmente, me parecía un posmoderno o un moderno, no recuerdo con qué etiqueta lo encasillé en esa época; de esto no hablé con nadie, sino que lo pensé para mí. De uno, no podían decir que variaba mucho de ropas, pues no recuerdo si ese año tenía dos o tres jerseys viejos, la misma chamarilla que otros años, y un par de camisas más.

e-libro.net

Pero saltemos a otra fiesta, ésta era más reducida, habíamos estado en casa de Tomi y de allí nos fuimos a la mía, o quizá fue al revés. Bueno, vayamos a lo que me impactó: estábamos Tomi, Águeda, otro más y dos amigos, uno de ellos, el otro tenía una pinta de mariconazo total, estaba tocando la guitarra y llevaba puesto unos pantalones de cuero (horterísimos), un jersey de cuello en pico, una camisa a cuadros, y un pañuelo anudado al cuello igual que los llevaba mi padre; esto me parecía excesivo en un chico tan joven, y me decía "!Vaya, parece un dandi!, pero qué refinado parece con ese pañuelo". En estas apreciaciones estaba, cuando de repente observo que se quita el pañuelo y debajo de él llevaba un collar de lo más marchoso, que le daba un aspecto de desenfado increíble. ¿Cuál no sería mi sorpresa al ver tal cambio de imagen? Ahora lo llamaría una persona camaleónica, pero en ese momento lo consideré un asqueroso y repugnante chaquetero. Se lo comenté por la noche a Águeda y ella me dijo:

-Pues no, no me fijé en ello. A mí no me lo pareció.

Voy a hacer un inciso, y es sobre mi estado de ánimo, así, cuando veo que estoy concentrado en lo que escribo, y las palabras fluyen con rapidez y gran soltura, me siento sumamente contento, pero otras veces en las que lucho y lucho porque me salgan palabras adecuadas, y que para escribir una sola línea me cuesta muchísimo trabajo, me embajono supinamente. Hoy pienso si no será lo contrario, esto es, que cuando estoy contento y animoso, me salen las frases con fluidez y cuando estoy de mal talante, como me ocurría hace poco, me cuesta muchísimo escribir y estar centrado.

Pero volvamos al año que estábamos, aproximadamente el año ochenta y cuatro.

Un cierto día estaba estudiando tranquilamente en nuestra casa, cuando de golpe y porrazo, oigo un escándalo increíble, una música a tope; eran sobre las nueve o las diez de la noche. Me asustó y asombró la música tan exesivamente alta; en vista de que el vecino no bajaba el volumen, decidí ir a su casa, a ver qué pasaba. Me extrañaba que fuera una fiesta, pues no me parecía de ese tipo de gente, pero todo podía ser. Bajé y vi la puerta de los estudiantes abierta, aunque toqué en ella, pero era imposible que me oyeran, por el excesivo ruido. Entré llamándoles, hasta llegar al cuarto del que estudiaba medicina, cuando me vio se puso a reír y a reír. Le dije:

-¿Por qué tienes la música tan alta?

Él me respondió:

-Porque estoy probando este equipo de música.

Según me indicó, se lo compró a unos ladrones que seguramente querían el dinero para drogas (eso me lo imagino yo). Había él, montado los altavoces sobre unos bidones de "Colón" vacíos. La verdad es que sonaba muy bien el aparato y sus improvisadas columnas. Cuando se reía, parecía más joven, pues la barba y el bigote le avejentaban. Una vez visto lo que producía tal escándalo, me fui a mi casa y le dije lo que pasaba a Águeda. Ese día no pude estudiar más, pues a pesar de que le insinué que bajara la música por los vecinos, él no se dio por enterado.

Me fui a la cama y allí me dormí.

Al día siguiente al ir a comprar al vendedor ambulante, tomates y lo que traía, un par de mujeres descargaron conmigo el pasón del volumen de la música. Me defendí y dije:

-Yo no era, eran los vecinos.

Ellas siguieron despotricando, y me fui con la compra a mi casa. No creo que dijera nada a nadie, a pesar que debía habérselo dicho a los vecinos.

Le había dicho en una carta, en la que le mandé cinco mil pesetas, a Miguelo, que estaba estudiando (ese año en Córdoba por primera vez) el tercero de la carrera de ingeniero agrónomo, pues ya esa parte no se estudiaba en Las Palmas, que me comprara con ese dinero una plancha de chocolate, pues por lo que me habían dicho, allí era mucho más barato y de mucha mayor calidad. El dinero se lo había mandado en febrero, con la intención de tener el costo para después de los exámenes. Se lo había comentado a los inquilinos del piso bajo. Esperé y esperé y no me venía la carta; le escribía y escribía para ver cuando me lo mandaba; él, Miguelo, me decía que no tenía tiempo, que no me preocupase, que ya me lo mandaría. Como no había ido en Carnavales a Las Palmas, lo hice en Semana Santa. Estuve cuatro o cinco días, con la disculpa de que tenía que estudiar, salí poco, y esos escasos días los pasé con mi familia. Miguelo no estaba, por tanto no fuimos a Los Secos. Tomi también fue a Las Palmas, pero no nos vimos allí; probablemente estaría todo el tiempo follando con Herse, o al menos eso sería lo que yo haría si me encontrara ¿tan lejos? de mi novia. Me cansé pronto de Las Palmas, así que me fui solo a La Laguna. Pensaba que al llegar, ya Miguelo me habría mandado el chocolate. Cuando llegué hacía calor. Abrí la puerta que daba a la escalera y cuál no sería mi sorpresa al ver una carta sobre el piso cerca de la escalera; la sonrisa me llegaba de oreja

e-libro.net

a oreja, mientras pensaba, “Miguelo ya me mandó el chocolate”; a medida que me iba acercando para cogerla, se me iba desvaneciendo la sonrisa y se iba convirtiendo en un semblante de preocupación, pues la carta estaba escrita a máquina y ponía mi nombre con el Don delante. Cuando la cogí y vi en el remite que era de la comisaría de policía, pensé: “Ya descubrieron que en la carta que me mandó Miguelo había chocolate y me la tienen retenida en comisaría”. Esto lo confirmé cuando abrí la carta, donde se me instaba lo más rápido que pudiera a que me presentara en comisaría, y he aquí lo raro, me decían que fuera con el pelo corto y las dos orejas descubiertas. Esto me mosqueó algo, aunque con la cagalera que me había entrado, lo primero que se me ocurrió fue ir a ver si me habían incautado las doce o quince plantas de marihuana de la azotea, las pobres estaban todas mustias, tal que creí que se me habían echado a perder; en ese momento, y antes de arrancarlas pensé: “Los vecinos también tienen alguna que otra planta, voy a avisarlos para que las quiten”. No me lo pensé dos veces, fui corriendo a decírselo. Cuando llegué al piso bajo, lo que hice aceleradamente para decirles que estuvieran alerta por lo que pudiera suceder, cuál no sería mi sorpresa al ver su sonrisa cada vez más y más grande, por lo que caí en la cuenta, de que todo se trataba de una burla de ellos:

-Demen mi carta.

-Ja, Ja, Ja, - se reían los tres ahora de mí, al abrir los otros dos la puerta de su cuarto.

Aunque ni se los dije, ni se los di a entender, me molestó mucho el que abrieran una carta mía, y no me extrañaba que me hubieran robado un trozo de chocolate, pues si tenían la desfachatez de abrir correspondencia ajena, cosa que ni en mi propia casa hacían, cuánto más no de coger un trozo de chocolate para ellos.

La carta era super gorda, pero fue grande mi desilusión, al ver que muchos folios eran en blanco, y que los pocos que estaban escritos, eran los míos; uno o dos eran de Miguelo en los que se disculpaba por no mandarme antes el chocolate, pero que tenía que esperar a que entre todos los del piso (todos los canariones), hicieran una baca, para comprar chocolate y que saliera rentable.

La calidad era indiscutible, pero la cantidad, a pesar de ser bastante, dejaba algo que desear, quizás ya dije, por los vecinos. También me desmoralizó lo breve y poco “profundo” de su carta. Por lo que pienso hoy, mandó mis folios para si nos cogían que cargara yo con el muerto, cosa que veo lógica, pero no que saliera de su cosecha.

Pasemos de este incidente, antes de empezar a ponerme más indignado con mis queridos y mejores amigos, por los que yo casi daría la vida. Puede ser que lo pusiera en un aprieto al pedirle que me comprara chocolate, pero era fácil decirme, me da reparo que nos cojan; y por tanto de mí debía salir el decir, si nos cogen yo cargo con las consecuencias. Ahora que lo pienso, más honrado sería decirle eso desde el principio y no ponerlos a ellos (Miguelo y la gente de su piso) en un aprieto.

Observarán que la “movida” del chocolate, fue toda una odisea, que afortunadamente acabó bien, si a esto le llamamos que con él nos colocamos unos cuantos, entre ellos los vecinos, Tomi, Pepe, Águeda y algún que otro más, como Jose el de Garachico, con quien seguía sin llevarme muy bien, me resultaba muy pasota; de tal forma que viviendo a muy poca distancia (éramos vecinos), tan sólo fui a su casa una o dos veces.

Respecto a las plantas de marihuana, se pusieron hermosísimas nada más regarlas; fue cosa de minutos, el verlas todas dobladas y las hojas arrugadas, ponerles agua, y al poco ya estaban lozanas y radiantes. Les hablaba todos los días, y no porque las considerara plantas para fumar y colocarme, sino porque las trataba con cariño, de tal forma que igual podría ser que se tratase de plantas ornamentales, de la misma manera las iba a mimar.

Las tenía a cada una clasificada con un nombre, así unas eran: la “hipilosa”, “preciosa”, etc, etc.

No es extraño que por el celo y mimo con las que las planté y cuidaba, me salieran tan grandes y frondosas, al menos eso pensaba; se parecían en el tamaño a los bonsais, aunque suponía que eran gigantes, sobre todo si las comparaba con los fracasos de años anteriores.

Esta ciudad, no era el “centro de prostitución y drogas”, como la calificaría un periódico una vez, y no sé por qué se refería así a los estudiantes laguneros; cuando ese artículo se publicó, surgió una especie de choteo, al menos así fue como yo me lo tome; sin embargo otros, como Candelaria, se asustaron muchísimo, ella pensó que su madre podría ir a La Laguna, motivo por el que estuvo sin aparecer por el piso una temporada, aunque esto solía ocurrir de vez en cuando y no me extrañaría nada, que en cada ocasión pusiera una disculpa distinta. Candelaria parecía un alma en pena, y no porque alguien le hubiera hecho algo, todo lo contrario, Ramonsi la cuidaba muchísimo y la tenía supermimada, pero su aspecto era de que le faltaba poco para ponerse a llorar, como si alguien le hubiera pegado, o como si medio mundo le debiera dinero y ella supiese que no se lo iban a devolver; la razón la desconozco, pero esto ocurría (lo de su cara) y sin embargo, cuando estaban reunidos tomando café,

e-libro.net

se largaba unas risas de bruja, que no sé de dónde salían; a veces sólo se oían las risas de ellos tres en la cocina, que por deferencia a mi persona habían cerrado la puerta de ésta, pero sentía el ruido igual que si estuviese con ellos; de todas formas afortunadamente esto no era frecuente en ese año.

Cuando llegué en Semana Santa, no estaban ellos, estaba yo solo y los inquilinos, gracias a lo cual, pude empezar a estudiar para encontrarme algo en órbita cuando llegasen los demás estudiantes.

Eran tan sólo un par de días antes, y no eran lo suficientes para tener un apropiado nivel de concentración.

Cuando Águeda llegaba, la recibía lo mejor que podía, aunque no iban a ser tan buenos como al año siguiente, que en su día ya contaré.

Después de esa semana de vacaciones, que ciertamente no vivía cómo cristiano, sino como ateo y juerguista, no puedo recordar exactamente a que clases fui, pero sé que fui a algunas. Me resistía y no me resignaba a pensar que ese fuera mi año de Febrero sólamente, tal vez cualquier otro, se sintiera satisfecho, yo no; me presentaba a todos los parciales, a pesar de que no aprobaba casi ninguno, pero igual que siempre pensé, ya era una mirada que le había echado a los apuntes, y así en Septiembre o en Febrero del siguiente año, no me cogería de nuevas.

Ahora que lo pienso, bien de tiempo desperdiciaba sin estudiar, a pesar de creer que estudiaba a todo tren; era consciente, que tanto tiempo de vacaciones, no podía continuar sin hacer nada.

No acostumbraba a ver los partidos de fútbol, y menos si son por la tele, pero ese año, hubo uno que sí vi: España le metía a Malta diez goles de diferencia, y se clasificaba para los mundiales. O para algo era, que le interesaba muchísimo a España. El partido lo vi en casa de los vecinos, pues no teníamos tele en la nuestra, llevé un paquete de cigarrillos y pensaba que iba a ver un partido insulso y que a lo sumo, se marcaría unos tres o cuatro goles, por ambos lados; el futuro doctor me dejó en el sillón individual del tresillo, allí me senté y empecé a fumar y sostuve una charla intranscendente sobre cualquier tema. De pronto empezó el partido y uno se iba animando poco a poco a medida que marcaba España gol tras gol, de repente, Malta metió uno, España tenía que llevar el marcador hasta once; lo imposible se hizo posible, estaba supercontento, incluso bailando. Desde ese día, hasta hoy que tengo treinta y cinco años, no he vuelto a ver ningún partido de fútbol completo.

Estábamos los dos, pues su hermano y el otro amigo no sé a donde habían ido, exultantes y ebrios de alegría, por la inmensa victoria de España. Al final lo consiguieron. Lo que me parecía del todo imposible, y que intuía que me iba a aburrir, fue todo lo contrario.

Pensaba que había hecho un pacto con Dios, por medio del cual, yo estaría escribiendo toda mi vida, hasta el día de la muerte, pero ahora recapacitando un poco pienso: "¿Quién soy yo para que Dios haga un pacto conmigo, asunto de qué tiene Él que hacer ese pacto, tanto le importo que se ha dignado hacer un pacto conmigo, que encima me beneficiaria a mi?", (aunque espero con este pacto, no deshonrrarlo), o ¿será quizás que he hecho un pacto con otra fuerza, una fuerza carnal, que me vuelve ambicioso y codicioso?: el Demonio; espero con toda mi alma que no sea así, y si es así, que cayera yo muerto en este mismo instante; ¿sigo viviendo?, entonces no es el Demonio, es mi Gran Señor. No crean ustedes que cuando estaba ese año en La Laguna, pensaba tanto en Dios, ni mucho menos, allí solía bajar de vez en cuando a alfa, donde hacía mis pactos con mis consejeros, quienes ahora usaban unas túnicas estilo Rapel, oscuras y tenían el pelo largo, barba y bigote. Mi sillón aún estaba dentro de lo que en esa época podría llamar sicodélico, hoy diría que estaba mas bien desfasado.

Generalmente, antes de entrar en el laboratorio, me daba una vuelta por fuera del "laboratorio", lo que veía ya lo he dicho, no tenía mucha imaginación, a pesar de que al considerarlo algo demoníaco, no deseaba estar mucho tiempo en ese estado. La forma de bajar era en ocasiones viendo pizarras de distintos colores, otras, las más, usaba un ascensor ultramoderno con el que me ponía en alfa en cuestión de segundos; esto lo hacía por las noches. Era muy raro que bajara a otra hora, era en el ocaso del día cuando recurría a estas artes, que sinceramente hoy no dudo tanto si eran maléficas o no. Actualmente uso otros métodos, creo, espero, y sé (confirmo), más eficaces, al menos, yo me siento mejor.

Con quien sí recuerdo usarlas profusamente era con el profesor de Técnicas Instrumentales, quien me daba la sensación de profesor más que pobre, paupérrimo, pero esto me pasaba no sólo con ese, lo mismo pensaba de el de Química Inorgánica; estos dos me daban la impresión de tener el pantalón y la camisa viejísimas, no sé, sinceramente, si era porque ellos eran los que mantenían su familia y tenían mujer e hijos, o bien simplemente porque se habían acostumbrado a usar un uniforme para ir a trabajar, o las dos cosas, no tengo ni idea.

e-libro.net

Recuerdo, y tengo bien claro, que llamaba pobres a los profesores, y ya se decía que los investigadores eran unos muertos de hambre, efectivamente esos eran los de la base; por lo pronto los únicos que algo me atraían eran los catedráticos, y no porque exigieran más, pues vean como el de "Para", quería las cosas bien sabidas, pero él exigía poca materia, de veinte a treinta folios por parcial, o sea nada, comparándolo con los demás, en que el que menos pedía era de cien para arriba. El motivo de que exigieran tal cantidad y quién ponía el baremo, lo ignoro, quizás eso se acordara en los claustros (en aquellas fechas, desconocía que estas reuniones de profesores se produjesen, es más hoy día no sé qué se trata en dichas reuniones), puede ser que sí, pues si no, a saber de qué coño iban a hablar todos los profesores de la facultad. A los profesores con uniforme, los salvaba la bata blanca, por lo demás típica en casi todos ellos; por cierto, ésta, salvo raras excepciones solían tenerla los profesores muy limpias.

Es posible que las tuvieran blancas porque se les exigía, o porque les gustaba así por ellos mismos, o por qué, no puedo asegurarlo, aunque podía observar que era algo que se tomaba por normal, y sin embargo, veo que muchos farmacéuticos de oficina de farmacia, para dejar bien claro quien es el dueño, hacen que sus empleados usen bata, mientras que ellos no la usan; esto ocurría con mi tía Mila, que las pocas veces que estaba en la farmacia, no la usaba, y digo que estaba pocas veces, porque ella era la que cuidaba de mi abuela paterna, junto con Antonio, su marido. Desde que mi abuela murió, a partir de entonces empezó a ir con más frecuencia, o sea, como una más (aunque ese "una más" fuera raras excepciones), diariamente.

Mi padre se distinguía del resto de los empleados, por la cantidad enorme de plumas, bolígrafos y lápices de minas que llevaba en el bolsillo superior de la bata, y porque ésta, gracias a mi madre, estaba continuamente blanca, brillante y bien planchada; mi madre era la que lo mantenía tan limpio.

Una vez mi padre hubo vendido la farmacia, a los trabajos que fue, no tengo ni idea y no sé quien me puede informar, pues abordar a mis tías paternas con esto es muy delicado. Las primeras noticias que tuve fueron que se dedicó a trabajar sus fincas, aunque rápidamente se cansó de ellas, no el llevar la contabilidad, sino el ponerse de agricultor y ganadero, o sea trabajando la tierra. No sólo se cansó de esto sino también de tenerlas, así que se las vendió todas por un millón a su amante; seguramente él también le daría el millón, pues no creo que ella ganara mucho más limpiando suelos.

Observen el cambio que di de La Laguna y los "profes" con sus batas a mi familia y los farmacéuticos en general. Volviendo con los cabronazos de los profesores, diré que la mayoría estaban amargados, eran serios y esa gran amargura la transmitían a los alumnos; no dudo que tuvieran veinte mil frustraciones, pero quienes lo pagábamos éramos nosotros. Se hacían los importantes cuando la mayoría de ellos lo único que tenían que hacer, y para lo único que servían era para cuidar caballeretes, por no decir adolescentes. Bueno, eso es lo que pienso hoy. No sabía que a los profesores había que hacerles la pelota, pues eso era justo lo contrario de lo que he hecho siempre, siempre he sido un poco "protestón", quizás porque me eduqué en un tránsito, en una época de transición, que me creó muchas inconformidades; me eduqué en la Universidad, con "el cambio", y luego con "el cambio del cambio", en fin, palabras y más palabras, pues lo que los socialistas querían era poder y más poder. Según oí cierto día a Domingo, mi padrino, Felipe González, te cambiaba una bicicleta nueva por una vieja, y aún le estaba uno agradecido por el cambio.

Nunca he sabido excesivamente de política, a pesar de que han existido épocas en que he estado más atento que otras a la "cosa pública".

Ahora en la actualidad y en esa fecha, estaba totalmente desvinculado de ella; puede que en esa época estuviese más al tanto que ahora, pues una vez al mes solía comprarme El País y el semanario, dicho periódico aún no sería frecuente que lo comprara, pero de los locales, no consideraba que ninguno tuviese importancia, a pesar de que mi padre cuando estaba en mi casa, compraba siempre La Provincia y creo que el otro era o El Diario, o según dice mi madre, La Falange; dos de estos periódicos se los leía todas las noches, y puede ser que después de comer en la sobremesa algo los leyera, pero lo cierto es que se los traía a mi casa en Las Palmas por la noche.

Aunque ya lo dije, no se extrañen que nos tuviera puesto espías, para ver qué hacíamos en nuestra vida, supongo que eso sería en los primeros años, pues si fuera después, estaría chinando del cabreo.

Me traía por la calle de la amargura tanto Fisiología Animal, como Microbiología, con sus exámenes tipo test, sabía que los primeros parciales, de los que no recuerdo si la "Fisio" eran dos parciales sólo, y los de "Micro", los había suspendido; a pesar de las abreviaciones que he puesto de estas dos asignaturas, solía referirme a ellas así, cuando me refería a los profesores de ellas, pues casi nunca me sabía sus nombres, no los consideraba a estos tan importantes como para hacer el esfuerzo por retenerlos.

e-libro.net

Cuando estábamos en los laboratorios, sobre todo en tercero, y siguiente año, investigábamos sobre y con el A.A.S. (con estas bonitas letras quiero decir que las prácticas las hacíamos con Aspirinas®, esto es el ácido acetil salicílico). En tercero no puedo recordar exactamente las prácticas, se que las de Micro, eran haciendo cultivos de microorganismos en placas de Petrix. Para trabajar en atmósfera estéril, encendíamos mecheros de alcohol o de gas. Cultivábamos en hornos y esterilizábamos en autoclave; solíamos usar el asa de siembra y otro terminado en circulo, que no recuerdo ahora su nombre; las placas eran de plástico, por lo que no las esterilizábamos para reutilizarlas, sino que de un uso las tirábamos. Nos daban las prácticas dos jóvenes, a los que por lo que les oí, deduje indudablemente que eran biólogos; pues uno dijo una vez a un grupo de estudiantes:

-Para mí un estudiante que nunca haya ido al teatro ... -(y no sé que otras cosas dijo)-, no ha ido, para mí, a la universidad.

Yo me encontraba dentro del grupo de los que no habían ido, y aunque me abstuve de decirle nada, pienso que fui más que él a la universidad, si a esta la catalogamos de instructora y "dadora" del saber, y me refiero a un saber concreto y específico, el típico de cada facultad, pero no a un saber variado sobre todas las ramas del saber, entre la que lógicamente se encuentra el arte; opino que la Facultad debe enseñar eso, una facultad del hombre, y sobre esa, aprender lo más posible. Esto no quiere decir que esté de acuerdo con el actual sistema, que no lo estoy, pero no se dan alternativas, como no sea el autodidacta, al cual intuyo que no habría llegado, si antes no hubiera pasado por esa Facultad; tal vez pudiera ser que sí, pero también puede ser que no, y según creo, a él he llegado después de pasar lo pasado (no lo defiendo, que cada uno defienda lo que es suyo y de su grupo, cosa que según veo la gente, incluso compañeros míos, hacen a costa del prójimo: yo). ¿Qué me iba enseñando la universidad?: la forma de estudiar, de centrar la mente en una cosa y estudiar lo más inteligentemente y perseverante posible. Algunos tienen más obstáculos que otros, y no discuto que sean porque se los buscan (o mejor buscamos, pues bien dice el dicho: "el matrimonio, -en mi caso la pareja-, es buscarse problemas que estando solos nunca los buscaríamos"), y hay que sortearlos para llegar al final, es a la vez una carrera de velocidad, pues los más rápidos serán los primeros, y a la vez una carrera de fondo, hay que empezar y acabar, esto último, mejor de lo que se empezó.

Volvamos al inicio de esta disertación: las prácticas. Las de Fisio eran "voluntarias", y como me coincidían con un examen no las hice, así me fue de bien; según tengo entendido, consistían en colocar electrodos y demás artilugios a las lagartijas, para ver el funcionamienro del sistema nervioso; sentí no hacerlas, no en ese momento, sino muchos años después. Verán que fui bobo, pues en los primeros años, las cosas que debía hacer de carácter voluntario, no las hacía nunca, siempre tenía algo pendiente y "más importante", que hacer. "!Pero subnormal de los cojones! (me digo), !qué más importante que la carrera!"

Quiero recordar que de Análisis Químico hicimos prácticas, consistentes en ver virar las sustancias químicas de un pH a otro, sobre todo. No puedo recordar mas, que teníamos que pedir el "Papel de Tornasol" a una especie de funcionario, que nos lo daba en pequeños trocitos, era naranja, y viraba de azul marino a rojo al mojarlos con la solución. A qué valores de pH correspondía cada color, no recuerdo. Ahora que lo pienso, esto lo hacían para que no entraran tentaciones de robar los rollos de dicho papel; este era realmente fácil de esconder y robar, pues los rollos tenían un tamaño y forma similar a las cajas de plástico de los filtros de las cámaras fotográficas.

Leyendo uno de los libros de Paulo Coelho, pude observar que él le tiene fobia a los gusanos, sobre todo los que nos devoran cuando morimos, y estos, grasientos y blandos, se meten por todos los orificios del cuerpo; sí, es una sensación asquerosa, pero no consigue cambiar mis fobias; cada uno es cómo es, y cada cual con cada quien.

Seguía yendo a correr al polideportivo, y ahora sí que no me daba vergüenza. Yo, con mi chandal nuevo, corre que te pego; quizás los que eran más deportistas que uno, los que se pasaban todo el tiempo en el polideportivo, usarían más ropa variadas que yo, aunque sinceramente he de decir que no me fijaba en nadie, a no ser una chiquita que corría mucho, muchísimo, y bien; creo que se dedicaba a eso, pues era frecuente verla corriendo junto a los que parecían o se las daban de profesionales expertos, o si no de entendidos (más que yo un rato). Solía ir durante la tarde noche, y tres veces en semana, aunque no era de extrañar que alguna semana faltara un día, e incluso dos, sin embargo el que no fuera ningún día a la semana, era muy extraño, a no ser que fuese que estuviese en Las Palmas de vacaciones, donde iba tan solo un par de veces al mes, pues debía ir de mañana, ya que de noche, cuando iba, casi siempre en ese estadio, había fútbol, en Las Palmas corría alrededor del López Socas, debajo de las gradas, donde, alrededor del campo, casi no había espacio para correr, y mucho menos,

e-libro.net

espacio para una pista de tierra, como la del Campus lagunero; de mañana no solía ir pues me quedaba dormido, no por que hubiera hecho mucho trabajo, pues no había hecho nada, sino por vagancia.

Los fines de curso tampoco solía ir, pues me trincaba muchísimo y empezaba a apretar el sol, por lo que se me quitaban las ganas.

Ya por esas fechas, no salía con May y compañía, sino que me quedaba en mi casita con mi novia, según pensaba (o intentaba dar a entender, pues un pequeño sitio si le tenía guardado en mi corazón), cómo si nada hubiera pasado. Pensándolo en frío, Águeda seguro que lo olvidó menos, mucho menos.

Para ese final de curso habíamos organizado un viaje de "paso al Ecuador" de la carrera, por lo pronto he de contarles que habíamos hecho una serie de actividades para sacar dinero a lo largo del año; entre ellas uno de los compañeros (que se retrasaría muchísimo, hasta tal punto de casi abandonar la carrera, pues encontró un trabajo de Guardia Jurado) hizo un dibujo de un pobre hombre, con la chaqueta roída que en sus manos tenía un papel en el que se leía: Diplomado; en la base de la pegatina, ponía la Facultad: Farmacia , y el año de la promoción. A la gente le pareció un poco tétrico el dibujo, pero no iba muy descaminado, pues no se reconoce esa diplomatura; me imagino que con el tiempo tendrá algo de utilidad, pero en ese momento (y ahora, al menos que yo esté enterado), continua sin validez alguna.

Mis cenas generalmente eran arroz con ajos (un refrito) y cebolla cruda, un poquito; y qué me sabía. A rayos debía saber mi boca, aunque Águeda nunca se me quejó, aunque me consideraba muy limpio. Lo que a veces si me decía era:

-Porque mi prima Candelaria, no deja que Ramonsi le de un beso por las mañanas, si antes no se lava la boca.

Podría ser para que yo cogiera recortes, pero nunca lo tomé por ahí, sino como una anécdota desagradable de su prima; y está claro que así era como debían empezar las parejas, sin ocultarse nada, diciendo la verdad en todo momento. Intentaba que por mi parte fuera así, pero tenía dos grandes secretos que me ahogaban, mis amigas de farmacia y los jodidos peos; no tengo ni idea si me los tiraba durmiendo, pero es verdad, que en todo el tiempo que llevábamos juntos nunca me los tiré, pues ella de vez en cuando se dejaba caer con un:

-Porque el respeto es muy bonito.

Las latas en las que ponía los bolígrafos, lápices y demás herramientas, eran latas de refrescos y de cervezas, a las que les recortaba una de las tapas y así se quedaban unos vasos muy coquetos, de lo más cojonudo que hay.

Poco queda que decir de ese año, en el que muchas cosas se fusionaban con el otro, a pesar de que volvimos a cambiar de casa, sin saber por qué, pues en todo el año lo único que se rompió fue una tapa del baño, y que al final se la pusimos; quién sabe si Águeda perdió la confianza en mí o si tal vez me perdonó todo y quería empezar una nueva vida conmigo en otra casa y por tanto en otra zona, más cerca ésta del centro de La Laguna, aunque muy poco transitada. Iríamos a casas del estado, muy pequeñitas; en general el barrio daba mal aspecto, y no había señales de que por allí vivieran muchos estudiantes; de echo, en nuestro bloque no vivía ninguno más aparte de nosotros.

Pues me equivoqué, en junio no aprobé más que bioquímica; en Septiembre aprobé Fisiología Animal y Técnicas instrumentales, de todas formas sí les digo desde ahora: a las fechas no les hagan mucho caso, pues es en la época actual en que vivo, en la que más suelo fijarme de esas cosas; que por otro lado no creo tan importante; otra cosa sería que uno fuese un historiador, pero no lo soy.

Nos fuimos todos del piso, cuando todavía no había terminado todos los exámenes, que ya dije no me fueron nada bien.

Me quedé haciendo algún que otro examen, pero lo realmente importante era que me iba de vacaciones; incuestionablemente Águeda esto no me lo perdonó, pues me iba, nada más y nada menos, que con las chicas de la clase, a las que pertenecía nuestro clan.

No tengo ni idea del dinero con que me fui, aunque por lo que recuerdo, eran tres mil quinientas pesetas lo que llevaba, sin contar el pasaje. Cuando fuimos al barco, que salía de Los Cristianos, me dio rabia el ser tan pobre, y ver a unos veinteañeros con un jeep descapotable, que salía o entraba al barco; tenía claro que ellos eran ricos, mientras que yo era pobre, esa fue la nota más característica de esa tarde en que embarcamos.

De ese viaje tengo tan sólo anécdotas sueltas, por ejemplo, la primera noche, la pasamos en un bar al final de una plaza, allí empezamos a beber, a charlar y a cantar de tal forma que decidimos hacer una vaca que manejaba Toñín y del que no me fiaba lo más mínimo, por lo que me puse a su lado, a ver cómo administraba el dinero; de esa

e-libro.net

manera, en el mismo bar estaba en otro ambiente, el de “caballeros”, con el dueño del bar, al que según parece Toñín conocía. Quise ir al otro lado del bar, donde había estado al principio, pero no compaginé ya mas, por lo que volví de nuevo con Toñín, no recuerdo si Pilar Gallego (Pilarillo la del Morcillo) estaba con nosotros, quiero recordar que sí. No tengo ni idea de cómo Toñín, gratuitamente nos consiguió una casa en la que pasar la noche; Toñín del dinero común compró chicles, le pedí uno y el resto se los guardó en el bolsillo. Empezaban bien este negociante. En la casa, habían dos habitaciones con camas, en la más cerca de la salida y del baño, había una cama grande y otra pequeña, en ese cuarto la gente de Tenerife, se puso a pelearse unos con otros para ver quien se quedaba en esa cama, había cerca de siete u ocho personas en el cuarto; yo, que no estaba de humor para payasadas, me fui al pasillo, ni siquiera al otro cuarto donde quien comandaba el grupo era Pilarillo, y con quienes podría haber congeniado perfectamente; allí me puse atravesándolo a lo ancho, de tal forma que mi cuerpo medía casi el ancho de éste; de repente siento que algo pasa a veloz carrera por encima de mi cabeza, mi sorpresa fue grande al descubrir que se trataba exactamente de eso: un ratón. Este bicho, a pesar de mi fobia, no me quitó las ganas de dormir, cosa que hice al instante.

A la mañana siguiente, cuando pude, me duché, aunque para ello hube de esperar muchísimo; cuando desperté la gente estaba ya en marcha, lo cual quiere decir que seguramente fui una de los pocos que durmió. Saqué un par de fotos, y ese fue mi desayuno; más tarde pararíamos frente a un bar y nos tomaríamos lo que conocí por primera vez: un “barraquito”, esto es, café con dos o tres tipos de leche, exquisito.

Nos fuimos luego por unos caminos de tierra, muy verdes por su vegetación; encontramos un pequeño arroyuelo, al que consideré un río, con sus puentes y demás; soy un ignorante absoluto, en cuanto a viajes y no había visto ningún río, así que aquellas tres gotas lo eran para mí.

Allí dijo Tomi de bañarnos, nos pusimos los dos en bañador y nos metimos dentro, el agua estaba supercongelada, por lo que tengo una foto en la que de lo encogido que estaba, sólo se me ven unas ligeras fibras por todo el cuerpo, era mi musculatura. Era fibroso, pero estaba demasiado flaco. También estaba May en biquini el cual le quedaba grande, no me gustaba como le quedaba, aunque no puedo hablar, pues yo usaba el Turbo, que ya saben que se me veía la raja del culo, de lo estrechos que me quedaban, es que no tenía dinero para comprarme otro. La que estaba buenísima, era la que saldría con Quique, tenía un cuerpo de lo más formadito, las tetas se le salían de los lados del sostén, éste le quedaba perfecto, estaba realmente buenísima.

Después del baño, al que sólo nos atrevimos Tomi y yo, nos secamos y vestimos; vimos una ermita en el camino, de ella no recuerdo si estaba abierta o cerrada, casi mejor que estuviese cerrada, pues mi postura hostil hacía lo religioso, llegaba a lo irreverente; en esa época entraba cabizbajo a dichos centros, luego dentro, lo que me interesaba era ver los monumentos y las imágenes que ahí se veían, medios de culto, ante las que tenía dudas.

Dejamos el bosquecillo y ya no me acuerdo qué más hicimos ese día; seguramente fuimos a una playa, de nudistas, aunque no era de noche se sacó una caseta y la montamos; estabamos algo bebidos, al menos yo, para variar, aunque me da que había más gente como uno, eso espero, mas que nada, para no ser siempre el único que hacía el ridículo. Fuimos Octavio y un servidor al coche, para buscar algo, cuando salimos, la poca práctica de yo coger la llave, la dejé puesta en el contacto, y cerré igual que casi siempre hacía, pero esta vez con la puerta del chófer (cosa rara en mí, pues siempre estaba en la del copiloto) con el seguro puesto; cuando cerramos Octavio me pidió la llave, y le dije:

-No, yo no la tengo.

Miramos al interior y observamos que estaba dentro.

No tengo ni la menor idea de cómo Toñín llamó al dueño de la casa de alquiler del coche y quedó con él para que al día siguiente le mandaran una copia de la llave en la guagua que hacía el trayecto desde la capital y recorría toda la isla. Me quedé más tranquilo, pero me aislé del resto del grupo pensando en que se reirían de mi ineptitud, por lo que pasé delante de la tienda de campaña y me fui a la playa contigua a la que estabamos, y allí estuve paseando y quejándome de mi mala suerte e ineptitud. No sé si dormí, y si lo hice, dónde, pues la mente que es muy buena con todos, hace que olvidemos lo malo de nuestras experiencias, y nos quedemos con lo bueno.

A la mañana siguiente, muy de mañana fui a buscar a Toñín, también fue con nosotros May, nos metimos, en un bar donde advertimos al que despachaba para que nos avisara cuando pasara la guagua; le contamos lo ocurrido y dijo que de acuerdo.

No habíamos desayunado, lo que no fue motivo para que nos tomáramos unas cervecitas y algunos vinitos; nos quedamos todos muy contentos, no recuerdo si May bebió mucho o no, algo sé que sí.

e-libro.net

Cuando llegó la guagua estábamos exultantes, éramos compañeros y amigos del alma, eso es lo que hace el alcohol. Me quedé algo más tranquilo, aunque sí he de decir que aún estaba bastante avergonzado, y para más *inri*, me fui a la playa, sin saber que era de nudistas, donde vi a Pilarillo sin la parte superior del biquini, por lo que le dije:

-Pilarillo, ¿ésta playa es de nudistas?

-Sí -me confirmó ella.

Y ni corto ni perezoso, me quité el mío; desde allí sentí las malas lenguas de los chicharreros, que se quedaron más arriba, sin quitarse ni una pieza de ropa; allí también estaban Octavio y Tomi; aunque según recuerdo, el último fue a hablar con nosotros. No sé cómo deshice el entuerto; esto de ser liberal con la gente de farmacia no cuadraba, era totalmente absurdo e ilógico, y, para mí, vergonzante, pues todo lo hacía al revés que el resto del grupo, lo cual se traducía, en que uno era el raro y todo lo hacía mal.

No recuerdo cómo pasé ese trago, pero lo pasé; nos fuimos ese día a la casa en la que habíamos estado la primera noche, para bañarnos y demás; bebíamos mucho, pero lo que se dice comer casi lo habíamos olvidado.

Confiaba mucho en Tomi como piloto, y yo de copiloto; detrás iban tres chicharreras que se metían con nosotros, sobre todo con él que era el que conducía, y al que por más seriecito tenían, porque nos fumábamos porro tras porro. Recuerden la “plantación” que tenía y que recogí al final de curso.

Del viaje relámpago, poco más se puede sacar, a no ser que me sentía cada vez más indefenso ante las armas de May.

Llegamos a La Laguna, y allí las niñas dijeron de ir a comernos unas pizzas en Santa Cruz, yo tenía muchisimas ganas, pero no tenía dinero, y no recuerdo si se lo pedí a Tomi prestado, al que nunca me había arriesgado a pedirle, pues piensen que él se hacía pasar por pobre, cuando algo (no mucho, pero si bastante más que yo) tenía.

Según me dijo muchísimos años después a él le mandaban por ese entonces veinte mil pesetas (yo no lo creí cuando lo dijo, pues por el tipo de vida que llevaba, sé que debía recibir más; a mí me mandaban unas trece mil pesetas, unas mil más que el año anterior, pero seguía siendo insuficiente; de todas formas algo me decía que no pidiera más a mi madre (por alguien supe años después, que ella no tenía casi dinero ni para comer, pues mi padre no le mandaba ni un duro).

Al final fui, tampoco quería ir pues no tenía ropa distinta con la que salir de fiesta; Tomi si llevaba una camisa nueva, aunque no puedo asegurar cuál era. Fui vestido como siempre, y era por ello por lo que iba desmoralizado, si a esto sumamos que estaba ante el gran dilema de la pareja de “siempre”, o una nueva.

En la pizzería, de la que no sé el lugar exacto dónde quedaba, pues era la primera vez que íbamos (y la última), estaba en Santa Cruz; era la primera vez que íbamos al terreno de ellas con ellas. Se pasó más o menos bien, aunque me sentía mareado y avergonzado ante tantas luces. Allí hubo juerga de la grande.

Fue al día siguiente, pues no había motivo para retrasar más la ida, cuando dejamos La Laguna y nos fuimos a Las Palmas, unos en Jet foil, y yo en barco; esa vez Octavio se fue con nosotros en barco, pues se llevaba el coche; fuimos en el trayecto bebiendo y fumando marihuana; nos adueñamos de una mesa de ping-pong en la que nos pusimos a jugar, pude observar que Octavio jugaba muy bien, a quien no se le daba casi nada era a Tomi. Hay que ver el más viejo de los tres era yo, les llevaba de medio a un año, y encima era el más golfo, y por qué no decirlo, también el más amargado (bueno y lo que saltaba a la vista, el más pobre) y el más tolete, llevaba la mejor camisa que tenía, una de cuello mao, que me quedaba justita; me la llené de vino, y por un momento pensé: “y cómo me presento ante mi madre, después de haber acabado hace tiempo los exámenes, y sucio de vino y encima borracho”.

En el coche de Octavio, dejé una “quima” de hierba, que por lo que parece fue un disparate pues a punto estuvieron los padres de encontrarla, según me dijo tiempo después.

Ante mi madre me desbarajusté.

Siempre he pensado en cómo van pasando los segundos, y a veces me pasa que me digo que el momento este en el que vivo, que ya es pasado, no lo volveré a pasar nunca más.

Las niñas de Santa Cruz, habían quedado en ir a Las Palmas; por primera vez, me había puesto a dar clases particulares, y tuve unos cuantos alumnos a los cuales se preocupó mi hermana Pilar de buscar, pues ella (a parte de que viajaba muchísimo, y que estudiaba más lejos) llegó mucho antes, y me incluyó en sus carteles. Lo que no recuerdo es si pedía mil quinientas por alumno y por mes, o poco más; aseguraría lo primero, aunque les asombre tan poco. Tenía unos cinco alumnos, y ya supondrán que el dinero no podía pedirlo por adelantado, así

e-libro.net

que estuve con las niñas sin dinero, a pesar de que le pedí algo a mi madre; del tiempo que estuvieron en mi isla, solo las vi un día con su noche; fuimos a buscarlas a la pensión-hostal, donde se alojaban y allí vi a May con su conjunto verde de camisa y falda (posiblemente fuera hecho a mano, no se extrañen, pues no le quedaba excesivamente bien), pero para mí estaba hecha un sol.

Nos fuimos (en los coches de Octavio y Tomi) por donde estaba el antiguo Hospital Inglés, desde donde las vistas son magnificas, casi iguales a las de mi casa, las dos están cada una en una loma y mirando hacía el mar. Allí le indiqué a May dónde estaba mi casa, y la de Octavio; si me creyó o no, es cosa de ella, pues sé que es difícil de creer que viviera en una buena casa, sobre todo para aquella época, y que nunca tuviera dinero.

Creo que no las vi más, debía rehacer mi vida junto a Águeda y eso intentaba hacer.

Quería sentirme de nuevo unido a Águeda, aunque a veces intuía que entre ambos había una gran muralla que no dejaba que nos reconciliáramos, más por parte de ella, que por la mía. Me había portado fatal con ella, aunque en ese momento no lo veía así; no es extraño que a partir de ahí Águeda ya nunca fuera la misma, puede ser, pero yo no percibí grandes cambios, a no ser que me sentía lleno, tenía mi tiempo ocupado y luchaba por algo, que mis alumnos salieran adelante.

Daba clases todos los días, y encima tenía varios grupos en el mismo día. Recuerdo en especial uno de ellos, donde había un chiquillo que estudiaba EGB, era golfísimo, siempre hablando e interrumpiendo el buen funcionamiento de la clase, era de familia rica y de él pensaba, “Mira que hay que ser mimado y consentido para gritar tanto contra ‘el orden’ y suspender encima EGB”.

Había también dos chicas, una no la recuerdo en absoluto a pesar de ser en ella en quien más me fijaba. Frente a mí se sentaba una chica inteligente y discreta, tanto que no me había percatado de que existía, hasta que vi sus inteligentes ojos un día ya avanzado el verano.

Junto a mí se sentaba un jovenzuelo en el que tenía grandes esperanzas, pero que cuando me di cuenta, no había aprendido nada.

Las clases las impartía en la mejor habitación de la casa, en el salón, mi madre lo había habilitado para tal fin.

Un par de veces les dije a mis alumnos:

- A ver, ¿quién quiere ser presidente del gobierno?

Lo decía con todo el corazón, pues la clave del éxito era estudiar y desear algo con todas las ganas de las que uno sea capaz. Pero no voy aquí a hacer un manual de superación, aunque quién sabe si al final del libro, esa es la moraleja, la cual a estas alturas todavía no lo tengo muy claro.

Las clases las daba por la mañana. Mi hermana Pine me hacía a veces el cortado y me lo llevaba al salón, diciendo:

-A ver, el cortadito para el profesor.

Yo previamente les había preguntado a mis alumnos si alguno quería café, aunque me imaginaba que me iban a decir que no, tal cual hicieron, pues eran jóvenes como para tener ese hábito.

Por las tardes, antes de ir a ver a Águeda, me preparaba las clases, aunque me resultaba algo desagradable, pensaba: “Bueno, ahora a prepararme las clases para estos chicos. !Uah, qué asco!”, algo se revelaba en mí, no tenía cariño por nada de lo que hacía. Tal era el disgusto, que una vez le dije a mi tío Joaquín, sobre el por qué no me preparaba muy agusto y tampoco mucho dichas clases con la frase que sigue:

-Bah, ese no es mi trabajo.

-!Pero ahora sí! -dijo indignado mi tío.

Aunque no estaba a gusto, lo estaba mucho más que otros años, justo lo contrario le ocurría a Águeda, quién no creo que se contentara con mi trabajo, pues me veía más yo, menos dependiente de su monótona vida.

Las clases que daba principalmente eran de Física y Química, y Matemáticas, de los distintos niveles, aunque estaba dispuesto a dar cualquier cosa de ciencias, de lo que lógicamente más entendía, aunque me pareciera siempre que era un mierda en eso.

Los libros que usaba para prepararme las clases, eran los mismos que yo había utilizado esos cursos, y en todo caso mis otros hermanos.

Cada vez que llegaba a mi casa me asombraba lo grande que se estaba poniendo mi hermano, lo guapetón y hombrón que se ponía (más tarde pensaría que esto eran chulerías y amarguras, frustraciones por todas partes).

Ya adentrado Julio, casi en Agosto, me llamó el padre de una chica, que estaba en COU y había suspendido la Química, me dijo, que si yo me hacía cargo de ella, costase lo que costase. Con mi sangre fría le dije,

e-libro.net

pensando en que esa asignatura me la debería preparar más a fondo y que era una hora de lunes a viernes con ella sola:

-Yo cobro tres mil quinientas al mes, y haré todo lo posible para que apruebe...

Él me dijo:

-Por el dinero, lo que haga falta.

-Yo cobro tres mil quinientas al mes -volví a decirle.

Con estos dimes y diretes estuvimos unos cinco o diez minutos, él no parecía entrar en razón. Al final me mandó a su hija.

"!Guau, que chorbona más buena!" pensé al verla; le daba clases en uno de los pisos, al que mi madre llama interior, y que realmente da a las chabolas, esas puertas a la calle, no se abren nunca. Pensaba tan sólo en acostarme con ella, era una mujer de bandera, guapa y prepotente, de esas que nada de lo que se les ponga delante evita que hagan lo que realmente quieren.

Vestía muy bien, estaba claro que no pasaba necesidades (cosa que tal vez no podría decir toda su vida; esperemos que no se vea nunca necesitada).

Le explicaba Química de COU, mi asignatura preferida, no sólo por la cantidad de químicas que llevaba cursadas, sino porque el libro que usé en COU (de Anaya), lo miraría más de una vez durante la carrera, para afianzar y fijar ideas de base (que muchas veces, no eran de tal base, pero bueno ...). La chica, no sé si tenía cumplido los dieciocho años; seguramente tenía esa edad, y ella estaba ávida de libertades; puede que en su casa la tuvieran reprimida, lo cierto es que ella, todo su ser, parecía que iba a reventar. Estaba explosiva; era rubia y de ojos claros (igual que yo). Muchos días, pensé, pues le daba clase a la entrada del piso, dar un ligero paseito con ella por toda la casa, y llevarla al cuarto, y allí follármela toda. Me contuve, por fortuna. Solía usar minifaldas, era provocativa, en fin, de esas mujeres que a uno se le queda grabada en la memoria, si bien ante ellas uno se contiene, a pesar de pensar en que debía hacer todo lo contrario. No recuerdo si aprobó o no, creo que llamó por teléfono y dijo que sí.

La forma de cobrar a mis alumnos, consistía en mandarles un recibo, de esos que tanto abundan por ahí cómo de recibido tal cantidad por tal concepto, a modo de aviso, metido en un sobre blanco. Tal cual les dije, cobraba a finales de mes.

El alumno que se sentaba a mi izquierda y que no levantaba los ojos de mis folios, pues yo explicaba en los folios (ahora que lo pienso puede que los "saturara" a fórmulas y problemas, pero era de la idea que de todo lo expliado, con algo se quedarían, y esperaba que ese algo fuera suficiente para aprobar, y más en Septiembre, donde los profesores tanto bajan el nivel), solía ir con vaqueros y camisetas algo desteñidas, no me fijaba mucho en él, pensaba que sabía lo que se traía entre manos aunque luego me daría cuenta de que no; era algo retrasado, o quizás le hiciera falta una atención especial, y no pudiera seguir el frenético ritmo que les imponía en mis clases; pero allí me debían seguir todos, era su obligación.

Seguramente daba unas cuantas horas al día, pues a la "folladora" le daba también una hora todos los días.

La chica más inteligente de todas, y que siempre estaba muy callada, sin querer destacar nunca, iba vestida con trajes de corte clásico, que no viejos (cómo sí me ocurría a mí, que usaba ropa de herencia) se sentaba frente a mí, y estimo, o al menos eso deseo para no sentirme un frustrado, que ella sí me seguía y debió ser siempre, (el que me siguiera) pues nunca me interrumpió porque algo no entendiera; no destacaba en nada, motivo por el que no me acordaba de ella. Salvo de la buenorra, no me acuerdo de las caras de los demás. De la empolvable sí me acuerdo de ella, pues años después unos seis o siete, la vi y llevaba un hijo a cuestas, aún no se había casado; de prepotente pasó a ser una madre soltera que seguramente alimentaria a su hijo,gracias a su papi, pues lo que es ella, cuando le di clases lo que intentaba era estudiar turismo, carrera que empezó en esa época a tener ciertos adeptos en la isla. Desconozco, aunque se lo pregunté, si la había hecho o no, mas bien me huelo que no.

En La Laguna, usaba tarjetas de crédito: "Clave Card" se llamaban las de la Caja Insular de Tenerife; al ser distinta a la de aquí (Caja Canaria) no creía que la pudiera usar. El uso que le daba no era muy frecuente, y casi siempre para sacar cantidades de risa, oscilaba dichas sumas entre trescientas y quinientas pesetas, salvo al principio de mes, en que sacaría probablemente diez mil pesetas, cinco para el piso, pues los pisos parecían invariablemente costar por inquilino las cinco mil pesetas.

e-libro.net

Las otras cinco mil pesetas eran para gastos varios, todos relacionados con la casa y la alimentación y cómo no, unos seis u ocho cartones de cigarros Coronas, en los que pensaba que no se gastaba tanto, pero que efectivamente era un gasto innecesario.

Al final, los últimos años que estuve en La Laguna, la cantidad mínima a sacar permitida, eran quinientas pesetas por operación bancaria.

Hoy, sé que ciertos bancos tienen “cuentas jóvenes” para estudiantes.

Habrán visto que este año no fuimos a Los Secos, pero en cambio fuimos un par de veces al campo.

Una vez, nos fuimos a Santa Cristina, a casa de Carlos M., estaba su hermano, y tras ver la casa por dentro, impresionante, toda nueva, con una parte a la izquierda donde estaban los dormitorios, y el salón principal, con chimenea que nunca llegamos a usar. A la derecha se encontraba el salón comedor, con la tele; una barra y detrás de ella la cocina, enfrente la despensa, y al fondo un estar. Tenía según se miraba para abajo, en la falda de la montaña, un huerto, el que Carlos M., que estudiaba ingeniería agrónoma, lo cuidaba a veces, no mucho, pues ya se sabe un ingeniero no suele plantar ni recolectar, lo que hace es supervisar.

Recuerdo que esa vez sacamos fotos, así, después de ver la casa, nos fuimos al campo; en el trayecto le saqué unas fotos a la gente, sobre todo a Águeda, a la cual la saqué de espaldas, al lado de Miguel (que fue sin Ana), y algunas más. Ese año debía haber llovido pues se encontraba todo verde, y lo que estaba seco por el sol, estaba muy crecido. Nos tumbamos en el suelo y a saber qué hacíamos, yo al no darme de beber ni de comer, empecé a impacientarme y a aburrirme. Ese día, por primera vez, desde que había empezado la carrera, consideré a Miguelo un humano, esto es, no un ser superior a imitar; no, todo fue, porque el estaba haciéndose el “Mac Keijan” (o sea dándose el pisto de forma descarada y vergonzante) subido a una bicicleta del hermano de Carlos, con unos guantes de cuero. Cuando finalizó la larga caminata, al menos larga para mí, que siempre me consideré un individuo de asfalto, que se divertía en las playas, y que aunque en La Laguna iba a algunos campos, en Las Palmas intentaba no ir, nos sentamos encima de lo que parecía una caseta de campaña, más concretamente el sobretecho. Allí descansamos, y luego nos fuimos, a la casa, donde ahora a mí y a Águeda, nos sacaron una foto, Miguelo; esperaba que me dieran un güisqui, pero no me acuerdo si fue así o no.

No hicimos noche, aunque no sé en que coche bajé; durante las idas a esa casa, que no fueron muchas, una de las últimas, ya no era bien recibido.

Otro día de ese verano, nos fuimos al barranco “La Mina”; Miguelo y Ana habían ido un día antes y habíamos quedado en el bar que hay cerca del comienzo de dicho barranco, allí nos tomamos unos vinitos y un trozo de queso, mientras Miguelo y Ana se besuqueaban, yo no lo hacía con Águeda más que en la intimidad. Cuando terminamos nos fuimos al barranco; se llevaron un gran disgusto la otra pareja, al ver que sólo estaba la caseta, y que ni los sacos ni las mochilas estaban dentro.

Miguelo dijo:

-Yo vi a dos personas raras en medio de un desfiladero formado por dos grandes montañas.

Allí los dos, cada uno por la falda de las dos montañas, fuimos bajando y bajando, siguiendo a no sé quién.

Después de media hora de persecución, grité a Miguelo, de una a otra montaña, que no se veía a nadie; él, aunque está claro que tendría ganas de seguir (y que de hecho siguió algo), al fin se detuvo y regresamos cabizbajos y derrotados, a donde estaban las mujeres. Decidimos volver, por lo que nos fuimos al pueblo más cercano a coger la guagua que nos llevara a nuestras casas.

Cuando llegué a mi casa, mi madre se extrañó muchísimo, pero cuando le conté lo sucedido se calmó. Igual que siempre, no llevaba mucha comida (pues había que hacer economías). A pesar de ello y como he dicho, la carne en la casa no faltaba, y me atiborraba de ella, pues no la comía nunca en La Laguna, engordando unos cuantos kilos, que me resultaban de lo más pesado e incómodo.

Estas salidas las hacíamos de viernes a domingo, pues ahora debía cumplir con mis clases particulares.

Un día cualquiera entre semana, por la tarde, me encontraba en mi cuarto con la cama frente a la puerta, estaba tendido de espaldas, y excitado, con el pene al aire, y estaba preparándome a masturbarme, cuando mi hermana Maru entró en mi cuarto diciendo:

-¡Antoni..... ! !Ay, perdón!

Me dejó cortadísimo, y por supuesto, ya no pude seguir meneándomela.Me imagino que ella también se quedaría de lo más cortada.

e-libro.net

De este incidente no hemos vuelto a hablar hasta la fecha, lo más probable porque nos de vergüenza a ambos, al menos a mí sí. Era raro, pues en general me masturbaba viendo revistas, y por lo tanto suelo estar ladeado, pero ese día no tengo ni puñetera idea de por qué estaba tumbado boca arriba y en plena erección. En fin, qué le vamos a hacer, espero que no vuelva a ocurrir.

De Santa Cristina, lo único que saqué en limpio fue una foto de Águeda que amplié. Hacía ampliaciones, ya que por cada rollo revelado de fotografías, regalaban una. Al final, se podía elegir entre un rollo nuevo o dicha ampliación; de todas formas esto ya no me importaba tanto, pues me había pasado a la diapositiva, salvo alguna que otra vez, si no tenía dinero en el momento de comprarlas, o si pensaba sacar alguna foto para ampliar, pues usaba un carrete de fotografías. La diapositiva siempre me gustó, a pesar de que las miraba por un pequeño visor al uso, alguna vez le pedía al compañero de piso (el homosexual), de Tomi el proyector, pues él tenía uno, las miraba allí, y en Las Palmas, nos íbamos, cuando Tomi podía, a casa de la hermana, que vivía en una casa del estado, pero bastante grande; tenía allí su nido de amor, la hermana mayor de Tomi, muy coqueto. No recuerdo cuantos años siguieron la pareja ahí, ahorrando, para con el tiempo comprarse un piso en la avenida de Las Canteras, cerca de los dos pisos unidos de los padres de Tomi.

Esa gente había prosperado mucho, al menos así me lo parecía a mí, que cada vez era más y más pobre. Mi padre, más que beneficiarnos nos hundía más y más; la farmacia, según dijo, la vendió en diecisiete millones, de los que una parte superior a la mitad se la quedó él; cuando se efectuó la venta, mi madre recibió siete millones. Pero así y todo no nos dio respiro (ya no solo el que estafara a todo el mundo diciendo que la venta había sido por esa cantidad, cuando fue por mucho más, piensen que unos dos años después, se vendió una farmacia por la misma zona en unos cien millones: “disfruten la diferencia”), sino que embargó la casa donde vivíamos en catorce millones, de los cuales cada conyugue debía pagar siete quilitos, casualidades de la vida; son cosas que en este momento no deseo recordar. Se quitó el embargo pagando mi madre cuatro millones, pasando así la casa a ser nuestra, bueno de mi pobre madre, que tanto luchó y lloró por nosotros, siempre a escondidas.

Ya que las desgracias no vienen solas, su madre se murió de ochenta y dos años, probablemente triste al ver lo mal que le iba a su hija; poco después, en cuestión de un par de meses mi abuelo enfermó; recuerdo irlo a ver y decirle:

-¡Ánimo, Chico!, hay que seguir luchando.

-Sí, sí, ya lo sé –fueron las últimas palabras que le oí decir.

Siempre se portaron muy bien con nosotros Domingo y Conchita, y me intentaban dar, sobre todo Domingo, el amor de padre que nunca tuve. Me dijo cierto día, cómo “los chicos”, estando en su casa de Taliarte, se dieron un beso en la boca a escondidas, demostrando y confirmando su amor. Esto cuando me lo dijo, y ahora que lo recuerdo, vale más que todo el dinero del mundo.

Mientras recuerdo de forma alocada estas cosas, que no vienen tan acorde con la tónica del libro, no puedo evitar que se me salgan las lágrimas al ver tales demostraciones de afecto y cariño entre las personas.

Por ello, porque no he aprendido a ser lo suficiente cariñoso con la gente es por lo que muchas veces me digo que no valgo para nada.

Cambiando el tercio, comento ahora mi forma de estudiar habitualmente, la primera leída era algo rápida (quizás demasiado, según estimo ahora), y no me enteraba prácticamente de nada, más que una somera idea de lo que trataba la asignatura, y a veces ni eso; esa primera leída la hacía subrayando casi todo con lápiz azul, o con lápiz portaminas (de esos que no hay que afilar, y que parecen un bolígrafo) aunque éste último lo solía reservar para hacer los problemas, de la asignatura que fuera. La segunda leída, ya usaba la otra parte del lápiz azul, la que era de color rojo, esta parte era la que menos usaba, por lo que estaba siempre más larga la parte del lápiz roja que la azul; subrayaba ciertas cosas, las que creía más importantes, aunque a saber si no serían las que entendía; en ulteriores repasos (con el curso de los años, pues en esos años costaba demasiado caro para mí) usaría los fosforescentes, aunque poco, para que duraran.

Tuve que cambiar de tercio pues la pena me estaba destrozando.

Todavía sentía deseos de experimentar fotos con Águeda; no puedo asegurar si ella me quería en esa época, o simplemente había empezado a “desenamorarse” de mí, por las trastadas que le había hecho con May.

Siempre que, con frecuencia, pierdo el tiempo, y cada vez más, me entra un desasosiego, que no sé si se parecerá al de Fernando Pessoa, pero que es muy cierto.

Eso me pasaba antes muy a menudo, y a veces me veía impotente al ver cómo lo perdía; ese verano, parece que lo aproveché algo más, al menos daba clases particulares y no bajaba del todo la guardia.

e-libro.net

De algún sitio de la familia, se oía: “Qué trabajador es Antonio”; quizás, o mejor: seguramente, era para darme ánimos, e indicarme que ese era el verdadero camino; no puedo asegurar con qué sentido lo decían. Hasta hacía poco, perdía el tiempo tontamente y durante demasiados días. Como les conté, cuando en La Laguna me decían de salir un día, generalmente el fin de semana, yo estaba haciendo planes desde días antes, así me pasaba delante de los apuntes horas, pero sin concentrarme, pensando en la salida; eso intento que ahora no me influya tanto, quizás por que salgo poco, y lo que salgo también me parece demasiado; me aburro muchísimo en las salidas, y más si son con mucha gente. Antes y ahora me dan a veces, muchas veces, “malas vibraciones” el mundo que me rodea y me pongo a pensar más menos: “Qué aburrimiento, yo estaría ahora, leyendo, estudiando, en fin haciendo mil y una cosas prácticas”.

Recordarán que al principio del verano, iba a ver al Lu, y al igual que siempre, seguía pareciendo que era el demonio personificado comparándome con él; me daba miedo quitarle la ilusión que él tenía, pues en el fondo siempre pensaba: “¿Y si él tuviera razón?”; a pesar que nunca le dije que no creía; él, ya dije, me hablaba mucho del anticristo, no puedo decir, si por mí, o sea porque yo lo fuera, o porque lo fueran mis profesores, o mis “grandes amigos y compañeros”, de los cuales también despotricaba ante él; lo cierto es que con él hablaba una barbaridad, pero un máximo de un día o dos, después me iba con los que tanto despotricaba, quizás porque consideraba que él no tenía la categoría de mis amigos, error que llegaría a comprender más tarde. Siempre lo consideré un gran amigo, aunque nunca llegué a acertar con la palabra que lo definiera; hoy que me considero un buen amigo de él, sin embargo lo considero un poco necio. No obstante sé que me debería ver en su situación, y ver qué es lo que hago entonces; pasó de ser el líder del grupo, a una especie de payaso (que él y Él, me perdonen, pero es la sensación que me daba).

Aunque, si él era un payaso, yo era un bufón, con grandes ansias y miras, pero sin hacer nada al respecto.

Ya saben que los veranos y vacaciones dormía un huevo; ahora lo hago los fines de semana, y es una cosa que siempre me ha puesto y me sigue poniendo malo.

No tenía en esa época casi libros, y menos en mi casa de Las Palmas, pues, pocas veces me planteé que me iría a Las Palmas o si por el contrario me quedaría en Tenerife; digo que pocas veces me lo había planteado porque lo daba por hecho, me iría a Las Palmas, mi tierra, que aunque no lo pasaba bien en ella, era mi tierra, y allí conocía a gente de toda la vida; siempre pensé que lo de La Laguna era transitorio.

Cuando llegaba a Las Palmas, otra visita obligatoria era ir a ver a mis tías paternas, Dulcina y Mila, eso lo hacía casi por obligación; en cambio ir a ver a mi tío Joaquín lo hacía con muchísimo gusto, no sólo porque me invitara a algo, que sí lo hacía, sino por que siempre me pareció una persona muy culta y muy inteligente, que siempre tenía buenas palabras para todos.

Cierto día le comenté:

- ...porque estamos en este mundo de especialistas y especialidades.

-Ya estás como los americanos, que uno clava un clavo de una forma, otro lo hace de otra , y que fuera de eso no saben hacer nada más.

Me hizo un dibujo sobre un papel de círculos concéntricos, y dijo:

-Así somos nosotros, que vamos estudiando circulo a circulo hasta llegar al centro...

Ahora pienso que los americanos estudian en línea recta, que es la distancia más corta entre dos puntos, pero que efectivamente, fuera de ahí, no tienen ni zorra idea.

Fue el paso de los años, lo que me hizo querer al “Viejo Continente”, al que ya o quizás años después, empezaría a querer y respetar. O sea Europa sería el padre, mientras que América sería su descendencia, y USA el intrépido hijo rápido e inquieto, que hace cosas que parecen geniales, aunque a Europa las mira y observa si son erróneas, si nos valen o no.

Desde que tuve este tipo de impresión sobre los continentes, lo he mantenido al paso de los años, así lo sigo creyendo, América, hace cosas tan rápidamente (las hace y asimila), que a los europeos casi no les deja tiempo de darse cuenta. Pero bueno, esto me imagino que no debe ser tan sencillo, y aunque he pasado una temporada pendiente de la política, nunca,ya saben, ha sido este tema mi fuerte, lo cual no quita para que me haga una serie de reflexiones sobre el mundo, al cual, no creo que lo vaya a cambiar por estas fruslerías de mi raciocinio.

Iba algo a la playa de Las Canteras, para contrarrestar la ida a Los Secos. Me sentía mucho más útil, más seguro de mí, y encima podía disponer de mi dinero.

e-libro.net

Alguna vez fuimos a Montaña Arena, las tres parejas, Tomí, Herse, Miguelo, Ana, Águeda y yo; seguíamos yendo en el Charade de la hermana de Tomi; entre todos poníamos la gasolina, a pesar de poner más de lo necesario, por ello no discutíamos; Tomi siempre salía con su cuento:

-No podemos cargarlo mucho, pues este coche tiene un motor de lavadora.

Sé que es posible que el coche no tuviera muy buen motor y que no era suyo, lo tenía que cuidar, pero a veces parecía excesivo el buen trato que le daba.

Quizás yo fuera igual que él, si el coche perteneciese a alguien de la familia, aunque no creo, pues una vez le pedí el coche a Pepe, el marido de Maru, y no lo tratamos tan bien; era Tomi quien lo llevaba y lo cargó hasta los topes; es cierto que no pesan lo mismo los bártulos que las personas.

En la playa, todos éramos nudistas, yo hacía infinidad de deportes, nadaba, jugaba con el disco, sebaba olas una tras otra hasta quedar extenuado, lo cual no solía ocurrir muy tarde, pues con lo que fumaba, no era de extrañar que mi "fondo" no fuera excesivo, a pesar de ser el que más deporte hacía de los seis, al menos durante el curso, pues en verano intentaba correr pero el calor y la hora (las siete u ocho de la mañana), era excesivo para mí.

En dicha playa solíamos pasar dos o tres días; cuando llegábamos, los viernes, acostumbraba haber poquísima gente, aunque el fin de semana se llenaba. Pero el primer día era magnífico pues habrían en total, a parte de las tres nuestras, otras tres o cuatro casetas más; la playa podía considerarse desierta, y siempre es un gustazo pasear por la tarde-noche, por la arena de las playas de esta isla. Lo que me seguía preocupando y siempre me preocupó, es qué se hacía con las montañas de basura que había en la playa, justo por la bajada a ella; pensaba que cuando la marea subiera mucho, (en la época del año que esto ocurría) se la llevaría toda el mar, y quién garantiza que no se quedaran cerca vidrios y latas cortantes. No tenía noticia alguna de que fuera algún camión de la basura por allí; tampoco sé si alguien la quemaba o no; por lo que parecía a mí no era el único que este gran detalle preocupaba, pues alguna vez vi que el periódico trataba este tema.

Ahora hace tiempo que no voy por esa parte de la isla, motivo por el que no puedo asegurar si está construida con edificios de bloques (cosa que sería lo más probable en esta isla) o con casitas monas, o si bien está aun sin urbanizar, cosa que me agradaría sobremanera.

Las noches con el vinito o el cubalibre y la guitarra eran muy amenas, y al final cómo no, un polvillo con Águeda, que siempre resultaba agradable "pa'l cuerpo", pues no todo va a ser "pa'l alma".

Cuando el fin de semana se llenaba la playa, ya no me gustaba tanto, pues no sólo venía gente con casetas, sino también nudistas que, pensaba, tenían su apartamento o bungalow en los que no se podría hacer ese tipo de vida, hoy día también tendría que agregar, que es posible que fueran en coche a pasar el día, pero tales desplazamientos por un solo día, no me cabían en la cabeza; hoy no me parece extraño en absoluto, a pesar de estar seguro de que tal desplazamiento no lo haría yo hoy ni loco, para un solo día.

La arena era rubia (la de Los Secos, negra), había arena todo el año y no solía haber piedras.

Mi madre no sabía nada de que yo iba a playas nudistas, a pesar de que seguramente se lo imaginase, pero nunca me dijo nada al respecto.

Lo que compraba, todos los meses al por mayor, eran los cigarros, ahora fumaba Coronas Lights; me resultaban más buenos que el Coronas normal, y más económicos y práctico que andar con las boquillas, fueran estas las que fueran. Eran una novedad esos cigarros, pues hasta hacía poco sólo existían normales; con el tiempo saldrían Coronas Reserva y años después el Coronas Rubio, ninguno de esos encajó tanto como el Coronas normal y el lights.

No me fui pues con la alumna a la cama porque Dios es grande; vayan ustedes a saber qué habría ocurrido de haberme acostado con esa calientapollas (al menos a mí me la ponía); seguramente su padre me hubiera matado, o quién sabe si sería bastante importante como para truncarme mi carrera. Y es que esa niña era de lo más provocativo que me he tirado en cara. No sé si aprendió química, pero lo que sí hice fue pararle los pies, y no sé si bajarles los humos; años después la vería de forma casual, estaba mucho más modosita, no parecía ya que se fuera a comer el mundo.

Podía invitar a Águeda a cerveza ahora que trabajaba; ¿ven ustedes la cantidad de alcohol que ingeríamos?, yo muchísimo, pero tampoco se quedaba corta Águeda, que había cogido todos los vicios de los jóvenes estudiantes y trabajadores.

Siempre fue un gran trabe que tuve, el exceso de alcohol, no quería ser igual que mi padre, aunque llevaba el mismo camino. De todas formas, siempre pensé que mi carácter no sería igual al de mi padre, a pesar de notar que

e-libro.net

ya no era el buen chico de mi pubertad y adolescencia, sino que notaba cómo mi carácter se agriaba, quizás por las promesas incumplidas, y ver las metas cada vez más lejanas; de todas formas seguía pensando "Aún no hay nada perdido; poniéndome a estudiar continuadamente un par de meses más, la cosa se mejora", el problema es que tenía amigos y tenía a Águeda, y con todos quería cumplir, y, ¡ay, mi buen amigo!, en la carrera de farmacia, sólo importa eso, farmacia, lo otro es superfluo y no ha lugar. ¿Tiene usted novia?, !no la tenga!; ¿tiene usted amigos?, !no los tenga!, y así sucesivamente, Carrera semejante, y algunas otras, requieren dedicación exclusiva, si no, no la haga, pues se puede perfectamente pegar quince o veinte años.

En lo más recóndito de mi ser, de mi alma (de mi mente, pues sobre todo después de fisiología, pensé que el alma se encontraba en el cerebro, al menos esa fue mi conclusión de esa asignatura), pensaba en la gran casa, casi un castillo en la que iba a morar, aunque con Águeda cuando hacíamos nuestros planes, hablábamos siempre de un dúplex, el cual, al menos eso estimaba, lo tendría que comprar yo, pues "con el dinero de profesor no da para nada", qué alejado estaba de la cruda realidad, a pesar de creer ser tan realista. Hoy pienso que para conseguir nuestras metas, hay que luchar toda la vida; cuando esto lo pensaba en aquella época, lo que hoy me da vida y ganas de vivir, antes me amargaba y descorazonaba, y así pensaba para mí: "Dios mío, nunca podré yo solazar con Águeda después de un polvito" (y perdonen por meter aquí a Dios, pero es inintencionado). Hoy pienso que los libros dan vida y sabiduría, cosa que no supe ver anteriormente. Cuan enconejado me encontraba en esa época. Mis amigos, ninguno que yo sepa, anteponían a sus novias a la carrera, o al menos ninguno tanto como yo. Mi hermana Maru se había casado con Pepe, y estudiaron la carrera juntos, a parte de eso, Pepe trabajaba; lo pudo hacer por lo sencillo de su licenciatura; yo le garantizaría que dicha proeza (pues a parte de eso sacaba buenas notas, era el primero de su promoción), no lo podría hacer en farmacia ni loco; tal es así, que muchas veces me decía: "¿Y si estuviese yo solo, no sería todo más fácil?" No puedo decir ni que sí ni que no; si digo sí, no tendría el apoyo de una pareja estable; si digo no, no puedo saber lo que habría ocurrido.

Águeda era guapa y se sabía maquillar, y más aun cuando iba de "peligrosa para el body", o sea cuando pensaba hacer el amor conmigo, con esos coloretes y ese rojo carmin de sus labios apetitosos, ideales para una buena mamada.

Por lo que tengo entendido, "los caminos de cabras", hechos a través de las montañas, se hacían precisamente así, soltando una cabra montesa, y ella iba por el mejor camino que creía, el cual se agrandaba luego por la mano del hombre, para que pasaran los coches.

La playa de la que hablo de vez en cuando, por írseme muchas veces el santo al cielo, se caracterizaba por ser una franja no muy estrecha al borde de una montaña de arena que iba a dar directamente frente al mar; el ancho de la playa no era muy grande, así las casetas, se alineaban costeando la playa y dándole la espalda a la montaña, a lo largo de toda la montañeta, que parecía estar cortada frente al mar.

Esa playa me gustaba mucho, quizás por que cuando iba, estaba ávido de playa, aunque algo no me gustaba y es que las mujeres (los hombres me importaban un rábano) eran algo hipilosillas, lo cual significa que no iban provocativas, ni cosas por el estilo, fundamental en una mujer que me guste y que a mi parecer se precie.

Águeda de todas maneras me resultaba imponente y apetitosa, nunca me fijaba en sus piernas, el motivo no lo sé, y eso que a poco que uno se fijara, se le notaba muchísimo la falta de desarrollo del músculo de la pierna, pero la verdad es que no me importaba lo más mínimo.

Íbamos dos o tres días a la playa, lo justo para descargarse sexualmente, coger algo de color y cambiar de ambiente. Semejante a ese primer año que di clases particulares ninguno, me sentía pletórico de fuerzas y de ánimos, a pesar de que se habrán dado cuenta que no gané mucho dinero. Del verano, que parácticamente me fue un mes y medio, poco más puedo decir. Siempre que daba clases decía que cuando se examinaran me llamaran para saber las notas; siempre aprobaban más de los que suspendían, el jovenzuelo que se sentaba a mi izquierda suspendió. Aunque algo vi raro, pues siempre asentía a la explicación pero nunca sabía hacer los problemas, al menos lo que a veces le preguntaba sobre ellos; quiero recordar que fue el único que me suspendido de todos a los que di clases ese año.

En este libro he contar que fui parte presencial de un aborto y que vi el feto sin vida en la bañera, sé que por ello seguramente se me podría condenar, no tengo perdón de Dios, y es que yo sabía que iba a ver un aborto, pero pensé que sería de otra forma, que no iba a ver los trozos de feto. Sólo el pensarlo me conmueve, así, si tengo algún tipo de delito por ello, en esta especie de relato, me declaro culpable; pensándolo fríamente, que no lo puedo hacer recordando a las partes del feto vistas, no fui el más culpable, pues a mí me lo dijeron como una cosa muy natural. Águeda me comentó:

e-libro.net

-Mi prima va a abortar, ¿nos acompañas al campo a pasar el periodo después del aborto?

Algo así me dijo, aunque las palabras textuales no las recuerdo con exactitud.

Al leer un libro de un Premio Nobel de literatura, que en una de sus partes trata del infanticidio, me ha hecho recordar esto, así que mis lectores me han de perdonar si ahora meto aquí este breve pero grave inciso.

Mi abuelo solía decir:

-No hay peor cosa que una mujer borracha.

Se nota que no vivía los tiempos que ahora corren, donde el ser borracho sólo, es casi una bendición, pues lo normal es ver mujeres drogadictas, y ya no sólo con el cannabis, sino con heroína y demás tóxicos.

Estos cuatro últimos folios me han costado “Dios y ayuda”, el escribirlos, la causa de esto la desconozco, a no ser que hoy he hecho pocos descansos, para aprovechar más el día; puede ser esto, pero no estoy muy seguro. Me extrañó pues esta mañana me dieron una buena noticia, que había hecho bien una memoria, a pesar de que debía cambiar alguna que otra cosilla, pero bueno, de eso ya hablaré más adelante.

Las veces que estaba en Las Palmas, iba con Águeda a veces a tomarnos un par de cervezas al Rincón del Abuelo, oasis en el gran, no desierto, sino jungla, pues a su alrededor y muy cerquita a él estaban las discotecas, bares y pubs de moda. Digo oasis porque allí, nosotros, Águeda y yo, y alguna que otra vez invitamos a Ana y Miguelo, nos metíamos en la barra bajita, sentados en unas sillas para enanos; no había nunca nadie, salvo algún que otro “señor mayor”, pero que no interrumpían nuestras conversaciones, que solían empezar después de saborear nuestras Doradas, aunque tampoco hacía ascos a la Tropical, pero de entrada preguntaba si tenían Dorada. Yo cómo siempre tan romántico pensaba: “Cuando tenga dinero seguiré bebiendo Dorada, espero que la sigan importando desde Tenerife”, hoy día esto no es problema en absoluto, se han fusionado las dos cervecerías, y aquí se ve indistintamente una y otra en casi todos los bares, es más creo que muchas veces se vende más la Dorada que la Tropical.

Los jerseys que solía usar en la playa, no recuerdo de dónde los sacaba, pero sí recuerdo que solía ser azul de cuello redondo y de entre tiempo, típico y práctico para esta isla, aunque no para Tenerife; de todas maneras los primeros días, si me quemaba, iba en mangas de camisa, con camisetas. No sé de dónde los sacaba, seguramente fueran de Águeda, o de mi hermano, quien solía usar ropas mejores a las mías, pues él trabajó desde joven al no querer estudiar; al principio esto parecía una buena idea, al menos a mí me lo pareció, pues por su forma de vestir parecía que le sobraba el dinero, con el tiempo llegaría a ser cartero, aunque todavía no tiene las oposiciones sacadas, quizás porque los de las oposiciones no saben lo que es la práctica, esto sólo la conoce él, tal como me dio a entender un día.

No sé si fue ese año u otro cuando se compró una camisa de colores verdes en distinta tonalidad cada cuadrado, que me alucinó; se la pedí prestada durante casi todas las veces que venía a Las Palmas, él me la dejaba, esa y otras.

Estaba orgulloso de ver crecer a mi hermano, quien parecía una buena persona y que cuidaba de la casa y de mi madre. También pensaba en que no quería estudiar, y aunque yo no estaba muy seguro de lo que hacía, pensaba que era posible que mi camino fuera más acertado que el de él. Sobre todo cuando llegaba, pensaba para mis adentros: “¡qué crecido está, está hecho un hombre!” También me gustaba muchísimo su forma de vestir, y pensaba que era todo un caballero y un dandi, si tomamos el significado de esta palabra como que tenía una notable elegancia; así lo veía en ese entonces. Pocas, pero en algunas ocasiones, y unas cuantas camisas, le pedí prestadas a mi hermano.

Era un forofo de las motos, se desvivía por ellas, aunque no de forma profesional. No puedo asegurar que ese año mi hermano empezara a trabajar de cartero, cuando esto ocurrió se compro una moto de 750 c.c. la casa creo que era Honda; tendría con el tiempo unos cuantos accidentes, a consecuencia de los cuales la moto se quedó totalmente inservible; no falló la máquina, falló él, luego se compraría otra que se quedó igualmente inservible de otros accidentes de tráfico, en los que lógicamente él decía que no tenía la culpa; yo no lo podría asegurar, pues era un loco al volante, corría y corría sin parar. Parecía que no le tenía apego a la vida, con sus locuras parecía que quería hacerse el dueño de las carreteras; encima luego criticaba a los taxistas, a los que llamaba “los pesetas”, los criticaba porque decía que no tenían respeto a los motoristas, ¿pero él y la gente cómo él, tenían respeto a los demás?, no, no lo creo, o también es posible que les faltara un tornillo.

Ya está bien de hablar de ese verano, pues tan sólo fueron un par de meses. Una cosa más, me compré una bicicleta de carreras, creo que con doce o diez cambios, estaba contentísimo, era de segunda mano; me la compré en una casa especializada en ellas, todo una viguería me parecía, para ello tuve que recurrir a Águeda y

e-libro.net

pedirle un fiado, yo puse unas cinco mil pesetas y el resto se lo pedí a mi amada. Quillo viendo que yo me la compré, que luego Pepe Blanco se compró una, y que Águeda otra, se decidió a comprarse una: magnífica, genial, era de aluminio y no pesaba nada.

Águeda no sé si asombrada o no por mi descaro de pedirle dinero prestado, pero me lo dejó, ella manejaba mucho más que yo, y no daba clases particulares en verano, pues parecía que no lo necesitaba. Le dije que se lo devolvería pagándole todos los meses un tanto, pues mi madre me había dicho que me subiría el sueldo a quince mil pesetas mensuales(ya era un gran capital para mí).

Me fui a La Laguna con la bicicleta, a casa de Pine y Quillo; allí iba al cuarto de los trastos, pues dejaban todas las cosas allí, casi no tenía espacio donde dormir, pero agradecía su hospitalidad, pues había gente que estaba peor que yo, teniendo que alquilar lo que fuera para pasar el mes de septiembre; lo bueno de los pisos donde estaba mi hermana, era que le conservaban los pisos, sin cobrarles nada los meses de verano. Me veía tantas veces el portero por allí, que ya sabía quien era yo.

La bici la compré junto con mi hermano Jose, quien desde un principio, cuando la vimos me dijo que la comprara; era verde, el cuadro, las ruedas se sacaban por medio de una simple mariposa, ligerísima, la mejor que había tenido nunca.

No la usé ese Septiembre mucho, pues me encerré a estudiar, si el estar unos quince días estudiando, se puede decir que estaba encerrado, de todas maneras las asignaturas: Fisiología Animal y Técnicas Instrumentales, las aprobé no por lo que estudiara en Septiembre, sino por lo trabajado que las llevaba durante el curso; de lo que mejor recuerdo, y mayores conocimientos tengo es de Fisio, no porque el profesor fuera bueno, pues era un batata, que llegaba a clase desaliñado, parecía tener una capa de polvo encima, con su bigote, y con su casco de moto, estaba casado según algo más tarde me dijo un compañero, quien al yo decirle que como profesor me caía fatal, me dijo él:

-No a mí me cae muy bien, ya en el instituto me caía bien, y aquí ahora también.

O sea que se había pegado un tiempo dando clase en el instituto, donde a saber si se preparaba las clases, y luego se había ido a la universidad, donde exigía muchísimo, al menos yo estudié por un libro de órdago; no obstante la fisiología es preciosa, e increíblemente agradable de estudiar, a pesar de que la estudiaba a regañadientes; hoy día me gustaría tener tiempo para poder dedicarlo a ella, aunque recientemente me preparé el sistema nervioso para unas exposiciones, pero vamos a no adelantar el futuro.

Ese Septiembre, fui a hacer deporte e intentaba estudiar, aunque la soledad, que yo tanto buscaba para poder estudiar, me resultaba muy dolorosa, entrándome unos a modo de dolores de cabeza por presión sobre ésta, en determinadas zonas del encéfalo; el motivo lo ignoro por completo, pero no es la primera vez que me pasa al estar solo; empieza con dolores de cabeza y sigue con flatos. No conseguía quitarme esos dolores, quizás fuera hambre, o una falta de alimentación equilibrada.

Hay unas cosas que me preocupan de este libro, entre ellas, el uso y abuso de estructuras y palabras tales a: no sé, no me acuerdo, no recuerdo, creo, como, no lo puedo asegurar y alguna que otra palabra por el estilo, sé que me falla la memoria para precisar ciertas cosas en el tiempo; piensen que siempre vivía contrareloj, pensando los días que me quedaban para los exámenes, pero no por ejemplo, el día tal, de tal mes y de tal año, tengo un examen. Este es uno de los motivos, otro sería porque no considero muy importante la fecha, pues fechas claras por ejemplo el santo y el cumpleaños, mios y de Águeda, tampoco las retengo; las otras fechas, no solo por ser fiestas (Reyes, verano y demás), sino porque lo bombardean a uno de todos sitios para que no nos olvidemos de regalar a nuestra amante y a los que nos rodean, pues a veces me entero por los que me rodean.

Volviendo al tema de la repetición de palabras, eso me sucede porque no se me ocurren otras, o sea, que tengo poca imaginación, más que poca imaginación, debería decir, pocos recursos estilísticos. No lo puedo asegurar, porque desconozco por completo otras estructuras, a pesar de leer más de cuatro horas diarias (sé que son insuficientes, pero he de hacer otras cosas).

En vacaciones soy un marmota, ahora durante el curso no puedo asegurar cuanto duermo, y menos en Septiembre, a pesar del calor que paso. Estaba solo en el piso de Pine, y haciendo memoria, no logro recordar cómo ni qué comía, ni dónde; puede ser que me fuera de bares o que a veces me hiciera un huevo frito en el piso; cuando iba de bares, nunca iba a los que tenían una pinta más o menos normal, sino a los más cutres, pensando en que siempre son más baratos, aunque muchas veces a los forasteros les cobran más caro.

Cuando Águeda hablaba con alguien de mí, decía que era un chico alto, rubio y de ojos azules; inmediatamente le añadía yo mismo:

e-libro.net

-Pero feo.

Esto no es del todo cierto, era más una forma de hacer un chiste, pues sinceramente no me considero tan feo, todo lo contrario, me considero guapo, y que puedo aspirar a chicas guapas, o más bien interesante, pues los modelos son guapos, y yo precisamente no soy un modelo; esto es, tengo un cierto sex-appeal que atrae a las mujeres guapas o mejor, a las que yo considero guapas, que para muchos no lo son. Últimamente digo:

-A mí lo que me atraen son las mujeres de bandera.

Por bandera entiendo: mujeres despampanantes. A pesar de esto, siempre me ha acomplejado el tener la barriga que tengo; cuando era adolescente y en La Laguna, no tenía ninguna, a pesar de creerme que era gordo; hoy día sé que soy gordo, pues la báscula no engaña, pesando desde noventa cuando hago algo de movimiento y quemo algo de grasa, a noventa y dos o noventa y cinco, después de cenar, aunque tengo unos tres litros de liquido (agua y zumo) en el cuerpo. Lo cierto que ahora porque sea verdad, y antes por suposiciones, siempre he tenido problemas para aceptar mi físico; lo contrario le ocurre a mi hermano Jose, quien se cree y se sabe guapo y de buen cuerpo, aunque ha estado a veces cómo una auténtica vaca lechera, pero al par de meses vuelve a su cuerpo ancho y corpulento que le caracteriza; esto es raro, porque al principio salía con chicas más bien feuchas.

Volvamos a La Laguna, en el caluroso Septiembre. El examen de físio fue con preguntas normales, a desarrollar, no era tipo test, por lo que pude explayarme todo lo que quise. El profesor, se los tengo dicho, me parecía de lo más chorizo, con bigote tipo Sadan Hussein, un buen mostacho, pero daba la sensación de no lavarse su cuerpo muy a menudo, en definitiva que era un poco guarrito.

Resultado final, aprobado. Me tocaron en el examen las preguntas de despolarización de las neuronas y la bomba Sodio-Potasio; me explayé de lo lindo, pues es de lo que más me gustaba.

Resultado con el de Técnicas, el mismo, aprobado, con el agravante que para cuarto en Farmacognosia debíamos saber interpretar los espectros y saber cosas sobre las resonancias magnéticas; el profesor era tan batata, que nada de eso sabía hacer, y por supuesto no se ponía a estudiarlo. Conclusión, aprobé, pero de base cero; cosas a mi favor, todos los que pasamos a cuarto teníamos el mismo nivel deficiente en esa asignatura, que no era lo que precisamente se llama una María, más bien era todo lo contrario: un puro.

Pero bueno, batatas hay en todos lados, y no por eso uno se echa a llorar, ni levanta la vista al cielo, a pesar de existir la frase famosa que dice: “Que baje Dios y lo vea”, eso era realmente lo que debía haber hecho; siempre he considerado que se me puntúa muy bajo, unas veces por mi mala imagen, otras veces porque hago alguna cosa que no es de buen estudiante. No sé, pero siempre que con el tiempo analizo el por qué de ciertos bajos resultados, veo que es por motivos de conducta, o por mi mala imagen, y que los profesores, algunos, ni se leen lo que escribo, y esto es tan cierto, como que me llamo Antonio.

Cuando no estudiaba o hacía algo práctico y de forma inteligente me hundía, pero cuando lo hacía, a veces me entraba un cierto desasosiego y desazón tal, que daban paso a una serie de pequeñas depresiones; hoy día tengo que decir que estas depresiones cada vez duran menos.

Ya fuera en La Laguna, o en Las Palmas, mis familiares, se empeñaban en sacarme a veces a dar una vuelta por ahí, al campo, o a alguna zona curiosa, aunque en Las Palmas, lo que se dice campo, campo, no existe, aunque si zonas sin casas, que por cierto, cada vez hay menos, para ello tiene que irse uno a los sitios más alejados que pueda de la capital, en realidad hay que subir hacía el centro y llegar a zonas tales como Tejeda, y los alrededores; de todas formas, la mayor parte de las veces me trincaba unos “muermos” impresionantes, y no veía la hora en que decían de ir a almorzar o a tomar unas tapas, lo que fuera, y si fuese con un vinillo o una cervecita (el primero sería en Tenerife y la segunda en Las Palmas, pues en mi isla no hay buenos vinos) mucho, pero que mucho mejor; posiblemente, el comer sea una forma de calmar la ansiedad, o quizás fuera por eso de “barriguita llena, corazón contento”. Según con los familiares que fuera podía o no podía beber.

Pero vayamos al grano, aprobé las dos asignaturas que me quedaban, así que para cuarto me matriculé de todo, y a parte de Microbiología e Inglés, sé que fueron estas dos juntas las que me matriculé pues el último, cosa que a nadie le ocurría, lo suspendí, junto a la chica que había suspendido también las matemáticas, y que habíamos ido juntos en quinta convocatoria. A ella la consideraba que estaba fenomenal, me encantaba su estilo, en la forma de vestir se entiende, pero lo cierto es que no la consideraba muy inteligente, y menos al verla presentarse al inglés en febrero; por esta regla de tres ella tampoco debía considerarme a mí muy inteligente; por lo que parece, uno tenía fama de estudiante rebelde y de izquierdas, al menos eso creía la gente; todo pura imagen , no por lo de izquierda y lo de rebelde, sino porque todo yo, era pura hipocresía, a pesar de que buscaba la verdad en la camaradería y el compañerismo, cosa que nunca encontré; esa es de las carreras, en las que si uno se

e-libro.net

sinceraba un poco, y se abre a alguien, lo toman por un amariconado, un afeminado o algo así; al menos esto era la impresión que me daba, o vayan a saber, si entre los promotores de esta forma de ser, estaba yo, quién sabe; pues no me gustaba tampoco que muchos se abrieran a mí, me parecían pesados; también por lo que parece, tenía imagen de algo desaseado, cosa que era a medias. Era una promoción muy dura y competitiva, por más que luego e intentado ver ese tipo de lucha, no la he visto, lo cual no quiere decir que no vea puñaladas a traición y demás, que sí las he visto y desgraciadamente las sigo viendo, aunque, también es real que a veces pienso que si el gandul no soy yo. Ven, ahora que lo pienso creo que sí, que el único causante de lo que me pasa, soy yo, aunque en cierta forma, cada vez más, tengo dos luchas, una por lo que hago en ese momento y otra por la literatura.

La literatura es lo que me da ánimo en esta vida, a pesar de que todavía no he sacado ningún tipo de frutos con ella, me refiero claro está a frutos económicos, pues satisfacciones me da todos los días, sobre todo, y es más importante, cuando veo que cumplo con la tarea de cada día, que veces no me cuesta tanto, pero, otras veces el rellenar los folios me cuesta “Dios y ayuda”.

Aún no puedo cantar victoria, pues me queda todavía medio folio por rellenar del día de hoy.

Me matriculé de las asignaturas que dije, y de cuarto completo, gracias a que era familia numerosa, y así pagaba tan sólo el cincuenta por ciento de la matrícula, que a veces ascendía hasta ochenta mil pesetas, y todo eso salía del bolsillo de mi pobre madre; me enteraría, que se pasaba reuniendo todo el año para poder pagar mis matriculas, y yo mientras haciendo el ganso y el bobo. De esto no sabía nada, hasta hace poco; he de decir que mi madre debía habérmelo dicho, en lugar de tenerlo callado, pero quizás no me lo decía, porque tal vez, mi hermana Pine le decía que yo estudiaba de duro.

Mientras pasaba esos desconsuelos, había gente que tenía pisos para ellos solos, otros vivían en grandes y buenas pensiones, etc; unos lo aprovechaban (que eran los que me importaba) y otros desperdiciaban los mejores años de su vida, que por aquel entonces uno pensaba que los que lo estábamos desperdiciando éramos la gente que nos enclaustrábamos, mientras ellos afirmaban lo que les indiqué, literalmente: “No voy a desperdiciar los mejores años de mi vida”, y casi siempre lo que esto decían, eran unos juerguistas y borrachusillos, algunos de ellos eran toda una institución, tal era el caso de Eduardo y otro andaluz que vivía en el piso de arriba de mi hermana (el ático), al que según parece le estaban echando el ojo Pine y Quillo, pues eran los más independientes y encima tenían acceso a una terraza, que si no muy amplia, si le daba un gran respiro a la casa.

Empezaba cuarto y era este año casi el del comienzo de la cuenta atrás, ya habíamos pasado el ecuador de la carrera (quienes lo habían pasado, y entre ellos me encontraba yo), a pesar de tener colgando alguna que otra asignatura, más concretamente Análisis Químico y Microbiología. Cómo ven pasaba con siete asignaturas y el Inglés, pero acostumbrado a lo que había pasado, esto era casi un paseo, claro está, siempre que tuviera constancia y que no tuviera ningún contratiempo insalvable, que por lo pronto no había tenido, a pesar de las grandes disputas que tenía con algunos profesores, a los cuales tras hacerles geniales exámenes, no les quedaba más remedio que aprobarme.

Empecé el año en una nueva casa, era en una zona de “casas del estado”, y ésta era una de ellas, pero estaba totalmente reformada, de tal forma que el baño, no sólo tenía todas las piezas nuevas, sino que también tenía azulejos nuevos; donde se veía lo vieja que era la casa, era en la azotea, donde puse un par de cajas de libros, que no sé por arte de qué magias, desaparecieron de mi vida.

Ya no vivíamos tan solo nosotros tres, los mismos del año pasado sino que ahora también vivía con nosotros una que estudiaba perito agrícola, era la hermana de Cristóbal Guerra: inmejorable estudiante de Bellas Artes, creo que era el primero de su promoción, quien salía con Lola, joven esta que estaba macizota. Su hermana era la típica marchosilla, de campo, que se enamoró de un viva la vida, que decía haber vivido con los Tuareg, me lo dijo después de haber visto la película “Tuareg”, libro escrito por Alberto Vázquez-Figueroa, era uno de los primeros suyos y fue el que lo lanzó a la fama. Podrán pensar que me resultaba importante el novio, pues no, lo creía un farsante, sobre todo por su mirada, que no era nada interesante como para haber tenido las experiencias que decía tener. También decía que pertenecía a una gran familia de Tenerife, a pesar, aunque de esto no puedo yo hablar, de ir siempre con la misma ropa, y no buena ropa precisamente.

La hermana de Guerra no era lo que se dice muy inteligente ni muy trabajadora, no se parecía en absoluto a su hermano, quien era muy carismático. Tenía becas y por lo cual manejaba dinero, de tal forma que siempre se le veía muy bien vestido, con un estilo algo bohemio, que me gustaba muchísimo.

La nueva casa tenía pues, tres habitaciones, un salón grande, una cocina pequeña aunque a estrenar casi y un baño pequeño pero nuevo. Nuestra habitación era más pequeña que las anteriores, mucho más pequeña,

e-libro.net

pero ésta parecía casi nueva; tenía dos colchones perpendicular uno al otro, y con un cereto a modo de mesilla de noche, pintado de blanco, de estos les he hablado.

Las camas tenían los edredones de Águeda, la habitación también tenía un gran ropero y una serie de estanterías que habíamos hecho nosotros.

Igualmente había una mesa y un par de sillas, la mesa era blanca pero minúscula comparada con la mía, que seguía siendo el tablero que tenía de otros años, estrecho pero largo.

Eduardo vivía en el Colegio Mayor San Fernando, donde estaban todos los mayores porreros de La Laguna; que no eran precisamente gente necesitada, a pesar de ser un colegio subvencionado por el estado, aunque éste, el estado, no podía interferir en su política ni dinámica.

La casa en la que vivíamos, tenía en el salón, mi gran mesa, éste se había dividido en dos, así en una parte estaba "el cuarto de la tele", y dándole la espalda a él estaba yo.

Ramonsi tenía una cama casi de matrimonio, para él y Candelaria cuando ella se quedaba allí.

La hermana de Guerra era poquita cosa, y aparentaba aun menos; nada que ver con su hermano que tenía un gran carisma, aparte de su buen porte y talante, lo que le hacía un líder. Compraba según me dijo una vez, en las rebajas del Nº 1, que hoy día pienso que es ahí, la peor ropa que uno se puede comprar; por aquella época fue cuando empezó a meterse por todas las ciudades de las medianamente grandes poblaciones de Canarias, y no parecía que fuera tan mala, y si lo era, tal ropa, frente a lo que se veía en La Laguna, era de una calidad y un gusto exquisito; hoy, siguiendo sin dinero, y tan sólo compro en esa tienda calzoncillos y calcetines y las cosas de aseo personal, entiéndase desodorante, after-shave y espuma de afeitar, y no siempre; en ropa interior, mucho más calidad tienen otras tiendas, pero también son más caras, bastante más caras. También tiene mayor variedad, aunque en vender ese tipo de producto (menos las de aseo personal, que eso es más económico en las grandes superficies), quien se lleva la palma es el Nº 1.

La casa tenía otro piso arriba, donde había un par de cuartos y una pequeña terraza, ahí estaba la lavadora con la cual se las entendía casi siempre Águeda; la imagen que de ella, en ropa de faena, de esa época tengo, era con una camisa de premamá azul con lunares blancos y unos vaqueros que le quedaban fatal, haciéndole la pierna enferma tal cual era. Estaba siempre completamente enchumbada, con el agua y el jabón de lavar;mi ropa interior estaba superdesgastada, pues desde COU o por ahí, no me había comprado más, eran calzoncillos de nailon de muy buena calidad, debían ser, para soportar tan estoicamente los cuatro años pasados y no estar transparentes por el uso; no se solían notar las raspillas de las cagadas, cosa que me daba un gran apuro; Águeda usaba salva slip, de la marca que más o únicamente se oía en esos días (Care-free).

Ella siempre que iba a verla lavar, cosa que no podía hacer frecuentemente, pues mientras, a mí me tocaba limpiar los suelos del cuarto y del salón. Solía terminar antes, era lo más frecuente, pues ella se demoraba una eternidad, a saber por qué motivo, lo cual me molestaba, principalmente cuando le tocaba a hacer la comida; lavábamos los sábados por la mañana; recuerdo que en esa época madrugaba y nunca me levantaba muy tarde, ni sábados ni domingos; si me levantaba tarde era porque nos quedábamos haciendo el amor; aunque no quería, pero lo deseaba, el fin de semana, siempre bajaba un poquito la guardia, si no tenía exámenes y si los tenía, después del examen, la bajaba del todo, aunque ya no era tan frecuente el que me fuera de juerga, pues no tenía amigos, salvo Toño y José Carlos, y algunos de la carrera con quienes no me solía relacionar por considerarlos unos tarugos; tampoco tenía en gran estima intelectual a los dos que he nombrado, pero eran mis amigos. Tomi y demás compañía de Las Palmas, no iban nunca al Fragata después de los exámenes, seguramente porque consideraban de poca clase el ir a ese bar, que más que de estudiantes, parecía de trabajadores picapedreros, aunque siempre lo que se veía allí eran gente menuda, y la mayoría de ellos, entre los que me incluiría poco después: candidatos a alcohólicos.

Una de las confesiones que me hacía Águeda (de las pocas, poquísimas, casi ninguna, que me hacía), era que ella tuvo un novio antes de ir a La Laguna, que no era muy buen estudiante, según deduje, pero que en el cuartel, era el número uno en prácticas de tiro, por lo que le nombraron Policía Militar; yo pensaba que a mí quizás me nombraran también P.M. pero no por mis buenas facultades en algo, sino por mi estatura; de todas formas, sabía que me iba a librar del cuartel, lo tenía casi asegurado, pensaba esnifar polvo a toda hora, cuando me llamaran a la revisión médica; iba a alegar alergias asmáticas, por algo mi padre se buscó buenos médicos que me lo diagnosticasen y tratasen.

e-libro.net

Eso que decía Águeda como una gran cosa, a mi también me lo parecía, así pensaba muchas veces: “!Jo!, P.M. que suerte, un puesto tranquilo y de responsabilidad”; nunca pensé que por mi carrera pudiera hacerlo y estar mejor situado que ellos.Por las milicias, se podía incluso ser alférez o cadete, como algunos hicieron.

Pero bueno, les diré las asignaturas que tuve en cuarto aparte de las dos pendientes: Galenica I, Química Farmacéutica, Farmacognosia, Farmacodinamia, Ampliación de Microbiología, Parasitología Clínica; estas asignaturas eran casi todas impartidas por genios y algunos ya auténticos catedráticos como el de “Para”, del que les hablé con anterioridad. Era una incongruencia, pero cuanto más chorizo fuera un profesor, más difícil era el aprobar su asignatura, tal es el caso del de “Farma”, y no el de Farmacodinamia, cuyo profesor era el excelso catedrático D. Victoriano Darias del Castillo, muy buen profesor, a pesar de que nunca fui a ninguna de sus clases, que según me dijeron era de las más fáciles de aprobar, no ocurrió así conmigo, pero de esto ya hablaré largo y tendido.

La asignatura que con más gusto cogí fue la del Sr. López Román, así cuando él explicaba, yo le hacía preguntas, con lo que dejaba bien claro que me sabía la clase del día anterior, que la había estudiado en mi casa; esto le gustó mucho al gran profesor, el mejor a mi modo de ver, de toda la carrera; él pensaba mientras explicaba con gran aplomo, y aunque con voz un poco rara (ahora que lo pienso), tal vez porque tendría una dentadura postiza nueva. Como herramienta de trabajo usaba diapositivas, de las cuales me da que debía tener cientos y cientos, pues siempre encontraba las adecuadas para sus magistrales clases; se ayudaba de un puntero metálico, que siempre estaba sacando y metiendo, como si fuera un tic nervioso; hablaba de forma muy peculiar, forzando su acento andaluz y sorbiendo la saliva que se le formaba en la boca. Nos hacía odiar a los parásitos mientras los humanos éramos los salvadores. Lo que aquí les cuento de Parasitología realmente ocurrió en quinto, pero por fallos en el expediente, está puesto en el lugar de cuarto; de todas formas intentaré no hablar más de ésta asignatura, salvo lo necesario.

El profesor me encantaba, y él pensaba: “Yo, el mejor”, yo a su vez le hablaba pensando: “!Bien!, !coño!”, con esto se creó entre ambos una cierta empatía, con lo que verán cómo no logre conectar con ninguno hasta dar con esta asignatura, no había conectado tanto con otros profesores en toda mi vida.

El de Galénica, también me flipó, al cabo del tiempo oiría que se hizo catedrático, se trataba de D. Matías Llabrés, me caía muy bien, así pensaba de él: “Quizás yo sea igual a ese, no sé”, fui a muchas de sus clases, aunque no a todas; éste era delgado y usaba bata blanca, al igual que la mayoría, salvo D. Victoriano, de quien siempre pensé que su nombre bien pudiera ser una mezcla de dos nombres, a saber: Víctor y ano, lo pensaré toda la vida, le tengo en alta estima, y si me lee, que me da que no, pues me debe recordar como el peor alumno de muchas promociones.

Uno que me gustaba mucho su estilo era el de Química Farmacéutica, su nombre: Manolo Norte, era el más guapito de todos, y él lo sabía y lo explotaba; iba siempre muy bien vestido, era químico, y siempre que podía se iba de juerga; parecía que no pensaba en otra cosa que en Química y en follar. Conmigo se portó muy bien, no es que me regalara la nota, pero si confió en mí; en farmacia no me regalaban nada, o mejor: casi nada.

El mayor chorizo era el de Farmacognosia, hueleculo y el que le cargaba las maletas a “D. Víctor y ano”; era un auténtico cabronazo, su asignatura era el puro de cuarto; constaba de una parte teórica, una de problemas (resolución de espectros) y una parte práctica, en las que se hacían cromatografías y demás, pero de eso ya hablaremos, o mejor hablo ahora, pues fueron prácticamente dos semanas, a mucho meter las prácticas; quien nos enseñaba era la misma que nos daba los problemas, los malditos problemas; ella era doctora, y me da que no me engaño si digo que andaba a la caza y captura de marido; de ella alguna vez pensé: “Pues no es tanto como un catedrático, pero se ve que más o menos tiene dinero”; a clase, y por supuesto en el laboratorio iba con bata.

Las cromatografías ya no recuerdo cómo se hacían, pero sí que los resultados salían en una especie de tiras del tamaño de los tiques de guagua antiguos pero más duros y por supuesto blancos; puede que tuvieran alguna aleación de plata, pues lo cierto es que se revelaban, y a una determinada longitud de onda de un aparato, se veían las diversas marcas de las distintas sustancias del problema, avanzando desde el origen hasta donde llegaran, así según donde llegaran se trataba de una sustancia u otra.

Había por último en este departamento, creo que eran dos licenciados, que no hacían otra cosa que ir de un lado a otro y hablar entre ellos, no creo ni que estuvieran fijos, encima, uno de ellos usaba el pelo rizado y lo llevaba bastante grande. “Ya no era el único, por suerte”, de todas maneras, cada vez más, me estaba cansando de la imagen que llevaba. Solían estos dos licenciadillos, llevar el uniforme típico de trabajo, pantalones de pinzas y camisas a rayas o de cuadros, los dos por igual. Pensándolo ahora, probablemente estaban realizando la tesis, y

e-libro.net

por supuesto al acabarla estarían despedidos, me imagino, pues si no la facultad es la mierda más grande que hay, y habría que colgarla de lo alto de un pino (el Pinus canariensis). Pero no creo que tal incongruencia se de en mi querida facultad, y menos donde hay gente en activo, y al frente un genio o un ser genial.

!Ojo!, que he escrito que ciertos profesores me caían bien, lo cual no quiere decir que les hiciera la pelota; sí que les guardaba un cierto respeto, sobre todo a los inteligentes, los otros no me interesaban lo más mínimo, a pesar de que algunos eran todos unos personajes, como el de Ampliación de Micro, quien tenía una farmacia, y según parece su "pasión", lo pongo entre comillas, pues tenía varias pasiones, no se crean ustedes que era un as del volante, pero sí digo, su pasión eran los buenos coches; en el tiempo que estuve en La Laguna, le vi unos cuantos, y todos descapotables o por el estilo, de marcas, los mejores, Mercedes, BMW, etc., no se podía decir que le faltara dinero.

Les voy a ser sinceros, espero, con estas y futuras líneas, llegar a algo en la vida, sé que puede ocurrir, pues no es la primera vez, aunque sinceramente espero que no ocurra conmigo, que sea un escritor maldito; sinceramente muchas veces lleno folios por llenar, porque no me encuentro lo que se dice inspirado, cosa que no parece que ocurra hoy; espero según decía, llegar a algo con esto, que a alguien le servirá para algo distinto de su uso como papel higiénico, que aprenda de mis caídas y recaídas. Si llego a algo con este buen oficio, espero que no se aproveche malsanamente de él futuras generaciones, o sea mis descendientes, a los que quién sabe si muchas veces es mejor desheredarles al igual que han hecho conmigo, pues los que lo tienen muy fácil, algunos, que hay de todo, no luchan por alcanzar unos objetivos en la vida. Cuando estudiaba, me sabía y consideraba pobre, motivo por el que luchaba y luchaba, a pesar de ser a todas luces insuficiente; Águeda, se verá, parecía que no le gustaba que yo estudiara demasiado, no sé si porque me tenía todo el día en casa, y eso no le gustaba, lo desconozco en absoluto; ¿recuerdan la canción de Sabina?: "Hay mujeres veneno, mujeres imán", pues no sé dónde incluir a Águeda, pero la vida no me resultaba nada sencilla. Era de los pocos que vivíamos juntos, amancebados; éramos el progreso, los progres; valiente mierda de progreso, a mí se me debía de conocer por mis constantes ojeras, y mi anorexia, ya no sólo por mi pelo.

He de decir, que pienso ser inmensamente rico, a pesar de que hoy con treinta y cinco años soy extremadamente pobre, pero ya he tomado una determinación en mi vida, de la que si alguna vez me desvío, creo que causaría graves desajustes en mi ser; para llegar a esta resolución han pasado más cosas que voy a contar.

Tomi se apuntó en la tuna de farmacia, por lo que tenía que ir a practicar los sábados, él tocaba la guitarra; fue unas cuantos meses y al final por falta de tiempo lo tuvo que dejar. Hicieron una presentación de todas las tunas en el teatro de La Laguna, cuyo nombre no sé si era Teatro Real o Leal, o algo por el estilo, ya ven que aquel profesor de micro de prácticas tendría un mal concepto de mí, y eso que fui creo que unas tres veces al teatro. Allí asistí para sacarles fotos, no recuerdo si le saqué alguna o no, luego cuando terminó su actuación, él fue donde estaba yo y se hizo cargo de seguir haciendo fotos.

Algunas veces que nos escapábamos de La Laguna, íbamos más lejos de Garachico, a casa de Luis Couto Casas, un profesor de taller de F.P., colega y amigo de Quillo, allí pasábamos la tarde y luego volvíamos; él siempre decía que fuéramos nosotros a donde él vivía, y en algunas ocasiones venía él a La Laguna, y o se quedaba con cualquier amigo, o se iba temprano para su casa.

Desde mi mesa de estudio me descentraba viendo jugar al baloncesto a los niños del barrio; el ayuntamiento, aprovechando un hueco en el asfalto y ya que por allí no pasaban muchos coches, cerraron un trozo de la calzada e hicieron unas cuantas canchas con alambradas, lo justo para que no se fueran los balones a la calle, que era en realidad donde estaban los pibes; habían puesto en dos sitios dos canchas de baloncesto con sus respectivas canastas, y una cancha de balonmano y futbito, también con sus respectivas porterías. A toda hora estaban ellos, los adolescentes y los no tanto, jugando a la pelota, por lo que muchas veces me despistaba y me descentraba con sus gritos y demás algarabías; también es cierto que otras veces, los miraba desde el tercer y útimo piso de nuestra casa, los miraba y perdía en ellos la vista, y mi mente se ponía a divagar y a vagar por mil y un vericuetos, pensando en cosas que no venían al caso, pero que quizás necesitaran mi atención y meditación.

Otras veces, si no me podía concentrar, me ponía a intentar arreglar un lápiz de minas; pasé casi todo el año intentando arreglarlo, al final no tuvo solución, aunque no lo tiré porque era de buen material.

Cuando veía a Águeda lavar con su camisa azul de lunares blancos me ponía a cien sus hermosas tetitas balanceándose a un lado y al otro, firmes, tersas, encantadoras. Estaban tan apetecibles que muchas veces no podía reprimir las ganas de toquetearlas y jugar con ellas, aunque me preocupaba que se molestara porque le

e-libro.net

pareciera un ser “sobajiento”; pero no podía remediar que me volvieran loco, el brillo que despedían al contacto con la tela.

Continuamente me pongo a pensar qué título será el más adecuado para este libro, y sigo pensando que “Apuntes” es el más adecuado, aunque a veces pienso en “Retazos”, pues realmente lo que aquí cuento son ciertas pinceladas de ¿mí vida?, las que muchas veces vienen a cuento, pero otras no tienen sentido el que las ponga en ese sitio, pero si lo hago es porque en ese momento creo que es acertado y adecuado ponerlas ahí.

Ya ven, ayer o antes de ayer, o quizás días atrás, no recuerdo con exactitud la fecha, y no me sería muy difícil averiguarlo, pues con leer algunas páginas atrás sería suficiente, pero no quiero perder tiempo en cosas que ahora pienso que son vanalidades, pues ya les digo, no hace mucho, tenía unas ínfulas y unas pretensiones enormes, sin embargo hoy, me dieron unos sentimientos negativos, pensando así, “Y, ¿si soy un ignorante, un paleto, con pretensiones de grandeza pero que no llegaré nunca a nada?”“¡Y una mierda!”, pienso ahora, seguro que, Dios mediante, llegaré a lo que estoy predestinado y nadie podrá impedirlo. Al menos eso espero.

Sobre todo al principio de curso, salía con Tomi o Pepe, con la bici de Pepe, y el menda con la suya, a dar una vuelta a los campos que habían cerca de La Laguna, para cansar el cuerpo, hacer gimnasia y desembotar la mente; debido a la gimnasia que hacía, y a pesar de fumar como un carretero, era el que más aguante y velocidad tenía, a pesar de ello, Tomi muchas veces me iba pisando los talones; las bajadas las hacíamos lanzados, y he de confesar que no era del todo cuidadoso con mi cuerpo, pues la bicicleta es de lo más inestable e inseguro que hay, y a mitad de camino del que solía recorrer con ella, había una curva en la que había un cruce en exceso peligrosa; según me dijeron después aunque seguiría sin tener mucho cuidado, se había matado gente ahí.

Otras veces iba solo a otra parte, por el lado opuesto de La Laguna, ahí alguna vez iban Quillo y Luis C.C.; de este último, me hacía gracia su persona y le solía llamar con su nombre y sus dos apellidos haciendo hincapié en ellos y deformando su auténtica pronunciación.

Íbamos por otro lado, algo más lejos, aunque al final teníamos una recompensa, y era tomarnos un vinillo, de lo más sabroso y apetitoso; que por cierto, solía abrir el apetito, luego volvíamos a La Laguna donde yo iba directamente al piso y allí, llenaba la bañera de agua y me metía sentado, ya que era algo pequeña y me fumaba uno o dos cigarros. Me creía todo un marajá, y estaba orgulloso de mí, pues les había pegado una paliza corriendo en la bici.

Lo curioso de todas maneras de la bici es que parece que uno va lanzado, y después resulta que realmente, va uno formando una cola de coches enorme; esto ocurría casi siempre a la vuelta, muchas veces tropezaba uno con zarzas y nos picábamos todo el cuerpo. Esa parte era la que llevaba al aeropuerto, el cual lo dejábamos siempre a un lado. No puedo decir a qué pueblo iba exactamente, a pesar de ser muy nombrado, para no meter la pata y que los chicharreros no me quieran leer, no se preocupen, pues ni de mi isla me sé las calles, ni los campos; aunque lógicamente me sé algunos más que de Tenerife.

Cierto día, que no recuerdo cuál, fui con Tomi en bici hasta cerca del monte de Las Mercedes, y nos metimos antes de empezar la subida por unos descampados; lo que me sorprendió fue ver un rebaño de ovejas con su pastor. Digo que me sorprendió pues me chocaba ver ovejas tan cerca de la civilización, que según tengo entendido por un libro del oeste que leí de niño, éstas eran odiadas por los ganaderos y agricultores, pues decían que por donde pasaban las ovejas, no crecía la hierba, o algo por el estilo; ¿o era Atila?

La vuelta fue más relajada, aunque he de confesar que esa vez sí me cansé de verdad, y parecía sin embargo, que Tomi estuviera muy fresquito.

Una cosa que aún me pasa, y que me pasaba muchísimo es que recuerdo estar delante de los folios y sorprenderme a mi mismo haciendo castillos en el aire, tales que muchas veces me tenía que decir: “aterriza”. Pero qué sería de uno si no vive de ilusiones y de proyectos, yo creo, que todos, bueno no, hay excepciones, pero me imagino que serán los menos, tenemos nuestras ambiciones y proyectos.

Allí todo me parecía difícil y casi imposible, así no creía muchas veces que pudiera tener el dúplex y mi farmacia; también pensaba y se lo había dicho a Águeda: “¿Te imaginas, yo saliendo de un Mercedes con el pelo largo?” “No”, me respondía ella, y hoy no sé a que se refería, pues nunca más se lo pregunté, a pesar de pensarlo varias veces, si se refería a que no me imaginaba con el pelo largo, o bien saliendo de un Mercedes.

El profesor más marchoso e inteligente, siendo marchoso y que tuviera esta propiedad, sólo era el de Química farmacéutica, pues el más joven de Para, nunca llegaré a saber a qué se dedicaba de duro y con casi toda su alma, tenía descarado un as en la manga, pero lo que no puedo decir si era un as irrisorio, o sin embargo era un

e-libro.net

gran as. El de esa química, se sabía inteligente y si me apuran hasta atractivo, por no decir guapo, para las mujeres; era un ligón, y por ende algo mujeriego.

El primer parcial de Q.F (Química Farmacéutica) no tenía apuntes, pues no había casi ido por clase, así que en lugar de fotocopiarlos, como sería lógico y habitual, de Mavi, le hice caso al cabronazo que trabajaba en la fotocopiadora y que vendía libros de problemas de Q.F. fotocopiados, me dijo:

-Yo tengo el libro de donde va a salir el examen, con los apuntes que se han hecho en clase.

Esa fue la primera vez que compré a alguien un libro fotocopiado. El muy cabrón me lo había asegurado. No recuerdo cuanto me costó, pero no fue muy barato, por la encuadernación y demás; la encuadernación era casi cómo las que yo hacía. He intentado buscarlo y no lo encuentro. No era muy gordo y con tapas blandas rojas.

Lo estuve estudiando a tope durante dos semanas, incluido el fin de semana en el cual, el domingo, con cierta ansiedad pensaba "Dios mío, no me va a dar tiempo de terminarlo". Al final sí me dio tiempo, pero cuál no sería mi sorpresa, al ver que el examen no coincidía con nada de lo estudiado. Respondí a las preguntas pero mal. Me habían engañado, tomado el pelo y estafado. O sea, fui objeto de lo que bien podríamos llamar "el timo del librito". Fue un cabronazo, y eso que era un compañero de carrera (no de promoción, pues era mucho mayor que yo); ya saben, fue el mismo que en primero me invitó a un porro antes del examen del ginecólogo; esto es, todo un gran colega, aunque yo no deba hablar, pues cuando tuve droga la di a mis compañeros y amigos, con lo cual, yo también incitaba al vicio.

No volví a hacerle más caso nunca, es más cuando hubo que comprarle otro libro, lo fui a buscar donde él trabajaba, aunque no me hice el que lo conocía, sino que estuve distante e incluso dije que me atendiera otro, por lo que él estuvo un poco mosqueado.

Lo cierto es que cuando salió la nota del primer parcial de Q.F. estaba suspendido; esto me embajonó bastante, y fui, creo que uno de las primeras veces que lo hice, a ver el examen; él me explicó el porqué estaba suspendido, aunque me hizo mucho hincapié en que no me desanimara y que me presentara a los demás parciales; yo, bobo de mí, no le dije el motivo por el que había suspendido, sino que bajé la cabeza de pura tristeza y me fui. No tengo ni idea de la impresión que le causé (al margen de que seguro que vió a un pobre diablo, que no tiene donde caerse muerto, y que encima no aprueba).

Algo así cómo un mes después; tiempo en el que empece a ir por clase, él, el profesor, me sacó a la pizarra para resolver un problema; no sabía si lo estaba haciendo bien o mal, lo cierto es que usé toda una pizarra, piensen que estas ocupaban todo lo largo de la pared, la rellené con la resolución del problema. El profesor al final no dijo que estuviera mal, aunque quizás se extrañaría de dónde había sacado tales conocimientos, pues fácil, de mis lecturas sobre el tema desde joven; recuerden que empecé a coger buena base desde octavo de EGB. Lo que más me disgustó, es que mientras estaba en la pizarra, pensaba: "¡Que vergüenza, estoy todo roto, y todo el mundo me está mirando, los zapatos desgastados y el jersey con un par de agujeros!" Cuando acabé el problema, me di la vuelta y me encaminé a mi sitio, no sin antes pensar claramente, de tal forma que lo captaran los de la primera fila un gran "!Jóooodanse!", como si fuera un torero.

Antes de que me sacara a la pizarra el profesor, estaba semihundido, medio enterrado en el folio y alerta, deseoso de que no me sacara a la pizarra, pero él, hizo justo lo contrario de lo que yo quería. Según parece no salí tan mal como pensaba y he pensado en ocasiones posteriores. Quizás sea porque los profesores muchas veces no saben qué están haciendo los alumnos (¿Quién sabe?), lo cierto es que el profesor nada me dijo, así que volví a sentarme en mi sitio; ese día estaba en la fila de en medio y a la altura del cuarto banco, pues la clase, cosa extraña estaba bastante llena.

Cuando hice ese gesto, mis enemigos se callaron y bajaron la cabeza; entre mis enemigos casi todos eran chicharreros, aunque no me fiaba de algún canarión, de los que actualmente, para ser más preciso, del que actualmente no me fío es de uno de ellos: Octavio; entre los chicharreros, eran en especial dos, así una era la "Manolona", la novia de "Manolón", personaje este curioso y que no sé cómo aprobaba; de su novia no me extraña pues era sumamente trabajadora, aunque bastísima; pensaba para mí, "Dios mio, si esta mujer se parece a Águeda, que Dios me coja confesado"; nombraba efectivamente a Dios, pero no tan seguido como aquí lo hago; lo cierto es que contra ella estaba enemistado y contra otra chicharrera, de cuyo nombre no me acuerdo, pero que pertenecía a una de las clases de más solera; así las vacaciones de ella solían ser a Canadá o algún sitio por el estilo; yo mientras, debía timonearme con un sueldo (que por cierto había aumentado ligeramente, para mí considerablemente), de quince mil pesetas. Contra ellas dos sobre todo era con las que solía luchar; lo de Octavio era un canario al que no solía tragar del todo; pero a las otras dos, les tennía la guerra declarada.

e-libro.net

Mucho antes de esto que ahora cuento, en realidad fue a la segunda o tercera semana de haber empezado las clases, tenía la bici recién comprada, pues bien, había ido un día con ella a clase, la había dejado en la parte de arriba de las escaleras, cerca de las clases de las torres de Química, pero al segundo día pensé un poco por vergüenza, que por qué no la dejaba abajo, a la entrada de la Universidad, por su puerta lateral, eso hice, le puse la cadena recubierta de plástico con el candado, no era un candado de la marca Yale, casa que alguien me había aconsejado, pero a lo que no hice mucho caso; ese fue mi error, pues a la salida de clase bajé las escaleras y a medida que fui bajando observé que no estaba la bici, me sorprendió muchísimo, aunque me tranquilicé cuando vi enfrente a Águeda, quien al verme agitó la correa y el candado; me tranquilicé mientras pense: "!Ah, menos mal que la tiene Águeda!, uf, !qué susto me he pegado!"

Pero cuando hablé con Águeda ésta me dijo que había visto la cadena con el candado suelta en la puerta.

Esto me parecía inverosímil; hoy me pregunto: "¿Cómo sabía Águeda que la cadena y la mierda de candado eran mías? ¿Cómo es que nadie los cogió antes que ella?" estas y otras preguntas rondaron de una manera vaga por mi mente, y no de forma constante. Hoy, no puedo menos que preguntarme: "¿Tuvo Águeda algo que ver con el robo?" En ese momento me pareció imposible, ni siquiera me planteé esa pregunta. Hoy no sé qué pensar.

Después del robo que Tomi presenció, no el robo, sino la imagen de mi sorpresa, mi desencanto y derrumbe al ver lo que ocurrió, les pedí a él y a Quillo, tras enterarme dónde vivían los ladrones mas afamados de bicicletas, si me acompañaban, para ver si reconocían alguna pieza en sus garajes. Lo intenté, pero salió fallido el intento, fuimos los tres hasta una de las casas de un gran ladrón, y les mandé a ellos dos que fueran mientras yo me quedaba en el parque; no fui hasta la casa, por si acaso me hubieran vigilado y supieran quién era yo. Fue un esfuerzo inútil, no lo volví a intentar a pesar de darle vueltas y vueltas en la mente.

Antes de eso, había ido una tarde con Tomi por La Laguna en bici, él con la de Pepe, cogí mal una curva y con la gravilla del suelo derrapé de un lado al otro de la calle, cayéndome en el asfalto; inmediatamente pensé: "Dios, si llega a haber algún coche, la cago, pues me hubiera atropellado y qué sería entonces de mí". Eso me dejó bastante impresionado, y por ello es por lo que ahora lo cuento. Lo cierto es que todavía no había terminado de pagar la bici, así que imagínense la gracia que me hacía seguir pagándola sin poderla disfrutar; pero, aunque está mal que yo lo diga me porté como un caballero, y pobre de mí, ¿qué iba a hacer, decirle a Águeda que no se lo pagaba?; ella no tuvo la culpa de que me la robaran, al menos eso pensaba en esa época; ahora me planteo las preguntas que les he mencionado.

La bici cuando la compré tan solo tenía unas ligeras rayas en las ruedas, lo justo de haberla movido un poco en un sitio cerrado, aunque según parece al hijo del comprador no le gustó, o a saber cuál fue el auténtico motivo; a mi fue ese el que me dijeron, y no indagué más.

El cuadro era verde, tenía el manillar típico de las de carreras. Bueno, ralamente toda ella era de carreras. Me pasé un par de días apretando tuercas y demás, al menos mientras me duró; poco después, Quillo se cansó de la suya y me la prestó; era mejor que la que me habían robado, pero eso no quitaba para que la echara de menos; de todas formas se lo agradecí muchísimo a Quillo. Con el tiempo cuando se casó Luis C.C., también saldría con él a veces. Este Luis, me invitó a la boda junto con Águeda, Pepe, mi hermana y Quillo; se casó con una chicharrera, a la que conoció cuando la llevó a su casa tras cogerla en la carretera camino de la suya; él le paro y le dijo que si quería que la llevara cuando iba caminando a su casa, ella aceptó y se subió al coche, y ahí fue donde empezó la buena suerte de ese ser tan negativo. Con el tiempo nos la presentó. Fuimos a su boda y el menda fue como fotógrafo, !me lucí...!, hice unas fotos que según me dijo eran una mierda.

Lo siento lo más sincera y profundamente, nunca había hecho un reportaje de boda, en el que todo dependiera de mí. Fue un desastre, a pesar de haberme leido la parte concerniente a estos eventos en los libros que tenía. Tenía entre mis amigos un cierto prestigio de buen fotógrafo, aunque ya digo, a una boda aún no había sacado fotos nunca, ni en la de Maru. En su boda fue la primera vez que vi que se sacara dinero de la corbata del novio al partirla en trocitos; de la liga de la novia, que me imagino que la llevara, no vería nada hasta algunas bodas posteriores.

Él se fue a vivir junto con su mujer a La Laguna, a un piso que el padre de ella tenía, esperando a cuando sus hijos fueran a estudiar la carrera; ella terminó el COU, pues según parece se casó antes de tener dieciocho años, o casi justo cuando los cumplía; Luis era mayor que yo un par de años como mínimo. Según me dijo, mis experimentos, sobre todo lo que pretendía de sacar las manos con los anillos, al no prepararlos ni decirles mis intenciones, salió todo fatal, peor, fatal de los fatales; encima, me contó después que a las fotos de los grupos les

e-libro.net

cortaba las cabezas; ésto no me explico cómo fue posible, pues fotos de grupo algunas había hecho, y cuando digo algunas, no me refiero a una o dos, sino a muchas más. Lo cierto es que el reportaje de bodas fue una auténtica mierda; lo siento, Luis y Cheché.

Ella se puso a estudiar Filología Inglesa, igual que Pine, aunque mi hermana terminaba cuando ella empezaba. Se lío con tantas cosas, incluidos hijos, que al final terminaría dejando la carrera; de por si no era muy buena estudiante. En qué curso lo dejó no se, quizás fuera empezando tercero o por ahí. Lustros después, me enteraría que afortunadamente la sacó el año en que me enteré.

Quillo, pues, terminó dejándome su bici; la trataría con cuidado y meticulosidad, pero no era la mía, por lo que sinceramente no la trataba con cariño; sí, la tenía siempre a punto, pero nunca llegué a adoptarla como si fuera mía de verdad, siempre decía: “La bici de Quillo...”

Era marrón, con el manillar también de carreras, tenía más cambios que la mía, en definitiva era mejor que la que me robaron, pero no era mía. ¿Ven la diferencia?, es bastante patente.

El de Ampliación de Micro, era un auténtico choteo; en principio podría impresionar pues iba con chaquetas a cuadros, corbata y demás, pero con otro vistazo algo más detenido, se veía que los apuntes estaban bastante amarillentos, de no renovarlos hacía muchos años, demasiados. Su asignatura era una María. Hicimos unas cuantas “visitas” a un par de sitios; la primera fue a la fábrica de la Dorada, allí, nos pusieron a la relaciones públicas de la cervecera con el profesor, ellos iban para allá delante, con la camarilla de hueleculos detrás; yo me rezagué algo, iba con Tomi, y estábamos curioseando por un sitio y por otro; una de las veces, uno, que no creo que fuera muy controlado en lo de beber cerveza, nos dijo, que él siempre la tomaba sin pasteurizar, que era mucho mejor así, de un “control” en forma de serpentín, y antes de que pasara a las calderas pasteurizadoras, nos dio una jarra, estaba fresquita y raspaba la garganta, me supo a gloria; a Tomi no sé cómo le sentaría; le di las gracias al señor; los operarios iban vestidos todos de gris y algunos tenían unos abrigos bastante gordos.

A pesar de ser algo mayor que nosotros, la relaciones públicas era guapa y estaba muy bien vestida. El profesor la acaparó para él solito.

Al final nos invitaron a un tapeo y a cervezas; la gente estaba sentada alrededor de una gran mesa; recuerdo ver a Mavi (que ahora me he dado cuenta de que no sé de dónde viene ese diminutivo, si es de Maribel, lógicamente está mal escrito, no obstante tengo la sensación de haberlo visto escrito con uve) hablando bajito y con la cabeza gacha, con Antonio Granados, inteligente este también, pero, más bebedor que ella también; en el primer parcial de Q.F., creo que sacó sobresaliente.

Por mi parte, estaba solo, hablando con los encargados del sifón del barril de cerveza del que bebíamos, quienes me decían, que había gente muy estirada, aunque según parece y por lo que me decían, no se referían a mí; creo, diría hoy día, que se referían a la relaciones públicas y al profesor. Resultado final, me cogí una chispa de aquí te espero, no de caerme ni de decir disparates, pero sí de meter la pata, por estar siempre bebiendo delante de los profesores y compañeros. De papas y cosas para comer no ingerí mucho, por lo que las jarras de Dorada me hicieron mucho efecto. No recuerdo cómo subí ni cómo baje a la fábrica, pero lo cierto es que una y otra cosa lo tuve que hacer de alguna forma.

La siguiente excursión fue a la “Danone”, ésta estuvo más instructiva que la primera; me enteré allí que todos los lotes se marcaban, para si a alguno le pasaba algo, por estar en malas condiciones o por lo que fuera, se avisaba inmediatamente a todos a los que se le habían distribuido ese lote para retirarlo por defectuoso, evitando que llegara a ser perjudicial; también me enteré, que revisaban los productos caducados, unos de cada zona de cada vez, para ver en qué punto de mal estado estaban.

Casi todos los operarios y científicos estaban con batas; los científicos estaban separados de la cadena de producción, por unas vidrieras, donde nos metimos nosotros, y donde habían puesto cientos de yogures y postres de la “casa”; la gente se abalanzó sobre ellos como si nunca hubiesen visto comida, me asombré, nunca había visto tal desagalle por los postres “Danone”, que he de reconocer que son buenísimos, pero no hasta el punto de pelearse por ellos; pues esto es casi lo que parecía que hacían mis demás compañeros; y yo, que quizás fuera el más “muerto de hambre” no comí casi postres, cogí mi bolsa de plástico de regalo con los yogures que me correspondían y me puse a hablar de manera un tanto preocupado y ofendido de mis compañeros con el profesor. Su nombre: don Evaristo.

Cuando llegué al piso, las niñas se alegraron por los yogures, les dije lo que había pasado, sobre todo con las “copitas” de chocolate y nata de Danone, y casi se me cabrea Águeda por no haber cogido yo alguna; de

e-libro.net

todas las que había, tan sólo pude tomarme una; exquisitas, pero no lo bastante cómo para perder la vida por ellas.¿O sí?

Ramonsi y Candelaria también probaron de lo que llevé, lo repartimos, no como buenos hermanos, pues yo quería que les dejaran más a Águeda. Como ven soy bastante egoísta.

Seguía tomando poco café, pues tenía la convicción de que me ponía nervioso, y créanlo o no, me autosugestioné de tal forma que estuve muchos años tomando lo mínimo, media taza al día, con mucha leche en polvo. Ese curso, poco a poco empecé a aumentar la dosis, así, cuando iba a casa de mi hermana Pine, me tomaba uno, maravilloso, con leche evaporada. Ella empezó a trabajar ese año; fue la primera vez que se separaba de Quillo.

Cuando eso ocurrió, Quillo empezó a alejarse de mi hermana, y medio se enamoró de otra mujer; yo no sabía exactamente lo que estaba pasando, pero sí que Quillo estaba poniendo los cuernos a mi hermana. Pine, cuando volvía de Fuerteventura, se ponía "hecha una pasa" de llorar y llorar; recuerdo, al menos un día, aunque conste que fueron más, que Pine vino por nuestro piso, le dije que me perdonara, pero que no la podía atender, por que tenía un examen. "¿Seré yo un mierda de tío total y absoluto?, no atender a mi hermana aunque fuera una o dos horas, eso no tiene nombre"; pues sí, eso hice. Podrán comprender por qué odio la carrera y las cosas que ésta me hizo hacer, llegando a esos extremos. Mi hermana llorosa, se fue a hablar con Águeda, no sé si ella pensó que estas cosas era mejor hablarlo con otra mujer, pero, !que mierda de tío he sido!, no tengo nombre, y si después he sentido de que mi hermana me hizo algún feo, que no lo hizo, me lo tendría más que merecido. "!Lo siento Pine, de todo corazón!, espero que esa circunstancia no se repita, y si se repite, espero estar a tu lado para que al menos tengas un hombro sobre el que llorar".

Ese año, un día, fue mi hermana Saso a vernos, y nos dijo que nos esperaba a la hora de la comida en "La casita de madera"; yo pensaba que era un sitio normalito, pero, preguntando a unos barrenderos (íbamos en el coche de Pine y Quillo, el Fura), nos dijeron que mejor era que fuéramos a otro sitio, que ese era muy caro. Allá fuimos y cuál no fue mi sorpresa, al ver que realmente era una choza de madera en el muelle, casi en medio de un gran descampado. Allí estaba toda la tripulación, sin incluir al comandante y demás; mi hermana Saso me decía:

-Venga come, Antonio.

Pero a mí me costaba trabajo comer tales platos, no porque no fueran exquisitos y con más abundancia de la que podría comer, sino, y principalmente, porque se me hacía un nudo en el estomago, pensando cuánto le iba a costar eso a Saso; y encima invitaba a tres personas; Águeda no fue, pues no se tomaba muy oficial la cosa entre ella y yo, pues a pesar de que algún día iba a mi casa en Las Palmas, no se consideraban unas relaciones tan serias como las de Pine y Quillo.

Aunque no lo había dicho, un verano, Pine y Quillo se habían casado, tras una despedida de soltero en casa de mis abuelos, quienes gustosos le cedieron su casa, incluso con lágrimas en los ojos por el detalle de acordarse de su casa en ocasión tan importante. Verán, que a mí me extrañaba que les dijera que no había hecho otro reportaje, así, aunque no fui el único que sacó las fotos en la boda de mi hermana, sí les saqué unos cuantos carretes.

Lo más destacado de la despedida de soltero, fue que a ella, iban todos sus amigos de carrera, entre ellos el número uno, que hizo la carrera en tres años y con "matrícula"; estaba dando clases y se dedicaba a algo de cine; seguía según lo vi siendo un ser inteligente y trabajador. También estaba Mendel la veterana y rica estudiante, compañera de Pine, quien me calentó de tal forma, que cuando ella se fue, quise ir en su coche, a ver si nos acostábamos juntos. No creo, o al menos eso espero, que Águeda se diera cuenta, pues no se lo imaginaba; Mendal me llevaba a mi cerca de ocho o diez años. En la despedida, que la hicieron conjuntamente Quillo y Pine, me dijo Paco (el que en el futuro sería el marido de Sabrina y de cuya hija, Pine sería la madrina), que me apostaba diez mil pesetas a que me casaría con Águeda en breve. Yo pensé, "pues no sé, la verdad, pero yo no lo tengo tan claro"; esto lo pensé por lo amargado que era, a pesar de querer a Águeda de tal forma que era lo más humano que había en mi vida; a pesar de que ella muchas veces no se mostrara tan humana.

Iba vestido, y lo recuerdo perfectamente por unas fotos que conservo, con un pantalón de peto y una camiseta de tres botones sin cuello y de manga corta celeste; estaba viéndola hoy día, horterísimo, con mi pelo largo, y mi casi barbilampiña cara (que no es que fuera tal, sino que iba muy bien afeitado), de todas formas los modelitos que se veían en esa época, no eran muy psicodélicos ni sofisticados, posiblemente, porque la familia no tenía dinero para más. Quien no recuerdo, sí ahora sí me acuerdo y que se pasó el día contando chistes, fue Pepe, mi cuñado, pero sí, sí fue.

e-libro.net

La boda fue antes de que mis abuelos se murieran, pero como la Chica estaba en cama cuando se hizo, mi abuelo no quiso asistir.

Se casaron por lo civil; hice de uno de los fotógrafos, fui muy mal vestido, con unos vaqueros y una camisa a cuadros; no tenía más dinero para otras galas.

La boda no se celebró, sino que mi familia se fue a un chino a almorzar, también iba mi tía Conchita, y no sé quién lo pagó, aquello me parecía un lujo enorme, para lo pobretones que éramos nosotros. Por la tarde nos vimos con la familia de Quillo, quienes no eran de gran alcurnia, pero algo de dinero manejaban, pues los padres, él y ella, trabajaban en su Hostal de pocas estrellas, pero donde les dije que iban muchos pescadores y demás. He de destacar lo infinitamente guapa que estaba Mari Carmen, la hermana de Quillo; llevaba incluso un sombrero cosa que yo nunca había visto en una mujer; parecía una actriz de cine y me alucinó. Estaba comprometida; yo también, aunque eso no quitaba para que me quitara el hipo y me pareciera una mujer inalcanzable; se fue con su novio, dejando a los demás en la reunión.

No es que fuera un fallo poner ahora la boda de mi hermana, sino que no me acordaba de cuando fue, y por la muerte de mis abuelos maternos, lo pude encuadrar.

Al poco tiempo de estar en La Laguna, ese cuarto año, me avisaron que mi abuelo, Papa Pepe, había muerto, ya no me quedan más abuelos.

Fui al entierro; allí, en un cuarto aparte estaban mis tías paternas, y Lotario y Joaquín, la verdad no sé asunto de qué esta deferencia, y por qué no estaban junto a los demás, a no ser que hubiera más gente en el cuarto, entonces me callo, pero todavía hoy no lo sé si estaban o no solos.

Mi madre quería que viera a mi abuelo, pero yo le daba la espalda al féretro y le dije que prefería no verlo. La caja estaba en la sala de lo que había sido la casa de mis abuelos donde ahora estaba el finado, mi abuelo; estaba donde él pasaba más horas al día, cuando vivía en su casa, en el cuarto de la radio; también tenía una vieja tele en blanco y negro, pero que no solía usar mucho. En mi casa había un par de aparatos de tv, creo que uno era en color, un armatoste increíble, y los otros en blanco y negro.

Al día siguiente llevamos a enterrar el cuerpo de mi abuelo; no recuerdo, aunque casi seguro es que no, creo que no porté la caja del muerto; iba con mi madre, muy retrasado, pues el cementerio estaba en lo alto de una colina, al que se llegaba por una cuesta de suelo empedrado. El cementerio era pequeño, y a él fue mucha gente mayor, del campo. Allí vi a mis padrinos y me alegré mucho. Mi abuelo se murió del amor que tenía a mi abuela, poco después de las palabras que me dijo en la clínica. Era la primera persona a la que veía morir de amor y soledad.

Es curioso la noche en que velaba mi madre el cuerpo y yo estaba en la cocina me entraban unas ganas locas de tomarme un coñac, vean si estaba gravemente tocado por el alcohol o no. !Qué de malos momentos me ha hecho pasar el condenado alcohol! Afortunadamente no tomé ninguno, pues nadie me lo ofreció, y a mí me dio vergüenza pedirlo. No creo que fuera de forma muy adecuada al entierro, bueno, realmente iba con lo mejor que tenía, que probablemente fue lo mismo que llevé a mi primera “boda por lo civil” que había ido en mi vida, la de mi hermana Pine.

Una vez concluido el entierro, me fui a La Laguna, y creo, por no asegurarlo, que mi madre soltó alguna lágrima, al ver que yo seguía sin corregirme. “Lo siento, madre, he sido un loco mucho tiempo, y todo por no aceptarme tal cual soy”.

Tengo un recuerdo de mi hermano Jose, cómo se le iban los ojos a una revista erótica que no sé quién había llevado a mi casa siendo un adolescente; sentía vergüenza ajena, pero nadie le dijo nada; ponía los mismos ojos de salido cuando salía una buena y guapa chorva por la tele, o sea, a cada momento.

Pero volvamos a La Laguna, allí, me refugiaba con las plantas cuando estaba estresado o descansando del estudio, eran pocas las plantas que ahora había, y no eran de marihuana, sino ornamentales; eran grandes y aunque no les tenía tanto cariño, como a las que yo había “creado”, bueno vayamos por partes, no las creé, sino que las hice germinar a partir de las semillas que recolectaba de los “churros de hierba”.

Allí estaba y muchas veces me ponía nervioso, la hermana de Gurrra, y pensaba, “esta chica no sabe lo que es el orden”; no recuerdo si estaba en primero de carrera, aunque me imagino que si, por las continuas fiestas en las que siempre estaba metida con la gente en su cuarto; supongo que yo tampoco le caería muy bien, pues me consideraría demasiado serio; ella a mí ya lo he dicho, demasiado marchosilla, y por más ende, algo golfa (no me refiero con esto al sexo, sino a su forma de ser). Después de mucho aguantar las risas y fiestas de sus amigos y de ella, no me quedaba más remedio que llamarles la atención.

e-libro.net

Allí iba a correr, por las zonas más caras de La Laguna; tenía ya un circuito hecho, el cual era bastante grande, corría por la noche, cuando ya no aguantaba más sentado en el salón de espaldas a la zona de los telespectadores.

También recuerdo que ese año, no dormía siestas, sino que veía los seriales que echaban después de almorzar; uno, me gustó muchísimo, y era la vida de Ramón y Cajal, Premio Nobel de Medicina, genial, la serie estaba imponente, me gustó un huevo, a pesar que pensé cuando una de las veces salió el matrimonio a pasear por las calles, él iba cabizbajo, que pasaba mucho de lo que decía su mujer; eso se me quedó tan grabado que pensé, "¡qué cabrón, el tío pasaba de su mujer!"; a pesar de esto, la serie me resultó muy emotiva.

También vi por primera vez algunos capítulos de "Falcon Crest" (espero que se escriba así), el cual era la tercera o cuarta vez que lo ponían, aunque yo era la primera que lo veía, a pesar de que no la veía con agrado, pues me revolvía las tripas el pensar que tan mal se pudiera llevar una familia; y esto era porque no había observado detenidamente a la mía, a la cual tras la separación, no se puede decir que fuera Falcon Crest, ni mucho menos, ni muchísimo menos, es más, nosotros éramos los pobres de la familia, y los demás los ricos, pero vamos que también se las traía en lata la lucha entre las distintas partes de la familia.

La primera de las series vistas me relajaba, y aunque no me influía a pesar del ejemplo que daba, para incitarme a estudiar, cogía los apuntes con más gusto que al ver la segunda nombrada, la cual me quitaba generalmente las ganas de estudiar y me dejaba más bien con ganas de relax y esparcimiento, o seguir viendo más tele, a pesar de encontrarla de lo repugnante.

Una mañana, Águeda se había ido a clase, me levanté a media mañana con un dolor en el riñón derecho, algo increíble, se me iba la voz, tal que no podía llamar a Ramonsi, a pesar de él estar en el cuarto de al lado; me retorcía y mientras decía con un ligero hilo de voz:

- Ramonsi, Ramonsi, Ramooooooonsiiii...

Él, claro, no me oía; no recuerdo cuando, pero lo cierto es que me vieron revolcándome por el suelo.

Me llevaron a urgencias, y allí me tuvieron esperando un buen rato en una sala donde estaba yo solo y donde me revolvía y revolvía una vez más.

Iba con el chandal, mejor prenda que en ese entonces tenía, a pesar de ser del año pasado, y usarlo tres veces en semana.

Allí, por lo que me dijeron al preguntársolo, me inyectaron un choque de corticoides (no sé para qué) y Nolotil® como analgésico, al tiempo me fui recuperando. Hubo un momento en que me dio un cierto respeto, pues en la habitación en que me atendieron había lo menos seis o más médicos. Hoy aseguraría que la mayoría eran residentes. Me pusieron un pijama azul, aunque luego me lo quitaron pues no consideraron necesario que me quedara ingresado. Mi hermana Pine y Quillo, que casualmente estaba en su piso, me fueron a buscar a la clínica, y ellos arreglaron lo del médico, lo que costó, aunque luego lo devolverían enseñando la cartilla del seguro, la cual la arreglaba cada año desde Las Palmas, donde constaba como: "Desplazado". Siempre estuve orgulloso, de tener la cartilla con el sello de "Autónomo", me parecía que eso era una gran cosa, de gente con "categoría", con el tiempo me di cuenta que incluso los panaderos eran autónomos, al igual que los fontaneros, electricistas y muchos más que trabajaran por cuenta propia, ajenos a jefes y demás empresas.

Bien ya he contado varias cosas anteriores a Navidad, supongamos que nos fuimos a Las Palmas y allí pasamos estas fiestas. Una cosa que ya he dicho, es que mi hermana Saso intentaba por todos los medios estar siempre en nuestra casa el día de Navidad, para cenar todos juntos; ahora quienes seguían yendo a nuestra casa eran Loli, Antonio y su hijo Antonio José (Tonito), esos como familia de mi madre, amigos de mi madre, eran Rosa María, José Manuel y Nenina y Amparo; a Nenina le solían venir a buscar sus novios a mi casa, después de que llegaran el Papa Noel, a veces antes. Pero todo esto ya lo saben. Quien hacía de Papa Noel era mi hermana Pilar, quien con el tiempo, fue teniendo una práctica increíble. El disfraz al principio era de Elena, la vecina, la mujer de Pepe Padrón, el director regional de la casa Volvo, todo un alto ejecutivo, a quien admiraba, a pesar de que esa familia en general no me cae muy bien; cada vez me van gustando más. Con el tiempo se haría una peluca blanca y las barbas, para uso y disfrute de nuestra familia. El Papa Noel, solía venir justo después de la opípara cena; venía también Amparo, la madre de Rosa María y abuela por tanto de Nenina; esa mujer es toda una institución, hoy día tiene noventa y pico años. Viste muy bien (al igual que toda su familia, al menos los que viven bajo el mismo techo), y siempre habla muy bien de su marido, de quien decía que era todo un señor: D. Domingo; mi padre se llevaba muy bien con él, quien cuando salía de trabajar, se iba a tomar un par de copas casi todos los días con él; ¿de qué temas hablaban?, lo ignoro, quizás fuera de negocios, o quizás de mujeres. Con el tiempo me enteraría,

e-libro.net

que mi padre tenía varias reuniones con amigos, donde según parece, era habitual el tomarse las copas; de eso me enteraría casi siete años después, de boca de un alcohólico que se las daba de señor, y encima de rico, cuando lo cierto es que no tenía donde caerse muerto.

Ese año leí libros más ligeros, no me comí mucho el tarro. No recuerdo en qué fecha me regaló Águeda "Las 120 Jornadas de Sodoma" del Marqués de Sade, con una dedicatoria simple: "Te quiero", pero yo no sé hasta que punto, pues he de decir que la primera vez que lo leí, que no fue del todo, sino unas cuantas páginas, me provocaba total y absolutamente, y al margen de que a veces me excitara, no era esa la sensación que prevalecía, ni mucho menos; aún no me lo he leído del todo, pero lo haré. Águeda se lo leyó casi todo, aunque nunca me hizo ningún comentario sobre él. A Nenina dije, la venía a buscar siempre un novio, yo me preguntaba que por qué siempre tenía que venir un novio, digo, pues cada vez era distinto; ignoro si pertenecían a altas clases sociales o no, pero esa familia, siempre ha sido de los que les gusta relacionarse con las altas esferas cuando ellos en realidad no lo eran.

La cena solía ser o pata de cerdo, o pata de cordero; el encargado de ir a buscarla era José Manuel.

El hermano de mi madre, Antonio, a veces también traía carne; para Amparo, mi madre hacía uno o dos pollos al limón, sabrosísimos, cuya receta es bien fácil, se unta un pollo con un Avecren de carne, y en el interior del pollo se le mete un limón, se pone al horno hasta que se dore, y ya está, un plato exquisito, se puede servir con papas fritas, que es como mejor saben.

Nos daba una gran alegría que Saso estuviera con nosotros, pues así estaba la familia, los hermanos, al completo.

Quillo solía poner villancicos en un casete, Pine solía hacer el árbol, y no sé quién el Belén, seguramente yo, recuerdo que un par de años, compré piezas del Belén, incluso una de ellas era un pastor cagando, y se veía el tarugo que salía del culo hasta el suelo; habían pastores, reyes y demás, todos de plástico, aunque algunas parecían cómo de cerámica o algo parecido, de estas, algunas, estaban algo descascarilladas.

Siempre quise hacer un Nacimiento espectacular, con luces que se encendían y se apagaban y con otros efectos especiales. Nunca lo logré, por no saber constuírlo, ni por tener imaginación ni "gusto" para hacerlo. Me he quedado siempre con ese desconsuelo.

Mi madre se ponía muy contenta cuando nos veía reunidos a todos; recuerdo que yo llegaba a mi casa casi el día veintidós, pues hasta el día de antes solía tener exámenes, sería para que gozáramos más de las Navidades, o quizás para que no nos hiciéramos unos holgazanes.

Ya no nos regalábamos tantas inutilidades Águeda y yo, que algunas veces era así, pero empecé a regalarle libros, no tenía en esa época mucha idea de libros y autores, pues quien más me aconsejaba era ella, de cuyo gusto me fiaba, aunque hoy he de decir que tenía un gusto fatal, o semifatal; yo le compraba según las oía a ellas comentar sobre los libros; tal era el caso de Gabriel García Márquez, y algún que otro de los grandes. Siempre me consideraba inferior a ella, al menos en cuanto a Literatura (lo pongo con mayúsculas, pues se lo merece), ella me daba mil vueltas, aunque desconozco si de adolescente, ella leía más, igual o menos que yo, y en caso positivo, qué tipo de libros leía. Yo, si no leía más libros era porque no tenía tiempo, a pesar de ello algo leía, aunque a veces muy estresado y saturado, de todas formas cuando tenía mucho tiempo libre, pensaba: "Bah, literatura, paso un quilo" a pesar de que me gustaba, lo que no quitaba para que a veces la encontrara un poco lenta, comparándolo con la lluvia de ideas y conceptos de mis apuntes de la carrera, que era lo mismo que decir, los apuntes de Mavi. De todas formas, tal como Dios me dio a entender, le compré una buena cantidad de libros, pues estaban en rebajas, en la librería Babón, cercana a Mesa y López. Creo que le gustaron, aunque no demostró excesivo entusiasmo, nunca lo demostraba, al menos en lo concerniente a mí.

Un detalle que ahora cuento y que no me gustó nada, fue que Águeda, mientras estuve en cama, o mejor decir en el sofá del cuarto de la tele, cuando las piedras en el riñón, en que me aconsejaron un par de días de reposo; pues bien ese par de días, Águeda, me hizo "sangüis" mixtos, y demás delicadezas, que seguramente compró con su dinero, pero lo que se dice estar conmigo allí, no lo estuvo, se pasaba el día hablando y descojonándose de la risa con su prima y Ramonsi en la cocina. Ella no solía estar enferma y quizás por eso no sabía lo que dolía, no solo el dolor físico, sino el psicológico; de ambos los padecía yo. El sofá era de madera, el armazón, y luego tenía unos seis cojines; seguramente se haría cama, pero nosotros nunca la hicimos.

Pero vayamos a Las Palmas; allí, tal y como era de esperar, fuimos con Antonio Santana a sacar fotos, ya a mí eso de llevar la cámara me resultaba aburrido, no por las fotografías que quería sacar, sino porque me parecía monótono, siempre sacando las mismas fotos, pues cada vez que venía, íbamos casi a los mismos sitios.

e-libro.net

Un día, fuimos a un bar a comer pollos, era en el campo, pero no puedo asegurar dónde, pero era un bar sucio y algo inhóspito, a pesar de que tenía una gran fama. No recuerdo si era porque ya estaba harto de comida, pues en Navidades siempre se come más de lo habitual. No obstante, no era lo bueno sus sillas y mesas de madera, o la iluminación del bar, no, lo curioso era que el pollo, apetitoso, y las consumiciones, eran baratas, a pesar de que el dueño siempre dijera al pedirle la cuenta: "mil doscientas cincuenta", lo cual quería decir que la cuenta eran doscientas cincuenta pesetas; "mil novecientas", por novecientas, y así siempre.

Cuando íbamos a estas salidas, siempre antes íbamos a comprar chocolate o "Mari Juana", al Buque de Guerra, como primer intento, al Polvorín, en segundo intento.

Casi siempre fumábamos en forma de porros, y los hacía generalmente yo, mientras conducía Antonio Santana; yo no paraba de hablar. Águeda se sentaba detrás, callada, después nos fumábamos el porro entre los tres, y luego otro, y así sucesivamente, hasta acabar con todo el chocolate; también nos bebíamos nuestras cervecitas o vinillos.

Cuando hacíamos una cachimba, la llenábamos con hachís y con tabaco rubio; el porro, también lo fumábamos con tabaco rubio; pero el costo solía escasear, y así a veces cogíamos la resina de la platina de los coronas, con la que se había hecho la cachimba, y dándole fuego la pasábamos al cigarro (explico esto muy someramente, pues supongo que la mayoría de la gente sabe a qué me refiero); si el cigarro era rubio, el resultado de la operación, era satisfactorio al igual que el sabor, sin embargo si el cigarro con el que aprovechar la resina de la platina era negro, aquello sabía a rayos. Antonio, por lo que parecía nos auguraba un buen futuro a Águeda y a mí, en perfecta armonía los dos. Esto no lo tenía muy claro, así unas veces ella me caía fenomenal, estupenda, y otras desagradabilísima.

Al igual que siempre, salimos el treinta y uno de diciembre, día de Nochevieja y Año nuevo, a pesar de que nunca íbamos a ninguna fiesta; por mi parte, maldita las ganas que tenía de salir, pero mis amigos decían de salir, seguramente para estar más rato con sus novias; pero yo la veía a ella casi todos los días del año.

Nunca íbamos de punta en blanco, sino con vaqueros, de los que ya estaba más que cansado, aunque tampoco me imaginaba verme de chaqueta y corbata, o con esmoquin; de esto último no me veía ni de coña, aunque de traje de chaqueta y corbata, a veces me preguntaba si me gustaría o no, verme con ellos.

Imaginaba que a Águeda no le gustaría verse con trajes de noche, quizás me equivocaba, pues recuerdo el primer año, cuando se puso el disfraz de japonesa, estaba horrible, pero ella creía que estaba magnífica. Una cosa que me fastidiaba de ella era su manía de darme a todas horas la mano, para dejar bien claro que estabamos saliendo juntos y que estábamos enamoradísimos; no digo que muchas veces me gustara cogerla por la cintura e ir acaramelados, pero por zonas discretas, pues a mi nunca me enseñaron a demostrar cariño, sino todo lo contrario. Con Águeda, cosa muy rara, nunca había ido aún a ningún pub.

!Pero no!, Águeda se empeñaba en demostrar a todo el mundo, que nosotros estabamos superenamorados, lo que me atormentaba un huevo, sobre todo en Las Palmas, donde nada tenía sentido para mí, más que el engorde y el sufrir; si algo de dinero me sobraba en La Laguna, que era una cosa sumamente extraña, no lo llevaba a Las Palmas, sino que sabía que allí podía pedir algo, poco, pero posiblemente para nuestra situación era excesivo, debido a la mendicidad a que nos sometían nuestras familias, las que sí tenían dinero.

El día de Reyes, no íbamos a ver a nuestras tías, pues ya ellas no nos regalaban nada, a pesar de que Joaquín siempre nos daba cinco mil pesetas cuando nos veía, me imagino que a pesar de sus muchos trabajos, tendría que ser mortal quitarle tantas miles de pesetas a su sueldo; hoy día, ya sé lo que vale un peine, y no me explico cómo podía tener tanto dinero, quizás porque ya había tenido algo de éxito en su vida; lo cierto es que era un manirroto; según me enteré más tarde, él nunca invirtió el dinero en propiedades, negocios o en algo que pudiera ser rentable; igualmente me entería más tarde, que tenía un piso en el Puerto, no el puerto como muelle, sino en la zona de la ciudad que así se llama; a saber si era para algún contacto sexual, o bien que lo tuviera alquilado para sacar algo de dinero; esto es una incógnita para mí.

Me caracterizo mucho por mi continuo estado de contradicción, lo que me llevaba a ingerir mucho alcohol, a drogarme y a fumar; todo esto sabía que me estaba haciendo mal, mientras pensaba, "ya me las quitaré"; es más muchas veces me engañaba diciéndome, "bueno, tampoco me paso tanto"; eso lo decía poco antes de drogarme con cualquier sustancia, aunque es más probable, que una vez cometido el pecado, uno se arrepienta; también pensaba, debido a que no creía mucho en Dios, por no decir nada, que ya me arrepentiría y le pediría perdón y clemencia. Unas palabras que solía pensar que fueran las últimas mías: "Dios mio, perdóname mis pecados", y acto seguido, ya me podría morir.

e-libro.net

Ya saben que otro de mis problemas era lo absurdo que era yo antes, la absurda dependencia que tenía con Águeda de contarle todo absolutamente. Todo lo que me pasaba y pensaba; lógicamente, ya no hablaba tanto, pero sí le solía decir lo más relevante que pensaba; no digo, que hablar con ella no me relajase, pero es que a veces me sentía excesivamente dependiente, y eso me frustraba.

Pero bien, vayamos a La Laguna; como siempre me fui antes para el "nidito de amor", ¿realmente era así o era una mancebía donde todos nos amancebábamos? Siempre era el primero en llegar al piso; allí llegué con algo de dinero, y no se me ocurrió otra cosa que comprar un vino espumoso, y usar unas copas altas que pertenecían a la casa; eran bastante horteras, pero a falta de pan, buenas son tortas; no quiero presumir, pero eso le afectó a Águeda, la cogí desprevenida, al final hicimos el amor, tras tomarnos románticamente el vino en nuestro cuarto; no disponía de dinero para una buena cena, es más, la botella del espumoso vino, tampoco era demasiado cara. Para ser sincero, creo que costaba de doscientas a trescientas pesetas; mi capital no llegaba a más.

Prácticamente había perdido todo contacto con las chicas de farmacia, y pensaba que qué aburrimiento siempre yo aquí estudiando (a que les sorprenderá esto, bien, pues no es tal disparate, muchas veces lo pensaba, también me preguntaba ¿cómo sería mi vida con May en lugar de con Águeda?, ¿sería mejor, peor?, no sabía), pero debía luchar por mantener nuestro amor, y sacar la dichosa carrera.

Una de las prácticas más típicas de Farmacia que hicimos, fueron las de Galénica, en las que hicimos supositorios en sus moldes, eran de glicerina, pomadas, con las que había que tener una gran paciencia, pues tenía uno que mixturar, hasta hacer un todo homogéneo; estas cosas no me impresionaron tanto, más bien nada, pues estaba ya acostumbrado a verlo en mi familia, ya fuera en la farmacia de mi padre, como en la de mis tías.

Lo que realmente me causó impresión, fue ver cómo se rellenaban los tubos de pomada: !se llenaban al revés!, justo por la parte de atrás; así se comprendía que muchos tubos vengan precintadas las tapas de la casa; el mecanismo de apertura de los tubos lo aprendí más tarde, o sea dándole la vuelta al tapón y girando presionando éste, con lo que el saliente del mismo, perfora la boca del tubo. Lo que no me gustaba tanto, era el exagerado tiempo que nos tenían amasando las pomadas. Según decían, y así ha de ser en el buen quehacer del farmacéutico, no debía quedar ni un grano de sólido, polvo u otra sustancia; al mismo tiempo la mezcla debía ser homogénea.

Ese laboratorio tenía una iluminación natural, realmente maravillosa, en su interior, todo era luminoso; hoy día lo sé por experiencia propia que allí a pesar de lo que uno pensaba, se manejaba dinero, mucho dinero, muchísimo dinero.

Por ultimo, cómo no, hacíamos la aspirina, aunque más que hacerlas vimos cómo se hacían; era increíble que un departamento, que hoy pienso que surtiría de dicho medicamento a toda la universidad, y si no al menos a todas las facultades que las usaran para experimentar (vamos a suponer que no se usaran para consumo humano), hiciera tal cantidad de aspirinas; se usaba el polvo del A.A.S., el cual se metía en unas grandes y verdes tolvas, se apretaba un botón, tal que cada vez que se realizaba esa acción salía por el otro lado cientos de aspirinas. En ese instante me pregunté, "¿y para qué quieren tantas aspirinas?, ¿qué harán con ellas?", la respuesta que me di, ya la mencioné.

El experimento que se hacía con ellas no recuerdo exactamente en qué consistió, pero si recuerdo que era para ver si el lote estaba o no defectuoso. Comprenderán que el aparato para comprimir y hacer comprimidos, no ponía las letras de Aspirina® sobre el comprimido, pues no era la casa comercial, Bayer, quien las hacía, sino que era la propia facultad, ese departamento en concreto. Estoy haciendo muchas suposiciones, pero quizás existiese otro aparato similar o mejor en otro sitio. No lo sé. Nunca lo vi. Lo que sí creo, me imagino y espero, que hoy habrán otros mejores, más sofisticados y más precisos.

Estudiaba sin parar y lo peor de todo era la presión nerviosa a la que me sometía, pues no solo debía hacer lo que los otros (pocos) hacían, sacar el curso, sino también, sacar las de los años anteriores. Una de las pocas ventajas de estar a toda hora con el agua al cuello, era que muchas de las asignaturas que me preparaba, ya las tenía vistas de otros años, y eso me venía fenomenal.

Me presenté, que ahora recuerde, a Microbiología y a Inglés, ambas el mismo día. En el examen de Micro, estaban dos profesores cuidando, uno era biólogo, el cabrón, y el otro era farmacéutico, el de chaqueta y corbata y sus muchos coches.

El examen era el mismo día. El de inglés era un auténtico pasteleo, aquello no se podía ni llamar una María, pues realmente lo que había que saberse era un pequeño librito de inglés, de los tipo del BUP; esos que ponían historietas a modo de comic, y luego había un pequeño dialogo. El examen consistía en que ella ponía un par de

e-libro.net

dibujos del libro y nosotros debíamos contar la historia; la otra parte era más complicada, aunque no me resultó tanto, era una hoja de un libro de Para en inglés; yo había hecho algo por el estilo con unas hojas de Micro.

El de Micro era mucho más complicado, trataba mucho sobre ingeniería genética e inmunología, ambos, temas punteros, pero que dudo que estuvieran bien explicados por lo analfabeto que era el profesor.

Al examen nos presentamos poca gente; a la hora o algo por el estilo, me entraron ganas de miccionar; aparte de eso, debía avisar a la profesora de inglés que iba a llegar un poco tarde, pues el examen de Micro daba para largo.

Le dije al de Micro si podía ir al baño, y de paso avisar a la profesora del otro examen que llegaría tarde.

-¿Cómo?, ¿tienes otro examen ahora?

-Sí - contesté.

-Sí, sí, vete.

Le dejé alucinado, lo que él no sabía, y no sé si sospechaba o no, era que el otro examen era de inglés.

Fui primero al baño, que estaba solitario, al poco entró un estudiante que me dio malas vibraciones; nada más miccionar me fui al piso de arriba, y allí hablé con la profesora de inglés quien me dijo que no había problema.

El examen de Micro me salió bien, al menos eso parecía por la cantidad de folios que escribí; por suerte, no era tipo test, sino a desarrollar ideas. Me explayé, y al final valió la pena, aprobé.

Me alegré cuando a ese profesor no le dejaron dar más clases en Farmacia, la razón no la sé, supongo que fuera por sus pocas dotes pedagógicas y la materia que daba, no me extrañaría que fuese errónea, toda equivocada;de todas formas he de confesar que la asignatura en sí era bonita, pero él no sabía hacerla interesante o tan inquietante como debiera.

En el examen de inglés, volví a encontrar a la chica que estaba bien. No recuerdo exactamente si estaba bien vestida, pero seguía estando igual o mejor aún, estaba muy apetecible, pero yo estaba comprometido.

El examen fue sencillo; el texto me sonaba muchísimo pues las palabras técnicas se parecen en los dos idiomas; me resultó sencillísimo y aunque estaba algo embotado, terminé poco más tarde que los dos que habían hecho el examen antes que yo; al menos cuando fui a hablar con ella solo vi a dos personas, la chica citada y otro chico al que no conocía.

En el examen de Micro, que yo recuerde, de conocidos, solo estaba Bartolomé D. B., quien me caía muy bien; creo que tenía un par de años más que yo. Ya hablaré de él más adelante, pues lo veía poco, pero sus charlas eran agradables, o quizás fuese su carisma que me atraía, no puedo decirlo.

No era una atracción física homosexual, como intuirán, sino afectuosa y amistosa.

Creo que fuera en esa época cuando un día en casa de Quillo, viendo la magnífica tele en color que tenían, vi un programa que lo mejor que tenía era el título: “Paz para mis venas”; enseguida lo relacioné con los estudios y demás, pero cuál no sería mi sorpresa al ver que se trataba de un programa canario sobre drogadictos, adictos sobre todo a la heroína. No es que no me interesen esos temas, sino que el programa era de una calidad nefasta. No sé cómo podían haber buscado un título tan impactante, para después que el programa fuera tan nefasto.

Pero sigamos en febrero. Después de los exámenes, no recuerdo si fui al Fragata, aunque ya no iba tanto como los primeros años; ahora me iba al piso y allí me tomaba mi media o toda la botella de vino barato que Águeda me compraba para después de los exámenes. Ella no lo probaba, y eso me daba cierto complejo de culpabilidad, a pesar de que por mucho pensar que me excitaría el líquido elemento, no podría hacer el amor, pues ella se negaría, sobre todo al verme borracho. Así que lo que hacía, después de almorzar, era irme a la cama, yo solito, no había mejor manera de satisfacer el esfuerzo realizado en ese mes y pico anterior de estrés y empolle a tope. Pero no debía bajar la guardia, me esperaban los exámenes parciales de cuarto.

Los exámenes parciales los estudiaba con dos semanas de tiempo, ya saben, la primera semana más relajado, y la segunda a tope, e intentando que no ocurriera nada anormal en ese tiempo.

Me dije que no estudiaría por libros hasta que no fuera explícitamente dicho por los profesores, como ocurría con la de Análisis Químico, la cual me dio bastante la lata, seguramente porque ella casi no me conociera, pues no fui mucho por clase, por no decir nada; esa asignatura, ciertas partes las estudié por el libro de Análisis volumétricos, pues según Tomi, había que estudiarlo por el libro. La aprobaría tardísimo, seguramente porque me sucedió lo que pocas veces me sucedía, que no me lo había estudiado en su día, pero no es ésto posible, pues recuerdo perfectamente que fue a la salida de ese examen cuando hablé por primera vez con el novio de Mavi y ya saben lo que le dije.

e-libro.net

Lo que me extrañaba era que Mavi saliera con una persona que bebía, y encima güisqui; no lo comprendo, yo pensaba que ella debía salir con otro genio igual a ella; en esa época yo no sabía que Mavi fuera un genio, sino que era la que subía el nivel, y aunque a ella se lo permitía por ser tan buena persona y estar tan buena, a sus amigos y amigas, no. Mavi era la número uno, pero por esa época no se usaba el decir fulanita o menganita es un genio, no; o quizás sí se usase, pero no tenía conocimiento de ello.

Alguna vez, las menos, Águeda y yo nos reíamos cuando hacíamos el amor con un porro, no es que nos riéramos haciéndolo, sino en los preliminares, si yo decía algo gracioso cosa por demás muy poco frecuente, pues siempre estaba preocupado, a pesar de mi imagen querer dar a entender todo lo contrario, después de las risas, ya no sólo se quedaba uno bien, sino que me quedaba extrañado, pensando: "Qué raro, nos hemos reído como muy pocas veces".

Estábamos un día tranquilamente Águeda y un servidor, viendo la tele, cosa poco frecuente, no el estar tranquilo, sino que viéramos los dos la tele sentados en un colchón sobre una cama que estaba frente al aparato; pues estábamos allí los dos, cuando no sé quién abrió la puerta del piso, quizás porque Tomi me dijera que él estaba abajo la abrí yo mismo, lo que no me dijo es que estuviera con las "chicas del clan"; de buenas a primeras veo subir a creo que era Pili como se llamaba la más gordita y nada más vernos, dijo algo así cómo:

-!Ay!, lo siento.

Y se fue escaleras abajo.

Poco después vino también otra mala estudiante, la que era rubia y diabética, y que su padre era igualmente farmacéutico y tenía una farmacia, pero quizás lo más importante de todo, fuera que era sumamente depresiva. También subió, y aunque más lenta de reflejos también se fue alegando no sé que cosa.

Cuando salíamos la pareja por ahí, Águeda se maquillaba a base de bien, se ponía coloretes, el contorno del ojo, se pintaba los labios y las uñas ambos de rojo; esto a mí me dejaba más que excitado, salidísimo. Una vez se maquilló a base de bien, pues le iba a sacar una foto de los ojos, con unas lentes que me había comprado, las fotos salieron geniales, aun las conservo entre las demás (realmente eran diapositivas), aunque actualmente ni saco fotos, ni me da por mirar la gran cantidad de diapositivas que tengo, espero que algún día me de ese arrebato, y pueda tener más recuerdos de aquella época. Las tengo incluso clasificadas por lugares y fechas, pero ya de eso paso por completo.

Fue curioso que me salieran tan bien las diapositivas de los ojos; sé que hacía muchisimas para después quedarme con un par de ellas que serían las buenas; yo siempre decía:

-Los profesionales sacan muchísimas, para después quedarse para ellos con unas pocas buenas.

En el fondo, me consideraba igual a ellos, y pensaba que las mías buenas eran de la misma calidad que las de los profesionales; esto lo pensaba muchas veces, pero cuando no salía de todo un carrete ninguna que llamara la atención, alegaba:

-Bueno, es que sólo soy un aficionado.

Nunca decía amateur, como rezaba en los libros, sino aficionado, a pesar de que muchas veces no me sintiera tal, sino el rey de la diapositiva.

Mis amigos, Pepe B., Tomi, y alguno más, creo que me consideraban relativamente bueno.

La verdad que la de los ojos me salieron bien; una salió de sus dos ojos y otra de un ojo y un poco de mejilla maquillada, al menos eso es el recuerdo que ahora tengo.

Seguía haciendo deporte, por la zona más desierta y de las más lujosas de La Laguna, me gustaba ir por allí pues no había mirones, aunque para llegar a esa zona, debía salir de las de protección oficial, donde tampoco había nadie, luego pasaba una zona bastante transitada, pues era una de las salidas y entradas a La Laguna, y por último iba cerca del "Camino Largo", el cual atravesaba muy pocas veces, pues no es que estuviera lleno de gente, pero algunos habían en los bancos, ya fueran parejas, o drogados; los primeros no me gustaban porque se ponían a curiosear, y los segundos menos, porque me pudieran atacar, no ya para pedirme dinero, que era evidente que no lo llevaba, sino por hacer la maldad. A veces, raramente, veía a otros haciendo deporte. Recuerdo a uno que lo vi unas pocas veces, que siempre iba con ropas distintas, sé que era el mismo por el mostacho y su tipo de complexión fuerte, totalmente distinta a la mía, que era, ya no lo es, delgada. Aunque, para ser sinceros, cuando más gente se veía era más temprano; cuando iba sobre las ocho, que ya era de noche cerrada, veía a pocos deportistas, a no ser en el gimnasio, que estaba por esa zona; creo que era del ayuntamiento, aunque en las pistas de tierra batida, no dejaban correr si no se llevaba las playeras con los correspondientes tacos; a mí de todas maneras me daba igual, pues a lo que iba allí, era para hacer "barras y abdominales". En el gimnasio, algunas veces

e-libro.net

había bastante gente, pero siempre había menos que en el del campus universitario, al que ahora se me hacía más pesado ir, por tener que pasar por calles más transitadas de La Laguna para llegar a él; observarán que soy un solitario, y las aglomeraciones de personas no me gustan nada, me ponen nervioso, y las odio, a pesar de que a veces no le queda a uno más remedio que estar en ellas.

Creo que fue para unos reyes, cuando a Águeda le regalaron un chaquetón rojo a cuadros grandes; le gustaba a ella mucho, sobre todo porque le protegía del frío. Personalmente y muy sinceramente, no me gustaba nada, pues no era de esos que hacen tiposa y esbelta a la mujer. No podría explicar cómo la hacía, pues la imagen que tengo de él es difusa, a pesar de que lo usó un par de años. Por eso hablo de él, pues recuerdo verla con él.

Los domingos solíamos ir al cine, me encantaba ver películas de amoríos, me hacían sentirme vivo y sentimental; una cosa que ya no me gustaba tanto, es que teníamos la costumbre, ya obligación, de tenernos las manos muy cogidas cuando estábamos en las butacas, y eso a veces me repateaba el estómago: "¿por qué he de darle la mano, si sentimentalmente no tengo ganas sino de que estemos uno al lado del otro, y con eso ya me es más que suficiente?" Eso me cuestioné, mucho más de una vez.

Se planteó hacer un trabajo en grupos de dos o tres sobre un tema de la salud, en Ampliación de Micro, y escogí el de "Efectos perjudiciales del tabaco y la marihuana sobre la salud", lo hicimos entre dos, el otro era un repetidor que tenía muchas ganas de quitarse de una vez la carrera de encima, yo también. Me dediqué a buscar información en todos los sitios; voy a hacer un salto en el tiempo, para cuando termine con este "ítem", volver otra vez atrás, así ahora el tiempo transcurrido será sólo respecto a este tema.

Busqué y busqué información en casi todos los sitios que se me ocurrían y en las bibliotecas de las distintas facultades, como la de Farmacia, Químicas y Medicina, me decían en todas que no tenían material sobre eso; quizás no quisieran molestarse, o tal vez realmente no tuvieran algo novedoso.

Cuando llegué a Las Palmas, lo primero que hice fue ir a Sanidad; allí contacté con un funcionario, quien entró al laboratorio para preguntar sobre el tema; les decía que era un estudiante de farmacia, y que estaba haciendo un trabajo sobre el tema ya citado.

De ahí me mandaron a la Facultad de Medicina, donde milagrosamente me dejaron un libro hecho por un Comité de expertos de la O.M.S. El libro se titula "Consecuencias del tabaco para la salud", es marrón y todavía lo conservo, se caracteriza por tener varias gráficas y demás sobre mortalidad y morbilidad causadas por el cigarro. Sólo conseguía cosas sobre el cigarro. La otra parte la conseguí por medio de libros de farmacología, en las diversas bibliotecas. No tenía ninguno propio, a pesar de haber visto uno en un compra-venta de libros, pero era muy caro para mi bolsillo; creo que dos tomos costaban cinco mil pesetas y encima eran una edición antigua.

Empezaba a tener algo de material; para ver la diferencia entre dos pulmones, uno de fumador y otro de no fumador, cogí respectivamente dos radiografías una de mi hermano José Juan y otra de mi tío Antonio, el marido de Mila, quien no sólo estaba alcoholizado, sino que también fumaba. En la de este último, se veían los pulmones mucho más oscuros, casi no se distinguían del resto de la radiografía; en las de mi hermano se veían los pulmones limpios.

Me estaba dando un trote increíble, para tan sólo media hora de exposición; la otra media, aunque realmente expuse más, le correspondía a Reina, mi compañero.

Hice diapositivas de libros, para después proyectarlas en la exposición; las hice en casa de Reina, como Dios me dio a entender, pues sólo disponía de un filtro U.V., una mala cámara reflex y un trípode roto; no disponía de un cristal mate que alisara la superficie a fotografiar, así que las diapositivas unas salían de una forma y otras de otra, a la buena de Dios.

Le quité bastante tiempo al estudio, me hice resúmenes que llevaría en hojas sueltas.

El día de la exposición, un viernes, había tan sólo tres o cinco personas y el profesor, yo no había ido a ninguna conferencia de estas, hechas por nosotros. Reina se dedicó a leer lo que tenía, de tal forma que no se le entendía nada de lo que leía, yo no hacía más que partirme de risa con su exposición, al que se le notaba extramadamene nervioso. Me reía también de puro nervio. Cuando él terminó a los veinte minutos, me dije: "Suerte y al toro". Hice la charla lo más amena posible, ayudado de los medios audiovisuales mencionados; una cosa curiosa era cómo fumaba desesperadamente mientras exponía el tema; lo primero que hice fue poner los cigarros en la mesa del profesor, junto a todo el material a usar. De las cosas más características eran el cáncer de pulmón, con su correspondiente mortandad, la brococonstricción que provocaban ambas sustancias, y por tanto todas las enfermedades bronquiales que eso llevaba; los efectos dañinos sobre el aparato cardiovascular, con su consecuencia máxima en el infarto de miocardio, esclerosis, etc; anospernia y demás efectos como esterilidad e

e-libro.net

impotencia, sobre el aparato reproductor, a pesar de que por lo que se pensaba, a pequeñas dosis se produce el efecto contrario. Hice una ligera, bastante grande, defensa sobre todo del porro, los presentes estaban muertos de risa, y al final de la exposición me aplaudieron a rabiar; incluso el profesor me preguntó:

-Pero bueno, ¿entonces el porro es bueno o malo?

-Yo no digo que sea bueno, sino que tan perjudicial es tomarse un par de copas de vino en el almuerzo, como fumarse de vez en cuando un porro.

Con esto no me quise coger las manos, aunque cometí un gran error, pues hoy día se piensa en el vino como tonificante, vasodilatador y demás efectos beneficiosos, a pequeñas dosis, al organismo. Esto ha salido a relucir con la dieta mediterránea en el que juega un importante papel; mientras que al porro, a pesar de haber entrado la palabra en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, aún su uso no está legalizado, por lo que se supone que no se le encuentran efectos beneficiosos sobre el organismo, a pesar de saber que en ciertos estados de Norteamérica se piensa que su uso es positivo para la salud, y por ello están intentando legalizarlo, sobre todo para personas con enfermedades de tipo terminal. Según últimas noticias, el alcohol se ha de evitar totalmente, en caso de tener alguna enfermedad cardiovascular.

Resultado, quedé en buen lugar a pesar de defender una postura poco adecuada para el típico farmacéutico, pero sí una postura válida como cualquier otra. O sea como un trabajador de una ONG, frente al gobierno.

Algunas veces, iba a casa de Moncho junto con Águeda y Tomi, allí nos tomábamos una copa, aunque antes Moncho, un mariquitoso, abogado que trabajaba en un banco y que por las tardes era marchante de obras de arte, nos enseñaba los antiguos escopetones, cuadros nuevos y antiguos, que vayan a saber si eran reproducciones, hoy sospecho que sí, pues su primera exposición, en la que salió de marchante en la tele, fue muchos años después, y eso que él en esa fecha tenía unos cincuenta años aproximadamente.

Recuerdo en especial un cuadro viejo al que según parece él no prestaba gran atención; por lo que creo, iba a la caza de jóvenes promesas, con talento o con buen cuerpo, las dos cosas parecía que le cuadraban bien; conozco sobre todo a uno de sus pintores, era un chaflamejilla alcoholizado y casado con una muñequita; él pertenecía a una de las familias de más alto renombre de La Laguna. A Moncho le ocurría igual, aunque ésto a él parecía no importarle gran cosa.

Vivía en un dúplex abarrotado de piezas de arte; la vajilla y cubertería eran de calidad exquisita, al menos eso nos decía él. Abajo también tenía un despacho, al que cosa rara, sólo entré una vez; tenía un servicio pequeño, y otro cuarto que no me acuerdo qué era, aunque una vez que iba a ir al baño, el primer o segundo día de ir a su casa, entré a ese cuarto a oscuras y tuve que gritar para que me fueran a buscar, pues ya estaba empezando a agobiarme al no ver nada; lo más grande de todo era la cocina, a pesar de ello, nunca recibía a la gente allí, sino en un rincón del amplio salón-comedor, separado uno del otro por un biombo. La casa de él me encantaba. Arriba estaba la sala con los cuadros expuestos y otros por exponer; también nos enseñó el baño más grande y más bonito. Otras habitaciones se encontraban en preparación para exponer más cuadros. El cuadro que me llamó la atención, reflejaba una especie de monje, era pequeño y tenía el fondo oscuro, consecuencia del paso del tiempo.

En ese piso no se podía fumar, para no estropear las obras de arte.

Los cuadros que su amigo pintor pintaba, no los vi, tan sólo uno diminuto que parecían una especie de cometas de inspiración china (o algo así, no me hagan mucho caso, pues de eso no entiendo más que si me gusta o no). La mujer del pintor, ignoro si perteneciera a la “jet”, pero estaba como un tren.

Lo que nos enseñó por último era su cuarto, de estilo clásico, tanto la cama de matrimonio, o quizás mejor habría que decir de dos cuerpos, como una mesa, pero desentonaban la tele y el vídeo; me juego lo que fuera que la mayoría de las películas eran porno. Seguramente, tendría alguien que le limpiara la casa a diario y le hiciera la comida. Esto lo imagino, pues siempre, la casa estaba impecable, limpia como la pátina.

Allí bebíamos güisqui, a veces nos sacaba el Chivas, según quién estuviera en la casa. A Águeda no sé a cuento de qué, le hacía mucho la pelota. Con Tomi y nosotros dos, se llevaba bien, quizás porque como diría Juancho, el escritor canario, éramos “jóvenes, felices e indocumentados”, pero la realidad es que ni era feliz, ni estaba indocumentado, aunque sí era joven.

Esto, a casa de Moncho, era otra de nuestras escasas, pero demasiadas, comparando con la “crema de la promoción”, salidas.

La escapada que más me gustaba era cuando íbamos la pareja a comer a Agua García, este fue el año que más veces iríamos; siempre íbamos al mismo bar, aunque ahora llevábamos más dinero; daba gusto caminar por la

e-libro.net

mañana del domingo con las calles casi vacías, y los que estaban, estaban resacados; íbamos, comprábamos El País y el suplemento semanal, y cogíamos la guagua que nos llevara a nuestro querido restaurante; recuerdo y me acabo de dar cuenta por qué, que Águeda siempre me daba a leer a mí el periódico en la guagua y ella iba leyendo el suplemento; se ponía guapísima, a pesar del nefasto corte de pelo que se hizo por esa época, se llenaba de maquillaje que le sentaba fenomenal, no tan pronunciado como cuando hacíamos el amor, pero casi; seguro que pensaba que era más de hombre leerlo yo, o a saber si era porque realmente le gustara más el dominical, a mí me encantaba leer éste, aparte de ésto, la comida solía ser sublime; llegábamos cuando ya casi todo el mundo se había ido, de tres y media a cuatro, piensen que nos levantábamos algo tarde y luego nos duchábamos los dos, sin prisas. No solíamos enrrollarnos antes de ir a comer, pues después era maravilloso. Después de comer, en la barra de fuera, en el mismo restaurante, me compraba a veces un puro pequeño, y cómo no, mi insustituible “carajillo”. También aprovechaba para mear, no me gustaba cagar allí pues se oía y olía todo desde fuera; el baño estaba sin techar por lo que la intimidad era nula. De haber cagado, casi parecería que el retrete estaba fuera de las paredes con lo que todo el mundo oiría los peos y olería la mierda.

Después, descojonado con, y por efecto del alcohol, hacíamos “dedo”, mientras esperábamos que viniera la guagua; alguna vez bajamos en ella, relajados por no tener que soportar lo nuevo, cuando alguien se decidía a parar a autoestopistas (mejor carreteroestopistas), no es que fuera tan nuevo, pero nunca sabe uno lo que se va a encontrar en la carretera. Recuerdo de dos coches que nos bajaron, uno era un todoterreno pequeño, en el que iba un matrimonio mayor muy agradable; nos dejaron cerca de la entrada que nos interesaba de La Laguna.Otro eran unos jóvenes, llevaban un coche en mal estado e íbamos atrás junto con una hija o hijo. Él se iba fumando un porro; nunca va uno igual de cómodo que en la guagua, a pesar de que no hicieran los particulares, las paradas que hace la guagua para recoger pasajeros.

A la llegada, el clímax era apoteósico con un gran clímax y valga la redundancia. El polvo era exquisito; generalmente ella se ponía lencería sexy, preferiblemente negra, se volvía a maquillar para la ocasión, y alargábamos el acto lo más que podíamos.

Después a nadie se le apetecía ponerse a estudiar, por lo que me quedaba con ella en la cama; lo más que hacía, era colocar los apuntes para la semana siguiente.

Otras veces, a veces, no muchas, solíamos ir al campo a merendar, a pegarnos un casquete, sacar un par de fotos y pa’casa. La merienda solía ser galletas y vino; si había algo distinto, incluso lo dicho, lo compraba Águeda.

No recuerdo cuál era el de La Esperanza y cual el de Las Mercedes; en los dos nos enrollamos, y en los dos nos perdimos, por lo que a trancas y barrancas preferimos ir por la carretera; en uno recuerdo una foto de Águeda en la que estaba hermosísima, con un moño, un pantalón de peto y una camiseta blanca, comiendo galletas de chocolate (su perdición).

Hablemos un poquito del tiempo, en mi isla Las Palmas, siempre es la eterna primavera, a pesar de que en verano, a veces hace un tiempo brutal por el inmenso calor reinante, pero otras veces el tiempo es más benévolo, otras muchas veces se mete la panza de burro, y hay una humedad ambiental enorme; pero se ha de decir que el tiempo ayuda a vivir, aunque se oiga últimamente decir que los sitios calurosos hacen envejecer antes al organismo.

En primavera suele haber una temperatura agradable, a pesar de refrescar por la noche, y es tan húmedo el frío, que muchas veces es dificilísimo combatirlo, a pesar de que uno se abrigue, nos atrapa y se mete en los huesos, tal que no hay forma de quitárselo de encima; a veces, raras veces, llueve, pero esto no es muy frecuente, al menos en la capital. No tengo ningún conocimiento sobre meteorología, por lo que no puedo explicarme por qué hay unos nubarrones densísimos en verano, que no dejan ver el sol a ninguna hora, se siente un intenso calor y una humedad altísima; está uno pegajoso; eso y el ciroco, son los dos grandes males del verano. La panza de burro, formada por esas inmensas nubes llega hasta el aeropuerto, y a partir de ahí suele haber mejor tiempo. No es raro que a veces llegue hasta el sur, pero pasadas las primeras playas se quita.

Una cosa que siempre me ha gustado es ver pornografía, así recuerdo que en cuarto fue cuando le dije por primera vez a Águeda de comprar revistas porno, ella asintió, por lo que inmediatamente cogí la bici, con mi chandal, y me fui a una tienda retirada del mogollón de La Laguna, y allí en un estanco medio desahuciado, por las pocas ventas que parecía tener, compré unas especie de Libs, algo erótico; no era lo que buscaba, pero para empezar no estaba mal, pues he de decir que algo de vergüenza me daba el verlas con Águeda, yo tenía algunas en Las Palmas, viejísimas, pero todavía me excitaban.

e-libro.net

La empezó ella a leer, estando los dos desnudos, y así fue cómo empezamos una variante nueva del sexo; diría que a ella no le gustó mucho; quizás consideraba que introducir un nuevo elemento en el sexo era algo subversivo e indecente; puede que fuera similar a cuando empezaron los bolígrafos que decían en las empresas que era un disparate no escribir y firmar con estilográfica; igual que cuando salió la máquina de escribir, de la que también se dijo que era impersonal para escribir cartas de negocios.

Lo cierto es que a mí la revista me exitó, pero al mismo tiempo, sentía algo de vergüenza por excitarme viendo a mujeres distintas a la mía, pero bueno, esa variante, no la usamos muchas veces. Creo que Águeda, al fin y al cabo era más trabada que yo, hoy día no sé qué pensar.

Mientras hoy leía un libro de Unamuno, vi al principio que me equivoqué al apuntar el año en que lo había comprado, así ponía en el 78; tiempo después tal cómo denota la intensidad de la pluma al corregirlo, se veía como lo compré en el 87, tanta alteración de fechas, y yo me había quedado tan pancho, con ello les hago ver que lo cierto es, que hay veces que no sé ni qué año es, y mucho menos qué día del año es.

Recuerdo que, ese año (lo vi hace poco), le saqué bastantes fotos a la bici de Águeda, muy cuca, aunque no tengo ni idea de por qué ni para qué se la compró, pues dudo que ella con su deficiencia física pudiera montar en bici, pues seguro que correría el riesgo de partirse o quebrarse el hueso. Lo cierto es que salvo una vez en que vi que intentó montar en ella en el mismo piso, y casi se va para delante y hace un estropicio, a la puerta y a ella misma, no la vi subirse nunca más.

La bici era preciosa, del tipo de las que se ven en las fotografías en tonos pastel y detrás un río aparentando el siglo XIX o principios del XX. Águeda me había regalado un paraguas y un abanico gigantes, ambos eran una preciosidad y los conservé muchísimos años. Las fotos que le saqué con esos dos artículos de decorado, y elemento importante en la diapositiva, salieron mal, tal vez fuera por la iluminación, ahora que lo pienso, se debe, la mala tonalidad del busto de Águeda, al rebote de la luz del sol sobre el paraguas de tonos marrones. El tema consistía en Águeda en la cama jugando y girando el paraguas (ahora que lo escribo, me percato que esto está muy manido, demasiado experimentado, por no decir explotado). Con el abanico, la “diapo” consistía en estar éste detrás, o sea, cómo fondo. Se preguntarán por qué escribo desde tan joven mis memorias, la realidad es porque a pesar de que lo que casi siempre leo son novelas, no creo saber realizar tan ardua y enorme (aunque suene a pedante) empresa. He intentado escribir estos apuntes de forma clara y concisa, aunque me voy por las ramas, seguro porque no sepa explicarme, o porque sea una especie de telegrama mi forma de expresión, tal cómo me dijeron hoy al exponer un trabajo hace poco. Lo que sí he intentado siempre, es ser honesto con mis lectores, a los cuales, aunque les pueda parecer lo contrario, les tengo mucho respeto; hoy mi ego anda por los suelos, y no sé si algún lector tendré, bueno, cómo minimo, algunos entre mis familiares espero que me lean, aunque no, me leerán y disfrutaran con mi lectura miles y millones de personas, eso espero; ¿para qué, para darme fama, dinero, riquezas, alentar mi egocentrismo? no sé, ya me lo he planteado otras veces, pero, qué impulsa a la gente a hacer obras y obras, y en mi caso escribir y describir situaciones, que incluso a veces a mí, me resultan embarazosas. Pues como siempre diré: no lo sé.

Los exámenes de Galénica, dos parciales mogollónicos al año, solía tomármelos más en serio que los otros, era un puro de asignatura, y se aprobaba con un siete, el cual, en la escala de las notas era un uno, luego hasta el cuatro iban siendo los otros puntos, no sé la equivalencia, tan sólo que un siete era aprobado, y es lo que yo siempre sacaba, la aprobé por parciales, estaba entre los privilegiados, pero lo cierto es que me los curraba cantidad.

El profesor me caía de lo más simpático, cosa que realmente no era, sino más bien serio; éste entraba el último en clase, después de aguardar a la puerta de ella a que todo el mundo entrara. Vestía ropas muy usadas, pero con pantalón de pinzas y camisa normal con casi todos los botones abrochados, menos el del cuello; no usaba corbata, siempre llevaba la bata blanca, lo cual, aunque no sucia, no estaba nunca muy bien planchada. Era un genio, que se preparaba las clases a conciencia.

Los exámenes solían ser de casi doscientos folios, cada parcial; el primero estaba seguro de que lo iba a aprobar, pues me imaginaba que iba a ser justo, casi siempre lo fue.

Creo que él también, hacía más hincapié en la teoría. Esto fue tal, que en el examen no paré de escribir, y Reina que estaba sentado a mi lado, estaba descorazonado, al verme que casi no levanté la vista, las dos horas y media (creo que era este el tiempo que daban para realizarlo) del examen, no hacía más que escribir y escribir a todo tren; rellené de doce a quince folios y fue a base de relacionar una cosa con otra, ahora, de aquí una fórmula, ahora de allí tal cosa sobre teoría, etc, etc, y así todos los folios; creo que de un solo folio por delante y por detrás en

e-libro.net

orden, tal cual venían en mis apuntes (los de Mavi) no escribí ni uno, pues bien, aún así escribí y escribí folio tras folio, relacionándolo todo; al final me quedaba muy poco tiempo para hacer los problemas, para los que hacía falta calculadora y papel milimetrado normal y logarítmico, el cual, el papel, nos lo teníamos que comprar nosotros (piensen en que estaba siempre bajo cero en cuestión de dinero) aparte de eso las cargas para la pluma que me había regalado Águeda en su día, me salían algo caras, si pensamos en cómo y cuánto escribía, con esquemas y demás (no tanto, lógicamente que si fuera a clase todos los días, pues del de Galénica solo, copiaba una media de cinco folios por hora de clase, por las dos caras) pues bien, de los dos problemas que había que hacer hice uno, perfecto, y el segundo describí cómo era el desarrollo, paso a paso, pero no hice las operaciones, realmente era cierto que no me daba tiempo, eso mismo les puse a ellos al final del planteamiento: "Lo siento, pero no me ha dado tiempo de hacerlo", o algo por el estilo, al final, casi no me da tiempo tampoco de ponerle el nombre a todas las hojas, tal era la orden que decían que hiciéramos, para que no se perdiera ninguna hoja, y caso de trastocarla, que fuese siempre fácilmente identificable. Resultado final, aprobado, otra vez volvía a estar entre la crema de los alumnos, los privilegiados que aprobaban un parcial, solíamos ser de seis a nueve en cada parcial de esa asignatura, a los que se presentaban cien o más personas. Era un puro.

La asignatura, al menos las veces que fui a clase, pocas, las daba el señor Llabrés; a mi nunca me dio clase un chico joven alto, que podría tener alrededor de treinta años, muy guapito él, y marchosillo, pero con trabajo; quizás, no lo discuto, fue trabajador e inteligente una época, pero toda su lucidez se quedó atrás; no tengo ni idea de si era doctor o no, quizás sí, pues daba clases en cuarto, de Galenica General, a mí no me llegó a dar nunca; siempre pensé que era que el señor Llabrés se había quitado trabajo de encima, pues dar dos asignaturas distintas en la universidad, me imagino que debe ser un auténtico queme. Ese profesor, el jefe del departamento, me caía fenómeno; seguíamos ese año estando de prestado en otras facultades.

Iba poco a clase, y cuando iba saludaba efusivamente a mis amigos, que eran Toño, algo saludaba a Diego (Dieguito, para los amigos, porque les caía a la mayoría, bastante mal), esa efusividad era sentida, me ponía alegre al verlos.

Antonio G., era de Las Palmas, bien parecido y con carisma de líder; según contaban las malas lenguas, se iba o todas las semanas, o cada quince días para Las Palmas, en el Jet Foil, para ver a su novia; ésta le dejo, a esa altura de curso, de tal forma, que yo aprobé el segundo parcial de Química Farmacéutica, y él, que había sacado sobresaliente en el primero, lo suspendió, pues se dedicó a beber y beber. Fue tal su fracaso, que incluso Manolo N., el profe, habló con él; según él mismo me relataría al año siguiente, y le dijo así:

-Yo también tenía novia, y, mírame ahora.

Con eso le quiso decir que él estaba mucho mejor ahora, y no era raro.

Si me ponía contento por ver a mis amigos, era porque no solía verlos más que a la salida de los exámenes, y esto no ocurría en febrero, pues debía presentarme a otros exámenes, que ellos no tenían.

La verdad es que no tenía ni idea de cómo aprobaban Toño y Juan Carlos, pues se les veía muy despistados, superdespistados, a pesar de que para la mayoría de las personas el despistado era yo; es cierto que lo era para las cosas que no me interesaban, pero les aseguro que la carrera sí me interesaba y mucho; tanto, que la odiaba. Por ella era capaz de sacrificarme noche y día, aunque hoy, después de haber pasado tantos años de lo que cuento, lo recuerdo como si no fuera tanto, pues piensen que en ese tiempo, que pensaba si me iba a morir sin vivir, y hoy pienso que invertir el tiempo en el estudio y la lectura, más la última, es realmente vivir y aprovechar la vida, que sólo se vive una vez. Dios nos puso a cada uno aquí con una misión, y yo creo saber cual es la mía, a pesar de mis múltiples dudas e incongruencias.

Un detalle curioso que nos pasaba a Águeda y a mí, es que casi siempre hacíamos el amor en mi cama, y raramente lo realizábamos en la suya, el por qué lo desconozco, aunque cuando lo hacíamos, en la suya, daba un calorcito increíble, pues el sol daba en su cama, y era una sensación distinta, no sé explicarla, puede que otro día encuentre palabras adecuadas.

Ya Maru se había ido a vivir a Arinaga, pues Dani, su hijo más pequeño padecía de alergias y le aconsejaron el clima de ese pueblo. Mi madre, al estar todos estudiando fuera, salvo Jose, se quedaba los fines de semana casi sola, y era por lo que Maru iba con sus dos hijos a pasar el "finde" a la casa de mi madre. Esto también lo hacía en vacaciones, por lo que la casa se llenaba muchísimo; Pepe, mi cuñado, no venía a quedarse a mi casa nunca y nunca supe, ni ahora lo sé, la razón. Conste que me cae muy bien.

Por aquella época, se consideraba muy inteligente a Yeray, a pesar de que tenía muchas manías, una de ellas era que siempre se estaba arrancando los pelos, por lo que tenía una calva en un lado de la cabeza;

e-libro.net

desconozco el por qué lo hacía, aunque debía ser un poco masoquista; supongo que arrancarse de cuajo los pelos de la cabeza tiene que doler un güevo. Pues bien, este "sobrinote", parecía que cogía los estudios con ganas y fuerza, de tal manera que una vez, que él estaba durmiendo en el cuarto, que en teoría era para el servicio, del cual, lógicamente carecíamos, tenía cómo un ligero resplandor, que yo pensaba que era esa garra igual a la mía, e igual a la de tantos; no sabía si eso era visible en todos ellos por la noche, pero en mi sobrinote sí; todo esto viene a cuento de que en ese momento, pensé, que no siendo suficiente el ejemplo y el apoyo de mi hermana y su marido, tal que me dije para mí: "tu tranquilo, que yo te cojo". No sé si, con mi sobrino estaba firmando mi futuro; cuando realmente lo único que quería era terminar la carrera, e irme con Águeda a vivir a Santa Brígida, en un dúplex, y con una farmacia ya funcionando.

Todos esos años, a pesar de saber que no era tan fácil, me engañaba diciéndome que una vez acabada la carrera, conseguiría rápidamente la farmacia. La vida da muchas vueltas, demasiadas. El futuro nunca es igual al que uno se imagina.

No me quejo de mi suerte; viendo el tipo de amistades que tengo, unos más ricos que yo y otros más pobres, tal cómo una vez me dijo mi tío Domingo:

-Yo, unas veces voy pa'rriba y otras pa'bajo, cada uno se marca su nivel, y yo sé cuál es el mío.

"Alto, si señor", pensaba para mis adentros; según me dice mi madre:

-Ese hombre tiene más dinero que estiércol.

Y quizás sea verdad, pues estiércol no tiene ninguno, entre otras cosas porque no vive en medio del campo con animales y demás; pero: ¿Tiene realmente tanto dinero?, antes pensaba que sí, hoy sé que no es de las grandes fortunas de España, quizás sí de su pequeña ciudad, Telde, pero de ahí no pasa. Lo mismo le pasaba a mi padre, que, si bien era una personalidad, él se creía mucho más de lo que era, seguramente fruto del alcohol que ingería diariamente.

La gente no paraba, en Las Palmas, de decir cuanta semejanza física había entre él y uno. No lo recuerdo tanto como para eso.

Lo que les voy a contar ahora, sólo me ha sucedido una vez y quizás me tilden de loco, pero les aseguro que lo que diré pasó: estaba haciendo el amor con Águeda, y siempre estaba con la lengua estimulándole el clítoris; casi todos los orgasmos ella los conseguía así. Ese día llegué a excitarla tanto, que llegó a un orgasmo bestial, de tal forma que pegó un alarido animal, de descontrol absoluto, y yo de reojo la miré mientras la seguía estimulando, y ahí va eso, le vi un carisma nunca visto y como si se le viera el esqueleto; me tomarán por loco, que quizás lo era, pero lo que vi, lo vi, y eso es más cierto que ahora estoy vivo, mientras escribo esto en secreto para ustedes; nunca le he contado a nadie ésto, pues seguro que dirán: "¡Sí, claro, el machote!", o "Este tío está loco". Pero en ese momento no era ni lo uno ni lo otro; bueno para ser sinceros, sí, era el machote. Me quedé pensativo, sin saber qué significaba aquello. No le dije nada a Águeda, pues ella tampoco me comento nada, ni dijo eso de:

-Mi hombre...

O lo que fuese, nunca decía nada, le gustase o le disgustase, sobre todo respecto a lo que ahora tratamos, el sexo.

Tiempo después, me planteé: "¿Qué significaría eso?, ¿qué quería decir?, si es que algo quería decir".

Por qué Águeda era tan reservada, no lo sabré nunca, a lo mejor nunca me quiso, o quizás me quiso hasta segundo, hasta lo de May.

Ese año, se fue a una verbena sola, no recuerdo si iba con gente del piso, yo tenía que estudiar. No puedo concretar cuándo fue, si ese mismo día cuando vino, o al día siguiente o siguientes, cuando me largó cómo confesión:

-He estado con un profesor con el que lo he pasado muy bien; no sé si me gusta.

Yo le dije:

-Piénsatelo.

Lo cierto es que nunca me enteré si se había acostado con él o no; y ahora no voy a preguntárselo, ya no me interesa, aunque sí me he quedado con la mosca detrás de la oreja. Verán que Águeda era muy liberal, sobre todo cuando se trataba de su persona, pues cuando era de la mía, la cosa cambiaba considerablemente; así, yo no podía ni mirar a una mujer, pero ella sí gustaba de estar entre hombres, piensen que esto ya había ocurrido, y en alguna otra ocasión que no les he contado, más que nada por aquello de que el escritor nunca cuenta todo lo que sabe.

e-libro.net

Recuerdo cuando me decía que la acompañara al supermercado, en realidad, nosotros íbamos a un minimercado, que no entiendo cómo Sanidad no lo cerraba, pues había allí dos tipos de alimentos, unos, pocos, para la gente con dinero, otros, los más, para gente como nosotros, donde estaba la comida de saldo: latas oxidadas e incluso abombadas. No me importaba en ese momento el botulismo, sino la economía; los precios eran de lo más competitivos y atrayentes, seguro porque venían de otro lado catalogados de desechos, no me extrañaría nada, pues pensándolo bien, ¿cómo conseguían esas latas de diversos productos, y cómo los podían poner tan baratas y con tal frecuencia y abundancia? A saber si se alimentaba de otro supermercado.

Ese era de pobres, pero muy cerca, cruzando la calle, también en la Avenida Trinidad, pero esta vez bien visible, no igual al nuestro, que estaba medio escondido, se veían unos pequeños supermercados con sólo cosas de calidad, y donde sólo entraba gente con pasta; yo nunca entré; también tenía de reclamo una máquina de asar pollos de cara a la calle. Mentira, entré años después con mi hermana, aunque el jefe me seguía resultando insoportable, siempre con su puro en la boca.

Hablando de puros, en esa misma calle, pero en el otro extremo de la avenida, estaba una farmacia, donde el farmacéutico, al que parecía que la farmacia no le iba muy bien, pues nunca solía estar llena, también iba constantemente con un puro, pero así como el otro despedía su persona ostentación, este, el farmacéutico, desprendía pobreza, que no austeridad, y poca lucidez.

El supermercado al que íbamos nosotros tenía un personal muy agradable, uno estaba encargado de las frutas, verduras y cosas al peso, y otro u otra en la caja; se turnaban, aunque quien llevaba el control era el varón, que tendría unos cuarenta años.

Quedaba esta tienda un poco a desmano, como casi todo, desde nuestra casa.

Yo cargaba con la mayoría de las cosas, aunque si también comprábamos las cosas de la limpieza, entonces íbamos en taxi. Cuando llegábamos a nuestro edificio, Águeda se quedaba abajo esperando que yo subiera toda la compra; esto me repateaba, dónde estaba esa igualdad de sexos, dónde.

Al final terminaba subiéndolo todo. Era curioso, nunca consideré que la misnusvalía de Águeda le impidiese hacer su vida normal, igual que cualquier otra chica; quizás fue una brutalidad por mi parte. Seguro que sí, pero ella, seguía sin decirme nada. Yo tenía que ser adivino, ella conocía casi toda mi vida, que por cierto no era muy larga, (unos veintidós años), o casi mejor, mis sentimientos, los cuales ya hasta odiaba tenerlos, porque debía contárselos.

Otro día, que Águeda estaba más lanzadilla; seguramente para saber si yo tenía un cipote grande o pequeño, dijo, estando los dos desnudos:

-Te voy a medir la cuca.

-Bueno, como quieras - le contesté.

Ella cogió una regla, supongo que era de ella, pues era la que estudiaba en el cuarto, aunque casi nunca usaba la mesa, sino que cuando estudiaba, lo hacía en su cama, allí también leía. Pero vayamos al grano, no sé desde donde me la midió, pero creo que fue generosa en cuanto a bien medida pues dijo:

-Mide dieciocho centímetros y medio.

Yo por las revistas leídas en la adolescencia, sabía que era un tamaño respetable, no por grande ni por pequeño, sino por normal. Esto me alegró en gran manera. Lo normal era dieciocho centímetros, así que aun podía faldar de medio centímetro más grande; de todas formas, esto era en plena erección, pues en posición de descanso daba pena, a no ser que se la moviera o entrara en calor hasta un tamaño normal, pero ¿y qué tamaño es el normal? Referente a esto, recuerdo una vez que iba con Águeda a Maspalomas, en la parte de nudistas, cómo un soplabobo se puso a reír de mi pene, pues al quitarme la ropa sentí frío, y no se me ocurrió como hacen muchos, y seguramente ese soplagaitas también había hecho, estimularla, para tenerla con un tamaño aceptable, que yo también alcanzaba con la temperatura adecuada. Bueno, este episodio de mi vida es mejor olvidarlo. Lo cierto es que ese día medimos mi miembro viril, y mi virilidad no se vio en absoluto infravalorada, todo lo contrario, me dio y dará tranquilidad de por vida; quizás no llegue a tener otra erección igual, o quizás la sobrepase, pues recuerdo que tenía que hacer fuerza para mantenerla erecta.

Siempre he tenido algunas faltas de ortografía garrafales, pero he de confesar que no se deben tanto a mi falta de lectura, que para ser de ciencias leo como un poseso, más ahora, mi fallo proviene de que en la carrera, estudiaba por los apuntes de los demás, especialmente los de Mavi y ella cometía algunas faltas de ortografía y de conceptos; uno de los conceptos que se me quedó muy grabado, era el de clon celular, ella pensaba que era una colonia de bacterias; yo tuve ese concepto muchos años, hasta hace bien poco. Ella pensaba, al igual que luego

e-libro.net

pensé yo, que el clon sólo se refería a bacterias. Eran en los apuntes de Micro, y no se extrañen, si quién hizo creer en ese concepto erróneo fue el mismo profesor, quien por otro lado, era un “enteraillo de cojones”.

Pero su máxima falta de ortografía, la que yo recuerdo, y hasta hace muy poco me dejó marcado, era la palabra: provabilidad, que también la escribía: probavilidad, siempre la escribía de una forma u otra, y por ella siempre tuve esas faltas de ortografía, por cierto garrafales en uno de ciencias. A saber por qué las cometía, si porque las copiaba así de la pizarra, o si, como me temo, porque desconocía la forma de escribirla. Hoy, antes de poner su auténtica forma la busco en el diccionario, sólo por si mi memoria me quiere jugar una mala pasada, pero no realmente veo que he aprendido bien la lección: probabilidad. Es una “asignatura pendiente” que tiene Mavi, la ortografía, aunque: ¿no es perdonable ésta en un genio, o es precisamente por ello por lo que tiene que fijarse más? No tengo ni puñetera idea.

Una cosa que pensé que era de mi cosecha, aunque puede que fuera de cuando leí a Unamuno por primera vez, pero he visto ahora cómo decía, y yo ya había dicho que pensaba eso mismo, que “todo lo que al hombre se refiere, ya existió, existe o existirá”; es el motivo por el que siempre he dicho que de la ciencia ficción no hay que hacer ascos, pues si a una persona se le pueden ocurrir esas cosas, por qué no pueden suceder en realidad, o que sucedan en el futuro, ¿quién es el guapo que lo niega?, y si no, vean a Julio Verne, cuyas novelas, totalmente idealistas en su época, ahora no parecen en absoluto descabelladas, sino muy posibles.

El tiempo dirá qué escritor o escritores de este genero se aproximan a la realidad, y cuales la desvirtúan.

Águeda, nunca se ponía mala, a no ser ligeras gripes, que ella misma se curaba, no sé si iba al médico o no. No la recuerdo estar en cama por enfermedad; sí, por motivos de la piel, que decía que se conservaba más joven durmiendo. Claro que el café, el tabaco y el alcohol, no la envejecían, al menos ella nunca mencionó eso.

Cuando le intentaba explicar que los genios no nacen, se hacen, intentaba explicárselo con la literatura, la que a ella le gustaba mucho, pero ella, no queriendo entender, o haciéndose la loca, me decía:

-!Esos son genios!

Si algo alguna vez, pensaba que yo anteponía alguna cosa a Águeda era la carrera, lo que no era del todo cierto; pero alguna vez lo hice.

Ese curso, tenía Farmacognosia, la cual intenté sacarla sin ir por clase; de ésta, se podía decir que era el puro de cuarto, y cómo no, una de los grandes puros de la carrera; la asignatura consistía en el estudio de las plantas desde el punto de vista de su objetivo y acción farmacológica; la asignatura era complicada, pero es que D. Luis Bravo, que así se llamaba el capullo que la daba, andaluz, que según parece fue expulsado (o al menos esos rumores corrían, que no sé lo que tendrán de cierto) de una facultad de Andalucía, por cabrón, y no les extrañe por poco pedagogo.

Exigía muchísimo, aunque a él no se le podía exigir casi nada; después estaban también los problemas, que había por medio de datos de espectros y de resonancias, que dar con la sustancia prblema que se analizaba; era un auténtico follón; estuve mucho tiempo cargando con esa lacra, primero porque no disponía de buenos apuntes, ya que estos cambiaban todos los años, y luego que estuve muchos años sin estudiarlo a conciencia, sin devanarlos y desgranarlos y no dejar nada al azar; seguro que fue porque las circunstancias no ayudaban. En honor a la verdad, el primer año, cuando la di en cuarto por primera vez, no sabía a qué me enfrentaba. Eso no quitaba para que D. Luis fuera un cabrón, y encima medio analfabeto. Por qué será que las asignaturas más difíciles no tenían razón de serlo, había algunas como Galenica, Química Farmacéutica, y algunas otras dadas por genios, que no es que fuera que eran difíciles, sino que lo eran porque la forma de llegar a la solución aunque esta era variada, el fin del problema era el mismo, único. Uno podía estudiar por otros libros, cosa que no valía la pena, que si llagábamos a la solución real, estaba bien hecho el examen.

Desconozco cuál sería la nota con la que aprobaba Antonio Granados, la Q.F. pero creo que lo aprobó por parciales, aunque cosa rara, no lo vi en el examen final; quizás le halló la media, o quizás Manolo Norte le aprobó por la cara, por haber empezado muy bien; y sabiendo cuál era la causa del suspenso del segundo parcial, no sé al final qué es lo que haría.

Aprobé los dos parciales restantes, el segundo y el tercero; al final me presenté a una recuperación del primero, en el que viendo el tipo de gente que se presentó, me pareció denigrante haber suspendido el primer parcial, y todo por el cabrón del “barbas”, que se quiso hacer negocio conmigo y lo hizo; lo malo es que no fue un negocio honrado, sino que había una parte perjudicada, yo.

En cuanto al gran orgasmo de Águeda con el tiempo me pondría a pensar algo absurdo por cierto, que si esa imagen no se correspondía con la muerte del Tarot, y que por tanto significase: cambio; en ese momento no

e-libro.net

lo pensé, tan sólo lo vi y dije para mis adentros “Joder, qué orgasmo; seguro que este orgasmo no lo tienen todas las mujeres y menos Águeda, pues yo es la primera vez que se lo veo”. Nunca había oído, ni aun ahora, a pesar de que me he guardado muy mucho de decirlo, nada por el estilo.

Águeda siempre decía al llegar al orgasmo:

-!No!, !No!, !No!...

Y enseguida me quitaba la cabeza de su clítoris, para que mi lengua no lo siguiera estimulando.

El por qué decía eso no tengo ni idea, quizás considerara el sexo un tabú. Nunca se lo pregunté.

En el segundo y último parcial de Galénica, me pasó por el estilo, aunque al estudiarlo me encontré con un gran problema, y es que había partes de estadística, que las intenté aprender, pero me era casi imposible de lo mal explicado que estaba, y sólo eran una o dos paginas, pero suficientes para ponerme nervioso, pues pensaba: “¿y si me cae precisamente esto?”; este problema hizo que lo otro lo estudiara menos, pues siempre que llegaba a esa parte, que estaba por la mitad de los apuntes, me retrasaba, y luego no seguía el ritmo continuo, sino con temores; nada peor para estudiar un examen. A mi éstos, me gustaban estudiarlos, sabiendo que los aprobaría y que iba a por nota. El examen me salió bien, no cayó nada de los fatídicos folios, pero otra vez tuve que dejar un problema por resolver, hice por el estilo del primer parcial, aunque para ser sincero, no sabía exactamente cómo se terminaba ese problema. Resultado final, aprobé por parciales cosa que solo hacíamos un máximo de seis o siete por año.

Fíjense que con los buenos profesores no tenía problemas en aprobar, a excepción de Farmacodinamia, que había que cogerla, si se quería aprobar la Farmacognosia; al menos algunos rumores sobre esto se oían. La Farmacodinamia la daba un catedrático aun en activo, que no sé si sigue de esa manera, (de forma inteligente y con constancia me refiero). Su asignatura era bonita, a pesar de que no fui ni un día, ni iría nunca, a ninguna de sus clases. Según decían usaba el “atril con pie”, el cual se lo habían puesto especialmente para él en la clase.

No creo que estudiara mucho ese mismo año su asignatura. La daba D. Victoriano Darias del Castillo, que entre los amigos, o mejor, para los alumnos que nos burlábamos de él, ya les conté que lo llamábamos: D.“Víctor y Ano”, o al menos yo, que siempre que me acordaba y acuerdo de él, lo hago por ese sobrenombre.

Por lo que parece, dicho catedrático era del Opus Dei, al menos corrían esos rumores, o que había sido. Yo no sabía lo que eso significaba, aunque me supuse, antes de conocerlo que sería un santurrón mafioso. No puedo garantizar cómo me lo imaginaba, pero algo por ese estilo. Su asignatura era bonita; y quizás ahora pueda decir que es de las que más estudio, y que me interesa bastante.

Lo que en ese momento más me gustaba, o mejor he de decir que fue al año siguiente la que más me gustó, sería la de Para.

Tengo recuerdos de mi abuela Fidela contradictorios, por ejemplo: ¿cómo siendo tan creyente, luego tenía una pirámide de papel debajo de la cama, para tener buenas vibraciones, y para que la humedad fuera del centro a los lados?, al menos esas eran las razones que ella daba. Quién se la hizo, no lo sé. Ella solía o hacía que leía, quizás para dar ejemplo. Pero tenía dos buenos puntales en su casa, a pesar de que uno hubiera arruinado su vida familiar por sus amigos y el alcohol. Sus amigos estaban también separados o divorciados y llevaban una vida de lujo y desenfreno, a la que mi padre se unió.

Yo no llevaba una vida de lujo, pero sí de desenfreno; desde luego no me parecía a mi padre, que bebía alcohol todos los días, yo sólo los fines de semana, pero casi todos en realidad; así, los que salía del examen para celebrar que ya era uno menos, o uno más, como se quiera; y el sábado de descanso, para salir con Águeda a comernos una pizza o a algún bar a comernos un bocadillo de tortilla, para esto último, íbamos a dos bares, uno en la Avenida Trinidad, frente a la Caja Insular, y otro en la calle Heraclio Sánchez, cerca de las librerías; parecían, y sobre todo éste último, que llevaba toda la vida allí; estaba en el bar un cuarentón largo o cincuentón, de aspecto rudo, y poco corpulento, lo acompañaba su hijo, adolescente.

Estaba claro que nos conocían, pero nunca hacían un gesto ni nada por el estilo en señal de saludo, ni una sonrisa, ni un ligero enseñar los dientes. La tortilla no era mala, pero el bar era muy sombrío, en ambos consumíamos en la barra; éste, el sombrío, estaba lleno de mesas, las que no recuerdo si estaban o no, siempre ocupadas, más bien creo, por el mal aspecto de la familia, no en cuanto que no fueran sanos y saludables, sino por su escasa gracia y donaire, que no. El padre, tenía una barba tan dura y espesa, que parecía que no se afeitaba nunca, el hijo parecía todo él de leche, pues era regordete, blanquísimo y parecía un poco indefenso, era un joven adolescente. De él me preguntaba: ¿estará estudiando, y de ser así, seguirá una carrera o como el padre, se quedará toda su vida detrás de la barra de un bar? No recuerdo nunca ver la luz encendida, a pesar de lo grande

e-libro.net

y oscuro que era el bar. Una de las cosas características de él, era que ambos, padre e hijo anotaban con tiza en las neveras de acero inoxidable las cuentas de los clientes, al menos las de la barra; Águeda y yo siempre pedíamos lo mismo, un bocadillo de tortilla y una o dos cervezas yo, ella siempre una, nunca supe si para cuidarse, por ahorrar, para no emborracharse, o porque no se le apetecía más.

El de la Avenida Trinidad, de la que la gente decía que habían dejado abierta la puerta, pues siempre había un ventarrón increíble, que la recorría de lado a lado, era mucho más luminoso; yo y mi chica, o mejor: mi chica y yo, nos sentábamos en una esquina, así como en el anterior nos metíamos en el centro de la barra, en éste era lo contrario; era luminoso ya que la barra en forma de "L" estaba bordeada de cristaleras. Lo más característico era que tenía la pared de dentro de la barra, llena de llaveros; muchos, la mayoría, eran de equipos de fútbol, típico de bares de hombres.

Me gustaba más ir a ese bar que al otro pues desde aquí, ya salíamos hacía el cubículo que nos cobijaba. Iba uno eufórico, y casi siempre a la salida de este bar, y cuando creía que ya nadie nos veía, y después de yo mirar a un lado y a otro de nuestras espaldas, le cogía cariñosa y ardorosamente el culo a Águeda, quien siempre se me cabreaba, y yo no sabía si debía tomármelo en serio, o que realmente le gustaba esa forma de decirle que la consideraba, que estaba buena, que me atraía grandemente, y por qué no: "¿nos echamos un polvo?", aunque esto último no siempre es lo quería expresar; lo que sí es cierto es que me encantaba cogerle su culillo.

Cuando llegábamos a la zona de casas del estado, con edificios de tres pisos, y una vivienda por piso, veíamos siempre al inquilino del primero, muy callado, a saber si tenía alguna enfermedad del sistema nervioso, o simplemente era un parado, o un inútil, un ser no apto para esta sociedad, sentado frente a la ventana.

Siempre lo miraba a la cara y a los ojos, para ver si alguna vez veía una especie de gesto a modo de saludo, seguramente estaba más que harto de estudiantes, y quién sabe si más harto aún de las parejas de estudiantes, "muy monos ellos"; por mí no lo podía decir, pues parecía un muerto de hambre; puede, ahora que lo pienso, que por mi imagen pensara que era un drogadicto, que yo no me lo consideraba, a pesar de tener ciertos problemas con algún tipo de drogas. Según decía D. Luis Bravo, el tabaco producía hábito y por lo tanto no se podía tomar como una dependencia a una droga; yo no lo consideraba así, me resultaba imposible dejarlo, aparte de que cuando lo intentaba, me convertía en un manojo de nervios, cosa que no me solía ocurrir, pues generalmente dominaba muy bien los nervios, al menos eso me ocurría siempre que tenía algo que hacer, o mejor y más real, algo que estudiar. Que ésta era la forma que realmente creía y creo, sea la más idónea para llenar el tiempo, y completar así mi vida.

Algunas veces, para comprar las cosa de aseo personal íbamos a una tienda donde me compraba la crema de afeitar Lea, y una vez incluso me compre el jabón en barra para afeitar, todo era buscando lo más barato. Las hojillas que usaba eran Guillette, pero no de doble hoja, no, sino de esas que eran rectangulares y planas, afiladas por los dos lados y que se ajustaban a la máquina por una serie de agujeros y huecos del centro y luego se atornillaba. Estuve usando esas muchísimo tiempo; la crema Lea enorme, era todo un lujo, y me duraba un año, pues yo me solía afeitar sólo dos o tres veces en semana.

La tienda era grande, siempre había ofertas de algunos artículos, pero tenía muy poca variedad. No solía nunca haber mucha gente dentro, pues daba la sensación que entrar a aquella tienda era síntoma de pobreza máxima; no me explico por qué pues tenía algunas marcas de renombre. Águeda compraba ahí los "Care-free" que ya saben que son las compresas para la higiene íntima; así daba gusto pegar mamadas; pensándolo ahora, hacíamos sexo oral, y el sesenta y nueve, aunque éste nunca me ha gustado mucho, ya que hay que estar atento a dos cosas. No, no me gusta mucho. No nos duchábamos antes de hacer el amor, así, si lo hacíamos por la tarde o por la noche, ya hacía bastante tiempo que uno se había duchado. Aparte de esto, a mi me gustaba realizar tal acto, después de haber defecado, pues me sentía ligero y fresquito; lógicamente, mejor guarramente, no me limpiaba el culo con agua y jabón, sino que le pasaba sólo el papel higiénico, eso sí, abundantemente, y ya estaba listo para gozar del sexo. Creo que a Águeda le ocurría lo mismo, aunque he de decir que ni su bello púbico, ni la vagina, me olieron nunca ni a marisco, ni a mierda, nunca. Cuando tenía el periodo no hacía el sexo oral, pero sí la penetración, a pesar de que no me gustaba mucho; hoy día descarto totalmente hacerlo durante los días de la menstruación.

Por cierto, hablando de sexo anal, Águeda y yo nunca lo realizábamos a pesar de que estaba convencido de que lo realizaríamos algún día. Cada día que pasaba estaba más seguro. Ella ni siquiera me lo comentaba, yo tampoco, pero lo daba por hecho. Hoy pienso que no debería estar tan seguro, y no hacer predicciones sin contar con la otra persona; esto son pensamientos que se los lleva el viento, pues la mayoría de las veces hago planes yo solo, a pesar de que digo bien claro, que los demás no hagan planes conmigo.

e-libro.net

Muchas veces me he puesto a pensar en esos años de amor con Águeda, y me he planteado si eso era amor, o qué; no sólo lo digo por mí, sino por ella, por qué nos tratábamos tan mal, no sé, pero uno y otro nos dábamos celos, a pesar de no hacerle mucho caso de sus pequeñas conquistas, no fue una sola, sino varias las veces que me ponía los cuernos; y yo como siempre, era el último en enterarme. Me plantearé también si fue mi primer amor, o tuve algún otro antes, como Conchi, Lali, o cualquier otra, desde luego, Tere O., no, a pesar de ser por ella, por la primera persona que empecé a fallar en los exámenes.

Era extraño, pero siendo jóvenes como éramos, no se me apetecían mucho los perritos calientes, allí los comí alguna vez, muy pocas, y desde luego no sabían igual que los de Las Palmas, seguro que ya no sólo por la calidad de las salchichas y el pan, sino la forma de hacerlos, y sobre todo del agua, pues en La Laguna el agua era buena, riquísima, menos cuando salía marrón por haberse roto alguna tubería. El agua en Las Palmas es horrorosa, peor aun, pero la comida, que casi todo el mundo, al menos en mi casa, se hace con el agua de abasto, sabe riquísima, y los más vulgares platos, saben a exquisitos manjares, sobre todo si están hechos por la madre o algún familiar de uno.

De las hamburguesas no hablo, pues siempre he comido muy pocas, muy pocas comparadas con la gente de mi edad, entre otras cosas porque me gusta más un buen perrito que cualquier otra mierda de “comida basura”. Ni siquiera en verano íbamos a comer perritos, entre otras cosas, porque nunca tenía dinero para ello, y segundo porque Águeda nunca decía de ir a comernos uno.

Una cosa que siempre hice y sin segundas, ni con intención de maldad alguna, era el que compartía las Centraminas® que mi hermana Saso me conseguía en Madrid, según decía porque conocía a una de una farmacia, nunca he sabido si era la farmacéutica, o según se decía antes, una manceba. Yo todos los años, que no fueron tampoco tantos, pues no me las pasó desde primero, pero sí en segundo, pues recuerdo verme estudiando botánica y tomarme media o un cuarto tres días antes, por la noche, para pegarme estudiando hasta las tres o las cinco de la madrugada.

Todos los años les quería decir, le pasaba a Tomi una pequeña cantidad, quizás fueran tres. Hoy no sé por qué su hermana, farmacéutica también y con oficina de farmacia en Lanzarote, no le pasaba, siéndole a él mucho más fácil conseguirlas que a mí. Un año, no sé por qué motivo, Saso no me las pudo conseguir, entonces le pidió a su hermana un tarro, pero le dejó uno de diez, o vayan a saber si de veinte y lo paso a uno de diez, para que no le pidiera muchas; espero que no sea así, pues yo tenía la amistad de Tomi, en muy alta estima, así en Tenerife, lo consideraba mi mejor amigo. Resultado, que cuando a mí me hicieron falta, me dejó media o una, cuando yo siempre le dejaba de dos a cuatro, o quizás más, no lo recuerdo. Bueno, acorde a lo que yo pensaba, Tomi tenía ínfulas como Manolo el de Mafalda, quien pensaba en grandes supermercados que dijeran: “Manolo´s”, pues Tomi era igual, aunque él de quien me hablaba era de Julio Iglesias, e imagino que por extensión, él se querría parecer a tal triunfador.

Lo del sexo tiene gracia, y no me lo puedo quitar de la cabeza, cómo es que no olíamos el sudor de nuestros órganos sexuales más característicos, cuando hacía horas que uno se había duchado, lo que nunca ocurrió fue que no me hubiera y ella también, duchado en ese día. Sé que algunas veces también se duchaba uno antes de hacerlo, pero estaba entonces uno más frío, no sé, distinto. Cómo si estuviera uno nuevo pero poco ardiente.

Después de terminar las prácticas de Q.F., habíamos quedado Tomi y yo con el mozo de laboratorio, que no tengo ni idea de como se llamaba el cargo que éste desempeñaba. Nos dijo que lleváramos un bolso donde meter el material que él nos daría; era material muy viejo, pero aún en buenas condiciones; llevé mi bolsa marrón, y creo que antes fui a hacer gimnasia, pues dentro tenía la ropa de deporte. Recuerden que mi equipaje era todo “Adidas”, aunque las playeras me quedaban estrechisimas; las tenía desde el BUP, y no recuerdo si ya desde esa época me quedaban tan apretadas; molestar me molestaban mucho, así tenía los pies metidos a presión en ellas; cosa rara, creo porque nunca estaba con ellas mucho tiempo puestas, pero no recuerdo que me hicieran bolsas en la parte de atrás del pie, tampoco en los dedos.

El día del robo, era el último día de prácticas de esa asignatura, y no sé por qué hubo una pequeña fiesta entre la gente del grupo. No era toda la clase, o los que iban a clase, pues habían otros semejantes a mí, que no iban tampoco a clase pero sí hacían todas las prácticas cuando nos tocaba; no puedo decir cómo me enteraba de las fechas, pues no se lo preguntaba a Tomi, que él sí que iba a clase, y llevaba mejor que yo, mucho mejor que yo, la carrera; era más inteligente y trabajador que uno; lo último no sé si era cierto o no, lo primero sí, no se había puesto a vivir con ninguna chica mientras duró la carrera, aunque tuvo un par de flirteos; una incluso se le desnudó y se

e-libro.net

le puso en la cama. A él le asustó muchísimo; para mí esa chica era un polvorón inalcanzable, pero él la rechazó, desconozco el motivo, pero fue así. La única que le impactó fue la del año siguiente, a ver si me acuerdo y les cuento lo poco que sé de ella.

Manolón era un puntazo, este joven, aunque aprobaba por curso, no sé cómo, pues era algo bobalicón, y parecía algo atontado, pero tenía una novia que le ponía al hilo, le llamábamos La Manolona; era morena, delgada y me caía fatal, pues era más basta que un bocadillo de tachas. Era una de mis enemigas, un obstáculo a vencer; el novio, Manolo, o mejor Manolón, tenía coche, un Seat Panda, y la traía a ella todas los días a clase, sospechoque que por eso iba él tan puntualmente; si ese joven acabó la carrera se puede decir que se lo debía a ella. A él le gustaba la juerga y el jolgorio. Los "tunos" se inventaron una canción a cuento de las prácticas de Q.F., su letra casi toda consistía en:

Refluja, refluja

y vuelve a reflujar.

Esta palabra se repetía tanto, pues parecía que era lo único que nos mandaban a hacer en las prácticas: reflujar. Calculo que nos hacían reflujar una hora y pico todos los días. Estas prácticas las hice con Toño, tal como algunas ya había hecho. Mientras estábamos reflujando, un par de veces, me fui a hacer gimnasia, y dejé solo a Toño. Recuerdo que en esa época llevé la cámara a clase y nos sacamos un par de fotos con las batas; no tenía flash la cámara, por lo que las fotos salieron horribles.

También le saqué una foto a May, afortunadamente salió mal, según quiero recordar, le corte la cabeza, salió su bata y algo de material de laboratorio en las manos, pero no se ve su cara. Aún me hacía algo de tilín, a pesar de que sabía que era imposible lo nuestro.

Robamos todo el material que el pibito del laboratorio nos dejó; no sé si pidió permiso para regalar el material, intuyo que no. Ese chico, enseguida hizo migas conmigo, y al poco se me puso a hablarme de porros y demás; yo sabía que hablar de esos temas en la universidad, y más que en ciertas carreras, a no ser con compañeros de clase, era bastante peliagudo, por lo que opté por escucharlo, pero haciéndome el loco, él, aunque no muy inteligente, y con cara de niño, lo captó y dejó de hablarme de ese tema. Sé que por mi aspecto, la gente tendía a hablar conmigo de esos temas, pero han de comprender, que mi aspecto era más cuestión de rebeldía, más que el que yo fuera un drogadicto de cojones, pues los había mucho peor que yo, pero que iban siempre de caballeros.

Un ejemplo de esto era Octavio, quien cuando Paqui, su novia de toda la vida, le dejaba en paz, él se disparataba totalmente y se ponía:

-!Vamos a fumar!, !Vamos a fumar!

Yo, el fumar, lo tomaba más pausadamente y siempre me preguntaba: "¿Por qué lo hago, si realmente ni me gusta el fumar esto, y mucho menos los efectos que sobre mí produce?"

Una cosa que me repateaba muchísimo, es que Águeda me comparase a su padre, ya muerto, al mío. El motivo es que ambos bebían, pero yo consideraba a mi padre un caballero, y un triunfador en el trabajo, que es cierto que no sabía cómo lo hacía bebiendo tal cantidad de alcohol, pero lo hacía, otra cosa era que su vida familiar fuera un fracaso, pero parece ser que los padres de Águeda tampoco se llevaban bien.

Por lo que me decía Águeda su padre se llevaba bien con su jefe, por lo que le mantenía en su puesto de trabajo; cuál era ese trabajo, no tengo ni idea, aunque me imagino que no fuera de mucha responsabilidad.Lo imaginaba de oficinista, aunque ella nunca lo corroboró. Siempre me decía Águeda su lado positivo, y era que ella lo recordaba con mucho amor, y cosa que jamas me imaginé que podía hacer un padre: le daba pequeños trozos de pan bizcochado con mantequilla a su niñita. No sé cómo vivía esa gente con tan poco dinero, pero en mi casa, tampoco sé cómo vivíamos con lo que mi padre cuando era el cabeza de familia, le daba a mi madre; ya saben, veinte mil pesetas al mes. Después, cuando le obligaron a darnos dinero, también se pasó por el culo lo que dijo el juez. Era demasiado poderoso, al menos él se lo creía, como para que nadie le dijera lo que tenía que hacer.

Manolona era bastísima, horterísima, no tengo ni idea cómo podía atraer a Manolón, quien era más bien simpaticote e ingenuo; aunque si es por cómo llevaba la carrera, hay que considerarlo entre los inteligentes, no sé cómo lo hacía, no tenía carisma ninguno, pero lo cierto es que iba pasando de curso a pesar de parecer un tolete; encima era un auténtico calzonazos. Yo también lo era.

Ese año veíamos los cuatro la tele después de almorzar, salvo la hermana de Guerra, a la que boicoteábamos un poco, por parecer y ser una pardilla; entre los cuatro incluyo a Candelaria, quien a pesar de que tenía alquilado otro piso, estaba allí la mayor parte del tiempo. Siempre que la veía, no le daba un beso ni nada, sino que le daba mi genuino saludo:

e-libro.net

-¿Qué hay Candelaria?

Tampoco la saludaba por el diminutivo, sinceramente no me caía muy bien, parecía como si estuviese siempre muy afectada, que le oliésemos mal los prójimos, si no, no sé a cuento de qué venía esa cara de pena, repulsión y consentimiento, quizás le diera yo pena mortal, si no, no me lo explico.

Pues bien, como decía, después de ver la tele, después de comer, nos costaba muchísimo levantarnos y ponernos a estudiar; el que antes se levantaba, aunque con una pereza infinita, era yo. Cada uno se iba al cuarto con su pareja, salvo yo, aunque a veces entraba a fumarme un cigarrito antes de empezar a estudiar, al igual que hacía con todo, pues antes de hacer cualquier cosa, decía:

-¿Nos fumamos un cigarrito, y después hago...?

Era siempre la misma cantinela; la de tiempo que he desperdiciado y que me he aburrido con el jodido cigarrito. No sé cómo no me sabía mal el aliento de Águeda, por supuesto, no sé cómo no le sabía mal mi aliento.

No puedo saber si de ser por ellos seguirían viendo la tele, pero lo cierto es que sabían que una vez fumado el "condenado cigarrito", saldría a estudiar al salón donde estaba mi mesa de estudio.

Ahora que lo pienso, seguro que entre ellos, echarían pestes sobre mí, por hacerlo todo tan cronometrado, seguro. Ahora mismo tengo perfectamente en la mente, la imagen del salón, donde yo hacía mis flexiones y demás ejercicios gimnásticos cuando llegaba de correr; no recuerdo si es que no me bastaba con la que hacía en el gimnasio, lo cierto es que hacía una pequeña tabla cuando llegaba a mi casa, y digo mía, porque yo pagaba exactamente igual que los demás. La consideraba tan mía, o más que la de mi madre, pues en esa última ya casi no tenía nada mío, me lo había ido llevando a La Laguna, todo, poco a poco. Águeda tiraba mucho de mí. Yo por ella, habría hecho cosas que realmente nunca hice ni haría por otra, así que no piensen que no le tenía amor, que sí se lo tenía, y más aún. Pensaba a veces que no la quería, pero no era cierto; no sé por qué pensaba esas cosas, seguramente porque estaba a disgusto conmigo mismo, no estaba satisfecho de mí, empezando por las clases, y viéndome siempre tan pobretón; lo de pobretón me sigue pasando, creo que uno nunca tiene suficiente, aunque lo que es ahora, tampoco tengo tanto, pero sé que hay algunos que están peor que yo, y mejor no digamos. Siempre hay que luchar, al menos eso me decía mi madre mucho.

Como les he dicho, no me gustaría ser un escritor maldito y rezo por ello, pues tengo cierta experiencia de estudiante maldito, al menos eso me lo preguntaba muchas veces cuando estudiaba, me decía a mí mismo: "¿seré yo maldito?" No se extrañen de que me hiciera estos planteamientos, pues me consta que era uno de los que más estudiaba a pesar de mis juergas, y sin embargo, ya ven, era difícil que aprobara todas por parciales. Me costaba mucho aprobar, quizás fuera por ello por lo que me acomplejaba, y me conformara con un simple aprobado; sé que muchas me las busqué yo, por mi carácter y pinta de rebelde y drogadicto; de todas formas, ya estaba empezando a cansarme de la imagen que tenía, con mis pelos largos y vaqueros todos rotos; me daba miedo cambiar, pero a veces, aunque en el fondo pensara que eran unos pijos, y que tenían la vida resuelta, pensaba en mis compañeros que llevaban pantalones de pinzas y buenas camisas; muchas veces y cada vez más empezaba a añorarlos, quizás fuera más correcto decir: a envidiarlos. De todas maneras eso me parecía imposible, pues no me imaginaba estar con Águeda y vestir con pantalones de pinzas, me chocaba, me daba la sensación, y tenía la certeza, de que estaría siempre con vaqueros, al menos ella casi siempre así lo estaba, y nunca me dijo en aquella época, que envidiara el ir de trajes largos, o de noche; nunca me lo dijo y por tanto no sé si lo pensaba.

Los ejecutivos son para mí los que hacen cosas, a pesar de que se les suele identificar como hombres de empresa, con chaqueta y corbata, y maletín en la mano, a esto no les llamo yo los ejecutivos, a los que así les llamo, son a los que estudian para su trabajo, pues de chaquetas y corbatas hay muchos, incluso simples trabajadores o meros representantes.

Creí durante una temporada, y más concretamente esa, la que iba contando, o sea la de estudiante, que todo el que vestía con traje era de respeto, y un gran señor, con mucho dinero; no quiero decir con esto que todo el que tenga dinero sea un señor, y tampoco "grande", pues se puede ser un grande de España, y como persona ser una mierda.

Estoy filosofando vanamente, y posiblemente porque ya no tengo más que contar de este curso mío, que pasó sin pena ni gloria. Opino que lo mejor, más importante, más humano y que más disfruté, fuera la serie de Ramón y Cajal, algo novedoso por completo, pues ya saben que no veía nunca la tele, y que fue con ella con la que empecé a verla. También me impactó aunque en sentido negativo, Falcón Crest, en que una de las cosas que más me impactó, ya no sólo el puterío que parece tan típico de ese país, o al menos eso dan a entender en todas sus películas de éxito, que no es que las vea todas, sino que les doy un pequeño vistazo de vez en cuando, fue el que

e-libro.net

se jugara con la cordura de una persona, haciéndole creerse loca o algo por el estilo, usando poderes paranormales, a instancias de la abuela de la serie, quien hace que la mala oiga repetidamente en su cabeza, los chillidos de su hijo muerto.

Miguelo en Las Palmas, era para mí el no va más, agradable, inteligente, canarión cerrado y un buen amigo. Quizás, no, seguro, me automenospreciaba al lado de él, pero, ya empezaba yo a ser yo mismo, por lo que Miguelo empezó a dejar de ser el líder que siempre fue, y que como contaré después se echó a perder.

Ese curso entró en vigor la ley que decía, que mientras uno no se presentara a los exámenes finales, no le corrían las convocatorias, "!ya era hora!", pues ya han visto, que las que llevé hasta convocatorias extraordinarias, Matemáticas y Física General, sólo me había presentado a una convocatoria; piensen lo bien que estaría mi currículum, pues no es lo mismo un "NO PRESENTADO", que un "SUSPENSO", qué cosa tan distinta una de la otra. De todas maneras, muchas más cosas me sucedieron, sin que me considerara culpable de ellas; aunque ahora que lo pienso, tampoco actué inteligentemente, a pesar de que pareciese como si los fados estuvieran en mi contra; o quizás porque la historia se escribe con lágrimas, ¡quién sabe? Vean la estructura que he puesto, primero un signo de admiración, y luego uno de interrogación, lo he visto por primera vez estos días mientras leo un libro de un portugués de lo mejorcito, esta estructura la usa bastante, supongo porque es válida. Tengo todavía muchos fallos y he de leer y leer mucho más. Un detalle característico en mí, es que suelo estudiar temas de diversa índole, ya lo ven, leo mucha literatura y algo de filosofía, y en fin, variadas cosas que llegan a mis manos. Lo más que leo es literatura, pero de esto lo más variado que se les pueda ocurrir.

Ese año, fue el primero que no tuvimos que buscar otro piso, pues decidimos quedarnos al año siguiente en él otra vez. Ramonsi se fue pronto a Las Palmas, por lo que Tomi me dijo si podía ir a mi casa a estudiar y pasar allí las noches, pues él vivía en El Cristo, y allí habían muchos ruidos con las fiestas que llevan el nombre del lugar. Le pedí permiso a Ramonsi y me dijo que no había problema. El problema era que no teníamos comida para ofrecerle, pues no es cierto que donde comen dos, comen tres, y menos cuando casi no pueden comer dos, mucho menos aún comen tres.

Tal era la situación de precariedad en la que vivíamos, que una vez, tan sólo teníamos dos huevos, y nosotros éramos tres; no recuerdo cómo solucionamos el dilema, creo que fue que Águeda comió más tarde que nosotros y se tuvo que abstener de su huevo. Otras cosas que acostumbraba comerme era un calderito chico, con medio vaso de arroz y ajos fritos, y con una o dos rodajas de cebolla, como ven, todo "comida muy sana"; también había leche en polvo, aunque lo que quedaba era, aproximadamente, medio paquete, pero era suficiente pues esto daba para cuatro o cinco litros, que aunque usábamos escudillas grandes, llegó hasta el final.

No sólo era pobre, sino que lo parecía. Tomi no sé como aguantaba, quizás comiera algo a escondidas en su cuarto, el de Ramonsi, donde se encerraba y del que no salía ni a hablar ni a comer durante horas y horas. Yo estaba más quemado, y también estaba Águeda a quién debía prestar atención y hablar. Recuerdo verme bajo el marco de la puerta de nuestro cuarto allí los dos, yo cabizbajo, por no tener qué ofrecer a Tomi y avergonzado de ser tan pobre, y con poco espíritu combativo, que él sí que tenía.

Me dejaba asombrado lo luchador que era, yo en cambio, siempre me estaba quejando, y cuando me ponía a estudiar, que hacía con frecuencia y continuamente a pesar de estar más que harto y ya medio quemado del spring de todo el año; siempre quiso llegar a mucho, y así estaba entre la crema de la promoción; no era un Octavio, pero casi; Octavio era un ganador, y a pesar de dárselas de rico, cosa que en absoluto era, quizás su padre, llevase mejor que el mío su farmacia, pero no tenía la capacidad de trabajo intelectual de mi padre, a pesar de que éste fuera alcohólico. Seguía trabajando con algo de tesón, pero ya mucho menos, al menos eso me parecía cuando lo veía. Tenía un porte ciertamente increíble. Así si alguno de los dos era rico, era mi padre, pero seguro que Octavio y sus hermanos, al igual que su madre, manejaban mucho más dinero que nosotros, quienes rayábamos en la pobreza, mientras vivíamos con mi padre; luego, ya pasamos a ser pobres oficiales.

Algunas noches nos pegamos la amanecida, los dos, estudiando; rara vez estudiábamos juntos el mismo examen, pues mientras él llevaba bien la carrera, año por año, al menos eso daba a entender, yo tenía una auténtica pasada de asignaturas pendientes, así que él estudiaba las de cuarto, mientras yo las de cuarto y tercero. En los finales no estudiaba todas, como hacía durante el año, sino que elegía unas cuantas a las que ir, y en las que tenía la certeza de aprobar; muchas veces esa certeza era más bien una vaguedad, pero a pesar de mi pesimismo, comparado con Tomi, confiaba en mí, y pensaba que tenía a los profesores en el bote, a pesar de caerme y llevarme fatal con casi todods ellos.

e-libro.net

Algunos días, después de la amanecida, Tomi (al menos eso ocurrió un día), al ir a despejarnos una mañana por la calle, me invitó a unos dulces que me encantaban, en la recova, no recuerdo su nombre, aunque sí sabía que eran baratos, pero frescos eran una auténtica delicia a pesar de ser dulces bastos, nada finos. Eran dulces de "entullo". Solíamos dar una vuelta en bici por la mañana, tras la amanecida, para desembotarnos antes de dormir. A veces comprábamos pan hecho a leña, que nos encantaba, y que Águeda y Tomi comían con mantequilla; yo no les acompañaba en el banquete, mas que con el pan sólo con la leche, a la cual a veces le poníamos gofio, que allí era bastante barato. Águeda, después de levantarse no sé qué hacía, pues nosotros nos echábamos a dormir; no me imagino a Águeda acostada con Tomi, pues se llevaban fatal, al menos eso me daban a entender uno del otro, a pesar de que nunca me lo dijeron. No sé el motivo, pues a mí Herse, la novia de Tomi, me caía bien.

Por esa época, prácticamente no oía música, de ningún tipo, a pesar de que Ramonsi, cuando se ponía a cocinar solía oírla, generalmente escuchaba cantautores españoles, los que le gustaban mucho, y a mí no me repugnaban, más bien me gustaban, aunque no fue sino años después cuando volví a coger el gusto por ellos, de todas maneras, no serían los mismos que él oía, sino otros más viejos y más de las masas, o lo que es igual, que en su día fueron cantantes de éxito, como Nino Bravo, Cecilia, etc, etc. Pongo tantos etcéteras, pues a pesar de que tengo varias cintas, no recuerdo lo que tengo en ellas, y las que oigo son unas diez aproximadamente, y de San Juan a Corpus.

Pero ahora escucho, y me deleito, y otras veces simplemente las uso para eliminar otros ruidos más desagradables, un variado tipo de música, en la que también juega un papel importante la radio, aunque en ésta, el dial no suele oscilar, más que entre dos emisoras contiguas, una de música de lo último, lo más moderno que hay en el mercado, y otra de música clásica casi exclusivamente, a pesar de que a ciertas horas, poquísimas al día, hay otro tipo de música.

Tomi para pasear, le cogía la bici a Pepe B., quien se la dejaba a él de encargo en La Laguna, pues éste ya se había ido a Las Palmas, con su diabética compañera, con la que empezó a salir ese año. Ella, Pino, era flaquísima y pequeñísima.

Un día que no los oí hablar, pero sí oí las carcajadas de Águeda, por Pepe contarle un secreto, y era que si debía decirle a Pino que se comprara un tanga, que a él tanto le atraían; eso le causó gran risa a Águeda, pues nosotros los habíamos introducido en nuestras juegos eróticos desde el principio.

Usaba en esa época una pequeña cadenilla de oro, que hasta hace dos días usaba, ahora no pues se me rompió y espero arreglarla cuanto antes. Esa cadenilla me daba la sensación de ser un perro con collar, como que tenía dueño; era una especie de lujo; un oasis en el desierto. Tanto significaba ésta para mí. Siguió significando muchísimo; era un regalo de mi Primera Comunión, eso me dijo mi madre cuando me la dio. Se la pedí por dos motivos, porque me hacía ilusión, pues se las había visto puestas a los hermanos gemelos Morales, Pepe y Fernando, y me habían gustado mucho cómo les quedaban, aunque la mía era infinitamente más pequeña y finita, no finita por lo de tener más clase, sino porque no tiene grosor casi, y por tanto tampoco pesa una gran cosa, más bien pesa poquito, y el siguiente porque veía que todas nuestras joyas las estaban mal empleando, haciendo anillos para las hembras, o vayan a saber para qué. Usó para estos restos de joyas y de cadenas rotas, pendientes sueltos, en fin todo lo que se pudiera aprovechar.

Cuando llovía, no dejábamos de lavar nuestro "innumerable" vestuario, sino que Águeda lavaba y luego la tendía en unos cuartos que apestaban a cerrado en la azotea, no me acuerdo si nuestra ropa también se quedaba apestando, pero lo más lógico es que sí. El olor era característico, también olía a viejo, pero nos servían de trastero; allí tenía mío un par de cajas de libros y demás inutilidades, o al menos así pensaba yo en esa época de los libros viejos. También estaba la diana con los dardos, abandonados.

Mientras ahora leo a Miguel Torga, su resumen del Diario de este portugués, cuya obra por lo que parece, es de las más importantes del siglo de entre las cabezas pensantes de dicho país, se me viene a la mente las siguientes cosas, que no por ya escritas, menos preocupantes, la primera es sobre si sirve realmente mi obra para algo; hasta el momento parecería un manual de lo que no se de debe hacer, si se toma por ese lado y le es beneficioso a alguien, a uno, pues quizás quién sabe si valdría la pena, siempre que a los otros lectores, si los hay, que espero que sí, no les produzca alguna desventaja, como por ejemplo que se les atrofie el encéfalo, o mejor, ni tan siquiera una neurona, las cuales se nos mueren a pasos agigantados, a pesar de crearse otras, de todas formas, la proporción de muerte sobre creación, está a favor de las muertes, aunque tenemos neuronas de sobra como para que nos de un "colapso neuronal", que por cierto no sé lo que significa realmente, sí sé el nombre que yo le

e-libro.net

he dado pero desconozco si existe o no esa enfermedad, que como ya se han percatado ha sido fruto de mi invención. Se dice así, ¿no?

Otra cosa que se viene a mi sistema nervioso, ya sea en la sustancia gris, o en la blanca, es si sirvo como escritor; si definimos a éste como el que escribe, si se me puede considerar como tal, pero si lo consideramos como un artista, entonces no sé, desconozco por completo si lo que creo es arte o basura, o la basura del arte, o el arte de la basura, que no son lo mismo; se verán en estos razonamientos la influencia del genial Unamuno.

Ven que muchas veces me pongo a filosofar de forma barata, pues de filosofía sé bien poco; ignoro si de algo sabré algo, pero esto no viene ahora al caso, al menos ahora no me interesa ese pensamiento, no, la cosa venía a cuento de que ni siquiera mis preguntas sobre mi ser, mi vida, la validez de mis libros y otras más, son originales mías. Pensaba, que aunque mal escrito, estaba introduciendo nuevos conceptos y nuevas actitudes ante la vida, para personas aptas o ineptas hacía la literatura; pues vean ustedes que no, que eso como mínimo hace medio siglo, pienso, y quizás vayan ustedes a saber si él tampoco fue el primero, lo pensaba Miguel Torga, el cual creo que hubiera hecho bien si metiera más sentimentalismo en su obra, aumentado la gran clase que tiene este autor, el que cada día sorprende con una cosa nueva. Pues si mis originales ideas ya las pensaron otros, es cierto pues el típico tópico (más tópico aún con el típico) de, “no hay nada nuevo bajo el sol”.

Hubo una temporada en que salía por la noche, los viernes (o al menos ese día es el que recuerdo), un programa por televisión de Pedro Ruiz, de risa; todos los del piso se ponían a verlo, yo no podía, pues los viernes que no tenía examen, me ponía a estudiar, y el viernes de la semana del examen, porque me había impuesto una disciplina, así, estuviese como estuviese de sabido el examen, a las siete de la tarde cortaba, me iba a correr, tras fumarme un cigarrito antes de salir del piso, y ya vestido con la ropa de deporte, salía y me hacía el circuito mencionado.

Estaba en el curso 84/85, y contaba con la edad de veintidós años, para llegar a esta simple conclusión tuve que ver el certificado académico de notas, que pone debajo del epígrafe en el que se anuncia esto: personal, no sé si será personal por que no lo pueden ver los profesores, o porque no se le da a cualquiera, sino que se necesita una serie de requisitos para obtenerlo; observarán que no iba tan mal, no iba bien, pero lo que necesitaba era un año con un golpe de suerte; no sé a ustedes, pero a mí esta frase me suena a perdedor, siempre diciendo: “Tranquilo pequeño, que este es mi gran golpe de suerte”, pues en ese tipo de tesitura me encontraba, aunque suene a mal doblaje de película norteamericana, que tampoco es que viera muchas, pero alguna, ciertos domingos, sí vi cuando era un niño.

Es curioso pero nunca lo he tenido muy presente, al saber que siempre ha estado ahí, me refiero al vecino de mi madre en Las Palmas: D. Antonio y Dña. Engracia, ella gordísima, con muchísimos problemas de obesidad, él flaquísimo y haciendo todas las tareas de la casa y todas las de bricolage, me refiero a esta última no a las sencillas, sino también a pintar toda la casa por fuera, con un azul mar de lo más feo, y los salientes de la fachada de blanco, tenía mucho empeño. Eso y muchas cosas más, tales como su antiquísimo y no muy buen coche, la falta de ostentación de todo tipo, que algunas se ven en las inmediaciones. Siempre lo he conocido como jubilado, pero parece que trabajaba en algo del muelle. Vayan a saber si se tuvo que retirar prematuramente por algún problema de salud u otro motivo, nunca lo he sabido. De todas formas es bastante pobre, casi como nosotros, la gente pobre no es muy dada a hacer declaraciones de cuánto gana, a pesar de parecerles a algunos que ganan muchísimo, tal vez porque se rodean de otros que aun ganan menos que ellos, si no piensen en: “Dios los cría y ellos se juntan”. De todas formas no era eso de lo que yo quería hablar, sino de sus cachuchas, sombreros, gorras y demás cubrecabezas; es muy raro, pues aquí, y menos por el barrio de “mi casa” (que ya no consideraba tan mía como las de La Laguna) es totalmente anómalo y fuera de tono, aunque con el tiempo se acostumbra uno a verlo y no se lo imagina sin eso puesto. De todas maneras es de las pocos, por no decir el único que veo con algo cubriéndole la cabeza; es gallego y su mujer canaria; hacen o al menos eso parece, una buena pareja. Ella inútil total con un sobrepeso tremendo, y el activo todo el día, es de los que le gusta madrugar, aunque no sé para qué.

Creo que ya de cuarto no hay más que decir, y si me acuerdo de algo, no se preocupen que el día que me acuerde ahí se los largo, piensen que he decidido estar con este libro cuatro años; dentro de pocos días llegaré al fin del segundo año, al Ecuador del libro. Son muchas las cosas que a uno se le quedan en el tintero y que con el tiempo y lecturas nutritivas para el espíritu, me refrescaran la memoria y entonces cuando eso ocurra, las plasmaré en el papel, y si eso les suena a fraude (que algo lo es), no les diré eso de que, “se joden”, sino que comprendan que así soy yo. A requerimiento de ciertas afirmaciones indiscretas y algo pretenciosas, con respecto a que no “vivo el presente”, a esto digo:

e-libro.net

-Vivo el presente, teniendo en cuenta el pasado, pero mirando al futuro.

Si les parece un engañoso trabalenguas, no lo es, aunque tampoco puedo garantizar que sea del todo real. No sé si la forma en la que he vivido toda mi vida es la mejor, quizás no, pero he de confesar que no he sabido hacer otra, a pesar de que muchas veces he preferido estar en el pellejo de otro; últimamente lo que me ocurre, es que no sé en qué pellejo estar. Antes, quisiera o no, tenía ciertos líderes, o quizás ciertas imágenes de ciertos líderes. Uno en el que sí me gustaría estar, ya no sólo por follármela, sino ser como ella pero en hombre, es la de Mavi, "!qué buena estaba y qué inteligente era!" Ya ven, Dieguito no me atraía como persona, lo encontraba un líder falso, algo hipócrita y no muy inteligente, a pesar de que intentaba llevarme bien con él; a quién único hacía caso este sujeto, o eso imagino, pues era con quien único hablaba, era su novia.

Águeda estaba como un tren, y era muy muy fotogénica, o al menos eso creía yo resultado de mi amor por ella. Amor si no infinito, o sea sin llegar a Sociedad Anónima, sí era una sociedad limitada, por mis diversas maneras de amor hacía ella.

Con Tomi allí, yo me veía pobre y acabado, él en cambio, siempre estuvo muy dinámico, o eso me parecía a mí.

Sé que para llegar a la normalidad en cuanto a folios escritos diariamente, aun me resta llenar medio folio, y se me ocurre desde hace unos cuantos que soy un ignorante. Cambiando de tercio, qué dirían de Quevedo, si este no hubiera escrito "La vida del buscón", pero me he de indignar más por el poeta Lope de Vega, de quien tampoco se puede asegurar más que vivió en la época de Cervantes, con quien se llevaba muy mal, al menos eso decía un mal libro que me leí sobre la biografía novelada de nuestro irrepetible (todo el mundo lo llama así, pero, tras tres o cuatro lecturas del Quijote, no termino de comprenderlo, ¿qué quería él decirnos con su libro?) Cervantes.

Si de los clásicos cojeo, imagínense cuánto de los poetas, de esos que escriben poesía y la que siempre me ha sido muy difícil de comprender. De todas maneras, hoy ya es otro día, y como tal he de seguir escribiendo.

Terminé en Junio el cuarto curso, y nos fuimos a Las Palmas. Allí concretamos para ir de marcha a Los Secos. Fuimos las tres eternas parejas, Tomi, Miguelo y yo, y nuestras respectivas novias.

Allí lo más curioso fue el mal estado del mar. Una de las veces Tomi quiso llevar en el cascanueces a Herse a un idílico viaje por el mar, llegaron hasta el submarino, y allí desembarcaron, bueno, al montículo que llamábamos así, pues tenía un saliente parecido a los submarinos, por donde sale la tripulación (y lógicamente también por donde entran), también se ve salir por ahí el periscopio. Pues como digo, la ida (tirando más como hacía La Aldea) fue muy sencilla, pues iban a favor del viento y de la corriente del mar. La vuelta ya era otra cosa, Tomi remaba y remaba sin parar, y cada vez se alejaba más, me imagino que si sabía rezar, seguramente lo estaría haciendo, pues el panorama era bastante feo.

Pero como siempre le pasa a Tomi, tuvieron muy buena suerte, pues unos pescadores lo encontraron por el camino, y los llevaron a remolque hasta la playa en la que estábamos quedándonos; supongo que respiraría aliviado.

De Los Secos, poco más puedo decir, a no ser la despedida, y que fue la última vez que yo iría a esa playa al menos hasta la fecha. Era tal el mal tiempo, que para volver a casa, esa vez nos quedamos tan sólo unos cinco días, pues todos teníamos que hacer. Yo debía dar clases particulares, aunque no recuerdo a ninguno de los alumnos a los que di, pero bueno, eso lo dejo para después.

El mar estaba sumamente revuelto, así que decidimos llenar el cascanueces con todos los bártulos. Miguelo y yo nos colocamos cada uno una aleta y en la otra pierna un "calamar"; no teníamos más que un par de aletas. Fuimos por el marisco hasta la punta más alejada de tierra. Tomi se había quedado en lo alto, donde poníamos las casetas, con la finalidad de que nos avisara del momento en el que venía la calma. El fallo grande por parte de todos, es que no quedamos en ningún tipo de señal; de todas maneras dudo que Tomi conociera mucho el mar, ni nosotros que tanto alardeábamos de que sí.

Nos tiramos pues, Miguelo y yo a buscar el bote, que estaba fondeado a una distancia prudencial. Fue tal el mar lo revuelto que estaba, que nada más meterme en él, se me salió la "chola" que llevaba puesta; precisamente por lo revuelto que estaba el mar, me habría sido imposible buscarla, y encima no tenía gafas de buceo. La di pues por perdida y nadé con todas mis fuerzas hacía el blanco Morgan. Llegamos y subimos, sin decirle lo que me paso, me dediqué a poner el motor de Manolito en marcha. Miguelo sacó el fondeo, desenrolló la cuerda que ataba las piedras y estas las tiró al fondo del mar. Fuimos lentamente hacía la entrada formada por dos bajas;

e-libro.net

cuando estábamos a punto de entrar, vimos como Tomi movía una garrafa en las manos, nosotros creíamos que esa era la señal de que ya había llegado la calma, así que Miguelo me dijo:

-¡Entra ahora “Gordo”!

Sentía cómo nos transportaban e impulsaban las olas, en ese momento di un toque de timón equivocado, justo al lado contrario al que debía, por lo que fuimos derechitos al marisco.

Miguelo al ver esto se tiró al mar, yo sin saber que hacer, me quedé en el bote y levanté el motor, ni siquiera lo había parado, el por qué hice eso era para que no lo cogiera a Miguelo y para que no se estropeara con el marisco. Me quedé encima del barco en seco, y vi a todos estresados y gritando. En eso, salió Miguelo gritando:

-!Estoy cortado!, !Estoy cortado!

Estaba histérico, pues al sentir que el barco pasaba por encima de él, creyó que la hélice del motor le había cepillado el cuerpo. Cada uno nos echábamos uno a otro la culpa. Jamás les llegué a reconocer que yo había dado un golpe equivocado al timón, pues me daba una vergüenza suprema reconocer mi fallo. De todas maneras habíamos fallado todos. Los Secos se habían acabado para nosotros.

Embarcamos y pedimos a quien fuera, pues ya no recuerdo si me acordaba del Señor, o si por el contrario era en lo único que pensaba, que nos llevara sanos a nuestro destino. Fuimos en silencio y muertos de miedo a Mogán. Tardamos bastante en llegar, Miguelo era quién llevaba el timón, yo no dije por esa vez nada de tomar dicha responsabilidad. Me sentía sinceramente preocupado y nervioso como para decirle que yo lo llevaba.

Cuando llegamos a la playa, desembarcamos por donde al principio lo hacíamos, en lugar de entrar a la playita. La causa por la que Miguelo decidió esto no la sé. A él, no le solía discutir las cosas, y muchas sobre el mar tampoco, pues él se había criado con su padre en esos lares. Esa vez lógicamente no pescamos nada. Quizás ellos ya lo pensaban, el no ir nunca más a Los Secas, yo no tenía ni idea que la gran pasión de lo que era mi descanso, iba a finalizar de esa vez, pero así fue. Quizás se quedó en todos muy grabado, el que ninguno era un auténtico marinero; por mi parte no pensaba tan drásticamente, pues a excepción de los años de carrera transcurridos, siempre que podía, estaba en contacto con el mar.

Tuve que andar después cojo, sin zapatos y con miedo de los cristales. Bueno, primero decir que desembarcamos como pudimos, tirándonos todos al agua y sin rechistar. Era la primera vez que nadie se oponía a las órdenes de Miguelo, ni siquiera yo. Llevamos después de vaciar los dos botes, al local tapiado donde el tenía un espacio para dejarlos.

Estuve todo el tiempo pendiente del suelo, y como no tenía dinero para comprarme otras chanclas, estuve todo el tiempo descalzo. Tal vez me pagara yo la guagua, o tal vez Águeda, o alguna de ellos, lo cierto es que volvimos a la capital en ella.

Del hoyo a mi casa no pude decir cómo lo hice, pero como probablemente fuera en guagua, también estaría todo el tiempo descalzo. Ahora que intento hacer memoria aunque no lo consigo del todo, diré que quizás, algo de esto debía de haber, cogimos en taxi, donde íbamos los cuatro, o quizás los cinco, Tomi incluido, pues Herse vivía muy cerquita de la parada del Salcai (agárrame los huevos que se me “cain”), por donde estaban las churrerías más viejas de la ciudad, allí vivía en un piso, al que nunca fui, con su tía; no vivía con sus padres, los cuales, ambos, le daban al “trinqui”, más el padre que la madre. Según decía, en la casa siempre habían problemas. No puedo asegurarlo, pero diría, hoy día, viendo cómo han ido las cosas, que Herse se agarró a Tomi como a un clavo y que por mucho que ardiera, no lo soltó, quizás porque supiera que sus padres, aunque analfabetos tenían dinero, al menos mucho más que ella y yo.

Sé que estoy empezando a introducirme, o al menos eso pretendo, en el mundo de la literatura, y aún no sé en que consiste esto, si en escribir mucho, si en escribir poco y bien, o si en escribir mucho e intentar hacerlo bien, cosa algo más difícil por lo que creo; aunque ahí está D. Benito Pérez Galdós, y sus aún no del todo leídos por mí, Episodios Nacionales (de cinco tomos, aun voy por el por el primero), quizás el que no estén terminados(al menos eso tengo entendido), sea un handicap para continuar con su lectura, aunque como dirían ahora, se podría hacer una lectura interactiva y por tanto ponerle cada uno el final que quiera.

Hoy tomé esta decisión: si no quieren comprar mis libros, no los compren, se ahorrarán el dinero, si los compran, después de leerlos, o bien de decorar un cuarto, pueden prestarlos, regalarlos, tirarlos, o hacer con ellos lo que quieran; son muy libres de hacer lo que les de la gana. Iba a decirles que todo me daba igual, pero en el fondo sé que eso no es cierto, lo único cierto es que estoy pasando por una crisis.

Supongamos que di clases particulares, aunque no recuerdo de qué ni a cuántos se las di, ni si no las impartí. Sé que hubo una vez en que mi hermana Pilar, como yo no se lo dije anticipadamente, no me hizo los

e-libro.net

carteles, mejor dicho no me incluyó en sus carteles; no se extrañen ella tenía muy mala leche, y estaba algo cabreada conmigo, por ese motivo, pues decía que yo era un holgazán, o por decirlo con palabras de ella, un gandul, y que quería que me lo dieran todo hecho. Esto, ya comprenderán no es verdad, salvo en lo de moverme y pedir si me dejaban poner carteles; esto siempre me dio mucha vergüenza, pues no sabía como pedir ese favor a la gente; como Miguel Torga escribió en su "Diario" cuando una señora le dijo:

-A usted le gusta hacer favores, pero el recibirlos...

A mi con ciertos favores me pasaba y me pasa igual, que prefiero hacer favores que pedirlos, aunque me he hecho algo carota, dependiendo de lo carota que sea el prójimo, así, a algunos no me importa un pito cortarlos, y decirles que se hagan ellos lo que tienen que hacer. Hay gente que pide favores por sistema, yo intento pedir pocos, aunque siempre son demasiados.

Era raro, pero mi madre casi no hablaba conmigo, me daba el dinero que le pedía, sin saber de dónde lo sacaba, y nunca me reprobaba nada. No debía tener casi dinero pues todavía no se había arreglado lo de la herencia de sus padres.

Como verán los veranos no cambiaron mucho, o quizás era porque algo grande se fraguaba, pues si bien después de la tempestad viene la calma, una cosa nada optimista es lo contrario, pero "¿es vivir estar siempre relajado y tranquilo, sin problemas?", seguro que se aburriría uno mucho, si no hubiera problemas, pero cuando los hay, cómo se pone uno, amargo como unas Pascuas, o más vulgarmente: amargo como los chochos.

¿Hay algo más bonito que un niño pequeño?, aunque este fuera no deseado, aunque fuera pobre, qué sé yo lo que se me ocurre, pero la visión de un retoño parece que me ha dado vida. Con Águeda no sabía qué pensar, si tenerlo o no tenerlo. Era una cosa de la que no hablábamos nunca, ella nunca me lo mencionó, a pesar de haber un tiempo en que hubiera deseado un hijo suyo a más no poder, contra viento y marea.

Águeda, a pesar de lo que la odiaba, era mi norte, y mi sur, y mi este y mi oeste, ella y los amigos, los dos más citados, eran mi todo.

Por Águeda pensaba que no daría ni un paso, eso al menos había veces en que lo planteaba. Y no porque pensara que era del todo mía, pues muchas veces no las tenía todas conmigo.

Seguramente saldría con Antonio, que trabajaba en la carga, descarga y venta de material de electrónica. Sacaríamos fotos y pasaríamos la jornada en paz y armonía, a pesar de yo hablar hasta por los codos. Me imagino que Águeda estaría hasta las mismísimas narices de quedarse ella callada, y uno como un loro, hablando y hablando. Le debía de chocar ese tonto parloteo, cuando después, me pasaba el resto del año prácticamente sin hablar. O siendo sumamente escueto; hablara de lo que hablara, incluso de mis sentimientos, era escueto; ella aún más.

Habrán observado, aunque hay veces en que intento escribir bien, que no me salen muchas veces más que tacos vulgaridades y palabras malsonantes, quizás por el oscuro pasado que tuve, y que sigo teniendo; mi intención es escribir siempre bien, a pesar de que algunas veces me encuentre más acertado que otras.

En esa época consideraba de lo más impersonal el teléfono, y lo usaba lo menos posible, es más, en La Laguna prácticamente solo lo usaba para sablear a mi madre (que Dios me perdone), así cada vez que hablaba con ella, era para pedirle dinero, por una razón u otra. En cambio en Las Palmas lo usaba más, para llamar a Águeda y a las diversas pandas que tenía, que no eran muchas, pero si muy distintas, al menos eso me lo parecía a mí.

Aunque ya no estaba con drogadictos gravemente enfermos y dependientes, si ocurría que nos fumábamos un porro de vez en cuando, aunque lo odiaba, pues en las noches me hundía en mi cuarto, después de estar harto de petas; cuando esto pasaba, escribía en una hoja, las razones por las que no debía fumar, pero sufría aún mayor frustre, pues nunca las llevaba a cabo.

Una cosa que no conté en su día y fue porque lo olvidé por completo, y que tengo rondándome la cabeza desde hace unos días, fue una salida a una casa de té y dulces sofisticados, que quedaba cerca de Bajamar; fui allí con Juan Carlos. El profesor de Ampliación de Micro fue el que organizó dicha tarde, era muy pasteloso y presumía de ser un gran señor y rico; tenía una farmacia, a la cual, si la atendía tan bien como las clases iba de "puto culo".

Vayamos al grano, yo llevaba quinientas pesetas para gastar, todo un lujo, según pensaba. Empezamos a charlar y empecé a tomar coñac tras coñac, hasta sentirme borracho; también iban Diego, la chica que se parecía a mi hermana Pilar, y otras que me caían fatal pues las encontraba demasiado seriecitas y formales. ¡Ay!, los cambios que da la vida.

e-libro.net

Yo en cambio no hacía más que beber y hablar con el profe, este se descojonaba, supongo que más que de mis ocurrencias, se reía de mí, o quizás no fuera tan cruel y fuera más simple de lo pensado, y se riera de mis absurdas palabras y ocurrencias.

Lo gordo viene ahora: llegó la hora de pagar, y pensaba que el profesor iba a pagar, pero el muy mierda, sólo pagó lo suyo, por mi parte, puse las quinientas pesetas sobre el mostrador, al ver que no las cogía el camarero, me las volví a guardar, al final no recuerdo cuánto debíamos pagar cada uno, pero era algo más de quinientas. Inmediatamente y delante otra vez de la gente puse nuevamente quinientas pesetas; como la mayoría de las personas no me habían visto cogerlas anteriormente, pasé por rico pues ni siquiera esperé a que me devolvieran; salí del bar con el profesor. !Ay!, cabrón de mí, creo que una chica, la que se parecía a mi hermana Pili, se quedó con toda la copla; espero que me lea alguna vez o que se lo cuenten, para que intente perdonarme esa flamante estafa. Deducí que se daría cuenta de que no tenía ni un duro; sé que esto es justificarme, pero no puedo hacer otra cosa. Me ha estado este hecho mortificando la conciencia toda mi vida.

La vuelta a La Laguna, la recuerdo perfectamente, la hice con Dieguito y el profesor, en un supercoche descapotable, un Mercedes último modelo. Lo llevaba Diego, de quien me enteré más adelante que era piloto de carreras, y según parece era buen corredor, aunque con el coche, no corría en exceso, todo lo contrario, fue prudentemente; en el puesto de copiloto iba el profe y yo atrás, como un señor, o tal vez debería decir la escoria, tomando el fresco tan agradable, con la melena revuelta y siguiendo el impulso del viento. Iba gozando, me sentía libre, el alcohol había borrado todo el control sobre mi persona. Sé que en el bar me metí muchísimo con el profesor y con el orden establecido; él quizás por si acaso al qué dirán me dijo de ir con ellos en el coche, por eso de: “no hay problema, yo soy suave y democrático, acepto todo, incluso las criticas de un hippy algo loco y borracho”. La asignatura, una María, la aprobé en Septiembre, no me explico por qué, pues el profesor “ya estaba controlado”, ¡y una mierda para mí, lo tenía justo en contra mío!, y menos mal que me aprobó en septiembre y no me dejo para el año siguiente.

El coche era celeste cielo, metalizado y brillante, como recién comprado, daba gusto viajar en él.

Después de este largo inciso, pasemos a otro de carácter más científico: mi abuela materna, “La chica”, tenía Parkinson, igual que Franco, el cual según estudié, se debía a una falta de dopamina, pero curiosamente el fármaco que se usa para combatir esa enfermedad actúa sobre la dopa descarboxilasa, que es el que transforma la L-Dopa en dopamina, al inhibir esta enzima (lo que hacen los fármacos específicos) se impide que se forme dopamina; esto que parece un contrasentido, no lo es, pues la forma de pasar la barrera hematoencefálica (BHE), la única forma que la pasa es la L-Dopa; al inhibir su paso a dopamina, hay más L-Dopa, con lo que pasa más cantidad la BHE, y allí que no puede pasar el fármaco inhibidor de la Dopadescarboxilasa, se transforma la L-Dopa en Dopamina gracias al enzima, con lo que hay un incremento de dopamina, disminuyendo los efectos del Parkinson; esta enfermedad se caracteriza por temblores en todos los miembros. La imagen que tengo de mi abuela, es una señora ya mayor, con el pelo canoso, vistiendo ropas humildes y de campo; la recuerdo verla tanto en mi casa, como en la suya. Era lo que se dice una mujer muy trabajadora y muy religiosa, amante de su marido y su familia; era un cacho de pan, aunque era a ella la que le tocaba el papel de mala, o entrometida, mientras que a mi abuelo le tocaba el papel de bueno y que comprendía a la juventud, dejándola vivir; de todas maneras, la personalidad de mi abuelo eclipsaba a la de mi abuela por lo que algunos cuentan.

Según unos cuantos autores que he leído, no muchos, dos o tres, dicen que después de llenar muchos folios, se eliminan muchísimos, antes de llevarlos a la imprenta, sé que otros autores como Francisco Umbral, según tengo entendido, aunque no es nada seguro, es de los que casi no repasa sus libros, y por tanto me imagino que tampoco desperdicie y deseche ideas, las cuales hay veces que parecen que no vienen, pero otras en las que fluyen casi más rápido de lo que uno puede plasmarlas al papel.

En septiembre me fui a mi piso o al de mi hermana Pine; todo esto se ha borrado de mi memoria por la impresión de lo ocurrido después, de tal forma que ni siquiera recuerdo haberme presentado a algún examen; pero realmente me presenté, pues así consta en el expediente, así aprobé nada menos que el Análisis Químico, un puro, y la Ampliación de micro, nada menos que dos asignaturas; el balance fue buenísimo. De ampliación de micro, según consta, no me presenté en junio. Así que no fue porque le cayera mal al profesor, sino que no me presenté, con lo cual ya saben que no corría convocatoria, sino que constaba como o bien que renunciaba a ella, o bien, no presentado, las dos eran lo mismo.

Como pocas veces, después de septiembre, en el mismo mes, regresé a Las Palmas, allí no sé a quien desplumé, pero lo hice, creo que a Águeda, para variar. No sé cómo no se me caía la cara de vergüenza. ¿Para qué

e-libro.net

le pedí dinero?, pues bien sencillo, para irnos Tomi y yo de viaje; sí, iba por primera vez en mi vida a salir de las islas; ahora que lo pienso, aunque nunca lo pregunté, imagino que Águeda debía estar indignadísima, primero porque no le dije de ir conmigo y luego, porque encima le pedí dinero para irme de "picos pardos". Usé los "free" de mi hermana Saso, eran unos pasajes en los que nos hacían un cincuenta por ciento de descuento a las familias por tener un familiar en la compañía, en nuestro caso por ser mi hermana azafata. Lógicamente debíamos viajar con Iberia. Otros descuentos que usé fue ser familia numerosa, y residente en Canarias, con cuyos certificados se quedaba el pasaje, ida y vuelta, sobre las cinco mil pesetas o algo por el estilo, no podía ser mucho más, ya que no tenía nunca casi dinero, y esa cantidad, ya era bastante significativa para mí.

No recuerdo lo que tenía para gastos, pero poco debía ser, a lo sumo otras cinco mil más o menos. Tenía que estar antes de la hora normal para embarcar, pues por los descuentos que usaba, debía ponerme en una lista de la que se empezaba a llamar cuando iba quedando algún puesto libre al final de estar todo el pasaje ya confirmado. Llegué poco después de comer, con mi mochila, que la facturé enseguida para no estar dando tumbos, y una bolsa de mano, de lo más barata, pero muy práctica, donde llevaba la cámara fotográfica y toda la documentación.

Fui en guagua al aeropuerto, nadie me fue a despedir, y mucho menos a quedarse allí esperando conmigo.

Esperé unas cinco horas hasta que llegara Tomi; estaba en el aeropuerto, aunque me puse en la parte donde menos movimiento de gente había. Todo el rato lo pasé sentado y sin comprarme nada, para ahorrar para el viaje; ni siquiera un simple periódico o una revista de política o de lo que fuera, la cosa era hacer algo; pero no, lo único que hice fue coger la bolsa, ponerla en mi regazo y cruzarme de brazos.

Cuando llegó Tomi me alegré, aunque las posibilidades de salir eran mínimas y, si acaso, había una sola plaza libre; aún cabía alguna esperanza.

Cuando llamaron para el vuelo, vi entrar a Tomi con una cara de desesperación increíble, le hice señas como para que no se preocupara, aunque yo estaba emputadísimo, pues después de tanto esperar, todavía no sabía si me iba a ir.

De todas formas, aunque teníamos la intención de ir a casa de mi hermana Saso en Madrid, él tenía la dirección de un amigo en la capital, si nos pasaba algo, el amigo, Antonio creo que se llamaba, que era riquísimo por su familia, le dijo que pidiera la llave a la portera y le dejara subir a su piso, que por esas fechas estaba desocupado. En él según parece vivían dos estudiantes.

Pensaba que iba a embarcarme en ese avión, aunque no las tenía todas conmigo, pues sólo quedaba vacío un sitio; yo estaba al lado del operario que manejaba el ordenador, por fuera de la zona donde se ponen los que se van a embarcar. De repente, me dice:

-Lo siento, pero no puede subir, se acaba de llenar el sitio que quedaba libre.

Cuando me di cuenta, a mi espalda había una pareja algo mayor, muy trajeada, él era bastante carismático; se trataba de un ejecutivo, no sé si famoso o no, y la que supongo sería su mujer; a ellos se les había dado prioridad sobre mi persona, quizás ya los esperaban, y era por eso por lo que no me habían dejado entrar.

Les miré de reojo, y no me quedó más remedio que resignarme; efectivamente, me jodieron y tuve que aguantarme.

No tenía nada para comer, y ese había sido el último vuelo. Me dijeron que no desesperara, que sobre las cinco de la madrugada, hacía escala un vuelo de África en Canarias, con destino a Madrid. No recuerdo si pensé en tumbarme a dormir, pues había un par de personas a mi lado, todo hombres. Estaba molido de estar todo el día en el aeropuerto, y no sé cómo, me quedé inmediatamente dormido, de una forma de lo más profunda.

Cuando me di cuenta, veo a una de las de la limpieza, llamándome y diciendo que el que iba a salir era el último vuelo; que estaban llamando a uno y no sabía si era yo o no.

Efectivamente era yo, ya no había nadie en la sala de espera, no me dejaron en tierra de puro milagro. Subí al avión y cuál no sería mi sorpresa al ver que todos eran negros.

Había un chico blanco, jovencito, rubio y bien vestido, que hacía un gesto repugnante, se tapaba la nariz, no sea que se fuera a contagiar de los negros. Como si apestaran; eso me dejó asombrado.

Llevaba una especie de chandal naranja, casi color oro tostado.

No creo que comiera nada en el avión. Llegué sano y salvo, eso sí, con hambre; me dediqué a esperar que saliera mi mochila, me quedé hasta el final y no la vi salir. Después de patear y preguntar, me dijeron que estaba en el extranjero, que el avión había ido para Suecia. Decepcionado y asombrado, me fui a casa de mi hermana Saso.

e-libro.net

Me recibió con mucho cariño, y tras contarle todo lo sucedido, me llevó a un bar cerca de su casa y allí me invitó a una tapa, que devoré más que comí.

Luego fuimos a unas oficinas de Iberia y mi hermana habló con los que allí había y les dijo que me llevaran la mochila allí. Ellos contestaron que en pocos días la tendría conmigo.

Al rato llamó Tomi por teléfono, a ver si ya había llegado, me puse y le dije que no, que aún no estaba allí y que viniese a la casa de mi hermana. Allí nos íbamos a quedar los dos, en la habitación de invitados.

Saso no me lo dijo, pero me jugaría algo a que pidió días libres para atenderme, y no se extrañen, si incluso pidió dinero prestado para poder darme los banquetes que me pegaba; Tomi nunca quería comer allí, y yo le decía:

-Porque no quieres, porque la comida está buenísima.

Ya no solo me hacía Saso la comida a toda hora, sino que compraba litronas de cerveza para que me las tomara; tanto por el exceso de comida, como por el exceso de alcohol, no era raro, pues, que después de esas comidas me entrara un sopor increíble.

No recuerdo dónde comía Tomi, aunque no comía en casa de mi hermana.

El mismo día que llegué, fui a ver el piso del tal Antonio; estaba en una zona muy céntrica, era antiguo, a pesar de que se veía que abundaban aparatos y utensilios modernos. Tomi, y eso que yo ya lo conocía de su piso de La Laguna, que estaba siempre guarrísimo, me llevó a la cocina, y sinceramente me sorprendió la cantidad de mierda que había en ella, algo indescriptible.

Optamos por quedarnos en casa de mi hermana Saso, la cual era pequeña pero limpia (la casa, y mi hermana, claro). No había muchos lujos, pero no vivía pobremente. Su compañero, Alfredo, era cazador furtivo, y seguramente se habían puesto de acuerdo para que los días que nosotros íbamos a estar, él no estuviera. Saso me contó algo como que estaba en no sé que sitio; seguramente fue una mentira piadosa.

Uno de los días, fuimos al rastro, los dos amigos, donde compré papelillos para fumar de distintas formas, con la intención de comprar más otro día, cosa imposible pues ya no volví a ver el puesto.

Los papelillos eran alucinantes, como billetes, con colorines... De esas formas nunca los había visto, y eso que era un experto en esas lides. Le compré unas chucherías a Águeda con la intención de otro día comprarle más cosas, al final todo se quedó en eso, en intenciones.

Me extrañó en extremo, ver tanto patriota y tanto facha, habían puestos dedicados tan sólo a cosas de Franco, y otros a banderas de España y cosas por el estilo. Lógicamente no faltaban puestos dedicados al fútbol.

Estuvimos allí un par de horas, viendo y empapándonos de todo, de tanto sabor castizo.

Luego nos fuimos a tomar unas cañas a un par de bares; en uno de los que entramos, vimos a unos jóvenes vestidos muy formalitos, con unas revistillas, vimos de reojo como ponía : “Guía del ocio”, eso me dejó asombrado, y pensé: “Dios mío, mira que esto es grande, que incluso hay una guía para todas las distracciones”.

Preguntamos dónde se compraban y nos lo dijeron, aunque también nos indicaron, que se podía comprar en cualquier quiosco.

Salimos del bar cuyas mesas, eran de cristal y las patas eran el armazón de las viejas máquinas de coser Singer. Años después, iría otro día al rastro y vería las mismas patas vendiéndose; mucha casualidad debía ser que se tratasen de las mismas. Bueno, lo cierto es que el bar era muy pintoresco, aunque sin un tipo determinado de gente; como si fuera un sitio donde confluían muchas personas distintas.

También fue, pero con otros amigos, Jose el de Garachico, con él quedamos un día, y según nos dijo, el primer día se tuvo que quedar en una estación de guaguas (o de autobuses, tampoco nos vamos a pelear por eso, pero que quede claro, que primero lo pongo en canario). Fue una visita relámpago, nos fumamos un par de petas y él se marchó enseguida, como si le diera vergüenza que alguien le viera con nosotros; es que él era mas cheli, como para andar con pijos (recuérdese que yo iba de todo menos de trajeado, ya principalmente porque no tenía dinero, pues empezaba a cansarme de mi imagen tan degenerada).

No puedo averiguar cómo Tomi hizo lo que a continuación cuento, quizás yo sea extremadamente vergonzoso, pero es que lo que hicimos hizo que se me cayera la cara al suelo. Resulta que mi hermana me hizo, a mí, él no quiso sino unas chocolatinas o algo así, unas tortillas de papas que metí en una fiambrera; la cosa era irnos a un campo o algo por el estilo, al menos eso pensaba yo, pero cuando veo, Tomi dice de comer en unas mesas que habían en la acera, sorprendido le dije:

-!¿Aquí?!

-Sí - dijo él.

e-libro.net

No increpé nada, pues él era el líder pero enterré la cabeza en la fiambrera y me dije para mis adentros: “¡Tierra trágame!” Ahora que lo pienso, y teniendo más mala leche, quizás a eso se llame sabiduría, no sé, creo que lo hizo para reírse de mí, para que si nos dijeran algo, que no recuerdo si nos lo dijeron, no les quedara más remedio que decírmelo a mí, pues era el que estaba comiendo en las mesas las tortillas hechas por mi gran hermana.

Aunque esto suene a paleto, fue cierto: era la primera vez que usaba el metro, el que pronto (con el mapa que allí daban, y las señalizaciones en las paradas), aprendí a usarlo.

Recuerdo una vez como mi hermana, entró al metro y con el hocico para afuera, no paro de fumar hasta salir del subterráneo; a mi me resultaba de lo más desagradable el fumar allí, pues el ambiente lo encontraba cargadísimo, y con un mal olor increíble.

Allí fue donde vi más miseria que en el resto de la ciudad; alguna noche vi gente dispuesta a pasarla allí, en los vagones o en cualquier parte. No sé exactamente cómo funcionan esos trastos, es más ni siquiera sabía poner un coche en marcha, tan sólo sabía cómo funcionaba el freno de mano, por si alguna vez había alguna emergencia.

Recuerdo que mi hermana, me dijo que el rey de España, tenía una amante que vivía frente a su piso, el que se veía desde la parte interior, los pisos daban al mismo jardín o patio interior.

La zona de casa de mi hermana no era mala, creo que era en Nuñez de Balboa. Yo respecto a esto, no supe qué pensar, sí sabía que el rey se pegaba sus escapadas en moto, y que se iba a las afueras con ella (la moto), sin escolta, que incluso a veces había recogido a algún autoestopista; pero en mi tierra, aparte de lo poco informado que estaba yo, las cosas de la corte quedaban lejos, y lo que se sabe es por las revistas del corazón, las cuales tratan muy bien a la familia real.

Recuerdo una vez, que vimos en la guía del ocio, que había una exposición de fotos, eso me atraía bastante, así que fuimos a “golisnear” los dos turistas, me llevé una gran desilusión, pues eran escasamente un par de fotos mal puestas, era tan mala la exposición, que los únicos que estábamos allí dentro éramos nosotros dos.

Afortunadamente no teníamos que pagar nada.

Usábamos para las entradas el carnet de estudiante, y yo encima el de familia numerosa.

Un afortunado día decidimos ir al Prado, allí entramos tras fumarnos un porro, estaba ya más que aburrido de ver cuadros no muy importantes, cuando de repente, en una sala para ese cuadro solo, sin saberlo, me encuentro frente a Las Meninas de Velázquez, me entró una sensación de pánico total, no había allí mucha gente, pero me fui encaminando lateralmente hacía uno de los extremos agachando la cabeza, y metiéndola contra el pecho, para salir de allí, me estaba entrando un pánico como nunca pensé; Tomi vino a mi encuentro y según parece a él no le causó tanta impresión. Majestuoso y en definitiva una obra de arte como en mi vida había visto. “El caballero de la mano en el pecho” también me gustó mucho, pero esa sensación tenebrosa nunca la he vuelto a tener.

Tomi me dijo que era un medio follón ver “El Guernica” de Picasso, yo después de lo experimentado, no tenía más que ganas de coger el fresco, salir a la calle, o mejor a un campo, pero eso era muy difícil.

No dije nada nunca de esto a nadie, salvo a ti, cómplice lector.

Otro día fuimos al Retiro, pero deduzco que no lo vimos del todo más que un poco, vi el lago, del que Tomi dijo de embarcarnos y le contesté que no (me parecía un absurdo y de “turistas totales”). Allí vi por primera vez a la policía nacional montada en caballos, aunque también vi allí mismo a un coche de la policía, así que ningún tipo de policía era exclusivo del parque. Vi una casa de cristales pero no me pareció una gran cosa, de aquí poco más, salvo que nos hicimos un par de fotos frente al lago; también le dijimos a unos paseantes que si nos sacaban una a los dos, eso hicieron entre risas.

Un día, quiero recordar que fue el día anterior de dejar Madrid, nos fuimos a Toledo. Me resultó esa pequeña ciudad impresionante; no comprendía cómo estando tan cerca de Madrid, pudiera ser tan diferente.

Era y es de estilo arábigo, no tengo ni idea de qué época ni de qué lugar, pero tenía aires de eso y como entiendo tan poco, no se extrañen que los adornos fueran recientes, para darles un aire moruno, pensando en el turismo. Lo primero que se ve, y que me encantó, fue la estación de trenes.

Dimos un paseo por la ciudad, vimos la típica tienda toledana, con espadas y demás, bueno era una especie de pequeño zoco (al menos eso intentaban imitar aquellas pocas tiendas, éstas, sin parecerse mucho a las auténticas). La gente se le veía vivir tranquila, otro gran contraste con la gran ciudad.

e-libro.net

Compramos en un supermercado pan de molde, embutidos y bebidas, y cerca de él nos comimos el almuerzo; todo muy típico. Un niño adolescente, nos sacó una foto devorando las viandas. Después, Tomi quiso escribir una postal (seguro que a Herse y a su familia), como yo no iba a mandar ninguna, pues tampoco pensaba faltar tanto tiempo de "mi casa", me quedé esperándolo cerca de un edificio pintoresco; cerca también estaba correos; en poco tiempo, veo empezar a reunirse primero un par de chicas jóvenes, con las que pensé entablar conversación, poco a poco pero sin detenerse, empiezan a llegar jóvenes y más jóvenes hasta quedar toda la acera repleta. Me extrañó enormemente tal afluencia de gentes en un sitio tan especifico y según me parecía inapropiado; era una esquina, y no daban a bares ni a ningún sitio de reunión. En eso llegó Tomi, le conté lo sucedido y no se mostró extrañado. No le dije que había pensado entablar conversación con ellos.

Creo que poco más hicimos en Toledo, a no ser ver la parte exterior de las murallas. Perdónenme los toledanos si "meto la pata", pero hace tiempo que no voy por allí, es más tan sólo he estado escasas horas en toda mi vida.

Como colofón del viaje, estaba el regreso, en el que no aprecié tanta gente como me decían mis amigos que estaban siempre llenos los trenes. También era la primera vez que viajaba en tren. Los trenes no eran precisamente nuevos, y era típico su traquetear, y el sonido a piezas sueltas o no bien atornilladas.

Nos dijo Saso, que como despedida nos invitaba a un chino, no recuerdo lo que pensé, pero me imaginé que iba a ser un bar de mala muerte. Cuál no sería mi sorpresa al ver que en el restaurante, todos estaban pendientes de nosotros, de si nos faltaba comida, o vino en los vasos, proveniente de unas jarras a modo de barriles; el "chino", estaba cerca de su casa, aunque nunca había ido por ese lado, no sé por qué. Era un bar de los caros, donde se reunían ejecutivos, o al menos eso me pareció. Aunque en una ciudad tan grande, no es difícil confundir ejecutivos con minoristas, y no sabría decir si lo contrario también es posible, seguro que sí, y más para una persona que no está acostumbrada a estar en la calle, y menos en grandes urbes.

Mi hermana fue la que se desmelenó hablando y criticando a mi padre, del cual decía que tenía cosas de sádico, aunque no lo dijo con esas palabras. Así, por ejemplo, me contó que les ponía trabas de la ropa en los labios para mantenerlas calladas, y que siempre les estaba pegando y maltratando. Conclusión, Saso había salido, según ella, con muchos trabes psicológicos, tales, que muchos los seguía teniendo ahora (en ese tiempo), como grandes fantasmas. Me extrañó ver a mi hermana Saso beber tanto, nunca se lo había visto hacer. Pensaba que después nos iríamos de marcha los tres por ahí, tal y como ya había pensado en La Laguna otras veces. O sea que cuando tuviera dinero, me iría por ahí en Las Palmas con todos mis hermanas de copas, barruntaba en mi mente.

Resultado final: Saso se cogió una tranca, como, según decía ella, hacía mucho tiempo, por no decir nunca, le había ocurrido. Pagó la cuenta, que si no me engaño rondaba las cinco mil pesetas. A mí se me quitó el hipo al ver la factura, y pense: "Menos mal que Saso tiene dinero" y comparado con todos los de la casa lo tenía, a pesar de ser una simple azafata del aire. Eso me daba la impresión, aunque no puedo decir nada de Maru y Pepe, pues creo que los dos trabajaban, y a pesar de que vivían en islas diferentes, calculaba que debían tener un buen sueldo; no obstante, de ese tema nunca se ha hablado en mi casa. Sí, ya no consideraba a los profesores unos muertos de hambre, ahora para mí eran ricos.

Quiero recordar que Maru contribuía a mi carrera con dos mil pesetas mensuales; también trabajaban Pine y Quillo. Que Dios me perdone si he empezado a hacer malas suposiciones, y encima contra mi familia tan cercana, lo cierto es que mi madre casi no tenía dinero, y eso junto con algún ahorro, si los tenía, era para pagar mis matrículas.

Sigamos con esa noche madrileña. Cuando salimos del chino, le dije a Saso que si nos acompañaba de marcha, ella dijo que no, quizás por ser demasiado jóvenes nosotros respecto a ella. O bien por lo que ella nos dijo, que se encontraba demasiado bebida. La acompañamos a su casa, que tenía una puerta blindada. Se me antojó y me pareció monísima una pelliza de ante, que estaba en un perchero a la entrada, le pregunté si me la podía poner y me dijo:

-Sí, sí. ¿Cómo no?

Expresión muy típica de ella, y máxime cuando ella nunca niega nada a sus hermanos.

Salimos Tomi y yo, y la dejamos a ella en su casa. Esa noche no ocurrió grandes cosas, a pesar de estar un poco bebidos. La excepción la hice yo, cuando volvíamos en taxi, pues le largué al taxista un:

-!Oiga!, ¿no estará usted dando vueltas sin sentido?

-¡Ustedes qué se creen...!

e-libro.net

Se defendió el taxista, a pesar de que estaba segurísimo de que nos estaba estafando, pues cuando habíamos ido en autobús, solo habíamos dado una vuelta característica, y yo ya había observado tres vueltas como esa en el taxi. Al final nos cobró bastante, aunque no recuerdo cuanto.

Otro día, antes de lo contado como el último en Madrid, decidimos salir a dar una vuelta, Tomi decía de ir al teatro, y ya habíamos ido a uno, pero que distaba mucho del estilo de los que yo conocía, al que fuimos parecía un cine, tanto en su distribución, como en el decorado y los asientos. Él dijo de asistir a otra obra de arte, yo le dije que no iba, que prefería meterme en un cine, eso hice, pero no fue en un cine cualquiera sino en uno de películas porno; me metí en uno, por consejo del de la taquilla, que fue una auténtica basura, quizás el de la otra sala estuviera mejor, pero no sabía si la entrada valía para las dos salas, o si eran específicas para cada película, de ser así, seguramente que me encasquetaron para la que había menos gente, que seguro que también era la peor.

Salí entristecido por haberme gastado el dinero tan malamente, no por ser porno, que casi no lo era, sino por lo mala que era. Esperé donde habíamos quedado a Tomi, casi una hora, transcurrida la cual, y como no tenía dinero para ir de cervezas, cogí el metro y me fui a casa de Saso.

Saso, casi no comía nada, su alimentación normalmente se reducía a una ensalada en una hondilla y un yogur, no comía más el resto del día; tal severo régimen me preocupaba, pues pensaba que se iba a enfermar, si no me equivoco sigue con el mismo, a pesar de estar esquelética (bastante apetitosa, según me dicen los demás y yo veo). Lo que sí hace de continuo es fumar, no puedo asegurarlo pero tanto o más que yo (cosa bastante difícil pues yo fumaba a todas horas, salvo en el metro, porque me daba asco del ambiente enrarecido).

Recuerden que me habían mandado para otro país la mochila, pues gracias a las gestiones de mi hermana Saso, estuvo en mi poder al cabo de tan solo uno o dos días. De todas maneras, no es que tuviera gran cantidad de ropa, pero la que tenía viajaba toda conmigo. A Águeda no le compré más regalos, a pesar que pensaba comprarle algo en Andalucía, zona hacia la que nos dirigíamos. A mi hermana Saso le compré un libro de recetas, en un quiosco muy cerquita a la casa, y alguna que otra horterada. Era de las primeras veces que hacía algún regalo a alguien de mi familia; anteriormente sólo había regalado cosas a Águeda, a nadie más, lo normal había sido siempre que mi familia me regalase.

Saso tenía alteraciones de la menstruación, nunca me enteré de que las padecía hasta años después, y creían que fuera más bien de tipo psicológico. Alfredo, por lo que parece, le había prometido el oro y el moro, pero al final siempre se quedaba en eso, en una declaración de intenciones. Según lo vi una vez, pasando delante de casa de mi hermana, o tal vez fuera un sueño, conducía un todoterreno bastante destartalado, dentro, al volante, iba él, con su barba y bigote y de aspecto delgado y atlético. Yo pensaba, si alguna vez lo viese delante mío, decirle si me llevaba con él a cazar un día.

Eso sería una experiencia sublime. Nunca tuve esa oportunidad. Según decían de él, iba con ministros, a pesar de ser él un ilegal, a cazar, y les hacía ver como que habían herido a alguna pieza y luego él se encargaría de matarla. Realmente mataría cualquiera, pues lo cierto es que no habían herido a ninguna, solían tener muy mala puntería; tenía que evitar a los guardabosques, para llevar las piezas a Madrid, donde, en el mercado, vendía la carne, y después arreglaba las cabezas con su cornamenta y se las daba o vendía a los ministros otra vez, o al que fuera, la cosa era conseguir dinero.

La cosa intelectualmente en mi casa no iba bien, el que más fuerte tiraba hacía arriba era mi padrino Domingo, luego yo, y por último Pepe Armas; si yo que no estaba entre los mejores, era de los que tiraba para arriba, imagínense lo mal que iban los asuntos.

Seguimos en Madrid. Una cosa curiosa e incluso anecdótica, fue que ninguno de los dos dijo, ni tan siquiera se me pasó por la cabeza, de ir a una iglesia, y eso que a mí me gustaba verlas, y Tomi encima se había educado en un colegio de curas.

Donde sí fuimos casi desde el primer día, fue al campus universitario, enorme, y una vez allí, a la Facultad de Farmacia. Ya no recuerdo como era. Vimos algunas figuras de personajes ilustres en bronce, pero tampoco recuerdo quienes eran. Observarán que soy un chico muy culto, que hace por aprender cosas nuevas, y una mierda pa'mí. Hoy día, de las cosas que hago, lo más a gusto que hago es leer literatura, y ésta aún así a veces me satura y me da sueño; con este panorama, ¿piensan ustedes que tendré futuro, o tendré que dedicarme a la "jarra del gofio"? Me estoy empezando a preocupar, pues van pasando los años y lo único que veo es eso, que van pasando los años, pero que no les saco el provecho que debiera.

Al final no vi a Alfredo, tan sólo la chamarra de él y las pesas que tenía en el cuarto de invitados, con las cuales ejercité algo mis entumecidos músculos; nunca las había visto tan buenas y tan de cerca, lo más cerca que

e-libro.net

he estado de ellas, era al verla en alguna tienda de deportes, cuya entrada me estaba prohibida, pues nunca disponía de dinero para ello, y entrar por entrar, nunca me ha apetecido en gran manera.

Tomi no recuerdo si le regalo algo a mi hermana, tengo idea que le dio algún detalle. Desconozco si a Saso le gustó mi regalo, pero como a mis hermanas siempre las veía cogiendo recetas de mi madre, sospeché que le gustaría. Según nos contó Saso, se había pasado la noche entera vomitando y echando todo el vino y la comida para afuera; seguro que era por la falta de costumbre, pues según me decía mi madre, Saso no acostumbraba a salir, sino de la casa al trabajo, y del trabajo a la casa. No llevaba una vida muy divertida, y por lo visto, Alfredo tampoco hacía nada por hacérsela (aunque pensándolo bien, yo no soy quién para hablar, es más, posiblemente sea el menos indicado).

Dejamos Madrid y nos dirigimos en tren a Córdoba; me daba la sensación de que no me había portado nada bien con mi hermana, y sin embargo ella se había desvivido por nosotros. Siempre le toca sufrir a esa hermana, que Dios se acuerde de ella.

Tardamos bastante en llegar, más que nada por las paradas en todas las estaciones, cada vez más morunas, aunque había algunas que parecían fábricas viejas y abandonadas, otras, en cambio, eran muy modernas, había gran variedad, aunque ninguna me causó la impresión de la de Toledo, quizás por ser la primera que vi.

No nos bajamos en ninguna, pues no se podía; yo iba fumando tranquilamente, en esa época no era tan estricto lo de la zona de fumadores y no fumadores, creo que estaba empezando, y ya no sólo eso, sino el no poder fumar en los sitios públicos, aunque de eso me enteré bastante más tarde, pues veía poco la tele durante el curso, y leía pocos periódicos, consecuencia: que aunque algo informado estaba, no lo suficiente.

Al llegar a Córdoba, fuimos directamente a casa de Miguelo, él no estaba, en el mismo piso también vivía Alberto, con quien no tenía mucha amistad, y dudo si Tomi la tenía con él o no.

Al grupo enseguida se unió Pericles, joven canario de barbas, con el que estudié el BUP, que aunque no era muy inteligente, era muy buena persona, y tenía una novia andaluza muy guapa.

Alucínense, pero no recuerdo en qué casa, pensión, o piso, nos quedamos cuando estuvimos en Córdoba, seguramente que fuera en una pensión, pues aunque la habitación de Miguelo estaba libre, al igual que la de Carlos Martel, no nos habían dado permiso ellos para quedarnos allí, que sería lo ideal, pero en fin, así son los amigos.

En el salón, habían hecho unas sillones de cemento y ladrillos, y encima les habían puesto unas goma espumas para ver allí la tele. Según decía Manolito M., quien sí estaba allí (estudiaba veterinaria al igual que Alberto), el Lelo (por Miguelo) todos los sábados, estuviera con quien estuviera iba a llamar religiosamente a Ana María, su novia; yo aun no había llamado a Águeda, y ya no la podía llamar pues seguro que ya estaba en La Laguna, en nuestra casa.

Lo primero que hicimos fue ir a tomarnos unos tubos (vasos largos de vidrio que se llenaban de cerveza de barril y que costaban tan sólo quince pesetas), con ellos no se incluían las tapas, por lo que primero nos hartamos de tubos en una terraza. Luego fuimos a los Bocadi, donde daban bocadillos de tortilla, pues les había dicho que los que más me gustaban eran precisamente esos: los bocadillos de tortilla.

Según rezaba en un recorte de periódico viejo, allí se hacían los mejores bocadillos de tortilla de España; costaban cada uno unas diez o quince pesetas, pero eran pequeñísimos, comí unos dos o tres, más no, pues la cerveza allí era más cara, y se hacían un poco pesados de tragar solos, y aunque había una enorme jarra con mayonesa, no me arriesgaba a servirme, por miedo a la salmonelosis.

Seguro que tampoco comí más por vergüenza, pues a cada cosa que uno decía, Alberto, no hacía más que reírse; me planteaba, “o está ‘jarto petas’ o se ríe de mí, no sé si por mi pinta o por qué”. Me sentía muy apenado, ya que no podía ver a Miguelo, a quién me habría gustado ver en su ambiente estudiantil, y que me diera paseos por la ciudad con su Vespa. Pero fue imposible, más tiraba “La pelagra” que yo, como es lógico imaginar, aunque yo no considerara así la cosa.

Manolito tenía un “cuatro latas”, aunque estaba estropeado. Él, como rico que era, vivía en las afueras en un chalet, con más estudiantes y su novia, el chalet era enorme, según parece se había cambiado a ese, ese año; todavía estaba sin decorar, a pesar de todo, me pareció insulso; era enorme, aunque la habitación de él y su novia, no lo era tanto; subimos al tejado y allí estuvimos un rato, más del que yo desearía, pues sentía miedo de que el techo se viniera abajo. Tenía también una piscina como nos hicieron ver, y no tenían que pagar ni agua ni luz. No recuerdo si por la habitación pagaban cada uno o los dos veinte mil pesetas, que bien mirado no es muy caro, pero para mí era abusivo; recuérdese que yo pagaba cinco mil en mi pisito.

e-libro.net

Fuimos a comprar un día “chocolate”, y quienes nos acompañaron a ligarlo, los chorizos, se vinieron con nosotros, a casa de Alberto. Eso me pareció un error, no digo que no fuera porque yo no metía a cualquiera en mi piso, pero aquella gente me dejó asombrado con las historias que me contaban; yo estaba con ellos dos, y Tomi hablaba con Manolito y Alberto. Pensé en cierto momento “pero, ¡qué chorizos!”

Fuimos a un bar a las afueras, tras ver a los toros pastando en las grandes fincas, y allí pedimos café y cortados, Manolito pidió un café con hielo, yo era la primera vez que veía y oía tal bebida, aunque me imaginé: “seguro que es bebida de ricos, y encima más caro”.

Por la noche, después de que los chorizos me hicieran encender más porros de los que deseaba, nos fuimos a comer algo a la calle; Tomi y Manolito se comieron unos sandwich, comida por otro lado, que llenaba poco y que era muy cara para mi pecunio, así que pedí un bocadillo.

Otro día Pericles se justificó haciendo en el piso de Miguelo, tanto él como su novia, una comida para todos, tardaron horas y horas, pero al final comimos una abundante comida a base de granos, y digo abundante, pues se pudo repetir a pesar de la enorme cantidad de personas que éramos.

Sinceramente, me gustaba más la novia de Pericles que la de Manolito, la de este último me parecía un poco “afectada”, seguro que era porque ella, por su dinero, no era mortal. La de Pericles era una andaluza castiza total, muy guapa y muy buena, a pesar de que parecía una bebedora por lo rojizo de su nariz, pero dijeron que la tenía así por un resfriado.

Al día siguiente, nos llevaron a lo alto de un torreón, que puede ser que fuera el campanario de una iglesia; no logro recordar exactamente lo que pasó, salvo que nos dijeron algo enigmático, que quizás fuera clave para todo el que subiera allí. No se me ocurrió otra cosa que encender un porro, fíjense hasta donde llegaba mi apostasía.

Por la tarde, fuimos a La Mezquita tan típica y según dicen algunos, única. Yo desde el principio tuve un altercado con el que vendía la entrada, quien casi me insultó por pagarle con un billete que tenía doblado varias veces; me dijo:

-Esto es ilegal.

Yo, como no sabía si era cierto o no, me callé; empezó a largarme una serie de improperios, que me dejaron enfurecido y alucinado. Pensé ¿por qué me trataba siempre todo el mundo tan mal?; y ¿todavía me lo preguntaba?

La Mezquita, me pareció una obra de arte, (vamos a ponerlo así, para no ser criticado por los cordobeses), que francamente no entendí. Sí, se veían los típicos arcos arábigos, pero a las salas, o cómo coño se llamen, no les veía sentido. Por esa época, quizás tampoco tuviera muy claro que era un sitio de adoración; hoy tampoco tengo muy claro, si ahí oran o no los católicos. Todo esto me sienta fatal, puede ser porque cuando esto escribo, tengo las tripas revueltas y no sé por qué.

Nos íbamos a ir a Granada, Pericles me explicó y escribió en mi librillo de viaje, donde llevaba un minidiario para ese viaje, de forma genial, los bares de copas, los pubs, y zonas de tapas e incluso monumentos a ver; él iba mucho por allí, casi todas las semanas, si no me equivoco porque su novia era de allí (si no es por esto, no me explico a cuento de qué iba tanto él allí).

En tren llegamos a Granada, vimos en el trayecto moros y gitanos; ambos ya eran más típicos de Andalucía.

No me acuerdo lo que hicimos con las bolsas, seguramente las dejamos en la estación de trenes. Nos fuimos a pasear, y la casualidad fue que vimos a uno de los hermanos gemelos de Manolito, Pepe, el que vivía antes (y hacía que estudiaba), en La Laguna. Llevaba un cocker, perros muy bonitos, y muy caros. Iba por una zona de bares, y enseguida nos dijo que entráramos a algunos a tapear y tomarnos unas cañas; nos preguntó qué hacíamos allí, y se lo dijimos: “turismo”. Después nos fuimos a su casa, donde dejamos las mochilas, allí vivía con su novia; entre los dos pagaban un piso para ellos solos. Imagínense cuanto dinero manejaba el padre, ya que tenía a tres varones y una hembra estudiando carreras universitarias, y todos iban de nivel, de ricos, aunque hoy que lo pienso, no debían tener para tanto, pues su padre una temporada se declaró en “suspención de pagos” con sus empleados. En ese momento toda la familia estuvo sublevada, y recuerdo cómo los hermanos alocadamente hablaban con banqueros y demás. Pero en esos momentos vivían a un ritmo de ricachones, de los más ricos de la isla, lo cual no puedo asegurar si se correspondía con la realidad.

La habitación donde estaba su novia era grande; no nos dijo de quedarnos allí; no recuerdo dónde dormí ese día.

e-libro.net

Después de la visita, nos fuimos a ver La Alambra. Al entrar, estaba nervioso e inquieto, por la gran cantidad de gente que había. A la entrada había una jovencita vestida de forma modosa, con una pequeña mochila, y que tenía una guía turística. "!Vaya, que jovencita más interesante!", pensé, pues me dio la sensación de experta y mundana viajera. Lo que tenga esto de cierto, no tengo ni idea.

Vi que la gente que iba tenía dinero, iban de normal bien vestidos y con buenas cámaras. En realidad ese referente lo tomé a partir de un par de sujetos, pero con ellos, ya lo extrapolé al total del personal. No me gustó la inmensa cantidad de gente que la visitaba, pero he de quitarme el sombrero, y decir "'chapó', señores, esto es algo grande, algo fuera de serie, ese verdor en medio de la aridez, esos magníficos y preciosos edificios, en definitiva, incontable". Para hacerse una idea hay que verlo. Allí, asombrado saqué algunas fotos que me quedaron muy bien. "¡Impresionante!", no tengo palabras para describirlo; no sé lo que le pareció a Tomi, pero para mí, fue de una impresión majestuosa.

A la salida vimos al Birula, quien se sorprendió muchísimo, aunque de forma distinta a Pepe; también nos fuimos con él de tapas, y así con unas y otras comimos, pues a pesar de que todos se alegraban de vernos, pocos nos invitaban a comer; el único fue Pericles, aunque no en su casa, sino en casa de Miguelo y Alberto.

Por la noche, Pepe nos llevó por la zona de pubs, empecé a sentirme nervioso y a disgusto, pues nos llevaba a los bares más caros, donde había dinero; me sentía más que desplazado, y de echo, ese día decidí poner fin a mi viaje, entre otras cosas porque no tenía dinero, y empezaba a echar de menos a Águeda, a quién, aunque quisiera, no podía comprarle nada más pues no me quedaba nada. No se extrañen que esa noche me pasara de rosca bebiendo, y por tanto no recuerdo a partir de ahí lo que pasó. O bien que desde el principio dijera que yo me iba a dormir, pues de esa noche no recuerdo más.

Sé que una de las veces me vi a solas con la novia de Pepe y me acordé muchísimo de Águeda, a pesar de que esa intimidad me causó algo de incomodidad y bochorno por no saber comportarme ante una mujer, comprometida y supuestamente rica.

Aunque si me he de fiar de Miguelo, en Andalucía se da mucho el señorito andaluz, que según él me daba a entender, eran unos muertos de hambre que se la daban de mucho.

Le dije al día siguiente a Tomi, que me iba. No fui a Sevilla, él sí fue y se quedó allí, pues tenía a varios amigos que quería visitar, me dijo que por qué no me quedaba, pero sinceramente no insistió mucho, cosa que agradecí, aunque podría haber sido más "cariñoso".

Lo mío del cigarro era grave, cada cosa que iba a hacer, debía ir precedida del cigarrito, así siempre que me decían de hacer esto o lo otro replicaba:

-Pero espera un momentito que me fume un cigarrito.

Un auténtico vicio desastroso y dominador.

Me fui en avión desde Granada. Llevaba un cachillo de chocolate no muy grande en el bolsillo; en el aeropuerto, mientras iba haciendo tiempo en lo que llegaba la hora de la salida, que según me habían indicado, no habría problemas, pues el avión no iba muy lleno, el que llevaba destino a La Laguna, en Tenerife, donde ya habían hecho el aeropuerto Reina Sofía en el sur de la isla, siendo éste más transitado, me sorprendí un huevo al ver a un perro pastor alemán, junto a un "picoleto" en la puerta de embarque; más que sorprenderme, me entró pánico, por lo que nerviosísimo me fui al baño, allí me metí en un retrete, me encerré y meé lo que pude, aunque primero tiré el pequeño trozo de chocolate en la vasija; como verán soy un "cagao", pero no puedo soportar el ser un delincuente, a pesar de que la pinta que llevaba indicara eso.

Esto no fue lo único, sino que al estar en la salita de salida, vi a mi profesor de Galénica, D. Matías Llabrés, quien me saludó con una inclinación de cabeza, igual que yo a él, con la única diferencia, que uno regresaba de vacaciones y él parecía que venía de trabajar. No lo vi más, es posible porque fuera en no fumadores, pues él no fumaba, o en primera, tal vez la universidad, o la empresa que lo requiriese, le pagara tal lujo; desconozco el motivo por el que fue a Andalucía, y mucho menos quién lo envió allí. Lo cierto es que no lo vi más, afortunadamente, pues de verlo no sabría qué hablar con él, era un genio jovencito, que seguramente iba camino, y en busca de la cátedra; en el departamento que él estaba, no había ningún catedrático, por tanto, era él el que estaba al frente. Ese departamento me llegó a preocupar, pero ya hablaré de ello más adelante; aunque siempre, si he de ser sincero, me cautivó y me cayó muy bien este profesor.

Llegué sin pena ni gloria a La Laguna, allí nadie me esperaba, ni siquiera sé si sabían que iba a llegar ese día, aunque era el acordado de antemano. Tenía ganas de ver y acostarme con Águeda, lo primero sí lo hice, lo segundo, no estoy tan seguro, pero vamos a consolarme pensando en que lo hice, aunque no nada más llegar,

e-libro.net

pues aun no era de noche. Tenía muchas cosas que contar, pero aseguraría que no conté nada, ya que me daba la sensación de que Águeda no estaba tan receptiva como otras veces. Seguro que le estaba jodiendo mi forma de ser, eso de irme de vacaciones y no llevarla a ella. Nunca me lo dijo, pero tampoco se mostraba muy cariñosa cuando le decía que me iba con alguien por ahí; encima ese año, se tenía que preparar, pues yo hacía el "viaje de fin de carrera"; ella no hizo ninguno, ni de paso al ecuador, ni el de fin de estudios, ni ninguno. Aún no sé la causa, pues nunca me lo ha dicho.

Llegué tarde al curso, ya había empezado, y la gente ya llevaba un buen ritmo, yo ni siquiera había empezado el precalentamiento; el primer examen era creo a las dos semanas, el de Ampliación de Para. Me alegré de saludar a Toño y Juan Carlos; como siempre, le pedí los apuntes a Mavi, a la que supongo le debía de resultar un caradura, pues no tenía con ella ningún detalle, ni síntoma de afecto, aunque le intentaba reflejar que me caía bien, que aceptaba que fuera la número uno de la promoción y que ella fuera la que llevara el estandarte y que tirara del carro. Ya May no me atraía, más que el saber que entre nosotros hubo algo; ella estaba un poco más atrasada que yo, aunque ese año llevaba un ritmo de ahora o nunca, según me pareció. Yo parecía como si estuviera mariposeando, y sólo tenía dos semanas para el primer examen, afortunadamente no me salió mal, a partir de esa semana, llevaría al día Para, y le hacía las preguntas que ya dije hace algunas páginas.

Al ser el último año de carrera, o al menos para algunos lo era, teníamos que hacer la representación de la obra de teatro. Este capítulo de mi vida ha sido el que he encontrado más denigrante y ridículo de toda ella. Aunque iba a los ensayos nunca ensayaba, les decía : "Sí, sí, díganme lo que tengo que hacer que yo lo hago".

Por esa época tenía alguna que otra cana, la primera me había salido el año anterior, mientras estudiaba el parcial de Farmacognosia.

Debía imitar al bedel en la obra, seguro que me dieron tan burda imitación, por ser el menda el peor de los actores de entre los que allí estaba. Tomi también estuvo y éste imitaba a D. Luis Bravo; con sus interpretaciones, las chicas del clan se reían mucho.

Me daba vergüenza de mí, y quizás por ello sé que nunca volveré a actuar; pienso que humillación tan grande no se volverá a repetir.

Mi interpretación consistió en comerme alguna bobería, me pusieron un plátano, fruta que odio, luego debía ponerme gomina en el pelo y ponérmelos de punta como si me hubiera electrocutado. Con mi papel la gente se debía de reír, yo no oí ni una ligera sonrisa.

Se preguntarán por qué lo hice tan mal, pues ahí va: estaba superpreocupado, me daba la sensación de que algo grave estaba ocurriendo, pero pensaba "algo está pasando, y no sé qué es". Esto me lo repetía una y otra vez, estuviera donde estuviera.

Creo que fue ese año, el único que por estar estudiando, cuando Águeda fue al cuarto de al lado a buscarme para follar, me di cuenta, aunque estaba tan centrado y tenía tanta prisa por el examen que le di un par de palmaditas en el culo como dando a entender : "lo siento chica, pero voy contrareloj". Es posible que fuera a partir de ese momento cuando empezó a ir mal la cosa, no lo recuerdo; me daba la sensación de que algo no marchaba, y no sabía qué.

La obra de teatro fue el día de La Concepción, día de la patrona de Farmacia. La representación estuvo fatal y me daba la sensación de que había sido por mi culpa. Habían asistido algunos profesores.

Después de la representación, nos fuimos a la clase de al lado (los camerinos) y allí empecé a beber vino. Luego, sin saber cómo, me vi en un bar junto a otros estudiantes, y ahora que lo pienso, me boicotearon, me dejaron sólo, nadie se quería acercar a mí, seguramente debido al gran ridículo hecho. Allí estaba también D. Luis Bravo, quien era un echón; se estaba tomando un güisqui, por lo que no era extraño que él dijese en clase, y por tanto válido para examen, que un güisqui al día era bueno para el corazón, no porque este fuera tonificante, sino porque es vasodilatador, con lo cual ralentiza los movimientos del corazón, al no tener que hacer grandes ejercicios, por disminuir la presión ejercida por el torrente sanguíneo sobre las paredes de las venas y arterias por encontrarse más dilatadas de lo normal. Con esta teoría suya tuve bastantes problemas; un medico me dijo: "Seguro que él era un borracho" (quizás al igual que él). En la actualidad sé que unos recomiendan la dieta mediterránea, con su vinito en el almuerzo, y por otro los que dicen que alcohólicos son incluso aquellos que son bebedores de fin de semana.

La teoría de ese profesor, la he contado muchas veces y siempre para justificar los excesos míos de alcohol; otras, pensando en llevarla a rajatabla, un güisqui al día. A mi abuelo Papa Pepe, le aconsejaron al principio un coñac, y luego un güisquito, y él tan bien que estaba, y bastante que lo saboreaba. Él estaba pletórico

e-libro.net

de fuerzas, y si se murió por algo fue de ver como se había ido el amor de su vida: cincuenta y pico años estuvo con su mujer, y encima la acompañó en la muerte, si eso no es amor, entonces no sé yo lo que sería, qué es entonces el amor.

No había ido después de la obra a mi casa, como debiera ser lo justo, sino que me fui directamente al campo, al bar donde se reunían los estudiantes ese marcado día para celebrar la festividad de la patrona.

Nosotros, los de quinto, teníamos una cena de gala en el Club Náutico, en Santa Cruz, a la que iban los profesores y el decano. Yo quería ir, a pesar de que no tenía ropa que ponerme. No obstante, antes de ir quedaba hacer un par de exámenes, pues creo que la cena, era el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad.

Ese último año, era casi de tránsito para los que llevaban bien la carrera. Tal era el caso de Tomi, Octavio, Diego, Mavi, y unos pocos más. Yo pensaba, "ánimo un esfuercito más, y todo quedará terminado"; de todas formas el mosqueo que tenía, hacía que no estudiase lo suficientemente centrado.

Había ese año dos asignaturas fuertes, Galenica II o Especial y "Broma y Toxi"; la primera, ya se ha visto, podía sacarla pues eso me ocurrió el año anterior, la segunda al profesor que daba la parte de Bromatología, Arturo Hardisson, me caía fatal, era un déspota desagradabilísimo. Él decía que la asistencia a clase era obligatoria. Creo que no fui ningún día durante el primer trimestre; las prácticas, las hice otra vez con Toño, al que dejé nuevamente, una vez haciéndolas a él solo, mientras yo me iba a correr. Fue como un ligero destello, pero algo más impactante y con gente en medio, estaban Octavio y Antonio Granados, los dos haciendo juntos las prácticas, y junto a ellos Arturito; el mamón tenía unos veintiocho años y dos carreras, Farmacia y Química; es posible que en las dos fuera el número uno. De él se decía que casi no había salido durante las carreras, a no ser algún día con sus padres a comer por ahí; saben ya que su padre era el catedrático de Física de primero. Si su padre tenía fama de mala leche, este no iba a la zaga, sino todo lo contrario, adquirió una de más cabrón, con lo cual ya se pueden imaginar lo purito que era. De todas maneras, sabiendo al padre que yo había tenido, y que al final salió perdiendo pues toda su familia declaró contra él, no temía mucho a Arturito.

Como digo, fue un destello, pero suficiente para que él levantara la cabeza de donde estaba y sintiera en mí otro luchador, pero de mucho mejor carácter que él. Esto pensé años después.

No creo que me viera irme a correr, si no, estaba claro que me fundía allí mismo. Yo por mi parte, seguía considerándome un perdedor y él lógicamente un ganador, fuera lo que fuese, como persona era vomitivo.

Estábamos por decirlo así en un acto social importante para los estudiantes de quinto, y yo a pesar de arrastrar algunas de cuarto, me consideraba como integrado, bueno más que integrado, cabreado con mis compañeros de quinto. Quien tuvo una recuperación asombrosa, aunque se le veía más que quemado y con vistas a dejarlo todo una vez terminado (igual que yo), era Domingo Navarro Bosch, compañero de estudios desde E.G.B. Al principio empezó mal, pero si no me equivoco, terminó en cinco años, en cinco cursos, sin necesidad de Septiembre, ni de Febrero. Quiero recordar que no tenía novia, y si la tenía era muy a lo calladito, también es verdad que en clase nos saludábamos con la cabeza, pero nunca hablamos juntos. No sé por qué.

También estaba el otro Antonio que había estudiado conmigo, pero este era más torpe, y nada carismático. Uno del montón, del que puedo asegurar que los profesores igual ni se fijaban en él; suerte que tuvo, pues en mí, ya fuera por mi imagen o por mi estatura, o porque fuera (que según dicen lo era) algo polémico, lo cierto es que todos los profesores me conocían, al menos eso parecía, por lo que me daban a entender.

Y sobre todo porque alguno se aprendió mi nombre de memoria (mi apellido, que era lo que más se nombraba allí).

Llegó el día de la cena, y me consta que incluso alguna de las niñas fueron a la peluquería; alguno de los varones, se pusieron sus mejores trajes, éstos eran sobre todo los que pertenecían a la "jet", tal era el caso de Quique y otro que no recuerdo su nombre, pero que estaba más que claro que pertenecían a una clase social alta.

Yo iba de chaqueta y corbata, la corbata era de cuero y no me convencía mucho, la camisa me quedaba corta, al igual que los pantalones, los cuales los llevaba a medio culo, para que no se notara que iba cruzando el charco con ellos; lógicamente las mangas las llevaba remangadas y la chaqueta me la quité nada más llegar, pues me quedaba también corta.

Llevaba gomina o espuma en mi largo pelo, peinado hacía atrás para la ocasión. No fueron todos, ni mucho menos, faltaron entre ellos, Antonio Granados, Octavio, Mavi, Diego, Domingo Navarro, y muchos más; casi más éramos los menos. Esto no fue motivo para que fracasara. Me vestí en mi casa, Águeda fue la encargada de ponerme la gomina. No puedo decir lo que yo le parecía, si le daba asco o qué. Quiero recordar que ahí o en casa de Quillo, de quién realmente era el traje, de su boda, me tomé la primera copa. Luego otra en casa de Pine, para que

e-libro.net

vieran como iba. No recuerdo con quien bajé, pero lo cierto es que estuve en un par de bares con Quiquín, tomándome los güisquis.

Mirando las fotos, las niñas estaban guapísimas, al menos las que eran guapas, las que no, estaban y eran graciosas. Ya pasaba de May, pero sabía que la tenía cerca de mí. Para sacarnos la foto oficial, pasó un fotógrafo sin muchas luces, pero diestro en ese tipo de fotos.

Me pasé la cena, frente a Tomi, bebiendo botella tras botella de vino; Tomi realmente fue muy mal vestido, con una camisa amarilla de cuadros y rayas muy usada y con una corbata. Estábamos la mayoría muy guapos (yo no me veo así, sobre todo al saber lo denigrantemente borracho que estaba). Durante toda la noche, pase de un extremo a otro del salón donde estaban nuestras mesas para ir al baño; lógicamente los profesores (los que habían ido, que aunque no eran todos, sí habían algunos inteligentes y trabajadores) me veían y debían pensar, con gran acierto por su parte, que estaba como una cuba, o que era una cuba cuya piel rodeaba el vino ingerido en grandes cantidades. Entre los profesores, también estaba el decano, elegido nuevo ese año, y que duraría, bastante tiempo.

Estaba también la tuna, quienes nunca pagan nada, y encima está bien visto que vayan a las fiestas; a mi ser tuno, sinceramente no me parece ninguna bendición, y eso que conocí a varios tunos.

En la foto salimos todos bienísimo; salen incluso los tunos novatos. Mirándolo bien no éramos tantos, seríamos de veinte a treinta; éramos un equipo que me caía fatal, y me imagino que yo a ellos igual. Salí con lo que el de “Farma” diría con “ptosis parpebral”, y ya no sólo que esto sea un síntoma de “miastenía gravis”, que no creo sea mi caso, sino de poco trabajador y mucho más aun de poco inteligente, que no retiene ideas coordinadas en su mente.

Estábamos muchos de los que en teoría, iríamos al viaje de fin de carrera. Las niñas, bueno entre ellas se pelearon porque querían ir hasta allí, vendieron a los profesores unos ceniceros muy bonitos, con el anagrama de Farmacia, pero muy malos, pues al primer cigarro se deshacían todos y se descascarillaban del todo. Si no me equivoco eran de yeso pintado; de todas formas los profesores (catedráticos y futuros) tienen dinero como para poder comprarlos; a pesar de lo que me hubiera gustado tener uno, no tenía dinero para comprarlo, y casi tampoco tenía dinero para la foto, pero al final por tenerla, a pesar de quedarme casi sin dinero, la pagué. Eran dos fotos, pero sólo pude comprar una, aunque luego, ya tarde, quise comprar la otra, pero no pude.

Yo sé cómo estaba yo, y era amargado, frustrado y bebido.

Cuando terminó la cena, como siempre bastante escasa y de no muy buena calidad, al menos la de los estudiantes, pasamos al baile, donde había una barra, creo que no había que pagar las copas, pues me tomé un par de güisquis, con Manolo Norte, el cual empezó a desmarcarse de mí, pues mientras él era un ganador, yo era un fracasado. Me dejó al poco solo. Sé que algunos bailaron, yo afortunadamente no metí esa pata, pues soy fatal bailando.

Antes de empezar todo esto, fui con Quique entre los pantalanes de los barcos, diciéndole a él en los que me había subido (el mismo estilo) como era al de mi padre; del último suyo estaba yo muy orgulloso. Él no dijo nada, pero más tarde, me enteraría que era, su padre, él más bien era torpe, uno de los más inteligentes de La Laguna.

Me han de perdonar que a muchos llame torpes, pero si supieran cómo me trataban, verán que no soy excesivamente duro conmigo ni con ellos. Creo que se llamaba Isa, la piba de Quique, la más guapa y que mejor tipo tenía de toda la reunión, y por supuesto de las “chicas del clan”, mirando la foto, las chicas estaban guapísimas, muy buenas.

Ya no sólo tenía que soportar que me quedara mal el traje, sino oír a Quillo decir:

-No se te ve soltura con él, se nota que no estás

acostumbrado a llevarlo.

Pensé que él tampoco tenía ninguna práctica, aunque me callé, el traje era de él. Los zapatos creo que eran unos que un amigo le había dado a mi hermano, y al que tampoco le servían. No, mentira, ahora que recuerdo eran unos zapatos grises que Saso me había comprado en Madrid cuando allí estuvimos; Tomi se había comprado unos mejores pero mucho más caros, yo por no hacer gastos, los había escogido más normalitos y más baratos. Quiero recordar que me quedaban algo estrechos, pero esos y los calzoncillos eran míos; los calcetines también eran de Quillo.

Después de la fiesta, tenía intenciones de seguir la juerga con todos, pero cuando salí y caminé un poco, me vi de buenas a primeras solo. No me quedó más remedio que vagabundear algo, y al poco, ya cansado, opté por

e-libro.net

subir a La Laguna, allí me encaminé a mi casa, estaban todos durmiendo. Entré y me desvestí, Águeda no se dio por enterada, aunque lo más seguro fuera que no estaba durmiendo. En vista del éxito me acosté.

A la mañana siguiente, no me preguntó cómo lo había pasado, ni a qué hora había llegado, esto me extrañó, pero no sobremanera, pues estaba preparando la ida a Las Palmas.

Nos fuimos en el ferry, donde vi al profesor de Micro, con un ramo de flores, iba vestido de barato, seguramente primero por que no tenía dinero, y segundo, para no ensuciarse, pues no me imagino al susodicho vestido continuamente con vaqueros y camiseta. Le salude con una inclinación de cabeza, y él se dio por aludido con un movimiento de ojos; me devolvió el saludo con un ligero movimiento de cabeza.

Me preguntaba para quién sería el ramo, ¿para su mujer, para una hija, para una amiga, para su amante, y por qué no, para su madre?, nunca averigüé el motivo por lo que siempre me ha quedado la duda. De todas formas, encuentro algo ridículo ir casi cuatro horas con un ramo en la mano y con un mogollón de gente alrededor.

En el barco, dependiendo de qué barco fuera, aunque casi siempre era el Villa de Agaete u otro pequeño por el estilo, se podía ir en cubierta, sentado en un banco, (siempre que hubiera sitio), en la tele, en los laterales, arriba cerca del bar más lujoso, en la sala de máquinas sentado en la moqueta. En definitiva, cada vez iba en un sitio distinto, a pesar de que las travesías, me parecían todas iguales.

Al principio de los viajes, recuerdo que no cagaba, pero ya estaba tan acostumbrado a esos miniviajes, que si los retretes no estaban llenos de vómitos, entonces defecaba y me deleitaba leyendo las leyendas de las puertas, tales como, “Aquí meé yo”, “Aquí hasta el más valiente se caga”, “Amor de madre”, “Sois todos unos gilipollas”, “Y tú un maricón, chúpamela”. En fin, si uno siguiera podría llenar varias hojas con esa “subcultura cagadil”. Lo cierto es que ellas, servían para relajar los esfínteres y deponer las heces serenamente, aunque con cuidado para que no salieran los gases, no por lo apestoso, sino por lo ruidoso.

Sé que estamos en la cultura del ocio, y que por tanto, ciertas actividades como ver la tele están a la orden del día, así las personas paradas, salvo el tiempo que están en el bar tomando cervezas, se podría decir que la están viendo a toda hora, otras, los trabajadores, lo hacen el tiempo que están sin trabajar y los jóvenes, después de dormir es la actividad que más realizan.

Los chabolistas que están frente a la casa de mi madre, aparte de ver la tele, están charlando fuera de las chabolas, mientras trabajan; arduo trabajo el suyo: venta y consumo de drogas, lo cual les reporta, sin gran esfuerzo, grandes y pingües beneficios. Lo digo por experiencia, pues no tienen más que ver la ropa con la que se abrigan o desnudan estos empresarios no lícitos.

Me van a perdonar si esto lo digo con recochineo, pero es que no creo que se salve nadie de la quema, aunque a fuerza de ser sincero, más que quema es buena vida, pues a pesar de las malas condiciones en las que viven, el dinero se mueve en grandes cantidades. Nunca les veo hacer comidas, y dudo que siempre coman bocadillos, no digo que esto no sea lo más socorrido, pero en algún sitio comerán caliente. Les cuento esto, pues a pesar de ser actual, ya se empezaba a gestar y lo veía, cuando venía de La Laguna.

Cuando llegamos, con el cuerpo ya relajado y descansado, después de una buena defecación, nos separamos Águeda y yo, ella bajaba primero y yo de los últimos, como siempre, para disimular con su madre, que no conseguía averiguar quién era. Nunca fui a su casa, y lo que sabía de ella era por referencias, como lo que les dije de que su cuarto estaba lleno de dibujos de cuando ella era pequeña. Tampoco vi nunca en esa época a su hermana Noemi, ni a su hermano.

Era bastante reservada con lo suyo; hoy diría que parecía una sanguijuela, que me sacaba toda la información posible y ella sin soltar prenda.

La verdad, esa chica muchas veces me cansaba; aunque era bobo, pues estudiaba con la idea de formar un futuro hermoso y con dinero, junto a ella. Luchaba por eso, y aunque era egoísta y egocéntrico, lo era por ella.

Esas Navidades, me sorprendió mi hermano Jose con una moto de las gandulas, una Honda 750, un pedazo moto increíble; él iba cambiando su fisonomía, estaba corpulento, y más aun lo parecía, cuando se ponía la chamarra de cuero, el casco integral y los guantes de cuero con remaches. Era un auténtico motero, y el verle tan hombrón y corpulento, me enorgullecía; yo sin embargo, como no hacía pesas, parecía cada vez más delgado y debilucho, aunque lo cierto es que era algo atlético y fibroso, recuerden la cantidad de ejercicio que hacía, de los estudiantes conocidos era el que más hacía.

Gracias al ejercicio, algunas veces me sentía y me sabía agradable el ojo, cosa que me enorgullecía, y pensaba: “Ah, lo que es tener un cuerpo atlético y apetecible”, esto me lo creía en el momento, pero acto seguido me deprimía por cualquier motivo.

e-libro.net

Fue en la asignatura de Farmacodinamia, no porque fuera a ella, sino por medio de los apuntes, donde aprendí, o empecé a entender, pues recuerden que no tenía diccionario, y cuando iba a Las Palmas, no recordaba nada de las clases, el significado de la palabra etimología, pues, el profe, siempre decía, "'tal palabra', que etimológicamente quiere decir, 'tal o cual cosa'", pues de ahí empecé a averiguarlo, a deducirlo, más bien, tal y como ocurría con la mayor parte de las palabras; es por ello a lo que quizás se deba mi poca precisión en lo que se refiere a términos farmacéuticos, pues aunque las estudiaba, de muchas no sabía su significado exacto, y a veces ni aproximado, motivo por el que dichas palabra, y las frases en las que entraban, me las debía de aprender de memoria.

Les he hablado de las chabolas (esta palabreja fue ayer, cuando descubrí que se podía escribir tanto con "b" como con "v"), pues son esta gente de las chabolas, quienes me sorprenden, y ya en esa época me sorprendía, así se decía, "no tendrán casa donde vivir, pero se les ve cada coche"; eran buenos coches los que venían aquí, no sé si venían para implantar el negocio de la droga, o ya en esa época existía aquí droga; lo que más se vendía al principio, era cocaína, a la cual se llamaba la droga de los ejecutivos; los estudiantes de normal, al menos yo, no la consumía, pues no se había oído hablar tanto de ella, y encima tenía precios prohibitivos para mi bolsillo. Si esta es la sociedad de la información, estos, los chabolistas, son una manada de incultos y analfabetos, bueno esto en cuanto a que no saben leer ni escribir, en cambio rodaje de lo que se dice "la calle", si ellos no tienen, no sé entonces quién lo tiene; con ese rodaje quiero decir que no les importa sacar una navaja y matar a cualquiera. Esto es tal, que una de las primeras muertes en Las Palmas, en una gasolinera y por motivos de dinero, el asesino, fue uno que vivía por mi casa; como ven estoy rodeado con "la 'crem' de la 'crem'".

Con estas relaciones, es raro que uno no sea más tolerante con el mundo de las drogas; no, no los defiendo, pero vamos, cada vez me asusta menos lo que veo, drogas y más drogas y a pesar de que esta mañana pasando en medio de ellos, veo a un adolescente pegando gritos a otro que decía:

-¿Quieres ver buen "jaco"?, pues ven para acá.

Mientras, pensaba: "que no pase la policía en este momento por atrás" y ahora pienso: "a este joven no le vendría nada mal un par de nalgadas en el culo". La incultura crea pobreza, la droga riqueza degenerada o degenerativa.

Por suerte o por desgracia, en mi familia, ningún antepasado ha matado nunca a gigantes o dragones, es por ello por lo que no somos nobles ni nada que se parezca, y por lo que veo, el apellido paterno empieza a decaer de una forma asombrosa, a pesar de ver a sus portadores muy tranquilos e indiferentes a ello. De todas formas esto más pasa ahora, hoy día 10/6/98, que cuando estudiaba, fechas en las que esta familia aún podía 'decir' cosas, al menos a nivel local y creo que incluso regional. Sin embargo, eran muchos los gandulillos, salvo mi padre y mi tío Joaquín, al menos eso me parecía, cuyo ritmo de trabajo disminuyó mucho después de la separación, al menos eso constaté la vez que lo vi, aunque claro está, no se puede juzgar, y más uno, con lo joven e inexperto que era, con un simple golpe de vista. Si por la parte de mi padre no somos hidalgos, mucho menos aun por parte de mi madre, cuyo único ejecutivo que yo conocía era mi padrino. Según me enteré años más tarde, el presidente de la Cruz Roja en España es un familiar de mi madre; también hay un par de dentistas, y mentira cómo no, el marido de Carmen, la prima de mi madre, la cual, cuando llamaba por teléfono a la pregunta de: "¿Quién es?" respondía:

-Caaarmen.

Ya con ese estiramiento de su nombre y el timbre de su voz, sabíamos de quien se trataba. Se llevaban muy bien estas dos primas. Carmen murió a los pocos años de cáncer; de todas formas, tuvo una depresión que le acompañó la mayor parte de su vida. Su marido, hizo fortuna vendiendo agua para regar las plantaciones, o al menos eso creo, pues de él siempre se decía: "está metido en el negocio del agua", y alguno aumentaba: "pero no es trigo limpio", queriendo decir con ello que era un estafador. Este señor aún vive pero ya retirado, y lo que tenga de cierto lo que decían las malas lenguas, no puedo decirlo.

Mis lectores me han de perdonar, tal y como algo por el estilo dice Pío Baroja en una de sus obras, que me han de perdonar por los anacronismos que cometo, confundiendo cosas del pasado que no pertenecen a él, de todas formas les dejo claro que intento ser lo más fiel a la realidad, aunque para ello sea todo lo subjetivo que puedo ser; yo que soy así. Es mi vida la que escribo, y aunque me importa tres pimientos saber que todos mis trapos sucios se van a ventilar, y espero que se aireen bastante, al menos mientras yo viva, pues lo que diga el futuro, si alguien en él considera oportuno hablar de mí, no puedo controlarlo, es algo que se escapa por completo de mis manos; sí, puede ser que para evitar males mayores debería dejar de escribir, !pero no!, seguiré y seguiré mientras Dios me lo permita.

e-libro.net

Acabo de decir, cómo no estaba seguro de los conceptos claramente, y ya también he nombrado en ocasiones a Pío Baroja, pues hoy, igualmente leyendo a este autor, leí, comprobando con el diccionario, (que ahora lo uso más, entre otras cosas, porque tengo), leí la palabra hez, y al buscarla vi como su único significado no era el de excremento, si quieres saber más, búscala como yo hice, y como me decía siempre mi tío Joaquín que hiciera. Palabras usadas hasta casi la saciedad que creo que significan una cosa, y muchos años después me entero que pueden significar más cosas. Estoy orgulloso de cómo me educó en ese sentido mi tío, bueno, al menos el hábito que cogí en su casa de mirar las palabras que no sabía en sus enciclopedias.

Voy a contar una cosa que si no se come no se cree: aquí en Las Palmas, pues a pesar de los pesares, creo que estoy en Las Palmas por Navidad, de aquí como digo, son típicos los chorizos de Teror, y aunque me creía que era comida de pobres, que quizás lo sea, a mí me encantaban, y allá los echaba de menos. Los de Teror eran y son tremendamente exquisitos, y por lo visto únicos, pues los de Tenerife, y lo siento por esa queridísima isla, a pesar de lo mal que allí lo pasé, son una auténtica porquería; no me explico cómo siendo ambos canarios, pueden ser tan dispares a la vez. Los de allá son más pequeños y tienen un colorante más fuerte, que lo hacen de entrada, menos agradables a la vista y no digamos nada al paladar. Es raro, pero no conocía a nadie que se llevara esos chorizos para allá, bueno, miento, había un joven, cuya familia era riquísima, propietaria de la fábrica de esos chorizos en Teror, algo de eso me había comentado Pepe Blanco. Este joven según tengo entendido era muy depresivo, y era amigo íntimo de un tal Pedro, también de Teror, el cual, Pedro, tenía una dentadura más que destrozada, era delgado, casi más que yo, no sé si por constitución o de hambre como yo, él, a diferencia de su amigo, era pobre. En lo que se parecían era que a los dos les iba fatal en la carrera, Biología, aunque se relacionaban mucho con los que iban aprobando, e incluso con los primeros de la clase, que según yo veía, allí todos estaban entre los primeros, pues casi nadie, o casi ninguno de los que conocía, a excepción de los dos batatas citados, iba mal en la carrera.

Vayamos ahora con una nota de régimen interno: se habrán dado cuenta como repito en diferentes aunque frecuentes ocasiones el: “no sé”, es tal que he pensado incluso en cambiar el titulo de la novela, o de esta autobiografía, que ni es ni lo uno ni lo otro, sino retazos, o apuntes de una vida; he pensado pues, en intitular este libraco algo así como: “Apuntes, algo que no sé...”, o ¡yo que coño sé cómo he de llamar a estos folios escritos durante ya dos años!, un tiempo no muy grande para ser sincero. Según me ha parecido deducir, escribo muy poco al día.

La cosa está grave, pues ya casi no sé de que hablar de mis idas a Las Palmas, que se hacían cada vez más monótonas, y algo tenía que hacer; pues no, llegar aquí era no hacer nada, y sinceramente de eso estaba harto, ver a mis amigos sí me gustaba, pero me jodía ver que ellos eran los líderes, mientras uno era el fracasado, o según me dijo una vez Miguelo: “Qué sencillo eres”; soy sencillo, sí, pero me jodo y asfixio en los dos sitios, pues en uno estoy hiperactivo, y en otro hiperpasota, hasta el punto que no sirvo para nada, y encima era al revés de como debiera, pues allí, por estar con Águeda, debía estar más relajado y dedicarme a ser más amante compañero, mientras que aquí que estaba poco con ella, y así y todo, me parecía excesivo, debía dedicarme a aprovechar el tiempo, que ciertamente lo desperdiciaba de forma escandalosa.

Hoy pienso la forma en que desperdiciaba mi tiempo, cosa que aún me da la sensación que hago muchas veces y me da sentimiento.

Una cosa que era muy característica y que nunca, les he comentado, era que Quillo y Pine en Las Palmas, se acostaban en la cama que había sido de mis padres; ellos se quejaban de que era incómoda, pero a mi me dejaban alucinado, pues pensaba que estaban ultrajando a mi madre. Esta idea no la fragüé enseguida, sino con el paso del tiempo fui pensando, en ¿cómo podían invadir de esa forma mi hermana Pine y su marido, la intimidad de mi madre? No recuerdo si mi madre se maquillaba en ese cuarto, o abajo. No sé. Lo cierto es que la casa estaba con nosotros superllena y se ocupaban todas las camas y demás. Mi hermano Jose, estaba algo envidioso de nosotros, así decía a veces: “Sí, los universitarios...” con algo de retintín.

Ahora que lo pienso me gustaría saber la etimología de esta última palabra y para ello nada mejor que ir al diccionario. La busqué y viene del latín; yo, ufanamente pensaba que era mucho más reciente, y no sabía si incluso muy correcta, pues se la había oído a mi madre, e intuía que no era muy correcta, bueno lo pensé con todas sus consecuencias; últimamente pensaba si tenía algo que ver con Tintín, el periodista del famoso comic, del cual, pensé, seguro que mucha gente lo encontraba pedante, y de ahí esa palabreja.

Mi hermana Maru, me regaló un flexo que ella había usado durante la carrera, este, era más pequeño de lo normal, pero era fantástico, era maravilloso estudiar con él, no se estaba cayendo a cada momento y tenía un

e-libro.net

buen foco de luz. Ahora no tengo ni idea de dónde ha ido a parar. No recuerdo a quién se lo di, o si alguien se lo llevó.

Ya ven, ayer escribí los cinco folios de cada día en tres cuartos de hora; hoy, llevo ya casi una hora sentado y aún no he concluido (me da la ligera impresión de que estoy abusando de este recurso).

Estaba convencido, de que viviría en un dúplex con Águeda en Santa Brígida, a pesar de ello, no me gustaba ir allí con ella, pues las veces que fui, nunca fue en plan romántico sino con Antonio Santana, el vendedor, y mozo de carga. Su coche, ahora a veces me humillaba, así me decía: "vaya, que amigos más baratos tengo". Error cien por cien, pues si recuerdan, no hace mucho había estado hablando con Quique, de quién sabía que su padre era rico, aunque todavía no era consciente de hasta cuanto, o sea, que tenía amigos de todos los estratos sociales.

Hasta no hace mucho, no comprendía el por qué se hablaba tanto del Quijote, pero si me fijo en la cantidad de libros que he pasado de leer en cuanto se ponen a hablar de caballeros, princesas y demás, no me queda más remedio que quitarme el sombrero ante Cervantes. Sé que mucha gente glorifica al Quijote; a mí me gusta la novela, y quizás, como dijo el actor Fernando Rey: "Me gusta más la segunda parte que la primera, a pesar de lo que se dice de que las segundas partes nunca fueron buenas", a mí particularmente también me gusta más, porque la encuentro más humana, a pesar de que haya gente "importante" que dice que esa parte es más "esotérica", y, voy a mirar esta palabrita, ustedes me perdonaran el inciso, voy a confirmar lo que ésta significa, pues quizás lo que yo entiendo por ella, sea erróneo. Esperen un segundito...

De entre algunos de sus significados, como los que se refieren a lo que no es revelado a los humanos, puede que tenga razón, aunque el libro está ahí, y si nos ponemos así, qué más esotérico que cuando ataca a los "gigantes" (los molinos), eso, ¿qué significa, qué significado tienen esos molinos?, yo no lo sé. Y las fuentes escasas que he leído sobre ello, no lo explican, encima, eso no me hace tanta gracia, como alguna otra parte, que aunque no recuerdo ahora cuál, si recuerdo haberme reído algo con el libro, aunque no precisamente de la desgracia del Quijote. Hace poco pensaba, que si los que se reían del Quijote, en en la vida real eran los que se reían de Cervantes, al él decir a sus contertulios que iba a ser inmortal, pues ya era consciente de la trascendencia que tendría su obra, cuando él en esos momentos desempeñaba un oficio que nadie quería. No sé.

Nunca he visto nenúfares en mi tierra, a pesar de conocerlos desde chico por libros; recuerdo que en uno de ellos había dibujado un niño, cosa que al no saber cómo son en realidad, no puedo saber si pueden soportar las hojas el peso de un recién nacido o no. Esto lo recuerdo vagamente, y así sé que el niño tenía el pelo corto y lacio, no peinado al modo europeo, sino al de los indígenas de Suramérica.

Dirán a cuenta de qué viene esto, pero me vino a las mientes, al leer a Pío Baroja, una obra que él encuadraba en la Edad Media, de ahí comprenderán la cantidad de cosas que han traído al cerebro y de la memoria a largo plazo, a la de corto plazo; cosas que tenía dormidas, me las refrescan estas lecturas, y no precisamente porque haya leído muchas lecturas de caballeros.

La he cagado, ya no tengo más "chuletas" para escribir hoy, así que volveré a mi relato cronológicamente.

Seguramente no salí ese fin de año, y si lo hice fue para dar una vuelta por la antiguamente llamada Plaza de la Victoria. Esta plaza era para mí casi un imposible, y me estaba vedada; aquí se reunía la crema de la capital, al menos era uno de los sitios clave donde tenían lugar sus reuniones, y no supuse nunca que pudiera algún día estar a gusto allí.

Todo me parecía extraño, aunque nos fuimos enseguida; a mí, cada vez más me aburrían las salida ese día, así recordaba que Conchi, me había dicho en cierta ocasión: "Yo, prefiero salir otro día, que me divierto más". Yo ahora aumentaría: "y encima es más seguro", ya no sólo por la violencia que generan las ciudades, sino por la cantidad de borrachos al volante que hay ese día, en el que hay demasiadas cosas permitidas.

Seguía yendo a los pocos días, a casa del Lu, quien, siempre me hablaba del Anticristo y su número: 666, que vendría para destruir al mundo, y que el mal reinaría en la tierra; quién sabe, quizás él me consideraba a mí el Anticristo; personalmente, cuando hablaba con él, me daba esa sensación, ya que frente a las cosas terrenas que yo le exponía, él me salía con cosas de Dios, y la Iglesia (evangelista). Yo, sin embargo, frente a mis amigos, me consideraba de los más humanos, pero no de los más creyentes; me daba miedo pensar en Dios y demás, a pesar de que a veces recurría a Él, sin embargo, siempre pensaba, "yo ahora, gozo de los placeres terrenales", y no lo decía, pero era lo que hacía: aliarme con el Diablo, y piensen que esto me asusta y horripila, nada más pensarlo, pero así de ateo he sido siempre, y sobre todo esa época.

e-libro.net

Igual que mucha gente falsa, se acuerda uno de Cristo en los momentos difíciles, y en mi caso, no me refiero al Hijo, sino al Padre, así decía, a veces: “Dios mío, ayúdame”. Me desahogaba con el Lu, quien estaba bastante metido en ello. No tengo ni puñetera idea de cómo consiguió ser profesor, pues, según me fui dando cuenta con el tiempo, es bastante analfabeto, que aunque esto no es un crimen, sí lo es cuando se quiere alardear de cultura, con lo cual no quiero decir que él lo hiciera, pero haberlos hailos. Siempre he hablado mucho con él, y lo consideraba un buen amigo a pesar de tener mis dudas sobre el rigor de sus creencias y el cómo las llevaba a la práctica. Me consideraba, pues ateo, y que quería disfrutar de los placeres de la vida, a pesar de que mi moral tenía limites. De todas formas, siempre pensé, “yo disfruto ahora, que cuando me vaya a morir, en ese mismo momento me convierto”; ya ven que forma ¿más practica? tenía de pensar. Observen el camino que llevaba, pensaba que ante todo en la vida hay dos cosas: sexo y dinero, el amor también existía, pero mala forma de amar la mía, me humillaba lo que creía que era amor. El amor hacia mi madre ni me lo planteaba, pues no sabía de qué hablar con ella, como no fuera de dinero, el cual le seguía pidiendo.

No consideraba a mi madre como el alma de Dios que era, sino como mi conciencia, que me decía “Antonio, no hagas ‘tal o cual cosa’, que sabes que está mal”; yo lo hacía o no lo hacía, según me pareciera, no según dijera ella.

Seguía, siempre que estaba de vacaciones, yendo a visitar a mis tías a su farmacia; todavía no tenía muy claro la competencia desleal y la lentitud que hay para poner farmacia: instalar una nueva oficina de farmacia, como las llamaba la profesora de Legislación en quinto, a ella sería de las primeras a la que oí ese nombre. A partir de ese año, lo oiría en adelante con muchisíma frecuencia. La profesora me caía fatal, miserablemente vestida, gorda e inútil, pero había que aprender la asignatura; era un María, pero aun así había que estudiar; el lenguaje que usaba, lo desconocía por completo, los pasos para que un escrito fuera ley, eran muchos, así están: orden ministerial, ley orgánica, decreto, etc; no sé lo que significan esas cosas, y tampoco lo supe en su día, lo mejor del caso es que creo que ni siquiera la profesora supiese lo que significaban. Historia y Legislación se llamaba la asignatura, y ella poco o nada dio de esas dos cosas, cosas de las que siempre me he quedado con la certidumbre de estar cojo.

A los que fuimos a la cena del Club, Nestlé, nos regaló un libro: Historia de la farmacia; ya lo tenía de mi padre, y encima en otro formato mejor, pero nunca lo llegué a leer del todo, tan sólo lo hojeaba de vez en cuando.

Pine y Quillo trabajaban como profesores, aunque Pine lo volvía a hacer en Fuerteventura, donde se quedaba con otras compañeras en un piso. Piensen que mantenía dos casas. No sabía cuánto ganaba cada uno, pero seguro que debía ser bastante, pues vivir, a pesar de mantener dos casas, vivían muy bien. No es que vivieran en mansiones, pero los pisos donde vivían estaban a tope.

Pero vayamos a nuestro “nido de víboras” pues aquello ya no se podía llamar nido de amor.

Estaba en lo que parecía ser mi último año, y sin embargo no estaba satisfecho conmigo, quizás por el inexplicable ambiente que sentía en la casa; debía dejar todas las preocupaciones a un lado, y dedicarme a estudiar las asignaturas. Cuando Águeda vino, compré vino rosado, en botella traslúcida, era más barato que el champán aunque era un vino achampanado. Ya ese año empecé a recibir veinte mil pesetas, todo un sueldazo, no me lo habían aun empezado a pagar, sino que empezó al mes siguiente, en Febrero. Cuando Águeda vino, hicimos el amor, aunque la encontraba triste y distante, podría asegurar que se debía a la monotonía de lo que yo hacía, el comprarle siempre lo mismo, la falta de imaginación que para con ella tenía.

La primera semana la pasé intentando centrarme en los exámenes que se me avecinaban, aunque estaba algo distraído.

El primer fin de semana, quedamos en salir Águeda y yo, aunque no recuerdo por qué, estuve antes que ella en el Fragata, tomándome las copas; ella llegó y se puso conmigo, ahora que caigo, intentando que yo siguiera bebiendo; cuando ya no me cabía más alcohol en el cuerpo, le dije que me iba, porque estaba fatal, le comente algo así como que si quería que ella se quedase. Ella se quedó. Me fui al piso, y al llegar me di cuenta de lo mal que estaba, hasta el punto de que me llevé un balde a la cama; lo que no consigo recordar es si eché o no la mascada.

Al día siguiente no estaba muy católico, Águeda me dijo quizás lo más importante que dijo en su vida; fue algo así como:

-Ya no te quiero, me gusta otro.

“¿Cómo?”, pensé.

-¿Estás segura? - le repliqué.

-Sí.

e-libro.net

-¿No te lo vas a pensar más?

-No.

Se me calló el mundo encima, aunque aún no lo había asimilado del todo.

También me dijo, que ya que era definitivo, que pasara la cama (el colchón) y todas mis cosas al cuarto de al lado.

Empecé con que nada de lo que comía me entraba, ni siquiera mi plato favorito, papas fritas con huevos fritos.

Recuerdo como un día, delante de la tele, me comía una papa, el plato lo tenía sobre una banqueta, y no me la podía tragar, empecé a preocuparme pues no comía nada y había, en cosa de una semana, adelgazado cinco quilos, de tal forma que un día me puse un pantalón que no me gustaba nada, más que nada por cambiar de estilo, y el cinto me daba muchísimas vueltas; el pantalón parecía que no era mío, a pesar de que antes me quedaba bien.

No me hacía a la idea, y las noches me las pasaba en vela, pensando en "qué era lo que había hecho mal", y que el mundo se acababa, con esto me pasaba la noche, hasta que a las cinco de la madrugada o por ahí, apagaba la luz y quedaba totalmente dormido. Algunas veces oía entrar gente, eran él y ella. ¡Él, él, él! ¿Saben quién era él?, pues el buenazo de Pedro; sí, el amigo del de los chorizos de Teror, con la diferencia de que este (al igual que yo), no tenía dónde caerse muerto. Pero sí sabía joder. O bueno no sé si joder sabía, aunque me imagino que si, pues me cambió por él; y fastidiar también sé que sabía bastante.

Yo estaba en otro mundo, llorando y hundiéndome cada vez más.

Ellos se acostaban y hacían el acto sexual, en lo que antes había sido mi cuarto; yo, como un cabrón, les oía desde el cuarto de al lado, al que Águeda me había relegado.

El Pibito, Lolo, un amigo chicharrero de Quillo, me dijo que me leyera "El arte de amar" de E. Fromm; lo compré e intenté leerlo, pero yo no estaba para cuentos, ni filosofías.

Otro u otra me aconsejaron : "La alegría de vivir" de Phil Bosmans, éste me gusto mucho más y fue el que hizo que empezara a salir del bache, o al menos intentar que no me hundiera más, a pesar de que me decía que era imposible hacer caso de los consejos que el libro daba; prácticamente no creía en Dios, para mi desgracia.

Un día le pregunté a Candelaria y Ramonsi si ellos se habían dado cuenta de que algo andaba mal, a lo que "Cande" como así la llamaba su "ingenua" primita, dijo:

-Yo, ya sabía que lo de ustedes no iba a durar.

Enseguida pensé: "vaya, aquí todo el mundo sabe las cosas menos yo". Supongo que fue porque creyeron que de seguir allí me iba a dar un sincope o algo por el estilo, es por lo que me dijo Ramonsi un día:

-Si quieres te puedes ir y no pagas el piso.

Me dije indignado: "Sí; encima de que me voy, querían que les siguiera pagando el piso. !Vamos hombre!"

Le dije a Quillo si a él no le importaba que me fuera a su casa a vivir, él me respondió que no, que fuera allí, puede que por cortesía o porque no le quedaba más remedio, por lástima, por ... no sé, no sé que le movió a ello, pero fue mi salvación.

Ya, lógicamente, no estudié nada en absoluto durante casi una semana, o quizás más.

Intenté estudiar Farmacodinamia para al menos intentar aprobar algo, pero no me concentraba. Quillo por su parte, no se sinceraba conmigo, lo único que sabía, era que él se veía a escondidas con una chica (según parece, de buena familia), él se consideraba un nuevo rico, aunque para mí era algo más que ciertos estudiantes adinerados, aunque claro, tenía sus gastos innecesarios, como más adelante me percaté.

Fui un par de veces a casa de Tomi, quien una de las veces me dijo:

- ...porque leí en una revista, que cuando pasa algo de esto, lo mejor incluso es cambiar de amigos.

Cogí enseguida la indirecta y me dije "Bien, ya sé que estoy completamente solo, y que te molesta mi presencia".

Otro día estaba con Bartolomé intentando estudiar, en un cuarto alejado del de Tomi y le sondeé algo, me agradó mucho su respuesta, cosa que se lo agradecí, aunque no me abrí del todo pues estaba dolido con "los humanos" de ver tanta porquería a mi alrededor.

Lo de Tomi me pareció una cerdada, se quería desembarazar de mí, ahora que había exámenes; seguro que él se presentaba a alguno en Febrero.

Teníamos Tomi y yo mucha amistad, anteriormente a ese día, pero nunca me decía cuantas le quedaban y cuantas no. Tampoco se abrió mucho sentimentalmente, y tampoco me contaba mucho de Herse; tan sólo me

e-libro.net

dijo un par de cosas de un par de chicas, una, la que ella misma fue a su cama, y otra con la que él quisiera haberse ido a la cama.

Nadie me tendió una mano, en lo que a sentimientos se refiere; me lo tuve que tragar todo yo solito, pues a la "gente guapa", le molesta hablar de sentimientos; con el tiempo me he ido cerrando cada vez más con ciertas personas, y aunque no hablo de trivialidades poco falta.

Ya saben que me había ido a casa de mi hermana y Quillo; allí, no pagaba alquiler, y la casa era digna de gente de dinero, a pesar de lo chica que era, por lo bien montada que estaba.

Todos los cuartos, la cocina, el baño, el comedor y la terraza (ya estaban por fin en el ático), eran como a estrenar, al menos los utensilios que allí habían, se los habían regalado para su boda.

El café se servía en tazas y platos a juego, de una vajilla nueva y preciosa; tenían un equipo de música, televisor, juegos de bandejas, el café cortado se hacía con leche condensada, todo lujos a los que uno no estaba acostumbrado; por otro lado mi madre empezó, ahora sí, a mandarme veinte mil pesetas, que yo las quería para gastármelas en alcohol. Quillo me hacía que pagara la comida; ya sé que él necesitaba llevar un ritmo de ricachón, por eso temía que se le gastara su dinero invitándome a comer en el comedor universitario (por doscientas o trescientas pesetas al día) o a casa de una señora que hacía comida para gente de la calle.

Me corté el pelo y cambié de imagen dentro de lo que el dinero que tenía me lo permitió, así me compré unos vaqueros negros de pinzas y una camiseta blanca. Supongo que tendría otra camisa, aunque de las fotos que recuerdo por esa época no me veo más que siempre igual, lógicamente cada vez más pobremente vestido.

Iba con el pelito corto y con mi nueva imagen (más moderno) los domingos a casa de Águeda (la que había sido mi casa) y allí íbamos a la cocina e intentaba atraer a Águeda de nuevo con mis encantos, pero todo era imposible, estaba ella totalmente decidida, y el no, frente a mi idea de arreglo, le salía de lo más profundo, tanto que era con todo su ser como me rechazaba, era carismático su ¡No, no, no, no, no, no...!

Le dije que qué pensaba por yo ir a hablar con ella, y me dijo que le vanagloriaba, no con estas palabras pero sí similares, esto me jodió tanto, que me dije con indignación y odio: "¡está bien Antonio, deja ya a esta tía, ya te has humillado bastante!"; nunca me ofreció nada, ni siquiera un café. Era ella la que se lo merecía todo, y yo el cabrón que debía sufrir.

No hacía otra cosa que llorar por las noches, aquellas que no salía a emborracharme, con Antonio Granados unas, y otras con Quillo, a quien sí parecía gustarle mi compañía en las juergas, a pesar de que para otras cosas no me buscaba, a no ser para jugar una partida de ajedrez, al que él siempre me ganaba. Pine estaba en otra isla, e iba a Tenerife muy poco. Quillo me dijo una vez:

-Si sigue esta situación, de que tu hermana no esté conmigo, lo dejamos.

Yo pensaba, "realmente este tío se raja pronto, y más ahora que tiene algo de dinero o al menos eso piensa él, cuando nunca lo ha tenido".

Parecía que la mala suerte perseguía a mi familia.

Como les dije iba de juerga con Granados, quien era alto y atractivo; íbamos los dos de oscuro y muy a la moda, los primeros días, próximos a la compra de la ropa, íbamos imponentes; me parecía que todas las chicas me miraban, eso subía algo mi ego, pero no tanto como para poder olvidar. Pronto me di cuenta que a Antonio no le gustaba pagar, así generalmente debía yo desembolsar el importe de las copas, aunque para ser sinceros, primero íbamos a bares de obreros, en los que con nuestras vestimentas de "duros", desentonábamos un poco. Me hizo Antonio coger el gusto por ropa más moderna, como de más agresivo, a pesar de ser cada vez más mierda y más alcohólico.

Dejé de estudiar pues me era imposible concentrarme, pero como algo tenía que hacer, me preocupé en organizar las cosas para el viaje de fin de carrera (viaje que ya empezaba a dudar si sería realmente el de mi fin de carrera como tenía hasta hacía poco previsto).

No fui de los que fueron al ayuntamiento, para pedir los permisos para el chiringuito de Carnavales, ni de los que consiguieron el quiosco, pero sí ayudé en la construcción de éste por dentro, y conseguí el aparato de música, pues por lo que parece, cogí fama ese año de ser un buen "oidor" de "buena música".

No recuerdo si me presenté a algún examen de Febrero, pues buena tenía la cabeza para estudiar. Nadie se condolió de mí, ni siquiera mis amigos. Necesitaba una "mano amiga", pero no la encontré en ningún sitio; bueno, tras semanas de verme cayendo en un abismo, un día llegué sobre las dos a la casa y allí vi a Quillo y a un farmacéutico, licenciado, que según decía él, pasaba de todos los farmacéuticos, era profesor de F.P. (muy bueno según decía Quillo). No me acuerdo cómo se llamaba; llegué, los saludé y me tomé un vaso de leche con Cola-Cao,

e-libro.net

con la intención de ir a mi cuarto a pensar toda la noche yo solo. Estaba algo bebido, menos de lo habitual, y cuando ya casi pensaba irme a acostar vi que se estaban tomando una copa, entonces me puse a beber con ellos. Quillo se fue enseguida a acostar, no sé si se sintió importunado conmigo o qué, lo cierto es que me dejó con su amigo.

Estuve contándole todo lo que me había ocurrido, y me aguantó estoicamente hasta eso de las seis de la mañana en que dijo que se tenía que ir pues tenía que dar clases ese día. Me quedé asombrado, y aunque había ingerido muchísimo alcohol, me dije: "¿Qué he hecho, le he contado mi vida a un desconocido?" ya no estaba tan amargado por mi mala fortuna, pero me encontraba raro por haberme desahogado con un perfecto desconocido.

Quillo me dijo al día siguiente que de él, su amigo, se decía que seguramente era marica.

Otras veces lo vi en la calle, por las noches y me dijo que él había estudiado toda la carrera a base de pastillas, que estaba siempre de juerga y cuando estudiaba lo hacía con anfetaminas. Siempre que lo veía le daba las gracias por haberme escuchado cuando tanto lo necesité, a lo que él hacía ademanes con sus manos dándome a entender que olvidara eso. Por mi parte, nunca más le volví a abrir tan sinceramente mi mente, mis sentimientos, mi corazón.

Se habrán dado cuenta como mis sospechas de que algo ocurría no eran infundadas, tenían un buen fundamento. No sé si era el sexto sentido o !qué coño era!, pero algo me decía que pasaba algo, y ese algo resultó ser una cosa bastante gorda. Intentaba por todos los medios olvidarme de Águeda, pero en ningún sitio vi comprensión ni nada que se pareciera.

Otra cosa, que aunque no parezca importante, lo era, es que ya no podía echar polvos con regularidad, a pesar de que esa regularidad fuera bastante irregular. Pero se sabía que siempre estaría ahí, aunque en los últimos meses, prácticamente no nos acostábamos juntos casi.

No tengo ni idea de los sacrificios que hacía mi madre para mandarme las veinte mil pesetas que estaba mandándome; madre sólo hay una, me mandaba ese dinero a sabiendas de que seguramente me lo gastaba en beber. Ella me decía: "Refúgiate en las clases", y yo pensaba para mí, "Si eso fuera tan fácil, con mucho gusto lo haría".

No he podido nunca saber la opinión de Águeda (hoy gracias a Dios, casi ni me importa), pero supongo que ella pensaba que obraba correctamente y que con ello no hacía mal alguno. Que me lo pregunten a mí.

Estaba hecho lo más bajo, sólo pensaba en beber y en follar, lo último no lo hacía, y lo primero, desgraciadamente en exceso, iba en torno de tres veces en semana de "juerga", el resto del tiempo no hacía nada, mas que pensar y pensar.

Para colmo Quillo me decía que estaba medio liado con una chica, "y a mi hermana que la parta un rayo", pensaba yo.

A veces iba Lolo, el Pibito, con el que algo hablaba, aunque sin abrirme demasiado. El motivo por el que me costaba tanto abrirme lo desconozco, quizás por falta de costumbre, quizás porque el alcohol me estaba quitando el poco de inteligencia y cordura que pudiera tener, y no me supiera explicar y relacionarme con mis semejantes. Por si fuera poco, me costaba un güevo concentrarme para ver el telediario, se me iba el baifo y riéndome decía:

-!Ja, ja!..., si ya incluso me cuesta concentrarme para ver la tele.

Todo me daba igual. Aunque empecé a sospechar que la mayoría de los mortales le pasaba lo que a mí, que les costaba ver la tele, a excepción de mi cuñado (Quillo), quién para verla era una fiera, y se concentraba totalmente, al menos eso me parecía al verle como abría los ojos y se aislaba, abstrayéndose del resto de los mortales.

Esas sospechas no eran infundadas, pero tampoco tenía la certeza absoluta; Quillo era un "telecoco", quien nada más levantarse ponía la tele y la radio a todo volumen (alternando uno y otro); ya por esa época él hacía zaping.

Bajaba por las mañanas a Santa Cruz a hacer cosas en el chiringuito, por la tarde teníamos que ir a buscar un aparato de música; íbamos en el coche de Granados, que era de una marca rusa (su padre era representante de ellas). Yo no prestaba mucha atención a los coches, pues no me interesaban, pero creo que nunca antes había visto esa marca en las islas. Creo que era un Skoda, aunque no me hagan mucho caso. La carrocería tenía aspecto de dura, y era de auténtico hierro; daba la impresión de ser un coche duro y lo era. Antonio siempre lo llevaba más rápido de lo que podía y debía.

e-libro.net

El equipo tras buscar en un par de sitios, lo alquilamos en Taco, justo donde se encontraba la droga más barata que en la isla amiga. El aparato era grande, como pocos había visto, típico de verbenas, el alquiler era caro si pensamos que seguramente era robado, aunque en realidad si no fuera por esto, era barato. Estaba en casa de un gitano el cual me sorprendió, pues me dio una tarjeta de visita.

Pensé: "Señor, si casi no tiene ni para comer y se hace tarjetas de visita y casi seguro es que se dedican a 'choriceos' varios", puedo decir que aunque de forma desordenada y desorganizada, pero en ocasiones sé que les entrará dinero a raudales, otras estarán más trincados, sobre todo si hacían redadas la policía, pero esto era las menos de las veces, al menos de las veces que fui a comprar droga (chocolate), nunca los vi, y ese año fui unas cuantas veces.

Ese febrero, a pesar de ser la única asignatura que intenté estudiar, la de Farmacodinamia, no me presenté a nada, pues cada vez estaba más hundido en la mierda, y con menos ganas de estudiar, y retomar la carrera.

Bebía como he dicho unas tres veces en semana: los lunes, los miércoles o jueves, y los viernes o sábados. No tenía días fijos, pero al menos tenía, o solía tener, compañero de juergas: Antonio Granados, quien si no me equivoco, aun no se había repuesto del bache del todo.

Según decía él, "su novia era una preciosidad", y según decía Tomi, "era tontita". No me solía hablar de lo de su novia, a pesar de que afirmaría que seguía enamorado, o al menos dolido, pues a él también lo había dejado ella. Lo de él ya les dije que había ocurrido el año anterior, "Mi madre, y aún seguía dolido".

Me sentía totalmente perdido, sólo quería beber y beber, pero lo único que yo no quería era beber, o sea, cuando no estaba bebiendo quería beber, pero cuando bebía pensaba mal de mí y de lo que estaba haciendo.

Leí cierto día en una revista "Muy" de las de Quillo, como Miguel Unamuno había dicho en cierta ocasión: "La evolución consiste en el cambio", y cuando mis amigos, algunos que sin yo saberlo, realmente me querían, me decían:

-¿Qué estás haciendo?

Pues le largaba la respuesta del genio salmantino (creo que era de ahí).

-Sí, pero esa vida es una mierda.

A la de los pubs y las copas se referían, y tenían razón. Aunque lo digo en plural, realmente, sólo un amigo se preocupó seriamente por mí: Luis Couto Casas, o al menos eso creo; puede ser que el resto de mis amigos vieran a un luchador tocado y cómo iba dando tumbos buscando "las tablas", por hablar en términos taurinos, a tomar algo de aire, a ver si me recuperaba, que por lo que se veía, parecía que no.

Una cosa buena tenía, que ya no me complicaba la vida con la duda de si la quería o no, a Águeda me refiero; ahora lo tenía claro, la había querido y aún la quería, pero ya no podía hacer nada al respecto.

Recuerdo, esta mañana realmente, cuando Águeda me hablaba mucho de su tío, quien según ella, la pretendía, y cómo se estaba haciendo una mansión junto al mar; fui algo bobo, pues nunca se me ocurrió decirle que me llevara cerca de ella, cuando estábamos en Las Palmas; seguro que no había mucho de cierto en ello, casi aseguraría que más bien era para tenerme con celos y envidias.

Empecé a hablar de Farmacodinamia, que realmente para el farmacéutico de oficina de farmacia, creo que es la asignatura más interesante, y dentro de ella, lo mejor, lo más difícil, y que por tanto donde hay que actuar con más cuidado, sería lo relacionado al Sistema Nervioso, ya sea el central o el periférico. Lo poco que estudiaba, era para complicarme más la vida, y cuando llegaba a esa parte del temario, me abrumaba sobremanera; con el tiempo sería a la que más atención le he prestado, aunque aun queda mucho para decir que la domino, a pesar de que sé o creo saber más cosas que en esa época. Bueno que en ese año seguro, pues lo que estudiaba eran algunas horas al día.

Como deducirán, al ir tanto de bares, había dejado de lado el deporte, eran incompatibles, motivo por el cual, a pesar de que también era porque donde iba a comer me atiborraba a papas, empecé a engordar, sospecho que los cinco quilos perdidos y algunos más, no puedo asegurarlo pues dejé de pesarme asiduamente, los aumenté; miento, sí me pesaba en la báscula del baño, y de sesenta y cinco, llegué a pesar setenta y dos, peso en el que me mantuve durante un tiempo. Haría algunos sacrificios por mantenerme en él; a partir de ese año, no es que fuera un problema el peso, sino que sería un problemón.

Vayamos a los carnavales, y más concretamente al primer día. Bajé por la mañana a Santa Cruz, a terminar de organizar el chiringuito, me daban las niñas del viaje, continuas órdenes, quizás porque supieran que no estaba muy católico. Fuimos a buscar pales al muelle, para evitar estar en contacto con el suelo; al mediodía, tras despedir entre ellos a May, quien ya no me hacía ningún caso, me fui en guagua a La Laguna.

e-libro.net

De instalar el equipo de música, se encargaba Manolón y su grupo.

Yo estaba formando parte de un grupo privilegiado: Octavio, Antonio, Tomi y el menda de capitán.

Tenía Delgamer®, al que Antonio llamaba “los taxis”; repartí las anfetas entre todos y nos las tomamos; yo al menos me tomé las mías, los demás no tengo ni idea de lo que hicieron con ellas.

Llegamos al chiringuito unos cuantos minutos tarde, pero nos tocaba estar toda la noche allí metidos; por qué tanto tiempo, pues así nos quitábamos de encima todos los turnos de carnavales.

El que llevaba la cinta con cinta grabada era Antonio G., motivo por el que estuvimos escuchando (o martirizándonos los oídos) con rock durísimo.

Una vez allí, no hacía más que beber y beber, en eso vino D. Luis Bravo, y pidió un güisqui, creo que todos me dejaron para que yo se lo sirviera; se lo serví y se lo cobré. También estaba D. Victoriano, quien al ver mi estado de decrepitud cuando vio que lo miré, me dio la espalda y se fue.

Era todo un catedrático, pero creo que a pesar de ello, o por ello, eso ahora no lo sé, buena persona (amante de la ley y el orden, tendría que decir como tópico, pero no, realmente lo era).

Nuestro ritmo de trabajo era frenético y a mí a veces me daban ganas de darles patadas a ellos, quería pegarme con alguien.

El hielo para el güisqui lo obteníamos, de manera muy poco higiénica, al machacar unos gigantescos bloques de este con lo que encontráramos a mano.

Bebía sin parar, y continuamente me estaba sirviendo copas, pues no sabía donde ponía los vasos.

Tomi, al tiempo de estar allí (iba muy endomingado, con gomina y una chamarra), me dijo que se iba con la piba que le gustaba; le dije que no viniera tarde, él me dijo que no me preocupara, pero realmente no me hizo mucho caso, “¡a mí, al capitán del grupo!” (borracho de los cojones, era realmente lo que yo era).

No sabía decir si fueron mas profesores o no, lo cierto es que nos pasamos allí la noche trabajando como cabrones, en un estrechísimo chiringuito.

Salí una media hora a dar un paseo, casi ya al final de la noche. Me aburría enormemente, y encima, no hacía más que oír la odiosa cancioncilla famosa en esos carnavales:

“¿Qué hiciste?, abusadora
¿Qué hiciste , abusadora
abusadora, abusadora.
¡Cuándo me dejaste
tú no me querías!
Bis.
¿Qué hiciste ?, abusadora...”

Este era más o menos el estribillo. Para colmo se entendía clarito, clarito, siendo que a veces hay canciones que la letra casi no se entiende, pues ya se harán idea de lo que debía de odiar la jodida canción de los cojones, los carnavales (que si nunca me gustaron, ese año mucho menos), Águeda, etc, etc.

Por lo que han visto, podrán deducir que ya no me importaba lo más mínimo suspender, motivo, por el que si nunca había guardado las apariencias, ahora las guardaba mucho menos; también es verdad, que la mayoría de las veces tampoco tenía tino como para “controlar”.

El pobre Octavio me imagino que tenía que estar superquemado, que yo, el borrachín, aunque a mí lo que me decía era que me gustaba la juerga (cosa por otro lado muy falsa), le diera órdenes en aquel reducido espacio. No puedo recordar el tipo de órdenes que daba, pero sé que ellos, Octavio y Antonio, trabajaron a conciencia. Lo que no recuerdo es si yo también trabajaba, o me tomaba una copa en los vasos de plástico blanco, y luego despachaba otra. Sinceramente por más memoria que hago, no consigo recordar.

Cosa curiosa, pero a quien no vi en carnavales, en el mogollón en la zona de estudiantes, que era donde estaba nuestro minibar, fue a Quillo, quien está claro que bajaría y probablemente con su amante, quizás por eso, no se dejó ver por mí.

Yo iba muy mal vestido, pues consideraba que iba a trabajar. Llevaba unos vaqueros que me quedaban estrechísimos y que estaban agujereados por un lado, cerca de uno de los bolsillos, un poco más abajo, a un lado de la entrepierna; llevaba un parche de otro color, con lo que destacaba notablemente; los pantalones no eran viejos, pero me daba vergüenza ponérmelos por el remiendo; no es que no fueran viejos, sino que eran prácticamente nuevos. Los agujeros me los había hecho en prácticas al caérseme un ácido encima. Tenía la bata subida, metida, por descuido en uno de los bolsillos, seguramente que después de haberme fumado un cigarro, al meter

e-libro.net

el paquete de cigarros y el mechero en los bolsillos, arrastré hacía el interior de ellos la bata amarillenta y se quedaron los faldones ahí trabados sin darme cuenta, hasta que se me cayó clorhídrico o sulfúrico encima. Debió ser un ácido fuerte pues la corrosión fue instantánea. No recuerdo de qué eran las prácticas, pues creo que eran de cuarto. Imagínense el empute que me cogí, con los pocos pantalones que tenía en esa época.

Los carnavales por ese día acabaron, y nosotros fuimos de los últimos en cerrar el quiosco. Cogieron el dinero y se lo dieron a unos de Santa Cruz que fueron allí exclusivamente para eso, para llevarlo al banco. Guardamos el aparato dentro, siguiendo también instrucciones a pesar de pensar que nos lo podían robar.

Luego, aunque esto ya está muy vago en mi memoria, seguro que por el alcohol ingerido, aunque no recuerdo verme borracho, sino muerto de sueño y con ganas de irme a La Laguna a dormir, creo que estuvimos esperando a alguien que fuera a recoger la llave del chiringuito, aunque no lo podría asegurar. De eso, ya no se habían fiado de mí, sino que se la habían encargado a Octavio, de mí se fiaban bien poco.

Esos carnavales, no puedo aseverar a ciencia cierta que más hice, pues sé que salí a alguna verbena en La Laguna, y recuerdo de una en que me martirizaba la cabeza etílica (pues ya ni ideas había en ella), con la famosilla canción antes citada.

No fui a Las Palmas ese carnaval, pues sabía que allí iba a ser peor, y encima gastaría muchísimo dinero.

Mucho del tiempo de esas vacaciones (que no me di cuenta que fueran tales por primera vez, creo que en toda mi vida) las pasaba en el piso.

Me parece que fui un día a un piso que me había dicho Águeda para devolverme un libro, de Cervantes, El Quijote, en una versión antigua que intuyo que hoy costará bastante.

-¡Ay que pena me da dártelo, pero en fin...!

Me dijo la muy puta. Estaba bien, pero ya no tan bien como yo pensaba, o la recordaba.

Cuando llegué, ella estaba en la azotea, Pedro la fue a llamar.Cuando bajó al piso, (no sé si de los dos solos, supongo que sí, y pagado seguramente por Águeda), el cual estaba imponente, después de darme el libro, me dijo si explicaba a Pedro (!su amante cabronazo!), unas cosas de la cámara. Las diapo eran del juego al palo, de muy mala calidad.

Le dije el truco de la distancia focal, y luego, con prisas les dije:

-Bueno, pues adiós, me voy.

Sólo me faltó decirles : “Pues nada familia, hasta la próxima”. Tal era mi cabreo que me pareció que era justo eso lo que querían que les dijera. “¡Serán mierdas, esta pareja!”, pienso ahora, al igual que en aquel entonces.

A la gente que me preguntaba por el nuevo novio de Águeda les decía:

-Sí, parece buena persona.

Aunque a mí me parecía un blandengue, feúcho, delgado, desabrido y encima con la dentadura estropeadísima.

Era raro el gusto de ese mamón, pues solía vestir con un abrigo grisáceo, que para ser una persona, que parecía que no le gustaba destacar, destacaba de entre todos por el colorido del abrigo. Lo normal en cuestión de abrigos y demás, era el azul o el negro. Ahora que lo pienso, quizás lo que ocurriera es que fuera de los más baratos, de ahí que desentonara tanto de la media.

Creo que no salí muy mal parado de mi última entrevista con Águeda. !Cabrona!

Pero olvidemos cosas patéticas y pasemos a otras, si no tan dañinas, sí frustrantes: fuimos a una depuradora, bastante gente, donde uno vestido con pantalón de pinzas, camisa a cuadros y rebeca roja, bastante sobado todo ello, estuvo explicando a la clase el procedimiento y las funciones que realizaban las grandes y variadas máquinas que allí habían; la visita parecía mas bien, que era de compromiso pues daba la impresión de que aquel hombre nos quería quitar de en medio rápidamente. Hablaba y hablaba sin que se le entendiera nada, cosa que probablemente él supiera, por lo que no es de extrañar que nos metiera varios goles.No sé qué profesor nos llevó a esa visita, o simplemente si fuimos sin él.

Al final de la charla, hubo un aperitivo con cervezas, chocolates, papas y demás (no muchos más) entremeses.

El muy cabrón puso la cerveza para tentarnos, seguro. Por primera vez en mi vida y seguramente no sería tan importante, no metí la pata como para coger la cerveza, que aunque había una voz interior muy fuerte que me decía: “Coge una, coge una, no seas bobo, con lo buenísimas que tienen que estar. Fresquitas, exquisitas, hummm”. Otra voz me decía: “No hagas caso de lo que dice, tómate un refresco, que sabes que el fulano ese te está

e-libro.net

mirando precisamente para ver si te tomas la cerveza". Tal y como lo pienso ahora, era todo un paripé, pues todo o casi todo el mundo bebe con más o menos frecuencia y muchas veces cervezas con el calor. "Pero nosotros, aventajados alumnos de farmacia y líderes del futuro, no bebíamos".

Puedo apostar lo que fuera, que en el fondo el fulano estaba hasta rezando para que no nos las bebiéramos y así poder llevárselas a su casa.

Estaba ese día Juan Carlos, amigo que vivía en el Puerto de la Cruz, o por los alrededores; vistiendo parecía un mago total, no tenía mucho estilo, bueno o al menos estilo de ciudad, eso sí, tenía un cochazo impensable en un estudiante medio, aunque otros lo tenían incluso mejor. Tenía dinero, pero era una riqueza no muy grande, al menos eso me da, de terrenillos en el campo.

También estaban Toño y Antonio Granados. Después de tomarnos los aperitivos, nos fuimos a hacernos la foto de rigor de la cual no me dieron copia y nos marchamos de allí creo que en el coche de Juan Carlos; no era él un hombre muy inteligente, pero tenía algo de dinero, por lo que se rodeaba de buenas amistades. No sé, quizás él estuviera con ellos porque buscaba ese tipo de gente, o quizás porque estos buscaba algún "primo" con dinero. Me caía bien, a pesar de lo que aquí he dicho, en el fondo era un golfillo a la "zorrúa". Le gustaba estar en todos los guateques y siempre quería quedar como un señor, cosa que no sabía.

Pues bien, nos fuimos todos a la playa al sur, pues la fábrica estaba cerquita de la salida de la ciudad, donde empezaba la autopista hacia el sur. Juan Carlos parecía que no se quería por la forma que tenía de conducir.

Llegamos a la playa, y allí, aunque teníamos el bañador puesto, el mío me lo había comprado en una boutique y era precioso, tipo meyba, con un dibujo de una ciudad llena de edificios grandes y fábricas por todo él, no nos bañamos. Me encantaba, y no la horterada del otro bañador, el típico Turbo que creo no equivocarme si digo que lo tenía desde que había sido nadador, y que tan mal ya me quedaba, cosa que me cohibía muchísimo; estaba desesperado por comprarme uno nuevo. El nuevo me daba aspecto de surfero o playero.

No nos pusimos pues en bañador, aunque yo sí, para lucir mi atractivo bañador; jugamos al disco, algo a lo que me estaba aficionando mucho últimamente; creo que Antonio también se puso el bañador, el de él también era bonito, un meyba negro, con rayas finitas y espaciadas de color anaranjado.

Era la primera vez que estaba en esa playa, y me dio la impresión que aunque la playa no era de calidad, sí lo eran la cantidad de tiendas que habían bordeando la misma, no pegadas a ella, sino separadas por la carretera.

Pronto desistimos de estar en la arena, pues hacía frío y viento. La playa me activaba, me daba vida, asociaba la playa y el mar con deporte y movimiento.

Seguía pensando en Águeda, y todo lo que me pasaba y hacía, lo veía como si fuera en una cinta de cine, fuera de mí, en la que yo no era partícipe, sino un simple espectador.

Después, creo que nos fuimos a un bar, desierto al igual que toda la zona, pues no era verano, ni fin de semana, donde nos tomamos un café (al menos yo, pues me empezaba a gustar tomar más de uno al día), que encima salía más barato.

Estando en La Laguna solía ir con Antonio Granados a las playas de Tenerife; un día fuimos a una importante, y allí nos pusimos a jugar al disco. Se nos unió uno que debía ser que se arrimaba a todas las juergas playeras; le comenté a Antonio:

-!Jo, qué atleta es este chico!

El me dijo:

-Es un playero.

Supongo que yo también debía tener una pinta parecida.

Se unieron unos cuantos más, con el pelo a lo Bob Marley, y dijeron de jugar al fútbol, ellos, todos los que allí habían, se pusieron a jugar; yo no jugaba, ni juego, desde hace muchísimos años a este deporte.

De todas maneras jugando al disco pude hacer algunas de mis mejores contorsiones y algunos lances de lo más espectaculares, eso me parecía a mí, pero también podía ser que estuviera haciendo el ridículo, que tampoco sería extraño; de todas formas cuando ellos empezaron con el fútbol, me fui a dar un paseo por la playa, cuando recorrí una distancia más o menos grande, vi a toda una gran serie de personas haciendo windsurfing, viendo a los demás, había uno cuadradísimo, alto, musculoso y carismático, observando desde la arena a los demás deportistas. Destacaba yo de entre aquellos deportistas anchos de espaldas y torsos, frente a mí, delgaducho, aunque creía lo contrario. El instructor (si es que lo era), no hacía otra cosa que mirarme, no sé si porque me quería fichar o porque quería que me fuera de allí o bien porque pensara: "He aquí a un batallador despistado, o que se está relajando con un paseo".

e-libro.net

Algo de eso tuvo que pensar. Me encantó ver a las chicas deportistas, todas ellas muy guapas y rubias con el pelo largo. Estaban buenísimas.

Pudiera ser que fuera una competición, aunque ya digo que la impresión más fuerte que me dio, era que se trataba de una escuela, aunque no se podía uno fiar del buen estado de mis receptores sensoriales, que transportaban el impulso sensitivo o nervioso al cerebro, pues tales receptores estaban, según creo yo, bastante atrofiados, con tanto alcohol, tabaco, etc, etc.

Fuimos ese año varias veces, unas tres o cuatro, a casa de Moncho, con Tomi y un día con Antonio Granados. Antonio estaba trincadísimo, no sé si por estar en casa de un riquillo o porque ese era homosexual (por no decir marica), o porque pensaba que más que allí debía estar estudiando, o por todo a la vez que creo que era lo más probable.

Moncho tenía una cámara que me dejó usar, cuando me vio Antonio con ella, empezó a ponerse en pose para que lo fotografiara; me dejó alucinado lo buen modelo que era, seguramente había practicado mucho en su casa, delante del espejo.

Moncho que tenía una camisa verde nos dijo como a él le regalaban las camisas, y no tenía más que ponérselas. Se las regalaban un grupo de amigos que se dedicaban a la moda.

Bebimos Chivas, aunque yo no sabía distinguir el Chivas del 100 Pipers, quizás porque por esa fecha no era tan bebedor de güisqui.

Tomi iba vestido con una camisa amarilla, la mismo que había llevado a la cena de los futuros farmacéuticos y unos vaqueros azules. Moncho tenía unos pantalones de pinzas azules. Antonio iba con un Niqui blanco y azul y vaqueros azules. Yo, pensando que iba ultramoderno, con mi pelito corto, iba como un camarero aunque peor vestido que ellos. Llevaba unos vaqueros desteñidos de pinzas negros y una camiseta desvarada por las mangas, su color era blanco.

Del güisqui estaba tan despistado y medio entonadillo que le puse agua, a lo que Moncho alterado dijo:

-Pero Antonio ¿a un buen güisqui le pones agua?

-Ji, ji, y yo que sé.

Dando a entender que todo me daba lo mismo.

Tal como hizo decir Pío Baroja a uno de sus personajes, “yo, ni creía, ni dejaba de creer”, así me sentía, bueno, casi más cierto es que no creyera prácticamente nada, lo que no quita para que alguna noche en mi cama del cuarto de estudio del piso de mi hermana, me planteara y dijera: “Dios mío ¿es esto todo?, ¡ayúdame!”.

De este mismo autor y creo que en el mismo libro “Camino de perfección”, me di cuenta que realmente yo no había conocido nada Toledo, pues el libro se recrea mucho en muchos monumentos y capillas de las que nada de eso vi. Tan sólo vi un par de calles y me creía que eso era todo.

Recuerdo que en los baños de los sitios “in” de la época, o sea los de moda, los bonitos, habían unas máquinas para secarse las manos, que o bien sacaban papel, o bien un trozo de paño seco y planchado, enrollado dentro de la máquina, lo que me extrañaba mucho; empezaban a aparecer los que ahora son típicos: aparatos con toberas dirigibles, que secaban por aire caliente, tanto para las manos, como si se les daba la vuelta servían también para la cara e incluso el pelo.

Recuerdo que una vez en La Laguna, estaban anunciando un grupo de artistas catalanes. Estos iban vestidos de diablos, actuaban por la noche con las luces públicas de la parte vieja de la ciudad apagadas, ya ellos con infinidad de fuegos artificiales se encargarían de iluminarla, me gustó mucho el espectáculo; iba de oscuro y la visión de ellos, yo solo, rodeado entre tanta gente, me dejó algo impresionado y reconfortado. Empezaba a ver que podía hacer cosas y sentir por mí mismo. Yo solito, sin necesidad de nadie ¿Empezaría quizás una nueva etapa? quizás aún no, pero ya iba camino de ello.

Los diablillos vestían de rojo y verde e iban dando saltos por las calles; era un espectáculo raro, novedoso, pero no me pareció tan excepcional como después mucha gente dijo.

Creo que fue también en esa época, cuando paseando por la recova me veo a dos chicas pegándose el lote de mala manera, era la primera vez que veía homosexuales femeninas, aparte de lo visto en material pornográfico y he de decir que no me agradó nada, realmente lo encontré chocante, no me era tan agradable a la vista como cuando se ve una pareja heterosexual. Es posible que sea porque lo veo como más natural y sobre todo mucho más normal.

Tuvimos otra salida a una “Estación de cloración y control de aguas”, era encima de Santa Cruz, no muy lejos, desde allí se controlaba la capital chicharrera.

e-libro.net

La verdad es que al entrar, el recinto era pequeñísimo, según nos dijo un señor mayor, el que sospecho que sería farmacéutico. Nos explicó cómo se medía la cantidad de cloro en el agua, y la cantidad de coliformes totales, les diré que la Escherichia coli es una bacteria que se encuentra en el intestino del hombre, o sea, nos es beneficiosa, pero si se ve en el agua de uso humano, es síntoma de contaminación fecal, lo cual no es nada beneficioso, ni mucho menos, el ingerir agua en tal estado. Eso es lo que hacía ese señor; esa labor creo que la hace el farmacéutico titular en los pueblos, y supongo que también en las ciudades; lo que no tengo tan claro, es cuántos controles existen en las ciudades, y cuantos farmacéuticos titulares hay.

Solíamos ir mucho Antonio G. y un servidor a la playa; una vez fuimos con Tomi a Las Teresitas, como verán cambiábamos continuamente de playa; allí vi cómo querían hacer de una playa que de por sí era artificial, una playa tropical, con palmeras incluidas. Tenía unas cosas en el mar para evitar que éste se llevara la arena, por lo que oí, la habían traído de Fuerteventura; lo que tenga esto de cierto lo ignoro. Había una especie de “oasis” en medio del mar, esto dicho así es una barbaridad, pues de lo que se trataba era de unas maderas con forma cuadrada en medio del mar donde iba la gente a tirarse o a coger el sol, o quizás fuera un apoyo para los bañistas. El motivo por lo que esas maderas estaban en el mar, no tengo ni puñetera idea, quizás para que los jóvenes se “pegaran el lote”.

Como siempre estábamos haciendo deporte Antonio y yo; una cosa que me tranquilizaba es que veía a Antonio más gordo y menos ágil que uno, cosa que me congratulaba (no estaba uno, tan mal cómo pensaba). Estando jugando, me dijeron, mira allí está fulano, al que la novia lo dejó, y en lugar de ir para atrás, se ha vuelto incluso más luchador. Divisé de lejos a un joven bastante gordo y con un gran carisma, me dije, “así que eres tú de quien tanto se habla”.

Siempre que leo a un autor intento averiguar qué es lo que de real, cierto, vivido, hay en la novela, en fin qué pertenece a la realidad, y qué a la ficción. Conmigo el lector no debería tener esa confusión o dilema, lo mío, todo lo que en estas hojas escribo, es real, o al menos siempre lo he tenido por real, motivo por el que no cuento de mis personajes grandes cosas, pues lo que no he visto de ellos, en este libro al menos, y hasta ahora, no lo invento. ¿O sí?

Se me quedaba una cosa en el tintero, y eso que había intentado no olvidarlo, y es lo siguiente: cuando estábamos en los controles del agua de abasto, vestido con la misma chamarra que yo, iba Pipi, el que había sido hasta hacía poco, novio de Ani Quesada. Era idéntica, con las mismas cremalleras y en los mismos sitios; la única diferencia, es que yo llevaba el cuello levantado, y el plegado; me llevé un palo y a partir de ahí, ya no me gustó tanto mi chamarra que aunque la usé algo más, intentaba no ponérmela cuando iba con gente de la clase; aunque no recuerdo qué me ponía, pues de moderno, era el único abrigo que tenía, y bien que abrigaba, hasta que fue perdiendo el apresto con el paso de los meses, y el abundante uso que de ella hice. Me dio una vergüenza enorme pues quise hacerme el sueco, en cuanto que no me había dado cuenta del detalle, o que si lo había visto, no me importaba, y estoy seguro que todo el mundo se quedó con la copla.

Pasemos ahora a una fiesta, en plan verbena, que organizamos en el comedor universitario ¿Quién pidió los permisos y quién movió los hilos para que nos lo dejaran?, no tengo ni idea, pero lo cierto es que hicimos una fiesta, con guardias de seguridad incluidos. Allí me di cuenta por primera vez, cómo eran los refrescos a granel: vienen en polvos y después se mezclan con agua carbonatadas.

También habíamos conseguido un par de barriles de cerveza; creo que habían sobrado de los carnavales, y ya quedaba poco para que se caducaran.

La fiesta estuvo anunciada por la radio. Pensábamos que iban a ir muchos estudiantes, pero cuando nos dimos cuenta se habían metido una cantidad de “mataos” impresionante; empezaron a armar escándalo y a mí me tiraron una piedra, no me enteré sino porque me lo dijeron, pues el que me la tiró fue tan cobarde, que lo hizo cuando yo estaba de espalda. Llevaba el peto y una camiseta; iba marchosillo vestido, y destacaba por ello, y no sólo por mi metro noventa, de los demás estudiantes.

Me fui a hablar con el guarda de seguridad, y allí lo vi estresadísimo, nerviosísimo y con ganas de matar a alguien. Había cogido una barra de hierro, y la había rodeado de cadenas que le llegaban hasta el brazo. Salió y no sé qué se le olvidó, pero tuvo que entrar, y ya lo perdí de vista.

Cuando los mataos se habían ido, llegó un coche de la policía municipal, justo cuando ya no hacía falta. Ese día pasó sin más pena ni gloria.

No sé cuanto se recaudó pues a mí no se me informaba de esas cosas. Lo que sí me recalcaron bastante era la hora a la que debía ir al día siguiente, a limpiar el recinto. Allí fui y eso hice. Me tomé un par de tragos de

e-libro.net

coñac y me fui, emputado y vacío. Allí también estuvo May, pero creo que ya pasaba mucho de mí. Se había buscado un novio militar. A este le decíamos: “el de la raya en medio”, pues era calvo, más que May, que ya era decir.

Fue este año cuando Antonio Granados cobró importancia en mi vida. La relación que he de hacer, es de sus casas. La pensión, era cuándo estaba en tercero de carrera, cuando iba a jugar con Reina al ajedrez (no sé si también iba en cuarto, pero no obstante es un detalle sin mayor importancia, pues como ya les diré, no se dedicaría a eso en el futuro). En cuarto, viviría con Octavio en un piso acojonante, los dos se las daban de super y de ricos, cuando más adelante supe a ciencia cierta que no era para tanto; está claro que no eran hijos de un Bill Gates.

En quinto, no sé por qué, se fueron a vivir a una casa viejísima, donde la mayoría, si no todos los de la casa, eran estudiantes de farmacia; con uno de ellos, que iba a veces por La Laguna, y creo que se quedaba en ese piso, había hecho algunas migas, aunque nunca lo vi en su casa; de la misma quinta de ese, era Vicente, uno de los grandes puretas veteranos de farmacia, el cual me daba algo de pena, pues me imaginaba yo como él, a su edad y todavía sin un titulo debajo del brazo, aunque ¿y yo?, ¿qué era en realidad?, un estudiante que no estudiaba, y que encima metía la pata con los profesores que todavía me quedaban por sortear.

Esa última casa, era un auténtico desastre, no me gustaba nada; allí sólo estudiaban Antonio y Octavio, los otros eran veteranos, a los que se les unió uno que había dejado la carrera hacía muchos años y que ahora la iba a retomar. De ese, que creo que por fin ese año acabó la licenciatura, no fue eso lo bueno, sino que se casó con la chica que les digo que se parecía a mi hermana; ella pertenecía a una familia de pudientes, tanto fue así, que cuando acabaron la carrera, se casaron y sus padres le compraron una de las farmacias más céntricas de La Laguna, en Heraclio Sánchez, justo, donde había yo aconsejado a Tomi un Elixifilin® para su catarro, y donde él compró un “bigotudo” que le dije que su auténtico nombre era “Linimento de Sloans”. Algo dominaba ese mundo, y a toda costa quería pertenecer a él, aunque por lo pronto me estaba alejando bastante.

Antonio y Octavio sólo se llevaban bien entre ellos dos. No puedo asegurar si comían allí, pero creo que no, que comían en casa de una señora, a la que yo había ido otras veces con Quillo, la que les dije que hacía comidas para gente de la calle. No recuerdo cuánto cobraba por día, pero al mes era de lo más barato, casi hacía competencia al comedor universitario. Quillo siempre ha sido y es, una nulidad en la cocina.

Me acordé de las casa de Octavio y Antonio Granados, porque un día que fui a buscar a Antonio para ir a la playa, vi a Octavio que salía de su casa, y me dijo:

-!Hola Antonio!, tírame el disco.

Se lo tiré y él me lo devolvió fatal.

Con esto, y con que un día nos vimos los cuatro en su casa, estudiando Broma, época en que yo aún no podía llevar el bestial ritmo que llevaban ellos; pero parecía que sí, que iba poco a poco, retomando la carrera; vayamos por partes.

Un día que estaba aburrido y había visto una tienda de compraventa, entré y vi varios libros muy baratos. Vi un tratado de Farmacognosia, el cual no compré pues pensaba que estaba algo anticuado, hoy por el precio a que estaba no me lo hubiera pensado dos veces. Sin embargo me compre unos cinco o seis, encuadernados todos iguales, eran los Premios Planeta de esas fechas. Dos me interesaron grandemente, uno “La cárcel” y otro “La gangrena”.

Con La cárcel fue con el que empecé a reconciliarme y a volver a coger gusto por los libros. Empecé a comprender, que aunque no era ya lo mío farmacia, me daba pie para volver a estudiar la carrera. Con ese libro me reí lo que quise. También empecé a pensar que cuando acabara la carrera escribiría un libro, motivo por el que de lo leído subrayaba y apuntaba al final del libro, frases buenas para ponerlas en boca de los autores de mi futuro libro; quería hacer una obra magna, con tiempo, sin prisas, aunque eso sí, allí iba a haber mucho odio, pero que mucho odio hacia el sexo opuesto.

Siempre tenía constipados, catarros, gripes, resfriados, que, aunque no las consideraba enfermedades tales, sí hacían que bajaran las fuerzas, las ganas, el ritmo de vida, que empezaba otra vez a incluir el estudio de ciertas asignaturas con vista al final de curso.

Y ya ven por qué empecé a estudiar, quizás lo que mi madre me dijo de que me escudara en mis estudios, y así olvidara a aquella mujer, también ayudara.

En las prácticas de ampliación de Para, me senté junto a uno que era repetidor, tan sólo nos cruzamos un par de palabras:

-Yo para estudiar, necesito una pequeña dosis de estrés –comentó.

e-libro.net

Hoy sin embargo considero que quién mantenga la frialdad y sea capaz de pensar razonadamente ante situaciones de estrés, tiene la mitad, si no más, de la partida ganada.

No obstante en esa época se me quedó muy grabada esa idea, y la llevé conmigo durante mucho tiempo, hasta que fallos garrafales me indicaron lo contrario.

Cuando empecé a valorarme nuevamente, y a darme cuenta que físicamente estaba apetecible, pues algo (aunque poco) de gimnasia volvía a hacer, me empecé a fijar más en las hembras guapas y físicamente atractivas, a pesar de que según oía comentar, siempre había salido con chicas guapas. Cosa que no juraría, al menos de un par de ellas.

Las prácticas de Para, ya se habían quedado atrás, pasaron con más pena que gloria, en ellas había que mirar parásitos con la lupa y al microscopio, ambas formas me gustaban, aunque estaba aún tan bajo de moral, que casi no les hice caso. Nos las daba un doctor en parasitología, a pesar de que delante de nosotros pasó el catedrático quizás para observar si todo estaba en orden. No sé cuál fue su conclusión, a pesar de ser una rápida mirada. Cuando acabamos con lo que teníamos que ver, de lo cuál había que pasarle un informe, el que no recuerdo ni cómo, ni cuándo lo hice, aunque seguramente lo hice, pues, y adelantándome un par de meses, esa asignatura la aprobé en junio.

El doctor también nos enseñó el material que él usaba para sus investigaciones, todo tecnología puntera. Un día que estaba con Tomi, nos dijo:

-!Qué mala suerte!, un coche que acababa de comprar, un BMW, me lo acaban de rallar todo en el aparcamiento.

Se veía al hombre muy entristecido por ello. No puedo saber quién lo hizo, pues él estaba considerado entre los que eran buenas personas dentro de los profesores.

Era superior a mis fuerzas, pero nunca he podido comprender cómo D. Ramón se pudo casar con su señora esposa, y eso que creo que se casó ya mayor, algo de eso se rumoreaba. La verdad que si así fue, he de decir, con todos mis respetos, que tenía el gusto en el culo.

Como iba diciendo, me fijaba más en las mujeres que estuvieran buenas, tal era el caso de una inquilina de las del edificio de Pine, cerca al nuestro; allí una pareja se ponía él en bañador y ella en biquini a tomar el sol, se me caía el culo de verla. No podía decir que ella había tenido una mala elección pues él también era un dandi, que era justo en lo que yo me estaba convirtiendo sin darme cuenta, quizás como reacción a lo que siempre fui, y no quería ser. Al menos ahora pensaba: “¿Estoy bueno?, pues elijo a una chorba que esté diez”.

Aunque lo perseguía, no me salía, pues no salía con nadie, y menos aún me llevaba a alguna a la cama, tal y como era mi intención. Necesitaba autoafirmarme, y no sólo con los libros, en los que no conseguía centrarme del todo, sino en el campo de las mujeres. “Reafirmarme, pensaba, era salir con una belleza de mujer”.

A Antonio Granados, aunque tarde me enteré, le gustaba muchísimo el cine, así un día nos fuimos a ver a Santa Cruz una película de Al Pacino (creo que así se escribe, aunque sin seguridad absoluta, que me perdone este gran actor), creo que era “Revolución”.

La película fue de amoríos, para hundirme más en la miseria, salí de allí hecho polvo, y empecé otra vez a pensar si sería posible que Águeda y yo volviéramos a salir, pues una lotería como al de la película, sabía que no me iba a tocar.

La película era una película de amor cuyo fondo era una guerra, en la que el protagonista se vio metido sin querer, pues a su hijo, que aun era apenas un adolescente, se le metió en la cabeza que debía ir a la guerra, y claro el padre fue detrás de él, para protegerlo.

Esto ocurría casi a final de curso. Ya estaba más o menos centrado, a pesar de que aún íbamos mucho a Taco a comprar chocolate, y después a la playa.

Recuerdo una vez que fuimos a Las Teresitas, como la vuelta fue un auténtico desastre, por la cantidad de coches que había, casi ni se podía salir del aparcamiento al lado de la misma playa. Tomi no sé si por el desespero o por estirar las piernas, o quizás para ver la magnitud del atasco, lo cierto es que dijo de irnos a dar una vuelta; al rato volvimos y aun estaba Antonio en el mismo sitio.

Llegamos a La Laguna de noche, a pesar de que el atasco se disolvió al llegar a la Avenida de Anaga en la capital. No obstante, ya desde la fábrica de enlatados el tráfico fue más fluido.

Otro día, Antonio me echó un “rezao”, y con razón, pues, ahora que tenía menos gastos obligatorios, como el no pagar casa, a veces me compraba una palmera de chocolate, vicio más grande que yo tenía, entre las golosinas (los otros vicios ya los saben), me costaba barata, entre veinticinco y cincuenta pesetas (también

e-libro.net

teníamos que ponerle algo de gasolina al coche cada vez que salíamos, pero no era demasiado, todo hay que reconocerlo, en eso, Antonio no era un usurero, como otros a cuyos coches me he subido, pero ya hablaré de ellos a su debido tiempo), los pizcos, que eran bastantes, se me caían dentro del coche, y Antonio me decía, que tuviera más cuidado, que no fuera tan despistado (esto seguro que lo decía con segundas), pues cada vez que yo me subía al coche, él tenía que limpiarlo después.

-Lo siento -le dije abrumado por el rapapolvo que me echó.

Creo que a partir de ahí no comí más palmeras de chocolate, ni ninguna otra cosa en su coche. El ultimátum tuvo su efecto.

Si muchas veces me salto de una cosa a otra es porque cuando levanto la cabeza de los folios, veo una gran actividad en las chabolas, que me despista, y creo después, que ya he terminado la frase, o la idea, cosa que casi nunca suele pasar, o bien simplemente, y por eso mismo, paso a otra cosa.

No muchas, pero sí dos o tres veces me fui solo a Bajamar, playa esta pequeñísima, al lado de una piscina que aprovechaba parte del marisco, y el agua del mar.

Ambas partes solían llenarse de gente, el fin de semana, y en vacaciones; intuía que en verano debía de ser insoportable.

Iba y venía en guagua. La ida más o menos se pasaba bien, pues nada más llegar a la parada, me subía a la guagua y esperaba la salida de ésta, en su interior, sentadito. El regreso era peor, pues ya no sólo no podía tapear o tomarme algo, pues el dinero escaseaba, y el de las copas, no se podía gastar en otras cosas, a pesar de que había empezado a alejarme algo de ellas, afortunadamente, sino que tenía que esperar de pie, en una cola, hasta que viniera la guagua.

No había asientos en las paradas, tal cómo los hay ahora. Una cosa muy curiosa que me pasaba y hoy me pasó, aunque menos, es que consideraba de gente baja el estar sentado en las paradas de las Jardineras Guaguas. Hoy me pasa menos, y ya me siento en algunas paradas.

La espera no solía ser superior a la media hora, aunque era suficiente para aburrir y aturdir a uno.

En la playa, a veces estaba sólo, y como máximo con dos o tres personas. Un par de veces vi a la pareja que les nombré anteriormente, la que veía desde la terraza de la casa de Pine. Ella estaba francamente maciza.

Mi hermana estaba en una isla menor de la provincia de Las Palmas. Una de las veces le pagó el pasaje a mi madre para que fuera a ver cómo y dónde vivía ella, y para que se distrajera un rato.

Mi hermana según me diría años después, no se acopló a aquella casa y echaba de menos la suya.

Un día, ya casi al final de curso, vinieron Tomi y Antonio al piso, con dos chicas, a tomar café, estaban a tope, estudiaban derecho, y según vi un día su piso, debían pertenecer a una de las adineradas familias de Las Palmas. Una de ellas era la novia de Marcos (recuerden el compañero de mi primer piso), a ellos dos los vi un par de veces paseando por las calles de La Laguna, pues a pesar de que él vivía y trabajaba en Las Palmas, con su padre, iba con frecuencia a La Laguna. Él me caía muy bien a pesar de que casi no lo había tratado, sino de:

-Hombre, Marcos, qué tal estás, etc, etc...

Luego me iba, pues una de las cosas que peor tengo es que siempre tenía y tengo prisas.

Ellos y ellas, se pusieron a ver la tele, en color por supuesto, y me entró tal bajón al ver a esas mujeres tan guapas y que consideraba imposibles para mí (mucho dinero manejaban seguro que yo no manejaba ni una cuarta parte), pues eran guapas y triunfadoras, y seguro que buscaban gente triunfadora.

En vista de lo animados que estaban los cuatro en “mi” casa y viendo que mi ausencia no era sentida, y es más, quizás agradecida, me fui al cuarto de estudio: mi cuarto, donde empecé a sacar fotos, a pesar de que ya en ello no ponía mi alma, lo que ahora estaba empezando a saborear, nuevamente, era la literatura.

En ese entonces empecé a ver como ya no quería ser un gran fotógrafo, ni siquiera un buen aficionado, no, mis esparcimientos no los pretendía llenar con la fotografía, aunque aún no tenía claro con qué quería ocupar mis horas de ocio, que aunque en esa época fueran bastantes, no como debiera, pues lo que realmente debía estar haciendo, era estudiar.

Algo estudiaba, pero no con la garra necesaria, garra esa que cuando es auténtica, crea un cierto aura alrededor del individuo que lucha de esa forma. No me refiero sólo al campo de la farmacia, sino a cualquier faceta de la vida, recuerden si no, el orgasmo tan grande que logré provocar a Águeda, como lo que realmente vi fue su aura. No me explico lo del esqueleto, quizás fuera una locura mía, una mala jugada de mi imaginación.

A pesar de ello y posiblemente porque en quinto curso sólo había dos asignaturas difíciles, fueron las que suspendí, cosa lógica por otro lado. Las otras como Historia y Legislación, de la que sólo recuerdo algo, nos

e-libro.net

la impartía una que o bien ya no podía dar más de sí o que quería hacer fácil la carrera, lo cierto es que esa asignatura la aprobé, aunque sólo con un cinco pelado; cuando fui a ver la nota, me dio vergüenza, era la nota más baja de todas las que habían, que me imagino, por otro lado, que fueran las de todos los que se presentaron.

Los profesores no me caían muy bien y viéndola a ella, como vestía, me convencí que sí, que los investigadores eran unos muertos de hambre. Ni siquiera sé si había sacado o no el doctorado, cosa que sospecho que no. Esto no quita para que en la nueva facultad (aprovecho para decir que por fin teníamos facultad aunque yo casi no iba a ella) tuviera su despacho, aunque por lo que vi, todos los del departamento lo tenían: eso era hacer las cosas a lo grande.

Por mi parte pensaba, "cuando vuelva por la universidad, entraré por la puerta grande" (todavía no me ha ocurrido eso, aunque no adelantemos ningún acontecimiento, pues muchas cosas más, o al menos a mí me lo parece, me ocurrieron).

Bueno, ya les adelanté un acontecimiento, el aprobado de esa María.

El por qué dejaron tantas asignaturas sencillas (o al menos así eran con respecto a las otras mastodónticas) para el final, no me lo explico, a no ser que fuera, para dar tiempo de sacar otras que tuviéramos de años anteriores, cosa como ven que yo no hice.

Y como ya estaba supermetido en la movida del viaje de fin de carrera, que ya casi había confirmado que para mí no lo era, aunque estaba pensando si en Septiembre, o máximo en febrero terminaba. Lo tenía un poco difícil, pero ya saben que no hay nada imposible, o al menos eso no lo era con tesón y constancia; debido a lo metido que estaba en el bollo, fui de los que más interés puso en la fiesta del Lennon, discoteca a la que más estudiantes iban, aunque eso no quita para que también fueran un montón de mataos.

Lo único que hubo que hacer fueron las entradas con las que se tenía derecho a una consumición y anunciar la fiesta por la radio. El día ese iba algo mejor vestido, llevaba una camisa de cuello Mao, tirando a blanco y unos vaqueros.

Empezamos desde temprano en la puerta de la disco, los turnos estaban medianamente bien repartidos, así, debía haber gente en la puerta hasta las tres o las cuatro de la madrugada.

A mí me tocó uno de los primeros turnos, empezamos más o menos bien, aunque hubieron ciertos altercados, pues algunos querían entrar sin pagar (pudiera ser porque fueran clientes fijos), por lo que los porteros de la disco nos iban diciendo quienes podían colarse.

Empezó Jose el de Garachico a llevar bebidas para nosotros, en un coche que estaba justo frente a la discoteca, allí empecé a tomarme unas cuantas copas, que me vinieron muy bien, al menos eso creí (en el fondo me cayeron fatal), aunque no sabía bien que estado era el que deseaba.

Los primeros turnos fueron tirando a desahogados, y se cumplieron, al menos en lo que respecta a la gente que debía estar en la puerta. Nos habíamos puesto de acuerdo para que no hubiera mujeres en ella, y si las había que fueran rodeadas de duros mozos, o que lo parecieran (duros).

Que recuerde, sólo Mavi tenía que hacer un turno, pues ella no había participado en nada de lo del viaje, y a última hora, según parecía quería ir con nosotros.

Cuando le tocó el turno a ella, aún estaba yo en la puerta cobrando entradas, sobre las cien pesetas o a ciento cincuenta cada una; no la vi ni un segundo, según me dijeron después estaba dentro de la discoteca, acontecimiento apoteósico, pues no sabía que ella fuera a ese tipo de diversiones, pensaba que no iba a ninguna.

Hubo un tiempo en que casi no venía gente, por lo que a los que les tocaba estar allí, bajaron a divertirse en la sala. Estaba hasta los mismísimos, pues me quedé hasta cerca de las dos yo solito, con el matón de la disco cobrando entradas de vez en cuando, hasta que me dije "¡Ya está bien, voy a pasar de estar aquí solo haciendo el ridículo!"

Antes había ido con mi tarjeta de crédito al cajero automático que había cerca de la discoteca. No sabía cuanto había sacado, pues creo que en ese momento ya había efluvios etílicos en mi cerebro, y por consiguiente, en el resto de mi cuerpo. Creo que eran unas setecientas pesetas. Para mi desgracia, no las puse en el bolsillo de atrás de los vaqueros, donde no tenía nada de dinero, sino que lo puse en el bolsillo izquierdo del abrigo (lo de abrigo es un decir, pues la prenda abrigaba bien poco), donde lo mezclé con dinero sacado de la venta de entradas.

Cuando me cansé y bajé junto con todos los demás, perdí la cuenta del dinero que gasté, aunque juraría que cogí dinero del de mis compañeros, cosa de doscientas o trescientas pesetas. Sé que era poco, pero recuerden: "No robaras", poco o mucho, ya se cometió el delito, el pecado.

e-libro.net

A veces pienso que este libro me sirve para confesar mis penas abiertamente, como si mi posible lector fuera el confesor que no encuentro para ir a expurgar mis penas. Y todo porque me creo superior a algunos de ellos (aunque esto es duro, es algo parecido a lo que siento).

Sigamos con el relato, pues lo que acabo de decir es para ponérsele a uno los pelos de punta.

Bajé y allí con Tomi y Octavio nos fuimos tras una puerta que había en la discoteca a fumarnos unos porros; esta vez los tenían ellos y no yo. He de confesar que no estaba bien en cuanto al perfecto funcionamiento de los sentidos, los tenía bastante abotargados, pero aseguraría que me pidieron dinero del recolectado para tomarse copas y comprar chocolate, me negué en redondo. Al final no me acuerdo si les di algo o no. Me dejaron disgustado para el resto de la noche.

No vi a Mavi a pesar de que me dijeron que estaba allí; al igual que tampoco vi a la mayoría de la gente de la clase que me dijeron luego que habían ido; estaba decepcionado de mí y del mundo que me rodeaba; todo era dinero, dinero, pero trabajar poco.

Sé que ellos estudiaban más que yo pero lo que es trabajar en algunas cosas del viaje, no dieron ni un golpe.

Quiero pasar esta horrible página de mi vida, en la que empecé a ver con claridad, qué tipo de gente me rodeaba.

Otra cosa importante era la orla, casi no tenía dinero para pagarla, pero hice un esfuerzo para ello. Salí de mi casa casi sin peinarme y con barba de un día o dos, pues era tal el empute que tenía con todos, que no reparé que era la foto oficial de la carrera y que por tanto debía ir lo más aseado y atildado posible.

Cuando llegué a pesar de conocer al fotógrafo por mi afición, tuve que esperar a que unos y otras se sacaran la foto.

Cuando me tocó el turno me pusieron en el pecho un cartón con tela superpuesta de tal forma que aquello simulaba la vestimenta típica para el evento. Encima, el símil estaba guarrísimo, me dio un asco que me repateó los cojones.

Me dijo el fotógrafo si quería peinarme. Me vi en el espejo y me dije, estoy bien, me lo arreglé algo con las manos y así salí. Muy mal, todo hay que decirlo, con una pinta de sueño y cara de pocos amigos. Para ser sinceros, en lo que estaba pensando era en ir luego con Tomi y Juan Carlos a tomar unas cervezas al bar de la esquina, tal como habíamos acordado previamente. La cerveza a las que los demás eran más reacios que uno, no me quitaron mi mal humor. Ellos dos sí se arreglaron el pelo, y posiblemente salieron mejor que yo; iban también recién afeitados.

No me di cuenta de la importancia que tenía la foto; para mí, acostumbrado a tantas fotos, era una foto más. Pero lelo de mí, no para los profesores. A pesar de que ellos no las veían, pero, muchos de los orgullosos estudiantes de farmacia, tendrán en sus despachos la orla de su promoción.

A pesar de que me gustaría llamarlo así, a mi libro no se le puede estrictamente llamar crónica, pues aunque de normal sí sigue una continuidad, a veces salta de un lado para otro, por lo que si somos estrictos no se le puede dar este nombre.

Ese año, lógicamente, Tomi no fue a mi casa al final de curso a estudiar. Dónde fue no lo sé, aunque la verdad, su casa es de un escándalo subido, no sólo por las fiestas, sino por los finales de curso de los demás estudiantes. Por mi parte intenté ir a la biblioteca de farmacia, que estaba al lado del departamento de Para. Fui pero no aguantaba mucho, no había nivel de concentración, como en la biblioteca de La Caja, donde había tanta concentración, que era difícil concentrarse en ella, pues desde que uno levantaba la cabeza observaba un montón de gente que intentaba estudiar, se podía ver de todo: gente que lo conseguía y gente que no.

Lo que estaba viendo, era que iba a repetir curso, a no ser que “tuviera un golpe de suerte” (el que todo borracho anda buscando toda su vida y nunca le viene).

Ya se han percatado que mi primera concubina fue Águeda, a partir de ese momento sólo guardaba odio hacía las mujeres, y lo único que pretendía de ellas era follármelas; quizás porque se lo olieran ellas, fue por lo que no conseguí acostarme con ninguna durante esos dos trimestres.

De echo una de las veces estaba intentando ligar con la novia o mujer (creo que estaba casado) del pintor borracho o borracho pintor (casi mejor esto último) amigo o amante de Moncho; estaba con ella en un pub, al que había ido con Antonio, y él me decía, “pero ¿qué haces con esa piba, no ves que es bobita?”

-Sí, pero tiene unas tetitas que no veas -le repliqué.

e-libro.net

“Tú sabrás”, me dio a entender con un gesto; quizás, porque supiera que estaba casada. Desconozco las auténticas razones por las que me dijo lo de la pibita.

Había retornado algo a la gimnasia y aunque no estaba en plena forma, algo estaba. También estaban haciendo gimnasia por allí Antonio y Octavio, a los que se les notaba que no estaban muy duchos. Antonio, desde lo alto de las gradas que daban al campo de fútbol del campus universitario, veía como corría y que cada vez iba en proporción ascendente, en cuanto a la caña que me estaba autoexigiendo. En parte porque estaban ellos allí, y en parte porque yo era así. Antonio me preguntó precisamente eso.

-¿Haces tan bien la gimnasia porque estamos nosotros aquí o porque la haces siempre así?

Le mire como asombrado, y luego le hice un gesto de desdén, dándole a entender que siempre hacía la misma gimnasia (cosa en ese momento, no del todo cierto), aunque no se lo dije con palabras.

Ellos hacían gimnasia pues querían hacer la mili por la IMEC. Querían entrar de alférez, habían unos cuantos que también querían entrar de lo mismo, pero estos hacían más gimnasia en el bar que en los gimnasios.

Al final lograron entrar los dos de alférez (eran unos ganadores, lo que se proponían lo lograban), de todas formas con respecto a la mili, tenía mis reservas. Estaba convencido de que me iba a salvar, y la causa sería alegando que era asmático, y tal como Miguelo hizo, pensaba también coger el polvo de mi casa y de los pisos y provocarme un ataque de asma, pero antes que ello, intentaría agotar todas las prorrogas posibles.

Por otro lado estaban Tomi, que había pedido realizar la prestación social sustitutoria, alegando que él, había hecho precisamente esta carrera para ayudar y salvar a la gente, y no para matarla. Se olvidaba ahí todo la parafernalia de la misión de salvaguarda de la policía y demás. De todas maneras, también tuvo suerte, se lo concedieron, y como aún no estaban hechas ni estudiadas las prestaciones, al final no tuvo que hacer nada, se salvó pues por objetor de conciencia.

Era consciente, de, a pesar que de los cuatro, yo era el peor que iba de todos, que también era el que menos me esforzaba, pues me faltaba una auténtica garra, el quererme a mí, y no estar tan infravalorado como estaba, y encima el estar con ellos no me hacía ningún bien (al menos eso creía), pues me sentía más bobo aún y retrasado, deficiente mental, también me sentía romántico y soñador frente a los otros tan materialistas. Quién sabe si estando con gente que le diera menos importancia a los estudios, seguramente me esforzaría menos, aunque me encontrara sentimentalmente mejor. Por de pronto, eso no ocurría en el piso donde residía.

El ritmo de final de curso, entre los cuatro, era frenético; ya no usaba más Delgamer®: los taxis, pues me daba cuenta que la “bajada” me deprimía.

Antonio tomaba “taxis” por el día, y diazepán para la siesta y la noche. Así estuvo un mes, y casi al final de éste, me dijo lo que pensaba sobre eso, que a él también estaba empezando a deprimirlo.

A pesar de que empezaba a hacer buenas migas con Antonio, éramos como dos equipos : Tomi y yo, y Octavio y Antonio.

De todas formas, Tomi y yo habíamos empezado a distanciarnos un poquito, y él empezaba a hacer migas con Octavio, a quien personalmente, cada vez lo soportaba menos, a pesar de que era mi compañero. Quién sabe si eran mutuas esas desavenencias.

No sé si Octavio tomaba anfetas, pues ellos dos, Tomi y Octavio, se lo tenían muy callados, sabía que Tomi sí.

Una noche estábamos Tomi, Antonio y un servidor en mi piso, cuando de repente Antonio empieza a vapulearme, esto en principio me cogió por sorpresa y me preguntaba “¿Qué le pasa a este?”, cuando me di cuenta de la agresión de la que era objeto, empecé a defenderme desaforadamente, hasta tal punto, que la balanza en la pelea se inclinó a mi favor, esto ocurrió en el pasillo de la casa, y lógicamente no había ninguno de los propietarios.

Antonio no sospechó tal reacción por mi parte y se amilanó. No sé qué quería demostrar con tal muestra de su agresividad. Sinceramente, no se me ocurre qué era lo que pensaba, ni qué quería, ni a dónde pretendía llegar, pero por una de las primeras y pocas veces en mi vida que he usado la violencia, creo que le paré las patas. A todo esto estaba Tomi mirándonos, y ahora que lo pienso, no supo defenderme de la agresión, ni tampoco dijo nada sobre ello, ni durante, ni después, bueno creo que dijo algo así como:

-Pero Antonio, ¿qué te pasó?

Ahora que lo pienso Octavio y Tomi, fueron muy listos, pues si ellos usaban pastillas para estudiar, no nos dijeron nada, y las consumieron para ellos solitos. Me dan ganas de decirles: “Pues !métanselas por el culo!”, pero como soy educado, mejor es no decirlo. Aunque creo que debía habérselos dicho, eso me lo pareció en

e-libro.net

aquella época, y me lo parece ahora, pero uno que es así de fino y de tan buena cuna, pues se calla las impertinencias de los demás, a pesar de que se merezcan todos los insultos de uno. Pero, ¿qué es, si no la competencia?

Sigamos creando arte.

Hoy casi prefiero contar lo que voy a hacer que lo que he hecho hace unos doce años aproximadamente; de todas maneras, si esto hiciera, estaría pasando soberanamente de la "linealidad" de este libro.

No sé cómo aprobé las que aprobé. Era algo así como un milagro, pero no era eso, no, simplemente que eran las marías de las más fáciles de la carrera, a pesar de que había una aún más fácil, la de Matilde, Ampliación de Bioquímica, que desgraciadamente era tan fácil, y si no recuerdo mal, creo que me presenté a los exámenes de Junio y lo suspendí, seguramente, por lo mucho que pasé de ella, como profesora y de su asignatura. La suerte estaba echada, me presenté a las que se podían aprobar y así me salió el curso, del que había pasado, desde febrero o enero, y estuve sin coger un libro durante unos tres meses más o menos: marzo, abril y mayo; suponiendo que cogiera el ritmo éste ultimo mes, quedaba un mes de clase, y no recuerdo si habían exámenes en julio, pero, me quedé hasta el final.

Del curso poco más puedo decir, salvo que tenía muy presente el libro de "La Alegría de Vivir" de P. Bosmans, y ese libro da a entender que hay que hacer caso a las pequeñas cosas de la vida; esto es curioso, pues unos, en éste caso vamos a poner los religiosos, pues P.B. me da que era un cura, que estimo que se haría de oro con sus libros, decían que había que hacer y mirar las pequeñas cosas que la vida ofrece, sin embargo, un político cuyo nombre no recuerdo, decía que si nos fijábamos demasiado en las cosas pequeñas y les dábamos demasiada importancia a ellas, nadie nos creería capaz de hacer lo contrario, esto es cosas grandes. No sé que pensar, casi me decanto más por la primera, pues incluso en los exámenes, y esto se me ocurre ahora, cuando uno va al detalle y dice todo desde lo más pequeño hasta lo más complicado, sopeso que el profesor es al que mejor evaluaría. Eso lo pienso ahora, pero no lo pensaba en aquella época, en la que pensaba todo lo contrario, "los exámenes no hacen más que ocultarme el bosque de la naturaleza". Pero "¿estaba yo nacido para ver esas minucias de la naturaleza, o estaba llamado para otro tipo de minucias?" Nunca he sabido a quién hacerle caso, tal que mi vida es casi una dicotomía, como las dicotiledóneas. Y digo que se divide en dos, por no decir que se divide en tres; cuando entran más de tres opciones a formar parte de mi vida es cuando empiezo a estresarme (aunque bien pensado esto es un absurdo, por qué no tener un abanico de posibilidades, como bien sé de gente que tiene multitud de posibles, y gran disponibilidad para trabajar en ellas, pero entonces se pregunta uno: "¿será bueno realmente en alguna?", o por qué no: "seguro que es lo mejor que puede en todas", lo que se traduce a que es bueno en todas), por tanto he de decir: "opciones, venid a mí".

También me sentía decaído, desgarrado, o mejor que esto: disconforme conmigo mismo, pues la idea de que iba a ser farmacéutico, la había relegado de mi vida, así, por lo que tanto había luchado, y lo que desde aproximadamente los nueve años tenía claro que iba a hacer, ahora me importaba un comino; no digo que sea posible que mi subconsciente, me repitiera (o mi ángel de la guarda): "Estudia, estudia, que para eso estás ahí, y ahora esa es tu obligación".

Aprobé las que aprobé sin estudiar demasiado.

Me fui a Las Palmas en ferry.

Octavio era de los pocos estudiantes con coche, de Las Palmas solo conocía a él, a Antonio G., y a mi primo tocayo, quien no sé si su padre sabía que tenía coche (Manolo, el hermano de mi padre), seguramente no, pues tenía un carácter realmente horroroso, y se enfadaría con su hijo si se enterase de eso; de esa familia el que mejor carácter con diferencia tenía era primero Joaquín, y luego Dulcina.

Octavio era el ganador, incluso en cuanto a amores, era el que más acertado estaba, pues no vivió nunca con su novia, y los dos eran de los primeros en su facultad, ella era de Biología, y él ya lo saben. Ella era muy guapa, Paqui se llama, y me caía muy bien a solas, con él nunca la traté hasta tiempo después. Aunque lo que es ahora, no tengo ni idea en qué concepto me tienen, me da que en ninguno bueno. No los había tratado nunca en La Laguna juntos, más que en muy raras ocasiones, y en una fue tal las absurdas muestras de efusividad que nos dimos los dos varones, que hasta ella dijo:

-Pero bueno, ¡qué tonterías son esas!

Ese día los tres íbamos de oscuro.

Alto ahí, se me olvidaba una de las cosas más importantes de ese año: "El Km. del duro", que hicimos en Los Cristianos. La cosa consistía en hacer una tira lo más grande posible de duros. Se ponía una cinta de papel adhesivo para embalar, y sobre ella, se pegaban los duros que pedíamos, así hasta completar un km, o los que

e-libro.net

fueran. La noche antes de ir, me fui de juerga yo solo; llegué a mi casa y me dormí una o dos horas, en ese momento llegaron Juan Carlos y Toño, me venían a buscar para ir al sur; les dije que me perdonaran en lo que me duchaba, que se hicieran un café. Les conté que había estado de juerga hasta hacía poco. Creo que no hizo falta mucho para que se convencieran, pues mi aliento seguro que apestaba a alcohol.

Me duché y salimos para allá. Era la vez que más vi correr a Juan Carlos, llegamos a coger 205 km./h. estaba acojonadísimo, atrás, en medio de los dos sillones, viendo como subía el cuenta kilómetros.

Me había ido a la cama a las 5 o las 6, y ellos me habían ido a recoger a las siete u ocho.

El camino pasó en un plis plas, a esa velocidad no digo yo si no íbamos a llegar en veinte o treinta minutos.

Nunca había ido a tal velocidad, ni siquiera con mi padre, a quien consideraba un buen conductor, con muchos reflejos, aunque subnormal, pues no se dejaba adelantar por nadie.

No recuerdo si Juan Carlos era así, pero sí puedo decirles que no era nada inteligente, o bien era tan inteligente que no necesitaba estudiar (sería el único), y aunque bebía poco, algo bebía, lo justo para descontrolarse, diría incluso que su aguante al alcohol era menor que el de nosotros, no quiero decir con esto que fuéramos más hombres, cosa que me parece una chorrada tan sólo el pensarlo, sino que por la misma forma desenfrenada de embestir los estudios, así embestíamos las copas. Son cosas que algo me cuesta explicar, a pesar de que creo que estoy en lo cierto, al menos lo estaba en esa época.

Fuimos a Los Cristianos. Estaba medio trincado porque no sabía cómo iba a ser ese nuevo sitio, y tal y como me lo imaginaba, era turístico; yo iba a tono, o al menos eso creí, un pantalón gris de chandal y una camiseta Nike, que por esa época (muy distinta a las de hoy día), empezaban a hacer furor.

Nada más llegar, nos reunimos con la gente en la playa y allí nos pusimos a jugar al Fress-bee (creo que así se escribe). Era el más experto y más ducho en este juego, a pesar de que también estaba un fulano de una familia riquísima, que se le veía que se desenvolvía bien en el juego.

Después de jugar y beber un poco de cerveza, a pesar de que no iba con eso sólo, pues mi cuerpo me pedía a gritos comida y un par de litros de agua; como no tenía dinero, y no conocía cuan caro era aquello, nada de esto pude satisfacer.

De pronto, y ahora sí recuerdo todo, me vi en la avenida recolectando dinero para ver si conseguíamos alcanzar un km. de duros; así decía a los marchosos:

-!Hola, qué hay!, ¿no les importa y nos ponen uno o dos duros? que estamos intentando hacer el km. del duro.

Esto era a los jóvenes pasotillas, y solían caer, de todas formas era poco lo que se les pedía, tan sólo un duro (o dos...).

A otros, a las personas más serias y mayores les decía casi lo mismo pero con otra expresión en la cara:

-!Qué hay, buenas!, no le importaría y nos pone un duro, pues queremos conseguir llegar al km. del duro.

En eso, uno a media tarde me dijo secamente: “!NO!”, era carismático, me dejó tibio, tal que fui a hacer deporte a la playa; allí dos guardias de playas, que ya había visto subidos a triciclos y manteniendo el orden, nos dijeron que allí no se podía jugar. De todas formas no había nadie absolutamente, a no ser una señora que estaba leyendo un libro. Me callé y les hice caso. Dejamos de jugar y me intenté quitar el mosqueo de otra forma (no fue bañándome) sino hablando con Octavio que estaba en el otro extremo de la tira; nos vimos y nos saludamos nerviosamente; no sé por qué pero creo que su parte caminaba menos que la mía.

Yo atacaba a casi todo el mundo, quizás él no le pedía a los “mataíllos”.

Lo habíamos anunciado hasta por la radio, y quizás mientras nosotros intentábamos crear dicha proeza, iban anunciándolo por ella.

Cuál no sería mi sorpresa al escuchar por unos altavoces, que estábamos intentando los de quinto de Farmacia, precisamente eso, hacer un km. de duros ¿Quién era quien pregonaba eso?, pues no podía ser otra que Pilarillo, la Gamba; definitivamente los de Las Palmas teníamos más garra, arranque y empuje que los chicharreros, quizás por aquello que dicen que nadie es profeta en su tierra. De todas formas, seguía “convaleciente” del palo de Águeda, pero en fin llevemos al olvido a esa chica.

Me hizo gracia y me enorgulleció la “cara dura” de Pilarillo, fantástico.

No recuerdo por qué pero Tomi no estuvo en Los Cristianos con nosotros intentando conseguir los duros.

e-libro.net

Si recuerdo ver a May, cabizbaja y deprimida, tal vez porque le diera vergüenza ser como nosotros, hiperactivos, o vaya usted a saber. Ella ya estaba saliendo como dije con un militar, al que es posible que echara de menos.

No comí en todo el día.

Por la noche fuimos a un par de discotecas, donde me puse a jugar con Octavio a las cinco en raya; allí él siempre me ganó (una o dos veces, pues no quise jugar más), a lo que casi protesté y dije:

-Es que hoy no he dormido nada.

-!Ja, Ja! - reía contento él.

Por la noche, sé que me vi en un apartamento con un montón de gente, a pesar de que poco antes vi desaparecer a muchísimas personas. Puede ser que se fueran a comer, no sé. Lo único cierto es que yo no comí bocado en todo el día, y no me arriesgaba a ir a comerme un plato combinado, pues consideraba los precios de las zonas turísticas, prohibitivos para mí, quizás porque en Las Palmas, hacía muchos años que no iba a ninguno.

Supongo que hacer ahora el "km. del duro" debe ser absurdo y seguro que lo harán de los veinte duros, no lo sé, entre otras cosas, porque hace bastante tiempo que no voy a zonas turísticas. ¡Falso!, pues al vivir en una de Las Islas Afortunadas, aquí no estamos libres de turismo, todo lo contrario, estamos rodeados de ellos.

Supongamos que ese día ni bebí ni comí, cosa por otro lado no muy extraño por esa época, aunque con Quillo no dejé nunca de comer, con quien algunas veces compraba pizzas y las llevábamos al piso para comerlas. Estaban sabrosísimas, y como siempre pedía la Cuatro Estaciones, pues la mezcla de la gran variedad de ingredientes me resultaba de lo más exquisita.

Volvamos al ferry,a Tomi, creo que le fueron a buscar, a mí no. Había quedado en salir de marcha después de ver a mi madre, quién me saludó y no me dijo nada por irme al momento.

Creo que quedamos en ir al Donosti (bar de estudiantes con algo de dinero, en esa época). No recuerdo si me cambié de ropa y me duché, me imagino que sí, aunque lo más duro de todo es que le pedí dinero para beber a mi madre; hoy pienso la barbaridad y abusos que cometí y me da vergüenza y me humilla mi asquerosa y denigrante conducta, a pesar de que a algún cabeza loca le pueda parecer bien. Quizás fuera a ese bar, pero ya no recuerdo, aunque sé, que a partir de ese verano iría a él con frecuencia, al igual que a La Tienda (bar donde también abundan los estudiantes, o malos estudiantes debiéramos decir).

En verano, tiré la casa por la ventana, creo que ya tenía, o si no me los compré también de esa vez, un pantalón gris de pinzas; en La Laguna me había comprado un cinturón del mismo estilo al que usaba Antonio G., quien me dijo donde se lo compró y que era baratísimo. Sí era barato, y encima me gustaba una barbaridad.

En Las Palmas, no recuerdo cómo pero tuve un montón de dinero. Me compré en El Corte Inglés dos camisas de marca para el verano, una gris de manga corta, muy fresquita, y otra de manga larga, vaquera, aunque de tela no muy dura, ambas ideales para ir de veraneo a zonas turísticas (que es lo que pensaba hacer esas vacaciones). También me compré un par de camisetas, una era azul con unos barcos de vela en blanco, la otra no me acuerdo cual era, de todas maneras, eran tan baratas, que siempre temía ver a todo el mundo vestido con ella. Esto era aserrar el aserrín, pues lo cierto es que tan sólo vi a uno una vez al final del verano con una camisa igual, yo también la llevaba puesta. Me encontraba en la parada de la guagua, frente a una iglesia, cuando eso sucedió.

Habíamos quedado en llevar al viaje entre todos unas botellas de bebidas alcohólicas; a mí creo que me tocó llevar dos y los "taxis"; al final fui casi el único que cumplió; creo que el otro que las llevó fue Juan Carlos.

Toño, a pesar de lo que le habíamos insistido en que fuera, no quiso ir, pues decía que era mucho gasto. Yo, le decía:

-Por eso no te preocupes, la cosa es ir allá, el dinero ya es cuestión de planteárselo allí.

Habíamos ido a una agencia de viajes, que nos habían aconsejado la gente de Tenerife; cuando fuimos, el de la agencia nos dijo:

-Ya sé que son personas serias, pues son estudiantes de farmacia.

Aunque no puedo afirmar si lo diría en serio o no, al ver las distintas pintas de los allí presentes; ya no destacaba tanto, ahora sería por todo lo contrario, pues llevaba el pelo demasiado corto por las patillas y ascendiendo poco a poco. De todas formas me seguía creyendo discriminado dentro de la carrera.

La ropa que me compré me gustó un huevo, y con ella parecía que era un licenciado guapito, con mi ropa nueva y moderna. O sea, un estúpido es lo que era.

Cuando llegó el día, nos fuimos al Reina Sofía, y allí esperamos a la gente de Tenerife, pues el avión salía desde ese aeropuerto a Barcelona. En el aeropuerto aparecieron unos cuantos con sus padres, quienes se

e-libro.net

asombraron al ver que mi bolsa de mano iba llena de bebidas alcohólicas. Y eso que no veían la cantidad de “taxis” que llevaba.

Allí sólo tomé un cortado, pues había que economizar, y los aeropuertos son caros.

Llegamos a Barcelona de noche, también es verdad, que salimos tarde de Tenerife. Cuando llegamos al aeropuerto catalán, nos recogió un autocar que nos sacó de la capital y nos llevó a la Costa Brava. Allí nos dejó en unos apartamentos aislados de todo; nos habían estafado y timado.

Los apartamentos estaban como en una isleta rodeados de agua por todas partes, menos por una carretera. Era tal el timo, que unos extranjeros se estaban haciendo el agosto, pues tenían un botillo de fibra en el que pasaban gente del islote donde estábamos hasta la playa, a la cual era imposible ir, si no era por ahí, o bien dando un rodeo enorme; eso nos parecía a nosotros, que veníamos de un lugar donde las distancias son mínimas, aunque la estafa no dejaba de ser auténtica.

Llegamos por la mañana temprano y hubo ciertos problemas en buscar a quien nos diera las llaves; al final todo se resolvió y nos fuimos cada grupo a sus apartamentos. En el nuestro estábamos: Antonio G., Tomi, Octavio, Juan Carlos y yo. Sólo habían tres camas, así que nos las debíamos repartir. De entrada hicimos un fondo común entre los cinco, en el que poníamos unas mil quinientas pesetas cada uno, con lo que teníamos un coche de alquiler para casi todos los días.

El inconveniente más grande, había sido, que a Antonio G. le habían extraviado la maleta, y estaba en el extranjero; “se la traerían lo antes posible” le dijeron en el aeropuerto.

Al tener más o menos la misma constitución que yo, se puso mi ropa; incluso una camisa que era de mi hermano, y que me había dejado, para que fuera de ligón a esas tierras, que a mí no me gustaba nada, a él le gustó muchísimo. Era blanca grisácea con muchas rayitas en colores amarillos y grises. Él, Antonio, se la puso unas cuantas veces, a pesar de tener ya su ropa allí, pues yo le dije que se la prestaba mientras estuviéramos allí. Según parecía le gustaba bastante.

Fueron a alquilar el coche, y éste, por estar en un sitio turístico nos salió algo “salado”, pero sólo hubo que poner un poco más para gasolina.

Salíamos todas las mañanas con el coche, Octavio, a pesar de haber pagado con nosotros, se iba con Toñín pues él iba lógicamente con los ricos. Nosotros éramos todos unos muertos de hambre.

Las salidas mañaneras eran difíciles de describir pues siempre “chupábamos mucha carretera”, e íbamos a sitios más o menos iguales que en las islas. La verdad, no me pareció que aquello fuera tanto para gente rica, tal como me había imaginado.

Contaré cosas salteadas, aunque intento llevar más o menos un orden.

Un día fuimos a las piscinas del hotel, y Granados y un servidor, llevábamos una botella con “cuba libre”, allí vi a dos extranjeras jovencitas en top-less, tan sumamente apetecibles, que se me fueron los ojos hacía sus soberbios cuerpos. Ellas me miraban extrañamente, como diciendo, “Por qué nos mira tanto ese chico”, “Menudo trío me haría yo con estas dos ‘chavalas’”, pensaba.

Mientras, Antonio hacía de relaciones públicas con el encargado de vigilar las instalaciones, no un guarda jurado, sino alguien que bien podría ser el hijo de la portera, o similar parentesco, el cual no sería extraño que tuviera menos dinero que nosotros. Antonio se lo ganó dándole un par de paquetes de Marlboro.

Después de eso, Antonio desapareció, durante un cierto tiempo. Cuando llegó le susurré:

-Joder, mira que dos chorbas más buenas hay ahí.

El miró, pero no dijo nada.

A mí me faltaba algo de cara como para acercarme y decirles si querían acostarse conmigo.

Esa fue la única vez que lo pasé más o menos bien dentro de lo que era el recinto para ocio de los apartamentos. Allí, según creo no había que pagar, y si había que hacerlo, yo no lo hice.

Otra mañana, me fui con una compañera de clase, era de Santa Cruz, y la pobre su familia tampoco manejaba mucho dinero que digamos.

Ella estaba bien de cuerpo, puede ser que fuera por necesidad como yo. Tenía un bañador enterizo en tonos negros que le quedaba francamente bien, tenía el pelo cortito. Cuando les dije mi odisea a los del piso, Antonio dijo:

-Pues a mí ella me cae muy bien.

En la playa íbamos ella por arriba de un montículo y yo por la orilla, aun así le sacaba todavía un poco en altura. Pocas veces me había sentido tan observado por tanta gente, pero y esto es cierto, parecía que todo el

e-libro.net

mundo me miraba, claro como que nosotros íbamos luciendo nuestro cuerpo y nuestro bronceado por toda la playa, cerca del mar, por la orilla, justo donde casi todo el mundo tiene puesta la mirada.

Nos fuimos a un bar en la arena, y allí tararí que te vi, nos tomamos una cerveza, yo invitaba; esta se acabó enseguida (ella no quiso, o por no beber o bien por no hacer gasto, después de todo se lo agradecí), y nos fuimos de vuelta al piso, no fluyó más magnetismo entre los dos mas que el de dos compañeros de clase jóvenes, con buenos cuerpos.

Regresamos al piso, y allí, como no había nada para comer, me serví una copa. Puse el cassette, el mío, pues era el único que lo había llevado, y más mal que bien me puse a mirar el paisaje; lo que se veía eran montones de apartamentos iguales al nuestro.

No se quién fue, pero lo cierto es que uno de nosotros dejó una de las toallas blancas del piso en la cocina, cuando me di cuenta, algo se estaba quemando, fui a la cocina y allí en un quemador eléctrico estaba dorándose la toalla.

Nos secábamos todos con las mismas toallas, estas, al principio eran blancas, pero ya al segundo o tercer día estaban grises y negras.

Calculo que ya llevaba dos días sin dormir.

Quiero recordar que fue en Cadaqués (que más tarde me enteraría que allí estaba el castillo donde residió Dalí), donde lo único que sé, es que en una terraza medio destartalada, era donde mejor lo pasé, en mucho tiempo desde que había empezado el viaje.

Seguía sin haber podido olvidar a Águeda, bueno, más que eso, me sentía inseguro con las mujeres.

Una tarde, nos fuimos cerca de la playa, con unas bicicletas que habíamos alquilado; iban las niñas (las chicas del clan, según se habían autobautizado, Pilarillo y sus amigas, clan este distinto al que habíamos formado en La Laguna), Juan Carlos, Tomi, y el menda. Nos sentamos a tomarnos unas cervezas, cuando de repente veo, a un chico que iba de hippy, bebiendo de una botella plástica con agua que guardaba en su mochila. Me causó un gran impacto, y me dieron ganas de ir a hablar con él. Aquel no era su ambiente, mío tampoco, pero yo ahora pertenecía más a él que ese individuo.

Ni siquiera levantaba la cabeza de lo humillado que se encontraba, estoy segurísimo que estaría arrepintiéndose de la mala hora en que había ido él a la Costa Brava. Me recordaba a mí hasta hacía muy poco, la época en que era igual a él.

Tomi se había medio enrollado con una italiana, de piel blanquita y llenita de carnes, dentro de ese estilo estaba ella muy bien. Trabajaba en la pizzería que estaba en los locales comerciales bajo nuestros apartamentos.

Un día, casi al final, fui a comer con Tomi allí, me sentí desplazado, pues estaba claro que ella iba a por él, bueno, ya había ido, y ahora parece que se quería quedar.

Aunque después cuente cosas que hice en esos tres días, lo cierto es que con las Delgamer® y el alcohol, estuve tres días sin dormir y sin comer.

Tal fue eso, que al tercer día, por la mañana, vacié en la gente del piso un extintor, todos, sobre todo Antonio se cabrearon muchísimo; el extintor era rojo, enorme y pesado, y sacaba una especie de polvo blanco, del que llené a todos los del piso. Después, cuando volví a la realidad dije:

-!Ay! ¡Perdón, lo siento!

Bastante preocupado me quedé, no, no eran cosas de persona normal.

Después de eso bajé y empecé a consumir en los locales comerciales; después cansado y vacío subí otra vez al piso para vestirme para la noche.

La noche anterior, habíamos estado chupando carretera, con la gente de clase (las chicas del clan), de pronto, llegamos a una superdiscoteca, que tenía un muro larguísimo, y allí en letras enormes, estaba escrito “PASARELLA”; me gustaron tanto las letras de cartón, que pensé en llevarme una para mi cuarto de Las Palmas.

Creo que era una R la que cogí; cuando estaba cerca del coche para meter la letra, siento a dos que vienen detrás de mí, y me cogen por los pelos. Me iban a dar una paliza de padre y muy señor mío.

Enseguida en mi defensa salieron las chicas del coche, y ellos, mis agresores, se calmaron, mientras decían:

-¿Eras tú? !Cabrón!, el que cogía todas las noches las letras.

Ellas le explicaron todo, y quedaron tan satisfechos con las explicaciones, que les dieron un montón de entradas gratis, y fichas para jugar en el minicasino, aunque ellos le llamaran “El casino”.

e-libro.net

Al día siguiente por la noche, fuimos para allá, era mi tercera noche de vigilia, fui bien vestido, con los pantalones de pinzas y la camisa vaquera azul celeste.

Entré y todo me parecía impresionante, era de las primeras veces que no se metían con algo de mi indumentaria cuando iba a entrar en un sitio de moda. Yo estaba cambiado. De chicos sólo iba Juan Carlos conmigo y el resto eran chicas. A May no la había vuelto a ver más; sé que su novio había ido allí, y creo que un grupo en el que ella estaba, habían alquilado un coche.

Entré, fui al casino, vi lo que era, y con una sonrisa en la boca, de lo mierda que era aquello, me fui a la barra. Pagué una consumición y sin saber cómo, me puse a bailar, fatal está claro, aunque, qué hombre nace sabiendo bailar.

De pronto vi a una chica que me estaba mirando fijamente; entonces, no sé cómo, me acerqué a ella y me puse a hablar. Era sueca. Estaba muy bien, tal que Juan Carlos se quedó alucinando con ella.

Nos fuimos a sentar y allí consumimos (yo pagaba) y hablamos; lo que me dijo no debió tener mucha importancia, pues de nada de ello me acuerdo, a no ser que ella no me consideraba estudiante de farmacia, que más parecía uno de letras, al igual que ella.

Mientras, pensaba para mí: “Y tú no pareces una estudiante de letras, sino una ricachona buenorra”.

Allí estuvimos bastante tiempo, hasta que la “disco” cerró.

Cuando me quise dar cuenta, estábamos en el coche de su amiga y al volante iba un portugués negro, o mulato, que hacía de relaciones públicas en la disco.

Según me dijo “mi ligue”, la amiga estaba muertita por el portugués; esta última no estaba tan buena como la que yo llevaba al lado.

Nos fuimos, después de medio cabrearse la sueca porque yo no tenía coche, y tener que ir con los otros.

Fuimos atrás y le di un par de besos en la mejilla, ella no respondió y no hice nada más.

Paramos en un bar que todavía seguía abierto, allí ellos desayunaron y yo me largué un güisqui, mientras hablaba con un gitano de la Costa, que estaba con nosotros, amigo del portugués. Él me decía

-Está bueno el peluco de esa tía...

Señalando para el de la amiga.

Rápidamente le dije a la sueca que iba conmigo, que tuviera cuidado con el reloj de su amiga, que se lo dijera, pues el raterillo, estaba echándole el ojo. No le oí que le dijera nada, a pesar de que consideraba que mi inglés era perfecto y que por tanto, me había entendido.

Lo siguiente que pasó, ya se me ha borrado de la mente, salvo que la sueca me dijo que fuera al día siguiente, yo le dije que seguramente me iría a Francia, y al otro día ya regresaba a mi isla. Eso era en principio lo que pensaba hacer.

Cuando me quise dar cuenta, me vi que estaba en la carretera camino al apartamento, en eso que veo a las chicas del clan, que me tocan la bocina de su coche, las vi y me fui con ellas, a casa de unos estudiantes amigos de mis amigas, uno de ellos era farmacéutico, al otro era un amigo palurdo y analfabeto, y no es que tenga nada contra los analfabetos, sino que tienen acceso al dinero por otros medios distintos, de forma más manual.

De todas maneras, el más decidido, y con mejor aspecto, más saludable, era el farmacéutico.

Me senté, pero tenía tanto sueño, que me quedé totalmente dormido, encima de un sillón; a ellas les dio tanta pena, que me llevaron al cuarto de ellos; cuánto tiempo estuve durmiendo, no puedo asegurarlo, pero algo estuve, a pesar de que cuando me levanté, ellos aún no habían desayunado.

Me di una ducha y me lavé la cabeza con un jabón que por lo que entendí, había hecho el farmacéutico.

El pisito donde se alojaban estaba francamente bien, con el mobiliario en tonos marrones, pequeño, pero suficiente para ellos dos.

Tenían a la entrada una tabla de surfing y me dije: “Vaya, jóvenes, ganadores y deportistas, lo tienen todo”, pero a ellos no les dije nada.

Me dijeron, después de ducharme, que vendría una francesita a desayunar con nosotros, era una vecina.

-Muy bien -dije...

Empezaba a progresar, pues notaba como se me acercaban las chicas, a pesar de que no me acostaba con ninguna; pero ya no iba de fracaso en fracaso.

Por otro lado: ¿Se han dado cuenta qué día tan internacional había tenido?

e-libro.net

Nunca me había pasado tal cosa; cosa por otro lado difícil que ocurra si no es en zonas turísticas. Pero "¿Y yo, paleto de mí, de dónde venía?" Sí, pero adónde iba precisamente en mi isla: pues a sitios donde el turismo no llegaba, por ser sitios de acceso difícil.

Después de la agradable compañía y tras hablar un medio "spaninglis" con los tres, decidí irme a nuestro piso. Eso hice y cuando llegué, todos estaban a la expectativa, pues Juan Carlos era el último que me había visto del piso, y había contado que me había ido con una extranjera potentísima.

Antonio Granados, por su lado, se enrolló con una catalana, por lo que prácticamente no solía salir mucho con nosotros.

¿Se dieron cuenta cómo esa mañana fue la primera en la que comí algo?, que no fue mucho, por cortesía y porque tan feliz estaba que no tenía hambre.

De todas formas, ese día decidimos comprar un pollo asado. Al mediodía, después de salir un rato por los alrededores, compramos en el pueblo un único pollo y éramos cinco. Ya me dirán ustedes lo que tocaba para cada uno.

Quien me dejó asombrado con su monstruosa forma de comer fue Antonio, quien repasó todos los huesos, los de él y los de los demás. Algo asombroso, desagradable, y antihigiénico.

Me dejó asombrado la movida de Juan Carlos y el poco respeto que tenía por el arte de la fotografía. Sacaba fotos a todas horas, sin ton ni son. Me refiero, al menos ahí era donde lo veía, cuando íbamos en el coche.

Yo llevaba mi cámara y sacaba fotos a lo que pensaba que era algo interesante, pero él no, disparaba y disparaba, sin pensar, moviéndose sin cesar.

Se turnaban entre los cuatro para conducir. Cada uno conducía a cual más locamente; una vez íbamos por la autopista, a una considerable velocidad, cuando dieron, creo que Antonio, un frenazo que nos dejó a todos secos.

Ese día por la noche, fuimos todos a un bar muy cuco; nos llevaron Antonio y Octavio; tenía unas mesas al aire libre, como en una especie de jardín muy mal cuidado. Recuerdo que estaba vallado, con una verja en un estado totalmente deplorable.

Yo había quedado con la sueca, en que no sabía si ese día iba a ir a la discoteca o no, ya saben.

Al final, después de pasar un buen rato bebiendo y bebiendo sin casi dinero, fui con Pilarillo y su clan a la disco. La casualidad es que cuando estaba allí, vi a lo lejos a la sueca, pero con su novio, un chico inteligente y rico, eso parecía por su aspecto.

Una cosa que me doy cuenta hoy, pero que ni ese día ni en los sucesivos me percaté, era que el novio llevaba una chaqueta, que de lejos parecía la típica de los profesores; analizándolo detenidamente, llegué a la conclusión de que esas chaquetas son de invierno, y no obligatoriamente de profesores.

Ella iba fenomenal, de noche, con un traje negro (y ahora que lo pienso, me pregunto: "¿para que me dijo que fuera a la discoteca al día siguiente si iba a ir con su novio?")

Miré al frente y lo primero que encaré fue a ellos dos. Yo, que horas atrás había preguntado a mucha gente, que qué ropa era la que mejor me quedaba, llevaba finalmente lo mismo que la noche anterior.

Fue tal la vergüenza que sentí hacia mi persona, que cuando los vi, bajé la cabeza. Él, el novio, debió extrañarse por algo, pues de reojo vio en mi algo raro, aunque me imagino que no sospechase nada, muy inteligente y muy celoso debía de ser para sospechar algo.

Ese día me fui prontísimo, con la cabeza gacha, "todos los días no pueden ser fantásticos", me dije. Me dirigí al piso y allí dormí en el sillón de afuera, pues el único cuarto estaba ocupado.

Me sentí realmente bien al dormir.

Un día que volvimos a alquilar unas bicicletas, me fui con Juan Carlos por una zona por la que nunca habíamos estado; pasamos por unas arboledas simétricas y paralelas, acojonante el paisaje; allí nos pusimos a hacer gimnasia, y me di cuenta del fondo físico de Juan Carlos. Según me enteré más tarde, él practicaba artes marciales; "ya me extrañaba a mí ese cuerpo tan atlético".

De todas formas no le consideraba un gran deportista.

El gran deportista era yo, que hacía todo perfecto y que me fumaba unos dos paquetes de Coronas al día, o más.

Ese año, con Antonio, me había acostumbrado a intercalar algunas veces un par de Camel sin filtro, cigarros que él fumaba. A veces le pedía un cigarro y otras veces se lo dejaba yo, pues en ocasiones yo compraba cigarros de esos.

e-libro.net

Juan Carlos tenía el carnet de moto y una mañana se fue con Tomi (a mí no me invitaron), a alquilar una para irse los dos hasta Francia. Cumplieron un sueño, estar en suelo no nacional.

Me molestó un poco que Juan Carlos no me hubiera escogido para esa aventura internacional, a pesar de que seguramente la habría rechazado, pues no me fiaba mucho de él, como para saber que tenía suficientes reflejos en la moto.

Esa y otra noche, hicimos en el piso la "fiesta del cava" la cual consistía en que sólo (que no era cierto, sino que se bebía de todo) se bebería cava. Lo malo es que sólo habíamos comprado dos o tres botellas.

Allí fueron algunas chicas y los ligues de los dos machotes; la de Antonio llevaba una escopeta, en realidad se trataba de una menor, a pesar de ir vestida fenomenalmente, marchosa pero de lujo.

Al verla sola, me acerqué a ella y me confesó:

-Buah, cuando realmente se pasa bien aquí, es dentro de un mes, cuando se llena a tope la Costa Brava.

Queriendo o sin querer estaba menospreciando nuestra fiesta. "Ay la bobita marchosa" pensé.

A pesar de ello intenté darle conversación, a sabiendas que nuestra fiesta, y nosotros en sí, éramos unos muermos y unos aburridos. Lo sabía, y sabía lo agradable y "moesna" que ella era, a pesar de ello, seguí un rato más intentando hacerla hablar; después, bien entrada la noche, se deshizo la fiesta.

Ya lo de Águeda estaba "casi" superado, me decía, a pesar de que a veces me entraban ganas de llorar y gritar, pero como buen occidental civilizado que soy, no lo hacía.

Quizás soy tan occidental, que de entre todos los europeos, los canarios y los de las Azores, somos los más occidentales, y luego ya pasando el océano tendríamos a los americanos.

Los americanos, que son muy rápidos y muy novedosos, eso es tal, que creo que fueron ellos los primeros en instaurar una nueva ciencia, la "Basurología", aún recuerdo ver ese articulo en el Semanario del País, todos ellos con batas blancas y demás. Esto me resultó impactante, y pensé: "tanto estudiar en las aulas, para después estar rodeado siempre de basura; no me lo explico". Hoy lo único que me explico es que debe estar bien pagado, pues el andar con la mierda es muy desagradable, y si encima es de otros, pues más desagradable aún. Sé que cuando a uno le vigila la policía, investigan también en sus basuras, pero no es lo mismo investigar la de uno, que la de todo el mundo y esto es debido a que uno (yo), tiene un concepto tan alto de uno, que incluso su basura es más limpia, higiénica y estética que la de los demás, incluso diría que más artística. ¡Manda cojones!

Cierto día, Octavio dijo de ir a ver el museo Dalí y yo le dije que de acuerdo, pero que antes nos fumáramos un porrito para ir alucinados. Él me contestó:

-No hace falta que fumes nada. Sólo con verlo, alucinarás.

Seguramente él no tenía ganas de fumar y por ello no fumamos. Fuimos al museo, y la calle donde se encontraba era feísima. Creo que había como una torre de neumáticos a modo de escultura. "Qué rara es esta calle", elucubré.

Entramos al museo, todos, y allí nos dividimos, unos íbamos por un lado, otros por otro. Lo primero con que me encaré, fue con unos cuadros hechos como de piedras; geniales, sobre todo los primeros, luego ya se repetían mucho los motivos, y algo cansaba.

Creo que mi decisión de tomar el camino que tome, para ver bien todo fue la idónea, pues a medida que iba viendo cosas, más me alucinaba. "Este tío era genial" (!qué descubrimiento!) pensé, a pesar de considerarlo un poco caradura, pues en los últimos años de su vida, cogió una calabaza, dibujó sus contornos sobre una tela con sprays, que dudo que tuvieran algo de especial, y luego su famosa firma, total medio millón de pesetas, en segundos, o vamos a poner en minutos, hizo un trabajo de medio quilo, y en aquellos años. Era para el programa "Un, dos, tres".

De todas maneras si quieren saber mi opinión, era genial y lo demostró con sus obras, por muy facha que fuese.

Otro día salimos a chupar carretera e hicimos lo que hacía un tiempo queríamos hacer, unos cilindros como de trigo estaban por todo el campo y en uno de ellos, nos bajamos y sacamos un montón de fotos.

Pasamos por ríos, fuimos a playas y por zonas más caras que en la que nosotros nos alojábamos. En definitiva, vimos todo lo que quisimos. También fuimos a un museo arqueológico, que comparado con el de Dalí, ese no tenía nada que hacer, ya no sólo porque fuera más pequeño, sino por su poca originalidad y falta de piezas arqueológicas más importantes (o importantes, pues casi no había nada). Pío Baroja diría con razón que soy un ignorante total y absoluto.

Un hecho curioso es que tampoco fuimos a ninguna iglesia ni catedral. De eso me percaté más tarde.

e-libro.net

Tomamos un café cortado en un bar, y eso fue suficiente almuerzo.

Por la noche, una chica que según decía iba detrás mío, y que a mi ella no me gustaba lo más mínimo, aunque como dijo Águeda de mí, “me halagaba”, pues algo le seguía el juego, más que nada por un sentimiento de vanidad, que todos tenemos, al sentirnos queridos.

Fui a su piso, y estaba con la gente más rica de La Laguna, por lo que tengo entendido, ella pertenecía a una familia rica, pero la pobre era fea, con un bigotito tan mono, que la hacía parecerse a un soldadito.

Ese día dormí en el piso, ¿dónde?, no puedo decirles, pero sé que sí dormí pues al día siguiente nos íbamos de la Costa Brava.

Balance: muy, pero que muy positivo.

Me estaban convenciendo para que fuera a Barcelona (donde íbamos todos, pero para que me quedara). En el trayecto, me puse en la parte de atrás de la guagua, y allí fue Tomi, más feliz que unas pascuas, por lo que le había pasado con la italiana; estaba en pleno éxtasis.

Ya en el aeropuerto, decidí quedarme en Barcelona, tuve que pagar por cambiar el pasaje, y me quedé con unas quinientas pesetas.

Estábamos Juan Carlos y yo solos, debíamos coger el último metro que iba para la capital, a la pensión donde estaban Octavio y Antonio. Llevé a Juan Carlos a toda velocidad. Tuvimos suerte y cogimos el metro casi cuando iba a salir.

Pedí unas cinco mil pesetas prestadas; a quién, no recuerdo, y tampoco recuerdo la cantidad exacta, aunque creo que era esa. No creo que llegara a pagar nunca esa deuda, a pesar de que sospecho que se lo pedí a Octavio, tras tragarme mi orgullo.

La pensión era una mierdita, y en ella alquilamos Juan Carlos y yo otra habitación, pues ellos no querían que estuviésemos con ellos. Me duché, al igual que Juan Carlos, y ellos nos invitaron a un frugal desayuno-almuerzo-merienda-cena, con un trozo de queso y alguna que otra escasa vianda. Comimos, y dejamos los carnet de identidad en la recepción del hostal. Había allí mucha gente mayor (de unos cuarenta y tantos); Antonio, Juan Carlos y yo, salimos a pasear y a ver la ciudad, Octavio se puso a dormir.

Dimos un paseo por Las Ramblas, donde vi por primera vez a vendedores de papel impreso, con un uniforme; quizás fuera porque todos los quioscos pertenecían a una misma empresa, o bien porque entre ellos, unos y otros, se hubieran puesto de acuerdo para ponerse una bata azul marino; a pesar de ser verano, y cascar bastante el sol.

De vuelta a la pensión, vimos como la puerta estaba cerrada, por más que la golpeamos, nadie fue a abrirnos. Fue un fallo nuestro, y pagamos el ser unos paletos ignorantes (aunque tendrían que habernos avisado).

Volvimos a Las Ramblas, y Antonio se compró un comic para adultos, que era su hobby.

Juan Carlos estaba superintranquilo. Antonio se sentó a leer, y yo no quise ponerme en el suelo para no ensuciar mis desteñidos pantalones.

Allí pasamos la noche, casi sin hablar entre nosotros.

Cuando abrieron la puerta entramos y dimos un par de cabezadas (no al portero, sino en la cama), cada uno en su cama.

Ibamos a estar un par de días en Barcelona y teníamos que ver lo máximo posible. Salimos otra vez a Las Ramblas, allí, unos chicos que no tenían ninguna pinta de drogadictos, ni nada por el estilo, me atacaron, y me dijeron si quería chocolate; yo les dije:

-Déjenme verlo.

-Mira, toma...

-Y ¿Cuanto sale esto? -les interrogué.

-Un talego.

-Tómalo -y les di el talego.

Me habían pasado un buen trozo por tan sólo mil pesetas. Por allí, pidiendo documentación estaba la policía nacional, con el furgón en medio de Las Ramblas.

Les dije a mis amigos el buen negocio que había hecho y que nos fuéramos a un sitio a fumarnos un porro.

e-libro.net

Nos fuimos a unas terrazas que lindaban con el paseo, allí nos sentamos, me pareció que aquello tenía pinta de carísimo, no pedí nada, por no hacer más gastos. Era una plazoleta rodeada por tres lados de grandes y antiguos edificios, se notaba que era una zona cara, de postín; por otro lado daba a Las Ramblas.

Nos hicimos un porro y nos lo fumamos, después decidimos ir más adelante. Llegamos al puerto, y allí nos llevamos el primer souvenir de la gran ciudad. Estábamos en un barquillo que decía, que daba la vuelta al muelle. Nos subimos, pagamos y nos acomodamos en la proa. Se subió un señor mayor con una niña que debía ser su nieta.

El souvenir fue el inmenso enfado que se cogió el señor con el barquero, por dos o tres pesetas que le dejó a deber el barquero. Vimos como debía ser cierto lo que se oye sobre lo tacaños que son los catalanes.

Dimos una pequeñísima vuelta a una pequeña parte del muelle, pues supongo que el puerto de Barcelona ha de ser enorme.

Vimos el teleférico, y pensamos en cogerlo, aunque a todos nos trincaba que pudiera costar muy caro.

Vimos una reproducción de una de las naves de Colón, a la que no entramos, pues nos pareció que debían de cobrar por entrar (se nos pegaba la tacañería de la que se han hecho objeto los catalanes).

No vimos a Colón, a pesar de ser una escultura imprescindible de ver, con su mano señalando para América.

Dimos el pequeño paseo por el puerto y regresamos a tierra; era una pequeña estafa.

Vimos por Las Ramblas un edificio que enseguida asocié acertadamente a Gaudí.

En esto que uno atacó a Juan Carlos y él me dijo:

-Vamos, que nos van a vender chocolate barato.

-¿Dónde? -le pregunté.

-Allí enfrente, nos esperamos en la esquina y él nos lo trae.

-!No!, ¿no ves que es una estafa?, que nos van a robar; que lo traiga aquí si quiere.

El individuo tenía una pinta de matado y de chorizo impresionante.Juan Carlos no me dijo nada más.

Nos metimos, desviándonos un poco de Las Ramblas, en un bar de muy mal aspecto, pero que a todos nos gustó, pues sabíamos a ciencia cierta que era barato.

Allí pedimos una botella de cava casero. Era a cien pesetas cada una. “Magnífico, pensé, un peo baratito”. Del dicho al hecho no fue un trecho, sino todo lo contrario. El peo estaba servido y por muy poco dinero.

Posteriormente nos fuimos a una zona de más movimiento; Barcelona es una gran ciudad, y tiene zonas para todos los gustos. En esa parte, vimos una agencia de viajes, que cara al público tenía una foto de la estatua de La Libertad; allí se pusieron ellos a hacer cosas, chorradas, para que les sacara la foto. Aún conservo algunas de aquellas fotos.

Por último, como nota final de ese día, estuvimos en uno de los lados de una iglesia enorme; no sé cómo se llamaba, y no entramos a ella, sino que nos quedamos en el lateral, escuchando la música de unos músicos ambulantes que tocaban rock y blues, eso me pareció a mí, que bien podría estar equivocado.

Nos fumamos allí un par de porros, en el improvisado concierto. Por ese día ya había sido suficiente, así que fuimos a comprar pan de molde y embutidos en un supermercado y nos fuimos a la pensión, donde cada uno en su cuarto, nos comimos lo que habíamos llevado.

Caí rendido en la cama inmediatamente, y no paré de dormir hasta el día siguiente. Por la mañana, tras asearme y desayunar lo poco que había sobrado del “almuerzo”, salimos y nos fuimos a ver La Sagrada Familia; no se podía entrar pues estaba en obras, pero por fuera era impresionante, como para dejar mudo a cualquiera.

Estando allí, vimos a Quique y a más gente, que al igual que nosotros, se habían quedado en Barcelona haciendo turismo. No les hizo mucha gracia el vernos, por lo que parece, pues se desaparecieron en seguida. Seguramente no les gustaba nuestra presencia, pues si no, no me explico ese “mutis por el foro” tan repentino.

El siguiente sitio al que fuimos fue al Museo de las Ciencias; a mí no me gustó mucho. Entramos en un submarino enano, y a otras salas que ya no recuerdo. Tampoco recuerdo si “el planetario” estaba allí mismo o en otro sitio, lo cierto es que en él nos metimos, y eso sí fue maravilloso, genial, ver sobre uno, en una gran cúpula y con la luz apagada todas las estrellas y constelaciones, y una voz que iba explicando todo lo que veíamos. Genial, algo impresionante. Fue acojonante, pocas veces me he alucinado tanto con las estrellas, y eso que en Los Secos me gustaba mucho y me embelesaba viendo el cielo por la noche.

e-libro.net

Salimos de allí y fuimos lejos, por Montjuïc, queríamos subir pero no nos pusimos de acuerdo, subimos algo, pero no creo que eso fuera todo. Lo dejamos.

Ya no recuerdo nada más de esa impresionante ciudad, y de nuestro viaje relámpago.

Ese día salía yo por la noche, creo que fui con Juan Carlos en el avión.Fuimos por el aeropuerto del sur de Tenerife. Él creo que se sentó en la parte de no fumadores, y yo en la de fumadores; entre otras razones porque estaría más que harto de estar a mi lado. Uno necesita muchas veces intimidad y soledad. Al menos yo muchas veces busco el alejarme, y eso hicimos.

Cuando llegamos a Tenerife, nos despedimos y cogí la guagua que me llevaba a Santa Cruz.

Allí me llevó, y de allí cogí otra a La Laguna, adonde llegué sobre las ocho de la mañana; aún me quedaban un par de horas, hasta coger el avión que me llevara de Los Rodeos a Gando. Fui a casa de Pine, y la saqué de la cama; fueron algo sobresaltados a abrirme, pero cuando se dieron cuenta que era yo, se tranquilizaron y no me dijeron nada.

Desayuné con ellos y les di un pequeño sablazo económico; para ellos poca cosa si pensamos que los dos trabajaban.

Ya repuestas las fuerzas, me despedí de ellos y fui al aeropuerto; éste estaba cerrado, así que busque un sitio refugiado donde sentarme. Allí vi a un chico, de ciudad total, era de Barcelona, y lo primero que me dijo era lo caro del pasaje. “Otro souvenir”; le dije que sí, que a los canarios nos costaba mucho dinero trasladarnos de un sitio a otro.

Me contó:

-Yo voy a Fuerteventura, en busca de una chica que fue hace poco a Barcelona y de la que me he enamorado.

-Si lo que quieres es marcha, más hay en Las Palmas, por la noche, a partir de las doce, que en Fuerteventura; allí no hay casi gente, es tranquilo - le informé

-No, yo voy a buscar a esa chica de la que me he enamorado, esto creo que va en serio.

Pasando fresquito estuvimos, hasta que abrió el aeropuerto. Cuando abrió sobre las diez o nueve y media, observarán que no son muy madrugadores en ese aeropuerto, que por otra parte se estaba quedando obsoleto, y no sé si estaban pensando en cerrarlo del todo al público, más que nada por lo inseguro que era, me puse en la cola de lista de espera, y me apunté, era fácil, en seguida me dijeron que sí saldría. Me fui pues al bar de arriba, donde había mucho ejecutivo barato; estaba claro que eran mediocres vendedores, dándoselas de tener dinero y de ser gente de mundo, pero nadie entraba al bar, en el que me tomé sólo un cortado con agua. Como verán, desde que Águeda me dejó, mis vicios se habían incrementado una burrada, entre ellos el café, aunque éste, bien mirado, era un mal menor.

Llegué a Las Palmas renovado, ya Águeda no estaba tan en primer plano, ahora estaba al plano y medio; no, esto es un broma, empezaba a valorarme más.

Ese verano no fuimos a Los Secos, pues ya no se me apetecía estar allí solos, pasando calor e incomodidades. En cambio si fui unas cuantas veces con Tomi a la playa. En primera línea de Las Canteras, sus padres se habían comprado dos pisos, uno para una de sus hijas y su familia, mientras le daban a ella el que se había mandado a construir, y otro para el matrimonio y Tomi, que ahora empezaba una nueva etapa.

A Tomi se le veía pletórico, era un ganador, estaba dentro de los pocos que en breve terminarían la carrera. Yo, todavía tenía algún que otro problema que solucionar.

Algo estudié, poca cosa, y algo di clases particulares, muy pocas, aunque no recuerdo la cara de mis alumnos. Como digo íbamos a la playa y allí jugábamos al disco y dábamos paseos.

Los viernes y algún que otro día más, íbamos Antonio, Miguelo y yo, a casa de Tomi, y allí nos tomábamos unos güisquitos, de “100 Pipers”; a Antonio el que le gustaba era el J&B, aunque esto lo consideraba yo que no era de bebedor de güisqui; “de caballeros, pensaba yo, era el acto de beber 100 Pipers”. Seguro que era una deformación que tenía de lo que era un caballero, por la imagen que me había formado con mi padre.

El piso de Tomi (sus padres), estaba fantástico.

Tomi se sabía ganador y eso me dejaba entrever, también me hablaba de la italiana, y la buena experiencia que había tenido.

El piso estaba amueblado modernamente, y se caracterizaba porque todo dentro era nuevo. El padre se había hecho con un poco de dinero con la tienda de comestibles.

e-libro.net

Una cosa le preocupaba a Tomi, y era, según me dijo una o dos veces, pocas, que el padre quería que él se hiciera cargo de la tienda, pues estaba pensando en retirarse.

Entre otras cosas, lo que íbamos a hacer a la casa de los padres, probablemente era beber güisqui, aunque poníamos como disculpa el ver fotos y diapositivas. Antonio sospecho que estaba alucinado del nivel de la casa de Tomi, pues intuyo que no lo tenía muy bien considerado.

Antonio no era rico, pero para ir tirando tenía.

Nosotros éramos pobres, a pesar de los pesares, de todas maneras, parecía que poco a poco íbamos saliendo adelante, al menos todos los que me rodeaban, menos uno; esa era mi impresión.

De todas formas había empezado a valorarme.

Ese año, me compré en las rebajas de verano, en una boutique una rebeca-chamarrilla muy coqueta y moderna. Luego también me compré una camiseta Lois; iba cambiando radicalmente el estilo, la calidad y la cantidad de mi vestuario.

Ese año nos fuimos a sacar la foto para el Libro de Familia Numerosa, que tantas ventajas nos reportaba para las matrículas, descuentos en avión, y alguna que otra cosilla.

La camisa que llevé fue la gris de manga corta; que me hacía “moesno”, pero no muy cheli; mi pelo estaba ahora mucho más corto. En la foto del año anterior, salía con el pelo largo y una camisa de cuadritos de manga corta, y cómo no, el bulto de los cigarrillos y el mechero en el bolsillo del pecho.

Créanlo o no, ese mechero en el bolsillo, me daba algo de miedo, pues había oído decir, que a uno le había explotado el mechero en el bolsillo del pantalón, imagínense el estropicio que formó. Aunque todavía no me quería del todo, me daba miedo perder la vida, pues si explotaba en el bolsillo ese, el corazón seguro que me lo cargaba, y empezaba a vislumbrar, que la vida tenía sus cosas positivas y agradables. Aunque, seamos sinceros, a veces, me acordaba de Águeda, pero ya pocas veces desde un punto de vista de enamorado, y de querer volver a empezar, !no!, ahora pensaba rehacer mi vida con otra, aunque aún no se me acercaba ninguna chica, pero podía pensar en la sueca que quitaba el hipo (aunque si he de ser sincero, sí estaba bien, pero había algo en ella que no me atraía, pero un buen polvo, sí tenía, si eso era a lo que íbamos).

Intentaba ese año, sacar la Farmacodinamia, y no recuerdo si alguna que otra más, creo que no, pues no tenía mis nervios del todo “en forma”.

De todas maneras, ese verano salí con Antonio, el de la instaladora, y le dije que Águeda me había dejado. Él no se lo explicaba, pues nos consideraba una pareja perfecta, al menos para él; yo sabía que era sólo para él y para alguno como él, a cuyos ojos parecíamos una pareja perfecta, pues para otros muchos, entre ellos Tomi, sabían de nuestros innumerables problemas, y que no era oro todo lo que relucía, aunque eso no lo pareciera en sociedad, y era quizás, en esa vida social, donde más despegado de Águeda me sentía.

Ignoro los motivos por los que Águeda me dejó; tal vez fuera por mi ambición, aunque estando con ella, era cuando menos ambicioso he sido. Quería acabar la carrera, tener mi farmacia, y poco a poco construirnos un dúplex; que no es poco, pero tampoco es tanto, sabiendo a lo que puede aspirar uno en esta vida.

Ese verano me estaba planteando cosas del estilo de: “con la siguiente que salga, tiene que estar buenísima”, aunque hoy pienso, que sí que sea guapa, y cuanto más mejor, pero que su belleza no eclipse mi personalidad, o sea que no sea tan guapa, que sea ella famosa, y a mí se me tome por su chulo, que vivo del cuento.

Salí con Antonio Santana, y estuvimos bebiendo y bebiendo, fumamos también algún que otro porro, que era yo el que lo compraba aunque fuéramos en su coche, pues él decía que yo entendía más. También era el que más se jugaba, pues si alguna vez me llegaban a encontrar con algo, no sé qué sería de mí y mi carrera; él me decía también, que fuera yo por lo del familiar que tenía que vendía droga, y no quería que le viese a él; también es un buen argumento, aunque no sé si de mayor peso que el mío.

Fuimos a Santa Brígida, igual que solíamos ir cuando íbamos todos; la diferencia es que ahora íbamos de bar en bar y tiro porque me toca. El resultado fue tal, que el fibroso y flexible Antonio, dijo en el aparcamiento: “Espera un momento que voy a vomitar”, se apoyó en el coche y eso hizo, echó una mascada enorme, todo el vino y la poca comida que habíamos ingerido la echó fuera; seguro que era porque no estaba acostumbrado a beber.

Antonio me dejó asombrado, y más asombrado me dejó el que dijera:

- Bueno, ya estoy en condiciones de conducir.

En un bar de Santa Brígida, le había enseñado como las botellas de vino ponían: “Especialmente envasado para el bar...”. le dije como ya muchos años antes, mi padre tenía botellas de vino con la leyenda “Especialmente embotellado para el yate Marta”.

e-libro.net

Antonio, condujo hasta Las Palmas y a pesar de que él dijera que ya estaba en condiciones, a saber si había perdido todo el control y quizás viniera a la realidad a veces, que eso era lo que a mí me pasaba cuando bebía en exceso, y llegaba al punto de vomitar. En ese momento confié en él, y es ahora después de tener algo más de experiencia, cuando dudo que estuviera, como dijo, en condiciones de conducir. Quién sabe si estuve jugándome-la una vez más y a punto de perder la vida en la carretera. No sé.

A otra fiesta, aunque esta era con más intelectuales, fue la que hizo el Birula en su casa de Marzagán; era una especie de casa terrera con pretensiones de chalecito aunque no llegaba a tanto, por dentro era bastante pequeña. La novedad era que allí estaba la novia de él, que había venido de Granada, de donde era, y en donde se conocieron; recuerden que él se fue en seguida a estudiar fuera.

La novia parecía muy buena persona, jovencita y marchosilla. Era muy agradable, aunque casi no hablé con ella.

Fui con Antonio Granados, Tomi creo que fue pero con otra gente; la casa estaba, como ya dije, fuera del casco urbano de Las Palmas, aunque no muy lejos de esta.

El Birula, mientras estudiaba, se le murió el padre y la madre; se habían quedado tres hermanos solos en la vida. Uno de sus hermanos era un fiera: número uno de su promoción de derecho. Fue a USA a hacer un Máster, y también estaba entre los primeros. Salía en revistas y portadas tales como el semanario del País, era todo un fenómeno. Mientras, su hermano se dedicaba a una vida más tranquila y menos estresante. No sé si el se consideraba menos inteligente, o quizás, neciamente, se considerara más inteligente, pues diría que sabía vivir mejor la vida que su hermano; la cosa es que lo que cada uno hace, siempre se piensa que lo de él es la mejor forma de vida, esa al menos hasta ahora parece ser la norma.

Lo más destacado de esta fiesta, es que en un caldero, estaba lo que ellos llamaban la “poción mágica”, y que consistía en champán con ácido disuelto, el ácido era LSD; yo nunca lo había tomado y tenía un poco de reparo en tomarlo, pero al final me lo largué; estaba inquieto pues no sabía cuál iba a ser la reacción sobre mi cuerpo. No sé si me hizo efecto, pero a uno que allí había, que según parecía era pobre y no estaba entre los “intelectuales”, se puso a llorar y a decir que éramos unos mierdas. Intrigado fui cerca de él, a ver qué pasaba; estaba sentado en el suelo, sobre la tierra, y llorando con la cabeza vuelta hacía arriba; no sé si eso fue un mal rollo del ácido o de otra cosa, o simplemente que estaba harto de nosotros. No recuerdo si el hermano genio del Birula estaba o no, pues yo no le conocía, y no me lo presentaron.

Sólo me dijeron, mira uno de esos es el hermano del Birula, pero quizás fuera el que no estudió nada, y que se dedicaba a hacer chistes gráficos para un periódico insular; y vayan a saber si eso tenía más prestigio que la carrera de biología que cursaba (o quizás ya había terminado) el anfitrión.

La casa era pequeña, pero daba la sensación de acogedora. Un par de años después, me enteré que allí se había ido a vivir el Birula con su novia, ya esposa, aunque a esa boda no fui.

El humanista se había quedado con la casa del paseo de Tomás Morales (donde vivía en un principio toda la familia). El hermano triunfador, lo habían cogido los socialistas como asesor directo de un ministro; él de todas maneras dejó claro que no quería tener carnet del partido, sino ser independiente, esto se lo respetaron; otro inconveniente que tenía era que debía que hacer el cuartel, ellos, los del poder, le dijeron que no se preocupara por eso, que ellos lo solucionaban, que ya lo estaban esperando, y le tenían una casa esperándole en Madrid, cerca del Parlamento, en una buena zona.

Observarán que los socialistas tratan bien a sus jóvenes lobeznos.

Yo no estaba definido, ni nunca lo he estado, por ningún partido político, a pesar que siempre he pensado que soy de izquierdas, siempre que esa izquierda me respete mis pocos, escasísimos privilegios, que como ya se habrán percatado, iban de pocos a menos. De todas maneras, con el paso de los años, y por ser el partido que más tenía en mente, fui simpatizando con los socialistas, pero...

Del verano, poco más se podía sacar, como no fuese que para todo ponía la cara de payaso, tal como decía el libro de Phil Bosmans que pusiese, o sea, al mal tiempo buena cara, con lo que seguramente todo se arreglaría. No sé si daba o no resultado, pero intentaba reírme ante las circunstancias adversas.

Un día me fui de chuletada a Los Pechos, y después nos fuimos en el coche de Alberto (ya saben, el de Córdoba), quien quería darle una vuelta a la isla; ese mismo año iría con Antonio Granados.

Buscamos a Pericles en una finca, en mitad de la parte que en esa época es la más desierta de la isla; cerca de la presa de Las Niñas, por Ayacata fue donde lo recogimos. Fuimos por pistas de tierra y carreteras peligrosí-simas, llenas de curvas y precipicios; mientras, bebíamos y bebíamos de una nevera que teníamos detrás en medio

e-libro.net

de Pericles y uno; abríamos la nevera y sacábamos fresquita, cualquier bebida. Bebiendo y fumando porros, pasamos horas y horas. A veces patinaba el coche por el barro de las pistas, y nos teníamos que bajar y empujar el coche, ponerle calzos, etc, de copiloto iba Miguelo. Los cuatro nos hicimos una fiesta increíble. No recuerdo si Alberto bebía, pero sí que fumaba chocolate, pues era un porrero increíble.

Llegamos por fin de madrugada a La Aldea; habíamos atravesado de lado a lado la isla, o peor aún, habíamos ido por el lado más peligroso y largo que se podía tomar para llegar a esa parte donde pocos son los que llegan, a no ser una vez al año, en que van los jóvenes "perdidos" a la fiesta del Charco. Yo nunca he ido a ella.

Lo primero que hicimos fue ir a la playa, donde no me bañé, pues tenía frío.

Debíamos de estar toda la noche en vela, ya que Alberto no quería coger la carretera de noche. Tenía mucha razón en ello, pues si los canarios que están acostumbrados a tantas curvas, en las carreteras de las afueras, y si encima con las de La Aldea, dicen especialmente que marean y que son peligrosísimas, por algo será.

Allí de todas maneras pasamos la noche; nos metimos en un bar de gente muy roquera, al "pincha-plasticos", le dijimos que nos pusiera un par de cintas de las nuestras, él, haciéndose el hombre de mundo, las puso; no recuerdo si tuvieron éxito o no, pero nosotros aprovechamos para quedarnos hasta la hora del cierre del local. Era un tugurio.

La vuelta, al día siguiente (lógicamente sin comer), la hicimos por el sur, pasando por Mogán, pues hubiera sido un disparate volver por el mismo camino, mucho más difícil, lento y peligroso.

Una vez se pasaba Mogán, de donde me vinieron recuerdos no muy lejanos, a pesar de que paramos en Mogán del interior, no en el pesquero, para tomarnos un café, al lado de la farmacia del pueblo. Miguelo no dijo nada sobre él o Los Secos, y por tanto, yo tampoco dije nada, quizás porque se avergonzara, o a saber por qué. Yo no me avergonzaba, todo lo contrario.

No bajamos hasta la playa, sino que en la gasolinera del cruce, tan estratégicamente situada, giramos a la izquierda y tiramos para Las Palmas. Al pasar por el Inglés, Alberto dijo de ir a darnos un baño (seguro que él era de los que iba mucho por esa zona), le dijimos que no; personalmente, pues me daban miedo las aglomeraciones de personas, y no sólo eso, sino que me consideraba como un pobre diablo que no tenía dinero para nada.Llegamos sanos y salvos a Las Palmas, y cada uno se fue para su casa.

No solía ya salir todos los días, sino que por las tardes me quedaba preparándome las clases que iba a dar. Aunque no lo parezca, era responsable, y aunque nada más leerlo, ya sabía de lo que trataba y lo que tenía que dar, me las estudiaba todos los días.

Las cosas, algo parecían que habían mejorado, aunque me drogaba más que otros años, seguramente porque Águeda me daba estabilidad "¡y una mierda cochina!". Recuerden como lo que realmente me ocurría con ella, era que me sentía un inestable que tenía un complejo de inferioridad enorme. Pero de todas formas el verme sólo era un gran palo para mi ego, a pesar de que ahora me veía más moderno, o al menos eso creía; a saber, si lo que realmente me veía la gente era más borracho e inseguro.

Vi a mi tío Joaquín y nada me dijo por verme tan inestable. Hablando de esa familia, un día nos invitaron a un santo o un cumpleaños de uno de la casa.

Estábamos mi madre, José, Pili y yo por un lado de la mesa, por el otro Dulcina, Mila, y Lotario presidiéndola, al poco llegó Joaquín quien vino con un buen ritmo y dispuesto a llevar la voz cantante como siempre; cuando de repente oyó que había voces en la casa. Me encontraba cabizbajo, pero levanté los ojos hacia la puerta de la cocina, y allí vi reflejado en la enorme nevera a Joaquín como intentaba quitarse la mascara de ejecutivo, y poner cara de humilde; luego, cuando se creyó ya presentable entró y saludó a todos. Se sentó en su sitio de la mesa, no sin antes mirarme y hacerme el gesto de dinero con la mano, al ver que yo no levantaba la cabeza, sino que estaba en mi mundo, mi lamentable mundo.

Sí me dijo, aunque no puedo precisar el día, si iba yo de rico ahora, creo que fue ese día. Yo pensaba, "No ahora voy de serio y trabajador", aunque realmente de lo que había ido era de inseguro.

De pronto cogí la copa de buen vino y me lo "jinqué" de un trago, mis tías se sobresaltaron, pero Joaquín les hizo señas de que me dejaran.

De todas maneras, no tomé más vino. Mi tío se puso a hablar de sus viajes, lo que me aburría una barbaridad, aunque a Pilar le gustaba mucho. Precisamente Joaquín, viendo lo dicharachera que era Piluca dijo:

-Pero, ¡desgraciada...!

e-libro.net

Dándole a entender que desperdiciaba el tiempo no estudiando en cuerpo y alma las asignaturas, al menos eso me dio la sensación. !No!, estoy seguro que era eso lo que quería decir. Dulcina dijo que mirásemos qué reloj de péndulo había comprado Joaquín; él dijo:

-Iba un día paseando por la calle, lo vi, me gustó y lo compré.

El reloj era precioso, pero no funcionaba, fue Dulcina a ver si lo podía arreglar pues ella era la mañosa de la casa y cuando abrió la portezuela de la maquinaria, enseguida vi algo que me pareció que estaba mal, o quizás, pensando ahora, que fuese un freno que le habían puesto para el traslado. Quité o mejor, desconecté esa pieza y el reloj se puso a funcionar por completo.

Dulcina se quedó un tiempo mirando la maquinaria y no dijo nada, pero ahora me imagino que pensaría, "pues es inteligentillo este sobrino mío". Bueno, al menos eso espero (si no me doy yo ánimos, quién me los va a dar, espero que algún día mis queridos lectores).

Después me puse a llevar platos a la cocina, y Dulcina se me cabreó y me dijo:

-¡Quédate en la mesa, a escuchar a tu tío!

Un poco aburrido lo hice. Se puso a contar anécdotas de sus innumerables viajes, pero ahora no recuerdo ninguna, pues sinceramente no le hice mucho caso.

En las visitas a la playa de Las Canteras, Tomi me solía decir:

-Si apruebo lo que me queda, le he dicho a mi padre que invierta en mí, y me voy a sacar el título de óptico a la península. No hay nada mejor como invertir en uno.

Yo lo escuchaba y pensaba ciertas cosas, una era que si aún tenía ganas de seguir estudiando, y otra, que qué suerte tenía que el padre le pudiera dar dinero y pagarle un desplazamiento a la capital de España o a Barcelona, o a Santiago -que eran los tres sitios donde se sacaba el diploma de óptico.

Él lo decía con un cierto aire de superioridad, mientras paseábamos por la orilla de la playa, tal como a él le gustaba hacer, se sentía pletórico de fuerzas y de proyectos; yo aún no, me faltaba algo, aunque aun así, había empezado a coger el ritmo.

A principios de septiembre, finales de agosto (el examen era a mediados de septiembre) se me ocurrió decirle a mi tío Domingo, si me dejaba uno de sus pisos de Taliarte (donde tiene varios de ellos) para ir a estudiar, alejado, ya que en mi casa no podía estudiar.

Me lo dejó, el que tienen ellos para ir en verano y cambiar de aires, aunque los cambian muy ligeramente, pues viven a unos diez kilómetros de distancia como mucho.

El piso era enorme; me quedé en la cama de Domingo José, su hijo, mi primo.

En la casa no había nada de comida, y me la compré en la tienda que había cerca de allí. Compré atún, aceite, huevos y alguna que otra cosilla por el estilo; creo que papas no compré para no engordar; ya se podrán hacer una idea del hambre que pasé; tampoco podía estudiar mucho, pues estaba superestresado, y aunque me ponía delante de los apuntes, estaba muy despistado; me despistaba por cualquier cosa, o tal vez debiera decir que buscaba cualquier cosa con tal de distraerme.

La tele, enorme, era en blanco y negro, y se veía fatal, hasta tal punto, que preferí no verla.

Llevé poco equipaje, pero en él, llevé algo de ropa pensando en salir alguna que otra noche.

También iba a la playa de al lado: Melenara, no era como la de Las Palmas, sino más pueblerina. Un día, cuál no sería mi sorpresa al ver al profesor mejor considerado y más respetado por mí: D. Juan Lorenzo; estaba allí descansando, lo vi paseando con la que supuse su mujer.

-Oh, Antonio, ¿tienes novia? - me interrogó.

-No, aún no, pero...

Me dejó con la palabra en la boca pues se dio media vuelta y se fue.

Alucínense, se acordaba de mi nombre, señal ya no solo de que mi padre fuese poderoso, sino de que había sido un buen alumno, tenía que ser así para él recordarlo.

La verdad que me impresionó lo humildemente vestidos que iban los dos. A él lo recuerdo siempre muy bien vestido, de ejecutivo sin corbata o de profesor debiera decir, falso, pues los profesores van como les da la gana; quizás mejor sería de seriecito.

Nadaba un poco, aunque no mucho, pues me daba un poco de miedo el que me ocurriera algo, o bien me arrastraran las corrientes que no las conocía. El respeto al mar, era lo que tenía, a pesar de todo lo que éste me gusta.

e-libro.net

Se me hacía pesado y tedioso, tenerme que hacer las tres comidas, por lo que intentaba que fueran lo más simples (llegando a ser no frugal, sino escasas e insuficientes). La simpleza en el comer no es señal de mal comer, pero allí mi simpleza sí era eso.

Después de la playa, me duchaba. La casa se me hacía enorme, vacía y silenciosa. Lo que me daba como una opresión en el cerebro y en el pecho. No puedo decir que fuera ansiedad, aunque eran los síntomas; la ansiedad y el estrés me lo provocaban los apuntes, y más que ellos, el examen. Llamaba algo por teléfono, aunque poco, pues no quería hacer muchos gastos a mi padrino.

Quién sabe, puede que les quitara a él y a su familia la idea de pasar un par de días en Taliarte.

Hacía sol, pero no recuerdo que llegara a ser, dentro del piso, molesto el astro rey.

En una de las ocasiones, llamé a Tomi, o a Antonio Granados, no recuerdo a quién y me dijeron que se iban de marcha al sur. Eso me carcomió de tal forma, que ya no estudiaba, sino que pensaba a toda hora: “Jo, ¡que suerte, irse ahora al sur, a ligar; y yo que ahora tengo ropa de discotecas y demás!”

No aguanté más, el Diablo puede más que mi mentalización. Llamé otra vez y les pregunté si me podían venir a buscar. Al día siguiente, quedamos a una hora en un sitio y allí estuve; ellos si mal no recuerdo, no tardaron mucho.

El coche en el que fueron a buscarme, no recuerdo cual era, creo que era en el de Octavio, o si lo habían alquilado entre todos.

Cerré bien la puerta e intenté dejar todo como estaba, pero dejé allí la comida. Probablemente mi tía Conchita se enfadaría, pues ella es extremadamente meticulosa en la comida, y la mejor aficionada a ella y a la cocina que he visto nunca. Seguramente encontraría un montón de desperfectos, y decidieran no dejarme nunca más la llave del piso.

En Taliarte no salí ningún día por la noche, ni siquiera a pasear, de lo trincado que estaba; aunque tampoco estudiaba una gran cosa.

Mis amigos y yo llevábamos chocolate, por lo que fuimos fumando costo por el trayecto.

Era curioso, porqué Octavio no solía fumar ni beber mucho, pero cuando lo hacía, lo hacía por veinte o treinta, quizás por el enorme empuje que llevaba este chico durante todos sus estudios.

Llegamos al apartamento y allí Antonio y el menda, nos pusimos a hacer gimnasia, para desengomarnos antes de salir a ligar. Tomi no sé lo que hacía. A todo esto Octavio estaba en un sillón sentado, me imagino que recomiéndose las uñas de los dedos.

Primero, por la tarde, para ver el panorama, y quizás para ligar algo, salieron todos a dar una vuelta.

Yo dije, cosa extrañísima en mí:

-Yo me quedo aquí a estudiar un poquito.

-Me estas preocupando y dándome remordimientos -dijo Octavio.

Esto dijeron y todos se fueron a la calle.

Me quede solo; recuerdo como estudiaba por unos apuntes que en esa ocasión no eran de Mavi, sino de otra chica, que escribía muy clarito, pero de la que no me fiaba de que tomara bien los apuntes.

Igualmente recuerdo como estos estaban todos subrayados, la letra clarísima, la materia de estudio era Farmacodinamia, de la que había puntos, sobre todo los relacionados con el sistema nervioso, que no entendía, pero nada de nada, me resultaban complicadísimos.

El examen final era de sólo ciento y pico folios, pero muy condensados. Y aunque a mí era la que más fácil me tenía que sonar, por estar en contacto con medicamentos durante casi toda mi vida, así y todo me resultaba complicado, a pesar de que algunos lo aprobaban con mucha facilidad, quizás porque D. Victoriano abriera la mano a aquellos que iban a clase. Yo nunca fui a ninguna de sus clases; de todas maneras, esto pensaba que no era tan importante.

Pero sigamos con la escapada.

Al par de horas llegaron, y nos preparamos todos para la salida nocturna, yo llevé mis mejores ropas, o sea la camisa vaquera celeste y los pantalones de pinza grises.

Fuimos a un centro comercial que estaba bastante lleno; ellos se pusieron a hablar, mientras yo con una cerveza en la mano, me puse “en pose”, y... !a ligar! Era increíble al menos en aquella época, la pose de “estoy libre” que ponía, hoy lo pienso y era vergonzante.

e-libro.net

Vi a lo lejos una chica que iba con más gente. No iban de ropas veraniegas, de tonos claros, sino muy de invierno, y de trabajo. La chica me vio; no le sabía calcular la edad, pero en seguida pensé, “si me dice algo le pregunto si tiene piso, y si lo tiene, que seguro que lo ha de tener, le digo que vayamos a él”.

Como verán, no perdía el tiempo, iba al grano, bueno mejor decir al contacto rápido, instantáneo y sin compromiso.

Tenía el pelo castaño largo; me miraba y bajaba la cabeza como en tono de asentimiento. Por mi parte, no dejaba de mirarla a los ojos (y al resto del cuerpo, aunque a este, lo hacía cuando ella bajaba la vista). Me preguntaba si tendría más años que yo; pensaba: “parece un poquito mayor que yo, pero eso no es inconveniente”.

Los amigos de ella le daban ánimos, como (aunque en su idioma): “Venga, no tengas miedo, no te de vergüenza”, pero ella dudaba.

Me despiste un poco, y cuando me di cuenta, la tenía a mi lado. Reaccioné rápidamente y le iba a hablar, !de pronto!, veo su cara y observo como es mucho mayor que yo, eso me cohibió enormemente, y aunque bajé las escaleras junto a ella y sus amigas, no le dije nada, tuve que meter el rabo entre las patas. Cabizbajo me di la vuelta y me fui con mis “amigos” (en ese momento, me gustaran o no, lo eran, aunque más bien pensaba que amigos así, prefería no tenerlos).

Les conté lo que me había pasado, y cómo me quedé sin voz, atónito, al contemplar que era mayor que yo; ella por su lado, como avergonzada de fijarse en un chico joven también bajó la vista (me imagino que la bajara por eso, espero que no fuera por que pensara que no era muy guapa, cosa que algo era, pero la falta de dinero no le permitían mayores bellezas).

Mis amigos ya se habían dado cuenta. Ella iba vestida con una camisa vaquera más oscura que la mía, y sus amigas iban vestidas de chicas de ciudad serias, con “Lacoste” y demás, pero en tonos muy apagados, como si en sus ciudades nunca saliera el sol, y no tuvieran ganas de ropa alegre y fresquita. Quizás fueran profesoras universitarias o algo por el estilo, es decir gente sin excesivos medios.

Fallé en lo del acercamiento y el contacto hablado y táctil, pero ya iba haciendo mejoras en cuanto a mi valoración como persona decidida y que podía salir adelante del bache en que caí, y del que creí que no saldría nunca. Bueno, esto al menos en lo que se refiere a mi valoración como persona. En cuanto a los resultados académicos, si podía o no, era otra cuestión. Cuestión muy peliaguda, y que debía de ser mi primordial preocupación, pero continuaba sin estar del todo centrado. La herida supuraba a veces, llegando en algunas ocasiones, a quitársele la costra y quedar en carne viva; cuándo, preguntaran, pues precisamente después de una noche de juerga y alcohol. Es curioso como de pensar en un “super yo”, en cuestión de horas pasaba a un “mierda yo”, y salir de ahí, de la oscuridad del cuarto en el que siempre estaba pensando y en el que tanto me costaba coger el sueño, me resultaba a veces imposible.

Ese mismo día, empecé poco a poco a recuperarme, cuando a lo lejos veo “una chiquita extranjera, seguro”, con el pelo largo y mejor vestida que la otra, en cuanto el clima lo requería, pero no en cuanto a la calidad de la ropa.

Me puse a mirarla fijamente; iba con una amiga, gordita y muy inteligente; cuando la veo a ella moverse, fui donde estaban y les ataqué:

-¿Hello? -les dije.

De repente veo como la otra, la bajita, tenía más dinero y efectivamente, era más inteligente, y me pareció también más guapa, por lo que me atolondré muchísimo y no supe qué decirle; prácticamente di la espalda a quien había hecho el “control visual”, y ataqué a su amiga, a quien el cambio no le pareció muy de caballero pues me puso mala cara; la otra pobre quería meterse en la conversación, pero ella ya no me interesaba. “!Dios mío!, otro fallo en esto del ligoteo, pues no es tan fácil como parecía”.

Esto es lo más destacado de esa escapada, mejor: huida de las obligaciones.

No recuerdo si dormí allí o si sin embargo me fui con Octavio al que le entró la prisa y dijo que él no se quedaba allí, sino que se iba a su casa. Él, Octavio, se creía que su familia era de ganadores, así tenía a un hermano médico, y a otro que no encajaba en ningún trabajo, aunque le gustaban los lujos y los coches grandes. De todas maneras para mí no lo era tanto, aunque jugó sus cartas infinitamente más inteligentemente que yo, pues no se puso a vivir con su novia, sino que cada uno tenía su piso. Por esa época lo que yo decía, o mejor daba a entender, que era un liberal y muy maduro, por vivir con mi novia desde tan temprana edad.

e-libro.net

Supongamos, que es lo más probable, pues no recuerdo que durmiera en el apartamento del sur, que me fui a mi casa con Octavio. Imagínense el dolor que debía sufrir mi madre al ver como perdía el tiempo.

-Ma, me voy a La Laguna, a estudiar, que aquí no se puede.

No recuerdo que argumentos di, pero seguro que para mí eran contundentes, aunque para cualquiera se cayeran por totalmente absurdos.

Fui como siempre en barco, aunque ahora me fueron a buscar o Quillo o Pine.

Leyendo el libro que estoy leyendo: "Un buen partido" de Vikram Seth, vi escrito lo que me ha costado tanto tiempo explicar sobre el carisma de las personas, esto es: "... no importa lo que estudias. Estudiar con ahínco enriquece la inteligencia", y encima hace ver un aura blanca o rojiza alrededor de ese ser, que es algo impresionante, seguro que a muchos les parecerá una locura y no verán ese aura, pero lo más probable es que lo vean o lo presientan y que sepan que están tratando con un ser inteligente. Para el hombre-masa (Ortega y Gaset), ese ser será seguramente un genio despistado, si es que lo cataloga como tal, si no lo critica y dice barbaridades y necedades de él; lo digo, porque aunque no lo quiero, me consta que a varios les parezco desagradable o repulsivo; espero que esto no sea tan drástico, de todas maneras siempre he intentado relacionarme con la gente que me da buenas vibraciones, a pesar de que ese último año fuera tan atípico, que no tanto, pues si uno lo piensa, la situación que uno vive es única, y por lo tanto, ha de hacer cada cosa lo mejor que pueda en cada momento; si no, si se muere en ese intento, qué ha dejado tras de sí, sino un reguero de maldades y cosas horribles. Esto no lo pensaba en esa época. Así me iba.

Estaba en que fui a La Laguna; allí iba yo, demasiado bien vestido para mi nivel económico, aunque prefería usar ropas más laguneras; como las que había visto en el sur, en el centro comercial que les acabo de contar, aunque claro, de no tan buena calidad, pero sí más seria y pobretona.

Me recibieron bien. Allí se comía fenomenal cuando estaba mi hermana, quien siempre, por encima de todo es y ha sido un ama de casa; eso lo tenía asumido, a pesar de tener ella más titulaciones que Quillo.

Quillo, a pesar de que le gustaban las cosas de calidad (como a casi todos, y digo casi, por el rollo ese de que hay de todo, y para cada gusto hay una persona), con respecto al pan, lo que le encantaba era el pan de días atrás, a pesar que el pan de La Laguna era exquisito.

Uno era el que lo iba a comprar, y creo que con mi dinero, pues no iba a ser tan carota, que encima de comido, bebido y casa gratis, les fuera a pedir el dinero del pan.

Lo que nunca se me ocurrió, fue invitarles a cenar, a pesar de que a ellos, lo que yo les comprara les parecería poca cosa, comparado con sus dos sueldos, que hoy día alcanzaría el total de poco más de medio millón de pesetas al mes entre los dos.

Ese año, ya le tocó a Pine en La Laguna, por lo que esperaba que las aguas volvieran a su cauce.

Intentaba estudiar a pesar de que no aguantaba mucho tiempo sentado. Una de las veces en que me fui a dar una vuelta, vi por la calle La Carrera, a Octavio y a Antonio vestidos de alféreces; eso me hizo gracia, llevaban la bolsa a la espalda, lo cual me hizo pensar, que se iban de instrucción.

Habían sacado el examen de la IMEC y ahora hacían la mili con un cierto rango, como ya dije. Los dos eran inteligentes y se les veía ese aura tan característica, aunque menos intensa que otras veces.

Seguramente eso se debía a que, según me diría más tarde Octavio, la mili era una perdida de tiempo.

Según me dijo Antonio, hacía un montón de trampas y escaqueos, tal, que me contó una vez.

-Una de las veces teníamos instrucción, que consistía en ir de un sitio a otro, pasando por campo a través. Cuando me preparaba a hacerlo, Octavio me dijo: "No seas bobo, vamos por allí, nos ponemos a dormir (pues era de noche), y mañana, cuando suene el despertador, cogemos un taxi y nos quedamos cosa de un kilometro antes, y luego nos ensuciamos y llegamos a la meta".

Eso hicieron, y obtuvieron un premio por ser de los primeros en llegar.

Tal picardía me dejó alucinado, anonadado, diciendo: "!Dios mío! !qué caras más duras tienen!", ellos eran "los señores alféreces" y no se les podía hacer nada.

También me contaron que tenían que hacer los análisis de sangre y de orina a la tropa, y vieron que la mayoría de ellos eran fumadores de porros. Eso me lo dijeron medio descojonados, pero realmente es triste que todos, la intelectualidad, como la clase trabajadora, seamos drogodependientes, y si no tanto adictos, si que presentamos hábitos poco sanos, pero esa es la triste realidad, al menos como yo lo veía en esa época.

Quizás me lo dijo Octavio porque sabía que yo fumaba mucha droga, que generalmente, por no decir siempre, más que gustarme, me desagradaba.

e-libro.net

Cuando más tarde me enteré, me dijeron que ellos habían hecho la mili con Arturo Hardisson, el de Broma. Éste último lo había hecho con un rango menor que ellos dos, y según parece pasaron alguna noche juntos en el cuartelillo, puede que eso fuera de gran ayuda a la hora de hacer ellos el examen de su asignatura. Afortunados como siempre.

Pero volvamos a La Laguna. Ese año también fue Piluca con nosotros, aunque de ella no recuerdo nada, sé que fue con una amiga, Blanca, farmacéutica, acababa de conseguir el título, y venía a todo ritmo a conocer las islas afortunadas. Era toda una madrileña (aunque no era de allí, pero estudió en "la Autónoma").

Me parecía una mujer con garra; cuando íbamos por ahí de visita a ciertos sitios, íbamos en el coche de Pine y Quillo, el matrimonio delante y nosotros tres detrás. Yo llevaba el brazo extendido en el sillón trasero, y mi puesto era el pegado a la puerta derecha. Iba haciéndome el gracioso, según aconsejaba el libro de "P. Bosmans" (que me hiciera el payaso). Ella, inteligente como era me dijo:

-Tú lo que realmente eres es un payaso.

Pensé, "¡Hombre alguien que se dio cuenta!", aunque hoy pienso si no se refería a mí como un auténtico payaso, o sea un enamorado; recordando el tono de voz en que lo dijo, seguramente se refería a esto último.

Era bajita, pero tenía un cuerpecito matador.

Piluca iba también de turismo.

En La Laguna estuvieron poquísimos días. Recuerdo como uno de ellos fuimos a Bajamar, aunque no nos bañamos pues hacía muy mal tiempo, a parte de estar llenas tanto la playa como las piscinas.

Blanca me impactó.

Recuerdo que un día estuvimos hablando hasta tarde, todos; después me fui a dormir al cuarto de estudio y ellas se quedaron en el salón, el sofá se hacía cama de matrimonio; yo pasé antes de irme definitivamente al cuarto por allí, pero ella me dijo un:

-Yo no soy de esas.

O sea, que no iba de "polvo en polvo" y tiro porque me toca. El que no fuera, aunque fuese un poquito, "de esas", me fastidió algo, y me tuve que ir a la cama con el rabo entre las piernas. Fue un buen corte, que no sé si lo oyeron todos o yo solo.

De todas maneras, eso no hizo más que aumentar mi atracción hacía ella.

Pero resolvamos un par de cosas que quedaban pendientes; al año siguiente, pensaba quedarme en un colegio mayor, pues nunca había estado, y ya saben cómo me gustaba cambiar de casa con frecuencia; bueno, en realidad, nadie me pedía consejo para cambiar de una a otra; los demás eran los que decidían por mí.

De todas formas, influido en parte por Bartolomé quien me dijo que el Colegio Mayor, en que él estaba, se pasaba muy bien, tanto para copas, como para estudiar. Era el Colegio Mayor San Agustín, era medio becado, y en él pedí plaza, y como más adelante me comunicaron, me aceptaron. Bien, las cosas no iban tan mal; como el director era Joaquín (un amigo íntimo de Bartolomé) y Bartolomé D. B., pensé que a lo mejor había habido cuña.

Me han de perdonar si pongo los nombres y a veces los apellidos, pero es que estoy convencido que aquellos que quedan mal dibujados en el libro, que espero sean pocos, no me van a leer, pues si de mí pasaban antes, cuánto más ahora. Si alguno de los que descalifico me lee, y no está de acuerdo que me perdone, y que me lo haga saber, espero que por el mismo método que yo sigo: la escritura.

Por esa época creo que ya no sólo decía que iba a vivir en un dúplex, sino que alguna vez dije que me gustaría poner un espejo en el techo del dormitorio...

-¿Y para qué haces eso? - me preguntó incrédula mi hermana Pine.

Me imagino que el lector se habrá percatado para qué lo quería, efectivamente, para mis encuentros y escarceos amorosos. Para darle más lujuria al sexo. Aunque hoy es de los días en que pienso realmente en "hacer el amor".

Volvamos otra vez con Blanca y mi familia. Al día siguiente se iba para Las Palmas, y yo no me había aún comido ni una rosca, pero eso no era lo importante, pues estaba a unos tres o cuatro días el examen de Farmaco-dinamia, ¿o sí?

Como siempre, le di más importancia al amor, o al sexo, que no sabía lo que era realmente, pues Blanca ejerció una poderosa atracción sobre mí, tanto física como mental. Lo cierto es que cuando se fueron, no me lo pensé mucho, y pensando en lo poco que me había preparado el examen, y lo "complicado" que era, pues piensen ustedes que al ser una asignatura de un catedrático de mente lucida, estaba mejor explicado, aunque seguramente

e-libro.net

con algo de prisas, el eterno problema del tiempo, lo que ocurriría es que él, el profe, exigiría más que lo que cualquier "pelandusco" exigiría.

No lo sabía bien, y eso ya era suficiente para no ir al examen, pues qué iba a hacer en esos pocos días, y con la mente tan ida hacia la moza en cuestión.

No me lo pensé más que un día, al ida siguiente de ellos irse, me presenté otra vez en casa de mi madre. Ella no me dijo nada, aunque está claro que sospechaba que otra vez habían tirado más dos tetas que una carreta, y que aún no estaba centrado en la carrera.

Cuando las vi, pues el día que llegué no estaban allí esperándome, como hubiera debido ocurrir de ser un flechazo total por ambos lados, les oí en la habitación de mi hermana Piluca, hablar sobre dónde ir, pero a mí ni se les ocurrió meterme en sus planes. Se habían levantado antes que yo y ya habían desayunado, por lo que cuando las vi, a ella, no a mi hermana, la que por supuesto, no me interesaba en absoluto, le vi que se le trasparentaba el pecho, la hermosa teta derecha por el camisón. Pensaron y eso hicieron, el ir a la playa de Las Canteras creo que era. Pero como saben, a mí ni caso. La diversión me duro poco, pues ella se fue al poco para Madrid.

Me quedé "compuesto y sin novia".

Qué hacer esos días que restaban, pues aburrirme, y tanto me aburrí, que ya tenía ganas de irme para La Laguna; y no sólo eso, sino que estaban las matrículas que cada vez eran más costosas, pues las asignaturas que se repetían había que pagarlas más caras. Mi hermana al casarse, ya no contaba como dentro del grupo familiar numeroso que formábamos los pocos que quedamos de familiares bajo la tutela de mi madre, éramos mi madre como cabeza de familia (¿quizás el cabeza de familia debiera ser el cabra loca que era yo?) y los tres hermanos más pequeños, a los que a mi madre más le costaba sacar adelante, y posiblemente los que con más penurias habíamos vivido.

Pues bien, con la disculpa de la matrícula y el adaptarme al Colegio Mayor me fui a La Laguna. Me matriculé y como siempre pedí pago fraccionado. No pedí beca pues ya me la habían denegado. Tenía que presentarme ante una nueva situación, era repetidor. Lo que siempre había temido se produjo en mí; me causó un gran trauma, y lo soporté lo mejor que pude en el Colegio Mayor. Allí me tocó una habitación del piso alto, de cara a la carretera.

El "colegio", al que así me referiré ahora, cuando de él hable, tenía una entrada que era una verja, se entraba y en medio de una especie de jardín que había por todo él, se encontraba a mano derecha el salón de la televisión (yo pocas veces estuve en él, y cuando estuve, más que relajarme, me estresaba), y frente a él, la garita para los guardias de seguridad que había a toda hora; allí mismo estaba el teléfono y los timbres de cada cuarto.

Los guardias de seguridad, no hacían más que hablar de sus magníficas carreras en esa empresa. El hermano del jefe también era de seguridad, quien seguro lo enchufó para que hiciera algo, pero éste no se pasaba más que hablando de juergas y bebiendo y fumando porros los días de permiso.

El otro, más corpulento, todo un mastodonte, enseñaba a todo el que lo quería ver, a su mujer, estaba recién casado según parece, y con el orgullo que él la enseñaba, debía ser todo un yogur, yo nunca la vi, a pesar de que a veces me entraban ganas de decirle que me la dejara ver.

Frente al lateral de estas dos instalaciones, estaba a escasos metros las habitaciones con sus retretes al margen.

Habían dos plantas, en cada planta habían unas cinco o seis habitaciones por banda, y al fondo de ellas los retretes; éstos eran comunes. Se subía a cada piso por una escalera de hierro, que hacía demasiado ruido, y que me imagino que molestaría a los que vivían cerca de la salida, aunque ellos tenían la ventaja, en caso de catástrofe, de que su escapatoria estaría mucho más a mano que para el resto.

Mi cuarto estaba a la mitad del pasillo del segundo piso, con vistas a la calle.

Según parece en ese cuarto se había hecho espiritismo y cosas por el estilo, de tal forma que algo había ocurrido en él que no gustaba mucho; su anterior residente era Paqui, la novia de Octavio (casualidades de la vida).

Según se entraba a mi cuarto, a la izquierda estaba Benedicto Acosta, y a mi derecha, Manolo Guerra, ambos futuros farmacéuticos, y con Bartolomé se llenaba el cupo de farmacéuticos; en el piso de abajo frente a Bartolomé, estaba Chano, un estudiante de medicina que estaba haciendo el rotatorio, el año perdido que ellos tienen, o al menos eso me dio la sensación de ellos. Era su sexto año de carrera.

El cuarto me gustaba, no era grande pero tampoco era muy chico. Según se entraba, a mano derecha estaba la mesa de noche, y al lado, la cama; a la izquierda un ropero empotrado con un hueco entre el ropero y el

e-libro.net

techo para las maletas y demás, que yo rellenaría con unas diez o doce botellas de güisqui; cómo llegaron a mi poder, no lo recuerdo, pero allí las tenía como triunfo de mis juergas. Al lado, una pequeña ducha, era un plato-ducha, algo estrecho y alto, tenía una cortina de baño, luego un pequeño muro, que protegía una estantería en la pared, para libros y apuntes, una mesa parecida a las de arquitecto, grandilla y flexo. Para sentarse, una silla de madera. El cuarto como verán estaba bastante completo.

Ahora que recuerdo, los baños comunes, daban sensación de humedad algo maloliente (que no olían mal, repito, entre otras cosas porque se lavaban todos los días) nunca coincidimos un par de personas que fuéramos a cagar juntas.

Se me olvidaba, en el cuarto, al lado de la ducha y antes de llegar al murito, había un lavamanos, completísimo estaba el cuarto. Como comprenderán en el mismo lavamanos, se echaba uno la meada, pues no era cuestión de pasear medio frío pasillo para ello. Aparte de esto, frente a la cama había colocado una estantería blanca, para las cosas de la comida, el té, el café, galletas, leche, etc, etc.

El café lo hacía en una cafetera de dos tazas, en un infiernillo que me compré para el caso. La cafetera, tenía dos pitorros por los que salía el café a las tazas que descansaban sobre unos alerones. La leche la hacía en un vaso de cerámica en el que calentaba el agua con una resistencia que sigo conservando para cuando me tengo que desplazar por cualquier motivo; luego, encima le echaba la leche en polvo.

El cuarto era en tonos verdes y blancos, o mejor he de decir en tonos blancos y verdes, pues este primero, era el que más abundaba.

Frente a la entrada y entre la mesa de estudio y la estantería que había puesto, se encontraba una puerta de cristal, que daba a un pequeño balcón, donde tendía la ropa.

Afortunadamente, mi hermana Pine era la que me lavaba la ropa, y cada diez días más o menos, me la traía toda limpia, no era mucha, pero a ella ese poco no le costaba gran esfuerzo pues de la boda tenía una superauto-mática.

Ya me había empezado a dar cuenta, como la convivencia en el “colegio” era magnífica, los más cabrones, casi éramos los de farmacia, y eso que éramos en el fondo buena gente.

A pesar de mis años, el mayor de los nuevos residentes, tuve que soportar las novatadas; estas fueron unas boberías tales, que apenas las recuerdo, más que verme con una fregona en la cabeza a modo de peluca, y un palo del piso a modo de escopeta, así tuve que estar un par de horas a la entrada del colegio, desfilando.

Lo que ya no me hizo tanta gracia, fue el que uno, que ya no residía ese año del colegio, me dijera que le tenía que levantar al día siguiente a las seis y media de la mañana. Eso me jodió un huevo, máxime cuando él no pertenecía al colegio, y lo hizo con mala leche.

Al día siguiente estaba a la hora señalada en la puerta de el cuarto donde él se quedaba, dispuesto a pegarle un par de buenos porrazos en la puerta y despertarlo de golpe y de forma brusca. Cinco minutos antes de la hora abrió él la puerta y me saludo con un:

-Hola, bien, bien.

Me quedé con las ganas. Asombrosamente él ya salió vestido; tenía que irse al otro extremo de la isla; iba algunos fines de semana a La Laguna de marcha, aunque nunca lo vi borracho.

El que siempre estaba borracho, era el portero, un señor mayor, alcoholizado, que normalmente estaba en el bar frente al colegio, quien (el dueño del bar), perdió una clientela enorme(la casi totalidad del colegio, pues en sus comidas, en un plato de moros y cristianos apareció una cucaracha, y él no dio justificación ni dijo de poner remedio, todos se le fueron a un bar que había cerca).

Alguna que otra vez iría a un bar que estaba a la izquierda (según se salía) del “cole”, frente a la comisaría de policía (que según me había dicho Bartolomé, antiguamente habían sido las caballerizas de la guardia civil). Allí iba a tomarme una o dos cervezas con una tapa de tortilla; abundaban gente de treinta años para arriba y tanto es así, que me daba que uno era de los más jóvenes que pisaban aquel local.

El portero siempre estaba en bares de mala muerte, según parece estaba así desde que se murió su compañera, la portera. Yo, cuando me metía con él, para que reaccionara y dejara la bebida, me contestaba:

-Hay que saber entender y comprender.

-¡Pues yo, a usted, ni lo entiendo ni lo comprendo! -lo maltrataba.

Una de las veces, Bartolomé me dijo algo así como que quién era yo para decirlo pues yo también estaba borracho. “Sí, pensaba yo, aunque lo mío es esporádico”, pero puede ser que tuviera razón, que descargaba con él, y que yo también era un alcohólico. Seguro.

e-libro.net

Uno de los primeros días, me puse a oír música en mi superaparato, con los auriculares, en el pequeño balcón del cuarto, tomando el fresco y echándome unas cuantas cervezas que había comprado para la ocasión. Eran cervezas Doradas tipo pilsen, nada de especial, eran unas tres, cuando terminé de bebérmelas, bajé los pies del muro y me quité los cascos; de pronto me vi a todos los veteranos del colegio, descojonándose de mí y diciendo que me había pasado el tiempo cantando; aquello me extrañó, pues yo rara vez canto, entre otras cosas porque me consta que lo hago fatal, ni siquiera tarareo.

Me extrañaba, y hoy día pienso que lo que ellos oirían era el murmullo de la música de los auriculares, que debía ser que estaba alto.

El antiguo director del colegio había sido Joaquín, el amigo íntimo de Bartolomé, que estudiaba derecho. Según me dijo Bartolomé, él había sido un gran director; imagínense, estudiando derecho, las leyes y contraleyes que debía de saberse...

Ese mismo año, Joaquín se había ido al colegio mayor de los de medicina, que estaba por Taco.

El sucesor había sido el propio Bartolomé, que según él, lo único bueno que aportaba el cargo, era que no se tenían que pagar las mensualidades de la estancia.

Según me contó una vez el portero, allí había estudiado Jerónimo Saavedra, el político canario; lo que tenga de cierto o falso, lo desconozco. Él lo decía muy orgulloso, y dando a entender que aquellos eran otros tiempos.

Aseguraría que Bartolomé era de los más veteranos en el colegio, y un gran repetidor, que debía estar más que quemado de la vida de estudiante.

Rápidamente empecé a destacar como líder, y como estudioso; según parece, la luz de mi cuarto era siempre de las últimas en apagarse, y no por las juergas, como algunos creerán, sino por el estudio.Pensaba, “Ahora que estoy solo, ya verán quién soy yo”.

Eso recomponía mi ego; a Águeda ya la tenía bastante olvidada, aunque me hacía falta una piba, bueno, más que una piba, un “chocho” donde meterla y eyacular, para desahogarme; y cómo no, la charlita posterior al polvo, aunque no la solía hacer siempre con Águeda por las prisas.

Al principio, los primeros días de estar en La Laguna, iba al piso de Antonio; era un piso viejísimo, que me causaba un cierto desagrado. No tengo ni idea de cómo Antonio fue a vivir en él, es posible que para ahorrar en alquiler y así tener para copas y demás.

El fulano con el que vivía era un pincha-plásticos venido a menos, y a tan menos; todo ello por culpa del alcohol. Vestía pobremente, lo que en un principio habían sido ropas más o menos normales, ahora eran verdaderos andrajos, se caracterizaba este fulano por estar totalmente alcoholizado; a toda hora estaba bebiendo. Desde los primeros días, Antonio me dio a entender que ya estaba un poco harto de él.

Las primeras noches, salimos los tres y un amigo más de él, del nuevo, ése, parecía algo menos alcoholizado o al menos gastaba algo más de dinero en ropa; no se lo gastaba todo en copas y similares.

Según me decía, había llegado a cotas altas en su trabajo, así, cuando estaba viviendo con su mujer, vivía en un ático con vistas al mar, el que se veía por los ventanales que ocupaban toda una pared (tal y como ocurría en la casa de mi madre en Las Palmas, aunque a eso nunca le di demasiada importancia), y, al menos por el tono en que él lo dijo: “Vivía a lo grande”; se despertaba con música clásica, de un gran aparato. Nunca dijo por qué fue su decadencia, ni si su mujer lo dejó antes o después de dedicarse a las drogas.

Tenía un hijo de unos ocho años; hoy seguramente ya será mayor de edad, y si su padre seguía vivo y por el mismo camino, mal lo llevaría.

El ron del cubata, pues siempre bebía cubata, era ron Pampero, un ron creo de calidad, que lo tomaba cuando otro pagaba, pues cuando era él quien tenía que pagar, me imagino que la cosa cambiaría.

Un día estando en casa de Antonio, se nos ocurrió que yo podía ir a comprar unos refrescos. Él me dijo: “mi lata me la abres y que le pongan un chorrito”. Esto me dejó alucinado y pensé: “claro, eso del ‘chorrito’, será de ron”. Efectivamente.

No tengo ni idea de cómo Antonio podía estudiar con semejante compañero de piso. No era sólo eso, sino que le gustaba mucho la “nieve”, efectivamente: la coca. Esnifé un par de veces en su casa, pensando: “A mi por un par de veces, no me va a pasar nada, yo no soy como él”. No, soy peor, pues él a mi edad tenía un hogar y yo era incapaz de terminar una carrera.

Un día, pasó por mi cuarto, por el colegio mayor, y allí se puso, nos pusimos, a esnifar coca en la mesa de estudio. En eso, tocaron a la puerta, era un moreno y velludo compañero de residencia; parecía algo cegato, como

e-libro.net

si le faltara algo de vista; estudiaba Historia. Le abrí aunque con mi cuerpo taponando la entrada y él me dijo si quería ir con él, le dije:

-Lo siento, ahora no puedo, tengo visita.

Él intentó ver qué hacíamos, espero que no se diera cuenta.

Como verán, aunque lo intentaba, no me dejaban más que llevar una vida díscola, disparatada, arriesgada, al borde del abismo, que aunque no fuera con asesinatos y muertos como las "pelis" americanas, si era de fracasos y demás.

Un día, me imagino que fuera porque ya me consideraría un íntimo amigo suyo, o sea un capullo al que podía timar, pasó con el coche de Antonio, y su hijo al lado, subió hasta mi cuarto y me dijo:

-Hola qué hay "titi", vengo a ver si me puedes dejar unas cinco mil pesetas, que estoy con mi hijo, para sacarlo a pasear por ahí.

-Tanto no tengo, toma si quieres mil pesetas.

-Bueno, vale, hasta luego -me dijo.

Asombroso, ya era del clan. Pero: ¿quería yo ser de ese clan? En ese momento, y sintiéndolo por Antonio, decidí no ir más a su casa, y esperaba que él no me visitara más, cosa que hizo; creo que eso se lo dije un día, que no quería verlo más.

De todas formas, algún que otro día lo vi de copas; no me había separado del todo de él, pero al menos ya no pasaba por el colegio. Lo pensé después, y aunque para él esnifar coca era de gente suave, a mi me resultaba denigrante, y pensaba "que bajo he caído".

Un día este fulano, que me causó tantos problemas, y que quizás como reacción a eso, olvidé por completo su nombre, nos invitó a su trabajo; trabajaba en un hotel de cuatro estrellas, en la discoteca, muy pequeña; más que discoteca era el bar y sitio de reunión del hotel.

Nos invitó a un par de copas gratis, pues lógicamente conocía al camarero, él siempre tenía su copa escondida.

Antonio y un servidor, íbamos con las chamarras negras, parecíamos dos jóvenes interesantes y duros; al menos eso me daba él la impresión de ser, en lugar de unos fracasados en farmacia.

Ibamos pues, guapitos; vi allí a un matrimonio con una chica; no creo que fuera su hija, aunque ese día lo creí; él iba en una silla de ruedas y según parecía animaba claramente a la chica para que fuera con nosotros, inmediatamente pensé en llevármela a una habitación del hotel, pensando y recorriendo con los ojos el camino a través de los pasillos, hasta la habitación; pero ¿a qué habitación, a la de ella, o tendría que alquilar una?

Al final, por suerte, no pasó nada, aunque ese día pensara que era por desgracia.

Nuestro "inconveniente" amigo, nos presentó a uno que según parecía era hijo de una gran familia, de mucho dinero (no sé si él era o no ejecutivo), iba muy bien vestido y según nos dijo "el amigo", los cigarros, muy bien envasados, eran de costo. Yo dije:

-Ah, bien.

Él me invitó, yo le dije:

-No gracias.

Él insistió y dije:

-Bueno, pues vale, gracias.

Por suerte, tal y como me imaginaba, no me subió nada. Era una quedada de ese fantoche. Me daba pena que todo el mundo se riera de él, pero quién sabe si también se reían de mí, pues "dime con quién andas y te diré quién eres".

Los profesionales con los que me relacionaba daban pena. Ahora quiero recordar que ese nefasto amigo se llamaba Miguel.

Sobre octubre-noviembre, me entró tal diarrea y vómitos, que nada me hacía efecto; iba hasta veinte veces al día al baño y en la cabecera de la cama tenía la papelera verde de lata, para vomitar en ella, pues no tenía otro sitio donde hacerlo.

Estuve días sin comer nada. Bebía agua de Firgas, pues era la única que se me apetecía y que Bartolomé me compraba. Chano me mandó un tratamiento que consistió en cuatro inyectables de Penicilina al día que aunque me quitó mis males por poco me manda para las "chacaritas", pues perdí aproximadamente por dos días, el conocimiento, de tal forma que Bartolomé muy sabiamente me dijo que si quería que llamara a un médico amigo suyo, que tenía cierta experiencia; le dije:

e-libro.net

-De acuerdo; mira ¿cuánto tengo que pagarle?

-Nada, le das unas mil pesetas por las molestias y yo creo que él más o menos con eso se siente pagado.

No me pareció caro el precio que puso Bartolomé, al que por cierto no le gustaba nada que le llamaran Bartolo, cosa, por tanto que nunca hice.

El médico vino con un traje de chaqueta, que probablemente fuera su uniforme; llevaba un bigote más o menos grandillo, que le daba un tono opaco a su ya menguada y extinta inteligencia.

Pero ciertamente tenía algo de experiencia; el diagnóstico, no recuerdo cual fue. El tratamiento me imagino que fuera Fortasec®, uno después de cada deposición, aunque tampoco lo recuerdo. Lo que sí puedo asegurar que dijo es que tomara bastante Pepsi-Cola. Hoy día pienso que es para reponer el potasio del organismo, que según parece tiene ese refresco en abundancia.

Recuérdese, que, tal como leería en épocas pretéritas, la Coca-Cola empezó vendiéndose en farmacias como un curalotodo; hoy es un refresco del que mejor es no abusar, como todo refresco, ya no sólo por el exceso de azúcares, sino porque seguro que en su composición, tras quitarle la cocaína al obligarle a ello la ley, es posible que le queda alguna sustancia no muy aconsejable como la nuez de cola y la cafeína (estimulantes del SNC).

Le di al médico las mil pesetas y las gracias, a pesar de lo suave que me resultaba su tratamiento.

No recuerdo si también me mando suero fisiológico, creo que no, aunque no me hubiera venido nada, pero que nada mal, pues estaba bastante deshidratado.

Me curé, costó lo suyo, pero me curé, aunque antes de estar del todo repuesto, llamaron a mi hermana Pine, y ya cuando estaba bastante mejor me fui unos dos o tres días a su casa. Allí habían abundancia de manjares, y a mí se me iban los ojos al pan bizcochado y a los embutidos, tales manjares hacía siglos que no los veía, ni siquiera en casa de mi pobrecita madre.

Tan sólo me podía tomar un yogur para cenar, y el resto nada, para no cargarme el estómago.

Sé a ciencia cierta, que si me hubiera puesto malo en casa de mi madre, esta me habría dado para cenar jamón cocido y papilla de papas, una cosa ligera, pero que a la vez llenara algo. Era lo que nos solía dar cuando estábamos malos, desde niños.

Por esa época, hablaba poco de política, pero sin embargo pensaba: “Pues parece que estos socialistas no lo están haciendo tan mal”.

Con Bartolomé, puede que yo fuera indefinido, pero él lo era más, tenía según él, fama de izquierdoso, aunque hablando con él, parecía que era de derechas; por esa época se dijo de si Fraga iría o no al parlamento europeo; Bartolomé arguyó:

-Al cementerio de elefantes.

El tiempo ha dado a conocer como estaba en un grave error; que es todo lo contrario, los grandes son los que van y hacen posible la Unión Europea; aunque de eso no me hagan mucho caso, pues de política no tengo ni idea, y cada vez menos.

Un día, mientras pensaba en que tenía que escribir, me dije: “¿Quién sabe si yo no seré un neurótico chiflado, y estoy metiendo la pata al dejarme totalmente al descubierto, lo que se dice en paños menores?”

Pero sigamos con mi infección intestinal. Cuando estaba en el colegio, a veces no me daba tiempo de llegar al baño a defecar, y me cagaba todos los pantalones del pijama, esa era la sensación me daba, y cuando llegaba al cuarto, me tiraba en la cama, y me quedaba dormido.

Los compañeros del colegio, se portaron bien. Benedicto, cuando ya estaba bueno, me dijo lo del espiritismo y demás y que a él, ese cuarto le resultaba de mal agüero, y que nunca había llevado a cosas buenas, ya desde años anteriores. Qué cosas nefastas se habían producido en ese cuarto que estaba al lado del suyo, nunca lo explicó.

Benedicto tenía una novia que no le dejaba a sol ni a sombra, así, estaban juntos en la tele, se ponían a jugar al parchís con frecuencia en el jardín, etc, etc; de vez en cuando Benedicto, que era tuno, se iba con la tuna de farmacia a sacar algo de dinero y con eso y con lo que le mandaban sus padres, tenía para ir tirando. No era muy buen estudiante. Si por horas de estudio de dedicación al día se trataba, yo era el mejor estudiante de todos.

Voy ahora a contarles una cosa que me dejó marcado durante muchos años, y que ya empiezo a olvidar, hasta tal punto que ni siquiera recuerdo exactamente si fue ese año o el anterior, ni a qué altura de curso.

Lo cierto es que fui un día a clase de Bromatología, llegaba unos tres o cuatro minutos tarde. Arturo Hardisson era el mayor cabrón que me había echado en cara en toda mi vida; para más *inri* era un genio, tenía veintisiete años y ya tenía dos carreras, Farmacia y Química; aunque él decía que los químicos eran una mierda.

e-libro.net

Llegué a la misma vez que Toño y él me contó un chiste; me reí e hice gesto de entrar ;él me hizo gestos como que no entrara. Yo no le hice caso y entré sonriendo y Arturito inmediatamente me dijo:

-!Fijoleis!, ¡esto son cosas muy serias!

Primero se sabía mi apellido, y segundo en su aura se traslucía un "!te cogíiiii!" Le miré y tras girar la cabeza me fui muy seriamente a un sitio libre, al final de la clase.

Sus clases eran absolutamente vomitivas y se olía y sentía el miedo. Me decía: "este es un nuevo Hitler. Como alguien no le pare los pies, va a ser intolerable"; cosa por otro lado que ya lo era.

Era amigo, como leyeron, de Octavio y Antonio, pues con ellos había servido a la patria.

Con el tiempo me di cuenta cómo ya me la tenía guardada, de antes; no sé si por un pique entre familias, o qué. Era tan repulsivo que años después me diría una amiga FIR:

-Ese es un esquizofrénico.

Hoy lo dudo, y más bien creo que era un Quijote, pero con una locura dañina; aunque, qué ejecutivo no es un poco Quijote.

Lo cierto es que me crucifiqué ese día, aunque quién sabe si lo único que buscaba él era un pretexto para crucificarme. "Arturo, no seas duro", rumiaba entre otras cosas de este mi Arturito.

Pero eso no era todo, pues la asignatura cuyo nombre era: Bromatología y Toxicología, la "Broma" la daba Arturito, y la Toxicología el señor Montelongo: "Monti". De este último alguno decía que era maricón, lo que hubiera de cierto, no tengo ni idea; a mí nunca se me declaró, ni lo vi nunca haciéndolo ni proponiéndoselo a nadie, su parte de la asignatura, un libro entero de Toxicología, era el tercer parcial, los dos primeros eran de Arturito, aunque me presenté tantas veces, y tantas "juegos" hice con la asignatura, que ya no recuerdo si el total de la asignatura eran dos o tres parciales; digo que eran tres, pues el primero era en enero o febrero, y me parecía poco tiempo este para dar completo los dos libros de Bromatología, de los que Arturito, no se salía ni un ápice.

Esta asignatura, la Broma, la estuve estudiando noche y día a todo tren.

Pero pasemos ahora a una fiesta que organizamos; no perdón, organicé, en el colegio. Digo que organicé pues fui el que hizo casi todo.

Hablé con el secretario del alcalde para que nos diera permiso para hacer la fiesta, por si había algún escándalo nocturno, tener el justificante, que lo conseguimos; para ello fuimos varios a hablar, pero el único que habló fui yo. Creía que iba a hablar con Elfidio Alonso, quien (al menos eso quise entender) dejó el liderazgo de Los Sabandeños y lo eligieron alcalde de La Laguna. Conseguí la autorización, y no tuve que hablar con el alcalde.

El güisqui y las bebidas era yo también el responsable de conseguirlo, y las conseguí; unas cuantas de "100 Pipers" y otras muchas cajas de un güisqui barato.

El chiringuito anunciando refrescos y cervezas, no sé quién lo consiguió; éramos varios organizándolo, pero sólo se podía contar con un par de ellos.

La fiesta era al aire libre, y rogábamos para que no lloviera, aunque todavía no había empezado la época de las lluvias; estábamos en otoño.

Estaba todo más que controlado; con el dinero que sacáramos pensábamos hacer cenas y demás. Pensé que aquello se iba a llenar; y acorde con eso estaba yo animadísimo.

Realidad: creo que el único que creyó en esa fiesta fui yo. Cuando vi que hasta allí no llegaba nadie para la verbena, les dije a unos, que fueran por toda La Laguna por los sitios de moda nocturnos y que consiguieran a gente. Esperé una media hora, pero no veía venir a nadie, estaba en la puerta controlando las entradas, bueno, realmente estaba en todos sitios, multiplicándome, pues era el que entendía de todo un poco. Tanto fue así, que Antonio Granados me dijo:

-Ocúpate de una cosa sola, no puedes sustituir a los demás.

"Pero Dios mío, si los demás eran unos 'paraos', cómo no dividirme".

La ineptitud llegó a tal punto, que me dio por ir a buscar a los/las, casi más las que los, que mandé a vender entradas y que consiguieran gente que fuera al colegio.

No me fue difícil dar con ellos, cuando tan sólo había dado media vuelta al centro comercial de La Laguna, allí los veo, charlando entre ellos y sin desplegar sus encantos hacía la gente; les increpé:

-Pero así no van a ir a ningún lado, tienen que ser más "relaciones publicas".

Les dije algo como debían hacer, pero no creo que lo hicieran, no tenían carácter, tal y como habíamos demostrado los de mi promoción de farmacia, en el Kilómetro del duro.

e-libro.net

El novio de Carmenchu que se llamaba Jose, estaba en el bar del “fiestuqui”, y siempre me venía con quejas, que él pensaba que eran de buen chico. Al ver los resultados, empezaba a desmoralizarme, y por ello fui al quiosco y me tomé un par de “100 Pipers”. En eso vinieron unos cuantos diciendo que estaba la policía local fuera, que les habían llamado de los edificios de los alrededores, protestando por lo alto que estaba la música. Me fueron a avisar por lo que me dirigí a mi cuarto a coger la autorización.

Cuando salí a la calle, vi allí unos tres coches de policía, y pensé: “¿para qué tanto despliegue por una simple fiesta?; igual se pensaban que iba a haber más gente y que se organizaría jaleo”; pero no fue así, tal como lo demostramos. Cogí la autorización y se la enseñé a un policía, éste se la quería llevar; no era listo ni nada, para volver a los cinco minutos otro policía a pedírnosla y al no tenerla tener que cerrar el local. Local, que aunque no lo dije, hubo que limpiar de malas hierbas, pues estaba de ellas lleno; yo sé que a eso no contribuí; Jose el novio de Carmenchu y que era de la Gomera o La Palma, no recuerdo su procedencia, sí contribuyó.

Había en el colegio uno que estaba o hacía que estudiaba derecho, que también era de una isla menor y decía:

-Yo, cuando termine, me pasaré todo el día echado encima de los sacos del bar y tomándome copas.

No encajaba esto que decía nada con su porte y presencia; aunque no sabía, si ya en La Laguna estaba siempre en bares; eso no lo puedo garantizar; yo empezaba a dejar de lado tanta juerga, aunque me agradaba ir con Antonio por ahí a tomar “una copa”, el fin de semana; entre semana, ya casi no salía, todo, porque estaba muy a gusto en ese colegio.

Qué más puedo decir de la fiesta, sino que entre los pocos que llegaron y que iban con Antonio, habían unas chicas que llevaban tacones altos, y que por tanto no entraron, pues aquello era de tierra.

Recuerdo unas veces cómo estando con Antonio, había una de Fuerteventura que lo quería ligar; no era fea, más bien era guapa, aunque su hermosura a mí no me atraía.

Un día que Antonio no estaba, se puso conmigo; nos montamos tal lote, que la llevé a mi cuarto; allí el guarda se quedó asombrado, de lo guapa que era y que me llevara al cuarto una chorba por el estilo. No nos desvestimos, pero estábamos echando fuego, yo seguro, y ella tenía el vaquero todo mojado; dijo de ir a su piso, y eso hicimos tras media hora aproximadamente en mi cuarto; poco para mi gusto.

Allí vi como tal niña era una niña mimada, y horterísima, tenía el gusto en el culo, su cuarto era enorme (mucho, si lo comparaba con el mío), tenía un edredón celeste brillante, matador; el resto no recuerdo cómo era; la dejé plantada y me fui. “Bueno pues no se ha pasado mal del todo la noche”, pensé.

La dichosa fiesta, fue un fracaso estrepitoso, lo más grave es que después de todo el arsenal de bebidas que teníamos en reserva, lo devolví casi todo, todo ello pasando una gran vergüenza (mientras me decía que ya no organizaría más fiestas).

Las ganancias totales eran unas quince mil pesetas y unas cuantas botellas abiertas; lo que decidieron los demás hacer con el dinero, era irnos de chuletada. Eso decidimos y eso hicimos un par de semanas después.

En la chuletada me aburrí una barbaridad; eran muy jóvenes para mis ideales y muy aniñados, más esto último que lo primero. Sabían que intentaba ir de luchador, mientras que la mayoría de ellos iban o eran unos pasotas.

Con respecto a mí no es que fueran muy jóvenes, pues había alguno de mi edad o mayor, sino su comportamiento, su carácter, quizás porque el mío, sin haberlo hecho, era un comportamiento tipo cuartel, y no discuto que algo agriado.

Nos vinimos más o menos pronto, afortunadamente.

Sobraron muchísimas chuletas, y la gente decidió dejármelas a mí; no sé por qué, si es que me veían necesitado, o por haber sido el organizador de la fiesta.

Según me decía Bartolomé, yo era rico; según pensaba yo, era más pobre que las ratas. Aunque sí, veía que la media de gente del colegio, por no decir la inmensa mayoría, eran gentes de pocos recursos, por llamar a la pobreza de algún modo, muy mal llamada por cierto, pues hay pobres con muchos recursos, recursos para todo, y ricos con muy pocos recursos.

Yo, ya saben, mi madre me mandaba veinte mil pesetas, que comparado con los ricos, no era dinero, pero comparado con los pobres que no fueran becarios, algo era; la mayoría de los del colegio no eran becarios pues no eran estudiantes brillantes, y encima era gente muy necesitada, pero muchos unas bellísimas personas.

El colegio, era barato, estaba subvencionado por la Universidad, así el director, ese año Bartolomé, debía dar cuentas cada cierto tiempo, a miembros de ella; Bartolomé como compensación, ya dije, no pagaba el colegio.

e-libro.net

Yo lo pagué unos tres o cuatro meses, después, cuando me enteré que nadie, absolutamente, o mejor, por si acaso, casi nadie, pagaba, dejé de hacerlo.

El caldero con las chuletas, enorme, del colegio, de cuando allí se comía, casi no cabía en mi balcón, por lo que tenía que tener la habitación abierta día y noche; iba adueñándose del cuarto un marcado olor a ajos; a todo el que pasaba por el cuarto, le daba chuletas, que a pesar del tiempo pasado se conservaban buenísimas.

De todas maneras, ya estaba de chuletas hasta las cejas; creo que las tuve durante casi siete días; supongo que aquello ya estaba descomponiéndose, si no descompuesto del todo.

Me comí algunas y me las hacía con el infiernillo en un caldero, allí las freía o asaba, según se mire. Era un calentador pequeño, que me había llevado de mi antiguo hogar, y que anteriormente se lo había pedido a Pine; me había pues tocado en el reparto de bienes con mi "ex".

Creo que ella aprobó todo, y casi diría que se casó por esa época, según me enteré más tarde; tuvo hijos al poco de casarse; lo que no sé es si se casó de penalti o como una ¿gran señora?

Pero pasemos de recordar cosas que mejor es no recordar. El colegio era fantástico.

Al poco de estar en él, me enteré que "Leo", el primo de Benedicto, era marica, y no sólo eso, sino que mi menda le atraía; por lo que parece tenía intención de vivir conmigo; estudiaba enfermería, y gracias a que era esto sencillo, lo podía estudiar, pues estaba todo el día con mariconadas, nunca mejor dicho. Se disfrazaba de mujer y se pintaba como tal.

Algunas veces, desde abajo, del patio, veía los escándalos que sus amigos los maricones se montaban en su cuarto.

Si yo estaba arriba, y me asomaba al patio, lo veía siempre a él mirando para mi cuarto. Eso me enorgullecía, pues decía "aunque sea para una 'maricona', al menos a alguien resulto guapo", por otro lado, me trincaba y pueden imaginarse por qué.

Las chicas de la limpieza, nos limpiaban la habitación y nos hacían la cama todos los días. Me solía poner de guasa con ellas, diciéndoles:

-¿A que estoy bueno, eh?

Les decía esto, pues cuando llegaban yo me acababa de levantar y duchar, y estaba en pantalón corto y bata, y se me veía el pecho y las piernas.

Una de ellas, la más pícara, despierta, y por qué no, "indecente", me seguía el rollo; la otra más gordita, indefensa, y más modosita, se daba la vuelta, y me daba la espalda, y no quería más que terminar el cuarto.

Todo un lujazo como podrán comprender.

A veces iba en batín, muy corto, con el que todo el mundo se reía y metía, y del que estaba muy orgulloso, pues era de muy buena calidad (de los hijos de una prima de mi madre, que eran ricos y lo habían desechado), al cuarto de Bartolomé, y cuando las de la limpieza me veían ir así al cuarto del jefe, cuchicheaban entre ellas diciendo:

-Mira es amigo del jefe...

Me imagino que entre ellas dirían: "Hay que tratarlo bien". Para algo sirven los enchufes. Me llevaba muy bien con Bartolomé, cada vez me caía mejor, y a él le decía:

-Eres uno de los tíos más cultos que conozco.

La cultura hoy día a la que me refería, no sé si le venía del mucho hablar o del leer; él era de los que me decían:

-Aquí la gente no lee.

Su compañía me caía muy bien; a él le quedaban bastantes asignaturas, y encima era unos cuantos años mayor que yo, pocos, dos o tres, pero que a esas alturas, y entre estudiantes, contaban mucho, demasiado.

Supongo que eso, que a mí me reconfortaba, debía de hundirle a él en la mas absoluta de las desesperaciones.

Había también uno que estudiaba matemáticas, y era con creces el mayor y el más feo (feísimo el pobre hombre), pero que tenía una novia de las que quitan el hipo. La carrera, como a casi todos, lo tenía amargado.

A mi me amargaba, pero yo estudiaba y estudiaba, y parecía que iba a subir el nivel del colegio, pues era de los pocos que se pasaban la noche en vela estudiando; mientras, pensaba: "!Te voy a ganar Arturito!; !cabrón de mierda!, !te voy a ganar!..."

Estaba seguro de que le podía ganar, aunque a veces, mi ego se resentía algo, y pensaba: "¿y si no le gano?, ¿qué hago?"

e-libro.net

Un día, que estaba con uno, me puse un pantalón de militar (que no sé quién me dio) y con él me salté la tapia del colegio a la obra de al lado; llevaba una linterna, y allí vi unas sillas a modo de silla de director de cine, de esas de tela con armazón de madera; la tela era marrón y las maderas barnizadas de un canelo clarito.

Cuando se empezaron a enterar de mi incursión en las oficinas en obras de al lado, me tenían todos los días saltando y pasando un par de sillas de la obra al colegio; pasé unas seis, hasta que me pareció que estábamos abusando de la suerte y me negué a saltar más.

No es que fuera muy deportistas por esa época, pero sí de los que más gimnasia hacía. Aunque no tanta como los deportistas universitarios que allí habían; me refiero a un estudiante de Historia, no mal parecido, pero que no razonaba, y que tenía la cabeza solo para peinarse.

Había un anuncio en varias revistas que me llamaba mucho la atención, era el Método Aubanel, "Las veinte lecciones de cultura psíquica", según la información que les había mandado a pedir, lo habían realizado personalidades importantes, y de todos ponían una serie de comentarios, desde licenciados a catedráticos, como políticos, etc, etc.

Lo cierto es que cada vez me llamaba más la atención, y pensaba "si tuviera las treinta mil pesetas que me vale el curso, sin duda lo haría", pero por el momento no contaba con ese dinero, por lo que intentaba entresacar alguna enseñanza de la publicidad, de la cual le hacía a uno creer, que para hacer algo en esta vida, era necesario hacer dicho curso. "¿Sería una estafa?", yo por mi parte, ya estaba empezando a dudar si sería capaz de hacer algo en la vida sin el cursillo ese.

En el fondo, seguía sintiéndome una mierdita, cosa que todavía me ocurre, y no creo que no recurriera a otro método si lo viera anunciado en alguna revista, a pesar de que sigue sin sobrarme el dinero; pero, y a ¿quién le sobra?, yo creo que ni a Donal Trump (creo que se escribe así), le sobra; bueno, vayan ustedes a saber si es al que menos le sobra.

Pero en fin, entre unas y otras cosas, y estudiando mucho, pero mucho más que el año pasado, llegó la Navidad.

En ellas estuve estudiando, y vi poco a mis antiguos amigos; quién sí pasó alguna que otra vez a buscarme fue Antonio Granados y salíamos de marcha.

Empezamos a ir a casa de un amigo de Antonio, Miguel, (no el mismo de Tenerife), este era mucho más inteligente, aunque su inteligencia iba en picado, mientras se preparaba las oposiciones para juez. Para ello se iba a una oficina que era del padre. Allí también iba Miguelo, quien creo que ya había terminado, o si no lo terminaría en febrero, seguro. Él tampoco estaba ya con Ana, quien se quedó en diplomada de informática, no licenciada, o sea sólo hizo tres años, y no los cinco, fue boba, pues no creo que los haya terminado después; según dicen, una vez se cuelgan los libros ya es para siempre; por lo que veo, eso no me ha ocurrido aún, y rezo, para que no ocurra.

Íbamos a la oficina de Miguel todos; muchas veces íbamos en su coche, luego salíamos por ahí, a sitios caros; yo como veía, que ninguno era del todo sincero, me cerré en banda, y opté por no contar a nadie más mi vida; en todo caso, contar cosas a la gente del colegio, donde había tan buen ambiente.

Pasó sin pena ni gloria, a no ser que en reyes, conseguí muchísimo dinero, entre unos y otros. De todo el dinero, treinta y tantas mil pesetas, sólo compré una prenda de ropa, pues pensaba que ya estaba bastante surtido de ello, y lo otro lo guardé, ¿saben para qué?

Íbamos a muchos sitios juntos, los cuatro; me aburría enormemente, y me dedicaba a beber, aunque ya tampoco tenía ganas de emborracharme, entre otras cosas porque salía caro.

Siempre que iba con Antonio G., yo hacía de copiloto, y él iba pendiente al máximo de la carretera, conducía como mi padre, de una forma inteligente, es que él era inteligente aunque le perdió el alcohol y las malas amistades; por mi parte salí a veces con Antonio S., el de la "instaladora", que no es que él fuera mal chico, sino que el que lo pervertía con mis "innovadoras ideas", era uno, a ese pobre y gran amigo.

De todas formas ya no lo llamaba tanto como antes.

Al bar al que íbamos los cuatro, era un pub, nunca mejor dicho, pues daba la sensación de no haber cambiado desde la época de los pubs, hacía unos diez años, con cosas de The Beatles colgadas por las paredes en la parte de arriba; abajo, en el sótano, estaban las mesas de billar y los baños.

Las copas eran a precio de pub, o sea, caras, incluso para gente trabajadora, aunque parecía que éramos nosotros, los únicos que iban. Antonio G. estudiaba con música Heavy

Miguel, vestía y se peinaba como una persona seria y responsable, y no sé por qué Miguelo me decía que era un diablillo, también es cierto que yo con él no traté mucho; me llevó una o dos veces a mi casa (la de mi

e-libro.net

madre), y no nos decíamos gran cosa durante el trayecto; él vivía con su familia en una de las casas del estado que hay por el Pepe Gonzálvez, el estadio de fútbol; dónde estudió él derecho no lo recuerdo, así podría ser en Madrid, Córdoba o Las Palmas, en esos tres sitios pudo ser, pero exactamente no sé; no creo que sacara la carrera año por año, al menos, estaba estudiando las oposiciones, de muy mala manera; era joven, quizás incluso más joven que Antonio, quien había empezado farmacia a los diecinueve años, creo, pues él nunca me lo confirmó sino que había rumores, aunque quién sabe si no eran suposiciones mías. De todas maneras yo lo consideraba algo mayor, y bastante maduro.

Según me contó una vez, de adolescente había viajado a Inglaterra, aunque no sé por cuanto tiempo; me imagino que eso le abrió mucho la inteligencia, y lo hizo madurar. Éste, era el primer año que yo estudiaba solo, y aún así tenía familia en la misma isla; estaba demasiado protegido.

Lo único que me dijo de su viaje a Gran Bretaña, era que participó en una pelea de barrios, a pedrada limpia; viendo la zona en la que vivía en Las Palmas, eso era muy difícil de creer, pero eso me lo contó como una verdad; viviendo en la zona en que yo vivía, eso era lo más natural del mundo.

Ya Los Secos, casi ni los nombrábamos, empezábamos a alejarnos Miguelo y yo, es posible que me criticase, basándose en mi vida anterior, cuando vivía con Águeda y no hacía más que quejarme. Ahora era otro, más seguro de mí mismo en todo, tanto en mi físico, en mis posibilidades físicas, y en mi psique, cosa de la que antes carecía por completo.

Era repetidor, sí, pero intentaba llevar la cabeza alta, no les niego que no la llevara demasiado alta, para ser lo que era; “seguro que por ir de tan ególatra iba a tener problemas”, verán; aunque quizás por ir de bobo ya había tenido excesivos problemas.

Conclusión, lo mejor es no ir de una ni de otra cosa, sino de algo intermedio, aunque según leí, Savater decía que debía de haber una cierta rebeldía en todo alumno; a mí esto no me ha conducido a nada bueno.

Las Navidades en esa época poco más daban de sí, a no ser que empezaba a cogerlas para estudiar más, bueno realmente debía decir no para estudiar más, sino algo, pues qué estudiaba yo en Las Palmas hasta esa época, nada, a no ser lo que fuera del BUP y el COU, que tampoco lo estudiaba mucho, sino por desgracia, ahora me arrepiento, para salir del paso.

Siempre que estaba haciendo alguna cosa pensaba, “¿cuánto mejor no estaría yo en ‘tal’ sitio?”; esto era un error, pues cuando estaba en ese “tal” sitio, decía, “qué aburrimiento, mejor estaría estudiando”, eso lo pensaba durante la carrera, no en el bachillerato ni en el Curso de Orientación Universitaria, pues en esa época, pensaba que el estudio me haría fenecer; todo por no tener las referencias adecuadas.

Una cosa que sí pensé siempre, es que los farmacéuticos no destacaban en nada o sea no eran ministros, cantantes famosos, o lo que fuera; de este error me ha costado muchísimo salir, aunque no sé si algún farmacéutico se ha ganado el premio Nobel o similar, en alguno de las ramas del saber o las artes. Siempre me pregunto esto.

Pero bajemos al mundo de “los humanos”; ya saben, que muchas veces pensé, “¿y si me muero ahora y no he vivido?”; pero, ¿qué es vivir, sino trabajar?, aunque con esto también se pregunta uno: “Trabajo para vivir o vivo para trabajar”; esto me lo he preguntado continuamente, pero ¿y no es peor eso que he visto, que uno viva para el coche?, y eso lo he visto en mi propia familia, a mi hermano Jose, primero con sus motos, comprándole y haciéndole mil y una cosas; y luego con los coches, siempre a punto, y en ese a punto, se gastaba el dinero a mansalva. Ante esto, ¿qué hacer?

Aquí poco más me queda por decir, sino que me fui a La Laguna pronto, y ya había gente, no estaba el colegio lleno, pero sí había bastante gente.

Me puse a prepararme lo de febrero, ese año sólo iba a por Farmacodinamia y en medio estudiaba Broma y Toxi.

En el colegio, había una chica que me gustaba muchísimo, se llamaba Carmen, Carmenchu para todos los amigos; sí, era la novia de Jose el de una isla menor; me llevaba bien con Jose; su relación no la entendía, pues eran novios, estaban en el mismo colegio, pero nunca los veía juntos; incluso creo que cuando se iban a comer, se ponían en mesas separadas; mucho no se querían, más bien intuía que se molestaban; Carmenchu no es que no estuviera buena, pues sí lo estaba, aunque no era una modelo, sino que tenía una cara de persona indefensa y que ha sufrido mucho; era una cara angelical, tal que a veces me dan ganas de poner su foto aquí para que todos la contemplen. No era machona, pero siempre iba vestida de chico; se notaba que a mi lado estaba a gusto, pero le costaba expresarse; muchas veces me decía:

-!Chico! !Colega!, ¿yo qué sé?...

e-libro.net

Y así era su conversación; no es que me disgustara, pues realmente me volvía loquito por ella, pero me extrañaba que no se expresara mejor y hablara más, piensen que era de letras.

Recuerdo en especial un día en que yo estaba estudiando a tope, cuando fui al cuarto de Carmenchu; primero había pasado por el de Jose, y le vi como que tenía miedo de mí, quizás por mi ímpetu, o quizás porque lo cogí infraganti en algo, en qué, no sé, me extrañaría que estuviera conspirando contra mí, pues intentaba acercarme a todos, ser uno más, aunque eso sí, que me respetaran; ¿era un líder intelectual, al igual que lo era Bartolomé? Ese día que fui a su cuarto, la vi con dos amigas; no supe qué hacer ante tantas mujeres, tal que me puse a pensar: "!Farmacia, farmacia, farmacia!"; me imagino que me saldría "chispas" como siempre que hacía eso. Lo cierto es que me senté en la mesa de noche, que muchas veces se usaba para tal fin, y ellas se alejaron de mí, por lo que les dije:

-Pues bueno, pues adiós, me voy...

Y me fui al cuarto de Bartolomé, allí me refugié y él dijo de pasar después por el cuarto de ella, eso a pesar de lo que le dije; según pienso ahora, porque quizás a él le gustara alguna chica de las que allí había.

Él sabía que me gustaba Carmenchu, pero sin embargo, él, era muy reservado con sus amores, y en todo el tiempo que estuve allí, no me dijo de nadie que le gustara, aunque yo tampoco se lo pregunté nunca, pero suponía que eso debía salir de uno; hoy por hoy (en esa época), él empezaba a ser mi mejor amigo; no creo por lo ocurrido después, que él pensara lo mismo de mí.

¿Recuerdan cuánto había conseguido por Reyes?, claro está contando con el dinero de mis tías y de mi tío Joaquín, pues nada más y nada menos que me quedaban unas veintipico largas o treinta mil, o sea que tenía dinero para pedir el Método de Aubanel, cosa que sin más razonamientos hice; lo pagué al contado, y bobo de mí, puse la dirección del colegio, en lugar de poner la de mi madre o la de Pine; pero mi hogar estaba donde yo estuviera, al menos eso me decía; era como los caracoles, que llevan su hogar a cuestas; pues así era yo.

Lógicamente recibí información del curso mientras estuve en el Colegio, pero ahí, y lo adelanto ahora, sólo estuve un año, un curso.

Me vino por partes el método, y cuando lo leía me decía, "pero, ¿y esto es todo, no hay más?; pues esto ya lo sabía yo hace tiempo, mal empleado dinero".

Por preguntarles algo, pues ellos me decían que les preguntara todas las dudas que me salieran al respecto; una de las veces les pregunté por mis ojos, que siempre miraba a los ojos del profesor; esto lo hice tuteándoles, y ellos me mandaron una misiva, en principio medio cabreados por atreverme a tutearlos, como si fueran mis profesores, enseguida cogí la indirecta y en las restantes cartas los traté de usted.

Ellos me contestaron diciéndome que eso era muy positivo, que daba aspecto de seriedad; cuán equivocados estaban, pues estaba eso de: "...con paciencia, con humildad, con sumisión..."

Otra de las preguntas que les hice, fue sobre el cigarro, que fumaba demasiado. Me respondieron que cada vez que me dieran ganas de fumar, aspirara profundamente; como verán sus consejos eran muy profundos y científicos, pocos consejos más les pedí.

Lo cierto es que ese curso introdujo en mi cerebro la palabra "!GANAR!", y me repetía constantemente:

- !Voy a ganar!, !voy a ganar!, !voy a ganar!...

También decía en el curso que tendría unos ojos especiales, esto me trabó hasta extremos tales, de casi salírseme los ojos de las órbitas, y tener los ojos de un psicópata poco más o menos, eso me dio a entender Antonio el de la instaladora, una vez que estuve con él ese verano.

Lo que me dije sobre el curso era, "bueno lo guardo para cuando tenga un hijo dárselo a leer". Pensaba dárselo a leer sobre los catorce años, "ya veremos qué es lo que hago".

Cuando pensaba en Carmenchu, no pensaba en ella desde el punto de vista sexual, sino en estar con ella acurrucadito en la cama, aunque vestidos los dos, y estar hablando y hablando. De todas formas, y en parte por respeto a Jose, que poco me daban ganas de respetarlo, al ver como trataba a su novia, en parte por miedo a lo desconocido, y un nuevo fracaso, pues no lo hice ni le dije nada, aunque sí se lo di a entender, como ella supongo que comprendería; si no, no me hubiera dado la foto tamaño carnet que me dio, y que aún conservo.

Por mi parte, era objeto de amores de una chica de farmacia; pertenecía a la promoción siguiente a la mía, y aprobó según creo todo, año por año. Estaba gordita (bastante gorda), gran desventaja para mis ojos, era bajita, y yo muy alto, aunque eso nunca me ha preocupado pues en la cama las alturas se igualan; era hija de un taxista, que aunque no me preocupaba, tomaba a estos señores, ya no "pesetas" como los llamaba mi hermano, sino guarrillos, pues pensaba en algún que otro que yo había cogido, con el taxi viejo y una capa de polvo alrededor

e-libro.net

de ellos. El nivel económico de esta chica debía ser también bajo, a no ser que su madre trabajara. Almudena era su nombre.

Tenía varios interrogantes que de todas maneras no me importaban en esa época, ¿quizás porque analizara poco las cosas, o sea que obraba más por impulsos? No lo creo, debía ser seguramente porque tenía menos elementos de juicio, a pesar de creerme con mucho juicio y muy juicioso.

El examen de Farmacodinamia lo iba a hacer según parece yo solo. Se lo dije a don Victoriano y él me dijo que tenía que llevarle un justificante o hacer algo con el delegado de la clase. Éste, el delegado, era de lo más antipático y no quería resolverme el problema; me miraba por encima del hombro, y poco me faltó para llamarle estúpido, o alguna otra cosa no tan delicada.

Lo cierto es que tras varias veces de ir de un lugar a otro, no sé si es que me quería cansar, o que me ganara la convocatoria en el que era el único que se iba a presentar, no lo creo pues era un derecho, no un deber, la convocatoria esa; a pesar de que, por lo que veía, ellos pensaran lo segundo, al menos eso parecía tal y como me trataban.

Al final pude hacer el examen, pero éste era extremadamente difícil; lo hice en el departamento de la asignatura, en uno de los laboratorios atiborrado de material de investigación. El examen era difícil, puesto con mala leche, quizás por las variadas veces que había ido a hablar con el catedrático; ¿lo había molestado?

Hice las preguntas que sabía; las otras, las que no sabía, las intenté copiar, así le dije a una chica monilla que allí había:

-Mira, te importa que me copie.

-No, no -contestó ella, aunque es probable que sí le importara.

No recuerdo su cara, aunque puede que fuera la amante del profe; mejor del superprofe.

Aunque ella me había dicho que no le importaba, saqué temblando los esquemas que llevaba para estudiar, y no para copiar, y estaba tan nervioso que no di pie con bola.

Los folios se me traspapelaban unos con otros y se me secó la boca; estaba en total alerta, pero nervioso, sin poder controlar los nervios; seguramente porque la última vez que me había copiado me salió tan mal, y las graves consecuencias que había tenido, y que más graves podían haber llegado a ser.

Como pude me copié, aunque alerta, no sea que el profe u otro profe, entrara por la puerta y me viera con todos los folios fuera; eso sería nefasto.

Terminé, o di por terminado el examen, aunque no estaba contento con él. De todas maneras, quería defenderlo a capa y espada. Esperé a que llegara el señor Darias. Llegó al rato largo, ya me encontraba más calmado; vino descentradillo y como cansado; creo que llegaba de clase, quizás una mala clase, o quizás una mala noticia, o quién sabe si por problemas laborales o privados. En definitiva por lo que fuera no estaba el hombre centrado.

Enseguida le ataqué:

-Don Victoriano ¿me podría corregir hoy el examen y así si tengo alguna cosa mal o flojilla, pues me la pregunta y se lo respondo?

-Ahora no, Fijoleis, ahora no.

Eso fue lo único que me respondió; no sabía si seguir insistiendo o no, opté por callarme. Me marché resignadamente, aunque no tenía demasiada mala impresión de como me había salido el examen.

Mi gran amigo Bartolomé, también tenía problemas en esa asignatura, pues el catedrático de Farmacodinamia de medicina era su tío, y según parece ambos se llevaban mal; Bartolomé era el que pagaba las consecuencias, a pesar de considerar que Bartolo (no te mosquees) no se matara mucho estudiando aunque él pensara lo contrario; dedúzcanlo ustedes, con lo que un día me aconsejó:

-No estudies desde tan pronto la Galénica, pues si no, cuando llegue la época del examen, ya estarás aburrido.

¿No creen ustedes que hubiera sido mejor?: “Estudia cuanto antes y cuanto más mejor, y si te da tiempo, amplíalo”.

Cambiemos de tema; creo que fue por esas fechas, cuando decidí hacer una fiesta; una maxifiesta en el piso de mi hermana.Fue muchísima gente, entre ellas Miguel y Antonio Granados.

Pilarillo La Gamba, recuerdo que me dijo:

-Ya decía yo por qué tenías tanto interés en hacer la fiesta; con este piso no te digo.

e-libro.net

Se emborrachó, o se hizo la borracha, y se pusieron de juerga en la azotea, jugando con las cuerdas de los tendederos de la ropa, hasta tal punto que las estropearon todas.

Yo, previsor, en lo que preparaba el piso, me llevé la mesa de madera y cristal que había en la entrada pues reflexionaba: “Más vale prevenir que curar, no sea que algún borracho le de un golpe, o se caiga encima de ella y rompa el cristal: !Dios me libre! Uf, que va”.

La tele también la quité, por el mismo motivo y la puse en el mismo cuarto; los dos cuartos los cerré con llave, por si a alguien le entraban ganas de fornicar, que se fueran a su casa.

Fue también May, y nada más llegar se sentó en el sillón y se puso a ver los “Muy Interesante”, tal que me espetó:

-¿Y tú lees esto? -refiriéndose a que no se consideraban revistas científicas de mucho calibre.

-Son de mi cuñado -le repliqué.

Era cierto que yo pensaba que esas revistas eran de cotilleo científico o mejor pseudocientífico, pero de ahí a que May pensara que uno leyera el tipo de revistas científicas que ella pensaba, y más que nada por curiosidad intelectual, había un trecho. No fue el de la raya en medio, quizás porque no lo considerara oportuno. Mejor fue así.

También fue Toñín y no sé quién más, aunque se fueron pronto, todos los de su cuadrilla.

También fue Almudena, quien llevó a su hermana, que también estudiaba farmacia (desconozco si con tan buenos resultados como su hermana), estaba imponente, hacía ella se me iban los ojos.

La música, casi toda era de rock nacional, del que yo tenía algunas cintas en esa época.

En fin mucha música, muchas copas, y poca comida, como siempre ocurre con los estudiantes, o el tipo de estudiante con el que me relacionaba; resultado: borrachera sublime, o suprema, como quieran llamarlo. Nos fuimos todos y dejamos el piso hecho una auténtica porquería.

Habíamos quedado en ir Miguel, Antonio y yo a limpiarlo a la mañana siguiente. Los fui, o me fueron a buscar al colegio, no lo recuerdo.

Cuando llegamos al piso, tenía un ligero dolor de cabeza.

Miguel insinuó si no se podía limpiar con una copilla, se la di, Antonio y yo tomamos un refresco.

Había mierda por un tubo, como si se hubieran caído un montón de copas al suelo y luego se patinara en él; un auténtico desastre.

Limpiamos rápidamente; pues el primero que estaba hasta los cojones de la limpieza era yo.

Al final me di cuenta que habíamos limpiado fatal, pues incluso en el mueble, si se movía un poco, se veía la marca de lo limpio y lo sucio. Al par de horas creo que fue, dimos por terminado la mala limpieza.

No tengo ni idea de lo que dirían Quillo y Pine cuando llegaron, pues intenté demorarme varios días antes de ir a verlos a su casa, aunque lógicamente supuse que se darían cuenta. Quizás me protegían en exceso, sin yo darme cuenta, o tal vez sabían que mi vida no era todo lo agradable y placentera que debiera ser.

Con el tiempo, me di cuenta, pues él me lo dejó entrever, de que lo que realmente le molestaba y le tenía preocupado a D. Victoriano, era el no pasar a la historia, eso es lo que más le preocupaba a él.

No obstante tenía dinero, pues según el homosexual del piso de Tomi, a quien, como último resquicio de lo que según parece fue una gran familia, de cuyo nombre se le notaba que estaba orgulloso, su madre le había regalado un caballo, dijo que D. Victoriano le había regalado uno a su hija; supongo que por haber hecho algo bien; eso o porque él quiso, porque no tenía obligación ninguna. Aunque sólo él sabía si se lo merecía o no.

Seguía sin poderme quitar de la mente, el ridículo tan grande hecho en la obra de teatro; hoy día tampoco me lo quito de delante; quizás sea ese motivo por el que lo escribo, pues así a modo de confesión, me lo quito de la conciencia, y es que lo tengo como una gran espina clavada en el corazón.

Carmenchu, casi siempre vestía igual, o al menos igual yo la veía siempre; no creo que tuviera mucho dinero para vestir con grandes lujos, y que su forma de vestir fuera más por obligación que por devoción. Era un poquito ancha de muslos, aunque a mí me gustaba así.

Pueden creer, que no recuerdo si fue un sueño o realidad, una vez que estuvimos los dos solos y ella me decía algo así como:

-Esto no puede ser. No puede ser...

No es que la estuviera penetrando ni mucho menos; aunque la voz que recuerdo de ella era muy melosa y como dándome besos. Yo no le daba ninguno, ella sí que me besaba toda la cabeza, probablemente porque yo le quisiera pegar una mamada en el conejo y estimular lingualmente su clítoris. No sé.

e-libro.net

Si he de ser sincero, a veces creo que eso fue real, hoy lo pienso; otras que todo fue una ilusión, ayer lo pensé, y quién sabe mañana lo que pensaré mañana.

La que estaba como un tren en el colegio, era una que vivía junto con su novio, un pringaillo sin personalidad ninguna, que no hacía más que meter la pata en las reuniones de la directiva del colegio; creo que sólo fui a una reunión a ver, a instancias de Bartolomé, aunque no influí en nada, pues nada dije y a nada ni a nadie voté. Pero sí vi sus desastrosas intervenciones. Se apoyaba en su novia, que estaba como quería. Usaba ropa interior provocativa, pues la veía tendida desde uno de los ventanales de los extremos del piso, y me la imaginaba ver con esas "minibraguitas" tan sexys. Pensarán que soy un pervertido, y quizás tengan razón.

Las que recuerdo ver eran blancas; ni negras ni moradas ni rojas, las llegue a ver, aunque tampoco estaba yo todo el tiempo yendo a ver su ropa interior; eso fue por que un par de veces coincidió, eso creo; para qué verlas, si no se las podía ver puestas, a pesar de que existen muchos fetichistas que las guardan, lo que después hacen con ellas lo desconozco, aunque me imagino que habrá de todo, unos las olerán, otros ....

Yo creo que no comentaba con nadie mis intimidades de cama, es más, creo que incluso lo que cuento en este libro, algunas veces me parece excesivo y quién sabe si alguna vez tendré vergüenza propia, no ajena.

Creo que la susodicha chavala estaba estudiando delineación o algo parecido; una diplomatura creo que era; aseguraría que esa mujer quedaría bien con un líder a su lado, no junto a un veleta; el pobre hombre este, fue el que me hizo más novatadas, aunque no por eso lo odiaba, todo lo contrario, me parecía un pobre hombre, o, ¿no sería yo el pobre hombre?, el que más estudiaba, pero menos aprobaba; de mí debían decir que era un zoquete, por muy inteligente que uno se considerara. No es que Bartolomé fuera el más inteligente de la directiva, pero sí el que más aplomo y mano izquierda tenía; aunque en ocasiones le faltaba dominio de la situación, pudiera ser que debido a una falta de experiencia.

Un día Bartolomé me dijo de hacer una revista; él sabía que me gustaba leer algo que no fuera exclusivamente la carrera. Para ello me indicó:

-Mira, la quiero hacer del estilo de la del C.M. San Fernando -me dejó la revista para que la leyera.

La empecé a leer y nada más empezar, me dije, "pero ¡qué bodrio más grande es éste!"

Escribí un articulo en tono de disgusto, criticando a Bartolomé por el referente tan malo que me había dado. Nunca vi mi artículo en ninguna revista, pero ya había perdido el miedo a mi primer escrito; el primero de toda mi vida, aunque no lo corregí ni nada, con esto quiero decir que seguramente el mío sí fuera un bodrio auténtico, pero Bartolomé no me dijo nada, ni siquiera si se molestó o no.

Hablando de publicaciones, también me dijeron en la facultad, uno de los más rebeldes de la carrera, si quería publicar algo; lo hice, y hablé sobre la nueva facultad, de quién o quiénes creía que habían contribuido a que se construyera y quiénes se llevaban la gloria.

Era ciertamente un articulo matador, afortunadamente me daban la opción a no poner mi nombre, cosa que hice; tan sólo puse mi firma.

El artículo me lo publicaron tal y como se los había mandado; de ese sí vi una copia, pero no me quedé con ningún ejemplar. Quizás porque me lo tenía que comprar y por dejadez y por ahorrar no lo hice; no tenía ni idea de lo que me iba a deparar el futuro.

Como irán viendo, me creía un líder, y una especie de hermano mayor; en realidad era un tolete supremo, pues la auténtica realidad era que empezaba mi primer año como repetidor.

Después de enero, empecé a ir los viernes por la noche con Bartolomé a un pub al que nunca había ido, por una zona que jamás se me ocurrió que iría; cerca de allí estaban una iglesia y una plaza donde había una pequeña charca con patos, donde íbamos después de tomarnos un güisqui; yo pensaba, que por qué la gente necesitada no robaba los patos y se los llevaba para comer, fue siempre un enigma, a no ser que no se fiaran de la higiene de esos patos, los que efectivamente daban un poco de asco; eso parecía a esas horas de la noche; pobres patos, no los dejábamos dormir.

Se habrán dado cuenta como he dicho un güisqui, y es que Bartolomé no se daba más lujo que este, el de un güisqui, me imagino que entre otros motivos y quizás el primordial, aunque peque de picardía en la actualidad, la escasez de dinero, yo no tenía mucho, pero me da que él menos, o bien tenía más diversiones que uno, que es lo más probable.

Lo pasaba bien, allí Bartolomé me confesó que le encantaría haber pertenecido a la época de las mafias, y tener un garito como los que salían en las grandes películas sobre la mafia y La Ley Seca en Estados Unidos; a mí eso me alucinaba y me llenaba la cabeza de fantasías.

e-libro.net

Pensaba que esa época era mejor y más fácil que la actual, en la que seguro que se conseguía más dinero que hoy día, aunque yo aún desconocía por completo el mundo laboral, salvo del que me dio indicios mi padre, pagándome por las duras jornadas en su botica, como a cualquier mancebo de farmacia. En esa época pensaba que el explotado era yo, pero no, siempre el explotado es el obrero.

Leo, el primo de Benedicto, tenía otro amigo que también era pluma, por no decir mariconazo. Quién se montaba a quién, es una interrogante que dejo al público lector; Leo estaba destrozado por las drogas y su falta de autocontrol; hacía como que pasaba un kilo de todo, y lo que parecía era ser un pobre hombre. Vi a su "amigo" en el pub donde Bartolomé y yo íbamos, con otros personajes, pero éstos eran o parecían ser intelectuales prósperos, o algo prósperos, que iban emparejados a divertirse el fin de semana, pequeños ejecutivos del arte, digo del arte, pues ese "amigo", llevaba una carpeta enorme con grabados y dibujos (nunca los vi) que les enseñaba y discutían entre ellos; ese pobre chico supuse que no llegaría a nada.

A Bartolomé también le gustaba el jazz (a mí no, no lo entendía ni entiendo), lo cual acrecentaba la atmósfera mafiosa de la que hablaba siempre.

Fuimos a ese bar unas cuantas veces; al camarero parecía que le iba viento en popa, era más joven que nosotros y siempre iba muy bien puesto y peinado; no creo que fuera uno de los dueños, pues me parecía muy joven para ser tan emprendedor, aunque quién sabe.

Cierto día buscando una peluquería barata y que me peinara modernito, conocí a un peluquero y hablando y hablando con él, me dijo que él se interesaba por la acupuntura y que tenía unos apuntes sobre ello; se los pedí para echarles un vistazo; creía que iban a ser complicadísimo como los típicos libros de especialistas; un día me los trajo y me los llevé para leerlos; se los devolví en dos días, pensando, y "¿esto crees tú que es un curso interesante?; buaaah, pues no sabes lo que te espera"

-Sí, no está mal -le dije como contestación al préstamo, aunque me guardé de mencionarle el bajo nivel del escrito.

Pensaba, como siempre, que era el centro del mundo, y como tal que éste, el mundo, se iba a enterar de la putada que me estaba haciendo Arturito.

Estudiaba y estudiaba, aunque algo salía y charlaba, tal es el caso de una vez que estaba Bartolomé en el cuarto mío (él no quería café, entonces no lo hice), charlando y riéndonos muy plácidamente, cuando me avisan de la garita que ha llegado una visita, miro a ver quien es, y de repente digo:

-!Buach!, !Moncho!

Me trinque un huevo, y sobre todo estreché y comprimí el esfínter anal. Bartolomé al verme así me arengó:

-¿Pero que te pasa?, relájate.

Me entraron ganas de decirle a Bartolo que se fuera, aunque me resultaba violento.

Cuando subió, hice las presentaciones, y Moncho se puso a hablar, primero dijo un par de vanalidades y luego refiriéndose a Bartolomé dijo:

-Qué reloj más bonito. De qué época es.

No sabía si lo decía por adular o realmente porque fuera un reloj de calidad y antiguo. Antiguo por lo que contestó su propietario, sí era:

-De mi abuelo, que en paz descanse.

-Es muy bonito, ¿me lo dejas ver?

Así pasaron unos minutos, hasta que Bartolomé se fue despidiéndose de los dos; me imagino que se dio cuenta que era un homosexual descarado; si no se lo había dicho yo antes.

Le invité a café o a té y no quiso; si tuvo que ver con mi cafetera psicodélica, o como me diría mi admiradora: "con tu cafetera cuca al fin del mundo".

La causa real por la que me fue a ver Moncho no la descubriré nunca, eso creo; quizás sólo por cortesía, o por hablar con alguien, aunque eso de un homosexual declarado, hacía otra persona del mismo sexo, me parece muy raro.

Me dijo que cuando quisiera fuera por su casa; acordamos un día, y así yo grababa cintas de cassette de su gran colección de discos, de la que siempre decía:

-Bueno, y estas que tengo aquí no son nada; tendrían que ver las que tengo en el garaje.

Un detalle curioso es que nunca fuimos al garaje donde tantas cosas buenas se almacenaban.

e-libro.net

Iba a hacer varias visitas a mi hermana, quien, cuando me invitaba a comer, hacía un plato fenomenal, pechugas de pollo con nata, gratinadas al horno. Algo sensacinal; también bebíamos vino de Malvasía, al que mi hermana se aficionó estando en Fuerteventura. Era un vino blanco magnífico, aunque yo me controlaba y no bebía todo el que se me apetecía por respeto a los comensales; mi hermana, ya he dicho, es un ama de casa por encima de todo, y hace unas comidas sabrosísimas, con mucho gusto y arte.

Comíamos a la entrada, donde era el salón, hall, comedor, recibidor, cuarto de la tele y música, etc, etc.

Pero era fenómeno, se respiraba a familia, Quillo enchufaba las noticias y poníamos entre todos la mesa; una mesa redonda no muy grande, pero en la que cabíamos perfectamente los tres, formábamos una familia, en el que de haber algún piojo pegado, ese era yo.

Las pechugas se quedaban blanquitas, con una salsa color amarillo mantecosito, que estaban y están para chuparse los dedos.

Ya quedaban lejos los días en que le pedía a mi madre que me diera recetas para hacerme la comida, en el colegio no me hacía más que la leche, café y alguna que otra infusión, muy pocas.

Luego había postre, casi siempre. Salía uno de allí como si hubiera ido al mejor restaurante del mundo, y encima satisfecho de la agradable compañía de ese joven matrimonio.

Generalmente iba a comer a casa de la señora que me llevó Quillo el año anterior; se pagaba tan sólo cinco mil al mes y tenía uno derecho a dos platos de comida, cinco veces a la semana, extraordinariamente barato, pues la comida era satisfactoria. Quizás pusieran muchas papas, para engordar, pero aun así, a mí me gustaba.

Acostumbraba a estudiar por la noche, y por tanto me levantaba tarde. Iba pues a comer en el último turno, cuando ya casi no había nadie; por lo que comía con el marido de la ayudanta de la cocinera; ésta última era la que había inventado el negocio. Era bastante inteligente, la ayudante, sin embargo, no daba mucho de sí.

Estaba seguro que iba a aprobar la carrera, y por ello allí, cuando hablaba con algún estudiante, le decía:

-Ja, ja, cuando acabe esto me dedicaré a la política.

La señora del negocio (que estaba en un piso alquilado, en cuya habitación, al fondo, se encontraba la madre de la cocinera) era ya una señora mayor, aunque carismática. Levantó o intentaba levantar a su familia, quizás porque los miembros que podían ayudarle se habían ido todos, y les habían dejado el paquete a ella.

No tenía imagen de ser una mujer rica, todo lo contrario, parecía humilde y mujer del pueblo.

Lo que decía de la política era sincero; ella tenía tecla conmigo, quizás por conocer a un futuro político, o porque me veía un batallador, pero que hablaba con la gente (vayan ustedes a saber si le parecía un chafalmejas al que seguía la corriente, pero que pensaba que no llegaría a nada).

A veces, si era el último, me invitaba a un café en la cocina, de todas maneras esto ocurrió unas tres o cuatro veces como máximo. Los segundos platos no recuerdo en qué consistían, pero generalmente se quedaba uno satisfecho.

Otros años, allí habían comido Octavio y Antonio G.

Ese año ya no vi a Antonio allí, y a Octavio sólo le quedaba una a la que se presentaría en febrero, y no iba durante el curso a La Laguna.

A veces, cuando iba a la hora que iban todos, sobre la una de la tarde, me encontraba con bastante gente, pero quiero mencionar un par de días, en que me encontré a ciertos personajes: uno de los días vi a una que estudiaba Bellas Artes, tenía un cutis finísimo, por estar muy bien cuidado, y de no haber pasado muchas calamidades; se le notaba de lejos que era una niña pija, de padres de mucho dinero; me senté frente a ella en una mesa para dos; le hice entrar en conversación, y me dijo cómo a veces se iba a Madrid a ver exposiciones; asentí mientras pensaba: “Pues no es pijita ni nada esta niña, el dinero le tiene que sobrar por todos lados”.

Era guapilla, y un par de veces que la vi iba de negro. También le conté mi idea de dedicarme después de mi carrera a la política. Observarán que se lo decía a todo el mundo; en realidad pensaba que no tenía más que decir sino hablar del futuro (el pasado era mejor olvidarlo), cosa que ahora es lo que intento no hacer aunque lo haga. Estaba buena, con el pelo rizado y rubio, y un cutis delicado, muy mona.

Otro día vi a Miguel, del que no sé si Antonio seguía siendo su compañero de piso. Me dijo riendo:

-Fui al medico y me dijo que tenía unas diarreas y almorranas que...

“El alcohol le tiene podrido”, pensé.

Estábamos sentados en la primera mesa de la entrada al comedor.

e-libro.net

No quería tener muchas migas con él después de lo ocurrido, a pesar de que él estaba muy sonriente, como si fuéramos dos grandes amigachos, cosa que no éramos, pues desde el último desplume económico no lo vi más. Me caía mal, era un alcohólico al que le iban de mal en peor las cosas.

Estaba igual vestido que siempre; con su bigote grande y rubio, más que rubio como lleno de nicotina.

Vivía para su edad fatal, y lo cierto es que parecía que no tenía remedio. Quiero recordar, que Antonio me dijo que no pagaba las mensualidades del piso, y que a veces le robaba ropa y demás. De todas maneras poca importancia tiene que lo critique, pues ni siquiera sé si ese es su auténtico nombre, aunque le vendría bien humillarse, a ver si decide dejar el alcohol.

Donde se quedaron Tomi y Octavio ese febrero no lo sé, quizás otra vez en el Colegio Mayor de Medicina. No sé. Creo que lo único que les quedaba era Broma y Toxi; la aprobaron, y estaban radiantes de alegría. Compraron una botella de “100 Pipers” para celebrarlo, aunque antes nos metimos en unos cuantos bares, íbamos Juan Carlos, Antonio y los dos recién licenciados. Estaban exultantes de alegría y gozo.

Al ver lo que veía, no se me ocurrió otra cosa que decir, en un tono de indignación:

-¡Porque aquí nadie lee!

Me refería a todos, pues ellos no leían más que lo que estudiaban, así como uno era algo más intelectual, que sinceramente no sé si me servía o sirve de algo.

Lo cierto es que estaba algo celoso. Cómo no estarlo, cuando incluso a Tomi le explicaba ciertas cosas, y después él sacaba mejores notas que yo; es posible porque él luchaba siempre hasta el final; siempre salía el último de los exámenes.

De Octavio no recuerdo, aunque sé que este bebía poco, estaba bien educado, aunque no me fiaba de él, de todas maneras era mi compañero de promoción y por tanto amigo.

Según me dijeron meses después, habían comprado voladores y los habían tirado desde Las Coloradas, supongo que desde donde están las vistas a la ciudad. ¿Quién pudiera ser como ellos, a los que todo les salía, y les sale bien?

Empecé a ir por las tardes con Manolo Guerra y Bartolomé a la biblioteca de La Caja, con cierta frecuencia. Cuando entraba allí, hacía un calor increíble; había que apuntarse en la entrada, donde había un portero que daba gracia y pena, tendría cuarenta y pico años, estaba muy mal vestido y hablaba bajísimo, gesticulando mucho. Se ponía a leer enciclopedias, a pesar de decir que lo suyo era estudiar Derecho. Iba con playeras bastante estropeadas, al igual que su camisa y pantalones.

Allí nos metíamos los tres, con la biblioteca siempre a tope y nos poníamos cada uno por su lado. A las tres horas de estudio, nos íbamos a tomar un café; ellos golosineaban algo, yo no, por cuidar el dinero y la línea.

Con eso de las golosinas me contó Bartolomé, que tenía un amigo que estudiaba farmacia, pero que realmente siempre estaba haciendo gimnasia y comiendo golosinas; al final optó por irse a Madrid a hacer Educación Física, pues lo que era Farmacia, no aprobaba ni una.

Me causó impresión la anécdota aunque no sé que tenía que ver conmigo.

Después estudiábamos una o dos horas más y por último nos íbamos al colegio.

El que más hablaba siempre era Bartolomé, quien ya no me resultaba tan culto, sino algo cotilla, pero seguía siendo agradable escuchar a alguien durante el trayecto y en los descansos. Siempre me concentraba menos allí que solo, pero para cambiar de aires, según aconsejaban ellos, aunque particularmente no me desagradaba estar todo el día en el colegio.

A veces después de comer, me iba a casa de mi hermana a que me invitara a café, otras veces, la mayoría, me iba al colegio y me lo tomaba en mi cuarto.

Cierta vez, cuando fuimos a estudiar una tarde, estaban poniendo por la tele un debate en el parlamento, seguro que era sobre el estado de la nación; a mí ni me interesaba ni me dejaba de interesar, simplemente no tenía tiempo para ello (y eso que pensaba dedicarme a la política). De pronto pasaron unos tres cuarentones, los tres vestidos casi iguales y uno de ellos dijo riéndose:

-Esperen un momento...

-Vamos, vamos - dijeron los otros dos.

-Es que a mí me gusta esto.

Si realmente le gustaba lo dudo, pues todos reían como si fueran viejos amigos que se acababan de encontrar, quién sabe si universitarios que hacía tiempo que no se veían. Lo digo por la desbordante alegría de los tres. O simplemente eran unos trabajadores que se escaparon o pidieron permiso y por ello se reían. Pero, ¿y en ese

e-libro.net

momento, no era ellos más felices que nosotros? Sin duda lo eran; pero ¿no consiste la alegría en sentirse útiles y activos, o simplemente son periodos, fases, etapas, días, momentos de la vida de un ser humano?; entonces varios de los libros que leo ahora están desfasados.

Se extrañarán de lo radical que soy con unos amigos; pero es que nosotros pocas veces sonreíamos. !Falso!; ahora que recuerdo sonreíamos muchas veces, a pesar de que en la calle teníamos imagen de personas serias; pero en la intimidad de nuestro hogar (colegio), claro que sonreíamos, lo digo porque precisamente, en algún lugar debe haber una diapositiva mía en el cuarto de Manolo Guerra, en la que tengo un tensoplast cubriéndome la muñeca, y sin embargo estaba descojonadísimo. Estaba también su amigo íntimo (recuerdan aquel chico que no tenía ni idea en la "mesa redonda" de fisiología, pues era él), era aficionado a la música clásica, y así decía Manolo.

-Ya no sólo cantante, sino también farmacéutico.

Para Manolo el ser farmacéutico, como vemos, era una gran cosa, para mí no, a no ser un trampolín para algo más. Sospechaba que debía seguir luchando.

Su amigo, no sé si el lo sabía o no, tenía fama y a mí me lo parecía, de homosexual. Era gordito, y tenía una barba muy bien cuidada y muy recortadita.

Otro día, fuimos Manolo y yo solos a estudiar, aunque claro lo dejamos a la mitad, pues según él decía, la panadería cerraba pronto, y quería comprar pan; creo que alguno compré, algo extraño en mí, pues para mantener la línea, apenas probaba el pan; ese estuvo exquisito; Manolo también compró dulces.

Digo estas cosas, pues aunque a mí me consideraban rico, ellos hacían más gastos superfluos que yo. De todas maneras yo tenía un gran vicio, dos mejor, tabaco y alcohol. Y el primero había que satisfacerlo a diario.

Creo que Manolo no fumaba; Bartolomé sí, aunque rubio; este vicio, al igual que otros, lo tenía bastante dominado, fumaba pues, pero poco y de forma controlada. Mi menda, no controlaba en absoluto lo que fumaba, y estaba siempre con un cigarro encendido en mis dedos.

Un día que regresaba de una juerga, muy seguro de mí, aunque según parece iba vacilante, mirando a unas chicas fijamente y haciéndome el machote, estirando mucho mi cuerpo serrano; iba por la calle Heraclio Sánchez, pasadas ya las agencias de viaje; iba tan abstraído mirando a la otra acera, que de repente: "Zas, planck", me di un gran mamporrazo contra una farola; casi me quedo sin sentido y me parto la nariz. Ni siquiera recuerdo si las chicas se rieron de mí o no, supongo que sí, al menos la situación fue cómica.

Estaba sólo, y esto antes de deprimirme me daba ánimos para seguir estudiando, así decía: "Ahora que estoy solo, y que nadie me molesta, ni tengo que rendir cuentas a nadie, ni hablar a nadie...", o sea más claro imposible, estaba solo.

Tenía amigos, a los cuales iba a buscar, generalmente cuando los necesitaba, pero de normal, estaba solo en mi cuarto.

Un día, por la noche, Bartolomé fue a mi cuarto y me dijo, "Vamos a putear a alguien, que hoy tengo ganas". Sonreí y le dije: "Bueno".

Cogimos un calentador mío y le puso Bartolomé gofio y agua. Subimos saltando de cuarto en cuarto a la azotea y allí fuimos hasta el cuarto de Benedicto (al lado del mío) y le tiré la mezcla en su nidito; entonces se oyó una voz que decía:

- !Cabrones!, me acaban de ensuciar unos apuntes que no son míos. !Eres tú, Antonio!, !cabrón!, ya verás cuándo te coja...

Bajamos sin hacer ruido; él por lo visto estaba en la cama con su novia, chica esta muy calladita y que aunque no pertenecía al colegio estaba siempre allí; la cosa fue que salió al pasillo medio desnudo y armó un escándalo de aquí te espero.

Bartolomé y yo nos estuvimos callados y ocultos en un cuarto con las escobas, oyendo los improperios que Benedicto nos lanzaba, por suerte él no sabía donde nos encontrábamos.

Cuando se calmó algo, salimos de la habitación sigilosamente y me metí en la mía, cerré ambas puertas, la de la entrada y la del balconcito, y seguí oyendo vociferar a Benedicto durante un buen rato más; por ese día ya era suficiente; no estudié más, sino que me dormí mientras pensaba en la gracia que había hecho.

En la tuna ponían motes a todos; no me acuerdo si Bartolomé seguía siendo tuno, creo que no, pero lo había sido, al igual que Manolo Guerra, quien tenía el traje detrás de su puerta, como preparado para salir a una voz de sus compañeros; a Manolo le llamaban "Pelo Cuca", por su crespo pelo; a Benedicto "Medio Polvo", por lo flaco y bajo que es, seguro.

e-libro.net

Esta gente parece que tenían justificadas las juergas, y no sólo en la isla, sino allá donde fueran. Siempre, como mínimo una vez al año tenían un viaje gratis a un lugar de la península, donde había una reunión de todos las tunas. A mí sinceramente para verlos un rato, estaba bien, pero como para estar todo el día con ellos no me gustaba; no sé cómo podían aprobar, con sus salidas y sus ensayos. Tomi como les conté, fue tuno durante un año, pero pudo más sus ansias de acabar la carrera que el renombre de hombre de mundo y juerguista que daba el ser tuno. Para mí, más que tunos eran tunantes.

A Antonio casi no lo veía. Al yo no ir casi por clase, no lo veía ya.

Un día, cuando hacía poco que se había estrenado la nueva facultad, fuimos Bartolomé y un servidor, dando un paseo por toda ella. Una de las veces, estando por el departamento de Para (que en esos momentos, no sabía de quién era), de repente vi salir a Don Ramón, y nos dijo:

-Si quieren, pueden trabajar aquí, ahora lo del dinero, eso no sé.

Era la segunda vez o tercera que me lo decía; muy educadamente, le di las gracias.

Me imagino que lo dijo por mí, pues Bartolomé había hecho otra especialidad, ya que había tenido con él un encontronazo en su asignatura obligatoria (la de segundo de carrera); yo tenía la moral por los suelos por Broma y no estaba muy seguro de querer quedarme en la universidad, pues la consideraba una casa de putas. Aunque pensándolo bien, qué es lo que no sea una casa de putas, con sus intrigas, corruptelas, prostituciones y demás.

No llegué a ver claramente el despacho del profesor, pero sí vi algo, lo suficiente para otear infinidad de libros y tratados de parasitología.

Ese profesor era un genio, y lo que él quería, era que trabajaran y trabajaran, los que no estudiaban.

Hoy me van a perdonar si no escribo de forma hilada, pero he pasado todo el día fuera, y por tanto estoy bastante descentrado.

Recuerdo que cierto día, estaba estudiando, como siempre de noche, y de pronto me pongo a pensar que no me vendría mal salir a tomar un poco el fresco, me vestí con mis vaqueros y mi chamarra chula y salí de tal guisa, cuando veo que el guarda estaba totalmente dormido en su garita; hice ruido para despertarlo, y él me fue a abrir, entre murmullos de disculpas, la verja de hierro que daba a la calle; me reía para mis adentros, pues está claro que no lo iba a denunciar, pues las noches están para dormir, y aunque su función era la de proteger, no iba a denunciar al pobre hombre, quizás él ya se amargase lo suficiente pensando en mis represalias. Ese guarda era el que tenía la piba guapísima, y que estaba bastante gordo, aunque daba aspecto de fuerte. Estuve aproximadamente media hora en la calle; recorrí la parte vieja de La Laguna, y me dio tiempo de sentir miedo por algunas zonas desoladas, tales como el “Camino Largo”, al cual se llegaba muy pronto desde el colegio.

Empecé a comprender por qué Tomi, que lógicamente tenía dinero, no quiso marcharse de esa zona a otra a estudiar; era de las más tranquilas de La Laguna. Regresé y estaba despierto; me dio un poco de apuro tenerlo en planta al pobre hombre; quién sabe si quizás llamó a su recién estrenada mujer para contarle lo sucedido, no porque para mi tuviera gran trascendencia, pero quizás para él cuyo trabajo era estar toda la noche en la garita vigilando, quizás fuera una de las circunstancias, más estresante que le ocurrió.

Eran dos guardas privados, el otro, el golfo, era un chiquito elemento, fumador de porros y bebedor de alcohol; tenía claro que también usaría otras drogas.

Lo vi un par de noches en La Laguna la “nuit”, y como siempre estaba “arrebatado”, le saludaba, pero no le daba más conversación.

Un día de sol, estábamos todos en el colegio, bueno todos no, bastantes, abajo, en el jardín, allí algunos se mojaban el cuerpo con el agua quedándose en pantalones; esperaba ver a Carmenchu en sostén, y por qué no también con las bragas. Me quedé con las ganas; no era tan liberal como me pensaba. Jose, su novio, si se quitó la camisa y se mojo el cuerpo.

La cosa estaba de relax, y este fue tal, que el guarda, ni corto ni perezoso, se sacó y fumó un porro, todos me miraban a ver qué hacía yo. Que qué hice, pues hacerme el sueco, como si no hubiera visto nada, lo dejé pasar; me imagino que algunos fumarían, pero de espaldas a mí, pues ya era bastante tolerante, pues piensen que en teoría era algo que tenía que controlar, en mi profesión me refiero.

Reíamos y nos calentábamos al sol lagunero; fue un tonificante.

Vayamos ahora a los Carnavales; bajé disfrazado no se con quién ni de qué, quizás con mi hermana Pine y de mujer, para variar. Allí, no fui a los quioscos normales sino que vi a un hippy, y me fui detrás de él, para

e-libro.net

observarlo; al poco lo perdí, bueno perdí todo rastro de toda gente conocida, y me metí por zonas por las que nunca había estado, vi escenarios y gente bailando, chiringuitos, estancos de feriantes, etc.

De repente cerca de una de las calles principales, vi a un gran grupo de hippies; tenía la matraca, por un libro que estaba leyendo (creo que "Muerte en la tarde" de Hemimgway) que quizá pudiera sacar algo en claro de mi vida de sufrimiento, pues nunca pensé que pudiera sacar provecho de mis esporádicas aunque frustantes lecturas.

Bueno, el hippy, que llevaba consigo un saxo y un pantalón, por toda indumentaria, me da que me tomaría por un homosexual, vamos, por maricón, por eso de seguirlo a todos lados. Cuando vi la ocasión le ataqué:

-¿Por qué -le dije- para qué, cuál es el motivo?

Se encogió de hombros y me dije, "vaya la de él tampoco es forma de vida; menos desencaminado entonces voy yo".

Los carnavales terminaron para mí ese día.

Decidí irme al Médano, una playa más o menos grandita, por el sur de la isla. Se lo dije a los del colegio. No recuerdo de quién era la caseta que me dejaron.

Fui y llegué algo tarde, me dirigí a la parte nudista y monté la caseta; estaba cerca del mar, aunque en esa cala, las fluctuaciones de éste no eran muy grandes, según comprobé.

Monté la caseta y pensando que estaba solo me puse a leer desnudo; tenía una sensación rara; de pronto vi a dos o tres, eran también nudistas. "¿Vendrán a atacarme o a hablar conmigo?", a ninguna de las dos cosas venían, se estaban riendo de sus cosas y disfrutando de la vida.

Me sentía desnudo, a pesar de ser un nudista casi nato.

Estaba lo que se dice trincado. Los otros nudistas, también hacía poco que estaban allí, pues estaban casi tan blancos como yo; y eso que lo mío era grave; no debía coger mucho sol, aunque en esa época no pensaba en eso, sino en sentir esa agradable experiencia sobre mi cuerpo.

El libro que leía era "Los jefes" y "Los cachorros" de Vargas Llosa, los dos en un solo tomo, seguro que por lo cortitos que eran.

Como siempre había llevado poco para comer, pero ahora no estaba Águeda para alimentarme, ¿desgraciadamente? Aunque llevaba vida (ritmo intelectual) de alto ejecutivo, no tenía lo que ellos tienen, dinero.

No recuerdo si cené algo, lo más seguro es que no.

Había quedado con la gente del colegio (Jose, Manolo Guerra y otro más) en alquilar un coche y que ellos fueran a recogerme, siempre que hubiera dinero para alquilarlo.

Al día siguiente por la mañana, empezó a llegar gente a la playa, todos nudistas; ahora lo que me daba vergüenza era tener una caseta que se ocupaba gran parte de la playa.

Si uno se quería bañar, tenía que sortear un montón de piedras volcánicas que había en la orilla, hasta donde hubiera bastante agua; me bañé aunque con respeto, pues no era mi isla y no estaba con amigos.

Cuando a las dos o tres horas llegaron mis amigos, me avergonzé de mi desnudez (esta es una frase hecha, ya lo sé, pero es que me viene que ni pintada). Rápidamente les dije de ir a la otra parte; me puse el bañador y desmonté la caseta. El bañador era el mismo del año pasado y con todo el uso que tenía, estaba un poco desteñido.

De todas formas recogimos enseguida; fuimos a comer algo a la tienda solitaria que estaba en uno de los extremos de la playa y algo, aunque muy poco, comí; era muy cara.

Atravesamos de parte a parte la isla, sin pasar por el Teide, el recorrido que hicimos no lo tuve muy en cuenta, y eso que iba de copiloto; seguía siendo uno en que se confiaba.

Íbamos a ir a un pueblo que quedaba en un extremo de la isla, y al que hacía tiempo que quería ir, pero nos fue imposible, pues cuando empezábamos a circular por la estrecha carretera ganada al precipicio y que atravesaba montañas por sus extremos, empezamos a ver a lo lejos, cómo se iba poniendo el sol. En silencio y casi con el asentimiento de todos (de manera callada), opté por decir que volviéramos a La Laguna, quizás era lo más coherente. Eso hicimos, y cuando era ya de noche llegamos sanos y salvos al colegio.

Recuerdo como un día que fui con Manolo a una cervecería de la Plaza del Cristo, estaba Carmenchu, una amiga de ella, un par de amigos, Moncho, un compañero de trabajo de él, y yo. El compañero no hacía más que llorar de su trabajo y de su mujer. Me tenía abrumado.

e-libro.net

Él iba vestido con chaqueta a cuadros, Manolo no recuerdo cómo, y yo con la camiseta de “Lois”, pantalones de pinzas y rebeca; estaba superconcentrado de lo que decía Moncho, en eso llegó su jefe con su mujer:

-Jefe, este amigo, piensa dedicarse a la política.

Atacó Moncho a su jefe.

Yo dejando la concentración de lado contesté:

-!Ja, ja!, me dedicaré a la investigación –lo que di a entender es que no me dedicaría a nada con tesón.

Me volví con mis amigos a terminarme la cerveza, y después, sabiendo que ese bar tenía precios prohibitivos para estudiantes pobres nos fuimos.

Allí se quedaron Carmenchu y la amiga.

Según contaron a la noche, y yo lo vi, se habían estado tomando copas con uno que había estudiado en Harvard. Según decía él, era una malísima persona, que sólo quería dinero y dinero.

Iba vestido como el típico ejecutivo que se está escondiendo: con pantalones de pinzas azules y niqui azul, todo desteñido.

Según parece había ido allí a hacer un negocio, y de paso algo de ocio.

Era tal el asqueo que sentía de sí, que regaló a cada una un mechero Dupont de oro; en el bar mandó que les sirvieran una caja de champán, imagínense el peo tan grande que se cogieron; según parece lo que sobró se lo llevaron ellas, aunque yo nunca tomé ni un pequeño sorbo.

No me explico cómo Jose consentía tales infidelidades, entre comillas, de su novia; la dejaba siempre salir sola; y luego parecía como (le quitamos estas palabras del medio y será más correcta la frase) si no la quisiera.

Jose también solía ir vestido igual. Bueno, todos los del colegio solían ir vestidos de la misma forma; éramos los pobretones de La Laguna.

Había allí, una estudiante de medicina, la hermana de Benedicto, que estaba en el último cuarto de arriba, de espaldas a la calle principal; su padre era pintor de brocha gorda, o sea que también lo pasaron mal.

Ella era flaquita y pequeñita, muy poca cosa.

Se enamoró de otro del colegio, el más pijito (vistiendo, pues vestía fatal) del colegio. Estudiaba derecho, y por lo que parece estaban en el mismo curso.

Ella iba los domingos a misa, cosa que me dejó absolutamente sorprendido: “Vaya, yo pensaba que los estudiantes no iban a misa”.

Solía ella vestir con un jersey rojo y vaqueros azules. No hizo esa pareja mucha mella en el colegio, eran discretos y no parecían los triunfadores que eran.

Un día, me fui con Juan Carlos, quien me invitó a un apartamento de él o de una tía de él; no eran muy buenos en cuanto a calidad, si los comparaba con los que en su día tuvo mi padre, pero eso ya había pasado a la historia.

Me fui a dar un chapuzón; me consideraba ya atrayente, de hecho pasó una “guiri” a la que no le quité ojo. Estaba apoyado con los brazos en el borde de la piscina, “tengo que tener una pinta especie de Hulk”, pensaba vanagloriándome.

Tenía un bar el complejo de apartamentos, que se veía muy animado (“carísimo debía ser”) dentro había gente bien vestida, eso parecía desde fuera.

Cuando llegamos y subimos, me di cuenta que yo iba cargado como un mulo, y Juan Carlos con casi nada; o sea como si yo fuera su secretario, “¡Manda cojones, con el señorito este!”, me decía.

La gente del bar contrastaba con una familia que me daba la sensación de que era pobre, en la que el abuelo, y eso me tenía asombrado, estaba leyendo el libro más grande y gordo que yo viera jamás; no tenía una mirada inteligente, pero debía serlo, pues mostraba una gran paciencia hacía la obra que estaba leyendo y que tenía frente a sí; por mucho que leyera, dudo que llegara a leérselo en el mes de vacaciones. Eran ingleses o alemanes, más pienso lo segundo.

Pasamos allí una noche, en dos cuartos separados. Intenté estudiar, pero el estrés del desplazamiento y la novedad del lugar, no me lo permitieron; llevaba otra vez, la camiseta de Lois y Juan Carlos llevaba una camisa que llevó al viaje y que era igual que una que tenía Tomi.

Que él me perdone, si quizás él se creía un hombre de mundo, pero yo lo consideraba un mago.

e-libro.net

Está claro que el de Harvard me considera todo un pueblerino; hoy me he hecho a la idea de que no soy un hombre de mundo. Ya no tengo las ansias por viajar que tenía antes, ahora prefiero conocer por medio de los libros.

Por lo que parece, los genios son viajeros, yo sé que no viajo, pero que tampoco soy excesivamente tolete. ¿O sí?

No sé por qué tenía tanta tecla conmigo Juan Carlos, pero me consta que le caía bien; él usaba unos coches de aquí te espero. No lo consideraba inteligente, pero si trabajador (o eso aparentaba), un poco apocado también resultaba, quizás eso gustase a los profesores. Yo demasiado rebelde; según he oído alguna vez, los más rebeldes son luego los más creativos; no tengo ni idea, al igual que tampoco sé la auténtica trascendencia de ésto.

El Método Aubanel, decía que debía uno hacerse un repaso del corazón y los pulmones, para ver si éstos aguantaban el estrés y las tensiones. No sé por qué pues cada vez, aunque más responsabilidades, menos estrés tengo.

Fui al médico del seguro. Era la segunda vez que iba, aunque la primera que iba por hora normal (la vez anterior fui por urgencias). Llevé unos cuantos libros para leer mientras esperaba; les debí parecer un estudiante aplicado o quizás un mentecato, a los otros enfermos; cuando entré, el médico llorando me decía:

-!Ay!, ahora sé cómo conseguir dinero -y se puso a lloriquear, no sé si a todos o a mí solo lo hizo.

Pensé al verlo: “Sí, hay que beber algo, pero no tanto”, eso opiné de dicho doctor, sí, que era un alcohólico; a lo mejor me equivoqué, y realmente fuera un buen hombre que intentaba conseguir dinero para sus hijos y su familia en general. ¿Quién sabe?, pero la impresión que me dio fue bien otra.

Iba vestido como el típico trabajador, como D. Juan Bonino, exactamente igual.

Le dije si me podía dar unos pases para hacerme análisis del corazón y pulmones.

-¿Tan joven?, bueno tú sabrás.

Y me los hizo, sin poner mayores impedimentos. Me dejó asombrado lo fácil que era conseguirlo (no sería siempre así con los médicos del seguro).

Un día, a la salida de un examen, nos fuimos Bartolomé y yo a casa de unos amigos suyos, allí también estaba el veterano entre los veteranos: Eduardo. Habían varios amigos de Bartolomé, y a algunos no los conocía de nada.

El piso estaba encima de una de las cervecerías de moda de La Laguna (no era la del Cristo, ésta, estaba en pleno casco urbano, a pesar de que cerca había varios solares sin construir).

Compramos entre unos cuantos (aunque lo más seguro era que entre Bartolomé y yo pusiéramos casi todo) una botella de “100 Pipers”. Eduardo tenía un cierto aire a Einstein, con el pelo negro, aunque no creo que tuviera grandes preocupaciones este gran veterano. Era tuno, pero más que tuno quizás hay que decir golfante.

Nos tomamos una media botella de güisqui entre porro y porro (pues allí donde estaba Eduardo había muchísimo chocolate; Eduardo debía tener como unos cuarenta años).

Ciegos como estábamos, al menos yo, nos fuimos al bar de abajo, donde pedíamos agua o refrescos y lo rellenábamos con el güisqui que llevaba dentro de la chamarra; imagínenese qué peligro, borracho como estaba podía caerme hacía delante, o alguien darme un golpe y rompería toda la botella, con lo que me haría un auténtico desastre, todo lleno de vidrios clavados sobre el torso.

Ciego, me encuentro con la chica hija del taxista; allí me puse a darle besos en la boca y la cara; al poco le dije:

-¿Nos vamos a mi cuarto?

-Con esos ojos que tienes, no.

Después algo recuperado tras “el lote” (que debía de haber sido de lo más desagradable y humillante para mi querida admiradora, pues mi aliento era realmente asqueroso, y mucho más mi personalidad), me fui a la verbena donde habían ido Bartolomé y sus otros amigos. Allí vi a la Manolona, quien quiso bailar conmigo. Rápidamente pensé: “Pero ¿ya se le olvidó que éramos enemigos?; aparte de esto, esta mujer es horterísima”. Me fui de allí acomplejado, ella era ganadora, yo, un perdedor.

Entristecido aunque borracho, o mejor: y encima borracho, me encaminé al colegio, y allí en seguida me fui a mi cuarto.

Había oído comentarios acerca de que Manolón y la Manolona se habían separado. Indudablemente ella me quería ligar: “¡qué bajo había caído!”, me recriminaba.

e-libro.net

Con el paso de los días me fui recuperando, afortunadamente las borracheras no eran ya tan frecuentes. Con los días me fui recuperando a la vez que mi "yo" se iba sobreponiendo; no decía nada en absoluto sobre las borracheras el "Método Aubanel", daba por sentado que no se bebería . Recuerden como D. Luis Bravo (y le pongo el don no sé ni cómo, pues realmente era un impresentable, espero que haya cambiado) aconsejaba un güisqui al día para la tensión; sé que el alcohol produce vasodilatación y bradicardia, ¿pero era aconsejable, que el mamarracho del profesor, aconsejara eso a sus alumnos, futuros consejeros de salud? ¿Es o no es afortunado ese consejo?

Opino que debía haberlo dicho como algo anecdótico, que estaba ahí, pero que él no sabía si aconsejarlo o no.

Era el portamaletas de D. Victoriano, su esclavo, aunque quién sabe si no era preferible ser esclavo de un catedrático que de cualquier otro, igual a lo que me ocurriría.

Uno de los compañeros era estudiante de economía; una vez me dirigía con él a comer; tenía muy poco trato con él, pues no sé si es que estaba todo el día en casa de su novia o dónde. Lo cierto es que ese día le pregunté sobre su carrera y que me aconsejara un libro sobre economía, que estuviera al alcance de un no especialista, como era mi caso; habrán observado que a mí me gustaba mucho leer sobre otras cosas, más si no eran relacionadas con las mías; sobre lo mío, ni siquiera me leí el libro de historia de la farmacia que nos habían dado. Me dio el título de un par de libros que los conservé durante unos años, y a saber si aún conservo dichos títulos en algunos despojos de carteras que tengo en mí cuarto.

Este economista no parecía muy inteligente, más bien parecía poca cosa, seguramente se debiera a la increíble falta de vista que tenía. Usaba unas gafas de "culos de botella" impresionantes.

Un día fui con una de las chicas mas cursis y fea, que se pueda uno imaginar; me invitó a que esperase en su cuarto: "barroco total" y encima cursi.Digo lo de barroco por lo abarrotado que estaba con mil y una filigranas...

Por el trayecto, ella era de letras, fuimos hablando de literatura y me hablaba de "El nombre de la rosa" de Umberto Eco. No era la primera que me hablaban de él, también me había hablado Bartolomé y un par de ellos más.

De todas maneras, mi "maestro" en literatura y con ello quiero decir que era el más leído y admirado era Antonio Gala, en esa época.

El libro de Umberto Eco resonaba por todos lados; era todo un acontecimiento social.

Se habrán dado cuenta que había dejado de lado el deporte, de todas maneras, un día que fui a correr, no se me ocurrió otra cosa, que llevar al de historia, que era jugador de jockey y al que muchas veces se le veía con la bola y el palo (estic). Él había sido el que me había dejado los libros de historia, los que me habían resultado sencillísimos. Nos fuimos a correr y pensé: "Este tío no tiene educada la mente, seguro que le gano con facilidad".

La carrera fue corta, pero aun así terminé reventado; él me dio a entender que se había aburrido, como si yo no fuera suficiente para él; aunque eso me mosqueó, tenía toda la razón. No le hacía sombra, al menos en cuanto a deporte se refiere; hoy lo pienso y uno era muy chulo, encima, no me daba cuenta que era un perdedor y que me hundía más y más. Sí, esto era cierto, pero si leemos los libros de autoayuda y superación personal, quizás mi actitud positiva ante el fracaso fuera la más acertada.

De todas maneras el método Aubanel, me había obsesionado y convencido de que mis ojos cambiarían, y estos me dolían por esa obsesión de tal forma, que parecían que se me iban a salir de sus órbitas. Tal que debía dar la sensación a quién me viera, de que estaba loco. También me daba por formar palabras con los números de las matrículas de los coches, ejercicio que me imaginé que se hacía para dar agilidad mental, pero y para qué servía eso, si uno no iba a usar después las matemáticas para nada (que no era mi caso, pero para otros los digo).

Usaba un portafolios que era el segundo de toda la carrera, con lo que ya se pueden imaginar el estado en el que estaba; y digo el segundo, a pesar de que no recuerdo haberme comprado un segundo, así que si era el primero imagínense el decadente estado de éste.

Recuerdo a mi abuelo, que nunca sabía qué medicación debía tomar, de lo que se encargaba mi abuela, él sólo decía:

-¡A ver el empedrado ese!

Refiriéndose a la gran cantidad de medicamentos que desde joven tomaba.

Por esa época, al final de sus días, empezaron a usarse los blisters como soporte para portar las medicinas, a mi abuela este nuevo sistema no le gustaba nada, por lo que los sacaba de éste y los ponía en botes, tal y como había venido toda la vida; cuando por varios motivos es mejor el blister, a pesar de los botes ser opacos y

e-libro.net

demás. Así, algunas ventajas que se me ocurren son higiene, indudabilidad en la dosis, menos higroscópico, facilidad de manejo, cada uno tiene bien claro impreso el nombre de la especialidad y su composición química, etc, etc.

Un día fui a ver a un grupo de humoristas sin palabras, catalanes. Estuvieron geniales, a pesar de lo mal que se veían desde el gallinero. En esta obra una de las partes más interesantes, eran las variadas formas que tomaban una especie de resortes (formados por personas con tal atavío).

Otra obra que me gustó mucho menos, no puedo decir si esta fue porque había una profesora a la que aún no había sorteado, la Doctora de Farmacodinamia, según creo estaba soltera; era más bien una solterona, que quizá buscara un chico joven; no me gustaba nada verle esa cara siempre tan brillante, no creo que fuera por las cremas, sino por el sudor, era algo desagradable.

Me extrañó que teniendo el rango que tenía fuera al gallinero; lo cierto es que allí detrás y encima mío estaba ella. Me encogí todo lo que pude, y ya no pude disfrutar de la ópera, cosa que por otro lado, la encontré de las más aburridas y pesadas.

Como sabía que iba a ir al gallinero, iba con mis peores ropas: unos vaqueros (buenos) una camisa sencilla y un jersey feo que no sabía quién me lo había regalado.

Se comprenderá el por qué estaba tan descompuesto, pues seguro que la profesora pensaría: “Hombre, éste aquí en lugar de estar estudiando”; por mucha cultura que uno estuviera intentando mamar.

Así al menos yo lo pensaría de uno de mis alumnos, si estuviera dando clases de farmacia, pero como ése no es el caso, pues no lo pienso.

La misma vez que encontré a la “teacher” en el teatro, a la salida, me vi a una chica muy maquillada y me resultó chocante el ver una cara tan morena y tan maquillada en ese pueblo; no sólo eso sino la autoridad y seguridad con que me miraba; estuvimos un rato sosteniéndonos las miradas, hasta que creo que fui yo quien la bajó (ni por un instante me atrajo, tan solo me extrañó su autodominio).

Salíamos todos, tanto los del patio de butacas como los del gallinero por la misma puerta; entrar se entraba por dos bien distintas. Me humillaba y avergonzaba ver a la gente tan bien vestida salir del teatro; me preguntaba cómo chicas de treinta y pico podían tener abrigos de pieles y demás joyas y abalorios, que suponía que fueran de buena calidad.

Salía sin mirar a nadie, con la cabeza gacha y rápidamente; fuera esperaría a Bartolomé, quien no sé por qué siempre salía más tarde.

Bartolomé, parecía que siempre iba vestido distinto, pero esto no era cierto, en realidad siempre llevaba la misma ropa puesta; ni siquiera creo que se la quitase para lavarla. Su ropa consistía en un pantalón caneloso y una camisa de rayas a juego, siempre igual; no se extrañen que tuviera un par de mudas iguales o parecidas; pues el recuerdo que tenía de él, no era que estuviera sucio, ni mucho menos, lo tenía en gran estima y consideración.

Su hermano Luis, estudiante de medicina, y muy buen estudiante, era más joven que él, lo que se le notaba en su inmaculada sonrisa; lo conocí por primera vez en una ocasión en la que fui a visitar a Bartolo a su cuarto y no lo encontré, sino a él y a su novia (guapísima y siempre llena de joyas, seguro que de fantasía, pero ya se le notaba el rejillo: !dinero y más dinero!, eso fue lo que a mí me pareció). Cuando los vi en el cuarto de mi amigo, les dije:

-¡Ah!, perdonen, pero me creía que estaba Bartolomé.

-No, no, él no está -me contestó Luis.

-Pues bueno, pues nada. Hasta luego.

-Adiós, adiós.

Según parece, Luis le contó luego a su hermano, que me había puesto nervioso al verlos a ellos dos en su lugar.

Yo lo que pensaba es que se iban a pegar un polvo y les había interrumpido. Seguro que por aquello de que el ladrón cree que todos son de su condición.

Luis vestía ese día pantalón azul y camisa blanca; él estaba becado, y como la mayoría de los estudiantes de medicina que conocía, salvo un subnormal del que no he hablado, ni pienso hacerlo, eran buenos estudiantes; pensaba sobre esa carrera que lo difícil era entrar, pero una vez dentro todo iba sobre ruedas; seguro que me equivoco. Que me perdonen los médicos y sus estudiantes.

Recuerdo que un día, Bartolomé me dijo de ir a tomarnos una copa con unos estudiantes de medicina; a uno de ellos lo conocía, iban superbien vestidos, yo, igual a como había ido al teatro.

e-libro.net

En eso entró al mismo bar Carmenchu con su hermana casada y su marido, les vi, me acerqué a ellos, y le dejé entrever que mi ambiente era el otro; no sé como se lo tomó ella, pero lo cierto es que me fui con los luchadores; todos eran carismáticos; no hablé nada, sino que oía a Bartolomé hablar sobre jazz con un estudiante de medicina; ellos se iban después al sur de la isla, me imagino que en el Volvo de Matías, el que fuera mi compañero de básica, era estudiante y ya tenía un tanque de coche. Estaba vestido de calidad, con un chaquetón de cuero largo; y según parece iban a ligar con profesoras y demás; "gente rara, desde luego", me dije.

El sexo en esa época estaba casi todo restringido a "alemanitas", salvo lo que ya he dicho, que no era casi nada. La masturbación me servía de relax, bien mirado, porque tenía que centrar la atención en el sexo, con lo que la mente la separaba de los libros, y luego la descarga del semen era como si liberara energía negativa; posteriormente me entraba algo de sueño, pero había que cogerlo justo en ese momento, pues después, a los diez minutos más o menos me despejaba.

De todas formas de estas cosas (el tiempo tan cronometrado), no me di cuenta hasta pasados unos años. Es más, quien me hizo caer en la cuenta fue el Lu.

En esa época no tenía after-shave, por lo que usaba el alcohol a tal efecto; está claro que debía quedárseme la cara reseca.

En esa época que no tenía ni idea de como se iba a encaminar mi vida, pues pensaba acabar y al par de años tener mi farmacia; y por supuesto, acabar ya ese año a más tardar; de todas formas le quitaba mucho tiempo a las otras asignaturas, pendiente como estaba de la "Broma".

Arturo cada vez me caía peor, a pesar de que prácticamente no le iba a ninguna clase, las cuales pensándolo ahora fríamente eran absurdas, pues creo que fui a dos clases suyas, y en las dos hacía preguntas, precisamente a los más troncos, estos decían cualquier cosa, y él las daba por válidas; personalmente no tenía ni idea de lo que preguntaba.

Según me decía Antonio Granados:

-En sus clases se siente y respira miedo.

Y era muy cierto; aunque no viví esa época, lo comparé con un Hitler, con la salvedad de que dudo que Arturo tuviera algún amigo, a no ser los pelotas del departamento; pues me consta que en el mismo departamento había gente que no lo soportaban, pero que eran conformistas.

Vestía fatal, aunque alguna vez, ahora, se le veía con pantalones de seda buena, tipo del decano de medicina, el genio de las dos facultades; a pesar que D. Ramón López no se quedaba corto, y a su edad seguía mandando de duro. Hoy día hace unos cuantos años que no lo veo y por tanto no puedo garantizar nada, aunque sea verdad eso de: donde hubo, siempre queda.

El decano de medicina, vestía inmejorable, y tenía un tipo realmente envidiable, quizás porque hiciera gimnasia sueca (pues su cuerpo no era musculoso, tipo culturista, sino delgado como el de los gimnastas).

No fumaba, supongo que tampoco bebía, y no tengo ni idea de si le gustaban o no las mujeres, me imagino que sí, pues una cosa sí era muy cierta: atraía a las mujeres como rosquillas.

Me estaba haciendo un líder fuera de clase, no porque yo lo quisiera, sino por el empuje que tenía y que según parece transmitía a los que me rodeaban.

Recuerdo como a Bartolomé le traían quesos duros y semiduros, a los que se me iban los ojos; tal vez fuera que él se los compraba, o que se los mandaran sus padres, lo cierto es que se los vi un par de veces. A pesar de que se me iban los ojos, cosa que intentaba espero que con éxito, disimular, a él nunca se le ocurrió invitarme; por mi parte, siempre le invitaba a cualquier cosa que yo tuviera en mi cuarto, que ahora era mi casa. De todas formas este cuarto era el que menos duradero había considerado, hasta esa fecha, de todos mis hogares.

Un día vi a la madrileña de clase, no tenía dos dedos de frente, y se le veía siempre con muy malas amistades, ¿o la mala amistad era ella?

Esta chica hacía alarde de que en Madrid era dificilísima la carrera (cosa que no pongo en duda), pero aquí no aprobaba ninguna, creo que ni siquiera las marías; o sea que si alguna vez iba a Madrid, no creo que pudiera decir que en La Laguna estaba tirado, pues entonces, por qué no aprobaba ella algo. Era una pasota auténtica, pues uno tenía fama de cierto pasotismo, aunque era más bien una postura y un estado cuidado por mí, me gustaba esa imagen, a pesar de que ahora la había cambiado por una más post-moderna, que también me traería graves consecuencias.

Por esa época, no me solía costar coger el sueño y no usaba ni siquiera valeriana cuando no podía dormir por estar nervioso o por cualquier otra causa; eso sí, no abusaba del café.

e-libro.net

Estaba delgado, a pesar de que podía estar más gordo, no porque hiciera mucho deporte, que no lo hacía, sino porque en la comida, solía no comerme todas las papas que me servían, ni las de los potajes del primer plato, ni las del segundo, que a veces era pescado o carne; de todas maneras estaba muy contento con el menú y con el precio.

La señora que nos hacía la comida era fea, pero tan fea, que en algunas ocasiones que me la encontré en la calle y la saludé con un beso, luego me quedaba repugnado; he de ser sincero, y por eso digo esto, pues tenía una imagen de loca y casi como si fuera de bruja, hasta el punto de que se le erizaban a uno algo los pelos; su acompañante, aunque torpe, parecía más buena persona.Según me decía, desde las cuatro de la tarde o por ahí, empezaba a pelar y picar las papas del día siguiente. Era un trabajo agotador, y se lo intento pagar, mencionando su buen hacer y con la certeza de que esa señora, conmigo se portó muy, pero que muy bien. A veces incluso me animaba para que me dedicara a la política.

Los libros que cité de Vargas Llosa, que me estaba leyendo, me resultaban muy sencillos, y sus moralejas muy simples; casi me parecieron como dirigidos a adolescentes, a quienes les resultaría de gran provecho; no es que yo fuera un modelo de responsabilidad, pero por ejemplo, detestaba los piques entre conductores, y eso desde que mi padre se picaba, o sea, de toda la vida; tal vez hubiera sido necesario que mi padre se leyese esos libros. Esto no lo pensé sino años atrás, en esa época, no sabiendo que este gran escritor escribía en español, pensé que quizás fuera una mala traducción. Ahora que lo pienso, a qué edad lo escribió, que esa es otra (a pesar de que existan genios como Mozart).

Pero no quiero criticar a este escritor encumbrado, pues no me considero un David y a él un Goliat.Abandonemos las aguas pantanosas y bajemos al mundo de los mortales.

Lo cierto es que después de divagar por terrenos en los que no me debía meter, me he quedado totalmente en blanco, en cuanto a lo que ocurrió en esa época, que seguro que tiene para dar más de sí.

En fin, vayamos casi a final de curso, cuando un buen día de sol, empezó la “guerra del agua”, consistía en tirarnos unos a otros baldes de agua. Yo estaba en la azotea, sin camisa y con la parte de abajo de un chándal gris, desde allí tiraba junto con otro, agua a todo el que viera.

Deseaba coger a alguno bien vestido y mojarlo de arriba a abajo. Se oían gritos de:

-!Antonio!, !Cabrón!, no me tires agua...

Estaba descojonado arriba, en la azotea y en eso que sube uno de enfermería y me tira un balde de agua; me lo tomé con deportividad pero más de uno seguro que se enfadó conmigo; lo siento, era para descargar tensiones; una forma absurda de hacerlo, pues después ya no sólo estaba totalmente cerrado en mi cuarto para que no me mojaran, sino que me costaba recuperar la tranquilidad perdida. No fue un buen remedio para controlar el estrés.

A pesar de ver que Bartolomé se reía, no creo que le pareciera muy bien, pues agua gastamos bastante y ya saben, él era el responsable del colegio.

Quillo me había dejado su bicicleta y yo la tenía guardada en un trastero que había al lado de la garita del guarda. Bartolomé me la pidió un día.

-Cuidado que no es mía -le avisé.

-No te preocupes.

Se fue pues a dar una vuelta por La Laguna. No recuerdo si fue ese día o al siguiente, cuando me dijo que había visto a Arturo y éste le dijo:

-!Qué, Domínguez!, estudiando...

Según parece, él no hizo más que encogerse de hombros, como si eso fuera suficiente para asentir. Él profe se iba fumando un puro, y seguramente que había hecho un descanso de su estudio.

Si no fuera tan sumamente desagradable, déspota y horripilante como persona, habría que decir que era el profesor que más se preparaba las clases.

Recuerden como su arenga diaria, al menos lo que oía contar y lo que escuché yo, era de lo más desagradable. Más o menos era:

-¡Ustedes son una mierda; yo soy el mejor!...Yo gano ciento sesenta y cinco mil pesetas... -muy poco por cierto para tanto echársela.

Desagradable y difícil de sortear al máximo; imagínense si encima es, o era, enemigo declarado.

He mencionado el buen ambiente que había en el colegio y lo bien que “olía” a pesar de los retretes, situados en la parte más fría del colegio, y junto al cual estaba la hermana de Benedicto.

e-libro.net

A pesar de las brujerías y demás que decían de mi cuarto, me consideraba afortunado, pues tenía buena vista y le daba algo el sol. Tuve suerte, era por sorteo como se adjudicaban los cuartos sobrantes, después de que los veteranos eligieran los suyos. Creo que me tocó el mejor.

Voy a ser sincero, a pesar de que ya lo dije: después de unos cuantos impresos para rellenar y pagar el colegio, cosa que había hecho regularmente, pagué los tres o cuatro primeros meses. Después me enteré de que nadie o casi nadie lo pagaba, motivo por el que no lo pagué más. Ahora añado que pensaba que eso pudiera tener efectos contraproducentes a la larga, pero al parecer no ha sido así y ahora que lo declaro, espero que se me exima por este pequeño desvarío.

Hablando de todo un poco, se han hecho estudios sobre los efectos de la televisión y se ha descubierto que la mayoría de los adolescentes se pasan las tres cuartas partes del día libre mirándola; es un enemigo declarado a los libros, pero se puede y de echo se están buscando alternativas que conjuguen las dos cosas; yo, que intento ser un profesional de la palabra escrita, no tengo ni idea de cómo se podría vencer la fascinación que ejerce este medio audiovisual. Y aún peor que la tele son los videojuegos y los juegos de ordenador con los cuales los jóvenes pueden perder si se los deja, horas y más horas y encima, por lo que tengo entendido, estos sí que no enseñan absolutamente nada positivo.

Ya había quitado la mayor parte de las botellas de güisqui del cuarto pues me parecía una degeneración total; de todas formas, no había decorado el cuarto con nada, por ejemplo, en el sobretecho del ropero tenía una maleta marrón que me daba mucha vergüenza usar, aunque la usaba, pero por suerte la podía poner en el “Fura” de Pine y Quillo en la misma ciudad, y no bajaba a Santa Cruz con ella a cuestas, aunque la verdad era que la mayoría de las maletas, mochilas y bolsas que se veían en el cuarto de equipajes del barco, eran de lo más hortera y baratas del mercado.

Pero no hablemos de eso, aún no me voy, o no me quisiera ir del colegio en el que tan a gusto estaba; Manolo era muy reservado, Benedicto muy animado y Bartolomé muy serio, y se cabreaba cuando alguien le quitaba la razón, estuviera él o no en posesión de la relativa verdad que por esos días uno intuía. De todas formas aunque hablaba con Bartolomé, no le contaba cosas mías, sino que hablábamos de nuestros hobbies, yo de mujeres, en fin de cosas de jóvenes.

Los parciales de Farmacognosia, Farmacodinamia, Galénica Especial y “Broma”, los había ido suspendiendo, pero yo insistía e insistía; me extrañaba mucho no aprobar nada y pensaba que había un boicot contra mí por haber pasado el año anterior entre los vapores del alcohol. Quizás tuviera razón, pues como ya he dicho a lo largo de todo el curso me encontraba a toda hora estudiando y mis ratos de ocio fueron los pocos que ya conocen; que sí, son bastantes, pero no son bastantes para unos trescientos días, el resto de puro empolle, debe ser que no era lo suficientemente inteligente.

Al segundo parcial de mi detestada asignatura, fui con mis pantalones de pinzas grises y la camisa azul celeste vaquera. Había estado estudiando a tope, mañana, tarde y noche por lo que estaba seguro de que la iba a aprobar.

Llegué un cuarto de hora o media hora antes del examen, allí en las escaleras de entrada a la facultad, me puse a estudiar, a repasar, cosa que nunca había hecho antes.

Cuando entramos todos, incluido Arturito, perdón, Don Arturo, éste se situó por encima de nosotros junto al bedel, en las escaleras que daban a las clases.

Yo tenía según parece el carisma subido a tope, pues oía susurros que decían:

-!Ño!, mira a Antonio

-!Don Antonio! -decía Arturito con cierto retintín.

Por primera vez fui al baño antes de que el profesor en la clase dijera antes del examen, que los que querían ir al baño que lo hicieran en ese momento, pues después ya no se podría.

Fui antes de eso, “por si acaso”. Allí vi a Benjamín, número uno de su promoción. Lo vi y le dije:

-Relájate un poco.

Tenía hiperventilación, seguro que como efecto secundario de las pastillas.

-Ah, eres tú Antonio...

Lo dijo como si tuviera confianza en mí (no sé por qué, pues mucho no nos conocíamos). De golpe y porrazo le veo tomarse una montaña de pastillas que me dejó hecho polvo (“¿y tú eres el primero de tu promoción, a base de pastillas?, pues vas bien”; encima de eso a punto de darle un colapso respiratorio por el exceso de anfetas. “Mira Benjamín, vete a la mierda”). Por mi parte me controlaba el cuerpo de forma realmente sorprendente,

e-libro.net

mis drogas ya las saben; aparte de eso, y como un ritual, antes del examen me tomaba un te con una manzanilla; hoy día, a veces lo tomo.

El examen no fue fácil, pero como ya me había presentado a otro, vi que era parecido, si no igual; me extrañó mucho esto.

A los exámenes de Broma, no iba el catedrático: "Monti", pero en los de "Toxi", que la daba el catedrático, si iba Arturito. Todavía había categorías, y me imagino que eso le debía repatear a Arturito, mi Hitler particular; no se crean que era al único al que le daba esa impresión, aunque a mí me la tenía jurada, o al menos eso pensaba yo, pues los exámenes me salían muy bien, y esto sí que no eran suposiciones mías; el carisma se adquiere (al menos al que yo me refiero) con horas y horas de empolle y gran atención a lo que se estudia o lee. Eso suponía antes; ahora hace tiempo que no se lo veo a nadie; quizás porque la gente no está por la labor, y quieren hacer lo máximo con el mínimo esfuerzo, y eso no sé si es viable o no; a veces me incluyo dentro de estos.

Ese examen lo suspendí, pero volvamos al colegio: allí había un chico que estudiaba matemáticas, ya he hablado de él, el feo, pero con una chica que era un polvorón, no sé si le dejó o qué, pues un día lo vi, ella muy segura de sí diciendo que no y él desarmado, inerme por completo, casi como si estuviera borracho, que cara de eso tenía siempre, preguntándole:

-Pero ¿por qué?...

No pude saber que más le decía, ni se lo pregunté ni me lo dijeron, lo cierto es que a partir de ese día lo vi más con la gente del colegio.

Un día me dijo que se iba de vacaciones a la península. Por esa época lo que empezó a estar en boca de todos fue la plaga del S.I.D.A. y así se lo hice saber, que tuviera cuidado y que usara el preservativo.

-Ya, ya - me respondió él.

Lo siento, pero de su nombre no me acuerdo. Otro compañero de colegio era Javier Macías, el "Cabe", le llamaban por su impresionante cabeza, no porque fuera inteligente, sino por su exagerado tamaño. Bueno es grande pero no para tanto, aunque encima se le caía el pelo, que lo tenía muy fino, negro y rizado.

Ya me había dado cuenta que se quería congraciar conmigo, y me decía que pasara por su cuarto. Un día por cortesía, me llegué hasta su guarida, y allí estuvimos escuchando música de un buen aparato (era un compacto, pero comparado con los del resto del colegio, ese era un mastodonte). No sé si para fardar, para enseñarme la potencia del aparato, o yo qué coño sé, lo cierto es que puso el aparato altísimo. Me invitó a ginebra con Pepsi Cola, que yo acepté.

Tenía una sonrisa, que no risa a carcajadas, fácil, pero casi siempre era como burlándose de sí mismo. Forma suya de hacerse el simpático; nada de eso hacía falta, pues yo sólo con ser un miembro del colegio lo tomaba como amigo, dándole cariño y apoyo.

Estudiaba económicas, no recuerdo qué edad tenía, pero seguro que debía ser mayor que yo.

Creo que me dijo que su padre era abogado, y que le sermoneaba así:

-Tú termina la carrera, y después haces lo que te de la gana.

Tal y como él, el padre, hizo.

Un día que salía del colegio me lo vi borrachillo llegando él, entre lloroso y sonriente me preguntó:

-¿Tú me comprendes?

Bajé los ojos y no dije nada, aunque tenía ganas de decirle, "lucha con todas tus fuerzas por algo que creas, y así te sentirás mucho mejor". Pero me estuve callado y no sé qué interpretó él por mi silencio.

No se relacionaba mucho con el resto de los cohabitantes del lugar. Por lo que parece se le solía ver en el cuarto de la tele cuando había partido.

A mí los compañeros me preguntaban siempre si no me gustaba el fútbol y les contestaba.

-No, no mucho.

Lo cierto es que no veía nada la tele, a excepción de cuando iba a casa de mi hermana Pine, donde Quillo la tenía siempre encendida. Si algún día iba y no la tenía encendida, era por algo muy extraño, pues poner música por el mero echo de escucharla, no lo vi nunca.

Me quedé asombrado cuando un día fui de compras con ellos, la cantidad de dinero que Quillo derrochaba en menudencias como compact disc, no porque fuera un forofo de la música, sino como un complemento más. El compacto le solía costar de mil quinientas a dos mil pesetas, más de una semana de mi almuerzo. Pero en fin no me meteré con mi familia que para algo lo es, aparte de que es cojonuda.

e-libro.net

Ahora que mis padres se habían separado, estaba orgulloso de ella y de él también, y así a quien me preguntara sobre a que se dedicaba él, les contestaba:

- Bueno, él tenía una farmacia pero aparte de eso, se dedicaba a todo lo que diera dinero, como la banca, la bolsa, los apartamentos, las joyas, no sé, en fin, en definitiva, todo lo que diera dinero.

Si he de ser sincero, yo no sé, y hoy menos que en esos días, a que se dedicó mi padre, antes de la separación; pero poderosillo en la ciudad, sí parece ser que era.

Como ven, no iba prácticamente nada por clase, y ahora encima ni siquiera a las prácticas, pues ya las había hecho (esto no es del todo cierto, de Galénica Especial, nunca se habían hecho prácticas hasta ese año). El farmacéutico pues que se estaba gestando, era como los americanos llamarían un self-man-self; o sea un hombre (un joven) hecho a sí mismo. Aunque no tenía molde, sino el mío propio, aún así habían muchas cosas en mí que no me gustaban, para empezar había veces en que mi persona no me terminaba de llenar, a pesar de que solía reírme y quedarme frente al espejo, donde hacía mil y una muecas, para darme ánimos. Estudiaba siempre por apuntes de otro o mejor dicho, de otras, lo cual era una gran desventaja.

El examen de Toxi, lo iba a cuidar Monti, Arturo y algún que otro subalterno; Arturito daba vueltas por la clase aunque no decía nada. Ese año recuerdo como Monti (el catedrático de Toxicología), estaba medio arrebatado, y se puso a hablar de literatura, que era una pasión en él, después de los tóxicos.

-¡Aquí nadie lee! -gritó.

Yo que lo oí, levanté la cabeza, y desde casi la última fila levanté la cabeza, como queriendo decir: “¡yo sí leo!”

No creo que él me viera hacer esa expresión, y quizás ni que la hubiera interpretado en su auténtico sentido, sino que viendo que le miraba fijamente, pensó que era un desacato a la autoridad académica, tal que dio una especie de bufido junto con un manotazo en la mesa, yo entonces, me envalentoné, y casi con la expresión lo mandé a freír espárragos.

La asignatura, estoy seguro, que mi menda era de los que más se la sabían, pero él, resultado debido a esa falta de recato, me suspendió.

Fui a ver el examen, y desde la puerta le dije:

-Buenas; ¿se puede?

-Hoy no -me replicó él- vuelva otro día.

-¿Cuándo? - pregunté.

Me había esmerado en escribir bien, literalmente hablando se entiende, pero eso no fue suficiente.

Volví otro día. El me miró y dijo:

-Pase, pase -no muy convencido.

Mirando el examen vi como todas las preguntas estaban tachadas y le pregunté:

-Pero, ¿y esto?; está todo subrayado.

-Porque está todo mal - contestó.

Me levanté del sillón y la mesa donde había visto el examen y me encaminé a su mesa por la parte más cercana a la puerta.

-¿Entonces aquí, en DL50, qué tendría que poner?...

Él, rectificando su actitud y pareciendo que quería tomar una actitud reconciliadora, me contestó:

-Es la dosis mínima...

No lo dejé terminar, sino que le dije inmediatamente (me salió de muy adentro):

-¡En una definición no puede entrar lo definido!

Y de lo que siempre me he arrepentido es de no haberle dicho: “Séptimo u octavo de E.G.B.”

Indignado y sin querer saber nada más del choteo universitario, me fui con un gran cabreo con Monti y su mierda de departamento, por muy fuerte y puntero que éste fuera.

Como habrán podido observar, si antes estaba sentenciado a muerte con Arturito, ahora también lo estaba con Monti. Ese departamento era una gran espina que tenía clavada en mi corazón, por no decir en mi cerebro, pues era el intelecto el que me hacía revelarme; no creo que hiciera bien, debía habérmelo tragado, y haber transigido con el profesor que mejor vestía.

Hablando de vestidos, la causa por la que no me dejaba entrar a ver los exámenes, era por mi forma de vestir (demasiado marchosillo). Aunque al final se daría cuenta, intuí, que era la única ropa que tenía, pues a la

e-libro.net

tercera vez que así me vio vestido, fue cuando me dejó entrar (la primera fue el día del examen, al que fui igual vestido).

Monti, a pesar de sus cincuenta y tantos años, se mantenía delgado, usaba barba y bigote, pelo corto y todo el conjunto bastante canoso. Su ropa habitual (las pocas veces que yo lo vi), consistían en una chaqueta a cuadros, camisa sin corbata, pantalones de pinzas, y los zapatos y calcetines nunca se los vi, aunque me imagino que serían de calidad, de muy buena calidad; aunque bueno, según parece un catedrático gana sobre las cuatrocientas mil, que frente a la burrada de los farmacéuticos con oficina de farmacia, no es mucho, por no decir que no es nada.

Arturo, ya lo he dicho, vestía fatal, no, peor, no sé de que tiendas sacaba sus corbatas y camisas; quizás, seguramente era ropa vieja de su padre; vale, de acuerdo que con sus dos carreras no ganara demasiado, ya he dicho cuánto era (cosa que él se encargó muy bien de decir), pero por comprarse unas camisas en "las rebajas", no creo que se fuera a arruinar; llevaba un buen carrerón, a pesar de lo hijo de puta que era, pues llamarlo cabrón a secas sería poco.

En vista de mis perspectivas, yo no era ningún buen bocado para nadie, quizás por ello se me acercaron tan pocas chicas, al menos a mí me parecía que se acercaban muy pocas; de todas formas, no estaba muy asustado por la soledad, pues a la vez que me sentía solo, sabía que tenía amigos y está claro que enemigos también: Arturito, Monti, y Víctor y ano,... en fin, eran muchos aunque no les guardo rencor, ¿o sí?, pues, lector, quién no me dice que a veces use este libro como vehículo para la venganza; a veces, y hoy es uno de esos días, lo pienso.

Pero si la escritura es un medio de expresión, yo puedo expresar mis sentimientos con ella... Lo siento, se me cortó la inspiración.

Arturito, al menos a los que me presenté, solía poner los mismos exámenes siempre, y era por ello por lo que cuando desmenuzaba los libros que él explicaba, solía hacer hincapié en aquellas preguntas que solía poner, como el análisis de la leche, o técnicas de desecación e incineración al horno, en fin variadas preguntas que con el tiempo he intentado olvidar, al igual que a ese muchachote de sonrosaditos cachetes.

Casi al final de curso, me vino el libro tan esperado por mí, el de Umberto Eco, el que le dio fama mundial: "El nombre de la rosa"; cuándo lo recibí estaba emocionado, no sabía cómo mirarlo, palparlo, olerlo,... en definitiva como si de un objeto de culto se tratara.

Lo empecé a leer en La Laguna, aunque lo terminé en Las Palmas.

Más anécdotas de ese curso, no recuerdo que me pasaran en La Laguna.

Cuando recibí el libro, me llegó a la dirección de mi hermana Pine, pues tenía intención de seguir siendo socio de ese club de libros.

Intenté convencer a Pilarillo y a una amiga suya, para que se metieran en él, pero ellas no querían; a la amiga, menos responsable que Pilarillo, la convencí para que se metiera, aunque según parece no hizo ningún pedido, pues el regalo que me daban por hacer socio a alguien, no me lo dieron nunca. A no ser que se extraviara, pues ya, ese sería el último año que me quedaría en La Laguna a vivir; cada vez me resultaba más difícil e insoportable hacerlo; me sentía un fracasado al verme rodeado de gente joven; mientras que los no tan jóvenes eran repetidores, o lo que era peor, gente que ya había terminado y que tenían pasta, me refiero a Cristóbal Guerra y Lola (la que sería su hermosa esposa). Eran unos triunfadores, a pesar de que yo dudaba de su triunfo, y estaba más que harto de ver qué empuje hacía yo y cuál ellos; sí, Guerra tenía bastante empuje, todo hay que decirlo, y tenía buenas obras de arte, al menos "el pensador" que le dio a mi hermana, me gustaba; también me gustó un cuadro de él, hasta que me enteré lo que significaba, a partir de entonces me pareció absurdo, por muy bonito que me pareciese.

Según los últimos rumores, y eso ya es acercarme a hace poco más de medio año de cuando esto escribo, es que las "Humanidades" tienden a desaparecer, en pro de las técnicas y científicas; si tanto que se les dan las "letras", por qué no llegan todos arriba y luchan contra ello, cosa que aunque están haciendo bastantes voces, no son suficientes como para que el gobierno invierta su opinión. A pesar de que las ciencias hace pocos siglos, comparadas con las letras, que tienen su importancia (según dice José Ortega y Gaset en "La rebelión de las masas"), lo cierto es que las están desbancando por completo.

Soy partidario de las humanidades, pero con una enseñanza de mayor calidad y por qué no, de cantidad también.

Quizás con todo esto me esté crucificando, pero es lo que siento y siempre he sentido; bueno antes era peor:

e-libro.net

-¿Letras?, buaa, ¡vaya pasteleo!

Y mientras, pensaba: “Como farmacia, nada chico, ni medicina”, al menos no tenía noticias de que tales putadas se hicieran entre alumno y profesor, en otras facultades.

Bueno, otra fue que fui un par de veces por el departamento de Farma, tanto para preguntar a Luis Bravo (y lo siento pero hoy no me sale de las pelotas ponerle el Don) y la doctora; les fui a desgranar casi pregunta por pregunta en las que tenía dudas. En las que eran sobre las estructuras químicas, me decía Luis:

-No no, sólo estructuras generales.

“O sea, que no tiene ni puta idea de las estructuras”.

Y a la doctora, las más difíciles cuestiones, que ella, por cierto, muy bien me respondía. Yo pensaba que sabía menos, pero según parece, lo que decía lo tenía dominado.

Al señor Darias fui a verlo un par de veces, y me solía decir:

-Se sabe usted muchos nombres de medicamentos, Fijoleis.

Tanto el apellido, como lo de los nombres de los medicamentos, me los decía recalcando y con cierto retintín; le debía de decir que mis padres estaban separados, así que no era un niño rico como el pensaría.

Otra pregunta que me solía hacer era:

-¿Por qué no va usted por clase...?

-Usted perdone, D. Victoriano, pero yo estudio por la noche.

Y el volvía a repetirme la misma pregunta, hoy sé que a él le importaba un pimiento cuando estudiaba yo, sino que mi obligación era ir a clase.

Otra cosa que me decía era:

-¿Por que bebe usted tanto...?

No le conteste.

Una de las veces fui relajado y descansado, y creo que acababa de hablar informalmente con alguien; o sea estaba totalmente desconcentrado. Fui a hablar con D. Víctor y ano. Él nada más sentarme, me dijo:

-Parece usted un tanto despistadillo...

Yo, mientras, me reía y le decía en un tono que le daba a entender: “Bueno, sí, usted es el catedrático, pero en el fondo somos amigos...”

-Mire, D. victoriano... - en tono amistoso y relajado.

Se cabreó y no sé qué cosa me dijo que inmediatamente y con toda mi alma pensé “¡¡¡MIERDA!!!”, con tal fuerza que D. Victoriano, escandalizado me dijo:

-¿Pero en qué está pensando !Fijoleis!?

Inmediatamente levantándome de la silla me fui, no recuerdo si le dije algo o no a la despedida, lo cierto es que si él me tomó como un maleducado, yo salí pensando y diciéndome, “bueno, al menos éste ya sabe cómo me los gasto yo”.

Esa fue la última vez que fui al departamento a hablar con el catedrático; tampoco fui más a hablar con sus subalternos. Ya había dejado mi marca.

Y a D. Victoriano con un cabreo supino, aunque vayan a saber si realmente él sabía todo y lo que hacía era para que me esforzara y llevara adelante el estandarte de los Fijoleis (nunca lo sabré, al menos que alguna vez vaya a hablar con él; cosa que hoy día lo considero un tanto difícil).

Don Víctor y ano vestía muy mal, así que me decía: “Que va, los catedráticos son unos muertos de hambre”; quién sabe si lo que ocurría realmente era que no le gustaba seguir los dictados de la moda, o quizás un truco, para que el estudiantado, pobre en su mayoría, se sintiera atraído hacía una persona que vestía igual que ellos; puede que esto sea cierto, ya que, conmigo, parece que me quería dar a entender que a él no se la “pegaba” con eso de que yo era pobre, y para mi desgracia lo era en realidad; seguramente porque el ladrón piensa que todos son de su condición, al menos eso es lo que pienso; por qué lo hacía, sólo él conoce los motivos.

Recuerdo como estaba un día, de esos raros en que había ido a la facultad, estaba hablando con un estudiante que era profesor de primaria (cuándo aún no existía lo de la E.S.O.), y aunque había tardado unos nueve años, era un ganador.

Me decía a voz en grito (menos mal que estábamos en la futura cafetería de la facultad, y que allí pocos nos oían y veían, ya que era como un cuarto al que le faltaran los muebles, aunque ya se adivinaba la barra) cosas como:

-¡Porque yo conozco a muchos médicos!...

e-libro.net

Yo, no consideraba tan importante conocer a muchos médicos; al ver su desastroso estado de ánimo mientras decía:

-Porque estoy encargado en el colegio de...

Le dije:

-Relájate.

Otro día le diría:

-Al menos tú, ya estas trabajando.

En esa época tenía la corazonada que el trabajar manualmente era una virtud; cada vez lo creo menos pues qué carpintero se sienta en la asamblea del pueblo, mientras que ¿no son los intelectuales quienes lo hacen?...

En fin, sigamos: allí estábamos él, unas examigas mías y un servidor, cuando me dirigí a la salida, y en eso, instintivamente, me metí de un salto tras la puerta, para que d. Arturo no me viera, pues con su gran carisma y mala leche, salía de la facultad a toda velocidad.

Vio el gesto que hice mi parlante compañero, por lo que salió y le dijo:

-Oh, Arturo -creo que el Don se lo tragó-, ¿un purito? -y le ofreció uno de los puros que llevaba en el bolsillo de la camisa. Arturo lo cogió y se quedó como extrañado, mirando y pensando algo así como: “Bueno, está bien”. Yo no vi nada más, pues intentaba que el profe no me viera, cosa que no creo que consiguiera.

Ese día y algunos más, fui de pantalón vaquero, algo nuevo, y como los de carpintero, con tirajos y demás, los que creía que me hacían muy varonil; una camisa debajo de un jersey azul que no recuerdo quién me lo regaló, pero al que le saqué mucho jugo; aún lo conservo y lo uso para salir por el barrio.

Era una cosa curiosa, pero allí, en La Laguna y en mi casa, no podía estudiar mas que con bombillos de luz solar, creo que les llaman así.

Recuerdo como fui a uno de los pisos bajos del edificio donde vivía mi hermana, y había allí un veterano repetidor, que con sus modales, me dio la impresión de que se la quería dar de persona fina; yo pensaba: “Pero este subnormal ¿qué pretende?, no ve que estoy viendo en las pésimas condiciones de vida en las que vive, como para dárselas de finolis y rico”.

Me dijo todo de él y sus compañeros de piso, el ver las cuatro únicas sillas de la casa, orientadas hacía la tele (en blanco y negro). Quizás he generalizado mucho con esa disposición de las sillas, pero es que estábamos a final de curso, y no había tiempo ni siquiera de ver un partido de fútbol.

Me llevó a su cuarto y él me pareció por el trayecto de la entrada al cuarto de lo más decrépito, también me decía que quería hacer Biología.

Cuando llegué a la habitación, vi el absurdo de los absurdos: “¿este individuo con un atril?”, a la legua se veía que desentonaba al máximo con su persona.

Iba en chándal, pero no porque estuviera así vestido dentro de su casa, sino que a cualquier parte que fuera lo llevaba.

Fresco sí que me quedaba con las duchitas que me pegaba en mi cuarto del colegio. Realmente, aunque sabía que era de gente pobre, yo estaba sumamente contento y orgulloso de ese colegio, es más, antes de llegar a él, pensaba sólo que no había humanidad (de gente buena, humana) en La Laguna, sino que todo era corrupción y malos amigos. Allí ese año, el último que estuve en La Laguna, fue cuando conocí lo mejor de ella, de lo que guardo un muy grato recuerdo.

Solía pensar, y creo que era un sentimiento generalizado (o al menos yo lo sentía en gran medida), que el leer El País del domingo y el semanario, era de gente de mundo, y además intelectuales, líderes, demócratas, jóvenes, en fin, mil y un adjetivos y nombres, todos para bien.

Creo que en esa época, el director del País era Luis Cebrián (no recuerdo si es Juan su primer nombre, a pesar de que cuándo esto escribo es un prohombre del país).

Yo disfrutaba con su lectura, y esto me servía de evasión de mi mundo; me sentaba sobre la cama, y así, como si estuviera de vacaciones, me leía el semanario y el periódico. Del semanario lo más que me gustaba, eran los artículos de Gala y de Fernando Fernán-Gómez, y las cosas que allí leía, me ocurrían (al menos algo por el estilo) la semana siguiente o siguientes.

Decía el escritor y veterano actor, que él no tenía esclavos que realizaran su trabajo de escritor.

Otra cosa que me gustaba era cuando hablaba de sus principios, cuando aún era adolescente; es uno de los personajes del mundo de la intelectualidad española, que más admiro.

e-libro.net

También decía él, que se tomaba un güisqui después de cada artículo terminado, “nunca antes”; se defendía de este defectillo diciendo que otros se atiborraban a café antes de empezar a escribir; yo por desgracia, no antes sino durante todo el día, en esa época, lo que más hacía era fumar y fumar de una manera bastante incontrolada.

Aunque tengo claro que me quedan muchas cosas de ese año por contar, no se me ocurre ninguna más, por lo que si no les viene mal, me pondré ya en Las Palmas, pues lo del ferry y demás es por el estilo a otras ocasiones.

Me leí el libro de Umberto Eco y me dije: “Nunca había leído un libro de una persona tan culta”.

En La Laguna había empezado a escribir un libro, una novela, en la que los protagonistas eran Don Pijote y Pancho Sanza; estaba tan incrédulo de la existencia del bien del mundo y dolido con las mujeres, que a ambos los ponía a parir; el superlibro que pensaba escribir en aquella época quería llevarlo a quinientas paginas, aunque no sabía cómo; pensaba que los dos personajes fueran por el cuerpo humano desde la superficie, que empezaran a cabalgar hasta el interior (lo escribía a caballo entre La Laguna y Las Palmas); como tenía nociones de fisiología, pensaba que recorrieran todo el cuerpo humano por dentro. El cerebro sería la Universidad. Hicieron noche en la cara, donde un reflejo del gigante (que era yo) hizo que los dos enanos se movieran y cayeran; como ven era muy poco original, pues ya habían puesto una serie de dibujos animados que eran más o menos igual; el libro estaba basado en fisiología animal, El Quijote, y Los viajes de Gulliver.

Cuándo me leí el de Umberto Eco, pasé enseguida (ya en Las Palmas) a las obras completas de Pío Baroja, libro este (el tomo II era el que tenía) que pertenecía a la colección privada de mi tío Joaquín, de donde habíamos cogido, los hermanos, unos ejemplares magníficos (no es como la mía, donde abundan sobre todo libros baratos); me lo leí en una semana, a pesar de tener casi mil y pico hojas; tal era el empeño con el que lo hacía, que una vez vino mi tío Domingo con Conchita a mi casa, a él lo pusieron en el salón, solo, no vi si tenía bebidas o no; él le había dado a mi madre gran cantidad de bebidas alcohólicas que él no usaba.

En esa época sí que había alcohol en mi casa, sin embargo en ella bebía poco; al menos ese año bebí poco.

Pues bien, mientras leía a Don Pío, me fui a tomar un café, iba con un gran carisma, tal que Domingo me dijo:

-¿Estas estudiando?

-No, estoy leyendo.

-Bueno, con eso no haces daño a nadie.

Pensaba él cosas depresivas, y me pareció que lo había sacado su mujer del estudio de su trabajo y lo había puesto allí, en mi casa.

-¿Quieres que hablemos un poco? - me preguntó.

Le hice una mueca que me salió involuntariamente con la que daba a entender que no tenía muchas ganas. Y él enseguida me replicó:

-Bueno, bueno; no importa.

Pero creo que sí le importaba; le fallé en un día crucial para él.

Me hice el café y después me fui otra vez a mi cuarto, a seguir mamando del escritor vascongado.

El libro era de piel, grande, y las hojas eran de papel Biblia; era yo tan engreído, que las anotaciones las hacía a pluma, pensando en que la posteridad me analizaría por esas grandes anotaciones en los márgenes.

Una cosa que me cabreó es que decía en uno de los pasajes: “...la aridez de las ciencias...”, esto me indignó muchísimo; cuándo lo leía esa vez, me decía, “Uf, que lento es esto”.

También leí del mismo autor, y me gustó mucho, la novela en que un médico en una isla desierta, se había erigido en capitán de los demás, pues era el que mejor sabía cómo funcionaba todo. Se ha de notar como a los farmacéuticos, se les nombra poco o casi nada, a no ser en los libros de Historia de la farmacia (que aún no lo he leído todavía, pero por lo hojeado, y por lo lógico del tema, lo afirmo). Por lo visto en “Los gozos y las sombras” de Torrente Ballester, se habla de estos profesilnales.

Ese año no di clases particulares, pues estaba decidido a quitarme las dos farmas; sabía que tenía que emplear un año más en la Galénica y la Bromatología; en fin qué le íbamos a hacer, ya que era un perdedor que lo fuera con todas las letras.

e-libro.net

El verano me lo pasé entero estudiando, a no ser un día que nos fuimos al sur, íbamos Saso, Piluca, mi madre y yo; nunca había estado en ese apartamento de Domingo, por dentro estaba fenómeno. Me puse en bañador y mi tío me dijo:

-Estas hasta guapo.

Pues en esa época estaba algo atlético, sin barriga, y me cortaba más el pelo que poco tiempo atrás.

El piso lo encontré muy acogedor y de lujo, al menos con esa categoría lo tenían alquilado; no sé si los cubiertos y demás eran del apartamento o los había llevado Conchita; todo estaba como a estrenar.

Fuimos a la piscina todos, y yo llevaba un libro, el de Pío Baroja (todo eso fue en la misma semana).

Dejé el libro sobre una hamaca y me hice margullando unas dos piscinas; Saso se quedó asombrado de mi fondo a pesar de todo lo que fumaba.

Después las mujeres se fueron a un lado del jardín y yo me puse a leer en un lateral de la piscina; en eso salió Domingo hablando con uno de sus hijos, tal que un abogado, muy capaz, le dijo:

-Ah, ya veo porqué no hablas tú en el trabajo, y es porque hablas en tu casa.

Este era gordito y tenía puesta una camiseta sin mangas, y jugaba con su hijo en la piscina, mientras le decía:

-¡Auuupa, auuupa!

Era casi un bebé tendría muy pocos años, no sé cuantos pero los suficientes para decir:

-!Papá!, !papá!

En un aparte le pregunté a Domingo:

-¿Quién es ese?.

-Un abogadillo -me dijo él.

“Pues si ese es un abogadillo no veas quién soy yo”, pensé.

Domingo me presentó así:

-Aquí mi sobrino, farmacéutico.

Ya me había puesto el título, cosa que aún no era y que no sabía si llegaría o no, a ser.

Tumbado y leyendo estaba, cuando oí a Domingo que decía:

-Tápate por Dios, Saso, que me da un no se qué verte así.

Era que mi hermana estaba en top-less, yo nunca la había visto así, y estaba entre ir para allá o no; al final pudo más la prudencia, o quizás el “trinque mental” que tenía.

Al poco, nos fuimos Domingo, su hija, Piluca y yo a dar una vuelta, llegamos hasta Las Burras donde me desquité nadando y nadando, mientras que Domingo, que estaba en baja forma y depresivo, me decía:

-Antonio, !No, no!

Yo pensé: “Antonio, sí, sí”

Después salí y nos pusimos a caminar; no recuerdo nada de lo que hablé con él, aunque he de decir que era una de las personas a las que más afecto tenía.

Ellos Domingo y Conchita, me habían empezado a regalar por Reyes, cosa que les agradecí muchísimo, también empezaron a regalarme ropa, que aunque decían que estaba usada, yo creo que como mucho tendrían un mes de uso; no creo que fuera porque a Domingo no le gustaba, sino que la compraban para mí, ahora lo veo claro. Que bien hizo de padrino, si yo pudiera ser así. Pero estimados lectores, no tengo prácticamente dinero, estoy viviendo casi de caridad, con una serie de gastos bajo mínimos. Es una magnífica persona mi padrino, a no ser que lo sean todos los padrinos; según creo, muchos se desentienden. No así él, quién en momentos difíciles estaba a mi lado, si no en persona, si en mi mente.

Volvamos al sur, estábamos caminando, y sé que una de las cosas que me dijo era:

-Deberías fumar un poco menos cada vez.

Él había dejado el tabaco y por lo que tenía entendido, había sido un fumador empedernido.

Estaba convencido de que él era registrador de la propiedad, a pesar de que una vez me dijo:

-Porque mi jefe cada vez que habla conmigo me echa en la cara todo el humo del puro; está todo el día fumando y un día le tuve que decir que no me echara el humo en la cara, que me asfixiaba y me sentaba mal.

Me imagino, que si lo nota un fumador de cigarros, más lo tiene que notar un no fumador y encima uno que lo había dejado no hacía mucho.

Por mi parte, tomaba el cigarro como parte integrante de mi cuerpo, y no pensaba que fuera capaz de dejarlo; todo el que me conocía, me conocía con él.

e-libro.net

Mi padrino era y es extremadamente delgado; yo también lo estaba, a pesar de tener cierta tendencia a engordar, lo contrario que mi padrino y su hijo Domingo José que estudiaba en Valencia una de esas carreras técnicas de nueva creación.

Mi tío Domingo, mandaba a sus hijos a Alemania, a que aprendieran el idioma, y en menor medida a Inglaterra; sus tres hijos, dos hembras y un varón, estaban casi siempre en vacaciones, viajando y residiendo una temporada más bien larga en esos países. La hija mayor, Clara Eugenia, cuyo nombre tanto el de ella, como el de la menor, confundía continuamente; hasta que me dije: la mayor, su nombre, se parece al de María Eugenia, mi hermana, no es en la mayor de todas, pero sí mayor que yo, y la pequeña, era el nombre que quedaba, Concha Ester. La más inteligente de todas era la más pequeña; a pesar de ello, la mayor, Clara Eugenia, estaba haciendo y aprobando derecho, en la Universidad de Las Palmas; cómo lo conseguía no tengo ni idea. Es ella, y más en la época que cuento, una mujer impresionante, con unos muslos enormes y de gran estatura, tal, que jugaba en el equipo de baloncesto de su facultad; según parece eran buenas jugadoras. Vestía ella en esa época de vaqueros, como los otros estudiantes, aunque ella usaba los pantalones rotos y con parches, no porque no tuviera dinero, sino porque así era la moda; no sé si se los compraba así, o ella después de comprados los rompía, nunca se lo pregunté. Ella, ya lo dije, no tengo ni puñetera idea de cómo lo hacía, pero iba aprobando los años, y creo que curso por curso; claro que seguro que no se buscó el odio con ningún profesor, no como yo, que sí me lo busqué con algunos.

Domingo José era el peor estudiante. Clara Eugenia, que estaba en C.O.U., era la mejor y más inteligente sin duda de los tres. El más inteligente de todos era no obstante, Domingo, el padre, a pesar de sus súbitas depresiones, que lo hundían en la más absoluta de las tristezas.

Tenía y tiene un defecto, que a veces bebe alcohol, y que cuando se siente mejor, deja el tratamiento de la depresión, creo que a veces rápidamente, de golpe, por lo que le suelen entrar unos espasmos increíbles.

La asignatura de Broma, la estudiaba por varios sitios, así me estudiaba un libro (fotocopiado), por apuntes míos, los menos, aunque una de las preguntas de examen (la cerveza llevada a cenizas, cómo se analiza) caían, apuntes de Mavi, y por apuntes de otras chicas; y digo de chicas, porque de chicos nunca tuve más que los de Diego.

El de Farmacognosia, nos decía que la Ruda era abortiva, pero no decía si tenía efectos beneficiosos; es una cosa que se me ha grabado, pero, y para salir de dudas ¿por qué no lo miro en el diccionario?; ya lo he hecho y no me sacó de dudas. Recuerdo como esa parte eran apuntes míos. Acabo de leerla en un diccionario de plantas medicinales y sospecho que lo explicó mal el Luis Bravo.

Cuando llegué a Las Palmas, después de ver a mi tío en la “Casa Museo Colon”, del que él era un pez gordo; su despacho estaba a la entrada de una enorme puerta trasera de la “casa”; era la primera vez que yo iba a su trabajo, y allí estaba él tras una abarrotada mesa, el despacho era muy grande, pero un auténtico desastre, había allí también una fotocopiadora y me dijo al verme llegar:

-Siéntate un momento en esa silla.

Estaba él departiendo con uno que supongo que fuera un empleado. El no llevaba corbata y chaqueta, sino que iba con camisa y un pantalón de pinzas.

Estaba pendiente de sus cosas, llegó un ejecutivo (que más tarde me enteré que era un catedrático de una facultad madrileña). No sé qué le dijo, estaba vestido con pantalón de pinzas y un niqui verde. Llevaba una muy cuidada barba y bigote.

Se dijeron un par de cosas y el catedrático miró para mí un poco de soslayo, aunque en verdad me lanzaba una escrutadora mirada (viendo como yo también le mandaba de duro, y seguro que desde más joven que él). Se fue en seguida. Mi tío lo criticó diciendo:

-Porque a ese lo único que le interesa es estar guapito.

Eso me dejó alucinado, pues era lo último que yo habría pensado. Mi tío estaba algo despistado; ya pocos veces más lo vería con su gran carisma. Quizás porque cuando lo veía era en vacaciones; de todas formas era un gran personaje dentro de la ciudad.

Después de eso, se levantó y nos fuimos a tomar un par de cervezas, no sé cómo él lo hacía, pues era día de trabajo; quizás fuese viernes, y ya estuviese concluyendo su jornada. Lo cierto es que nos fuimos a un bar y allí me enseñó a comer caracoles; era la primera vez que yo probaba ese manjar.

Yo iba de matado, o de pobre, que no es que signifiquen lo mismo, según pensaba, pues una cosa era ser pobre, que lo era, y otra ser matado, que también algo era.

e-libro.net

Ese año, el verano, casi no salí mas que al llegar, allí, al principio, a ver a mis familiares; a Tomi no sé si lo vi al principio, a Miguelo tampoco lo recuerdo. Sé que ese verano no fui a la playa, sino que lo pasé íntegramente estudiando Farmacognosia y Farmacodinamia; más profundicé y estudié la primera, la segunda, como era optativa, si no me daba tiempo, no la estudiaría.

En lo de Farmacognosia, creo que había, bueno no es que crea sino que estaba convencido de ello, una parte, un par de hojas, que las daba Don Victoriano, por lo que esa, aparte del resto de la asignatura, había que estudiarlo forzosamente; quiero recordar que era una curva como la de Toxi, con la DL50.

Esa pregunta siempre caía. Otra que solía caer era la descripción y estructuras químicas de la belladona (creo que era la Atropa belladonna), cuyo nombre le venía pues dilataba las pupilas de las mujeres romanas, lo cual según parece las hacía más bellas (me imagino que estarían muy guapas, pero no verían ni torta, ya que recuerdo lo que me pasó a mí cuando en COU, me fui a graduar la vista, y me pusieron unas gotas de un colirio, que seguro que eran de un dilatador y me dejó ciego perdido, por lo que mis ojos sufrían muchísimo con el sol).

Estudié ese verano como pocas veces en mi vida.

Mi hermana Saso, que hasta hacía poco estaba "desnortada" pues había cortado con su novio que tuvo todo el tiempo en Madrid, por motivo de infidelidades, parece ser que había encontrado a su príncipe azul, Juancho, de quién hablaré más en otro momento; según me decía, era un escritor famoso. Yo no conocía a casi ningún famoso, a no ser por la tele, y por las revistas; si he de ser sincero algo veía la tele; ese verano mi relax era, los viernes o los sábados, ver una película buena por la noche, mientras me tomaba un licorcito con hielo, de esos que se hacían con bolsas de plástico.

Pensaba que mi vida iba a ser así siempre; esto es dedicación intelectual toda la semana, y un día por la noche, una buena película, y así siempre, ese era mi ideal, el que quería cumplir de por vida; estaba un poco resentido con las mujeres, por lo que no quería tener contacto con ninguna, ni emocional ni sexual (bueno, miento, el sexual no me importaría, aunque no pensaba que tuviera en la cama la misma tecla que con Águeda).

Entre semana, salía algún que otro día por la noche, al parque a dar una vuelta; y según me diría años después mi madre, a veces iba a correr por el barrio, eso solía hacerlo, según ella, a las cinco de la noche; no creo que en esa época corriera yo mucho, pues pensaba tener un cuerpo fetén sin ejercicio.

Para correr usaba el chandal que me había regalado Águeda, ya no estaba tan nuevo, pero aún le daría más caña; si salía a pasear, iba con unos vaqueros desteñidos, una camisa y el jersey azul, al que tanto trote le estaba dando.

La chamarra negra, salvo alguna salida nocturna (que no hice), ya no me la solía poner, la verdad es que había perdido algo de apresto; solía y suelo tratar muy mal la ropa, sobre todo la que es nueva; antes, porque me daba vergüenza que se notara que era ropa nueva, ahora para dármelas de rico, aunque sea pobre; bueno, de eso hace un par de años, ya que ahora, cada vez, como soy más pobre, las valoro mucho más, y salgo a la calle con ropa que hace unos cuatro años no saldría, no por llamativa, sino por el depauperado estado en el que se encuentra.

Se empezaban a ver a algunos negros más pobres, quizás acabaran de venir de su tierra soñando que aquí todo es fácil; no descarto que más fácil que en su tierra, que no lo sé, pero las cosas aquí no son tan fáciles como "las pintan". No es que me molestara, pero pensaba "¿en qué trabajarán?"; hoy pienso: "¿y de dónde sacan el dinero?"; ya no era tan normal ver a los negros tan bien vestidos, aunque aún se ven algunos; de éstos he pensado si no vivirán también del negocio de la droga; no quiero generalizar pues está claro que habrá de todo. Del que hablo es del negro africano; supongo que los de otros países (continentes), tendrán condiciones de vida mejores que las de África; los que aquí vienen, las tienen canutas, pues incluso los catedráticos de esos países, tienen a lo sumo un traje de chaqueta y corbata, pues su sueldo no da para más (esto aunque no directamente, me ha venido de buenas fuentes).

Ya saben que el que había pasado era el último año que pase en ese "pueblo", perdón: ciudad (y no es que Las Palmas sea una gran ciudad, pero sí bastante más que La Laguna).

Hecho de menos el ambiente estudiantil en Las Palmas, aunque también lo hay (lo he gozado y por eso sé que existe). No está en toda la ciudad, sino en un extremo; también he ido a sitios de estudiantes, pero con gente trabajadora, y es totalmente distinto.

Antes, cuando salía, tenía odio dentro, y hasta hace poco, cuando lo hacía, sentía un gran aburrimiento dentro que me hacía beber y beber para ver si así se pasaba mejor el rato. Tonto de mí.

e-libro.net

He estado y sigo leyendo “Nuestra Señora de París” de Víctor Hugo; es increíble como lo pudo publicar creo que cuando contaba con veintipico años; realmente este Hugo me deja desconcertado; más me gustó hace unos dos años, cuando me leí su epopeya humana: “Los miserables”, libro genial, aunque lo escribió treinta y dos años después, pero aún así, fue capaz de escribir un libro mejor y más largo que el que hizo cuando era veinteañero. He de decir que cuando empieza con la historia, ya algo me pierdo; estoy educado en la ciencia, y a Víctor Hugo, desde joven, su padre lo mandó a preparar para las artes escritas.

Sigamos ese verano; no les puedo decir que durante julio y agosto hiciera grandes cosas, pues lo que hice fue estudiar y estudiar; hacía y resolvía espectros y más espectros, resonancias, cromatografías, etc., etc., las intentaba interpretar, para a partir de ellas obtener el compuesto químico del problema. Era siempre el resultado algún compuesto de los estudiados, pero es que habíamos estudiado casi todos los grupos de elementos químicos usados en farmacia, al menos eso me parecía.

La Farmacognosia era mogollónica; la Farmacodinamia más corta, pero, “uf, densa”; la primera era también densa, pero creía que la llevaba más dominada, aparte de esto, los exámenes se parecían muchísimo, así una vez sacara uno el problema del compuesto químico estaba ya casi garantizado.

Creo que ese año fue el primero que me presenté en junio, en cuanto a convocatorias que contaran, la primera fue ese año.

La suspendí, aunque a Antonio G. le salió el espectro y cuando salió del examen contento, aunque con voz de niño chico, como a veces le salía me dijo:

-Me salió “Mandi”, me salió.

A veces me llamaba Mandi; ese año nos habíamos visto mucho menos, tal que no puedo decirles si vivió hasta el final con el alcohólico o no; y si salía con él los fines de semana; no, no nos vimos mucho; yo lo aproveché estudiando en el colegio, falta me hacía, empezar a coger las riendas y me repetía: “Ahora que estoy solo, !venga, vamos!”

No es que no tuviera que rendir cuentas a nadie, sino que no tenía obligaciones de salir, de hablar, de follar, de soportar en definitiva a nadie (a pesar de que uno siempre lo esté deseando).

Ese verano no hice más que estudiar, y mi madre ya se empezó a oler cómo me pasaba los años en La Laguna; quizás ya lo supiera, pero como siempre que me veía, me veía borracho y demás, y nunca con los libros (los apuntes, pues los libros eran muy caros) a cuestas, no lo podía confirmar.

Conservaba los apuntes en infinidad de cartones archivadores; para qué los conservaba, no lo sé, pues la letra no era no era mía, sino de Mavi.

Empece, como saben, a gestar el si podría o debería escribir el libro, que como todo, no es más que trabajo y trabajo, disciplina y disciplina, a pesar de que pensaba, “si estoy en una carrera fuerte, y llevo una buena disciplina, cuanto más no estaré preparado para escribir, cosa que les resultará más difícil, el ponerse en ello, el llevar una dinámica de trabajo fuerte, a los de letras”; pero, no adelantemos acontecimientos.

¿Terminaría yo esta carrera, que casi ya tenía en mis manos? Veámoslo.

Ya dije que Saso parecía que había encontrado una pareja estable, bien por ella, aunque me extrañaba mucho que quisiera a un trepa, cuando ya tenía la experiencia de mi padre; quizás sea por lo que dicen que las mujeres en sus novios y maridos buscan a su padre, mientras que los varones buscan a sus madres. No sé si esto es cierto o no, pero lo he oído unas cuantas veces.

Hoy, se habrán dado cuenta, me cuesta muchísimo hilar el hilo, quizás por lo que ha ocurrido a mi alrededor (frente a mí) o quizás porque al ser lunes he dormido en exceso, casi tanto como si fuera domingo.

Es una cosa rara, pero cuando hacía el amor, después me sentía con ganas y más fuerza, como renovado. Cuando me masturbo me siento más cansado, menos despejado; seguro que son suposiciones mías.

La Rama de Agaete fue en esas fechas; como ya venía siendo habitual en mí, no iba a ir, pero decidí ir por insistencia de Quillo.

Fuimos en el coche del padre, un Volvo furgoneta, por lo cual pudo ir mucha gente; cuántos, no recuerdo. Allí por la noche, entre los chiringuitos, bebiendo cerveza (vean que hacía tiempo que no iba) y algún que otro güisqui.

Bailé bastante, junto a la orquesta, y como siempre, me puse al lado de los altavoces de la orquesta.

Me extrañó ver a tan poca gente bailando; de mi edad no había casi nadie, la mayoría eran mucho más jóvenes que un servidor.

e-libro.net

Como siempre que iba a alguna verbena, me fijaba en alguna chica, aunque de ahí a hablar con ella, o tomar una copa y no digo nada a acostarnos, había un abismo. Como siempre, la cosa quedó en nada.

Cuando ya amaneciendo vi a Quillo y compañía, decidimos marcharnos, yo tenía la tontería típica de una noche de amanecida con un par de copas.

Cuando nos íbamos a ir, vi una señal de prohibido el paso delante de nosotros, entonces le dije a Quillo de llevárnosla para mi casa. Él accedió y la pusimos en la parte de atrás. Su base era cuadrada, para poder mantenerse en la carretera de forma estable; esta base ocupaba bastante, pero me gustaba mucho esa señal, que pensaba que me quedaría "fetén" en el cuarto; Quillo tomó precauciones y la cubrió con una manta.

Cuando nos pusimos en marcha, justo al pasar la primera calle, se nos puso detrás la guardia civil; se me pusieron los huevos de corbata, y pensé: "Qué previsor Quillo, si no, a ver cómo les explicaba yo para qué quería la señal".

No insistí en mirarles demasiado para que no intentaran hacer averiguaciones sobre si estábamos todos muy borrachos. Cuando volví a mirar pasados unos minutos, ya no estaban allí. Respiré.

No lo he dicho, pero las veces que veía la tele, lo hacía solo, de noche, cuando ya todos estaban acostados, y el licor, era un buen licor, servido en buenos vasos. En definitiva, me creía o me parecía a mí que era un marqués: ¿qué más se le podía pedir a la vida?, en esos momentos nada. Bueno sí, si nos ponemos a pedir, el haber terminado la carrera, tener una buena farmacia y estar casado con una mujer buena y hermosa (¿ven cómo si uno no quiere ser conformista, puede no serlo?); pero en realidad, en esos momentos era feliz.

La ropa que usaba para dentro de casa, no recuerdo cuál era, por más que intento hacer memoria; de todas formas, con la ropa que me había dado Domingo, y algo que yo tenía, puedo decir que mi vestuario se había reformado por completo.

El libro que más veneraba por esa temporada era el de Umberto Eco, el que le dio fama internacional; también vería la película del libro en el cine, realmente buena.

Pensé: "¡Ño!, este fulano se ha embolsado una cantidad de dinero increíble, entre las magnificas ventas del libro y la película, seguro que se ha puesto entre las grandes fortunas (quizás incluso de las de Europa)". ¿Quién sabe?, sé que se ha vuelto famoso para el resto de sus días.

El libro lo escribió durante cinco años, en los cuales, según creo, fue lo único que hizo, a no ser que se dedicara también a dar clases, pues tengo entendido que era catedrático de Universidad; no estoy seguro, pero creo que pidió permiso al decano quizás para que le quitaran horas de clases, para poder escribir el libro; según oí, él ya era famosillo en su país, pero de ahí a dar la vuelta al mundo con su genial libro, va un gran trecho.

Dicen los críticos, o las malas lenguas, que el libro que sacó muy poco después, El péndulo de Foucault, era una mierda; quizás no lo fuera tanto, pero comparado con su obra maestra, éste se quedara corto; empecé a leer éste último muchos años después, lo conseguí por mil pesetas en una tienda de compraventa de libros, en la calle de Miguelo, quien, cuando lo compré, ya no vivía allí.

Se cambió Miguelo de casa, y yo fui una vez a verlo; no recuerdo si me enseñó el resto de la casa, pero sí su cuarto, o su cuarto de trabajo, que estaba en la azotea, donde había un equipo de música y un fax; según me contó, el fax era su herramienta de trabajo.

Como ven, nuestras relaciones habían empezado a enfriarse bastante. Me pareció deprimente la forma de trabajar de él; pensaba que era encerrado en un cuarto.

Su trabajo consistía en importar papas de Inglaterra, según él decía, era un buen negocio.

En esa época pensaba: "Cuando termine, si no consigo farmacia, para lo cual pienso estar rastreando todas las islas de la provincia, durante tres meses para ver dónde puedo poner la farmacia; si eso no me sale, me voy a Alemania o a algún país productor de medicamentos y me traigo la exclusiva", como ven lo tenía todo muy bien programado, sí, lo tenía todo en el aire, más hay que decir; me parecía a la del cuento de la lechera, tal y como me ocurrió después.

Una vez, me fui con Míguelo a un pub, el Área, frente al Toca-Toca, y allí vimos a un amigo de BUP, que hacía que estudiaba ingeniería, desconozco si aún hoy la sigue estudiando.

Dijo él lo que cobraba y Míguelo me dijo dándole la espalda:

-Eso lo cobro yo en un par de días.

Si era cierto o un farol, es cosa del gran Miguelo.

e-libro.net

También me confesó Miguel, que no sabía cómo ligar; eso me lo volvió a repetir en otra ocasión, esta última cuando estaba yo sentado en el "Madrid" con unos "amiguetes" (lo pongo entre comillas, pues así me den a mí amigos de esos todos los días).

Las chavolas frente a mí casa seguían creciendo, y con ellas el tráfico de drogas.

A parte de esas salidas, pocas más hice, y se puede decir que estuve los tres meses del verano sin salir. Esto lo solía decir hasta hace muy poco, con mucha frecuencia, así recalcaba siempre:

-Durante tres meses sólo salí una vez.

Llegué a creérmelo, pero ahora, haciendo memoria, a no ser que ésta me engañe, estuve menos sin salir. Lo dije y lo aseguré, no una vez, sino varias, con el objeto de dar a entender que no salía para nada, lo que no era del todo cierto.

A mi hermana Pilar le oí un día comentar a mi madre:

-...porque el cuarto huele a mohoso.

Claro, entre tanto cigarro y ventosidades que uno se echaba, junto a lo poco que se habría el ventanal de la habitación, para que entrara fresco, por miedo a los chabolistas, ya me dirán ustedes.

Otra casa que comentó a mi madre:

-Que va, Blanca sí estudiaba, pero no tanto.

Quizás fuera porque yo era subnormal, aunque esto, no me lo creo; simplemente es una mafia, e hice las cosas mal, me emborraché mucho un año, les caí mal, y ya tenía a toda la mafia en contra mía.

Tenía que volver a ganármela poco a poco; por lo pronto los más difíciles de convencer eran Victoriano, por un lado, y por el otro, cuasi imposible, según estaba viendo, a Arturito.

No puedo saber por qué le caía tan mal a Arturito, incluso llegué a pensar: "¿Pero qué hace este 'hombre'?, si es de los míos; bueno yo soy de los de él, de los que estudian con toda, bueno, con casi toda el alma".

En fin, ese verano había decidido no presentarme en Septiembre, pues estaba casi seguro que Arturo me suspendería, simplemente por suspenderme; debía dejar que pasara el tiempo, y que se fuera olvidando su mal talante hacia mí.

Ya dije como pasé ese verano, "encerrado"; la única vez que salí, según creía, fue un día de principios de Septiembre, en el que los hermanos nos reunimos para conocer a Juancho.

Habíamos quedado en La Farola, de Arinaga; fui en el coche con Quillo y Pine, ellos iban muy relajados; yo iba pensando: "¡Voy a ganar, le voy a ganar!"; era por otro lado lo que pensaba cuando iba a ver a un líder, pero no tenía ni idea de cómo era él.

No se me ocurrió que iba a ir de humano, sino de "aquí estoy yo", como sería de esperar; al menos creo que así iba y voy yo con los amigos que se sobrepasan algo, o bien no les hago caso, pasando de ellos un quilo.

Llevaba mis mejores galas. Él iba de incógnito, con niqui azul y pantalones de pinzas azules, ambos desteñidos hasta hacer juego.

Así iba también el que se fue de juerga con Carmenchu.

Llegamos y Pepe Armas se retrasó un poco, en lo que acostaba a sus hijos, aún ni siquiera adolescentes en esa época; eran dos varones, Yeray y Dani, por orden cronológico. Cuando esto escribo, Yeray tienen dieciocho años y hace unos diez de eso aproximadamente.

Fue Juancho de buen talante, y menos mal, porque si no me hubiera hundido y mandado a freír espárragos; era él más famoso que los catedráticos a los que yo estaba acostumbrados, él se codeaba con gente de mayor rango social.

Bebía algo, pero yo bebí en exceso, me puse a gritar y a gritar, tal que parecía que estaba loco; lo que pasaba verdaderamente es que estaba superlanzado.

Como bebía mucho, también me iba a mear mucho; en una de las veces fue Saso conmigo y me dijo:

-¿Te cae mal?

-No, que va, se puede hablar con él.

O sea, era inteligente y carismático quise decir en esa época.

No me explico cómo no me mandó a la mierda, que un niñito de veinte años menos dijera disparates como:

-El mundo es de los técnicos.

-Todo es técnico - dijo él.

e-libro.net

No le contesté pero pensé: “¿y quién ha dicho lo contrario?”, a pesar de que esa había sido mi intención. También me dijo:

-Tú estas así por acabar, acabar; cuando termines ya veras.

Pensé que seguramente tendría razón, pero de las vidas que había visto que habían tomado mis enemigos, ninguno me gusta ni gustaba nada.

A él tampoco lo envidiaba pues sabía en qué consistía todo, en lucha y algunos, corrupción.

También dijo:

-Nosotros, los niños mimados de la Universidad.

Pensé, “de todo, menos mimado; yo me siento más apaleado que mimado”.

Quizás se refiriera al después; eso, menos lo he podido ver yo. Fue apoteósico, en cuanto a desastroso por mi parte, mi digamos, puesta en escena.

Pepe incluso me dijo:

-Bueno, Antonio, esto no es así.

Creo que le mandé al carajo, con una especie de: “Tú te callas, ‘pringao’ de mierda”.

No tengo ni idea, pero lo bien que me caía Pepe al principio y lo mal que hubo algunas temporadas que me cayó; ahora para información de ustedes me cae cojonudamente, (desde un buen sentido de la palabra).

Creo que había poca gente, o al menos nos habían reservado un sitio acogedor en el bar. Seré carota, encima que voy de gratis, voy a insultar a quien me invita.

Me quedé tan inflado (no me acuerdo de cuanto duró la cena, aunque puede que a lo sumo fueran dos horas, aunque a mí me pareció cinco minutos por mi desconcertante y desconcertada actuación), que cuando dejamos a aquella gente, dije de irnos a algún sitio a tomarnos una copa.

No sabía a dónde me llevaban pero pensaba: “¡Qué bien estoy!”

Quizás Quillo hubiera quedado con su hermana Mari Carmen, lo cierto es que fuimos a un bar donde la música que ponían eran sevillanas solamente; el bar era pequeño, y estaba de lo más concurrido.

Lo típico era pedir finos y chochos (altramuces); eso hice; allí estaba la hermana de Quillo con un fulano; Quillo y Pine se fueron casi desde el principio, yo les dije que me quedaba allí. El fulano que iba con ella, me parecía de lo más hosco, algo retrasadillo y que decía:

-Porque yo he sufrido mucho Mari Carmen -hacía una pausa para que calara bien hondo y seguía- porque tú no sabes todo lo que yo he sufrido.

“O sea que aquí estamos más o menos todos por el estilo”, pensé yo, pues si ellos han sufrido, no saben lo que yo he sufrido.

Estaba Mari Carmen como siempre, monísima, superguapa, era de esas mujeres que uno toda la vida ha querido tener y que nunca ha podido.

Ese día, bobo de mí, me sentía satisfecho, pues había mandado a la mierda a un líder, sin pensar que él con un dedo me podía hundir a mí en la mayor de las miserias.

Como ven, tenía motivos para estar seguro de mi persona y como dije, satisfecho.

Estaba yo en medio de los dos y callado, cuando de repente, durante la perorata del otro joven le susurré al oído a la hermana de mi cuñado:

-¿Quieres acostarte conmigo?

-!¿Cómo?! -me contestó ella entre asombrada y sin saber si era cierto lo que sus oídos oían.

Le repetí la pregunta y ella me contestó:

-Eh, bueno, eh, !sí!

“De acuerdo, pensé, va a ser el mejor polvo de mi vida”; como mujer era verdaderamente guapa.

Fui a mear y en el trayecto al baño, me atacó uno que si no fuera porque estaba en otra isla y en un bareto, hubiera dicho que era Monti.

-Llévatela a la cama -me dijo sonriente.

Le miré extrañado y seguí mi camino al baño.

Después de un poco de tiempo nos fuimos a mi casa (la de mi madre) y cogí la llave de uno de los pisos, al que había ido con aquella alumna que parecía que le decía a la gente, “cómeme” (buenísima, también por cierto), allí metí a Mari Carmen y la llevé al cuarto menos estropeado; el otro estaba lleno de libros, cucas y demás insectos.

e-libro.net

Me acosté con ella, pero cuando me quise dar cuenta ella estaba dormida, quizás fuera que se estaba haciendo la dormida, o quizás estuviera borracha y se durmió (cosa poco probable), o quizás le daba vergüenza y por eso se hacía como que no se enteraba de nada.

Me corrí, no dentro, pero me corrí.

Me quedé yo también dormido, y a eso de las ocho, salimos los dos con la intención de que cogiera un taxi, al menos, para eso sí tenía algo de dinero y se lo podía pagar, a la buena mujer.

Daba la sensación de gustarle el dinero en demasía, por eso, esa noche, fue la primera vez que hablé con ella.

La llevé hasta donde cogió un taxi; me despedí de ella con un simple:

-Bueno, hasta luego.

Mira que tenía yo cara, me acuesto con ella y luego no se me ocurre más que decirle eso. De todas formas, mientras íbamos a buscar el taxi, ella ya se encargó de hablar por los dos; “Uf, cómo habla”.

Era realmente y lo es, una mujer hermosa, allá donde las haya, ella está entre esas.

Me sentí, ahora sí, renovado, con ganas de afrontar lo que fuera; con una noche de juerga, con la que interrumpí mi dinámica de estudio, recargué las pilas; pero ¿fue realmente positivo el balance de la noche?, a primera vista, y si se habla entre semejantes para dárselas uno de hombre, quizás sí; si se analiza racionalmente, quizás fuera la peor noche hasta ese día, que había pasado.

No es que lo sintiera así, pero si pensaba en un futuro más lleno de amor, cosa de la que por esa época estaba tan necesitado, lo estaba sustituyendo éste, por borracheras, y demás boberías.

Seguí después estudiando, ahora satisfecho de mí, aunque con la mosca detrás de la oreja, al menos de una forma ligera, pues llanamente, había dejado en ridículo a un hombre, estaba seguro que yo había ganado, y había follado, bueno, me había follado (más machote si cabe) a una mujer hermosa.

¡Pobre de mí!

Estaba exultante, no cabía dentro de mí, y, aunque lo de Juancho no se lo dije a nadie, sí tenía otra batallita sobre el sexo, que contar.

Seguí estudiando, hasta que me llegó la hora de irme a La Laguna. Me fui con Bartolomé, quien me dijo que fuéramos a casa de un amigo suyo, de aquellos que conocimos en aquella borrachera en la que me quedé con la botella de güisqui, con la que me pude haber matado, o como mínimo destrozado todo el torso.

Era una de los más tranquilotes, éste ya había terminado la carrera, y estaba, según decía él, haciendo el doctorado. Vamos a creerlo, no hay por qué dudarlo.

Fuimos en barco, aunque ahora iba en uno de los laterales, donde había sillones para sentarse; allí iba leyendo cualquier cosilla, lo justo para matar las largas horas de trayecto. Llegamos y allí, en Santa Cruz, cogimos un taxi entre los dos y fuimos a casa de su amigo.

!Sorpresa, sorpresa!, vivía en el mismo complejo de pisos que mi hermana, no dije nada y no sabía si Bartolomé lo sabía o no. Llegamos y nos fuimos a la habitación que nos habían encomendado, la de invitados.

El piso estaba muy mal decorado. Su novia había ido a una de las islas menores a trabajar, también era licenciada e iba a dar clases a institutos.

Menos mal que no estaba allí, pues de otra manera, no nos hubiéramos podido adueñar del piso de la manera en que nos adueñamos.

Dejamos nuestras cosas en el cuarto de invitados y nos pusimos a estudiar; Bartolomé me juego que lo hizo por verme a mí, pues a él le gustaba mucho “relajarse”.

Me enseñó unas hojas de gimnasia para militares, que le había dado su amigo, y me extrañó, pues yo hacía más gimnasia que muchos oficiales del ejercito, de echo hice más flexiones en ese instante de las que decía que se debían hacer.

Le agradecí a Bartolo que me dejara las fotocopias, y me fui a estudiar con ansias.

Su amigo, la mayor parte del tiempo no estaba.

Yo estaba sentado en una cama que hacía las veces de sillón, y enfrente había una mesa más baja que la cama, donde tenía todos mis apuntes; apostaría cualquier cosa que le parecería una burrada lo que estudiábamos, pero es que en esa carrera o íbamos así o te cogía el toro con los cuernos.

Ellos dos se sentaban en mesas más altas, una frente a la otra mirándose cara a cara, y dándome a mi sus partes laterales.

e-libro.net

El amigo hacía que estudiaba o que leía; tenía en sus ojos el recuerdo de una época en que fue un gran estudioso, y por ello le dije:

-Tú antes estudiabas mucho, ¿no?

-Sí, algo sí,…

Lo dijo en un tono que no sé si era melancólico o no, seguro que recordaba de ello cosas buenas y malas; y quién sabe si no alguna tan mala como para tirarlo todo por la borda.

A mí ya eso me había pasado, aunque me había vuelto a subir al "tren en marcha". Y ahora era uno de los que enarbolaban una hermosa bandera (iluso de mí si creía eso, ¿cuántos años hacía que tenía que haber terminado?, un fracasado es lo que era realmente, aunque no lo quise reconocer; a veces, no lo creía tanto, quizás porque mis "amigos" me dijeran: "no tengas prisas por acabar, los trabajos son siempre lo mismo"). Creía llevar el estandarte pero ¿cuál? El de hacía uno, dos, tres… ¿cuántos años?

No quería que dijesen de mí que era un fracasado, aunque lo fuera, luchaba y luchaba por salir.

Ese septiembre, no pasé por el departamento a preguntar dudas.

El primer examen que tenía era el de Farmacodinamia, aunque llevaba mucho mejor aprendido el de Farmacognosia; le había dedicado más horas al último.

Nos invitó el vecino, que ahora vivía con Eduardo, aunque éste no estaba, a comer un potaje (creo que era de lentejas); era aficionado a los vinos buenos, y estaba suscrito a una de esas casas que mandan las botellas de vino por correo.

Él era inteligente, y tenía fama de ello, a pesar de que se emborrachaba el viernes, para pasar gratamente con su novia (muy bella), el fin de semana, olvidado de los libros y la universidad; o sea no se había casado con la Universidad, con la que tenía un noviazgo; pensaba casarse con su novia (aunque nadie me lo dijo).

Bartolomé me dijo, porque "Fulano" (refiriéndose al personaje del que ahora hablábamos), bebe muchísimo, lo tenías que haber visto ayer como bebía. Pensé, "vaya, éste no me ha visto a mí cómo era a la salida de los exámenes, cuando yo era el que tenía que estar casado con mi carrera, y no ser novio de Águeda, o serlo de otra que me comprendiera, y no me indujera a beber".

Nos invitó, como mencioné, a almorzar, éramos cinco, contando con su novia que pertenecía a una acomodada familia, según me contaron.

En la mesa había vino, yo me puse como un poseso a controlar y pensar para mí: "!Farmacia, farmacia, farmacia…!", al anfitrión parece que le gustó, pues le dijo a Bartolomé:

-!Bartolomé!, ssshh.

Dándole a entender que no bebiera. Por mi parte dije:

-No, no, alcohol no -aunque luego rectifiqué, ya que ellos hablaban de buenos vinos y demás…-. Bueno, un poco para probar.

Efectivamente me pusieron el culo de un vaso, lo suficiente para probarlo. "Bien, Antonio, vas bien", pensé para mí.

Comimos y después salimos a la terraza, la novia (la única mujer que había), se puso a mi lado, mientras nos sacábamos una foto.

Yo estaba en pantalón de chandal y sin camisa (no porque esta fuera mala, todo lo contrario, sino porque hacía buen tiempo).

No estaba yo muy mal en esa época. Me gustaba el estilillo de la chica, aunque barruntaba: "No te metas en camisas de once varas".Después nos fuimos a estudiar; el personal estaba asombrado con el ritmo que llevaba, "frenético".

Era el primero en levantarme y el último en acostarme; prácticamente no salía. Me pasaba el día estudiando, hablando poco; recuerdo una mañana, en que le dije a Bartolomé:

-Sabes que he estado pensando en la hermana de mi cuñado.

-Pues pa´lante -me contestó él.

Bartolomé iba igual vestido que durante todo el año, ¿realmente estaba tan mal de dinero?; según creo, su padre era profesor, tan mal no debían estar, mi madre era simplemente ama de casa, y yo vivía con muy poco dinero, aunque puede que alguno que me viera pensara lo contrario; lo que pasa es que sabía combinar la ropa.

En alguno de los descansos, fui a ver a Quillo, al que le dije si me invitaba a un café. Él estaba jugando con el ajedrez electrónico; iba haciendo progresos; también se había comprado un libro de ajedrez y había aprendido nuevas aperturas y jugadas, al menos eso decía él.

e-libro.net

Me gustó ir a verlo, su piso siempre me gustó mucho, a pesar de que lo encontraba no apto para estudiar, para esto estaba yo más acostumbrado a estudiar en la miseria, con una simple mesa de madera y algo donde sentar el culo.

Un día dijo Bartolomé de salir a tomarnos algo, fuimos a uno de los bares de la calle Heraclio Sánchez, uno de los que yo pensaba que eran caros, al menos hasta hacía poco. Me llevé una gran sorpresa al ver que el susodicho, estaba lleno de matados, mal vestidos y sin afeitar.

Había allí una niña, la que despachaba, que estaba buenísima, y muy bien vestida; una de dos, o tenía un novio rico, o se gastaba el sueldo en ropa.

Yo iba bien vestido, con una camisa de Domingo, de las primeras que empecé a usar de él, de las buenas.

Nos miramos y ella sonrió, me acababa de dejar la puerta abierta, sin embargo me abstuve; si hubiera querido, le podía haber devuelto la sonrisa y por ahí empezar, pero: "!Farmacia, farmacia, farmacia…!" ese era mi lema, y mi vida iba en ello.

No recuerdo, aunque estimo que sí, que me tomé una cerveza, de la que enseguida, tras haberla pedido, me arrepentí.

Volví al piso donde estaba y allí seguí estudiando y pensando en Mari Carmen.

En el examen de Farmacodinamia, no estaba el catedrático, estaba en un congreso, o quién sabe si seguía de vacaciones, no sé qué pensar.

Lo hice; no me salió muy bien, a pesar de que dos días antes estuve con él en dedicación exclusiva; de todas formas la parte relacionada con el sistema nervioso no la entendía casi, me perdía entre tantos conceptos.

Después de ese, no tomé nada, descansé medio día, y luego me puse a estudiar el de Farmacognosia, aunque me encontraba algo despistado.

Bartolomé y el anfitrión se fueron de juerga una noche, y por lo visto se cogieron tal peo, que estallaron el coche, seguro que contra otros que estaban como ellos o peor. Me pareció un absurdo usar el coche para un trayecto tan corto.

Desde la azotea veíamos los voladores de la Fiesta del Cristo, algo muy grande en las islas, los mejores fuegos de todo el archipiélago, sin lugar a dudas; ese fue el día, o mejor, la noche que ellos se accidentaron. No me acuerdo si tenían dolores o no, pero el anfitrión no dejaba de decir:

-Más nunca conduzco estando borracho, más nunca...

El coche no mencionó si se había quedado inservible, aunque intuyo que no fuera muy bueno conociendo las condiciones en las que vivía. Pero a saber si era de los que se gastaba todo el dinero en un coche, y luego se quedan que no tienen ni de qué comer.

A veces comía allí (creo que la mayor parte de ellas), yo contribuía a hacer la comida, sobre todo los potajes, no muy adecuados en esa época del año, pues hacía "un calor que rajaba las piedras", y luego fregaba los platos, pero quien más la hacía era Bartolomé, así yo aprovechaba para estudiar hasta última hora.

No es de extrañar que alguna vez nos quedáramos con hambre.

Seguía pensando en Mari Carmen, a la que no sabía si invitarla a unos apartamentos del sur, a beber y a follar. Pero eso sería más adelante, ahora debía estudiar.

Bartolomé supo mi nota de Farmacodinamia, aunque no me la dijo, ya se imaginan por qué; efectivamente, suspenso, no se había apiadado de mí lo más mínimo.

Seguí estudiando a un ritmo frenético, comparado con ellos dos, sobre todo con el amigo de Bartolomé; no me lo explicaba, decía que estaba haciendo el doctorado, y sin embargo nunca vi que estudiara nada, a lo sumo ojeaba, pues aseguraría que ni siquiera leía atentamente, un libro, que creo que era una novela, aunque del estilo y época no habló.

"Venga, un empujoncito más, y ya todo acabaría"; el examen era dos días más tarde, y con ese pensamiento me daba ánimos.

Llegó el gran día.

Me quedé dormido, algo inaudito, me duché a todo meter, y después fui casi corriendo a la facultad nueva (más lejos que las antigua aulas). No recuerdo tampoco si desayuné, y si lo hice, menos el qué; seguramente serían unas galletas y leche, como casi siempre.

Al llegar al examen, un par de minutos tarde, todavía no habían empezado aunque ya estaban todos sentados.

-Lo siento, pero se me hizo tarde - alegué.

e-libro.net

-¡Jum! - me dijo el ano de Víctor, mientras resoplaba y se echaba contra mí.

Me hice hacia atrás sin mucho asombro, dando a entender que no le tenía miedo.

-Que se siente allí detrás, que le gusta estar “fresco”.

Lo dijo con un tono, que ya se imaginan a que se refería.

Las preguntas del examen eran las de siempre, lo único que variaba, claro está, era el compuesto a descubrir por los espectros; según parece, esto es fundamental que lo sepan los farmacéuticos. El problema equivalía a un tercio del total del examen. Había que poner por lo menos tres posibles estructuras, yo le puse unas seis o más; las que me dio tiempo de poner.

El examen me había salido perfecto. Las preguntas de Luis Bravo y el catedrático eran las mismas de siempre, así más que estudiar tanto, casi valía la pena estudiar sólo las preguntas, pero no me fiaba ni un pelo de ningún profesor.

La nota del examen la iría, mi hermana, a buscar al departamento, que ese sí seguía en el mismo sitio; no sé a cuento de qué no habían hecho todavía la mudanza a la nueva facultad; quién sabe si por algo de politiqueo o de celos y envidias, que en definitiva es lo mismo.

La nota fue fantástica: Notable, seguro que no me habían puesto Sobresaliente o Matrícula por el del “Ano”, me jugaría lo que fuera.

De todas maneras desde aquí: “¡Un besote D. Victoriano, que yo le quiero mucho!”

A la salida del examen, se vino al piso Juan Carlos, habíamos comprado una botella de güisqui, y empecé a beber sin ganas malditas; Juan Carlos tampoco estaba para muchas celebraciones; me sentía vacío, y con ganas de llenarme con algo que no fuera alcohol.

Pensaba en Mari Carmen, si llegaría a algo con ella, aunque lo que casi siempre pensaba era lo buena que estaba.

Bartolomé me daba ánimos.

Mi hermano Jose, que me vio salir con ella del piso me dijo:

-Si eso lo hace contigo, no veo por qué no lo puede hacer con otro.

Me dieron ganas de decirle que no se fuera a creer que yo no era nadie, yo era alguien. No se lo dije, y menos mal.

Regresé en cuanto pude a Las Palmas.

Me preguntaban si estaba nervioso, y les decía que algo, aunque en realidad lo que tenía era agresividad y estrés contenido. Mi hermana Maru decidió llevarme a la consulta de un gabinete de homeópatas (ya saben, curar con igual en cantidades infinitesimales).

Fui con los apuntes, pues ya no me separaba de ellos para nada. Quizás me dijeran si estaba nervioso por el numerito que había hecho con Juancho. Quién sabe.

Fui pues allí, la sala era bastante oscura, por lo que me costaba estudiar; uno de los médicos, muy joven, me encendió la luz al salir de su despacho, donde tenía una cama y una mesa; más cosas no me fijé pues no era a él a quién íbamos a consultar.

Le di las gracias por encenderme la luz.

Entré al despacho de la doctora, y me dejó alucinado el que entre los libros que tenía a su espalda, tenía uno de física de COU (que seguro que se usaba también en la carrera).

Me hizo un montón de preguntas.

Me hacía gracia la ropa que usaba, de chica mona noctámbula y discotequera. Se le notaba que empezaba a beber bastante, en los dientes y la nariz. Al menos esa fue mi impresión.

Después de la tanda de preguntas, cogió un libro y tras hacer como que estaba muy concentrada, me mandó unas pastillas que a saber si eran exactamente las mismas que le mandaba a mi hermana, seguro que sí.

Me hizo la receta y le pagué la consulta.

Me resultó cara. Maru no me ayudó a pagarlo, y eso que era ella la que había insistido en que fuera, y sabía que yo no tenía dinero; ese era el gran fallo de esa hermana. Aunque Pepe se había portado muy bien conmigo. Me dijo cómo las debía de tomar, que no debía tocarlas con los dedos, etc.

Las compré pero no las usé ni una vez; no es que no crea en la medicina alternativa (aunque ésta es justo lo contrario a la de siempre, la alopatía), lo que no creo es en la sapiencia de ciertos doctores.

e-libro.net

El doctor que me encendió la luz, parecía más buena persona y más serio. Estaban empezando; la consulta no era en Las Palmas, sino en Telde; ya debían estar orgullosos, pues les iba gente de Arinaga y de Las Palmas capital.

Compré en la farmacia donde trabajaba Claudio Gil Rodríguez, aunque él no estaba allí cuando fui, los preparados homeopáticos; creo que eran de absorción sublingual, ya para tanto no recuerdo.

Verán como todo gira en torno a mi persona; esto se debe a que no conozco lo suficiente de los demás, salvo en su comportamiento cuando se relacionan conmigo, y aún así dudo de si sé a que se deben sus comportamientos, y si su conducta es buena o no, tal como describo aquí. ¿Quién sabe, si queriendo hacer un manifiesto en pro de la verdad sobre mi existencia, sea todo una farsa?; por eso mismo, por sacar concepciones equivocadas de quienes me rodean.

Un día fui a casa de Bartolomé. Según me había contado, su hermano había sufrido algo grave, tal que él (casi me dio a entender que se lo pedía a Dios) prefería que su hermano aprobara el M.I.R., que él acabar su carrera. No tengo ni idea si eran problemas de la psique o de cualquier otra parte del organismo.

Me llevé una gran impresión de su casa, pues el sillón del cuarto de estar tenía una raja impresionante: “Uf, que va, tan mal no estamos en mi casa, aunque mi casa se está cayendo a cachos”. No era cierto mi pensamiento, pues mi casa tenía varios asientos rotos.

Era un piso; no recuerdo el motivo por el que fui a su casa. Le pedí agua y me llevó a la cocina, muy pequeña y muy estropeada. Un detalle curioso, en la loza no creo que hubieran dos piezas iguales, así, sobre todo los vasos, que fue en lo que más me fijé, eran todos distintos. Supuse que los padres estaban pasando tantas necesidades, por las dos carreras de los Domínguez.

El sofá roto, era rojo y estaba en el cuarto de la tele, aunque me dije que si eso era así, no digo cómo era el resto de la casa, a la que no me llevó.

De todas maneras, me alegró que tuviera confianza en mí, hasta el punto de llevarme a su casa. La calle en la que vivía era Tomás Morales, cercana al Hospital del Pino; a partir de ese día tomé a esa calle, no como una buena zona de la ciudad, como hasta hacía poco la había considerado, sino mediocre.

Pero bueno, ahora empezaba mi veraneo.

Llamé a Mari Carmen, y se extrañó de que quisiera ir con ella al sur, según creía ella, yo sólo la quería para aquella noche, y una vez pasada, ya no la querría para nada. No sabía ella que yo iba buscando compañera, y quizás nunca lo supo. Mari Carmen bebía alcohol. A mí no me extrañó eso, no porque yo también bebiera, sino porque estaba rodeado de gente que lo hacía; la convencí pues para ir al sur, a un apartamento que había alquilado. A ella le gustó la idea, quizás pensara que era rico, pues tenía para alquilar apartamentos siendo estudiante. No lo era, aunque tampoco sabía a cuento de qué lo tenía, quizás por ahorrar ese septiembre, pero lo dudo, pues piensen que tuve que pagar desplazamientos.

Como dije mi hermana me miró la nota de Farmacognosia. También me matriculó, con lo que me ahorré el tener que ir a La Laguna. Así aproveché y nos fuimos al sur. Habíamos ido con Tomi y Herse, quienes se habían puesto a vivir juntos, en un piso cerca de mi casa, por una zona donde las casas, muy pequeñas, eran de protección oficial.

Nos fuimos pues los cuatro al apartamento que yo había pagado; allí, al llegar, Mari se puso en biquini, y tanto impresionó a Herse su cuerpo (esto es lo que estimo, por su absurda reacción) macizote, que ella se acomplejó del suyo y le dijo a Tomi que se quería ir.

No recuerdo exactamente cuál fue la respuesta de él, lo cierto es que se fueron. Yo, al llegar, le había dicho a Tomi:

-Porque yo he venido para leer y beber -había llevado Los Viajes de Gulliver y otro libro más.

Realmente le mentí, pues mi auténtica intención era beber y follar; pero me contuve. Ellos dos se fueron y me sentó muy bien el verme solo con Mari Carmen.

Nos fuimos enseguida a la cama. De todas formas el apartamento tan sólo tenía una habitación, por lo que ellos dos se debían quedar en el sofá cama del salón; dudo que les gustara el sitio, pues era incómodo y sin intimidad alguna.

Copulamos ambos durante bastante tiempo y allí me enteré como le gustaba a Mari ciertas cosas que yo hasta el momento nunca había hecho, tal como considerar el ano como un orificio más.

Ella intentó hacer lo mismo con el mío pero me negué.

De todas formas ella era algo pasiva.

e-libro.net

Me extrañaba enormemente la piel de sus muslos, fresca, turgente, y a la vez como conteniendo algo de grasa, sin quererla dejar salir; algo alucinante.

Me imagino que llevamos algo de comida, pero como no habíamos ido en guagua ni a dedo (transportes usados hasta ese momento para grandes distancias) no puedo decir si sí o no, pero tenía que ser afirmativo, pues no disponía de dinero como para ir todos los días a comer fuera; aunque quizás sí, pues en el sur es tal la competencia, que hay sitios algo baratos, pero claro, hay que conocerlos.

Mari Carmen me conocía de estar yo siempre en control; o sea sin hablar casi, y pensando siempre en mi carrera.

Hasta el momento, me consideraba un amante perfecto, pero lo empecé a dudar con ella, quizá porque necesitara de emociones más fuertes. Sin embargo, no hacíamos otra cosa que copular y copular. Recuerdo que estábamos en un complejo de apartamentos enorme.

Mari se reveló como una inutilidad en la cocina; al menos no recuerdo tomar ningún buen manjar. Comíamos y volvíamos a la cama.

Otro día, bajamos a la piscina, y allí nos pusimos al lado de un matrimonio con varios hijos, que hacían alarde de tener dinero, yo mucho no les creía, pero en fin, lo callé.

Nadamos en la piscina, jugando el uno con el otro, cortejándonos, a pesar de ya estar más que satisfechos sexualmente; es más, empezaba a estar algo harto; prefería estar nadando yo solo, y tomar el sol igualmente, leyendo algo; no tanto porque fuera un gran amante de la literatura, sino porque quería serlo. Admiraba a mi tío, y ahora había otro genio (este era el mejor de todos, sin lugar a dudas) en la familia.

Usaba biquini, y estaba buenísima. No voy a hablar de sus pezones, ni de su sexo, pues no es este un libro de pornografía, si así lo fuera la cosa cambiaría mucho.

Cuando estábamos en la piscina tomando el sol, el marido de la familia junto a la que estábamos, cogió la cartera y se fue. Bobo de mí, me imaginé que iba a tomarse una copa y a jugar al billar, no sé por qué me dio esa impresión. Seguramente se iba a tomar más de un par de copas, y no a jugar al billar. Y, quién sabe si ni siquiera fuera a beber; sí, el ladrón cree que todos son de su condición. En este caso, el “ladrón” soy yo. Pensaba siempre que tenía más que dominado el alcohol, y ya han visto como no es así en absoluto.

A pesar de que Mari Carmen quería ir por la noche de juerga, no creo que fuéramos ninguna vez. Yo consideraba todo el sur como un lugar de superlujo al que, ni remotamente estaba acostumbrado.

Pues bien como han visto, mis vacaciones consistieron en mucha cama, y mucho “drinquin”, y poco sentimentalismo, cosa a la que aún no quería abrirme; quién sabe si aún no había olvidado a Águeda. O mejor, habiendo olvidado lo bueno que hubo entre los dos, lo que quedaba era odio y rencor hacía el sexo opuesto; Mari tampoco hacía mucho como para que nos sinceráramos; es posible que ella también acabara de salir de una mala experiencia, nunca lo dijo.

A su anterior novio también le gustaba la fotografía. Ella le había comprado un libro, que no llegó a darle. Me lo regaló a mí, aunque fue sincera y me dijo lo que ya les acabo de contar, eso me gustó. El libro era genial, lástima que yo me estuviera alejando cada vez más de las fotos y las cámaras... Pensándolo tiempo después, pudiera ser que al cortar le pidiera el libro que le regaló a su novio y que luego me lo regalara a mí.

Después de dos o tres días, nos volvimos a Las Palmas en guagua. Recuerdo como ella llevaba unos paquetes horterísimos, que me daban mucha vergüenza cargarlos; de todas formas ella se enfurecía conmigo porque yo se lo daba a entender. Cuando nos subimos a la guagua, “la niña rica” se calmó.

Pongo niña rica entre comillas, pues ella alardeaba de eso, y era precisamente todo lo contrario. Dime de lo que presumes y te diré de qué careces.

Veo desde mi ventana, que las cosas que a mí me ocurrieron, se suceden de forma parecida, aunque ya no en un mundo de mafia intelectual, sino en todo lo contrario, en un mundo de drogas y de baja estofa, es algo que más que sonreír me hace sentir compasión. Lo que no quita para que a veces les llegue a odiar.

Nada más volver a Las Palmas, me puse a estudiar; a veces salía con Mari, aunque cuándo salíamos era para copular; recuerdo de como iba a casa de Tomi, y allí nos pasábamos la noche ella y yo.

Un día, incluso Herse se me puso provocativa, quién sabe si entre ellos habían hablado de un intercambio de parejas; yo prefería que no, pues, quizás no llegara a nada con Mari Carmen, pero la amistad de Tomi no pensaba perderla, entre otras cosas por cómo de mal lo habíamos pasado juntos en La Laguna; fuimos uña y carne; bueno seguro que mejor es decir que yo era las uñas de su carne; o sea, yo no podía vivir sin él, pero me demostró, que él sí sin mí.

e-libro.net

Se tomaba la casa de Tomi como de lenocinio, pues también iban a ella Pino y Pepe, Benedicto y Dafne, aunque estos últimos serían posterior a nosotros. Pino y Pepe Blanco, sé que acostumbraban a ir durante una temporada, hasta que se casaron; a mí no me invitaron a su boda.

Mari y yo follábamos en casa de Tomi, poníamos algo de música, bajita, incluso quitábamos el colchón de su sitio y lo poníamos en el suelo para no hacer ruido.

Empecé a salir algo más, con nosotros iba una amiga de Mari, por lo que éramos tres. Otras veces hablaba Mari con otra amiga que creo que era de algo de historia; no me gustaba ésta, era muy flaca y bastante fea; la otra, con la que íbamos al bar de sevillanas y nos hartábamos de finos, era más gorda, pero también mucho más llamativa; era más guapa, aunque no tanto como mi Mari Era bobo y no captaba que la forma de ligarme ella, era dándome la razón y así ir metiéndome entre sus redes.

Hay que ver aquí, la llamo muchísimo por su diminutivo, pero a ella la llamaba por su nombre entero.

Era algo increíble, follábamos en todos lados, en el portal de su casa, donde le subía la falda y le bajaba las bragas, y allí mismo se la metía, cuando no me pasó lo que debía haber pasado, es porque algo bueno estaba arriba, pues de las incontables veces que eso hicimos, no nos cogieron nunca, ni sus padres (y eso que era el portal de la casa de ellos), ni ningún vecino, pues era un edificio de varios pisos.

Algunas de las veces que íbamos a su casa, estaba su hermana la menor estudiando, todos tenían mucha confianza en ella. Era la más inteligente, en cuanto a notas y estudiar se refería; de los dos hermanos no se puede decir que no fueran inteligentes pues ambos, con F.P. hecho, estaban dando clases de maestro de taller, con los sueldazos que esto conlleva.

Por esa época, mí no me parecían tan grandes sueldos como hasta hace poco.

El caso de Carlos, fue que se presentó en Tenerife a las oposiciones y como le había salido tan mal el práctico, regresó para Las Palmas.

Al poco tuvo que llamarle su hermano Quillo porque había aprobado, y que fuera otra vez allí y se presentara al otro examen, el teórico. Resultado final: aprobado. Ya está garantizado de por vida. Su mujer: Eduvigis, cuyo padre era barrendero. El padre de Quillo era un alcohólico, que había sido marinero, aunque cambió ese trabajo por el trabajo en el hostal de su mujer, y que muchas veces fue viento en popa, aunque ahora empezaba a no dar casi ni para cubrir gastos, pues ya no había tanto marinero como antes, que eran los que iban a ese hostal, al menos en mayor número.

Hablando de hostales, una vez fuimos los dos a uno (de los tantos a los que íbamos), que estaba por la calle General Franco, perpendicular a ella, justo por debajo de Correos; allí entramos al hostal, me quedé alucinado, en recepción estaba colocado en un marco y lleno de cagadas de moscas, el certificado de estudios primarios y lo tenía como si de un gran diploma se tratara, esto me dejó anonadado, sorprendido, y no me puse a reírme en sus narices por educación.

Mari dijo primero de ir a ver el cuarto. Al subir la escalera, me entró un no sé qué de ver lo descuidado y sucio que estaba todo. Bajaba un roquero que no nos dio las horas ni nada, como si no fuéramos nadie. “¡Hombre, pues mira que hay aquí gente educada!”, pensé.

Cuando llegamos al dormitorio, nada más abrir la puerta salieron un par de cucas de las grandes corriendo a todos lados. “Tierra trágame”, estaba todo de lo más guarro.

-¿No ves, como si yo no conociera estas cosas?

Y quién mejor que ella que ayudaba a su madre en uno.

La madre se enfermó de las manos y no podía hacer nada con ellas, por lo que tuvo que vender el hostal. El padre no trabajaba en nada, pero eso sí, beber bebía como un cosaco.

Estaba contento con Mari, aunque siempre tenía una dosis de odio, acrecentado quizás por el alcohol, que descargaba con ella. Lo siento, de corazón.

A casa de Tomi íbamos un par de veces. Se extrañarán de como manejaba yo ahora dinero; esto se debía a que daba clases particulares de E.G.B. a dos niños; no me las tenía que preparar, sino que llegaba allí y le decía a una, un tanto torpe, que vivía por la iglesia Santa Isabel de Hungría:

-A ver, ¿qué es lo que toca hoy?; a pesar de que le explicaba cosas que no estaban en los libros, hasta que su madre me dijo que por favor siguiera el libro, porque sí la profesora de ella veía como iba en aumento en ciertos temas, pero en otros iba igual de mal y atrasada.

La casa era enorme; según parece el que la había comprado era un director de una sucursal de un banco, en Telde, y que pasaba de trabajar en su casa, donde se ponía a ver el fútbol por la tele.

e-libro.net

Deducirán que mi hobby era ahora la literatura, por lo que el chasco fue tal, cuando mí alumna me dijo:

-Se nota que te gustan más las ciencias que las letras.

Gran error; sabía más ciencias que letras, eso sí, pero empezaba a gustarme más las letras que las ciencias, a pesar de que mi ideal era dedicarle “fifti and fifti”.

Era una niña, y me daba pena enjuiciarla como torpe, creo que le daba de tres a cinco clases a la semana, iba yo a su casa, y le cobraba tres mil quinientas al mes.

Pronto la hermana de la madre, que vivía en un piso aunque muy cerquita, justo frente a Cáritas, me dijo si yo también quería darle clases a un hijo suyo, acepté, pues por poco más tenía unas siete mil pesetas al mes para mí solito.

Ya digo, la niña no daba nada de sí. Al piso de la familiar iba unas tres veces en semana.

Allí, le explicaba en el cuarto del jovenzuelo (era un niño), tenía este mucho ímpetu, cosa que me agradaba. Me decía que tenía un familiar que era policía de alta graduación y que le dejaba la pistola para que la sopesara y jugara con ella. “Quizás, pienso, no sea aconsejable enseñarle una pistola a un niño”.

Fuera por lo que fuera, bien que venía de jugar o bien por otra cosa, lo cierto es que el niño llegaba con un carisma que me gustó. Era rápido en aprender. Su cuarto era bastante pequeño, pero todo en él era nuevo, incluso una colección de libros de “Érase una vez el hombre”.

Todo daba la impresión de estarse estrenando, aunque a este respecto, ni pregunté ni dije nada.

El padre era treintañero a lo sumo cuarentón; se hacía el serio, como quien ve la tele sólo para programas culturales, y no para cosas de solaz y divertimento.

La madre me preguntó por cómo creía que iba su hijo, a lo que le respondí:

-¡Señora, no se preocupe por su hijo que él llega donde quiera!

Quise decir que hasta donde se lo propusiera, siempre que no se desviara por el camino. La línea recta es lo más rápido, pero hay gente que va haciendo zigzags, como el menda, por desgracia, a pesar de creerme que tenía dominado el asunto del alcohol.

Al referirse la madre a mí, creyó ella que mis despistados ojos (seguro que eso pensaba ella), se dirigían a su pecho, entiéndase tetas, por lo que ella, que llevaba una bata azul de raso, se tapó rápidamente; no moví ni un músculo de mi cara, ni para hacer un gesto de sorpresa ni de desagrado.

A lo mejor me tomó por un pervertido, espero que no.

El niño este, no me dijo como su prima que sí me gustaba más las ciencias sino que yo sabía más ciencias que letras; ya por a ahí iba él más encaminado; lo cierto era que en mi vida, le había dedicado más horas o inteligencia, si alguna tuve alguna vez, a las ciencias, predominando sobre las letras; por esa época, a veces me aburría leer novelas, pero algunas me enganchaban de tal forma, que no había manera de deshacerse de ellas. Sus argumentos generalmente estaban relacionados con el mundo de la medicina, más que sobre ella, sobre los seres que la creaban, aunque con el tiempo descubrí que no todas las novelas de uno de mis autores favoritos, trataban de esto, ni todas eran igual de emotivas, con tanta dosis de sentimentalismo; eran, sí, novelas rosas, pero en un mundo que por regla general es más práctico; al menos eso era lo que yo vivía.

Quiero recordar que a Mari no la veía todos los días, tal vez porque los dos estudiábamos; yo no lo sabía de ella, pero según me enteré tiempo después, estaba haciendo “Técnico de laboratorio” en F.P.

Cuando nos veíamos, o bien íbamos a casa de Tomi y Herse, o bien alquilaba una pensión por el Puerto; no recuerdo si pagaba ochocientas o mil doscientas la noche, entre esos precios oscilaba la habitación con cama de matrimonio.

Intuía que las sabanas no se cambiaban cada vez que se usaban, aunque alguna vez me quedé allí dormido; la señora de la limpieza con el pretexto de que tenía que limpiar el cuarto nos echaba.

Recuerdo eso sobre todo una mañana; salí caliente como un chucho, haciendo carantoñas y arrumacos a Mari, era sábado o domingo por la mañana, no había nadie en la calle. Me despedí de ella sin llevarla a la casa, ni siquiera se me ocurrió, sólo pensaba en que tenía que coger un taxi que me llevara a mi casa, hacía calor y sol, pero no se me apetecía ir a la playa.

Llegué sin problema a mi casa, pero no alcanzo a recordar si me metí en la cama, o me puse a estudiar, creo que más bien lo segundo.

Otra de las diversas veces que fuimos a esa pensión, oímos a una pareja jadear, sobre todo ella; esto me dejó asombrado; hoy día sé que había en esos gemidos mucho cuento, a no ser que fuera de cartón piedra la pared que separaba las habitaciones, que lógicamente no era de ese material.

e-libro.net

No me exitaron esos gemidos, sino que me extrañaron.

Un día me dijo Mari Carmen:

-Oye ¿no crees que nosotros basamos mucho nuestra relación en el sexo?

Pensé algo como: "¿Ahora te vienes a dar cuenta?", o "¿No te habías dado cuenta?"Pero en eso se quedó todo, ni le dije que sí, ni que no. Ella tal vez lo mencionó porque ya estaba más que harta.

Por Navidades le regalé un libro de Gustavo Adolfo Bécquer: "Rimas y Leyendas".

Si le gustó no sé. Ahora me acabo de dar cuenta que no le gustó, que hubiera preferido que le regalara un trapito o alguna cosita de lencería; tal como mi hermana Pine decía:

-Regala cosas prácticas.

Yo en esa época me creía un intelectual (hoy día soy un muerto de hambre) y por tanto regalaba cosas relacionadas con el intelecto.

Lo había mandado a pedir dos veces a un club de lectores; y una de las veces que lo pedí, me dieron ganas de decirles, "Sí, ya lo he pedido antes, es que es para un regalo". Y qué coño le importaba a ellos si era para un regalo o si quería quemarlos; o por qué no, leerlos. A ellos tanto les da, mientras les compres algo; cultura, dicen ellos.

Ya sé que es un trabajo más honesto que muchos, pues por ejemplo los economistas y empresarios, lo tienen claro, lo suyo es el dinero contante y sonante. Pero y ¿no quiero yo sacar unas perrillas (cuantas más mejor) de esta actual actividad que adoro y que por mucho tiempo espero realizar?

Vestía muy bien Mari. A pesar de que solía ir casi siempre vestida por el estilo; no me daba cuenta de que variaba poquísimo de ropa, pero siempre que la veía, me ponía caliente.

Hicimos el amor, ¡qué digo el amor, aquello era sexo puro y duro!; bueno no se crean con eso de duro que era sadismo, ni masoquismo, casi ni siquiera sodomía, aunque quizás a ella le gustara. Pero, no hablemos de este tema para no entrar en interioridades que no estarían bien vistas en una novela. El sexo es superparticular de cada uno, tal y como he ido dejando clara constancia de ello a través de estas páginas.

¿Quieren que hablemos de sexo?, lo siento, hoy no tengo ganas.

Muchas veces, si no lo escribo previamente, pienso una cosa y escribo otra; y otras muchas veces, confundo palabras al escribir, en ocasiones me doy cuenta, pero en otras, me digo que veré todos los fallos cuando vaya a pasarlo a ordenador; el problema en ese caso será: ¿Qué pretendía yo poner o decir en este caso?

En los hostales, que no fueron tantos, me daba cosa meterme entre sábanas, era por asco, pues aunque me dijeron que cambiaban las sábanas, a saber si era verdad.

Otras veces iba yo antes de ver a Mari a alquilar la habitación. Cuando uno ya la había alquilado, e iba a entrar a él, debía dejar el D.N.I., eso no me hacía mucha gracia pues pensaba cosas como: ¿y si mandan información a la policía de mis andanzas?, ¿me traerá esto algún problema en el futuro? En definitiva ya ven que era el cuento de la lechera, al menos en lo que a futuro se refería.

Me gustaba hacer el sexo con ella, me tenía siempre excitado, aunque quién sabe si estaba así por hacerlo continuamente, o si lo hacía continuamente porque estaba excitado, o una mezcla de las dos.

Me quedaban la Broma y la Galénica. Sabía que esta segunda, me era más fácil, de sacar, a pesar de las situaciones comprometidas en las que había puesto al profesor, siendo ya repetidor; que sí, que la gente se lo tomaba bien, pero cuando se quedaba patinando, ¿se lo tomaba el profe a bien?, o pensaba, "bueno chico, si tanta corrección y exactitud pretendes, así te voy a juzgar yo tus exámenes".

Una de las preguntas que siempre caían en su examen era: Excreción renal en general y en pacientes dializados en particular; se ve que eso era bastante importante para él, y suponía por tanto para el mundo laboral de los farmacéuticos; como mínimo ya sabíamos que hay que tener mucho cuidado con estos enfermos, y no ocurrírsenos despachar ni la más simple Aspirina® a estos individuos.

Lo del aclaramiento renal, fracción renal, etc., eso sí estaba bien explicado y sobre ello iba a tratar el examen (una de las preguntas).

Era muchísima materia, y yo me la estudiaba toda, que por lo que parece, era de los pocos que eso hacía.

Otra pregunta era sobre las concentraciones plasmáticas de medicamentos (Cp), aunque decir esto así es bastante superfluo y relativo, pues casi toda la teoría a base de números, incógnitas, fórmulas etc., etc., trataba sobre las concentraciones plasmáticas, las distintas dosis, de ataque (Xo), las de mantenimiento (Xm), etc., etc.

Esa asignatura me gustaba un huevo, y aunque costaba sacarla, tal y como ya me iba percatando, la estudiaba con gusto, pensando: "Buah, ésto lo saco cuando quiera". Muy seguro estaba de mí.

e-libro.net

Me iba a presentar en febrero, pero no por parciales, por parciales iría a Broma y Toxi. Creo que estaba en mi primera convocatoria de Galénica cuando hice el examen.Estudiaba a todo meter, y mi única distracción era el sexo.

Vayamos al treinta y uno de Diciembre, pues ahora lo tengo en la mente, y si no lo cuento, creo que no lo diré más.

Fui muy mal vestido, con unos pantalones de pinzas negros, desteñidísimos. La corbata de piel de Quillo. Una chaqueta de no sé quién y una camisa que desentonaba una barbaridad. Era la primera vez que me vestía de chaqueta y corbata, si a eso se le podía llamar así, para salir en esas fiestas.

Me saqué una foto entre el salón y el comedor de la casa (la parte más lujosa de toda ella). Cené con mi madre y mis hermanos y me vestí después de despedir con todos el año, con sus correspondientes uvas.

Fui a buscar a Mari y con nosotros venía Carlos (su hermano) y Eduvigis; ellos salieron de la casa rápidamente y me llevaron a un bar de la calle, bastante cutre y en el que parecía que no se celebraba el fin de año.

Esperamos un buen rato hasta que ella salió. Cuando lo hizo, nos despedimos cada pareja, pues su hermano pequeño también salía, y nos fuimos a dar una vuelta por Las Canteras.

Iba flipadísimo con el monumento de mujer que tenía a mi lado. Era toda una hembra. No me acuerdo cómo era su traje, pero estaba guapísima, y así se lo dije:

-Es la primera vez que voy tan a gusto con una mujer.

Y era verdad, no iba humillado por llevar a mi lado un adefesio; esa preciosidad era mía.

Fuimos por la avenida de Las Canteras hasta la altura del Hotel Don Juan (hoy Los Bardinos). No entramos lógicamente en éste, sino que fuimos a una casa de al lado, donde vivían unos amigos de Mari.

Él, según parece, trabajaba en Fuerteventura; ella no recuerdo si trabajaba o no.

Me pareció fantástico; iba como extasiado. Esperaba que nos sirvieran una copa, nada sofisticado, tan sólo un cubata o algo por el estilo; es más, incluso con una cerveza iría servido; pero no, ni a un café nos invitaron (“pues no estaba mal de perras ni nada esa parejita”). El varón, iba vestido de pasota, con una camisa y un pañuelo; también vaqueros.

Veía que Mari conocía a mucha gente inestable.Después de allí, nos fuimos a la fiesta en la que habíamos quedado con el hermano y la cuñada de Mari; era típica canaria, no me gustó mucho; por suerte, al par de copas se acabó, y entonces nos fuimos ella y yo al Club de Tenis; yo, que hasta ese momento era reaccionario a todas esas cosas, iba a entrar donde estaban los hijos de la Jet. Pues sí. Lo primero que me impresionó es que todos llevaban esmoquin; el único, o de los pocos que íbamos de calle, era yo. Iba a incluir a Mari, pero no, ella no iba de calle, ella iba fenomenal, y muy a tono con la ocasión, tal que pienso ahora si ya pensaba ir de antemano a ese sitio; seguro que sí, pues fue la primera que me dio la idea.

Allí vi a un primo segundo, Pedro Cruz, hijo de la prima Carmen de mi madre; su padre tenía ingentes cantidades de dinero.

Él iba, cómo no, de esmoquin, y pertenecía a los organizadores, estaba dentro de la barra; eso me pareció un lujo total, y me engordaba mi ego, pues decía, “Hombre, conozco a uno de los organizadores” no pensé que si estaba allí trabajando era para sacar dinero; quizás por el rollito de ser independiente y demás, pues lo cierto es que no lo necesitaba.

También vi a Carina, la hija de Margarita, la amiga íntima de mi madre, y la que junto a Rosa María, sería su paño de lágrimas durante muchos años (hasta hoy es así).

Carina estaba impresionante, llevaba un esmoquin de hombre, sumamente excitante, tanto sexualmente como de cualquier otra faceta.Me fui con ella, pues cuando lo de abajo se calienta, lo de arriba no piensa.

De todas maneras no me olvidaba de Mari, a quién muchas veces iba a ver; ella también se fue por su lado, aunque a veces iba a darme los toques.

Estaba como un tren esa mujer, bebía bastante, pero en un día de esos todo está permitido. Lo cierto es que no fue la única vez que la vi bebiendo en grandes cantidades.

Ella estudiaba algo así como decoración de interiores, realmente no me interesé mucho, a pesar de que una vez que la llevó a mí casa su madre, íntima como digo de la mía, se puso a decir que ella tenía un tocho de folios increíble que estudiar; me preguntaba, “¿y cómo lo hace, con todo lo que bebe?” Nunca lo supe, a pesar de sospechar que eso de tantos folios era un cuento, pues según tengo entendido lo que hacía era algo del calibre de F.P., o alguna cosa similar; según parece les gusta mucho eso de sentirse superiores con su “carrera”, porfiando con cualquiera que lo que ellos hacían era algo “súper”.

e-libro.net

Pero, sigamos en ese treinta y uno, alborear del día uno; "!Ellas, guapísimas!", también habían unas chicas vestidas de tenistas, que mal me dieron la impresión, como creí en ese momento, que estaban jugando al tenis, me pareció raro, pasarse así un fin de año, bastante raro; ahora caigo que lo que realmente estaban haciendo eran funciones de animadoras, a no ser que fueran unas snobs, y socias del club de tenis, pues cómo entraron de esa guisa no lo comprendo.

Ahora que caigo, yo no era, ni Mari, socios del club, y seguro que la fiesta era con invitaciones, quiero recordar que algo de eso era, pero con sus amistades, que las tenía en todos sitios, pudimos entrar.

Me había contado Mari, que fue novia de un empresario de algún sitio de moda del sur, quizás de la Chic, o del pub Garaje; de algo de eso era, y me decía que se montaba en su gran coche (Mercedes o BMW) y que si tal y cual; yo, la verdad, no sabía por qué lo decía, quizás para darme celos. Bueno, en definitiva que no sabía para qué coño me contaba esas cosas.

La noche del "treinta y uno", no ocurrió nada más interesante, salvo que yo estaba supercontento y orgulloso de ella. Según parece no descontrolé mucho, pues al día siguiente, o a lo sumo al otro, ya estaba estudiando Galénica II; verán que ahora le he puesto el dos en números romanos, y es que era otra forma de llamarla, teníamos por tanto la Galénica I o Galénica Normal, y la II o Especial. No recuerdo si lo compaginaba con Broma. Llevaba lo que se dice un buen ritmo.

Una cosa que les parecerá un absurdo, pero que me gustaba, era que Mari Carmen no fumaba droga, ni se las echaba dentro, solo bebía alcohol y fumaba cigarrillos, rubios; estaba claro que le gustaban los lujos y las cosas caras.

Su traje, que un día sin darme cuenta se lo quemé con un cigarro, no me explico cómo, cuando me enseño la quemada, me quedé perplejo, y ella casi se puso a llorar; me emocionó, y me sentí un ser vil y despreciable; su madre, una artista en esas cosas o quizás fuese ella misma, aunque me dijo que había sido su madre, si no recuerdo mal, lo arregló.

Lo cierto es que se hizo una especie de camisa con él; "fenómeno", me dije, pues ya no resultaba tan grave la quemada como para dejarlo inservible. Ahora tenía otro modelo, a pesar que el anterior le quedaba fantástico. El

nuevo traje no puedo asegurar como era, de lo poco que me fijaba.

Ella también me tenía a mi como un buen chico, como un ejecutivo, siempre iba con pantalón negro, camisa y un jersey rojo a cuadros con rayas verdes. Así recuerdo al menos, haberme visto en alguna que otra ocasión, seguro que sería en más de una. Otras veces iba de vaqueros.

Un inciso, para contarles que con la cantidad de planes que tengo ahora, si me muero, o algo similar, he hecho realmente el tonto; he sido un pringado toda la vida y lo seguiré siendo. A veces pienso que si lo único que uno busca es la gloria, y no que su obra sea positiva y beneficiosa para alguien, vamos a no decir la humanidad, pues eso ya sería pasarse, a pesar de que realmente es lo que uno desea. "Con fe se mueven las montañas", sin ella, creo que no se podría uno mover nada en absoluto, ni un ápice.

Tenía razón Bartolomé al decirme que yo no era tan listo como me creía, pues realmente los dos profesores que me quedaban por sortear, ya me tenían catado; aparte me quedaba la de Matilde con su Ampliación de Bioquímica; al aprobar la Farmacognosia, ya no tenía por qué coger la Farmacodinamica pensando en las posibles represalias del "Ano".

Sé que dirán que tenía una asignatura más, y lo que eso conllevaba; pero, después me enteré que ahora para ella, con un trabajito, era suficiente.

Fui un día a hablar con la profe, un día que coincidió con otra cosa por la que estaba en La Laguna; allí fue cuando vi por primera vez a Benedicto con ropa de faena, y tenía puesto un chaquetón viejísimo; de los que yo últimamente (consentido de mí) clasificaba como no apto para uso. Estaba en clase de Matilde; llegué y me asombró verlo de esa guisa, pues afirmaría que dentro del colegio estaba mejor vestido.

Mis pijamas eran los mismos que cuando estaba con Águeda, uno azul estampado, en el que ya no cabían más remiendos, y en que el elástico del pantalón había sido muchas veces cambiado. El otro era uno rojo, también estampado, aunque el pantalón era rojo liso, muy cuco y estaba casi nuevo.

Dudo que me lo regalaran después de haber vivido con Águeda, pues me suena haberlo usado con ella; la cosa es que se conservaba nuevísimo; sólo tenía dos pijamas, lo lógico era que cuando uno me lo ponía, el otro estaba lavándose, pero no sé por qué estaba uno tan estropeado y raído, mientras el otro estaba como nuevo.

e-libro.net

Después de pasadas las Navidades y haberle dado el regalo que dije por Reyes, me fui a La Laguna a hacer el examen extraordinario de febrero, que más extraordinario aún fue, pues se hizo en enero.

Fui con control total; llevaba muy bien, o al menos eso creía, la parte de las fórmulas, mientras que la parte relacionada con Farmacodinamia la llevaba peor, a pesar de ser consciente que esa era mi gran oportunidad, pues la había explicado la misma que nos había dado Historia y Legislación, o sea que debía ser menos materia y más fácil, al menos en teoría. Iba pues superempollado, y no sólo eso, sino que llevaba un ímpetu poco normal.

En el examen entre los conocidos estaban Pilar Gallego y el que fuera novio de Ani Quesada, (Pipi o algo así se llamaba el pelirrojo) éste llevaba la misma chamarra que antaño, y que yo ya casi no usaba, aunque la de él se conservaba más nueva.

Éramos unos cinco o seis, y a todos les extrañó mi gran carisma, incluido al profesor, quien se extrañó muchísimo del ritmo que llevaba, es probable que pensara "¡Ño, ni en vacaciones baja el ritmo". Eso creí que serían puntos positivos a mi favor.

No me sirvió de mucho, pues de las tres o cuatro preguntas, una estaba muy insuficiente y dos insuficientes; tan sólo una estaba perfecta; ¿no les digo que era tolete?, pues incluso un examen del que sabía todas las preguntas, ya que eran iguales a las de otros años, menos la de Farmacodinamia, no me las preparé bien.

Incluso el profesor, que ya he dicho que iba para catedrático, se quedó extrañado de mi empuje, y dejé bien claro que para mí no existían las vacaciones, fueran las que fueran.

Por esa época era partidario del aborto, aunque en clínicas y centros asistenciales competentes, y no la masacre que había presenciado, que cada vez que lo pienso, más se me retuercen las tripas; me vi metido en ello sin comérmelo ni bebérmelo, desconozco el motivo por el que Águeda me dijo de ir, quizás porque creyera que yo, como futuro farmacéutico, sabía algo, pero lo cierto es que de eso no tenía ni idea; nunca olvidaré el aspecto de los trozos de feto que vi. Tampoco sé el tiempo que tenía el feto. Para eso, sí me sabía llevar, a pesar de que no me dejaron entrar al baño donde fue el asesinato; el aborto se lo habían provocado en Santa Brígida; aunque la expulsión fue en la otra casa. Para abortos así en el que se desprecian las dos vidas, tanto la de la mujer como la del feto, preferible no abortar.

Cuando uno piensa en estas cosas, no se puede más que pensar en la condenación, sin peros que valgan. Sé que no puedo explicar con palabras las náuseas que me provocan el pensar en aquella escena de la tina llena de sangre y restos humanos.

Me han de perdonar, creo que la coletilla que más abunda y es más, que sobreabunda en este librito, es: "no sé"; y no es porque no investigue sobre el tema, en absoluto, investigo mucho; si comparamos el tiempo que dedico a escribir frente al de la lectura o estudio, el que le dedico a escribir es ínfimo, a pesar de irlo subiendo poco a poco. Si a la lectura y al estudio lo adornamos llamándolo investigación, pues investigo hoy día de ocho a doce horas diarias.

Terminé el examen y me fui otra vez para Las Palmas, a pesar de que Mari quería estar conmigo en Tenerife. No tenía ganas de enseñarle aquello, por lo que le dije que lo pospusiera para otra ocasión, así hicimos.

Volvamos pues a Las Palmas nuevamente. Allí follamos todo lo que nos dio la gana, hasta tal punto que yo ya no salía de mi casa más que para dar las clases y para fornicar.Ibamos tanto a mi casa (las menos veces) como a la suya.

En su cuarto había dos camas; una era de su hermana la más pequeña, un par de veces la vi estudiando, y le daba ánimos, aunque era la mejor estudiante con creces, respecto a sus hermanas, no era excesivamente buena, quizás porque el ambiente que la rodeaba no le favoreciese; según me decía Mari, tenía muchas esperanzas puestas en ella.

A Mari la habían violado de pequeña, aunque no una persona cualquiera, sino su padre, y según oí una vez, también sus hermanos; ella estaba algo tocada, yo pensaba que tenía un poco de fantasía, e ínfulas de grandeza; mi hermana Pine, a la que le caía fatal su familia, decía de ella que era una fantasiosa, y no se ocultaba para decirlo, sino que se lo decía delante de todo el mundo; a mí me lo dijo sin ella y delante de ella.

El que le metieran cosas por el ano, me decía ella que le venía por las relaciones que había tenido con su padre.

En su cuarto, pequeño pero limpio y poco adornado, tanto que prácticamente no tenían allí nada, más que un ropero frente a la cama de dentro, y una foto mía y de ella en un lugar desconocido para mí, a veces al ver el cuadro decía: "¿Y esto, cuándo fue?", sabía que era ese año pues llevaba el jersey azul; si en esa fecha me fallaba la memoria, imaginen ahora. Sé que era en un campo, pero nada más.

e-libro.net

Entraba a su cuarto y allí nos amábamos como locos auténticos. Bueno eso de amarnos es un decir. Vamos a dejarlo en follábamos como posesos, aunque a veces me encontraba algo desganado.

Un día, aparecieron los padres por el piso, ella les oyó y me dijo que me escondiera, me puse en la cama del fondo, donde habíamos estado y la ropa la puse en el ropero; ella se metió entre sabanas, tal como Dios la había traído al mundo; los padres cuando llegaban, la saludaban y se iban. Vayan a saber si sabían que estaba conmigo. No puedo asegurarlo, pero el hedor a sexo de la habitación debía ser insoportable e incriminatorio.

Quizás el padre, ebrio de alcohol, no se percatara de nada, pero ¿y la madre?, seguro que ella sospechaba o sabía certeramente lo que pasaba, para algo la había parido.

Hacía lo imposible para contenerme y encogerme, para que los pies no se vieran por debajo de la cama.

Al poco, se puso la bata y me vestí rápidamente. Ella me despedía de forma rápida aunque no la veía con cara muy culpable y preocupada; tal vez pensara que el que la poseyera alguien era lo más natural del mundo; a mí esa situación me parecía de las más extrañas. !Acabáramos!, seguro que ella ya lo había hecho antes con otros novios, o con el novio que ella me había dicho que tenía. Bueno ella me contaba que había tenido un novio, pero que ese uno, descubrí que habían sido bastantes; y según me decía ahora, tenía amantes, quizás porque creyera que a mí me excitaba eso, sin embargo era todo lo contrario, pues pensaba "valiente puta…"

Me acuerdo verme, como mínimo una vez en Las Canteras sentado y allí me contaba ella sus experiencias eróticas (por no decir pornográficas) con sus amigos; de dónde sacaba tal arsenal de sexo, lo ignoro, pero era algo digno de admiración.

Ese día lo tuvimos más difícil, aunque como Mari se conocía las voces de la casa, cuando escuchó unas determinadas, me dijo: "¡Vístete!" Eso hice, me despedí con un beso y me fui, pensando en qué vida llevaba, unas veces pensaba deplorablemente, otras orgullosamente. Sí, pero era un repetidor.

Eso continuamente me preocupaba, y en cierto modo me amargaba. No había visto ningún prototipo en el que fijarme de estilo de vida, y menos todavía el de mi padre; no sabía si seguir hasta morir. Recuerden que aunque era mi padre, nos había amargado la vida a todos; pero no son siempre los padres los culpables; esto jode a veces al sexo masculino algo, no, mucho.

Pasemos a otra actividad en la que estaba involucrada mi persona.

Por desgracia, para los que no habían aprobado Galénica II, habían empezado las prácticas, no recuerdo si voluntarias o no, lo cierto es que las hice.

Los más diestros en ellas, éramos Pilarillo y yo; éramos los mejores y los que más rápido las hacíamos; íbamos a preguntar paso por paso a las dos profesoras que las organizaban; una era una pobre borrachita, que según me dijo un día: "Porque antes no me gustaba nada, pero ahora me gusta todo". Pensé, aunque le sonreí: "Pues yo aún estoy en la fase de no gustarme nada".

Estaba más que harto, y con ganas de mandarlo todo a la mierda; encima de todo lo que estudiaba y ahora más prácticas: "Dios mío, ¿hasta cuando va a durar esto?", a veces pensaba que mi vida iba a ser así continuamente.

Una de las veces dijeron que para unas prácticas no se podía uno tomar Aspirinas® en todo el día; esa noche tuve dolor de cabeza, y sin acordarme lo más mínimo de lo de clase, me tomé una; después a la mañana siguiente, había cogido y rellenado el bote esterilizado, para análisis de la orina, que había comprado el día del dolor de cabeza.

Cuando me tomé la Aspirina®, en ese momento no pensé nada, pero a las tres horas más o menos me di cuenta del gran fallo cometido. También era casualidad, yo, que pasaba meses enteros sin probar la Aspirina®, ni el paracetamol (Termalginâ), y esa noche, tener que tomarme una.

Me pasaba el resto del día preparando el informe de prácticas que había que entregar al final de las mismas.

Eran las prácticas, eminentemente prácticas; también había que hacer gráficos y demás; el laboratorio no estaba mal; eran las primeras prácticas que hacía en la nueva facultad; tenía varios despachos el departamento, incluso una de las veces uno se quedó cerrado (el del pibito joven que ahora daba Galénica I); vino en lugar de un cerrajero, uno que parecía un cerdito, y que sospechaba lo mismo que me comentó Pilarillo:

-No será este un farmacéutico.

No le contesté, pero por Dios que pensé lo mismo, y me dije: "Tanto estudiar para terminar como éste, !No, Dios mío!, dame algo mejor".

e-libro.net

Cada vez veía más claro, que simplemente, por muy fuerte que fuera esta carrera, con ella sola, abriendo una farmacia, no se podría hacer gran cosa en la vida. Posiblemente, ni se podría uno dedicar a la gente de su pueblo desde su farmacia, pues ya me estaba oliendo que en Las Palmas capital, no podría poner mi ansiada farmacia.

Sigamos con las prácticas; vi como mínimo a uno que se alegraba de verme fracasar por lo de la Aspirina®, así ese día de prácticas sólo podía ayudar a los demás, aunque yo quedaba relegado a otro puesto.

Hagamos un inciso; un par de semanas antes de estas prácticas, había hecho el examen de Broma, y me había salido de perilla; creo que era en febrero, y fue entonces cuando Arturito me dijo:

-¿Qué Fijoleis, en que convocatoria está, en quinta no?

-Disculpe, pero creo que estoy en segunda.

Hizo un mohín que no me gustó en absoluto.

Yo llevaba un ritmo casi suicida según creían algunos.

Enseguida pensé: "Le tengo que decir a mi madre que me tengo que cambiar de facultad, pues aquí ya sé que hasta que llegue a quinta va a ser imposible, y ni aún así, sé si querrá aprobarme o suspenderme".

Sigamos en las prácticas; allí un día que no tenía que hacer nada, pues había terminado todo mi trabajo práctico, me puse a ojear una revista de Investigación y Ciencia, y recuerdo que leí un artículo, en el que se decía cómo habían sacado un nuevo tipo de plástico que sería en breve todo un gran acontecimiento; ahora, en todos los hogares, hay más de un aparato de plástico de este tipo (polímeros de no recuerdo qué).

La borrachita se asombró de verme en una esquina leyendo la revista. No puedo asegurar si les gustó o no, pero sí que les sorprendió.

La semana que no pude hacer la práctica por lo del A.A.S., tuve que ir al departamento el sábado; allí estaba la que me dio clases de Historia, y ahora también de esto.

En un momento en el que podía salir del departamento, fui a ver la nota de Broma: Suspenso "¡OOOOH!", me dolió, me llegó al alma.

Le dije a la profe si podía fumarme un cigarro, me dijo que sí, entonces le pedí uno, lo que está claro que le tuvo que sentar fatal.

Me vi en el laboratorio, fumando y lleno de una gran amargura, hasta tal punto que se me salieron las lágrimas: "!Noooo!" pensaba: "!No es justo!"

Lloré y algo me desahogué, pero no fue bastante.

Cuando llegué a mi casa, se lo dije a mi hermana, la cual intentó consolarme, aunque no sabía cómo.

Terminé las prácticas el día que el señor Llabrés dio una pequeña clase teórica; estaba tan centrado en lo mío, "Farmacia, Farmacia…", que ni le hice caso; las profesoras de prácticas se asombraron al verme ese empuje.

El Llabrés, dio su clase y se fue; ellas se quedaron explicando los planteamientos prácticos, pero no les entendí, tenía mi mente en Farmacia, aunque en otra asignatura: Broma.

Terminé las prácticas, entregué el informe, y me presenté al examen; creo que fui el único que lo suspendió; estaba más desmoralizado aún si cabe.

Le dije a mi hermana que qué le parecía de ir a hablar con el decano. Eso hicimos: llevaba un carisma de mil demonios, como que sólo me interesaba "!Farmacia, farmacia…!" en este mundo, de hecho el tiempo que estuve estudiando la Broma, era increíble, pues retenía y absorbía cada palabra, era una concentración casi perfecta. Aún así me suspendió.

Fui a hablar con el decano, el cual se asombró de verme mi carisma; se puso a hablar con mi hermana luego le dije lo que me pasaba al decano, y él me facilitó todo para que me trasladara de universidad; de los papeleos había que esperar la contestación en julio, o sea para pedir traslado. Le dijimos al decano que yo era asmático y que si podía pedir traslado alegando esa enfermedad, él dijo: "No sé, inténtelo".

Eso hicimos, bueno hicieron mis hermanas; pidieron el certificado médico a D. Rafael Ruano Travieso, quien lo hizo; me dio la impresión como que él pensaba: "En fin, ya llegó la hora de utilizar las influencias de su padre…", algo de esto tuve la sensación.

Estando después de este desastroso febrero con algo de tiempo libre, fue Mari a Tenerife; al final se salió con la suya. Vino como una actriz de cine, en el ferry, pero de entre todos destacaba ella y su hermosura.

Venía superbien vestida, cosa que no puedo asegurar si me gustó, me jodió, o me fue indiferente; estaba muy dolido con lo mío.

Lo que más me alucinó fue su bolso de viaje, horterísimo, más feo imposible.

e-libro.net

A mi hermana Pine, que me había llevado a buscarla a Santa Cruz, le sentó mal que viniera como una actriz.

-¡Tú!, tan fantástica como siempre.

Eso no me jodió tanto, pues me encantaba verla hermosa; pero ya que era una diva, que lo fuera con todo, incluido con su equipaje, que por cierto, me lo dio para que yo se lo cargara, lo que me hizo cierta gracia; pensé, "Claro, así ya no lleva nada que desentone". "Ay, Mari, qué gran señora querías ser. ¿Lo has conseguido, sí, no?"

Por mi parte, sabía que tenía un par de polvos asegurados.

Fuimos a ver a Madonna en una de sus películas, en un cine de La Laguna. La película, que ya no la recuerdo, no me gustó mucho. A Mari le encantó y salió de allí encantada. Eso me dijo; se enfureció conmigo porque a mí no me gustó.

Cuando llegamos al piso de Pine, nos pasamos al cuarto. Allí quitamos el colchón de donde estaba pues debajo había otra cama, vuelta al revés; a parte de eso, se oía un gran ruido puesto que el somier no era muy nuevo, no, realmente era algo viejo, por lo que rechinaba a cualquier movimiento.

Pusimos el colchón cerca del ropero empotrado, así estábamos entre éste y la mesa de estudio.

Cuando hicimos el sexo, seguía pensando: "¡Farmacia, farmacia…!", por lo que estaba "hinchadísimo", pero en esto se me fue el aura, quizás por llevar tiempo (uno o dos días) sin estudiar, por lo que Mari, un poco disgustada dijo:

-¡Ay, qué normal eres!

La cogí entre mis brazos, pues ella tampoco estaba muy bella que digamos, sin maquillaje y demás. Tenía las cejas grandes y velludas, efectivamente, no estaba tan bella como otras veces; o quizás yo la veía así, hermosa cuando "controlaba"; esto no puedo garantizarlo, pues fue todo a la vez, el descontrolar y el no verla tan hermosa. Quizás pudiera ser que con el sudor del ajetreo, se le fuera el maquillaje; ésta, realmente fue la primera conclusión que deduje. Hoy sin embargo pienso que sin aura, la miré con otros ojos.

Comíamos los cuatro en la mesa de la entrada-salón-comedor-estar-cuarto de la tele y la música, etc...

No recuerdo que Mari halagara, ni la casa, ni la excelente cocina. De esos días (dos o tres máximo), sólo recuerdo que Quillo dijo:

-Déjalos disfrutar de su sexo.

¿Acaso se me notaba mucho que lo único que me interesaba, o bueno, lo que más me interesaba era el sexo?

Pasemos a otro día. Fuimos una noche a Santa Cruz. Allí, paseamos por un sitio oscuro y solitario, en el que estaba muy a gusto, hablando con ella (pensé poner charlando, pero quizás fuese más bien un monólogo, por lo que a continuación pasó); de golpe, entramos en una zona muy iluminada, donde Mari se activó, sí, se puso las pilas, subió la cabeza, y !hala, a divertirse! Se le notó enseguida el cambio. A mi este "change", me dejó totalmente alucinado; "¡Vaya, qué cambió!"

Ella debió pensar lo mismo de mí, que cuando vi luces, me callé enseguida, cuando minutos antes estaba desahogándome; seguro que a ella no le interesaba lo más mínino mis problemas, al igual que a mí no me interesaba lo más mínimo sus aires de grandeza, ni sus lucimientos.

Su nuevo traje era en tonos marrones y algún que otro complemento negro.

Entramos en una cervecería, toda ella adornada con maderas; el tono era un poco oscuro, para lo que ella estaba acostumbrada; de tal forma que no estuvo muy habladora, quizás porque empezara a exteriorizarse, o a aburrirse, por la diferencia entre ambas islas.

No pude averiguar si ella me tomaba como su novio, yo a ella sí la tomaba como novia, aunque, tenía bien claro lo que me importaba de mi novia: sexo y poco más; ya me había demostrado que de ella no se podía esperar gran cosa, al menos en lo que se refería a contarle mis penas y sufrimientos, de eso nada. ¿O es que uno debe ser un machote y por ello solucionarlo todo por sí mismo?, quizás se preguntara ella.

Quién sabe lo que pensaría, lo cierto es que ni se lo pregunté en esa época, ni ahora.

Era guapa, aunque había en ella algo (a decir verdad, muchas cosas) que no me cuadraban; por qué estaba conmigo, pues realmente parecía que ella no estaba enamorada de mí, aunque, ¿lo estaba alguna de mis anteriores novias?, y ¿debía ser ésta distinta?, o ¿lo que yo realmente quería es que fuera distinta?

Aspirar, se veía que aspiraba a mucho; en esa época, sabía que me iba a comer el mundo, pero el mundo era mi Facultad de farmacia, fuera de ahí no existía nada más para mí, y adonde fuera no me gustaba.

e-libro.net

Quiero recordar que Pine y Quillo nos invitaron a comer un día del fin de semana en el campo.

Eso me agradó, pues los chuletones que se comen en Tenerife, en sus campos, son sumamente exquisitos; ni en la mesa ni en el trayecto hablé mucho, quizás porque me diera vergüenza el hablar, ya fuera con Pine o con Quillo, cuando veía que estaba en terrenos fangosos; o sea, yo con su hermana y su cuñada. Algo me decía, que no estaba actuando correctamente.

Vayan ustedes a saber, si mi hermana lo que pensaba era que esa mujer no me convenía y que me tenía "absorbido el seso", por no decir el sexo.

Comimos en un bar al que nunca había ido; estaba hasta los topes, de tal forma, que tuvimos que esperar un poco fuera, al igual que otro poco dentro, pero allí se hacía más corta la espera, pues teníamos bebidas y pan con salsa "alioli" para untar.

Creo que de alcohol pedí una cerveza, mientras que Quillo se embostaba con vino, él podía porque tenía dinero y sus obligaciones no le impedían estar una o dos días relajado, o con mal cuerpo por el exceso de vino; yo no podía, ni quería ya beber en exceso, ahora tenía un deber que quería y debía cumplir.

Lo primero era hacerme cargo del traslado. Bueno, lo primero era agotar mis días de vacaciones con Mari. Cuando estas llegaron a su fin, nos fuimos los dos en el ferry.

Yo iba en los laterales; ella dejó allí su bolsa y se fue a lucir su cuerpo serrano. Supuse que como buena hija de marino, no marearía, al menos no recuerdo que lo hiciera. Seguro que no, pues con el buen aspecto que tenía al llegar a Tenerife, a pesar de despotricar de la gente que viajaba (por lo de pueblerinos y cómo no, de poco dinero).

Hace poco acabo de leer, hoy mismo, lo siguiente, y es que el cerebro secreta pensamientos, de la misma forma (no fisiológica ni anatómica) que las otras vísceras secretan otras cosas, tal es el caso del riñón que secreta orina liquida.

Desconozco si esta afirmación tiene raíces científicas, pues el libro de donde lo saqué es una el llamado: "Crítica sobre el racismo biológico": crítica destructiva hacia todo lo que sea racismo, ciertamente. Llevo poco leído de ese libro, que por otra parte no es el único que leo, ni al que dedico más tiempo, pero tiene cosas curiosas, como lo que he citado.

Volvamos a Mari, por si no la he descrito, se los hago ahora: es alta, pelo negro azabache muy bonito, piel aceitunada, o al menos eso parece, quizás porque vaya mucho a la playa, la cuál está en la trasera de su casa, como ven no tiene que hacer mucho para estar en ella. Lo de la piel le puede venir de su madre, que es andaluza de pura cepa; su padre es gallego, por lo que les he oído; es tan desastre ese hombre, que siempre que pienso en él, me aflora una sonrisilla que va dejando paso a la risa. No por burlarme de su persona, sino por su presencia, el pronto, me hace mucha gracia. Ya saben por qué le gusta a Mari tanto las sevillanas; si no me equivoco nació en Huelva, junto con sus hermanos, aunque se vinieron para esta isla muy pronto.

Bien, llegamos a Las Palmas, y no hubo ningún incidente; les describiré cómo era el cuarto que había sido el mío durante ese curso y seguiría siéndolo hasta el final.

El suelo es como de granito, imitación, pero es resistente; la cama tiene las cuatro patas que sostienen un somier, bastante pasado. Encima, un colchón Flex, pero algo pasado y luego los juegos de cama, no muy nuevos, blancos, pero eso sí, muy limpios. Los juegos de cama, al igual que el pijama, se cambiaban una vez en semana. La cama tiene el cabezal (suelto) apoyado en la pared; los laterales de la cama, por un lado dan a un ventanal, y por el otro a un ropero empotrado; en ese tiempo, más que suficiente para mi vestuario.

Frente al ventanal se encuentra una mesa de despacho bastante buena. Frente a la cama hay una pequeña estantería, la que me dio hacía años mi tío Joaquín. Se está cayendo, pero era suficiente para aguantar los pocos libros que tenía.

El suelo está lleno de archivadores con apuntes viejos, y otros, no tanto; son todos los de la carrera; y recuerden también los libros fotocopiados, que están guardados en archivadores.

No conté una cosa que me ocurrió al ir a ver el examen de Arturito, recuerden que llevaba un aura enorme, seguro que debido al uso de bastante fósforo.

Estuve esperando fuera de la sala de reuniones del departamento, que tampoco se había trasladado a la nueva facultad; desconozco si la "Broma y Toxi", son más de los químicos que de las farmacéuticos, creo que no.

Pues esperaba al salir del ascensor y en la "preentrada" al departamento; vi salir a "Monti", que iba de bajona; pasé de decirle nada, aunque era clave la ocasión para saludarle como un inferior saluda a un superior, o sea cabizbajo y como con miedo. Pude ganármelo, pues él iba de "bajuqui", pero no lo hice.

e-libro.net

Repetía en mi mente: "¡Farmacia, farmacia…!" Cuando me recibió Hardisson, él estaba superdescontrolado, por lo que mi "cóntrol" lo descontroló; vi el examen y no supo decirme más que una de las preguntas estaba mal escrita; falso pues recuerden cuál era mi "joby", y yo simplemente había hecho un juego de palabras, ya que él había dicho en el examen, que lo quería bien escrito. Yo, ignorante de mí, pensé que bien escrito era en plan literatura, pero no sabía que él no leía sino lo de clase, y ya ni eso.

Si quiso dejarme en ridículo, el que se puso fue él.

Viendo que realmente debía estar aprobado, y no con cualquier nota, sino con sobresaliente, me vino de una parte del cerebro la idea de: "¡sonríe!" Eso hice, y él me dijo:

-¡Lo ve, hasta usted mismo se ríe!

Me reía porque había vencido, pues era el profesor, pero no había convencido. Todo eso me iba amargando, aunque ya no me afectaba tanto, pues sabía que me iba a ir de ese maldito lugar, en el que pude comprobar que iban todos contra mí.

Otra vez que fui al departamento, y que iba a entrar al ascensor, lo vi a él descojonado, con otro licenciado, cargando una bombona de oxigeno; iba a entrar, pero él me dijo:

-Suba caminando -riéndose ahora también de su gracia.

Eso hice, aunque estaba ya tan puteado, que esa putada no me hizo ningún efecto. Lo que sí me quemaba, era que me suspendiera sin razón.

Saben que suspendí la parte teórica de las prácticas de Galénica II, por lo que quede con la "teacher", para que escogiera un día para examinarme; un fallo que tuve fue no decirle que ya no vivía en La Laguna.

Cuando fui a examinarme, seguía con mi gran aura, tal que tanto el Dr. como el catedrático de Para, se quedaron asombrados de mi empuje.

Ese examen no lo había estudiado nada, sino que había ido un día o dos antes y le había dicho a una amiga, que vivía en un piso bajo el de mi hermana: "¿Me dices qué preguntas son las que entran?"; ella me lo dijo, y le pregunté:

-Y, ¿de dónde salen esas preguntas y esas respuestas?

Ella me contestó con un mohín y:

-No sé, no tengo ni idea.

Me las aprendí de memoria.

La esperaba a la examinadora, a la entrada del departamento, donde me vieron y se asombraron los otros profesores.

Cuando llegó la profesora hizo un ademán de fastidio por verme allí; bajé la cabeza, y pensé: "Maldita mi surte, está con mala disposición". Ya dentro y sentado frente a su mesa me dije: "Pues no, a ti no te hago la pelota".

Empezó a hablar y yo a veces decía algo, ella seguía y seguía hablando, pero no le miraba a la cara sino que la oía de perfil. No puedo saber si fue afortunada o no mi intervención; de todas formas, esa asignatura empezaba a indisponérseme.

En Las Palmas seguía trabajando en mis clases particulares, que ya al año siguiente no las podría dar, por lo que se sintieron tristes, aunque cuando les expliqué por qué, me comprendieron; les dije la verdad, porque insistían en que les siguiera dando clase a sus hijos; no me dijeron de subirme el sueldo, eso no.

Tenía una papelera enorme en mi cuarto; mi hermano la había robado del Toca Toca, lo raro es que no le dijeron nada cuando le vieron saliendo con ella a la calle; el por qué no le pararon y le obligaron a devolverla, lo ignoro; quizás por su corpachón, pensaran que era policía con drogas, o a saber qué pensaron. A mí me resultaba fantástica y muy práctica dicha papelera. Sigo conservándola.

Al decirles esto último de que la conservo, al menos de mi presente ya han averiguado dos cosas, que estoy vivo, y que en este momento estoy escribiendo; más no les digo, no adelanto más acontecimientos.

Al pobre Arturito, ya no le podía ver, y el respeto que le tenía era ínfimo, es más, me sentía enfrentado a él; creo que era recíproco. Está claro, al final ganó él, bueno, la historia lo dirá. Esto parecerá muy fuerte. No es realmente mía esa afirmación sino de Terenci Moix, cuando ganó el Premio Planeta con su: "No digas que fue un sueño"; el cual me leí y no me enteré de casi nada de lo que leía, pues estaba estresadísimo y cuando leía un libro, más miraba el tiempo mínimo en el que podía leérmelo que en lo que decía en sí el libro. Es más, de ese libro sólo puedo decir en qué marco se desarrollaba la trama. Esperemos que la historia no se ría mucho de mí, pues lo que es ahora, es lo que todo el mundo hace.

e-libro.net

Mi hermana me acaba de largar un rapapolvo impresionante, es por ello por lo que he de saltar, no yo, sino mis libros, a la fama *ipso facto*. Me gustaría ser un "Adrián Deume" de "Bella del señor" (de Cohen), que sube sin mucho esfuerzo; aunque espero que no sean por los mismos motivos que él por los que suba, si alguna vez subo.

Lo cierto es que mi hermana Pine, que no es la primera vez que sabe como guiar mi futuro, quiere que deje ya, pero ya, de escribir, y que busque trabajo, que sus cuñados, por parte de Quillo, están ganando dinero a espuertas, según dice, sin casi estudiar. Por lo que acabo de leer poco antes de que ella llegara, un ensayo, hablaba cómo en países industrializados, el 20% de la riqueza pertenece al cinco por ciento de la población, y el 20% de la pobreza a otro cinco por ciento de la población; yo pertenezco a este último, y si he de ser sincero, pido a Dios, aunque Este más que dinero da sabiduría y demás propiedades a halagar en un ser vivo, mas que nada por mi familia, para que vean que realmente no estoy haciendo el tonto, me de algo de dinerillo este libro, vuelvo y digo, más que nada por ellos, pues por mí, bastante bien que estoy viviendo de gorra.

Lo siento, hasta aquí puedo llegar en cuanto a hacer avances sobre el futuro.

Mi amante-amantísima, sí, Mari, empezaba en muchos aspectos a repatearme, tal que una vez que estábamos tomándonos una copa que lógicamente pagaba yo, estábamos con un grupo de amigos, entre ellos Míguelo, Carlos Martel, etc., también creo que estaba Pilarillo (La Gamba); pues bien estaban todos allí, cuando me entró la prisa por irme a mi casa a estudiar.

En eso, me despido de todos, y cuando me despido de Mari pienso: "vaya, estos dos -Mari y Miguelo-, se van a enrollar hoy"; lo vi clarito, clarito, quizás fue que ellos ya se habían puesto de acuerdo, a parte de esto, y por primera vez en su vida, Míguelo me gratificó con sus palabras al decirme:

-Vaya gordo, menos mal que tienes una novia fina, que valga.

Seguramente lo de fina se refería a que estaba como un tren, ya que, si lo de fina a lo que se refiere es al nivel intelectual, esta era casi la más analfabeta que me había encontrado a lo largo de mi existencia, pues otras que también lo eran, no desentonaban tanto, pues uno no era más que un estudiante de E.G.B. o de B.U.P.

Efectivamente, no estuvo mal pensado, todo lo contrario, estuvo perfectamente pensado; cuando la vi días después, me dijo como efectivamente Mari había sido violada por Míguelo "¿le hago caso a Mari?, veamos lo que me dice Míguelo: 'pero si no fue nada, un poco en el zaguán de mi casa'", eso me lo dijo un día que iba yo con él caminando por una calle paralela a Las Canteras.

Después fui a buscarla a ella y me dijo lo que me dijo, de pronto, nos encontramos los tres, como siempre, yo era el cuernudo, qué le íbamos a hacer, parecía que la vida más que guiñarme un ojo, parecía reírse de mí, y con la mejor de sus carcajadas.

En fin, seamos como siempre optimistas, total, ¿qué otras desgracias me podía deparar el futuro?

Ese año, alguna de mis hermanas se había ido de vacaciones a Francia, y de regalo me trajo una camiseta de un equipo de una importante universidad.

No puedo acordarme de qué Universidad era, lo cierto es que me la ponía pocas veces, pues, el color verde intenso, con las letras manifestando y proclamando ser de una buena Universidad, resultaban escandalosas.

Había tenido a lo largo de mi corta existencia una cierta variedad de jerseys y camisas de diversas universidades, que les daba a mi familia por comprármelas; a mí no me hacían mucha gracia, pues realmente, por desgracia más que nada, no estudiaba yo en ellas, estudiaba en la muy humilde, aunque por mí querida de La Laguna, en la que aunque no se lo crean, bastante que había que estudiar. De todas formas, no se parecía ni remotamente, por ejemplo, a la del Opus, al menos en cuanto a prestigio.

La de La Laguna, de tan reciente creación, aún no había dado hombres de prestigio, aunque los líderes de ella me imagino que ponían interés en que eso cambiase.

Mi familia paterna, era conocida pero solo a nivel regional; eso fue en un principio, pues por los otros que quedaron, sólo se les conocía a nivel local, a pesar de que el exceso de alcohol de mi padre, le hiciese suponer que era famoso a nivel nacional, y quién sabe si incluso a nivel internacional; no lo creo tan loco.

Ignoro si con su nueva amante, se le bajarían o no los humos, lo cierto es que a nosotros ya no nos llegaban noticias de sus andanzas intelectuales, pudiera ser porque lo hubiera dejado todo, que no era el caso, o porque estuviera "controlando" ya muy poco, que es lo que creo más probable.

e-libro.net

Como no tengo ningún tipo de premio, siempre aspiro a tener alguno; aunque no me imagino lo que se sentirá al tenerlo, quizás después de un trabajo bien hecho, le de a uno ganas de fumarse un “Camel” o un “Wisthon”, que todo es posible.

Como un libro que leí, que hablaba de los duros de las películas, cuya última voluntad, antes de expirar el aire por última vez, era fumarse un cigarro. ¿No creen que es una forma bastante absurda de morir, que su último deseo sea pedir una cosa de la que uno está más que quemado y asqueado? En fin, hay para todos los gustos. Peor sería pedir un güisqui o un porrito; vamos, al menos eso me parece, quizás, para aquel que lo pide, piense que queda muy peliculero.

¿Es esto que yo hago, el leer y escribir, al margen de otras cosillas, realmente trabajar?, pues a ojos de la mayoría no; el pobre Cervantes me imagino que las tuvo que pasar canutas, sobre todo antes de escribir y ser reconocido “El Quijote”. Tengo noticias de que ocupaba un puesto de trabajo, que nadie quería.

Un día regresaba de la playa y mientras daba un paseo por Las Canteras, avenida por la que no me gusta lo más mínimo pasear, por la aglomeración de gente que se reúne, a caminar de un lado a otro de la playa, que no discuto que sea muy saludable, pero hay zonas en medio de la ciudad, que si no tan sanas, pues no tienen la brisa marina directa, me son más atractivas en cuanto a soledad y “tranquilidad” se refiere.

Ese día que pasaba por la avenida, al desviarme e ir a la calle donde estaba el coche de con quien fui, me veo y me encaro con Feluco:

-!Hombre!, ¿qué tal estás Feluco?

-Muy bien, Antonio, ¿tú que tal?

-Bien, gracias ¿Dónde has estado? -le pregunté.

-Estuve hace tiempo en una especie de reformatorio, y ahora estoy estudiando en La Laguna.

Lo vería al poco, nuevamente en La Laguna.

Pues no me había enterado que al agresivo Feluco, lo habían enclaustrado una temporada.

Se había quemado con leche caliente, según dijo él, con lo que en el cuello y el pecho, tenía la piel bastante estropeada.

Me despedí muy contento de verlo; iba con un amigo, y estaba saliendo o entrando a un pequeño coche rojo.

Parece, y realmente lo son, retazos sueltos lo que ahora cuento, pues he perdido el ritmo de la hilaridad; seguro que por el rapapolvo que me echó Pinela.

Sí, me venció Arturo, al tener que abandonar mi querida, perdón, odiada facultad, y tener que irme a otra universidad, pues según parecía, yo apestaba, era un fracasado; Arturo era el vencedor, un par de años mayor que yo y ya tenía dos carreras y un puesto en la universidad; que si este no era muy estable, y no ganaba mucho, era un puesto de trabajo; aunque más que gustarle a Arturo, parecía que lo odiaba. Incluso caía mal a la gente del departamento; me contaron de una farmacéutica que decía que estaba allí porque no le quedaba más remedio, pues era realmente odioso, el tenerlo como jefe. La verdad, no se lo discuto.

Era un perdedor, que aún no sabía donde iba a ir el curso siguiente, aunque pensaba que iba a estudiar lo máximo posible, que me iba a quitar la carrera de encima costase lo que costase. No pensé en que pudiera tener problemas de adaptación; pensaba que estudiar se estudiaba en todos sitios igual. Tenía una novia que estaba buenísima, (que aunque no estaba muy enamorado de ella, ¿qué más daba?). Sentí algo haberle pegado un par de cachetones en la cara a Mari cuando fuimos al sur. Me extrañaba lo que había hecho, pero es que daba la sensación de que estaba desvariando, y como que requería de un shock para volver a la realidad. Le pegué los dos guantazos, porque pensaba que ella los pedía. Hoy sé que me porté fatal, no lo debía haber hecho; pero en esa época estaba bajo los efluvios del alcohol. Para ser sinceros, no recuerdo haberme emborrachado.

Siempre lo diré, pero me extrañaba bastante, el sentir como que se podía separar la carne de la piel de sus muslos, al apretarlos tenía una rara sensación; no discuto que eso sea lo normal, pero yo era la primera vez que lo experimentaba. Ciertamente Mari Carmen se merecía otra cosa mejor que yo, un cacho carne con ojos.

Seguí dándome paseos solo. Desde que Mari me puso los cuernos, o como ella dice, desde que Míguelo la violó, perdió muchos puntos, y si antes la quería poco, ahora sólo la tenía en espera de encontrar otra.

¿Recuerdan la camiseta que les conté que tenía?; pues un día Míguelo me dijo de ir el fin de semana con él a casa de los Martel. Yo no sabía que iba a estar el padre y la madre de Carlos. Miguelo en el trayecto de subida me decía:

-Gordo, ¿todavía no me has perdonado lo de aquello? -refiriéndose a lo de Mari.

e-libro.net

Yo para no hundirme más en la mierda, y porque no tenía ganas de contarle que era increíble que el mejor amigo que tenía le pusiera a uno los cuernos, pensaba con toda mi mente: !Farmacia, farmacia…!

Fue tal la mentalización, que entramos en la casa y salude con cierta deferencia al matrimonio, ella viendo la tele con sus retoños, él, D. Lizardo Martel, leyendo dos libros a la vez; él tenía un gran aura, pero se debió asombrar del mío, pues se le desencajó el rostro; yo iba vestido de estudiante pobre, con vaqueros gastados y la camiseta verde de propaganda.

Tal vez él tomó la camiseta, como que era de mi universidad. Se quedó extrañadísimo al verme, verdaderamente alucinado; yo, mientras, pensaba en las letras de mi machacada facultad.

Fuimos a la huerta que rodeaba la parte trasera de la casa, me atrasé respecto a Carlos y Miguel, quienes se fueron a ver unas máquinas para trabajar la tierra, cosa que pensaba hacer Carlos, todo un ingeniero agrónomo, igual que Míguelo.

Yo iba detrás y por los cristales vi que D. Lizardo se levantaba y me miraba a través de ellos extrañadísimo.

Yo, que ya había acabado el cigarro, le quité la brasa, que apagué con la playera en la tierra, y quité el tabaco sobrante de la colilla ya apagada. Me puse el filtro dentro del pantalón para no ensuciar el campo, cosa a la que era y soy reacio. No me importaba tirar las colillas en la ciudad, pero en la playa y en el campo, iba contra mi naturaleza.

Llegué hasta donde estaban ellos sin hablar nada.

Después nos fuimos a la casa, y allí nos tomamos un güisqui no muy bueno, pero era lo que había, y uno no estaba para exquisiteces, o ¿qué me iba yo a creer?, zángano de los cojones.

Yo empezaba a abrirme, cuando dijo Miguelo de marcharnos, asentí; me despedí sin demasiada efusividad, ni de él ni de su mujer, a Carlos le di la mano y le dije como siempre:

-Hasta luego -no me gusta despedirme con un adiós, pues me da la sensación de que es para toda la vida; con un hasta luego, queda uno fenómeno.

Al final es como si dijese adiós, pero previamente dejando dicho que ya nos veremos.

Esa fue la vez en que mi ego, muy martirizado de continuo, se enorgulleció al ver al director de la Pepsi-Cola (creo que de Canarias, la región), fijándose en mí, en un simple y mal estudiante; sí, era una dosis de moral.

La vuelta se me pasó rápido, a pesar de que yo no hablaba casi.

Iba en el coche de Miguelo, que en esa época era un furgón con puertas a los lados, para cargar cosas del invernadero de su primo, era un coche de la empresa. Nunca me dijo si iba todos los días al sur o no, de ir era un tute de alucine. Esa fue una de las últimas veces que mantuve relación con Miguelo.

Un día pasó por mi casa y le llevé al salón donde estaba viendo la tele en lo que lo esperaba; estaban poniendo un debate parlamentario, en el que con sus mordaces y satíricas intervenciones, destrozaba Alfonso Guerra a sus contrarios; más frecuentemente a Fraga y seguidores.

Él llegó y me dijo:

-Apaga eso, que a mí no me gusta la política.

-Pues a mí, sí - respondí.

Parecía que quería hablar conmigo, pero ya no me interesaban sus conversaciones; él ya no era un líder; sí, era un ingeniero agrónomo, pero ya pocas cosas más sería en su vida, a no ser que algo le hiciera despertar y lo motivara; no es por nada, pero me estaba rondando la cabeza: “al final de esto, o escribir un libro, o presentarme al F.I.R., o ¿por qué no las dos cosas?”

Eso pensaba, a pesar de que era consciente de que aún no había aprobado, o sea, que hacerse ilusiones sobre el futuro, no eran más que meras especulaciones.

Tomi se había puesto a dar clases de Física y Química en un instituto; yo pensaba, “¡Mi madre, acabar farmacia para optar a una plaza de instituto!, la verdad es que no me hace ninguna gracia, pero bueno, él sabrá”; yo tenía claro lo del rastreo que iba a hacer para conseguirme una farmacia donde fuera, para conseguirla lo antes posible.

Recuerdo como una vez, el alcohólico que vivía el año anterior con Antonio, me comentó de una vez que estaba en Alemania, los bares eran silenciosos, menos donde estaban los españoles (no dijo si emigrantes o turistas), que eran pura jarana y folklore, cachondeo en definitiva; tuve presente lo que se me había quedado grabado de D. Ramón y Cajal, que dijo cuando le concedieron el Nobel:

-Para que sepan que no todo aquí es jolgorio y …

e-libro.net

Bueno, eso ya era agua pasada, ahora, estaba con Mari, con quien lo mío ni siquiera sé si llamarlo encoñamiento, o simplemente folleteo, era lo que había entre nosotros dos, más que amor; es más, el poco que pudo haber habido, se desvaneció, se esfumó por completo al liarse con Miguelo; ya lo poco que hubo, se acabó definitivamente, aunque a falta de otra, seguía con ella, pero si antes dudé en contarle mis penas, ahora lo tenía claro, no se las contaba ni equivocado.

Llevábamos algo menos de un año saliendo, y ni siquiera hubo un mes de romance, tan sólo una vez pensé en que podíamos llegar a algo, cuando estaba en La Laguna preparándome "las Farmas".

Después de eso, todo fue sexo, no duro, pero sí rápido; y digo no duro, por si este se entiende por sadismo, que no lo hubo.

Recordaba una revista erótica, la más caliente en mi pubertad, de Susana Estrada, donde la historia era un romance que había tenido ella como ama de un hombre; al final decía que aunque le había gustado la experiencia, esperaba que no se repitiera ese tipo de desviaciones; no puedo comparar el final con otros de la colección, pues fue la única que me compré, las cuales iba a buscarlas fuera del radio de compra de mi familia, para que no me reconocieran. Iba por Escaleritas.

Con ella no hubo ni cadenas, ni correajes, ni trajes de cuero. Lo que sí hubo fue un body negro, pero que a mí no me gustó mucho; decía Mari que se lo había comprado su madre, lo que me dejó perplejo, ¿cómo era posible que una madre comprara a sus cachorros utensilios eróticos?, seguro que era cierto, pues no era muy sexy la prenda en cuestión.

La ropa interior de Mari no era nada erótica, como a mí me gustaba ver en Águeda.

No hubo besos de "cariñito, mi cielo, mi tesoro", no, allí tal como lo he dicho, íbamos directamente al grano; había muchas veces, la mayoría, que no eyaculaba. De todas maneras, siempre le preguntaba si se estaba tomando la píldora. Las que yo más conocía eran las Neogynona®, y sabía que tenían gran cantidad de efectos secundarios, entre los que también entraban no solo la salida de cabello (hirsutismo), sino la pérdida de apetito sexual; pero ahora que lo pienso, ¿gozaba realmente Mari, al menos cuando lo hacíamos en una cama?, yo creo que no, pero que lo que ocurriera es que tenía muchas ganas de atraparme.

Mi madre no puedo decir lo que pensaba de mí, pues nunca lo dice, ve, observa y calla, y de vez en cuando da unos consejos como quien no quiere la cosa.

Lo único que decían tanto mi madre como mis hermanas, era que no estudiara tanto, que no veían que diera resultados. Es que ellas no sabían "de la misa ni la mitad".

Siempre he creído que lo que hago, está muy bien; puede ser que eso sea el motivo por el que no me vaya, en cuanto a dinero y amor tan bien como yo deseara, la salud, también me da a veces algunos achaques, y eso que soy treintañero, más concretamente tengo treinta y cinco años; llevo dos años y pico escribiendo este libro, y aunque hay cosas importantes que contar, dudo que tarde otros dos años contándolas, tal como pretendía en un principio: estar cuatro años relatando mis andanzas por mis limitados mundos. He sido algo desastre, pero los ha habido peores que yo, tal es el caso por ejemplo de Torres de Villarroel que en "Mi vida y aventuras", cuenta cosas de golfo total, quizás sea por la época en que le tocó vivir, en la que el mal vivir y la picaresca, estaban a la orden del día.

Le gustaba el sexo a Mari, pero con ella nunca pensé en hacerla gozar primero a ella intensamente y después yo, sino los dos conjuntamente; es más, empezaba a volverme perezoso, y así, si yo gozaba, estaba bien, de ella ya no me preocupaba tanto; sería porque no estaba muy enamorado, o mejor, casi nada, pues el palo del "adulterio", me dolió; lo había visto venir y no intervine.

Al final de curso me fui a La Laguna; aunque algo más descontrolado estaba, según indicó el decano de farmacia; lo cierto es que ya no pensaba en aprobar, sino en hacer acto de presencia. Si el examen hubiera sido como otros años, habría hecho un buen papel, pero Arturito cambió el tipo de examen, quizás ya lo había advertido en clase, pero a mí me cogió por sorpresa.

Fui a ver el examen al departamento, y él salió de allí diciendo con muy mala leche:

-¿No sabe usted cuándo ha hecho mal un examen?

Salió empezando a "controlar", y otra vez con su mala uva. Yo debe ser que iba en un "controlillo" bajo, pues algo me dolió lo que dijo.

El decano con el que fui a hablar junto con Pine, se puso a hablar con ella y me dijo:

-Jo, je, que no bajen los biorritmos -quién sabe si no es este el término adecuado que tanto he andado buscando, y que no logro explicar.

e-libro.net

No lo oía o veía por primera vez, años atrás había visto en una librería un libro que trataba sobre ello: los biorritmos.

De todas formas no le dije nada, pero él hacía mucho tiempo que los había bajado, y aunque parecía que era buena persona, sólo recuerdo una vez, y fue años antes, verle venir de hacer o ir a hacer algo inteligente; es la única vez que lo vi en sus ojos, así que no presuma demasiado, riéndose de mis biorritmos, pues aunque seguramente yo no tenía motivos para bajarlos, podría haber tenido alguno.

Empecemos a comparar: recuerdo cuando iba con Águeda al cine, que ello se compraba “Mars”, o “Maltessers”, y yo millo tostado, “quicos”; lo pasábamos bien con nuestras golosinas y viendo las románticas películas; también alguna vez fuimos a algún “cine experimental”, pero ahí había que guardar las formas y ser grandes y progres intelectuales.

Con Mari, no comprábamos golosinas, ni íbamos de progres; a decir verdad, fuimos a muy pocos cines; los multicines de Las Palmas no tenían el encanto de los viejos cines laguneros, al menos eso opinaba. De echo sólo fui a ver la película de Madonna con Mari y en La Laguna, después de esa a ninguna más. De todas maneras, más que de ese tipo de cine pasota, era partidario de películas de amoríos, las sensibleras, cuanto más, mejor; así, si me hacían llorar era el no va más. Al principio me gustaban las de risa de drogadictos, tales como: “Cómo flotas, tío”, y alguna más de esa serie, pero fue sobre todo con las primeras con las que me reía, pues después ya se iban repitiendo los golpes.

No se nos ocurría ir al cine a Mari y a mí, a decir verdad, antes del verano sólo pensaba en fornicar; parecía que no lo había hecho nunca; me daba la impresión de que Mari era una campesina como las de siglos atrás, que se levantaban sus faldas y enaguas, para que su amante de turno la penetrara a placer.

Ya ha pasado cierto tiempo, y aún no me puedo quitar de la mente la vez que le di el par de cachetes, la verdad es que los bofetones no fueron fuertes, pero seguro que eran innecesarios, y aunque no lo fueran, ¿quién era yo para darle ese par de mamporros? Lo siento mucho Mari, de corazón. Por mucha confianza que me hubieras dado, no soy ni tu madre ni tu padre, de quienes a veces ni siquiera los aceptamos; ¿por qué te callaste y no dijiste nada?, espero que no fuera porque me tenías miedo y esperas algún tipo de represalias. Perdóname. Qué bien te conservabas, comparándote con las anoréxicas de moda de hoy día.

Es posible querido lector, que no te hayas (te tuteo, pues tras varias hojas de saber sobre mi vida, espero que al menos eso, siempre que no me lleves más de cinco años, me permitas) percatado de que ya habían pasado dos años y pico desde que me presenté por primera vez a “Broma”, y él, el mierda de don Arturito, aún no se dignaba a aprobarme, llevando un ritmo bestial como el que llevaba.

Sólo se merece el que le ignore, pero aún no soy tan buena persona.Aunque bien mirado, si no me hubiese pasado lo acontecido en mi vida, quizás no sería ahora la mía como es. Quizás incluso le deba dar las gracias de que odiase mi presencia, mi sonrisa, y mi ligero retraso. Sí, ¡gracias Arturo!

Ese verano, estudié, aunque no recuerdo si me presenté a alguna en septiembre. Creo más que estudiar, lo que hice fue leer, y empezar otro libro, otro intento de escritura, aunque ese se hallase tan lleno de odio y desprecio hacía dioses, seres y cosas.

Mi tío Joaquín se encontraba en la clínica; la primera vez que fui a verlo, Mila no me dejó entrar; estaba llorando y nunca me dijo por qué no debía entrar.

-Pues nada, adiós - dije, y me fui extrañado; “tan memo no soy como para que no me lo dejen ver”.

La segunda vez que fui a verlo, siendo ésta en junio, me alegró verlo, estaba débil, como quien pasa una enfermedad fuerte. Antonio Lotario le estaba haciendo compañía.

Mi tío estaba leyendo un libro bastante gordo, un ensayo creo que era.

Yo llevaba el libro de Toxi, había ido con Dulcina, aunque entré yo solo; él, Joaquín, me dijo:

-Vaya, ya estas hablando científicamente.

Eso me dejó asombrado.

Había ido a unos cursillos sobre “Enfermedades de transmisión sexual” y allí se hablaba lo último sobre el SIDA, por lo que pude ver, los labios cuarteados, la extrema delgadez y las manchas de la cara, no estaban patentes en él.

Le dije a Joaquín que en La Laguna habían muy buenos investigadores de parásitos (realmente el inteligente era el catedrático, pero bueno).

e-libro.net

Él quizás no lo sabía, pero se lo dije porque como a él le gustaba viajar al tercer mundo, allí es donde más frecuente son las pandemias; y ellos, al menos eso parecía, estaban duchos en éstas, es más, prácticamente los parásitos que se estudiaban eran típicos del tercer mundo, salvo algunas filacterias y demás.

Ya no volví a ver a mi amado y venerado tío hasta Navidades.

Ese verano me fui con Mari al sur, uno o dos días, lo justo para fornicar tranquilos y darnos un baño en la playa.

Fuimos en la guagua, en principio nos paramos en Las Meloneras, y andamos por difíciles caminos hasta la playa.

Mari iba muy guapa y coqueta; llevaba un traje rosa que se anudaba en el pecho, llevaba éste ligeramente desabrochado, y yo, más alto que ella, podía adivinar sus pechitos, vamos, sus tetas.

Ella decía que todo el mundo la estaba mirando, cosa que me sorprendió grandemente, pues por qué van a mirar en la guagua lo que tan fácilmente se ve en la playa.

Montamos la caseta en la playa; cuando llegamos no había casi nadie, aunque estoy confuso de si llegamos al atardecer a la playa o por la mañana.

Lo cierto es que cuándo estábamos empezando a despertarnos fue un jeep de la policía local y nos dijeron que allí estaba prohibido montar casetas.

-Bien, yo la quito ahora.

Mari me dijo:

-Ah, no seas bobo y pasa de ellos.

Yo más legalista que todas las cosas, no le hice caso y desmonté la caseta y me cargué de bártulos como un burro, aunque no fue suficiente.

La playa estaba increíble, para nosotros solos, pero eso se acabó, a parte de eso, seguro que al medio día llegaría gente a comer y divertirse: excursiones programadas.

Cargados, incluso la pobre Mari iba algo cargada, nos fuimos. “Lástima de playa con su arena negra y hasta ese momento tan tranquila”.

El camino más directo hasta la carretera, era pasando por en medio de los tomateros; pasé calor y sed como pocas veces; todo eso lógicamente “ayudado” por el cigarro negro que me tenía ya hasta los cojones, pero, qué bien sabía un cigarrito cuando uno estaba reventado.

El sol cascaba de duro, y eso que era bien pronto.

A Mari creo que se le estropeó un zapato, que se le callo la tapa; mi pobre Mari, que fuera donde fuera iba de marquesa, no siéndolo, ni pudiéndolo ser.

Cargados y despotricando de todo el mundo, y tras hundirse los zapatos una y otra vez en la removida y arada tierra de los tomateros, que a saber si los estábamos destrozando. (Ahora comprendo a los pobres agricultores, con ese sol que raja las piedras y ellos allí, al pie del cañón). Afortunadamente no había nadie que nos pudiese llamar la atención, pues ya eso sería el colmo, la gota que rebosa el vaso.

Llegamos, cabreados, pero llegamos a la carretera. No sabía cómo parar y si nos pararía la guagua; lo cierto es que “hacer dedo” no quería pues para algo tenía un poco de dinero, y aparte de eso, seguro que eso humillaría mucho a Mari. Para ser sinceros, a mí me empezaba a dar un poco de vergüenza ir tan de “matao”, aunque no tuviese mucho dinero en el bolsillo, me creía, ríanse: más señor, a pesar de ser un chorizo de cojones; si no, qué estaba haciendo ahora, sino copula que te copula, y beber; no obstante a esa excursión llevamos muy poco alcohol.

Paramos la guagua, y nos llevo cosa que yo creo que no era ni un kilómetro, pero se quedaba uno como un señor; lo único era subir y bajar todos los bártulos; piensen que sólo la caseta era para seis personas, y el sobretecho de ésta, pesaba una barbaridad. Luego estaban los hierros, los vientos, las cuerdas, la caseta en sí, con su suelo y su gran armazón; esto lo llevaba yo, también llevaba otros bártulos y luego la mochila; Mari no iba tan cargada, pero desentonaba su carga con sus aires de gran señora (que no discuto que no lo llegara a ser).

Ya les he dicho lo pesado que era ir hasta “Montaña Arena”. Al final llegamos, y encima, no me hizo mucha gracia el tipo de gente que había.

Monté la caseta, aunque muy mal, de mala gana, de echo se calló enseguida. No me preocupé en volverla a montar; sólo estaba en pie el palo posterior de la caseta, el delantero se había caído, y como digo la dejé así.

Dos cosas como mínimo dignas de mención ocurrieron, una era que los chicos que se nos pusieron al lado, uno de ellos, el líder de los tres, tenía un “nabo” de aquí te espero, y estaba siempre luciéndolo; tomaba una

e-libro.net

y mil posturas para que quedara bien patente su supremacía, la supremacía del macho ibérico. Yo, por mi parte, tengo un pene que en erección ya saben cuanto mide, pero en descanso, se queda en nada, y más si hace fresco.

El todopoderoso citado llevaba un sombrero, para hacerse más chulo y chuli.

En definitiva él presumía de nabo, mientras yo me acostaba con mi preciosidad. Otra cosa que me alucinó fue como al día siguiente por la tarde, llegó una pareja jovencita, seguro que tenían coche, pues venían con el bañador y una camiseta cada uno, y la caseta; no traían nada más, ni una mochila, ni un bolso, nada.

Montaron la caseta cerca de la bajada, o sea cerca de la basura, con su sobretecho impermeable. Al par de horas levantaron el vuelo, y con la misma que vinieron se fueron.

Nunca vi el que fueran a pegarse un polvo tan claramente, y encima una pareja tan jovencita; seguro que estaban en la playa o en una vivienda con sus padres y les dijeron que se iban a dar una vuelta; deduzco que tendrían la caseta escondida en el coche, para que no se las vieran.

No tan chocante, aunque sí un poco snob, era el tipo de gimnasia que practicaba un fulano en la playa; la cosa es que no era joven, y tenía una gordura que desentonaba en un gimnasta; de todas formas los ejercicios que hacía, nunca los había visto hacerlos a nadie; eran algo así como yoga, pero no era exactamente eso. Se cansó enseguida, y eso que los ejercicios no eran bruscos ni mucho menos; era como juegos de manos y agachándose y levantándose, algo francamente extraño.

No llevamos cocinilla, a pesar de que yo la tenía, pero cargar con el muerto ese no me atraía lo más mínimo, era la típica “Butsir”, bombona circular anaranjada, era buena y daba para bastante, pero demasiado pesada.

Comimos comida ya preparada; entre otras cosas porque Mari no era muy buena cocinera, a pesar de lo que ella decía; nunca probé ni una comida, ni un postre hecho por ella aquel año.

A pesar de que Mari decía que paseáramos por la playa, no le hacía puto caso, entre otras cosas porque siempre me ha dado vergüenza lucir mi físico, pues nunca he estado orgulloso de él.

Ahora eso sí, el fornicar siempre me ha gustado hacerlo con luz, ya sea de día o con bombillas; es más, incluso una vez con Águeda pense en poner bombillos rojos; ella se opuso alegando que si creía que aquello era un burdel; burdeles o no, yo había visto ciertos pisos de la última casa en la que viví con ella, con luces rojas, que no creo que fuesen precisamente para estudiar, o luces de laboratorio; ya ven, esto último quizás sí lo fueran, pero bien podrían tener otra utilidad igual a la que yo le quería dar, por otro lado estimo que loable desde cualquier punto de vista, pues estaba claro que éramos una pareja que vivía juntos a todos los efectos.

Tengo que contarles sobre una cosa a la que le daba y le doy muchas vueltas, y es cuando vi a D. Victoriano, cuando fui relajado, demasiado, para ver al que debía ser un gran profesor; la verdad es que no se merecía que le mandara a la mierda con tanto ímpetu, pero él tampoco se portó bien, a veces pienso que quizás lo que quería era ayudarme; sólo lo sabré con el paso del tiempo, o si hablo algún día con él, creo que esto último sería lo más adecuado, si quiero saber la auténtica verdad.

Volvamos a la playa; aproximadamente en dos horas y pico nos pegamos dos polvos, bastante teniendo en cuenta que ya no resultaba tan novedoso hacerlo con esa chica.

Tenía un pezón raro, como doblado, eran más pequeños que los de Águeda pero mucho más prominentes; físicamente esta chica estaba mucho mejor, pero mucho mejor que Águeda, y no digamos nada de Conchi, Tere, etc. físicamente Mari no tenía fallo, mas que lo que he dicho de sus músculos de las piernas.

Vean que incluso después de haberme puesto los cuernos, salía con ella, pero estaba claro, cada vez me convencía menos.

La playa por las mañanas se llenaba de nudistas, y sobre las siete más o menos, se quedaban sólo las casetas con sus habitantes, por no decir turistas baratos, pobres; pues sinceramente creo que gente como los reyes de España, no van a hacer turismo en caseta de campaña; seguro que es por no dar una mala imagen, no por otra cosa.

Según leí hace unos años al rey le pagaban una mensualidad de cuatrocientas mil pesetas, lo que tenga de cierto, falso o erróneo la noticia, no puedo decirlo, pero que es de todo punto de vista insuficiente para el ritmo de vida que ellos llevan, sí que es cierto.

Quizás sea de herencias, el dinero que tienen, pero no creo que ellos se vayan a quedar en bancarrota a no ser que se derroque la monarquía, cosa que actualmente me tiene sin cuidado, tanto el que tengamos como que no tengamos monarquía.

Los reyes se pegan la buena vida, y ¿a costa de quién?, seguramente que de usted y yo.

e-libro.net

Estoy leyendo un libro sobre la herencia de los genes, así dice, cosa que sabía aunque no lo tenía precisado que lo que se hereda es el genotipo, y lo que puede cambiar en los genes es el fenotipo. No me pregunten mucho más sobre esto pues no soy muy ducho en estos temas, a pesar de haber estudiado algo, poco, sobre ello.

También hablan del coeficiente de inteligencia, y por lo pronto dice que más se debe al medio en que se desarrolle el individuo, que lo que herede de sus padres, esto en definitiva es lo que quiere decir; otra cosa que dice, es lo que les conté sobre la riqueza, que se centra en tan sólo un pequeño porcentaje de la población.

¿Ven por dónde saqué y me vino a cuento lo de la monarquía y la riqueza?; erróneamente dice que la riqueza se concentra en los seres inteligentes; no creo yo esto mucho, pues la aristocracia conserva mucho dinero, y en ésta hay de todo.

Al final, el libro va diciendo como en hermanos gemelos de cualquier tipo, el coeficiente de inteligencia tampoco se hereda en estos parientes, y que a veces, ni criados juntos tienen los C.I. iguales, aunque en estas casos sea más probable que se asemejen.

Mis relaciones con Mari se habían enfriado mucho a partir de lo de la supuesta violación, tras la cual, no vi a Mari tan afectada; todo lo contrario.

Me imagino que a ella le pasara lo que a mí, que después de pegarnos el polvo, se nos quitaban las ganas de estar uno junto al otro; a veces de todas maneras, ella requería estar junto a mí más tiempo, que fuera más cariños, yo no lo podía ser; mi cerebro no estaba lleno de mucho amor, más bien lo que tenía era odio.

Pensaba seguir adelante, aunque no sabía si con Mari o no.

Me habían aceptado en Santiago, el Dr. Creus me había mandado, en calidad de secretario del decano, la aceptación de mi solicitud; menos mal, pues no recuerdo que me mandaran aceptada de ninguna otra; aunque yo tenía idea de que en Barcelona o por ahí me habían aceptado algunas; lo que es en Madrid y el sur de España, me las habían denegado todas, algunas muy educadamente, y otras no tanto; se conoce que el formulismo utilizado en pedir el traslado no fue de su agrado; esto no ocurrió en una sola, sino con varias. Sobre todo las de Andalucía.

Santiago tenía buena reputación; de todas maneras pensaba ir con mayor ritmo si cabía.

Tenía que ir a Santiago en Septiembre, para buscar casa y matricularme en la facultad. He de agradecer a Santiago que me aceptara, pues ¿se imaginan que no me llegara a aceptar nadie?, hubiera sido mi fin.

Antes de irme he de comentar, cómo aprobé la de Matilde, la ampliación de bioquímica; ella me había dado unos papeles, de los que debía hacer un resumen. Iba dispuesto a ello, por lo que durante el curso me los fui leyendo; la cosa se complicaba de tal forma, y tan poco entendía esos apuntes, que la llamé un día al departamento de la Facultad de Biología, trincadísimo, y le dije:

-!Matilde!, que yo no entiendo nada de lo que está escrito.

Como ven huía del tú y del usted, no sabía cuál usar con ella, tan liberal se portaba, que hasta rechazaba los formulismos típicos de las instancias, como Ilustrísimo, Magnífico, etc., etc.

-No te preocupes, niño, eso lo haces en la playa tomando el solito.

Eso me relajó.

-Vale, gracias - le contesté.

Al final no me acuerdo cómo, pero me copié de una chica que se portó muy bien conmigo y a la que había visto por primera vez, gracias a no recuerdo quién; quedé con ella una o dos veces, el tiempo justo para copiarme el trabajo.

Entregué a Matilde el trabajo a final de curso; a pesar de que tuve que esperarla en el departamento, donde estaba como ella decía su colaboradora, que en realidad era una pinche de laboratorio, el departamento, y el despacho de Matilde, comparados con los de la nueva facultad, no eran muy buenos.

Estuve ese día buscándola por varios sitios, al final la encontré en el bar, primero con otros colegas (supongo), luego sola; fue entonces cuando le ataqué y le entregué el trabajo que copié literalmente, pues sospechaba que ella ni siquiera se los miraría.

Si se los llega a mirar, quizás suspenderíamos la mitad o toda la gente que se presentaba a esa optativa. Lo que me dijo al entregárselo fue:

-Sí, si quieres subir nota, entonces te hago un par de preguntas; pero ha de ser pronto.

Algo así como:

-Ya veremos –fue mi contestación.

e-libro.net

La vi al día siguiente o dos días después y me dijo que ya era tarde para subir nota, yo no pensaba hacerlo, pues prácticamente no me había leído nada de los papeles que me había pasado. Aseguraría, casi dejándome cortar el cuello, que ella no se había leído el trabajo, y a mucho apurarme, ni siquiera los folios que nos pasó, a partir de los cuales se debía hacer el resumen, o mejor dicho: "el trabajo científico".

Era la María sin lugar a dudas. Con un simple "copieteo", había aprobado ya una asignatura, y otras tras meses de mucho estudiar, no había conseguido nada.

Cuando ella me volvió a ver, no le dije nada, pues si nos vimos fue por pura casualidad, aunque bien pensado, quedé muy bien, al dar la sensación de que había ido para subir mi propio nivel. "Sí, realmente fantástico".

Seguro que se me ocurrirán más cosas de este último año en La Laguna, pero lo contaré cuándo me venga la idea. Si no lo pongo, será porque no recuerdo nada más (opción bastante improbable), o porque me de la sensación de que no viene a cuento, sensación por otro lado que me da en varias ocasiones, a pesar de que en ocasiones, lo ponga. La cosa de llenar por llenar folios, con ideas sueltas (no creo que esto me ocurra tanto) o bien siguiendo el discurso científico-literario (digo científico, pues aunque pocos, algún tecnicismo les he largado a mis queridísimos lectores, y por qué no, sufridísimos también) no me subyuga lo más mínimo.

Con el decano quedé tan agradecido, que le compré un bolígrafo Mont Blanc; lo que no me acuerdo es si era de una buena calidad, pues dentro de la gama de esta marca, habían algunos que eran una mierda. Otros eran bastante buenos; lo compré en las rebajas, las de verano, aunque estaba con la matraquilla que era en las de después de Navidades, en enero (pero así no cuadra, pues ya llevaría tiempo fuera), seguro que tuvo que ser en Agosto.

Iba a firmar en la tarjeta con un "Muchas gracias" y mi firma, pero no lo hice, se me pasó, y mi hermana Pine le puso, "Muchas gracias" y debajo: "Familia Fijoleis". Supongo que esto le sonaría al decano como si fuera puesto por una secretaria no muy ducha, pero en fin, ya no se puede hacer nada más.

En ocasiones, me da la sensación de que el regalo que le hice, aunque era una buena marca, estaba en la gama de las malas, pues a pesar de que me costó de doce a diecisiete mil pesetas, me da que las buenas cuestan más.

Escribo a pluma; ya en la carrera lo hacía así, y ahora con este libro, y el anterior (inédito y muy mal escrito) también lo escribí a pluma; después hay que pasarlo a ordenador; me queda gran trabajo, a pesar de que pierdo tiempo escribiendo primero así, y luego pasarlo al aparato; pero es que si escribo directamente a ordenador me da la sensación de que escribo mal; puede que con el tiempo consiga escribir directamente (aún no tengo ordenador, son muy caros).

Me dan ganas de dejar aquí por hoy lo escrito a pesar de que me queda tan solo un pequeño espacio por concluir, ahora tan sólo quedan dos dedos, esto es, un renglón a mano. Ahora sí, ya he llegado a los seis folios diarios, así que: "¡Hasta mañana, chavales!"

Hoy ya es ese mañana, y me voy a dejar de boberías de si no sé qué escribir, el hablar de reyes y reinas, de C.I., en fin de cosas que no se si pegarán en estos apuntes.

Hablemos de folleteo, que es lo que estaba imperando ese año.

Ya saben que el curso siguiente, y esperemos que ya el último, tenía que irme a Santiago. Nos fuimos de despedida con la prima de Mari, una gallega A.T.S. de estudios, y de muy buen ver. Estaba en esa fiesta en el campo, en un chalé muy coqueto, aunque solo vi una parte de él, más concretamente donde estábamos zampándonos unas chuletitas a la brasa, y dándole al "drinqui" a base de bien; estaba tan seguro de mí, que ataqué a la prima de Mari, y le dije si quería irse a la cama conmigo, tras hablar ella algo de su tierra; era raro, pero de esa familia me atraían mucho las mujeres, todas muy guapas. Más raro aún era que no me interesaba que me hablara de Santiago, a pesar de que me iba para allá a la mañana siguiente, lo que quería de ella era tener un polvo seguro si se iba a su tierra después de las vacaciones, aunque pudiera ser que pensara quedarse a trabajar aquí; en eso no pensé, sino que se iba a ir pa' su tierra; era una buena idea para mis escarceos amorosos.

Después de bastante tiempo de hablarle, me dio calabazas, y supuse que todo se quedaría en eso, pero resultó que no, que se lo dijo a Mari, la cual enfurecida arremetió contra mí:

-Tío, ¿de qué vas? ¡Pero bueno, y con mi prima encima...!

En fin mil y un improperios hacía mi persona.

Eso me sentó como si oyera llover, por un oído me entraba y por el otro me salía. En el coche, de vuelta a mi casa seguía berreando. Les dije a los hermanos que me pararan antes de llegar a mi casa.

e-libro.net

Ella me dijo:

-Pero espera, ¿me vas a despedir así?

Se bajó del coche y me siguió parte del trayecto; al final nos fuimos los dos a mi casa y nos acostamos juntos.

Ya tenía la maleta preparada, y por lo que veía, aquella noche no iba a dormir.

Tenía de antemano buscada una casa, gracias al vecino de enfrente de mi casa: Pepe, para toda mi familia, menos para mí que lo llamaba Don José, aunque por esa fecha aún no había hablado nunca con él.

Esa noche Mari fue a mi casa, y de allí a mi cuarto, en el que realizamos el acto sexual (lo digo así más que nada por cambiar de palabras).

Estaba mi novia realmente apetecible; la trataba fatal, quizás por eso ella iba tanto detrás mío.

Mientras estábamos en plena acción, mi madre se levantó de la cama y subió a mi cuarto en el piso alto, a decirme que se me iba a hacer tarde; cuando entró se sorprendió, aunque más creo que se hizo la sorprendida, pues seguro que no había dormido en toda la noche esperando pacientemente a que yo llegara, y cuándo llegué, me juego que la oyó a ella también, a pesar de que le había dicho que se quitara los zapatos para no hacer ruido en la escalera de madera que dentro de la casa comunica el piso alto con el bajo, y que me daba la impresión de que estaba ya muy vieja.

De todas maneras tras el "aviso" de mi madre, seguimos follando hasta que me corrí; ella, ahora que lo recuerdo, llegó muy pocas veces al clímax conmigo.

Después del polvo, bajé con ella a la salida de la casa. Me disculpé de mi madre, la que me dijo:

-Nunca me imaginé esto.

No se me olvidan sus palabras. Como verán, iba de mal en peor.

Cogí el avión con relativa facilidad, y eso que iba con "free", los descuentos especiales de mi hermana por ser azafata, aparte de el residente en Canarias (ya no tenía el de familia numerosa, pues mi hermana Pine se había casado). No tuve problemas para marcharme, ya que las vacaciones habían terminado y el vuelo no iba a tope. Iba a un sitio desconocido, pero estaba convencido que iba a ganar, eso me lo repetía constantemente, tal, que me imaginaba que todo el mundo veía en mí a un triunfador (por si no lo recuerdan era repetidor por algunos años ya).

Ya no tenía veintitrés años, fecha tope que me había puesto para acabar la carrera.

El avión hizo escala en Sevilla, allí baje, busqué el baño y miccioné; luego en el bar, me tomé un cortado; muy malo el aeropuerto comparado con el de Las Palmas.

Me embarqué otra vez en el avión, y de allí rumbo a Santiago de Compostela.

Ni siquiera se me había ocurrido pensar en la catedral, ni en los peregrinos, ni en nada de nada en cuanto a religión se refería.

Iba seguro, que de esa tierra extraña para mí, lo único que me interesaba y que sabía que le iba a arrancar, era mi título de Farmacia.

Hoy día sé que no se debe, que no se puede ir así a una tierra extraña, pero qué le iba a hacer, si yo era el centro del universo, y todo lo demás giraba en torno a mí.

Llegué al aeropuerto, no pasé aduana, y de allí salí rápidamente a coger un taxi, más que nada para que no me los quitaran los otros viajantes; aunque no sabía que había guaguas que llegaban a Santiago, total, por mil y pico que costaba el viaje, no valía la pena.

Fíjense qué curioso, ni siquiera les había preguntado cosas de Santiago a mi tía Mila y su marido, Antonio Lotario, quienes no sólo habían estado allí, sino que iban cada dos por tres; Antonio era de allí.

Yo me las sabía todas.

El taxi me llevó por aproximadamente mil quinientas pesetas a la dirección del hostal en que me iba a alojar; aunque algo reacio el taxista a meter el coche por la zona antigua de la ciudad, me dejó, después de casi exigirle que me llevara, frente al Hostal San Jaime (más o menos se llamaba así, de todas formas es de los más conocidos de Santiago, de entre los baratos).

Allí, nada más llegar, observé como el dueño era un genio de las finanzas (finanzas referidas a la hospedería, se entiende); "Hombre, pues o es casualidad, o es el tipo de amistades de D. José, o Santiago está lleno de genios. En fin, veremos".

El dueño del tinglado me preguntó:

-¿Y usted, qué es lo que quiere?.

e-libro.net

-Un sitio donde estudiar y dormir.

-Pero bueno, ¿qué es lo que quiere?

-Un sitio donde estudiar y dormir -le volví a decir.

-Bien, bien -concluyó él.

Me llevó entonces a un inmundo cuarto en el que sólo cabía una cama y un ropero, el cual no se podía abrir bien pues tropezaba con la cama y la puerta.

Tenía una ventana encima de la puerta, que daba a un pasillo; no había ventanas al exterior; me puse a fumar y fumar; pronto vi que allí era imposible respirar y menos el vivir.

Salí corriendo a buscar al hostelero y le dije que yo fumaba muchísimo, y que allí no podía estar.

Llevaba ahora como mensualidad, cincuenta mil pesetas; como ven mi madre tiró la casa por la ventana (madres sólo hay una).

Iba pues casi de rico, aunque yo no lo sabía; seguiría pensando que era poco dinero comparado con las grandes fortunas (como la de los gimnastas de élite de Estados Unidos).

Lo que más me extrañó de Santiago era lo grande de las piedras de las construcciones, lo antigua que eran éstas, y lo llenas de moho que estaban.

Sí, me había ido justo a la zona más típica y vieja de Santiago; justo a los alrededores de la catedral.

Donde me había alojado primeramente, era en la Rua del Villar.

Las calles allí las llamaban rua; me di cuenta al par de veces de verlo; no puedo asegurar que todas, pero sí al menos las de la parte vieja.

El dueño de la pensión iba de jersey de cuello en pico, rojo o verde, camisa clara, corbata oscura, y pantalón oscuro.

Iba de empresario pobre.

Al día siguiente de llegar, fui a buscar piso; nunca lo había hecho, así que no sabía por dónde empezar.

Fui a un sitio cerca del Hospital Universitario, que estaba en uno de los limites de la ciudad, aunque muy cerquita de donde me quedaba; pero era algo más moderno, no por sus instalaciones, que no las vi, sino por lo nuevo de las construcciones; tal y como suele ocurrir, cerca del hospital habían varios bares; y encima de ellos, edificios de pisos; en uno de los edificios había un cuarto abuhardillado, que si no era caro, tampoco, para lo que era, estaba barato; lo bueno es que la Universidad estaba cerca y por consiguiente suponía que mi facultad.

Creí que ya era suficiente el haber buscado casa; una cosa que me gustó pero que a la vez me disgustó, fue que el del piso era médico: lo bueno es que sería una persona responsable, lo malo, que había concluido sus estudios y por tanto estaría con cierta frecuencia de jarana, o simplemente, no estudiaría nada, y eso me podría terminar quemando.

Quedé muy seriamente en darle la contestación en unas dos o tres horas; vamos, en breve. Fui a donde el rico mesonero, a decirle que me iba a un sitio que había encontrado.

Él enseguida me dijo:

-Precisamente le acabo de buscar un sitio buenísimo donde quedarse.

-¿Cuánto me va a costar?

-Es un sitio muy céntrico...

-Sí, pero cuánto me va a costar -le volví a preguntar.

Hizo un mohín de disgusto; lo sentía por él, pero sabía que ese era su punto flaco.

No recuerdo bien cuanto me dijo pero creo que unas trece, sin la comida y unas diecisiete ésta. Lo cierto es que el total me salía por unas treinta mil pesetas; nada barato, sinceramente.

Acepté, ¿qué le íbamos a hacer?, más vale malo conocido que bueno por conocer. Me dijo que entre otras virtudes que poseía el restaurante, era que tenía hasta camareros.

Le respondí que aun así me parecía muy caro, que en La Laguna comía por mucho menos.

-¿Por cuánto? - me preguntó.

-Por cinco mil pesetas.

-Bueno, eso ya pasó a la historia -me contestó indignado y cabreado.

-No, no tanto, hace un año y pico –fue mi contestación.

No dijo nada más, pero estaba claro que nuestras relaciones no habían empezado del todo bien.

La casa donde viviría estaba lindando con el bar (abajo) y el restaurante (arriba).

e-libro.net

Eran como dos habitaciones unidas; en total en mis estancias habían tres camas, un ropero empotrado, una mesa muy pequeña y una silla, todo muy antiguo.

Las dos habitaciones eran contiguas, en la del fondo, había dos camas y en medio una mesa de noche; en ese cuarto no había ventanas ni puertas, sino una ancha comunicación con el otro cuarto, como si en el marco separatorio hubiera habido en otro tiempo puertas o cortinas.

En el otro cuarto, a mano izquierda, estaba la puerta de entrada, que daba a la escalera, que apestaba a viejo, húmedo y cerrado, "como yo empezaría a apestar en breve", imaginaba.

Al fondo había una ventana antiquísima, que daba a una especie de vertedero de maderas, bloques y demás; de seguro que por allí pululaban los ratones, pero esperaba que no subieran hasta el cuarto; al lado de la ventana estaba el escritorio o mesa de empolle, y detrás de éste, un enorme ropero empotrado con estantes pero sin perchas.

Quiero recordar, pero no acierto a concretar, si había un ropero más como mueble, que tenía un espejo, creo que sí pues si no, no sé cómo demonios me iba a peinar y verme siempre tan guapo.

El baño estaba bajando la escalera. En el cuarto, cerca del ropero empotrado, y al lado de la ventana, había un lavamanos, que lógicamente también usaría para mear, sobre..., bueno, iba a decir que sobre todo por la noche, aunque para ser sincero, les he de decir que rara vez iba a hacerlo abajo, fuera la hora que fuera, como ocurrió el el San Agustín.

La encargada de la pensión, era una señora mayor, de ochenta y un años, que según ella misma decía:

-Pues yo, con mis ochenta y un años, aún voy a ayudar al restaurante de mis amigos, el...

Pongo puntos suspensivos, no por que quede más bonito, sino porque no recuerdo si era "El gato negro" u otro.

Vestía esa señora para salir a la calle, de una forma que me gustaba mucho; me hacía recordar a mi abuela Fidela, lo que ocurre es que no sabría decir si el broche de esa señora era auténtico, y otra, si siempre usaba el mismo abrigo.

Para ser sincero, no acabo de explicarme por qué me extrañaba, pues yo llevé todo el año el mismo jersey, y casi siempre el mismo pantalón.

Lo que cambiaba a diario, eran las camisas y por supuesto la ropa interior, los calcetines y los calzoncillos.

Por cierto, estaba aquello todo tan bien organizado, que la mujer del camarero encargado, se encargaba de lavar la ropa por dos mil pesetas al mes. "Encantado" pensé; acepté el trato como han de suponer.

Su marido, al que tanto elogiaba el jefe, era un guarro, que muchas veces se rascaba el culo, y con la misma mano le servía a uno la sopa o el pan.

Del menú más vale no hablar, pero, por qué no, hablemos: eran siempre de primero sopa, a la que no sé qué coño le ponían para espesarla, pues tenía hilachas y lentejas de pasta, a no ser que fuera que se derretían las "lentejuelas". De segundo, variaba, así unas veces era empanada gallega, otras carne, y así hasta un máximo de siete platos.

Al principio la comida me pareció fantástica, con el paso del tiempo, ya no me pareció tanto, pues los platos se repetían semana tras semana, mes tras mes, y no puedo decir aunque supongo que sí, año tras año.

De postre una manzana, eso sí, de lo más pequeña; parecían perfectamente escogidas, las más pequeñas, para que así entraran más en el kilo.

Para llegar al restaurante había que subir unas escaleras desde la calle. En la puerta de entrada se veían unas comidas y botellas de Ribeiro anunciando la "exquisita" comida de ese restaurante.

En la cocina, a la que entré una vez para preguntar dónde podría ir a correr, habían unas tres personas con un aspecto de lo más hediondo que he visto en mi vida, pero eso sí, "habían camareros"; en realidad era uno sólo a lo largo de la semana, y el fin de semana venía otro más con pinta de borrachín, y con una voz sumamente ronca, seguramente del alcohol y del cigarro.

Cómo no, vestían de pantalón negro y camisa blanca.

El jefe era gordo y cincuentón largo, o tal vez sesentón, no, cincuentón mejor, sí. Era muy inteligente, al menos tenía un enorme carisma, constantemente, verdaderamente increíble.

Vestía de forma ajada, no sólo porque iba a eso de las seis de la mañana a buscar la comida a los mercados, sino porque su negocio así lo requería, pues no eran ni los hostales ni el bar de grandes lujos, todo lo contrario, parecía que quienes iban a ellos, eran gente humilde, a excepción de varios estudiantes que eran de

e-libro.net

familias de dinero, o lo parecían, salvo unos cuantos, entre ellos un chico jovencito que pretendía estudiar medicina; me resultó poco inteligente y demasiado hablador, para la gran empresa que eso era.

Iba siempre vestido igual, al menos la camisa, vaquera y de color celeste.

Había también dos o tres que iban de caballeros, con ropas, salvo uno, estropeadas, pero siempre con noticias que contar y revistas especializadas en cualquier tema menos del suyo, también medicina.

Uno de ellos era el líder, aunque no era un líder trabajador, sino juerguista; parecía el más rico, y siempre iba de punta en blanco, aunque con ropa marchosa.

El pan era excelente, teníamos derecho, cosa inaudita viendo lo exiguo del menú, a una botella de agua. De todas formas, no me pareció abusivo el precio del menú hasta pasadas las Navidades; ello era porque como soy y era medio despistado, no me di cuenta a lo largo de esos meses que se repetían casi todas las semanas la misma comida; la fruta siempre era la misma pequeña manzana de color verde.

Los primeros días, como no tenía nada que hacer, opté por ir a una feria del libro antiguo y de ocasión; estaba montada en La Alameda, magnífica; al entrar a ella por la parte de la ciudad, se veía siempre a un fotógrafo, con su cámara oscura, que sacaba fotos, supongo que a los turistas, y aún así, no le veo el negocio.

Por el otro lado, La Alameda daba al Campus universitario, y cerca de la entrada a éste, y en medio de dos facultades por la parte superior, la mía, la bienamada y bienodiada Facultad de Farmacia.

Iba como digo, los primeros días a la feria, y me compraba un libro de cada vez, máximo dos (aún los conservo).

Me los llevaba a mi cuchitril, y allí los miraba, manoseaba, olía y hojeaba; satisfecho con la compra, a veces volvía ese mismo día a ver más libros. De todas maneras la feria no duró mucho, es posible que ya estuviera antes de yo llegar, seguro.

Lo que me extrañaba es que no era muy grande, para pertenecer a la gran ciudad que creía que era Santiago. Con el tiempo me desengañaría.

Vivía al lado, más concretamente, por un lado de la Catedral, y era raro, sin haber visto nunca una tan grande, no me daba miedo, aunque bien es verdad que no iba allí por las noches.

Creo que entré un par de veces, pero como turista, nada de creyente que va a rezar, ni cosas por el estilo.

Iba ligerito, cuando entraba, sin detenerme mucho en ningún sitio; bajé a una especie de sepulcro, y no recuerdo si subí a ver al Santo.

Por cada lado habían una especie de capillas. Nunca vi el Botafumeiro típico y que da nombre al resto del artilugio oscilante por medio de una soga; era grande, aunque *in situ* nunca lo vi, sino años después por la tele.

Por tanto me perdí el gran olor a incienso.

Llevaba muchos cigarros de repuesto, aunque con el tiempo los compraría en un estanco, donde también compraba los sellos para mandar cartas a mi familia.

No solía llamar por teléfono a mucha gente, no al menos durante ese primer trimestre.

Los primeros días del mismo, los pasé leyendo literatura de los autores que en esa época pensaba eran los mejores, tales como Kafka, Graham Greem, etc.

La subida, desde la puerta de la calle hasta mi cuarto, apestaba sobremanera, tal que si alguna vez venía a paso ligero de la calle, terminaba de asfixiarme al subir por aquella antigua escalera de piedra mohosa.

La señora de la pensión me hacía la cama.

Los primeros días en la facultad, fui a hablar con el decano, para presentarme a él, y al catedrático de Farmacognosia, al que le dije:

-Yo no aprobé la Farmacodinamia en La Laguna; allí era optativa. No sé si aquí me la exigirán. ¿Usted cree que debo ir por clase mientras se arregla el papeleo?

-Sí, lo mejor será que vaya por clase.

-Bien, vale, gracias - dije a modo de despedida.

Al decano le fui buscando por toda la facultad; le pregunté a uno que parecía muy feliz en su suma ignorancia, y le dije:

-Buenas, ¿sabe usted dónde está el decano? -pues de secretaría me habían mandado a ese piso.

-Es un señor muy triste -está por ahí.

No me dijo que usaba barba, pero cuándo lo vi me imaginé que fuera él, por lo triste del rostro barbado. Por más que hago memoria, no recuerdo si llevaba bata. Él no era farmacéutico, era biólogo, y no se cómo había llegado a decano allí, le tuvo que haber costado “sudor y lágrimas”. Iba eso sí con corbata, cosa por otro lado que

e-libro.net

era muy típico entre los profesores de esa facultad en esa ciudad, a diferencia de La Laguna. Arturito llevaba corbata, pero era de los pocos, junto con el de Ampliación de micro.

Allí, que recuerde, salvo los jóvenes, todos iban encorbatados. Eso sí, siempre en tonos oscuros, la corbata, y entre blanco y celeste las camisas.

Tenía renombre esa facultad; estaba algo acojonado, pues todo era nuevo para mí; iba estresadísimo, y con la cabeza gacha. Recordé como Bartolomé me había dicho de su tío, que había sacado medicina en Madrid, como él se presentaba a principio de curso a todos los profesores; eso fue lo que hice, siguiendo el ejemplo del genio (aunque luego se malogró, pues su padre lo hizo volver a su tierra, donde se perdió en el anonimato).

Bien, para el primer día no estaba mal. Previamente me había matriculado, y en secretaría me habían indicado que seguramente serían dos asignaturas más las que tendría que sacar aparte de las que traía suspendidas, a saber: Ampliación de Microbiología (a pesar de ya haberla sacado en La Laguna) y Farmacodinamia, pues ahí ambas eran obligatorias; desconozco el por qué de la micro, quizás porque llegara allí la mala fama de su profesor, a pesar de que el nuevo profesor era igual o más batata que el de La Laguna.

Ese también iba de corbata, grisácea, camisa celeste y rebeca azul marino; siempre iba con el mismo uniforme; una cosa extraña era que a excepción del Dr. Creus, el resto vestía casi siempre igual.

Al final, tras varios días de ir a preguntar, me pusieron esas dos asignaturas, o sea, ya no eran dos asignaturas, ahora tenía dos más, esto es, casi un curso completo.

Eso y cada novedad me angustiaba cada vez más, y no descargaba ese acúmulo de tensiones por ningún mecanismo conocido, como el hablar, el correr, o hacer el amor; así que tuve que recurrir a la masturbación (aunque el relax obtenido no era ni grande ni duradero. Para ser sinceros el relax duraba a lo sumo minutos, después lo único que me ocurría es que me encontraba más desganado).

Aún, unos diez años después, no he podido averiguar por qué el “jefe” de la pensión, cada vez que me veía, me daba la espalda, lo viera donde lo viera, salvo en el comedor, la mayoría de las veces me veía y no decía nada; a veces el “boss” conversaba con otros clientes.

Era puntual a la hora de pagar, aunque juraría que se me enfadó por insistirle tanto en lo del dinero, y por no tener relaciones con la gente; como si uno fuera de súper, cuando el estrés no me dejaba ir más que de amargado; quizás era que no quería compartir esta postura mía.

Su hijo (no sé el número de ellos, pues sólo conocía a ese) era un vago y un inútil; no luchaba por nada, y siempre estaba sentado frente al hostal de su padre, y allí se pasaba horas, días, semanas y meses enteros; se le iba la vida sin hacer más que el ganso; esperando seguramente heredar la fortuna de su papaíto; yo de él lo desheredaba, y así verían él y su esposa, la mala pécora, que seguro ambicionaba igualmente la fortuna de su suegro.

Vivían ellos en una casa en la que habían habitaciones arrendadas, o sea como si fuera un hostal, pero realmente era un piso grande.

Su hijo tenía una pequeña motocicleta roja, la que no creo que usara mucho, pues desde donde él estaba sentado, hasta su casa, no había ni cien metros.

Yo venía, no satisfecho, sino más bien algo asqueado por el sexo; tenía hasta ese momento, mejor es: lo había tenido durante un año, todo lo que hubiera querido; no tenía ya ganas de realizar el coito, no, todo lo contrario, iba a no salir, a no conocer a nadie, a estudiar como un poseso, más casi si cabe que en las islas.

Debí caer mal como primera impresión, pues noté como a mí me exigían más que a los otros, salvo uno; pero de esto ya iré dando cuenta a medida que transcurra el relato.

Esperaba, antes de entrar a sus clases, a los profesores que no me había presentado, para saber con quién me las tenía que enfrentar; fui bobo, lo mejor hubiera sido entrar con todos a clase y así ver cómo era su puesta en escena, que por otro lado, no la vi en ningún profesor, más que en primero de carrera, y ya no me acuerdo de cómo era ésta.

Un día, mientras esperaba ver salir al señor Vila, catedrático de Galénica, estaba cerca de la escalera de bajada a las otros pisos, y por donde se salía al bar de la facultad.

Llevaba una chamarra de cuero, que me regaló mi tío Domingo, y de la cual estaba muy orgulloso, aunque no dejaba de reconocer que para llevarla a clase, me daba aspecto de marchosillo, pero no me había dado cuenta, y allí estaba yo con ella, metiendo “la gamba” al máximo.

e-libro.net

¿La gamba?, sí, la gamba, pues en lo que esperaba en una esquina ver salir al catedrático, miro para atrás, y veo bajar por la escalera a los decanos de farmacia de Santiago y La Laguna; “!Dios mío, tierra trágame!; seguro que me vieron”, pues por mi estatura soy visible en todos lados.

Al final, tras mucho esperar, y ya arrepentido de haber estado allí, vi salir a Sr. Vila, iba con una bata, y debajo una camisa calabaza y una corbata oscura igual a como yo pensaba que llegaría a llevarla alguna vez, creo que era por eso por lo que no me fijaba en los colores, aunque esto es del todo absurdo, pues todo buen método de superación, dice que se ha de fijar uno en todo, y con el mayor escrúpulo posible.

Eso sí, ya estaba habituado a verlo en La Laguna, donde casi todos los profesores usaban bata blanca, abrochada por delante.

Mi bata era la misma que otros años; estaba más que acomplejado con aquella antigua bata amarilla, de corte tan distinto a la de los demás.

A la salida de aquel día, yo, que soy muy previsor, me había comprado un paraguas (de dos mil y pico pesetas) cerca del hostal, y lo llevaba en ese momento, cuando aún estábamos en verano, aunque a mí me parecía que las nubes presagiaban lluvia (me equivoqué, igual que todos los días). Iba pues con mi paraguas y mi chamarra, intentando alejarme de aquel edificio lo más posible, cuándo oigo que desde la otra acera me dicen:

-!Eh!, mira a Antonio, ¿que estas haciendo aquí?

Dijo la borrachita del departamento de Galénica, que no sé para qué había ido allí. No iba sola, iban todos los del departamento, salvo el Sr. Llabrés.

Reaccioné rápidamente y los saludé con un movimiento de mano. “Es importante no contarles el motivo del traslado, pues podían llegar los comentarios al departamento de Broma”. Seguro que la chica del departamento le preguntó quién era yo.

Me acabo de dar cuenta, que empezaba a ser famoso, aunque no fuera por cosas agradables o positivas, sino como prototipo de fracasado. Me extrañó que esa profesora se acordara de mí, a la que un día dije:

-Sí, alguna copilla de vez en cuando sí me echo.

A pesar de que ella las tomara con mayor frecuencia.

Resultado de mi primer día de clase, pues satisfactorio. “Bien, ahora, lo siguiente es ir a comer”.

Fui con mucho apetito y bastante contento, el jefe como siempre me dio la espalda nada más verme aparecer en medio de las calles.

La facultad quedaba relativamente cerca, a unos diez o quince minutos sin prisas. “Perfecto”.

Con la puesta en contacto pasaron los primeros días; ya estaba algo más relajado, a pesar de la cara de severidad y adustez que ponía ante los que me veían, sobre todo a la hora de almorzar.

No era una máscara, o si lo era, estaba muy arraigada en mí; no quería hacer amistades, ni tener relaciones, más que las imprescindibles.

Un día, no recuerdo de dónde venía, me encontré con un conocido de La Laguna, le dije lo que me había pasado con Arturito y me respondió:

-Si él me llega a coger a mí, le pego un puñetazo que vería.

“!Vaya hombre!, un niñote fortachón”, pensé. Yo le decía que estaba más que quemado, y él me decía: “Hay que seguir, si no estas perdido”, según palabras literales de él.

Como yo no conocía a nadie, quedamos para el fin de semana, el viernes, a pesar de que allí el día grande de salir los jóvenes era el jueves, pues el viernes se iban todos a sus respectivas casas (“cojones, y esto es una Universidad dura que se precia de serlo; cuando la gente es más responsable en La Laguna que aquí”, me extrañé).

Pregunté como dije, que dónde se podía ir a correr; en La Alameda, me dijeron; allí fui un par de veces, pero enseguida me cansé, entre otras cosas porque no veía a nadie solo corriendo, sino a gente en grupos, ya fueran reducidos o numerosos, pero siempre en grupos.

El que iba delante del grupo, solía ir de súper y hablando con todos los de delante, como: “Aquí estoy yo, ‘el más mejol’, que corro y hablo y no me canso”.

Yo tenía ropa no muy decente para ir a correr, pues ya estaba bastante vieja, era el chándal Adidas de Águeda, aunque a decir verdad, si tuviera realmente ganas, claro que me hubiera servido; o si no, qué coño, me podía haber comprado uno, que dinero tenía; hablando de dinero, fui al banco a sacarme la tarjeta; y los del banco me aconsejaron que no valía la pena, para un año, etc, etc.

Al final me terminaron jodiendo, como siempre; les debía haber dicho hasta cuanto ascendían mis ingresos mensuales, y así se habrían callado la boca. No era rico, pero en La Laguna, con mucho menos, me

e-libro.net

hicieron una tarjeta; allí los señoritos no querían trabajar, o no le interesaba al banco hacer tarjetas, aunque no sé el motivo, pues sé que hoy día se cobra una comisión por tener la tarjeta, y creo que también cobran por cada vez que se use en una oficina bancaria que no sea la de uno; bueno de esto no me hagan mucho caso, pues tampoco entiendo nada, como de la mayor parte de las cosas; las finanzas, a pesar de tener libros sobre ellas, nunca han sido mi fuerte.

Supongamos que ya llegó el fin de semana, que bien podría ser viernes; el amigo de La Laguna, y un amigo de él, fuimos de copas; ellos, muy dispuestos, empezaron a pagar las tazas de ribeiro, creo que de treinta a cincuenta pesetas oscilaba el precio, según el sitio. Encima a los sitios donde íbamos no eran muy populares, pues la mayoría estaban vacíos, pudiera ser por la hora, pero lo dudo); iban buscando sin lugar a dudas los sitios más baratos; hablamos poco, pues poco nos teníamos que decir, ya que casi éramos auténticos desconocidos; a él, a mi "amigo", lo había visto de pasada una o dos veces en la facultad, a pesar de él conocerse mi nombre; y eso que no creo que yo fuera muy famoso, quizás como les dije, a lo sumo, por mi estatura, o tal vez por ser repetidor.

Íbamos de bar en bar, bebiendo en cada uno una sola taza; el amigo de mi amigo, parecía que hacía meses que no se lavaba la cabeza, de lo poco suelto, unido a una falta de brillo, que tenía el pelo.

Después nos fuimos a los pubs, y ¿a que no adivinan quién pagaba ahí las copas? Efectivamente, el menda. "En fin chicos, primera y última vez que me cogéis de primo".

Diariamente, solía ir a un bar de mala muerte a tomarme un cortado después del almuerzo, en el que, una o dos veces me invitó a cortado un señor mayor, que se compadecía de mí por mi vestimenta.

-Gracias -le decía siempre que me lo pagaba.

Mientras, él se tomaba unos licores, que valiente lingotazos se mandaba.

No me parecía correcto devolverle la invitación; de todas maneras estuvo poco por ese bar.

Ahora que caigo, tenía un gran carisma esa persona, para ser quién era; sería ese un trabajo de subterfugio, mejor decir: una tapadera. Sí, pero y de qué.

A pesar del duro trabajo, se le veía entero. Comía junto con los otros muchachos del M.O.P.U., en el mismo bar que yo; pero ¿es que eran ricos esos trabajadores, no se usaba allí el llevarse la fiambrera?, y llevar ahí la comida, y después si querían y siempre que no lo llevaran en un termo, tomarse el café y la copa en el bar; por cierto me resultaba absurdo verlos tomarse copa tras copa; "¿qué, para hundirse más en el fango?" No me lo explico, aunque siempre que se estaba y está uno con amigos, le dan ganas de tomarse una copa, pero esa gente más creo que estaban todo el día y a toda hora bebiendo, quizás para atontarse y no darse cuenta de su duro trabajo.

Había conocido a Luis Cosmen, exdirector regional de banca de Ruíz Mateos, quien se me dio a conocer en el mismo restaurante, donde los dos almorzábamos diariamente, y con quien cogería la costumbre de ir a tomar otro café con él.

Eso sí, siempre después de ir al primer bar, no podía faltar el irme a cambiar los zapatos, para estar decente y presentable con mi nuevo amigo, quien para ser sinceros, no se cambiaba nada ni de ropa, ni de camisa, a no ser, cosa bastante probable, que tuviese varias camisas iguales.

Bueno de rebeca, mucho no cambiaba; alguna vez llevaba un abrigo, del que me decía que la gente era retrasada, que si no habían visto su abrigo que se usaba muchísimo en otros sitios; quizás era una disculpa para ponérselo pero que en efecto, fuera una antigualla; de eso ni entendía, ni entiendo nada. De abrigos, se entiende. Bueno y de infinidad de cosas, si nos vamos a poner exigentes.

Llegaba Luis a mi pensión, y desde abajo me gritaba:

-!Fijoleis!

-Ya voy, Luis - le respondía si estaba haciendo algo.

Y si no estaba haciendo nada, bajaba rápidamente.

Él nunca quiso entrar en mi pensión. Yo tampoco entré nunca en la de él, la que me decía que iba a pintarla, aunque en realidad no sé para qué la tenía, pues por la noche se iba a las afueras, a su casa con su amante y los hijos (creo que de ella, pues los de él ya eran crecidos); nunca me dijo cuántos hijos tenía, salvo que una de ellos, al terminar la carrera de derecho, se fue a Lanzarote y Fuerteventura, y le dijo a su padre:

-Yo soy más de la calle.

Ambos sabíamos a que se refería ella.

De los demás hijos, si los tenía, no me dijo nada.

También me dijo, un día como quien no quiere la cosa:

e-libro.net

-!Ay!, porque el hermano de mi mujer es abogado, y vamos a ver en qué queda esto.

Otro día me salió con la cosa de:

-Porque "Bego" se ha dejado ir y se ha puesto a engordar.

Eso me dio lastima por él; cuando la conocí, inmediatamente comprendí a Luis, quién era bastante flaco, a pesar de que empezaba a tener una incipiente barriguilla, nada preocupante para su alta estatura, y complexión delgada.

A mi el hablar con él, me gustaba, me encantaba, pero no dejaba de tener presente que él era un pez gordo y yo un simple estudiante; recuerdo como cierto día me dijo:

-Porque yo antes iba siempre de restaurantes y hoteles de lujo, comiendo a la carta, aunque a veces les decía a los camareros: "Miren, denme de las patatas que comen ustedes..."

Eso me dijo dándome a entender que hasta del lujo se cansaba uno.

También me hizo un día una demostración de cómo se dirigía el a su supremo jefe con un:

- ...porque José Mari, "tal o cual cosa"... -con una cierta entonación muy convincente.

También me contaba cómo a su jefe sólo le interesaba que vendiera y vendiera, nada más, pero que ahora ya no sabía lo que pretendía. Se refería, aunque no me lo dijo, a lo que estaba pasando después del escándalo de Ruiz Mateo y Boyer.

También me dijo cierto día:

-Porque los amigos, cuándo iba a mi casa, me querían porque yo iba de paganini.

Eso se me quedó muy grabado, era justo contra lo que luchaba; quería que me tratasen por mi persona, no por mi dinero; cosa de niños, como verán, hoy pienso que cada uno quiere a su prójimo con su estatus y nivel, y según esos, así serán tus amigos. Antes yo tampoco quería triunfar, pero una pregunta que me rondaba y me hacía continuamente: ¿Y después qué? Poco me imaginaba que iba a estar como estoy.

Me ponía nervioso Luis, ya no sólo por ser un pez gordo, sino porque era un mafioso, al menos así quería pintar la sociedad a Ruiz Mateos y por extensión a su secuaces.

Empecé a darme cuenta de lo mal que vivía la gente, cuando vi a uno del banco en el que tenía mi cuenta, todo los días con la misma ropa, quizás podría ser que usara su jersey de cuello en pico y su camisa y corbata, todas las primeras semanas de mes, que era cuándo coincidían que yo iba allí; pero, para ser sinceros, no tenía fecha determinada para ir al banco, y siempre me atendía el mismo, siempre iba igual vestido; era servilismo el cómo se dirigía al jefe; me daba pena y asco; sí, asco, el que se degradara tanto una persona; el del banco era un cuarentón, y el jefe era algo mayor. "!Que fácil hubiera sido todo si me hubiesen dado la tarjeta de crédito!"

Un día vi al empleado fuera y pude observar el pánico que tenía a que lo vieran en la calle lejos del trabajo.

Yo discurría así, pero yo era mucho peor con mis profesores, aunque como dijo un parlamentario: "con una sonrisa, pero con mucha mala leche" refiriéndose a cómo había que atacar al prójimo.

Luis, poco a poco se fue convirtiendo en mi mejor amigo, aunque no recuerdo que le dijera que echaba mucho de menos mi terruño y cosas por el estilo; que me sentía un fracasado, y lo que si decía siempre:

-¡Ay!, ¿aprobaré todo este año?

-Ya verás que sí - me consolaba él.

Parecía, Luis, una buena persona, así lo veía yo, al mirar su cara; al menos conmigo así lo fue.

El se extrañaba porque yo no salía de juerga los jueves. Me extrañó que lo dijera al ser él un ex-ejecutivo y saber en qué consiste eso.

Muchas veces me decía:

-Cásate y vete a un pueblo, y disfruta allí con una mujer. Aparte de eso, no veas como es el farmacéutico del pueblo -refiriéndose al prestigio que tenían los farmacéuticos.

Mi lujo del fin de semana, era ir los sábados por la tarde a un bar cercano al Hospital Universitario, al lado casi. Era un bar de obreros, aunque allí me sentía a gusto, sabiendo que no iba a verme importunado por nadie conocido.

Iba de incógnito; siempre llevaba la chamarra de cuero. Me ponían un buen trozo de buen pan, una cervecita pequeña, y me sentaba siempre en la misma mesa, junto a la tele, la que veía mientras esperaba la cena. Siempre comía lo mismo: un par de huevos fritos con papas fritas (lógicamente las pedía como "patatas", no iba a ser tan pedante como para pedirlos por "papas"). Parecía que al dueño le agradaba mi presencia, seguro que sabía que era un buen chico, un buen estudiante; pues pretendía dar esa imagen, si lo conseguí o no, ya es harina de otro costal.

e-libro.net

Los huevos estaban aceitosos al igual que las papas, pero, qué bien me sentaban, los degustaba y devoraba que era un gusto.

Iba desde la pensión y pasaba delante de la catedral, por la puerta principal, luego echaba por una calle muy estrechita y poco transitada, como todo el recorrido que hacía ese día de la semana. Iba al fondo de la calle, por la que llegaba a la carretera donde estaba el bar.

La ida siempre era por el mismo sitio, la vuelta variaba mucho, con la intención de caminar y ver algo. Iba y venía rapídisimo, dándome miedo cualquier persona. Todos me daban miedo, por si me veía algún profesor haciendo el vago; mi misión era estudiar y estudiar, nada de darle uno gusto a su cuerpo.

El hombre del bar se veía contento de que no fuera el típico borracho estudiante; yo mismo estaba contento por no haber salido de copas, más que una o dos veces a principio de curso.

Era tal el pánico que tenía a que me vieran los profesores por ahí, que siempre, cuando iba a ese bar a cenar, fuera la hora que fuera, llevaba el portafolios para disimular y que quien me viera pensara que iba o venía de estudiar.

Ahora que lo pienso, me estaba convirtiendo con ello un ser bastante asqueroso, pero qué hacer, si vivía en un sitio supercéntrico, de una pequeña ciudad.

Hasta esa época, nunca me había detenido en esas cosas, pero tal y como estaba el paño, no me quedaba más remedio que fingir y corromperme de tal guisa.

Siempre tenía una opresión en el pecho. Fui bobo de no ir a un médico y contarle lo que me pasaba; que me recetase ansiolíticos o algún tranquilizante, pues estoy seguro que todo eran nervios.

Pasemos ahora a lo que más me interesaba: Broma y Toxi; la daban el genial Dr. Creus, y el baturro de Huidobro (“cuidado que viene el ogro”, decíamos).

Nos recomendó un par de libros el Dr. del departamento, en el que no había catedráticos; en dos de ellos, él había participado:

-Son baratitos, Ja, Ja, Ja -reía.

También nos recomendaba comprar el código alimentario (algo más caro) aunque este era voluntario.

Me lo compré y lo llevé al día siguiente a clase; algunos habían hecho lo mismo que yo, lo que ocurre es que el mío lo tenía bajo la mesa, en la madera de debajo, mientras otros, los más pícaros y caraduras, los tenían sobre la mesa. El Dr. se refirió a ellos diciendo:

-Bien, bien, ya veo que ya se han comprado el libro.

Yo me había comprado los libros, todos los que él había sugerido y era la primera vez en mi vida que lo hacía.

La cara del doctor Creus era de rasgos sumamente duros, y tenía unas cejas muy prominentes; era una cara dura, pero a la vez de muy buena persona; era una excelente persona, tal como se verificaría más adelante.

Me encontraba francamente mal de los pulmones, sin resistencia ninguna, pero seguía y seguía fumando, cada vez más y más.

Las noches, aunque las intentaba dormir, me era muy difícil, pues la tensión y el estrés no me dejaban; esto estaba preocupándome, y encima, por la mañana, me costaba levantarme, y casi no me daba tiempo de ir a clase a las doce.

El departamento de Broma, hizo unas prácticas para futuros monitores, o sea para aquellos que después deberían explicar, lo por ellos visto, a los demás alumnos.

A mí por el azar y la fortuna, me toco preparar los reactivos de todos los grupos de monitores; éramos para tal labor, dos, una chica desdentada y de muy mal aspecto y el que esto escribe; casi me atrevería a decir de ella, que era drogadicta, aunque no lo afirmo; por suerte no recuerdo su nombre. Creo que no eran muy de fiar sus preparaciones, pues no solía hacer las correctas fórmulas químicas a partir de las cuales, debía preparar los reactivos; por mi parte, lo hice lo mejor que pude y supe.

Según parece les gustó mi actuación a los del departamento.

El día que nos explicaron todas las cosas, había una cosa que no me quedó clara; era respecto a unas visualizaciones al microscopio (material nefasto, por cierto).

Resulta que esa parte era la que correspondía al Sr. Huidobro (cuidado que viene el ogro), esto le enorgulleció enormemente; considero que más le debía haber entristecido, pues lo que menos claro tenía era su parte, lo que podía ser por dos motivos, o que yo fuera tronco (que sería lo que él pensara) o que él fuera el tronco (que era lo que yo pensaba).

e-libro.net

Un día ocurrió un gran acontecimiento, y fue que una chica marchosilla, había llegado al comedor. Muy guapa, no, guapísima. Sí, me había fijado en ella y me hacía tilín.

Se lo dije a Luis, y él me dijo que no me preocupara, que me la presentaría; le contesté que no, que me daba vergüenza.

Tanto le decía, día tras día que me gustaba, que un día, sin previo aviso, cuando me fue a buscar a la pensión, iba ella con él; me puse supercontento, y por qué no, algo nerviosillo.

Les saludé con un:

-Hola ¿que tal?

-Hola - dijo ella.

-Hola Fijoleis -dijo Luis.

Nos fuimos a tomar los cortados y estuve hablando con Luis de política, opino que más de lo normal o eso a mí me parecía. Creo que estuvimos casi una hora.

Al cabo de esto, Luis se fue y nos dejó a los dos solos; yo no sabía que hacer, y algo así le dije:

-Oye, yo con Luis sé de qué hablar, pero contigo no sé.

Era guapa, muy guapa, a pesar de su estilo marchosillo.

Se llamaba, pues se lo pregunté, Delia B. Pérez.

Con el profesor José María Creus, me pasó una cosa curiosa, y de la que me arrepiento y avergüenzo; tal era, que me parecía él tan buena persona, que forcé al cerebro a que me saliera una lágrima de los ojos, no digo que mi estado de ánimo no estuviera en esa predisposición, pero puse mucho de mi consciente en que ella me saliera. Al final salió, y le quise decir algo así como: “yo también he sufrido”, eso es lo que quise dar a entender.

No puedo averiguar qué pensó él, es más hoy día pienso que es posible que ni la viera, a pesar de lo seguro que estaba de que en mí era en el que más se fijaba (mi egocentrismo no había disminuido ni un ápice). Después de creer incluso que él se había conmovido, me quedé satisfecho de mi mismo, y cómo no, algo más relajado.

Ya había visto a todos como daban las clases, y sin lugar a dudas, quien mejor las llevaba sabidas era el Dr. Creus, a pesar de ello, sólo recuerdo una clase suya, en la que se habló del huevo, y encima de éste ni siquiera recuerdo qué se habló; quizás si oyera a cualquiera hablar sobre eso, me vendría a las mientes más cosas sobre este interesante tema.

Sé que en prácticas en lo que se hacía hincapié era en el análisis de leche, de vinos y ver almidón y demás componentes de las harinas y otras sustancias alimentarias.

Aparte de estas clases teóricas, de las que no dio tantas, sino que quien más las explicó fue Huidobro, daba (eso sí siempre) el Sr. Creus, clases de problemas, en un aula del departamento; para ello debíamos llevar un libro delgadito pero muy útil.

A estas últimas clases no recuerdo si fui a todas, pues eran por la mañana, bastante temprano; a pesar de ello, no creo que me echara de menos, pues la clase estaba hasta los topes, a más no poder.

Las de las prácticas también eran por la mañana.

Estaba cada vez más atontado con Totó, a pesar de que no me podía olvidar de Mari Carmen, no obstante Totó (Delia), me caía mucho mejor que la de mi ínsula.

Empezaba a sentirme feliz, al menos a la salida de clase, pues iba a ver a mi amada.

Yo, que había cogido no con mucho amor, aunque sí con mucho ímpetu el curso, ahora estaba empezándome a resultar aburrido, quizás porque no hubiera ningún profesor de gran talla, a no ser Creus, y que aunque me impactaba mucho, no como profesor, sino por su psique. De éste, pensaba que se tenía algo escondido entre manos, en sus entendederas, por mejor decir, y no en el sentido negativo que puede tener este vocablo, sino en lo que a entendimiento se refiere.

Una mañana, tras ducharme (como todas las mañanas), me agarré de un toallero, y estaba este tan frágilmente puesto, que me quedé con él en la mano. La señora de la pensión se preocupó enormemente; le dije que no se preocupara, que yo se lo diría al jefe, ella se alarmó más todavía, y me pidió que no le comentara nada al respecto; yo, sin salir de mi asombro, al ver el miedo que le tenía, me callé y no le dije nada, aunque ganas no me faltaron.

Uno vez llamé a Mari por teléfono, a un Colegio Mayor de Las Palmas donde se estaba quedando. Le dijeron quien la llamaba, y ella contestó:

-Ah, Antonio.

e-libro.net

Esto me animó de tal manera, para despedirme de ella definitivamente, que así se lo dije; ella me contestó:

-No, yo pensaba ir a verte.

Aunque dijo eso, yo estaba más que seguro que lo que ella quería era venir a lucirse.

Por otro lado, pensé que no me vendría mal algo de sexo con fetichismo, pero más me atraía estar con Totó; aparte de eso, sabía que entonces la tendría que sacar por aquí y por allá, llevarla a comer a buenos sitios, etc, etc.

Sobre estos años de mi vida, este y el siguiente, y algunos años más tarde, versaba el primer libro que escribí, mi primer libro acabado, pero no pierden nada al no leerlo; es más, casi lo ganan, pues entre otras cosas, muchas veces ciertos pasajes de lo que aquí escribo, es casi una transliteración cuasi total del anterior, pero espero, que de infinita mejor calidad sea éste último.

Las charlas posteriores a la comida se hicieron indispensables, y a ellas, cómo no, iba Totó; cada vez me enamoraba más y más de ella; el tiempo de dichas charlas había aumentado mucho desde que corté con Mari. Antes, al principio, cuando le dije a Totó que yo tenía una novia, hizo un gesto, mejor un mohín, como si pensara: "¡Le ganaré!"; y cómo no, le ganó con muchas creces. Ese gesto me gustó y me hizo mucha gracia.

Nos mirábamos como dos tortolitos en el bar, cuando se iba Luis de las charlas, generalmente de política y sobre la guerra, aunque casi más era un palique mío que un diálogo; esto me hace pensar que Luis no leía los periódicos, cosa que no era de extrañar, pues me tenía a mí, que los devoraba sin cesar.

Yo decía muchas veces sobre las mujeres: "si quiere un abrigo de 'visión', que se lo compre ella, con el esfuerzo de su trabajo"; eso pensaba en ese momento; hoy ya no sé que pensar.

No les había comentado nada sobre Luis, pero lo cierto es que se puso a trabajar por su cuenta, representaba a una gran cadena de vacaciones pagadas, que su nombre en inglés, como él lo decía no sé como se escribe, así que no lo pongo, o mejor para que se hagan una idea, era algo así como "Time shering".

Algunas veces, cuando estaba abrumado en la pensión, iba a intentar relajarme hablando con Luis. Él un día me ponía el vídeo del negocio, otro me decía que me fijara como iba progresando, que ya tenía hasta bar, etc, etc.

Un día llegué y había otra persona mayor con él, y extrañamente me prefirió a mí en lugar de al otro.

Cuando le iba a buscar, nos íbamos a tomar un cortado al bar del complejo de locales comerciales.

Un día, enseñándome las palos de golf, me dijo que ya no lo practicaba, pues hacerse socio del club, costaba más de cien mil pesetas, y a eso él no estaba dispuesto.

Lo que no me dijo es que los había puesto allí en plan informal, para dar a entender que era de la "jet", que el fin de semana, o quizás en ese momento, cuándo se fuera el cliente, se iba a jugar al golf. O vaya usted a saber qué pretendía si no con ellos.

Cuándo íbamos al bar (nunca le pedí un refresco, pues los tomé como parte de su negocio), a pesar de la tensión nerviosa, pedía siempre un cortado.

Pensando en los deportes, le conté como yo, hasta no hacía mucho, iba a hacer footing, él a eso contestó que nunca había practicado deportes violentos.

Me dijo él la diferencia de su vida, entre la carrera y el trabajo, así "en la carrera, me pasaba el tiempo (es literal como me lo dijo) peinándome el pelo"; en cambio el trabajo era distinto. O sea que él le cogía el gustillo al trabajo, a eso de ser ejecutivo, y encima veía los resultados, económicos se entiende, rápidamente. Esto no me lo dijo, pero lo sobreentendí. También me dijo en una ocasión, que él no quería ser famoso, ni nada de ese estilo.

Mis conversaciones, a la vez, antes de que fuera Totó a nuestras charlas, le decía a Luis, que sí, que yo venía de una familia de dinero, con yates y demás, pero que mi padre al separarse mi madre de él, nos había dejado en la más absoluta ruina.

Un día vino con nosotros un jovencito que era el primer año que estaba allí, y que estaba pensando en cambiar de carrera, estaba en primero de Derecho, pero estaba pensando en pasarse a Historia; mal empezaba ciertamente; en eso surgió la conversación del sexo, yo hablé sobre el punto G, Luis me dijo que él no lo descubrió hasta muy avanzado en edad. El joven preguntó que qué era eso, y yo, de enterado, le contesté que era una zona por dentro de la vagina a la altura del clítoris, y dentro de ella, que tenía una zona estriada; yo estaba que era seguro eso, tal y como había encontrado esas estrías en Mari. Seguro que Luis, en su interior se rió de mí; hoy no sabría decir dónde está ese punto. Ya sólo fue una o dos veces más ese pibe con nosotros.

e-libro.net

Luis me decía que las generaciones de ahora, le gustaban más que las de antes, así, él veía como ahora si dos se gustaban en una discoteca, se iban a la cama. Sí, eso se decía, y mucho, pero yo no lo tenía tan claro (a pesar, y ahora caigo, que yo lo había hecho) es más, pensaba que no era tan fácil.

Algunas veces fuimos Totó y un servidor al cine, a los ciclos de cine, que eran más baratos, recuerdo dos películas en esa, una era sobre la guerra, y la otra sobre yonquis, ambas en blanco y negro.

Era extraño que mirase ahora tanto el dinero, pues al principio iba al cine y me daba igual que fueran caros o baratos, es más, a los ciclos no iba yo solo, pues me daba la impresión de ser para gente muy progre, y yo ya no me sentía tanto.

No es que fuera conservador en mi forma de pensar, pero sí algo pensaba ya más en el futuro que el resto de los estudiantes. No voy a decir ahora que tenía pensado ser como algunos que invitaban a sus fiestas a la gente de moda del Partido Popular, ni mucho menos.

Era raro, y a la vez me gustaba, que con Totó aún no me había ido ningún día de copas, cosa que haríamos al final del trimestre; nos fuimos de vinos. Entre varios, fuimos a un bareto algo cutre, en el que tomábamos unas mezclas de licores, llamados “tumba”; cada uno era barato, creo que como máximo costaba setenta y cinco pesetas; pero había que pagar la consumición a la dueña en el momento de servirla, era una tacaña increíble y antes de que las tomáramos nos pedía el importe de ellas; seguro que pensaba en cómo alimentar a sus hijos, o posiblemente por su edad, a sus nietos.

Aquello era un auténtico antro; hoy lo recuerdo y me da la sensación de que era igual a esos bares de piratas nada aconsejables, de ciertas novelas.

Ese día fue casi la declaración de nuestro amor, aunque también fue día de cabreos, el primero pues nos besábamos en cualquier lugar, el segundo por que meaba allí donde me entraban ganas, tras cualquier columna de la calle; no podía aguantar las ganas, tenía la vejiga a reventar, y un par de veces miccioné en plena calle; en esa época no se me ocurría entrar a un bar, pedir un cortado e irme tras un prudente tiempo, a vaciar la vejiga. No entraba nunca a bares normales, pues me parecían muy caros, “precios prohibitivos”, pensaba; hoy pienso en el absurdo, y lo que puede llegar a acomplejar una carrera.

No sólo acomplejar, sino lo que uno tiene que dejar atrás por ella; aunque, ¿qué pasa, que los que no luchan en cuerpo y alma, no tienen fracasos?, no, lo que ocurre es que tenía una fijación y una mala experiencia con mi padre, y pensaba que todo el que luchara a tope debía ser un perdedor con la familia.

No crean que no me ha costado superar esto; hasta tal punto que no sé si aún no lo tengo del todo superado, espero que si, aunque sigamos con el relato de estos “Apuntes”.

Dentro de las películas de los ciclos, en una que trataba sobre la guerra, hubo unas cuantas imágenes que se me quedaron grabadas, una consistía en cómo los indefensos seguían al líder, así una mujer con dos niños pequeños vio a lo lejos una carreta y a gente dirigidas por un militar y ella fue tras ellos con sus niños; esto me hizo recordar a mi hermana Maru con Yeray y Dani. Otra era cómo había en las trincheras, intentando dormir, un militar, era soldado raso, y en la vida civil profesor, y lloriqueaba diciendo: “¡No quiero morir...!”

Otra película era de un heroinómano que se desenganchó en la pequeña casa de una amiga; él según parece era cantante famoso; al final terminó todo bien.

En el mismo edificio de mi pensión, en el mismo piso más concretamente, vivía otro chico, cuyo cuarto lo vinieron a alquilar sus padres; creo que estaba en Historia, al igual que Totó.

Tal era el modernismo y pasotismo de ese joven, que un día le dije de salir y me llevó a una bolera; jugamos un billar, y me aburrí una barbaridad. Le dije que si no le habían dicho nada de su pelo los profesores y él me contestó:

-Que va, si ellos lo llevan igual.

Su cuarto era mucho más pequeño que el mío, pero más acogedor, más adaptado a los jóvenes, más claro y con vistas al centro de Santiago; recuerden a qué daban las vistas de mi cuarto; parecía que en el mío casi nunca daba el sol, al menos yo no lo sentí en todo el año; imagínense lo duro que es esto para un canarión (a pesar de que llevara algunos años en La Laguna).

No era pues de extrañar, que a lo largo de todo el año, llevara siempre el paraguas, “por si acaso”; como dato a tener en cuenta he de decirles que no llovió ni un día de los que estuve en esa Santa capital.

Estaban cerca las Navidades; mi madre me había dicho que entre los dos pagaríamos los mariscos, allí más buenos y económicos que en Las Palmas.

Le dije a la señora de la pensión que dónde los podía comprar, ella, me respondería:

e-libro.net

- Eso, quien mejor le puede indicar es D. Jaime.

Le fui pues a buscar al restaurante y a pedirle ese favor; allí no estaba; me dijeron que estaba en el mercado.

Pues como para allí tenía que pedirle si me acompañaba, era una casualidad muy grata.

Fui al mercado, y cuando me vio, como siempre me dio la espalda; iba vestido como en él era habitual. Corrí tras su persona, y cuándo le di alcance le dije lo que me pasaba y que si me quería ayudar a elegir el marisco. Se portó muy bien conmigo, aunque me soltó:

-Eso –unas cinco mil pesetas- es muy poco dinero.

-Es un detalle que les voy a llevar, no para alimentarnos sólo con ellos.

No le dije que mi madre ponía una parte, ya que si no creería que era un muerto de hambre, cosa por otro lado de la que no andaría muy desencaminado.

Ahorraba y ahorraba, para poder pagarme un viaje en vacaciones por los alrededores; hoy eso me parecería una perdida de tiempo, una desfachatez y una caradura (con la carrera y hacía mi madre).

Eligió buen marisco, al menos eso nos pareció en Las Palmas; me los puso vivos todos.

Tras el gran detalle por su parte, le di las gracias y me fui con la bolsa hasta los topes a la pensión.

En esa época, siempre que estudiaba, o sea casi continuamente, adelgazaba un huevo; las razones podrían ser porque mis cenas eran muy frugales, a base de un poco de pan con paté, usé éste todo el año, pues tan ofuscado estaba con los estudios, que no se me ocurrió que podía comprar muchas más cosas para untar el pan; la eche era una de régimen en polvo, que por cierto sabía mal con ganas, era un bote rodeado por una banda de papel azul y con un dibujo en el que se veía una jarra llena de una leche blanquísima que se vertía en un vaso; tenía un aspecto muy apetitoso, pero el sabor era nefasto.

No usaba leche liquida, pues no tenía infiernillo para calentarla; para calentar el agua de la leche usaba la resistencia anteriormente citada. El pan era sublime, aunque no comía mucho por pensar que iba a engordar.

Otras veces compraba en una vieja panadería, trozos de queque, la mayoría de las veces algo quemados; no, no se esmeraba mucho la señora de la panadería, quien, sinceramente parecía una loca, con sus pelos de punta. No iba al restaurante a cenar, por parecerme muy cara la cena; Totó iba allí también a cenar, y a pesar de eso también estaba flaquísima; yo manejaba más dinero para gastos que Totó, pero ella lo invertía más en alimentarse y en el alojamiento.

Solía mi amada llevar un jersey rojo debajo de la ropa; al igual que yo, llevaba una camisa térmica, aunque la de ella estaba sucísima, era más delgada que la mía, y le quedaba más suelta que a mí; la mía se pegaba al cuerpo y no había forma de despegarla; era un regalo de Inglaterra de mi hermana Piluca.

Mis relaciones con Totó iban cada vez mejor.

Me despedí de ella, de Luis y de la mujer de la pensión, con quien no me llevaba muy bien, pues siempre me estaba gritando; lo que no soporto mas que de mi madre.

Fui al aeropuerto en taxi, allí no tuve que esperar demasiado, aunque no recuerdo si me compré una revista de política o no.

Recuerdo que me sentaba frente al bar, y allí no gastaba ni un sólo duro, ni siquiera un café; ese aeropuerto tenía pinta de ser caro.

Iba vestido con la chamarra, la que pensaba, que me daba un aspecto más informal y unos pantalones vaqueros de tonalidades un tanto grises, similar a los de moda, pero de un color muy particular, como diría Antonio Gala, yo quería estar entre “los diferentes” y “los ganadores”.

Iluso de mí, todavía estaba yo con esas; para ser sincero, las veces que me veía solo en mi cuarto o sea de continuo, más me sentía un perdedor que un ganador.

Aunque los viajes los hacía como ganador, y no como perdedor.

Ahora que recuerdo, llevaba “El Quijote” de mi tío Joaquín para leerlo, y con el que Águeda se quería quedar. ¡Y una mierda que se lo iba a dejar a ella, después de lo bien que se portó conmigo!; Águeda, si tienes algún libro más mío, devuélvemelo, aquí te lo digo, para que no hayan secretos entre los dos, que contigo no quiero tener ningún tipo de relación, ni que tu tengas alguna deuda conmigo, como yo pienso que no la tengo contigo.

Estaba contento, pues iba de vuelta a casa, empezaba a encontrarle significado a la Navidad, ahora empezaba a ser un tiempo de cierto relax, para ver a los amigos y a la familia, sobre todo a esta última, y cambiar impresiones con ella. Aunque en realidad, es el sentirse querido lo que uno busca.

e-libro.net

Las dos semanas de vacaciones estudié y estudié (bueno todo lo que se puede en dos semanas, y encima si a esto se une el ver a los amigos ya me contarán). Respecto a la vida que llevaban mis amigos, no ambicionaba ninguna, todo lo contrario. Lo único que les ambicionaba era que no hubieran tenido las dificultades que yo había tenido que sortear; esperaba, ahora sí, ese año llevarme el título a mi tierra; vamos a ver cómo eran los resultados de los exámenes.

El día de Nochebuena, lo pasamos todos los hermanos de forma muy tranquila en casa de mi madre, que era la que mi madre había conseguido "cogerle" a mi padre. Estábamos todos salvo mi hermana Saso, que por primera vez en su vida lo pasaba fuera de nuestra casa; sí, en su casa, con Juancho. Saso había empezado a comprar su piso en Madrid poco antes, y aun le quedaban por delante unos diez años para pagarlo.

Pasé todas las fiestas en mi casa; no salí ni un día con Mari; no quería saber nada de ella; estaba muy encariñado de Totó; a pesar de todo, me daba la sensación con ella de que debía ser yo el que resolviera todos los problemas; eso me preocupaba.

Cuando estaba en La Laguna, había pasado anorexia nerviosa; esperaba no pasarla ese año, aunque llegué bastante delgado a Las Palmas, donde engordé unos cuantos kilos.

Una de las veces, fui con mi hermana Pilar a ver a Joaquín y a mis tías; fuimos a su casa. Me habían dicho que Joaquín estaba malo en la casa.

Como no abría, insistimos; por lo visto, lo despertamos y nos abrió.

Cuando salió, estaba medio delirando, y por primera vez en mi vida, vi la muerte de una persona, reflejada en sus ojos; ésta no me engañó.

Se preocupó en darnos dinero, aunque yo le decía que no por gestos, pues se me había ido el habla al ver lo que vi. A pesar de todo, nos dio cinco mil pesetas a cada uno, aunque en principio había confundido un billete de mil por uno de cinco.

Nos dijo que pensaba que era la enfermera la que venía. Pensé que seguramente, nos agradecería que nos fuéramos, y eso hicimos. Le dije a mi hermana de esperar a las tías y a Antonio, para comunicarles que Joaquín iba a morir.

Como no venían nos fuimos de la Plaza Santo Domingo, al "Puente de Piedra", donde nos metimos en una heladería. Tomamos un par de refrescos, luego fuimos otra vez a la casa, y allí "alehop", milagro de los milagros; estaban nuestras tías llegando. Les dije lo que había visto, y un poco me corrieron sin hacerme caso.

También vi en esas vacaciones a Octavio y Paqui, y éste, el primero, me dijo:

-A ver si se muere ya de una vez mi padre.

Seguro que lo dijo para él adueñarse de su farmacia, pues el gran Octavio, tenía un trabajo en el sur, supongo que bien pagado, y en Las Palmas, encima de la farmacia de su padre, había puesto a medias con Antonio Granados un laboratorio de análisis clínico; recuerden que ellos hicieron la mili como especialistas en análisis. No le daban estos trabajos tanto como pensaban, a pesar de ello, se habían comprado un dúplex en Santa Brígida (esa era la aspiración de mi vida) entre los dos; Paqui se puso a dar clases de matemáticas en un instituto; desde mi óptica, les iba bien, muy bien, aunque ellos pensaran que no les iba bien, les parecía insuficiente, para algo habían sido de los primeros.

Según me dijo Octavio años después, él había ido a una especie de celebración del Colegio de Farmacéuticos, en el que se encontraba el farmacéutico colegiado más viejo (mi padre) ante el más joven (él).

Llegué más gordito a Santiago y todos, sobre todo las cocineras del restaurante, así me lo hicieron saber; de todas maneras lo notaba en la ropa, me quedaba más estrecha.

No puedo recordar, a pesar de hacer memoria, si le llevé algún regalo a Totó, creo que no, pues a Luis seguro que no le llevé, a pesar de haberme acordado de él, pero no supe qué regalarle.

Reanudé la vida, cuyos momentos de ocio creo que eran exactamente igual que antes, a saber: a) Lecturas de periódicos en el bar. b) Charlas con Luis. c) Quedarme luego un ratito con Totó.

Pero pasemos al auténtico motivo de mi estancia en Santiago, el primer parcial de Broma: suspendido; el de Galénica, pendiente del segundo, y las dos optativas estaban suspendidas.

No fui a ver la de los dos puros, pero sí a las nuevas. Me planteaba si efectivamente, era un fracasado, uno que no sabía estudiar, cuando me jugaba que era de los que más y con más tesón estudiaba.

Cuando fui a ver a los de Farmacodinamia, previamente fui al baño, allí me refresqué, y me autosugestioné, pensando y bombardeándome con: "Triste, triste, triste,..." de tal forma que todo mi cuerpo reflejara tristeza; esto me salió muy bien con los dos jóvenes del departamente; uno de ellos incluso, el drogata, el fumeta de porros,

e-libro.net

se puso tan acongojado, que se fue para no ponerse a llorar, por complejo de culpabilidad, el otro, el más seriecito, se quedó bastante hecho polvo; el que no se inmutó, fue el catedrático, quien me trató despóticamente. Me mandaron a otro profesor que era quien corregía, al que nunca lo había visto, así que no dije nada.

Ese departamento era nefasto, todos muy marchosos, salvo uno que era el más serio, pero no por ello inteligente, pues ni siquiera sabía explicar la regla aplicable a muchas enzimas, de "La llave y la cerradura", !País!, adónde íbamos a parar, y eso que Santiago tenía más prestigio que La Laguna; pero garantizo, no por ser la mía, que nuestra promoción era una de las más fuertes y luchadoras que he visto, o será que los primeros años, hasta que me dejó Águeda, era un ñanga; todo es posible.

El otro que tenía que ir a ver, me gustaba menos, pues era un cabrón de tapadillo; sí, se hacía muy suave dentro de lo estricto, pero me hacía recordar al chorizo de Latín, pues este era igual de chorizo, solía llevar una hortera corbata, camisa de cuello corbata, pantalones de pinzas azules, a juego y del mismo color que la rebeca.

Reconozco que me porté de forma deshonesta con este profesor y su asignatura, aunque era un auténtico batata, es más el único concepto con fundamento, el día que fui, y que explicó, estaba mal dicho.

Cuando fui al departamento vi como él, mirando mi persona y las fichas, pensaba: "Pues no, no era a este al que yo quería putear"; vi mi ficha con mi foto, aunque enseguida le dije:

-Yo creo que traje la ficha, si lo que ocurre es que no la ve, le traigo otra.

Me acuerdo que la vi perfectamente, pues llevaba puesto un jersey a rayas negras y rojas, que ya nunca más me puse, y que con el tiempo se lo regalaría a Totó.

No era de extrañar que el departamento funcionara rematadamente mal, con semejante individuo al frente de él. Deplorable, nefasto.

Daba la sensación de estar vacío el departamento, aunque a decir verdad, ese aspecto lo ofrecían todos los departamentos de la facultad a los que fui.

A veces, y sobre todo los fines de semana que salía a la calle, me encontraba más que solo, pensaba entonces: "Solo Dios, estoy solo"; recuerden como esto me daba ánimos para seguir pa'lante en La Laguna, aquí se me atragantaba de forma supina.

Ese año y años anteriores, mi gran maestro entre los escritores era Antonio Gala, por lo humano que pensaba que eran sus escritos. Hoy ya no puedo pensar eso, comparando con otros de los grandes; es más, me da la sensación, hoy día, de que es un ateo redomado, y con mucha falta de esperanza en la especie humana; puede ser, no digo que no, que fuera por el libro que leería más adelante [no el libro, sino sus artículos semanales del Semanario del País, que en esa época leía semanalmente (valga la redundancia)], y hoy día los leo en un libro que los compendia: "La soledad sonora".

Había en el restaurante, una pareja (ella vivía en el mismo piso que Totó), creo que eran de Historia ambos, de lo más extraño; siempre iban juntos, eso sí, pero daba la sensación que entre ellos no se hablaban, y menos si cabe el tomar o dar a entender afecto, cariño u odio, nada de nada; no iban tampoco nunca cogidos de la mano ni con el brazo echado sobre el hombro; los conocía porque iban al mismo restaurante que nosotros a comer; como verán el jefe, o gran jefe, como lo llamaba Luis, tenía el negocio a tope; de todas maneras, no había reparado en esa relación hasta que Luis me hizo caer en la cuenta.

Sigamos con el "teacher" de Micro; me convocó para otro día. Día ese en que tenía el segundo examen de Broma.

En el piso mi cabeza palpitaba a más no poder, estaba en la duda de si ponerme mi mejor pantalón o no, tras mucho dilucidar y algo elucubrar, llegué a la conclusión de que debía llevar los nuevos; pues, cómo no, el examen es una cosa que hay que tomarse muy en serio y al que hay que ir muy bien vestido.

El pantalón era de color verde botella; iba tan nuevo que el Dr. Creus, al mirarme, y cosa inusitada en él, se extrañó en gran manera al verme así vestido, pensando en que como siempre me había visto con el uniforme que seguramente no tendría dinero para nada.

Fue tal su sorpresa que dio un respingo, y desde lo más profundo le salió un aura blanca, no muy grande pero sí intensa, señal, de que ese sujeto era algo extraño; muy extraño; no sabría decir si era un santo, un genio, o qué coño, pero no era normal; al menos nadie en mi vida me había causado tan gran impresión.

Quizás fuera eso una señal de que iba por mal camino; pues lo que me imagino que él pensaría en ese instante era que yo iba de pobre, cuando lo cierto era que no lo era tanto; esto último, por mucho que quisiera dárselo a entender, no podría, pues no era cierto.

e-libro.net

El examen no me pareció difícil, lo que sí encontré inverosímil fue la reacción del profe, quién sabe si era un genio, y de estos se puede esperar todo. No sé.

Luis no hacía mucho me había dicho que Ruiz Mateos le había dicho:

-De cada vez, una sola cosa.

Estaba en la tesitura de si ir o no ir al departamento de Micro después del examen, con lo que mi cabeza no regía al cien por cien. Aparte de eso, ya había visto lo mal que sentó al profesor Creus el que llevara unos pantalones (y zapatos) nuevos.

Ante la duda, opté por no ir, dejarlo todo para el día siguiente. Pero, calamidad de calamidades, ese día era viernes, fatalidad de las fatalidades, el siguiente día sería ya a la semana siguiente, el lunes. Aun así, me atreví a posponerlo.

No recuerdo cuando, pero me había puesto de acuerdo con Totó para salir de marcha, con ella y su prima, quien estaba en Santiago; ella vivía en Madrid, y por motivos de trabajo había ido a Santiago, salí con las dos. Cuando llegué al bar en que nos habíamos citado, y nada más verme llegar, la prima se quitó unos enormes pendientes, es posible que pensara que no me gustaban, pues no acertó, a pesar de su tamaño sí me gustaban. No tengo ni idea en qué se basaban esas mujeres al pensar que a mí no me gustaba que se maquillaran y demás cosas que hacen las mujeres; era todo lo contrario, me encantaba y me encanta, que se pongan las pinturas de guerra. Águeda se maquillaba y cuando lo hacía me alucinaba.

Quizás la prima se quitó sus "joyas", pensando que yo era muy marchoso, y no me gustaban esas cosas. *Craso error* señorita.

No recuerdo gran cosa de esa noche, ni siquiera si hablé, probablemente no, ya que estaba aturdido por el examen, a la salida de los cuales, me desinflaba del todo. Recuerdo, eso sí, verme en un par de bodegas, y en un par de bares, bebiendo y bebiendo, como es natural; sé que pagué unas cuantas rondas, pero tampoco recuerdo cuántas, ni si menos o más que ellas.

Lo que tengo claro, es que me fui solo a mi cama, pues Totó se fue con su prima al hotel donde la compañía la había alojado.

Mi "novia", hizo que ese fin de semana pasara sin pena ni gloria, pero eso sí, diciéndome lo bien que se ganaba su prima la vida con su profesión, que según decía ella estaba muy bien pagada. Esto ni lo afirmo ni lo niego, pues nada sabía de ella; de todas formas algo sospechaba, algo me decía que no era el león tan fiero como lo pintaban.

El lunes, lo primero que hice fue ir a ver al profesor al departamento de Microbiología. El muy cabrón, lo primero que me dijo, nada más verme fue un:

-Sí, sí, era usted al que yo me refería.

Estas palabras me dieron la impresión de que me había visto de juerga el viernes; me lo imaginaba, espiando los días de juerga, a ver si veía a alguno de sus discípulos de marcha, al que sin duda escacharía de la forma más escandalosa; tiene que ser esto, si no, no me imagino qué puede ser; quizás el que no fuera el mismo viernes que me citó, a su departamento, aunque él, muy cabrón, no me dio tiempo a explicarme.

Así que, según diría mi hermana Pine: "Cógete el culo".

Los fines de semana se iba Totó al Ferrol, de donde era, a pasarlo con su familia y sus amistades. Los domingos (no todos), compraba el periódico y semanario de más venta en España, de tintes izquierdistas, y me iba enseguida a la pensión.

Allí "la doña" me decía:

-¿Por qué no va usted a esas terrazas y se sienta a tomar el solito?

-No, no - le decía escabulléndome.

"Aparte de puto, apaleado, pensaba, estaba el horno pa'roscas, como para que me vieran haraganeando los profesores, y tomándome una cervecita".

Le hacía caso en lo que me decía, de que me sentara en el saloncito y que me diera algo el sol; mi compañero de cuarto también se iba a su tierra el fin de semana. Según me explicó, él navegaba. "Oh, de eso entiendo algo" pensé para mí, pero las fotos que me enseñó eran muy claras, se trataba de un pequeño bote de fibra de vidrio; me dije "¿y a eso le llamas navegar?, eso no es más que chapotear", pero me contuve, no era cuestión de criticarlo de forma despótica, por mucho que a veces piense que se lo merecía, a pesar de que lo encontraba un buen chico; no tanto ya serio, sino una buena persona.

e-libro.net

Entre semana hablaba algo con Luis y Totó, demasiado, me empezaba a parecer; pero por el contrario, el fin de semana, no hablaba con nadie los dos días; no puedo garantizar que fuera un acto inteligente o bien que estaba obsesionado y sólo me preocupaba el estudiar y estudiar; seguro que sí estaba algo turbado.

Me calentaba algo en el solecito los domingos en el salón, aunque tampoco aguantaba mucho, me sentía incomodo, ante tanto trasto viejo de madera sin barnizar; cansado y depresivo; "Qué bajo estoy cayendo, Dios mío, y otros amigos ya tienen hasta buenas casas".

Prefería meterme en mi cuarto y leer sentado en una cama, era más blandito y más mío, aunque igual de deprimente; no lo sé con garantía, pero tengo la sensación de que a mí siempre se me dejó en los peores sitios; mirándolo positivamente uno se dice, "Todo sea por acrecentar el espíritu de superación, y la ley de la supervivencia".

La forma en que leía las noticias de los periódicos sobre la guerra, parecía que estaba casi haciendo una tesis sobre el Golfo Pérsico, eran las primeras noticias que leía en los periódicos; nadie me había dicho si Irán e Irak estaban lejos, yo pensaba que estaban en África, por Marruecos y no sabía que estaban bastante más lejos, a pesar de existir bombas atómicas y misiles. Más que leer las noticias u hojear, las estudiaba cual si se tratase de un libro de texto del que me tenía que examinar. Era, efectivamente, algo preocupante, lo que a mí me preocupaba esa guerra; lo raro es que ni a Luis ni a Totó les preocupaba el que yo me preocupase.

Al igual que siempre también en el semanario, leía a Fernando Fernán-Gómez y a Antonio Gala, una cosa muy curiosa, y que no puedo explicar es que hasta antes de ese año, me ocurrían las cosas después de leídas; sin embargo en Santiago, leía y ya me habían pasado esas cosas, generalmente, pocos días atrás; mi gran maestro en esa época (a falta de otro, por burdo desconocimiento) era Antonio Gala.

El domingo, pues, no estudiaba mucho, por la opresión que la soledad y la excitación me creaban, dejándome poco trabajador y sin ganas de acometer lo que debía acometer.

Tenía muy mala mentalización como ven; sobre todo los fines de semana, pero seguro que era por sentirme tan solo, y no tener cerca ningún ser querido; bueno, miento, uno sí había, la señora de la pensión, aunque no cogí con ella mucha confianza, no por nada sino por lo mucho que me gritaba.

El comedor, la parte de los estudiantes, estaba muy vacía los fines de semana, demasiado vacía; el único que se quedaba al pie del cañón era el menda; mi Totó se iba, y Luis iba a descansar con su amante y los hijos de ella.

Su amante, Bego, la conocí cierto día, entre semana; iba vestida con un traje y una capa, arrolladas ambas al cuerpo, me fijé tanto, pues siempre usaba el mismo. Echaba las cartas. Era, según palabras textuales de Luis:

-Una simple aficionada; aficionada nada más Fijoleis.

Con ello me daba a entender que sus lances no tenían por qué ser ciertos, es más aseguraría que me quiso decir que no le hiciera mucho caso de lo que decía.

Bego estaba algo obesa.

Le decía, siempre que la veía, que me echara las cartas, aunque no les hacía maldito caso.

Según decían las cartas, yo era un chico rubio que siempre estaba luchando al pie del cañón (eso hasta el momento, había sido casi cierto, a partir de ese día, mejor ese año, no sabía por donde iban a ir mis derroteros); pero esto es muy relativo, pues quién no lucha, ya no de todo corazón sino aunque sea algo de vez en cuando, por muy banales que fueran sus metas o motivos. Siempre he luchado, salvo aquellas fatídicas vacaciones que tanto abundaron estando con Águeda; incluso así, los resultados no eran todo lo positivo que deseaba, y que pensaba que me merecía.

¿No estaba perdiendo el tiempo con Luis y Bego, al tomarme el café con él y que me echara luego las cartas ella?

Siempre salían cartas muy positivas, tanto a Totó como a mí, hasta que cierto día que estábamos todos, Bego le dijo a Totó:

-Saldrás con un chico rubio, pero espera, ese no será Antonio.

Sé que en mi vida privada, me porté muy mal con Totó, a la que siempre he querido mucho. De todas formas, no es con la única que me he portado mal; quizás nadie me aguante; o será que no me quería bajar del tren en marcha, aunque yo siempre las invito a que se suban a él.

Quizás transmitía mi temor a Luis sobre la guerra, no lo puedo aseverar pues él ni admitía ni negaba nada, se limitaba a escuchar, o tal vez, yo iluso y confiado de mí, creyendo que me prestaba mucha atención, no lo hacía, sino que su pensamiento estaba en otra parte, aunque él estuviera allí, que en el fondo era lo importante, ayudán-

e-libro.net

dome a pasar tan penoso trance; dicen que del ocio saca el escritor sus libros, no puedo aun confirmarlo, pero puede que sea verdad, pues el presente escrito es todo menos un tratado científico, que en principio era sospechable que fuera. Estaba harto de tanto luchar, contra esa casta de farmacéuticos, a la que a mí tanto me estaba costando pertenecer; ¿les había ocurrido algo de eso a mis amigos? lo dudo; eran más inteligentes que yo, seguro; entre otras cosas está claro que eran más inteligentes, pues no se metían en los problemas en los que de forma inconsciente me metía de continuo, a pesar de pensar que iba por el camino idóneo.

¿Es que no aprendía yo, el no aceptar que con mujeres no se puede llegar a altas metas? !Y una mierda!, ¿no hay premios Nobel y genios por ahí casados, y bien casados? (detrás de cada gran hombre hay siempre una gran mujer).

De todas formas hay mujeres para todos, unas a las que les gustan los ganadores, y otras que prefieren perdedores.

Dependiendo del éxito de este libro, estaré en uno u otro bando; así que señores: “Leedme, leedme mucho y bien; corríjanme en lo que está mal o mediocre, que así aprenderé mejor a comunicarme con vosotros (de forma excepcional he usado este pronombre, pero no se acostumbren, pues es muy inusual en mí, canarión de pura cepa). Gracias anticipadas”.

Era la Universidad de Santiago una de “las mecas” de las universidades; a mí me costó mucho, aunque hasta hace poco, pensaba que no era así, pero hoy, pensándolo más fríamente, no me quede más remedio que aceptar, que era casi un sitio de culto; aunque por mi parte, estuviera tan poco predispuesto a rendirle dicho culto.

Cuando salió la nota del segundo de Broma, me entró pánico y desasosiego, estaba suspendido; “!No Dios, esto no puede ser!”

Opté por ir a ver el examen; me lo enseñó el Dr. Creus, quien me preguntó si había ido a ver el primer examen, le conteste que no; no le dije que hasta ahora, no era muy usual en mí ir a verlos, estuvieran suspendidos o aprobados (recuerden que fueron pocos, salvo los de Arturito).

El Dr. Creus, siempre tratándome de usted, y por supuesto yo con más ahínco aún a él, es más, nunca me atrevería a tutearlo, me dijo:

-¡Sí, sí!, usted ya está aprobado con nosotros.

Eso era la primera vez que me lo decían, era algo inaudito; por primera vez en mi vida, y antes de finalizar una asignatura, estaba aprobado en ella; nunca lo sospecharía, pero fue muy cierto.

Le di las gracias y me fui.

Esto no fue un éxito que me hiciera remolón, que va, todo lo contrario, me serviría para disciplinarme e instruirme más en su asignatura.

Mientras estudiaba, vi un problema que no entendía, por lo que decidí ir a ver al Dr., de entrada, y con los cinco sentidos alerta, a quien vi fue a Sr. Huidobro, quien me dijo que el Dr. Creus estaba en el otro despacho. Eso me lo dijo enfadado, seguro por no irle a preguntar a él las dudas. Una cosa que me hizo gracia, es que tenía un libro de texto en inglés, como si estuviera preparándose la clase de alguno de sus hijos, bueno, eso me pareció, aunque vayan a saber si lo que ocurría realmente es que él estuviera perfeccionando su inglés, quién sabe si para posibles cursos o similares en el extranjero, o simplemente porque preparaba sus vacaciones en un país donde se hablara este idioma, quién sabe.

No iba a preguntarle nunca ninguna duda al Sr. Huidobro, pues todo lo que él explicaba, era de lo más dudoso.

Fui donde me dijo el “Ogro”, y allí vi en la penumbra (cosa que no tengo ni la más puñetera idea del por qué lo hacían, el estar a oscuras, a saber si era por ahorrar) a dos mujeres, una de ellas sé que era profesora, pues nos había explicado el análisis de leche y los vinos en prácticas; la otra supongo que también lo fuera, aunque no la conocía, y el tercero era Creus. Este, muy respetuosamente, enseguida se levantó y me llevó a su despacho, pequeño pero nuevo todo el mobiliario; no me atreví a levantar la cabeza, no fuera que lo tomara como una falta de respeto, él me dijo que tomara asiento y eso hice. Él se sentó después de que yo lo hiciera, cosa también inaudita.

Le hice la pregunta del problema que no entendía, era una estupidez de pregunta, y se quedó muy extrañado de que no lo supiera, aunque nada más él empezar a explicármelo, caí en la cuenta de cómo se hacía.

-Ah, ya, ya sé cómo se hace. Perdone, lo siento y gracias.

Con la misma, sin casi sentarme, me fui. Contento por lo fácil que era. Aunque hoy pienso que fui estúpido al decirle que me explicara tal facilona pregunta.

e-libro.net

No creo que creyera que le estaba haciendo la pelota, pues esto no se acercaba en absoluto a lo que pretendía.

El Dr. Creus, cojeaba de una pierna y tenía una prótesis en la suela, aumentándola, pues una de sus piernas era más corta que la otra.

Parecía, o al menos los rasgos de él me lo hacían parecer, un gran genio, pero no sé en qué lo sería, pues de Broma seguramente no, a pesar de que tenía los conceptos más claros que el resto de los profesores; como secretario del decano, lo dudo, aunque hubo una época en que casi afirmaría que era él el que le hacía el trabajo al decano, pues Creus era más inteligente, eso parecía, que su jefe. Bueno, lo cierto es que no sabía a qué se dedicaba; me extrañaría que su doctorado fuera una tapadera, aunque quién sabe.

Era el profesor la más bella persona que he visto, a pesar de no saber por qué me atraía tanto ese hombre.

Otra cosa que me pasó en enero, es que mi hermana Saso me llamó por teléfono. Se oía fatal. Ella intentaba decirme que mi padre y mi tío Joaquin habían muerto.

Yo, egoístamente, y para no derrumbarme, le decía:

-Ahora no, Saso, ahora no. Tengo un examen hoy.

Ella insistió e insistió, seguro porque no se imaginaba que yo fuera tan inhumano.

Lo de la muerte de mi padre no me afectó tanto, pues nos había dejado en la miseria, y nos había puteado al máximo. Sin embargo, mi tío Joaquín, siempre tan cariñoso y pícaro a la vez, ese sí que me importó, aunque ya había visto la muerte en sus ojos.

Llamé pues a mi tía, creo que al día siguiente, que era fin de semana, y les di el pésame por teléfono, me contestó Dulcina:

-¿Dígame?

-Soy yo, Antonio, para decirte que lo siento por lo de Joaquín.

-Ya, ya. - dijo ella.

-Oye, que es verdad. Bueno, adiós.

No sabía a cuento de qué se había cabreado conmigo.

Según me enteré años después, era porque mi padre había muerto en diciembre, aunque mi familia no me dijo nada, por lo que a ellas les sentó mal, seguro, que fuera a verlas esas Navidades y no les mencionara nada al respecto. Aunque lo supiera, no sabía qué le iba a decir, ni siquiera si ellas o yo, nos debíamos disculpar los unos con los otros.

Lo cierto es que ellas, no nos avisaron, a nadie de mi familia de la muerte de mi padre.

Fue mi padrino Domingo, quien, leyendo el periódico, vio la noticia de la muerte de mi padre. Llamó a mi madre y se lo dijo, ésta se conmovió, (del amor al odio, sólo hay un paso, al menos eso dice el refrán, y en ciertas ocasiones creo que sea cierto también lo contrario).

En mi casa, sabían todos la noticia menos Piluca y yo. Piluca estaba en Inglaterra, y yo en esa tierra de meigas y santos.

Volvamos a febrero, el gran carisma del Dr. Creus, me tenía asombrado.

No podía asegurarlo porque no me la tomé, pero no me extrañaría que la presión arterial me subiera en uno o dos puntos, tanto la diastólica como la sistólica, o quizás de forma descompensada, los fines de semana, cuando me veía solo, sin mi Luis y mi Totó; me había encariñado con ellos, es más, eran el único clavo ardiendo al que me agarraba; de tal forma era esta dependencia, que cuándo no estaban me faltaba una parte de mi ser, me encontraba estresado, con dificultades para respirar, y no sabía ni qué ropa ponerme; uno de esos fines de semana, vi a un profesor, marchosillo él, aunque con chaqueta, y me dije, ¿si me viera en la calle y me reconociera, se alegraría, o se molestaría al verme que no estaba estudiando?

Me resultaba esto un gran dilema, puede, que a algunos les gustase, mientras que a otros no; por ello lo mejor era no dejarse ver mucho.

El domingo, solía ir a comer vestido de forma distinta, aunque todos los domingos iba igual.

El sábado y el domingo eran días de llamar por teléfono a la familia. Cerca de las cabinas telefónicas, había una pensión de chicas. Estaban buenísimas, daba gusto verlas salir a llamar por teléfono y observarlas pasear o esperar por la calle. Algo francamente apetitoso.

Llegó con más pena que gloria la Semana Santa, pues allí los carnavales son una mera fiesta en la que casi nadie se disfraza; casi diría que quien se disfraza hace el ridículo.

e-libro.net

En esa semana de vacaciones no sabía qué hacer, pero de lo que sí estaba seguro era que no me quería quedar allí por lo que me fui de viaje por Galicia, tras coger mi bolsa azul (era de mi hermana Saso) y cómo no, mi paraguas, del que no me separaba a sol ni a sombra, nunca mejor dicho, pues ese año no llovió, vuelvo y les digo, ni una vez.

Cogí el tren no recuerdo hacia donde, por supuesto en clase turista; eran trenes muy viejos y estropeados.

Cuando llegaba a mi destino, lo primero que hacía era enterarme dónde estaba la consigna y qué debía hacer para dejar la bolsa y el paraguas, pues hacía buen tiempo, antes de ponerme a buscar la pensión.

Al principio empecé a vagabundear pensando dónde podría encontrar una. Después de pensar un rato: "Oh, la, la, entraría en un bar y allí preguntaría". Del pensamiento al hecho, no fue un trecho, sino lo que tarde en buscar un bareto, ni muy caro, ni muy barato, normalito, a los que raramente entraba.

Entré y allí me tome u ribeiro, mientras preguntaba a la gente de la barra, si me podían indicar donde había una pensión.

Hubo suerte, pues a los primeros que pregunté me dijeron de dos o tres pensiones que habían por allí cerca.

De las últimas en que pregunté me atendió una chica de unos treinta años, me gustó mucho, se acercó al precio que yo pensaba pagar, y encima pensé que uno se podía echar un polvito con ella por la noche.

No sé qué me condujo a alquilar precisamente otra que estaba llevada por una familia muy agradable; allí mismo tenían un comedor en el que no comí ni una vez; ya que estaba de vacaciones, iba a comer fuera; aunque lo cierto es que me compré una caja de galletas y una botella de agua y fui a la habitación doble que me habían asignado (a pesar de que la pagaba como individual), a comer.

Nada más entrar me puse a leer las normas de seguridad; nada nuevo, caso de incendio y demás.

Las casualidades de la vida, se dio en esa ciudad, sí, vi por allí a un estudiante que almorzaba en el mismo comedor que yo en Santiago, lo saludé con un movimiento de cabeza, pero ni él ni yo tuvimos intención de hablar, ni de ir más allá. Una casualidad (¿sería una casualidad, u otra cosa?, dejémoslo en casualidad).

En la calle me alimentaba, el almuerzo, a base de tapas, cerveza y ribeiros; así que imagínense como funcionaba mi cerebro; paleto de mí, no llevaba ningún libro que leer, y tampoco sé si compré los periódicos; tampoco veía tele, y como consecuencia los días se me hacían enormes, a pesar de que caminaba y caminaba, e iba de un sitio para otro, sin sentido, caminaba deprisa, para no parecer un ocioso, ya que no llevaba pinta de turista.

No se me ocurrió visitar museos ni nada de eso, a pesar de que sería una ocasión única.

Por la tardecita me iba a la pensión y allí cenaba las galletas con agua; algo auténticamente fantástico, todo un gran reconstituyente.

Al día siguiente, sin quererlo, me topé con una agencia de Información y Turismo y la chica que aquello atendía, me dijo que podía ir a La Toja, aunque si venía de Las Palmas, eso no tendría aliciente, pues eran locales comerciales y demás, como en mi islita querida.

Tampoco se me ocurrió comprar el periódico local o guías del ocio, que me indicasen acerca de cines, teatros, o lo que fuera, pero algo donde ir.

Estaba aburrido y como siempre recurrí al alcohol; creo que bebí en exceso, para variar, y para romper el aburrimiento, aunque eso me llevó a sentirme más solo si cabía.

Dije en la pensión cuando llegó el miércoles que al día siguiente me iba; me dijo que no había problema; ese día me fui a dormir pronto y no borracho, sino sereno.

Jueves Santo: "Bien, voy a sacar el dinero y a irme a otro sitio, a cambiar de aires".

"¿Qué raro?, hay muy poca gente en la calle, y las tiendas están cerradas, y !ay!, !pobre de mí!, los bancos también". Claro, era Jueves Santo, día de fiesta, y no tenía tarjetas de crédito.

"¿Qué hacer?, ¿cómo pago la pensión?" Estaba desesperado, y de pronto se me ocurrió una idea, llamar a Luis y ver qué podía hacer. Él me dijo que no desesperara, que hiciera un escrito y se lo entregara al posadero. A éste le expliqué quién me había indicado eso, y el buen hombre, pues conmigo lo fue, y grandemente, me dijo:

-No se preocupe, que yo conozco al director del banco, y no va a haber problemas.

El escrito era corto, claro y escueto, pero no me acuerdo qué decía. Se arregló todo muy amigablemente, tanto que dentro de la desgracia me sentí contento.

Me quedaba muy poco dinero, no me daba para llegar a Santiago, sino a un sitio más cerca de él, pero no mucho. "¿Qué haría después allí?", eso era harina de otro costal; pensé en ir caminando a Santiago siguiendo los

e-libro.net

raíles del tren; no me arriesgaba, no sabía el camino, no tenía ningún guía ni compañero y no tenía ni ropa, ni calzado adecuado para largas caminatas.

Cuando me comentó Luis de ir a su casa, me insistió muchísimo en que los dos, Totó y yo, íbamos a ir a la misma habitación y en la misma cama; él me repitió esto muchísimo; yo nada le decía, pero le daba a entender claramente que no importaba, vamos al menos a mí; a ella no se lo pregunté, pero me imaginaba que no era tan grave. Esto no me resultaba un gran problema, es más, lo veía natural, y por esto mismo fue quizás por lo que no se lo advertí a Totó; ¿o quizás sí se lo advertí?, no me acuerdo.

Como les he dicho no tenía mucho dinero, pero me encaminé a la estación y allí vi a un ser muy extraño; no paraba de mirarme, quizás porque el extraño fuera yo; en ese momento lo que pensé es que era mariquita y que estaba pensando en atacarme.

Cuando llegué a mi destino me apeé del tren y no pregunté donde estaba la consigna sino la comisaría más cercana.

Hacía ella me dirigí; pasé por un edificio oficial , y allí le pregunté “al nacional” sobre el lugar de la comisaría; éste temblando de miedo y mirando para mi bolsa de la que sobresalía el paraguas, que seguro él, por ver muchas películas policiacas, estaba convencido que era un arma, me indicó donde estaba la más próxima.

Agradecido fui hacía allí. Cuándo entré vi a dos policías, que tras contarles mi caso, me dijeron que qué quería, uno de ellos, el más cabrón y que estaba hablando por teléfono cuándo llegué con alguien que aseguraría era su amante, pues este me decía que él no podía hacer nada; el otro, a mi derecha, y a la misma altura del mostrador que el que me increpaba, estaba seguro que de ser por él, me hubiera dado mil pesetas para resolver mi situación.

Al final lo que me respondió fue que si quería, podía llamar por teléfono a quién quisiera y explicar mi situación.

Llamé a Totó, quien afortunadamente estaba en su casa. Le conté el caso y medio cabreada me dijo que ella iría para allá al día siguiente. Se lo agradecí todo lo que pude, y le pedí que llevara dinero de reserva, que se lo devolvería cuándo abriera el banco; al final no recuerdo si se lo devolví o no, aunque mi intención era dárselo.

Les pregunté por último a los policías, dónde podía dejar la bolsa mientras tanto; él me dijo un sitio donde diciendo que iba de parte de ellos no tendría ningún problema.

Hacía allí fui, y efectivamente, al decirle al posadero de parte de quién iba, no me puso ningún obstáculo. Yo les dije:

-Seguramente mañana vengo a buscar la bolsa, cuándo mi novia llegue.

-No hay problema.

-Pues nada, muchas gracias. Adiós, adiós -agradecido me despedí.

No sabía qué hacer ni adónde ir.

Me fui pues a vagabundear por la ciudad; atravesé un gran trecho, hasta dar con unos baretos que no tenían pinta de ser muy caros.

Entre a uno de ellos y me tomé una sola copa. Bueno, ya tenía un sitio al que llevar al día siguiente a Totó, quien esperaba que no me diera la negra, pues habíamos empezado a salir hacía poco, y aún no sabía cómo eran sus arrebatos.

De todas maneras, era de las pocas personas en las que confiaba, aunque sé, que a la gente desde que se les pide dinero, cambian el semblante; a eso estaba tan acostumbrado, que ya no me influía ni una mala contestación; que ahora que me detengo a recordar, fue lo que hizo Totó. Sí, ciertamente, me dio una mala contestación.

De todas formas confiaba en ella más de lo que desconfiaba, cosa esta última que ni se me pasaba por la cabeza.

Tenía que pasar la noche en algún sitio; ahora iba en sentido contrario, andando lo desandado, me dirigía nuevamente hacía la zona que más conocía (aunque como comprenderán, todo era igual de desconocido).

Pasé por delante de lo que era o parecía ser un club de yates, y enfrente una lujosa discoteca; la gente que se veía por allí, parecía que eran de dinero; me senté en un banco de un paseo que había frente a la discoteca; mientras estaba viendo entrar a la gente, aun no era muy tarde, vi por allí unos coches de policía (nacional), por lo que preferí hacer “mutis por el foro”.

Caminé largo rato, eso me lo pareció, cuando de repente subo por una escalinata, y, !zas! vi la gran solución a mis problemas, una zona de chabolas, donde nadie me preguntaría qué hacía allí.

e-libro.net

Hoy sé que esto fue el disparate mayor que he cometido en mi vida, pues allí me podían haber atacado por el mero echo de molestar, por ver si tenía dinero o por cualquier otro motivo o incluso sin motivo.

Seguro por otro lado, que era un sitio de venta de drogas, donde me quitarían el dinero, y, a saber qué mil y una desgracias me podrían haber ocurrido, aparte de la consabida redada de la policía, la que precisamente y más insistentemente me preguntaría qué es lo que hacía allí.

De todas formas en toda la noche sólo vi por allí a una persona.

Era de todas maneras extraño, pues la zona donde me encontraba estaba bien pintada de blanco, estaba sentado en un banco hecho en una pared, y las condiciones higiénicas no eran malas, al menos no aspiré malos olores y demás; realmente no se parece en nada esa zona de chabolas a las que ahora conozco.

Allí vi el amanecer del nuevo día, mientras veía a lo lejos encenderse poco a poco las luces de los edificios, con la gente que se levantaba para ir a trabajar o a clase. Pero, ¿no será esto tremendo disparate?, pues ese día yo lo creía así; ¿no estábamos acaso en Semana Santa?, si acaso algún guardián que llegara de haber pasado la noche fuera trabajando, esto es más lógico, o por qué no, gente que venía de juerga. He estado engañado con lo primero todos estos años, y hoy caigo en la cruenta realidad.

También es verdad que puede ser que algunos quisieran ir a ver las procesiones típicas de esta semana; pero ¿tan pronto se levantaban, a las seis o las siete de la mañana?

No se lo pregunté a Totó, pero quizás ella ya tenía hecho planes de cómo pasar la semana y yo se los eché abajo, y encima no por un regalo o una buena noticia, sino todo lo contrario, pidiéndole dinero.

Al alborear, miccioné por allí cerca, pensando que era el sitio donde menos llamaría la atención, entre otras cosas porque no había nadie. Era curioso pera no oí ni cuchichear, ni nada de nada en todas las horas que allí pasé.

En toda la noche, tan sólo vi a una persona que viniendo de abajo, por donde yo llegué, se desvió a su izquierda y ya no vi a nadie más en toda la noche.

Lo cierto es que no oí escándalo, ni vi trasiego de drogas y dinero como supuse.

Cuando me pareció ya una hora prudente, me alejé de allí cuanto pude; me fui a una zona comercial, sin saberlo, allí caminaba y caminaba más aprisa aun, pues la gente a la que veía iba muy bien vestida; es raro, si pensamos que era día de fiesta y que la mayor parte de los pequeños, como grandes comercios, no abrían; no me fijaba en nada ni en nadie. Iba o pretendía ir por donde menos gente hubiera.

Entré al bar más cutre que encontré; tenía mierda por todos lados, y estaba vacío, quizás como mucho con dos personas, seguro que dos consumidores. Pensaba que se me leía en la frente que no tenía dinero; me tomé un cortado y lo pagué. Mi capital después de este lujo eran diez pesetas. No sabía si con ese dinero podría entrar a un supermercado y comprarme un pan, pero no sabía el precio del pan. Por supuesto, pan solo sin nada que echarle dentro, ¡hasta ahí podíamos llegar! Seguro que costaba más de diez pesetas. “Pues nada, a esperar a Totó, y esperemos que no me vaya a pegar la negra”. “No tengo más que diez pesetas, y eso y nada es lo mismo, por mucho que quiera ver las cosas de forma optimista”.

Hoy lo cuento como una experiencia, pero ese día estaba con sueño, sucio, hambriento y solo, en una ciudad en la que no conocía a nadie, y más grave aún, donde yo era un don nadie.

Realmente varias veces había sentido ese concepto denigratorio acerca de mí.

Como no podía hacer nada más, decidí ir a esperar a Totó a la estación, que no era tal, sino una calle cualquiera (aunque determinada), de la ciudad.

Allí creo que esperé un par de horas. Se me iban los ojos a los bares que por allí había. Se portó bien mi querida Totó, fue a buscarme, a rescatarme.

Me dio una gran alegría. No fue igual lo contrario; no, me dio un gran rapapolvo, que no recuerdo por qué era, si por despistado, o por qué coño sería, lo cierto es que me llevé el consiguiente sermón.

Nada más bajarse, nos fuimos a un bar cercano (al que ya le había echado el ojo), y allí nos tomamos unas cañas y unas tapas; a ella no sé cómo le sentaron, a mí fenomenal, hacía siglos que no comía (no tanto, pero si bastante tiempo que no me alimentaba medianamente).

A pesar de que sabía que las cervezas contenían alcohol, de todas formas no me importaba beberlas, pues igualmente sabía que eran de entre las bebidas alcohólicas, de las más nutritivas que existen, por la cantidad de sustancias beneficiosas y alimenticias que contienen.

e-libro.net

Cuando ya estábamos satisfechos, le dije a Totó de ir a la pensión donde había dejado mi bolsa. Cuando llegamos le pregunté si nos alquilaba una habitación; me contesto que no, que no podía ser, aunque no me dijo el motivo. Yo tampoco se lo pedí.

A regañadientes nos dejaron que pusiéramos junto a la mía la bolsa de Totó.

Hecho esto, nos fuimos a buscar pensión; no tenía ni idea de donde estábamos, a pesar de que nos dijeron que cerca de la estación de trenes. Buscamos unas cuántas y al final dimos con una que nos convenció.

Tenía dos camas separadas e individuales. Sinceramente, no pensé en hacerme muchas ilusiones, pues Totó estaba muy enfadada; yo encima, por mi parte, también lo estaba.

Fuimos a buscar los bártulos a la primera pensión y los dejamos en la nuestra. Nos duchamos por fin, y salimos a dar una vuelta. La llevé a la zona de bares que había descubierto el día anterior.

Allí, y en el bar donde estuve, estuvimos tomándonos unas cuantas copas. Ahora que lo pienso, Totó bebía quizás más de la cuenta.

Estuvimos un buen rato por la zona, los gastos, aunque era ella quien pagaba, corrían de mi cuenta. Cuando ya estábamos sin saber qué hacer, Totó decidió que nos marcháramos; le comenté que me conocía el camino de vuelta. Pensaba que era ir en línea recta y paralelo al día anterior.

Pasamos por unas discotecas de mucho postín, o que lo parecían. Entré a una de ellas a curiosear y me pareció que aquello debía tener unos precios desorbitados, no aptos para nuestros bolsillos.

Aún seguía pensando que íbamos por buen camino. De pronto, empecé a ver zonas totalmente desconocidas y desérticas. Sí, me había perdido; esto no era una hectárea de terreno, donde lo difícil es perderse; aquello era una gran ciudad, donde era fácil hacerlo, y eso es lo que me había ocurrido; y, aunque ella no lo quería reconocer, también estaba perdida, pues en ningún momento dijo de ir por aquí o por allí.

Llegamos finalmente, a base de preguntar, a donde estaba la pensión, precisamente preguntando por la estación de trenes.

Cuando llegamos, caí totalmente rendido, tras ponernos los pijamas; no sé si Totó se durmió al instante. Yo, caí muerto, “plof”, hasta la mañana siguiente.

Nos levantamos y nos duchamos, aunque las toallas eran las mismas del día anterior, por lo que no nos pudimos secar muy bien.

Nos llegamos a la estación de trenes, y allí embarcamos en uno con destino a Santiago. “!Aleluya!” (es curioso que yo odiaba Santiago, pero era mi lugar de destino, y me resultaba acojonante).

Llegamos pronto. Habíamos quedado con Luis unas dos horas más tarde.

Fuimos a un bar donde todos los allí presentes me parecían maricas y así se lo dije a Totó. Ella no me dijo nada, ni lo que ella creía, ni lo que dejaba de creer.

Llegué a esa conclusión porque parecían muy finolis, y no hacían más que mirarme; no caí en la cuenta que era un gran rival contra ellos, para conquistar a Totó. No sabía que a la acompañante de uno, se debía estar conquistándola continuamente.

Después de tomar algo. No puedo acordarme si habíamos desayunado o no, o si ese era mi primer café del día y único desayuno; ciertamente me estaba pareciendo a un americano de los westerns de USA, de los que sólo beben café y güisqui; yo, sin quererlo, iba casi por el mismo camino.

Pero bueno, habíamos quedado con Luis y Bego, y hacia donde quedamos nos encaminamos; llegamos a la estación de trenes, por fuera, y allí acababan de llegar los dos en su gran coche (era un coche largo).

Nos subimos y saludamos a la pareja, Luis, como buen anfitrión, no dejo de hablar durante todo el trayecto, que ciertamente, me pareció enorme, a pesar de que él decía que no, que estaba a tres pasos su casa de su trabajo.

Claro, él, acostumbrado a tener que coger el avión para ir a cualquier parte. Recuerdo que una vez me contó que los norteamericanos eran muy numereros, que él fue allí por motivos de trabajo, y lo fueron a buscar con un coche enorme y demás.

No habló mucho sobre ellos. Yo le conté que estaba esperando, o mejor ya no, sino que hacía algunos años, había tenido esperanzas de irme a estudiar a Norteamérica; él me contestó.

-Si logras triunfar allí y con ellos, lo lograrás en cualquier parte.

Al rato, como quien no quiere la cosa, me dejó otra vez dicho eso de: “Yo nunca quise fama, Fijoleis...”

Pasamos por rías y demás; si me preguntaran si soy capaz de ir a ese sitio, desafortunadamente tendría que decir que no.

e-libro.net

Luis no me lo había dicho, pero su casa de alquiler, era un chalet de unas proporciones enormes.

Tenía dos plantas, en la de arriba, vivía, o eso intuí, el dueño y su mujer. Luis me dijo algo de ellos, pero no concretó.

Le dije que tenía una casa fantástica y me contestó:

-Pues Fijoleis, tan sólo por cincuenta mil pesetas.

Enseguida pensé: "¡Jo, que barata es aquí la propiedad!; desde que se aleja uno algo de la capital, todo se abarata muchísimo".

El dueño debía ser ejecutivo de algo; así lo demostraba su gran aura. Entré con la cabeza gacha, aunque no dejaba de verlo de reojo; él me miraba a mí descaradamente.

Muy amablemente me ofreció Luis entrar. Yo me iba asombrando cada vez más, de ver el buen estado en que estaba la casa.

Luis me dijo que él cuándo vio el chollo que era, ni siquiera le dio tiempo a traer sus cosas de Madrid, que incluso la cubertería venía con el lote.

Totó no decía nada, callaba y callaba, creo que por el shock de verse ante tal magnificencia; yo no podía descubrir qué era, pero ella había bajado la cabeza y no decía nada.

A mí, sin saber por qué, pues tenía una mujer que se cuidaba mucho, me dio por decir que el propietario de la casa era maricón; seguro porque tenía un aura mayor que la mía, y cómo no, por mirarme de forma tan descarada, lo cuál me molestó bastante; encima no lo saludé al entrar, por lo que él tampoco me correspondió, aunque sinceramente, no me imaginaba a un amigo de un arrendatario saludando a los arrendadores de la casa.

La cena era abundante y opulenta, en una mesa mejor puesta aun; era tal la opulencia, que no sabía para qué servían muchas cosas, nada difícil por cierto de creer.

Todos esperábamos a empezar a comer; ellos esperaban por nosotros, y yo por Totó; eso lo había aprendido de mi madre, que me había dicho que la primera en empezar a comer era la invitada.

Le daba patadas y codazos a Totó, pero ella seguro que pensaba que debía ser otro el que empezara a comer; al final se lo dije bajito, empezó a comer y todos la seguimos.

Había gran variedad de platos; aunque no era como en los mejores hoteles, que hay muchos platos, pero muy poco de todo, no, allí había abundancia de todo. No quería llenarme hasta que viniera la carne. Alabé muchísimo a la cocinera, aunque ignoraba si eso era o no de buen gusto. Me imagino que al menos le tuvo que gustar a ella.

Ella una de las veces, no recuerdo cuando, aunque sí que lo dijo:

-Porque antes, que yo no tenía dinero...

Y verse de golpe y porrazo ante tales lujos.

Me extrañó que no tuviera sirvientes, quizás sí los tenían, debía ser, pues la casa estaba como los chorros del oro, y todo para Bego sola, me resultaba excesivo. Seguro que le iba alguien a limpiar entre semana.

Ya podían estar orgullosos ellos de casa; aunque según decía él: "Aquí no hay grandes fortunas como en Madrid, Fijoleis". Siempre que hablaba conmigo, se refería a mí por mi apellido.

Yo a veces usaba su nombre para llamarlo, pero nunca su apellido, me resultaba absurdo usarlo con un amigo, a pesar de que a los profesores sí me dirigía a muchos por él. Pero a mis amigos, no digo que no fuera una deformación, pero los trataba por su nombre, salvo a algún que otro.

Al final de la comida, nos tomamos un buen coñac; no recuerdo si Totó también, creo que Bego no lo tomó, seguro que ni le gustaba beber, ni que bebieran los demás.

Estaba reventado, recuerden los días que llevaba comiendo como un pajarito, y de golpe y porrazo, que lo traten a uno como al rey de la selva.

No lo sospechaba, pero ahora casi aseguraría que debíamos estar apestando, pues llevábamos gran parte del trayecto sin bañarnos (tan solo una vez en varios días) y sin cambiarnos de ropa.

Nada me dijo, ni tampoco observé que pusieran mala cara al acercarse a nosotros, por el mal olor que debíamos despedir. No lo pensé, pero aunque fuera más joven que ahora, y que el olor a sudor quizás no era tan intenso, algo, como mínimo, debíamos de oler. Volvamos esta mala página de mi vida y tiñámosla de buenas palabras.

Después de la cena, le toco a Luis fregar los platos, mientras me decía:

-Hay que dar ejemplo a los pequeños, aquí todos contribuimos en todo.

Yo le decía si quería que le ayudara, él me contestaba que me olvidara, que yo era el invitado.

e-libro.net

Hablamos del chollo del chalet y que él no había traído nada de Madrid, como ya dije; desconozco si en Madrid vivía de alquiler, supongo que no, pues si no, no podría dejar allí sus cosas.

Llegó la hora de los jóvenes, Totó y yo íbamos a tomarnos una copa con una pareja amigos de ella.

No nos quedaba más remedio que pedirle prestado dinero a Luis; le pedí cinco mil pesetas. Esto no le hizo mucha gracia, pues me lo dio con un mal gesto en el rostro. Pienso, que no era para tanto, pero ya se sabe sobre los banqueros, solo son amigos de los que tienen dinero, o peor aún, del dinero. Esto me lo dijeron más tarde, y bien cierto que era.

No recuerdo cuánto dinero había llevado Totó, pero no debía haber sido mucho, pues estábamos en plan austero y ya lo habíamos gastado todo; quizás seis o siete mil pesetas.

Le aseguré a Luis que le pagaría nada más abrieran los bancos.

Olvidemos y volvamos esta también oscura página, como todas las que se refieren al dinero, sobre todo cuando no se tiene.

Caminamos hasta el pueblo al que pertenecía esa zona de casas terreras, había tanto grandes chalets como casas terreras humildes. Esa zona era verdaderamente agradable; y luego estaba su verdor, del que aunque yo no hacía mucho caso, sí lo echo ahora de menos.

No recuerdo el nombre del pueblo al que fuimos, aunque no era muy grande. Tampoco recuerdo donde estuvimos con sus amigos.

Sí recuerdo, y que me hizo mucha gracia, el pañuelo que llevaba la amiga de Totó, anudado en la cabeza, como los estudiantes chinos en épocas de revolución; juro que me hizo pensar algo en ello. “!Caramba con los amigos de Totó!”, me habían salido todo unos revolucionarios; habían alargado su adolescencia hasta la juventud, solo le faltaba una mancha roja (de sangre o no) en el pañuelo, la marca del Sol Naciente.

Era flaquita pero fea, al menos a mí no me agradaba en absoluto, y menos su marchosería barata, quizás porque uno ya venía de vuelta de eso.

Su novio iba de pantalón y chaqueta vaquera, no recuerdo su calzado, y una camiseta (lo más probable, pues tampoco lo recuerdo exactamente) blanca, el color lo recuerdo perfectamente.

De ella no sé nada, creo que estudiaba con Totó; de él sin embargo sé que trabajaba cargando y descargando contenedores en el muelle; supongo que sacara un buen dinero, pero él, *per se*, era tremendamente negativo; todo lo veía oscuro.

Le intentaba animar; al menos para eso servía, si bien no era muy inteligente por otro lado, para empezar el estar de vacaciones en lugar de estudiando, y segundo y primordial, el estar bebiendo y no cerveza o sidra precisamente, no, sino cubatas y güisquis.

¿Quien pagó todo aquello? no lo recuerdo, me imagino que yo la mitad, y él la otra mitad. Espero no haber hecho como siempre, eso es, el bobo, o sea que pago todo, y encima, en lugar de agradecerlo me critican.

Lo que no me gustó nada era haber bebido tanto.

Al acabar la noche (la juerga), decidió Totó que nos fuéramos. Así lo hicimos; el trayecto de vuelta se me hizo mucho más pesado, con sombras muy extrañas y desagradables. Ruidos que parecía que eran de camiones y luego no aparecían y demás; en definitiva, que tenía algo de miedo, por mí y por ella, no porque la pudieran violar, que eso no me pasaba por la mente, sino porque nos pudieran apalear, cosa que veía como más posible.

Bebí en exceso, durante las horas que duró la juerga no hice otra cosa, y supongo que todos hicieron igual; pensaba que tenía aguante para el alcohol, pero no podía asegurar cómo me sentía, intuyo que fatal.

Después de desandar lo andado, llegamos. Yo, descansé.

Habíamos quedado en que la llave estaría escondida en un sitio. Entramos y en la cocina, en la entrada, estaba Bego haciendo la comida del día siguiente, aunque ahora que lo pienso, a saber si realmente nos estaba esperando, que todo es posible.

Llegamos a la casa y cuando me di cuenta de Bego le dije en un susurro a gritos:

-¡Dios mío Totó, controla tú!

-Sí –replicó ella.

Entramos, y como siempre, el rápido de reflejos fui yo. Intentaba hacerme el simpático, aunque seguro que lo único que conseguí era hacerme el antipático.

Como sabía que le gustaba echar las cartas, y por hacerme el amable, le dije si me las echaba.

Las fue a buscar y me las echó; hoy supongo, que más que en echarme las cartas tendría ganas de decirnos: “váyanse a la cama a dormir la tremenda borrachera que traen”, no sin cierto y justificado empute.

e-libro.net

Pero se consideraba una gran señora, que lo era, supongo, y tenía que hacerse del gran mundo, como quien había visto muchas cosas, entre ellas a jóvenes que salían a tomar una o dos copas, pero que "las dominaban muy bien".

Después de estar allí más o menos media hora, diciéndome ella lo que siempre me decía cuando nos echaba las cartas. Nos fuimos pues a la cama.

Totó se puso el pijama dándome la espalda, que por cierto la tenía muy bonita. Era bajita y delgada, al menos comparada conmigo. Yo también estaba en pijama, el rojo; el de ella era blanco con pequeños muñequillos en azul.

Nuestra ropa no era de muy buena calidad, aunque algo mejor la mía, pues mucha me la había dado mi padrino. A ellos les comenté que era un registrador de la propiedad; así se lo dije a Luis, quien dio un respingo pensando: "Aquí hay dinero". Después me enteraría que no, que era el primer oficial de un registro de la propiedad.

En la cama, me pasé cerca de una hora toqueteando el cuerpo, la parte del tronco y los pechos de mi amada; ella no se movió para nada; supuse que estaba dormida.

Me pasé la noche en blanco, pensando en todo lo que había ocurrido y en el dueño del chalet; pensé y no tengo ni idea por qué, lo de que era un maricón redomado; era extraño que pensara eso, pues encima tenía su mujer al lado.

Tal como diría mi padrino, es que cuando se le mete a uno una cosa en la cabeza, está con ella una semana, y no se la puede quitar de encima.

Eso mismo me estaba pasando a mí, con todos los personajes del mismo sexo que se tropezaban conmigo.

A la mañana siguiente, creo que dormí una o dos horas a lo sumo, nos levantamos y enseguida le dije a Totó de ducharnos. No lo hicimos juntos pues ella no quiso. No insistí ya que estábamos en casa ajena, y con los dueños en ella.

El baño era oscuro, casi negro, todo muy nuevo y en perfecto estado; daba gloria estar en aquella casa. Nuestra habitación era la de los niños, aunque no sé ni dónde andaban ni dónde dormirían ellos.

Una vez duchados estuvimos haciendo tiempo a que Luis se despertara, quien supuse que algo debía hacer para levantarse tan tarde; él, cuando lo hizo dijo que allí el fin de semana no habían obligaciones de ningún tipo. Quizás Bego le llevara el desayuno a la cama.

Nosotros, para variar, no desayunamos, aunque sinceramente no lo eché en falta, habíamos comido muy bien el día anterior, y para ese día se preparaba otro gran festín.

El almuerzo fue superior al del día anterior; me extrañó lo bien que vestía una de las niñas, la otra era más normalita, pero una de ellas ya era e iba hecha toda una señorita.

El almuerzo fue supremo; las niñas preguntaron si podían ir a casa de unos vecinos y el padre putativo, que en definitiva era lo que era Luis, les dio permiso con la condición de que regresaran pronto. Después del excelente almuerzo, se fueron.

Luis, las mujeres y yo, nos fuimos por una ría a dar una vuelta. Allí deambulamos por las barcas y demás. Sugerí que entráramos en la pequeña iglesia que había y eso hicimos; yo, como para joder al Señor, y haciéndome el hombre de mundo, miraba la iglesia desde un punto de vista artístico, pero sin participar de y en ella, ni siquiera para rezar un Padrenuestro. Luis al salir me dijo:

-Has tenido una buena idea al decir lo de la iglesia, Fijoleis.

Nos sacamos unas cuantas fotos, con mi cámara, puede que Totó llevara otra, no lo recuerdo. En esa semana gasté un carrete como mínimo. Pero ya no era el aficionado y enamorado de la cámara que era antes. Después, hartos de tanta cultura, agua y embarcaciones, nos fuimos a un bar.

Allí pedimos unas cuantas tapas y unos vinos, y después de mucho esperar, tan sólo nos sirvieron los vinos, de los pulpos a la gallega no vimos nada, aunque a mí se me apetecía comerlos, no por hambre, sino por ser típico del lugar.

Al salir, pensé en invitarlos, aunque no me quedaba mucho dinero; Luis insistió en que él pagaba; no me defraudó, era un gran señor, a pesar de ser banquero.

No tengo ni idea de cómo lo toman los banqueros, pero para mí el dinero es el fin para conseguir unos fines, esto es, es el medio; pero digo el fin, pues estudiaba con ese fin.

e-libro.net

Se acababa la Semana Santa y teníamos que volver a nuestros trabajos y obligaciones; me parecieron largas, bastante grandes. Fuimos los cuatro en el coche camino de Santiago; a Totó la debía nombrar como mi acompañante; a ella no le gustaba que le dijera que era su novio, aunque la tomaba como tal por las cosas que nos habían ocurrido juntos, y la camaradería con que nos tratábamos, a pesar de no haber hecho el amor todavía.

Seguro que fui bobo, o así me consideraba Totó, por no llegar más lejos, pero unas veces por puro cansancio, otras porque pensaba que ella no tenía ganas, o no quería, lo cierto es que dejé pasar toda una serie de grandes oportunidades.

Puede ser que porque no habíamos hecho, lo que tan fácilmente otras veces había hecho con otras, fuera por lo que Totó no quería que yo fuese su novio; o vaya a saber uno por qué.

Llegamos sanos y salvos a Santiago, y tras dejar a Totó en su pensión, me fui a la mía. Al llegar saludé a la señora que la cuidaba; ella me recibió sin mucho entusiasmo; como si hubiera estado mejor en mi ausencia que conmigo.

Me dediqué a deshacer la maleta, y a colocar cada cosa en su sitio.

Al día siguiente, pues ya no recuerdo que más haría ese día, lo primero que hice fue ir al banco y sacar el dinero que debía. Tal como conté, no me acuerdo si pagué o no a Totó. A Luis sí le devolví las cinco mil pesetas y este me las recogió y encima me puso mala cara. Quizás la mala cara era un poco de comedia, para que no le pidiera más. O quizás era real, que le disgustaba que le pidiera dinero al que había sido encargado de custodiar el de los demás; o quizás porque estaba harto de que sus amigos sólo lo quisieran por el dinero.

Otra cosa que me disgustó de su mala cara, es que yo había cumplido mi parte del trato, que consistía en el primer día después de vacaciones, o el primer día que abrieran los bancos, devolvérselo. Tenía poco dinero para tantas deudas, pero como siempre me ha gustado cumplir con mis deudas, pues eso hice.

Un buen día, sin venir a cuento y mientras estaba estudiando, oí una voz en mi interior que me decía:

-!¿Rosa?! -"¿qué raro es esto?", pensé.

Bajé a alfa, y allí fui a mi laboratorio, no sin cierto temor. Cuál no sería mi sorpresa, al ver que uno de mis consejeros era Totó; esto, como años después, mejor dicho hoy, veo que es un disparate dejar ciertas cosas que se resuelvan por tan sólo la intervención del hombre.

Allí, ya sabían lo que me había pasado.

El truco que utilice fue rodearme el cerebro con una campana de cristal; la voz seguía diciendo lo mismo por diversas partes del cerebro.

Yo estaba extrañado: "¿Qué será esto?""¿Quién es?", pregunté mentalmente.

Me respondió la voz del dueño de la pensión. "¡Jodío gordo!, pensé, así que quieres guerra, pues la tendrás".

Al poco me di cuenta que con la campana de cristal no era suficiente. Le mande una descarga mental al jefe, tal, que me quedé extenuado. Luego me cubrí con una campana de acero el cerebro. Seguía sin ser suficiente, ahora empezaba a oír otra voz, mucho más dominante y exigente; era el mismísimo Felipe González, quien me pedía que me identificara y mi D.N.I.; se lo facilité gustosamente. Esa fue la última voz que me trató con respeto; a partir de ahí, sería una serie de ordenes continuas durante seis días con sus respectivas noches, que pasaría en vela.

Unas me decían que fuera a un sitio, otras a otro. Un día me dijeron que fuera al cine, no sabía qué películas habían en cartelera, pero las voces hacían que yo, como un insomne, me dirigiera hacía la cartelera; cuando allí llegué, las voces pararon de mandarse entre sí y a la vez todas a mí, vi una cartelera. Las voces me dijeron que fuera a la que ponía "Ciudadano Cane" (o Kane).

Hacía ese cine, el más alejado de todos, me encaminé; no sé bien cómo llegue, quizás porque era todo en línea recta y cuesta abajo.

Cuando llegué al cine, no había casi nadie esperando a entrar, llegué con el tiempo justo. De todas formas, me dio tiempo a visualizar en la parte izquierda superior de la pantalla, unas hileras de recuadros en la que habían doce ministro en total. De repente, encontré a uno que estaba "impuro", vamos un traidor, y ellos, los socialistas se congratularon mucho. Lo echaron.

La película era subtitulada; sólo leía lo que las voces me mandaban que leyera; eso sí, la parte que atendía, lo hacía con infinita concentración, tal que por lo que allí veía que pasaba, me entraban ganas de vomitar. El colmo fue cuando vi a Hitler despistado, me entro pánico.

e-libro.net

Mientras, otras voces, me representaron a Totó en la parte izquierda de la pantalla, donde antes habían estado los ministros; allí vi a Totó claramente, como si fuera una mestiza, similar a una cubana morenita; me indicaban las voces donde tenía ella el punto G.

Me parecía también tremendamente fuerte la película, por cosas como que a uno, no recuerdo quién, las autoridades le hicieron un lavado de cerebro, haciendo que se aprendiese su nueva vida, poco a poco y haciéndole leerla en un libro a saber inventado por quien o quienes.

Seguro que era un no adicto al régimen, cosa que a mí hasta ese momento no me pasaba con los socialistas. Es más, Felipe González, me caía incluso bien.

Me resultaba tan fuerte y repugnante dicha película, pues me habían sensibilizado al máximo las continuas voces, tanto, que poco me faltó para echar la mascada, la vomitona, allí mismo.

Cuando salí, más enfermo que sano, uno de los del cine me sonrió, como dándome a entender que era un masque la película, y encima subtitulada; le dije:

- Sí, sí...

Y me fui corriendo a un descampado que había por allí cerca. Donde sin aun haberme habituado a la luz solar, me hicieron, principalmente Felipe González Márquez, que respirara profundamente, eso hice, con fruición, hasta tal punto que llegué a la conclusión que lo que había al fondo era una fábrica abandonada en donde había mercurio; nuevamente me entró el pánico. Estaba a punto de ser envenenado total y absolutamente, y no sólo yo, sino todos los que nos rodeaban, y no hay ni que decir de los que por allí vivían, que eran muchos, pues era zona de edificios con viviendas y demás.

Había “enviado mensajes” mentales cierto día en clase al Dr. Creus. Estos trataban sobre dinero y amor; si tenía de ambos; no le pregunté sobre la salud, pues lo di por descontado.

A la pregunta de si quería a su mujer, me contestó con un “sí” muy característico; a la del dinero me contestó también afirmativamente, motivo por el que decidí que mi mujer de ese momento, y para el resto de mis días: Totó, sería la definitiva; no conté con ella pero lo di por descontado.

Cierto día, en que yo, raramente, estaba en la pensión de Totó, le dije :

-Me tienen cogido.

-Pues que te suelten - respondió ella.

Les pedía mentalmente a las voces que hicieran que Totó viera algo de lo que estaba pasando; a mí por de pronto me habían puesto enfrente a Karpov, y ya que mi ajedrez era muy flojo, les dije:

-Pero ¿qué pretenden que haga yo con este hombre?, que lo pongan con un especialista de lo suyo.

Después nos pusimos encima de la cama, y allí Totó, cosa insólita, tuvo un ligero aura como los que nosotros teníamos. Total, que creí que Totó veía lo que me estaba pasando, al menos eso intuí.

Estaba bastante contento por eso, cuando de repente las voces me dijeron:

-Rápido, salta por la ventana.

Lo iba a hacer, pero de pronto me dije: “Cuidado, la ventana está cerrada, y encima hay una cierta distancia a la calle”. “No importa, piensa que los cristales son como los de las películas”, me decían las voces.

Me lo pensé mejor y pasé de salir a través de ella.

Otras veces las voces me mandaban a ciertos bares; donde bebía bebidas bastante fuertes; una de las veces, incluso me golpeaba F.G. y compañía, de tal forma el estómago, que casi vomito las copas; poco me faltó; aparte de eso, tengo la impresión de que debía estar montando un numerito de mírame y no te menees, pues ¿qué hacía yo solo en el bar, bebiendo y con cara de estar siendo apaleado? (que era en realidad lo que me pasaba).

Encima, por esa época, parecía como si todo estuviera contra mí, Luis se había quedado en su casa, supuse por una carta que me mandó, que haciendo declaraciones de la renta a otras personas.

Una de esas noches, llevé a Totó a mi pensión; la doña estaba al loro y nos oyó, motivo por el que a partir de ese día, cerraba siempre pronto la puerta de la pensión, y yo no podía entrar en ella. Incluso un día me dijo que ella la había oído cómo se había equivocado con el baño, creyendo que era mi cuarto.

Realmente no hicimos nada, pues yo con las voces escuchándolas a toda hora, y en todos lados, me tenían hecho un inútil total.

En definitiva, según parecía, las voces lo que pretendían era que yo resolviese la guerra del Golfo. Yo muy ufano, creía que podía aportar algo, así mandaba, entre otras cosas, energía positiva a los ministros para tenerlos más estimulados.

e-libro.net

También luché algo por la superespecialización, de tal forma que decía a F.G. que lo mejor era que los ministros supieran de todo un poco, aunque fueran temas de su misma cartera; también dije que se cambiaran de ministerio, de unos a otros. Verán que quería resolver el mundo, sin ni siquiera poder resolver mis pequeños problemas personales.

Apañada estaba España, conmigo como líder; al menos eso me dejaban entrever.

Otro día me metieron en un bar, de tal forma que la lucecita roja de la alarma del local, vibraba al son de las preguntas del jefe del "ejecutivo".

Quien menos se metió conmigo fue Alfonso Guerra; también el "pringaíllo" de Adolfo Suárez se metió algo, aunque de éste ya es poco lo que recuerdo.

Al sexto día sin dormir, le pedí dinero al camarero de confianza para ir a pasar la noche a una pensión, él me dijo que por qué no entraba en la mía, le conté como la dueña de la pensión la cerraba siempre, pues estaba la puerta estropeada, y sólo se podía abrir y cerrar por dentro; al menos eso me dijo a mí la susodicha señora.

Él la llamó, y al final me abrió.

Caí rendido en la cama; supongo que me desnudé, pero después de seis días sin dormir ni una hora, bien me merecía un pequeño descanso.

Es difícil de explicar eso de las voces; al día siguiente me levanté y creí que no oiría ya más ninguna, al menos eso me sucedió los primeros segundos; en seguida me di cuenta de lo equivocado que estaba. Las voces volvían y quizás con más fuerza.

Estas una de las veces, me hicieron que me masturbara; nunca lo había hecho delante de tanta gente, al menos, sentía toda una multitud detrás y encima de mi cabeza. Me corrí y todos se pusieron contentos, aunque al poco se pusieron a criticarme, por ello y al igual que siempre, por todo.

Una vez fui a casa de Totó; no me abrió la puerta, seguro que pensaba que yo estaba loco (aunque ella según me diría, no lo pensaba); no sabía lo que me ocurrió, y por lo que parece, siempre se preocuparía por ello, pues no sabía cómo era mi yo de normal, y el yo "poseído", que algo de eso, o sea, que estaba poseído, también pensé. Tal ya digo estuve bajo su ventana, sentado en la calle, sin chamarra ni nada, y solo, como estaba siempre.

Cuando amaneció, llamé a Totó y le tiré un par de pequeñas piedras. Ella bajó muy abrigada y cabreado le dije:

-Porque yo estoy más estimulado que tú, por algo llevo aquí toda la noche, sin chamarra; tengo la columna vertebral al aire.

No creo que me entendiera.

Momentos antes, un perro pastor alemán, se asombró de mis ojos, y quién sabe si pensando en las meigas viró la cabeza aterrado al yo mirarle.

Me estaba llenando con todo el odio que en Santiago se podía almacenar, y todo en un solo cerebro.

Ella accedió a que subiese y allí me escondió en su cuarto tras las cortinas. Allí estaba sentado y encogido en un pequeño recoveco. De repente ella apareció y su mirada me cautivó (hoy pienso: "¿No seria Totó una meiga?, a saber").

Las voces volvieron con más ímpetu si cabe, así me decían:

-!Aquí!

-!Aquí!

-!Aquí!

-!Aquí!

Cada una me mandaba a un sitio totalmente distinto.

No sabía ya ni qué hacer, ni a quién obedecer.

Me fui a caminar sin sentido; fui yendo de un sitio a otro, hasta llegar bastante lejos, sin saber donde estaba; al final parece que bajó algo la fuerza de las voces, o quizás mi cuerpo y mi mente, resentidos, ya no eran capaces de prestar la atención adecuada a estas.

Volví por la zona y empecé a buscar a Totó; la providencia quiso que la encontrara en unos bancos frente a la Catedral, allí me tumbé junto a ella y descansé. Me dijo que había ido a rezar a la Catedral. Sobrecogido pensé: "!Fue a rezar por mí; ésta es mi mujer!"

Agradecido me tumbé en el banco, ocupando mucho sitio, casi todo el banco, y recosté mi cabeza sobre sus piernas. Ella estaba sentada.

e-libro.net

Otro día, por la noche, le dije a Totó que la esperaba en un sitio, mientras ella iba a cenar al restaurante San Jaime. La debía esperar en un sitio, pero las continuas voces me movieron de allí. Me estaba preguntando, dónde iría Totó al no encontrarme donde quedamos, pero yo no sabía, o creía no saber, cómo volver a él; cuándo me di cuenta, Totó estaba a mi lado, efectivamente, cada vez me lo demostraba más, era mi mujer. Le dije que cómo me encontró, aunque no me lo dijo.

Una de las veces, estando en mi cuarto de la pensión; las voces me pusieron una especie de examen, se trataba de una batería de preguntas, tal que si acertaba, podía miccionar con facilidad (recuerden que había un lavamanos), si no contestaba acertadamente, el pene se obturaba, como si estuviese lleno de arenilla. No tengo ni la más remota idea de como pudo ocurrir eso, pero ocurrió.

Pasé la noche "examinándome" y bebiendo agua, para poder eliminarla como estaban mandando.

Cuando me encontraba más que harto de las voces, empecé a oír una voz regia, ronca, y conocida; sí, era mi padre, lo que me dio gran satisfacción. Él enseguida me dijo:

-!Estos socialistas de mierda!

Me decía que les pidiera dinero, por lo que me puse a pensar: "siempre está igual, no piensa más que en el dinero" (cosa por cierto en la que piensan la mayoría de los mortales). De todas formas el ver, el sentir, el oír, una voz conocida, me ayudaba enormemente, me daba ánimos para seguir luchando, y me hacía en definitiva sentirme más seguro.

Mi padre era de derechas, por lo que introdujo un par de personajes de esa tendencia, tales como Aznar, que dirigía el cotarro, y Mario Conde, quien administraría la fortuna que los socialistas debían desembolsar hacia mi persona, por lo que me habían hecho.

La cosa, al aparecer tan grandes personajes se complicaba.

En la nueva situación yo debía salvar el mundo de una hecatombe mundial; al ver la magnitud que iban tomando las cosas, llamé a un profesor de La Laguna, a Matías Llabrés, que actuara como árbitro, a mi cuñado Pepe, que se encargara del corazón para evitar arritmias y demás padecimientos. Por último llamé a mi padrino para que se encargara de los pulmones y el sistema respiratorio, para impedir un ataque de asma, y para prevenir una posible parada o colapso respiratorio.

Al final, resultó, sin saber cómo, que yo había salvado al mundo de un gran malhechor, y debía ocultarme de mis jueces; por ello fue por lo que me puse en mitad de un pueblo, y allí me iba de un sitio a otro, ocultándome todo el populacho, como ocurría en la famosa obra: "Fuenteovejuna".

Después me llevaron a Los Secos, y allí, intentaba esconderme en el infinito mar, también hacíamos como que Miguelo y yo tomábamos distintas caras, él algunas mías, yo algunas suyas, para despistar a mis perseguidores; aquello era un auténtico disparate.

Todo esto se acompañaba de lecturas sobre la guerra en los periódicos. Cada vez iba a peor la cosa.

Aún no sabía eso de: "No hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista".

Allí estaba, y las voces tenían un dominio absoluto sobre mi persona, de tal manera que me hacían girar la cara de un lado a otro, sin yo quererlo ni poder evitarlo; también me hicieron cambiar de cama, con lo que así estaba más oculto y alejado de la ventana.

En eso la dueña de la pensión me llamó, y fui a abrirle con las sábanas a cuestas y yo arrastrándome por el suelo; no sé que pensaría, seguramente, que no andaba muy católico de la cabeza, y así era; las voces me hicieron alejarme de la ventana, entre otras cosas, para que no viera los monstruos que pasaban por ella, entre ellos unas enormes y gigantescas ratas (cosa esta última que no ponía en duda).

Todos allí me daban ordenes, grandes ajedrecistas, la Dama de Hierro, quien atravesaba las fronteras incluso acústicas y llegaba desde las islas hasta el continente; más cerca yo de ella ahora de lo que nunca había estado. Muchas veces hacía lo que decían, como fue cuando me decían que estaba en estado de sitio y me tapaban los oídos por lo que no podía oír nada; mientras parloteaban las voces de fuera con las de dentro, en esos momentos me dejaban a mí al margen, tanto que me mosqueaba al no saber qué estaba pasando.

También me trajeron a S.W. Hawking, con el que sentí verdadero pánico; éste (hoy caigo y veo como todos hablaban español, una gran deferencia hacía mi persona, como ven) me decía:

-¿Quién?, ¿quién?, ¿quién?

De forma específica y barriendo amplias zonas del rango de sonido entre ambos umbrales, tal que era realmente algo digno de oírse.

e-libro.net

Yo, inundado en pánico, no miraba ni respiraba, cuando después de en principio un amago de desaparición, se fue por completo; sí, consiguieron que se me encogiera el corazón. Al final descansé.

Consideraba a este personaje el cabrón del año al que sólo le interesaba fama y dinero, y a quien le interrumpiese en su camino al logro, lo hundía. Eso pensaba en esos días.

Como ven la mayoría de las voces eran crueles.

El profesor Llabrés dijo en una ocasión en mi cerebro contándoselo F.G. y a sus siervos:

-Pero bueno, yo soy un 'preclaro' y a mí nunca me ha pasado nada de esto.

Era la primera vez en mi vida que oía esa palabra, aunque descifré su significado por no ser difícil. Voy a ver si existe, un segundo, no se vayan. Bien ya estoy otra vez aquí; sí, la palabra existe, y tiene más o menos el significado que creía.

¿Qué?, que quieren saber lo que significa. Pues vayan al diccionario a mirarlo.

Una noche las voces me sacaron a la calle y allí me tenían de un lado para otro, era algo totalmente denigrante y absurdo.

Cierta noche la guerra era inminente; los socialistas habían puesto un avión a mi disposición; entraron todos; la última en entrar fue Maru, y me cabreé con ella, porque llevaba a sus hijos.

Aparte de esto, esas mismas personas, me habían advertido que frente a mi casa en Las Palmas, había un tanque, para prevenir y ayudar a mi familia en lo que fuera. Seguro que mi madre no se olía nada.

Yo, para ver si la cosa iba bien, llamaba a los líderes de la familia y a los que no lo eran, para tranquilizarles, aunque me da que más que tranquilizarles los preocupaba.

Le decía, aparte de eso a mi padrino:

-Domingo, estoy mal, realmente mal.

Creía que era el único que me entendía y podía arreglarlo, o bien si me podía curar.

Una de las veces, me cogió mi padre, que era el que tenía la voz más regia de todas, bien por ser el mayor de todos, o bien por ser un bebedor empedernido; cosa que me preguntaba en ese momento: "¿Por qué tiene mi padre la voz tan regia y distinta a la de los demás?"

Me llamó para que fuera a ver a Mario Conde; ellos se preparaban para pedir cantidades desorbitadas a los socialistas, por haber hecho lo que habían hecho, sin permiso de nadie.

De Juancho, creía yo que lo que a él le interesaba era un libro que pertenecía a mi tío Joaquin; él preguntaba: "¿Qué libro es ese?"

Yo no sabía cuál era, si un viejo manuscrito que él (mi tío), tenía , o bien El Quijote, libro aún no leído por Juancho, según me enteré tiempo después.

Las voces seguían importunándome. Ahora me decían y obligaban a que fuera a Madrid.

Esa noche no fui a Madrid, ni mucho menos, lo que hice fue ir a la pensión de Totó; antes había cogido un cuchillo de esos con mango de plástico y punta redonda, para cargarme al primer espía que viera y se topara en mi camino.

Mi osadía llegó lejos, pues imagínense verme a esas horas de la noche, con un cuchillo en la mano, yendo a casa de mi amadísima Totó.

Cuando llegué a su casa, asustado, dejé el cuchillo de blanco mango, y me dije: "¿yo qué hago con esto?" Me di miedo.

Le dije a Totó, si sacaba dinero y nos íbamos los dos a otra pensión; ella accedió (ella sí tenía tarjeta de crédito, yo no; ahora que caigo, podía haber sacado dinero antes de yo pedírselo a Luis, en fin, pasemos esa oscura página).

En una casa de pisos, hablamos con el portero, un señor bastante serio que nos indicó el piso al que debíamos subir; el ascensor era verde por fuera. "Pues sí que es grande esta pensión" me dije.

Llegamos al piso que nos indicó, y de entrada no podíamos cerrar la puerta; no se me ocurrió ir abajo a pedir otra llave, u otra habitación que cerrara; seguro que lo hizo con mala intención.

Pasé directamente al baño, no para mear, sino para ducharme; estaba bastante desquiciado, pues las voces no me dejaban ni siquiera razonar sobre si el agua caliente era más idónea para dormir que la fría, o al contrario; estaba absolutamente desesperado.

Dejé la puerta abierta, por lo que Totó me vio tal y como vine al mundo, aunque no creo que eso la excitara mucho, pues me imagino que mi comportamiento le debería estar cansando más de lo normal. Si no es que tenía entonces demasiada paciencia.

e-libro.net

Cuando terminé la ducha, no recuerdo si relajante o estimulante, vi el hueco del patio, y pensé, “Esperemos que las voces no les de por decirme que me tire por aquí”, no sin bastante miedo.

Llevaba nuevamente cinco noches sin dormir; no sabía qué iba a hacer esa noche; estaba bastante rendido. Caí frito.

Creo que Totó no durmió conmigo, pues al despertarme por la mañana, la vi aparecer por la puerta; no le dije nada. Ni una sonrisa, ni un reproche. La miré con mirada huidiza y sombría, ella llegaba despacito, no tengo ni idea con qué intención.

El par de horas dormidas me reconfortaron.

Fui al banco y saqué dinero suficiente para pagar las deudas e irme a Madrid. No recuerdo en qué ocupé la mañana, ni siquiera si le dije a Totó lo de mi marcha o no.

Atolondradamente saqué un billete y me metí en un vagón; cuando me quise dar cuenta, observaba como los paisajes eran muy verdes, en absoluto señales indicadoras de irnos acercando a la gran ciudad. Pregunté al que iba al lado mío si el tren iba o no a Madrid.

-No, no, que va -me contestó.

-¿Qué tengo que hacer, y cuál tengo que coger para ir a Madrid? -le pregunté a mi vez.

Me indicó muy bien lo que debía hacer.

Efectivamente, estaba perdido. Me bajé en la estación que me indicó. Pregunté en ella, a qué hora salía el tren para Madrid. Salía a las doce de la noche.

Me dispuse a dar una vuelta por el pueblo; las voces se habían incrementado algo, aunque aún podía manejarme solo.

Me compré una camisa nueva, en una tienda del pueblo, me estafaron, y por remordimientos me dieron unos calcetines de colores. Me puse la camisa y tiré la que llevaba a una papelera; el jersey lo tiré en una obra, desde la que oí las voces de los obreros.

Mis voces me llevaron a unos descampados; la voz que prevalecía era la de mi padre que me decía:

-Restriega los zapatos en el barro; eso es estiércol, que es vida.

Después me dijo que subiera a una casa, con una escalera, sin barandas ni nada, era una especie de hórreo, pero era una vivienda. La verdad que era la casa más humilde, comparada con las de la zona, estaba como si aún le faltaran algunos retoques.

Subí y frente a la puerta me puse a oscilar el cuerpo, adelante y atrás, y luego, presencié como si a través de la puerta de madera se viera una bruja con su bola de cristal. Me resultó sinceramente “calderilla”, teniendo en cuenta todo lo que había pasado, eso no era nada, aunque algo me distrajera.

Salí del descansillo de la escalera de la casa y fui campo a través; estaban cultivados los campos por los que pasaba.

De pronto me dijo:

-¿Ves ese coche?

Era un Citroen, un dos caballos, creo que los llaman.

-Pues apóyate en el cristal de atrás -eso hice. Era una sensación agradable.

-¿Ves todos esos pájaros pues son buitres y carroña, que si no te das prisa te quitarán todo lo que tienes -así ha sido, pues no recuerdo ya muchísimas de las cosas ocurridas; otras veces, daba la sensación de que la manivela de los cambios se movía sola, y como si el interior del coche estuviera lleno de humo.

Me dijo que me subiera y que me pusiera la rebeca verde que había dentro. Eso hice confiadamente, cuando de repente oí un:

-!Eh!, ¿qué haces ahí?

Alguien me había llevado a la realidad, no sabía si era un trabajador, o el dueño del chalé.

Me quité rápidamente la rebeca y salí del coche con el rabo entre las piernas.

-Lo siento, perdone -fue mi contestación.

Me avergoncé, aunque no mucho, pues mi estado de ánimo no me lo permitía.

Seguí dando vueltas por el campo, pero ya no me pasó nada más agradable ni digno de mención.

Me cansé y opté por volver al pueblo. A la entrada había un parque en el que las madres tenían a sus hijos jugando, cuando pasé por delante, ellas en seguida cogieron a sus retoños en brazos; debía ser seguramente, porque mi pinta no era en absoluto agradable ni inspirara confianza. Es más, es de suponer lo contrario, pues

e-libro.net

yo iba con los hombros hacía abajo, y la cabeza gacha. Soy de gran altura y encima estaba escuálido; la ropa tampoco ayudaba en gran manera.

Seguí caminando y llegué a un sitio donde habían varios jóvenes de mi edad, o quizás algo más jóvenes, riéndose y muy felices, parecían camareros, al menos uniforme de esto tenían. En ellos no me fijé, me dio vergüenza, pensando en que debía llevar una pinta impresentable; seguro que más dinero que yo tendrían; o quizás tenían como yo, quién sabe.

No sabía la causa por la que estaban tan felices, quizás les había tocado la lotería o !yo qué sé!

Me senté a la entrada de una casa, en un escalón, un rato; allí pregunté la hora. Eran las doce menos veinte, "!perfecto, hora de irme!", y eso hice.

Mientras, las voces me decían cosas tales como que Saso estaba bajo una campana de acero inexpugnable, mientras que Juancho estaba en Vigo intentando resolver el problema.

No sabía ya cuantas noches llevaba sin dormir; cogí el tren con el dinero que había llevado.

En el departamento éramos tres; uno de ellos, el más joven, se le veía acostumbrado a esos viajes, y quizás por ello un poco carota, estaba en el mismo sillón que yo, y ni corto ni perezoso, se quitó los zapatos, y puso sus pies a mi lado y se preparó para dormir.

Empezaba por primera vez, a ver una especie de personajes transparentes y rosaditos, de pequeño tamaño, cómo acordaban cosas al margen mío. Quizás eran sueños mientras tenía los ojos abiertos, quizás fueran imaginaciones mías, o quizás efecto de la locura en la que estaba inmerso.

Frente a nosotros desconocía cuantos iban; no recuerdo casi nada del viaje a Madrid, por lo que deduzco que me debí dormir profundamente.

Cuando llegué a la capital, di rápidamente con la casa de mi hermana, de todas maneras, antes me tomé un cortado y un vaso de agua; está claro que debía apestar a sucio y tener mala cara, pues como mínimo estaba sin afeitarme, y ya no recordaba cuando lo había hecho por última vez; quizás el pelo largo, y mis zapatos y calcetines guarrísimos; a saber lo que pensarían los habitantes de esa gran ciudad (pequeña según parece, respecto a París). Pagué y fui a casa de mi hermana.

No recuerdo quién me abrió el portal, o si éste estaba abierto; es una buena zona por donde ella vive, creo que es en Nuñez de Balboa, zona de grandes edificios, y donde no hay muchos pedigüeños. No se extrañen si de los que aparentaban más pobre de todos el más era yo.

Insistí tocando el timbre un par de veces en casa de mi hermana, pero nadie me contestaba; bajé a ver si veía a algún portero y me indicaba algo. Abajo no había nadie, así que volví a subir.

Llamé a la vecina, ella me reconoció, sabía que era un hermano (muy buena memoria debía de tener, pues ya habían pasado varios años, y yo había cambiado totalmente de imagen). Me dijo que podía saltar del balcón de su casa al de mi hermana, que seguro que la puerta corredera estaba abierta. Eso hice, y efectivamente estaba abierta. Pero, pensé "¿y si Juancho viene antes que mi hermana y me ve aquí?", con mucha razón se podría enfadar. Resultado, di marcha atrás y volví a salir por el balcón de mi hermana al de la vecina.

Me fui al hall del edificio y allí empecé a quitarme la "brujilla" de los calcetines; en el campo se me habían llenado de ellas; de paso me quité los zapatos (los más nuevos, pues los otros ya estaban para el arrastre, a pesar de ser de auténtica piel) que ya los había deteriorado algo, entre el barro y el uso.

¿Casualidades de la vida, milagros, coincidencias? Juzguen ustedes.

Efectivamente, mientras estaba en el hall, apareció Juancho, quien sólo dio un ligero respingo asombrándose por mí, pero no demasiado. Lo primero que dijo fue:

-Si a lo que vienes, es a traer algún problema a tu hermana, no cuentes con eso.

No le respondí, es más no dije nada en lo poco que quedaba del día.

Él empezó a decir frases como:

-!Ay Arturo!

"Eso esta más que superado" pensé.

-Vengo de Vig... !Cádiz!

"Bien, todo está controlado -me dije-. El también está de acuerdo" seguí pensando.

-Porque escribí un artículo en el que decía que John Lennon vivía...

No sabía exactamente por qué lo decía, si es que me comparaba con él o por qué.

e-libro.net

Continué: “Bien, todo va bien; pero..., ¿qué mal vestido viene, y eso que dice que viene de unas conferencias, y encima con la maleta vieja de mi hermana de Iberia, cuando creo que es ilegal que las usen los que no pertenecen a la compañía? Nada, seguro que cuando supo que yo venía, salió a toda prisa, seguro”.

Según él, se controla muchísimo con los puros, y una de las veces lo vi con uno por la mitad, y a los cinco minutos con uno un poco más largo, casi nuevo, pero no del todo. “¿Vaya y eso es todo lo que se controla? ¿Estará nervioso?”

Poco después, puso música clásica a todo volumen, mientras oía lo que había en el “contestador”; yo, lógicamente ni me enteré, ni me quería enterar, de sus asuntos, a pesar de pensar que algo estuviera relacionado conmigo. También creo que llamó al periódico y daba unos gritos asombrosos, para que le entendiera el que estaba al otro lado.

Cuando acabaron las llamadas, puso la tele, lo primero que salió fue una película clásica española; hizo un gesto rarísimo, como si todas las voces fueran a él y lo martirizaran, en seguida cambió a un programa de música pop.

Después le pregunté si podía llamar por teléfono, me contestó que sí, llamé a mi padrino, quién me dijo que fuera a Las Palmas, le respondí que sí, luego Juancho habló con él, no se qué se dijeron.

Luego me fui a duchar, me sentó a gloria; mientras eso hacía, observaba todos los arreglos de la casa, la habían reformado por completo, la estantería con los libros de Juancho estaba al entrar a la casa, justo a la derecha, luego había una mesa redonda de cristal, frente a ella. La puerta era blindada, aunque eso no se había reformado.

Había aire acondicionado, que le agradecí que lo pusiera, pues hacía muchísimo calor.

Le pegué la negra a mi padrino.

A Juancho le dije:

-Yo me duermo aquí, en el sofá.

-A la próxima, a un hotel -fue su contestación, que capté inmediatamente.

Esa noche dormí como hacía meses que no dormía. A pesar de que por único abrigo tenía la camisa. Me acosté con el pantalón puesto, aunque me desabroché la cremallera.

Juancho se levantó temprano, salió a desayunar y a comprar los periódicos y semanarios; muchísimos, todos o casi todos los importantes del mercado, como pude comprobar.

Cuando llegó le pregunté dónde podía desayunar, él me dijo de donde venía de hacerlo, y allí fui. Supuse al ver la pinta que iba a ser caro por lo que comí muy ligerito. Fue carísimo, y así se lo dije nada más llegar.

-!Pues ahí es donde yo voy siempre a desayunar! -me dijo con voz de pocos amigos.

Ahora que lo pienso, quizás se imaginase que yo me pensaba quedar allí varios días, o que tenía ganas de hacerlo.

Durante mi estancia en la Capital del Reino, las voces se suavizaron grandemente.

Me puse a ojear los periódicos, y creo que fue en el que Juancho me enseñó, en el que había un dibujo de España, y sobre él, un joven en pantalón vaquero, camisa de listas, pelo hacía atrás, rubio, con un cigarrillo atravesado en la boca, y temblando, “¿Sería yo?”, estaba seguro de que lo era. “Bien, todo va sobre ruedas, aquí hay un gran puntal (pensé, refiriéndome a Juancho), que seguro que me protege”.

Muchas veces, y por eso hago este inciso, pienso en poner más que una hilera de ideas hiladas, en poner ideas sueltas sobre mi vida; a veces lo he hecho; todavía no sé el resultado, veremos al final; y es que prefiero hacer caso a los devaneos de mi memoria, muchas veces, más que a la continuidad en la redacción; no estoy muy seguro de cómo quedará así, pero esta es mi creación y así lo hago o lo haré, ya veremos.

Me llevé el periódico al retrete, pero tan poca era la comida ingerida y digerida durante esos días que no tengo ni idea de si defequé o no; intenté, no obstante, leer el artículo, pero las letras me bailaban y me anonadaban, pues parecía, cuando intentaba leer, que las voces subían su intensidad de volumen.

Otra caricatura que me enseñó fue la de la portada de El País Semanal, donde se veía a Felipe de cacería, vestido a tal efecto, y con escopeta, y a Alfonso Guerra, como si fuera un perro con España en medio de los dientes; pensé al ver esto, que todo iba sobre ruedas, así F.G. estaba cazando nuevos talentos, entre ellos yo, mientras Guerra se encargaba de las cosas del estado en España.

En realidad todo esto no era más que un poco de calma en medio de la tempestad.

Me iba a despedir del acompañante de mi hermana, cuando me dijo:

-Porque voy a comer !con mi médico! -recalcando mucho estas últimas palabras, dándome a entender que él se iba con los de su clase, que yo me buscara la vida.

e-libro.net

Lo cogí al vuelo; “ya sé que soy pobre y tu rico, no te preocupes que ya no te molesto más”.

Fui a ver el dinero que tenía en el zapato, pues había separado el dinero en diversas partes, por si era atacado por alguien; creía que con cinco mil pesetas me daría, pero no pude encontrar el billete que sabía que tenía.

Me daba mucho apuro pero se lo tuve que pedir a Juancho. Le pedí algo de dinero y él me dio quince mil pesetas, diciendo que no me daba más porque no tenía. A mí eso me parecía una auténtica fortuna.

-Ya te lo pagaré.

-Pareces un militar -me dijo dándome a entender que no era necesario, eso creí, aunque hoy no sé por qué lo dijo.

Llamé a Renfe y pregunté la hora de salida del tren. Me la indicaron y les di las gracias. Colgué.

Juancho me dijo algo agresivamente en el tono de su voz:

-¡Llama de nuevo para ver en qué estación es, que tú no sabes cómo es esto!

Pensé que preguntando a la gente de la calle se llegaría a Roma, pero no, mejor era hacer lo que él decía, pues así iba a tiro echo. Desconozco compañías y marcas de trenes pero aquel en el que embarqué era uno nuevo y bueno.

Previamente saqué el pasaje, y me extrañó ver que tenían ordenador allí. “Cómo se nota que a las capitales llegan antes las innovaciones”. Yo estaba muy atrasado.

Compré unas cuantas revistas para hombres; sí, me merecía eso, pues era un ganador. Claro, viajaba en clase turista, a pesar de que el del tren me preguntó:

-¿En primera o en turista?

-Turista, turista -dije yo, era una forma agradable de decir en segunda, porque no hay tercera, que si no verías tú.

Dentro, a eso sí que no renuncié, aunque no sabía muy bien cómo funcionaba, fue a comprar auriculares para oír la televisión; poco después vi como en el asiento había un enchufe para T.V. “Fantástico”.

De todas formas no pude disfrutar ni de las revistas, ni de los auriculares, pues las voces se empezaban cada vez más, a oír y oír; ya no sabía qué hacer. Cada vez eran más intensas. “¿Tendría yo en el fondo, a pesar de a veces no estar tan seguro, la razón, de que iban a por mí los socialistas, o sería todo una mala pasada de mi mente?”

Medio exhausto llegué otra vez a Santiago, y como sabía lo que me ocurriría si me quedaba en la pensión: sufrir y sufrir, le dije a la dueña de la pensión, si sabía donde ir a cortarme el pelo. Me indico un sitio, pero muy mal explicado, tal es así, que no di con ella; al final me metí en una escuela de peluquería; llevaba otra vez el paraguas conmigo, a pesar del buen tiempo. Ahora caigo en ello, y no, no piensen que era por parecerme o hacerle la competencia a Antonio Gala, sino que no me fiaba mucho del clima, y pensaba a pesar de que a veces hubiera calor, “¿y si llueve?, mejor prevenir que curar”.

Como la cosa iba de viajes, y no tenía ganas de pasar por clase, decidí irme al Ferrol; tras llamar a Totó por teléfono ella me dijo que sí, que fuera.

A saber lo que estaba yo gastando de dinero, pero ahora tenía dinerito fresco.

Ciertamente estaba enamorado de Totó , a pesar de ser la chica con la que más había tardado en hacer el amor; sí ríanse, aun no lo había hecho, y ya llevaba varios meses con ella.

He de confesar que el menda, cuando las voces lo permitían, se hacía el hombre de mundo, experto en muchas lides, pues había estudiado más lejos que ellos, estaba más acostumbrado a la independencia, y en definitiva era más viajero que ellos. !Grave error, querido amigo!

Tomé el tren a pesar de que ella me dijo que también habían buses que llegaran allí. No sabía qué era más rápido, pero me fiaba más del tren, y me era, últimamente, más conocido.

No sé cómo lo arregló Totó, pero esa noche me quedé en lo que en otro tiempo fuera una casa gloriosa; ahora estaba bastante desvencijada; era la casa de la madre, pues creo que tampoco tenía padre, al igual que yo (aunque a mí el mío ahora me ayudaba, de tal forma que sospechaba que no había muerto, y si lo había hecho, su alma estaba en la tierra, arreglando mis asuntos, que en definitiva eran los suyos), del novio de su hermana, la más analfabeta de las tres. Sí, eran tres hermanas con ella, en la casa de Totó, y ningún varón. Imagínense al pobre padre entre las cuatro mujeres, yo sabía lo que era eso, aunque por suerte tenía a mi hermano.

e-libro.net

Me llevaron pues a esa casa, y la madre me dio toallas bastante estropeadas por el uso; también estaban ásperas, se notaba que la cosa iba mal en la familia. A pesar de ello, ni siquiera les di las gracias, ni a la madre ni a nadie.

Esa noche la pasé con el novio de la hermana de Totó, y su hermano, de éste último se decía que estaba loco; a mí no me lo pareció, pero nada dije.

Me imagino que realmente nuestro diálogo fuera eso, un diálogo de locos, posiblemente fuera por lo que me llevaba muy bien. No salimos en toda la noche, al menos eso creo, pues no lo recuerdo muy bien. El "novio" llamémoslo así, era un bruto sin educación ninguna.

No recuerdo gran cosa de ese día, pues estaba totalmente derrotado, caí roque y ni siquiera sé donde dormí.

A la mañana siguiente, me fue a buscar Totó, para que fuéramos a la playa, me presentó a su hermana pedagoga de profesión; ella llevaba su coche, por lo que Totó estaba muy contenta. Iba yo en la parte de atrás, y las voces me decían continuamente que nos iban a matar, yo les respondía que si alguien había de morir, ese lógicamente sería yo, por lo que ponía la cabeza en el centro del cristal, así de disparar o torpedear a alguien, que lo hicieran sobre mí; defendía pues, a mis chicas, con mi cuerpo. Sé que siempre hay conatos e intentos de guerra, pero lo que me ocurría a mí era excesivo; parecía como si la guerra fuese sólo conmigo; quizás fue este mi gran error, sentir que yo estaba en plena guerra, mientras que los demás estaban disfrutando de la vida. ¿Soy bobo o qué? (para ser sinceros, creo que sí lo soy algo).

Algunas veces, pensando en el pasado, y dándole vueltas al magín, discurría, "¿y Arturo, por qué se metió conmigo, por mi imagen rebelde, por incumplir unas absurdas ordenes? ¿Por qué? ¿me tenía ojeriza de antes?, entonces ¿desde cuando?"

"!Por qué a mí, Dios mío!, por qué a mí, será porque soy alto y destaco, aunque, ¿realmente destaco algo?, a saber". Quizás algún día de con la verdad, hasta que llegue ese momento, tan sólo puedo preguntarme estas cosas para las que aún no tengo respuestas.

¿Y por qué tenía que ser yo el elegido para resolver la guerra?, podría decir que era por mi egocentrismo, pero lo que me ocurría era todo lo contrario, estaba siendo el gran puteado, por todos sitios encima.

Ahora que caigo, puede ser que el Dr. Creus intentara ser catedrático, pero no llegó nunca, se quedó a mitad de camino, de todas maneras no se me había ocurrido esto, sino que él tenía un gran ¿carisma?, sí, aunque no en el sentido que yo aquí le he dado, sino que era una persona que imponía respeto, era ciertamente un ser muy interesante.

La playa me asombró, sobre todo lo grande que era; la arena era amarilla, pero quiero recordar que era gruesa.

No sabía lo que era una ría, allí más o menos lo descubrí, pero no hay nada cómo ir a un diccionario enciclopédico y leer: ría: "Valle fluvial encajado, invadido por el mar, y que queda influido por la penetración de las mareas".

La ría, que ahora ya sé a ciencia cierta qué es, era bastante grande.

Nada más llegar me quedé en bañador; aunque hacía sol, estaba muertito de frío.

Estábamos casi ocultos en una parte de la playa.

Estoy hablando de playas, y no sé cómo me alucinó esa, pues de otra cosa no, pero experiencia en playas y de muchos kilómetros sí que tenía.

De todas formas el tipo de playa esa, con vegetación, me era totalmente desconocida. Ellas dijeron de bañarse, yo en principio no estaba muy convencido; de pronto las voces me dijeron: "¡Cuidado, que tú no conoces las corrientes que hay aquí ni nada, mucho ojo con lo que vas a hacer!"; esto fue suficiente para darme por convencido, no, no era una buena idea, y menos con el pelete que tenía, no me faltaron ganas de ponerme una camiseta, y quedarme tan pancho.

Cuando pasamos el recodo en que estábamos, de pronto, !zas! nos encontramos con el que fue novio de Totó; iba con un bañador muy a la moda, unos bermudas verdes con rayas blancas en el borde inferior.

Totó, se estresó como nunca la había visto, estaba el tal, jugando a las raquetas; muy mono, y muy moderno me pareció.

No dije nada, pero vi como se estremeció por ese chico, quizás fuera su gran amor de toda la vida; no lo discuto, qué hacer ante el destino. La quería y por ello estaba siempre pendiente de ella.

Yo llevaba un bañador de flores, algo hortera, aunque a ella, por lo visto, le pareció moderno.

e-libro.net

A su “ex”, le sobraban un par de kilos, hacía bien en hacer deporte, sin embargo a mí no, tal que Totó me dijo:

-¡Qué flaco!

Sobre todo al compararme con el susodicho.

Finalmente no me bañé, también por pensar que ese agua debía estar friísima.

Yo, que en teoría era de izquierdas, me sentí seguro en el Ferrol, que era un cantón de derechas, allí había nacido Franco, el que fuera el mayor facha español de los últimos tiempos; mi padre seguro que también estaría por allí, revoloteando, haciendo contactos, buscando amistades, mientras yo me divertía. !Qué ignorante era!; pensaba que mientras yo descansaba, mi padre trabajaba por mí. Seguro, estaba bueno mi padre como para eso.

Lo cierto es que en ese momento así pensaba; ¿cómo podía confiar en mi padre cuando ya estaba separada mi madre de él, y que encima tantas putadas nos hizo antes y después de eso?

No recuerdo donde comí, ni siquiera si lo hice. Me imagino que me duché, aunque tampoco lo puedo asegurar; tengo idea de irme a la ducha, mientras veía mucho movimiento por la casa. Qué carota fui, en una casa donde no conocía a nadie, ni nadie me conocía.

Por la tarde me vi con Totó, y no se le ocurrió otra cosa que ir a la Comandancia de Marina; no sabía para qué me llevaba allí; nos sentamos en una especie de parque que había. Ella, haciéndose la cheli, se hizo un porro, muy pequeño, y me decía si yo quería fumar; creo que se lo hice yo, pues algo de experiencia en petas tenía.

¡Valiente caradura, han visto lo que había estudiado ese año, y a lo mejor quería aprobar por mi linda cara!

Yo, Antonio, el “maguán”, ya había estudiado bastante, más que suficiente para aprobar, y si se puede con buena nota. ¡Pero, valiente carota estaba hecho!

Algo de remordimientos tenía, por no estar en Santiago estudiando, pero, qué bien se vivía sin dar golpe; a eso no estaba acostumbrado; era bonito viajar y ver mundo, con el dinero de otro, sobre todo.

Totó me invitó a fumar del porro, pero lo rehusé.

Después, y ahora caigo que eso era lo primero que yo comía, nos fuimos a comer unas “patatas bravas”, como le llamaba mi querida acompañante.

Fuimos a tomárnoslas a una tasca. Aquello era de todo menos ambiente selecto. No es que yo estuviera acostumbrado a las exquisiteces, pero Totó me llevaba casi siempre a sitios cutres; pero estaba conmigo, que era lo que me importaba.

No puedo encuadrar exactamente qué día era, pero uno, ella me llevó a su casa. “Ya sabía por fin donde vivía!”, era en un edificio de pisos, de muchos pisos, a las afueras del Ferrol, tenían allí con ellos a un perro, un pastor alemán auténtico, según me dijo; era la primera vez que veía un perro en un piso; no dejó de sorprenderme, aunque no me agradó, pues eso conlleva infinidad de enfermedades, y algunas muy graves, por una más que probable falta de higiene.

¿Qué hicimos allí?, nos fuimos al baño donde me cogieron entre ella y una hermana y me cortaron el pelo, que me habían dicho que lo tenía muy mal. Allí adopté el rol de adulto condescendiente.

Ellas estaban privadas al ver cómo podían jugar conmigo, la hermana era la más pequeña, aún tenía rasgos infantiles. Eran unas mujeres hermosísimas, y me había llevado a la mejor.

No me vi bien como para saber si habían hecho un desastre con mi pelo, me imagino que sí, aunque nadie me dijo nada al respecto; todo lo contrario, me habían dicho que en la peluquería me habían hecho un auténtico desastre, y ellas, mujeres hacendosas, lo habían arreglado a las mil maravillas.

Por la tarde salieron todas las hermanas con sus respectivas parejas; el novio de la mayor era profesor de autoescuela, su padre lo había enchufado allí pues él tenía la misma profesión.

Como verán no era una familia con muchos títulos universitarios, que es lo que dice la gente que da dinero (yo todavía lo estoy esperando), pero se llevaban magníficamente las hermanas.

La mayor era la única que tenía coche. Yo seguía sin comprender que siempre había vivido entre el lujo y la opulencia, sin darme cuenta, aunque nunca tuviese demasiado dinero, bueno esa era la vez que más tenía, y aunque al principio de curso había ahorrado, ahora casi dilapidaba mi pequeña fortuna.

La voz de mi padre, me había dicho que si me ponía a escribir, y no me robaban todos mis conocimientos, viviría en un inmenso caserón, y, que si aguantaba un poco más, pues ya no estaría en una casa sino en un castillo; claro que entonces me rebelé, y le largué mentalmente: “¡Sólo piensas en dinero!”

Aires de grandeza no me faltaban, no. Hay veces que se me acelera tanto la mente, que no sé si soy capaz de controlarla o no; allí, como estarán viendo, mi autocontrol servía de bien poco, bueno, en realidad tuve muy

e-libro.net

poco de ese que yo creía, autocontrol. Aún no he dicho que lo ideal es que estén tanto el sistema nervioso simpático, como el parasimpático en equilibrio, pero yo siempre preferí que estuviera el simpático, el de alerta, que fuera ese el que estuviera estimulado.

Voy a contarlo aunque no venga a cuento, pero me está rondando las entendederas, Albert Cohen, en su "Bella del señor", dice como el protagonista hizo fortuna con la bolsa, ¿a qué se refería exactamente de él mismo?, supongo a que hizo dinero con su profesión (me refiero al arte), y ¿ese dinero como ejecutivo fue suficiente como para mantenerlo tanto tiempo mientras escribió su gran obra? A saber. Debe ser que se sabía administrar.

Con lo del simpático y eso, no me aclaro, desgraciadamente no soy ningún científico; bueno ni científico ni nada, pero ya verán, ya verán.

Cuando nos íbamos a tomar el café con Luis, me cuestionaba continuamente: "¿y después de esto, qué hago?", sobre esta pregunta, más que pregunta preocupación, no sabía qué hacer, de todas maneras, quizás por Joaquín, quizás por Juancho, o quizás como reacción contra mi padre, empezaba a vislumbrar el dedicarme a la escritura por completo, pero esto no era tan sencillo, ni mucho menos. Aunque en esos años no lo pensaba, la cosa era grave, porque ¿quién me mantendría hasta que se vendieran mis novelas?; y en el supuesto de yo mantenerme, ¿podría sostener una casa de familia?. Esto no es tan sencillo, a pesar de que muchos se lo tomen a la ligera. Luis me repetía a menudo, y a modo de consejo, "Fijoleis, vete a un pueblo, cásate y sé feliz allí".

En esa época sospechaba que eso era ser feliz, estar con Totó en un pueblito de mi isla.

Muy maravilloso todo, pero de dónde sacaría una farmacia, en el supuesto de que acabara la interminable carrera. Eso parecía siempre todo tan idílico, y no es así, no, he visto parejas estables, sin embargo he visto otras muy poco estables. Mi familia sinceramente, no me explico cómo va todo viento en popa; esperemos que así sea por siempre, Señor.

Yo me decía: "Nada, escribo un libro y barro fronteras", pero, ¡ay!, tampoco es tan fácil eso; lo que se hace debe ser vendible; y ¿cómo se hace uno vendible, leyendo clásicos, best-sellers, con un golpe de suerte...?, pues la verdad es que no lo sé. Y me perdonan que repita las cosas, pero es mi gran obsesión, bueno, tengo muchas, pero esta es una de ellas.

En esa época tenía un gran líder: Pedro Toledo, el banquero que hizo posible la fusión del Banco Bilbao y el Vizcaya, dando forma al BBV, famoso hoy ida. Aunque muchos no crean en ello, era mi líder a seguir; le pregunté a Totó si no era su líder, y era posible que ni lo conociera, a pesar de ser noticia ese tiempo por haberle concedido el premio Príncipe de Asturias, y porque murió en silencio; se fue a Estados Unidos, a ver si allí la ciencia era mayor; era de familia humilde aunque se caso con una rica, y quizás eso le abriera ciertas puertas, o quizás no. Lo devolvieron en un ataúd a España; poco tiempo después se intentaría empañar su buen nombre.

Me gustaba este genio del dinero, entre otras cosas por su elegancia, por su larga cabellera, la que decía la entrevistadora de la revista que leí, que la llevaba siempre muy bien cuidada; era rubio, a saber si era teñido; no recuerdo que la tuviese canosa. Un profesor en la carrera le dijo:

-Córtate el pelo, Pedro.

Eso dijo él sonriente, como una anécdota; ¿quién sabe si quizás fuera por su pelo por lo que no llegó antes más lejos? A mí desde luego el pelo largo sólo me trajo problemas y más problemas.

Recuerdo, cómo siempre, durante mi niñez y adolescencia, tuve una Biblia que de vez en cuando, aunque fuera para trabajos de clase, ojeaba. En la carrera ni se me ocurría, a no ser por las charlas con Javier Nuñez, que me regalaba unos pequeños libros que contenían el Nuevo Testamento, estaban muy bien encuadernados; eran para regalar según creo; hoy día no son ni tan bonitos, ni tan manejables, al menos los que se venden por ahí.

Sigamos con la historia. Fuimos en principio a un bar que no estaba mal, yo, por de pronto, estaba cabizbajo, pues las voces me tenían totalmente anulado.

Pasó por allí su "ex" y se puso a dialogar muy amigablemente, como grandes amigos entre los que no ha pasado nada. Sinceramente, me pareció algo absurdo su cortesía; muy amigable, ¿pero en el fondo falso?, lo cierto es que no lo recuerdo como tal, pero algo así debía ser.

Al final nos fuimos a unos pubs donde estuvimos dos o tres horas; aseguraría que ahí bebí copas duras. No me hagan mucho caso, pero estaba hecho un impresentable.

Jugamos algo al billar; me asombró cómo podían elogiar una camisa, bastante normalita, y cuyo estilo no me gustaba lo más mínimo, del de la autoescuela. Nos fuimos al poco, pues al día siguiente había que trabajar.

e-libro.net

La buena madre, había hecho una gran tortilla, quizás para ellos dos solos, aunque la compartieron conmigo; comí muy poco, por cortesía, aunque me estaba muriendo de hambre. Según parece el anfitrión también trabajaba al día siguiente. Me levanté a la mañana siguiente y me fui a duchar.

Totó me dijo, cuando la vi que debía marcharme, por lo que no tardé en hacer mi bolsa de viaje, regalo de Saso, que seguro que se la quitaba ella de la boca para hacerme ese regalo. No me dijo el motivo, y nunca lo averigüé, quizás porque supusiera que yo también era un loco, o tal vez porque a Totó le pareció mucho abuso.

Nos fuimos a una ría en la que había que coger un barco para llegar donde ella quería; era un barco muy marinero; eso me gustó mucho, me hizo sentirme en casa, fue una sensación muy agradable; íbamos los dos en la proa, charlando desenfadadamente.

Lo malo de esto era que ya no me quedaba dinero, por lo que me tuvo que pagar ella todo; no recuerdo si se lo debía reponer o no, lo cierto es que estaban tocando fondo mis ahorros; habían sido unas semanas locas.

Se podía decir que uno era algo marinero, aunque seguro que un marinero me diría que sí, pero de agua dulce.

El trayecto era muy corto. El barco era de madera, típico de pesca, y no era de gran tamaño; creo que más que usarlo ya como pesquero, lo usaban como medio de transporte; quizás les resultara más rentable.

El sitio era de lo más pintoresco, con muy pocas casas, pero todas muy bonitas, era algo indescriptible la alegría que tenía, recuerden que había dormido dos días seguidos y no me había enterado. De todas maneras las voces seguían.

Lo pasamos muy bien; nos tomamos un tentempié consistente en una tapita de pulpos a la gallega y un par de tazas, eso fue el almuerzo. Cada vez comía menos y eso para el cacao metal que tenía, no debía ser nada bueno.

Después de la media tapa para cada uno nos fuimos al muellito que había allí cerca; Totó quería que me bañase, yo le decía que no; quizás ella creyera que no sabía nadar; la verdad era que el muelle estaba guarrísimo aparte del frío que hacía.

Ella muy del lugar, estaba sentada con las piernas hacía el agua, yo ni siquiera me senté. De allí nos fuimos a la estación de buses.

Estábamos sentados en el bar de la estación, y, mientras esperábamos, me dijo que su padre pertenecía a un alto rango de un buque, a mí eso me hizo mucha gracia, pues yo había estado en su casa, y el baño al menos no correspondía a ningún alto mando, al menos al tipo de mandos al que yo me refería; no es que conociera los rangos de los militares, pero no podía él ser un gran militar.

Cuando me iba camino de la guagua, Totó me dijo que esperase; al poco volvió con una revista de modas no muy gorda, me imagino para que me distrajese por el trayecto. Me dijo que allí era norma hacer un regalo cuando alguien se iba de viaje.

La revista la conservé durante muchos años, hasta que ya estaba descolorida y llena de polvo. No sin pena me deshice de ella. Era su primer regalo. Quizá ella ya había visto el precio, a no ser que al comprarla dijera:

-Buenas, quiero la revista más barata que tenga.

Si no, no me explico cómo encontró algo tan sumamente barato, costaba quince pesetas.

Por el trayecto no ocurrió nada; tan sólo iba admirando el magnífico paisaje, lo verde que era, mucho más que Tenerife, y después sus grandes pastizales, donde pastaban vacas y toros.

De regreso a la pensión, no me pareció eso de hogar dulce hogar, ni mucho menos, tenía que estudiar y maldita las ganas que tenía.

El primer examen que tenía era el de Broma y Toxi.

Estudié pero muy poco; resultaba algo difícil, era la parte de las “recetas de cocina”, la parte de análisis de agua, alimentos, cenizas, etc., etc. encima el Sr. Huidobro, lo había explicado fatal.

De esa parte, algo recordaba de La Laguna, pero no tenía la mente clara; las voces, me decían:

-No te preocupes que nosotros te ayudamos -sobre todo la de Felipe González.

Ahora estaban todos ellos, muy suaves conmigo.

Iba camino de clase, a realizar el examen, cuando oigo un batiburrillo de voces absolutamente increíble; les pedía que me dejasen concentrarme.

Al llegar al aula, me extrañó no ver a nadie de clase, ni a mis compañeros de prácticas. De todas formas me senté e hice el examen; me pareció de lo más fácil; las voces se habían portado bien, se habían congregado todas a una para que me saliera bien. Entregué el examen y la profesora encargada me dijo:

e-libro.net

-Tú no eres de este grupo, tu eres del Dr. Creus.

Yo le respondí afirmativamente, y ella me dijo (vestida con la típica chaqueta de profesora universitaria, esas que son de cuadritos y que sobre todo por el magnífico tiempo de mi isla, tan poco se ven en ella):

-¿No te pareció distinto el examen?

Yo, inocente de mí, le dije lo primero y más sincero que me vino a la mente:

-Sí, más sencillo me pareció.

Ella me llevó a otra clase, subimos de piso, y allí en una clase que no era la nuestra, se lo dijo al Dr. Creus. El examen que había hecho era en nuestra aula habitual por eso me extrañó tanto que no se hiciera allí.

El Dr. Creus se rió de mí, no sé si vio en mi cara que estaba como una baifa o quizás porque me vio muy descontrolado; vayan a saber si no estaba incluso morenito de las rías; eso sería el colmo. Probablemente lo que fue es que me vio muy descontrolado. No, no puedo decir y no alcanzo a saber si algún día lo sabré de por qué se rió al verme. Quizás fuera incluso de satisfacción. Yo creo que él se tuvo que dar cuenta, que mi menda, estaba como unas maracas.

El examen contenía casi las mismas preguntas que el otro, pero aquí había una pregunta nueva, consistente en dibujar dos aparatos que dieran calor en el laboratorio, yo solo conocía uno, la "manta eléctrica", el otro no sabía cómo era por lo que me lo inventé; seguro que fue mi perdición, pues por primera vez hacía caso a mi padre: "Tú di cualquier cosa".

Hoy pienso que cuando se dice algo se debe estar muy seguro de lo que se dice y decirlo bien.

El examen me pareció facilísimo y las voces, todas a una se volvieron a confabular para que estuviera más que concentrado durante el examen.

Me resultó tan fácil, que incluso pensaba sacar matrícula; sería la primera en mi vida, y eso no era como resultado de lo que había estudiado ese año sino los anteriores.

Estaba contento, pero nada más salir empezaron las voces de forma desesperante: "¡Dios no, otra vez no!", rogué, creo que por primera vez.

Descorazonado, ya no sabía dónde ir, por lo que cuando me di cuenta, estaba en una facultad frente a la mía, sentado detrás de unas bombonas de gas donde en grandes carteles ponía "NO FUMAR"; estaba allí desquiciado, fumando cigarro tras cigarro, las voces no me permitían ser yo. "Total, de algo he de morir", pensé ya harto, más que harto de ellas. Así no se podía vivir.

Mi padre me quería consolar, pero yo lo único que quería era vivir tranquilo. Y no lo conseguía.

Felipe González, orgulloso, por su parte me decía:

-Sí, no te preocupes, que esto es un "Experimento Social".

Ahora que lo pienso estas palabras sobre todo lo de experimento tenía que ser muy mío, pues no me imaginaba en aquella época usando esa palabra F.G., sino la de experiencia, en todo caso; bueno, no sé, me estoy armando un lío, olvídense de esto, pues no veía al líder del ejecutivo, como a tantos gustaba llamarle, quien, opino, era de los personajes más famosos de toda España.

Mi padre me consolaba, diciéndome que no me debía preocupar, que mi mujer para toda la vida sería Totó, y que yo estaría en plena forma con un abdomen bien formado (que no me explico cómo, pues no hacía nada de gimnasia, como no fuera el mucho caminar, y el no comer, pero sentía cómo me vibraba este. Era una sensación que nunca había tenido, tal como si fueran olas del mar pasando por encima de mi vientre).

El Dr. Creus iba vestido de manera impecable; se le notaba que usaba muy buena ropa, de calidad, tal como un ejecutivo; ayer mientras leía, llegué a la conclusión de que era un ejecutivillo, que no había llegado a catedrático; no tengo ni idea si ese era su ideal, o si simplemente era una tapadera con otro fin, lo de la facultad, mientras se dedicaba a otras cosas después. No me conozco el horario de los profesores, menos aún el de los doctores, y mucho menos aún el de los catedráticos. A lo mejor, nada hacía bien, por aquello de: "Quien mucho abarca poco aprieta"; puede que eso sea una cosa que me esté ocurriendo a mí, y mucho más me ocurría en Santiago; ¿no eran demasiadas cuerdas para un violín el estar con Luis, Totó, la carrera y todas las cosas que eso conllevaba?

Mi padre y F.G. me tiraban de la musculatura de los piernas, y parecía como si me pegaran tirones en la unión del músculo al hueso, sí, el tendón. Esto me ocurría cuando iba caminando, no siempre, pero sí a menudo.

No hacía más que caminar y caminar. Cuando iba por arrabales, iba con mucho cuidado, pues la policía solía andar por allí; yo estaba indocumentado, y no se me ocurrió sacar la fotocopia del libro de familia.

e-libro.net

También me molestaba la continua presencia de ojos negros y/o blancos; los veía en infinidad de sitios, los blancos eran buena señal, que me indicaban que las voces decían la verdad; los negros eran de mal agüero.

Ya llegaba un momento en que muchas veces no sabía lo que decían las voces, aunque ciertas cosas puntuales como ya les relataré, sí me acuerdo.

Las llamadas a mis familiares, diciendo que no me encontraba bien abundaban, sobre todo a mis hermanas y a Domingo; a mi madre no la llamé ni una vez para no preocuparla.

Cierto día que iba por dispares caminos de Santiago, vi una entrada a un castillo, de pronto, veo entrar en él a unas niñas pequeñas y a una mujer, quizás fuera la que las cuidaba, pues no me pareció la madre, más que nada por la ropa que usaba, y menos, la propietaria del castillo.

Entraron por un enorme portón; cerraron tras de sí. Yo acto seguido, fui a tocar. Afortunadamente no abrieron quizá porque no oyeran o quizás porque vieran quién tocaba.

Intuyo que mantener un castillo no sea moco de pavo. Yo creo que hoy día, sólo pueden vivir en ellos los grandes de España (o pequeños), de la nobleza, y grandes ejecutivos. Muchos “grandes” lo son por tradición familiar.

En resumen, no me abrieron, por lo que cuando me di cuenta del disparate que había hecho, me fui con el “rabo entre las patas”, y como con “fuego en el culo”. “Pies, para que os quiero”. O sea que me fui al instante.

Una vez, estando en la pensión, oí cierta voz que decía ser de Domingo, el marido de la hermana de mi madre. Me decía que fuera arriba y allí mirase por la ventana al exterior.

Eso hice, aunque mi sorpresa fue grande, al ver a la mujer de la pensión con una amiga, lo que me sorprendió mucho.

Las voces decían:

-!Aquí, aquí!, !enfrente!

Miraba para ese sitio y me decía, “Aquí estoy Antonio”, decía la voz que decía ser la de Domingo, pero que no se parecía a ella en absoluto.

Estaba contento, pues mi tío me había ido a buscar.

Había estudiado en Farmacodinamia algo sobre la esquizofrenia, pero no lograba averiguar lo que a mí me pasaba.

Según me había dicho Totó, su hermana se lo había dicho, que yo era uno. Vaya, todos sabían lo que me pasaba, menos el interesado, que era ni más ni menos que yo; dicen que el principio de la cordura es saberse mal. Yo sabía que no estaba bien, todo lo contrario, estaba cada vez peor.

La voz venía de las ventanas abiertas de un local frente a mi pensión.

Según mi primer libro inédito, fue esa noche cuando desesperado bajé al baño, quién sabe para qué, cuando las voces me dijeron que me estaban apuntando con escopetas, desde las ventanas de la pensión de enfrente, unas ventanas más a la derecha que las de la mañana.

Ahora que recuerdo, por la noche cuando miraba oía que me decían “!aquí, aquí!” dirigiéndose a distintos sitios. “¡Dios mío!, ¿qué hacer?” Las voces me decían que dispararían, profesionales expertos, que estaban apostados allí dentro, y que seguro que no fallarían.

No tenía nada que perder, pues en nada valoraba mi vida. No tenía salud, ni dinero, aunque pensaba que tenía todo, bobo de mí. En esos momentos, no obstante, estaba desesperado: “¡¡¡Mátenme!!!”, casi gritaba.

Les decía, mentalmente: “Pero si lo único que pretendo es salir del sector servicios”; no creía que a mis antiguos amigos de estudios les hubiese costado tanto el acabar, por qué entonces a mí sí.

No sólo era un fracasado, sino que a veces, no me creía tal; otras sin embargo, me sentía peor. ¿Tenía tendencia a la depresión? !Qué falta me hacían en aquellos días, libros positivos, que me dieran a entender que era el bien quien triunfaba!; pero mi escritor favorito, Antonio Gala, quizás porque él atravesaba también una crisis, algo larga por cierto, pues creo que le duró todos los artículos de La Soledad Sonora, no me consolaba.

Me preguntaba, “Pero, si yo no estoy aquí para evitar una guerra (aunque a veces las voces me lo hacían creer), sino para acabar Farmacia”.

Una noche me hicieron pasar por delante de un bar con televisión (sumamente abundantes en Santiago) y me dejaron entrever como España andaba mal, estaba todo patas arriba; no era uno solo el que estaba en “discontrol”, sino muchísimos, casi toda España estaba igual.

Me acojonó tanto esa visión, que le di la espalda y caminé rápidamente en dirección contraria a la catedral, y por tanto alejándome de la pensión.

e-libro.net

Vi los cielos abiertos, al encontrarme en mi huida una churrería abierta. Me metí allí agradeciendo el calor humano de los cuerpos, los cigarros y los fritangos. Pedí muy poco para consumir, ya no me quedaba casi dinero.

No recuerdo qué día, pero sí uno, bendito sea, me encontré yendo al restaurante donde comía, en el bar de abajo de este, a Quillo tomándose una cerveza; me estaba mirando con una sonrrisilla que a mí me molesto muchísimo.

Fuimos a comer al restaurante de siempre, aunque en el anexo para visitantes. Quillo comió a la carta; el encargado quería que yo comiera otra cosa, pero me emperré en comer el menú de todos los días, al final me salí con la mía; lo hice para que Quillo viera lo repugnantemente mal que se comía al tener el contrato mensual; recuerdo que la comida mía fue sopa, un trozo de empanada, muy pequeño, tal que ni siquiera hicieron por disimular aumentando el tamaño, y una manzana. Quillo se embostó. Los gastos corrían a cargo de mi pobre madre.

Aun no le había sonsacado nada, y lo quería hacer, así, con la disculpa de irnos a tomar el cortado a otro bar, yo hacía como que iba al baño, mientras pedía para Quillo una bebida alcohólica fuerte, generalmente un "cuba libre".

Él, era de esperar, los rechazaba; esperaba con ellos tirarle de la lengua; a saber lo que pensaría él de mí, seguro que nada bueno, y ya incluso estaba perdiendo los nervios. Después de unos cuantos bares nos fuimos a mi pensión. Allí hice las maletas, empaquetando todo lo que pensaba que me era necesario y que usaba.

Le dejé, entre otras cosas por falta de espacio, a la señora, muchísima ropa, sobre todo jerseys, chandals, etc., que no me ponía o bien que me traían malos recuerdos, como era el caso del toadavía nuevecito y muy buen pijama rojo y naranja. Me quedó, con el paso del tiempo, mucha pena el desprenderme de éste, pues era de muy buena calidad.

La señora me dio las gracias. No recuerdo qué hice con las revistas porno, pero seguro que las tiré.

Afortunadamente Quillo se hizo cargo de todos los gastos de esa pensión. Digo afortunadamente, pues a mí prácticamente no me quedaba dinero. La mujer de la pensión, me dijo que le perdonara, que ella no sabía quién era yo. Nunca entendí por qué me dijo estas palabras, preguntándole años después a Quillo sobre ello, no me supo decir.

Nos trasladamos a otra pensión, justo al lado, pero mucho más moderna, menos apestosa, en definitiva de mayor calidad. Poderoso caballero es don dinero, según reza la copla.

Antes de abandonar la pensión, Quillo se hartó de tal manera de mí, que fue a llamar a la policía; mi impresión fue grande. Cuando nos llevaron a comisaría, allí mismo, al ladito casi, Quillo llamó a Domingo; le hablaría pestes sobre mí, seguro; mi padrino le diría seguramente, que sobre todo, no me tomaran mis datos.

Allí mientras esperaba a Quillo, le pedí a un policía un cigarro, quien extrañado me dio uno; salí a comprar unos fósforos pues me daba vergüenza también pedir fuego; no encontré fósforos por lo que en una máquina de cigarros, compré un mechero.

Volví a la comisaría de policía nacional, y allí me puse al habla con Domingo, quien me tranquilizó...

Volvimos a la nueva pensión, la noche la pasé fenomenal, dormí.

A la mañana siguiente, cuando vi las hojillas desechables, me dio un sensación tremenda, pensé "me puedo cortar la nuez con ellas, o bien zajarme toda la cara". No recuerdo cuánto, pero calculo que hacía mucho tiempo que no me afeitaba, tampoco recordaba los días que hacía que no dormía, eran ya demasiados para un cuerpo que estaba encima, absolutamente desnutrido.

Al día siguiente, vino mi hermana Maru a vernos; le fuimos a enseñar la pensión donde vivía, pero la señora puso una absurda excusa y no la pudimos entrar a ver.

A mi me extrañó bastante, que en el bar frente al hostal donde nos quedamos, había un señor que me pareció que era un secreta, no puedo asegurar si era de la guardia papal o del estado español, lo cierto es que cuando me vio, se puso a hablar por teléfono, enseñándome dos de los tres que tenía. Para mí estaba claro que era un secreta que se hacía pasar por regidor de un restaurante.

Para almorzar pedí cerveza; una caña, pero no me trajeron una caña, sino una enorme jarra; la probé y enseguida me percaté de que le habían echado ginebra. Según me decían las voces, porque me merecía un buen descanso. Ya se había solucionado el problema de la guerra, ahora, a casa, con los míos.

Después de un opíparo almuerzo, me quedaba tan sólo despedirme de Santiago.

e-libro.net

Nos fuimos después de almorzar al bar de la pensión donde había pasado uno de los peores años de mi vida, por no decir el peor. Cuando iba a pagar los cortados, el jefe me vio la cara y debió de impresionarle mi aspecto, pues inmediatamente me dijo:

-No, no, están invitados.

Fue la primera vez creo yo en su vida que hacía eso. Me imagino que le entraría remordimiento por lo mal que había tratado a un extraño.

Ese día lo invertimos, al menos un par de horas, en las agencias de viajes, intentando conseguir pasaje para los tres a Las Palmas. Estaba difícil la cosa, debíamos intentarlo en el aeropuerto.

Mi hermana y Quillo iban de vaqueros, yo también, aunque el mío era un vaquero distinto.

Nos fuimos al aeropuerto, y continuaba con ganas de ver a Totó; ganas que dudo fueran recíprocas.

Allí, en principio nos pusieron la pega de que había exceso de pasajes en Sevilla, y el avión con destino a Las Palmas, hacía escala allí, por lo que no nos podían dar más que los dos pasajes concertados de antemano por Quillo, para él y para mí.

Alguien debía ir por Madrid, y ellos luchaban y luchaban para buscar un hueco; al final ganó el tesón y el entendimiento de las dos partes. Les dije que si alguien se tenía que ir a Madrid ese era yo.

Años después me diría Quillo:

-Ay, y tú queriendo irte solo cuando era lo que no queríamos ninguno.

Mi hermana y Quillo alegaban con el empleado de pie, yo estaba sentado en una de las sillas de la sala de embarque. Al final, todo solucionado, nos íbamos los tres por Sevilla.

El trayecto lo pasé odiando y con resignación oyendo a mis voces interiores.

Al llegar a Las Palmas, pues del resto del trayecto sólo recuerdo parecerme a un vegetal, antes de desembarcar del avión y mientras aterrizaba, durante todo ese espacio de tiempo, las voces me decían: “Ahora cuidado que está la policía de la aduana observándote y mandándote información; a ver si puedes entrar; mira fíjate cómo lo hacen”; tenía sensaciones extrañísimas, que lo que seguían haciendo era aumentar mi desamparo. Estaba encogido, y con la cabeza gacha, con mi hermana Maru al lado, y con Quillo en otro sitio, pero en el avión. Fue tal el mar de voces, que no me enteré si el aterrizaje fue bueno o no. Sé que al final no hubo aplausos, como me ha ocurrido otras veces.

Llegamos a mi amada tierra; del aeropuerto nos fuimos a Arinaga. Quién decidió, si fueron ellos o yo o conjuntamente, no ir a Las Palmas, lo ignoro, pero lo cierto es que ese día iba para la casa de Maru, un piso de alquiler; esto era casi inverosímil, pues al trabajar los dos del matrimonio y siendo ambos licenciados, de Humanidades (ambos eran licenciados en Filosofía y letras) y ya con las oposiciones de enseñanza sacadas, bueno Maru las sacaría con el tiempo, y con todo esto, vivían en un piso raquítico y muy estropeado; también es verdad que no se gastaban en él más que el alquiler, pues la dueña del piso no les quería arreglar nada. Pepe era teniente de alcalde de Agüimes, aunque según él, lo que ganaba de más lo daba para el partido político al que pertenecía, pues carecía de fondos. Pepe se quedaba, de lo que le correspondía por su cargo político con un cuarto de quilo, que sería igual a lo que ganaría de estar dando clases.

Hablé con Domingo, pero él me dijo que tenía un esguince y que no podía ir a verme, que fuéramos nosotros al día siguiente. “Sí, y yo tengo un esguince mental”, pensé inmediatamente, no creyéndome ya nada de nada, ni siquiera lo que mis seres más queridos me decían.

Esa noche cené pizza con mis sobrinotes. Las compramos en una pizzería de la playa. Me gustaba el ambiente pintoresco de ese sitio.

Al final nos fuimos todos a dormir. Yo al salón y los demás a sus cuartos. En aquella casa todos dormían muy bien y rápidamente, al menos eso era lo que me parecía. Yo no podía dormir, y todo porque tenía dentro de mi lastimoso y dicen que lastimado cerebro, la voz de mi cuñado Pepe, mi mismo anfitrión.

Fui a su cuarto y le dije que me acompañase, que no podía dormir. Hoy pienso que mi comportamiento era despótico, egocéntrico y demencial.

Fuimos al día siguiente a ver a domingo, efectivamente tenía un esguince, aunque pensé que era un cuento chino, que simplemente le habían puesto la venda porque sí, para disimular y tener una coartada.

Se pusieron a hablar Pepe y él, mientras yo me reía satisfecho, pues la voz de mi padre me decía que yo era un superlíder.

Recuerdo que la imagen más latente que tenía de mi padre, era la de una foto que todavía conservo; muchas veces esa rojiza foto (efecto seguramente de una sobreexposición, aunque no me hagan mucho caso) se

e-libro.net

veía vibrar y temblar, hasta el punto de muchas veces casi desaparecer. Recuerdo a mi padre no como era exactamente, pues al ver las fotos no se me parece a la imagen que tengo de él; mi recuerdo se me asemejaba muchísimo a Alfredo Kraus, tal que muchas veces, pienso que él debía ser así en su senectud; no obstante no era tan buen profesional como lo fue este cantante, en realidad no le llegaba ni a la suela del zapato.

Resultado de esa visita, me llevó Pepe a mi casa, allí, a mi madre alarmada, le dijo que yo estaba loco. E indignado le respondí:

-¡Oye, Pepe, que yo no estoy loco!

Por mi parte reconocía que estaba mal, pero qué duro me resultaba que se dijera de mí que no estaba cuerdo.

Me pasé todo el día viendo la tele, no sé ni dónde, ni qué comí. Estaba harto de tele, aunque, ahora, parecía que las voces no eran tan intensas, como si respetaran a mi madre, y su casa.

Ya de noche, mi madre en camisón, muy estropeado éste, ciertamente, de color celeste y con su prominente pecho, mostrando todo su calor maternal, me decía:

-¿Pero Antonio, tú qué tienes, a ti qué te pasó?

Empecé a llorar, pues la voz de mi padre me decía que era una puta, que no le hiciera caso; eso me dolía enormemente, sé que en el fondo le decía: “Pero es mi madre”.

No sacamos nada en claro, salvo que mi madre vio como al menos yo no carecía de memoria, pues aunque algo atolondradamente y sin orden alguno, le iba contando cosas de mi pasado.

Luego traté de dormir, aunque al poco, se me acercó por el balcón una figura, la que menos esperaba, y que nunca se había presentado, sí, era D. Victoriano, que venía a ver cómo estaba su discípulo; no hizo más que aparecerse, y como desde fuera del cuarto, desde el balcón, miró hacia dentro; me vio y acto seguido se fue. Iba vestido como las pocas veces que lo había visto, con unos pantalones marrones desteñidos y un niqui igual a uno que me dio mi padrino, a rayas verdes y blancas.

Durante las apariciones de este profesor, ni él decía nada, ni las voces se dejaban oír, motivo por el cual intenté dormir; no creo que fuera mi ángel de la guarda, ni mucho menos. ¿O sí?

Había una cosa que no me dejaba dormir, era la sensación, muy intensa, de creer que a los pies de mi cama, y en medio de mis pies, se debatían serpientes y cocodrilos, dispuestos a devorarme. Así no podía seguir, estaba a punto de reventar.

A la mañana siguiente, vino Maru y me subieron al cuarto una llamada telefónica de Tomi, para vernos. Quedé con él para más tarde ir a tomarnos algo.

Cuando colgué, con mi hermana Maru delante, y siendo tal el acceso a mi cabeza de innumerables voces que me decían que dijera lo que debía decir, largué un:

-¡Esto es una mierda! -refiriéndome al inalámbrico, no por lo sofisticado del tecnicismo, sino por la mala calidad de él, y que por supuesto, yo me merecía el mejor del mercado.

Lo tiré al suelo. Al momento, y casi llorando, o casi más bien suplicando, le dije a Maru:

-Yo no soy así, no soy así.

Estaba totalmente desmoralizado. No sabía qué hacer.

Cuando vi a Tomi, me llevó al Jardín Canario, restaurante que se encuentra en mitad de Ciudad Jardín. Es una zona muy agradable, aunque también muy cara.

Allí le conté mis propósitos de que tras haber salvado al mundo de una hecatombe total, yo solito, me iba a ir de vacaciones a Australia, donde tendría ratos de lujo, con esmoquin, ratos de ocio, con todoterrenos, y demás satisfacciones.

Él, Tomi, me dijo:

-¡Tú estas loco!

Volvía, como siempre, a tener razón.

Siempre que hablaba con él, veía como decía y daba juicios razonables y acertados.

De todas formas en ese momento, aunque dudé de lo que pensé, me dije: “Ya lo verás”.

Si he de ser sincero, ni el, ni yo, ni nadie ha visto nada. Lo que sí vi fue cómo mi familia me dijo de ir a un médico; como algo de eso me olía que me debía hacer falta, dije:

-Sí, pero al mejor.

Me llevaron a la Quinta Médica de Reposo; allí me atendió un licenciado, un “mercachifle”. Me abrió un expediente, y me recetó, lo que tantas veces su jefe, el Dr. Henrik les había ordenado para este tipo de enfermedad.

e-libro.net

El médico empezó a escribir y yo a leer lo que el escribía. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo, y me dijo:

-¿Sabes leer al revés?

No le contesté. Después escribió “B.A.G.” y me preguntó:

-¿Sabes lo que significa esto?

-No -contesté.

-Buen aspecto general.

Nunca le creí, supuse que su significado auténtico era: Brote Agudo Generalizado.

En el trayecto de ida, Pepe me había dicho: “Vienes muy guapo”. Iba con mis mejores galas, a saber, la camisa nueva que llevé a Madrid y los pantalones de pinzas grises. Sí, iba con mi mejor ropa. Para mi desgracia iba fumando, y quemé el coche y la camisa, aunque sin darme cuenta. La quemé por atrás, en la espalda, quizás fuera a consecuencia de que la brasa del cigarro se metió en el coche, al tirarla por la ventana.

De vuelta a casa y con la medicación comprada, no hice más que leer los prospectos, y aún queriendo y seguir pensando en salvar el mundo, vi que entre los efectos secundarios e interacciones, se ve que precisamente lo que quería evitar era lo que producía. Esto me soliviantó de tal modo, que pensé: “Si quiere ese ‘pringao’ guerra, la va a tener, ¿qué cree él?, que soy cualquiera, pues no”, algo así sé que discurrí.

Y no es que fuera él un pringao, no, lo que pasaba es que yo era un “superpringao”.

Lo que ponía los efectos secundarios e interacciones, no era algo que fuese en contra o a favor de la guerra, sino que sus defectos eran que podrían provocar alucinaciones, temblores tipo Parkinson, afasia, y en fin una serie de cosas que yo sufría.

Aparte de eso, y sobre todo, no me fiaba del mauro que me atendió; pensé: “Ese ya tiene los conocimientos superolvidados, si es que alguna vez los tuvo frescos”, cosa que dudaba enormemente.

Era gordito, bastante gordo, su nombre no me lo dijo, aunque creo que se llamaba Juan, su ropa, de trabajador, aunque bastante raída y gastada, debe ser que no le pagaban nada bien; tenía alrededor de cuarenta años, tiempo suficiente para haber olvidado la mayoría de sus conocimientos médicos, si es que, como mencioné, alguna vez los había tenido.

Mi familia al no tomarme las medicinas, llamó alarmada a la Quinta, se puso él, y con toda su autoridad, en plan cabrón y a grito pelado, me dijo:

-!Tómate la medicación!

Le respondí que ya vería.

Cada vez estaba más seguro de mí, a pesar de que me debía sentir peor, pues muchas veces me creía el super, cuando se dice: “Con paciencia, con humildad y con sumisión”. Pero para mí no había ya nada de eso, quería guerra con ese mago, dialéctica, pero guerra.

Aún, y cómo no, seguro acordándome de Totó, a quien llamaba con mucha frecuencia, ella no me decía nada, pero me imagino que estaba a la expectativa, a ver qué hacía yo. Por mi parte, le decía que estaba intentando deshacer todo el embrollo que había formado, pero que no se preocupara, que todo andaba sobre ruedas; lo cierto es que todo se complicaba cada vez más.

Al llegar a mi casa, y sabiendo que se me podía olvidar el número de teléfono de mi amada, y que podían estar en cualquier sitio los espías, incluso entrar a mi casa, y más concretamente a mi cuarto, y allí robarme o apropiarse de mis queridos enlaces con la “península”, lo escribí y guardé en varios sitios.

Por no ser un buen chico y no tomarme la medicación, tal y como me habían mandado, a mi familia no le quedó otro remedio que ingresarme en la Quinta, todo se podía haber solucionado tomándome la medicación que me mandaron, pero me las quise dar de listo, aunque no hice sino leer los prospectos, cosas de las que algo entendía, quizás incluso más que él, aunque él tuviera más experiencia, que no inteligencia.

Me llevaron a la Quinta mi tío Domingo y Maru, allí me recibió un médico al que le gustaba que le llamaran D. Pedro; por cortesía hacía su persona, lo llamaré Pedro, pues aún no se merece el don, por su edad al menos me refiero, pues en cuanto a su saber, ¡ni de coña! Tenía éste otro carácter distinto al anterior, más autodominio, quizás la única diferencia fuera que uno vivía en la ciudad, mientras que el otro vivía en el pueblo.

Cuando ingresé en la Quinta hice un escrito que ellos se quedaron y que decía que no aceptaba ningún tipo de “Drug” excepto las por mi llevadas, que eran el cigarro y el Aldo-Asmaâ.

Pedro me dijo que qué significaba esa palabreja, pues lo otro según dijo lo entendía (cosa que hoy dudo); le contesté:

e-libro.net

-Drug, es toda sustancia de origen natural, mineral o artificial, con efectos beneficiosos o deletéreos sobre el organismo.

Creo que la definición está bien, al menos eso pensaba que se me había quedado muy grabado de los empolles de Farmacodinamia de La Laguna.

El médico me dijo que si no me medicaba, nunca me iba a curar. Baje la cabeza y acepté.

Me llevaron al sótano (lugar que luego me enteré que llamaban “el submarino”). Al llegar allí me puse un pijama, no recuerdo si de ellos o mío.

El cuarto era minúsculo y tenía: una cama, una mesa, una ventana enrejada, y un baño personal. Estando allí pensé desesperado: “Dios mío, que bajo he caído”. Luego me puse a pensar que desde ahí, podía aún arreglar el mundo.

Un celador me trajo un café con leche muy clarito y unas galletas, que no eran muy “virgueras” que digamos. Me las comí con bastante desasosiego y descorazonamiento. El mundo se iba a arreglar sin mí, es más, dándome total y absolutamente de lado.

El celador iba con bata blanca, allí, en lo más remoto de la Quinta me puso una inyección, de algo que no me indicaron para qué era, y que puede ser que él no lo supiera.

La verdad es que mantener la Quinta, costaba y cuesta lo suyo.

La inyección me dejó frito, me dormí de un tirón sin preocuparme ya de salvar al mundo. Encerrado en el submarino, estuve según creo una sola noche; luego me pasaron a una habitación del jardín. La medicación que me daban era:

·Haloperidolâ en gotas.

·AKinetónâ en comprimidos.

·Orfidalâ en comprimidos.

De todas, una cierta dosis tres veces al día, los comprimidos me los daban uno en cada comida. Se desayunaba a las ocho de la mañana. Me vigilaban para que me tomara las gotas y el Orfidalâ, para la otra no me vigilaban, por lo que pasaba de tomármelas, pensaba que esa era la peor para mi enfermedad, cuando en realidad era para controlar los efectos extrapiramidales tan desagradables que tenía el neuroléptico citado.

Pensaba que intentaban destruirme, cosa que me decían también las voces (por eso lo creía yo) de mi padre y demás personajillos.

Con estas drogas me pasaba el tiempo durmiendo, desayunaba y me iba a dormir, almorzaba y hacía lo mismo, hasta aproximadamente las seis de la tarde, hora en que venían mi hermana Maru y mi madre; ellas nunca faltaron a la Quinta; estuve encerrado dos largas semanas, y ella y mi madre fueron todos los días a visitarme, comprenderán por qué a partir de aquí estoy tan agradecido con mi hermana Maru, la segunda en edad de mis hermanas queridas.

Los días pasaban, y yo desesperaba, le preguntaba al jefe del clan médico, el Dr. Henrik, que cuándo saldría, al menos yo daba por sentado que allí no me iba a quedar, esa esperanza tenía. Él no me decía nada, nunca contestaba más que con evasivas, con un “ya veremos”, o algo por el estilo.

Mi familia, mi madre y Maru, y algunas que otras personas que me iban a ver, se desvivían por mí. Mi madre me traía siempre naranjas (con las que ella misma me preparaba una naranjada), Donuts, chocolate y demás golosinas, me llevaron también comida, revistas, periódicos, folios, bolígrafos, cigarros, en fin mil y una cosas con las que satisfacer mis gustos hasta el punto de intentar excitarlos, y que retornaran las fuerzas y con ellas las ganas de vivir. Por qué digo esto último, pues era bien sencillo, porque la medicación me dejaba tan sedado, que me anulaba por completo.

Un día, de esos monótonos que uno pasa en la Quinta, mi familia me llevó una gran noticia, la mejor que me podían dar: había aprobado Broma y Toxi, ya no tenía que temer a Arturito, y por tanto a nadie más; me quedaba un puro de asignatura, la Galenica II, pero el Sr. Vila, aunque estricto y algo cabroncillo, no era nada comparado con la sentencia que me tenía Arturo. Aparte de eso, el primer parcial no había hecho un mal papel, y eso cuenta algo, pues de todos los que éramos, fueron pocos los aprobados, y algunos, aunque no demasiados, los pendientes de junio al igual que yo. Sólo habían dos parciales; “Dios mío, todavía no lo sacaba”, no sabía qué hacer, por más que lo intentaba no levantaba cabeza. “Quizás fuera que debía encerrarme más, pero por lo pronto, si estaba disminuido por algo, debía curarme, si es que lo que me había ocurrido era una enfermedad, como ellos decían”.

e-libro.net

Mi estancia en la Quinta la pagaba el seguro escolar, con lo cual, seguramente que ya sabrían en secretaria lo que me pasaba, casi creo ahora oír los comentarios: “Oh, recuerdan a aquel chiquito tan majo, pues se volvió loco”.

Como comprenderán, pues, no me importaba el precio de la Quinta, que encontraba abusivo, a pesar de que oía decir que el Dr. Henrik no era pesetero, cosa que dudaba, pero que no me preocupaba tanto, como la enorme pérdida de tiempo que era el estar allí, tenía que estudiar, y allí no se podía.

No obstante, cierto día escuché cómo alguien tecleaba en una máquina de escribir; eso me dio vida. Alguna que otra vez, si me levantaba antes de comer, me iba al jardín y allí, en el corto espacio reflexionaba sobre mi forma de vida; no, no quería ser toda mi vida un enfermo; no, no lo sería. “Soy un luchador y lo que eso conlleva”; de todas formas, por lo que veo, ese triunfo, hace que los de alrededor estén en una continua tensión, si eso es malo, que todavía no lo sé, que el Señor me lo perdone, pero como bien decía el compañero de carrera, hay que tener un mínimo de tensión, que yo más bien cambiaría por: un mínimo de atención, para estar en plena forma.

Mi hermana Maru se pasaba el tiempo hablando y dándome ánimos. De tal manera, que me encantaba sentirme, como diría mi madre, “arropado por la familia”.

Ya no oía ni una de las antiguas voces, motivo por el que me habían ingresado, me había convertido en un buen chico (o sea un borrego), por lo que no sabía por qué no me dejaba ir el Dr. Henrik para mi casa y darme de una vez el maldito alta.

A las dos semanas de haber estado recluido, y habiéndome dejado salir un solo día con Domingo y Conchita, a un restaurante, escondido en medio del campo, al que no se cómo supo llegar Domingo, me dejaron salir cuando ya casi ni tenía ganas de vivir, o quizás fuera a partir de ahí cuando recuperé las ganas de ello, quién lo sabe (a humanos me refiero).

Lo primero que hice al llegar a mi casa, fue dormir y dormir, no uno o dos días, ni una o dos semanas; no, fueron seis meses aproximadamente los que me pasé durmiendo, de Julio a Enero, saquen cuenta, y eso más o menos fue el tiempo que me mantuvieron drogado.

Me levantaba sólo para comer, y allí me atiborraban a pastillas; me tomaba como media unas nueve pastillas al día.

De todas formas, sospecho que el que más dormía en la Quinta era yo, y por tanto fuera de ella, también supongo que era yo.

Cada vez que iba a la consulta del psiquiatra de los cojones, le pedía por favor, que me redujera la medicación, que estaba todo el día durmiendo, que eso no era vida, y que por supuesto no me permitía concentrar en los estudios.

Me matriculó mi familia en Santiago; yo fui después de Reyes; a ver si podía sacar algo. Mi único contacto allí era Delia B.P. Le dije si me podía ir con ella mientras buscaba piso donde quedarme; ella me contestó que sí.

Fui a su casa, y ella no estaba.

Mi hermano Jose me había regalado una pequeña radio con auriculares (de esos que se introducen en las orejas). Nunca había tenido uno igual, y se lo agradecí enormemente. Era negra y roja, todo el “equipo”.

Llegué a Santiago, al piso donde se estaba quedando, y me dediqué a esperarla fuera, me puse los auriculares, y allí, espera que te espera, me pasé unas cuatro horas; me parecieron los viejos tiempos, cuando esperaba horas y horas por mis amigos, como al Lu.

Después de ver entrar y salir a varias personas, no me acuerdo cómo me las ingenié para que me dejaran entrar a casa de ¿mi amada?

De regalo de reyes le había comprado (en las rebajas) un libro de Isabel Allende, autora que en esa época estaba muy de moda; yo no me lo había leído, quizás había hecho mal en no hacerlo y habérselo regalado; según me dijo tiempo después ella, al principio le había gustado, pero después no le gustó nada. De todas formas, no tengo ni idea de los gustos literarios de ella, le compré ese por ser de una mujer, y por estar de moda.

Verán que Totó había dejado la pensión. No me dijo si comía en el piso o en la calle.

Cuando me dejaron entrar me puse a hablar con una de las compañeras de su piso, a la que le conté todo lo que me había pasado, o sea, todo acerca de mi “brote psicótico”, que me gustaba más llamarlo así que de otra forma.

Totó se me cabreó un huevo, por haberle contado a su compañera lo de mi locura, que en definitiva ella la consideraba así, pues si no, no me explico tales revuelos tan grandes.

e-libro.net

Estuve uno o dos días buscando piso; encontré uno que Matías, un joven treintañero diplomado en empresariales y trabajando en un banco, tenía alquilado, y del que realquilaba habitaciones por unas veinte mil pesetas, con derecho a tele en color, lavadora y lógicamente baño, salón y cocina.

Llegué y cuando vi las dimensiones de la casa, me parecieron enormes, las mayores que había visto nunca; también eran buenos los materiales de construcción.

Los otros dos cuartos, tenían camas de matrimonio, la mía tenía dos camas desangeladas, sin ropa para ellas, ni nada de nada.

Dormíamos mientras tanto, Totó y yo, en su cama, aunque ella no quiso hacer nada conmigo, yo dormía bastante mal, más que nada por lo estrecho de la cama.

Enseguida encontré el piso del que hablo, fue casi de los primeros en ver al ponerme a buscar. Me gustó mucho; estaba frente a la estación de ferrocarriles, y desde el cuarto de la tele-cuarto de estudio, se veían muy bien los andenes y raíles de la estación; era bastante curiosa la casa.

Estaba casi al final de la ciudad, era de las últimas casas en uno de los extremos, tal que a partir de allí ya eran las afueras.

Mientras buscaba, comía en la calle solo, cualquiera le diría a Totó de comer con ella.

"Lo siento Totó, el haberte dejado en evidencia al contar mi enfermedad a tu compañera, pero si eso era lo que me había ocurrido el último año, no podía pues hablar de otra cosa".

Vivía Totó cerca del bar donde el año anterior iba a comerme mis caprichos, el bar de los huevos fritos con patatas fritas, pan y una pequeña cerveza. Mi gran lujo.

Matías tenía una novia, que me resultaba algo feúcha, pero que a él le entusiasmaba mucho. Decidí quedarme en ese piso; mi cuarto era sencillamente, enorme, tenía dos camas, un gran ropero y una mesa grande con su silla; allí se supone que debería estudiar, aunque no daba por la mañana el sol por ahí, sino por el otro lado de la casa, motivo por el que me iba a estudiar al cuarto de la tele.

El otro ocupante del piso era Ramón, Moncho para los amigos, aunque este no era mariquitoso como el otro; este Moncho, si tenía una característica, no era que fuese un buen estudiante, sino que fumaba porros hasta la saciedad.

Era bastante feo y muy delgado, quizás por estallarse todo el dinero en drogas. No recuerdo su edad, pero era bastante veterano, aunque esto parecía que a él no le preocupaba, o quizás le preocupaba más que a mí y por ello se drogaba tanto; yo también me drogaba pero era por prescripción facultativa, a pesar de que ello me tuviera hasta los mismísimos cojones.

Quizás Moncho hoy día haya dejado la carrera y se habrá puesto como sus familiares y amigos, de marinero, con "la billetada en el bolsillo", como él decía, esto es ciento cuarenta mil pesetas (espero que por un mes en la mar).

Nuestros primeros días de contacto fueron bastantes agradables, así, con Moncho pugnaba para ver quién era más juerguista, a pesar de que ese tipo de conversación ya casi no me atrajera en exceso.

Matías, en cambio, era más frío y distante, él era trabajador, y no consentía los excesos de los estudiantes (de las que yo tampoco era muy partidario), pero era lo que había.

Matías comía fuera, y después se iba con sus amigos hasta altas horas de la noche. Algunas veces iba su novia y siempre se escondía, para darle una sorpresa. Supongo que a él eso le gustaba, a mí me parecía una solemne tontería; tendría que estar uno muy enamorado para que le gustara ese tipo de cosas.

No sabría decir si Moncho usaba mucho la lavadora, pero lo que era el otro electrodoméstico incluido en la casa: la tele, lo usaba a más no poder.

Cuál no sería mi sorpresa cuando los administrativos de la secretaría de Santiago, me dijeron que tenía agotadas todas las convocatorias de Galénica II; eso me puso cardiaco y enfermo del estómago, se me hizo un nudo en las tripas. Les dije que en La Laguna, si no te presentabas no corría la convocatoria, eso me lo confirmó uno de la secretaría, pero debía justificarlo desde mi facultad de origen.

Después de mucho llamar a la secretaría, para hablar con Carmita, la "jefa" de la secretaría (recuerden el mal humor que tenía), conseguí arreglarlo. Al final me encontraba en tercera convocatoria, y eso porque el año pasado había agotado alguna que otra; quizás no me contaron la de Septiembre por encontrarme malo, o quizás sí, pero lo cierto es que estaba en tercera convocatoria.

e-libro.net

Cuando iba a clase, sólo iba ya a la de Galénica, comía en el comedor universitario, se comía mejor y más barato que en el restaurante de la pensión, aparte de eso, no quería visitar esa parte de la ciudad. El resto de los días, comía en mi casa, donde me hacía mi propia comida.

El mejor cocinero del piso era Moncho, que me enseñó a hacer unos chocos en su tinta exquisitos. Por aquella época, me hacía alguna que otra comida que no era del todo mala, a pesar de que el hacerla para uno solo no sabe igual que hacerlo para más gente, aseguraría, aunque no fuera muy científico, porque se hace con mucho menos amor.

Matías, lo más que se hacía era un par de huevos fritos, con alguna que otra salchicha, fuera de eso, no se hacía nada más.

El Dr. Henrik, me había mandado unos barbitúricos para dormir, según él, "muy suavecitos", yo era reacio a tomármelos, no sólo por el "hang-over" que producían, sino por sus efectos colaterales.

Estudiaba en el cuarto de la tele, al que no se le puede llamar comedor, pues nunca comimos allí. Ni siquiera cuando Moncho llevaba a un amigo suyo.

Yo estaba siempre estresadísimo, pensando en cuándo iba a acabar de una vez la maldita carrera. Me resultaba ya casi imposible, aunque en el fondo sabía que la terminaría. No sabía si podría hacer el examen que me faltaba, pues estaba demasiado tenso.

A veces, cuando mi compañero no estaba fumando droga, se ponía en ocasiones a estudiar conmigo, pero esto era desesperante, pues de entrada se ponía a hablar, por lo que no me podía concentrar, luego y como no podía estar sentado en la mesa y estudiar, se ponía a ver la tele, con lo que tampoco podía yo estudiar, debía irme a mi cuarto a esperar que le diera otro arrebato; era un ser demasiado impulsivo.

Moncho estaba continuamente bebiendo; en la comida bebía vino con la Casera. Este me animó a mí a tomar vino los jueves por la noche. Volviendo así a las andadas. Lo cogimos como costumbre, ya que el viernes yo no tenía clases.

Lo del alcohol los jueves, se puso por costumbre, tal que cuando Matías llegaba y nos veía bebiendo, decía:

-¿Qué celebramos hoy?

-Que es jueves -le respondía, a pesar de que mi tono fuera muy serio y correcto, no así el suyo.

Algunos de esos jueves, después de bebernos la botella de vino nos íbamos a dar una vuelta por la ciudad, aunque no era lo más frecuente.

Alguna que otra vez, visitaba a Totó, me encantaba, la llenaba de besos tal que me excitaba algo (bastante), pero cuando llegaba la hora de la verdad, no era capaz de "hacerlo" (tal como ella llamaba a hacer el amor).

Un día, de esos tan normales, llegó mi tía paterna la farmacéutica: Mila. Me hizo muchísima ilusión verla. Le enseñé el piso donde vivía y le dije que ese, sin lugar a dudas era el mejor en el que había vivido.

En mi cuarto, una de las camas, tenía un edredón que había ido a comprar al principio a unas rebajas junto con Totó, pues si no me congelaría de frío, cosa que a veces me sucedía, pues aparte del edredón y dos sabanas, no tenía más ropa de abrigo.

Me tomé con Mila, tras la visita al piso, un café recalentado, de esos de cafetera eléctrica. Abrimos los bombones ingleses que me había llevado, sabrosísimos, yo los había visto ya antes en mi casa, por mis hermanas, cuando habían viajado a Londres. Eran muy buenos, uno podía comerse de un viaje tres o cuatro o cinco o seis, que no empalagaban. Bueno ya ustedes sabrán lo espléndido que es el chocolate inglés. Estuvimos charlando ese día, y al irse me dio una buena cantidad de dinero y me dijo:

-Si mañana Antonio te da más dinero, lo recoges, y no le digas nada que yo te he dado.

-Bien - respondí.

De todas formas me quedé preguntándome, "¿Pero y de dónde va a sacar Antonio el dinero, se sacó una lotería, o una herencia?", pues a él su alcoholismo no le permitía trabajar. Si trabajaba en algo, era de cocinero y un poco de chico para todo, iba a hacer la compra para la casa, y luego hacía la comida.

Quedó mi tía en invitarnos a ir a almorzar mariscos todos: ella, Lotario, Totó y yo, a un bar. Les dije que en el tiempo que llevaba allí, aún no había comido marisco, por ser muy caro.

Al día siguiente nos vimos en el bar, a mis tíos según parece les cayó bien Totó. Los mariscos me cayeron bien a mí.

e-libro.net

Quizás para desanimar, o para probar a Totó, a ver si era una lagarta, mi tía le enseñó las fotos de su casa, pero cuando ésta era vieja, (yo ni siquiera me acordaba de esas fotos) me extrañó bastante lo que hizo y no comprendí el motivo hasta hace poco.

Al final mi tía y no mi tío, me dio otras diez o quince mil pesetas cosa que le agradecí mucho.

Un día le dije a Moncho que me comprara un talego de chocolate, él me dijo que sí, encantado de ver que yo también era un drogadicto, y yo, quemado de también serlo. Me extrañó bastante la gran cantidad que era y la buena calidad del mismo.

Un mes de esos locos, me dijo Totó de ir a ver la exposición de Velázquez a Madrid, al Museo del Prado; fue apoteósica esa exposición, en cuanto a cantidad de gente que asistía se refiere. Le dije que de acuerdo, pero que dónde dormiríamos, pues en casa de mi hermana, no nos podíamos quedar (recuerden el aviso de Juancho), ella me respondió:

-No te preocupes, nos quedaremos en casa de mi prima, que allí hay camas de sobra.

El día indicado, cogimos "el bus" y nos llevó directamente a Madrid; nos dejó en el mismo Parlamento, con la idea de a la vuelta cogerlo allí mismo; eran estas excursiones organizadas a medias por agencias de viajes, tal que te llevan y te traen y luego, cada uno se busca la vida. Esa excursión tenía la finalidad de visitar la exposición citada.

Nos fuimos directamente a casa de la prima, también iba su hermana más pequeña que según parece no quería estudiar, quería, si no recuerdo mal, ser celadora o algo por el estilo; era muy progre ella; la hermana no se quedaría con nosotros, sino que iría a casa de otro familiar.

Cuando llegamos a casa de su queridísima prima, me quedé asombrado del desorden y lo cutre del apartamento. Según parece, aquella noche había habido juerga del o marido con otros amigotes; ella dijo que su marido ese día no había ido a trabajar, lo que me asombró sobremanera, y me pregunté: "¿Cómo es posible que por una noche de juerga, la prefiera a ir a trabajar como todo buen ciudadano?"; hoy día caigo en la cuenta, y pienso que más cierto es que su queridísimo marido estaba en paro, y que solía estar de juerga con demasiada frecuencia. Esto nadie me lo ha dicho, son simples conjeturas mías.

El tenía todo el suelo lleno de litronas vacías, imagínense tamaña juerguesita se había corrido el niño.

Cuando llegó la queridísima prima, la saludé con un par de besitos, muac, muac.

Hicieron la comida, muy frugal ciertamente, así que seguía la tónica de toda mi vida en la que no estaba presente mi madre.

Luego vino el café, al que se sumó una gran cantidad de amigos, unos eran estudiantes y otros (imagino, pues yo sólo hablé con uno y era un estudiante veterano) trabajadores. Como no sabía qué hacer entre tanta gente desconocida, dije de hacernos un porro, la idea tuvo gran acogida, hicimos uno bien grande y gordo.

Yo no había llevado todo el chocolate, siendo previsor había dejado un gran trozo en Santiago, aunque me había llevado uno mayor a Madrid, que era el que ahora consumíamos; cuando le dije esto a Totó, casi me insultó (lo recuerdo perfectamente) con un:

-¡Qué guarro, pero qué cerdo eres!

Por la tarde vinieron una gran cantidad de personas al diminuto apartamento, pusieron un vídeo de una boda, del que a mí a quien me interesaba ver era a Totó, estaba guapísima con un traje largo azul marino, absolutamente encantadora; entre charlas, bebidas y fumadas, pues de todo hubo un poco o quizás un mucho, se nos fue la tarde.

Por la noche, me puse un chandal como pijama, Totó se puso en cambio un pijama; estábamos en una cama plegable que era de matrimonio, cabíamos bien los dos; intentaba penetrarla a través de la ropa (y con ella puesta), pero Totó no reaccionaba, parecía de lo más fría, motivo por el que a mí me descorazonaba y lo dejaba; el sillón, desplegado en cama, hacía un ligero ruido, y si encima nos poníamos a jadear, los de la habitación del fondo, el matrimonio, se despertaría completamente, y sería un corte increíble; me inclino, o mejor prefiero pensar que era este motivo por el que "mi acompañante", si es que eso era, no daba muestras de deseo sexual; ni una de las veces que había estado con ella la había visto caliente, (salvo una vez que hizo un amago de masturbación estando en su pensión el primer año). Probablemente era que yo no la sabía excitar, si no, no me explico qué otra cosa podría ser.

Intenté y lo conseguí, aunque pocas horas, dormir. Me levanté renovado; me afeité y aseé; luego me fui a casa de mi hermana a la que saludé con uno o dos besos, le di la mano a Juancho. Nos sentamos ella y yo en la cocina y ella me decía continuamente:

e-libro.net

-Pero qué guapo estas, pero qué guapo.

Se lo agradecí aunque no se lo dije, pues me ruborizan los halagos a mi persona. Hoy sé, que era para darme ánimos.

Me dijo también que menos mal que había ido por allí, y que la hubiese llamado, pues según parece ellos tenían pensando ir a visitarme; iban a quedarse en el Hotel Reyes Católicos, donde más lujo y boato había en Santiago.

Me dio una gran cantidad de comida; enseguida pensé en repartir con los amigos y familiares de Totó los dulces comprados (los Nicanores), el resto me lo llevé yo, después de guardarlo celosamente en mi bolsa en casa de la prima.

Le di las gracias y le dije en donde vivía el familiar de mi amada, al lado de El Corte Ingles; Saso me dijo:

-Ah, aquí cerquita. Sí, puedes coger un taxi que te

cuesta barato.

Sobre las trescientas o cuatrocientas me costó, y eso que era barato.

Iba cargado de comida, y de un turrón de chocolate casero magistral y exquisito.

Hablé un par de horas con mi hermana y le conté el motivo de mi visita, aunque menospreciando al genio, como diciendo "¡y a mí, qué coño me importa ese tío!", así llamaba a Velázquez, me imagino que luego querré que se me trate de don; valiente chafalmejas estaba hecho.

El auténtico motivo de guardar todas las existencias que mi hermana me había dado, era por si algún día iba Totó por el piso, para regalarle a mi amada, lo mejor de lo que disponía.

Fuimos en dirección al Prado, al museo, allí era la cola, algo increíble, era quilométrica; según parece la gente iba de madrugada a hacer cola. Ya sé que era muy buen pintor, pero me bastaba con verlo en reproducciones (ignorante de mí, ¿cómo iba a ser igual?). Me opuse en redondo a visitar el museo.

Previamente habíamos ido a un local de reproducciones de grandes artistas, y allí compramos alguna que otra lámina, ella, yo ninguna, pues no estaba mucho por la labor de decorar el piso, para qué, si ya me quedaba poco tiempo.

Cuando estábamos en una gran cola, pero esta no quilométrica, para comprar cosas que vendía el museo para la ocasión, Totó se puso a fastidiarme con las dichosas reproducciones, a darme golpecitos en la cabeza; no sé por qué le dio por ahí, pero eso que a ella le hacía gracia, a mí me tenía hasta los mismísimos cataplines; poco me faltó para rompérselas en su propia cara; no podía ser como las demás personas, estar callada mientras aguardaba su turno pacientemente.

Al par de horas de jodida espera, llegamos a la entrada; entró ella sola y se compró un par de posters como recuerdo de su visita. Uno era según parece para su abuelo, el otro ni idea de para quién, quizás para ella. Al final no fue ni para uno ni para otro, se los robaron en la guagua de regreso.

Cuando salimos de la cola vi al poeta canarión que había visto el año anterior en Santiago, donde me regaló un librito de poesías escrito por él, del que estoy cada vez más seguro que era un policía secreta del Papa, si no, a ver de dónde sacaba tanto dinero para ir regalando a todo el mundo sus libritos de poesías, y eso que según decía en ellos, ahora estaba dedicado a la vida bohemia y era más feliz.

El susodicho tenía barba y bigote, y hablaba canarión cerrado; no hizo gestos como de reconocerme, quizás porque eran demasiadas las caras que veía a lo largo del día; pero yo cada vez que salía a la calle, me topaba con él. Bueno realmente lo había visto unas tres veces, pero siempre en lugares distintos ¿Casualidad? ¿el destino? !quién sabe!

Me dio en cada comunidad que lo vi un libro distinto. Yo pensaba y me decía continuamente "¿Será éste, secreta del Papa?"

Después nos fuimos al Botánico, que estando tan juntito al museo, había en él muy poquita gente. Allí nos toqueteamos y sobamos a más no poder, Totó y yo. Me tenía excitadísimo y poco me faltaba para sacármela y metérsela allí en medio de la gente.

Pero como comprenderán eso no era muy civilizado. Me imagino que quien nos viera se quedaría asombrado y se preguntaría: "¿Y esa gente, no tiene casa donde hacer esas cosas?"

Aunque en ese momento no lo pensé, hoy pienso que estábamos dando un espectáculo.

El día de la vuelta a Santiago, fuimos a casa de un familiar de Totó, una tías; allí me sentía un intruso total, no sabía donde ponerme; a una de sus primas, encantada y asombrada dijo que uno le había regalado un libro de

e-libro.net

poemas en el metro. “¿Casualidad, coincidencia?” (me parece excesiva casualidad para una ciudad tan grande como es la capital de España).

En su casa, Totó y su hermana prepararon unos bocadillos de queso y embutidos derivados del cerdo, no mucho, pues según oí a la tía, lo había comprado para hacer régimen; supuse que estaban bastante mal de dinero, al menos esa fue la impresión que me dio, más que impresión fue un choque.

Hicieron los bocadillos y salimos. Llegamos pronto a la zona del Parlamento; por allí fuimos a un restaurante frente al mismo parlamento; yo quería entrar en él, aunque Totó imaginándose lo que allí había (políticos, periodistas y demás), me dijo de ir un poco más abajo, allí cerquita había un bar que estaba muy concurrido, sería para administrativos y demás funcionarios de menor categoría; eso se notaba a la legua, pero qué más podía y debía pedir un pobre estudiante.

Llegó la hora de marcharnos y no hubo que esperar demasiado; el que más tardó fue un jovenzuelo que llegó con un mapa a cuestas, en el que iba mirando cada calle que veía.

Pensé que íbamos a ir en los mismos sitios, que nos los guardarían y que se respetaría el asiento en el que habíamos venido, pero no fue así. Nos sentamos separados la familia B. y el que esto escribe.

Cuando llegamos a Santiago, Totó le preguntó a su hermana que cómo hacían para pasar la noche. Yo me ofrecí y dije que en mi cuarto habían dos camas. Lo dije con la intensión de si iba Totó, acostarme con ella, y si iba su hermana hacerle insinuaciones a ver si ella quería; ninguna de las dos fue, se fueron juntas al piso de Delia. Quizás se olían algo de lo que yo pensaba. Más me vale que no.

Pasaron varias semanas antes de volver a ver a Totó. Yo también tenía algo de culpa, pues no iba nunca por su casa, salvo las primeras veces que ya he dicho, y fue todo un desastre.

El día que vino, llegó en plan guerrera, con una minifalda que nunca le había visto. Venía desde su casa en el Ferrol, o al menos llevaba una bolsa negra con ella. Llegó y yo al principio no hacía más que recorrer la casa, debido al excesivo estrés que llevaba, e intentando deshacerme de éste por medio de paseítos.

Como ella había venido, yo no iba a ponerme a estudiar, por lo que una vez pasada algo la aprensión en el pecho, que esa era la forma de manifestarse mi estrés más frecuentemente, y en no dejarme dormir, me senté en un sillón al lado de el de ella, en medio de los dos estaban los posabrazos de ambos sillones. Después de un más o menos corto periodo de tiempo, me dijo:

-Yo no pensaba que esto fuera así.

-Y ¿como pensabas que fuera? -le contesté.

Ella sin decirme nada más, se sentó sobre mis piernas; a mi aquello me sorprendió una barbaridad, pero no le hice nada. No digo que yo fuera un experto amante, pero en la cama tenía algo de experiencia, pero de juegos eróticos y preliminares, no tenía ni idea.

Su cuerpo era soberbio, superior al de mis antiguas amantes, con creces. Cuando la vi, esa noche del viernes, desnuda, fue suficiente para que entrara en acción. Espero que no se quedara defraudada.

Nos pasamos haciendo el amor, dos días seguidos, hasta el domingo por la mañana, día en que comimos algo.

Se quedó asombrada de mi forma de hacer el amor, viendo como no buscaba sólo mi satisfacción, sino también la de mi compañera.

Me dio la sensación de que mi amada nunca había experimentado un orgasmo.

Nos duchamos y desayunamos el domingo, fuimos a comprar los periódicos y semanarios; luego regresamos, más satisfechos, más realizados. Nos volvimos a meter en la cama.

Ese fin de semana fue único. Tan único que los siguientes fines de semana, esperaba que se repitiera lo mismo, pero ella ya no volvió más. Me dejó con las ganas.

De todas formas el lunes siguiente me sentí reconfortado, era otro yo, pero esto no duró mucho, y quizás fue mayor el dolor de las siguientes semanas, en que la esperaba desesperadamente y ver que ella no venía.

Quizás estuviese esperando en su casa a que yo fuera a buscarla. No tengo ni idea, y creo que la verdad es que no comprendo a las mujeres; asimismo digo que es posible que ellas tampoco me comprendan, aunque no me considero tan extraño, es más, a veces me considero muy simple, lo que no quita para que alguien me pueda considerar un bicho raro.

Mi madre no quería perder el contacto conmigo, así que me decía que la llamara con más frecuencia; eso hacía. Fue para mi desgracia, el que esos días estuviese dándole vueltas a la cabeza sobre qué hacía aquel secreta del Papa con tanto teléfono a su alrededor; ¿estarían hablando de mí?; ¿con quién?; ¿sobre qué?; ¿qué dirían?

e-libro.net

Estos y más interrogantes me planteaba. Tuve la mala fortuna de contárselo un día a Maru, quien estaba en mi casa con mi madre; no tengo ni idea si ya habían programado el ir a verme. Maru me decía.

-Ya, ya; bien, bien.

Me di cuenta como ella pensaba que estaba desvariando. Me dijeron que irían para allá; no creo que me dijera que al día siguiente, pues estando yo en el piso, oí el dictáfono, cogí el teléfono y pregunté quién era. Mi madre me dijo:

-Soy yo, tu madre.

-!Oh madre!, sube.

Mi madre eso le sentó muy bien y le oí decirle a mi hermana Maru un comentario sobre ello; lógicamente eran bien recibidas. Subieron y nos saludamos.

Después de enseñarles el piso (que les gustó mucho), nos fuimos a ver tiendas. Cuando estábamos delante de un escaparate, le dije a mi hermana:

-Maru, ¿tú me encuentras normal?

-Sí, un chico seriecito -me dijo ella.

Yo no sé si le llegué a decir, aunque ganas no me faltaban: “Es que siento una angustia tan grande, que muchas veces no me considero normal”; sabía que no era la soledad del ganador, quizás en todo caso, la soledad del perdedor. Pero estaba cardiaco perdido.

Mi madre y mi hermana se encargaron de hacerme la cena, y de lavar los platos. Según me dijeron más adelante, Moncho me había criticado, diciéndoles que yo no limpiaba la loza, quizás porque en una semana de vacaciones que no estuve, no había limpiado una sartén que se me había quedado con aceite; ellos no me lo dijeron cuando llegué, sino que la vi llena de aceite y toda sucia cuando abrí el horno. Pensé sin saber a ciencia cierta, que era mía, y por ello la limpié.

Sigamos con la estancia de mis familiares.

Llegó la noche y nos acostamos los tres, ellas dos en la otra cama, yo en la mía. Esa noche no pegué ojo. Pensé en tomarme los barbitúricos, aunque al final no lo hice.

Si no dormí, no sólo fue porque estuviese nervioso, sino también por la presencia de gente, aunque fueran familiares, en mi cuarto, pues no estaba acostumbrado a ello.

Di vueltas y más vueltas toda la noche; esto le asustó mucho a mi madre, quien, seguro que al igual que Maru, tampoco durmió. Mi madre seguro que se alarmó, pensando en que yo hacía días que no dormía.

Yo ni oía voces, ni tenía alucinaciones; tan sólo estaba algo estresado, pues no era normal ver a mi madre y a Maru allí, a quienes quería complacer, más que perjudicar.

“La Madona”, preocupada porque no dormía y por mi gran estado de nerviosismo, me dijo que por qué no iba a Las Palmas con ellas; les dije que bueno, que sí iría.

Hicimos las maletas, de tal forma que a la tarde siguiente ya estaba todo recogido.

Al ellas hacerme las maletas, dieron con donde tenía las revistas porno, las que pasaron por alto. No les dieron importancia, afortunadamente.

Una vez en la calle y preparado para coger un taxi me dije: “¿Y yo, qué hago aquí?”, pensé esto, pues lo que debía estar haciendo era estudiar la asignatura a la que me pensaba presentar.

Volvimos todos a Las Palmas. En el avión casi ni hablé.

A recibirnos fue mi tía (la hermana de mi madre), y su marido, en el Mercedes; se los agradecí muchísimo; era reconfortante sentir ciertos lujos sobre la persona de uno. Nos llevaron a nuestra casa.

Al día siguiente me llevó mi madre a la Quinta Médica; allí me recibió el Dr. Henrik. Iba decidido a contarle las cuarenta, mientras pensaba, “éste va a saber quién soy yo”. Resultado: me dejó desahogarme, aunque al final me ingresó.

Estaba totalmente anonadado, ¿Por qué me metían allí otra vez?, aunque esta vez no fue en el submarino, sino que me pusieron en una habitación con vistas al jardín.

Como siempre, cené un café con leche muy clarito y galletas. No comí nada más en toda la noche. Verán que la entrada no era muy nutritiva, pero la estancia, carísima que costaba; sé que había que alimentar y mantener toda la Quinta y a su personal. Opino que debía estar subvencionado, si no total, sí parcialmente.

Esa vez vinieron muchos familiares, entre ellos mi tío Domingo, quien me dijo acerca de uno que por allí había: “Mira ese es un líder político canario”, tenía éste a una hija ingresada allí. La vi un día y me quedé asombrado de su carisma; según creo estaba allí por drogas, aunque duró poco. Era de las niñas más mimosas que

e-libro.net

he visto en mi vida; posiblemente, sus mimos excesivos, le hicieron que no supiera vivir sin apoyarse en las drogas.

Las visitas de los doctores eran por las mañanas. Solían ser de lo más frustrante, daban la sensación de que esos medicuchos de mierda se reían de uno. Casi afirmaría, que no es que lo pareciera, sino que realmente lo hacían. Me caían todos mal, salvo la doctora; nunca le decían a uno cómo le encontraban ni cuánto tiempo nos quedaba.

La doctora solía decirme:

-Sal a coger el sol, como todo el mundo.

Era cierto que ahora dormía mucho menos, pudiera ser porque ya me había acostumbrado a la medicación. Ahora hablaba más con la gente, conocí a dos chicas de las cuales una me atraía bastante, era la más madurita. Tenía una hija y estaba separada, estaba allí por depresiones, según ella me decía.

Un día fui a su cuarto y allí me enseñó unos apuntes por los que estaba estudiando; no le dije nada, pero me parecieron facilísimos y muy pocos, aunque no la quise desengañar; ella me atraía bastante, y si no intenté nada, fue porque su edad y su retoño me frenaban.

Había otra chica, que por lo que parecía, sospechaba que estaba saliendo con gente del mundo de la droga; a mi su estilo marchoso, ya no me atraía lo más mínimo; estaba harto de ese tipo de mujeres. Por lo que decía, era muy querida por su novio o marido, no recuerdo el grado de parentesco. Le había regalado un gran muñeco de peluche.

Solíamos hablar los tres por las mañanas; casi siempre o en mi cuarto o en el de la tele.

Me aburría allí enormemente; fui bobo en no pedirles los apuntes a mi familia, pues el sitio era ideal para estudiar, a pesar de lo que los mierdillas de personajes dijeran (y no lo digo por meterme contra los médicos, ni mucho menos, sino contra los malos profesionales en general; espero no ser uno de ellos, por lo que lucho día a día).

Las dos chicas estaban muy intranquilas por el dinero y por la forma de perder el tiempo.

Según me dijo la que más me atraía, ella iba a ir a Fuerteventura, cuando de repente la ingresaron allí; ella no se sentía tan mal como para ello. Yo, qué le iba a decir, si me sentía más frustrado que ella; ¿le iba a decir que a mí me ingresaron por no dormir una noche?

Pensé que a esa gente nunca las volvería a ver; no fue así, pues mi ciudad es muy, pero que muy pequeña. Quizás también sea porque uno se mueve en círculos muy reducidos.

Lo mismo me ocurrió con una funcionaria cuarentona que conocí allí, a la que posteriormente vería con mucha frecuencia y que siempre me decía que se encontraba muy bien. Saludos colegui.

La casualidad es que las tres vivían más o menos cerquita a la casa de mi madre, aunque no lo sabría hasta años después.

La que se sentía sola y me atraía, decía a la otra (que no me gustaba a pesar de ser más joven): “Pero tú eres y te sientes querida; yo no”. Eso por lo que vi le entristecía mucho; estaba separada. Su historia no la recuerdo con claridad.

En su cuarto, nada más entrar, se notaba el toque femenino, cosa de lo que carecía por completo el mío.

Una vez de vuelta a mi triste hogar; y digo triste pues era muy grande como para mantenerlo medianamente decente, mientras veía como se deterioraba y que no había dinero para arreglarlo. Esto me deprimía soberanamente, y pensaba si no sería mejor vender la casa e irnos a un piso.

Tenía que arreglar lo de las mensualidades de Matías, el piso de Santiago, gracias a que le pagó mi madre todas las mensualidades fue por lo que le pude pedir que me fotocopiara los apuntes que me faltaban de Galénica Especial. Se comportó fenomenalmente, y me los consiguió muy eficazmente; le indiqué en qué fotocopiadora estaban y él me los fotocopió y me los mandó por correo. Quizás yo no le cayera muy bien, por beber los jueves, pero no me guardó rencor ninguno. Cuando le pedí el favor me lo hizo sin poner ninguna objeción.

Mi única misión era estudiar y quitarme de encima la maldita Galénica II. Aunque esto no era tan fácil, pues por el exceso de pastillas, o bien por el soporífero calor que suele haber casi siempre en mi isla, nos deja aplatanados, y no podía hacer nada más que dormir y dormir; al menos eso era lo que me ocurría, y creo que aún me sigue pasando algo de eso. En esos momentos el sopor era debido al exceso de medicación, casi, si no exactamente, tomaba nueve pastillas; como comprenderán esto me tumbaba.

Quería estudiar, motivo por el que le pedía al médico que me redujera la medicación; seguro o eso al menos creo, que el sopor era debido a mi mala tolerancia y peor habituación a los medicamentos.

e-libro.net

Este tipo de medicación, al igual que otras, pero sobre todo los neurolépticos o antisicóticos, ansiolíticos y antiparkinsonianos, que era lo que tomaba, se debía disminuir gradualmente, no podía hacerse de golpe, pues produciría el efecto rebote. Esto es, produce lo que se intenta curar, así, si quito de golpe los ansioliticos, me producirán ansiedad, y así con cada grupo de esos fármacos.

Esto, a pesar de haberlo estudiado, no sabía lo que significaba, ni cómo se trabajaba con ellos, a partir de ahí sería de una ayuda inimaginable el haber experimentado conmigo mismo.

Cada visita que le hacía al médico, le pedía por favor, y casi de rodillas, que me redujera más la medicación; así lo hacía, por mi obstinación en que todo se debía a que estaba muy medicado.

Intentaba estudiar, pero me costaba enormes sacrificios (que por otro lado los hacía sin quejarme) el concentrarme, ya no sólo el no salir y empecinarme como me dirían mis hermanas, sino que a pesar de estar bastante tiempo pegado a los libros, se me iba el santo al cielo muchas veces, costándome concentrarme en la materia que requería de toda mi atención.

Tenía idea de las partes que solían entrar en los exámenes, pues ya había hecho unos cuantos, a pesar de que en otras convocatorias había pedido la renuncia. A pesar de ello, y como siempre haría en todas las asignaturas salvo el primer parcial de Botánica, me lo estudiaba todo, pues no me fiaba ni un ápice de los profesores, y menos de los catedráticos, y con éste menos, pues a resultas de lo visto, tenía muy mala leche.

Estudié lo que pude durante todo el verano; a veces salía a casa de Tomi, aunque no era lo normal. Estaba encerrado intentando terminar lo que no había ido tan mal, hasta el último curso, al menos eso me parecía a mí.

Llegó la hora de marcharme. Puede que tuviera la culpa de mi sopor la ubicación de mi cuarto, al que le daba de lleno el sol durante casi todo el día. Digo que era hora de marcharme y mi madre decidió ir conmigo; esto le pareció bien al dr. Henrik; a mí no me parecía una idea tan acertada, pero ya que ella quería ir, que fuera.

Le pedí al dr. un certificado médico; el empezó a mirar los prototipos que tenía copiado, pero no tenía ninguno previsto para el evento que yo le presentaba, por lo que lo copió a medias y el resto se lo inventó. La parte que copió estaba estupenda, muy elaborada. La otra parte, la segunda, era alarmante, un absoluto desastre; empezaba muy bien, diciendo que había tenido un síndrome depresivo, todo muy correcto; al final decía algo así como que de no aprobarme, no sólo dependía de él la culminación de mi carrera (con estas palabras casi literales), sino el estado de mi salud.

El decía que los catedráticos eran unos cabrones, pero no decía que él era un batata, y no uno cualquiera, sino uno supremo. Ponía al Sr. Vila entre la espada y la pared; cómo no iba a suspenderme si se veía coaccionado por un batata como el mierda del doctor.

Rogaba a mi hermana Pilar, que se había ido de vacaciones a Barcelona, que pasara por Santiago, entre otras cosas para que estuviera con mi madre, y así no verme obligado a salir con ella todos los días.

Fuimos al Hostal Suso, hostal al que siempre iba mi tía Mila con mi tío Antonio. Ella decía que estaba muy bien, aunque a mi madre le entró una depresión, al ver que una de las ventanas daba a un patio interior mohoso por la humedad, como era normal en Santiago; le dije a mi madre que eso me había pasado todo el año anterior.

El cuarto tenía dos camas; aunque la pensión tenía partes nuevas, no toda ella lo era; había varias habitaciones. La nuestra, ya digo, era doble, y tenía un baño completo dentro.

Mi madre enseguida hizo “migas” con Suso, y con la mujer que vendía las revistas en el quiosco que estaba frente al hostal.

Me engordaron de una forma increíble, con la cosa de que estuviera bien alimentado. Aunque estaba claro que lo que me hacían era sobrealimentarme.

Me decía Domingo:

-Buah, no estará acostumbrado a certificados médicos ni nada el catedrático.

Pensé que tenía razón, toda una vida dedicada a la enseñanza, intuí que tendría que estar más que acostumbrado a los trucos de los estudiantes.

A los pocos días de estar allí, llegó mi hermana Piluca; mi madre dijo si podrían poner una cama más para ella. Eso hicieron, y así estuvimos allí los tres, algo estrechillos.

El desayuno y la cena los hacía en el hostal; eran excesivamente abundantes, de tal forma que el almuerzo lo hacía sin ganas; me metía en los sitios más cutres y baratos; mi madre me da que se daba cuenta que yo siempre había mirado la peseta, por lo que cuanto más barato, feo y sucio parecía, mejor que mejor. Pero cuando llegó mi hermana Piluca ella decía de entrar a otro tipo de bares, mucho mejores por supuesto, a los que yo estaba acostumbrado.

e-libro.net

Antes del examen fui a hablar con el Sr. Vila, y le dije que había estado enfermo, pero que ya estaba mejor, y que si no había problemas, me presentaría al examen. ¿Qué problemas iba a ver?, podía haberme preguntado perfectamente el Sr. Vila; a no ser que yo no estuviera tan bien como decía. Salí con el rabo entre las patas, por no haberme preparado del todo mi aparición ante tal personalidad.

Comíamos excelentemente. Mi madre se asfixiaba en el cuarto, por lo que se iba sola por los alrededores.

Yo intentaba estudiar, aunque estimo que el exceso de comida sumado al calor y al tiempo que llevaba delante de los mismos apuntes me desganaban enormemente, decidí relajarme y no estudiar más; así pues, comuniqué a mi madre:

-Me voy a poner a leer, ya está bien de estudiar. Estoy harto.

Verán que es una absurda decisión. Cuando los días antes de un examen hay que estar totalmente dedicado a él.

Llegó la hora del examen, y allí me vi en medio de un montón de repetidores; estos según parecía, se tomaban la vida muy a la ligera, al menos eso me pareció.

Iba con rebeca, a pesar del calor tan asfixiaste que hacía, para disimular el agujero de la camisa. Era la que me había quemado al ir a la Quinta; la misma que me había comprado para ir a Madrid. Si no fuera por el roto, estaría prácticamente nueva.

Los profesores que cuidaban eran nuevos todos, salvo la profesora, muy joven y que ya me había dado clases (no era muy buena explicando a pesar de estar bastante buena).

Allí estaba yo, en medio de tanto repetidor, pero, qué digo, yo mismo era un repetidor, aunque por causas bien distintas que los demás. Y, ¿cada uno no tendría unas causas bien distintas a los otros?

La novedad, que para mí no era tal, pues ya lo había hecho, a pesar de considerarlo que hacerlo entre los conocidos es una estupidez, no tanto entre los que no se dan a conocer, era que debíamos enseñar nuestra carnet; bueno, más que enseñarlo había que ponerlo al lado del examen, estaba claro que era para demostrar y comprobar que quien hacía el examen era el mismo que ponía el nombre. Afortunadamente, ahora no tuve problema, pues ya me había sacado un carnet nuevo; el antiguo lo había quemado, por lo que creí en su día, que habían sido órdenes dadas directamente a mi persona por Felipe González, o sea que si llegan a hacer eso el año anterior, igual ni me dejan presentar, aunque no creo que fueran tan estrictos conmigo. No por el hecho de ser yo, sino que me imagino que exponiendo las razones de por qué no lo tenía, serían indulgentes; les diría que se me había perdido, pero no que lo quemé, y aunque no acostumbro a decir mentiras, todo lo relacionado con este tema, el de la esquizofrenia, lo intento evitar.

De mi obnubilación estaba bastante bien, seguro que la tensión del examen hizo que terminara de despertarme.

El examen constaba de cinco preguntas; de ellas, sabía a la perfección cuatro, la quinta era la primera vez que la oía.

Siguiendo nuevamente los consejos de mi padre, contesté a todas; ahora bien, la que no me sabía, la puse a la mitad del examen, por eso de que las que más se sabe hay que ponerlas al principio y al final, que es cuando la atención del que corrige es mayor. En el medio, siempre hay que poner la que menos se sepa. Y no es que la supiera menos, es que no tenía ni zorra idea de esa pregunta, pero como mi padre decía: “Tú di cualquier cosa”; eso hice, así dije que eran unas citostáticos y no recuerdo qué rollo de medio folio le largué; quizás hice mal en contestarlo sin saber, pero así reaccioné en ese momento; en otros exámenes he reaccionado de otra forma.

A la mitad de cualquier lectura, según tengo entendido, la atención decrece.

De resto, el examen me salió fenomenal; pero eso era lo que yo pensaba, faltaba ahora saber la opinión de los profesores, y sobre todo, cómo no, la del catedrático: el Sr. Vila.

Tras terminar el examen, me fui al hostal a contárselo a mi madre; estaba algo nervioso de la emoción. Sí, me había salido francamente bien. “No me extrañaría incluso sacar notable, si es que ese profe ponía notable en septiembre”, cosa que no sabía, pues a esa Galénica era la primera vez que me presentaba en esa convocatoria. Recuerden como el primer examen de todos me había salido bastante bien, y sin embargo me lo dejaron condicional al final.

Tenía la imagen de mala leche el Sr. Vila, pero en el fondo me imaginaba que no era tan malo; a pesar de que algo me había puteado, sin pensárselo dos veces; o quizás sí se lo pensó; la cosa fue que le dije a la salida de una de sus clases, que una explicación de un problema estaba mal; no iba yo de estudioso que no comprende, sino

e-libro.net

de más inteligente que él. Con lo que no es raro que pensase: “!Conque sí eh!, pues ahora vas a saber lo que vale un peine”. La cosa es que yo ya sabía de sobra lo que vale un peine ¿no creen?

El que usara tanto la misma ropa, y que estuviera casi siempre con la rebeca a cuestas, se debía a que había previsto estar tan sólo una semana en Santiago; no había sospechado que la corrección de los exámenes tardara casi veinte días, más o menos. Motivo por el que tuve que estar todo el tiempo con unas cuatro o cinco camisas, que es las que había llevado.

Me daba vergüenza ir con rebeca, aunque no me quedaba más remedio. Hacía un calor increíblemente asfixiaste, abrasador.

Recuerdo como un día fui con mi madre a un bar, y allí una chica casada o que me lo parecía, no me quitaba la vista de encima; me imaginé que era por la rebeca, aunque no era a eso a lo que ella miraba, miraba a toda mi persona; quizás le extrañara mi barriga.

Uno de los primeros días, había enseñado a mi madre Santiago, y las tres cosas que había que ver, entre otras la Catedral, la cual no me causaba una gran cosa, si he de ser sincero; pero según me decía mi tía Dulcina: ver el Botafumeiro era absolutamente único.

Me imagino que debía desprender un olor muy agradable. Me gustaba su fastuosidad, la de la Catedral, aunque no me causaba grandes sensaciones religiosas.

Mi madre se dedicó a ir a la Iglesia; allí me llevó un día para que besara al Santo Santiago, a mí me cuesta creer en esas imágenes a pesar de estar reconocidas por la Santa Iglesia Católica. La Biblia bien dice que no hay que adorar ídolos.

El cuarto tenía teléfono, a pesar de ser un hostal del tres al cuarto, tenía ínfulas de grandeza; lógicamente por todo ello se cobraba, y ciertamente no era nada barato pues por lo que decían estábamos en temporada alta.

Aparte de eso lo que cobraban por los desayunos y las cenas.

Siempre comprábamos una botella de agua Vichy en el supermercado de al lado. Fui bobo, pues podía haber comprado tres o cuatro botellas, y ya tenía para un par de días. Pero no, iba todos los días a comprar una para la noche. De todas formas el agua de abasto de Santiago es potable, apta para beber.

Llegó mi hermana Piluca y trajo nuevos aires al lugar. Ahora salían ellas dos y no me entraban tantos remordimientos por ponerme a leer y dejar a mi madre sola.

Unos días atrás había ido un servidor con su madre a una tienda muy pequeña, donde ella vio un traje y se lo compró; en ese momento me pareció muy pobretón, pero se lo he visto puesto en nuestra ciudad y le queda fantástico y eso que lo compró por tres pesetas.

En esa época bebía cervezas, a pesar de saber que no me convenían; sin embargo, después de salir del examen me entraron unas ganas locas de tomarme mis dos o tres cervecillas. Como las ganas eran grandes, y también tenía ganas de ver a Totó, le dije si ella iba a ir por Santiago, me dijo que sí, pero varios días después. Yo, desesperado por verla y por tomarme mis cervecitas, le comuniqué si le importaba ir a comer allí, en el Ferrol, conmigo.

No recuerdo lo que dijo, lo cierto es que para allá me embarqué. Cogí el bus, como en los viejos tiempos, y hacia allí fui.

Las cervezas me sentaron fatal; me entraron una cantidad de gases increíbles; se notaba que Totó no quería estar conmigo, a cada momento se paraba a hablar con la gente del pueblo, y a mí me dejaba en un segundo plano.

Nos fuimos a un puerto y allí seguí tomando cervezas que cada vez me sentaban peor. Ella me decía:

-Pero, ¿no te das cuenta que te sientan mal?

Yo creo que el que le sentaba mal era yo a ella, a pesar de que a mí ella, no sólo me gustaba sino que también la quería; era de la persona que más me había enamorado en mucho tiempo, quizás porque nunca fue mía del todo. Mi ida al Ferrol fue un desastre.

Quedé con ella para que fuera otro día a Santiago y conociera a mi madre y a mi hermana. Es probable que ella no tuviera muchas ganas de conocerlas, pero yo insistí, y ella no dijo que no.

Según parece el catedrático se portó bien con ellas cuando fueron a llevarles la mierda de certificado médico que había rellenado la mierda de eminencia que decían que era el Dr. Henrik. Y no me hagan escribir sobre él, pues sólo saldrían improperios de mis dedos.

Un buen día, cuando a ella le dio la gana, vino Totó, y no hizo más que decirme que dejara la medicación, que me tenían muy sedado; eso ya lo sabía, pero cómo decirle que mi familia no se fiaba de mí, sino de lo que decía

e-libro.net

el médico; aunque éste a mi cada vez me pareciera menos digno de confianza y respeto. Se cabreó Totó pero mucho, por verme tan sedado.

Me fui a tomar con ella un cortado y sin saber cómo encontramos a Luis; nos fuimos los tres como antaño; Luis también me decía que me debía quitar la medicación yo mismo, poco a poco; ahora que caigo, él al decirme eso de poco a poco, significa que ya se las había tomado o alguien allegado a él, pues cómo, no siendo médico, sabía que ese tipo de medicamentos se quitaban poco a poco. El por qué se confabularon los dos contra el menda, no tengo ni idea, aunque no me hacía mucha gracia.

No tuve otra ocurrencia, estando los tres, que decirles que les iba a presentar a mi madre; Piluca no tengo ni idea de donde estaba.

La fui a buscar, y al poco de llegar los dos casi a los cinco minutos, se fue Luis, tras decirle a mi madre una pequeña operación bancaria sobre la que ella le preguntó; se lo explicó en una cartera con papeles que él llevaba; era la primera vez que la veía, era muy bonita y por lo visto muy práctica.

Es posible porque viera que ya no éramos de su clase, o a saber por qué, lo cierto es que Luis, al poco de estar mi madre, dio una vaga y estúpida disculpa que ya no recuerdo, y se fue. Eso me asombró, entristeció y me molestó bastante.

Totó no quiso comer con nosotros, cosa por otro lado que ya habíamos hecho; llegó tarde y se fue pronto.

Llevé a mi madre al hostal, y el resto del tiempo lo pase con mi amada; ella estaba muy distante, seguramente por encontrarme tan sedado; que realmente no era eso sólo, sedación, sino que estaba drogado. Me sentía como tal; quizás fueran imaginaciones mías, el que me pareciera ver a Totó distante; la mujer por quien hubiera dado todo, pasaba mucho, o al menos eso creí ver, de su fiel Fijoleis.

La llevé finalmente a la parada de la guagua. Seguro que me dijo de ir allí, para evitar las despedidas, o yo qué coño sé el auténtico motivo por el que no quería estar mucho tiempo, y por lo visto, de que tampoco la vieran conmigo.

Cuando se fue, me sentí frustrado, a la vez que cuando vi a mi madre, me sentí contento de que ella estuviera a mi lado.

Mi madre no es muy cariñosa, pero en los momentos difíciles sé que allí está ella, y que no me rechaza, ni reniega de mí, y si cree que soy un deficiente, intenta ayudarme, auxiliarme, e intenta que me recupere.

Quizás ha sido gracias a ella, por lo que he tomado nuevamente las riendas de mi vida; al menos eso espero que se vislumbre, si así ha sido, tras la lectura de este libro.

Iba todos los días a ver si estaban las notas de Galénica; como la mayoría de los días no salía ningún tipo de notas, ni anunciaban sobre qué día saldrían, muchas veces me iba a una clase vacía, y allí me daba ánimos; no digo que rezara, pues el brote había hecho que menguaran mucho las ya de por sí, mis pequeñas creencias sobre Dios.

Un día, de esos en los que fui a ver las notas, vi salir al Sr. Vila del departamento de Galénica, de su despacho. Le dije que cuándo saldrían las notas, y él se dio media vuelta e hizo un amago de ir otra vez al departamento, lo seguí a gran distancia y muy separado de él, para que no se molestara por mi presencia.

De pronto se dio la vuelta y me dijo:

-Está usted aprobado.

-Vale, gracias - le contesté.

Sé que es una contestación muy pobre para lo que significaba eso para mí, pero antes de que se arrepintiese de lo dicho, me fui y puse pies en polvorosa. Salí rápido como una bala. ¡Era mi salvación, por lo que había luchado tantos años, se había cumplido, era farmacéutico, no me lo creía, ya lo era; Juancho decía que éramos los niños mimados de la universidad, ahora vería si eso era cierto o no; por fin, lo había conseguido!, y lo más importante: !Yo solito!, sí, yo solito. No me lo creía; atravesé La Alameda, y pensé decirle a mi madre que había suspendido.

Llegué a la pensión y se lo dije; ella me contestó:

-No me lo creo, venías riéndote por el camino, te he visto desde la ventana.

-!Aprobé, madre, aprobé!

Esto no lo asimilaría hasta mucho tiempo después.

Estaba como en una nube, todo me parecía maravilloso; ya no me molestaba estar tan sedado. Llevaba la camisa rota, pero ya sinceramente me importaba un carajo, me daba exactamente igual.

e-libro.net

Ese día llovieron las felicitaciones de la familia, especialmente de mi hermana Saso, de la cual me acuerdo en especial, pues fue la primera en llamar y darme la enhorabuena.

Estaba desesperado, tanto por contárselo a la gente, como por tomar una cerveza. Bajamos y se lo dijimos a Suso (un señor mayor que mi madre, aunque mucho más activo que ella, y dueño del hostal que llevaba su nombre), me invitó, a pesar de las insistencias de mi madre en que no bebiera, a que me tomara una cerveza, que él mismo pagaba.

Y visto y no visto me tomé la cerveza en un santiamén, no me enteré de su sabor. Fue ponerla sobre la mesa, y casi se la quité de las manos. Estaba seco, tenía el gaznate más que seco. En Santiago fue la primera persona en enterarse.

Pensé que iba a tomar un par de cervecitas más ese día, pero no, según mi madre, con una, ya era más que suficiente.

El del hostal me decía:

-¿Lo ves canarión, no te decía yo que ibas a aprobar?

-Gracias, muchas gracias -decía con la sonrisa llegándome de oreja a oreja.

Mi madre, muy sabiamente, dijo de ir a darle las gracias al Santo; entre otras cosas, pienso que también, para que no siguiera bebiendo, a pesar de que no discuto que había que ser agradecido con Santiago y sus tradiciones.

Más tarde mi madre insistió en que fuéramos a ver tocar a unos tunos, en un palacio que quedaba justo enfrente de la catedral. Allí estaba un tuno mayor, cincuentón, del cual prefiero pensar que empezó tarde la carrera. Estaba muy sombrío; mal afeitado, o quizás había pasado uno o dos días sin hacerlo.

Había otro al que se le veía orgulloso de ser tuno, aunque este era mucho más joven, de mi edad, veintiséis o veintisiete años, o tal vez algo más joven.

Un día fuimos los tres a uno de los laterales de la catedral a sentarnos en unas terrazas, allí vimos a una pareja a la que les saqué una foto, eran turistas, se les veía a la legua.

Había quedado con Matías para ir a ver la casa de Rosalía de Castro, por lo que me quité la ropa con la que estaba y me puse un niki más cómodo y fresquito. Quiso la fortuna que viera nuevamente a los turistas y estos, él sobre todo, bajó la cabeza al verme.

Fui donde había quedado con Matías y de allí nos fuimos a la zona que él decía; al final no vimos la casa de Rosalía, yo no tenía maldita la gana, más que de tomarme unas cervezas; ellos se tomaron un zumo, o al menos lo pidieron, pero puede que no hubiera. No lo recuerdo. Pagué todo a pesar de que Matías no quería, aunque en el fondo lo deseara. Me llevaron por donde estaban construyendo unas casas que estaban a punto de finalizar y donde ellos deseaban vivir una vez casados.

Nunca me llegué a enterar si se casaron o no, supongo que sí, es lo que les deseo a los dos.

El viaje fue corto, y ellos tampoco tenían muchas ganas de hablar. Puede ser que Matías ahorrase casi todo lo que ganaba, pues salvo alguna que otra vez que le había visto con traje chaqueta y corbata, por motivos de trabajo, solía, de normal, vestir bastante mal. Me extrañaba que fueran tan mal vestido al banco, y que no le dijeran nada, pero él era así. Y de ella, para qué hablar, ya les he comentado someramente algo.

Un viaje que hicimos la familia *& I*, fue a un sitio donde había mar; era el océano Atlántico, pero qué distinto a el de nuestras playas, a pesar de estar bañadas por el mismo océano.

No recuerdo más que eso de ese viaje, seguro que por lo seguido de cada uno. Ya habíamos hecho más turismo del deseado y necesario, así que nos planteamos el irnos a Las Palmas.

Arreglamos los pasajes y nos fuimos los tres con destino a nuestra querida isla. La escala en Sevilla me sirvió para tomarme un cafecito antes de cenar. Mi madre no tomó nada, al igual que Piluca. Yo me tomé el café y agua.

A la llegada a Las Palmas, nos fue a recibir mi prima Clara Eugenia, con el Mercedes del padre; ella era algunos años más joven que yo, pero había acabado ya derecho; estaba buscando trabajo.

Ahora lo único que me restaba era pedir nuevamente traslado a La Laguna, si me lo concedían, ya estaba aprobado. Eso esperaba. No creía que el decano me pusiera trabas; pensaba que seguiría el mismo, aunque hoy ya se que era muy prematuro afirmarlo.

Según el numero de asignaturas cursadas, en La Laguna salía ya como aprobado, sin tener que examinarme de nada más; no pensaba que la ley pudiera cambiar. Comprobarán que me lo estaba jugando a una sola carta, y esa carta podía no ser el as que necesitaba.

e-libro.net

Estaba desesperado por terminar, pero mis amigos me decían que no me diera prisa, que todos los trabajos eran iguales, igual de monótonos; me querían dar a entender que donde único había movimiento era en la carrera, que una vez acabada esta, es como si todo se detuviese; y ahora lo sé, que para lo que había que ganar, no me esforzara demasiado.

Sabía que no me iba a quedar sólo en licenciado, pues tenía rabia, odio y resquemor por haber tardado tanto; yo, que había sido una especie de líder, era ahora un derrotado, un fracasado. “Pues no, van a saber quién soy yo”.

Me dispuse a estudiar el F.I.R. (exámenes por los que el estado concede el sí o el no a la especialidad) lo que si se aprueba, puede uno estudiar la especialidad y cobrar algo por ello, si no, tiene uno que hacerse especialista pagando, y después las posibilidades de encontrar trabajo para el Estado, son muchísimo menores.

Creo que los trabajos mejor pagados de los farmacéuticos son estos, aparte de eso, se ocupa una plaza en la que se puede hacer carrera y encima es muy difícil que lo expulsen a uno de allí.

No estaba del todo animado a estudiar esto, de todas formas le había pedido los apuntes a una amiga de mi hermana que era farmacéutica especialista, había estudiado en La Laguna, y había aprobado el F.I.R., según ella decía, para sacar el F.I.R. había que estar un año como mínimo estudiándolo; la creí, a pesar de saber que Mavi lo saco en dos o tres meses. En una academia intensiva en Madrid.

Es que Mavi es mucha Mavi. Bien por ella, y por el polvo que tenía.

Me seguía carteando algo con Totó. Mis cartas eran un auténtico desastre, pues el tono era de lo más imperativo; había sido educado con órdenes tras órdenes, y ahora no sabía más que dar ordenes, y precisamente al ser más querido que yo tenía.

De vez en cuando, o con bastante frecuencia, comparado con ella, en mis cartas dejaba entrever mis sentimientos hacía ella. Aunque el tono predominante seguía siendo el imperativo, por lo que pocos sentimientos más que el de odio se podían traslucir.

Le había dicho dos veces si se quería casar conmigo. Era a la única persona que se lo había dicho, ni a Águeda, a pesar de que pensara casarme con ella, nunca se lo planteé.

Ella de vez en cuando, me mandaba unas pequeñas, no muy largas, cartas, sobre lo que había hecho; era casi como una enumeración de hechos, sin ningún sentimiento; esto se lo echaba en cara muchísimas veces; ella me decía: “Pero ¿qué quieres que te escriba?”

Estudiaba el F.I.R. sin mucho convencimiento, al menos comparado al que ahora tengo; y pensaba que no sabía si lo iba a aprobar o no.

También pensé que nunca iba a encontrar trabajo; esto hoy me preocupa pero de una forma bien distinta.

Llegó Reyes y no tenía dinero con qué comprar un regalo a mi madre y mucho menos a mis hermanas y hermano.

De todas formas, estaba como cabreado con mi madre, quizás porque en el corazón de un hombre sólo se puede querer a una mujer, y el mío ya estaba ocupado por otra persona: Totó.

Tenía mi madre como una de sus grandes amigas a Margarita, quién contagiaba sus ganas de vivir a todo el mundo, menos al menda, pues yo era un perdedor, y no quería oír nada de nadie. Estaba ofuscado con mi fracaso; me sabía un don nadie.

Le pedía encarecidamente al Dr. Henrik que me redujera la medicación; él me lo hacía a mis ruegos; se lo suplicaba, mientras le decía que quería estudiar el F.I.R.

Me fui a tomar una cerveza con mi hermano Jose, por el barrio, al lado del local de Cáritas, esto fue un día cercano a la Navidad, pero ya en pleno Enero; cuando estaba con él, empecé a oír voces, que me repetían una y otra vez: “¡Jose va a morir, él tiene que morir!” Viendo que él era ajeno a todo, y como era el hermano menor, de quien no podía consentirlo, dije a las voces: “¡No, que sea yo quien muera!” “Bueno si quieres que así sea, así será. !Vas a morir, vas a morir!”

Mi hermano Jose se estaba bebiendo una cerveza; a mi las voces no me dejaban que la tomara. Lo apure para que nos diéramos prisa, eso hizo, nos fuimos de vuelta a mi casa.

Allí estaban Domingo, su mujer, Maru y mi madre. Yo al verles les dije:

-¿Saben?, pienso que voy a morir.

Al oír esto, me llevaron todos a la Quinta, había ya perdido la cuenta del número de veces que había ido.

Me llevaron a la parte alta, no ya en el submarino, ni en medio de las plantas, ahora estaba en el mejor sitio de la Quinta, uno va teniendo una serie de privilegios con el tiempo.

e-libro.net

Me llevaron una botella de agua. Yo sabía que estas se pueden envenenar con cualquier sustancia extraña introduciendo esta con una aguja y una jeringa, al igual que se hace con los sueros en los hospitales; aquella era una residencia de reposo, pero a mí me daba la sensación de ser una loquería, ya ven ustedes. Y yo, que estaba dentro, un loco.

No se me ocurría recurrir a Dios, sino a la mano experta del hombre; encima ni siquiera en eso pensaba; ya saben, yo y más nadie que no fuera yo, para solucionar los problemas del mundo; no sólo al oír las voces, sino estando medianamente normal.

Pensaba pues que el agua estaba envenenada, bueno en realidad que le habían metido medicación altamente tóxica y dañina, que me quitaría del auténtico mundo, a un mundo de toletes, totalmente irreal.

Le dije a Maru que probara el agua y me dijo:

-Pues yo la encuentro buena.

Era una botella de litro y medio y por Dios que yo la encontraba que sabía distinto, igual que la cerveza del bar de los secretas, y no es que estuviera pensando en esa noche en secretas y demás, sino era lo que me pareció en ese momento.

Les dije a los tres (mi madre no había ido):

-¿Saben en que estoy pensando ahora?, pues en Totó.

Esto les dije para ver si a Domingo le daba por llamarla para decirle que viniera pues yo la necesitaba.

Siempre he sido un iluso, pero en ese tiempo más,

mucho más.

Le pedí dos favores al Dr. Henrik, uno, si podía comer en el cuarto y otro que no dejaran a mi familia que me visitara.

Los primeros días, pues, estuve solo. Mi familia no sabía el motivo, pero yo no quería verlos estando con las voces. Recuerdo como una tarde a primera hora, antes de almorzar, y digo tarde pues ya era algo más de las doce del mediodía, pasé por la tele y vi cómo la catedral de Santiago casi se sale de la pantalla y avanza contra mi; asustado, me fui a mí cuarto y allí empecé a sentir como la cabeza me daba vueltas y más vueltas; me estaba impregnando con la medicación, y yo seguía sin tomarme los antiparkinsonianos.

La comida me la llevaban los celadores o las enfermeras. La bandeja, una vez consumido su contenido se la llevaba un señor mayor que llevaba toda la vida allí; según pensé tiempo después, era un espía que se metió allí para seguir a otro, y acabó majara.

Cuando ya dejé de tener alucinaciones, al tercer o cuarto día, sin casi darme cuenta, y más que nada porque me sentía aburrido, le dije a los médicos, que si me venían a ver, que les dejaran pasar. No se hicieron de rogar, ese mismo día fue Maru y mi madre a verme.

Estaba desalentado y desmoralizado. Maru me daba muchos ánimos. Vino una gran cantidad de personas, incluso mi hermana Piluca.

Un día vino mi hermano Jose, con su chamarra gorda de cuero, el casco de la moto, y cómo no, su gran moto que dejó en el garaje junto con todos los demás vehículos. Venía presumiendo de alto, guapo, rubio y motero, con dinero, o sea de todo, venía presumiendo de todo, menos quizás de lo que más debiera, ya que yo no podía, de cerebro.

Fue extraño observar cómo, siendo mi padrino inteligente, empezaba a bajar biorritmos, como a mi me dijera el decano, o sea a no trabajar en cuerpo y alma. O sea se estaba haciendo un gandul. Quizás fuera al ver cómo sus hijos no respondían a lo que él esperaba de ellos; esto no era cierto pues aunque Clara Eugenia no "controlase", Concha Esther sí; estaba en una universidad del Opus, de donde sale gente para triunfar y triunfan. Ella iba llevando muy bien su carrera, creo que estaba entre las primeras. Quien sí era un batata era su hijo, Domingo José, como yo que lo decía.

Según él me contó una vez:

-No, mi carrera no es muy difícil, es una de estas de nueva creación.

Del ímpetu y garra con que trabajaba mi padrino, a verlo no preocuparse por nada, como si el trabajo no fuera vida, sino que la vida fuera el tiempo libre, y ni aun así esto lo tomaba como vida. No puedo saber si yo era más humano cuando no estudiaba. Creo que realmente era más falso, pues se me caía el mundo encima cada vez que tenía que ver a Águeda, y no era feliz hasta la segunda cerveza. Por suerte no duró esa relación suficiente como para saber si había de ser toda la vida así. Convirtiéndome en un alcohólico por amor. No, no creo que fuera la mejor forma de vida.

e-libro.net

A Totó la quería porque me había enamorado de ella. Quería estar todo el día a su lado, y que ella estuviera a mi lado. Por desgracia, según parece este amor no era mutuo; ella no me quería tanto como yo a ella. Eso no lo veía por lo que me iba pasando, sino que creía que mi amor era correspondido. !Iluso de mí!

De todas formas en la Quinta lo que me preocupaba era saber si podría o no sacar la carrera, bueno, más que sacarla, si podría hacer el cambalache que había ideado. Después de todo no era un trato de caballeros; no, le estaba pidiendo un gran favor a mi facultad de origen. Y, ¿si por casualidad estaba Arturito metido en la política de la facultad?; todo podía ser posible y en eso no había pensado en aquel momento, daba por descontado que habría la misma ejecutiva que cuando me marché. Los tiempos corrían, pero no pensaba que tan rápido. Iba de mal en peor, pero no me percataba. Sería el hazmerreír de todos mis amigos.

Tomi, como siempre, tenía razón: yo estaba loco, loquísimo, no se me podía dejar suelto. Tendría que estar toda mi vida yendo y viniendo a la Quinta. “!Noooo!”, se me desgarraban las vísceras entre ellas el estómago y el corazón, de pensarlo.

Me preocupaba eso tanto, que le decía al Dr. Henrik, si él creía que podría aprobar. Me contestaba:

-Sí hombre, ya veras como todo sale bien.

Esto lo decía, me juego la cabeza, sin el menor convencimiento. Él era el que menos lo creía. Intuyo que mi madre se pasaría largas horas rezando para ver cómo y en qué terminaba todo aquello; quizá como ahora dice, ella rezó para que todos tuviésemos salud. El mierda de doctor lo decía por decirlo, sin pensar en lo que decía, para quitarse mis lamentaciones de encima.

Había en la Quinta todo tipo de personas; destacaban sobre todo los de clase baja, como yo. Esto me deprimía enormemente, más aún, pensaba: “Tanto luchar para esto, para estar encerrado en este manicomio”; a decir verdad, no era aquello un manicomio, los que por otro lado nunca he visto. A partir de ese momento, mis amistades serían algo estrambóticas comparadas con las que tenía hasta esa época.

Me sabía de condición social baja, aunque no de espíritu ni de ideales. Como aun no me había puesto a trabajar, ignoraba lo que se cobraba con ello, a pesar de que las veces que trabajé, en cualquier cosilla, pensaba siempre que estaba muy mal pagado; esto se debía a que me comparaba con otros; entre esos otros, estaban mis familiares, a quienes veía prosperar como la espuma con carreras mucho menos difíciles que la mía. O al menos ese era el tópico entre los estudiantes de ciencias: “Las de letras, salvo Derecho, son unas marías increíbles”. O sea que en tres patadas salían. No discuto que hoy día sean más fáciles o más difíciles, pues no lo sé.

Si las de letras eran fáciles, encima en La Laguna lo eran mucho más; no había más que ver el ejemplo de los anuncios en periódicos, encima locales, “Se necesitan licenciados en.. (no recuerdo que carrera de letras), abstenerse los licenciados de La Laguna”. Esto rezaba en el periódico, y lógicamente los humanistas, que ya de por sí parecía que todos eran de izquierdas, protestaban indignados. Si las protestas tuvieron o no resonancia, es harina de otro costal; yo era muy joven cuando eso ocurría y no puedo saber cuanto influyó o no. Muchos años después, estando en la península, me dijo un amigo algo referente a ello, le contesté que no tenía ni idea, que algo de eso había oído, pero no lo podía asegurar totalmente.

Ya la Quinta no me salía gratis, bueno a mi madre; no, ahora, si me quedaba dos semanas, mi madre debía apoquinar doscientas cincuenta mil pesetas; un auténtico robo, todo el mundo se quejaba de ello. No sabía qué hacer. Me resultaba increíble que mi madre tuviera dinero para ello.

Había dentro muchos drogadictos que intentaban mantenerse en forma; ahora comprendo por qué, pues en Las Palmas se les ve siempre caminando de un sitio para otro, si a eso le sumamos que comen poco, pues ya se pueden imaginar que cóctel saldrá de allí: unos muy atléticos cuerpos, si no fuera porque están desnutridos, con estigmas de caquexia más que de otra cosa. La droga me imagino que si son estimulantes, que creo que muchos sean, pues eso los adelgaza encima más.

Si fueran depresores, eso los engordaría como me estaba pasando a mí. Pero creo que a ellos lo que les gusta es sentirse siempre a tono.

No consideraba el servicio prestado tan bueno como para que nos estafaran, a mi familia, y más concretamente a mi madre, de esa forma.

¿Quién pagaba la asistencia de los drogadictos, nosotros?, ellos no sé de donde iban a sacar el dinero, pues a veces no tienen ni con que alimentarse.

La Quinta iba decreciendo en calidad de servicios a pasos agigantados.

A mí me habían engordado, de forma bestial. A parte de eso, tenía tics nerviosos por todos lados, sobre todo en los pies, tal que mi madre sufría, o al menos eso me daba a entender, al vérmelos; también me temblaban

e-libro.net

las manos. Era o parecía un manojo de nervios cuando en realidad sentía todo lo contrario. Encima me estaba volviendo un auténtico pasota; me sentía incapaz de poder hacer el F.I.R., era un acabado, sí, el perdedor que siempre fui. Perdonen que use tanto esta palabra, pero siempre me lo pareció, al margen de lo que puedan pensar los demás de mí, que seguramente no se alejará mucho de mi opinión.

Cierto día estuvo mi tío Domingo hablando con un enfermo de la Quinta; según le dijo, él era un esquizofrénico que había recaído muchas veces, y que por eso estaba allí. Dijo que su familia no venía a verle, sino sus amigos, a los que él prefería pues con ellos podía hablar de fútbol y mujeres, con los familiares decía que no sabía de qué hablar.

También me fueron a ver José Manuel, Rosa María y Margarita; les agradecí mucho la visita.

Quienes nunca habían ido, eran mis tías paternas. Todavía sigo sin saber el motivo. Quizás estuvieran dolidas y cabreadas con mi familia, pues sólo fue al entierro de nuestro padre mi hermano Jose; yo pensaba que no había ido nadie, aunque años después me diría Jose que él había ido. “Bueno al menos fue alguien en nuestra representación”, me consolé.

Recuerdo como en la Quinta había un papel al lado de la puerta con las instrucciones contra incendios, y advertencias como que la dirección no se hacía cargo del dinero ni de las joyas y demás objetos de valor dejados en el cuarto, o sea que si había algún robo o similar, ellos se lavaban las manos.

Por lo que me enteré más tarde, a mi hermana Maru le robaron el cassette del coche en el aparcamiento de la Quinta; si no se responsabilizaban de nada en los cuartos, cuánto menos en el garaje. Eran una manada de ladrones, lo que había allí dentro.

Totó me tuvo que soportar en Santiago, pero luego, ¿en qué momentos difíciles estaba ella a mi lado? Nunca. Ahora, hoy, cuando esto escribo, creo recordar muy vagamente, como ella me dijo una vez, que me consideraba a mí raro, pero no supo que yo estaba enfermo; quizás fuera esto por lo que no quería salir conmigo, porque no me conocía. La verdad es que el resultado de estar con ella, no pudo ser más funesto; cada vez que la veía, al par de meses, caía enfermo. ¿Tenía, o las vibraciones que yo sentía hacía ella tenían, algo que ver? Yo creo que no, mis vibraciones hacía ella eran muy positivas, casi de dependencia, aunque en esa época pensara que eso era amor; motivo quizás por el que al no verla me sintiera solo y desolado, apenado, compungido, desesperado. Esa desesperación, fuera quizás el motivo de que cayera enfermo; unido a la guerra del Golfo y a la falta de mis dos muletas de apoyo en Santiago. Estos son temas muy comentados y repensados por mí.

Llegó el momento de abandonar la Quinta; mi tío Antonio, el hermano de mi madre, se ofreció a ir a buscarme y llevarme a mi casa, a casa de mi madre.

Llegó tarde; primero tuve que ir a hablar con el Dr., Henrik. Al entrar a su despacho, me iba fumando un cigarro, le dije si podía fumar dentro y me dijo que no, causa por la que a la entrada y por darme vergüenza ir hacía atrás en busca de uno de los cacharros que estaban diseminados por la Quinta, latas, de seguro de alguna comida, que pintaban de verde y que servían a modo de ceniceros. Por no ir a buscar uno pues el médico estaba justo detrás mío y por no dejarlo esperando, fue la causa por la que di un paso atrás y justo antes de entrar a sus dependencias tiré el cigarro al suelo y lo aplasté con el zapato. Él me largó un:

-¡Todos los fumadores son unos guarros!

Como ven fue peor el remedio que la enfermedad, pues yo tenía intención de tirarlo en algún sitio, pero no vi ninguno cerca. No le contesté nada.

Mi tío Antonio, haciéndose, eso creo, el suave con todos, no se le ocurrió otra cosa, que ponerse a jugar al ping-pong con uno de los toxicómanos de la Quinta. Quién ganó y quién perdió, no me importaba lo más mínimo.

El Dr. Henrik me había dado las instrucciones que debía seguir con respecto a la medicación.

También me dijo que no trabajara mucho, ni que leyera mucho. Que intentara hacer deporte como la natación, ya fuera en la playa o en la piscina.

En fin, una serie de consejillos los cuales yo recomendaría, esos y otros más a cualquier persona.

Cuando le dio por dar por finalizada la partida a mi tío y a su contrincante, nos fuimos. !Tachan, tachan!, sorpresa sublime, mi tío Antonio, el más pobre de los tíos, tenía un enorme todo-terreno; me había ido a buscar con toda una máquina. Era muy confortable ir sentado allá arriba; parecía uno el dueño del mundo. Hay que ver, que poco se necesita para creerse uno superior a los demás.

Estaba molesto con mi tío por la partida con que me había tenido esperando. Seguía teniendo prisa por hacer cosas, aunque la Quinta me había anulado mucho, demasiado. Ya no era el mismo (no es que yo tuviera

e-libro.net

ganas de ser el mismo que cuando estaba enfermo, pero sí cuando estaba a tope de facultades físicas e intelectuales, bueno, si no al tope, si bastante en forma).

Iba con pantalones de pinzas de verano, unos marrones, y un jersey de rombos rojos sobre fondo gris marengo. La camisa que llevaba, ya no llego a tanto. Seguía usando los calcetines blancos, de aquellos que me decía mi abuela Mama Pepa, si no prefería cambiar por unos negros o de otro color. Con el tiempo, mis hermanas me dirían que estaban pasados de moda los calcetines blancos con zapatos de vestir, motivo por el que a partir del momento en que me lo dijeron, sustituí esos calcetines por los negros, grises y color vino. Con el tiempo, y hasta ahora, sólo usaría negros.

Había logrado salir de la Quinta. Esperaba que fuera la última vez. El futuro lo diría. Mi tío me llevó por el camino más largo, justo por donde él había vivido; no tenía ganas ningunas de darme un paseo, quería llegar a mi casa y allí tumbarme a dormir; y “no pensar, no pensar, no pensar, no vivir, olvidar y olvidar”.

Finalmente llegamos, y eso hice.

Al poco tiempo, me enteraría que por fin lo había conseguido, me habían concedido el traslado, ya estaba todo hecho, en febrero había conseguido mi título, era farmacéutico. Ahora ya podía decir, “no, no es para tanto la carrera, con estudiar un poquito sólo”, pero, ¿era esto cierto, no me había costado a mi sudor y lágrimas? Pero lo conseguí, ya era farmacéutico.

Mi padre no había vivido lo suficiente para verlo, y si llega a vivir, seguro que se habría frustrado un huevo por mi incompetencia.

e-libro.net

V

LA VIDA LABORAL

Empiezo el que quizás sea el quinto y último capítulo de estas páginas.

Estuve un par de meses tonteando, sin saber qué hacer. No hacía gimnasia como me habían recomendado. Estaba engomadísimo como pocas veces me había sentido. Lo primero era librarme del cuartel. Se lo pregunté al dr. Henrik, si creía que podía ser posible, me dijo que sí, que le llevara un certificado médico, o mejor, él ya lo tenía allí y que fuera a buscarlo una mañana que él me señaló.

Estaba esperándole en el pasillo que a la vez da a una balconada que rodea casi toda las habitaciones. Allí esperé y esperé. Pedro me saludó y me preguntó si ya tenía el título, le contesté que sí, por lo que me dio la enhorabuena; le di las gracias por ello.

El certificado que al gran rato me dio el director, decía algo así como que no era apto para cumplir el servicio militar, por padecer esquizofrenia paranoide.

Lo que nunca había hecho, fui al cuartel y pregunté qué debía hacer para entregar el certificado médico que tenía en mi poder.

También en esto me habían dado muchas esperanzas, sobre que no tendría que hacer, seguro, la mili. Recordarán, que lo tenía claro que no iba a hacerla, aunque pensaba que por otro motivo, por el asma, tal y como había hecho Miguelo.

Pensaba pues, librarme por otros motivos, aunque ya digo, estaba convencido de que no lo iba a hacer; no me negaba en redondo a hacerlo, eso iba contra mis principios, aunque, ¿quién sabía dónde quedaban ya estos?

Los certificados médicos, son siempre iguales, desde hace muchos años; con unos cuantos cuños, y sobre fondo amarillo, quizás por imitación a pergaminos, o a folios viejos y oficiales.

Llevé pues al hospital militar el certificado, donde me dijeron que fuese a hablar con un médico militar que ellos me asignaron, a la sala de espera que me indicaron, allí fuimos mi madre y yo; como verán mi pobre madre me seguía y ayudaba, aunque sólo fuera moralmente (y siempre también económicamente, detalle a tener muy en cuenta).

Fuimos los dos. Antes de poder entrar yo, entraron unos pocos militares, uno debía estar superdepresivo; tenía la ropa de militar muy conservada y muy bien planchada. Estaba impecable, aunque la expresión de su cara, no podía ser más desastrosa. Quizás estuviera preparado, aunque no lo creí así. Este soldadito parecía que tenía algún cargo, los otros se notaba que eran morralla, no porque fueran del montón, sino porque parecían todos cortados por el mismo patrón; o quién sabe si era porque aún no tenían bien formados los rasgos característicos de sus personalidades.

El otro, el flaquito y guapito, se le veía que estaba hundido en la más profunda de las miserias, al menos eso reflejaba su triste y preocupada cara.

El médico era capitán o teniente, no se qué cargo es superior, ni sé leer en las estrellas de las hombreras.

Era un mando, por lo que parecía. De todas formas, encima del uniforme, tenía una bata blanca; venía, parece ser de una reunión, según nos dijeron mientras esperábamos (cosa que hicimos alrededor de una hora o más, estaba empezando a impacientarme), aparte de eso los militares tenían preferencia sobre los civiles como deducirán al entrar yo el último.

e-libro.net

El desaliño del medico daba a entender su pasotismo por la disciplina, el orden y la conducta militar.

Se presentó y después me dijo que qué es lo que quería. Le expliqué brevemente lo que me había ocurrido.

Me preguntó al final:

-Características de sus padres.

-Bueno -respondí- mi padre bebía mucho.

- Padre alcohólico – dijo y puso en mi expediente.

Esa palabra en boca de un extraño me dolía grandemente; una cosa es que nosotros, mi familia lo tildáramos de borracho, pero otra bien distinta, que el primer pringao que se encontrara uno, dijese que mi padre era un alcohólico. Que lo era realmente, pero eso sólo lo dice uno, no se lo dicen, si no, hagan la prueba.

-¿Usted cree que tendré que hacer el cuartel? -le pregunté.

-Si no se pierden los expedientes, no, seguro que no.

Bueno, ya no me molestaba tanto que hubiera descalificado de tal forma, y tan a la ligera a mi progenitor.

-Gracias -y me fui.

No he sabido nunca qué quería decir realmente con eso de “si no se pierden los expedientes”, pero bueno, dejémoslo así. Le conté a mi madre lo sucedido, menos lo del alcoholismo, sabía que a ella eso, también le dolería, así que lo omití. Me callé y le dije:

-!Vámonos!, !vámonos!

Como siempre quise salir pronto de los sitios donde uno había estado, antes de que se arrepintiesen de lo dicho y hecho.

Ya no tenía que hacer el cuartel Se los dije, estaba bien seguro de ello.

No iba mal ese año, licenciado y salvado del cuartel.

Había un gran inconveniente, como el cuartel lo han de hacer todos, cuando se ponen a hablar de él, me siento excluido, pues cuando me preguntan que si lo he hecho, me da apuro y rubor decir que no, que soy inútil, o mejor, no apto (es menos duro, ¿no les parece?). Siempre digo que me salvé dejando la incógnita del por qué. Me gusta creer que los otros se imaginan que fue por exceso de cupo, o que me libré en el sorteo, pero nunca lo decía; si me decían que era por algo de eso, yo sonreía, como confirmando la suposición, a pesar de que nunca afirmaba nada.

Para completar ese año, como dirían otros, tan sólo me faltaba casarme; de esto no estaba muy seguro, nada seguro. En todo caso, en principio ponerme a vivir en un pisito con la compañera. Pero qué pisito, con quién, con qué dinero; ya no era un estudiante que podía vivir con tres perras. Cómo debía alimentar a mi esposa, bueno ella también trabajaría, pero, ¿querría Totó venir a vivir conmigo?, no, desde luego esa era una idea muy arriesgada, de venirse a Las Palmas debía ser con algo seguro, con algo ya con que casarnos. Pensaba que nunca saldría de miserias. ¿Era prematuro decirle a Totó de casarnos? ¿querría ella casarse con un minusválido mental? No, no las tenía todas conmigo como para planteárselo a mi amada. Motivo éste por el que empecé a dejar pasar el tiempo. Totó quería por encima de todas las cosas, ser bibliotecaria, ya había trabajado de eso con una beca, y le encantaba. Según me dijo, su jefe era el vicerrector, a quién ella tuteaba como si tal cosa, aunque en el fondo sé que con un cierto, o no, un gran orgullo.

Empezó a trabajar en esto muy pronto, antes de yo empezar a hacerlo, cosa que no veía que fuera tan fácil para mí; de qué y en qué trabajar, quién iba a querer contratar a un inútil.

Como no tenía nada que hacer, Antonio Santana, me dijo de ir a La Gomera, que él iba a pasarse unas semanas, que si yo quería ir unos cuantos días.

Le dije que sí, hicimos los planes y él se fue primero. Supuse que iba a encontrarme una casa hediondísima y muy estropeada; según me había dicho, era una de las dos o tres únicas casas que había en el Parque Nacional Garajonay. Este era una especie de bosque.

Cuando llegué, fue Antonio con su vecino a buscarme; el vecino era agricultor, aunque no puedo garantizar que lo siguiera siendo. Trabajaba las tierras que tenía delante de su casa; ésta estaba al lado de la del familiar de Antonio.

Fueron a buscarme a la salida del barco, y luego me llevaron a un parque, allí cerca, en la capital. Tomé un par de vasos de vino tinto; resultaba un poco agrio al paladar.

e-libro.net

Seguía medicándome, aunque las medicinas me las tomaba en secreto, a escondidas; no me gustaba que nadie me tomara como el enfermo que era. Estuvimos en la capital un tiempito; hizo Antonio de anfitrión perfectamente.

Parecía que éramos los únicos en la isla que estábamos ociosos, un servidor desde luego, no iba a trabajar, iba a divertirse, y al no saber hacerlo de otra forma, lo iba a hacer bebiendo y bebiendo.

El coche de Antonio ya he dicho cuál era, un Citroen; en teoría tenía que tener los asientos traseros, pero no era así, fui sentado encima de una rueda que había a modo de asiento. Yo iba con vaqueros y camisas, también llevaba ropa de playa, más que ropa bañadores (dos) casi iguales, que me los había dado el Lu, ya que a él no le servían.

Antonio también acostumbraba vestir con vaqueros, camisas y camisetas. El vecino, un señor ya mayor, iba vestido de trabajador, algo humildemente, aunque personalmente, ese día me pareció que iba muy bien vestido; vamos no como para ir a cenar a un buen restaurante, pero sí bien.

Nos fuimos antes de que oscureciera, pero la noche nos cogió por el camino. La carretera eran curvas y más curvas. No iba intranquilo, pues me fiaba de Antonio; si llega a ser hoy día quizás, no, seguro, que iría mucho más intranquilo.

Iba sentado sobre la rueda de repuesto, atrás, y hacía mil y un esfuerzos para no caerme hacía los lados. Era difícil mantener el equilibrio con tanta curva.

Llegamos a las casas sin novedad; allí fuera, nos despedimos del vecino. No me enteraría hasta días después, que su casa estaba justo al lado de la nuestra.

Me llevé una agradable y grata sorpresa al ver lo bien equipada que estaba la casa.

Allí él me asignó un cuarto cojonudo; me gustó más incluso que el que él se había cogido, según parece era el que tenía la cama de matrimonio, aunque no tenía una pared, la que daba para la cocina; era simplemente una cortina; no llegué nunca a ver la cama, aunque por el ruido, me imaginé que era de hierros.

Nos pusimos a charlar en la cocina-comedor y él saco una botella de güisqui y nos pusimos a beber. No me daba cuenta, pero me solía coger unas borracheras realmente asombrosas, supremas.

Él, no sabría decir, si para dorarme la píldora o para enterarse, me dijo que le explicara el prospecto de un medicamento muy usual, el Theo-DurÒ, la concentración no la recuerdo. Me puse a explicársela; tenía teofilina principalmente, o sea era un broncodilatador; le fui explicando casi de punto a punto, lo que quería decir cada cosa, me imagino, eso espero, que lo entendiera; afortunadamente no era un prospecto difícil, todo lo contrario, era más bien facilito. Esto no se lo dije, quizá para darme importancia, más lustre, aunque creo que poco me iba a lucir ante mi reducido público. De todas formas, para mí, esa persona era la mayor y más importante de todas en ese momento.

La verdad es que Antonio, con su casa, me había sorprendido, y muy gratamente además.

Después de tomarnos algunos vasos de güisqui y de leer el larguísimo prospecto, nos fuimos a ver un cuarto de hora la tele, a mí no me interesaba nada de lo que veíamos, quizá a él sí, pero no dijo nada cuando yo le dije de acostarnos.

Previamente había visto pasar un ratón; fue asombroso, pues no me sorprendí lo más mínimo; dije algo así como:

-Mira una rata -más que verla, se sintió su carrera; pero esto no me preocupó lo más mínimo.

Nos fuimos cada uno a dormir; yo caí frito del cansancio del viaje. La noche la pasé fenomenalmente, no me levanté ni para ir a orinar.

La casa era muy coqueta, con las paredes pintadas de blanco; era una casa de campo, pero en nada parecía de gente de pocos medios.

Al día siguiente me levanté y lo primero que hice fue ducharme. “Perfecto”, el agua salía caliente, y lo más que vi en la ducha fue una babosa, iba todo a pedir de boca; algo verdaderamente asombroso; este Antonio era una joya.

Luego no recuerdo, aunque me imagino que sí me invitaría a desayunar. Yo prácticamente no tenía dinero, motivo por el que ni podía hacerle compras ni nada por el estilo; me porté con él fatal, no peor.

Esa mañana recuerdo que, por las lluvias de los días anteriores había en medio de la carretera un gran charco. Antonio pasó con el coche por encima, !zas!, mala suerte, el coche se paro en medio del charco.

e-libro.net

Se cogió un cabreo como nunca le vi; yo mientras tanto me empecé a descojonar, y pensé: "!Jo, qué golpe más bueno, esto es digno de contárselo a los nietos!", ese fue el motivo por el que salí del coche y sosteniendo firmemente la cámara, le hice un par de fotos al coche, al charco y a Antonio.

El pobre hombre no sabía qué hacer. A mí se me ocurrió que si rompiésemos los bordes de la carretera, seguro que por ahí caería el agua, y veríamos luego si aquello funcionaba.

Empecé a trabajar con una pequeña ramita; él ni idea de dónde la sacó, vino con una azada; así se trabajaba mucho más rápido; de todas formas, no fue suficiente.

Al ratito de estar allí pasó un todoterreno, le hicimos señas de que parasen.

Ellos no tenían cuerdas, pero fuimos a buscarlas; nos dimos un pateo enorme, pero al final la conseguimos; unimos los dos coches y lo sacamos de allí, después siguió un poco más y finalmente, Antonio (que de mecánica de coches entiende bastante) consiguió poner el coche en marcha.

Fuimos, a devolver las cuerdas, en el coche de Antonio, quien me juego lo que sea que había pensado que ya no podría usarlo más.

Quizás nunca le había pasado eso, pues la preocupación y el cabreo tan grande que le entraron, no era nada, pero nada normal.

Estábamos al igual que la casa, en el medio del bosque, causa por la que sólo había plantas y árboles por todos lados, a excepción, justo alrededor de donde estaban las dos casas, lugar que se veía en el que había estado algo la mano del hombre, pues habían algunas tierras de labranza, y algunos caminos bordeándolas.

Devolvimos las cuerdas y nos dirigimos a Valle Gran Rey, una de las playas y zonas más conocidas de La Gomera, donde hay turistas; el turismo allí, no es igual al que estamos acostumbrado a ver en Las Palmas, en Gran Canaria, en realidad en toda ella, es más de ciudad, un turismo más plasticoso, de esos que van a tomar sol y a follar; pero que no va de excursión, ni a grandes caminatas en medio de los bosques. Aquí, a Gran Canaria, vienen a por el sol y las copas.

Llegamos a la playa de arena negra, donde nos desvestimos, y expusimos nuestros cuerpos al sol; Antonio se quedó más que asombrado, anonadado, de como estaba yo tan gordo, a decir verdad, estaba requintado, me habían engordado de mala manera, como se ceba a un cerdo, igual. Yo estaba incómodo por lo gordo que estaba y lo estrecho que me quedaba el bañador.

No estuvimos demasiado tiempo en la playa, pues a él tampoco se le veía muy satisfecho que digamos; quizás se avergonzaba de mí, posiblemente. Antonio tenía un cuerpo atlético, como de haber estado toda su vida haciendo deporte, a pesar de que él decía, que hacía ya muchos años que no lo hacía; hoy pienso que me había engañado como a un chino, pues yo en otras épocas he hecho más gimnasia que ahora, y eso se notaba grandemente sobre mi físico, que pasó de ser escultural a porcino.

Mi bañador me llegaba hasta la rótula; era negro con motivos de colorines.

Él se bañó, yo no, no porque le tuviera miedo al agua, sino porque no quería después estar mojado.

Estuvimos apenas una hora y pico, aproximadamente. Luego fuimos a comer a un bar que había allí cerquita; antes, en un hostal, compramos unas cuantas postales.

Yo no tenía mucha ropa, pero para el poco tiempo que íbamos a estar, tenía más que suficiente; se componía principalmente de la que me compraba mi tía Conchita, la hermana de mi madre.

Voy a detenerme un momento en este apasionante viaje, para decirles que hacía poco, y tras el consentimiento del dr. Henrik, empecé a sacarme el carnet de conducir; iba muchos días a la autoescuela, a la que iba y de la que volvía, caminando; estaba bastante lejos de mi casa, aunque en esa época no me lo parecía. Aunque hacía algunos test similares a los de los exámenes, prácticamente no estudiaba nada.

Volvamos a La Gomera, rica en vinos, allí nos fuimos a almorzar, aunque casi era un almuerzo cena, pero veamos.

Pensé en pedir un solomillo, pero al ver la categoría del bar donde habíamos ido, cambié de opinión y preguntamos qué tenían para comer, nos tomamos uno de los platos especiales de la casa: carne en salsa. Estaba bueno, aunque no suculento, lo justo para dejarnos contentos. De beber no recuerdo si bebí cerveza o vino, de lo que fuera me harté, como buen animalito que era, para estar satisfecho tenía que llegar al hartazgo, cosa que hice.

Dimos marcha atrás e intentamos volver a la casa. Me es difícil recordar, cuándo nos encontramos con una pareja de extranjeros, pero, los llevamos hasta la casa de Antonio, donde empezamos dale que te pego al güisqui y habla que te habla. Me pasé hablando casi todo el tiempo, ya fuera de la isla, de las islas, de política, etc., etc.; casi de cualquier tema que me hablaran, podía yo seguirlo (es que uno era muy inteligente, ¡no me jodan, un

e-libro.net

charlatán es lo que era!); ella no estaba del todo mal, aunque no era lo que se dice exuberante, como a mí me gustaban, pero no estaba mal; era algo madurita, de mi edad, o quizás algún año mayor.

Me extrañó lo bien que hablaban el español; según me dijeron ya habían estado antes aquí, pero en mi isla, y que les había gustado mucho menos, que no era tan auténtica como esta donde estábamos; en definitiva, que mi isla era más plasticosa; efectivamente, así era.

Después de bebernos el güisqui, nos fuimos a la capital; durante el paseo, se nos fue bajando la borrachera. No tenía ni idea de cómo Antonio se sabía orientar en esas carreteras y cual seguir. De aquello se podía decir que era el culo del mundo.

Una vez en la capital, seguí y seguí bebiendo vino tras vino; hasta que ya de noche, nos metimos en un de los pocos bares que estaban abiertos; seguía hablando con mi media sonrisa tan característica. En ese bar, ella, la novia o mujer de nuestro invitado empezó a pegarme una serie de pataditas, las que interpreté como que quería rollo; hoy sé que era que me estaba probando, a ver lo que yo hacía.

Ellos según creo recordar, pertenecían al sector servicios, lo cual no quitaba para que aprendieran nuestro idioma bastante bien, a pesar de que empezaron a practicarlo, según contaron, sólo una semana antes. Me dejaron asombrado.

El intelectual del grupo, por tanto era yo; y no es que me lo tuviera creído, pero era el único que hablaba; quizá, no, seguramente, era el bobo del grupo, y ellos me dejaban hablar.

Poco después dejamos a la pareja de extranjeros a mitad de camino y nos fuimos contentos a casa.

Por el camino, no se veía nada, estaba todo lleno de una neblina impresionante. Había una gran bruma. Me permitirán que aunque no fuera en el mar, la llame bruma, pero allí en menos de media hora estaba uno en el mar y poco después a grandes alturas.

Ese día nos fuimos a dormir más pronto. Al día siguiente a Antonio, le dio por decir de irnos a una tienda que había por allí cerca; ¿cerca?, y una mierda, estaba a mas de media hora de camino, por senderos de cabras. No me explico el extraordinario sentido de la orientación de mi amigo, pero eso era algo real. Sé que había estado muchas veces en la isla y más concretamente en esa casa.

Él le estaba echando el ojo a una casa que había en la isla en ruinas; desconozco por completo lo que ha hecho al respecto; a ver si lo llamo y me entero.

Me decía Antonio, que él, muchas veces, bueno, no tantas, iba a llevar al dueño de la otra casa a buscar garrafas de vino a otra parte de la isla; Antonio quien a mí me parecía un fuera de serie por lo en forma que estaba, se quedaba asombrado de la agilidad de ese hombre, imagínense entonces cómo debía ser su vida.

Fuimos según narraba, por el camino de cabras hasta la tienda; creo que era porque Antonio quería hablar por teléfono y comprar cualquier chuchería; yo, como siempre, me porté fatal, pues no le había comprado nada, ni siquiera le compré nada después; yo, estaba claro, me lo merecía todo, y para los demás eran más que suficiente con que disfrutaran con mi presencia; ya con ello pagaba todas las cosas.

Estuvimos esperando a que abrieran la puerta de la “venta” (tal y como llaman a las tiendas en las islas más occidentales), no porque aun no hubieran abierto, sino porque como no había nadie, la habían cerrado y se habían marchado a su casa. Me extrañó que incluso en ella tuvieran botellas de cristal con agua; según decían, allí también llegaba el camión del agua. Junto con nosotros, un chico también estaba esperando para llamar por teléfono, creo que era para una conferencia con Alemania.

Venía él con un amiga que parecía estar bastante “acarajotada”, palabreja esta que me viene de mi mejor época, la de drogadicto. No tenía dos dedos de frente. Los veía venir. Antonio, más inocente, se puso a hablar algo chapurreado con ellos; yo me mantuve al margen, pues enseguida observé que eran unos carotas y encima drogadictos. Al final se “enchufaron” con nosotros.

Habían salido de Alemania, de la que venían huyendo. Quizás por el exceso de rigurosidad de ese país, al menos a eso es a lo que nos tienen acostumbrados las informaciones que de allí nos llegan.

Los llevó Antonio Santana, después de hacer las cosas por las que había bajado, a su casa. Allí, ella empezó a elogiar la casa dándoselas de enterada en decoración, yo no les hice ni puñetero caso, su novio quien se ofrecía a trabajar de lo que fuera, ya fuera labrando la tierra o de cualquier otra cosa, aunque esto era lo que él más entendía, pues según dijo ella, esa era su profesión.

Me resultaban bastante chalados debido al exceso de drogas; han de saber que en Valle Gran Rey hay una enorme cantidad de drogadictos y de droga. Allí querían llegar ellos.

e-libro.net

Al llegar a la casa, desayunaron, pues por lo que parece no habían comido nada, Antonio les ofreció lo que tenía, y lo que buenamente les pudo dar.

Él, el novio, en plan de agradecimiento, se hizo un porro, aunque antes preguntó si nos molestaba, o si no queríamos fumar; yo le enseñé un trozo de chocolate que me quedaba, y el joven se congratuló; hizo un superporrro, no tanto por lo grande, sino por la cantidad de chocolate que le puso.

Algo a disgusto, fumé; ya que pocas veces fumaba a gusto, y cada vez menos. Lo que no me explico es que tienen dinero para drogas, pero no para comidas, aunque uno sea el menos indicado para decirlo.

Estaban los dos, más que flacos, desnutridos; a pesar de saber que eran unos carotas, en el fondo me daban pena, pues estaban en el puro chasis.

Según parece, iban a aquel lugar, buscando dónde comprar droga; nos informaron de esto, por si nosotros teníamos o sabíamos de alguien que vendiera; ésto me dio mucha pena.

Uno de los dos había llegado antes, no recuerdo si él o ella, y luego al ver que allí había trabajo, habían mandado llamar al otro.

Vayan ustedes a saber si ella se prostituía, quizá al ser ellos tan liberales, eso estuviera dentro de los posibles trabajos a realizar. Pero por lo que veía, se querían.

Me quería deshacer de esa pareja, desde luego, no tenían nada que ver, ni punto en comparación con la anterior. Ella iba vestida con pantalón y una camisa amarilla, él iba de vaqueros y con una camiseta y una chamarra vaquera; quién sabe si ese era todo su equipaje, lo que llevaban puesto.

La pobreza en Europa es real, al menos de eso me percaté en esos momentos; a saber si hoy día será él o ella un ejecutivo, o si sin embargo, no han sabido salir de la miseria.

Fuimos en el coche nosotros dos delante y ellos atrás; di gracias al cielo cuando se fueron, no me daban muy buena espina, no me parecieron buena gente, cosa que no me ocurrió en absoluto con la otra pareja con la que enseguida conectamos.

¡Ay el campo, que agradable!, aunque qué dura la vida con respecto a la ciudad. Después de dejar a la pareja volvimos a dar marcha atrás; no los llevó hasta donde ellos querían, sino tan sólo hasta la salida del Parque. Quizás las vibraciones de Antonio, coincidían con las mías. Después de dejarlos, hice un somero comentario, que no recuerdo si él lo corroboró.

Nos fuimos de allí a casa de los vecinos, cuyo cabeza de familia cuando Antonio no estaba, iba solo por esos campos cargando con las garrafas para llenarlas de vino; eso suponiendo que hiciera buen tiempo.

Antonio ya me había hablado de lo culta que era la mujer, para estar en medio de aquel desierto, sola con su marido, sin radio y supongo que ni tele, cosa extrañamente sorprendente en los tiempos que corren.

Nos invitaron a su casa. Yo llevaba una camisa que más adelante un amigo me diría que se parecía a un mantel, por los cuadros; seguro que en su casa tenía su madre un mantel similar. Encima el jersey azul, y unos vaqueros. Antonio iba vestido como siempre, en vaqueros y camiseta, por lo que parecía él no tenía frío.

El contraste entre una casa y otra era evidente; la de mi amigo, parecía un palacio, la del vecino una cuadra, no tanto por lo sucia, sino por lo oscura y negra que estaba; fuimos a la cocina, donde la mayor parte del suelo era negro, al igual que las paredes, del fuego que hacían para hacer la comida; estaban sin encalar aunque no recuerdo exactamente si estaba la piedra viva, supongo que sí, ya que supongo que no llevarían ladrillos hasta allá arriba para hacer esa casa; entre otras cosas, pensé que la piedra, recubriendo las uniones con cemento, aislaría más de las crudas temperaturas, siendo extremas en las distintas épocas del año.

Allí, la mujer y su marido, nos obsequiaron con un vino y unos pedazos de queso; ninguna de las dos cosas había probado yo como las que allí comí. Estaba bueno, aunque eran sabores muy fuertes; se les notaba al bajar por la garganta, que allí iban sustancias de fuerte y rubefacientes características.

Antonio fue, junto con la señora, quien más hablo; dijo de mí, que dominaba el inglés, y que lo había aprendido en la escuela.

La mujer me pareció muy bien hablada, aunque no la sabría clasificar en ningún prototipo de ciudad; ella no era de ciudad, era del aula del mundo, de su mundo, ¿pero de dónde sacaba los conocimientos que tenía?.

Según dijo, sus hijos no querían ya vivir allí, ni siquiera por ellos mismos; dijo que tenían sus trabajos de albañiles, fontaneros y demás, y que con eso vivían muy bien; yo estoy por ver a qué llaman ellos muy bien, pues si ellos llaman vivir bien, donde vivían, pues “apaga la luz y vámonos”. No me jodas, eso es vivir en condiciones infrahumanas, aquello era peor que el tercer mundo; no hay que irse muy lejos para ver miseria; aunque de esto

e-libro.net

sea el menos indicado para hablar, no sólo por cómo he vivido, sino porque justo frente a mi casa, están la mayor aglomeración de personas de baja condición y peor vivir de Las Palmas: los chabolistas.

Pero si aquella gente, se supone que trabajaban, y que trabajaban de duro, está claro que se merecerían otra cosa, ¿es que la tierra, nuestros orígenes, no da para vivir?; por lo que allí vi, no.

Nada le comenté a Antonio de lo fuerte de las viandas, y mucho menos de la escacés de recursos, aunque esta frase sea el típico tópico.

Me sentía sumamente cohibido, no sabía cómo comportarme ante aquella gente; me dio, que desearían ver a gente, por estar todo el tiempo solos, aunque también pudiera ser, que la mucha gente les agobiara.

Recuerdo que Antonio me dio antes de ir, su número de teléfono para que yo le indicara si iba o no; supongo que me dijo el nombre, aunque yo confundo su nombre, quizás fuera Carlos o quizás Pedro; quiero recordar que entre esos dos estaba. No lo localizo en mi agenda de teléfonos.

Comparada con la casa de esos labriegos, la de Antonio era una maravilla, todo un palacete, con sus tejas rojas, etc., etc.

El baño estaba al entrar a la izquierda, era enorme; supongo que debía ser de pozo negro, por el que quizás subieran las ratas, pero, sólo, como ya dije, me percaté de una.

Había un cuarto lleno de castañas, me dijo que tenía que separarlas o algo por el estilo, yo con un mohín, dije:

-Uf, que va, que va…

Y me alejé de allí. Sí vi ese cuarto un par de veces, y estaba lleno de cucas, pero él lo mantenía cerrado, para que la casa no se llenara de ellas.

Es posible que si me dijera de vivir toda la vida allí me lo pensaría, pero igual me pasa con cualquier casa a la que voy, si no es por una cosa es por otra, pero siempre hay algún inconveniente, por el que nunca deseo establecerme; incluso cuando mejor está uno, como es el caso que ahora me sucede, hay algo por lo que sé que mi estancia allí no será perpetua, quizás sea eso lo que hace mejorar la especie y su hábitat, la no perpetuidad y el afán de conseguirlo.

Antonio me dijo que por qué no nos íbamos al Hierro, le dije que no se me apetecía nada, él me propuso:

-Cogemos el coche y nos quedamos en los sacos.

Era el día de venirme, pero el día de antes que fue otro distinto de los hasta ahora citados, nos fuimos a un pueblo del interior, y allí entramos en un bar, a decir verdad, era una especie de tienda, donde nos tomamos unos vinillos, estaba claro, Antonio no quería hacer gastos en su casa, sino fuera de ella, entre los dos. No pagando él o yo las copas sino entre los dos.

En ese pueblo, en el que por primera vez en mi vida vería una señal de tráfico que indicaba un callejón sin salida. Así se lo hice saber a mi amigo cuando vi como llevaba derecho el coche hacía ese callejón. Le dije:

-¿Sabes lo que significa esa señal?

-No -tuve por contestación.

-Que es un callejón sin salida.

Me hizo caso y salió de donde había empezado a meterse.

Nos tomamos unos vinos muy buenos. El que nos lo sirvió, nos preguntó de dónde éramos; al decirle que vivíamos en Las Palmas, parece que se puso más contento. Por lo que tengo entendido, los lugareños se llevan mal con los chicharreros.

De ese día, ya no hay más que destacar. Al día siguiente, como les indiqué, y tras pasarnos unas anécdotas con el vecino, me fui a Las Palmas. Antonio aun se quedaría un tiempo más. Según me dijo, debía de llevarse un montón de cosas; motivo por el que había quitado el sillón de atrás, para que cupiesen más bártulos. Por lo que me comentó, fue y volvería cargado hasta los topes.

Un detalle que no dije pero que fue curioso, es que a la ida me dejó el barco en Santa Cruz, y de allí cogí un taxi a la estación de autobuses. Estando yo en un extremo de ella, solo en toda la salita, y leyendo con fruición algo de filosofía de Unamuno, oigo una voz muy particular. Levanto la cabeza y miro hacía las ventanillas y “alehop”, ¿quién estaba allí?, el mismísimo D. Victoriano, con una chamarra de cuero enorme; debía ser verano, y más concretamente Agosto, a pesar de haber considerado que era otro mes, pero si no, no me imagino qué hacía un día de clase D. Victoriano por esos lares.

Supuse que era otra fecha por el tipo de turistas que vimos, mas del tipo de los que cogen sus vacaciones en invierno.

e-libro.net

D. Víctor y ano, llevaba un chaquetón de cuero que le cubría todo el cuerpo; observen que fue muy extraño verle con dicha ropa en verano; le llegaba hasta la rodilla.

A la vuelta no hubo ningún contratiempo. Vine en un pasillo lateral en el que habían una serie de sillones. Venía a mi lado una pareja. Ella estaba fenomenalmente bien.

Me tomé en el bar más cercano un cortado y un vaso de agua; yo era un prohombre, que se podía pegar una serie de lujos en el barco.

Cuando atracamos estuvimos esperando casi media hora a la salida, hasta que abrieron las puertas y pudimos salir; son momentos desesperantes, en los que uno no sabe qué hacer, ni cómo ponerse; yo al principio estaba de canto, rodeado por dos lados, no podía moverme ni para un sitio ni para otro. Vi un hueco y hacía él fui. Ahora estaba de cara a la salida, pero esta no estaba abierta. Suponía que saldríamos por ahí, pero nadie nos había dicho nada.

Había preguntado en información la duración del trayecto, pero ahora estaba cerrada.

Al rato aparecieron por allí unos marineros y unas trabajadoras, muy bien trajeados todos, con unos transmisores en las manos. Las chicas llevaban un chubasquero y guantes.

Después de un buen rato esperando, pudimos salir.

Tal cual dije, me había apuntado en una autoescuela para sacarme el carnet de conducir. Primero debía hacer el teórico; creo que las prácticas empezaron después de la teoría.

Aunque me pasaron antes otras varias cosas, me situaré, aunque luego vuelva atrás, en septiembre; me propuse sacar en una semana el carnet. Estudié el libro en ese tiempo, en una semana justo. Fui algún que otro día a la autoescuela, y a la secretaria que allí había, le pedí los cuestionarios que tenía de otros exámenes. Algunos no eran tan fáciles. Le consulté un par de dudas.

Me presenté un día; habría unas cincuenta personas hablando sin parar a la entrada. Me supuse que lo que pasaba es que estaban muy nerviosos; yo iba con el pantalón de pinzas gris y un niqui azul, con rayas blancas en los bordes de las mangas y en el borde del cuello.

Entonces y una vez dentro nos hicieron el examen; sencillísimo, cuando vi cuál era la trampa de ciertas cuestiones, me pregunté: “¿Y esto es todo?, pues fuerte chorrada de examen”.

Salí de los primeros, si no el primero.

Creí que me darían la nota al instante por ser tipo test. Estuve paseando por los alrededores, bastante deprimente si he de ser sincero. Creo que era Tamaraceite, zona nada residencial, ni mucho menos.

Me acerqué nuevamente al recinto donde había sido el examen; antes pasé por un bar cercano y observé cómo seguían unos comentando el examen, se notaba que no tenían experiencia en ellos, si no que me preguntaran a mí.

Algo me dijo que no iban a dar las notas, quizás porque vi poca gente, a pesar de haber reconocido a algunos de los que habían hecho el examen.

Fui al local, y allí no había nadie. “Fuerte forma de perder el tiempo”, pensé. Acto seguido cogí la guagua y me fui a mi casa.

A partir de mayo o abril de ese mismo año, Tomi, mi gran e inteligente, hasta el momento, amigo, me dijo que si quería ir a la farmacia de él, para que allí hiciera algo.

Me sorprendió, y lo tomé más como un buen amigo que me quería echar un capote más que otra cosa. Se lo agradecí y acepté.

Le dije que si llevaba la bata y me dijo que sí.

Con el tiempo, y como no me tenía contratado, y por si acaso hicieran alguna inspección, no estando yo con total legalidad (nos estábamos haciendo un favor mutuo), me dijo mi amigo, que mejor sería que estuviese sin bata. Me la quité con bastante pena. La bata que llevaba era la que usaba en la universidad.

Me daba Tomi por hacerme el favor cinco mil pesetas mensuales. No recuerdo cuánto tiempo estuve allí, recuerdo que iba sólo por las tardes; muchas me llevaba él, y casi siempre me iba a buscar, digo casi siempre por no decir siempre.

Tomi estaba pluriempleado, tenía la farmacia por un lado, la que le había costado baratísima, pues la anterior propietaria la había dejado echar a perder, con deudas y demás; y por otro las clases en el instituto.

Sacaba un buen dinero por las dos cosas, a pesar de estar pagando al padre bastante dinero, creo que doce o quince millones; según me decía, todo lo que sacaba de la farmacia era para pagar su deuda con su padre. De todas formas, imagino, que con uno de los sueldos, le daría para vivir; pero quizás no fuera suficiente para él.

e-libro.net

Herse, seguía siendo su novia, con la que vivía; recuerdo cuando iba por su casa, y nuca mejor dicho, por casa de Herse, pues ella, aunque muy baratita, se la compró a su tía; era una casa de protección oficial. La casa, según me habían dicho, tenía tres habitaciones un salón la cocina y el baño. Nada más comprarla se pusieron a hacerle reformas; ampliaron el baño, a costa de la despensa, quitaron un tabique dejando así dos habitaciones, y un salón más o menos grande.

Las paredes estaban pintadas de blanco.

Tomi, no quería aún comprarse una casa, no por lo que yo creía, que no tenía dinero por tener que pagar la farmacia, no, el auténtico trasunto, según me explicó, o se le escapó, años después, era porque los padres querían echar a unos inquilinos que tenían en unos pisos; el motivo que alegaban, era que sus hijos, o sea Tomi, se quería casar, y quería coger ese piso; al final le salió el tiro por la culata.

En la farmacia, Tomi me decía que hiciera los trabajos típicos que se hacen en cualquier botica; que no me preocupara, que según decía él, todos los trabajos son iguales, pura mecánica.

Una de las cosas que debía hacer, eran unas pomadas. Para empezar, hice la mezcla mal; luego había que meterla en unos tubos, que los rellené fatal, y por último escribir la formula en unos papeles adhesivos, y en estos se me corrió la tinta, no calculaba bien el encuadre, en fin, una auténtica chapuza.

Los tubos no eran muy grandes; han de saber que estos se llenan por atrás y luego se cierran, motivo por el que pueden estar precintados por la boca; eran de color blanco por fuera y color gris metalizado por dentro. Este preparado era uno para las hemorroides, según me dijo mi hermano Jose, muy efectivo.

Una vez preparada una fórmula magistral, que bien podía ser la pomada antihemorroidal, o bien unos polvos contra el mal olor de los pies, estas junto a otra de adegalzamiento, eran de las pocas que allí se hacían, a pesar de que Tomi buscaba como loco nuevas fórmulas sencillas y que pudiera sacarle un gran beneficio a todo ello; fuera lo que fuera, estaba yo dentro con la fórmula, cuando Álvaro, el empleado de Tomás, oyó un ruido fuera y se levantó a ver qué sucedía; como siempre pensé: “Yo aquí, que hay que saber guardar el tipo, no salir del trabajo para nada del mundo, etc., etc.”, en definitiva mil y una clases de moral estúpidas, que luego no tienen nada que ver con ciertos mundos.

Álvaro se extrañó porque no salí; yo sin embargo me veía como el más responsable allí, en el trabajo, al pie del cañón, sin desfallecer. Pues lo cierto es que Álvaro me dijo que el policía debía haber sido antes chorizo que policía (según deduje, eran los nacionales), pues intentaban abrir la puerta del coche por medio de un alambre, ¿como?, no me pregunten, pues ya les digo que no me levanté del pie del cañón. Al final, daba gusto sentirse tan responsable, aunque bastante ridículo y absurdo.

Se podía fumar en aquella farmacia, afortunadamente según creía yo, pero desafortunadamente según mis pulmones.

Digo esto pues al año solía tener un mínimo de uno o dos catarros, y me solían afectar bastante; yo no quería achacarlo al tabaco, y pensaba: “Bah, exageraciones de los médicos”.

Un día hablando con Álvaro, éste me dijo que el vivía en una zona conflictiva, y que tenía un bastón hecho por él con cobre, más que bastón era una porra, con la que le pegó un par de palos a unos maleantes que querían robarle. Eso me hizo tanta gracia, que muchas más veces le pediría que me lo contara de nuevo; a él también le hacía gracia, aunque no tanta como a mí.

Es que no me imagino yo pegando palos a diestro y siniestro, aunque en Álvaro no fuera tan difícil imaginárselo; él siempre ha tenido un cuerpo muy grande, es más, hubo un tiempo en que fue luchador de lucha canaria. De todas formas, como tal, no estuvo mucho; de lo que estuvo más tiempo fue de árbitro, y según decía:

-Yo era el mejor.

De luchador reconocía que no era bueno, pero que si alguien lo tiraba, él volvía a practicar mucho para tirar al que le había vencido. Y cómo no, siempre terminaba el adversario en el suelo.

Con el tiempo me enteraría que le echaron de la casa donde vivía, que las casualidades de la vida, era de la madre de Águeda; y qué motivo alegaron: “Para que el matrimonio formado por Águeda y Pedro se fuese a vivir allí.

Como según creo, la madre sólo tenía esa casa y Pedro no pertenece a una familia muy pudiente, pues al final la consiguió. Aunque las cosas de la vida, creo que también había truco para que la madre se quedara con ella; pues las noticias que tengo de hace unos años atrás, es que se fue mi *ex* a vivir a Teror.

e-libro.net

Quizás ella no se imaginaba que debería ser la que tenía que mantener la casa; o quizás fuera eso lo que ella pretendía, lo cierto es que así ha sido. Tiene niños Águeda, pero ya le he perdido la cuenta de cuántos. Ella lo quiso así, y así es.

Me extrañaba enormemente, a pesar de que Tomi nunca me decía nada, que Álvaro nunca hablaba de su mujer, ni para bien, ni para mal. Yo deduje que las relaciones debían ser pésimas. De quien sí me habló fue de su hija y de su hijo; la primera estudiaba informática y era una buena estudiante y el muchacho no servía para estudiar, del que él decía que era un batata y se planteaba si serviría para algo.

Muchas tardes, Álvaro se pasaba, cosa de una hora o dos, de risas con una mujer que vivía justo enfrente a donde estaba en aquella época situada la farmacia.

Estaban siempre de risas y fiestas; estaba seguro de que se gustaban. Aunque desconozco el motivo, al poco tiempo sus relaciones se enfriaron muchísimo.

Álvaro de lo que hablaba era de la lucha, las agarradas, los luchadores, el dinero que ganaban, y demás.

Él era un enamorado de la lucha, era su auténtica pasión (o al menos casi).

Por ello, por ir a arbitrar, prácticamente no dormía, al margen de eso, dormía muy poco, según me decía de tres a cinco horas. Yo no le decía nada, pero suponía que le debía sentar como un tiro, él decía que ya estaba acostumbrado.

Álvaro muchas veces se ponía a hablar de lucha con el padre de Tomás y parecía que estaban interesadísimos, al menos hablaban y hablaban sin parar.

Las relaciones entre D. Tomás (el padre de Tomi), y Álvaro, poco a poco, se fueron enfriando.

Tomi, ya indiqué, me pagaba cinco mil pesetas al mes; un día, como si ya él le hubiera dicho a sus padres lo que me pagaba, se subió la madre al coche y le dijo a Tomi:

-¿Ya le pagaste a Antonio?

-Que él está aquí… -le cuchicheó

-Cómo, ¿ya le pagaste?

Al final la buena mujer se percató de estar metiendo la pata, y me imagino que se ruborizo, a mí me habría ocurrido de estar en su lugar.

¿Cómo me sentó ésto?: fatal, como una patada en el estómago, encima de puto, mal pagado, que es lo que era, pues ni estaba asegurado, ni nada en absoluto. Sé que me estaba echando una mano, y muy buena por cierto, al decirme que (tras yo mandar una instancia, pidiendo los centros de salud de la provincia de Las Palmas; la instancia me la ayudó a rellenar mi tío Domingo) donde no había farmacia, era en el Valle de Agaete, allí empecé a pedirla, y hasta hoy, no he visto los resultados.

Otra cosa que me empezó a fastidiar, era que debía llamar a Tomi, no con ese diminutivo cariñoso, con el que lo había conocido, sino como Tomás, a efectos de la farmacia, aunque con el tiempo, creo que soy el único amigo que le llama Tomás, a pesar de ser su amigo más viejo; no tengo ni idea si por influencias de Herse, quien creo que no, pues ella me dijo, que cómo le iba a llamar Tomás si de toda la vida le había llamado Tomi, que de eso ni hablar.

Sus actuales amigos, ignoro si le llaman Tomi o Tomás. Yo, siempre Tomás, y algunas veces entre choteo y cachondeo D. Tomás, aunque me saque de mis casillas; piensen que en la de mi padre, cuando llamaban por teléfono decíamos: “Farmacia D. José Fijoleis Matos”. O sea que si a mi padre lo llamaba Don, no me extrañaría llamar así al que fuera durante tantos años mi mejor amigo, y del que hoy día sólo le pido que piense bien de mí, y que las veces que le he ido a ayudar, he intentado siempre hacerlo lo mejor posible. (Ya volveré con esto).

Yo creo que Tomi no se había dado cuenta de la magnitud del problema de mi familia, pues se extrañó un güevo al verme con unos pantalones vaqueros sin cinto, y por tanto el lugar en donde suele estar el mismo se encontraba la pretina raída y media desbarada, o sea sin forma redonda, sino doblada. Se quedó atónito, pero la cara de sorpresa que puso, más se me quedó a mí grabada que a él.

Cuando llegué a mi casa esa noche, me hundí en una fuerte depresión. Era realmente humillante, y todo porque los padres de él lo apoyaban; “claro, si mi padre viviese y se llevara bien con nosotros, pues otro gallo cantaría…”

La farmacia de Tomi me servía para ponerme al día con los medicamentos; allí también empecé a pasar los psicotropos al Libro de Recetas, aunque mi letra era tan mala, a pesar de intentar hacerla clarita, que no saqué nada en claro de allí, con esto quiero decir que al poco también me quitaron esa función.

e-libro.net

Un día me vino Tomi diciendo que le sacara las cuentas comparándole los recibos de Cofarca con los que él tenía. Eso parece que sí lo hice bien, era lo primero que hacía bien, junto con el despachar.

Algunas veces cuando Tomás no me podía llevar a la farmacia, Álvaro me recogía al lado de la que había sido la farmacia de mi padre, a pesar de ello en ninguna de esas ocasiones Álvaro me comentó nada sobre aquella farmacia.

Don Tomás solía pasar bastante a menudo, aunque no es de extrañar que conociendo a esa familia como la conozco, el motivo de sus visitas fuera el vigilarnos.

Pues si yo creía que Tomi me había puesto allí para vigilar, no me debía extrañar, pues que yo también fuera vigilado.

No recuerdo dónde daba clases Tomi, pero la verdad es que el pobre muchacho estaba todo el día trabajando, o al menos eso decía que hacía, supongo que en el trabajo de funcionario no se quemaría mucho, me juego que no, y como jefe, él era el gran jefe, así que lo que tenía que hacer era controlar, por mi parte intentaba ser responsable, y creo que lo soy, a veces, hasta en demasía, aunque para algunos pudiera parecer todo lo contrario.

Me daba muchísima vergüenza ver mucho a un amigo de Tomi, el que creo que era abogado, cuando iba a esperar a Álvaro, pues siempre iba muy bien vestido, paseando un perrito caniche, y yo casi con harapos.

Por esos tiempos, seguía durmiendo muchísimo, me acostaba sobre las diez de la noche y me levantaba a las doce o a la una del mediodía; aunque para redondear la cosa, me despertaba sobre las ocho y media o nueve para desayunar y tomarme la medicación.

Me costaba Dios y ayuda el mantenerme despierto y activo. Por las tardes hacía grandes esfuerzos para que no se me notara que me estaba cayendo de sueño.

Me sobraban quilos por todos lados, y es que a mi madre no se le ocurría otra cosa que engordarme, como ahora está haciendo, durante esta convalecencia de la gripe por la que estoy pasando.

Tomi cuando veníamos en el coche, me decía que no me preocupara, que ya vería como pronto encontraría trabajo, antes de lo que pensaba, dándome a entender que allí no me iba a quedar, cosa que ambos teníamos clara.

La farmacia tenía el aspecto de una farmacia de pueblo pobre y es que pobres eran tanto el pueblo como la farmacia.

La entrada tenía una puerta de madera, rodeada de unos cristales con barrotes. Pero las medidas de seguridad eran bastantes deficientes. Un día trataron de robarle a través de un local vacío situado al lado de la farmacia. Los vecinos oyeron golpes de martillo y como eran los dueños del local y no les interesaba nada que estropearan su propiedad llamaron a Tomi por teléfono.

Tenía una báscula y un tensiómetro de alquiler, con el que algo sacaba, aunque no fuera mucho, pero un poco por aquí y otro poco por allá, así hasta conseguir toda una pellita.

A los lados de la entrada estaba abarrotadísimo de cosas de perfumería, demasiadas, tal que yo aseguraría que los de la zona, no se gastarían grandes dineros en ellas; aunque a fuerza de ser sinceros, no sólo porque el producto no entrara por los ojos, sino también porque los lugareños eran gente la mayoría humilde. Tras el mostrador, un pequeño espacio en el que poder despachar, y detrás, la caja registradora, bastante vieja; esta caja, estaba justo bajo el arco de entrada a la rebotica; a pesar de que antes de llegar a ella, había toda una serie de estanterías. Según se entraba, a mano derecha, estaban los jarabes, y los inyectables, a mano izquierda los comprimidos.

No había al principio gran cantidad ni variedad de medicamentos.

Empecé a llevarle las recetas de mi madre; las mías, me las guardaba yo, y no se las dejaba, que las sacara mi madre en su farmacia, que era o bien la de C..., por Altavista, cerca de mi casa, o una perpendicular a Tomás Morales, que estaba al lado de donde vivía la amiga: Rosa María.

Me daba vergüenza que los demás vieran que era un enfermo, y mental; hoy día también me da vergüenza, quizás más que a nadie, por ello, salvo con los más allegados, con nadie hablo de ello.

Las estanterías de dentro eran metálicas, de esas baratas y de las que pensaba usar para mi farmacia.

Estaban a lo largo de las paredes y en medio, formando pasillos. No hacían falta más, pues no muchos más medicamentos tenía aquello.

Después habían tres mesas, una para Álvaro, una para Tomi, y por último, un pequeño hueco para mí; lógicamente Tomi no me iba a ceder la suya; aunque a veces me decía, que sin problemas cogiera la suya; en eso se portó bien, muy bien, genial, con su viejo amigo.

e-libro.net

La de él era más reciente, la de Álvaro, ya tenía sus años; creo que era la única que había en principio.

Álvaro desde dentro siempre decía a cualquier cliente que entrara, con voz ronca:

-!Va enseguidita!

O no tan cariñoso:

-!Va enseguida!

No recuerdo, si dependiendo del humor, o de si conocía o no al cliente, que eso no lo puedo saber al mes de haber estado allí, no realmente al mes, sino al medio mes de estancia.

Era Álvaro muy agradable, y todo un personaje en aquel pueblo. Supongo que habrá gente a la que caiga mal, pero no lo aparentan, parece que lo quieren mucho los del pueblo, o mejor, los de la barriada, pues está a tan sólo unos ocho kilómetros de Las Palmas.

La mesa de Álvaro estaba cercana a la pared, pegada aunque perpendicular a ella estaba la de Tomi, con sus dos hileras de cajones, una serie de ellos con llaves, que lógicamente estaban echadas.

En otro lado, de cara a la pared, paralela, y casi a la misma altura de la de Tomi, la mía, aunque con otra disposición: dando mi cara contra la pared y de espaldas a la entrada.

Lo cierto es que allí, y a pesar de las pocas horas que estaba, me aburría grandemente, el por qué, no sabría decir, pues lo cierto es que Tomi siempre me dejaba algún trabajo que hacer; y eso me cabreaba muchísimo, y pensaba con un odio interior, “Arrgh, a trabajar”, y ¿si no, qué haría?, pues nada, que era lo que yo quería. Pero no para estudiar o leer, que en esa época no lo hacía.

Sobre las mismas fechas, el Lu, sacó los exámenes de celador, tal como me diría tiempo después, el teórico se lo copió, el psicotécnico, ya lo hizo él; se copió de un hijo de unos que tenían algo que ver con lo del examen, dándome a entender que le habían pasado las preguntas a ese joven; yo no arriesgaría tanto, pues salvo los que ponen el examen, el resto no saben qué preguntas son. Seguro que ese joven se empolló bien todo el examen, aunque quizás tuviera muy subido su ego, para hacer el otro correctamente.

No sé cómo pudo aprobar el Lu, pero lo cierto es que él aprobó y el otro no.

Casualidades de la vida, así me dice Quillo:

-Hueso que está pa’uno, no hay perro que se lo mame.

Él me dice esto refiriéndose a las mujeres, pero también viene ahora al caso.

Detrás de la mesa de Tomi, a su izquierda había un pollo sobre el que se hacían las fórmulas magistrales, y en el que estaban todos los productos químicos; el mismo sobre el que yo estuve midiendo con la balanza, cuando los guardias fueron a ver el coche abandonado.

Perpendicular a él estaban las paredes del fondo, y apoyadas a éstas, gran cantidad de pañales de diversos modelos y tamaños.

Le dije a Tomi el sistema que tenían mis tías para controlar los medicamentos, así, hacían unas etiquetas, que ellas compraban, y que él diría a Álvaro que las hiciese, en las que se apuntaba el código nacional del medicamento y el nombre del mismo, el comercial, pues de poco sirve poner el del principio activo; ésta se anuda con un elástico por un agujero practicado en ella y luego se enrolla el conjunto al fármaco.

Cuando sale el medicamento, se le quita la etiqueta, de tal forma, que a lo largo del día, habrá una serie de etiquetas, no tantas como medicamentos se han vendido, pues de muchos medicamentos hay más de uno, y se piden cuando quede uno o dos dependiendo de la rotación, o sea de lo que se venda cada uno.

Siempre que me ve en su farmacia y veo el sistema de las etiquetas, me dice lo mismo, que yo fui el que le dijo lo del sistema. Yo no le daba la mayor importancia, y veía normal lo de los elásticos quizás por haberlo mamado, y porque lo consideraba anticuado; realmente empecé a considerarlo anticuado al par de años, al ver todo la serie de posibilidades que tenía el ordenador; sin embargo, le dije al poco, lo que se avanzaba con el ordenador, y no me quiso hacer caso, sino unos años después, cuando ya vio que le era imposible estar sin él, o quizás con vistas a nuevas coberturas y aperturas de fronteras.

Los elásticos lógicamente varían, según el tamaño del frasco o el envoltorio. Mis tías, cogían con ellos, incluso, toda la serie de medicamentos que habrían de tener en reserva.

Tomi, cuando me iba a llevar a la farmacia, pasaba por mi casa, y me llevaba a ella; siempre, después de acabar la carrera, se reveló como un gran hablador, también era verdad, porque teníamos temas en común de que hablar.

Cuando me traía de la farmacia a mi casa, muchas veces, me invitaba a salir por ahí a comer; yo iba, aunque nunca me gustó mucho eso de ir a comer después de trabajar. Un par de meses después cambiaría

e-libro.net

totalmente de opinión. Quizás fuera porque yo no tenía dinero para pagarlo, motivo, más que seguro por el que a mí no se me apetecía salir; y otro, porque deseaba llegar a mi casa a comer la comidita que mi madre me había dejado. Muchas veces eran filetes de carne, una burrada, tres o cinco; yo a veces me comía tres con pan de molde, o sea me hacía tres sandwich de aquí te espero, todo eso, con uno o dos vasos de leche, claro, me quedaba atiborrado, hasta tal punto, que muchas noches, tenía pesadillas; al principio no sabía a qué achacarlas, con el tiempo me fui dando cuenta a qué se debían mis malas noches: al exceso de carne, piensen que en total, es posible que me comiera en la cena, algo más de medio quilo de carne.

Esperándome estos sabrosos bocados, y sabiendo que mi madre siempre me dejaba algo para la noche, se imaginaran las pocas ganas de salir que me entraban.

Íbamos mucho, al que por primera vez empece a ir, a casa de Ñoño (ca'Ñoño, más comúnmente conocido). También lo llamaban Bosmediano.

Allí se comía una serie de medias raciones; sólo habían las medias raciones y bocadillos, y cómo no, bebidas, todas las más habituales, aunque no se podía pensar en pedir buenos güisquis, ni buenos licores, pues aquello tiraba a algo medio cutre sin serlo; más bien era algo tirando a: "Aquí todos somos colegas"; ni el dueño, ni la mujer, ni los empleados, vestían muy bien, seguramente, para mantener una clientela que iba desde los adolescentes hasta los gerontes; no es que abundaran mucho estos últimos, pero sí algunos iban.

El bar no era muy grande, pero eso sí, siempre estaba abarrotado de gente; muchas veces no se podía pasar, cosa que tampoco era muy difícil por lo estrecho del bar.

Fui con Tomi un par de veces a ver a Pepe Blanco, nuestro amigo de La Laguna; vivía por la trasera de la calle Primero de Mayo. Estaba en esos meses preparando las oposiciones; según oí se pasó dos años encerrado para sacarlas; según recuerdo, Tomi las sacó en dos o tres semanas; por muy fácil que fueran las de Tomi, comparen la diferencia; no quiero decir que Pepe fuera torpe, sino que se ahogaba en un vaso de agua, tal y como demostró en ellas.

No estaba acostumbrado a los exámenes maratonianos, Tomi sí. Yo aún no sabía si quería trabajar en educación y ciencia, o en otro ministerio, o bien prefería la empresa privada. Lo que si sabía es que conseguiría mi farmacia, y más fácilmente que otros; más que nada por mi tesón, y porque a nadie se le había ocurrido lo que a mí.

Según me contestaron una vez en el ayuntamiento del municipio, si en el Valle de Agaete era difícil conseguirla, mucho más sería en el Puerto de las Nieves, ya que allí sí que no habían dos mil habitantes ni de broma.

El censo que yo había conseguido del ayuntamiento, decía que habían unos mil doscientas y pico habitantes, motivo por el que mi solicitud ya no cumplía uno de los requisitos de la ley, la que decía que debía estar, de ser en un núcleo aislado, a 250 metros de distancia de la más cercana, y con un mínimo de dos mil habitantes por farmacia.

Era algo difícil de conseguir, aún lo es, pero yo sigo luchando.

Mi primer abogado, el que me empezó a llevar este asunto, fue D. Francisco Macías; de todas formas, al principio lo llevaba yo, asesorado por Tomi, quien me decía los pasos que debía seguir.

Entre Tomi y yo estuvimos bastante tiempo llevándolo; incluso pusimos en la instancia la definición de "Valle" del Larousse que más nos interesó; como ven nos movíamos por terrenos que creíamos dominar y hoy sé que son bastante pantanosos. De todas formas, aunque quisiera, yo no podía costearme un abogado, motivo por el que aunque todo lo que iba haciendo no estuviera bien, en lugar de dejar los pleitos a los picapleitos, que para eso están, y por ello cobran, yo lo seguía tramitando; me fiaba de Tomi, y Tomi no se fiaba de los abogados, decía que lo único que querían era dinero, todo el que pudieran sacar y mientras más mejor.

Yo no pensaría tanto; dinero claro que quieren, como todo hijo de vecino, pero de ahí a que solo quieren dinero hay una gran diferencia; de todas formas, ya saben eso de: "Hay de todo en la viña del Señor".

En la farmacia, Álvaro hablaba poco, y lo que hablaba era de lucha. Con quien más aguantaba, era con la vecina que vivía frente a la farmacia, con quien se pasaba un mínimo de media hora, muchas veces más, el tiempo que yo estaba allí; a mí me dejaba asombrado, y me preguntaba: "y ¿esto es trabajar?" Nunca le he visto matarse trabajando, y si alguna vez se ve apurado de trabajo, se estresa muchísimo, y solo piensa en cuando podrá salir a fumarse un cigarrito; eso ahora, que Tomás no deja fumar en la farmacia, en la zona de "los despachos".

Antes fumábamos todo lo que nos daba la gana, en la rebotica de la "vieja" farmacia.

Al lado de los pañales había un pequeño aseo, con el retrete, y fuera un lavamanos. No había ducha ni nada por el estilo.

e-libro.net

Álvaro estaba gordísimo. Según me enteré, no iba a comer a su casa, sino que comía en los bares, cerca de Guanarteme. Estaba en trámites de separación; me lo olía, más que nada por sus silencios, en cuanto a su familia se refiere.

Mi madre, a raíz de mi enfermedad, su separación, la muerte de mi padre, y la escasez de dinero en la que estábamos, cayó en una depresión enorme; sigue sin salir de ella, a pesar de los tratamientos, suficientes para derribar a elefantes, que se ha tomado; hoy día se sigue medicando, ocho años después. Recuerdo que uno de los médicos, Carlos J., le dijo que tardaría el mismo tiempo en quitarse la depresión, empezándole él a tratar, lo mismo que había estado con ella; o sea que llevaba cuatro años, y ahora lleva ocho; o sea que según él, ya se le debía haber quitado, aunque no, sigue con ella.

Álvaro fumaba y fuma Krüger, cigarros canarios negros fortísimos, más fuerte que ese en Canarias sólo está el Mecánico, y ya pocos lo fuman.

No veía nunca a la doctora, con la cual no estaban nada contentos los del lugar, se cree la jefa de la barriada, y aunque es la que cuida de la salud de los lugareños, no es para que se le suba tanto el cargo a la cabeza, si no que vaya a la ciudad, donde verá como es una más; tiene que ser muy buena en su trabajo, para poder destacar algo.

Uno que destacaba aquí hasta hace poco, y que me da que se ha retirado no hace mucho, era el Dr. Mainar, que era un cirujano que operaba con la técnica de la Laparoscopia. Nunca he leído nada sobre ello, pero según tengo entendido, es operar por medio de micro-cámaras de televisión las cuales se introducen en el cuerpo, allí donde se va a operar.

Iba a la consulta del dr. Henrik una vez al mes, máximo una vez cada dos meses; me preguntaba sobre mi trabajo, si me gustaba, y le decía que ni más ni menos que otro, que me imaginaba que era igual que otro trabajo; aún no había empezado a amar y odiar mi profesión. A la que amo y adoro, a pesar de todo el odio que siento por ella.

Álvaro me da la sensación de que tampoco se comía un rosco, aunque eso no quitara para que tuviera las antenas puestas. Tenía su grupo de amigas y con ellas, aunque no me lo decía, se iba de juerga. Tomi, poco después me diría:

-Está hecho un viejo lobo solitario, que se va por ahí de juergas el solo, y vuelve a las tantas.

Yo sabía que en realidad lo que hacía era que estaba buscando compañera, pero no le quise decir nada.

Nunca me dijo si su mujer estaba con otro hombre o no; me da la sensación que las mujeres con hijos, buscan menos a los hombres, aunque no se puede decir de todas, pues años después, Álvaro se pondría a vivir con una viuda con hijos.

Pensaba que todas eran como mi madre, a la que quizá le ha hecho falta uno, aunque ella siempre ha dicho:

-Para limpiar mierda, no quiero otra casa.

Seguro que pensaba en un hombre de su edad o mayor; lo cierto es que mi pobre madre, cuando le preguntan, no dice que es separada, sino viuda; a lo sumo dice:

-Separada y viuda.

Iba el padre de Tomi a la farmacia con su antiguo coche, un Seat 132, motor diesel de la casa Mercedes; otras veces, cuando iba con la mujer, que no era muy frecuente, iba con un Mercedes, el que se había ido a comprarlo a Alemania, junto con otro matrimonio amigo.

Era de esos que usan los ejecutivos un par de meses, y que por cualquier razón, lo devuelven, y ya es un coche usado, por lo que no se puede decir que sea absolutamente nuevo. Otro que usó este sistema para comprarse el coche fue Antonio, mi tío, el hermano de mi madre.

El padre de Tomi se quedó alucinado cuando fue a Alemania, con las mujeres jovencísimas y guapísimas que había en el extranjero; nunca había viajado fuera, ni siquiera creo que fuera a las islas; yo poco más lo he hecho y llevo una temporada que estoy totalmente aplatanado. Decía que si le hubieran cogido con unos cuantos años menos, no se hubiera casado y se hubiera quedado por allí; algo de esto me contó Tomás Carlos.

Su padre, cuando iba por la farmacia solía estar de buen humor, y me solía decir:

-¿Cómo te encuentras Antonio?.

-Bien gracias -contestaba; aunque nunca le he devuelto con un: “¿y usted, qué tal?”

Nunca se me ha ocurrido seguir con ese rito social, y eso que es lo más fácil, pero no acostumbro a tenerlo presente, motivo por el que muchas veces dejo a la otra persona como esperando.

e-libro.net

Tenía una gran cantidad de medicinas que tomar, y me sacaba las recetas mi madre del médico con su seguro; luego, a veces, iba yo mismo a buscarlas a la farmacia; ésto es un rollo, porque si no quieres que se note que te estás medicando, entonces tienes que ir a otras farmacias, donde nadie te conozca, y eso por el barrio es difícil; a uno le suena la cara de mucha gente, aunque hubieran pasado tantos años en los que yo no estaba por allí.

Sabía que como anestésico local, estaba la cocaína, que era el anestésico por excelencia, entre otras cosas porque producía vasoconstricción, con lo que no había que administrarlo junto con un vasocostrictor, con el fin de no ser desplazado del lugar donde queremos que haga la acción, y para evitar posibles hemorragias; bueno, al menos esto supongo que será así; a partir de ese anestésico hay muchos derivados como Lidocaína y Benzocaína, éstas son usadas, sobre todo, quiero recordar, el primero como anestésico local para dolor de muelas, su nombre comercial más vendido es Topicaina®.

Esas cosillas sí las sabía; más que nada por que me las habían mandado los médicos antiguamente; y como yo tenía claro que quería ser farmacéutico con oficina de farmacia, pues siempre fui cogiendo recortes, para futuras ocasiones.

El coche de Álvaro era un coche viejísimo, negro, que al subirse uno en él, se notaba como aquello era un cacharro mal cuidado, y hecho polvo; había una cantidad de mierda dentro, verdaderamente importante.

Recuerdo, aunque no quién lo dijo, si fue en clase o fuera de ella, como a la verdura había que echarle una pequeña cantidad de lejía al agua para desinfectarla; lógicamente, la cantidad de lejía a poner, dependerá de la concentración de la misma; esto último no lo sabía, creía que todas venían a la misma concentración; sé esto desde hace una gran cantidad de años, aunque nunca lo he llevado a la práctica; la concentración de lejía es casi ínfima, pues de lo contrario nos abrasaría el tracto digestivo.

Ni siquiera cuando estudiaba en La Laguna, que fue cuando más hice la comida, llevé esto a la práctica; es más ni siquiera sé si se lo diré a mi madre.

Pero la suciedad del coche de Álvaro, en una persona que se las echaba de hombre duro y de mundo, que paraba en cualquier sitio, no era nada frecuente, o quizás sí demasiado frecuente.

Sabía que con la lupa se podía hacer fuego, tal que si se pone la lupa enfocada hacia donde le de el sol y concentrando la luz de este sobre un punto que fuera seco y combustible, del tipo hojarasca, o madera seca, entonces se produce un fuego; lo que no sabía y que leí en un libro de Julio Verne, es que se pudieran hacer un fuego con dos cristales de reloj.

Álvaro era moreno, no sólo de pelo, sino que su piel era más morena de lo normal, creo que más incluso que la de Miguelo.

Él no usaba nunca camisa debajo de la bata; de todas maneras, se le veía la marca del cuello de la bata sobre su cuerpo. No usaba nunca nada debajo, hiciera frío, o hiciera calor; a fuerza de ser sincero, pocas veces o nunca le vi pasar frío. O al menos quejarse de él.

Nunca, y eso que llegaría a tener una cierta camaradería con él, lo vi con un abrigo o con jersey ni rebeca.

Estuve allí aproximadamente unos tres meses; fue mi primera experiencia y digo que no fue nada agradable; bueno, nunca he estado del todo contento, ni de acuerdo con los trabajos en los que he estado, en unos por una cosa y en otros por otra.

Quería ser como mi padre, aunque opuesto a él; lo que pretendía era tener mi propia farmacia, dejara en el intento lo que dejara; todavía seguía luchando por ella.

Fui a llevar la solicitud de apertura de Farmacia al Colegio de Farmacéuticos; allí tuve mis primeros contactos con Jacinto y con Farías, este último es un elemento que no sé cuál es su función en el colegio; Jacinto es más o menos de mi edad, con él me llevaba bien, y le he dado la tabarra de una forma asombrosa; al principio, el primer día, me dejó alucinado de la ropa de calidad con que vestía; yo hasta hoy, y eso que me la regalan, nunca tuve tanta calidad como la de él para trabajar. Me indicó todos los pasos a seguir, y estos los seguí al pie de la letra.

Lo primero era ir a Agaete y conseguir el censo de habitantes, un mapa de la zona en la que se viera la distancia más próxima a otra farmacia. La ley sobre apertura de farmacias para núcleos aislados, también me la pasó.

Fui a Agaete en guagua, una mañana, y allí en el ayuntamiento del municipio, pedí todo lo que necesitaba; me mandaron de un sitio a otro para conseguir los mapas; al final me hice con ellos, afortunadamente.

e-libro.net

También por indicación de Tomi, me fui al ayuntamiento de Las Palmas, y les pedí unos cuantos censos; una vez de las que fui para pedir información, le hice el favor de entregar una instancia para él; cuando yo fui a solucionar lo mío, le solucioné lo suyo; qué menos podía hacer ante el que debía estar tan agradecido.

La cosa marchaba; seguro que en breve ya tendría mi propia farmacia y a partir de ahí, podría pegar el gran "chuchazo".

Era amigo de los del colegio, la secretaria me trataba de usted; ahora por suerte me trata de tú.

Jacinto me trataba de usted, yo le he dicho que me trate de tú, y así lo hace.

Me hablaba Álvaro con frecuencia de su niñez; me decía, acerca de ella que aunque con necesidades y dura, la recuerda bien; quizás mejor que la mía.

Su madre no tenía dinero, de su padre nunca me ha hablado. Él se ponía a pegar pedradas, unos a otros, al final muchos salían heridos y los llevaban al hospital militar y allí el A.T.S. los curaba.

Trabajó en principio Álvaro, en Cofarca, donde empezó desde lo más bajo, de recadero y colocando las estanterías.

Su jefe era D. Domingo Martínez, padre de la íntima de mi madre (Rosa María), que en paz descanse. Se cabreaba muchísimo con sus subalternos, a los que según me decía, despedía con mucha frecuencia, pero luego, cuando salía a la calle les decía:

-¿Qué hacen sentados aquí?

-Oh, usted que nos despidió -decían los empleados.

-!Venga, pa´dentro, inmediatamente!

En ese trabajo fue donde Álvaro tuvo por primera vez una bicicleta, era éste uno de los motivos por los que más le gustaba su trabajo. Decía que era su primer vehículo, y de él estaba enamoradísimo.

Iba mucho Álvaro después del trabajo al cine, luego se daba un paseo con los amigos, y por último se iba a la casa, donde decía que devoraba las novelas de vaqueros, las de Estefanía; sinceramente creo que exageraba algo, pues he hecho la prueba, y no soy capaz de leerme dos o tres de una sentada; ni mucho menos, tardo casi diez horas en leerme una, a *grosso modo*, aunque quizás pueda ser algo más; no puedo garantizarlo pues sólo he leído una, y con muchas interrupciones.

Álvaro siempre que me hablaba de alguien, de su niñez, lo hacía con el Don delante; sin embargo cuando ahora hablaba de alguien lo hacía sin el don, yo al menos poco lo he visto usarlo, salvo para D. Domingo, y para los viejos.

Llevaba los pedidos a cada farmacia en la bicicleta; me contaba él cómo los pedidos eran chiquitísimos, unas cuantas aspirinas sueltas y alguna que otra cosilla. Fíjense ustedes, que él estando en los almacenes de despacho de medicamentos a las farmacias, eran en muy reducidos espacios; hoy día son unas grandes superficies, informatizadas y robotizadas.

Por mi enfermedad, podría alegar que era un inútil, y cobrar una pensión por disminuido, no quise, y no quiero; ese año aún no lo sabía, pero aunque lo supiera, afectaba a mi orgullo: "Yo, un inútil, sin poder hacer nada, me niego"

Quizás si me hiciera un test de inteligencia, si desconozco el tipo, y si tengo mala suerte, saldría como subnormal, aunque por qué no, si me dan en alguno como que soy inteligente, o como mínimo que tengo un coeficiente similar a la media...; aunque, ¿cuál es la media, quién lo ha establecido, en base a que tipos y grupos de personas? ¿Hay dos personas iguales, entonces por qué se miden sus distintas inteligencias, diciendo que una es mayor a la otra; es eso medible, es tan fácil de medir?

Sobre esto podría hablar algo, pues no hace ni un mes o dos, que me leí un libro que daba la vuelta a todas estas cosas, tal es el caso de la esquizofrenia: ¿Quién ha dicho que se hereda, qué gen o genes se han descubierto en los que ésta se vea implicada?; ¿se han observado todos los genes de las personas en las que han sufrido también otras enfermedades? ¿No?, ¿entonces cómo se puede saber que el gen, de conocerlo, está alterado por esa enfermedad?...

La voz de Álvaro era grave y ronca, debido, seguro, al exceso de cigarros y alcohol, no me hago a la idea ver a Álvaro ingiriendo otro tipo de drogas, del tipo de la coca o similares.

Hablando de coca, Juancho, cada vez que me veía, me hablaba sobre la coca, que era buenísima; eso me desconcertaba; quizás lo que quisiera es que yo diese una disertación sobre ella. A saber.

Oí cierto día por la tele, como la NASA, había enviado el Teorema de Pitágoras al espacio, como base de nuestra cultura, para ver si seres inteligentes captaban el mensaje; no tengo ni la más mínima idea de qué se espera

e-libro.net

con ello, ni cómo se ha mandado, ni para lo que sirve. Sólo sé que su definición es: la hipotenusa al cuadrado es igual a la suma del cuadrado de los catetos.

Ya no tenía síntomas del brote, desde que la voz de mi padre me dijo que era un tolete, y que ya no vendría más a mí. Sí seguía teniendo mis fantasmas, imaginándome que me atacaban de todos lados, mis antiguos personajes y algún que otro nuevo; sobre todo, los de mayor incidencia ahora eran Felipe González y Juancho, uno a mi favor y otro en mi contra.

Los veía aparecer frente a mi cama, cuando por la noche me tumbaba en ella, veía como algunos entraban pidiendo permiso, y otros entraban sin más; eran sensaciones raras, no del todo desagradables, no sé si por la constancia, o porque se sentía uno más acompañado.

Ya no me decían que yo iba a salvar al mundo, pero tampoco que lo iba a destruir.

De esto no le hablaba al médico, realmente ni a él ni a nadie, pues lo consideraba unas cosas personales; no es que fueran de loco, eran imaginaciones mías, ¿o no? Lo que sí decía al medico, era que siempre intentaba tener muy presente lo que me había ocurrido; él me decía que no veía el motivo, que me olvidara de eso; yo no le hacía caso, aunque tampoco lo olvidaba; no lo hacía entre otras cosas, porque quería escribir sobre ello; quizás hubiera sido lo más interesante que me había ocurrido nunca. Es curioso, como después de escribir una cosa, las sensaciones que se tienen sobre ella son totalmente distintas; unas veces cuando se vuelve sobre lo escrito, se piensa: “Qué bien refleje esto aquí”, otras, sin embargo se piensa todo lo contrario; de todas formas para ello están las correcciones, al menos eso espero, tener tiempo para poder corregir.

Tenía la certeza de que iba a escribir lo sucedido, pues pensaba que era más importante de lo que en realidad es; al menos para mí era fundamental; es fundamental, pero como corte del hilo umbilical, en cuanto a mi relación absoluta con las ciencias; ¿por qué opté luego por una mezcla de ciencias y humanidades, y no alguna de las dos solas?, no me pregunten, pero así ha sido, y así continuará, y espero que continúe por muchos años; desearía que para toda la vida.

Usaba Álvaro siempre pantalones vaqueros; aseguraría que nunca lo he visto con pantalones de pinzas en el trabajo, y eso que debe ser un cincuenton largo. Guardo un gran recuerdo de él; lo considero no como mi primer compañero, y mucho menos como mi primer subalterno, todo lo contrario, pienso de él como la persona que me ayudó a dar los primeros pasos en esta maravillosa y magnífica profesión. Fue mi gran bastón en el mundo de la oficina de farmacia. No puedo decir que fuera mi gran maestro, pero sí algo por ahí van los tiros; con paciencia, me enseñó a aplicar las cuatro reglas que sabía. A partir de él, todo serían perfeccionadores, colaboradores, como dio en llamarse tiempo después a Álvaro de sí mismo, según me dijo, así era como los empezó a llamar Tomás.

Tomi estaba bastante apurado para pagar la farmacia; según me contaba él, los primeros sueldos eran para cubrir gastos. A Herse le dio por comprarse la casa donde vivía, así, Herse pagaba las mensualidades del coche grande y de la casa, y Tomi todo lo demás, comida, teléfono, etc, etc, en definitiva, los gastos de la casa; claro que no era boba la niña, pues así tenía ella una casa, y un coche a su nombre, y él no tenía nada al suyo, pues la comida, la luz, el agua y demás, no constan como para que uno tenga algún tipo de privilegios sobre ellas.

Me extrañó que cogiera en ese renuncio tan grande a mi amigo; seguro que él se dejó engañar, o era su amor tan grande que la dejó a ella coger una serie de propiedades, mientras él hacía el trabajo sucio; Herse trabajaba con los ordenadores, en un sótano; vivían cerca de mi casa, y por tanto, no me importaba visitarlos, estaban solteros y sin hijos, yo también; estábamos disfrutando de la vida, yo no lo consideraba así.

Siempre pensé en que algún día yo sería el jefe y mis subalternos Tomás, Octavio y Antonio G., más que nada por darle la vuelta a la tortilla, por estar ellos por encima mío, no solo en la carrera, sino siempre; no echo la culpa a nadie, todo se debe a mi incompetencia e ineptitud, y mi falta de buena aptitud y predisposición hacía las cosas positivas. Si de alguien era la culpa, era mía única y exclusivamente; nadie me mandó a que me enamorara, encoñara, y arrimara, pero así se presentaron las cosas, y eso hice; quizás si hubiera guardado más mi amor, no me hubiera pasado nada; o vayan a saber si lo que hacía falta era poner mano dura, más que mano dura, no darlo todo, más que darlo todo, no contarlo todo absolutamente, o no depender de la forma en que dependía de la persona amada y odiada.

Sigamos con Álvaro; de él al menos lo que algo recuerdo, es que a pesar de lo poblado de su barba, estaba siempre muy bien afeitado; su barba era morena y cerrada, pero jamás lo vi sin estar algún día afeitado. Observaba a Álvaro y me percaté que estaba bien educado, pues al miccionar, léase mear, se lavaba siempre las manos; para mí, como sanitario, la higiene es fundamental; yo, hoy día, me lavo las manos alrededor de unas siete veces al día o más. Él lo hacía, y eso me congratulaba enormemente; no habían toallas para secarse, sino grandes

e-libro.net

rollos de papel; en mi casa también se usaban esos papeles a modo de servilletas, sobre todo para el almuerzo; antiguamente usábamos servilletas de hilo; o sea, trozos de tela; todo un atraso, pues hay que lavarlas continuamente, y qué mejor que un papel más o menos absorbente, de usar y tirar; si encima a eso se añade que no son muy caros, pues mejor que mejor. Lo siento por los árboles, que sé que los ecologistas me lo echaran en cara, y ¿no se podría reciclar ese material?, yo creo que sí; actualmente veo unos contenedores para cartón y creo que también para papel. Esto es lo último en mi tierra, cuando desde hace ya años estaba eso impuesto en las ciudades de la península.

Mi cuñado Pepe, no me había dado cuenta hasta hace poco, que no sólo era de izquierdas, que eso sí lo sabía, pero donde ya no llegaba mi conocimiento, era a saber que también era independentista, quería la autodeterminación, no se consideraba español; el pobre, no sé cómo pretendería que nos mantuviésemos, a pesar de él decir que de aquí se va mucho dinero para España (como llama a la península). Según mi punto de vista, prefiero ser español a marroquí, más que nada, porque ser del primero significa ser algo civilizado, pertenecer al segundo, es pertenecer al tercer mundo; y de eso, no gracias, no tengo ganas. *Per se*, y por la distancia, estamos algo atrasados; ¿pero es que si fuéramos una colonia de Marruecos, no estaríamos más atrasados aún?

Tal ya he dicho, Álvaro se quitaba la camisa al llegar y se ponía la bata; y al salir hacía lo contrario, dejando ver siempre su gran barriga.

Mi mesa en la farmacia estaba continuamente llena de cosas, motivo por el que siempre tuve un muy pequeño espacio para yo defenderme. Era mi pequeño espacio de trabajo; a veces, pocas veces, cogía la de Tomi.

A pesar de dedicarme a hacer cosas de números nunca supe cuánto ganaba Tomi, y él nunca me lo dijo, siempre fue mucho más reservado que yo en esos temas.

El día cuatro de Junio (ya previamente mi madre había hablado con Dña. Cristina N..., o sea que fue mi madre quién me lo consiguió), el farmacéutico de Altavista, cuya farmacia estaba considerada como la primera en ventas de toda España, me llamó por teléfono y me dijo que fuera a verle por la mañana.

Allí me fui, medio muerto de sueño, con algo de mosqueo, "¿Qué será todo esto?" me preguntaba yo.

Fui con un pantalón azul y un niqui azul, aunque no muy bueno, el del vivo blanco, ya he hablado de él; era mi mejor y mas seria vestimenta.

Llegué a la farmacia, situada a unos ocho minutos de mi casa, caminando tranquilamente. Llegué y le dije a uno, que más tarde sabría que se llamaba Juanito, el empleado de más edad de toda la farmacia:

-Oiga soy Antonio Fijoleis, que según parece D. Rafael C... me espera.

-Espere un momento -me contestó.

Después de esperar, entré por un lado del mostrador, de allí pasé adentro y subí a un montacargas que me llevó al piso de arriba desde donde pasé al despacho del boticario; "Fantástico, un despacho así me gustaría a mí".

Me senté y se puso a hablarme; entre otras cosas me dijo que aquello más que una farmacia era una empresa. "!Mira que mujer!" miré y no vi nada, tan sólo una persiana echada sobre la ventana. Quizás se refería a las cámaras de televisión (circuito cerrado), que tenía captando todo lo que ocurría en la farmacia.

Seguro que lo hizo para probarme, a ver si me gustaban las mujeres, o era marica; otra cosa no puede ser.

Él iba, de chaqueta y corbata; sus corbatas, nunca me gustaron en exceso, que por lo que tengo entendido, se las regalaban sus hijos.

Esto es una empresa, repetía el jefe. Una de las veces me tocó mi fibra sensible y me dijo:

-Parece como si tuvieras sueño.

Y efectivamente lo tenía, pero que él lo dijera, me dolió grandemente, sobre todo porque pensaba que se dejaba traslucir que había tenido un brote psicótico. Me despidió.

Ese mismo día por la tarde me llamó por teléfono y me dijo:

-Mañana a las nueve y media de la mañana, estate aquí en la farmacia.

El día cinco de junio de 1991, estaba yo allí, era el nuevo fichaje; intentaría no defraudarle.

Nada más empezar me llevaron arriba, al lado del despacho, al almacén; eran días en los que había llegado la reposición y debía trabajar de duro.

C..., para darme ejemplo, y para dar a entender cuál era mi trabajo, cargó una caja, y dijo:

-!Aúpa! -y la desplazó algo.

"Mensaje recibido, pensé, o sea, aquí hay que cargar y cargar; y que no se me caigan los anillos".

Él, muy sabiamente, cogió una caja de papillas pequeñas, de las que menos pesaban.

e-libro.net

Uno debería coger todo tipo de mercancías: pesadas, no pesadas, y fueran cuales fueran. Pero bien, había que trabajar y eso pensé hacer.

El día justo antes de trabajar, fui al médico, al dr. Henrik, y éste a instancias mías me quitó toda la medicación, incluidos los ansioliticos, y me mandó tan sólo un Lonseren® inyectable, mensual. Me dijo:

-No trabajes mucho.

Yo pensaba ganarme los garbanzos, y si para eso había que trabajar, trabajaría. Empecé cobrando alrededor de las noventa mil pesetas.

Le pedí permiso al jefe, D. Rafael, para ir a tomarme el café al bar, mientras pedía el de los demás, y poderme fumar un cigarro; con el tiempo sería un cigarro y medio, el cual lo devoraba, más que fumarlo; la ansiedad por falta de cigarros era grande.

Iba con Javier, el "animal", (se le llamaba así por lo muchísimo que trabajaba, a nada hacía ascos, tan pronto despachaba como colocaba, como limpiaba; en fin, hacía de todo).

Se llevaba encima bien con la gente del barrio. Era una excelente persona, trabajador, deportista y ambicioso; quería trabajar de otra cosa, aunque no sabía de qué.

Practicaba artes marciales, y tenía una novia con la que decía que hacía de todo.

El primer día estuve todo el tiempo en el almacén, con un chico que no recuerdo su nombre, pues estuvo poco tiempo en la farmacia; al poco le despidieron; lo máximo que los empleados estaban allí, eran tres años, a excepción de los fijos, a saber: Juanito, José Juan, Jacinto, Jorge, Marisol y Carlos; estos eran los fijos, de los administrativos estaban Irene, diplomada en empresariales, y Rita, la currante; me daba mucha pena de esta última, quien por no querer estudiar le tocaban siempre los peores trabajos.

Incluso los fijos, todos allí le doraban la píldora al jefe de una forma asombrosa, horrible e incluso repugnante, diría yo. Yo intentaba tratarlo con respeto, pero sin hacerle la pelota.

Nunca he sido un gran hablador, sino que me ha gustado más escuchar, pero no lo conseguía con todo el mundo.

El primer día de trabajo, al final de la jornada, me dijo el jefe:

-¿Que tal el primer día?

Pienso que se sintió obligado a ello, por tener yo la misma categoría cultural que él.

-Yo creo que incluso he adelgazado un par de kilos -le contesté.

Creo que quizás eso no le gustó mucho, pues le di a entender que allí se trabajaba muchísimo.

Una de las advertencias que me hizo fue:

-Tú estas colegiado ¿no?

-Sí, sí -respondí.

Ese día fue agotador, sería el preludio de los siguientes días.

-Mejor, así duermes hoy de un tirón -me replicó él.

Con el tiempo vería como al jefe supremo le gustaba tener siempre la última palabra.

Ardía en deseos de ponerme a despachar, y que el colocar lo hicieran los demás.

José Juan, el encargado, me caía algo raro, había algo en él que no terminaba de gustarme; era algo en su metal de voz que hacía que lo rechazase.

Sin embargo, Jacinto me caía cojonudamente; con el tiempo, me fui dando cuenta como habían dos bandos, los buenos: Jacinto, Juanito, y algo Carlitos, que tanto estaba en un bando como en otro a los dos dorándoles la píldora; era un falso, y peor que cualquiera (para llegar a esta conclusión han debido pasar unos ocho años); y el de los malos: Jorge, José Juan e Irene. Rita estaba entre los buenos, los que trabajaban de duro, por el bien común.

Juanito, al que yo trataba de usted, era una persona ya mayor, llena de achaques y enfermedades.

Según contaba él, siempre fue un gran bebedor de ron, sobre todo de jovencito, ahora lo era pero mucho más moderado, sólo bebía ron carta de oro.

Jacinto, cuando bebía, sólo se tomaba dos cuba libre, ni uno más ni uno menos, no recuerdo en los años en que fui con él a tomar algo, verlo tomar más de su dosis.

Era un deportista, aunque casi nunca iba a entrenar. Jugaba al fútbol, en un equipo que no tenía puesto en las tablas que salían en los periódicos isleños.

Iba a jugar un sábado sí y otro no. Su mujer, pues estaba casado, le dejaba ir, también trabajaba, como secretaria de un dentista.

e-libro.net

Según me dijo ella una vez, estaba algo a disgusto con su jefe, pues siempre quería enterarse de lo que hablaban tanto ella como su compañera; eso, según me dijo Loli, que así se llama, le disgustaba mucho.

Juanito, al que a veces tenía ganas de llamar D. Juan, no por recochineo, sino por respeto a su edad, estaba en lo que se diría su climaterio (no sexual, sino en cuanto a actividad y productividad en el trabajo), y por ello, el jefe, ya no lo quería más. Había dado todo por su empresa, al menos eso es lo que suele decirse, pero ahora por ser viejo e improductivo, era rechazado.

Al día o dos de estar en la farmacia le dije al jefe:

-¿Puedo traer la bata?

-Bueno sí, para que no te sobes la ropa -me respondió el gran jefe.

"Vaya que finolis y que rimbombante es este hombre hablando", pensaba para mí.

Sus palabras, ya no sólo por novedosas, se me quedaban grabadas, por el tono de su voz. Con el tiempo sabría que era la voz de un niño rico, riquísimo.

Recordarán que les dije que mi madre había hablado con Doña Cristina, ella también era farmacéutica, y tenía su farmacia por la trasera de El Corte Inglés, como comprenderán, también estaba magníficamente situada. Era la esposa de mi jefe.

Me dijo D. Rafael:

-Si tienes alguna idea nueva que ofrecer, la dices, y ya veremos.

Yo aunque tenía algo de experiencia de otras farmacias, no me atrevía a decir nada; de todas formas, empezaba a sospechar, realmente a confirmar, como aquello no era una farmacia normal, aquello era un monstruo. Más que un monstruo, una monstruosidad.

De él se decía, que al año siguiente de terminar la carrera (sobre los treinta y dos o algo así, acabó), ya era rico, y que tenía un coche para cada traje; esto lógicamente eran habladurías, pero habladurías que parte de razón tenían.

Tuvo mucha suerte. Al año siguiente de terminar, con su padre, quien tenía la farmacia en Tafira, hizo un trato, así él pedía traslado a Las Palmas, justo donde ahora estaba, y luego se hacía un chanchullo, como que la del padre la compraba él; no sé exactamente lo que hicieron, pero fue un corte de mangas a la profesión.

Mi padre había sido también farmacéutico con oficina de bis; sin embargo no me facilitó a mí las cosas.

De esas cosillas se iba enterando uno, oyendo de aquí y de allá.

Un día, después de haber estado algo de tiempo con él, me dijo:

-Yo, antes me consideraba medio bobo, ahora ya ves.

Con esto último me dio a entender que ahora se consideraba inteligentísimo, yo diría que más que listo era listillo, y que encima eso, porque estaba podrido de dinero, que le había llegado a sus manos sin saber cómo.

Según le dijo un día a Octavio, él a veces ponía mala cara en la farmacia, sólo por imponer, y claro, nosotros, los subalternos, o los esclavos, como a él le gustaba llamarnos, éramos los que sufríamos las consecuencias.

Sin yo saber esto, me preocupaba mucho verlo de mal humor, y pensaba que al igual que mi padre, lo iba a descargar conmigo o con cualquier otro empleado, que no es que fuera lo mismo, pero sí estábamos en el mismo bando. De todas maneras los primeros días fueron suaves, bastante suaves; él no solía hablar mucho conmigo; el motivo no lo sé, a lo mejor le caía mal, o quizás pensaba que uno tenía poca categoría.

Esto no viene al caso, pero recuerdo un día, estando en Moya, o por los alrededores, alguien me dijo que los eucaliptos plantados por los "españoles", habían trastocado toda la flora canaria; sin embargo, ahora me he enterado que donde hay eucaliptos, no hay fiebres palúdicas ni similares, se consideran árboles buenos y beneficiosos; ya se ve como el antipatriotismo de quien me lo dijo, iba bastante desviado. Gracias habría que dar, de que al menos existan ese tipo de árboles, pues en ésta isla, la flora y la fauna, es bastante escasa, seguro que es debido al exceso de personas que estamos en ella, a la falta de agua y al caluroso tiempo que solemos tener.

Trabajaba demasiado, para lo poco que ganaba, aunque todos me decían:

-¿Y cuánto pensabas empezar a ganar?

Al oír esto me callaba, a pesar de saber que mis hermanas, con una carrera de menor categoría a la mía, cobraban casi el triple. De todas maneras ellas, y mi madre, siempre me decían que no comparase mi trabajo con el de ellas; lógicamente el de ellas, por ser funcionarias era mucho más duro, y encima se tenían que llevar trabajo a sus casas; yo me juego, que si aprovecharan mucho más el tiempo, "otro gallo les cantaría".

Pepe Armas, también decía siempre:

e-libro.net

-Quién fuera profesor.

Que él lo era, pero había pedido excedencia para dedicarse a la política; era ahora teniente de alcalde de Agüimes, pertenecía a un partido político del lugar.

Pepe tiene pinta de bruto, aunque seguro que si se le pregunta a él, diría que es de canarión de lo que tiene pinta; a mí, esa pinta me daba que era de cabrón, frente a la mía, más indefensa.

El trabajo me hacía más cabrón, y sobre todo más ambicioso. Recuerdo que al salir del trabajo y mientras me dirigía a mi casa, me decía una y otra vez: "Soy farmacéutico…", esto me lo repetía infinidad de veces, y era ahora cuando empezaba a creérmelo, empezaba a tener mas mala leche y a tener un cierto orgullo.

Mi hermana Pilar y Jose, confeccionaron una lista de tareas a hacer en la casa cada uno; ellos trabajaban sólo por la mañana, yo mañana y tarde, por lo que tenía mucho menos tiempo que los demás para disfrutar de y con mis cosas.

Pilar, que en esa época me tenía más que harto, me decía:

-Tú no tienes que traerte trabajo a casa, yo sí.

Yo mientras pensaba: "Sí, trabajarás, pero ya relajada, en casita". Yo tenía que trabajar y a todo tren en la farmacia.

Una o dos veces pasaron Maru con mi madre por la farmacia, a verme, aunque muy sobriamente, estuvieron muy poco tiempo, me imagino que se olerían que el jefe se mosqueaba.

Me empecé a comprar ropa y ropa. Iba con Maru a comprármela, quien, la pobre, venía los sábados desde Arinaga a aconsejarme. Eso no fue en los primeros días, pero sí en los primeros meses.

En los primeros días me daba vergüenza pues casi no tenía ni para el cortado.

Encima, los de la farmacia, sobre todo Jacinto, me hacían "la cuenta de la pata", me decían que les llevara café, y luego no me lo pagaban. Esto ocurría, no una vez al mes, sino casi a diario; yo le quitaría el casi.

Lo malo de esto, fue el habérselo consentido desde el principio.

Alguna vez, dejé caer de comprar entre todos una cafetera eléctrica y café, ellos alegaban que no, que había gente que no se sabía controlar, como Juanito, que estaría todo el tiempo tomando café y más café, lo que me imagino que no lo harían por la salud, si no porque les saldría más caro a ellos.

Marisol no solía tomar café; estaba ella muy orgullosa de su marido, a quien vi un par de veces, y sinceramente no me explico el por qué estaba orgullosa, pues me daba la sensación de ser un chorizo total; más que un caballero, me daba la sensación de ser un pongo changa; ella, a pesar de su carita agraciada, era bastante barriobajera y le gustaba enterarse de la vida de los demás. De la mía, más concretamente. Me preguntaba constantemente cosas acerca de mi vida.

Era época de vacaciones, en verano, afortunadamente habían puesto, Jacinto y José Juan eran los que lo ponían, el aire acondicionado. Decían que no les gustaba ponerlo pues creaba enfermedades, pero cuando no lo ponían, me asfixiaba y achicharraba.

Entre la ropa y la bata de algodón, me quedaba totalmente asado, unido al exceso de ejercicio.

En principio, no hacía horas extras, pues tampoco me las pagaban; estaba siempre deseando que llegara la hora de la salida para ir a mi casita.

Cuando salía por la tarde, llegaba a mi casa, y luego llamaba al Lu, que como sabrán, vivíamos muy cerquita uno del otro, aunque a mí la fortuna me hizo nacer en una casa de familia con algo de dinero, y a él convivir con una sin casi dinero. Esto no quitaba para que fuéramos grandes amigos.

Estaba allí, en su casa, de media hora a tres cuartos de hora, charlando animadamente; bueno, realmente, quien más hablaba, o quien único hablaba era yo, y le contaba los mierdas de compañeros y amigos que había tenido en la carrera; se lo contaba todo un poco desvirtuado, desde otra perspectiva ligeramente distinta a la real. O sea que le contaba cosas, pero no tal como habían ocurrido, sino por decirlo de alguna manera, de "forma cejada", o sea de lado; o sea que no fui del todo sincero; para ser sinceros, me inventé todo un estilo de carrera; cómo lo pude hacer, no tengo ni idea.

El primer sueldo, me pareció una fortuna, pequeña, pues sabía que no era mucho, pero era mi primer gran sueldo, con el que no tenía que comer, ni nada, todo para gastos; se comprenderá que me compré un montón de ropa, tanta, que aún conservo alguna de esa época. Tanto camisas, como pantalones.

Según veía a los representantes médicos vestidos, así me gustaba a mí vestir, Maru me decía que vistiera más de sport, que a mí me sentaba mejor ese tipo de ropa. Yo me había educado en todo lo contrario; cierta ropa me la compré como ella quiso, otra, como yo quería, que para eso era yo quien pagaba.

e-libro.net

También iba con ella a comprarme calzoncillos, y siempre me compraba tangas, supongo que eso daría vergüenza a Maru, y que pensara que eso eran cosas más bien personales; de todas formas, como bañador de playa, nunca usé tangas, sino bermudas; los tangas eran para salir los fines de semana; costumbre que empecé a adquirir al empezar la vida de trabajador; trabajador que estaba más que harto de su trabajo; nada más empezar siempre quiere uno más y más. Empece por trabajar en el almacén; allí estuve uno o dos días; luego fui abajo, a la parte donde estaban colocados los medicamentos; mi función era colocar y colocar los medicamentos que se bajaban ya revisados del almacén. De esto también me aburrí enseguida, y ya sobre el cuarto o quinto día, le pregunté a D. Rafael, que cuándo iría al mostrador, a despachar.

Pensaba que eso era lo máximo, lo sublime; como de todo, también me cansaría.

Feluco (que así llamaban los amigos a mi jefe), no me decía ni no te preocupes que ya saldrás, ni nada. Yo no usaba nunca el intermedio de Jacinto para hablar con el jefe; Jacinto, según decía, era el encargado del personal, el que ponía en contacto al personal eventual con el jefe; era el intermediario, si así se le puede llamar, o sea, era como el representante del sindicato de los trabajadores.

Iba pues con Javier al bar; el "animal" se llevaba bien con todos los del bar; yo empecé a llevarme relativamente bien con uno de sus jefes, Alfredo, y relativamente mal con sus empleados, sobre todo con Pedro, el mayor de todos, quien recíprocamente, se llevaba bastante mal conmigo; y otro que me caía bastante rarillo, al final, al cabo de los años, vería que era un alcohólico contenido, pero "¿cómo se le ocurre a un alcohólico trabajar de camarero?", es lo último. De todas formas, de que era alcohólico, me enteré años después, cuando un día, tan normal como otros, al menos para mí, le veo bebiéndose copichuela tras copichuela, mientras trabajaba, aún lo recuerdo, delgado, cara de pobreza, con la dentadura estropeada, como si pasara hambre, a pesar de tener trabajo.

El bar estaba a tope de empleados, había cuatro o cinco (o incluso seis), por cada turno; al ser también churrería, abría bastante pronto, para despachar los desayunos de los primeros clientes, los más madrugadores.

Allí iba yo, una vez por la mañana, a eso de las diez y pico, once menos cuarto, y por la tarde sobre las cinco; después, cada media jornada, y con el tiempo, o sea a medida que iba adquiriendo veteranía, me metería en el baño, a orinar y cómo no, a fumarme uno o dos cigarrillos.

Don Rafael me decía que dejara el cigarro; a veces se ponía francamente pesado, todo porque él lo había dejado hacía una serie de años; por lo visto, mientras él fumaba, se podía fumar en la farmacia; por lo que había un cenicero donde estaba una de las cámaras dentro de la farmacia; con el tiempo y a medida que el jefe se alejaba más del vicio, empezaron a imponerse otras reglas; de todos los veteranos, quienes más fumaban eran el mayor, Juanito, y el más joven, Carlitos.

Las cámaras de televisión me ponían nervioso; unas veces pensaba: "Es imposible que esté todo el día mirando a los monitores", otras, sin embargo me sentía observado, y me decía: "Seguro que ahora está mirando por las cámaras a todos, al menos a mí", motivo éste por el que trabajaba más si cabe.

Colocando medicamentos estuve los cinco o seis primeros días; luego, ya me dieron permiso para que empezara a despachar, pero con la condición de que alguno de los veteranos me revisara los medicamentos; de entre todos a quien prefería que lo hiciera, era a Jacinto; con el tiempo, con él y con Carlitos, serían los veteranos con quienes mejor me llevaría.

Empezaba la jornada y se terminaba, y siempre era lo mismo; habían muchas personas que se llevaban los medicamentos como si fueran comida; hasta cuarenta y pico recetas llegué a despachar a un solo cliente, casi todos fármacos distintos, y todos los meses, si no antes; algunas veces lo deseaba, para así pasar mejor y más entretenido el tiempo; otras veces, prefería lo contrario, despachar a varias personas distintas.

Había un matrimonio sudamericano, que vestían, él muy seriesito, ella más alocadamente. Se caracterizaban porque cada medicamento nuevo que les despachaba, ella, la mujer, pedía el prospecto, o lo cogía ella misma y se ponía a leerlo; ésto a veces me sacaba de mis casillas, aunque lo intentaba disimular; a veces e incluso, con los medicamentos que yo consideraba más inocuos, tales como aerofágicos, que servían hasta para lactantes, pues ella los rechazaba, me imaginaba que debía ser A.T.S. o algo por el estilo, hoy pienso que era doctora o farmacéutica, y casi más esto último; y quién sabe si de lo último que había trabajado en su tierra era de esto último. No sabría decir por qué me caía mal ella, pues él me caía la mar de simpático, todo un caballero, ya mayor. Claro que era preferible eso, que lo rechazara antes de llevárselo, a que lo devolviera como hacían otros, después de ya despachado; a estos últimos se decía, si era por medio de recetas:

-Ya las recetas están en el colegio, y ya no se puede hacer nada.

Esto generalmente era verdad, pero no siempre.

e-libro.net

Había, fíjense ustedes lo monstruoso de esa farmacia, uno continuamente “haciendo” las recetas, esto es, revisando y observando que todo estuviera en orden.

Uno de mis trabajos, y esto en teoría sólo lo podíamos hacer el jefe y yo, era firmar las recetas; las firmaba con una “B”, que muchas veces parecía más otra cosa que una firma; D, Rafael me dijo un día:

-A ver, haz un garabato.

Le hice la firma dicha y él me contestó:

-Pues bien, esa será tu firma de ahora en adelante.

Dicho y hecho; esa sería mi firma por siempre.

Puedo decir que gracias a ese nuevo formato de recetas, en las que tenía que firmar el farmacéutico, empecé yo a trabajar.

Algún que otro día, D. Rafael también firmaba unas cuantas, él con su firma y yo con la mía. Había una cosa que me cabreaba y era que siempre que esto estaba haciendo decía:

-!Fuerte bobería!, !qué estupidez tan grande!

Lo decía claro está porque no era una cosa que hacía él solo.

Un par de días, me dijeron que rellenara el libro de los psicotropos; yo, sabiendo como era mi letra, se los dije, pero que de todas maneras a mí me daba igual rellenarlo; eso hice, pero no me dejaron hacerlo más de dos días, por mi mala caligrafía.

Yo sin embargo, cuando comparo mi letra con la de algunos encumbrados escritores, no le veo tanta diferencia; ya sean rusos como españoles, o como la del mismo canarión: D. Benito Pérez Galdós; pues mi letra se parece bastante a la de él, o al menos esa impresión me ha causado a mí. Vayan ustedes a saber si escribo mal por estar acostumbrado a la pluma. Claro está que uno no tiene la categoría de ellos ni mucho menos.

En la carrera, nadie, ningún profesor, me dijo nunca que tenía una mala letra, ni siquiera una letra difícil de entender. No sé por qué, después, a los demás les ha dado por decir que tengo una mala letra. A veces me dan ganas de decirle: “¿Es que nunca han visto la letra de un genio?”; sé que esto es una pretensión, pero no tengo ni idea de por qué se meten continuamente con ella; a partir de hoy, me diré siempre: “Chico, tienes una letra verdaderamente perfecta y bonita”, a ver si así se va mejorando, o al menos yo mismo no me la desprestigio tanto.

La farmacia tenía un despacho para el jefe también abajo; ya he dicho que había otro arriba; el de abajo, estaba lleno de espejos, que dejaban ver desde dentro hacia afuera, pero no desde fuera para adentro. Tenía una pared de espejos, que daba al mostrador; las otras paredes eran de madera y cristal; desde allí, en ese pequeño recinto con sillas, una mesa, el ordenador, una impresora y el sillón para el jefe, y cuando él no estaba, para el encargado, se podía ver el mostrador. El jefe, asombrándome grandemente, sabía manejar el ordenador, creo que no sólo el hacer la caja, sino también buscar medicamentos, sus indicaciones, interacciones, efectos secundarios, etc. No es que esto sea difícil, pero me extrañaba muchísimo que el señor C..., hiciera trabajos tan de villanos, de esclavos; a mí que me llamara así me repateaba los cojones; yo aún era joven e impulsivo, no soportaba ningún insulto hacia mi persona, y en esa época me parecía que todo iba enfocado hacía mí.

En la farmacia, parecía que había una especie de culto hacía la juventud, y se desdeñaba a los viejos; el único que podía ser algo viejo era C..., y a éste no se le consideraba como viejo, sino como jefe experimentado.

La farmacia era incomodísima; estaba llena de estanterías y más estanterías por todos los lados; las estanterías del interior eran todas de hierro, las de fuera de madera ya vieja; a las estanterías de las paredes que daban al público, se les habían quitado los cristales, según me había dicho el gran jefe, porque así vendía más; hoy reflexionando y comparando con otras farmacias, sé que tenía razón.

En las estanterías de dentro, según estuvieran colocadas, habían cosas de la “Oferta” (pedido grande que se hace una vez al mes, preferiblemente al principio de este, en el que la cooperativa hace descuentos especiales también lo llamamos la “Reposición”), y cosas de pedido normal.

Todos los empleados, y todos los del mundillo de las oficinas de farmacia, tenían siempre en boca al señor C..., para el que por la Oferta, se mandaba un par de camiones como mínimo; aparte de ello, el pedido ordinario; todo se comprobaba, según me dijeron a mí, meticulosamente, según he ido descubriendo con el tiempo, no tanto.

Un día me dijo Tomi, que había una farmacia en el sur de la isla, que no revisaba ningún pedido. Se lo dije a mis tías y ellas me dijeron: “Así les irá”.

e-libro.net

No es que yo sea de la opinión de que no hay que revisar, pero sí es cierto, que no suelen haber muchos errores por parte de Cofarca; quizás donde más haya, sea en los pedidos dados de persona a persona por teléfono; o bien por que se ha tecleado una tecla que no se debía, del ordenador o del MIR, según el caso.

Tal y como me dijo José Juan, los supositorios cada vez se usaban menos; era una lástima pues yo sabía de unos supositorios muy buenos contra la fiebre y la gripe, pero se habían retirado ya y nunca supe cual fue su sustituto, hasta varios años después, que incluso sabiéndolo desconozco si tienen la misma fórmula o si sólo era que eran buenos y específicos para ello; yo los despacharía en algunas ocasiones como sustituto.

Había un espacio al final, por el pasillo central a la izquierda, que era donde dejábamos los abrigos y demás ropas; donde algunos, se quedaban en pantalón y luego se ponían la bata, que ya estoy empezando a preferir ese tipo, pues la ropa se estropea bastante menos, en realidad nada, pues sólo la usaría en los traslados; así, como comprenderán dura mucho más la ropa, pues prácticamente ni se suda, ni se arruga, y ni como diría el "gran jefe", ni se soba.

Extrañamente, ahí mismo, donde poníamos la ropa, estaban los psicotropos, en un sitio estrechísimo, quizás para despistar a posibles ladrones, que quisiesen usar de ellos para el tráfico ilegal de los mismos. Siempre ha habido en todas las farmacias un gran problema con los toxicómanos y los psicotropos; no digo nada de los estupefacientes, pues a ellos no es nada fácil el acceso. En algunas farmacias, se despacha a los drogadictos, sólo a los de la zona, los que son conocidos por los empleados. En otras, ni siquiera a esos; en otras, tan sólo de determinados médicos como creo que ha de ser, pues para despachar ese tipo de sustancias, sólo están autorizados los psiquiatras. Lo que pasa que muchos médicos de cabecera se extralimitan en sus funciones; no digo que no receten las recetas previamente mandadas por otros especialistas, pero de ahí a mantener un tratamiento fijo, como es el de los drogodependientes, a base de: Valium® inyectable, Tranxilium® 50, Buprex®, etc, mantenerles esos niveles tan disparatadamente altos de sustitutos, que a su vez son drogas psicotrópicas me parece peligroso. Son delicados, pues la mayoría de ellas actúan sobre el Sistema Nervioso Central (SCN), y sobre las neuronas; de este sistema, y sus vías de comunicación se sabe algo, pero muy, muy poco, comparándolo con la complejidad de ellas; está localizado en el cerebro, y se comunica con el resto del cuerpo por la columna vertebral, en las que están los cuerpos y los axones de las neuronas.

Después del tablón de madera que había frente a los psicotropos estaba lo que se podría llamar la rebotica, donde había un pollo de mármol con un fregadero; allí llevaba yo los cortados, donde iban a tomarlos los compañeros. A modo de asiento, estaba el motor de luz auxiliar, que algunos sábados lo ponían a funcionar, con el fin de tenerlo a punto para cuando hiciera falta; era de gasoil; echaba una cantidad de humo impresionante; se ponía a funcionar en el baño, que también estaba en esa zona; se encendía la luz de este, con lo que se ponía en marcha el extractor de humos, que echaba los gases tóxicos al garaje; al menos el aspersor daba a éste.

A saber si cuando yo fumaba, se iba todo el humo al garaje, viéndolo D. Rafael cuando venía. El jefe, no tenía nunca hora fija de llegada, como gran jefe que era; he de decir en su favor, que solía madrugar, y no acostumbraba a llegar más tarde de las diez. A no ser que estuviera de viaje, cosa bastante frecuente por otro lado.

El servilismo llegaba a tal extremo, que a veces el encargado lo iba a buscar al aeropuerto; me imagino que le pagaría la gasolina, aunque por lo que vi me juego lo que sea que estaba muy bien pagado, demasiado.

José Juan era uno que usaba un pijama, o sea pantalón y camisa blancas; fenomenal, pues no tenía que gastar en ropa.

Cuando José Juan salía por la noche, acostumbraba a ir de chaqueta y corbata, al menos así lo vi las veces que iba toda la miniempresa a cenar por ahí, y una vez que lo vi por la tele, en una apertura de un gimnasio; quizás fuera por insistencia del jefe, o quizás porque también se daba en ese sitio masajes, cosa con la que él, ya tenía su propia clientela en su casa.

Su hija, muy inteligente, según pude ver, o al menos una gran luchadora, le ayudaba en sus trabajos de la casa, o sea en los del masaje. Estaba en un colegio particular, al igual que el hermano, éste padecía una enfermedad mental por la que le costaba relacionarse con los demás. También era nadadora; me recuerdó a mí, de niño; a diferencia de que yo no ayudaba en nada en mi casa, ni a mi madre, y mucho menos a mi padre. Que no sería tal vez porque no les hiciera falta, sino porque todo lo que significaba trabajar, y más por amor al arte, me repateaba.

El jefe, D. Rafael, mi primer auténtico jefe, con frecuencia, iba de chaqueta y corbata, sobre todo si iba a alguna reunión o si iba de viaje o a saber donde coño iba, pues a mí, ciertamente, nunca me decía nada, todo lo contrario, estaba yo siempre en el más absoluto desconocimiento de lo que él hacía.

e-libro.net

Esto me dolía más de lo que puedan creer, pues era mi primer jefe, y no tenía la más mínima confianza en mí.

Cuando iba a la farmacia, su casa quedaba a unos doscientos metros, o quizás menos, hasta ella iba siempre en coche, salvo en alguna que otra rara ocasión.

Me preguntó sobre los trabajos de mis hermanas y cuñados, se los dije y a lo que parece, se quedó satisfecho, así, sólo me dijo algo de José Juan, que estudiara ebanistería, que de eso no había nadie; era una forma educada de llamarle carpintero; él era cartero, nada que ver una cosa con la otra. Le dije como de todas, Saso era la más "montada".

-Por qué -me preguntó.

-Porque vive con Juancho.

Quizás le dije que se había casado con él, que a precisar tanto no llego; Juancho era separado, con hijos.

El jefe, solía ir, cuando no iba a ningún sitio en especial, con pantalones de pinzas azul, camisa de manga corta blanca y alguna que otra vez, si hacía frío, con una chamarrilla azul.

Mi hermana una vez me regaló una igual a la de él, yo a veces la llevaba al trabajo, quizás con mucho dolor de Piluca, quien seguro que me la regaló, con la intención de que la llevara en mis salidas nocturnas, que ya empezaba a darme.

C..., solía llevar el pelo muy corto, peinado a un lado; tenía el pelo prácticamente blanco de canas; llevaba barba y bigote, siempre muy bien cuidados, también canosa.

El padre, estaba retirado, y ya había vendido su farmacia, no les hacía falta más dinero, al menos no por parte de D. Rafael; pero está claro que todos queremos más, bobo sería si no lo quisiese; recuerdo lo que sabiamente me había dicho Luis:

-De dinero es de lo que uno nunca se cansa.

Y quizá en eso tenía razón. Sin embargo sé de casos, que después de tener mucho, voluntariamente han ido a sus comienzos. Yo sigo siendo pobre, por lo que se comprenderá que no tengo esos problemas. Claro, que van a sus comienzos, sin despojarse de lo que consiguieron, sólo he leído un caso contrario, que se despojó de todo absolutamente.

Me gustaba mucho la pinta que llevaba el jefe, lo que ya no me gustaba tanto, es que era un gandul redomado; su trabajo consistía en hablar y hablar, lo solía hacer por teléfono, y si no con el primero que se presentara.

Su padre usaba Dormodor® para dormir, lo sé puesto que un día vi como "Charli" (Carlitos, que así lo llamaba Juanito, y con el tiempo yo también lo llamaría), me enseñó el tratamiento que llevaba dicho señor y en este sólo había Dormodor® de psicotropo, o que afectara a la psique; no se parecía a mí.

Don Rafael, a veces decía:

-Por las noches, es que no puedo dormir, estoy que me subo por las paredes.

Según parece él tomaba Valium®. Hoy supongo que no dormirá por la inactividad y la falta de tranquilidad de su conciencia, lo que soy yo, duermo de un tirón.

Viendo a los chabolistas, los adolescentes de máximo diecinueve años me pregunto: "¿No jugarán ellos a ser adultos; son conscientes del tipo de vida que llevan?, creo sinceramente que no".

Por qué se hacen los niños como los adultos, me pregunto al ver un chabolista de no más de dieciocho años, con un niño de dos o tres en brazos, y sentados en una silla, en mitad de la calle.

¿No luchan por cambiar de estilo de vida? no es que yo esté a disgusto con la mía, pero quizás la tranquilidad que ahora tengo no me dure siempre y entonces ¿qué haré yo con mi vida? Esta pregunta me la hago frecuentemente, pero es que ahora mismo, no me falta nada, me siento completo, que no quiere decir que sea conformista del todo, pues siempre hay algo que me impulsa a trabajar y trabajar, más y más cada vez.

Me contó C... un día, no sé si como aviso, o para que viera lo inteligente que él era, cómo un empleado, llevado por la ambición, se dedicaba al tráfico de drogas; quizás no las vendía él directamente, aunque algo del Madrid (al hotel Madrid, se refería) oí comentar, que era este un sitio de gran tráfico de pastillas y hachís. Como decía, el individuo en cuestión, tiraba de vez en cuando a la basura, cajas de psicotropos llenas, y luego, por la noche, cuando ya no había nadie por el barrio y antes de que pasara el camión de recogida de la basura y como era una "basura limpia" (como le llamó el jefe), no tenía más que coger las cajas que había tirado durante el día. Yo me creía todo el día vigilado, entre las cámaras de televisión, el que me tuvieran que revisar los medicamentos (no una o dos semanas, sino meses), y encima esto que ahora me decía. Ya no sabía qué hacer ni qué decir para demostrar

e-libro.net

que era honrado. Solía pues como ven, tener un ligero susto en el estómago. Afortunadamente, no me ha provocado ni gastritis, ni úlceras; por cierto, de las últimas informaciones que tengo es que las gastritis y úlceras, cuando estas se producen, están presentes unos microorganismos, por lo que para su tratamiento, se empiezan a usar antibióticos.

Al traficante, nada más cogerlo lo echaron; no les causó ningún dolor, según me dieron a entender; no se puede decir lo mismo de mis tías, quienes echaron a Carlos, su empleado de confianza, tras muchas penas y demás; ellas de todas formas, sospechar, sospechaban de todo el mundo.

Yo pensé que no, pero David, a pesar de faltarle un aire, me dijo como se habían dado cuenta que yo estaba fatal; después me vio bien, y me dijo:

-Estás muy mejorado.

Pero sobre ésto ya les contaré a su debido tiempo.

En principio, no hacía guardias, ni horas extras, por lo que aunque pobre, era relativamente feliz cuando salía de la farmacia, y veía cómo los otros se tenían que quedar apencando, hasta las diez o diez y media, si eran horas extras, y hasta las doce, si se trataba de una guardia. Por la noche, lógicamente se quedaba uno como mínimo. Este era o Jacinto o José Juan o Jorge; ni Juanito, ni Carlitos, ni Marisol, se quedaban nunca.

D. Rafael, cuando estábamos solos, me decía: “Tú cuando no estés dentro de la farmacia, me llamas Rafael, me tuteas, pero delante de los empleados, eso sí, me llamas D. Rafael”.

Yo, para dorarle la píldora, y como sabía que eso le gustaba, le trataba siempre de don; cuando él me decía lo contrario, yo le contestaba:

-Es que casi puede usted ser mi padre.

No tengo ni idea de la impresión que él sacaba de eso; para mí, mi padre era la figura del máximo respeto.

Según decía él, su padre era un guarro, que se ponía unos pantalones y ya no se los quitaba hasta que estuvieran guarrísimos. Eso decía él, pero no tengo ni idea de lo que el jefe entiende por pulcritud; he visto que a pesar de ir casi siempre vestido igual, parecía y realmente estaba muy limpio. Me imagino que cómo mínimo se ducharía una vez al día.

Había una cosa que me mataba, y es que cuando estaba despachando y él entraba le tenía que decir un:

-Buenos días Don Rafael.

Se lo decía a regañadientes, de bastante mal humor, pues me molestaba enormemente tener que rebajarme, o al menos lo que yo pensaba que era rebajarme en público.

Él a su vez me contestaba, también bajito, casi susurrándolo, y a saber si también cabreado con un:

-Buenos días colega.

Eso de colega me sentaba muy bien. Fenomenal. Pensaba “¡Soy su colega, pobre, pero soy su colega!” Esto me llenaba de mucho orgullo, a pesar de ser, en comparación con él, cada vez mucho más muerto de hambre; mi función era enriquecerlo a él, yo por mi parte, tenía un sueldo irrisorio, a sus ojos; así nos trataba y calificaba de esclavos; pero, por lo que he visto, en las farmacias, en eso consiste ser el adjunto. Yo, encima, lo daba todo, absolutamente todo por mi trabajo; disponía para mi ocio, de muy pocas horas al día; afortunadamente vivía a tres pasos de la farmacia, al final de la calle paralela a ella.

Jacinto, usaba siempre camisas desgastadísimas, el pobre, me daba bastante pena. Usaba también indistintamente, vaqueros y pantalones de pinzas. Me daba mucha lástima de él, pues se veía que tenía un corazón noble, muy noble, de oro casi; empecé a hacer muchas migas con él, y sería con el que de los que mejor me llevaría, en el tiempo que fui farmacéutico adjunto de D. Rafael.

Un día fuimos Jacinto y yo a un bar por el campo, a tapear y tomarnos una copa; debía ser un viernes. Yo me tomé unas cuantas cervezas, y Jacinto sus dos únicos cubatas. De pronto me dijo: “Te voy a hacer una confesión, mi hijo no quiere estudiar y yo no sé qué hacer”.

Me sorprendió que eso para él, fuera una gran confesión, para mí era una baratija, una cosa a la orden del día, pero yo bajando la cabeza le dije:

-Cuando estaba en COU, estudié un caso de psicología en el cual, el experimentador, que creo era Paulov, cuando su perro hacía bien las cosas, le daba un regalo, cuando no lo hacía, o lo hacía mal, lo castigaba.

Esto le dije y espero que le haya servido para algo. No me imagino a Jacinto castigando a su hijo. Era y es demasiado buena persona.

El pobre “Jacin”, estaba tan mal de dinero, que incluso se afeitaba con jabón del baño, en lugar de espuma, o la pasta o crema de afeitar; de masaje para después del afeitado usaba alcohol; así al menos, según

e-libro.net

parece, que no lo sé exactamente, se desinfectaba, pues en la carrera lo estudié como que era bacteriostático y no bactericida, pero del profesor de micro se podía esperar cualquier cosa. La cara de Jacinto, mejor la parte que se afeita, siempre tiene una tonalidad rara, pues, ya no sólo es negra de su negra barba, sino que tiene como un resplandor blanquecino, quizás porque por los pequeños espacios donde no tiene barba, el jabón del baño, ha penetrado bastante.

Creo que el pobre hombre, teniendo un pelo duro, fuerte y que le crece bastante, creo, como digo, que se pela una vez cada dos meses, y se lo deja cortito, para que le dure más la pelada.

Eran once hermanos en total; algunos se habían muerto; su madre seguía viva, y aún vivía en donde él había nacido, en El Risco de San Nicolás. Su padre había sido carpintero, y Jacinto guardaba un buen y grato recuerdo de él. Ya había muerto.

Según me contaba, la madre, cierto día, se había sacado una lotería de dos millones; él le decía que se fuera de viaje y que lo disfrutara ella, en cambio ella le respondía que no, que lo dejaría para su herencia; como comprenderán, dos millones entre tantos hijos no dará para mucho, pero así son las madres. Con esto quiero decir que nunca tuvo Jacinto grandes riquezas.

Me decía este treintón, que tenía una hermana, que se había casado con un representante de joyas, y que según parece les iba bien, fueron sus palabras; pero que él no hacía muchas migas con esa pareja; el auténtico motivo no tengo ni idea, quizás porque se la echara de rico, ante tanta familia de tan pocos medios, pues no me contaba nunca que fueran otros hermanos agraciados con la diosa fortuna (como yo que lo digo, pero ya me sonreirá, ya verán).

Jacinto siempre me decía que sí, que yo ahora no tendría dinero, pero tenía todo un futuro por delante.

José Juan, era el encargado, ya he dicho que usaba pijama completo, por lo que no gastaba casi en ropa. Llevaba él barba y bigote, bastante poblada y algo canosa; todo el pelo que tenía en la barba, le faltaba en la cabeza, cada vez estaba más calvo; era bastante exhibicionista; cuando entrábamos, siempre, mientras se abría, se le veía pasearse por medio de la farmacia con el torso desnudo; no recuerdo cómo ni cuándo se quitaba los pantalones de pinzas, y se ponía los del pijama; suponía que debía usar siempre buenos calzoncillos, siendo en estos en los que más gastara, pues se tenía que quedar en paños menores, a no ser que se cambiara en el baño; nunca recuerdo verlo en ropa interior, aunque sí, el que se le trasparentasen esos paños menores. Tenía una voz que no me gustaba nada, me producía una desconfianza total y absoluta. No me fiaba ni un pelo de él. Una vez incluso, me planteé y afirmé que era maricón, no puedo hoy asegurarlo, salvo decir que sí, que realmente era un mariconazo, o sea un cabronazo.

Su cuerpo estaba ligeramente lleno de un pelo suave, como el de mi tío Lotario; tenía algún pelo por detrás, que seguro que estaba allí, porque el no se lo veía, si no me juego que se lo cortaría.

Alucínense con el niño, tenía un Audi como coche, muy bueno, genial, elegante, muy señorial. Tenía celos de él; aún no se habían creado mucho, pero sí le tenía envidia. Vivía en una buena zona; recordarán que les conté cosas del edificio América, pues enfrente, justo cruzando la Avenida de Escaleritas y en los edificios en cuyo bajo hay hoy un chino y un piscolabis estaba su casa. Menos mal que estaba bastante calvo, de algo podía fardar ante él; también era sumamente bajito, a lo sumo uno sesenta y cinco; bien decía Luis que los bajos tienen más mala leche; sabias, muy sabias palabras.

Nunca llegué a ir a su casa. Al ser el encargado, manejaba mucho dinero, si no, no sé de donde sacaba también para tener su mujer un utilitario blanco, pues ella no trabajaba, ni nada, y todo salía de un único sueldo, sus dos hijos, la pareja, estudiaba en Ciudad Jardín, una de las mejores zonas de esta capital.

Por último estaba Carlos, Charlie, para los amigos. Si es que alguna vez él tuvo algún amigo; me parecía algo raro, hoy día sé que era ese algo, que era muy zorro, muy suyo, que intentaba sonsacar cosas a los demás, aunque él no contaba nada de su vida. Charlie iba siempre de vaqueros, eso sí, muy nuevitos, en la parte de arriba era indistinto, igual llevaba camisas que camisetas; tenía una hija y estaba, ya tan jovencito, casado y separado, su exmujer trabajaba en El Corte Inglés; según parece, el fulano con el que se fue era un drogadicto. Eso, aunque él no lo daba a demostrar, le había jodido mucho, imagínense que le cambian a uno por un drogadicto, o su mujer está mal, o al que dejaba estaba muy mal. Pero lo que él no sabía es que también él lo era.

Si no vean mi propio caso, no por un drogadicto, pero sí por un analfabeto.

Su hija, Ive, padecía problemas de epilepsia; me pidió información sobre este tema; yo le dejé, aunque sabía que no se iba a enterar, libros sobre ello; sobre todo los de fisiología, relacionados con el SNC, otra vez sale a relucir este sistema de entre todos los sistemas que tenemos, tal es el caso del sistema digestivo, sistema

e-libro.net

respiratorio, urinario, circulatorio, etc. Siempre alardeaba Carlitos, de que a sus treinta años, se pelaba como un jovencito. Tenía Carlos un hermano gemelo, no gemelos idénticos.

Ive estudiaba en un colegio al lado de la farmacia, era el Marpe, colegio también privado, aunque a él iban infinidad de niños de condición muy variada; también por allí mismo habían otros dos colegios privados. Algo más arriba, había un colegio público.

Pero Charlie llevaba a su hijo a uno bueno. Ive era muy mala estudiante, y no pensaba más que en jugar y jugar; a saber quién le diagnostico la epilepsia; tal vez fuera otra cosa, pero seguro que Charlie se sentía impotente al no poder llevar a su hija a un buen médico, me supongo; no tengo ni idea del motivo que lo hacía tan reservado; sí me hacía carantoñas y demás, mucho gesto de colega, pero a la hora de la verdad nada, si no, lean y verán.

Tenía en la farmacia que decir cuando cogía el teléfono:

-Farmacia, buenos días -o buenas tardes, según la media jornada del día que fuera. Eso no era lo peor, pues ya saben que con mi padre (al igual que con mis tías) debía decir el nombre completo del dueño poniendo delante el don o doña, según el caso; lo que más me repateaba los cojones, era cuando el recado era para el jefe supremo, le tenía que pasar la llamada, ya fuera al despacho de arriba o al de abajo y decirle:

-Don Rafael, es don “Fulano”.

El Don Fulano era lo que me repateaba, el tener que ponerle el Don, pues en el tiempo que allí estuve, los que de más categoría lo llamaban eran licenciados en farmacia o en derecho, pero todos simples licenciados; ¿Y yo, qué coño era yo?, pues un licenciado con una gran diferencia económica entre los que le llamaban, eso era el único motivo de diferenciación. Pero verán como el dinero, al menos en ese mundo, era la gran diferencia entre un pringado y el don.

Un ejemplo era D. Gustavo Rivero, ahora mismo no recuerdo más nombres; D. Rafael no me decía nada al respecto, ni trátalo de tú, ni nada por el estilo; me da la sensación de que les gustaba humillar; un servidor al menos consideraba todo eso humillante.

Éramos tan tontos los jóvenes, hasta tal punto que yo llegaba a mi casa, y veía a mi madre sentada en el sillón y pensaba para mí: “¡Esta vieja””, y no pensaba, “La pobre!, sino que pensaba: “¡No sirve ya para nada!”; no recordaba que había hecho mil y un sacrificios para darme a mí y a mis hermanas unos estudios, que me cuidó y mimó mientras estuve enfermo, en fin, que había sido una auténtica madre para mí. Yo, le pagaba con la peor de las monedas, con el desprecio.

Pero de todas formas, eso no era un defecto mío, sino de mi trabajo. Allí a los ancianos se los menospreciaba (menos al gran jefe, como saben), Juanito, debido al mal estado de sus huesos, no podía trabajar; había solicitado el tribunal médico, para que le dieran la jubilación anticipada; tras luchar un tiempo, se la concedieron; el jefe en respuesta de ello, le dijo que le iba a dar sólo el dinero de la paga mínima, sin extras, que no sé a qué se referían esos extras, y hoy me pregunto, si no sería tal vez dinero negro, que si fuera así, no comprendo cómo Juanito pretendía que se le siguiera pagando eso, a pesar de sus años y dolencias.

Por mi parte, siempre intentaba no coger el teléfono, lo odiaba, tanto allí como en mi casa, como en cualquier sitio, a pesar de saber lo útil y práctico que es; me gusta servirme de él para cosas determinadas, aunque había pasado muchos años sin él.

El animal, se fue a trabajar con Octavio González, mi compañero de estudios, que no tanto amigo, sino colega; nunca hemos terminado de congeniar del todo. De todas maneras Javier lo que quería era prosperar; él decía que nada le faltaba para estar casado, pero no lo hizo con su novia de entonces, se casó con otra; el motivo lo desconozco, pero si sé con certeza que con quien se casó no era con la primera. Cuando fue con Octavio, estuvo allí muy poco; de él, recuerdo que decía:

-Sí, ahora es suave porque es joven, después ya veremos.

Y no es de extrañar que tenga razón. Todo le ha salido a pedir de boca; no digo que no estudiara con ahínco la carrera, y que prácticamente no bebiera, no lo discuto, pero de ahí a llevarme tanta ventaja en esta carrera por el dinero, la fama, el poder, yo que sé, hubo un poco de injusticia.

Javier, ciertamente estuvo muy poco tiempo con él, desde que pudo se marchó de representante de medicinas con una empresa privada, está claro que mejor pagado, y un trabajo menos esclavo, que no digo que no sean esclavos los representantes, que lo son, y mucho, y encima ganan poco, pero más pobres son los aspirineros, como se solía autodenominar Juanito.

La farmacia de C... era un auténtico monstruo, mi madre siempre me decía:

e-libro.net

-No vayas a creer que todas las farmacias son iguales.

La cosa es que tenía todo al lado, el ambulatorio de toda la parte de Atavista, Buenavista, etc, o sea toda Ciudad Alta. También tenía cerca el mercado, y al lado una churrería; mejor no se puede; ese hombre, D. Rafael, nació de pie, es un afortunado de la vida, pues como se dice: "El dinero no da la felicidad, pero ayuda a conseguirla", y mucho, añadiría yo.

En C... se vendía muy poco de parafarmacia, lo que sería la parte de ortopedia y cosmética; de eso casi no se despachaba. Lo que más vendía eran "recetas del seguro", muy pocas "particulares", allí fue donde yo empecé a ver como normal el dispensar a tantos pensionistas; a partir de ahí, ya no me llamaba tanto la atención, mejor, ya no me humillaba el yo tener recetas de pensionista, justo, justo, cuando ya me hice yo "activo".

Vendía C... muchísimas recetas, alrededor de dos mil al día. Yo me pasaba de tres cuartos de hora a una hora firmando, a todo tren, sin ver, prácticamente ni una vez, lo que firmaba.

Mientras firmaba las contaba, pero iba tan rápido, que a veces se me saltaban una o dos, otras contaba de más, pero al no ser ese mi trabajo, el revisar las recetas, que para eso, ya había uno que se pasaba todo el día con ello, no lo tenía en cuenta; generalmente el mayor experto en revisarlas era Juanito.

La mayoría de las recetas encima eran de pensionistas, calculo que un setenta u ochenta por ciento.

Empecé en esa época a coleccionar las libretillas de propaganda de los medicamentos, llegué a tener un buen surtido.

El primer o segundo día de trabajo, la empresa "Seba Med" hizo un magnífico regalo, una bolsa llena de artículos para la higiene; fue toda una casualidad, pues en el tiempo que yo estuve allí, pocas veces más se repitió lo mismo, por no decir nunca más, con ninguna empresa; vamos a dejar un posible margen de error. Se comprenderá como al ser pensionistas, la mayoría de ellos eran gente humilde, muy humilde, muchos prácticamente tenían lo comido por lo servido, o sea para comer y poco más; nada de lujosos trajes ni nada por el estilo. La pareja que les conté que ella creía hubiera sido una sanitaria, esa, él al menos sí iba muy bien vestido; no creí que vivieran por allí cerca, pues muchas veces le veía a él con el Bono Guagua; solía llevar una pequeña carpeta de cartón con todas sus cosas, se le veía que estaba muy bien organizado; yo digo, esta gente parecía rica comparándola con el resto, y seguro que quizás no lo fuesen, o al menos no tanto como yo pudiera imaginar, pues entre otras cosas, gastarían menos tiempo en ir al médico del seguro. Salvo una vez que lo vi solo y no le pregunté si su mujer estaba enferma o algo por el estilo; pues salvo esa vez, como digo, no fue nunca solo.

El resto, muchos, eran gente de las casas de protección oficial de las zonas altas de esas parte de la ciudad, era en un principio antes de yo irme a La Laguna, la periferia de la ciudad; tal como muy pedantemente lo definiría yo una temporada: "Una zona de la ciudad que se podría llamar zona dormitorio"; por allí no habían empresas ni comercios; hay algunas hoy, pero muy pocas; han empezado a crecer al zoco del mercado y como consecuencia de una gran población infantil; las gentes de mi edad de esa zona, son la mayoría es personal poco cualificado.

Los cumpleaños y santos de cada uno, mentira, los de algunos, pues en todo el tiempo que estuve en esa farmacia, no hubo tantas celebraciones como sería lo lógico, se llevaba algún dulce para todos, junto con el café nos lo tomábamos.

Yo cumplí religiosamente con mis celebraciones, recuerdo como Jacinto, decía que él no podía pagar nada porque no tenía dinero; otros, no lo decían y tampoco compraban nada; tal es el caso de Jorge, Charlie y Marisol; es más, creo que casi ninguno de los veteranos compraba; quiero recordar como José Juan, sí compró algunas veces.

De entre los medicamentos que empezaron a salir más en esos años, o al menos, eran nuevos para mí, estaban el Zantac® que tiene Raitidina, antihistamínico que hace efecto en el estómago y da órdenes de que no se genere más ácido clorhídrico, su uso es para la gastritis y la úlcera, aunque muchas veces es utilizado para evitar que otros medicamentos hagan daño en el estómago, como serían los antiinflamatorios no esteroídicos (A.I.N.E.). Para mí era lo último; a saber si ya hacía tiempo que eso estaba en marcha y yo no me enteré hasta entonces; era mi primer contacto con una farmacia iba a decir, pero no, antes estuve con Tomi, aunque lo que sí es cierto es que era la primera vez que estuve en contacto con una gran farmacia, con un monstruo de farmacia, debería decir; ¿en qué farmacia se ha visto que estén diez personas despachando, y uno siempre fijo en el pedido (la recepción y la emisión de éste) y otro en las recetas?; el total de empleados rondaba sobre los once, sin contar a las dos chicas que llevaban la contabilidad, Irene, la jefa, era diplomada en empresariales, o sea sólo había hecho los tres primeros años, y al ver lo gordita y bien vestida que iba, no parecía que le fuera mal del todo. Su novio

e-libro.net

trabajaba llevando la contabilidad o algo por el estilo de un bar restaurante, el “Canguro”; dejemos esta pareja para un poco más adelante.

Jorge, a diferencia de José Juan, con el que desde el principio no me llevaba nada bien, su voz me sonaba falsa, excesivamente falsa, como que ocultaba algo, pues según iba diciendo, Jorge vivía en una casa del estado, como en la que vivía Tomi, pero a diferencia de Jorge, Tomi tenía todo un futuro por delante.

Jorge tenía dos o tres hijos, no recuerdo su número exacto, sé que eran dos como mínimo. Su mujer era guapa y con un estilo de ropa marchosilla; según parece pues nunca lo oí comentar, se estaba preparando unas oposiciones, que al final las aprobó, de tal forma que ella cobraba más que él; esto hirió su ego y se lo dijo a D. Rafael, el que afirmaría que le subió el sueldo; no porque se lo mereciera pues a decir verdad, era bastante gandul; no quiero decir con esto que no trabajase, pues allí todos trabajaban, aunque habían unos más carotas que otros; los carotas se caracterizaban porque sabían muy bien aparentar que trabajaban cuando no lo hacían; entre estos últimos estaba él; recuerdo que siempre que despachaba se ponía a hablar con los clientes, y claro, mientras hablaba no hacía nada, sino que tenía los medicamentos delante y aparentaba que trabajaba; los que eran para despachar con recetas, había que quitarles los precintos con el cortador, y pegarlos en la receta.

Allí en C..., una cosa que me parecía todo un adelanto, era que el precinto, tal cual e inmediatamente después de cortarlo del envase, se ponía en la receta con cinta adhesiva, no como en otras farmacia, en las que se pierde un tiempo precioso en otras filigranas que considero absurdas.

Se hizo pues administrativa la mujer de Jorge, aunque siguió con él al lado; era bastante guapa, a pesar de tener siempre un par de granos enormes cerca de los labios.

Empecé a salir con los de la farmacia, un día al mes, a los dos meses de empezar. En poco tiempo, fue la boda de Irene y su novio. Yo para la ocasión, me compré mi primer traje de chaqueta y corbata; era azul marino, la camisa era rosada y la corbata estampada en tonos rosados a juego.

Fui a comprarlo todo con mi hermana Maru. El día de la boda, fui al medio día de ese sábado a El Corte Inglés, allí el dependiente me vio medio desgarbado, pues iba con vaqueros; se quedó asombrado lo bien que me quedaba el traje con la camisa (que ya me la había comprado anteriormente, y que allí me habían dejado una igual para ver como me sentaba) y la corbata, que también me compré.

Por último me compré unos zapatos; toda esta ropa aún la conservo, a pesar de los pantalones quedarme algo apretados. Pero el resto del traje también lo conservo, y está en muy buenas condiciones. Seguro que me sirve para salir por ahí a algún evento. Antes salía más, mucho más que ahora. Los zapatos me quedaban algo apretados, con el tiempo cederían y me quedarían casi como un guante, a pesar de al principio resultarme algo molestos. Eran mocasines negros.

La boda de Irene, fue en la Iglesia Santa Isabel de Hungría, justo la parroquia a la que yo iba de pequeño y la que quedaba más cerca de mi casa. El cura que los casó, era uno al que yo conocía, y que era muy amigo de la pareja; él, el cura, se dedicaba a dar clases en el instituto de Tafira; creo que fue párroco mío, mientras fui adolescente.

A la boda fue mucha gente; yo contribuí al regalo junto con los demás compañeros de la farmacia; me gustaba que me trataran como compañero, pero a la vez ser diferente a ellos; ¡yo era el súper!

Iba pues vestido con mocasines negros, calcetines oscuros, tanga negro, traje de chaqueta azul oscuro, camisa rosa a juego con la corbata.

Allí vi también al marido de Marisol, por primera vez; vi en definitiva a todas las parejas de la farmacia, juntas por primera vez; yo era casi el mejor vestido que iba, tanto de calidad como de estilo, sin contar a los jefes, D. Rafael y Doña Cristina.

Todos iban con sus mejores galas, que como verán más adelante, estas se repetían, pues la gente las usaba sólo en las ocasiones.

La boda prácticamente no la vi, sino que me quedé fuera saludando a toda la gente conocida. No era para tanto, pero yo con mi ropa nueva, estaba más contento que unas castañuelas. Allí conocí por primera vez a Julio, que tenía un buen coche, cómo se lo compró, ni idea, quizás con todo su sueldo, pues tal y como me percataría más adelante, siempre iba vestido igual.

Siempre que nombro a Irene, me confundo con ella y Alberto, la pareja de Tenerife, amigos de mi hermana Maru y Pepe, pero estos son otra gente.

La boda, me parecía que duraba demasiado; a veces iba dentro a ver qué pasaba, pero no me quedé ahí, el cura no me gustaba, a parte de que cada vez era más ateo y más materialista.

e-libro.net

A la celebración, no fueron los jefes, pero sí los demás, incluyendo al encargado; nos sentamos casi todos los nuevos en una mesa, y enfrente, los veteranos. Charlie creo que se sentó en la misma mesa que nosotros, al igual que Jacinto y su mujer; no mentira, me engaño, Jacinto se sentó en otra mesa, pero nos hizo un par de visitas a nuestra mesa.

Empecé a beber vino y vino sin parar, al igual que Charlie. La comida era bastante fina, pero no recuerdo en qué consistía; después de esa boda, he ido a un par de ellas más.

Sé que el jefe y su esposa no estaban; sí estaba el cura, frente a nuestra mesa, en la mesa de los veteranos de la farmacia.

Según mi opinión, el novio tenía el pelo demasiado largo, quizás incluso más de lo que lo solía tener; aparte de eso se había puesto espuma. La boda me pareció que había sido por todo lo alto.

Yo tenía un rolex falso y Cesario, uno de los eventuales, me preguntó si era auténtico, y le contesté que sí; de todas maneras no era mío, era de mi hermano. No sé qué necesidad tenía de estar mintiendo, y encima por una falsificación, quizás burda, de un reloj; pero lo hice.

Recuerdo estas cosas tan claramente, pues era la boda a la que mejor vestido iba en mi vida. A las anteriores, la de mi hermana Pine, y la del amigo de Quillo, fui bastante mal vestido.

Al día siguiente, Domingo, no había que trabajar, motivo por el que cuando acabó la fiesta, todos los de nuestra edad más o menos, dijeron de irnos de juerga por ahí. No se les ocurrió otra cosa que la de ir al “Beach Club”, en San Agustín.

Fuimos, al menos yo fui, en el coche de Julio; Jose, el fotógrafo que hizo el reportaje y que trabajaba en el negocio familiar, tenía un BMW, todo un cochazo, aunque creo que era de segunda mano. Ese fue mi primer contacto con él; era ingeniero de estudios, aunque no creo que ejerciera como tal, a no ser reparando cámaras en el negocio familiar, siempre que las reparara él, que tampoco sabía.

El padre era algo mayor, aunque tenía muy buena presencia, y un “pronto” muy señorial, después en lo cotidiano no sé cómo sería, pues no intimé con él; Charlie se llevaba estupendamente con toda la familia, al menos, la familia que yo conocía, dos hermanos y el padre.

Cuántos fuimos al Beach lo ignoro. Sé que iban picados Julio y Jose, motivo por el que llegamos en un abrir y cerrar de ojos. Yo tampoco me enteré de mucho, pues creo que por periodos de tiempo más o menos largos, perdía el conocimiento, debido al exceso de alcohol ingerido.

Llegamos, y allí nos metieron en la discoteca por la puerta trasera; una vez dentro, nos sentamos en unas sillas, cerca de la piscina; tenía unas ganas locas de tirarme a ella, a ver si me recuperaba, pero no fue así, y nada de lo que me rondaba por la cabeza dije a nadie. Sería el principio de una nueva etapa en mi vida, consistente en beber y beber, y no hablar nada, o casi nada; y oír nada más que boberías y boberías, nada profundo, ni vital, tal y como estaba acostumbrado en la Laguna, o en Santiago.

Estaba sentado en una silla, cuando veo acercase a una jovenzuela con un traje sencillo de verano; me acerqué a ella y me puse a hablarle; yo tenía una copa en la mano. Según me diría Charlie después, esa era la hija de D. Rafael, yo no le creí, incluso ahora, no lo creo, pues entre otras cosas, no me imagino a los retoños de ese ricachón vistiendo tan sencillamente, aunque puesto que no entiendo de ropa, a saber si era una ropa de calidad aunque sencilla.

Poco después, nos fuimos a unas mesas, no sé con qué intención, lo cierto es que Chalie dijo que le gustaban el salero y el pimentero que había encima de la mesa. Yo atontado y adormecido por el alcohol, y sin mirar si había alguien del personal por los alrededores, ni corto ni perezoso, me los metí en el bolsillo de la chaqueta. Hoy día caigo, y Carlitos también llevaba chaqueta, por lo que se lo podía haber guardado él, pero yo estaba frito por hacerle ese favor; luego fuimos al piso de arriba, donde había baile; aquello estaba infestadísimo de gente; era la “disco” de moda; no lo pasé nada bien, a decir verdad, ni bien ni mal, al subir a la parte alta, perdí el conocimiento, y no lo volví a recuperar hasta verme en mi casa.

El día siguiente lo pasé entero durmiendo; esa sería la tónica durante los siguientes años, beber el sábado, y el domingo a dormirla.

Acostumbraba a tener problemas respiratorios tales como una sensación de asfixia todas las noches, por lo que debía inhalar los antiasmáticos diariamente al irme a dormir; siempre pensaba: “Debo tener los pulmones como un chicle, de tanta nicotina y antiasmáticos”; ya no sólo eso, sino la cantidad de resfriados que cogía, causa común de bastantes bajas laborales; aunque el fumador no se da cuenta, padece gran cantidad de enfermedades por el tabaco, no sólo el temido cáncer de pulmón, sino varias otras, que afectan a todo el tracto respiratorio, ese

e-libro.net

pobre sistema, al que yo tenía tan castigado. Empezaba a fumar rubio, sobre todo los que me fumaba en casa del Lu; poco a poco iría comprando "Camel", y estos me los fumaba en casa del Lu y en mi casa; o sea cuando estaba tranquilo, saboreando algún que otro (al principio) Camel, luego ya lo fumaría cada vez más tiempo hasta llegar un punto en el que sólo fumaba rubio, con lo que el gasto aumentó considerablemente.

C... ya saben que un día me dijo, que si yo tenía alguna idea que aportar para vender más, que la dijera; a mí no se me ocurrió ninguna, a pesar de que me acordé del sistema que usaba mi padre, el de las puertas correderas, o sea las estanterías con ese mecanismo; de todas formas aunque lo pensaba constantemente, nunca lo mencioné en la farmacia, aunque sí sabía en dónde deberían ir, siempre supuse que sería un buen método a usar en esa farmacia; era tan conocido para un servidor dicho sistema, que consideraba que todo farmacéutico que tuviera farmacia lo debería conocer, no deduje que mi padre había sido un innovador y por tanto único.

Mi apellido también pegaba fuerte, pero más entre los mayores, es más no creo que sonara entre los cincuentones como era C..., no, entre esos no tenía tanto renombre; aunque no en todos pues D. Victoriano no sé qué edad tendría, le echaba cincuenta y sin embargo, ahí le tenía, molestándome continuamente y quizás, según hoy pienso, regodeándose en ello.

Me daba mucha vergüenza el exponer mi idea de las estanterías a C..., pensaba que se iba a reír de mi; el tiempo no me daría la razón; pues aunque no lo he visto claramente, creo que ha introducido este mecanismo en su farmacia.

El Lu, acababa de aprobar las oposiciones, estaba contentísimo, tenía ya un trabajo para toda su vida. Él siempre aclaraba que no era funcionario, sino estatutario.

Recuerdo, como de pequeño y de adolescente, me gustaban enormemente los cuentos infantiles, muy gordos y pequeños, en los que pasando rápidamente las hojas, se veían pasar rápidamente las imágenes y parecía que estas estaban en movimiento; eran unos "machangos", porque realmente lo que eran eso precisamente, unos monigotes, unos dibujos que cogían animación al correr las hojas; no creo que me explique clara y correctamente, pero así eran y me imagino que así seguirá siendo. Lo cierto es que esos libros los usaba mucho con esa finalidad, pero aseguraría que leer uno entero nunca llegué a hacerlo; eran demasiadas hojas. El dibujo que tomaba animación, estaba en la esquina superior derecha del pequeño cuento.

Con C..., y quizás por el influjo de Carlitos, y mis otros amigos, que me impulsaban a beber y beber, me hacía cada vez mucho más ateo, y sólo empezaba a querer dinero y más dinero; posiblemente, todo fuese por la mierda que me rodeaba.

Veía lo poco que trabajaba mi hermana Pilar, y cómo era tan bien recompensada; también es cierto que ella había sacado las oposiciones para BUP, en la que fue la número uno de los examinados; para ello se fue dos años a Inglaterra; allí trabajaba de camarera en un bar, donde conoció a Chiew, un oriental de Singapur, que según parece le causó una muy buena impresión, y que también trabajaba de camarero. Estuvo mi hermana dos años en Inglaterra, el primer año suspendió, pero después se lo tuvo que tomar en serio pues aprobó las oposiciones, y ya se quedó aquí, a pesar de ella decir lo atareadísima que estaba; yo me veía como trabajaba yo, y lo poco que cobraba, hasta tal punto que continuamente me cabreaba e indignaba, por lo que mis palabras siempre eran las mismas:

-¡Qué bien viven los de educación y ciencia!

Esto lo decía de corazón. Por su parte siempre me decía que yo no me tenía que traer trabajo a casa; pero, ¿es que no se hacían horas extras en mi trabajo?, bueno, yo no las hacía, pues no me las iban a pagar.

Ellas se creían muy agobiadas de trabajo. Pilar hizo después de Filología Inglesa, Traductores intérpretes; desconozco el motivo por el que lo hizo.

Tenía Piluca una amiga de toda la vida: Sandra, incluso, habían ido a estudiar a Madrid juntas; su amiga había hecho derecho; Piluca fue a su puesta de Toga oficial (si se llama toga no lo puedo asegurar, así que hagan como que no lo han leído). Un día le quitó a Piluca un ligue y a partir de ahí, se enfriaron mucho las cosas con su amiga; o sea que cortaron su relación; la historia se volvió a repetir, exactamente como me ocurrió a mí con Miguelo.

Fui un día al mismo acontecimiento que le hicieron a Sandra, pero ahora a mi prima Clara Eugenia.

Era por la noche, y el padre lo celebró en su casa de Telde; para él, y para la familia era un gran acontecimiento, al que fuimos todos los hermanos, incluida Saso, Juancho no vino.

Domingo, que tenía unas botellas de güisqui genial, guardado para una ocasión, las abrió diciendo:

-Porque esto para mí es una gran ocasión, ¿o no?

e-libro.net

Iban todos de chaqueta y corbata oscura; yo iba con rebeca y con unos pantalones que me quedaban estrechísimos; este acontecimiento fue antes de que se acabara mi primer mes de trabajo, y por tanto, aún no había cobrado.

Fue al acto D. Lorenzo Olarte, quien largó un discurso a todos los jóvenes a los que se les facultaba para ejercer la profesión de abogacía.

Ya en casa de mis tíos, me sacaron una foto que deben estar en cualquier sitio, salimos Clara Eugenia, sus padres y yo; motivo éste, que me dio a entender lo mucho que me querían, e imagino que me quieren, mis tíos maternos. No les fallaré, me lo he propuesto, y así lo haré.

La fiesta por lo que parece estuvo animada, yo por mi parte me aburría como una ostra, pues no podía beber güisqui etiqueta negra, que era el que había en casi toda la casa, por prescripción facultativa; poco me faltaba para agarrarme a la botella y servirme aunque sólo fuera un pequeño vaso o la dosis necesaria para estar a gusto. "¿Sería yo alcohólico?", estas cosas me lo hacían plantear.

Me presentó a un medio familiar mío, que era dermatólogo; no sé qué me quiso decir con ello, que si esos debían ser mi tipo de amigos; yo me sentía totalmente drogado, cebado, sedado y atontado. La rebeca estampada verde, no pegaba nada con lo solemne del acontecimiento, pero no disponía de ropa.

Cualquier buen coche que veía, me decía: "Será mío". También me repetía el: "Soy farmacéutico"; esto me duró bastantes meses.

El día en que empecé a plantearme el ser premio Nobel, no puedo decirlo, pero me lo repetía sin cesar: "Voy a ser Premio Nobel, Voy a ser Premio…" Todas estas cosas, y ciertamente aspiraba a lo más grande; pero alucínense, no pensaba ganar el premio Nobel de Ciencias, sino el de Literatura. No es extraño que estuviera como una baifa.

Creo que todo esto empezó al empezar a sentirme más realizado y satisfecho, cuando comencé a leer por las noches, y un poco al mediodía, poco, pues después del almuerzo, venía la siesta, que se interrumpía a las tres y cuarto, para que me diera tiempo a despabilarme, si es que esto lo conseguía alguna vez, y prepararme para irme a trabajar.

Creo que todo empezó de forma tan intensa, al leerme el libro de Noah Gordon: "El medico", primer libro de una trilogía de libros sobre médicos del autor; me impactó su lectura, me decía: "Esto es lo mío" y así parecía ser pues era la vida de un estudiante de medicina, que se fue a Persia a estudiar.

Gracias a ese tipo de lectura se me quitaba de la cabeza la idea del "dinero, dinero, dinero"; maldito dinero; seguro que era, tal y como me diría Juancho en una ocasión, "piensas en él porque no lo tienes".

La idea de conseguir dinero estaba continuamente presente en mi trabajo, quizás porque no me quería ver como la inmensa cantidad de pobres que a diario tanto veía, en mi trabajo; me preguntaba, "¿Terminaré yo igual que ellos?", y hoy sin embargo pienso si "¿no sería una suerte mejor eso, que ser un demente?, tal y como se me consideraba en ciertos círculos y quién sabe si también mi familia me consideraba como tal".

Seguro que cuando empecé a decir en mi casa mis aspiraciones, el que quería llegar a ser premio Nobel, eso pondría preocupadísima a mi madre, quien seguro que pensaba "Este está desvariando, ¿quién le habrá metido en la cabeza tales cosas; seguro que ha sido por conocer a Juancho, pero se creerá él que todo es coser y bordar?" "Pues sí, madre, todo es trabajo, buena disposición y constancia".

Hablando de trabajos, cuando conseguí mis primeros sueldos, me entrevisté con D. Francisco Macías, el padre de Javier Macías, el que tenía una enorme cabeza, sí, el del Colegio Mayor (fui a su padre aconsejado por otros amigos), para que me llevara el caso de mi farmacia. De entrada me pidió cien mil pesetas para procuradores. Años después me pediría otra pequeña cantidad para ellos también. Yo sabía que eso era poco. Si el caso lo ganaba, pedía aproximadamente un millón por cliente.

Don Francisco, siempre iba de chaqueta y corbata; un día, a no ser que fueran alucinaciones mías, lo vi con una chaqueta tan raída, que me dije: "vaya, también los abogados pasan hambre".

Lo cierto es que quizás para probarme o vayan a saber por qué en una ocasión me dijo:

-Porque el trabajo de abogado es más intelectual que

el de farmacéutico, que es más mecánico.

Recuerdo perfectamente que no dijo manual, sino mecánico, dando a entender que él era más inteligente y nosotros más toletes; me estaba probando, seguro.

Iba generalmente con trajes grises.

e-libro.net

Su despacho estaba en la misma casa, a la que se entraba por otra puerta, distinta a la de su despacho, el cual, al igual que la sala de espera, daban a la calle.

La decoración era en plan madera; una cosa que me asombró, es que en su despacho, había un ordenador con el cual me hizo la factura de los procuradores; también tenía fotocopiadora; estaba bastante adelantado; debía rondar sobre los setenta años. Más o menos.

Tenía una gran biblioteca de libros de leyes, la que me dio que no usaba mucho, por no decir: nada. Tenía una tonga de expedientes bastante grande, de tal forma que ya no cabían en las repisas, por lo que los tenía también en su mesa, una mesa de muy buena calidad, de madera; quiero con esto decir, que el despacho, si no fuera por el usuario, imponía; el tenía buena cara, de buena persona; me preguntó lo que yo cobraba y se lo dije, más adelante me diría si cobraba dinero negro y le dije que no, medio asustado, eso del dinero negro es todo un problema.

Tenía dos partes el despacho, una con su mesa, y otra para reuniones, a base de sillones y una mesa baja y más pequeña.

El jefe, D. Rafael, me dijo un día:

-¿Tú conoces algún farmacéutico que quiera venir aquí a trabajar?

Le contesté que conocía a uno, pero no sabía si querría venir o no, ya lo llamaría y le hablaría.

A quien me refería era a Benedicto, quien fue a hablar con el jefe; vestía fatal mi querido amigo y colega.

A sus padres les había costado bastante la instrucción de sus hijos, aunque dudo que más que a mi madre; el padre era albañil, pero al menos llevaba un sueldo a su casa, con el que sus dos hijos de edades muy parecidas estudiaban juntos. Recuerden que su hermana estudió medicina.

Tiempo después le oí comentar a alguien sobre los orígenes de Benedicto; me pareció del peor gusto esa insinuación. Los farmacéuticos son muy clasistas, yo era y soy pobre, motivo por el que quizás me repugnen tanto esos comentarios. No piensan que la mayoría de ellos han tenido excesiva suerte. Aseguraría que muchos de ellos han conseguido las cosas con el menor de los esfuerzos.

Benedicto se puso a trabajar conmigo en la farmacia; él, anteriormente había estado con Bartolomé haciendo prácticas en su laboratorio, y también se había puesto a trabajar en la clínica La Paloma.

No me explico cómo, si ganaba en ella ciento y pico, lo cambió por mi trabajo donde ganaba menos de cien mil pesetas.

Bobo de mí, según me dijo años después:

-Porque yo con el dinero negro de C..., ni siquiera dormía.

“Ya se descubrió”. Yo en la época que él se refería, ni siquiera sabía lo que era eso.

Entre los compañeros de la farmacia, nos poníamos a jugar pasándonos el dedo por la columna vertebral; a Benedicto eso le molestaba, según me percataría después todo contacto con subalternos le molestaba, por eso mismo, por ser subalterno; “Mira Benedicto, piensa en tus orígenes”, me dan ganas de decirle, para que se baje de las nubes, aparte de que somos simples licenciados.

Un día, al par de semanas de estar “Bene” en la farmacia, se puso a hablar con el jefe, en su despacho, tan animadamente, y científicamente, que a mí me resultó humillante hacia mi persona; mientras yo trabajaba como un cabrón, los dos “señores” charlaban animadamente, incluso Benedicto se tomó la licencia de aconsejar al jefe una pomada para los ojos; gran disparate, pues el farmacéutico en la mayoría de los casos, a no ser que sea una irritación pasajera o a lo sumo un orzuelo, no debe prescribir nada para este órgano; para cosas más complicadas, lo mejor sería que fuera al médico, y no al de cabecera, sino directamente al especialista, al oculista; yo generalmente cuando mando al médico me refiero al especialista, y no al médico de familia, (tal y como se llama ahora al hasta hace poco: médico de cabecera).

Según me decían los empleados de la farmacia, ser farmacéutico era una tontería, que no veían ellos gran importancia en eso, en cambio, ser profesor, ya era de más rango. No puedo asegurar si tienen razón o no, pero lo cierto es que de los profesionales liberales mejor montados que conozco, son los farmacéuticos. A los simples licenciados me refiero; los intelectuales, de catedrático para arriba me imagino que estarán bien montados; hay excepciones, C... es una de ellas; es injusto (más que nada porque no es mía), que un simple licenciado maneje tanto dinero, y no ajeno, sino propio.

Su mujer no manejaba tanto como él, pero sí es cierto que les entraba dinero a espuertas; D. Rafael, de visita, parece como que siempre se está riendo, quizás se ría de uno, no lo sé, pero no es imposible.

e-libro.net

El día en que los dos estaban hablando en el despacho, me salieron las lágrimas de rabia; “Dios mío, lo traje yo, y ahora me pisotea de esa forma”; de todas maneras no corté la relación con Benedicto, sino que todo lo contrario, cada vez le tuve un mayor aprecio.

Benedicto me extrañaba, así me preguntaba, “¿y este hombre, qué hace con el dinero?”; lo decía pues siempre iba vestido con la misma ropa; tenía tres o cuatro camisetas, que aseguraría que eran de La Laguna, y unos vaqueros que no garantizaría si se los cambiaba o no.

Un día fue por la farmacia con un pedazo maletín que me hizo algo de gracia; allí es donde él recogía algunas muestras de sangre; era un maletín, no una nevera.

Benedicto era bajo, bastante bajo, de mucho pelo en todo el cuerpo, sobre todo en el pecho y en la barba, pero en la cabeza tenía pocos; se estaba quedando calvo, aunque no era preocupante. Era de constitución delgada, tanto en La Laguna, como aquí.

Estuvo poco tiempo en esa farmacia, y menos mal, pues se llevaba con los empleados fatal, a diferencia mía; él se llevaba muy bien con José Juan, y el jefe; yo me llevaba mejor con los empleados que con el encargado; y por supuesto, al jefe le tenía bastante respeto, tal que a veces lindaba en el odio, la rabia y por qué no, el miedo también.

Siempre me ha extrañado mucho por qué C..., quien incluso tiene una camisería (realmente es una boutique para caballeros), sólo usa ese tipo de camisas, pero así era y yo no debía ni siquiera cuestionarlo; mi función era trabajar y trabajar; y si se hablaba de algo, que fuera del trabajo.

Un día, pues siempre me cogía trabajando y con la cabeza gacha, concentrado en lo que hacía, llegó y me vio hablando de cosas del trabajo, lo saludé con un:

-Buenos días, D. Rafael.

Y acto seguido seguí preguntándole a Jacinto sobre la duda que tenía; esto según parece le extrañó tanto que no supo cómo reaccionar, de tal forma que calladamente, subió al piso superior en el montacargas. Me da que no le hizo mucha gracia mi reacción, pues lo normal era que cuando él llegaba se hiciera el más absoluto silencio, casi juraría que le molestó esa gran falta de respeto al no va más de los humanos.

En esa época solía ir a las revisiones del psiquiatra un mínimo de una vez cada dos meses, si no era alguna vez más frecuente; a veces me subía Maru y otras Margarita, la amiga de mi madre. Digo subía, pues el director tenía su consulta en la misma Quinta, la que estaba retirada del mundanal ruido; estaba en una zona de grandes fincas; subiendo por la gasolinera que hay a la salida de Santa Brígida hacia la izquierda y todo hacia arriba.

Yo no tenía coche, pues a pesar de haber aprobado el teórico rápidamente, el práctico se resistía; una de las veces que me examinaba, me llevaron por una zona cerquita a mi casa, a la que yo llamaba el laberinto; no era exactamente en esa zona, pero sí en las inmediaciones, de tal forma que el examinador me dijo:

-Cuando pueda, a la derecha.

Yo, pensando que lo decía de buena fe, eché por la primera a la derecha; de pronto sentí un ruido, era que mi profesor, había tocado el freno, me había metido por una zona de prohibido el paso; como ven lo hizo con muy mala fe. Me dijo:

-Porque los que son buenos estudiando carreras, son muy malos conduciendo.

Supuse que tenía razón; pero hoy pienso que qué tendrá que ver el culo al pulso, la cosa es que yo me había pasado unos ocho años fuera, y no conocía nada las calles de Las Palmas. Esa fue la primera vez que me examiné…

Como me examinaba a primera hora, no tenía que pedir permiso en el trabajo. Voy a contar las cosas que recuerdo de las veces que me examiné, de todas, de siete a ocho que fueron en total, no me acuerdo.

Una vez, fui por el Paseo de Chil, y me dijo el examinador, “cuando pueda a la izquierda”, yo fui por esa calle, aunque mi profesor, volvió a pisarme el freno, eso puso en alerta al examinador; quien poco después me dijo:

-Aparque en donde pueda.

Estoy seguro de que me daba tiempo de sobra de pasar, pero el profe, que era un cabrón, pisó el freno, y encima se atrevió a decirme una vez:

-Es que usted cuando se sienta al volante el día del examen, le tiemblan hasta las piernas.

No le contesté nada pues una o dos veces sí me ocurrió, pero no siempre como él decía.

e-libro.net

Otra vez íbamos por la zona del Polígono Cruz de Piedra; allí cometí una o dos infracciones, y pensando que estaba suspendido, pase un quilo de todo, me puse casi a correr en medio de los demás coches; el examinador, cada vez era uno distinto, aunque algunas veces se repetían, me dijo:

-El que se le advierta de alguna infracción no quiere decir que esté suspendido. Pare por donde pueda por favor.

Estaba claro que ahora sí estaba suspendido. Encima el profesor hizo un gesto desmesurado, cuando después de adelantar un coche, sin poner el indicador, me pasé a mi carril, hizo un gesto como si me fuera a subir a la acera; ya le tenía catado, era uno de los mayores cabronazos que me he tirado en cara; encima, le decía a la secretaria de la autoescuela, que yo estaba muy flojo, y que tenía que hacer muchas prácticas; lo que pasaba es que dieron con un primo al que sacarle las perras.

Incluso tuve que renovar los papeles de la revisión médica. Eran fáciles de pasar, pero una de las veces, en el oculista, hice un gesto como de forzar la vista que puso alerta al especialista y ya no me quitaría los ojos de encima.

El que era el jefe del equipo, se le veía con su móvil y demás cosas de la sociedad de consumo; me tomó la presión arterial, y creo que me auscultó los pulmones, el otro, el psicólogo o psiquiatra, me hizo una prueba de reflejos, por medio de una máquina "¡Mi madre que estrecho y estropeado está esto!, pensé, ¿y estos son los genios del futuro?"

Me sacaron bastante dinero, pues aparte de eso, cada cierto número de exámenes, me sacaban más dinero por la renovación de los papeles.

Otra vez, iba por Las Rehoyas, y se puso a lloviznar, casi no veía nada, y me pasé un paso de peatones, sin pararme para ceder el paso a los peatones que estaban esperando para cruzarlo; no lo hice intencionadamente, sino que no veía nada de nada, pues entre otras cosas no sabía cómo poner los limpiaparabrisas. Inmediatamente me dijo el examinador:

-Pare por ahí.

Efectivamente, suspendido prácticamente nada más empezar el examen.

Solía ir el coche en la parte de atrás, lleno de gente, y aparte un coche escoba, o sea con más personas a examinar; también era un coche de la autoescuela, quien intentaba no perderse, aunque lo más probable fuera que los perdiera en más de una ocasión.

La cosa es que si el examinador, no decía nada, debía uno seguir derecho, siempre de frente; hoy día ya no recuerdo ciertas cosas, pero lo cierto es que conmigo usaron todo los trucos con la intención de suspenderme y yo caía como un estúpido.

Una de las veces, estuve con unos jóvenes a los que invité a un café; según contó uno de ellos, le había quitado el coche a su padre, el fin de semana, y se había ido al campo; según palabras textuales:

-O sea que yo ya sé conducir.

Aprendió rápido el chico.

No era poco golfo ni nada, ya contaré, si me acuerdo, más de él.

Otra vez, cogí el coche en la "fuente luminosa", y terminé por Ciudad Jardín, se me caló el coche unas tres veces, pero las tres lo puse en marcha sin que se notara nada. Me dijo de aparcar y yo iba frenando y veía que eran todo vados, por lo que no aparcaba, ella me dijo al fin:

-Aparque en el siguiente.

Eso hice, y cuando ya creía que estaba correcto le increpé con un:

-¿Cree que ya está bien así?

-A mí no me diga nada, usted haga lo que quiera -me respondió.

-Bien, pues yo creo que está bien.

Me dijo que saliera y eso hice, posteriormente me indicó que me aparcara en el siguiente hueco que viera, eso hice, me bajé y le pregunté:

-¿Estoy aprobado?

-Eso se lo dirán en la autoescuela.

Yo estaba que no cabía de contento, era posible que estuviera aprobado después de tantas ocasiones.

Me encaminé con dirección al Paseo de Chil, con la intención de subir por algún sitio a la farmacia, en eso veo con su gran Audi a José Juan, que iba a llevar a sus hijos al colegio; se bajaron y los dejó a la puerta de la escuela privada. Luego me llevó a mi para la farmacia, todo eran coincidencias como verán.

e-libro.net

Vi al que se examinó después que yo, y que me dijo mientras esperábamos al examinador, que sabía conducir, que cogía mucho el coche de su padre, que no tenía problemas, y que casi seguro que aprobaría; eso me lo dijo en la fuente luminosa.

Mi profesor, mientras pudo, me saco todo lo que quiso de dinero, con las prácticas.

Al final vi al compañero de examen subiendo por Ciudad Jardín y pegando un acelerón, sin mover el coche, que casi lo deja para la chatarra; ese coche había que tratarlo con cariño, con amor, con mucho amor, pues no daba más de sí. Intuí que lo suspenderían.

Le dije a José Juan que tal vez estuviese aprobado, que no sabía, pero me habían dejado hacer todo el examen, y no me habían dicho ningún fallo.

Lo invité al lado de la farmacia a un cortado, él aceptó; no me dijo nada.

Me llamaron de la autoescuela a la farmacia, y allí me dieron la buena noticia; todos se pusieron a gritar, por lo que la secretaria dijo:

-¿Qué es eso? -preguntó al otro lado de la línea.

-Están contentos porque aprobé.

Se echó a reír. Le di las gracias y me despedí. Me dio las indicaciones para que fuera a buscar el carné de conducir.

El profesor, me había dicho una vez:

-Usted que ha estudiado, dónde queda… -y me dijo el nombre de un país.

Le respondí que no sabía, que de geografía estaba flojo; quién sabe, si conociéndolo me lo había dicho para cogerme en un fallo, y así reírse o burlarse de mí. No creo que lo hiciera con muy buena fe, como todo de lo que hacía.

La primera práctica que hice, fue sólo con el volante; el profesor llevaba los pedales, y miraba por los retrovisores que tenía frente a él, en el sitio del copiloto y a su derecha. Cómo miraba por su izquierda, eso no puedo decirlo, pues los espejos que yo usaba los reglaba yo, de echo era lo primero que tenía que hacer, nada más subirme al coche.

A veces me preguntaba el psiquiatra, que qué pensaba de mi trabajo y yo le contestaba:

-Es un trabajo como otro cualquiera.

Con esto le daba a entender que era un trabajo monótono, mecánico y aburrido; esto no era del todo cierto; yo no le había cogido cariño a mi trabajo, todo lo contrario, lo odiaba, me asqueaba, y encima sabía que ahí no tendría futuro, a no ser el de encargado del jefe.

Lo que más me gustaba del trabajo era la salida, y en el corto espacio que distaba el trabajo de mi casa, espacio que mi hermano Jose decía que no era suficiente para relajarme y desembotarme, yo iba cantando para mi solo: “Tiro, riro; tiro riro; soy farmacéutico, soy farmacéutico”.

No se los había dicho, pero a los pocos días de empezar a trabajar, José Juan, el encargado, me dio los dos libros sobre el funcionamiento de los ordenadores, y el jefe me dijo:

-¿Qué, a ti te gusta eso de jugar en el ordenador, todos los días al finalizar el trabajo?

Le respondí que no, y no alargué más la conversación, diciéndole por ejemplo que lo que me gustaba era leer, pero una cosa es leer novela y otra un tratado sobre un complicado programa de ordenador; hoy pienso que fui bobo y debí habérmelo leído.

También me dejó el jefe un libro sobre cómo despachar bien en el mostrador; tampoco lo leí, también pienso que hice mal. Después, al par de semanas de yo tenerlo, y tan sólo haber mirado una o dos hojas, me lo pidió para dejárselo a Benedicto Acosta, mi compañero.

En el trabajo sufría, y el odio se iba acrecentando cada vez más.

Los fines de semana, solía salir con el Lu, y Control; nos íbamos a cenar por ahí, generalmente íbamos a algún chino; otras veces íbamos a comer carne, ya fuera al Bistro Monte o a algún grill que no fuera muy caro; aunque a decir verdad en esa época yo no miraba el dinero.

Cada tres meses me renovaban el contrato en la farmacia, y me daban una semana de vacaciones, a mi eso me quemaba, pues una semana daba para poco, y no sabía qué hacer con tan poco tiempo; generalmente me iba a casa de mi hermana Maru, a su estrechísimo piso donde ellos casi no cabían y encima allí iba yo. Me gustaba por el buen ambiente que se respiraba en su casa; de todas formas me quedaba tan sólo de dos a cuatro días, para el fin de semana volver a la capital y pasarlo con mis amigos.

Me gustaba charlar con Maru, quien siempre estaba dispuesta a ello, mientras fregaba y demás.

e-libro.net

Una de las veces, me apoyé en la mesa de la cocina y me la cargué, me dejó alucinado, se habían salido los tornillos de su sitio, y la madera estaba podrida, era de novopán. Me disculpé y me avergoncé una barbaridad; estaba allí causando nada más que molestias y destrozo tras destrozo. Al final la arreglé; yo, que no soy nada mañoso, conseguí hacerlo.

Fui unas cuantas veces por allí; me solía quedar hasta el sábado por la mañana; no por nada, sino porque así veía las películas porno del Canal plus, aprovechando que mis sobrinos se habían ido a la cama, y Maru también había caído rendida; Pepe se iba de juerga; Maru también solía ir pero ahora que lo pienso, no lo hacía mientras yo estaba allí, seguro que para hacerme compañía.

Según creo es una familia muy querida allí.

A Pepe no le gustaba salir a pasear por el pueblo, ya que al ser teniente alcalde de Agüimes, todos lo paraban por la calle para pedirle favores y más favores, él entonces se veía entre la espada y la pared.

Recuerdo una vez a la salida de mi trabajo, creo recordar que era un sábado, o un viernes, vi a uno en un utilitario rojo, nos quedamos mirándonos; yo fui el primero en saludarle, él después me reconoció y me saludó; era Domingo Navarro Bosch; uno de los mejores de mi promoción, a pesar de las juergas que se corría después de los exámenes; creo que incluso iban niños en el coche, seguro que eran su familia.

Aún seguía conservando su característica típica: su larga melena; yo ya no la llevaba, seguro que no me reconoció en principio por eso, y por los quilos de más que tenía. El coche, quiero recordar que no era nada bueno, a fuer de ser sincero más bien parecía uno malo, quizás fuera uno con el que estaba haciendo prácticas, por haberse sacado no hacía mucho el carnet; quiero pensar esto, y no que tenía poco dinero para pagarlo; que realmente esto es lo que suele ocurrir, pero prefiero pensar lo contrario.

Creía que la americanización de Europa, era algo reciente, y casi me aventuraría a decir que una brillante idea mía; pues bien, hoy me enteré que eso mismo había puesto Pío Baroja en la boca a uno de sus personajes a principios del siglo XX.

Queremos ser inmortales, ya no sólo perpetuar la especie, sino perpetuarnos cada individuo; Javier Nuñez decía que él se perpetuaba trayendo un hijo al mundo; yo le decía que no, que había que hacer algo más, bastante más. Pero a él no le gustaba luchar con el intelecto.

Le contaba, siempre que nos veíamos, las cosas, intrigas, puñaladas y corrupciones de mi carrera; él me decía que para qué iba a hacer una carrera, si él estaba contento con sus amigos, y no quería más; eso no fue motivo para que no hiciera el examen de acceso a la Universidad por psicología; sí, el acceso lo aprobó, de la carrera sólo aprobó una asignatura en los años que estuvo trabajándola.

Para ser sinceros diré que aprendí bastante con C..., aunque me explotaban, me exprimían, me sacaron el jugo; después de ver a Juanito lo que sufría y lo mal económicamente que estaba, me dio pena, mucha pena de él. Empezaba a leer cada vez con más gusto por las noches y al mediodía, en total leía unas tres o cuatro horas diarias; aún no era suficiente, a pesar de que, con los pocos elementos que tenía a mi favor, iba creciendo también en conocimientos farmacéuticos, en cuanto a medicamentos concernía; no es que aprendiera prospectos: su uso, dosis, efectos secundarios, esto no, pero aprendí a interpretar las recetas de los médicos, a pesar de que me costaba saber para qué era cada cosa que despachaba.

Según me dijeron en la farmacia una vez, Benedicto miraba la composición de los medicamentos y ya con eso sabía para qué servían; la verdad es que eso lo dudo un poco, pues él, no era precisamente de los primeros en clase, y no creo que estudiara tanto la “Farma” en cualquiera de sus variantes, más me inclino por pensar que los medicamentos eran los usados por sus familiares, y que se leyera esos prospectos en su casa, y que a partir de ahí, se hiciera el entendido; algo hubo de haber para que él supiera con sólo mirar la composición, su uso; yo conocía el uso de algunos principios activos, pero pocos; no sabría decir cuantos, aunque sí creo que era yo más entendido en ellos que mi colega; esto no es muy extraño pues yo me crié en medio de ellos; C... también se crió así, y sin embargo tardó muchísimos años en acabar la carrera. No recuerdo quién lo dijo, pero sé que mucho amor entonces no le tenía; según me contaron, C..., el jefe, cuando era joven, estudiante, atropelló a un niño y lo mató, cuando me dijeron esto me quedé de piedra; según parece ahí tuvo que meter el padre baza, para que no encarcelaran a su hijo; me imagino que el joven C... no estaría borracho, pues si no, nadie tendría nada que hacer.

Si a mí me llegara a pasar algo así, del trauma no levantaría cabeza, claro que cada uno es como es. No quiero decir con esto que no se portara bien D. Rafael, que conmigo no se portó mal del todo.

Aún me seguía acordando de Totó, no ligeramente, no, bastante, sobre todo cuando llegaba la noche y me leía ciertas grandes epopeyas de grandes escritores. Me acostaba pensando en grandes amores; aunque mi

e-libro.net

gran amor, hasta el momento había sido Totó, quien seguramente y mirando ahora hacia atrás, quizás no me quiso mucho, mientras que yo estaba absolutamente coladito por ella, ya no sólo porque fuera un clavo ardiendo al que me agarré, sino que era guapa, muy guapa; bella entre las bellas, al menos así me lo parecía a mí; bueno como verán estaba enamorado de ella.

Benedicto, afortunadamente estuvo poco tiempo trabajando en la farmacia de Altavista, es más, yo diría que estuvo allí uno o máximo dos meses; después lo bajaron para la de la mujer, Doña Cristina Navarro; esto me dio algo de pena en principio, pero luego lo agradecí, pues ya no tenía que sufrir la misma humillación que había sufrido, y tragarme las lágrimas que me tragué de rabia; Bene, estaba dispuesto a evolucionar, y él iba a ganar, lo tenía muy claro, a costa de lo que fuera.

De todas formas, puede ser que no viera futuro en la farmacia, pues salió un trabajo de Cofarca y él se presentó a la selección; otro candidato era Diego Suárez Artiles, quien sé que pidió mucho dinero por lo que no fue seleccionado; eligieron al final a Benedicto; no sé cual sería el motivo, lo cierto es que hoy día es jefe de especialidades, que yo más creo que consiste en saber manejar la parte del programe de ordenador que trata sobre ellas, que otra cosa; muchas veces, cuando se le llama, dicen que está reunido, lo que tenga de cierto o no, no tengo ni la más zorra idea.

Evolucionó rápidamente aunque luego se estancó.

Había noticias para todos los gustos, entre ellos, que el abuelo de Dieguito, había vendido su farmacia, y que por ello, Diego se vio en la calle; quizás la vendió porque su tío, el hijo del dueño, no acabó la carrera. Era un pinta de lo más alucinante; un niño mimado, creo que él tenía cursada la carrera de Biología, pero Farmacia se le hizo muy cuesta arriba, aparte de eso él no se mantenía, y tampoco estudiaba, que era la causa por la que el padre no lo obligaba a trabajar.

El padre de Diego, era de familia sin muchos medios, se dedicaba a algo así cómo a la venta de coches su padre; que no creo, según D. Fernando Romero dijo, que los representantes ganasen mucho, pues él también era un representante, y sabía lo que se decía.

Diego salió en el periódico como el mejor de su promoción, al menos eso me enseñaron una vez Octavio y Antonio, en La Laguna; yo no leí el artículo; algo más ojeé el de Arturito, pero tampoco le hice mucho caso.

No puedo encuadrar exactamente cuándo fue, pero sí me acuerdo de cómo era, la boda de Bartolomé.

Vino él en persona a traerme la tarjeta de la boda; estaba limpiando el garaje cuando vino, por lo que llevaba puesto el pantalón de un chándal Adidas y una camiseta, estaba muy mal vestido, en absoluto como para recibir visitas, aunque nunca lo estoy, pues siempre me encuentro con algo muy roto o muy estropeado cuando estoy dentro de casa y más a medida que pasa el tiempo. Ese día estaba especialmente mal vestido; él vino en un coche rojo y en seguida le saludé y le invité a entrar a mi casa; no quiso nada de lo que le ofrecí, un güisqui, una cerveza o incluso un café; nada, no quería nada.

Era sábado por la tarde, único día en que yo tenía libre para limpiar el espacio del garaje para el perro.

Me dio su tarjeta. Le pregunté que dónde tenía la lista de boda. Me dijo que en Él Corte Inglés, como todo el mundo; al menos como la mayor parte de los canariones. No empezaba muy original, siempre que eso de casarse resulte original; cuando pienso en el altar, me entra un desasosiego en el estómago de aquí te espero.

La boda era para en breve. Tenía intención de ir, se lo dije a Tomi, si él iba a asistir y me dijo que no, que Bartolomé no se acordaba de los amigos más que por interés; no sabía que se llevaran tan mal ellos dos; seguro que durante la carrera algo tuvo que ocurrir para que estuviesen tan enfrentados.

El día de la boda, lógicamente fui vestido tal y como había ido vestido a la de Irene; llegué a la iglesia algo tarde, allí me encontré a Chano con su familia, o sea su mujer y su hijo, estaba realizando el M.I.R., según parece había aprobado las oposiciones primero para médico de familia; repitió el año siguiente el examen y sacó la plaza de ginecología, la que estaba estudiando ahora; a la vez que estudiaba cobraba algo; no era que tuviera la plaza segura, pero algo se acercaba a estar garantizado; especializarse dentro de la especialidad, me imagino que sería cosa de coser y cantar.

Vi a su hijo, aunque no vi a su mujer; tenía un coche nuevo, un deportivo, él se podía permitir ese lujo, lo que no me explico es cómo se casó tan pronto, quizás lo hiciera de penalty.

Iba muy sobriamente vestido, con un traje azul, pero con corbata oscura, bonita, como si fuera un catedrático, todo un lujo. Yo iba más moderno; el se había hecho más fino, no como el mago que aparentaba ser antes, en cuanto a la barriga estaba igual de flaco, yo no podía decir lo mismo de mí.

e-libro.net

Después de eso, me metí en la iglesia. Era en la Plaza de Santo Domingo frente a la casa de mis tías a las que no tenía intención de ir a ver, aunque no me hubiera importado verlas, de haberse terciado. La boda no se celebraría, al menos con los amigos que fuimos.

Después de la boda, nos sacamos una serie de fotos a la salida de la iglesia; grandes grupos de amigos; también estaba Pilarillo, la Gamba, quién por cierto no me había invitado a su boda, que por otra parte no sé cuando fue.

Le dije a Bartolomé, que en una iglesia precisamente fue donde casi tuve el primer contacto con una persona de mi mismo sexo.

-¿Por qué, ahora ya lo has tenido? -me respondió con esta pregunta.

No le contesté, me supongo que lo diría de broma, si era en serio es que no supo interpretar mi tono de voz, y el sentido de la frase, que por otro lado quizá fuese yo quien no supo modular bien.

Después de las fotos, se deshizo la boda. Los jóvenes, ricos, felices y documentados, nos fuimos a “La Tropical”, yo fui con Octavio y Paqui; ya empezaba otra vez en mí, esa sensación de no gustarme las grandes fiestas, pero allí estaba; iban también Benedicto y Dafne: la hermana de Herse.

Benedicto se lució ese día, contando y contando anécdotas del Colegio Mayor San Agustín; él era el único que hablaba, yo estaba en la parte de enfrente de la mesa donde él estaba, pero estaba por la mitad, mientras él estaba en un extremo; no me puse nada exigente como en alguna ocasión, y comí lo que me pusieron en la mesa, aunque era medio forzado, y encima, no oía bien la conversación.

Estaba sentado al lado de Alberto, el veterinario, el que había estudiado en Córdoba.

Él estaba dando clases en la Facultad de Veterinaria de Las Palmas, aunque yo no sabía que hubiera aquí una; tenía él junto a sí, una alumna que era su novia; ella era muy guapa; Dafne no se separaba de Bene, a quien atrapó, y si de una boda sale otra boda, de esa salieron dos, la de Alberto y la de Bene , con las respectivas.

Cuando casi todo había acabado, llegó Luis, el hermano de Bartolomé, este invitó a los puros, fue un gran detalle; él era médico y como siempre le vi tenía la dentadura perfecta. No digo que nosotros fuéramos indocumentados como Juancho, pues estábamos documentados desde hacía mucho, creo que desde los catorce años.

Me fui a mi casa con más tristeza que alegría, a Bartolomé ya no lo volvería a ver hasta años después, en otra boda.

Empecé, al empezar a trabajar, a coger taxis, para todo menos para ir a trabajar, ya que vivía cerca de éste. Pero para ir a cenar al Puerto o a cualquier sitio, lo cogía.

Recuerdo cómo al principio, feliz de mi suerte, hablaba con todos los taxistas, todos los mayores que yo. Sí, realmente era un ganador, y encima agradable, qué caray; tan agradable que incluso decía a todos que yo era farmacéutico; uno incluso me dijo que el tenía en su barrio a un farmacéutico, jovencito, que era una excelente persona; bueno, buenísimo era aquel muchacho.

“Vaya, toda una joya”, pensé yo.

A mi me parecía que yo era el único, el inigualable, el inimitable, el dios único y verdadero, yo, Antonio y no caía en que estaba claro que les resultaba pedante y cargante.

Ahora que me doy cuenta: está de moda en los jóvenes veinteañeros el usar sólo la parte de abajo del chandal, y tan suelto éste, que se les vea el calzoncillos, no sé si será una moda de todos los jóvenes, o sólo de los chabolistas, la verdad es que por las calles que transito, todos llevan camisas o camisetas, pero aquí, los chabolistas, extienden su casa a la calle, y a la zona.

También es norma, no llevar casco para motos, y eso que casi todos tienen una; al menos dos o tres hay por la zona. Destaca entre todas una similar a las Derby diablo, desconozco cómo se llaman ahora, es azul y los radios de las ruedas amarillos, bastante hortera; ahora que lo pienso, está pintada igual que el equipaje de fútbol de La U. D. Las Palmas. Pero esto no es lo que interesa, sino que su dueño, está todos los días cambiando y arreglando la moto; la arma y desarma por partes, la mayoría de los días. No tiene los dieciocho años cumplidos.

En fin, mientras ese sea su vicio, siempre que sea el único, y mientras no haga excesivo ruido, que sí lo hace, pero qué le vamos a hacer.

Durante años, quería hacer otra carrera, a mi primo el médico, le dije que iba a hacer empresariales; quería hacer literatura, quería escribir igual que lo hacía Juancho o mi tío, en fin, quería hacer cosas, y a lo grande, todo, menos lo que estaba haciendo, que me parecía una perdida de tiempo. ¿Qué quería hacer exactamente?, aún no lo

e-libro.net

sabía, pero era algo relacionado con libros, y era bobo, pues no sabía qué era, pero sí, en el fondo lo sabía, aunque no me daba cuenta que lo que más me gustaba era escribir y lo que ello lleva consigo.

Aún recuerdo el mar verde azulado casi transparente de Los Secos, era algo realmente hermoso; he de adelantarles, que nunca más he ido; guardo de él un gran recuerdo. He tenido un par de veces sueños, y me los imagino lleno de hamacas y sombrillas, y algunas zonas, a tope de casetas. ¿Quién sabe cómo estará mi preciada playita?, únicos capitalinos, o de los pocos que la conocíamos y que habíamos gozado de su soledad, y por qué no: libertad, allí uno no debía nada a nadie, aunque también había rangos: el jefe era Miguelo, quien mejor se conocía la zona y quien más entendía de motores, o al menos de esos motores, tanto el de él como el de Manolito. Todavía conservo una barra de pasador de acero para la hélice del motor, algunas las tengo cortadas a la medida. No tengo ni idea de donde las mandaba a hacer Miguelo; lo cierto es que la pagábamos entre los dos (aunque la mayor parte de las veces las pagaba él), pero quien entendía de eso era él; yo sabía quitarla y poner una nueva; secar las bujías, pero poco más; él en cambio parecía entender bastante; el motor casi siempre lo llevábamos a tierra y allí él, mientras yo hacía la comida, se dedicaba a ponerlo a punto; se parecía en eso al joven de la moto de mi barrio.

En esa época, cosa que nunca había visto en La Laguna, empecé a ver jóvenes vestidos con pantalones de pinzas oscuros, camisa blanca de manga corta y una corbata que solía ser bastante seria. Eran los mormones, religión ésta por lo que oí que consentía y casi practicaba el culto al cuerpo; llevaban ellos una chapa que los identificaba; ésta les colgaba del bolsillo izquierdo. Solían llevar la Biblia en la mano, y siempre iban dos, una pareja; las mujeres mormonas, no las vería hasta años más tarde.

Tengo entendido que es una religión norteamericana, y los que así vestían eran casi todos de U.S.A.

Muchas veces, pienso que critico demasiado a las personas que me rodean, y es porque pienso que ninguno de ellos me va a leer, y si me empieza a leer, seguro que no acaban el libro, motivo por el que muchas veces descargo mis frustraciones e incapacidades con ellos aquí. Sí, seguía acordándome de Totó; hasta tal punto, que como no veía a ninguna chica que la pudiera sustituir en hermosura, pues seguía pensando en su persona. Nos seguíamos escribiendo, aunque ahora las cartas eran más esporádicas, mucho más.

Como saben, iba cada cierto tiempo a ver a mis tías; ahora al trabajar de farmacéutico era más difícil coincidir algún día; debía ser cuando ellas tuvieran guardia, pero nunca me gustaba ir a visitarlas esos días pues solían estar, y con razón, de malhumor, a pesar de que en esos días, ganaban mucho más que cualquier otro día, al menos hasta las doce de la noche, a partir de esa hora, ya no digo nada. El que era, o parecía ser un fiel lacayo, era David, pues más que un empleado era un esclavo; hacía horas extras por todos lados, y aunque nunca me lo dijo, por una expresión de Dulcina un día, deduje que cobraba dinero negro.

¿Cómo las veía pues?, bastante sencillo, me invitaba yo mismo, algún que otro sábado a comer a su casa, así les decía:

-¿Me invitan tal día, o el día que ustedes quieran a almorzar?

-Sí, ven tal o cual día -me decían.

Era siempre sábado; salía de C... y cogía un taxi; como siempre, muy amable yo con los taxistas, y les decía: a la Plaza de Santa Ana; no a la Plaza de Santo Domingo, o más concretamente a G.T., que era donde vivían, sino lo justo para caminar un pequeño trecho y así “hacer deporte”. Solía llegar antes de que ellas llegasen; apretaba los dos timbres de la casa, dos veces, pues esa era la contraseña; la primera vez que fui, después de bastante tiempo, ya no me acordaba cómo era la contraseña, pero nada más verme ante tan bonito dictáfono, la recordé; digo bonito, pues aunque éste era como todos, de acero inoxidable, tenía por fuera como un entramado de madera, muy coqueto.

Al llegar antes que ellas, debía hacer hincapié en tocar fuerte y claro, para que Antonio, me oyera.

Sabía que era alcohólico, pero el que un vecino de ellas, me dijera en una ocasión:

-No, ahora está Antonio solo, que como le gusta beber, je, je…

Como diciendo, “pues ya se sabe, seguro que está borracho”; esto me dolía.

Muchas veces me abría él, y eran pocas las veces que no oía, pues cuando sabía que yo iba a llegar empezaba a mirar por la ventana cada cierto tiempo. Según parece, me tenía algo de afecto, y le gustaba charlar conmigo, seguro, porque yo aguanto casi todo lo que me echen; ya cada vez muchísimo menos.

Antonio, estaba siempre bebiendo cerveza; la comida que hacía era sumamente exquisita, toda a base de grandes delicadezas. Él decía siempre que mis tías no sabían comer, porque a lo mejor las gambas eran congeladas.

e-libro.net

La comida estaba siempre exquisita. Las papas las partía finísimas y no eran en gran cantidad, es más, estaban en la cantidad justa.

Él estaba siempre bebiendo cerveza, no de forma desesperada, sino monótona; yo la bebía con más ganas que él. Siempre me invitaba a cerveza, pero yo la rechazaba, bebía Coca-Cola.

Algunas veces, le preguntaba cuantas cervezas bebía al día, él me contestaba que cinco o seis; muy falso, pues eso es lo que se bebía por las mañanas; muy pocas veces le preguntaba si bebía alcohol más concentrado; alguna vez, me dijo que sí, aunque, aseguraría que no le gustaba hablar del asunto y a mí tampoco, pues me resultaba de lo más molesto y engorroso. Después venían mis tías y nos poníamos a hablar de diversos temas; quien más hablaba era Mila, quizás por Dulcina ser más tranquila, más observadora.

Dulcina se tomaba una cervecita en el almuerzo; a ella si se le notaba que le sabía a gloria.

Un día, hablando, hablando, me largó Mila cosas de la herencia; me sentía incómodo, pues no sabía como reaccionar, y sí, yo había pensado en su herencia, pero nunca había pensado en comentarlo con ellas; ya digo, estaba muy incómodo, y ella dale que te pego, hablando de la herencia de la madre, que les había costado muchísimo heredarla, etc, etc; eso iba a cuento para que no esperase nada de ella, y lo que tocase, se iba a perder entre abogados y demás. “Correcto, comprendido”.

También nos poníamos a hablar de los finados, más concretamente de sus dos hermanos; les dije que me había enterado tarde de lo de la muerte de mi padre, más tarde de haberlas visto a ellas esas Navidades; de Joaquín me enteré pronto, motivo por el que las llamé, y Dulcina, muy molesta me respondió, y yo sin saber por qué, de forma seca, y queriéndome cortar. En ese momento creí que era porque habían llamado muchas personas por simple cortesía, y quizás eso les molestara a ellas, cuando querían intimidad; del auténtico motivo me enteraría años después, y fue porque hubo cabreo el día de la muerte de mi padre, ya que mi familia se enteró por Domingo Ramírez, que a su vez se enteró al leer el periódico; él sí que se movió para ver si nos había dejado en herencia algo, pero no, no dejó nada de nada, ni lo más mínimo.

Mi madre, me imagino que dolida, me decía cuando iba a casa de las tías:

-¿Qué, hoy vas a comer bien, no?

-Sí -le contestaba yo- en plan marqués.

Otras veces le decía que no fuera boba, que yo prefería su comida a cualquier otra, la verdad, y esto lo he de decir con el pecho bien inflado, es que nunca había comido tan bien hasta ese momento, como en mi casa.

Mis tías cuando iban a comer, se vestían con unos modelitos que daban lástima y risa; eran de lo más viejo que existía en el mercado, y encima superacartonados.

Ellas nunca gastaron mucho en ropa, para ser sinceros, cuando mejor las he empezado a ver bien vestidas es últimamente, y eso aún no son gran cosa.

El paño, o los paños de la cocina, se caracterizaban porque lo que en principio era blanco, terminó siendo negro, pero negro total. A mí tales trapos me daban asco y vergüenza. Lo mismo ocurría con los de la farmacia. Ellas eran empresarias, no grandes empresarias, pero sí lo suficiente para vivir bien; salvo las veces que les robaban, que fueron unas cuantas.

De normal, al salir de la farmacia, iba a mi casa, e inmediatamente llamaba al Lu, éste la mayoría de las veces me decía:

-Vente pa´cá titi.

Yo iba enseguida.

Allí estaba unos tres cuartos de hora, en los que fumaba cigarro tras cigarro, y ya casi por obligación, me invitaba a un cortado; se caracterizaba éste, a saber, por dos cosas: lo primero, que le ponía leche condensada, todo un lujazo, y el segundo, que era el café filtrado, a la antigua usanza, tan antigua que yo a mi familia nunca se lo había visto hacer. Desde la época de mis abuelos, sobre todo los paternos, a cuya casa iba con más frecuencia, más que nada porque ellos vivían en la capital, en la zona más antigua de la ciudad, donde seguían viviendo las hijas, pues desde la época en que vivía mi tío Joaquin, que ya se bebía mucho café en esa casa, lo hacían de cafetera exprés, al igual que yo lo tomo ahora.

Otra cosa que con el tiempo fui observando, es que con mucha frecuencia el café del Lu, tenía habitantes, generalmente eran mosquitos, a los cuales toleraba: “Si hay bichos, bien podía haber cucas”; no andaba yo muy lejos en los razonamientos, pues alguna vez, incluso llegué a ver ratones. El día que lo vi, me quedé lívido, a pesar de que intenté disimular. Sospecho que el Lu no se dio cuenta.

e-libro.net

Si no me daba el café, empezaba a impacientarme; el Lu sólo hacía escuchar, casi nunca hablaba, salvo cuando estábamos todos los amigos que él me presentaría con el tiempo; entonces se explayaba y parecía como si nunca hubiera hablado; para ser sinceros, debo decir que hablaba demasiado y mal, pues tenía muchos fallos de dicción, que se le aumentaban cuando estaba borracho, ocasiones en las que más hablaba, y en las que solía meter la pata.

Me presentó a unos cuantos amigos que él tenía de cuando iba a la Iglesia Evangelista, la mayoría eran desahuciados y algunos, fanáticos, o al menos de boquilla. Algunos de ellos son:

Tony Martín: el más joven de todos, tendría unos diecinueve años aproximadamente; había estado trabajando como técnico en telefónica, pero con el tiempo lo despidieron y estuvo la mayor parte del tiempo parado. Muchos años después encontraría trabajo en una tienda en la que se vendían timbres y papeles oficiales del estado. Era bastante saludable, tanto que llegaba a ser maniático.

Armando: esquizofrénico crónico que vivía en la Obra Social, casa de recogida para gente enferma; según decía él, su profesión era la de joyero, aunque nunca le vi ejerciendo, pero en cambio, si lo vi trabajando en una tapicería de la misma "Obra". Con él tomaría contacto más tarde.

Tony Romero: el más normalito, cuando no estaba en una religión estaba en otra, era un mujeriego. No estudió sino la E.G.B. y luego se puso a hacer F.P y no lo terminó.

Camacho: esquizofrénico, joyero, e íntimo de Armando. Es un poco raro, nunca se sabe qué le puede molestar o qué no.

Control: su nombre es Javier, pero yo siempre le llamo por su segundo apellido. Es esquizofrénico y funcionario con oposición; está garantizado de por vida. Es el más normalito, de él ya les he hablado.

Alberto: el más emprendedor; estudia música en el conservatorio; era epiléptico, aunque restablecido; ojalá yo pudiera decir lo mismo de mi enfermedad, espero que sí, cosa que a veces estoy más que seguro, pero ya ustedes juzgarán.

Así de pronto no recuerdo más amigos, si alguno tengo olvidado, ya lo nombraré.

Durante esos tiempos, no tenía alucinaciones ni nada por el estilo, pero sí tenía una gran imaginación, imaginaba que Juancho y Felipe me acompañaban todos los días, los imaginaba justo cuando me metía en el cuarto a leer, y los recuerdo como hacían acto de presencia en mi habitación.

Le había dicho al Lu, que si alguna vez me veía con los ojos de una forma rara, que avisara a mi madre, pues eso era que estaba mal; seguro que él no sabía a qué me refería, pues así me ponía siempre que había mucho trabajo, o que faltaba alguien a él, o sea, continuamente, pues entre tanto personal, es lógico que siempre estuviera uno de vacaciones, o alguno enfermo, de todas formas, las bajas por enfermedad, eran de las que menos había. Seguro que porque se le tenía miedo al jefe, al que yo le profesaba un respetuoso odio.

D. Rafael, pocas veces hablaba conmigo, muy pocas, por no decir casi ninguna. Me sentía como un esclavo, a pesar de que no hacía horas extras, ni guardias, así les decía cuando ellos las tenían.

-Que les sea leve. Hasta mañana.

Y por supuesto, al día siguiente no llegaba temprano, sino como mucho cinco minutos antes de mi hora de llegada.

Dormía un huevo, lo asociaba al exceso de trabajo, otras veces pensaba si no sería la inyección de Lonseren®, único tratamiento que en esa época llevaba.

El mierda de mi doctor, me decía que tenía que estar con él cinco años, y que después, ya veríamos, dándome a entender que después de ese tiempo, me la quitaría, si no había ningún inconveniente.

Yo suplicaba al diablo (pues en Dios prácticamente no creía), que me quitaran la medicación, y no es que fuera al diablo, pero sólo confiaba en mi débil persona, aviado iba. Éramos los hijos del felipismo, los que no se creíamos en nada, sino en uno mismo.

Según leí en un periódico, mientras sirvieran de algo a Felipe sus ayudantes, todo iba bien, desde que fracasaban en algo o por algo, les daba una palmadita en la espalda, y que venga el siguiente. Creía sólo en la temporalidad y caducidad del ser humano; caducidad digo (sin saber si está bien explicado y expresado, o no) pues el hombre muere, y una vez muerto, ya no hay nada qué hacer. Tenemos vidas muy limitadas, a pesar de que una vez mi tío Joaquín me dijera al poco antes de enfermar mortalmente:

-Mira que he hecho cosas.

Por mi parte, siempre pienso que podría hacer un poco más, una "chispita" más, a ver si forzamos la maquinaria al máximo, aunque muchas veces por este motivo, la tuerca se pasa de rosca, y ocurre lo que ocurre.

e-libro.net

Parecía, y perdonen que me detenga tanto en esto, pues mi madre es todo lo contrario, siempre está lavando y lavando, que mis tías no usaban la lavadora, para ser sinceros, ellas no olían mal, pero Antonio Lotario usaba una ropa ajada y sucia, mejor sería que se pusiera un delantal, ya que como he dicho, él hacía ese tipo de tareas del hogar, al igual que la compra del supermercado diaria, y después están los trapos de la cocina, los tenían hediondos y acartonados, ¿sería que no los lavaban, sino que los tendían después de usarlos?, o puede que lo usaran de varios días. Mi madre los cambiaba a diario, y a veces incluso hasta dos veces.

Como bien dijo Pío Baroja: "Cada edad tiene sus preocupaciones", y esto es lógico, no es lo mismo lo que me preocupaba de niño (que era mi gran soledad) o de adolescente (que era la corrupción), de veinteañero (que eran las dos cosas y muchas más), y los treinta años que es la conciencia de que se ha hecho poco, muy poco, que siempre se pierde el tiempo, esto es al menos en mi caso, aunque lógicamente no pienso sólo en eso.

!Dios mío! ¿la literatura, qué es, contar bien las historias?, que en definitiva es la propia historia de uno y que por tanto es siempre la misma historia, pues recuerdo a mi tío: "toda una serie de acontecimientos, son los que se repiten a lo largo de la historia", yo hoy día discrepo, pues para mí el mundo está en movimiento, y por tanto en continuo cambio, y aunque a uno le influya lo que lee o ve o experimenta, pero seguro que nunca será la nuestra, la misma experiencia que la de ese autor de ese libro que nosotros viviremos más tarde; diremos que sí, que ahora me pasó esto que leí en tal o cual sitio, pero seguro que las circunstancias y todo lo que nos rodea es distinto, por muy cercano que nos sea o parezca el escritor.

Si yo me considero un escritor, cosa que estoy deseando, convertirme en uno del gremio, siempre que dicho ilustre gremio me acepte, y si no me acepta, yo seguiré dando la tabarra, tengo claro que las personas que me rodean, al leerme, experimentarán cosas distintas a las que yo he sentido, no digo nada de personas que estén en otros parajes y otras latitudes. A que suena muy literato eso de parajes y latitudes, me suena a bohemio, a escritor antiguo.

¿Quién sabe si al final mi madre va a tener razón al decirme?:

-¿Pero mi niño, a quién va a interesar tu vida?

Por otro lado, en mi vida no hay grandes entresijos, aventuras, intrigas y demás, que aunque algo hay, no creo que sean lo suficiente para tener éxito; me estoy pareciendo a un escritor del norte de Europa, del que leí que tenía un libro que consistía en preguntarse si sus libros tendrían éxito o no, eran toda una serie de cuestiones que se hacía acerca de la venta y difusión que sus escritos tendrían. Es posible que todos los creadores se plantearan cuestiones similares a ésta, al menos a mí me ocurre.

Sabía que iba a escribir, pero nunca pensé que fuera tan pronto, sí quería pegar el bombazo a los cuarenta y pico, pero por mi manía de hacer más y más, me he decidido llevarlo a cabo.

El muelle de mi ciudad, se ha ampliado una barbaridad, algo asombroso, no el dique en sí, sino los alrededores y las dependencias de éste; se ha pasado todo lo que es barcos de recreo y demás a una parte, los de carga y descarga a otra, los de uso de pasajeros a otra, y así sucesivamente; el conjunto ha dado algo realmente grande, recuerdan que había visitado Barcelona, casi más bien ojeado, y fue insuficiente para saber si eran muchas o pocas las dimensiones de sus muelles, está claro que hay más diques de los que vi, pues si en mi ciudad, que es una ciudad marginal, los hay, no digo nada de la gran ciudad europea que es Barcelona.

Lo cierto es que de lo que puedo escribir, entre otras cosas, porque lo tengo delante de las ventanas de mi cuarto, y por ende de donde escribo, es de los muelles de mi ciudad; es raro, pero siendo toda la ciudad o casi toda, zona costera, tan sólo se sitúen en un sitio los muelles, y estos creo que están ahí, desde hace quinientos años; quien fuera el que eligió la zona, lo hizo muy requetebién. Esto no quita para que en otros pueblos, los costeros, se hagan y se amplíen los muelles, es de prever que con el tiempo la isla se poblará por completo y todo serán casas y casas, claro que a medida que pase el tiempo, irán habiendo zonas viejas y algunas de ellas serán más solicitadas que otras. Si no fuera por las chabolas, estaría en una zona increíblemente buena, magnífica, es ahora y así lo pienso, menos cuando se oyen los escándalos de los chabolistas, sobre todo del adolescente y líder de todos los niños y jóvenes del perímetro de las chabolas: Güigüi.

Esta ciudad, mi querida Las Palmas, está construida en gran parte por zonas ganadas al mar, sobre todo la franja costera. Debido a ello hay problemas de humedades y filtraciones, no creo que sean tan graves como las que vi hace un par de meses en Arguineguín, pero sí son algo importantes; una amiga de mi madre, Margarita, que vive en una zona muy costera, ya le dijo a mi madre que tenía este tipo de problemas; decían que eran por tuberías rotas, yo no estaría tan seguro. Aquí debe haber buenos ingenieros, pues cada vez hay zonas en las que se hacen obras de mayor envergadura; hasta no hace mucho, poco antes de estar el actual alcalde (muy joven ciertamente),

e-libro.net

la ciudad estaba continuamente en obras. Hoy día se están también haciendo obras pero por otras partes de la ciudad, sobre todo en el Barranco de la Ballena, que está siendo cada vez más urbanizado; por lo pronto está en marcha el Pino II, nuevo hospital, que según dijo un periódico, será uno de los hospitales mejores de Europa; en él se incorporaran sistemas novedosos, como por ejemplo en la cocina con su nuevo sistema de zonas, por medio del cual se consigue que los alimentos elaborados o en proceso de elaboración, nunca estén en contacto con los alimentos crudos. También introducen la utilización de unos carros especiales para servir las comidas, los que tienen la particularidad de mantenerlas calientes y aisladas del medio ambiente. Igualmente hay un gran avance en el sistema de mantenimiento de las comidas con unos congeladores y mantenedores de última generación.

Muchas de esas cosas se oyen y se leen, pero como siempre, seguiremos siendo subdesarrollados, y encima, ahora nos quitan las ayudas, cuando dicen que tenemos la renta per cápita más baja de Europa, o sea, somos tercermundistas totales, y vivimos mal, muy mal.

Los socialistas seguían en el poder; yo ya no leía periódicos, en parte por miedo, en parte por desgana, y en parte porque ya no le veía alicientes. Veía el telediario, al que parecía que estaba suscrito; tuve épocas para todos, en los que veía los de los distintos canales; vi de todo a lo largo de los años, lo que pasaba es que cada temporada me gustaban más unos que otros; también dependía de la hora.

Solía estar en mi casa a las nueve de la noche o a las nueve menos cuarto, pues de la farmacia salía a las ocho menos cuarto y venía directamente de allí para acá. Luego iba a casa del Lu, allí al principio, le pedía a él los cigarros rubios, Marlboro solía fumar; al poco, empecé a comprar, primero un cartón, luego dos y por último cuatro o seis de Camel; me sabía mejor que el negro, y a pesar de ser un cigarro rubio, era de los más fuertes. Según veo, ya casi nadie los fuma; ahora parece ser, se fuma mucho más suave, lights. Pero bueno, lo cierto es que gastaba una pasta gansa en cigarros.

Un día, en el bazar del barrio donde compraba los cigarros, la chica del mostrador me dijo:

-¿Tú qué estás tomando?, pues eres esquizofrénico.

Esto me dejo de una pieza.

-Lonseren®, me pincho, ¿pero como lo sabes?

Enseguida pensé que mi madre le había dicho algo.

Me cabreó un huevo, que mi madre fuera contando a todo el mundo mi enfermedad, cuando lo que me ocurría precisamente es que la quería ocultar y que nadie supiera de ese pasado borrascoso mío, y esa chica, venía ahora a chafarme.

Sé que lo cuento a todo el que me quiera leer, pero esto me parece más intimo, entre tú, lector, y yo.

Al final resultó ser que ella era más esquizofrénica que yo, y le daban ataques cada cierto tiempo, aproximadamente dos al año.

Según me contó, se me notaba porque era muy nervioso. No sabía ella, que no eran precisamente nervios, sino que salía acelerado del trabajo, y estaba aun tenso cuando iba a comprar los cigarros, desodorantes y colonias. Éstas no eran de muy buena calidad, aunque suficientes, como para usarlas a diario un joven sin categoría ni prestigio alguno; veinte y pico años y tan sólo era un vulgar farmacéutico adjunto.

Me comparaba y veía lo que trabajaba mi hermana Piluca, y lo que trabajaba yo, y me indignaba; sí es cierto que ella había sacado unas oposiciones, pero no creo que fuera para que hubiese tanta diferencia entre lo que ella ganaba y lo que yo ganaba, prácticamente la mitad que ella; y tenía claro que yo trabajaba un rato largo más que ella. Vestía ella estupendamente; iba casi a diario a visitar a su novio (Chiew), quien se había venido de Inglaterra, donde vivió catorce años; desde siempre le había gustado mucho viajar; quizás tuviera mucha sabiduría, no lo discuto, y se sabía ganar la vidilla, pero no se podía decir que fuese muy apto para sociedad, no digo que no se adaptase que no es eso, pero desde que se le dice algo de estudiar, y que piense en el futuro, empieza a hacer cuentas y dice que terminaría tardísimo, o sea que eso de mover el intelecto no le iba; lo mismo se puede decir de Quillo, el marido de Pine, pero es cierto, que luego tienen otras facultades que desarrollan al máximo, bueno, bastante.

Chiew se dedicaba a dar masajes.

No puedo juzgar a todos los orientales por uno solo, con el tiempo conocería a otro, e idem de idem.

No es de extrañar que Javier Nuñez dijera que no se volvía loco por las mujeres; yo creo que mentía, o bueno, quizás lo que quería era una relación más basada en los sentimientos y no en el sexo.

e-libro.net

Ya casi no iba a la Iglesia Evangelista, de la que había sido miembro, me contó que cuando fue profesor de la escuela evangelista era cuando más feliz y cuando más futuro en su vida veía; como la mayoría de los funcionarios, tenía problemas en su trabajo, con el que no estaba del todo contento.

Un día, me llevó a unos montajes que se hacían los evangelistas en medio de las plazas; no recuerdo cómo lo llamaban; allí vi a Alberto, Tony Martín y a Control. Estuve charlando con ellos, me presentaron al pastor de la iglesia; un joven de nuestra edad más o menos; llevaba una buena carrera; en esa época, traían a pastores de América, tanto del sur como del norte.Tenía también un familiar, poco fotogénico, que igualmente predicaba en su iglesia.

Recuerdo que un servidor iba con una camisa rosada y unos pantalones de pinzas negros; le pareció extraña mi presencia al pastor, quizá en ese momento él representaba a Dios, y yo al Diablo, cosa que en absoluta deseaba.

De todas maneras, la iglesia esa, nunca me convenció.

Quizá el Lu rezara para que me convirtiese, aunque más creo que fuese mi madre, quien supongo que quería que yo no fuese un mal chico.

Empezó en ese tiempo a salir el Lu con María José, una chica que iba a la iglesia evangelista; él estaba muy enamorado, de tal forma, que me decía a mí que si Mari Jose era tal o cual, todo virtudes. Yo le decía:

-Lu, tiene dos hijos y no tiene dinero, piénsatelo.

Él no hacía el más mínimo caso; no es que él fuera un superpartido, pero ella sí lo veía así.

De ella no me puedo quejar, pues cierto día me hizo falta que me hiciera un favor, ella le pidió a Tony Martín, que la acompañase, que repartiría el dinero con él, y me lo hizo.

Cuál era el asunto, pues bien fácil, el abogado, D. Francisco Macías, me dijo que tenía que conseguir del Valle de Agaete, el mayor número de firmas de los que allí vivían, para pedir una farmacia para el barrio.

Le dije si a ella no le importaba, aprovechando que tenía un coche. Pasó primero por el despacho de D. Francisco tal y como yo le había dicho, para que él le indicara qué es lo que necesitaba exactamente.

Primero les dije que preguntasen si existía una asociación de vecinos, para que fueran a hablar con el presidente. No la había.

Yo veía a Mari José y me preguntaba, "¿Cómo una mujer con ese cuerpazo se puede enamorar del Lu?", quien no niego que no fuera buena persona, pero según decían todas mis hermanas era feísimo; yo ni lo encontraba feo ni guapo, bueno sí, tenía el presentimiento de que era feo, pero en ese momento era mi mejor amigo y eso es lo que importaba.

Creo que le ofrecí unas veinte mil pesetas por el favor, a ellos les representaban todo un mundo, para mí era un gran favor el que me hacían por una pequeña cantidad de dinero; no es que yo fuera rico, pero el dinero había que utilizarlo bien.

El Lu estaba tan enamorado que incluso se compró una colonia Loewe para estar siempre perfumado, al ver que yo olía tan bien cuando la usaba. La mía me la había regalado Mari Carmen, cuando salíamos juntos.

Mari Jose era alta, flaca y castaña, usaba el pelo largo; y si se pintaba parecía guapa; cuando estaba sin maquillar se la veía más bien feucha.

Vestía de forma marchosilla.

Ella y el Lu tenían relaciones sexuales, por lo que me decía él; yo me preguntaba cómo era tan salido, siendo tan religioso como decía.

Siempre que Javier tenía tiempo, iban a comer juntos; al Lu, lo veía ya muy poco; estaba loco con esa mujer. Gastaba y gastaba, hasta tal punto, que gastó todos sus ahorros, no serían muchos, pero era lo que tenía.

No fue eso lo malo, sino que entre una cosa y otra, empezó a gastar más de lo que tenía. Cuando salía con ellos, que en realidad fueron muy pocas veces, pagaba yo lo mío y más aún.

Una vez fuimos al campo, a La Atalaya de Santa Brígida, pues una mujer que conocí en la farmacia me había dicho que ella era la presidenta de la asociación de vecinos de ese sitio y que allí hacía falta una farmacia.

Quedé en ir, fui en el coche de Javier, un Ford utilitario rojo. Antes comimos en un bar de los carillos; no había casi nadie, por lo que nos atendieron más o menos bien. Comimos y tomé cerveza sin alcohol a mansalva; parece que no, pero esas cervezas me dan un sueño terrible; casi diría que me colocan.

Allí, en el bar, el Lu jugaba con el hijo de su novia, mientras ella y yo charlábamos algo. No sabía muy bien de qué hablarle; a veces cuando la veía me daban ganas de echarle un buen polvo y que se dejara de boberías. A veces vestía con trajes, pero normalmente iba en ropa vaquera, muy desteñida.

e-libro.net

Llegamos a la Atalaya, y allí fui a la dirección que la presidenta me había dado; era su casa, parecía enorme y estaba nuevecita; saludé a ella y a su marido, quien se quiso hacer el gracioso sin conseguirlo mucho. Esta pareja me presentó a un magote y su mujer, quienes tenían un local, en el que lógicamente iría la farmacia, llevaba este último una camisa igual a una que yo tenía y que estuve a punto de ponerme ese día.

El lugareño nos enseñó los alrededores, incluso nos llevó a donde vivía uno riquísimo, bueno, a decir verdad, aún se estaba haciendo la casa, pero se decía de él que era inmensamente rico, que era un jeque o algo así. Pudiera ser que para él, cualquiera debía ser un jeque. Fuimos en su coche, una furgoneta en la que íbamos él, su mujer, Mari Jose, el hijo, el Lu y yo. Y menos mal que era una furgoneta, pues si no, no hubiéramos podido ir. Más lógico habría sido ir yo solo, o como mucho con el Lu, pero no, me había llevado a todo un regimiento.

No fue esa la única vez que salí con ellos, hubo otras, tales como cuando fuimos a cenar a un grill. Al entrar tuvimos que esperar pues estaba a tope, nos fuimos a la parte del bar, donde empezamos a tomarnos unas cervezas; nada más empezar nos dijeron que se había desocupado una mesa, por lo que fuimos a ella. Yo llevaba corbata y el Lu también, ella iba con un traje que no recuerdo cuál era. El Lu se compró uno o dos trajes pues todo era poco para agradar a Mari Jose.

Bebimos vino con la carne, en principio una botella. Una de las veces el Lu fue al baño y me quedé solo con ella, cuando me iba a poner a hablar vi como ella estaba escrutando mi rostro quizás con un gesto que ella diría de inteligencia y que yo llamaría de poco tacto, me molestó que lo hiciera mientras el Lu no estaba; ¿motivo?, no lo podría decir.

Fue rarísimo que el Lu saliera con una mujer con los gustos de Mari Jose, demasiado caros para su economía.

Fueron también a la playa, al Inglés; él decía que ella estaba buena, aunque tenía los pechos, las tetas, algo caídos, quizás diera de mamar a sus dos hijos.

Me contó ella, que había estado casada con un militar, de quien no quería divorciarse, pues aprovechaba de paso los viajes gratuitos en los aviones del ejercito; sobre todo a Madrid, donde tengo entendido, tenía familiares. Otra cosa era la casa donde vivía, que también pertenecía al ejercito y que quizá se la quitaran si se separaba o divorciaba, bueno, por lo que me contaron, la separación estaba en trámites.

Ya Javier hablaba de matrimonio con ella. Algunas veces iba a casa del Lu, con la madre de éste en un cuarto y él con ella y sus hijos en el otro, un par de veces me llamó para que compartiera su alegría.

Recuerdan que les había dicho que les di dinero en agradecimiento a su trabajo en el valle, el que opino que lo hicieron muy bien, pues la cosa no quedó sólo ahí, sino que también los invité al Bristro Monte, bar que estaba al principio de Tafira.

Ese día pedimos comida y comida sin parar, y cómo no, también bebida y bebida; salvo Toni Martín, que no bebía, todos los demás estábamos algo “piripis”. La cuenta la pagué yo solo, salió alrededor de las dieciocho mil, algo saladito, como verán. De todas maneras la pagué con gusto. La novia del Lu también me salía a mí algo cara.

Otra de las veces en que la vi, fue un día que me invitó a su casa, y al llegar nos fuimos a un bar a comprar algo de picar, cervezas, refrescos, manises, etc. lo pagamos a medias entre el Lu y el menda; verán que mientras pago, soy un buen amigo, cuando dejo de pagar, ya no soy tan bueno, aunque por ahora siempre he sido bueno, pues siempre pago; a veces, me dan ganas de cortar con todos. Cada vez gasto menos en copas a pesar de que esa época era de exceso tras exceso.

Después de picar, lógicamente venía la cena; era comida china y también la pagamos entre los dos; amigos de estos vale la pena tenerlos en todos lados.

Me enseñaron la casa, aunque donde más estuvimos fue en el salón. La casa era pequeña, pero, “ojalá yo tuviera una igual mía”.

Lógicamente lo que sobró de la comida se lo dejamos a ella, y no sobró poco, no.

Ella me dijo que no tenía el canal plus, pero ponía la tele en esa cadena y algo veía de las películas porno. No sé si me quiso insinuar algo al decirlo, espero que no.

Allí vi por primera vez lo enamoradísimo que estaba el Lu, a quien con todo su enorme cuerpo (pesaba ciento y pico kilos) nunca lo había visto dar tantas muestras de cariño a alguien, y me jodió mucho constatar como ella lo rechazaba, me dio mucha pena y rabia por él. En ese momento tuve la sensación de que ella se reía del amor de mi amigo.

e-libro.net

Resultado final, el Lu se enamoró tanto de esa chica, que al final gastó más de lo que tenía, tal y como suele ocurrir con ciertas mujeres. Me pidió un fiado de un cuarto kilo y se lo dejé, si no gustoso, sí para que le sirviera de ejemplo para veces venideras.

Me lo fue pagando poco a poco; piensen que aún estaba pagando el coche y las cámaras, y creo que incluso un ordenador. Resultado: no tenía dinero para nada, por lo que yo le invitaba a algunas cosas; ¿tendría razón Luis, al decir?: "Claro mientras uno sea el paganini, uno tiene buenos amigos, cuando ya no pague, no tiene tantos amigos".

Es muy raro que durante esa época pensase que el responsable de todo lo que me pasaba fuera Felipe González; qué equivocado estaba, quién puede hacer todo sino Dios, y que yo sepa, Felipe es todo, menos Dios, fue durante su reinado un gran chorizo, al menos la mayor parte de los años; habían habido muchas corruptelas y él mientras, no quería dejar el poder, al que le tenía un gran gusto y afición, es más, aparte de a los bonsais creo que era su única afición.

Mi madre, supongo sabía que en la farmacia, en lo que se refiere a trabajo manual, trabajaba como un negro, y para que estuviera bien alimentado, hacía siempre mucha comida. Yo, según decía ella, debía comérmelo todo, imagínense los atracones que me daba; por primera vez empezaba a ver los malos efectos de las grandes comilonas, sí, tenía pesadillas por los excesos de comida.

¿Recuerdan cuando fuimos a la Atalaya?, pues la forma en la que conectamos la mujer y yo, fue de lo más singular. Debe ser que alguien le dijese que yo era farmacéutico, seguro, pues yo no llevaba ninguna placa indentificativa, a pesar de que a veces pensé en que me hubiera gustado, pero no fue así, nunca me dijo C... de ponérmela, sí me dijo que había épocas en que las ponía, pero no ahora, quizás me decía eso por si yo me la quería poner que se lo dijese; no lo creo, yo también era un esclavo; pues bien, ella que era enfermera del ambulatorio, contactó conmigo en un bar cercano y no muy recomendable higiénicamente, a pesar de ser frecuentado por todo tipo de personas y ser más tranquilo que la churrería, me contó que allí hacía falta una farmacia y que no se había puesto por culpa del farmacéutico de Santa Brígida.

En mi casa, me rebelaba ante todo, quizás, resultado de varias cosas, como serían mis años de vida solitaria, sin nadie que me impusiera nada, mis ansias de superación, mi primer trabajo al que odiaba soberanamente y en el que a lo máximo a lo que se podía aspirar era a encargado. Seguro que había más condicionantes, pero en este momento no los tengo presentes. Piensen que quería llegar lejos, pero sin saber con qué, sólo quería la fama y la gloria que eso reportaba, desearía que con el tiempo ese afán de lucro y fama se desvanezca, no sólo lo espero, sino que ya hoy día lo sé con certeza.

En el trabajo solíamos decir:

-Vale, hecho.

Y contestando a este respecto ante alguna orden dada, decíamos los demás, o me decían a mí:

-Mal hecho es un corcovado, y más si está cargado de hombros.

Esta era una de las bromas que más se decían en la farmacia.

Yo sin saber por qué me apunté en el grupo de los perdedores, a saber, Jacinto, Charlie y Juanito, aunque Charlie de todas formas, le olía mucho el culo al jefe.

Tengo que decirlo, no me puedo estar callado, pienso tener una empresa privada, mi farmacia, pero es cierto que aún no he visto a ningún jefe que me convenza y al que me quiera parecer.

En esos tiempos, estaba seguro que la farmacia era cuestión de pocos años, hoy no estoy tan seguro, y cuando me dicen que es cosa de once años o por ahí, me lo creo más. ¿Quién sabe si debía haberla pedido también en el Puerto de Las Nieves, pero no era tan inteligente ni tenía tanta visión de futuro, para imaginar que por ahí, por el puerto, es por donde se va a desarrollar el pueblo.

También me dijo C... un buen día que me decidiera a ponerla en el aeropuerto. Me dio toda una relación de cosas que debía hacer y decirle al abogado. Eso hice, aunque D. Francisco me dijo que el las cosas a mano no las entendía:

-Pero vea que esto está muy clarito escrito.

Se lo leí, él miro el papel, y lo aceptó, quizás ya sabía las cosas que allí ponía.

Recuerdo como el día que mi jefe me dijo eso, fue de los más felices que pasé en la farmacia. El jefe se dignaba a hablarme, y me había metido en su despacho para paliquear conmigo; en realidad fue un monologo, a lo que él estaba acostumbrado. Era verdad que lo único que sabía hacer era hablar.

e-libro.net

Siempre me ha dejado alucinado, cuando me corregía las recetas, yo me preguntaba: “Pero ¿cómo sabe leer las recetas y conocer los medicamentos, si no trabaja nada en la farmacia?” Es real el que no hacía otra cosa que hablar y hablar por teléfono, sobre todo con sus colegas de otras farmacias.

Llegó el fin de año y la cena de la empresa y cómo no, también la de confraternización de los farmacéuticos. A ésta nos apuntamos todos los farmacéuticos jóvenes, salvo Octavio y Antonio G.; realmente los que fuimos éramos Tomi, Antonio el Pelo cuca, Benedicto, sus respectivas novias, y yo. Mi acompañante era Tere, que vivía en Tafira; ella era muy amiga de Herse y como todos, estaba buscando acompañante; o si no, ella y yo, sí buscábamos acompañante.

A la celebración en el Hotel Cristina, fuimos todos; encontramos fuera a Manolo Guerra y a su novia; dentro, cerca de recepción estaban Bene y Dafne. Llegamos todos y pasamos donde había una mesa con bebidas.

Benedicto y yo fuimos a hablar con Doña Cristina, quien me dijo si yo no bebía nada; le respondí que sí, que tenía mi copa con los del grupo. Me dijo que la trajera. Yo lo hice; estuvimos hablando poco más.

Me asombró su gran collar de perlas, que supuse que era auténtico pues a ella le sobraba el dinero; los comparaba con los de mi madre y me daba lástima de nuestra precaria situación económica. Éramos realmente pobres, por mucho que lo intentáramos disimular, lo éramos cada vez más y más.

Quería hablar con mi jefe, aunque no sabía qué decirle, pero él estaba muy ocupado hablando con otro; creo más bien que se lo hacía. Al jefe le gustaba demasiado ir de juerga.

A mí me daba la sensación que la gente se reía de mi persona, por eso quizás era tan tímido.

Tere estaba buenísima, a excepción de su dentadura que le afeaba; el cuerpo estaba potentísimo. Yo le debía recordar a “Gordito Relleno”.

Doña Cristina iba con un traje típico de verano, de esos que son de falda y chaquetilla, de color beis.

D. Rafael iba de chaqueta y corbata; el traje era oscuro, no parecía que estuvieran de fiesta, seguro porque el ir a ese hotel para ellos no fuera ningún extraordinario. Si me preguntan si estoy celoso de ellos, no sabría que contestar, lo que sí pienso es lo mal repartido que está el mundo.

Nunca he culpado a mi madre por no trabajar; siempre ha sido un ama de casa y su función la ha cumplido a las mil maravillas.

El caso de C... y su mujer, ambos farmacéuticos muy bien situados, es un caso total y absolutamente extraordinario, algo fuera de serie; la farmacia de su mujer es una buena farmacia, pero comparada con la de su marido, da simplemente para los gastos domésticos.

Entramos a cenar, debíamos pagar por adelantado cada uno la cena, eso hicimos en el colegio. Pasamos a un salón a comer, pues las bebidas se tomaban al descubierto, cerca de la piscina, a la que no fuimos.

Fuera estábamos en un rincón, nosotros los jóvenes, los pardillos sin dinero y sin farmacia.

Dentro, en el comedor, cenamos. Tere estaba muy guapa, daba a entender que era de buena familia, yo nunca di a entender eso. Si no fuera por su saliente dentadura, bien podría parecer una modelo. Vestía con ropas muy bonitas y caras. Creo que había echo F.P., seguro que de ahí conocía a Herse; ella era de todas maneras una gran señora, daba clases de costura y luego trabajaba en una tienda de muebles con su padre. Estaba proyectando independizarse económicamente; estaba pensando, y así lo hizo, montar una tienda de colchones; el negocio se le vendría muy pronto abajo, se le fue todo al garete. Lo montó en la calle Fernando Guanarteme. Incluso se compró un coche furgoneta, de esos que a mí no me gustaban nada, seguro que para cargar los colchones.

Estando en la cena, y con las chaquetas quitadas, Bene dijo de ir a saludar al jefe; seguro que él se llevaba con el “boss” mejor que yo. Dijo que nos pusiéramos las chaquetas y eso hice, no por nada, sino porque él me lo dijo, no pensaba yo que era una falta de cortesía el estar sin chaqueta. Nos dirigimos a él, y fue Bene quién habló y rompió el hielo, menos mal, pues yo no sabía de qué hablar, él para mí era el jefe; él, el jefe, en seguida reaccionó y tomó la voz cantante, seguro, para que no vieran sus amigos el grado de esclavitud a que nos tenía sometidos; sobre todo en cuanto al trato de “usted” que debíamos tener con él; aseguraría, que hizo lo posible para que no se notara. Bene satisfecho con su condición social, iba de un sitio a otro como una abeja que va libando de flor en flor; yo sin embargo, me sentía molesto allí, y en todos sitios.

Al terminar la cena, durante la que pregunté a Tere sobre los cubiertos, de cómo se usaban. No aprendería hasta años después, que en caso de duda, hay que empezar a usar de fuera hacia dentro. O sea los de los primeros platos eran los de fuera, y a medida que se van usando, se van cogiendo los de dentro. No obstante, creo que a lo sumo me he encontrado con cenas o almuerzos en el que el máximo han sido seis cubiertos, aunque lo normal eran cuatro. Ese día, no recuerdo cuántos eran.

e-libro.net

Como siempre, empecé a beber y beber, vino en principio; no me podía explicar cómo los amigos y excompañeros no se aburrían, a mí si no hay acción se me pasan los minutos lentísimos.

Una vez terminada la cena, empezó la entrega de premios y placas: a la veteranía, etc, etc.

Nuestro grupo era en el que más jóvenes había; en una mesa no muy lejos, había una rubia teñida muy llamativa; Manolo y yo, nos quedamos mirándola, no mucho pues llevaba acompañante, pero me impactó.

Manolo estaba recién pelado, eso ya me pareció excesivo, el que fuera a una cena recién pelado me pareció no sé qué.

Se fue la rubia peligrosa. Empezaron a servir copas, y allí fui yo a tomar la mía; no sabía si era barra libre o no, pedí lo mío y lo de Tomi. No creo que pagara; cuando se enteraron que había que pagar, todos me dijeron que fuera yo; claro está, yo era el tonto del pueblo; pero por una vez no les hice caso y no fui.

Después dirían que no había que pagar, aquello se normalizó más; había gente que había protestado, por cobrarnos, seguro que habían unos cuantos que no llevaban dinero.

Después de un par de bailes, durante los que me obligaron a bailar y como un tonto fui. Resultado: ridículo supremo, pero todo sea por la galería, de todas formas pensaba que debía aprender a bailar, aunque no era como para tomar clases y demás, bueno realmente sí habría sido preciso de haber querido no hacer el ridículo, pero a mí, acostumbrado a ello, no me preocupaba grandemente.

Con el tiempo aprendería al menos a mover el cuerpo, balanceándolo al ritmo de determinadas melodías; aunque creía que lo hacía tan bien, que seguro que por exceso de confianza, también metía la pata. De todas formas, hace tiempo que no bailo en salas de baile; no adelantemos acontecimientos.

Después de salir de allí, no recuerdo donde fuimos, ni a qué hora llegué a mi casa. Sólo sabía una cosa, era la primera Navidad en la que yo trabajaba; y como estaba cabreado con todos, no le daba cuentas a nadie de lo que hacía o dejaba de hacer. A decir verdad, lo que estaba era amargándome más y más cada vez.

El día de Navidad, fui a trabajar, luego, a la salida del trabajo, creo que trabajamos hasta el mediodía, me fui a casa del Lu, allí nos pusimos a comer y comer y a beber y beber; resultado, me fui a mi casa borracho perdido, y sin hambre alguna, a pesar de que en el almuerzo, como siempre ocurre en ese día, nada más que había comido un poco de arroz con huevos fritos; esto era para que llegáramos a la noche con más apetito. Yo incluso me vomité encima, por lo que tuve que cambiarme de camisa y pantalones, me puse unos vaqueros y una camisa a cuadros de manga larga; aún conservo ambas prendas.

En casa del Lu comí de todo, lo hice por él para no dejarlo solo, aunque no tenía muchas ganas de comer, a pesar de lo abundante de la comida que me ofrecieron, pensando sobre todo en los roedores.

La cena de Navidad fue un desastre; metí la pata por la borrachera que tenía, dije un par de disparates a modo de chistes, con los que la única que se río fue Nenina, la hija de Rosa María.

El jefe nos daba por Navidad una cesta, o una bandeja, dependiendo del año, llena de comidas típicas de Navidad, en realidad eran comida y bebidas; yo casi hice más caso del güisqui que de otra cosa, no era etiqueta negra, y eso me molestó; “yo, un farmacéutico cogiendo cosas que no sean de marca”, sí, siempre he sido un estúpido y un engreído; había una cesta para cada uno, imagínense la cantidad total de cestas que debían ser, trece o quince en total; aparte de esto, había un pequeño regalo para el portero de al lado. ¿Por qué para él?, ni idea, es posible porque vigilara algo la farmacia, aunque en esos años suponía que era por algo de parentesco entre el jefe y éste.

Jacinto nos decía que le diéramos las gracias al jefe, que eso seguro que le gustaba. Y se notaba que le gustaba. Lo cierto es que no tenía obligación ninguna, y quieran o no, era un gasto, pues la paga de Navidad la teníamos todos, aparte de ese extraordinario.

Estaba pensando en decirle a Jacinto, que me llevara para mi casa, pero me dio vergüenza, era para no ir yo cargado con la cesta, “porque no era digno de mí”. Le di las gracias al jefe aunque sin mucha efusividad, sobre todo porque “me merecía un güisqui etiqueta negra”; efectivamente, tenía exceso de pretensiones, y grandes ínfulas, para ser un joven inexperto, ya no solo en el trabajo, sino también en la vida; no digo que ahora sea un experto, pero sí tengo más andaduras que en esos años.

Hubo un día, que pudiera ser el mismo de Navidad, no me acuerdo para tanto, en los que el jefe invitaba a un tentempié, en el bar de al lado; allí sí se podía tomar Chivas o lo que fuera, cosa que hacíamos; era un tapeo abundante pero rápido, pues todos teníamos ganas de llegar a casa y compartir la velada con los suyos; todos menos yo, según podría parecer, pero esto no es del todo cierto, pues cuando estuve con el Lu, estaba a gusto con

e-libro.net

él, pero me daba mucha pena hartarme y que luego no pudiera comer en mi casa; cogía la vía más fácil, emborracharme, y no saber, no afrontar.

Según decía el Lu, ellos nunca celebraban esas noches, sino que la tía hacía una serie de comidas para irlas degustando a lo largo del día. Cuando me iba, llegó Camacho, quien también se puso a beber y a comer; según me dijo un par de días después, Camacho se le había puesto a llorar, diciéndole que él le quería mucho y cosas por el estilo. A mí Camacho me resulta algo raro; nunca llegué a estar del todo cómodo con él. Lo que no quita para que le considere buen amigo. El Lu me dijo por esa vez:

-Yo no soy partidario de demostrar así los sentimientos, eso me parece algo violento.

Le contesté que a mí me ocurría igual. Yo era muy amigo del Lu, pero no le daba a entender grandes cariños, aunque eso sí, lo saludaba siempre con un gran apretón de manos y una palmada en su gran barriga; pesaba unos ciento diez kilos, si no más. Él no era partidario de decir su peso; probablemente también le acomplejaba como a mí la barriga. Era tan grande la suya, según decía él, por lo mal que hacía la comida su tía; a mí me sabía bien, al menos la de Navidad. A decir verdad, muy pocas veces comí allí, a pesar de que me invitaba frecuentemente.

A pesar de lo mal que veía que vivía el Lu, me daba la sensación de que vivía al día; sí estaba apuntado para que le dieran una casa de protección oficial, pero él no ahorraba, todo lo contrario, incluso han visto que en ocasiones vivía por encima de sus posibilidades. Cada vez me da más miedo pasar por delante de la casa del Lu, no por él y su familia, sino por la canalla que hay por ahí.

El Lu, al lado de mi casa, a menos de un minuto de distancia; es más, desde lo alto de mi azotea se puede ver su casa.

Nunca más volvió a ahorrar como ahorrara al principio; ganaba su sueldo, y éste lo gastaba integro; creo que no daba nada en su casa.

En esa época daba diez mil pesetas en mi casa, aunque es una mierda, me parecía muchísimo, pues mi hermana Piluca con doscientas cincuenta mil que ganaba, le daba veinte mil a mi madre; no es muy proporcional la cosa.

Yo empecé ganando noventa mil pesetas pero esto sólo fue unos dos o tres meses; luego pasé a cobrar ciento diez aproximadamente; comparado con mi hermana era una porquería y no creo que fuera un trabajo muy sufrido el de profesora a pesar de que dicen que es donde más depresiones se da; opino que eso es porque se trata del colectivo más grande, y por tanto hay de todo; también por el exceso de tiempo libre, que no saben qué hacer en él; no saben disfrutar del ocio (como yo que lo digo), y se dedican a pensar y pensar y al final se les van los días pensando en nada; soy bastante trabajador, me juego que más que la media de los profesores. Estoy rodeado de ellos, y sé más o menos lo que se “mueven”.

Conozco a un colega al que le dije que si uno no se colegiaba, luego debía pagar todas las mensualidades que estaban sin abonar, me respondió que no, que eso era un disparate. Disparate o no, eso fue lo que me enseñó mi mala y nefasta profesora de Historia y Legislación; lo único que saqué en claro de ella fue que ahora a las boticas se las llamaba oficinas de farmacia. Y puede ser que tuviera razón mi amigo, por lo que he visto.

C..., D. Rafael, a veces me decía:

-…la botica…

A mí esto me llenaba de una alegría inmensa: “Bien, menos mal que hay algo de gusto por lo clásico, y no todo por lo nuevo y novedoso”. Pero me duraban muy poco esos pensamientos. Las solía decir en medio de alguna frase; a veces la nombraba sólo por el placer de nombrarla, yo compartía dicho placer. La única posibilidad de tener mi propia botica era ponerla yo: “Ya me faltaba menos”, me consolaba.

Benedicto se fue al mes de estar en la farmacia, a la farmacia de la mujer; daba la sensación de que los formaban en la farmacia del marido y de allí los mandaban a la de abajo, a mí afortunadamente nunca me mandaron, quizá porque vivía en el barrio del jefe, aunque en una casa algo pocha ya.

A pesar de que muchas veces han visto que me quejo, es lógico, “quien no llora no mama”, podrían decir, pero no lo hago por ese motivo, sino porque veo grandes injusticias. De todas formas así y todo he de considerarme afortunado, pues no estoy entre “los sin techo”, ya sea por pobreza, por mala cabeza o por lo que sea, lo cierto es que tengo hogar, y muchos no lo tienen; yo, que he estado “loco”, aunque eso podría sonar algo duro (quizás fuera mejor decir que pasé una disfunción de la psique), lo cierto es que no me faltó quien me acogiera y quien estuviera conmigo. No fue ninguna personalidad a verme, pues no soy un gran personaje, pero toda mi

e-libro.net

familia, al menos mis hermanas y mi madre estaban conmigo, no sería de extrañar que mi madre rezara por mi pronta recuperación.

Benedicto tampoco duró mucho en la farmacia de Doña Cristina; rápidamente se fue a Cofarca.

Me imagino que hoy día ganará un buen sueldo, pues me cuenta de ciertos trabajos bien pagados, que si yo los quiero coger; a mí por lo pronto no me interesan esos.

Ya no estaba el tenducho que estaba por casa de Javier, el de arriba al menos, el de abajo sí se había conservado, a pesar de estar en una zona de chalets adosados y ser por tanto una zona cara; no puedo decir si la tienda sigue siendo de los mismos dueños. El que sí sigue siendo el mismo es el panadero, aunque él ya no es el que hace el reparto a primera hora, ahora es el hijo; la mujer del panadero, viste como toda una gran señora que es. Iba a la farmacia y siempre me saludaba; yo le devolvía el saludo, su cara me resultaba muy conocida del barrio, pero no sabía encuadrarla, hasta que ella me lo dijo, en voz baja, como si no estuviera orgulloso del trabajo de su marido.

Llegó el día de Reyes, y siempre esperaba algo en esa fecha, cómo no, llegó toda una serie de regalos de mi casa y mis hermanas; de mis hermanas poco, pues se dedicaba poco dinero a cada uno de los hermanos. Jose me regaló una colonia muy buena, aún me queda algo de ella; al par de días, cuando llegó el fin de semana, fui a casa de mis padrinos, y mis primos; mi padrino me dijo que mi prima Clara Eugenia se había ido a Tenerife con el novio a pasar un par de días. Ese año mi padrino me regaló un magnífico pantalón de pinzas, de color verde, de corte moderno, no como los clásicos que tengo ahora, ni mucho menos. Eran como teñidos, que no quiere decir que estuvieran desteñidos como lo están ahora.

Quizá no les gustó mucho el que me quitara el que llevaba puesto y me pusiera el nuevo; lógicamente me cambié en el baño. Me deslumbraron esos pantalones, les di las gracias a los dos, Conchita no me dijo nada, sin embargo Domingo, como siempre, me dio a entender que él no tenía nada que ver con ello. Lo dudo, me imagino que como mínimo él ha sido el que ha dado el dinero; bueno realmente Conchita compra con tarjetas, que intuyo que están a nombre de los dos, pues si no, no sé como tira de ella tanto, no creo que tuviera demasiado dinero mi tía, pues es ama de casa.

Recuerden, pues yo ya no lo recuerdo si lo dije o no, que él me dijo una vez:

-Si yo llegara a separarme de mi mujer, le dejaba todo a ella, y yo empezaba de cero.

Esto me dejó alucinado, pues lo que yo había vivido era justamente todo lo contrario.

Aunque les parezca hortera, el pantalón no lo era en absoluto, era de un verde botella y de aspecto deportivo.

Piluca también fue, aunque para ella, no hubo ningún regalo; no se asusten, o mejor, no se extrañen, porque lo que sí me da algo de sorpresa, es que entre los Ramírez-D, no se regalan nada, no sólo entre los padres, sino también entre los padres y los hijos y viceversa. El motivo, lo desconozco.

Mi hermano Jose nos llevó y nos fue a buscar, como siempre, debíamos estar todos a la disposición de él, y no él a la nuestra. Fíjense que nosotros éramos tres, y él es él solo; sí es cierto que iba a ver o a buscar a la novia, pero no es motivo para que el más pequeño de la familia, maneje tanto a los demás. Al final no nos fue a buscar muy tarde, pero me encontraba superquemado, pues al día siguiente tenía que trabajar, a Jose eso del trabajo siempre le ha preocupado muy poco. Bueno, realmente no tengo ni idea de si es trabajador o no, eso no lo sé; según me dejó ver una vez, él sabe más de la profesión que los que hacen las leyes sobre ella, y por ello yo deduje que era el motivo por el que no se preocupa en estudiar; lleva trabajando ni se sabe cuanto tiempo de repartidor en Correos, pero aun no ha sacado las oposiciones.

La ropa que saqué el treinta y uno de diciembre, fue la misma que había llevado en los otros acontecimientos. Y charlando de ropa, nunca he sabido cómo mi madre, que por cierto es muy elegante, nunca he sabido, digo, cómo podía usar zapatos de tacón, y como los puede preferir sobre los planos. Dicen los entendidos, o al menos los que se las dan de entendidos, que el tacón es perjudicial para la columna, aunque para eso no hace falta ser un Pasteur, ni un Einstein. Los desarreglos que provoca dicho adorno, no los he retenido en la mente.

Mi madre a sus setenta años, sigue usando los tacones enormes; incluso las zapatillas de dentro de casa, las usa con un poco de tacón.

A la farmacia, siempre iba con prisas, y llegaba a la hora justa, bueno mejor, más que justa, raspando, hasta que un día me llamaron la atención y me dijeron que estuviera unos cinco minutos antes, para que me diera tiempo de cambiarme de ropa, que realmente era ponerme una bata y cambiarme los zapatos por los zuecos. En total calculo que sería de tres a cinco veces (cinco ya me parece mucho decir), que llegaba el lunes a la farmacia,

e-libro.net

y justo en el momento de abrir, cuando ya me había cambiado los zapatos, me daba cuenta que no había llevado la bata, iba entonces inmediatamente a hablar con José Juan, el encargado, le decía lo que me había pasado, y con mucho miedo, le preguntaba si podía ir a mi casa a buscarla; él me contestaba con un "sí" escueto. Quiero pensar que no me decía que me diera prisa, aunque bien sabe el cielo que yo iba a todo meter, desesperado, y sin pensar en que me podía pasar algo o cogerme algún coche, llevaba los zuecos y me era imposible correr con ellos, aunque iba a un paso frenético, y digo frenético, porque el paso que llevaba no se podía corresponder más con lo que pensaba; pensaba en "¡corre, date prisa, mira que olvidarme de la bata, Dios mío, que llego tarde…!" Eran momentos absolutamente angustiosos, tardaba en total unos diez minutos, o un poco más. Hacía el recorrido en un tiempo récord.

Cuando llegaba, tenía unos remordimientos que me roían el corazón; ya estaba todo el mundo trabajando, como dicen aquí en casa: "Estaban todos ya en pista".

Las "fórmulas" que se mandaban a hacer, las hacían en la farmacia de Doña Cristina, era la primera vez que yo veía un aparato de fax (no sé si se llama así, o simplemente "un fax"; son de esos modernismos que se han introducido en el lenguaje, como bien dijo D. Fernando Lázaro Carreter en su "Dardo en la palabra"), con el que se los mandábamos desde una farmacia a otra, todo un adelanto, después de allí llamaban y nos decían el precio y si estaba todo correcto.

Sinceramente no recuerdo cuál era el proceso a seguir, pues fueron pocas las recetas con fórmulas magistrales que despaché, y las que cogía, se las daba a José Juan o a Jacinto; de todas maneras José Juan era el más mañoso con las maquinitas. El fax (¿quién no lo conoce ya?), manda documentos por medio del cable telefónico, al menos eso creo, según descubrí años después.

Ya Julio Verne, en un libro póstumo y recientemente publicado, pues fue hace poco cuando se descubrió en una caja fuerte, por lo que leí en algún sitio, ya hablaba desde esa época del fax y otros inventos actuales.

Estaba bien informado, o al menos eso creí, pues veía los telediarios, al menos sabía mucho mejor que ahora, lo que pasaba en el mundo.

Es increíble, pero me juego que la familia que mejor viste de las chabolas, porque la madre vende droga y se prostituye, aunque no saben leer ni escribir, son María Jesús y sus hijos, entre ellos, Güigüi; todavía estoy yo por ver, que la cultura de dinero, si es que a esto que hago yo, se le puede llamar cultura; que como mínimo me gustaría pensar que es una subcultura. No voy a ser como Pío Baroja que en "El laberinto de las sirenas" dice que no va a ser como otros escritores que describen los sitios en los que transcurre la acción, para regocijo de los lectores; dice que no lo va a hacer, y al final termina haciéndolo él, espero no ser yo igual; pero, ¿de qué voy a hablar de la cultura?, pues ésta es una palabreja amplia, tal que no sabría ni por donde empezar ni por donde acabar, así, cultura es todo; cómo lo definiría sin mirar en el diccionario, pues como conjunto de datos; pero entonces ¿no es todo cultura, o se refiere simplemente a lo relacionado con las bellas artes, (sin referirme a los estudios universitarios que tratan sobre ellas)? Sé que dirán de ellos, ¿pero bueno, si viven en condiciones infrahumanas?, quizás tengan razón, pero dinero en metálico y a diario, manejan más que muchos, entre los que me incluyo.

Leí ayer en una revista que las chabolas conllevan eso, hambre, drogas y mil y una lacras más; pero señores, ¿no tienen ellos dinero como para mantenerse bastante bien? Hablando de Güigüi y su madre, María Jesús, que a pesar de llamarse como mi madre, no la cambio por nada del mundo, estos, se caracterizan porque no repiten casi nunca la ropa que llevan.

Son como los reyes, que siempre van de marca y siempre estrenando; Güigüi, no puedo aseverar lo que digo, pero salvo raras ocasiones, lo veo siempre vestido con ropa distinta, igual ocurre con la madre; y nunca les he visto con ropa sucia o ajada, quizás lo que haga la madre es que en lugar de lavar la ropa, la lleva para cambiarla al rastro, o a alguna tienda de ropa usada. Su ropa parece siempre de estreno, cada día con una totalmente nueva. Tampoco se dónde se compran ellos sus modelos, pues siempre van a la última, no como iría una pareja de ejecutivos, pero sí como una pareja de bohemios, ojo que no digo pobres, sino que hablo de artistas encumbrados y demás. Tampoco puedo decir que vayan tan bien trajeados como ellos, pero lo intentan. Tampoco los he visto salir nunca con bolsas de ropa usada o sucia; uno o dos días sí he visto, a la madre, venir con ropa de la tienda.

El Lu me regaló un ordenador portátil; yo no sabía cómo se usaba; intenté escribir en él, pero no veía bien la pantalla; a saber si estaba roto; me extrañaría que mi amigo me defraudara con una bagatela como esa, pues nada más sencillo que decir: "Si lo arreglas es para ti", no, me lo regalo como que servía. Lo que pasaba es que se iba a comprar uno nuevo.

e-libro.net

A los pocos meses, me lo pidió para regalárselo a un amigo suyo, y algo mío también, Toni Martín. A este último le interesaban todas las maquinas.

Si he de ser sincero, no me gusta nada que me regalen una cosa, y que después me la quiten; no es que no me guste, todo lo contrario, me molesta y mucho.

Es raro, pero cada vez uso más el truco de contar los meses con los nudillos de la mano, antes no lo solía hacer, pues no cobraba a principio de mes, vamos no tenía una nómina; pero cada vez la uso más, para ver si el mes en curso tiene treinta o treinta y un día (sabiendo entonces cuando voy a cobrar), asignando a cada nudillo, y zona entre ambos, un mes a cada parte, los meses más largos se corresponden a un nudillo y los cortos, a la zona entre dichos nudillos; empieza el año sobre un nudillo, o sea enero tiene treinta y un días, y se corresponde con el primer nudillo, febrero veinte y ocho, y se corresponde con la zona deprimida, y termina diciembre sobre un nudillo esto es con treinta y un días también; me acabo de dar cuenta, y no termina la cuenta en el mismo nudillo que empieza, sino en uno intermedio, yo estaba confiado de que terminaba en el mismo que empezaba, pero no es así.

El trabajo, por norma general, a no ser que trabaje en malas condiciones higiénicas, que no es lo común, aunque sí me ha ocurrido, me hace, pues, ser más escrupuloso en cuanto a higiene y aseo, tanto, que a veces pienso que si realmente lo que ocurre es que me hago más bobo; pero no gracias a la higiene la humanidad goza de más salud, o sea de más vida y calidad de vida.

C... a veces, muy pocas, una o dos, me subía al despacho, a mí se me ponía un nudo en el estómago, y me preguntaba:

-¿Qué tal va todo?

-Bien, gracias -le respondía, o sea que le decía lo mismo que al psiquiatra, y a tantos otros que me hacían esa pregunta o similar.

No sabía si esa contestación era buena o no; la verdad que la elegancia y presencia de D. Rafael me imponía mucho respeto. Mientras el jefe hablaba, se le iban los ojos a las cámaras de televisión.

Los compañeros de trabajo usaban bolígrafos casi siempre de propaganda, yo usaba un Bic para firmar las recetas, y uno Inoxcrom, como si fuera un lujo, para poner mi señal en las recetas que despachaba.

Un día cometí un fallo garrafal, di una inyección, primera de las cuatro que incluía la receta, que era distinta a las otras tres que se llevó; el cliente no se dio cuenta, yo sí, fue por ello por lo que hice una trampa, las coloqué todas como lo hacía Jorge; no para que se creyeran que fue él, sino para que pasara desapercibido el error. No lo hice con la intención de que lo culparan a él, pues aun sabiendo que si lo dejaba así, y no le ponía mi marca a la receta, seguro que era imposible que supieran que fui yo; de todas maneras, se impuso mi honradez, y puse mi marca, a pesar de crearme un conflicto, aunque seguro que menor que si hubiera hecho la trampa completa; cometí un fallo, y ahora lo reconozco públicamente, ¿qué más quieren?, soy humano y errar es típico de éstos, ¿no decía aquel programa automovilístico, que “el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra”?, me pregunto si esto es cierto o no, pues cómo siendo esto posible, se ha impuesto el hombre, la humanidad, a todos los demás seres del planeta, y esperemos que sea del orbe. ¿Que piensan ustedes sobre los ovnis? sobre este tema prefiero no opinar, así que no creemos polémicas y dejemos las cosas tal como están.

Del “boli” que usaba, estaba muy contento. Tenía siempre unos tres bolígrafos en el bolsillo, pero enganchado al borde del bolsillo sólo tenía el Inoxcrom, todo un lujazo; hoy me hace gracia esto. Esto es raro, pues, otra cosa no, pero plumas y rotuladores siempre los había usado y de buena calidad, mejor que la mayoría, aunque después mi ropa y mi aspecto fueran tan lamentables. Pero me dio en pensar que el bolígrafo era de calidad, y el menda, como persona docta, más guapa, más enérgica, y en fin como licenciado que era, y puesto que yo tenía más categoría que los que estaban allí, por todo ello era lógico que usara “buenos” instrumentos de trabajo.

El cortador de precintos que usaba, era de los que cortan a base de bien, se parecían a hojillas de afeitar, de hoja bastante fina. Jacinto usaba simplemente navajas; algunas veces, y eso me ponía muy nervioso, la tiraba cerca de donde uno estaba; nunca me gustó ese tipo de juegos, era muy peligroso. Yo usaba como digo uno extra fino, y más de una vez me corté con ellas; estoy seguro que Jorge y Jacinto, no las usaban porque les daba miedo ver la hoja tan cortante, Charlie las usaba como yo.

Me ponía siempre colonia, aunque de las baratas, Brumel, Axe, o Lavanda; variaba mucho entre ellas.

Usaba el after shave también en colonia, de esas mismas marcas. A pesar de que por la tele los anunciaban como buenas, lo cierto es que eran de las más baratas del mercado; hoy día uso colonias de más calidad, pero

e-libro.net

me las pongo en días específicos, como mínimo las que se venden en farmacia, y cómo no, la que me regaló mi hermano por Reyes; era grandísima y aunque el orificio de salida era enorme, la usé muchas veces; todavía me queda un poco.

A Marisol, cuando llegábamos, le gustaba mucho hablar por teléfono con Julio, el empleado de C... del Vídeo Club que había encima. A ella le gustaba lo soez y vulgar que se ponía Julio por el teléfono; a mí no me hacía ninguna gracia; era Julio un individuo carismático. No tengo ni idea de dónde ni cómo conseguía dinero. Tenía, como les conté, un coche y siempre llevaba para un par de cervezas; otra cosa sí digo, y era, que siempre, siempre, iba igual vestido.

Era este "jodío" muy carismático y le gustaba un tenderete, algo exagerado. Nos íbamos, entre semana, a tomarnos un par de cervezas, solía ser el martes o el miércoles.

Cuando llegaba el ansiado día, le decía:

-Julio, ¿vamos a echarnos un par de cervecitas?

Realmente lo que yo tomaba era cerveza sin alcohol, pero él tomaba de las normales. Bebíamos mucho, no, muchísimo, aunque nunca lo vi sumamente borracho.

Como decía, Julio vestía siempre igual, a saber, una camisa de de rayas azules y unos vaqueros. Siempre iba igual vestido, aunque yo no me percataba en ese detalle, sólo sé que yo cambiaba todos los días de ropa; mis camisas eran casi todas a rayas y los pantalones eran de pinzas, salvo los sábados que llevaba unos vaqueros nuevos.

El vídeo club donde trabajaba Julio, lo cerró D. Rafael, y puso todas las películas en un almacén en el Puerto, pero antes de cerrar, le ofreció el negocio a Julio, si quería cogerlo, él no aceptó, y eso que según me dijo un día, era ahora cuando empezaba a dejar dinero.

Ese club, se había hecho famoso en la zona; era el único que había.

Por esa época, es cierto que dichos negocios empezaron a decaer, sobre todo por la entrada en escena de los canales privados de televisión, y sobre todo el del Canal Plus.

Ese tipo de Club parecía que no tenía ya éxito.

Es verdad que durante su época de apogeo, se abrieron una ingente cantidad de ellos, en todos sitios había uno; de todas formas ahí sólo había ese, pues entre otras cosas, no había más locales comerciales en los que se pudieran abrir.

El local del vídeo club, estuvo bastante tiempo cerrado, hasta que cierto día empezó a ir una serie de jóvenes que se las daban de ejecutivos, aunque no me resultaban muy inteligentes. Lo alquilaron, pues imagino que C... no quisiese desembarazarse de tan buen local, que si no tan estratégico como otros, era de los pocos que por allí había.

Quizás fue bobo Julio al no cogerlo, aunque también hay que ver las condiciones en que nuestro jefe se lo dejaba, quien no era muy amigo de dejar enriquecer al prójimo, tal y como contaré más adelante.

También salíamos con Charlie, quien presumía, de tener el corte de pelo más moderno que el mío, a pesar de tener los años que tenía, cosa que me la traía muy floja como comprenderán.

La mujer lo dejó por un drogadicto, esto le sentó tan mal, y le puso tan malo, que padeció durante una época de alopecia; se sabía él este término de memoria, y me lo repetía continuamente; yo sabía su significado, aunque hasta hace un momento, no sabía exactamente si iba o no con "h".

Muy mala debía ser la mujer, o muy loca e inconsciente, para dejar a la hija con Charlie. Ella trabajaba en El Corte Inglés, al menos mientras estaba casada con él.

Al poco de empezar a tomarnos las copas juntos, me invitó a ir a su casa. Era de pisos, en la calle donde Octavio tenía la farmacia de su difunto padre. Estaba muy cerca de la calle Pedro Infinito; es la primera vez que escribo esta calle, en un papel, y por tanto, la primera que me percato del significado del apellido de ese fulano, quien ¿vayan ustedes a saber si era matemático, y por ende quien le dio el significado a dicho valor abstracto?

No pretendo con este libro hacer un tratado científico, motivo por el que no compruebo las cosas que aquí digo; pretendo más bien crear algo para el ocio y deleite de los demás, y cómo no, para contar mi vida a todo aquel que sienta algo de curiosidad o aburrimiento, por exceso de tiempo libre.

Vivía en un segundo o tercer piso; la casa era silenciosa, salvo una vez en que oí que unos inquilinos tenían un perro que se puso a ladrar, a sabiendas de que estaba prohibido tener animales en ese piso, según habían acordado entre todos.

e-libro.net

La entrada del piso tenía en la puerta una chapa que representaba a la Virgen María; era raro, pues ya verán sus vicios, y que a su vez fuera tan creyente; “Hay de todo en la viña del Señor”.

Se entraba por esa puerta y ésta daba al salón de la casa, en la pared de la izquierda había un tresillo y en medio una mesa. Frente a ella había una estantería con libros, una tele, y el equipo de música; todo bastante bueno, muy bueno considerando la categoría profesional del dueño.

Cerca de la tele había una puerta que daba a su cuarto, con una cama de matrimonio enorme, un ropero también enorme, y allí mismo la tabla de planchado y la plancha, lógicamente siempre se planchaba él, y muy bien, las camisas con las que salía.

A la derecha el salón se prolongaba por un pasillo que daba al cuarto de Ive, mucho más pequeño, pero también muy coqueto, a su lado estaba el baño, y al lado de éste la cocina, sencilla y amplia, siempre estaba vacía, pues Charlie iba a comer a casa de la madre, él y su hija, de quien siempre se colgaba; la pobre señora, creo que vivía de la pensión del marido, al que vi en un par de ocasiones, y estaba realmente mal, bastante avejentado, para la edad que tenía. Tenía prohibido beber, aunque él no hacía caso.

Aseguré que no iba a describir paisajes y lugares, y me he contradecido.

Charlie hablaba muy bien de su padre, quien había sido banquero, aunque no sé su cargo, según me decía su hijo, era un cargo importante; según yo fui viendo, no era para tanto.

Me dijo Carlitos, que su padre también había sido escritor de un periódico, y me enseñó un par de artículos de éste; Carlos también había tenido pretensiones de escritor y me enseñó sus escritos. Yo los leí y no me parecieron buenos.

Me decía Charlie que había gente que estaba celosa conmigo por mi titulación; yo me pregunto si no sería él, el más envidioso de todos; lo que sí es cierto es que me cogió de primo y por ende de subnormal. Tenía él claro, que yo era el paganini de todo; pero sigan leyendo.

Tocaba el turno de marcharse a los novatos que estaban cuando yo llegué, eran tres o cuatro; en su lugar pusieron a otros novatos; fueron llegando en tropel, se les hacía exámenes y si los pasaban entraban en nómina. De todos, la que me sorprendió mucho, fue una chica delgada, muy delgada; cuando llegó, yo fui el primero en hablar con ella; le pregunté qué deseaba, y ella me dijo que la habían mandado de las oficinas del INEN. Le contesté que esperara un momento y fui a avisar a José Juan, quien me dio la orden de que ya se había enterado.

Fui a decírselo a la carismática chica, que enseguida la atenderían y seguí con lo mío, o sea: despachar y despachar. Al rato veo que José Juan aún no ha atendido a la joven. Le pregunté si no había ido a hablar con ella José Juan y me dijo que no, indignado y con la mosca detrás de la oreja, fui a verlo a él, efectivamente, no estaba haciendo nada. Le recriminé su mala conducta, aunque él pasó mucho.

Después de no sé cuanto tiempo, le hizo el examen que hacían a casi todos; me imagino que también se fijaría en la edad y la presencia, hizo el examen junto a otra chica bajita y muy guapita, sí, estaba bastante potable. Era Ana Pérez Gil, la otra, la que hicieron esperar ni se sabe, era Celeste Rodríguez Cabrera. Ambas tenían el pelo largo, Ana hasta el culo, cosa no muy difícil pues era muy bajita, Celeste lo tenía rizado y le llegaba hasta la mitad de la espalda. Según parece en el examen se copiaron a tope, absolutamente todo. Resultado final y como ya se imaginan, fueron aceptadas las dos. Los otros que entraron de esa misma época, fueron Carlos y Octavio (Oti) quien tenía ramalazos de maricón; no quiero decir que lo fuera, pero sí lo aparentaba.

Empezaba a rumorearse que iban a quitar a gran cantidad de médicos del ambulatorio de la esquina, los iban a pasar al ambulatorio que estaban haciendo por la “Iglesia Redonda”. Yo no hacía caso a los rumores, aunque en lo más profundo de mi ser, no me importaba que le quitaran algo de clientela a ese mafioso. Mi cuñado Pepe, ya me lo había dicho, desconozco si en serio o para darme ánimos, o bien como digo cabreado.

-Porque los farmacéuticos son unos mafiosos.

Y tenía razón, no todos, pero sobre todo los que ya estaban montados, realmente eran y son una mafia de aquí te espero, comparado con otros licenciados, por algo están relacionados con el mundo de la droga.

Empezaron los nuevos a trabajar, y el que esto escribe, pasó de ser un novato, a ser un semiveterano, aún no me consideraban un veterano, pero sí que tenía más rodaje que los nuevos.

Estos estuvieron en un principio colocando y colocando pedidos, estaban en plan de apoyo, por si hacía alguien falta que echaran una mano para cualquier cosa.

C... estaba realmente asustado por lo de los médicos del ambulatorio. Se barajaban varias cifras, desde que quitarían el treinta por ciento, hasta que dejarían sólo el treinta por ciento. A mí, a pesar de influirme directa-

e-libro.net

mente, no me importaba lo más mínimo; me daba igual tanto ocho que ochenta. Dejaba la piel en el trabajo por un sueldo mísero.

Parecía, como siempre, que mi trabajo no valía nada, y sobre todo lo que era exclusivo mío, el firmar las recetas, eso era una bobería; no digo que de la manera en que yo lo hacía fuera una bobería, pero intentaba hacerlo lo mejor posible, y allí lo mejor era ser rápido. Lo hacía lo más rápido posible, no se me pedía que revisase una por una, sino que las firmara cuanto antes mejor.

Era lógico que dijera eso, pues él no lo hacía. Comprendo también que como yo lo realizaba, era un absurdo, pues no miraba nada, y le estaba dando mi conformidad a todas las recetas. Era un absurdo pues no sabía lo que firmaba, pero me juego lo que fuera, que si en lugar de ser yo quien las firmase todos los días, fuera mi jefe, diría entonces que era una gran responsabilidad y un trabajo de gran meticulosidad. Pero para mi desgracia, era trabajo único y exclusivo de mi incumbencia, esto es, una chorrada. Encima, yo no hacía nunca valer mis derechos, sino que callaba y acataba órdenes.

Celeste y Ana estaban ambas saliendo con unos chicos. Celeste decía que se aburría muchísimo al irlo a ver jugar al fútbol, que ella disfrutaba más yendo a pescar con su familia, no sé donde. Vivía en Las Canteras, más concretamente en La Isleta; ya saben, ese barrio marinero del que tantas chicas me han atraído; ¿sería distinto con Celeste?, de entrada, me había parecido una chica extrañísima, al menos la primera impresión, y luego estaba esa rebeca y esa pinta de hippy perdida; la rebeca era igual a una que tenía Jorge.

Celeste al poco tiempo de ponerse a trabajar, dejó a su novio, o él la dejo a ella.

De todas formas no sería nada más entrar; una vez la invité a cenar y me dijo que ya vería; le pregunté si se lo tenía que pedir a su novio, y ella se me cabreó un huevo (bueno, mejor un ovario), de que le supusiera tan dependiente de su pareja. De todas formas esto ocurrió más adelante.

Pérez Gil o Perejil como le llamaban, sin embargo estaba enamoradísima de su novio, “Que si fulano pa’rriba, que si fulano pa´bajo”.

Una vez me dijo que él conocía mucho a su jefe, le dije que yo también, aunque más a su hijo, que él se llamaba Lizardo Martel, ella no sé qué me dijo, pero al día siguiente o a los dos días, apareció con el rabo entre las patas, casi pidiéndome perdón, fue algo realmente digno de verse, sí, casi me pidió perdón, y un poco temiendo por su novio. Yo, por supuesto, no tenía ningún tipo de relación ni contacto con el padre de Carlos Martel, aunque sí habíamos tenido el contacto que les conté.

Miguelo, ya definitivamente se había convertido en un mortal, con sus inquietudes y sus miedos, con sus pocos afanes de grandes obras y grandes luchas, se conformaría durante muchos años, y que yo sepa hasta la fecha, con ser un representante de un tipo de papas inglesas, que no pongo el nombre, por no saber escribirlo.

Lo vi a Miguelo un día de espaldas, en una fotografía en blanco y negro, en el periódico. No recuerdo lo que decía exactamente la noticia, pero sí recuerdo que se trataba de algo relacionado con productos de importación.

Pérez Gil o Perejil como le llamaban, sin embargo estaba enamoradísima de su novio, “Que si fulano pa’rriba, que si fulano pa´bajo”.

Una vez me dijo que él conocía mucho a su jefe, le dije que yo también, aunque más a su hijo, que él se llamaba Lizardo Martel, ella no sé qué me dijo, pero al día siguiente o a los dos días, apareció con el rabo entre las patas, casi pidiéndome perdón, fue algo realmente digno de verse, sí, casi me pidió perdón, y un poco temiendo por su novio. Yo, por supuesto, no tenía ningún tipo de relación ni contacto con el padre de Carlos Martel, aunque sí habíamos tenido el contacto que les conté.

Miguelo, ya definitivamente se había convertido en un mortal, con sus inquietudes y sus miedos, con sus pocos afanes de grandes obras y grandes luchas, se conformaría durante muchos años, y que yo sepa hasta la fecha, con ser un representante de un tipo de papas inglesas, que no pongo el nombre, por no saber escribirlo.

Lo vi a Miguelo un día de espaldas, en una fotografía en blanco y negro, en el periódico. No recuerdo lo que decía exactamente la noticia, pero sí recuerdo que se trataba de algo relacionado con productos de importación.

Celeste, empezó poco a poco a entrarme por los ojos, sabía que no era tan guapa como Mary, pero ésta estaba seguro de que era tonta del culo. No puedo decir el motivo pero sí, que no me caía bien, se las daba de muñequita de porcelana, que se iba a quebrar a la primera de cambio; a mí no es que no me cayera bien, no, mas bien me caía mal, bastante tonta, y siempre le hacía gestos despectivos. De Celeste hacía como que me reía de su

e-libro.net

voz; realmente lo que me pasaba, es que cada vez me iba encaprichando más con ella, más y más. Como saben, aún no me había olvidado de Totó, la tenía en la recámara.

Pensaba para mí, convencido de ello, que si me quedaba con Totó, mi tío Domingo, me regalaría la casa que había construido D. Rafael detrás de la suya; ese sería su regalo de boda; el de Juancho sería que me regalaba la farmacia de mi jefe; verán que no aspiraba yo a poco; empezando a trabajar, y ya me correspondía, por mis grandes esfuerzos la mejor farmacia (según decían, de España), y el chalet cerca de mi casa; todo esto sin moverme de mi casita.

En cambio, si me quedaba con Celeste la cosa cambiaba algo, yo me iría a Agaete y allí conseguiría la farmacia que tenía pedida desde hacía un tiempo; estaba claro, que esa farmacia sería para mí, totalmente claro, según pensaba, a los treinta años.

Si eso se puede llamar de alguna forma, hacía una especie de magia, yo lo llamaba viajes astrales, por los que intentaba y llegaba a la habitación de Celeste, y allí la llamaba, la despertaba, y la saludaba. Luego me iba.

Otras veces la llamaba y ella aparecía en el lado superior derecho de la pared frente a mi cama. Siempre aparecía por el mismo lado; al igual que los dos citados continuamente; cada uno tenía su sitio de llegada; el que más variaba era Felipe. Si este último me fastidiaba a mí, yo a él a veces también lo fastidiaba, así me iba en un viaje astral a la Moncloa, y allí me lo vacilaba, dando vueltas y vueltas volando alrededor de esta, y después iba a sus aposentos donde le daba o un puñetazo, o un par de cachetes, o simplemente vacilaba con él. Sí, vacilaba con el líder del ejecutivo; qué menos que todo un farmacéutico, se relacionase con D. Felipe.

La forma en que los imaginaba a todos estos personajes, era con el pelo más oscuro que el resto del cuerpo; el de Felipe completamente negro, y los otros algo más negros que el cuerpo; éste, el cuerpo, era rosado-rojizo, como si tuvieran un aura de fuerza, sí, todos ellos despedían un gran carisma. El que me fastidiaba y de verdad, era el Felipe, los otros iban y venían pero se dejaban querer. Siempre me decía, que para saber si lo que veía era verdad, se lo debería preguntar a Celeste, si ella también lo veía, pues era la que más cerca tenía, y con quien, de seguro, me era más fácil hablar.

Debería, dirán, darme vergüenza de lo que cuento, pero por qué, si estuve pensando en esos muñecos, durante mucho tiempo; ¿por qué las experiencias de otros van a ser más valiosas que las mías? Pues no, lo que yo veía, a pesar de que alguno piense que son locuras, no lo eran tales; me repetía: “No voy a tener ningún tipo de alucinación”, y no las tenía, era un cosa totalmente distinta, “el juego” que ahora hacía, con respecto a lo que me pasó en el brote. A alguno le podrá parecer que está totalmente relacionada una cosa con la otra, y yo les digo que no, que no tienen nada que ver; a esto último sé que podré jugar siempre, aunque no sabría decir si es tentar al diablo; de lo que me pasó en el brote, lo que tengo es recuerdos, y los puedo unir o separar unos de otros, pero no puedo experimentar nuevas cosas con ellos, las sensaciones que están, están. Hacía esfuerzos por recordar algunas veces, aunque hoy día no soy tan partidario de recordarlo como lo era en esa época, pues acumulaba mucho rencor, más y más. Hoy día, el poco rencor que tengo, al escribir sobre él, me desaparece.

Aún no me había decidido entre las dos chicas. Me jodía de Celeste, que esta me dijese, que el primero en que se fijó fue en Julio; seguro que por su carisma, era un vividor; hoy día no tengo ni idea qué será de él, pero en esos tiempo lo era; si no ha ocurrido algo que le haga cambiar no veo el motivo de que cambie. Opino que no lleva una vida acertada, pero seguro que él piensa lo mismo de la mía. Uno, de todas formas, ha cambiado de la noche al día; a excepción de que me sigue gustando la cama en exceso; me consolaba al leer en una revista, que Fernando Esteso, el cómico, era una marmota de la cama, y que todas las mañanas se le pegaban las sábanas; igual me ocurre a mí, pero hasta el momento, a trabajar, nunca he llegado tarde; otra cosa es en cuanto a clases o similares, pero a trabajar, nunca; no es que sea un orgullo, sino que es mi obligación, simple y llanamente. No saben lo que me consolaba lo de este cómico.

Mari Jose dejó al Lu; según me dio a entender, hicieron el amor, de todas las manera, y eso que después ella era muy, muy religiosa. A mí me atraía sexualmente algo, bastante, pero lo que yo no sabía, y seguro que ella sí, es que estaba en el principio del ocaso de su belleza, e imagino que las mujeres se huelen esto y es por ello, por lo que les llega el momento de coger a un novio, sea cual sea; si me refiero a mi hermano Saso, pues no cogió a cualquiera, sino a una gran pieza; de todas formas, según me dijo mi hermana, ella no lo buscaba, sino que era, cuando más tranquila y confiada de que su futuro sería ella sola, ¡zas! le cayó la pieza; según parece fue un flechazo, de todas maneras esto, tal cual, nunca me lo ha llegado a decir, sino por las cosas que deduzco.

e-libro.net

Con Totó me había pasado así, igual con Celeste, cuando menos lo esperaba, ¡zas!, caía uno en las redes de las mujeres; y ¿será cierto que la mujer extienda sus redes? o como ellas dicen que es el hombre quien las extiende; no tengo ni idea.

No me explico, cómo gente que está muy mal, económicamente hablando, tienen muchas novias y planes; yo no estoy bien, ni muchos menos, sé que no podría mantener a una familia, ni siquiera a una mujer, pero para mí tengo; y en ocasiones pienso que no tengo "tiempo" (lo más importante de la vida), el cual muchas veces, y conscientemente, lo desperdicio de muy mala manera, durmiendo. Me gustaría hacer, lo que muy pocas veces hago, esto es, dormir de seis a ocho horas máximo, luego, el resto del tiempo leyendo y leyendo, bien sea literatura, o bien, cosas del trabajo.

En esa época, del trabajo, no leía nada de nada, sólo las cajas de los medicamentos, si alguien me preguntaba algo con respecto al medicamento en cuestión, yo sacaba alegremente el prospecto y se lo explicaba. De todas formas las mayores dudas eran acerca de cómo se lo debían de tomar, y eso es bastante fácil; así por ejemplo los antibióticos de quinientos miligramos, se toman uno en cada comida, los de concentración mayor: uno en el desayuno y otro en la cena, o sea, cada doce horas. Cuando el médico dice cada ocho horas, quiere decir con ello que es una en cada comida, y no tan literalmente cada ocho horas, ¿o no?; de todas maneras, me juego que la mayor parte de la gente hace más caso al médico que al farmacéutico, y por tanto se toma la medicación cada ocho horas. Realmente no es que así vaya a disminuir la concentración del antibiótico en sangre, no, permanece constante, pero si se fijan, entre cada comida transcurre un periodo de seis u ocho horas. Otras veces, y cada vez más frecuentemente, ponen los ceros y los números uno, así, tres números uno quiere decir: uno en el desayuno, uno en el almuerzo y otro en la cena; cuatro números uno, lo mismo, y encima otro más en la merienda. Dos números uno, y un cero en medio, significa, uno en el desayuno, ninguno en el almuerzo, y otro en la cena, o lo que es lo mismo, uno cada doce horas; y así con las diversas y posibles variaciones. Si están bien prescritos o no, no lo sé, pero allí, y en varios sitios de aquí era lo que significaba.

Recuerdo, que iba bastantes veces a almorzar y a cenar, solía ir con Tomás quien acostumbraba a decirme que la vida estaba en la calle; era porque él estaba en ella; yo por mi parte, empezaba a dudar de ello; así intentaba respirar profundo ese aire de vida y no lo conseguía. Empecé a salir con ellos, y como el pescado no me gustaba una gran cosa, siempre pedía solomillo, y poco hecho; me lo traían muchas veces tan crudo que al cortarlo salía toda la sangre, lo probaba y me sabía exquisito, pensaba en parasitología, y eso era un freno que me ponía yo mismo, sabía que estaba mal pedir la carne casi cruda, pero supongo que el saber que uno está tentando a la suerte, es lo que le atrae precisamente de esa cosa.

Íbamos mucho, al campo, sobre todo con Tomi, pues a Herse, siempre le gustó más el campo que la playa; a Tomi, le ocurría lo contrario, era más playero; a mí me ocurría igual que a mi amigo; hoy ya es otro cosa, pero aquí me refiero a esa época.

Alguna noche, me invitó Tomi al campo a cenar leche y un bocadillo de queso blanco; al hablar de esto, se me hace la boca agua; pero la verdad, pensaba que no hacía falta tanto recorrido para esa comida, en cualquier bar típico canario, se podía cenar lo mismo, quizás el pan no fuera tan sabrosos, pero quesos buenos, claro que hay por aquí, en la capital; según me dijo no hace mucho no sé quién y a la vez me lo corroboró mi hermana Saso, que lo mejor de todo, incluso, el mejor pescado fresco se come en Madrid; ¿cómo es eso posible que estando en el interior ocurra?, pues bien fácil, por los buenos medios de transporte que existen hoy día. Pero si él quería ir tan lejos a comérselo, eso hacíamos.

Un día me llamó Tomi muy preocupado a mi casa, contándome que su antigua amante de la Costa Brava, la italiana, había venido de vacaciones a Canarias, había quedado con ella en salir a Agaete; me dijo que si por favor, yo quería ir con ella y él, para que no fuera tan de pareja la cosa; le contesté que cómo no. Fuimos a cenar a Agaete; para mí, todo un pateo; al final el sitio que decía Tomi estaba cerrado, por lo que nos fuimos a otro más barato, pues de irnos al mejor en carnes de ese pueblo, ya sería excesivamente caro. Al final no quedó en nada la cosa; a la italiana le comenté que si quería, la invitaba un día a cenar a un chino, me dijo que sí, pero según parece se buscó, o le salió un novio; la verdad que pensé que Tomi tenía más categoría, no que fuera más aristocrático, pero sí que se merecía algo mejor; en esa época le iba ya muy bien con la farmacia y las clases. Según parece, la italiana le había llamado a su casa paterna, y allí le habían dado el número de la farmacia pues ella no le había pedido el de la casa, sino el del trabajo, pensando, seguramente que se habría casado, o que vivía con alguien, como suele decirse: "piensa mal y acertarás" (que no lo creo yo del todo así), ella pensó mal y acertó.

e-libro.net

Me chafó nuestra salida, no es que me preocupara mucho, a pesar de que ya había hecho planes para ello, y como siempre, cuando se planea una cosa y se chafa, se queda uno medio desconcertado; había dicho en la farmacia, que iba a cenar con la italiana; pensaba que si caía un polvo no sabría si aceptarlo o no, pues no habría sido honesto con Tomi, y entre otras razones, porque no me gusta ser segundos platos, y también, por no joder a Tomi, quien me imagino que si hubiese llegado a ocurrir, y él se enterase, no le sentaría muy bien.

Muchas veces, y es porque ha sido uno de los momentos en que un servidor podía haber desaparecido, recuerdo lo mal, peor aún, que lo pasé en Los Secos, cuando me cogió un remolino entre las dos bajas a la entrada de la playita, cuando casi me atrapa, y no lo cuento, que fue posible que hubiese desaparecido de este mundo; pienso a veces en esos momentos de angustia, y doy gracias al Señor, antes pensaba: "Joder, de la que me salvé", como ven siempre consideré que yo solito hacía todo, motivo ese por el que quizás me quedaba siempre tan solo; ahora a veces, estoy solo, pero yo busco esa soledad, y otras cuando estoy solo, sin buscarla, aprovecho para hacer cosas que tenía pendientes; antes no, siempre que estuviese solo sin yo buscarlo, me angustiaba sobremanera, recuerdo las angustias previas al brote (hoy sé que fue así, me volví loco, aunque gracias al cielo he vuelto a la cordura, ¿o no?).

Podrán ver, como a veces repito ciertas cosas, muchas cosas, dirán ustedes, pero son realmente esas cosas que por un motivo u otro, son las que te hacen pensar, y si lo que dijo Descartes es cierto, pues yo pienso, y por ello estoy vivo; de todas maneras, no siempre estoy dándole vueltas a la misma cosa; creía antes que quizá llegaría un momento en que ya no pensaría más; hoy, le doy vueltas a ciertas cosas, pero pienso que cada día, cada momento, cada segundo, cada instante (si se puede considerar a un instante, como un intervalo de tiempo menor a un segundo), pienso cosas bien distintas; tal vez eso sea un síntoma de egocentrismo por mi parte, pero no sé en qué sitios he leído, que el primer libro (que no es este mi caso), siempre trata sobre la vida de uno mismo, quizás porque qué más fácil que escribir sobre uno mismo, y decir que no, que es una novela; no creo que se de el caso contrario, o por qué no, tiene que haber de todo, y no es extraño, que algún fulano se invente una novela y diga que esa es su vida (¿cómo es mi caso?).

Cuando estábamos en casa del Lu, charlando y charlando, llegaba por la tarde-noche, Doña Lucrecia, la inquilina, quién estaba más que obesa. Al llegar, siempre decía:

—Buenas tardes —o buenas noches, según fuera oscuro o no.

—Buenos días —le respondía el Lu.

Los tres nos poníamos a reír.

A veces, veíamos entrar a Don Antonio, a quien el Lu, lógicamente lo llamaba sin el don. Era su tío, el marido de Doña Antonia. Siempre que llegaba, tenía algo anecdótico que contar. Estaba alcoholizado, pero según parece eso no le impedía trabajar, claro, que no era un trabajo muy cualificado. Era barrendero, de esos que van recogiendo la basura de los contenedores hacia los camiones de basura, quienes ganan más que los que van limpiando las calles, pero estaban peor vistos, no tanto ellos, como el camión de la basura que obstruye la calle por donde estén recogiendo la basura.

Él y doña Pino, la madre del Lu, con algo más de ochenta años, eran los que mantenían la casa. La madre del Lu, no hacía la comida, sino que quien cocinaba para todos era doña Antonia, la cual encima estaba mal mirada por el Lu, nunca le cayó muy bien, desconozco el motivo, y no creo que fuera razón suficiente para que casi no le hablara. D. Antonio, estaba mal, iba a un médico particular, que según parece era un forense; lo que suponía de ellos, era que estaban para analizar a los muertos, como los que salen en las películas; el Lu me lo decía cabreado, pues creo que también él pensaba lo mismo que yo; supuse que él con más conocimiento de causa, ya que trabajaba como celador en un hospital, más concretamente en el Hospital del Pino (me queda la duda entre no sé si es El Pino o del Pino, creo que es lo segundo; ruego disculpen las molestias). Pues no, estábamos todos equivocados, el forense es el que asesora sobre enfermedades al juez.

Según tengo entendido, el Lu, no ponía para el mantenimiento de la casa, lo único que pagaba, era el teléfono, y eso porque él fue el que lo mandó poner. Quien se lo instaló fue Toni Martín, quien ahora estaba parado, y yo le decía que por qué no hacía F.P. o cualquier otra cosilla, y él siempre ponía impedimentos (siempre había un pero, como bien decía D. Santiago el director del Castilla), este tenía apellidos que sólo con el tiempo, me he ido aprendiendo, por exclusión, pues el otro, a quien veo más, muchos más, sé ya que es Tony Romero, a quien le gusta que lo escriba con y griega.

Vendrían malos tiempos para esa casa.

e-libro.net

Un día, sin saber por qué, la madre del Lu, me dio un estuche con una colonia y un after-shave, era de Avon; seguro que lo tenía de alguien que se lo había regalado, no creo que fuera que ella lo compró pensando en un posible regalo; no me lo dio envuelto en papel de regalo, ni nada por el estilo; aún no me explico el por qué de dicho regalo; quizás estuviese haciendo testamento, no lo creo, pues estaba muy bien; y según creo, ya que nunca me dijo el Lu lo contrario, le seguía rigiendo bien la cabeza.

Me daba no sé qué, pues en el mismo cuarto donde dormía mi amigo, era donde nos reuníamos, donde él hacía que estudiaba, aunque algo estudió, pues ya saben que sacó el examen de acceso; le dije rápidamente, del libro de biología, lo que era importante y lo que no; de toda formas, quiero recordar, que para mí aún, todo era importante; se lo dije de corazón, y para facilitarle el trabajo, pero lo cierto es que todo era básico. Lo que le tenía más preocupado y fue lo que suspendió, era el inglés. Nunca le ofrecí si quería que mi hermana le diera clases, pues aunque sé que ella sabe más inglés que muchos, es bastante cómoda y no quiere dar clases particulares. Como siempre, lo de ella es más importante que lo de los demás. A parte de eso, estaba haciendo la otra pequeña carrera, Traductores e Intérpretes, en la que también tenía alemán, (eso es seguro, pues estaba en clases particulares con una nativa, quien se quería afincar aquí, y de la que algo hablaba); lo que ha sido de esa chica o mujer, que tampoco sé su edad ni estado civil (no conozco nada de ella), no tengo ni idea si ya se ha afincado aquí o no; según quiero recordar que me decía mi hermana, tenía cada vez más alumnos. Bien por ella, tampoco sé los estudios que tenía, o sea si estaba cualificada para dar clases o no.

Chiew, estudiaba en la Escuela Oficial de Idiomas, el español y de ahí tiene varios amigos, de ahí y de los masajes que da.

Fui un día con el Lu a darme un masaje; fue la primera vez que entré a su casa, pequeña pero lujosa, era un piso en un chalet: era muy pequeña pero para él solo, estaba más que bien, el Lu, tenía el dolor de la hernia de hiato, según le habían diagnosticado en su trabajo, Chiew buscó en el diccionario algo, me imagino que sería el hiato, o quizás fuera un truco para ganarse a la clientela que todo podía ser. Al final le dio a él el masaje; yo no le dije después que me diera uno, sino que lo dejaría para otro día. Nunca más he ido a por un masaje a su casa.

Lo que creo que más me destrozaba en ese tiempo, era el exceso de alcohol que ingería. Bien es cierto que no bebía cervezas normales, sino sin alcohol, pero a la hora de tomarme las copas de alcohol más concentrado, sí bebía, y casi exclusivamente, licores, después de las comidas, y luego güisqui; como verán era todo un señor, todo un majadero, es lo que realmente era. Tenía mucho la culpa de mi exceso de alcohol, Charli, pues él siempre que salía decía de beber y beber, claro, que pagaba yo todo; no me explico cómo podía ser tan tolete y despilfarrar de ese modo absurdo el dinero que tan duramente me había costado conseguir. Me caía mal Charli en esos momentos, en esos y después, y antes, aunque le tenía a la vez una especie de aprecio y era raro, pues yo quería salir con él, Julio y Carlos el rubio (el novato que entró la vez que lo hizo Celeste), pero después, cuando salía Charli, nunca podía intimar con él. Esto era realmente el “quit” de la cuestión, por más que saliera y que él hablara, todo eran palabras vanas, sin sentido; sólo con el tiempo, años después, me mostraría alguna vez sus sentimientos, pero ni aún en esas ocasiones era sincero. Él me decía que yo era un gran amigo suyo, pero me da que por dentro pasaba mucho, muchísimo de uno.

Bebía sin grandes remordimientos, pues el Lonseren®, en el prospecto no ponía nada como que lo tuviera contraindicado; estaba de esta forma hundiéndome cada vez más, quizás porque no me gustaba nada mi trabajo, o quizás mi trabajo no me gustaba por el alcohol ingerido, que todo es posible. De todas maneras la mierda de médico que yo tenía, me leía el vademécum, el de los farmacéuticos, pues decía que para ver los prospectos del medicamento era mejor ése, y no me dejaba nunca ver el vademécum de medicina, no tengo ni idea el por qué leía uno y no el otro, y por qué no me dejaba ver este último y sí el primero, ni que tuviese mujeres desnudas en él, a saber quizás tenía fotografías, lo cierto es que él me decía que no se podía tomar alcohol con ese fármaco, según leía.

Seguía yendo a ese médico, sobre todo por mi madre, quien insistió en que era muy buen médico, no hay que decir que todo él era basura, aunque me quitó los síntomas de la enfermedad; pero yo, y cada vez más, me sentía un esquizofrénico restablecido; él no lo quiso ver así. Espero y deseo que no sea como dijo Pío Baroja en una de sus obras, que traducido sería “Más viejo, más loco”, aunque quién sabe si esto es cierto o no; por mi parte me encuentro cada vez mejor mentalmente, a pesar de que físicamente tengo algún que otro achaque, ahora por ejemplo aún me dura un ligero dolor de tortícolis que me empezó hace ya una semana y que sigue sin quitárseme. A pesar de estas menudencias, me siento fuerte y con ganas.

e-libro.net

Pero qué entiende uno por gente normal, cuando según parece, una de cada diez personas, o sea un diez por ciento de la población padece una discapacidad física o psíquica, y quién dice que el restante no tenga o haya tenido algún tipo de tara, de la clase que sea, alguna vez.

Le gustaba a Charli, beber y beber sin medida; me da que me quería sacar algo de mi vida, lo que yo tenía oculto, y sospecho que él también tenía cosas que ocultar; siempre repetía el mismo rollo, que ciertamente, no era nada melodioso, es más me caía odioso; con él siempre sacaba de diez o veinte mil pesetas para la noche, y Charli se colgaba de mí y de mi dinero de una forma escandalosa, muy exagerada.

Siempre que salíamos Charli y yo, el fin de semana, o el viernes; me daba mucha rabia gastar tanto dinero, encima, nunca estaba uno con ninguna mujer, tan sólo estábamos él y yo.

Por cierto, me quisieron una vez encasquetar una novia, que estaba en la farmacia, se llamaba Ligia, de la que se me grabó su nombre pensando en los cuentos de cuando era niño. Ligia, según parece, sabía lo que había, por lo que muchas veces me gritaba; ella también me revisaba las recetas, aunque yo cuando no veía a otro cerca me hacía el loco, pues no me daba la gana que esa niñita, me corrigiera las recetas. Estuvieron mucho tiempo revisando mis despachos de medicamentos, todos los que eran con receta médica, y no solo los psicotropos, sino todo tipo de medicamento que fuera en la receta, supongo que comprenderán, que esto me infravaloraba mucho, demasiado; no tengo ni idea de quién había dado esa orden, pero me tenían como a un paleto, en el que no se puede confiar ni para lo más mínimo, hoy día, pienso si no sería una estratagema de José Juan y su camarilla, para fastidiarme, y que me hartara, de tal forma que me fuera de la farmacia.

Durante mucho tiempo, no perdí ni un día de trabajo, ni por enfermedad, ni porque lo pidiera para alguna causa. Iba diariamente y todos los día a trabajar.

Me compraba en “Semanas Fantásticas”, o en las grandes rebajas de El Corte Inglés, muchísima ropa, así casi siempre tenía ropa estrenando, o si no muy nueva, tal que no le daba tiempo de ponerse vieja, ni estropeada, y menos aun algo desteñida; cuando esto me pasaba, era rápidamente sustituida por otra camisa o pantalón. Es más, me daba el lujo de arrinconar ropa que no me gustaba mucho, o que me parecía demasiado moderna u ostentosa.

Iba siempre a comprar la ropa con Maru, quien venía desde Arinaga, salvo una vez que fui yo allí, y mi hermana me llevó por Vecindario, para que comprara ropa; donde como mínimo sé de unos pantalones vaqueros que me compré, y para poder llevarlos también me compré un cinto, tan caro me costó éste, que costaba casi más, o como mínimo igual que los pantalones, ambos eran de buena marca, pues según decía mi hermana, “lo que te compres, cómpratelo de calidad”.

Ya encontraba ir “al Corte” a comprar, como algo normal, no me daba cuenta que era carísimo; hoy día veo que casi es donde más caro se vende, pero sigo, cuando tengo dinero, yendo allí para comprar.

Por fortuna, se han hecho las “grandes superficies”, que es así cómo lo llaman los medios y entendidos, y cómo no, la mayor parte de los mortales; son en realidad grandes establecimientos, donde se vende principalmente comida, pero que a cuyo zoco, se refugian pequeños o no tan pequeños comerciantes, la mayoría bares o cafeterías y tiendas de ropa, bueno, en realidad, el fin es que haya de todo allí dentro; no me conozco ni la mitad de esas “grandes superficies”; antes, en mi época, existían sólo los “grandes almacenes”, también mal dicho, pues no sólo almacenaban cosas, sino que también las vendían. Creo que el Corte, intenta dar imagen de calidad, que la tiene, pero a costa de subir mucho los precios, y creo que innecesariamente, de los productos que venden. Más bien creo que debían hacer una limpieza de ejecutivos majaderos, y poner a los buenos, no quiero decir con ello que a los jóvenes, sino a aquellos que su trabajo signifique mucho por lo que luchar. Sé que dirán que me refiero al ex-superministro, D. Miguel Boyer, pues no digo ni que sí, ni que no, sino que quizás tengo razón.

No voy a entrar en cuestiones de la política, que en esa época algo la seguía, más que nada porque pensaba hacerme presidente del Colegio de Farmacéuticos de Las Palmas; hoy día digo, ¿para qué, para perder el tiempo y encargarme de una cosa que no podría conseguir llevarla tan bien como quisiera, porque tengo demasiadas cosas que ocultar?, no gracias. Y a pesar de que mis compañeros de promoción, estaban intentando meterse en ella, yo cada vez me separo más y más de ellos; nos reunimos y todos nos hacemos muy finos, pero no somos más que unos pueblerinos, muchos porque están en el campo, y los de la ciudad, porque somos de provincias marginales a las que se marginan.

Recuerdo que en el sueño de Los Secos, estaba toda la playa, absolutamente toda, repleta de turistas; yo iba en una barca, por el mar y sentía un regusto amargo en la boca, al verlo. Mi playa, invadida por los turistas, por gente absurda, no es que digo que todo turista sea absurdo, pero que hacer turismo sea coger el sol por el día y

e-libro.net

emborracharse por la noche, no lo veo muy claro, piensen, que yo por ejemplo, pescaba y me emborrachaba a cualquier hora, ya fuera por la mañana, por la tarde o por la noche, luego no iba a las discotecas, ni sitios de esos, no, íbamos a una playa desierta, con nuestras novias, a fornicar, siempre que nos dejaran, no nadie en especial, sino ellas mismas, pues no sería raro, que se hicieran las inapetentes; siempre acostumbro a comparar a las mujeres con los perros en cuanto al sexo se refiere, sé que se dirá que esto es imposible pues el ser humano, puede regular su sexualidad, mientras que las perras, ni los perros pueden, que de ninguno de los dos seres entiendo mucho, pero en fin.

Así comparo a las mujeres, que con sus pinturas de guerra y su conejo, van dejando su rastro, y ese rastro lo seguimos nosotros; si me leen grandes científicos, que estoy seguro de que no, ya que tienen cosas más importantes que hacer, de seguro, me dirán que lo que lo que creo acerca de las feromonas, está obsoleta, la que consiste en que el hombre es atraído por la mujer por sus hormonas de las axilas las que se llaman así, feromonas; siempre recuerdo a Águeda, con su meneo y sus saltitos, pequeños saltitos, debido a su minusvalía física, supongo que iba con cada salto, dejando tras de sí el rastro animal, que yo olfateaba; me refiero con esto a que todos, esto lo hacemos de forma inconsciente; es el subconsciente, el que se encarga de analizar estas fenómenos.

Semana tras semana, salía con Carlos, y cada vez íbamos de mal en peor. Cada vez, salíamos más, y cada vez me hundía yo más aún. El domingo era sagrado, pero no porque se lo dedicara al Señor, sino para dormir la mona. Algunas veces, nos íbamos con Julio a almorzar por ahí; rara vez a cenar. Recuerdo que tenía un supercoche, al menos uno muy grande, en el íbamos todos al campo. Un acontecimiento que me ocurrió, fue un sábado, que salimos los dos Carlos, Julio y yo. Empezamos a beber cerveza en un gasolinera, compramos una serie de latas, y cuando ya empezaba Julio a beber, me dijo aquella vez:

—Yo conduzco mejor cuando llevo un par de copas, estoy más desinhibido.

No le dije nada, pero era lo mismo que me decía el Lu, con su Ford casi nuevo, al que daba gusto subirse.

Nos fuimos en su coche, en el de Julio, a Santa Brígida; quiero recordar que era la famosa verbena del lechón, fiesta anual de ese pueblo, en el que todo él es un clamor; se forma una gran algarabía. Llegamos, con unas dos o tres cervezas en el cuerpo. Lo primero, lógicamente, era miccionar, y lo hicimos en el estadio de fútbol, aprovechando que no había partido. Allí orinamos hasta vaciar la vejiga urinaria. Luego fuimos a las atracciones; nos montamos en la que parecía más peligrosa; nos pusimos a gritar imitando la voz de miedo de las mujeres; nos reímos bastante, y no estaba tan borracho, a pesar de que luego nos tomamos un par de copas; sinceramente ya no recuerdo qué más pasó esa noche, nada del otro mundo, seguro.

Tan sólo fui unas dos o tres veces en todo el tiempo que estuve en su farmacia, acompañándolo a la casa, y eso que él vivía en una calle paralela, y a muy poca distancia uno del otro; a D. Rafael me refiero; una vez me dijo, que debía intentar quitarme el cigarro, que eso era como un acto de hombría; me dejó entrever que era vergonzante que fumara, y encima cómo fumaba, aunque sobre eso, de mi desesperante y continua forma de fumar, no me especificó nada.

Otro día me increpó:

—Porque yo cuando veo que me va a entrar la depresión, me tomo un par de güisquis y se me quita todo.

Mi jefe, lo que hacía era hablar y hablar, y la fuerza se le iba por la boca; la fuerza, la concentración, y todo de todo.

Vi, en la verbena del lechón, como una señora se reía de nosotros, y esta partícula “de”, es la que hoy no puedo asegurar si era “de” o “con” nosotros.

Empezaba a leer, y esos libros veía como me gustaba.

Un día, pasó mi primo, el hijo de Manolo Fijoleis, por la farmacia, el médico, no mi tocayo, que también algunas veces pasó, sino el más pequeño, el que había estudiado en Santiago, y le dije:

—Voy a hacer otra carrera, probablemente, empresariales.

-¿Otra? -me dijo él-; no que va, yo no.

No me extrañaría que se estuviera preparando el MIR; parecía todo un pijito; de dónde salía el dinero para eso, probablemente de la herencia que su padre había sacado de su madre, que tenía una gran cantidad de terrenos, fincas y yo que sé que infinidad de cosas. Mi primo se quedó asombrado.

Le dije esa carrera, pues en esa farmacia, y no es lo mismo en todas, la única ley que vale es la del dinero, y eso que el dinero se conseguía a costa de los que menos tienen, los pensionistas; los pobres, con sus recetas,

e-libro.net

la mayoría de pensionistas, no pagaban ni un duro, pero enriquecían a mi jefe, y ellos nos daban trabajo de paso a nosotros.

Paralelamente, corría el rumor de que se quitarían cierto número de medicinas, se rumoreaba la "Ley del recetazo", consistente en que las vitaminas (complejos multivitamínicos), la mayoría de antigripales, analgésicos "suaves", etc, etc, se retiraban de la Seguridad Social, o sea ya no se podrían sacar por medio de recetas esos medicamentos a partir de que entrara en vigor la ley; de todas maneras era un rumor, pero un rumor que se iba acrecentando. Lo que sí me dieron y lo leí un par de veces, fue un librito sobre la introducción de la nueva receta. Ese sí me lo leí, con lo que estaba pues, cuando se produjo el cambio de recetas, algo enterado; tampoco era tan difícil, a pesar de que lo parece, los cambios en el trabajo, no suelen ser sumamente bruscos, o sea no es un cambio radical.

Había visto, y me extrañó muchísimo, cuando Octavio deseó lo muerte de su padre, un día que estaba con su ya mujer, Paqui. Me extrañó sobremanera, hoy día no me lo explico aún. Yo se la deseaba a mi padre constantemente, y aunque no era para coger la herencia, no lo deseaba tener a mi lado; hoy día, también siento cierto odio por ciertos chabolistas, que nos hacen la vida, realmente imposible, y les desea uno el mal, aunque de ahí a hacerlo va un trecho. Cada vez que oigo al Güigüi ese, me da algo. Pero me extraña lo de Octavio, mucho, y vayan ustedes a saber, si lo que pasaba era que estaba muy enfermo, y les veían todos sufrir, y por ello, mejor sería que ya se muriera su padre y descansara tranquilo, aunque pensándolo fríamente, y viendo su imagen frente a mí, no, realmente no lo dijo en ese tono, fue más bien un tono de odio.

No me acordaba, pero hace dos días me lo recordó Octavio, y en ese momento, y más claro ahora, he tenido como una clarividencia, y recuerdo, como yo, con mi ropa pobremente vestido, en la subida de la escalera yendo a un examen, le dije, estando él muy bien vestido, comparado conmigo, la siguiente frase:

-"Joer", oye, ¿sabes que mi padre vendió su farmacia?

Me sentía asqueado, aunque a decir verdad no muy deprimido, quizás, aunque no lo recuerdo, y más bien lo digo por como me siento ahora, era con algo de odio en mi interior. Aunque intento que el furor no me ciegue.

Yo, siempre, y más a partir de ese momento dije, diré, y digo:

—El puro, cuando me lo fume será mío -cosa por otro lado no literal, pues la mayoría de los puros me los regalaban, o los pedía; los últimos, a Juancho, aunque me daba un poco de vergüenza, pues sé que él los quiere para sí mismo; pues fuma sólo puros, a veces bastantes, y otras menos. Eran los de Juancho, puros muy sabrosos.

Seguía fumando sin parar, cigarro tras cigarro; el no poder fumar en la farmacia, no me había vuelto más abstemio, sino quizás todo lo contrario; estaba siempre más ansioso por fumar.

Le contaba al Lu lo de Celeste, él me decía, y me dejaba entrever, que lo mío era un encoñamiento; pero qué enamoramiento no lo es. Una vez, tiempo más adelante, pensé, y tan claramente lo tenía, que iba a salir con Celeste, y sería ese mismo día, o al día siguiente. Estaba seguro; así me decía mi tío Domingo, que había semanas que a uno se le metía una cosa en la cabeza, y pensaba uno que era así, y que así debía de ser, y a lo mejor estaba equivocado, pero tenía uno tal fijación, que no veía ni creía posible cosa contraria.

Llegó a tal punto la certeza de que yo le gustaba a Celeste, y me lo creí tanto, que cierto día, aposté con el Lu unas diez o quince mil pesetas, a que saldría con ella, al final las perdí. Pensaba que él me las iba a perdonar, pero no fue así, y eso, que yo a él, le dejaba siempre bastante dinero prestado, más parecía el menda su banco. Cuando tuvo ocasión de ser generoso conmigo, no lo fue. Había apostado que saldría con ella y que iría a cenar en esos días, pero no ocurrió así.

Estaba, ya empezada la disyuntiva entre si me quedaba con Totó, o bien saldría con Celeste.

Me sentía muy amargado con la farmacia, y seguía trabajando de duro; lo único bueno, era que no hacía ni guardias, ni horas extras. Tal fue mi suerte, que incluso, ellos hicieron una guardia en un día de Reyes, y yo no fui, me salvé. A cada momento hacían horas extras, para lo que fuera, yo no las hacía. Cuando me libré de la guardia de Reyes, me dije: "Fiuh, qué suerte, de la que me he librado".

Rita era la encargada de darnos a firmar las nóminas; ellas, las de contabilidad, sabían perfectamente lo que ganaba cada uno; yo poco a poco fui ganando cada vez más, así ya iba por las ciento diez o algo más; recuerden que empecé con unas noventa, y como máximo llevaba trabajado un año. Jacinto creo que cobraba ciento cuarenta, hacía muchísimas horas extras y guardias; su familia no vivía muy bien. Se cambiaron de casa, y aunque era un poco más arriba nada más, decía que el ambiente, era mucho mejor. Yo fui tiempo después a su casa.

e-libro.net

Jacinto era una persona magnífica, aunque tenía un fallo, consistente en que cada vez que hablaba con uno en el mostrador, luego entraba diciendo:

-¡Maricón!, mariconazo…

Y cosas por el estilo; esto me desagradaba mucho, pues me daba la sensación de que tenía dos caras, a saber si él me criticaba a mí o me critica ahora.

De él escribo sólo esta nota negativa, pues como persona era ejemplar, así, pienso que es de las pocas cosas que se tiene que corregir. Fue con Charli y conmigo, alguna vez a algún chino, a él lo más que le gustaba era la carne con pimientos, le invitábamos entre los dos.

Ahora que lo pienso, me juego que Charli cobraba más dinero del que daba a entender; realmente no daba a entender nada; conmigo, no sé con otros, se portó como un auténtico ladrón.

Sentía, que cada vez tenía más ganas de leer, a pesar, de que como máximo lo hacía unas dos o tres horas al día, excesivamente poco. Eso sí, encima del poco tiempo que pensaba que disponía, también seguía viendo al Lu todos los días, me ponía a ver el telediario, e incluso algunas veces, “El equipo A”, programa absurdo y malo como muchos seriales por el estilo, aunque ese lo eran más aún; me da la impresión de que debía ser para adolescentes; había en él muchos tiros, mucha dinamita, y mucha violencia, pero nunca moría nadie; quizás eso por tan absurdo, después de tanto fuego, era por lo que lo suponía para adolescentes, aunque no tenía la moraleja de: “El que juega con fuego, se quema”.

Quizás con este libro, al denunciar tantas cosas, que no me parecen bien de esta sociedad, parezca y sea un niñato mimado, que no está de acuerdo con nada, pues, poco de lo que aquí digo, es para decir: “Chapó, me quito el sombrero”; parece que todo él es una serie de improperios contra todos. Nada más lejos de mi intención.

Lo cierto es que tengo amigos, que aunque cobren como yo o incluso más que yo, no parece que sean personas normales; yo vivo en un chalet, de mi madre, y en teoría debía salir con gente pobre que viva en chalets, eso se da muy poco y por tanto siempre salgo con gente más bien pobre, aunque también me pregunto dónde llega el pobre y dónde el rico; la barrera no la conozco; creo que siempre he andado entre los pobres, pues ni siquiera sé, si alguna vez he pertenecido a eso que nos dicen que sí existe, y otras que no: la clase media. Y creo, que ésta a su vez se debía dividir en clase media pobre (a la que quizás sí he pertenecido alguna vez), y clase media rica.

En mi familia hay gente con dinero, y es quizás por ello, por lo que yo (comparándome con los demás), diga que soy de clase media baja, e incluso, un pobre diablo. Saso imagino que pertenece a la clase media alta, lógicamente no por ella sino por su marido.

Estaba más que harto en el trabajo; encima hubo huelga, no recuerdo si general o sólo en el sector sanitario. Lo cierto es que yo fui al trabajo; por la calle no había ni un coche; tampoco se veía nadie por ella; no voy a decir que pareciera la huelga que hubo cuando estaba en Santiago; ni siquiera sé si la huelga era sólo en mi ciudad, o bien, en todas las islas, y menos aún si era en toda España; yo fui a trabajar. Tenía un cabreo enorme; ver a todo el mundo de huelga y sólo nosotros abiertos.

José Juan, puso a todos a trabajar limpiando estanterías. No a los veteranos, quienes me dijeron, no todos, sólo Jacinto, que ellos la única huelga que habían hecho, era una a la japonesa, es decir, donde si cabe, trabajaron más horas; es increíble lo que se hacía para mantener contento al amo.

No puedo criticarle, pues enseguida me llamó, y digo enseguida, pues él fue de los primeros que fueron a trabajar, bueno, más que a trabajar a ver qué es lo que pasaba.

Sólo faltó uno, que llamó para decir que estaba malo; está claro que sería un cuento chino, pero eso no pasó a mayores.

Afortunadamente como digo, D. Rafael me dijo:

—Antonio, vete a tu casa.

No hizo falta que me lo dijera dos veces; al momento me fui, privado, como han de suponer. Me encaminé a la parte de atrás de la farmacia, me quité los zuecos, que según Marisol, apestaban, al igual que mis zapatos, dejé colgada la bata y me fui a mi casa; por la mañana, creo que fui a ver al Lu, aunque no muy de mañana.

Por lo que me dijo él, había ido a la huelga, yo le dije:

-¡Qué bien viven los funcionarios!

El no me dijo nada, pero me consta que se molestó porque yo fui a trabajar; seguro que ya se había olvidado de cuando trabajaba para los particulares, y eso, que no hacía tiempo que era funcionario, bueno o estatutario, como se hacía llamar.

e-libro.net

Visto lo visto, aún no tenía todavía muy claro, eso de que el ejecutivo, se llevara siempre mal con la familia; realmente algo por el estilo seguía pensando. No por mi jefe, pues lo que tenía claro es que él no era ningún ejecutivo, por mucho estrés que comentase que soportaba; lo decía todavía por mi padre; también tenía claro que C... de seguro se llevaba mal con su mujer y viceversa.

Un día, vi a él y su mujer adelantándonos con un Mercedes descapotable; iba en el coche con Tomi y Herse, fue él quien dijo:

—Mira tu jefe con su mujer; seguro que vienen del sur.

Ellos estaban muy en su puesto; él de ejecutivo, ella de niña rica y jamona. Lo cierto es que ninguno de los dos eran lo que pretendían ser.

Con el tiempo, me diría Jacín, que nuestro jefe era presidente de la F.E.F.E., asociación de farmacéuticos, que aún no sé lo que significan las siglas, pero menos mal que hace algo. Me juego lo que sea que el puesto no es nada importante, pues no tiene que leer nada.

Hace poco me hizo gracia una cosa, y era que cada candidato a cada una de las vocalías del colegio, mandaba una especie de currículum, el de D. Rafael, era de tres asistencias a unas reuniones, cuando vi ese currículum, casi no me descojoné. Él siempre ocupaba la vocalía de ortopedia; era extraño, pues esa era la farmacia, donde más se mandaba a la gente a una ortopedia. Incluso creo que para mantas eléctricas y zapatos especiales, se les mandaba a ella. Me dejó totalmente alucinado. De manera que es vocal en ortopedia, y encima no tiene lo más mínimo que podría encontrarse en cualquier farmacia con productos de los llamados de ortopedia, cosa que sospecho que es legal; ahora que lo pienso, quizás lo hiciera adrede, pero no creo, pues qué menos si es vocal de ortopedia, tener algo de eso, o es que son vocales los que no manejan nada de ello; sus motivos tendría; quizás, pensando ahora, sería que tendría contactos con los ortopédicos de Las Palmas, quienes le dirían, que él no vendiera nada de eso. A saber.

Al año y un par de meses de estar trabajando dejando la piel, me salió una sustitución para dar clases de matemáticas en un instituto, listas de Educación y Ciencias donde yo me había apuntado; ya casi me había olvidado que estaba allí. La sustitución era en el Tomás Morales; Maru me dijo que era el cementerio de los elefantes (recuerdo que la misma expresión la usó Bartolomé, para indicar uno de los posibles destinos de Fraga), aunque cuando le llamé para comunicarle la buena nueva, ella no me lo dijo.

“Bien, por fin podía cobrar un buen sueldo, sin dar mucho golpe”.

Maru, no sé cómo se las apañó para decirme, que los de ciencias son los que menos estudian y que menos trabajan. Esto me dejó alucinado, pues en realidad las asignaturas más fuertes suelen ser las de ciencias, o al menos eso a mí me lo parecía cuando las estudié.

Cuando me avisaron, por medio de un telegrama, fui enseguida a ver de qué se trataba; era mi primera sustitución, y no tenía ni idea de cómo funcionaba la administración; hoy ya más o menos tengo una idea de cómo va cada cosa.

Fui al instituto, después de enseñarle el telegrama a José Juan, pues debía pedir permiso antes de salir del trabajo. Me recibieron en secretaría, donde me dijeron que fuera a ver a la profesora que iba a sustituir, quien había dejado dicho, que el sustituto fuera a verla a su casa; vivía cerca, en la calle General Franco (creo que aún se llamaba así en esos años). Estaba muy bien montado, al menos la parte del piso que vi; todo muy clásico y muy señorial; quizás el marido trabajara en un buen trabajo, a saber. Era todo del estilo de la casa de Luis Cosme, aunque éste tenía mucha más categoría que una simple licenciada en alguna carrera de ciencias.

Quién sabe si lo que pasaba era que se tiraba el “peo más alto que el culo”. Tuve una gran sorpresa, a quien iba a sustituir era una profesora que me había dado clases; era un poquito mayor, bueno, para ser sinceros, era bastante mayor; era una que estaba casi calva, pero eso le ocurría desde que me dio clase. La pobre era nefasta explicando, no se le entendía nada, y me juego que ella no tenía ni idea de lo que estaba enseñando. Era la profesora con la que yo estaba cuando el día de la mayor manifestación que hubo mientras estuve en el instituto. Fui a verla, y lógicamente la traté de usted; no me hizo casi ni sentarme, pues quizás no le hizo mucha gracia que fuera a verla con mi chamarra de cuero desgastada.

Supuse que como mínimo me iba a invitar a un café, pero no hubo tal. Gracias, mil gracias.

La iba a sustituir por una pierna fracturada, o quizás fuera por un esguince; más sospecho que fuera lo segundo, pues aunque tenía un yeso en toda regla, a esa edad una fractura, tarda mucho en repararse.

Estaba vestida como siempre, de corte clásico, con traje y demás. Yo estaba para ser sincero, algo acelerado, todo era nuevo.